Serie
Bajo nuestra estrella
DIANA SCOTT

Mientras te amaba

By
Diana Scott

Serie: Bajo nuestra estrella

Para todos los que me enseñaron que existen tantas mujeres valientes como amores que contar.

Cuando no tengo azul, pongo rojo.
Pablo Picasso

Contenido

Prólogo

Soy lo que digo

Blake

Madrid

Blake

Los chicos malos

¿Compartimos?

A jugar

Marchando un vienés

Lámpara de lava

Flor de loto

Pulitzer

Blake

Caminando entre nubes

No estamos solas

Camarero

Blake

Lo que mi verdad esconde

Artista

Blake

¿Será que sí?

Blake

No somos

Blake

Celos

Espérame

Blake

Perfecta

Blake

El inversor

Blake

Ciegos

Dímelo otra vez

Mi chica

Tan enamorado

Blake

El que dice diez…

Un cometa entre estrellas

Blake

Pistas

Desde siempre

No estamos solas

Amigas

Intenciones

Parque del Retiro

No somos aberración

Soy lo que soy

Blake

Colores

Blake

Hermanos

No me despiertes

Mis amigos abren y cierran la boca

El contrato

Blake

Sabiduría

Blake

Te encontré

Blake

En casa

Eres mi felicidad

Epílogo

Prólogo

—Las cartas no mienten —Karina frunce la nariz deslizando las yemas sobre las imágenes desgastadas —. Las vibraciones hablan alto. Muy alto. La rueda del mundo lo está gritando. Es él. ¡Él!

El reloj pegado a la pared marca las catorce y veinte. Los de Pizza Presto llevan veintiún minutos de retraso. Busco en google traductor si Presto posee otro significado que no sea el de pronto. Confirmado. Nos han timado.

—¿Moreno? —Laura está tan eufórica que parece que las cartas mostraran su destino y no el mío.

—Sí. O muy castaño. Casi al cincuenta por ciento que rubio no es —. Los labios se le giran de tanto fruncirse.

Karina, en el examen oculto del esoterismo, apenas alcanzaría un aprobado raspado. Miro al reloj nuevamente. A decir verdad, nunca he dejado de mirarle. Veintidós minutos de retraso. Mi estómago cruje aire. Sesenta segundos más y la caja de cartón la reciclo en la cara del dueño del local.

—Mejor. Los morenos son más atractivos. Después de todo, los rubios nunca te han gustado —. Curioseo las motas del techo —. ¿Te gustan? ¿Desde cuándo?

—No estoy para exigencias.

Laura niega con la cabeza y se centra nuevamente en nuestra amiga, la aprendiz de tarotista. Envuelta en el humo de una vela roja, un sahumerio con aroma a Pachuli y un vestido de lino blanco, más que una bruja se parece a un extraterrestre propulsado de su nave oval.

—¿Lo conocerá pronto?

La maga frunce la nariz tan concentrada en los dibujitos, que muerdo los labios para no reír y provocar una ofensa que me deje sin almuerzo. Lleva dos escasas semanas estudiando en *descubretufuro.com.* Y aunque sus predicciones son un cúmulo de locos desaciertos, insiste en que esta vez sí que ha dado en el clavo.

Mis dudas no nacen en las cartas sino en su visión miope acerca de mi vida. Con un coeficiente intelectual del ciento veinticinco por ciento consiguió sacarse la carrera de matemáticas en la mitad de los años que el común de los mortales. El mío, que apenas delinea un cero delante de la coma, lleva una hora preguntándose por qué alguien tan lista como Karina cree en una gilipollez tan absoluta como el tarot. No necesito de ningún arcano mayor para comprobar que los únicos morenos, rubios o pelirrojos que se cruzarán en mi destino son los gatos, o en su defecto, los hombres de mala vida. Por lo general tuertos, sarnosos o mojados. Y no, no hablo de los gatos.

—No lo entiendo…

Laura, sentada frente a nosotras, abre los ojos como lechuza bizca. Me retracto, no tengo una amiga inteligente y demasiado ingenua como para ser tarotista. ¡Son dos! ¿Que por qué las quiero? Agacho la cabeza hacia mis zapatillas Converse color oro. ¿No necesito contestar? Soy tan rara como ellas.

—Escoge otra carta. ¡No! De ese mazo no.

Obedezco sin chistar. Con semejante grito como para no hacerlo. Le entrego un cartón con un dibujo indescifrable que toquetea y analiza rascándose la nariz. Lo mira y me mira. Me mira y lo vuelve a mirar. Se rasca y piensa. Piensa y medita. Mis ojos se asustan. Mis piernas planean huir. Desisto. La pizza está por llegar y mis tripas son un saco agujereado.

—Mmm, ¿cómo puede ser? Dicen que es parte de tu vida.
—¡No! —Laura tapa su boca con ambas manos.
—¿Un moreno guapísimo enamorado de mí? —Vuelvo a centrarme en las Converse para no morir atragantada en mi propia carcajada—. Me han pasado cosas, pero ninguna relacionada con un morenazo.
—¿Estás segura? —Pongo los ojos en blanco ante la insinuación de Laura. Su fe obcecada en las ciencias ocultas ofende a mi mala suerte persistente.
—Lo juro —alzo la mano—. No conozco a ningún moreno con ganas de convertirme en su pretty woman.
—No seas tonta. Tú no eres ninguna puta —. Prefiero no aclarar a Laura las inmensas diferencias entre el ser y el sentir.
Me encuentro tan seca sentimentalmente que cobrar por un poco de cariño entra dentro de un abanico interesante de posibilidades frondosas.
—¡Aquí está! —Karina golpea la carta con el dedo índice —. Es tu destino. El lazo rojo de la vida los une.
—Lo único rojo que tengo en mi vida es el esmalte de uñas que le compré al chino. Y se salta antes de las veinticuatro horas —extiendo el dedo índice para que lo comprueben por ellas mismas.
—Es un buen chico. Lo veo.
—Y ella se lo merece —. Laura completa entusiasmada. Su ingenuidad no pertenece a este mundo. Soy yo quien no las merece. Me quieren por encima de mis posibilidades. Su cariño hacia mí las convierte en cegatas de quince dioptrías. Miopes incapaces de ver que soy un tapiz abandonado en el trastero mohoso de una vida no prevista.
Intentando convertirme en una chica valedera luche contra el pasado reescribiendo encima de mis dolorosos tatuajes. Mi dignidad sólo sirvió para recubrir con tachones de tinta líquida y oscura lo que escondo con sinceridad vergonzante. Después de meses buscando las razones de mi existencia, entre tips mnemotécnicos de la psicología moderna, descubrí que lo que no se sana se llora eternamente.
Alguna que otra noche, aún, inundo con mis pesadas lágrimas las sábanas de la autocompasión. Duermo, como y respiro desafiando a mi confianza escuchimizada para que saque músculo.
¡Sé optimista! ¡Repite tus miles de posibilidades como si ya las tuvieras! Colorea tu vida como si fueras una mandala. Dice Anselmo, sensei de confianza de Karina y con una espiritualidad tan elevada como sus tarifas.
Y vamos que repetí. A falta de esperanzas buenos fueron los chillidos. Soy una colorida mandala. ¡Soy una deslumbrante y colorida mandala! Nunca pasé de los grises profundos… Por eso ya no grito. Me basta con aceptar que soy una mandala arrugada y mal pintada.
No todas nacimos para ser pinturas maestras del Prado. Tal vez, quién sabe, puede que en la próxima vida me reencarne en una de esas cuadradas y preciosas agendas Mr Wonderful. Ellas sí que saben vivir en el optimismo colorido de sus trazos bien definidos.
¡Ring! ¡Ring!
Laura corre a abrir la puerta y Anthony entra preguntando si llega tarde a cenar. Ambas contestan que no, que estoy por conocer al hombre que se enamorará locamente de mi cuerpo serrano y que mañana va a llover. Mi amigo me abraza expresando que el destino es superior a nuestros actos.
Me concentro en mi lista mental reemplazando el dos por un tres. No tengo dos amigas ingenuas. Los atontados ya suman tres.
El timbre vuelve a sonar. Los de Pizza Presto han recordado que la base de su negocio es el de

repartir pizzas. Quitamos rápidamente las cartas de tarot y nos disponemos a cenar. Las esperanzas sobre el moreno enamorado contagian de ilusión a mis amigos. Los ingenuos olvidan que soy Sofía Reyes, la muchacha qué jamás aprendió a pintar.

Soy lo que digo

—No puedo más...
La muchacha al otro lado del micro cuenta la historia con tantas pausas que después de media hora seguimos sin cotilleo y demasiado espacio publicitario.
El ahogo de su hablar es tan profundo que alcanza el mausoleo de mi fibra interior. Sí, mausoleo: Monumento donde se entierran cosas o animales. Y quien dice cosas también dice personas. Viejas o jóvenes. Indistintamente. Al mausoleo los detalles jubilatorios le tienen sin cuidado.
"Porque, aunque ellos no lo crean también caen, no vaya uno a confiarse porque mira que es una pena en estos tiempos como descuidamos a nuestros ancianos por esa vida de drogas y cosas asquerosas ¡Y ojo! No lo digo por ti que adorabas a tu abuela que era un cielo y que de tan santa Dios la tenga en su gloria deberían tomar muchos ejemplos, pero tú no te preocupes que aquí estoy yo que, aunque no pueda reemplazarla, estaré siempre a tu lado porque mira que te he cambiado pañales y limpiado ese culo cagado. Cita del mañanero de Elvira. Mejor amiga de mi abuela y actual representante legal en el digno encomio de yaya suplente y consejera incansable.
—Él no me entiende...
Aying, ¿de quién habla ahora?
Mi problema radica en que llevamos media hora mareando la línea recta de la verdad. Ojo, no me quejo, esto de escuchar y aconsejar se me da de vicio. Cómo decía el Maestro Anselmo en sus clases de *El destino es tuyo*: *Del error nace el aprendizaje que nos encamina hacia la felicidad*. Que traducido a un idioma más guerrillero significa un no seas cínica y actúa según predicas que de posteos melosos al que nadie hace puto caso están saturados los feed de Instagram.
Anthony, Karina, Laura y yo creamos este programa de radio al que con mucha ilusión llamamos: No estamos solas. Un proyecto en el que todas tenemos cabida. Aquí nuestras estupideces, dramas y delirium extremus son escuchados con total comprensión. Después de todo, la que no haya dicho alguna estupidez o soñado con unicornios de colores, que arroje la primera piedra.
Este programa fue una de mis tantas locuras, y como la que tiene amigos jamás cabalgará sola, aquí estamos, jugando a ser héroes como Los tres mosqueteros de Alejandro Dumas. Aunque, con el fin de no herir sensibilidades, prefiero no decir quien es el impulsivo D'artagnan y quien el listo Athos.
—Nadie me comprende.
—¿Por qué piensas eso?
Me siento con la espalda totalmente recta. La postura ayuda a la concentración. Y esta conversación requiere de inmensos tazones de concentración concentrada. Esta chica me ha robado todos los bostezos del año.
Karina, que hasta el momento resaltaba con rotuladores de colores los apuntes de los arcanos mayores, alzó la cabeza. Al parecer mi pregunta le parece interesante. Anthony y Laura también enfocan su atención en mí. Segundos antes los tres distraían sus atenciones en creaciones artísticas de escaso valor cultural.
—Aún no me has dicho tu nombre —. Repito un pelín molesta.
Llevo un largo rato sin recibir respuesta. No me gusta no saber con quién hablo. No fui la primera de la clase de periodismo, pero las materias están aprobadas y lo básico es básico. Nombre, ¿a qué te dedicas? ¿estudias o trabajas? ¿tienes novia? Aying… puede que esta última

pregunta no la aprendiera en clase.
—No puedo… — Las medias explicaciones de vocales interminables hacen de las frases un diálogo confuso. Algo no va bien—. No puedo. No puedo. Es demasiado. Oooo. Yyyyy. Yoooo. ¿No puede decirme su nombre? Si no se explica no seré capaz de entenderla.
Las frases sueltas de la joven son un océano interminable de dudas mareadas. Y los océanos no me gustan. Los ladrillos de la vida se esquivan, sin embargo, los océanos… Esos son palabras mayores. Al igual que los hombres los grandes mares son capaces de esconder en la preciosidad de lo superficial el más siniestro de los planes. Por ejemplo, los hombres oceánicos son los más peligrosos. Y digo chicos porque nosotras somos transparentes, directas, y guapas, y listas y…
—Tengo miedo al futuro. Tiemblo de pensar lo que puede llegar —. El sonido de la respiración al otro lado del teléfono me regresa a la conversación. Se encuentra impaciente. Ha conseguido captar mi interés disperso.
—Al actuar sin miedo se le llama insensatez. Lo que sientes es normal. Estar viva es disfrutar de lo escaso afrontando lo demasiado temiendo a lo inesperado.
Mis amigos alzan la cabeza elevando los carrillos con sonrisilla simpática mientras buscan la libreta de citas célebres. Frase algo inteligente que se me ocurre frase que apuntan para carcajearse delante de un par de cervezas frías y unas patatas bravas. Serán tontos.
—Puedes hablar conmigo. No estás sola.
Las chicas resoplan. Anthony en la cabina de dirección las imita. En sus frentes los pensamientos delinean letras de neón brillante: ***"Otra adolescente frustrada por su amor incomprendido"***.
Los leo y los comprendo.
Llevamos un año con este proyecto y nuestro programa más interesante resultó ser el de una joven que no sabía de si tener sexo con el mejor amigo de su novio era mejor que tirarse al profesor de química. La desilusión contagiosa del equipo me alcanza. La idea de Solas era dar voz a chicas que intentando ser agenda Mr Wonderfull se quedaban en libretas estandarizadas.
—Es difícil querer a quien no se puede —. La voz de la muchacha se ahoga en una declaración entrecortada.
Anthony alza un folio desde la cabina de locución por encima de su cabeza "*Otra chica enamorada del novio de su amiga"*. Lo leo. Puede que tengan razón.
—Los sentimientos son nuestra esencia —hablo con frases memorizadas en las clases del Maestro Anselmo —. ¿Un profesor? ¿el novio de tu mejor amiga? ¿Un chico de otra ciudad? ¿Quién es él?
Karina, Laura y Anthony continúan pintando en sus folios. A estas alturas Velázquez los aceptaría en su escuela de arte.
—Tú tampoco me entiendes... —silencio largo y profundo. Y no uno cualquiera. Este es uno de esos silencios en los que las miradas se disparan aterradas. Estamos en un programa de radio. Aquí los espacios muertos son éxito o guadaña. Y si me dejo guiar por mi buena fortuna seguramente me encuentro delante de una guadaña al cuello y a punto de diseccionarme el pescuezo. Los segundos giran acelerados en la manilla del reloj de plástico que colgamos junto al cartel de *On Air*.
—Parece que se ha cortado —. Anthony rompe el silencio —. Mientras intentamos retomar la comunicación que tal ¡un poco de música!

Simplemente otro día más planeando recuperarte
La casa como un infierno queman los recuerdos,
y yo en plan masoquista dejé todo tal cual…
Quiero decirte que lo siento

que te echo de menos
que de todo lo que ha pasado nena yo me arrepiento…

La melodía de fondo oculta nuestra desilusión. No es la primera vez que una llamada se corta. O me decapita.
El coro final con el último te amo se diluye en el ambiente y la mano de Anthony se eleva por encima del hombro. Es mi señal.
—Solas. ¡No estamos solas! Todos los jueves de diecinueve a veintiuna horas —chillo recuperando el ánimo extraviado —. Nos vemos en el próximo programa de... ¡Solas!
—¡No estamos solas! —Laura y Karina repiten con ganas olvidando su obra de arte sobre la mesa.
Más música.
—Por hoy hemos terminado —. Laura recoge los bolígrafos de colores.
—¿Unas cañas? ¿Chocolate caliente? —Anthony pregunta saliendo de su cabina de director. La posición de jefe controlador es bastante solitaria.
—No puedo.
—Ni yo.
Karina y Laura contestan a la vez con excusas diferentes.
—Me quedo otro rato. Tengo papeles que ordenar —. Respondo regalando a mis mejores amigos sonoros besos de despedida.
Tú tampoco me entiendes. Esas palabras me taladran la cabeza. ¿Qué ocultará?
—No lo pienses más. Novio de amiga del que está profundamente enamorada. Lo mismo de siempre.
Anthony me sonríe desde la puerta. Yo también le sonrío. Me conoce demasiado bien como para adivinar mis pensamientos.
—Vete. Seguro has quedado —lo empujo por la espalda—. No te preocupes por mí. ¿Chica nueva tal vez?
Me quedo sola en el estudio pequeño y solitario. Las sillas de cuero resquebrajado están tan viejas que ya ni historias cuentan. La mesa de trabajo es una madera de pino mal reparada. No importa la posición en la que descansa, la muy desgraciada siempre baila al compás de mis codos. Laura dice que podemos regresar al rastro y reclamar al vendedor. Nunca lo hacemos. Ambas sabemos que sus desperfectos bien valen lo pocos euros pagados. Actualmente la sala de grabación es un rejunte de sillas del rastrillo, muebles de ocasión y cajas de manzana cubiertas con un tapetito al punto croché obsequio de la queridísima abuela suplente Elvira. Este sitio más que una sala de grabación es un refugio de la segunda guerra mundial. ¿Quién en su sano juicio confiaría en la locutora de un programa que remienda con cinta americana la base de su micro y que posee la última factura de luz sin pagar?
—¡Luz! —Presiono los interruptores con urgencia. Los pensamientos a oscuras son más esclarecedores.
¿Y si verdaderamente esta chica fuese la primera oyente que en verdad necesitase mi ayuda?

Blake

—Mañana tengo un día complicado.
—¿Me estás echando?
—Sabes que no puedes quedarte.
—El cuento de la hermanita caprichosa.
Dana me fulmina con la mirada. Me giro esquivándola. No deseo ponerme a discutir. No me apetece estropear un buen polvo. Ella sabe lo que no somos.
¡Plaf!
—Buenas noches para ti también.
Las palabras se me escapan segundos antes de caer en el sueño de los hombres relajados.

—Agradezco la visita y lamento que te tomaras tantas molestias —digo mirando el reloj sin creerme que son las seis de la mañana.
—Déjate de ironías sutiles. No las soporto.
—Si intentas convencerme pierdes el tiempo. Estoy bien con la vida que llevo.
—¿Gustarte? ¿Esto? —Mi tío Simon saca un cigarrillo que golpea en la palma de la mano antes de encenderlo. Estoy cansado de decirle que su Marlboro apesta por allí por donde pasa —. Hijo, conozco tus gustos, este cuchitril no es ni la mitad de mi baño. No necesitas vivir con penalidades.
—No lo hacemos.
No sé si me molesta más que ofendiera mi trabajo, se olvidara de la existencia de Mariam o de que comparase mi duplex de doscientos metros cuadrados con su baño.
—Qué quieres.
—Tu empresa te necesita.
—Dirás tú empresa —. Los dientes me duelen de tanta presión.
—Ella te quería al frente de todo. Los dos lo sabemos.
Escucharle hablar de mi madre me rompe de furia. Mi madre no era lo que él pensaba.
—Se arrepintió de todos sus errores.
—Esos papeles son un delirio sin importancia. Vamos hijo, todos hubiésemos deseado un hogar con jardines apestando a rosas, pero aquí estamos, solos y masticando cristales. Eres su hijo y tienes que asumir tu obligación.
—Mariam también es su hija.
—La niñata también, aunque, ambos sabemos que este trabajo es de hombres. Nos espera una importante diversificación. Ella con salir de compras y tratarse el cabello con jojoba tiene suficiente.
—Sólo tiene diecisiete años.
Los puños se me cierran al punto que no descarto que se me rompa algún hueso.
—Y tú veinticuatro. Vamos chico, los años pasan como bandadas de buitres atontados. Debes cumplir con tu deber y viajar a Madrid.
—¿Madrid? Camina hacia la ventana admirando el amanecer de la bahía de Baltimore que comienza a brillar tras el gran ventanal.
—La tengo.
Me disponía a dejarlo en la sala e irme a la cocina a por un café cuando la pierna se me bloqueó en el sitio.

—¿La tienes?
Mi tío de complexión delgada y elegante se giró arrogante arrojando el humo hacia el techo. De perfil, la línea recta de la nariz y los pómulos marcados son idénticos a los míos. Muchos dicen que físicamente soy igual a mi madre. Lo agradezco, saberme igual a Simon me asquea el temperamento.
—La he encontrado. Eso debería alegrarte.
Intento tomar aire y respirar sin que se me note. Me rasco los ojos simulando desinterés. Simón no puede notar las convulsiones que desequilibran mi capa interior.
—¿Qué es lo que tienes?
—Todo. ¿Estás conmigo?
—Por supuesto —. La respuesta no tardó ni tres segundos en salirme de los labios. Llevo años practicando para este momento.
Los medios de Simon para encontrarla siempre fueron superiores a los míos. Él, al menos conoce su nombre completo. Lo mío se reduce a un apodo. El abogado de mi madre logró describirla en el testamento como: *esa niña a la que tanto le debo.* Pero, como todo en Simon ronda a través de las pérdidas y los beneficios, esto no iba a ser muy distinto. La información es una compleja madeja de intereses que no todos pueden desenredar, y el verdadero nombre de ella es uno de sus tantos hilos bien escondidos en su costurero de conveniencias. No puedo creer que después de años buscando ganar su confianza al fin me encuentre en la cima de la victoria y a punto de escuchar lo que tanto deseo.
—Te enviaré los detalles a tu oficina. Ella estaría orgullosa de ti. La encontraremos y conseguiremos solucionar los errores de tu madre.
Simon se fue dejándome con las rodillas clavadas junto al sofá de cuero blanco.
—Tienes que viajar.
—Dijiste que dormirías en casa de Solange —. Contesto al reflejo pecoso escondido tras el cristal de la puerta que separa la cocina de la sala.
—Discutimos y me vine.
Me giro para ver a mi hermana adolescente elevar los hombros con cero esmeros.
—De niña mentías con más creatividad. ¿Cuándo has llegado?
—Cuando la tonta de Dana se iba. Tranquilo, me encargué de girar dos veces la cerradura para asegurarnos que no vuelve.
Camina con un vaso de zumo de naranja en la mano. Ser tutor legal de mi hermana no ha resultado ser un trabajo fácil.
—Relájate. Paso de tus histerias sexuales sin compromiso.
—¡Mariam! O te comportas o...
—Vas a enviarme a un internado hasta los treinta y bla bla bla. Ya lo has dicho millones de veces. ¡Blake! —Chilla mientras me siento acomodando mis emociones —. Él tiene razón. Tienes que viajar a Madrid. Ella nos necesita.
—Puede que sea otra pista falsa.
—O puede que no —dice arrojándose sobre mí para encerrarme el rostro con las manos—. ¿Y si en verdad es ella?
—La hemos buscado por todos los sitios.
Le robo el vaso para que no se desparrame el líquido azucarado sobre la tapicería de unos cuantos miles de dólares.
—Pero esta vez la encontraremos. Lo siento aquí —. Mariam acaricia el centro de su corazón. La pequeña es tan bonita como manipuladora.

—Blake... por favor... lo prometiste.
—Tendría que dejarte sola.
—La madre de Solange estará encantada de recibirme en su casa. Ya lo ha hecho otras veces.
—Creí que te habías peleado con su hija —la muy pilla esconde la vista tras la abundante melena —. Paul está de viaje, no vendrá esta noche y… no lo sabías—. Descifro al instante.
Mariam levanta los hombros simulando desinterés. Paul es mi mejor amigo y amor platónico de mi ilusa hermanita.
—Puede que exagerase un poquito y no estemos tan peleadas. ¿O puede que quisiese conocer a tu novia?
El cantito cuando dice la última palabra me desquicia. Mi corazón se encuentra tan vacío que hasta a mí me molesta.
—No tengo novia —. La quito de encima para levantarme.
No salto de cama en cama porque sea un idiota mujeriego. También a mi me gustaría conocer a esa chica especial que me quitase los deseos de buscarla en todas.
—Por supuesto que no es tu novia. Dana no nos importa.
—¿Nos?
—Quiero que te enamores de una chica que te adore, que me quiera como su hermana y vayamos de compras a Harborplace antes de tomar una copa en Hard Rock.
Mariam se mueve por el salón aleteando los brazos como una mariposa. Me pregunto de quién habrá heredado tan buen humor.
—¿Buscas mi ruina?
—Tú no tienes problemas de dinero. ¿Entonces qué dices? ¿Viajamos a Madrid?
—¿Viajamos? De eso nada. Tú te quedas hasta que investigue cuánto hay de verdad en la información.
—Y si es ella. Y si al fin la encuentras. ¡Quiero conocerla! ¡Lo prometiste!
—Y cumpliré mi palabra. Nunca te he mentido.
¿Y si fuese ella? Los recuerdos se mezclan enloqueciendo mis deseos. ¿Cómo eres? ¿Cómo has crecido? ¿Me recuerdas? Algo dentro se me revuelve inquieto como una loca pieza que al fin encuentra su parte de puzle esperada.
—Te quedarás en casa de tu amiga mientras investigo. Puede que no sea ella.
—¿Y si lo es? ¡Oh, Blake! Estoy tan contenta por ti.
—¿Por mi? Creía que todo esto era por cumplir los deseos de nuestra madre.
—Sí, eso también, pero ¿te imaginas que sea ella?
—Ya estamos con esos pajaritos tuyos.
—Ella forma parte de ti y tú de ella. Eso es una realidad.
—Tu imaginación carece de límites.
—Arte hermanito. Se llama arte.
Mariam salta a mis brazos. El cabello revuelto y su espíritu salvaje me obliga a sonreír. Su rostro es igual al de nuestro padre, pero su espíritu no puede ser más idéntico al de nuestra madre. Son tan parecidas que si cierro los ojos creo estar escuchándola. Yo también la abrazo. Mariam es la única familia que tengo y mi único cable al cielo. Sin ella la amargura me hubiese consumido.
—La encontraremos. Ella te espera. Lo sé. Lo siento.
Mariam se suelta de mí para continuar saltando junto al ventanal que da a la bahía de Baltimore. Tengo tantos deseos de que su sueño se convierta en mi realidad como el de mirar un atardecer sin sentirme tan amargamente solo.

Madrid

Pie izquierdo al suelo. El semáforo en rojo me ayuda a recobrar el aire. Pedalear es ecológico. Moldea las piernas y tonifica los brazos. El sistema inmunológico se refuerza y la celulitis desaparece. El cerebro se oxigena y mi economía se fortalece. Todas son ventajas.
La tarde madrileña se viste de naranja naranja. Pero no de ese naranja pintarrajeado de desgastadas acuarelas. Hoy la ciudad bosteza un atardecer cien por ciento menta polar. El mundanal bien diría que hace un frío que pela, pero como hoy he despertado con el yo subidito metaforizo todo lo que me da la gana. ¿Cuál es el problema? Si los reguetones inventan palabras ¿por qué no voy a poder hacer lo mismo?
Continuando con mi reggaetón descriptivo diré: Los padres contagiados por los últimos rayos del astro rey sueltan las manos de sus hijos ofreciéndoles una pequeña cuota de libertad, y si la oportunidad tiene a bien, esconden los dedos congelados en los acolchados abrigos. Las madres, almas sacrificadas por excelencia, sujetan las manitas rechonchas de los condenados diablillo, con una protección *estrangulante*. No logro distinguir si lo hacen por mantener calientes a sus crías o porque si la chiquilla se lanzase a correr cuesta abajo surfearía por la Gran Vía helada hasta caer de bruces en el refrigerado estanque del Retiro.
—¡Niño! Como no dejes de saltar te ato y aquí que te quedas hasta que los cerdos vuelen —gruñe una señora con auténtica autoridad maternal.
¿Una amenaza denunciable? Seguramente sí. Aunque hoy en día se desconoce hijo con valor suficiente para revelarse ante la efectividad de la diplomática y maternal chancla voladora. En fin, son las seis de la tarde y el frío rasga el cutis. Mi abuela solía decir que hasta el cuarenta de mayo no te quites el sayo. Estoy yo como para quitarme algo que no sea la congelación de los ojos. A este paso llegamos a agosto con calcetines subidos hasta las caderas. De solo pensar en el invierno interminable mi cerebro ordena a mis dedos subir la cremallera del abrigo hasta que haga tope. O me depile la barbilla. Ambas opciones están en igualdad de condición.
Sonrío sola. Mi mundo interior es un completo desastre. A veces lloro, otras me enfado, otras me siento completa y otras vuelvo a llorar. Y así hasta que la rueda vuelve a girar. No me quejo. Hubo un tiempo que incluso fue mucho peor. Maldecía desde el primer sol de la mañana hasta que la noche se perdía agotada de tanto lamento. Durante años sufrí la depresión de no ser amada por aquella que siempre debió protegerme. Esas que aman por encima de todo, y todos. Aunque claro, siempre existe una excepción que rompe la regla y aquí estoy yo para demostrar que lo irrompible también es frágil.
Por consejo de Elvira entré en iglesias e incluso recé a la Inmaculada Concepción como santa y como madre. Pasé horas sentadas en los duros bancos de iglesias y catedrales aspirando el frescor reconfortante de sus piedras. Todo por encontrar una explicación al incomprensible abandono de una madre. Nunca me llegó. Un verano me pinté el flequillo de azul, no me depilé las axilas, e incluso conseguí plaza con el maestro Anselmo. Todo por descubrir si mi fallo venía de fábrica o era adquirido. ¿Qué otra razón puede existir para el abandono de una niña? No estoy segura de si el sensei y sus tres cursos al precio de uno me ayudaron a alcanzar mi despertar espiritual o de si mi pena se secó de tanto llorar. La verdad es que desde que perdí a mi abuela Toñi solo derramo lágrimas por su dulce recuerdo. Ella sí merece mi corazón partido. Mis amigas dicen que he dejado volar todo lo que no sirve para enfocarme en mi yo presente. No estoy convencida de que tengan razón. El dolor se esquiva o se suelta. Existen mierdas que se lavan, otras que se dejan volar, y las últimas, las escondemos bajo la pesada alfombra de la

simpatía falseada. Mi madre es ese polvo que amontono bajo un pesado tejido persa y que un día cuando encuentre el valor suficiente soplaré hasta que los pulmones se conviertan en globo deseoso de explotar.
—¡Entremos! Es precioso.
Dos adolescentes de abrigos abiertos que enseñan más de lo que abrigan empujan la una de la otra antes de entrar al gran salón de la moda madrileña llamado Primark. En esta tienda las escasas de fondos como yo, conseguimos que los euros se conviertan en chicle. Y es que así es Madrid y su magnífica Gran Vía. A todos nos acoge con afanosa igualdad. Hombres y mujeres de lo más variopinto deambulan distraídos admirando sus inmensos escaparates. Italianos de gafas Gucci se confunden con las cabezas de mujeres musulmanas que a marcha forzada adelantan a distinguidas damas cuadriculadas de pies a cabeza gracias al señor Burberry. Contorsionistas de cabezas sujetando bolsas obesas. La frivolidad consumista camina de la mano de fotógrafos nerviosos, e historiadores, deseosos de capturar las mil y una anécdotas románticas que Madrid susurra tan solo a unos pocos.
Casas con demasiada historia en común descansan sus cientos de años en paredes blanquecinas con aroma a canela y castaña asada. Frente a mi una fachada transparente de inmensas columnas griegas refugia un único bolso de un tal Luis algo que pícaramente espera que un transeúnte despreocupado entre para ¡Zas! Desplumarle la VISA, la MasterCard y si se lo permiten, la herencia de la abuela. A poca distancia un niño con camiseta del Real Madrid traspasa el umbral de una tienda de deportes acompañado de su amigo con camiseta azul granate. El segundo es del Barza. Ambos sonríen incapaces de reconocer las diferencias políticas por algunos impuestas. Madrid, ciudad cariñosa donde las haya, destaca su gran diferencia es en ese canturreo tan especial que sus habitantes resaltamos cada cuatro palabras. *El Ejke. Ejke vamos a hacer. Ejke somos así.*
Vuelvo a admirar el cielo antes del semáforo. Sí abuela, estoy a por uvas. Ya me conoces. Girando la cabeza me pierdo en la premura de una chica que por poco pierde la mochila traspasando las puertas del metro Callao. Parece apresurada. El aroma a pizza aún persiste en la bolsa de entrega vacía que cargo en el trasportín de mi bicicleta. No he almorzado y el estómago me ruge como el gato de mi vecina la del quinto.
—¡Tira!
El conductor del Audi negro grita al Ibiza de delante que al parecer se ha ido a por las mismas uvas que yo. Arranco a pedalear incorporándome al paseo de Castellana. Disfrutar de un poco de naturaleza antes de llegar a casa es saludable. Cuando traspase el portal abandonaré las desgastadas Converse en el pasillo, me tumbaré con los pies atacando a las nubes, y beberé mi sopa de dos minutos en posición cuatro de mi viejo microondas que...
—¡Ejke vamos! ¡Por poco me matas!
Unos brazos me sostienen en el aire. Acepto el agarre para saltar por encima del sillín sin hacerme daño. La bicicleta cayó al suelo. Las manos fuertes me afianzan para no caerme.
—El carril naranja es de bicicletas —digo sacudiéndome el jersey bastante molesta.
—Lo siento.
La voz gruesa me responde y estoy por contestar cuando los ojos más negros e intensos que he visto jamás se elevan por encima de un mapa abierto.
—¿Te encuentras bien? —Pregunta ayudándome a recoger la bici desparrama. Las manos chocan con las mías junto al manubrio.
—Estaba distraída —. Lo vuelvo a mirar para confirmar mis sospechas. Mi primera opinión estaba equivocada. No es guapo. Es rematadamente guapo.

El valor y la voz me abandonan. Sus pupilas oscuras se clavan en mí como si fuese material de investigación.
He conseguido ponerme nerviosa.
Lleva unos pantalones negros y un jersey también negro. Los mechones revueltos del pelo le dan un toque informal y rematadamente sexy. Sus manos fuertes me entregan la bici. Sonrío como si fuera tonta. No. Confirmado. Soy tonta. Una que acaba de regalarle al cielo un patético suspiro.
—¿Estás perdido? —No me contesta. Repito la pregunta mientras señalo el mapa que sostiene en su mano derecha —. ¿Dónde? Yo soy de Madrid, ¿y tú? ¿hablas mi idioma?
Si no fuese porque soy más común que los espárragos dirían que se encuentra igual de atontado que yo. Me observa como si yo fuera un espécimen en extinción.
—Soy americano. Y sí, hablo español. Aunque acabas de herir mi inmenso orgullo políglota.
Su sonrisa pícara me enciende las partes muertas. Y digo muertas porque llevo tanto tiempo sin pareja que las praderas de mi sexualidad son un bosque deforestado y seco.
—Buscaba el hotel Ritz.
—Es ese —digo señalando el edificio que tiene delante.
—Menudo ciego. ¿Puedo invitarte a algo? ¿café? ¿té? ¿chocolate? Te lo debo.
—No es nada —digo afianzando mi equilibrio en la bicicleta y cruzando las piernas para sofocar los calores del momento. ¿El termómetro no marcaba cinco grados?
—¿Una cerveza? ¿un zumo?
—No es necesario —ahora mi voz se suma al atontamiento. Bien por mí y mi falta de dignidad.
—Dicen que ponen las mejores tartas —los ojos le brillan divertidos mientras eleva las comisuras de los labios en una sonrisa traviesa. Acabo de perder las bragas en los árboles de mi bosque muerto. Soy patética.
—¿Estás segura? Me gustaría compensarte. Te has dado un buen golpe.
—Técnicamente no caí. Y sí, estoy segura. No me debes nada. Yo también iba a por uvas.
—¿Uvas?
—Una expresión de aquí —contesto restándole importancia mientras oculto mis mofletes sofocados. Menudo calor se ha puesto de repente.
Me sigue estudiando de arriba a abajo. Una miradita más de esos ojos nocturnos y acepto el zumo, la tarta y las tres noches de sexo desenfrenado.
—Gracias por disculparme —la voz es grave y robusta como castañas asadas en invierno.
Suspiro hambrienta. Todo él es un bocado listo para hincarle el diente.
—A ti. Quiero decir a ti por pisarme. Es decir, gracias a ti por no aplastarme. Que no significa que piense que eres gordo, a la vista está que no tienes desperdicio... Aying, quiero decir... Tengo que irme.
Me giro con el tinte de las tontas bañándome las mejillas. Camino con la bici rodando a mi lado. Cuando recupere el equilibrio, igual, hasta me subo.
¿Desde cuándo hace tanto calor? Me quito el casco y lo engancho al manubrio. Me giro un poquito hacia atrás para curiosear. Un último vistazo. Algo por encima y sin importancia. No quiero que me pille siendo… ¡mierda! Me está mirando.
—¡Adiós! Adiós… —alzo la mano contestando como si fuese lo más normal del mundo. Soy idiota de remate. Camino a paso acelerado. No vuelvo a girarme. Hoy he completado mis tutoriales de idiotez *maximus*.

Blake

—Hasta pronto querida Sofía. Hasta muy muy pronto.

Los chicos malos

—No puedo creer que os guste tanta tontería.
—Y ahí va nuestra romántica empedernida —. Laura contesta con una sonrisa de payaso mientras estira las piernas en mi diminuto sofá.
—Soy romántica. Muy romántica. La mar de romántica. El problema no es mi amor sino los hombres gilipollas que abundan en el mercado —. Me miran como si la última cuchara de helado fuese un trozo de hielo amargo —¡Lo soy! Creo en el amor —Urge defender mis ideales —. No es mi culpa ni la de mis sentimientos. ¡El problema lo tiene Netflix!
—¿Netflix? —Karina retuerce el cuello como garza curiosa. Hacia atrás y con ojos saltones. Laura se limita a contar las puntas de gotelé del techo.
—Por supuesto.
—Las dos pelis eran adaptaciones de libros —. Laura contesta distraída olvidando las motas para centrarse en sus uñas.
—Lo mismo es que lo mismo da. Insisten en que el amor de los de los mentirosos desgraciados es lo mejor del mundo. Nosotras lloramos hasta que ellos se dignen a cambiar.
—No son desgraciados, son tóxicos reformados —. Karina contesta a carcajadas golpeando la mano elevada de Laura. Sacudo la cabeza y comienzo a recoger los platos con restos de tortilla. Odio que se tomen a chiste un problema tan serio.
—No te enfades. Es ficción. Un libro romántico o una peli no es el inicio ni el final de nada.
—La indiferencia es el origen de los pequeños males. Imagínate esas pobres chicas de la calle que desesperadas y creyéndose ser Anastasia se dejen golpear como saco de boxeo. Es un problema muy serio. Algunos insisten en romantizar la violencia. Buscan presentarnos a los tóxicos como los mejores hombres del mundo. Malotes reconvertidos por la fuerza del amor. Y un cuerno. En el mundo real los tóxicos nacen y mueren siendo unos desgraciados. Las parejas verdaderas tratan bien, cuidan y protegen porque así es el amor. El amor que lastima es el antónimo de lo que merecemos. Los malotes solo traen maldades.
—Pero son tan monos…
—Y tan sexis…
Ambas suspiran repanchingadas en mi sofá de dos cuerpos diminutos. Me exasperan. Golpeo las cucharas sucias y amontono los vasos en una pirámide perfecta para así ahorrarme que lleguen a la cocina hechos papilla. No comprendo porque esperan margaritas en una siembra con toneladas de espinas. Se nota que fueron educadas con caricias de algodón de azúcar. Yo conozco la pena porque la he vivido. Demasiado tengo con perderla como para buscar una nueva. El amor es amor y los desgraciados desgraciados. Fin de la discusión.
—Christian es maravilloso.
—¿Qué Christian?
—Christian Grey. Sofi, ¿dónde estabas?
Meto los platos sucios en el friegaplatos para no reconocer que después de After me quedé frita.
—En parte puede que tengas razón —. Karina parece rendirse a mis ideales. Aplaudo con las orejas porque las manos las tengo dentro del lavavajillas.
—Claro que la llevo. Y por eso pienso ser muy cuidadosa antes de enamorarme.
—Lo dice la que salió durante dos años con Rubén. La joyita entre las joyitas —. Laura me golpea con mi propia verdad en las narices.
—No salimos, nos acostamos —me defiendo rauda y veloz—. De eso al amor existe un cielo de

infinitas posibilidades.
—Es un tóxico. Te acuestas con él cuando se acuerda de llamarte. Estabas enamoradísima de ese sinvergüenza.
—Estaba encoñada que es muy distinto. Y no me acuesto, me acostaba. Hace meses que no hablamos —no soy capaz de esconder mi carcajada atrevida—. Además, está buenísimo.
Ambas me lanzan cojines que evado con la cadera intentando no derramar la bandeja con tazas de café cargadas hasta arriba.
—Pues si tú te acostabas con Rubén yo tengo derecho a un Christian Grey.
—¿Y que te dejen el culo rojo? Porque si es lo que quieres… —Contesto a Laura mientras se retuerce para librarse de mis golpes en las nalgas con la servilleta.
—Serás idiota. Un día te enamorarás de verdad y no te importará el pasado —chilla con la voz encerrada contra los cojines.
—No me molesta el pasado de nadie—. Contesto lanzándome de cabeza en el sofá.
—¿Entonces a qué le tienes miedo? —Karina pregunta haciéndome un sitio para que no la aplaste.
—Los chicos malos mienten, usan y engañan. Pero nunca, jamás, se transforman. La mentira es una facultad que los mentirosos nunca pierden.
—Pues yo creo en el amor —. Karina estira los brazos suspirando.
—Y yo. Pero en el real.
—¿Y ese es? —Ambas esperan mi respuesta.
—El que pinta tu mundo de colores y no de sufrimientos. El que sujeta la mano en el parque y compra croissants para el desayuno. El que te besa frente al cielo anaranjado de un mar calmo, y aún así, a la que mira con admiración, es a ti.
Las chicas agachan la cabeza y la seriedad envuelve el ambiente. Lamento muchísimo haberme puesto filosofal. A veces debería ser un poco más paloma y permitirme perder una que otra pluma volando. Pero hay temas que me pueden. Las penas de amor son como los catarros, ¿para que buscar lo que tarde o temprano llegará?
—Pensándolo bien, Christian está como para bajarle los pantalones y darle unos buenos azotes —. Digo intentando encontrar el buen rollo perdido por mi culpa.
—¿Qué tal la segunda de Christian? —Laura en cuestiones de amor es una soñadora empedernida. En su mundo solo existen los buenos y los reformados. El resto de las personas son inventos de los libros de fantasía. Animales salvajes, cosas puntiagudas, plantas venenosas, asesinos en serie, todos ellos esconden almas de buen corazón.
—¡Sí! —. Karina está eufórica. La otra aplaude. Ambas son mi caso perdido.
Laura busca en la pantalla subiendo y bajando con la flecha. Karina se quita los zapatos y yo me pregunto en qué momento las escogí como amigas.
¡Ring! ¡Rong! ¡Ring!
—¡Voy!
Salvada por la campana.
—Quien sea despáchalo rapidito. Esta parte es la mejor.
—Bien.
Contesto intentando no demostrar que ver a Christian Grey en mitad de la cama y a medio vestir me entusiasma más de lo permitido. Tengo ideales, pero el señor Grey bien vale un cambio de paradigmas. Abro la puerta con la carcajada mordiéndome los mofletes.
—¿Tú?

¿Compartimos?

—¿Tú?
—Eso ya lo has dicho antes. Hablamos esta mañana por teléfono. Lo del alquiler de la habitación. ¿Lo recuerdas?
—¿Eres tú?
—Al parecer soy yo.
—Quiero decir... —Tengo la mandíbula junto a los pies buscando agua o en su defecto una botella de aire comprimido.
—¿Puedo? —Ambos nos miramos hasta que su lógica aplasta mi estupidez.
—Sí, por supuesto, adelante. Me había olvidado completamente.
—Gracias.
—No me refiero a ti, quiero decir que, de ti, pero no por ti. Aying…
Arruga la frente mientras mi corazón suplica por un poquito de coherencia. Entre todas las probabilidades que deambulan por el mundo, ¿cuántas existen para esto? ¿Cero? ¿Una entre millones de ceros? ¡Y yo qué sé! Si las matemáticas hubiesen sido lo mío no sería una periodista muerta de hambre.
—Pedí que te hicieran una transferencia. El primer mes y tres más de depósito. ¿Todo bien?
—Perfectamente —. Suspiro sujetándome a la puerta para no caerme.
—¿Entonces puedo pasar?
—Por supuesto —. Estoy bloqueando el paso. Mi estupidez no es normal —. Soy Sofi. Quiero decir Sofía. Esta es tu casa. Quiero decir la mía, y ahora también la tuya. Que lo mío es tuyo y lo nuestro de todos. *Aying...*
—Blake.
—¿Cómo?
—Me llamo Blake. Blake Blakmoon.
—Hola Blake. Soy Sofía, aunque todos me dicen Sofi, un diminutivo común…
¡Para! Me muevo a un lado para permitirle el paso y si los nervios me lo permiten cerrar la boca. Es mucho más alto que yo. Al menos dos cabezas. Y no porque yo sea bajita, lo mío es más una cuestión de elegancia. Él sin embargo es perfecto. Labios decididos, ojos cafés recién molido, sonrisa embriagadora, brazos acolchados... *Aying.*
No termina de pasar el umbral cuando deja de caminar. Se petrifica a mi lado. Hombro con hombro. O mejor dicho hombro con cabeza. Su hombro, mi cabeza, y no porque yo sea enana sino porque el espermatozoide de mi padre corría poco.
Miro tras de él preguntándome por qué se ha detenido. Las locas de mis amigas ajenas a su presencia continúan admirando a Christian Grey en todo su máximo esplendor artístico. Y sí, cuando digo máximo esplendor me refiero justamente a eso. Máximo, y, esplendor. No sabría definir si su cara es de asombro o está conteniendo la risa. Y digo que no sabría decir porque estoy demasiada ocupada en volar los tres pasos que tiene mi salón para quitarles el mando a distancia a las dos descerebradas que tengo como amigas. Las pánfilas ajenas al visitante se oponen a mi estrategia de hurto desesperado. Ese Christian Grey les tiene comido el coco. Laura, divertida como nunca, me esquiva y lanza el artilugio que va a parar a los pies de Karina. Esta, ni lerda ni perezosa, lejos de dármelo, se tira de cabeza para recogerlo y comenzar a saltar como si mi sofá fuese una cama elástica.
—Que me lo des —digo entre dientes.

Karina ríe y olvida los modales para ponerse a saltar a mi lado. Y todo ello junto a los gritos de Laura de: *¡Lánzamelo a mí!*
Mientras tanto, en la pantalla panorámica de Netflix, Ana, Anastasia o como cuernos se llame la protagonista, se encuentra dándolo todo con las piernas abiertas y agitando la lengua cual perro al que le acaban de meter droga por la trompa.
—¡No la quites! —Corean a voz en grito. La tos gruesa del fondo las extrae de su estupidez mental para mirar hacia la puerta.
—Por fin —digo al ver como los brazos de Karina se desploman a los lados. Pero como las cosas no siempre se resuelven a la primera, y la suerte en mi vida es un número que un gracioso borró de los cartones del bingo, el mando no tiene mejor idea que quedarse sin batería. Lo aporreo, pero nada. Vuelvo a aporrearlo y el volumen sube. Lo insulto y el muy desgraciado se cae. Los gemidos de Anastasia alcanzan su máximo esplendor. Porque mira que esta Ana será tímida, pero basta que le metan la pila por el centro de su territorio oculto y la chica hace un twerking que ni Rosalía. Menudas son las vírgenes modernas.
Mis amigas olvidan a Christian Grey centrando sus miradas lascivas en el visitante. Si estamos para que nos aten y tiren las llaves fuera de la jaula.
—Si interrumpo puedo regresar en un momento más... ¿oportuno?
—¡No! Ya está —contesto suspirando al ver el televisor ennegrecer por agotamiento. No es para menos. Ese señor Grey es una máquina.
—¿Tú eres? —Karina pregunta a la vez que le realiza un escáner de pies a cabeza.
—Se llama Blake y vamos a vivir juntos.
Karina se desmaya y Laura se encuentra a punto de arrojarle el café para reanimarla cuando me apresuro a aclarar.
—Quiero decir en la misma casa. No en la misma cama. Quiero decir en distintas camas, pero mismo baño. ¡Joder! Quiero decir compartimos el baño y la cocina, pero no la cama. *Aying...*
—Me llamo Blake y soy su nuevo compañero de piso. Por el momento —la sonrisa pícara de sus negras pupilas vuelve a incendiar mis ruinas humeantes.
—Soy Laura.
—Y yo Karina.
No le quitan ojo. Cuando nos encontremos a solas las mato. Aunque la culpa real es suya. Chicos como él deberían estar prohibidos por cuestiones de salud coronaria femenina.
—¿Las tres vivís aquí? Creí entender que solo estabas tú.
—Ellas son mis amigas y se iban —. Las desintegro con el láser de mi mirada. Las muy desgraciadas no mueven el culo del sofá.
—¿Mi cuarto? —Pregunta sin soltar la bolsa que carga al hombro.
—Sí, por aquí. Disculpa.
Al menos las piernas funcionan mejor que mi cerebro. Mira que el maestro Anselmo me tiene dicho que si me pongo nerviosa piense antes de abrir la boca. Pero claro, lo mío es más de temperamento entusiasta.
—Igual que en la foto. Espero te guste —. Mi pie izquierdo se tropieza con el derecho—. Es pequeña y bastante acogedora.
Qué estoy diciendo. ¡Parezco un vendedor de Tecnocasa!
—Es perfecta.
Y aquí estamos nuevamente. Creyendo que me sonríe con la mirada. Soy tonta de tutorial no estudiado.
—Aquí tienes un armario y una mesita de noche. Las ventanas dan al jardín interior. Es luminoso

y tranquilo.
—Me gusta —dice sin asomar la cabeza.
—Bien, te dejo para que desempaques. ¿Esa bolsa es todo tu equipaje? Si yo me mudara necesitaría un conteiner.
No contesta. Su mirada me recorre a mi y a los muebles. Huelo profundo el aire que me rodea. No hay polvo y el aroma es fresco. Será su cara intrigante de recién llegado.
—Cualquier cosa que necesites estoy fuera.
—Gracias.
—A ti.
—Esta vez lo hemos dicho bien—. Otra vez esa miradita incendia bosques.
—Te acordabas…
—Por supuesto.
—Casualidades de la vida —digo con palabras atropelladas.
—Casualidades. La vida. Sí.
—Me temo que toda mi casa seguramente sea más pequeña que tu habitación del Ritz.
—Sencilla y cálida. Siempre me gustaron las pequeñitas.
Mi metro sesenta y cinco arde. Me incendio. ¡Me incendio! ¡Bosque en llamas!
—Además tengo cafetera eléctrica —. ¡*¿Acabo de decir eso?!*
—Me encanta el café.
Aying, si además de guapo es dulce. Corazón deja de galopar. Pulmones arrojen aire. Cerebro despierta. Bragas, seguir en su sitio. ¡Ya!
No termino de cerrar la puerta de su habitación cuando las dos estatuas de culo estancado han decidido recobrar vida y abalanzarse sobre mí.
—¿Qué?
—¿Cómo?
—¡Está tremendo!
—¡Me lo pido!
—¡No puedes!
—¿Por qué no?
—Es mío. Lo noté en su cara.
—Lo acabas de conocer.
—¡Y tú!
—¡Ya basta las dos! ¿Estáis locas? Os puede oír.
Me alejo de la puerta de su habitación hacia la esquina contraria. Lo que en el lenguaje de mi hogar significa cuatro pasos lentos o tres bien apurados.
—¡Cuándo pensabas soltar la bomba!
—Lo hice.
—De eso nada —corean sin quitar la vista hacia la puerta cerrada.
—Lo hice. Cuando Anthony me dijo que un compañero de fuera necesitaba un piso me pareció buena idea. Después de la abuela estoy muy apretada en gastos.
—Nada de penas. Todas queríamos a la abuela Toñi y la echamos muchísimo de menos, pero eso… —Karina señala la puerta— ¡Es tremendo!
—¿Acabas de decir que nada de penas por la muerte de mi abuela?
—Quiero decir que ya conocemos la historia de la nieta criada con la abuelita como Heidi, pero ahora estamos ante lo importante. Y lo importante es ¡eso!
—¿Heidi?

—¡No te distraigas!
—Él necesitaba una casa y yo compartir gastos. Fin de la cuestión.
—¡Eso! —Los dedos de Laura señalan la habitación.
—A ver, hablamos por teléfono, me envió sus datos y me pareció bien, además Anthony lo avala. Imagino que serán solo unos meses.
Descarto contarles que lo vi la semana pasada junto al Ritz y quedé tan prendada como ellas.
—¿Trabaja en la agencia de Anthony? ¿Es modelo?
—La agencia es de publicidad y asesoramiento en nuevas tecnologías. No siempre van modelos. Y no, no lo creo —contesto a Laura—. Anthony no lo dijo—aunque bien podría—. La sinceridad me brota divertida. No soy capaz de negar lo innegable —. La verdad es que está... —La puerta se abre y las tres quedamos con los pulmones ahogados.
Blake ha decidido quitarse la camiseta, y descalzo con solo los vaqueros y una toalla colgando al hombro.
—Me gustaría darme una ducha. Llevo muchas horas de vuelo y...
—¿De dónde vienes?
—Baltimore.
Karina se desmayó antes de escuchar la respuesta.
—Hablas perfectamente español.
¿Por qué Laura se riza el cabello con el dedo al preguntar?
—Me lo enseñaron de pequeño. Entonces el baño es, ¿por allí?
—Justó.
¿Ha dicho gracias? Eso creo. O yo qué sé. Estoy demasiado distraída con su sonrisa Profident. Caigo de culo en el sofá. Y como mi suerte es tan amplia como mis posaderas, consigo encender el televisor con las nalgas acolchadas.
—Perdón, quería preguntar si puedo usar tu… —Blake asoma por la puerta del baño para ver nuevamente a Christian Grey dale que te pego en una posición más comprometida que la anterior. Cosa nada fácil teniendo en cuenta lo dura que parecía la mesa de billar, aunque al parecer para Anastasia la comodidad es un prescindible. Ella lo de cadera arriba y abajo lo lleva en la sangre —champú.
Salto para rebuscar el mando entre mis pantorrillas cuando el maldito botón decide bloquearse. Otra vez.
—¡A-pá-ga-te! —Ordeno martillando con el dedo al endemoniado.
Blake no solo no se mueve de la puerta del baño, sino que decide cruzarse de brazos y fijar su atención en el señor Grey que a estas alturas debería estar internado con un suplemento de vitamina B1 por vía intravenosa.
—Prefiero el sexo natural.
—Opino lo mismo... —contesto desganada lanzando el mando con toda la mala leche que puedo hacia el suelo.
—Es bueno saberlo —dice entrando nuevamente al baño y cerrando la puerta.
—¿Qué he dicho? ¡Qué he dicho!
Las chicas se tapan la boca. Las carcajadas igualmente retumban en toda la sala.
Me dejo caer en el sofá cuando el mando, ahora sí, decide aceptar la extrema unción.
Vida desgraciada la mía. Si cuando repartieron la bolsa de la fortuna yo estaba en la verdulería comprando uvas.

A jugar

—Te digo que no es necesario.
—Y yo digo que te vendría muy bien.
—Si acepto otro trabajo el año se convertirá en un día de horas interminables. Ya sabes, como el libro, ¿me explico?
—Ni idea. Ahora déjate de tonterías y piensa. Se trata de una oportunidad excelente. Aprovéchala y punto.
—Sí papá.
—Sofía, no estoy de broma.
Anthony estira la camisa blanca resaltando los bíceps, tríceps y todos los músculos que desconozco y que él trabaja sin descanso. ¿Desde cuándo se convirtió en tan mandón?
En esta agencia él es director ejecutivo de cuentas. Mejor dicho, el Mejor director de Cuentas. El resto de los directores seguro se arrodillan ante su presencia. Pensar que existió un tiempo en que ni él confiaba en sí mismo. Todo gracias a la opinión de gente con cerebros recortados incapaces de aceptar que somos mucho más que lo que mostramos. Con ese porte tan majestuoso, y esa barba tan maravillosamente masculina, me resulta imposible recordar a la pequeña Ana. Esa que lo tuvo encerrado en un cuerpo que no le pertenecía. Cuando confesó que se sentía Anthony en lugar de Ana, las lágrimas se le repetían como el ajo en el pollo. No pienso recordar obviedades tales como, que siempre le gustó jugar con cochecitos, o que adoraba vestirse con pantalones de hombre, el cambio de sexo de Anthony involucró mucho más que las superficialidades que la gente adora cotillear. Desde su valiente confesión su mundo cambió de vía láctea. Obligado por sus padres acudió a millones de sesiones con psicólogos híper caros que deseaban encontrar en su interior la esencia de alguna deficiencia mental. Recuerdo que a su madre le parecía más decente contarles a sus amigos que su hija era una loca enferma antes que transexual. Un hombre que sufría dentro de un cuerpo que no le pertenecía, esa era su realidad. Cuando Anthony, por encima de millones de prejuicios consiguió ser lo que él mismo deseaba, sus padres lo echaron de casa. Por no hablar de sus superfluos amigos. Sólo nosotras permanecimos a su lado. Poco nos importó si Ana era Anthony o Anthony una estrella del rock. Amábamos a Ana y amaríamos a Anthony. Confieso que la transformación no resultó una dulce caminata por el botánico. Para ninguno de los cuatro. Existieron mañanas de irritabilidad insoportable y otras muchas de llanto desconsolado. El proceso hormonal por poco pudo con nuestros nervios. Karina habló con su prima psicóloga, que es de esas que les gusta curar sin pensar en cuánto va a cobrar, y nos explicó cómo ayudarlo en el proceso. No todos aceptaron nuestra decisión de apoyarle. También nosotras recibimos sus desprecios. ¿Qué puedo decir? La vida se divide en segundos relámpagos de amores sinceros y horas interminables de compañías hipócritas. Y como diría Elvira, gracias a Dios todo resultó con viento a favor. Hoy día aquellas penas suspiran pisadas pasadas y olvidadas. Anthony es un hombre alto, de cuerpo robusto y corazón interminable. Las chicas suspiran al verlo pasar. Y nosotras somos sus mejores e incondicionales amigas.
—¿En qué piensas?
—En que eres el mejor amigo del mundo.
—Serás tonta—me arrastra hacia el calor de su torso—. Solo pienso en tu bien. Con este trabajo podrías abandonar la bicicleta.
Anthony se refiere al trabajo de Ryder. Ni a él ni a las chicas les gusta mi forma de ganarme la vida. Qué puedo decir, no todas las vidas poseen caminos para elegir.

—Lo pensaré.
No quiero discutir. Los dos sabemos que la propuesta es algo temporal. Colaborar en la redacción de la página web no es algo con lo que poder jubilarme.
—No es para jubilarte, pero puede ser un comienzo.
Odio que me conozca tanto como para que los intangibles pensamientos entre nosotros se conviertan en cemento macizo. Anthony abre la puerta de la sala para permitirme entrar.
¡Él! Mi mente se empantana y la vista se congela. Me quedo pasmada en el sitio. ¿Cómo estoy? Seguro un desastre. Bendita estática de los cabellos erizados. Quizá si me paso la mano sin que se note. ¡Anillo! ¡Anillo! El dedo enganchado, joder. No vuelvo a comprar bijouterie de los chinos.
—Qué sorpresa. No te vi esta mañana en casa.
—Tenía trabajo y me fui pronto —digo acariciando la calva que acaba de dejarme la dichosa sortija.
—Soy un dormilón. Prometo mejorar. Me ha dicho Anthony que aún no te has decidido a trabajar con nosotros.
Menudos ojazos. Mi color preferido. Café de mañana invernal. El negro es elegante, varonil, guapo, inteligente, increíble... *Aying.*
—Espero te decidas pronto. Me encantaría contar contigo. Creo que serías un baluarte importante para la compañía. Siempre se necesita gente como tú.
—¿Como yo?
—Activa, resuelta, inteligente, divertida y de presencia inmejorable.
—Acabo de aceptar.
—¿De verdad? No lo sabía —Blake observa a Anthony que alza los hombros—. Esta noche llevaré vino a casa y brindaremos por la noticia. Es la mejor decisión que has podido tomar. Ahora tengo que irme. Me esperan y llego tarde.
Blake se marcha por la puerta dejándome entre nubes junto a un unicornio rosa. Ese chico es un terrón de azúcar glasé.
—Pensé que necesitabas tiempo para pensar.
—Tengo el sí fácil.
—¿Ah sí?
—No seas tonto —golpeó el hombro de Anthony mientras se divierte a mi costa—. ¿Blake es tu jefe?
—Según me han dicho posee un puesto importante. No he podido enterarme de mucho más. Todo lo que a él se refiere es información de difícil acceso —contesta arrojando la chaqueta de Hugo Boss en el respaldo de la silla.
—¿Incluso con las secretarias de la sexta planta? Las he visto murmurar al verte pasar. Ellas seguro no te niegan nada.
Anthony sonríe travieso antes de hablar.
—Inclusive ellas no han sabido decirme nada. Se mueve con una libertad extraña. Puede que sea un jefazo o que se tire a la jefa.
Lanza una carcajada al ver mis labios fruncirse.
—Sofía, es broma. No creo que se tire a la jefa ni que sea un jefazo. Si lo fuera no me hubiese pedido tu dirección con la oferta de compartir piso. Ven, quiero mostrarte esto.
Anthony continúa hablando mientras alejo la vista de la puerta para enfocarla en las estanterías cargadas de revistas. Jamás pensé que una agencia de nuevas tecnologías y publicidad pudiese albergar una biblioteca tan amplia.

—¿Qué opinas?
—¿Sobre qué?
—El trabajo.
—No parece difícil.
—Algo engorroso, puede, difícil, no. Por lo menos no para ti. Una chica activa, resuelta, inteligente y de… presencia inmejorable —. El ardor inunda mis mejillas —¿Se puede saber qué le has dado? Un día en tu casa y lo tienes comiendo de tú mano.
—Día y medio.
—Chico listo. Ha sabido ver lo que todos nosotros.
—¿Sí? ¿El qué?
—Tu desfachatez.
Ambos lanzamos una buena carcajada.
—¿Entonces te quedas como ayudante de web?
—Una paga extra no me vendría nada mal.
—Creía que con Blake como compañero de piso la situación mejoraría.
—Ser huérfana conlleva soledad física y financiera.
Me atraganto recordando a mi abuela.
—Sabes que cuentas conmigo para lo que necesites.
—Lo sé.
Anthony me sujeta por los hombros para encasquetarme dos buenos besos en las mejillas.
—Las chicas y yo somos tu familia. Nunca lo olvides.
—Jamás lo hago.
—Entonces, ¿manos a la obra?
—Cuando usted ordene capitán.
Anthony me ofrece una silla a su lado mientras me siento mirando a la puerta. Ver a Blake nuevamente no me molestaría ni un poquito.

Marchando un vienés

Madre mía cómo se hace para tanta conexión... Tú lo sabes, yo lo siento, vamos a otra habitación. Donde nadie, nadie pueda oírnos. Se nota en mi boca que yo no quiero hablar. Porque desde que estás aquí. Aquí cerca de mí. Que tú eres mi baby. Ese recuerdo de tenerte sin ropa que no me deja dormiiiir…

Mis amigos suelen poner cara avinagrada cuando canto. Está claro que son incapaces de admirar el talento. Oh, vida cruel, que bajo tus tristes dicotomías naufragamos almas cargadas de potencial artístico. Si supiesen que en cuarto de primaria la profe de música me entregó una medalla al valor seguro se les borraba la sonrisa burlona. Sí, al valor. Recuerdo querer ir a quejarme por el error, pero la abuela Toñi dijo que era porque si me entregaban la medalla a la mejor voz los demás niños se sentirían tristes. Normal. Envidiaban mi gran talento. Siempre he creído que la música es de los mejores consuelos con el que contamos las mujeres.

Que te enamoras: *un lento*.

Que te meten los cuernos con la zorra tetona: *uno de llorar en repetición y cada ocho horas*.

Que tienes que quedarte despierta toda la noche trabajando: *Pop latino*.

¡Porque desde que estás aquíiiii! Aquí cerca de míiiii. Que tú eres mi babyyyyyy. Ese recuerdo de tenerte sin ropa que no me deja dormir... Vamos a besarnos la-no-che-en-te-ra...

—Pero... —Una mano me quita el casco derecho en el momento justo de mi agudo principal. Tierra trágame. ¿Cómo tengo los pelos? ¿Me habrá escuchado? Seguro que sí. ¿Pensará que ladro en lugar de cantar? No, seguro que no. Esta mañana amanecí un poquito acatarrada y eso ahoga un pelín mi inmenso potencial.

—Decía por tercera vez que si te apetece un café —. Blake me extiende una taza transparente que compré en Ikea a precio de ganga.

¿Café? ¿Por qué me lo ofrece? ¿Será el inicio de algo? ¡Qué mirada! ¡Noooo! Tengo puesto el pijama de ratón. ¿Está sonriendo? ¿Está enfadado? Tiene que ser una sonrisa. Si estuviera molesto con mi pijama de felpa no me entregaría un delicioso americano humeante. ¡Sofía céntrate! Es tu compañero de piso. Duerme en la habitación pegada a la tuya. Es normal que te ofrezca un café. Este chico juega en ligas de primera y tú no llegas a reemplazo suplente.

—¿Y? —Dice extendiendo la mano.

—Acepto. Quiero decir que sí quiero. Digo sí. Es decir, que... *Aying.*

—Todo tuyo.

¿El café o él? Me río conmigo misma. No es verdad, río de mí misma. A veces pienso que si la vida fuese un Gran Hermano con millones de magnetófonos siderales grabando nuestros pensamientos me expulsarían con pasaje directo al Polo Norte. Allá lejos y pegadita a las focas. ¿En el Norte son focas o pingüinos? Le sonrío de forma gentil. De educación para momentos vergonzosos voy sobrada en experiencia. Me quito el segundo casco. O por lo menos eso intento. Desenganchar el lado izquierdo del pendiente resulta misión imposible.

—¡Ay! — ¡No vuelvo a comprarle bijouterie al chino del barrio!

—Espera. No quiero que te hagas daño—. Su mano roza mi oreja y los calores me suben por las piernas.

Si pudiera girarme y mirarlo a los ojos nuestras narices rozarían en un compás de música romántica. Luego un beso en los labios y ¡magia! Casados con cinco hijos, un perro de orejas largas y un gatito mimado. Una vez leí en *mujerespoderosasydeshinividas.com* que nosotras podemos dar el puntapié inicial. Incluso daban consejos en un montón de videos cortos de

YouTube. Laura compró tres cuadernos con sus bolis de cabeza de unicornio para tomar apuntes. Y como fuimos criadas en la política del esfuerzo no sólo prestamos atención, sino que además hicimos resúmenes. La regla principal de la que siempre hablan en su curso *Lánzate que tú puedes* era

OSADIA.

Observar
Sonreír
Analizar
Despertar **I**nterés
Atacar

La teoría no estaba nada mal, ahora lo de la puesta en marcha resultó algo muy diferente. Laura terminó en sesiones de terapia intentando encontrar el porqué de su necesidad ardiente de **O**bservar a cuanto rubio se le cruzaba por delante. Karina recibió una orden de alejamiento por eso de **A**tacar de forma indiscriminada a los chicos de sala de musculación. Y yo me vi obligada a comprar diez sesiones de kinesiología para curar las contracturas del rostro de tanta sonrisa. Recuerdo que Anthony se carcajeó durante una semana al completo, aunque el mal amigo, se negó a compartir conmigo la oferta del abono en *Tuyalamalakara.com*.

—Lo tengo. Eres libre —dice con el pendiente en la mano en señal de victoria. Unos días viviendo juntos y los ojitos se me saltan en forma de corazón. ¿Se puede ser más mono?

—El chino —. Digo intentando exculpar mi vergüenza.

—¿El chino?

—Me dijo que era una rosa bañada en oro. Y como los viveros nunca fueron lo mío, le creí. Todos decían que era un cactus, pero al verlo tan rojito me convenció que era una rosa. Y no es que no me gusten los cactus, pero siempre he creído que las rosas son la cima de las flores. Tienen algo que las convierte en terrenales y celestiales. ¿Lo has notado? Son tan bonitas que no necesitan esforzarse para gustar. A ellas siempre las quieren. ¿Quién abandonaría una flor?

Blake me mira con ojitos de enamorado. ¿O de retrasada? Me inclino por la segunda opción. Agacho la cabeza. Acabo de meter la pata hasta la rodilla. Cuando la filosofía del corazón alcanza mi lengua no hay quien me detenga. Ya lo dice sensei Anselmo, *si vas a decir estupideces entrégate al silencio.*

—Conozco ese brillo —la voz apenas me sale.

—¿Perdón?

—Digo que conozco ese brillo en los ojos. Es el de carcajada contenida. El mismo que tenía mi profe de tercero de primaria.

—¿Qué hiciste?

—Le grité desde mitad de la clase que cuál era el testículo de la Biblia que debíamos analizar.

—¿Testículo?

—Problemas de gramática infantil.

—Comprendo.

—Aún sigue riéndose. Puedes comprobarlo tú mismo. Vive a dos calles de aquí.

Blake se ríe de mí. No conmigo. De mí. El mismo brillo que el profe de tercero. Ya lo decía yo. Acepto la taza. ¡Me quemo! Está ardiendo. Me aguanto. Llevo el panel de vergüenzas en el pódium vencedor.

—Te esperé para cenar —señala la botella de vino sobre la mesada.

—Lo siento —digo totalmente apenada—. Me distraje con las presentaciones y luego quise traerme estas carpetas a casa y Anthony pensó que sería mejor explicarme que…

—No estoy enfadado. La próxima. ¿Te gusta la música?
—¿Cómo?
Los cambios de tema bruscos no son lo mío.
—Lo digo por eso de ¿cómo era? A sí. *Ese recuerdo de tenerte sin ropa* —deletrea sin cantar—. Igual en lugar de un cortado debería haberte traído un... ¿café vienés?
—¿Vienés?
—Que tengas buenas noches. La próxima no me dejes plantado.
Se marchó hacia la habitación de la misma forma que llegó. Como las sombras. Mientras tanto, aquí me quedo, en mitad de la sala con los latidos cabalgando mis dudas. ¿Qué hay con el café vienés? ¿Será por la canela que es afrodisíaca? ¿se molestó por la cena? ¿pensaba llegar a los postres? ¡Joder! Vuelta a pelarme la lengua.
—¿Qué testículo analizar? —Repite pensativo mientras entra en su cuarto.
Me cubro la cabeza con una de las orejeras del pijama de ratón cien por ciento felpa de supermercado. Hoy, y sin contrariar al gran Raphael, puedo asegurar que no, no será mi gran noche.

Lámpara de lava

—¡Espera!
Los gritos de Anthony me detienen en el momento exacto del primer pedaleo. Clavo frenos. La pierna derecha se desencaja. Mi cuerpo lo acompaña en una semicircunferencia directa hacia el suelo.
—Que me matooo.
Los piecitos me bailan en el aire. Y no porque sea bajita sino porqué como los buenos recuerdos vengo concentrada.
—Te tengo —. Las manos macizas de Anthony me equilibran.
—Por poco —. El suelo se frota las manos. La próxima, murmura la gris baldosa.
—Me apetecía desayunar juntos.
—No puedo, tengo reparto de tarjetas.
—¿Tarjetas?
—LA BBC. Bodas, bautizos y comuniones. Nueva moda de ricos. Les ilusiona el excentricismo — Anthony eleva las cejas —. Ventajas de la Visa oro. Incluso tengo una canción de entrega. Las invitaciones de bodas por ejemplo van acompañadas de esta melodía: *Desde que te conocíiiii mi mundo se transformó de penar a amar. Amaaaarrr de verdad. Verdaddddd....*
—¿De penar a amar? No pega.
—Y ya estamos otra vez criticando mi talento. Verás, sí que pega. Escucha. A*mar es arrimarrrr a alllmas que...*
—Te quiero, déjalo.
—No me dieron mucho tiempo para componer. La iré puliendo. La de bautismo la tengo bastante más conseguida. *Cuando tuuu llegaste a miiii…*
—No hace falta. Te creo —Anthony presiona sus dedos en la amplitud total de mi boca.
—¿No has venido en coche? —Su perfecto abrigo se encuentra bastante descolocado.
—Aparcamiento. Lejos.
Me río de su postura. Es increíble como alguien con tal poderío musculoso se agita con unas pocas manzanas de ejercicio aeróbico. Después del inicio del período hormonal Anthony se encerró en el gimnasio. Necesitaba demostrar al mundo que era un chico. Menuda tontería. Guapo, inteligente y buena persona es el típico hombre que las chicas morirían por un besito. A veces me pregunto si es consciente de su atractivo enloquecedor. Y no me refiero solo a su aspecto. Él jamás fallaría ni abandonaría a los suyos. Es un leal de los que ya no se estilan.
—Deberías usar el transporte público. O una bici como yo. ¿Qué es eso? —Estiro los pies para recoger el papel que ondea por encima de su cabeza.
—Tú cheque por el trabajo de la web. El próximo mes seguro entras en nómina. Pensé que te gustaría cobrarlo.
—Gracias —. Digo doblando las esquinas antes de meterlo en mi riñonera tricolor —. Algunos opinan que mi gusto por los colores es excesivo. Menuda tontería. Los colores son el complemento de las palabras tímidas. Ellos son capaces de decir lo que el corazón silencia.
—Sofí, sabes que puedes contar conmigo. Lo que necesites. Aquí estoy.
—Estoy bien —. Lo beso en la mejilla y los granates colorean su mandíbula hasta los carrillos. Lo dicho, los colores nunca fallan—. Nunca podré agradecerte tanto.
Señalo la riñonera con el cheque dentro. Su ayuda en conseguir esas horas en la agencia, incluso

mi nuevo compañero de piso, son bocanadas de aire para mí economía ahogada. Y todo se lo debo a Anthony.
—Me temo que el mérito no es del todo mío.
—¿Cómo dices?
—Según ha llegado a mis oídos Blake ha solicitado que te preparen una oferta de contrato indefinido.
—¡¿Cómo?!
—Me pidieron que no dijese nada, pero ya sabes, entre nosotros no existen secretos —eleva los inmensos hombros en señal de disculpa.
—¿Tiene ese poder?
—Antes de venir realicé un par de llamadas a recursos humanos. Necesitaba asegurarme de la verdad que esconde.
—¿Y?
—Tu contrato estará listo en una semana. Según dicen es una oferta imposible de rechazar.
—¿Estás seguro?
—Al noventa y nueve coma nueve por ciento. Igualmente tú espera. No creo que le guste saber que me he ido de la lengua.
Me quedo pensando. No estoy segura de si debo saltar de alegría o preguntarme por qué diablos, Blake, haría semejante cosa. Llevamos unos días viviendo juntos. No me conoce lo suficiente para jugársela así por una desconocida.
—Me voy o los invitados no tendrán tiempo de escuchar mi canción.
Suelto la broma y me coloco el casco. Realmente se me hace tarde. Y estoy tan confundida como fantasma una tarde de neblina. Anthony me ayuda a ponerme en posición. No porque sea bajita sino porque el amor se expresa en frases cortas. Y yo, a mi amigo, lo adoro.
—Por cierto. ¡Lo he invitado a la radio!
Las palabras de Anthony se pierden con el sonido del viento. La verdad es que cuando me pongo en marcha ni el Tour de Francia compite con mi rapidez.
—¡Qué dices!
El pitido de un Seat León me obliga a recuperar el carril. Y no con pocos insultos. Casi morimos de un susto. Mejor dicho, él de un susto, yo, de su atropello. Ya me lo contará más tarde. Con la información que me ha dado creo que tengo suficiente felicidad para un par de años. Y aunque sé por experiencia que no es bueno hacerse ilusiones con rumores sin confirmar, mi cabeza comienza a verse recostada en ese sofá de alerones anchos de seis cuotas de cuatrocientos sesenta euros. ¡Trabajo indefinido! En una agencia de élite. ¡Wow! Qué digo sofá. Digo manta y cojines a juego. Y la gran lámpara de lava con corazones azules. Sensei Anselmo dice que son atrayentes de buena energía.
Sofía no te ilusiones...
Sofía de ilusiones está cargada la fila del paro.
Sofía los sueños no llenan bocas.
¡Sofía! ¡Te vas de vacaciones a Mallorca!

Flor de loto

La vida podría definirse como una serie de hechos mayoritariamente desechables. Un conjunto de sobras asquerosas prescindibles. Algo así como las manchas de tomate frito en camisa blanca recién estrenada. Un asqueroso lienzo de amargos oscuros. En resumen y sin florituras: *mi vida es una mierda amarronada*. Ha pasado la semana completita. Con su fin de semana incluido. Veinticuatro horas que por siete días hacen un total de ciento y un porrón de horas. Y Blake no me ha dicho nada. Y no porque no le diese oportunidades. Hablé del sofá, sus cuotas con descuento, y hasta de los colores que mejor quedan dentro de una lámpara de aceite. ¿Y qué hizo él? ¡Nada! ¡Rotundamente nada! Seguramente pronto Anthony me confirme que todo fue un terrible error. No quiero ser pesimista, lo mío se limita a un minucioso estudio de los hechos presentes y pasados. Podría tirarme flores e inventarme que de pequeña era una preciosa niña de rizos rubios y ojos azules. Pero como las mentiras tienen las patas más cortas que las cucarachas, y con la bendita suerte que yo tengo las muy gordas asquerosas son capaces de aprender control mental y publicar mis penas en el matutino de las siete, me voy a quedar con la verdad: Soy una chica entre tantas. De esas que jamás aparecerá en la portada de ninguna revista de moda ni se convertirá en influencers de Instagram. En la adolescencia, con el rostro salpicado con granos, mi perfil competía con las extraordinarias mazorcas griegas -lo de griega va por la nariz que por aquél entonces sobresalía entre unos pómulos que necesitaban algún que otro kilo de garbanzos-, pero como para engordar estaba yo. El acné no conforme con mi rostro saltó hacia la cara oculta de mi cuerpo. *Un caso en un millón* dijo el dermatólogo analizando minuciosamente los mofletes de mi culo. Podría decir que los años pasaron, y según decía mi abuela y Elvira, gracias a Dios me compuse. Yo no estaría tan segura. Mi cabello sigue igual de amarronado, mis ojos igual de almendrados y mi estatura... mejor de ella no hablo. Eso sí, todo gracias a Dios.
Qué le vamos a hacer, así era mi abuela Toñi, ferviente devota de las obviedades. Que almorzábamos macarrones, que gracias a Dios. Que, si aprobaba un examen, que gracias a Dios. Que los granos no me dejaron marcas en ninguna de las dos caras, que gracias a Dios. Que el novio me corneó con la zorra tetona del supermercado de la esquina, que gracias a Dios. Y así crecí. Sin marcas de acné, una altura inferior a la media y unos cuernos que ríete tú de los renos de Papá Noel. Porque Rubén todo lo que tenía de guapo lo calzaba en infidelidades. Y de aquellas arenas esta realidad. Ya decía yo que no debía apuntarme a...
—¡Concentrarse! ¡El árbol!
La profesora de yoga coloca perfectamente el pie derecho sobre la rodilla izquierda elevando las manos al cielo en plan gato suplicando por su loncha de jamón york.
Lo intento, juro que lo intento. Mi problema se encuentra en el movimiento y la coordinación con aspavientos. Las amenazas de Karina frunciendo el ceño desde la distancia no ayuda.
¡Lo estoy intentando! Respondo con el fulgor de mi mirada desesperada. Laura, por su parte, mueve las manos en dirección a nuestra amiga suplicándole compasión por mi vida. Por alguna razón siempre temió por mi integridad física. No comprendo sus inquietudes.
—Lo intento...
Juro que le pongo voluntad. Por intenciones yo nunca fallo.
Laura me fija sus ojitos suplicantes. Ella no lo sabe, pero lleva el instinto maternal en la sangre. Es tan dulce que espero que un día encuentre un chico que valore su amor a la vida. Es tan dulce que…
—¡Joder! ¡Ay! Perdón, perdón. Namasté. Namasté —. Suplico uniendo las manos buscando en

la acción el bendito perdón.
La profesora cierra los ojos disgustada. Como si los morros que acaban de incrustarse contra el suelo fuesen suyos y no míos. Y así se encuentra el mundo. ¡A ver si practicamos la bondad que enseñamos!
—¿Quieres dejarlo? —Karina, aunque parezca la más dura, y segundos antes quisiera matarme, en el fondo es un terroncito de azúcar morena. El problema es encontrar la azucarera donde esconde su dulzura. Me ayuda a levantarme, y aunque el pie derecho se entrelaza con el izquierdo, lo consigo. Lo conseguimos.
—Puedo —. La terquedad es una de mis perseverantes virtudes.
Karina regresa a su esterilla con celeridad.
—¡La postura del niño!
Esa se me da un poco mejor murmuro mordiéndome el labio.
La proximidad con el suelo equilibra mi centro de gravedad. Las chicas me vigilan torciendo la cabeza de un lado a otro sin quitarme ojo. Esa falta de confianza me conmueve. En mi defensa diré que lo mío es más el spinning. Las clases se me daban bien. El problema en esas clases no fui yo sino Laura y sus tres kilitos de más. La pobre no pudo levantarse. Se quedó con el sillín incrustado en el fin del mundo. Esa sí que resultó ser una inmensa tragedia y sin ningún gracias a Dios.
—¡Flor de Loto!
Y aquí vamos. ¡Cómo! ¿Ya cambiamos?
—¡Vamos chicas! No hay equilibrio sin amor ni amor sin equilibrio.
¿Equilibrio y amor? Habérselo explicado a Rubén. Al desgraciado no le importó desequilibrar la cabeza dentro de las tetas gordas de la cajera del Mercadona y dejarme como Bambi en…
—¡Silencio!
¡No he hablado! Lo mío son pensamientos. ¿No digas que esta es como las cucarachas del matutino de las siete? Lo sabe todo. ¿Tendrá poderes telequinéticos? ¿Habrá estudiado con el Dalai Lama? Creo que no le caigo bien. Lo dice mi instinto agudo y esa ceja perfilada que se eleva al mirarme cada cinco segundos.
—¡Postura del perro!
Está bien. Ya lo he entendido. Me silencio de pensamientos.
Y todo hubiese resultado perfecto si el cuerpo al igual que mi cerebro se hubiese silenciado. ¡Culpa del maldito perro y su posturita! Mira que lo tengo sabido. La fibra antes de hacer deporte es peligrosa, pero claro, estaba yo como para ponerme a cocinar. ¿Qué puedo decir en mi defensa? Fue un visto y no visto. O más bien un no visto y un sí escuchado. Porque sonar, sonó. A partir de hoy el yogur de avena queda desterrado de mi dieta.
Reconoceré que pudo ser mucho peor, pero estaba yo como para explicarle las teorías de gracias a Dios a la viejecita que, haciendo la postura del perro junto a mí, se tragó el primero de los impactos. La pobre mujer ni moviendo las manos se desintoxicaba. Con la esterilla pegada a la mía abandonó el barco cuál rata ante la inminente llegada de piratas. Arrastró la alfombrilla a empujones. Y eso que entró a la clase apoyada en un andador de cuatro ruedas. Mi cuerpo, intentando ocultar la ruina se movió en un baile desafortunado que no provocó otra cosa que una fuerte, y ahora sí, metralleta imparable. Y como los truenos cuando aparece uno llegan todos, y el silencio los intensifica, allí quedé yo, de pie en mitad de la sala viendo a las señoras pelear cabeza contra cabeza por un hueco de la ventana y recibir una bocana de la fresca naturaleza. ¿Dije que justamente enfrente se encuentran los contenedores de basura? Al parecer, no les importó.

Y así culmina mi reflexión inicial. Mi vida es una mierda. En el amplio contexto de la palabra.

No importa la cantidad de infusiones que pidan o los minutos que pasen, las muy desgraciadas no paran de reír. ¿Estas son mis amigas? Debería hacer inventario a la baja.
—¡Un café!
El camarero mueve el bigote de lado a lado. No parece contento. Hoy no es mi día.
—¿Café? ¿Nada de acompañamiento? —Golpea con un dedo el reloj de pulsera.
Como si ocupar un sitio durante horas consumiendo tres infusiones lo hiciese un ser humano tan desventurado como yo. Él no tendrá para el alquiler, pero dejé escapar mi dignidad por el culo. Le parecerá poco.
—¿Tres tostados de queso estarían bien? —Laura consultó al mezquino dueño que cambió de humor al instante.
—Que sean de pan negro—. Karina aclara —. Las harinas blancas nos producen gases.
Se desternilla de risa. Otra vez. Yo busco algún hueco en la madera del suelo donde poder enterrarme.
—Llevarme camelias. Duran más —aclaro mientras aparto con el pie a una hormiga cargando una miga de pan.
—No es para tanto.
—Le podría haber pasado a cualquiera —. Karina se siente en la obligación moral de apoyar la opinión de Laura.
—Sois malas mentirosas.
—En verdad que no es para tanto —. Laura intenta ser comprensiva mientras los pómulos le suben y bajan sonrosados. Se está conteniendo. No me genera confianza. Ni una pizca.
Igualmente decido detener mi entierro bajo la mesa y escucharla —. Eres humana. Todos hemos pasado por algo parecido alguna vez.
—No pienso volver a esa clase —estiro morritos como niña pequeña.
—Dudo mucho que nos lo permitan... —Karina miró a Laura que con mal disimulo le pide que se trague la lengua.
—¿Por qué no podemos regresar? —Desafío a Laura para que continúe.
—Si te expulsan a ti nos expulsan a las tres—. Karina tiene un carácter tan grande como su corazón.
—¿Me expulsaron? ¿Cómo lo saben?
—No fue exactamente así. Cuando te cambiabas las compañeras me esperaban en la puerta. Velan por su seguridad —Karina intenta contenerse—. Seguridad ambiental —. Estalla en carcajadas. Nuevamente.
Decido enterrar la cabeza en la madera astillada de la mesa. Es un suicidio más rápido que levantar las tablas del suelo. Además, la pobre hormiga acaba de esconder un poco de azúcar en el hueco.
—Deberíamos probar con Aqua Gym —aclara Laura secándose las lágrimas—. Dicen que es muy bueno para la...
—¿Artrosis? —Karina responde y Laura la amenaza con la mirada estrecha. Mi cabeza continúa enterrada en la mesa. Quizá con suerte la madera me ahogue —. No pienso ir a Aqua Gym. Me faltan al menos cincuenta años para ello.
—Lo siento... —digo en voz baja provocando que Karina se arrepienta de sus quejas.
—No es tu culpa.
—¿Entonces de quién? No me puedo permitir deportes mejores.
Los tostados llegan. Detengo el entierro de mi cabeza para hacerles un lugar en la mesa.

—Nosotras tampoco estamos como para tirar el dinero al aire. ¿Por qué si no te ayudaríamos en la sección de la radio?
—Porque no cobran. Porque son mis amigas. Porque sois buenas chicas. Porqué soy la idiota que estudió una carrera que no le da para pagar otras actividades que las subvencionadas por el ayuntamiento. ¿Sigo?
—Las cosas mejorarán. Eres una profesional magnífica. Verás que un día llega la gran oportunidad.
Mi mordisco al tostado es tan desganado que las frases motivadoras de Laura no me rozan ni la epitelial superior.
—Decidido, Aqua Gym. Lo ponen muy bien y nos preparará los huesos para cuando rondemos los setenta—. Laura lee en el móvil el folleto informativo del ayuntamiento—. Y con una media de ochenta y tres años no me avergüenza ponerme bañador. Todas ventajas —. Ríe a la par que me guiña un ojo.
—Por no hablar que tenemos experiencia en el mundo de los torpedos —. Karina completa la frase antes de estallar nuevamente de risa. Las sigo. ¿Qué otra cosa puedo hacer? Lo que no se vence se rodea.
—Sois Idiotas...
Me abrazan y las abrazo.
Es lo que tiene la amistad. Donde otros ofenden, las amigas descubren un espacio para la diversión.
—¿Quién de las tres es la más idiota? ¿Y qué es eso de los torpedos?
Una voz grave y muy reconocible resuena tras de mí. Lo que me faltaba. Ahora sí que estoy perdida. Anthony todo lo que tiene de guapo lo tiene de imparable. Pero eso no sería tan grave, si el chico con los ojos más nocturnos del universo no estuviera a su lado con la mirada clavada en mí.
—¡Camarero! Un café doble y muy amargo—. Digo mientras hago un lugar entre los tostados. Con suerte muero de una gastritis.
—Llevadme calas. Duran más que las camelias.

Pulitzer

—Solo pregunté si era su DNI o del titular. ¡Nada más!
Hoy no es mi día. O para ser más exactos desde que se encuentra en mi casa voy de mal en peor. No soy capaz de pensar, actuar o razonar. Y cómo hacerlo. ¡Se encuentra en todos lados! Sus ojitos me perturban, sus brazos me estimulan y su boca. Aying con su boca.
—¡Hasta el moño de todo! —Golpeo la puerta para cerrarla. Rebota.
—Hola a ti también. ¿Mal día?
—Nada especial —. Lanzo las llaves sobre el plato pintado por mí misma en primaria y me dejo caer en el sofá.
La frustración de la enamorada no correspondida me inunda de mal humor. Las noches son un continuó mirar hacia la puerta de la habitación imaginando que entrará como vendaval dispuesto a comerme a besos. Las madrugadas se convierten en vacías mañanas cansadas de tanto esperar. Durmiendo con un ojo abierto acomodo el cabello sobre la almohada deseando que arrolle la puerta con una declaración de amor desesperada y un beso cargado de promesas en los labios. Pero no pasa nada. El día amanece y yo sigo enamorándome del tipo de chico que nunca se fijaría en mí. Seguro jugó al béisbol y es de esos americanos que llevó a la rubia piernas largas al baile de graduación. Alguien debería enseñarnos que no todas poseemos las mismas posibilidades. Los guapos se enamoran de las guapas y las normales corremos tras el autobús para un autógrafo o como es mi caso llevamos días suspirando por un imposible.
—¿Qué? —Un tenedor con algo humeante me invade la boca.
—Prueba.
—¿Paella?
—Sí.
—¿Sabes hacer paella?
—Lo intento. ¿Comemos?
—¿Quieres que almorcemos juntos?
—Por favor. Espero que el arroz no se haya pasado.
—Seguro que está perfecto—digo poniéndome en pie sin terminar de creérmelo.
—Te has levantado muy temprano, pensé que te apetecería comida casera — dice apoyando la paellera sobre la mesa.
Estoy embobada. Estos detalles son los que enamoran mi corazón de patata frita. Lo que le faltaba a mi confianza desnutrida. Seguir soñando con él.
—¿Blanco o tinto? No sabía cuál era el correcto —comenta señalando dos botellas.
—¿Compraste dos?
—Por supuesto. ¿Dije que te estaba esperando?
—¿Por qué?
—Porque quería —dice sentándose y sirviendo un plato.
Acomodo el pan perfectamente acomodado. Me arrepiento de la pregunta. Llevo las dudas en el ADN sanguíneo. ¿Qué puedo decir en mi favor? Las malas experiencias son momentos cocidos a fuego lento. Una vez deseas deshacerte de él tu autoestima ya es parte del puchero.
—¿En tu país se come paella?
—Una española me enseñó—. Blake me sirve mi copa de vino no sin antes preguntarme si el blanco está bien. Acepto con la cabeza.
—¿Has venido muchas veces a España?

—Muy pocas. Me faltaban los medios.
—Te comprendo perfectamente. Los vuelos están por las nubes.
—No eran esos medios. ¿Te criaste con tu abuela?
¿Qué otro medio puede existir además del vil metal para que no puedas viajar?
—Sí.
—¿Y esta es su casa? —El comentario me provoca bastante vergüenza. Los motivos económicos no son los únicos que provocaron que no cambiase los muebles. Una parte de mi no se encuentra preparada para dejarla marchar.
—¿Me acercas el pan? —Una semana de convivencia puede ser mucho o poco tiempo dependiendo los temas que se saquen a la luz.
—No quise ser indiscreto.
—Esta era su casa. Mi abuela fue mi única familia —. Contesto a la par que Blake lo acepta completando mi copa en riguroso silencio —. No es por ti. Lo siento. Es que llevo tantos años contando lo mismo que mi cerebro en cuestiones de maternidad se pone en modo automático. Me llamo Sofía, mi abuela me crio y no tengo madre.
—¿Sueles trabajar en domingo? —Agradezco el cambio de tema.
—Me lo pidieron como reemplazo y acepté.
Ambos masticamos en el mortal silencio sepulcral. Siento mucho haber roto el clímax amistoso, pero en temas de mi madre el esquive me representa paz mental.
—Entonces, ¿tu domingo bien?
Me sonrío negando con la cabeza.
—La verdad es que fue de todo menos bueno.
—¿Qué pasó?
—Una tontería sin importancia.
—Me gustan tus tonterías. Lo siento. Lo siento... —dice recogiendo los platos—. Quise decir que me lo cuentes y yo evalúo si son o no tonterías.
—¿Eso es tarta de queso? Me encanta la tarta de queso.
—Lo sé. Anthony me lo comentó. Auténtica Cheesecake americana hecha por mí —. Dice elevando los carrillos provocándome taquicardia mortal.
Estiro los dedos para recoger la cuchara cuando golpea mi mano como madre a un niño ladrón.
—O me cuentas o no hay tarta.
—No es justo —. Estiro los labios enfadada.
—Tú misma —dice al meter una cuchara en los labios y girarla dentro de la boca. En estos momentos envidio a la cuchara —. ¿Quieres un poquito?
¿Qué si quiero un poquito? Ya me gustaría decirle lo que quiero hacer con esa tarta y su boca.
—Estoy esperando. My God, qué buena está. ¿Qué dices? ¿Me vas a contar?
—Tú sirve.
Blake está feliz con su triunfo. ¿Qué puedo decir? Con respecto a las tartas de queso y los algodones de azúcar no poseo moral.
—¿No te fías?
Espero a que me sirva un buen trozo antes de empezar con mi relato. No nos conocemos tanto como para confiar mi tarta de queso a sus buenas intenciones.
—Resulta que hoy me encontré con uno de esos afiches de: *"Estudia con nosotros Ciencias de la comunicación y prepárate para un mundo de aventuras"*. Una valla publicitaria con un montón de metros de alto asegurando el camino al éxito. Quise aporrearlo.
—Aventuras... mundo... triunfo...

—Exacto.
—Me gusta la historia —. Dice mientras se lleva otro trozo de tarta de queso a la boca. Si supiera lo mucho que me distraen los carnosos labios seguro se lo pensaba dos veces antes de provocar. Estos chicos guapos no saben lo que es capaz de hacer una chica escasa en oportunidades.
—¿Por qué sonríes?
—Tonterías mías. Como decía, si hubiese tenido un aerosol habría escrito un grafiti aclarando dónde pueden meterse el éxito. Soy periodista. Y no una cualquiera. Lo mío es pura vocación — los ojos de Blake serpentean interés —. Fui de las más destacadas de la clase. Incluso llegué a enamorar a las profesoras de documentación y comunicación organizacional. Puede que fuese por mi buen comportamiento más que por mis capacidades cognitivas, pero lo cierto fue que destaqué. Hecho para nada desdeñable en la universidad pública. Blake asiente y me siento inspirada para continuar.
—Lo cierto fue que la mayoría de los profesores vaticinaban mi futuro exitoso. Aún recuerdo cuando el departamento de prácticas me llamó para obsequiarme la honra de mi primer trabajo. Qué puedo decir, esa mañana me instalé en la peluquería de Rosi para hacerme uno de esos peinados súper chulos con bucles tirabuzón —Blake arruga la frente—. A las chicas nos gusta y soy demasiado normal como para no recibir ayuda externa.
—Tú eres de todo menos normal —niega con la cabeza y me pregunto si lo que acaba de decir es bueno o malo. Prefiero no preguntar. De sinceridades no pedidas se encuentran cargados los corazones rotos.
—Estaba feliz con mis rizos al viento rumbo hacia la Gran Vía cuando las grandes escalinatas a pie de calle de Primark me invitaron a entrar. Por pocos euros una falda tubo de color granate triunfadora y una camisa blanco virginal se zambulleron en mi bolsa.
—¿Blanco virginal?
—Sí, bien, metáfora complementaria. Como decía, estaba yo con la esperanza rodeándome la frente cuando girando a la derecha por la calle Montera, los vi.
—¿Lo viste? ¿A quién?
—Los vi. En plural. Y si me interrumpes no continúo —meto una cuchara de la mejor tarta de queso en la boca mientras me la doy de interesante. No siempre se tiene a un chico de portada playboy entregado a tu conversación. Momentos como este son dignos de eternizarse.
—Perdón. Prosigue.
—¿Eso es licor de chocolate? —Este chico es perfecto.
Aclaro la garganta para que la voz ronca de chica desesperada por chico buenorro no se note.
—Información proporcionada por Anthony.
—Recuérdame que no le cuente nada.
—¿Ahora quién retrasa la historia?
—Está bien —digo estirando el cuello para ponerme en posición redactora de telediario —. Zapatos Manolis, réplica original igualita a los que utilizó Carrie en sexo en New York, cuando entró en la cafetería de Madison Avenue para encontrarse con el súper sexy de ¡Mr. Big!
—Mr. Big, ¿te gusta?
—¿Si me gusta? ¿Estás de broma? Ese hombre derrite mis huesos.
—Morenos. Interesante.
¿Qué habrá querido decir?
—Sí, bueno, vestida con mis mejores prendas me dije: Pulitzer, ¡allá voy! Y anda que fui... Diez horas después con los pies amorcillados y sentada comiendo un bocadillo de jamón en el rellano de una acera con cagadas de palomas bien alimentadas, el día comenzó a teñirse de chocolate

mierda. Y no solo un día. ¡Cuatro! Fueron las jornadas que, sentada frente a la casa de la hija de la sobrina de la amiga de la folklórica, y que llevaba sin cantar los mismos años que yo respirando, me tuvieron cautiva. La falda que al principio me pareció sexy resultó ser una cárcel de mis muslos entumecidos. Creo que si un caracol y una geisha me hubieran jugado una carrera habría llegado en segundo lugar. El caracol y la geisha hubiesen compartido el podio por velocidad temeraria.

—Nooo...

—Juro que lo intenté. Por encima de mi dignidad profesional preparé las preguntas como si el personaje fuese el mismo presidente de la ONU. Y créeme, no resultó nada fácil. Los becarios de toda la prensa rosa de Madrid y más allá del Manzanares esperábamos a pie de calle. Con nuestras prendas con olor a nuevo arrastramos micros de bonete rechoncho. El material ligero se reserva para los contratos indefinidos con más de cinco años de experiencia.

Allí estábamos, mi cámara y yo. Es decir, el chico con cara de cinco porros al día y diez en fin de semana, y yo, esperando a la célebre amiga de la hermana de la prima del hijastro, o lo que fuese esa mujer, de la tonadillera que ya no canta.

Tía, que yo este trabajo lo hago por los contactos y por las fiestas. ¡Joder tía! La semana pasada me colé en el Gabana. Menuda juerga me corrí. El cámara, no necesitó jurarlo. En fin, sin distracciones en lo innecesario, digamos que permanecí alerta. La información al igual que la felicidad se caza. En mi posición esperé expectante mi momento. El primero que arrancase una declaración a *La Paca* tendría la súper primicia. ¿Qué primicia? Y yo que sé. Con que la mujer hablase cuatro palabras de corrido ya tendríamos como para dar palmas con las orejas. La Paca, de etnia aún no identificable, y visitas recurrentes a la cárcel de Soto por hurtos menores en supermercados y tiendas de maquillaje, era mujer de vocabulario escueto. Los que la conocen dicen que ella y la tonadillera de coplas masterizadas se conocieron en circunstancias poco claras en un bar de alterne de parejas inestables. En síntesis y sin desvíos de lo esencial, al parecer Lola, nombre comercial de Dolores Remedios Ortiz, alias la tonadillera, tenía nuevo novio. ¡Nuevo novio! Eso sí que era una notición. Después que al anterior lo trincaron por desvalijar el ayuntamiento de un pueblito de la costa brava no se la ha vuelto a ver con nadie. Y la información exacta del nuevo príncipe azul la poseía ¡La Paca! Y con foto incluida. El Pulitzer al alcance de mis dedos. Los ojitos me brillaban estrellitas color plata. Mi primer trabajo y una gran primicia acariciándome la fortuna. Solo hacía falta una declaración. Y la muy jodida de La Paca lo sabía.

—¿Qué pasó? —Blake pregunta sirviendo otra copita de licor de chocolate. Uno tan bueno que a estas alturas ha conseguido soltar mi lengua.

—Durante días La Paca se tiró sin asomar el pescuezo por el portal. ¡Cuatro días! La muy desgraciada debió de comer pan duro porque no acercó ni la nariz al rellano —Blake se ríe y yo disfruto al sentirme dueña de su total atención—. En la prensa el valor económico se encuentra en las largas horas de espera. Y Paca, amplia conocedora del mundo de la reventa sentimental, manejaba los tiempos como ninguna. En síntesis, el sol brillaba el cuarto día de custodia frente a su casa cuando exactamente a las tres y cuarto de la tarde almorzaba yo mi bocadillo de tortilla y mira que le dije a mi abuela miles de veces que la tortilla de bocata tiene que estar bien cocida, pero claro, como quien controla la hornalla posee el poder… —me emociono al recordarla —en fin, estaba yo allí sentada con las piernas estiradas como bastones y no por ganas sino por obligación de falda entubada, despellejando el bocadillo del papel plata como si fuese un plátano para que el huevo no me pusiese perdida, cuando sucedió lo inesperado. Sí, abre los ojos porque no te lo vas a creer.

—La Paca.
—Ahora ya no sigo. De verdad Blake que lo estás echando a perder.
—Perdona por favor. Tengo el vello de punta —dice señalando el brazo derecho y provocando que esta vez la sonrisa radiante sea la mía —. Sigue por favor.
—Está bien. Resulta que La Paca abrió la puerta del edificio. Por cierto, construcción de los años ochenta que fue limpiada por última vez a finales de la misma temporada. Mi cámara chilló a voz en grito. ¡Vamos tía! ¡Es la Paca! Ese mismo cámara que el día que nació en lugar de un pan bajo el brazo obsequió a sus padres una planta de marihuana, me gritó como si no existiese mundo. A mí, y a los treinta becarios que al igual que yo lanzaron los bocadillos al aire.
—No...
—Si. Solo puedo decirte que mi cabello nunca volvió a ser el que era. Calamares rebozados y chorizos a la vizcaína caían desde el aire como arroz en boda de exnovio —Blake estira el cuello intrigado —. Sin orden y con exceso de mala leche.
—Pero ¡cómo!
—Realizando un inciso publicitario he de aconsejarte: Nunca compres faldas tubos si la tela no es muy elástica.
—Apuntado —Blake bebe un poco de licor y me distraigo con el dulzor que le brilla en los ardientes labios.
—Cómo describir lo siguiente. Mi bocadillo por gesto solidario con sus compañeros alimenticios también voló por los aires. Intentando alzarme del suelo los trozos de patatas, que no llevaban falda tubo, cayeron velozmente sobre mi persona antes que pudiese ponerme en pie. El ganador sin duda lo tuvo el huevo, al ser líquido... ya sabes. Con astucia sobrehumana esquivé gran parte de lo que bien pudo ser el inicio de mi propio ataque. Giré como gusano de seda atascado y esquivé casi el total de las yemas. Casi casi. ¿Te dije que las faldas tubo deberían estar prohibidas?
Tía, ¿qué haces? Dijo el idiota de mi cámara mientras me filmaba. ¡A mí! Rodando en un suelo asqueroso junto a trozos de chorizo mordisqueado. Me siento una sirenita. ¡Idiota! Chillé furiosa. Existen hombres que no nacieron para pensar.
—Sea —. Blake alza la copa de licor en alto.
—Siendo sincera he de decir que el pobre lo intentó. No así su cerebro que seguía fumando junto Bob Marley. A todo esto, los Manolis que según el vendedor eran gemelos de los originales de Sex and the city, decidieron participar de la fiesta. Seguramente fuesen gemelos, pero de distinto padre, porque al forzarlos para hacer palanca e intentar ponerme en pie el tacón derecho desapareció tras el micro del becario de *Madrid en Rosa*. Poco faltó para que me denunciase por intento de asesinato. El resbalón, lejos de alzarme del suelo terminó obligándome a reptar sobre la blusa antes virginal y que fruto del infortunio lucía su deshonra de aceite con pimentón en toda la amplitud de mi teta. La pobre nunca volvió a ser la que era. A la camisa me refiero.
Blake está disfrutando y, a decir verdad, yo también.
—¡La mano! Grité al muy imbécil que al fin soltó el porro para ayudar a enderezarme. Cuando al fin conseguí poner mi cuerpo en pie y en perfecta línea vertical, me lancé a correr con un pie adelante y el otro volando en las alturas por falta de tacón. Ni un flamenco suplicando que no lo abandonase lo hubiese hecho con igual gracia. Con la elegancia que ya no poseía me acerqué al grupo de compañeros que apretujaban a La Paca contra el cristal de la puerta. A fuerzas de codos intenté abrirme paso. Chillando como grillos borrachos no advirtieron que toda debilidad acarrea su fortaleza. Y con la ventaja de ser coja de un pie pude agacharme y presionar hasta abrirme paso con la cabeza en el centro de los micros. Como el ave fénix reaparecí en el núcleo

neurálgico de la información. Es decir, el cristal del portal y La Paca.
¡Paca! ¡Paca! ¿Qué sabes del nuevo novio?
¡Paca! ¿Confirmas que hay amor en puerta?
¡Paca! ¡Paca! ¡Por favor! ¡Aquí, para los Corazones Rosas! ¿Habrá boda?
Mis pintas eran un desastre, pero qué importa un poco de huevo y patata en la cabeza cuando el Pulitzer te abraza. Lo mío era auténtico periodismo de investigación.
¡Paca! ¡Paca! Grité con tantas ganas mientras los compañeros gentilmente me abrían paso entre los micros. No querían mancharse con los restos de huevo sin cuajar. Su vocación no era tan intensa como la mía.
¡Paca! Dicen que tienes pruebas de que tu amiga Lola es...
La pregunta era buena. Tenía información de la mismísima ¡Wikipedia! Me lo había trabajado. Y eso debió pensar la rubia de *Besos y Atardeceres* que llevaba los tres días con la nariz envidiosa enfilada hacia mí. La muy cobarde al ver que captaba la atención de La Paca murió de rabia. No feliz con su derrota clavó un taconazo en mi pie a medio apoyar. Y teniendo en cuenta que el sufrimiento silencioso nunca fue lo mío, digamos que la pregunta que comencé a formular a Paca no terminó muy bien. Vamos, que quedó algo tal que así.
¡Paca! Dicen que tienes pruebas de que tu amiga Lola es... ¡La puta!
La carcajada de Blake retumba en la sala. Yo también sonrío. Después de año y medio hasta tiene su gracia.
—¿No lo volviste a intentar? Al periodismo me refiero.
—Lo dejé. ¿Otra copita de licor de chocolate?
—¿Y qué tal con helado?
—¿Compraste helado?
—¿Dije que te esperaba?
—Si me acostumbras a esto no voy a dejarte marchar.
—No tengo intención de ir a ningún sitio —Los ojos de Blake se clavan en los míos y me atraganto —. ¿Por qué dejaste el periodismo?
—Lo que sigue es una historia poco original. Los estudios, aunque públicos, cuestan lo suyo. Mi abuela me necesitaba a mí y a mi trabajo y yo hubiese dado mi vida por ella.
Blake comienza a recoger los platos. Está claro que acabo de romper un momento agradable. Lo ayudo con las copas y las cucharas. Cuando compruebo que en la sala no queda nada me pregunto si debería despedirme o quedarme. Enfilo hacia mi habitación. Después de todo él tampoco demuestra mayor interés en continuar con nuestro momento.
—Por cierto...
—¿Sí? —Retrocedo los pasos andados con rapidez exagerada.
—Necesito que mañana te presentes en la agencia una hora antes. ¿Podrás?
—Sí. ¿Por?
—Tienes un contrato que espera tu firma.
—¡¿Cómo?!
Se sienta relajadamente en el sofá antes de hablar.
—Tu trabajo en la web es magnífico, y yo al igual que tus profesores considero que tu potencial es interesante. Muy interesante.
—Pero... pero...
Me quedo atascada en mis palabras. Llevo días creyendo que aquella oferta era un error de Anthony. Blake se pone en pie sujetándome por los hombros.
—Sofía, ¿te gustaría trabajar en la agencia conmigo como mi mano derecha?

—¡Qué!
Salto en el sitio tan alto que Blake se ve obligado a sujetarme por la cintura. He tomado demasiado licor de chocolate.
—¿Eso es un sí?
—Sí. Por supuesto que sí. Gracias.
—A ti.
—¿A mí? Creo que te has confundido —digo imitando ese pequeño deje americano que conserva al hablar en español.
—A ti. Y no es un error —contesta acomodándome el cabello tras la oreja derecha. Durante unos segundos se pierde en mí. Le mantengo la mirada. Yo también estoy perdida en él.
¿Podrá ser? Mi corazón tamborilea la marcha nupcial de nuestra boda. Sus dedos se detienen junto a la oreja. Un segundo congelado junto a mi piel en el que parece que es…
—Buenas noches —. Dice girándose para perderse tras la puerta de su habitación.
No, no era. Me dejo caer en el sofá. No soy su tipo. Debo intentar no pensar en él como algo más de lo que es. Un buen chico. Por lo menos en lo que respecta a mí.

Blake

—Esto no es lo planeado.

Caminando entre nubes

—¡No me lo creo! ¡No me lo creo!
Los gritos se ahogan en una almohada que agujereo de tanta efusión.
—Aying abuela no me regañes…
Me dejo caer en la cama con las piernas abiertas y la mirada fija en el blanco techo. Tu fotografía en la mesilla no me habla. No lo necesito. Nuestros corazones siempre supieron decir mucho más que nuestros labios.
Abuela Toñi... convocó una reunión de altos jefazos. ¡De altos mandos abuela!
La sala de juntas es impresionante. Cubierta de una alfombra azul oscuro se apoya la mesa de madera caoba más grande y lustrosa que vi nunca. En el centro una bandeja de cristal recogía unas preciosas copas de la más delicada transparencia. La mañana era primaveral por lo que los grandes ventanales abiertos dejaban paso a un aire limpio y entusiasta. A los minutos de sentarme en una esquina llegaron cuatro señores y dos mujeres. Ellos vestían trajes de corte moderno. Ellas, aunque algo más mayores que yo, vestían modelos híper juveniles. Una de ellas llevaba el cabello tirante hacia atrás al modo lifting natural, aunque la verdad es que no lo necesitaba, su tez es perfecta como el marfil.
¡Abuela! Allí estaban todos en silencio expectante. Ni las moscas volaban. La luz de la sala también se encontraba congelada. Todos lo esperaban. Ninguno sabía el motivo de tanta urgencia. Yo, por las dudas, esperé sentada en una esquina sosteniendo un cuaderno y un bolígrafo azul de punta fina, de esos que tú me comprabas para que la letra me saliese más redondeada, ¿te acuerdas? De vez en cuando cruzaba las piernas y miraba hacia la puerta. No voy a negarte que mi primera reunión me tenía los nervios entusiasmados. Te hubieras reído de mí. Parecía una novia esperando al novio delante del cura. Sí, ya sé que soy una payasa, ¿y lo mucho que te reías conmigo? Como decía, fui la primera en llegar. Para pasar el tiempo me puse a dibujar en una esquina de la libreta. Y casi sin darme cuenta comencé a pintarrajear un B. Sí, la misma letra con la que comienza su nombre. Me temo que soy la misma que dejaste hace meses. Una tonta ingenua. No puedo evitarlo. Existen mujeres que nacieron para aprender y otras para suspirar. Te juro que intenté no centrarme en él, pero cuando miro esos ojos los sentimientos me explotan. Me gusta tanto que siento que a su lado mi vida tiene un objetivo. Es la primera vez que me pasa algo parecido. Ni siquiera Rubén me hizo sentir así. Con él me gustaba pasear en moto y sentirme importante. Pero con Blake todo es diferente. ¿Te pasó alguna vez? Algunas mañanas despiertas besando a la almohada llamándola con su nombre. Seguro estoy loca desquiciada, porque otras veces correría lejos por miedo a su desamor. Abuela, me gusta tanto que tengo ganas de llorar.
Presiono mi rostro avergonzada de mí misma.
Dibujaba un corazón junto a la letra B cuando la puerta se abrió de golpe. No puedo decirte lo que sentí. Estaba más guapo que nunca. El corazón se me convirtió en mermelada de fresa. Y no lo digo porque no lo haya visto antes. Todos los días en casa, cuando estoy segura de que no me ve, le echo un buen repaso. El tema es que esta mañana estaba endiabladamente guapo. Llevaba un polo y unos vaqueros nada extraordinarios, sin embargo, despedía un aire de seriedad responsable que me dejó sin habla. Su espalda recta, su mirada profunda. Todo él era un imán del que no me puedo despegar. Los hombres se sentaron rectos y una de las mujeres, la más joven, se acomodó el escote. Yo agaché la cabeza con mi alma en los talones, no te lo voy a negar. Soy tan poca cosa frente a ellas…

Blake saludó a todos con una formalidad extrema. Te imaginarás mi sorpresa. Acostumbrada a verlo en la cocina preparando tortitas y descalzo, en un principio, quedé atemorizada. Tan recio y formal era una faceta de él que no conocía. Y creo que se dio cuenta, porque al tomar posición en la cabecera giró la cabeza y me regaló un fugaz guiño de ojo. Fue un segundo, pero mi cabeza voló por horas con ese recuerdo. Aying abuela, estoy enamoradísima. Sí, sé lo que vas a decirme. Que soy una buena chica y que merezco lo mejor, pero ahora que estás en el cielo sabes que no puedes mentir. Las dos conocemos mis posibilidades y mis tonterías arrollantes. No poseo nada que llame la atención de un chico como este. ¿Tu decías que las alegrías son tan efímeras que se disfrutan las veces que se recuerdan? Entonces disfrutemos.
Señores, señoras...
Dijo tan formal que por poco me caigo de la silla. Giré el dibujo para que no viera los corazones y me dispuse a prestar atención. Si iba a ser una secretaria de quinta clase al menos iba a hacerlo bien.
Quiero presentarles a mi mano derecha. A partir de hoy Sofía Reyes y yo seremos una única persona. Hablar con ella será hablar conmigo. Ambos decidiremos las acciones publicitarias, gestiones de clientes y contrataciones. Todo lo que ella apruebe será con mi conocimiento y todo lo que yo decida será con su consejo.
¡Abuela! ¡Aún estoy hiperventilando! Todos comenzaron a hacer preguntas a las que Blake contestaba con las mismas palabras.
Sofía o yo. A partir de hoy será exactamente lo mismo.
La voz grave era firme y directa. El cuerpo se me tensó de la excitación. Y no abuela, no necesitas taparte los oídos. Mi efervescencia se trataba por los nervios de no creer lo que estaba pasando y no por un poder erótico sexual. Durante un momento me apreté los dedos hasta el dolor. Era eso o ponerme a reír como una estúpida.
La cabeza aún me gira. ¿Te lo imaginas? Yo trabajando en una agencia de primer nivel.
Estiro los brazos y los aleteo como mariposa sobre el colchón. En unos minutos igual hasta me pongo a volar.
Sí, sé que él ha depositado toda su confianza en mí, pero te juro que no pienso fallar. Es la primera oportunidad que tengo en la vida y no voy a descansar hasta demostrar que puedo hacerlo. No me importa si trabajo todos los días a todas horas. Te prometo que vas a sentirte totalmente orgullosa de mí. No sabes cuánto desearía que estuvieras aquí...
Dejo que las lágrimas caigan a los lados mientras observo el techo. Estoy sola. No necesito esconder lo mucho que te echo de menos. La necesidad de dar rienda suelta a mis emociones es más potente que mi simulacro de fortaleza. Además, este cuarto ha ocultado tantas penas que bien merece que uno de mis cientos de lágrimas al fin se deba a algo bueno.
Acerco la palma de la mano y me muerdo el dedo intentando contenerme a mi misma. ¿Será verdad? Son tantas las veces que leí que a todos les llega su momento que pensé que era una falacia de personas atormentadas que temiendo suicidarse se aferraban al consuelo ardiendo de las palabras optimistas.
Abuela Toñi…
Cuando todos salieron apenas fui capaz de agradecerle. Él me sostuvo por los hombros y me dijo que me daba lo que merecía. Estuve por contestarle que no, incluso respiré profundo para tomar valor y decirlo en voz alta, pero él se marchó dejándome sola.
No estoy segura si estuve en posición de momia tres minutos o cinco horas. Cuando pude caminar fui a buscar a Anthony y lo encerré en el cuarto del baño para contarle todo. El muy tonto gritaba tanto que le puse un rollo de papel higiénico en la boca. Ya lo conoces. Nos

pusimos a saltar y saltar hasta que las rodillas nos llevaron al suelo.
Aying abuela, si estuvieras aquí te confesaría que soy feliz, que te quiero con toda mi alma y que me he enamorado del más amable, inteligente y guapísimo de los imposibles.

No estamos solas

Laura mueve sabiamente el cabello hacia el lado izquierdo cuidando que los auriculares no estropeen las maravillosas extensiones tan bien hechas por nuestra peluquera Rosi. Frente a ella, Karina abre la agenda de margaritas. Como cada jueves los ojitos chispean esperando resaltar en rojo el primero de nuestro gran día hacia el éxito.

Una vez de pequeña desperté por la noche y encontré a mi abuela en la sala. Al verme se restregó los ojos con la tela del delantal a cuadros. El sofá de alas ancha la envolvía de tal forma que su pequeño cuerpo apenas se veía. Cuando le pregunté por qué sufría, ella me dijo que eran lágrimas de felicidad por tenerme en su vida. Era mentira. Ella también fue abandonada. Mi madre era su hija. Nos dejó solas a las dos.

Durante años lloré intentando encontrar un porqué. Anselmo en su curso de *descubretuyo* me dijo que la vida no se encuentra en las razones sino en los deseos. Y por eso estoy aquí. Ninguna mujer debería sentirse nunca sola. Nunca.

Anthony en la cabina de dirección se posiciona como el gran maestro de orquesta. Junto a él Blake me observa a través del cristal. No termino de comprenderlo. Se han convertido en nuevos mejores amigos. Blake ha decidido presentarse en la radio para ayudarle con un tema de conexiones a red. Ambos me lo explicaron como si yo tuviese idea de lo que significa, para mí la radio comienza y termina en el micro que tengo delante.

Aying, bendita suerte la mía. Estoy segura de que si instalo un circo los equilibristas sufrirían de vértigo. En el trabajo estamos juntos, en mi casa también. Y tachán, ¡redoble de tambores! Cómo si no tuviera suficiente con este sentimiento que me estrangula desde dentro, él se presenta en este, mi rincón de expansión personal. Tengo los nervios en aceite ardiendo. Sentirlo deambular tan cerca de mi espacio vital comienza a provocar un picor ardiente en mi zona corporal mejor custodiada. El corazón. ¡Por amor al cielo! Blake *terremotea* mis bases mal cimentadas. No importa los muros que proyecte por las noches, las mañanas al verlo en mi cocina preparando el desayuno, el cemento se convierte en tortitas de nata con forma de corazón.

Los dedos de Anthony se elevan señalando el tiempo de descuento. Laura golpea el lápiz contra la mesa. Karina se calza las gafas y yo rezo para que todo salga bien. Blake olvida la silla junto a Anthony y camina a mi encuentro, recoge mi cabeza entre sus manos y me come la boca antes de decirme que está locamente enamorado. ¡Uy! Eso último no pasó, pero qué lindo es imaginarlo…

—En tres, dos, ¡uno!

La música suena por todo lo alto. Las chicas sueltan la adrenalina alzando los brazos, yo cruzo los dedos mirando al gotelé descascarado del techo. *Diosito, no permitas que Blake me vea hacer el ridículo.*

—Luz verde. ¡Allá vamos!

La música a todo meter rebota en las paredes insonorizadas.

Esta noche voy a salir, me siento bien, voy a dejar todo colgado,
quiero hacer un poco de ruido, levantar mi voz, sí, quiero gritar y chillar.
Sin inhibiciones, sin poner condiciones, salirme un poco del guion, no voy a actuar de forma políticamente correcta, solo quiero pasar un buen rato.
Lo mejor de ser una mujer, es el privilegio de tener un poco de diversión y, oh, volverme totalmente loca, olvidar que soy una señorita...
¡Man! Feel like a woman!

El sonido disminuye. Es mi momento.
—Y aquí estamos nuevamente en nuestro maravilloso programa de... —Karina y Laura se unen al micrófono para gritar junto a mi.
—¡Solas!
—Solas —repito esta vez sin coro de acompañamiento—. No estamos solas.
—¡Nunca! —Karina responde pegando los labios al micrófono.
—Desde pequeñas nos visten de rosa y nos ponen una muñeca de trapo esperando que la cuidemos. Centrando nuestras obligaciones en condicionantes establecidas alguien un día consideró que ese era nuestro único valor que aportar en la sociedad. ¿Por qué les cuesta tanto comprender que somos algo más que bolsas de canguro? Somos madres o no, eso dependerá de nuestra decisión. Nuestra. Como nuestro cuerpo, nuestros pensamientos y nuestra inteligencia. Características propias y que poseemos el total derecho de utilizar como y cuando nos venga la real gana. Una parte del mundo se empeña que encontremos al afanoso, perfecto príncipe azul, pero ¿y si nos sienta mejor el amarillo o el naranja? ¿Qué opinan?
—Yo adoro el naranja —. El comentario de Laura nos arranca sonrisas.
—Yo soy más de azules, aunque he de reconocer que el naranja es un color de lo más interesante —Karina se une a la conversación.
Anthony eleva la mano derecha en señal de tijera. ¡Una llamada! No me sorprende, pero casi. Publiqué el programa en Instagram, Tik Tok y hasta en Facebook, que mira que está de capa caída, pero yo por esfuerzos nunca me detengo, ahora bien, los buenos resultados que los acompañan ya son harina de otra tarta.
—Tenemos una llamada.
Laura se pone recta como si se hubiese tragado un palo de escoba. Karina coge el bolígrafo de pompones sin pestañear y yo miro de reojo. Es demasiado guapo como para resistirme. Estoy coladita por esos ojitos de chocolate cien por ciento puro.
—Solas. No estamos solas. ¿Con quién tengo el gusto de hablar?
—Hola... eh... Me llamo Mar.
—Hola Mar, estamos encantadas de escucharte. Cuéntanos.
—Sí, soy ... Mar. Verás bonita, mi pareja no me da lo que necesito. Es un poquito egoísta. Pero solo un poquito, no vas a creer que mucho.
Anthony arrima el oído al tablero de mando. Las chicas tuercen la barbilla hacia arriba. Yo no necesito aclararme. Conozco perfectamente al personaje.
—Llevo sesenta años de matrimonio y siento que lo nuestro ya no es lo mismo.
Meto la mano en la mochila y rebusco. Presurosa como estoy el IPhone se me cae al suelo. Un centímetro más y mi pantalla no lo cuenta. Estiro los dedos y lo recojo. A trompicones le doy a las teclas. Los dedos centellean furia.
(WhatsApp) ¡Elvira! Corta la llamada. ¡Ahora!
—Llegué a pensar que hasta tenía una amante. Gracias a Dios que no. El amor es un sentimiento divino que no debe ser traicionado.
Laura y Karina se tapan los ojos. Anthony mira al cielo con la risa contenida. Acaban de reconocer a la farsante.
(WhatsApp) Elvira, ¡corta!
—Al final estaba equivocada. Mi marido es un buen hombre. Debemos hablar antes de juzgar. Y por supuesto dar Gracias a Dios por el amor. Él nos dice que amar es algo que va más allá de lo material. Queridas recibimos lo que damos.
(WhatsApp) O cortas o te juro que digo por el barrio que el pan que vendes es ¡de los chinos!

—Dios todo lo ve, por eso debemos darle siempre las gracias. Me lo enseñó mi mejor amiga, que Dios la tenga en su gloria. El padre en su bendita bondad incluso ayuda a las niñas que amenazan a pobres ancianas indefensas.
(WhatsApp) Luego hablamos...
—Gracias Elvira —. Laura sacude negando con la mano y Karina rectifica al instante—. Quiero Mar. Gracias Mar. Y por supuesto gracias a Dios.
—A ti tesoro. Tú sí eres una buena niña. Seguro alguna buena pastelera te espera esta tarde con té de violetas y bizcocho de limón.
—Así sea Elvira—. Laura vuelve a sacudir la mano—Mar. Quiero decir Mar—. Rectifica mordiéndose los labios para no reír.
—¿Algo de música? —Anthony dice antes de darle a la tecla y reventar como un globo pinchado.
La música nos permite hablar sin pensar en los oyentes.
—No lo hizo con maldad.
—Sabe que tenemos pocas llamadas. Es una buena estrategia de marketing —. Laura amplía la conclusión de Anthony.
—Es una grande —. El director comenta desde la cabina con el dedo apretado en el micro para que podamos escucharle.
—¿De quién están hablando? —Los ojitos nocturnos chispean intriga al levantarse del suelo, pero sin dejar de presionar con el pie el enchufe del ordenador que al parecer posee libertad propia.
—De nadie —. Lo que me falta. Avergonzarme aún más.
—La llamada era de Elvira. Ella es la mejor amiga de la abuela de Sofi. Tiene una panadería y confitería en la misma calle de su casa. La señora nos mima desde pequeños.
—Claro —Blake sigue sin comprender.
—Verás, nosotros la adoramos. Desde que Sofía perdió a su abuela ella no se separa. Digamos que es como su abuela suplente —. Anthony responde desde su cubículo mientras yo intento enterrarme —. Todos los domingos nos espera con una mesa cargada de bollos dulces y un café de primera.
—Y si no nos presentamos ella nos prepara un paquetito para llevar a casa —Laura agrega desde su sitio mirando hacia la cabina de cristal en donde los muchachos se encuentran encerrados.
¿Por qué le habré enseñado a usar el Samsung? ¿No debería estar durmiendo delante de la tele acariciando al gato que descansa sobre su regazo? Mañana le regalo uno.
La música comienza a perderse en la distancia y Anthony nos hace la señal de labios fruncidos que traducida en el lenguaje de la radio significa: Silencio o ¡las despellejo!
La música comienza a perderse para que entre otra llamada. Espero que esta vez no sea Doña Clara, la verdulera, desde que mi abuela ya no está, el barrio ha decidido adoptarme.
—Y aquí estamos nuevamente en Solas. No estamos solas. ¿Quién se encuentra al otro lado? —Pregunto con un poquito de temor.
—¿Es a mí?
Como sea un amigo del bingo de mi abuela cometo asesinato.
—Por supuesto amigo, ¿cómo te llamas?
—Hola, eh… soy José, pero mis amigos me llaman Chechu.
—Hola Chechu. Aunque este es un programa claramente femenino siempre estamos dispuestas a escuchar opiniones refrescantes de un hombre. Cuéntanos, ¿qué te provocó llamarnos?
—Eh, bueno, sí, verán, llamo porque tengo una novia. Mejor dicho, tenía...

—Cuánto lo siento Chechu.
—Sí, bueno, mi madre dice que a la jodida es mejor perderla que encontrarla. Una zorra de mucho cuidado.
Las chicas abren los ojos. Yo, también. Este joven definitivamente no es amigo de mi abuela.
—Chechu, no creo que debas llamarla así. Verás, el amor es un bumerán sin destino. La ley de la vida a veces parece injusta, no culpemos a nadie por el infortunio del desamor. Los corazones no son una propiedad. Los sentimientos son complementos, nunca remaches ajustados por presión.
—Es que yo...
—Estás dolido, lo entendemos, no ser el elegido duele de forma profunda. Lo mejor sería cambiar de aires siguiendo con tu vida—. Karina habla con seguridad envidiable.
—Sí, a mi eso de cambiar de aires me gustaría, pero la muy...
—Exacto —Laura cortó con rapidez profesional el discurso de Chechu mientras yo seco el sudor de mi frente al imaginar la palabrota que venía—. La vida tiene miles de destinos sin descubrir. Lo malo, aunque en un principio parezca imposible, quedará, con el tiempo, olvidado en un dulce pasado. Una nueva ruta con paisajes entrañables llamará a tu puerta. Estoy segura de ello.
—Ya, por eso os llamo, verán...
—El amor es así. ¡Vamos Chechu! Sin rencores. Recorre tu nueva carretera porque... —Laura se esfuerza en no dejarle hablar para que corte la llamada. No se fía un pelo del tal Chechu.
—Eso es lo que busco. ¡La muy hija puta me pinchó las ruedas del Mercedes! Bueno, ella no, el Richard. Que para maldad son la misma tela.
—¡Chechu! Este programa no se hizo para insultar. Por favor. Solas es un programa de mujeres y...
—¡Y por eso os llamo! ¡Yoli! ¡Cabrona de los cojones! Devuélveme el IPhone catorce Pro-Max que te compré. ¡Y que aún estoy pagando! Yoli, ojalá hayas utilizado los preservativos del chino que dejé en la mesilla. ¡Están caducados!
—Chechu, así no avanzas —. El sudor navega por mi frente.
—¡Eso Yoli! Escucha a la señorita presentadora. Avanza con el sucio del Richard y olvídame. Eso si puedes levantarte del suelo, que nos conocemos demasiado y sabemos lo mucho que te gusta hincar las rodillas para chupar la...
—Y esto es todo por hoy. Nos vemos el próximo sábado en Solas. No estamos solas —. Anthony cerró la llamada. Y el programa.
The triangles con Applejack comenzaron a sonar a todo pulmón cuando nos quitamos los cascos. Blake ríe tanto que me hace pensar que jamás lo ha hecho antes. Anthony, algo más discreto, no oculta su diversión. Las chicas y yo continuamos en shock. Blake se pone en pie saliendo de la cabina rumbo hacia mi. Lo esquivo. No es como en mi sueño. En este momento su consuelo dolería más que la vergüenza que me aplasta.

Camarero

—¡Otra! Qué la vida son dos días.
—No deberías…
—Un cuerno que no—. Si no fuese porque tiene una mirada preciosa lo mandaría a la mierda —. ¡Camarero! Otra que borre los veinte últimos años de mi vida. ¡Mejor los veintiuno y medio! Que el primero, aunque no lo recuerde, seguro está lleno de mierdas, porque yo de eso voy sobrada. Mierda, qué palabra más bonita. Blake…
—Dime.
—¿La conoces?
—¿A quién?
—A la mierda. Verás. No te muevas tanto que me mareas.
—No me estoy movimiento.
—Mentirositooo. Verás, en Madrid la usamos para todo. Amuleto gramatical de espectro variado…
—¿Qué dices?
—¡Blake! Que no me escuchas. Verás:
Que te ofrecen drogas: Paso de esa mierda.
Que no me lo creo: Y una mierda.
Que cocinó tu mejor amiga: Sabe a mierda.
Que eres una ingrata: Mierda pa ti —el ra no se pronuncia. Somos madrileños...
Que no limpias: Lo tienes hecho una mierda.
Que te joden la vida: Qué mierda.
Que hablas mal de otro: Eres un mete mierda.
Que preparas un programa de radio y un resentido llama insultando a su ex: ¡Se fue todo a la mierda!
Que te llamas Blake y estás locamen…: Es una mieeeeeerda. ¡Hip! ¡Hip! Mi cabeza… déjame sola por favor…
—No me voy a ningún sitio.
—¿Por qué sigues aquí?
—¿Por qué no?
Estoy yo como para explicaciones elaboradas. Sostenerme de lado me consume el total de las fuerzas.
—A ti te importo una mierda. He aquí otro ejemplo de mierda. Soy buena… ¡Hip!
Me levanto.
Mejor me siento.
Menuda tormenta.
—¿Te atormento?
—He dicho tormenta. ¿He dicho tormenta? ¡Pero qué dices! ¿estás borracho?
—Yo no.
—Pues eso.
—¿Eso?
—A él le... Uy madre que la lengua se me traba. ¿Tengo cáncer? ¡Tengo cáncer!
—No tienes cáncer.
—Eres médico también. Que lindo… Me muero… Él me quiere. Yo lo quiero. Ellas me

quierren. Nos *querriemos.*
—Queremos.
—¿Tú me quieres?
—Se dice queremos.
—¿Nosotros nos queremos? ¡Qué dices! No juegues conmigo…
—No estoy jugando.
—Yo digo que Anthony y las chicas nos *querriemos.* Díselo antes que me entierren.
—Queremos.
—¿Otra vez? No juegues que mira que estás para…
—Estoy, ¿para qué?
—Estoy borracha no gilipollas.
—No te considero gilipollas.
—¡Yo no soy gilipollas!
—Lo has dicho tú.
—No lo he dicho.
—Sí lo has dicho.
—Yo no lo he dicho. ¿Lo he dicho? De eso nada. Lo he pensado.
—Vamos a casa.
—No necesito a ningún hombre salvador.
—No lo soy.
—¿Eres gay?
—Me refiero a lo de salvador.
—¿Eres gay y salvador? No me importa. Respeto a todo el mundo. Es más, creo que el amor es blanco neutro. ¿O negro? También es neutro. Blanco y negro neutro. Ni para ti ni para mí.
—Nos vamos a casa.
—He dicho que puedo sol…
La gravedad del suelo me atrae. Me dejo llevar. El suelo húmedo de cerveza y cacahuetes se acerca a mi rostro ante un viento ligero que se acelera como destino irrefrenable de una vida que...
—Te tengo.
—Anthony. Me voy con él.
—Te vienes conmigo.
—Anthony me *quierrrre…*
—Está ocupado.
La camarera mueve la melena castaña de un lado a otro con mirada de loba mientras Anthony se repanchinga en la barra cual galán de telenovela.
—Puedo sola. Estoy acostumbrada.
—¿A emborracharte?
—¡A la soledad! ¿Por qué no dejas de preguntar? Me taladras la cabeza.
Blake no volvió a hablar. Yo sí. Un poco. Creo.
¿Por qué me quita la cartera? ¿Quiere robarme? ¡Quiere robarme! Que mal le queda mi bolso…
Menudo tapizado más cómodo. Hip. Voy a cerrar los ojos. Un minutito. Lo justo para descansar la vista. Hip…

Blake

—¿Dónde estoy?
—Llegamos.
—¿Dónde?
—A casa.
—¿Estoy en América?
—Tú casa.
—Mi casa. Tú casa —replica imitando a un americano recién llegado. Si no estuviera tan enfadado lanzaría una potente carcajada.
—¿Te burlas de mi acento?
—De ti, noooo —contesta llevando cabello por encima del labio.
—No llevo bigote.
—Te quedaría bien. Y barba —. Dice rodeando la diminuta barbilla con el total de su melena rebelde. Clavo mandíbula esquivando reconocer que es tan linda como graciosa. Desde que llegué no ha dejado de arrancarme sonrisas. Teniendo en cuenta mi pasado eso dice mucho de ella. Es tan fresca que podría tirarme días completos aspirando su aroma a vida. A veces la tristeza asoma por su mirada de almendras, pero son flashes que esconde con rapidez como si su deseo de mejora superase cualquier pena del pasado. Es tan fuerte, inteligente y exquisita que la comería saboreando cada gota de miel de su esencia convirtiéndola en mía. Me dejaría rodear por su dulzura hasta sentirme capaz de sonreír con la misma naturalidad con la que ella vive.
—Vamos. Mira. Se hace así —. Los dedos frágiles intentan elevar la comisura de mis labios.
—Estas como una cuba —. Estoy muriendo de ternura. Soy incapaz de evitarlo.
—Tú no me… ¡Ay!
—Te tengo.
—Bájame.
—En los últimos veinte pasos has estado por caer exactamente unas veinte veces. La misma cantidad de pasos que de caídas.
—Tropecé.
Es verdad. Tropezones con muy poca importancia como para justificar que te lleve en brazos. El problema no es tu borrachera sino el placer que me provoca sentirte pegada a mi pecho. Verte bebida me provoca una sensación de furia y ternura complementaria. Quiero abrazarte y protegerte con mi cuerpo. Envolverte en mí y decirte quién soy. Tú no merecías el sufrimiento del abandono. Me siento una basura indigna de tu compañía. Tendría que haberme empeñado mucho más por encontrarte. Mariam tiene razón, somos un sueño convertido en destino.
—Yo pue… —Apoyas la cabeza en mi hombro. Pareces dormida. El cabello revuelto cae por los hombros en una cascada caoba interminable. El calor de tu cuerpo traspasa mi piel y se hace mío. Eres tan bonita que no puedo describirte. Lo tuyo supera las simples enumeraciones. Quedarme en el brillo pizpireta de tus ojos o el brillo de tu abundante melena sería una simplicidad superficial y estúpida. Tú eres más por lo que llevas dentro que por lo que enseñas por fuera. Pensar en que puedes hacerte daño me altera los nervios. Te sujeto con fuerza. Tus manos se afianzan tras mi cuello. Cuidado pequeña, soy un mármol que cada mañana se convierte en pieza más moldeable en tus manos.
Tranquila. No pienso dejarte caer.
Afirmo las manos bajo tus rodillas. Tus labios se estiran hacia mi. Me paralizo ante la majestuosa

carnosidad de tus labios. ¿Quieres besarme? Los dedos aprietan con cuidado tus muslos. Siguen con la boca expectante. Por supuesto que deseo besarte. Muero por hacerlo. No debo. No en estas condiciones. No… sí, maldita sea, sí.
¿Giras el rostro? Pero qué... Tu piel melocotón me esquiva hacia mi barbilla. Te detienes un segundo deliciosamente interminable. Vuelves a alejarte para admirarme en la nebulosa de tu sueño. Tu cabeza se apoya sobre mi hombro. Te has dormido. La humedad de tus labios permanece en el bajo de mi mejilla. Es cálida, tibia. Adorable. Exactamente igual que tú.
Camino sonriendo. Tu beso de un segundo ha sido mejor que horas de excitante sexo. Me siento tan mareado como tú. La comodidad de tu habitación reclama que te deje. Te retengo un tiempo más. No puedo soltarte. No quiero soltarte. Hueles a vida, a color y unas gotas de te necesito. El perfume que llevo años buscando. Te mueves inquieta. La respiración es pesada. El alcohol te ha desmayado la consciencia. ¿Cómo reaccionaría si me vieras derretido como un chocolate en verano? Te deposito en tu cama. Pareces tan sola que desearía recostarme a tu lado y perdernos en los deseos. Suspiras. Encojes el cuerpo. Tienes frío. Te cubro con una manta. Buenas noches mi pequeña… Me despido con una caricia leve en los cabellos. Tenerte dormida me permite disfrutar de ciertas libertades. ¿Te gustaría entregármelas? Las recibiría encantado.
—Descansa Love.
—¿Rubén?
—¿Cómo dices?
—Rubén…
—¿Estás bien?
—Rubén.
—¿Quién es Rubén? —La pregunta me apuñala el estómago.
Te permito que vuelvas a aferrarte a mi. No debo. No está bien. No acerques tus labios a los míos o no podré… Abres la boca. Me esperas ansiosa. Demonios. ¿Quién es Rubén? Estás ebria. No es a mí a quién estás… Cubres mis labios. Tú lengua con sabor a ti se enreda con la mía. Me acerco para permitirte tomarme al completo. Tus manos ansiosas se aferran a mis hombros. Me agacho pegándome a tu pecho. El calor de tus senos traspasa la ropa. Estoy mareado. Cierro los ojos dejándome llevar. Esto es miel pura y espesada que me atrapa en su melosidad.
—Eres preciosa…
Mi mano se mueve hacia tu cuello. No pienso ir más allá. Solo deseo acariciar tu piel. Sentir el temblor que provoco en la vena que sube por tu barbilla —Love… te he encontrado.
—Rubén…
Cierro los ojos. La rabia se mezcla con un pinchazo en el hígado.
—¡¿Quién demonios es Rafa?! —Ese maldito nombre me aleja de tu cuerpo deseando cortarlo en trocitos—. Jamás lo he visto por aquí.
—Y yo jamás te he visto a ti.
Una señora de no más de metro y medio me apunta con un bastón de madera hacia el rostro. Intenta parecer temible. No lo consigue.
—Ni yo a usted. ¿Cómo ha entrado?
—Soy su abuela. ¿Y tú?
—Si no me dice quién es, pero la verdad, va a tener serios problemas.
Cruzo los brazos. Los descruzo con la misma rapidez. La pobre señora se sostiene en el marco de la puerta de la habitación temblando. He conseguido asustarla.
—Soy su casi abuela. Entonces tú debes de ser su compañero de piso. Ella me habló de ti.
—Sí, soy Blake. Y usted debe de ser Elvira. La de la llamada de esta tarde al programa.

—La misma —. Contestó con una sonrisa de oreja a oreja y sin el menor de los remordimientos. Bendita inocencia octogenaria.
Extiendo la mano en son de paz. La señora que todo lo que tiene de mayor lo posee de experiencia se relaja. Pero no lo suficiente como para distanciarse de su arma letal, el bastón.
—Traje chocolate caliente y torrijas. Las adora. Parecía tan enfadada…
—Un bonito gesto.
—¿Sois novietes?
—Yo… —la señora baja el bastón y frunce la nariz. Me ha visto besarla.
—Es broma. Soy vieja pero no anticuada. ¿Un vasito de chocolate caliente?
—¿No es demasiado tarde?
—Que va. Con este frío no puedo dormir. Mira que llevamos una temporada como nunca. De repente calor, de repente frío. Jamás he visto algo igual. Y eso que tengo más años que el burro de Jesucristo.
Apoyo la pierna izquierda en la derecha intentando encontrar un punto de apoyo para mi aburrimiento. Si tan solo tomase un poco de aire me inventaría una excusa para huir hacia mi cuarto.
—Imagino.
—No te lo imaginas… —Y aquí sigue.
—¿Seguro que no quieres chocolate? Estos días hay que alimentarse y descansar. Los jóvenes tenéis tantas actividades que…
—Y por eso debo ir a dormir—. Hablo con rapidez aprovechando una de sus tomas de aire para respirar —. Además, no quiero despertarla —digo señalando a Sofía que sigue en su cama totalmente desmayada.
—Por supuesto. Ya sabes como somos las viejas. Nos encanta hablar de tonterías.
—En absoluto. ¿La acompaño a casa?
—Uy, qué chico tan amable. No, gracias. Vivo en el segundo.
—Entonces me voy a mi cuarto.
—Me caes bien. Mucho mejor que Rubén.
Me detengo en el sitio.
—¿Rubén? Su… ¿ex?
—¿Lo han dejado? No me des esa alegría.
La contestación se me hace bola. No dijo que tuviera novio. Ese imbécil nunca vino a la casa. ¿Por qué la tiene abandonada? ¡Por qué demonios está en su vida!
—Mi pobre niña. Gracias por traerla a casa sana y salva. Ella tenía razón diciendo que eras tan guapo por dentro como por fuera.
—No mienta Elvira —. Me rasco la barbilla incrédulo.
—Lo de la belleza interior pertenece a mi cosecha—responde traviesa—. Pero, lo de que eres mucho más guapo que el de los tatuajes, sí que lo ha dicho ella.
—Ha dicho, ¿más que él?
—O sí. Y mira que está loquita por ese mal bicho. Hace unos meses, uy, no me hagas caso. No quiero entretenerte con mis historias de vieja cotilla. Estás cansado.
¿Loquita por él? ¿Unos meses? ¿Cuántos? ¿doce? ¿uno?
—¿Entonces dice que ese chocolate suyo es bueno?
—Y con un trozo de torrija mucho mejor.
Me sonríe. Le sonrío. Nuestros silencios son demasiado explícitos. Preveo que Elvira y yo seremos los próximos mejores amigos. Muy muy pronto.

Lo que mi verdad esconde

—¿Y Blake te llevó a casa?
—Vivimos juntos. Por si no os habéis enterado, somos compañeros de piso.
Karina intenta encontrar petróleo en un agujero de secano. Sin escucharla busco mi segundo paracetamol del día. Debería elevar una queja a la seguridad social. Los medicamentos post desilusión tendrían que llevar el cien por ciento de descuento.
Apoyo el móvil en el lavabo mientras las chicas al otro lado tuercen el cuello hacia la derecha para no caerse de la pantalla.
—¡Aquí estás!
En el fondo del cajón hay una suelta. No importa. No soy una melindre. La sacudo un poquito y para dentro.
—¿Acabas de masticar la pastilla? ¡Qué asco! —Abro la boca para que Laura aprecie mejor mi garganta.
Ambas hacen arcadas mientras yo río. Es mi momento de venganza. Me lo deben. Llevamos media hora hablando de Blake y sus maravillas. No necesito que señalen sus magnificencias físicas y espirituales. Son mis amigas y las esperanzas las lleva a creer por encima de mis posibilidades. Y no lo digo por estar bajo el influjo de la resaca. Lo mío es pura evidencia científica. Metro sesenta y cinco, ojos castaños, cabellos de barro mojado, soy la chica que no supera la semana de interés de un chico como Blake.
—No hay nada que contar —digo recogiendo el móvil para que mis amigas no sigan con la cabeza boca abajo—. Después de la cuarta cerveza no recuerdo nada.
—Yo diría segundo Gin tonic.
—¿Era Gin tonic?
—Después de dos chupitos y un licor de café, sí —. Añade Karina.
—Creo que voy a vomitar... —lanzo el móvil dentro del bidé.
—¡Sofía!
—Estoy bien. Falsa alarma —. Me acomodo el cabello hacia atrás a la vez que estabilizo mis ojos mareados —. No tengo nada que echar. Lo largué todo antes de las siete de la mañana.
—Tu conversación es de lo más agradable. ¿Podrías ponernos en pie? Llevamos rato mirando al grifo y a esa cosa rara de color indefinido.
—Es mi toalla de tocador —. Recojo el IPhone para mirarlas a la cara nuevamente.
—¿Verde diarrea?
—Verde pistacho —contesto mirando la prenda con ciertas dudas. Ahora que Laura lo dice...
—A mi me parece un chico estupendo. Nos ayuda con el programa, es ingeniero, educado, tiene conversación, es extranjero.
—Y otra vez la oveja al corral. A veces sois muy cansinas.
—Es un... ¿dónde estás? ¿En el salón? ¿No estará cerca?
Me lanzo de cabeza en el sofá.
—Si estuviese en casa ya les habría cortado.
—Bien —Laura se relaja—como decía, es el chico perfecto para ti. Guapo, inteligente, buen trabajo ¿y dices que se compró coche? Es el chico que estamos buscando.
—Y eso que a nosotras con que sea agradable a la vista ya nos vale —. Karina consigue arrancarnos una buena carcajada.
—Son unas chiquilinas.

—De eso nada. A ti te gusta. Y bastante más que a nosotras. No lo niegues —. Me miran tragándose la diversión.
Maldita amistad que transparenta los secretos mejor tuneados.
—De eso nada.
—¡Confiesa! Recuerda que ya me dijo el tarot. Moreno de personalidad intensa y enamorado de ti hasta las trancas.
No contesto. Estoy a un pie de caer al precipicio de las acusaciones amorosas. Cuando caes en sus redes no sobrevives. No con mis amigas.
—No te hagas la digna. Ese chico está para bocaditos pequeños.
—A Laura le gusta Blake. A Laura le gusta Blake... —. Kari comienza con la cancioncita y me siento en la obligación moral de acudir al rescate.
—No está mal.
—¿No está mal?
—Es interesante —las dos se muerden los labios— ¡Está bien! Es perfecto. Y ese es el problema. ¿No lo ven?
—¿Guapo y buen chico? Oh sí, lo vemos claramente. Un problemón espantoso —Laura se aprieta el pecho con ambas manos.
—Ya saben a lo que me refiero.
—No, la verdad es que no.
—Aying, no me hagan decir lo que ya saben.
—Si vas a empezar con la matraca de que eres una niña abandonada y que a nadie le importas voy a tu casa y te pego.
Muerdo los dientes superiores con los de abajo. Escuchar esa frase en voz alta suena demasiado estúpido, pero lo que ellas no saben es que en mi cabeza posee el total de las lógicas. Las penas del interior son más lastimeras que cientos de palabras dichas. Lo vivido es una experiencia labrada con el martillo de las lágrimas. Y eso no es fácil de superar. En mi caso los intentos de superación son emplastos de arena intentando cubrir un surco profundo. Uno al que temo que la primera lluvia deje al descubierto.
—No es de fiar —. Mi firmeza de palabras roza el ridículo.
—¿Por qué lo dices? —Ambas estiran el cuello hacia la pantalla para verme mejor.
—Es el típico hombre que me engañaría ante el primer descuido. No quiero vivir con el alma amargada esperando a que me la pegue.
—Eso no lo puedes saber —mis labios hacen demasiadas muecas—. Sí, es súper guapo ¿y qué? Ellos también se enamoran. No todos los chicos son mentirosos e infieles. Algunos hasta tienen sentimientos —Karina se sonríe de lado.
—Imposible.
—De eso nada. Existen los simpáticos, los amables, los silenciosos, los reservados y luego están los Blake.
—¿Los Blake? —Karina me quita la pregunta de los labios.
—Sí, los de no me mires porque quemo —Laura gesticula tocarse el hombro con la yema del dedo y levantarlo ardiendo.
—No seas idiota —. Karina vuelve a quitarme las palabras de la boca.
—Nena, eres preciosa y creo que le gustas. Fin de la discusión —Laura vuelve a tomar la seriedad como bastión de nuestra conversación.
—Sofi, no todas las personas son iguales. A Rubén se lo veía venir a tres leguas de distancia. Blake no es el típico tatuado y con moto que le importa un cuerno si respiras o padeces.

—Nosotras somos tus amigas y tu familia. Jamás querríamos a alguien que te lastimase.
—Porque sois buenas chicas.
—Y puede que él también. Lleva un mes ayudando en la radio —. Karina sopla dentro de una taza de té —. Te ha ofrecido una oportunidad magnífica en la agencia. ¿Por qué haría algo igual si no fuese por que es un chico capaz de ver tu valía?
Me trago las palabras. A eso no tengo pesimismo con el que contraatacar.
—¿Cuándo comienzas en tu nuevo puesto?
—En unos días —respondo a Laura.
—Por favor nena. Es un chico estupendo. Le gustas y además valora tu conocimiento. Quiere que trabajes a su lado. Créeme, es un hombre sincero. No te daría un trabajo para reírse de ti.
Vuelvo a callarme. Las conclusiones de Karina parecen lógicas.
—Es gay —. Digo la tontería para cortar la seriedad de la conversación.
—No es gay —. Laura replica con rapidez.
—¿Cómo lo sabes? —Karina parece intrigada. Yo también. Ambas pegamos la nariz a la pantalla.
—Le vi una foto de una mujer en la billetera.
—Puede ser su hermana.
—No de esas fotos. Ya saben... era una de las otras. Se le cayó cuando estaba recogiendo los cables.
—¿Otras?
—Una de esas...
—¿Qué esas?
—¡Sofía! ¡¿Hay que explicártelo todo?! El pobre se puso rojo como un tomate. Era una pelirroja en tetas. Muy en tetas.
Miro a Karina que mete el rostro dentro de la taza.
—Esa chica tenía más tetas que torso —. Laura termina de explicarse y las arcadas me suben nuevamente por la laringe.
—¡Es un asqueroso depravado!
Contesto con rabia y un poquito de celos. ¡Un montón de celos! Si tenía alguna esperanza Laura acaba de darle la extrema unción.
Voy a la cocina y apoyo el teléfono sobre una maceta mientras sirvo un zumo. La vitamina C es buena para la resaca. Espero que también ayude con las penas de amor.
—Se hizo amigo de Anthony.
—¿Y eso qué significa? —Karina pregunta a Laura mientras yo trago medio vaso sin saborear. La desilusión no me lo permite.
—Digo que Anthony no llevaría a casa de Sofi un depravado. Además, a todos los chicos les gustan las tetas. ¡Una foto no lo convierte en un psicópata sexual!
—Por eso mismo —. Laura contesta a Karina —. Es ideal para Sofi.
—Tú le darías una oportunidad a una zarigüeya bizca —. Contesto a Laura que sonríe inocente.
—Son animalitos de Dios —contesta con cara de niña buena.
El corazón de Laura es más grande que el zoo. Puede albergar a un zorro como a una marmota. Y no, no me refiero únicamente a la especie animal. Es tan tierna que en su mundo se divide entre los buenos y los amorosos.
—¿Era muy guapa? —Suspiro antes de soltar el vaso y caminar hacia la sala.
—No lo sé, no pude ver mucho más que sus *pechotes*. La recogió y escondió demasiado rápido —dijo algo de que se la pusieron, pero no le creí.

—Seguro era una pelirroja despampanante.
Las dos me miran para unirse y cantar.
—A Sofía le gusta Blake. A Sofía le gusta Blake. A Sofía...
—¡Hola! He comprado zumo natural y unos cruasanes. Son lo mejor para la resaca, al menos eso dijo Elvira —su nariz asoma antes que la cabeza en la cocina—. Perdón, no sabía que estabas hablando.
—Te trajo el desayuno es un… —se escuchan suspiros.
—Acabo de cortar.
Las voces al otro lado se apagaron, sin embargo, antes de darle al botón, conseguí ver sus manos artistas cruzarse en el centro del pecho suspirando corazones. Amigas, seres despreciables a las que mataría si no fuese porque ofrecen demasiada alegría.

Artista

—¿Te encuentras mejor?
—Sí.
Busco en el armario dos tazas para llevarlas al salón. Blake niega con la cabeza.
—La cocina es más acogedora —. Asiento mientras acomodo los manteles individuales.
La cocina es el sitio más tierno de la casa. Los colores lo inundan todo. Colores: partículas pizpiretas ocultas en pinceladas listas para ser utilizadas contra ese cristal blanco y negro que alguien nos incrustó al nacer llamándole destino.
He vivido muchos sin sentido como para demostrar que los colores saben decolorar las tristezas. Lo afirmo no como resultado de ningún tips psicológico de auto superación súper desarrollado, lo mío se resume en un instinto básico de supervivencia. O el cristal se rajaba por los costados clavándose en mi fibra sensible de la autocompasión o los colores lo convertían en necesitado vitral. Para mí nunca existió mejor alternativa. Tornasolaba la tristeza o moría de depresión. Mis amigas dicen que la valentía nos reconstruye moldeando nuestras propias cenizas, en mi caso mis manos esmaltadas de acuarelas formatearon al gris humeante de mi vida abandonada.
Pintar la vida, las cosas, el aire o hasta las lágrimas, me despiertan a la realidad que yo misma creo.
Los oscuros me dicen dónde estoy, los claros dónde debo llegar, los brillantes me rescatan, los opacos me tranquilizan, y esta pequeña cocina de popurrí experimental, me enseñó el verdadero significado de las pinturas, transformar la oscuridad de las grietas de la tristeza. Las cortinas amarillas y esos azulejos de margaritas entusiastas tiñeron de color esperanza el abandono maternal. La pared frente con un par de estanterías de madera posee el ancho justo para que los antiguos botes de Nocilla con soles naranjas y cielos al estilo impresionismo no bailen el mambo.
Mi abuela, la de las gafas mal graduadas, decidió que las preciosas obras maestras de mis manos infantiles debían conservarse en representación de nuestra eterna unión. Un paquete de doce acuarelas fabricadas por los elfos de Papá Noel, unido a mi infantil arte colorido, convirtieron los cristales y las tapas en obras Gioconda de nuestra diminuta cocina.
Las cuatro paredes declaran a voz en grito que mi afición de borronear los tonos mierda de la vida lo llevo en la sangre. A veces pienso que mi vida es un cuadro de brochazos que hoy delineo entre tímidas, pero entusiastas, pinceladas.
Un día entrarás en nuestra cocina y mis palabras saldrán de esos botes como recuerdos de nuestras risas ahogadas. Ay abuela, cuánto te echo de menos…
Años atrás, las macetas con perejil, tomillo y orégano inundaban de perfume nuestro pequeño fogón de acuarelas mal combinadas. Todas ellas conformaban una armonía perfecta en nuestro pequeño rincón de la sonrisa. Pero marchaste, y las nubes llenaron de negrura la ventana. La vida me ahogó retorciéndome en un lienzo mojado que chorreaba gotas de dolor. Perderte me retrocedió hacia esa niña de cuatro años, sola, en un portal, sentada sobre una maleta de color desesperación.
Me dejaste y por la ventana no entraba el sol. Las aromáticas murieron de la misma sequía sentimental en la que yo me encontraba. Pasé semanas sentada hecha un ovillo abandonado. No importaba si chillaba o si rogaba, tú ya no estabas. Tus manos tiernas ya no acariciaban mis cabellos enredados. El tono de tu voz desaparecía entre paredes de pintura agrietada. Los púrpuras oscuros sublevaron mi conformismo. No recuerdo el tiempo que pasé chocando los pensamientos contra mi propio muro de los lamentos.

Todo hasta que una mañana, llevada por tus recuerdos, miré por la ventana. El sol brillaba expectante hacia las plantas que tanto amabas. Mi dejadez las enfrentaba contra la muerte. Descubriendo mi terrible error la culpa ahogó mi tristeza por no tenerte. Corrí a por una jarra que cargué tres veces con agua. Los efectos resultaron peores que la enfermedad. Los helechos se ahogaron por mi exceso de regadío y el orégano por la sequía. Mis puntos medios se enterraron junto a tu cajón de madera a tres metros bajo tierra. El único superviviente de mis cuidados resultó ser el geranio de florecillas rosa claro. El maltrecho se aferraba con raíces robustas a la vida. Sus hojas encogidas y marchitas suplicaban auxilio. Al igual que yo, él también sufría la pérdida de la mejor de las cuidadoras.
Loca de pena estrujé los párpados. No me detuve hasta que las lágrimas se secaron. Debíamos sobrevivir. Nos amaste demasiado como para terminar en el cementerio de los descansados en paz. Dando saltos me puse un pantalón, mis Converse doradas y corrí con el viento golpeándome las mejillas. Doña Cata, proveedora oficial de helechos, ficus y consejera de cualquier esquina que mi abuela consideraba poco iluminada, era la única que podía salvarnos. En el momento en el que crucé el portal del vivero abrazando al geranio ella me extendió sus manos para que le entregase a la malherida. Días en su hospital del cariño la planta regresó a la vida. Las dos, aunque con cicatrices de costra arraigada, seguimos intentando colorear las mañanas de algo llamado esperanza. Porque tú así me lo enseñaste. Te lo debo. Me amaste tanto como para cuidarme más que una madre, yo, por ti, intento hacerlo.
—Las macetas pintadas poseen algo especial —Blake se divierte acariciando los trazos de niña pequeña pintarrajeados en los botes.
—Mi abuela decía que estas paredes guardan nuestras conversaciones. No recuerdo confesión que no le hiciera en esta cocina —la voz se me quiebra al ver su silla vacía—. ¿Sabes? No existía drama que ella no solucionara con un te quiero. Ni una sola vez se arrepintió de tenerme. Ni siquiera cuando arrojaba la mochila al aire y entraba llorando por… —. Esquivo el nombre de mi ex. Rubén ya no pinta nada en mi vida.
—La echas de menos.
—Todas las mañanas que respiro —sacudo la cabeza poniéndome en pie hacia las servilletas de papel —. Te debo unas disculpas.
Se sienta delante de mí con una taza de café caliente. No me quita ojo.
La vergüenza es mayor que el apetito mañanero. Anoche escondí la cabeza en las copas de alcohol. Mi comportamiento no posee justificación.
—No me gustó verte así.
—Ni a mí. No suelo beber tanto. Imagino que fueron muchas emociones.
Cierro la boca mordisqueando un gran trozo de croissant. Elvira es la mejor pastelera de todo Madrid.
—¿Por qué lo hiciste?
Porque me dio vergüenza que vieras mi programa cutre.
Porque me sentí una idiota jugando a ser importante.
Porque quise morir.
Porque sufro intentando olvidar.
Porque me gustas tanto que no pienso en nadie más que en ti.
Porque en días me he enamorado más que en años.
Porque me despierto soñando que me quieres.
—No lo sé.
—Puedes contar conmigo.

—No soy ninguna niñata tonta. Sé cuidarme sola —. Su mano limosnera posicionada sobre la mía me molesta.
Los dedos de Blake hacen un moonwalk digno de Michael Jackson.
Me siento peor que antes.
El café oculta mi rostro avergonzado.
Estando a su lado pienso A, pero digo B. Siento C y digo D. Estoy perdiendo la poca cordura con la que nací.
—¿Desde cuándo?
—¿Desde cuándo qué?
—Desde cuándo sabes cuidarte sola.
—¿No vas a dejarlo estar?
—Con lo que quiero soy muy persistente —. Y ahí está otra vez. Esa mirada oscura que penetra y gira en la esquina más profunda de mi intimidad.
La tranquilidad de su compañía se entremezcla con la excitación de su cercanía. Me gustaría comerlo a besos, pasar uno noche de sexo desenfrenada, y a la vez, pasear una tarde inocente con las manos entrecruzadas. A su lado soy un tobogán de sensaciones extremas luchando por caer, alzarse al cielo, y otra vez volver a empezar.
—Comprendo que no confíes en mí.
Suspiro acomodando mis locuras mentales. Mi historia de tanto repetirla se ha convertido en una poesía mal recitada. Ciertos tipos de pasados debería llevar una lápida de ¡peligro! si el zombi de los recuerdos despierta, no nos hacemos responsables.
—La versión resumida es que mi madre me abandonó —redoblo las esquinas de la servilleta de papel.
—¿Y la ampliada?
—El zombi está enterrado.
—¿Cómo dices?
—Nada —suspiro incomprendida—. Mi madre marchó tras los pasos de un hombre, de la vida o de mis llantos, no lo sé. La abuela Toñi me recogió con cuatro años y desde ese momento ambas cuidamos la una de la otra. Ella fue mi madre, mi abuela y mi todo. Fin de la historia ampliada.
—Lo siento.
No digo nada. La pena es el peor sentimiento que recibimos los abandonados. Ella acarrea amores inexistentes. Ya sea por una madre, por un amor o por una desgracia, no importa el motivo del abandono, los olvidados caminamos con demasiadas miradas aromatizadas de limosna compasiva. Y es tan repugnante su esencia que ni la anosmia lo soluciona.
—¿Y tú? —Desvío la conversación.
—No, a mí no me abandonaron —Blake ríe y debo admitir que yo también.
Es la primera vez que un chico me hace una broma con mi pequeña gran desgracia. Me gusta. Arrancar chistes huele a jazmines blancos.
De pequeña llevaba un cartel de ABANDONADA colgado del cuello. Las madres de otras niñas me acariciaban el rostro y suspiraban. El frutero me obsequiaba mandarinas, la ciega del cupón me reservaba un número para la suerte de navidad, y Juani, la de la tienda de chuches, jamás me cobró las piruletas. De esta no pienso quejarme, su lastima olía a gominola sabor fresas.
—Tengo una hermana de diecisiete años y soy su tutor legal. Mis padres fallecieron en un accidente de tráfico.
—Lo siento mucho. ¿Tutor legal? ¿Qué edad tienes?
—Veinticuatro.

—Por eso pareces tan serio.
—¿Serio es igual que amargado?
Aying, esos ojitos cuando se comportan traviesos se superan.
—Imagino que cuidar de tu hermana te dio madurez. A eso me refiero con más formal que otros.
—¿Más formal que Rubén?
—¿Cómo dices?
Se rasca el cuello antes de contestar.
—Lo nombraste anoche un par de veces antes de...
—¿Antes de?
—Lo nombraste. ¿No recuerdas nada de lo que pasó?
Sus ojos se clavan en los míos. Espero no haber dicho ninguna tontería porque la verdad es que después de los gin tonics la cabeza se me puso en modo lavadora. Limpia y vacía.
—Seguro fue una tontería. No me hagas caso.
—Yo no lo llamaría tontería. Nuestro encuentro fue de lo más… placentero.
—¿Hice alguna estupidez?
Encierro la mano sobre la cabeza. Soy una artista del arte dramático. Mi profesor de química me regaló un cero y la magnificencia de tan preciado título.
—Tranquila, no acepto tonterías que no deseo. Dime, quien es ese misterioso Rubén.
Está recto. Ha dejado la taza de café a un lado para cruzar los brazos con mayor contundencia.
—Mi ex.
Hablar de Rubén me ocasiona una infinita vergüenza. La seriedad e inteligencia de uno resalta la estupidez del otro.
—¿Cuánto hace que lo habéis dejado? —. Seguro que alcé las cejas de esa forma que me dicen las chicas que casi siempre hago —. Dije que era insistente. Nada ni nadie se me resiste cuando quiero algo.
Ya me gustaría ser un poquito de eso que quieres…
—Rompimos hace un año. Sus mentiras me hicieron desconfiar y yo, de confianza, voy ajustadita —los detalles de mi relación con Rubén me los guardo. Algunos errores en voz alta suenan demasiado estúpidos —. Este café está buenísimo.
—Elvira, dijo que hace poco lo vio por aquí. Ella piensa que él y tú…
Mañana incendio su pastelería.
—Quedamos como amigos y nos vemos de vez en cuando. ¿Piensas quedarte mucho tiempo en Madrid?
Bebe antes de contestar. No parece feliz terminando con la conversación acerca de Rubén y sus visitas. Yo sí.
—El tiempo suficiente.
—¿Suficiente para qué?
—Veo que a ti también te van las preguntitas.
—Interés general.
—Me gusta tu interés —*¿eso qué significa?* —La agencia necesitaba un cambio de rumbo. Llegó el momento que el capitán busque nuevos puertos.
—Veinticuatro años y directivo de una agencia. WOW.
—El wow queda enterrado cuando la empresa es herencia de mamá. Me necesitaban y aquí estoy. Mi vida real se encuentra en mi propio proyecto. Tengo una empresa que se dedica a la construcción de drones.
—Wow. Los drones son algo súper interesante.

—No tanto, la agencia es mucho más atractiva. Mi madre y su familia se esforzaron para que se convirtiese en una de las consultoras élite.
—Entonces no eres director. ¡Eres dueño!
—Accionista es lo más correcto. Pero con pocas acciones. Nada impresionante.
Los temblores me suben por las rodillas. Estuve a punto de caerme de culo. Por suerte lo tengo firmemente afianzado sobre la silla. Lo más cerca que estuve de crear algo fue el vestido de una Barby. No lo conseguí. Aquello se parecía más a un taparrabos que a un Versace.
—Te aseguro que trabajaré duro. No voy a defraudarte. Puedes confiar en mí. Pondré todo el empeño en hacer lo mejor. Aprendo rápido.
Hablo tan exaltada que me parezco a una sirvienta a punto de ser contratada.
—Tengo mucha esperanza en ti.
—Confías como si me conocieras desde siempre.
Miro al cielo esperando no joderla, a veces las desgracias siempre me encuentran demasiado pronto. Soy como el agua para las avispas. Una vez estaba yo por dar mi primer beso cuando recordé que había comido unos nachos tex-mex y… el chico continúa sin recuperarse.
—¿Te gustan los colores?
—¿Por qué lo dices? —Este chico adora saltar de temas como si fuera una rayuela.
—Por esta cocina. Todos son signos de una creatividad refrescante.
—A veces tengo la manía de ponerle color a las cosas o a las situaciones. Un divertimento tonto —mis reflexiones de los colores son demasiado intensa para un chico que apenas me conoce—.
¿Y se puede saber cómo sabe tanto de creatividad un ingeniero desabrido?
Se carcajea antes de contestar.
—Los ingenieros no somos tan zoquetes como parecemos. Mi madre era pintora de arte abstracto. Además, como hijo de artista, sé reconocer la perfección cuando la veo. Y esos botes de galletas son toda una obra de arte.
—Eres un mentiroso horrible —digo mirando mi regalo de tercero de primaria en el día de la madre. Un frasco con una margarita tricolor y un oso que mira bizco. La abuela Toñi lo conservó como mi primera gran obra. Recuerdo que le supliqué que lo tirase. Para variar, no me hizo caso.
—Mi madre decía que los días se bocetan el día anterior y se maquillan con la esperanza del despertar mañanero. Ella insistía en darle color a la vida.
Los ojos se me abren como ceros en las rebajas.
—¡Yo digo lo mismo! Qué coincidencia.
Blake acerca la taza a la boca y se lo bebe de un sorbo y sin respirar.
—¿Entonces pintas desde pequeña?
—Papá Noel me trajo una caja de cincuenta lápices. Imagino que esos fueron mis primeros pinitos. Pero ya no lo hago. Me conformo con pintarrajear mis pensamientos. Créeme, no desearías ver mis ideas plasmadas en papel.
—De antes de tu abuela, ¿no recuerdas nada?
—La primera imagen que conservo es la de su mano acercándose a la mía. Ella es la única madre que merece mi recuerdo.
Un silencio inmenso se produce hasta que Blake lo rompe arrojándome una servilleta que segundos antes convirtió en bola.
—¡El primero que encuentre el mando escoge película!
Pobre ingenuo. Mi silla se encuentra más cerca de la puerta.
—¡Eso es trampa! —Chillo intentando soltarme de su abrazo. Me tiene pillada por la cintura.
—En el juego y el amor todo vale.

—¡Es en la guerra y el amor!
—Justo lo que he dicho —. Contesta dándome un beso en la mejilla antes de soltarse y salir disparado.
El corazón se me acaba de paralizar al igual que las piernas. No puedo moverme. Me acaricio la mejilla con la sensación de sus labios en la piel. Soy tonta, pero juraría que se demoró un tiempo mayor a lo habitual.
Un segundo: es cariño de amigo.
Dos segundos: beso de disculpas.
Tres segundos: me encantas.
Y este beso fue al menos de cuatro segundos y medio. ¡Cuatro segundos y medio!

—¿Palomitas?
—¿Estás seguro de que quieres seguir viéndola? Puedo poner otra.
—¿Y perderme lo que pasa con el pobre Noah? Ni se te ocurra.
Blake camina descalzo hacia la cocina con la sonrisa puesta. Yo conservo la mía tatuada en los labios.
Llevamos el sábado al completo sentados en el salón comiendo guarradas, viendo películas románticas y riendo con sus comentarios inapropiados. Cada momento en el que el protagonista provoca un beso fallido Blake me arrancan carcajadas con sus comentarios idiotas.
Tengo miedo. ¡Tengo pánico! Jamás un chico dedicó su tiempo a hacerme sentir bien. ¿Y si le doy pena? ¿Y si lo que ve es una loca divertida con la que poder pasarlo bien?
Grita desde la cocina sobre algo de un zumo. Contesto que sí mientras recuerdo ese beso en la mejilla de cuatro infinitos y mortales segundos. Y medio. Y medio. Los medios son lo más importante.

Blake

Simon, estoy ocupado, ¿qué quieres? Sí en sábado. ¡Eh dicho que no la he encontrado! —Chillo en un murmullo para que ella no me escuche —. Puede que tu información no fuese la correcta. Te hablo cuando lo tenga comprobado. Sí, estoy acompañado.
Meto el móvil en el bolsillo. La excusa de las palomitas me ofreció la oportunidad perfecta para que el teléfono dejara de vibrar en mi trasero.
No estoy seguro cuánto tiempo pueda seguir mintiéndole. Simón busca mi confirmación. Si lo supiera ella sufriría, y yo, jamás me lo perdonaría. El muy imbécil no cesaba de preguntarme si era ella la chica que buscamos. Imbécil. Basta con verme la cara para saber que siempre ha sido ella.
El cristal del microondas retiene los granos de maíz al explotar. Mi cabeza no posee cristal. Esto iba a pasar. Lo supe en el momento en que te vi junto a tu bicicleta. Mi pequeña Love. Anoche no debí besarte. Estabas borracha e indefensa. Soy un capullo que no deja de pensar en tu cuerpo contorsionado bajo la presión de mis caricias. Y esas malditas películas de romance con sexo contenido que no hacen más que encender los deseos. ¿Cómo será tu sonrisa traviesa después de una noche desenfrenada? Esos labios carnosos y llenos mordidos por mi antes de…
La campana suena y extraigo con la mano la fuente humeante, mi cuerpo se encuentra más ardiente que el grueso recipiente.
—Al fin. Pensaba que no querías ver la siguiente peli.
Apareces con ese resplandor que te rodea. Te mordería hasta extraer la última gota de tu néctar y...
—¿Blake?
—Es por Noah. Pobre hombre.
—Termina en cinco minutos.
—¡Nooooo! ¿Pero volverán a estar juntos? ¡Necesito saber que ella lo quiere!
Lanzas una carcajada y juro que te mordería ese hoyuelo que ocultas justo entre el labio y el sonrosado pómulo. Es pequeño, casi diminuto, apenas perceptible para miradas distraídas. No es mi caso. Retengo cada uno de tus detalles. Labios, hombros, nariz, ojos, manos, son una necesidad desesperante ante mi locura por poseerte.
Eres tan fresca que respiraría de tu aire cada solitaria de mis pesadas mañanas. Nunca he visto una imagen menos trabajada y más excitante que la tuya. Camiseta y pantalones de algodón. Cabellera recogida en una coleta. No puedes imaginar lo que haría con esa melena chocolate enroscada en mi puño. La boca se me seca imaginando las miles de formas de acercarte a mi lado. Anoche estuve a punto de tirar abajo la puerta de tu habitación y curar tu borrachera.
—Los he visto más rápidos —. Me robas el cuenco cargado hasta arriba de palomitas. Cielo, contigo quiero hacer cosas, pero ninguna de ellas es rápida.
—Lo que a fuego lento se prepara a fuego lento se disfruta —la voz me duele de tanta ronquera.
No te mueves. Yo tampoco lo hago. Ambos sabemos lo que acabo de insinuar. Tu mirada se clava en la mía. Quiero tocar cada milímetro de ese cuello delicado. Mi boca ahogaría todos los nombres excepto el mío. Nunca volverías a llamar a otro. Mis letras serían tu inicio y tu después. Te devoraría lentamente. Sin tiempos. Sin pasado. Sin recuerdos… Mi cuerpo entraría en ti acariciando cada centímetro de tu humedad. Seríamos lo que nunca pude ser con otra. Contigo sería diferente. Lo sé.
—¿Todo bien?

—Sí —contesto ignorando el fuego que me evapora la sangre—. ¿Entonces cuál es la siguiente película?
Te robo la fuente y camino hacia la sala sin prestar atención a lo que dices. La película me importa un cuerno. Un segundo más delante de tus labios traviesos y las palomitas no será lo único que coma. Estoy hambriento de ti. Siempre lo estuve. Ahora que te vuelvo a encontrar es cuando lo comprendo.

¿Será que sí?

—¡Buenas noches! Una noche más te saludamos desde: ¡Solas! No estamos solas.
—Hola Karina.
—Buenas noches Sofi.
—¿Todo listo Laura?
—Preparadísima mi Sofi.
—Entonces allá vamos. Queridas oyentes, hoy es una noche muy especial. Hemos decidido que el tema de debate sea el que vosotras queráis. Habitualmente proponemos un tema, sin embargo, hoy no lo haremos.
Alzo la cabeza mirando a Karina que capta el mensaje.
—Así es Sofi, esta noche hemos decidido romper con nuestros propios esquemas.
—¿Será que estamos locas?
Observo a Laura que asiente aceptando el cambio de locutor.
—Uf Sofi, no lo sabes tú bien. Y como somos unas locas difíciles de atar —contesta motivada— esta noche dejaremos volar la imaginación. ¡Guiiii! —Grita mientras se escucha el sonido de los folios volar por el aire.
La risa me gobierna mientras intento hablar. Estos momentos son impagables. Las quiero tanto…
Existen amigas a las que las letras le sobran y otras a las que el significado se les queda escuálido. Son tantos los momentos que soportan a mi lado y sin alejarse, que, a pesar de las tormentas, el corazón se me estruja. Cuando una llora, la otra consuela y la tercera empuja. Cuando una se enfada, la otra calma y la tercera se ríe. Somos tan diferentes que formamos el aliño perfecto. Nuestros caracteres son algo así como: aceite, vinagre y azúcar.
Laura, es el azúcar: Persona capaz de ver dulzura hasta en los traficantes de drogas. Criaturas inocentes a las que la vida les debe una oportunidad.
Karina, es el vinagre de Módena: Dulce hasta que la provocan. O nos tocan. Ella es capaz de defenderse a golpes de cartones de tarot.
Yo soy el aceite de oliva: Agradable pero muy pesada. Ellas dicen que no es así, que lo mío es más de carácter arriesgado. Mienten. Soy una disparatada a la que la mitad de las veces matarían. Imagino que no lo hacen porque temen terminar sus días en la cárcel.
Y por supuesto, sin olvidarme de ninguno de mis seres amados, en esta adorable mezcla de ingredientes, se encuentra el grandioso Anthony. Él es el magnífico bol que nos contiene a todas.
—Adelante chicas —. Karina está radiante.
—¡No os cortéis! Llamad y contadnos vuestras experiencias. ¡Recordad! Mientras una de nosotras tenga voz ninguna será silenciada. ¡Corred! ¿Anthony? Qué tal si calentamos motores con uno de tus temazos.
—Querida Sofi, me temo que mi música deberá esperar. Tenemos una llamada.
—¡Una llamada! Qué rápido. Adelante entonces, no hagamos esperar a nuestra oyente, Hola, ¿con quién hablo?
—Hola, soy Julia.
—Hola Julia —las tres contestamos con entusiasmo—. Te escuchamos. ¿Quieres decir algo?
—Quería contar mi experiencia. Creo que puedo servir para otras como yo.
—Nos parece perfecto. Adelante. Somos todo oídos.
—¿Ya puedo?
—Sí Julia, ya puedes. Esperamos tu historia.

Un sonido de ruidos se cuela tras el micrófono.
Cariño, voy con Paco al campo de fútbol a ver el partido del Madrid. Llegaré tarde.
—Ejem... —golpecitos en el micro—. ¿Julia?
—Eh, sí, aquí estoy. La tele estaba alta. Lo siento.
—Por supuesto. Ahora te escuchamos perfectamente. Puedes contarnos tu historia.
—Claro, claro. Verán, os escucho siempre.
—Muchas gracias, Julia —. Laura y Karina aprovechan el silencio de la oyente.
—Eh, sí. Bueno. Lo que quiero decir es que todos esos consejos sobre derechos femeninos, igualdad de oportunidades y deseos de superación, son una terrible chorrada.
En estos momentos estoy tan descolocada que no soy capaz de responder. Julia aprovecha mi vacío mental para continuar.
—Cada uno en la naturaleza tiene un rol y el nuestro es el de ser madres. Procrear es lo más bonito del mundo. Crear una familia es nuestro fin y debería ser el único objetivo que deberíamos tener.
—Verás Julia, como bien has dicho, nuestro programa es muy feminista y por ello defendemos la igualdad en todos los aspectos. Incluso en las opiniones. Y aunque aceptamos tu decisión creemos que existen otras mujeres que les gustaría escoger su propio destino. Dentro o fuera de la maternidad.
—¡Pura mierda!
Elevo la mirada hacia la cabina de dirección. Anthony parece tan descolocado como yo. Incluso Blake niega con la cabeza. Se le nota igual de molesto que nosotras.
—Julia, te pedimos que nos respetes. Nosotras lo hacemos contigo y por eso...
—¡Ni de coña! Sois unas revolucionarias de las mentiras. Dios no quiere a mujeres como vosotras. La naturaleza dice que nacimos para el hogar y eso se debe respetar. Sois unas zorras que solo buscan encamarse con cuanto hombre ande suelto. ¿Para eso quieren libertad? Todos tenemos un rol. La mujer debe quedarse en casa cuidando a sus hijos que tanto la necesitan.
La mano de Anthony se mueve en señal de corte. La sangre me hierve demasiado como para cortar la llamada.
—Julia, como te he dicho antes, respetamos tu decisión, pero lo que no acepto son las mentiras. Las mujeres que pensamos no somos zorras. Buscar mejorar, tener estudios, un trabajo o un salario igualitario no nos hace practicantes del porno. Y aunque consideramos la libertad sexual como una parte de nuestros derechos, en este programa hablamos de mucho más que un colchón, como tú dices. Deseamos dar voz a las niñas que quieren ser ingenieros sin ser tratadas como lesbianas, de jovencitas que practican fútbol sin que les griten por el tamaño de sus tetas o de subir al autobús sin que alguno se crea con derechos de tocarnos el culo. No negamos a las que desean casarse o ser madres, suplicamos igualdad de derechos para las que buscan ser algo más que un vientre.
—¡Putas! Sois putas. Lo único que queréis es acostaros con todo lo que se menea. Tiráis por la borda los valores del amor y la familia.
—¡Julia! No vamos a permitirte.
—¡Mujeres! Chicas jóvenes, no las escuchéis. Estos son demonios que pretenden alimentar el odio. Las mujeres nacimos para el hogar y los hijos. ¿Por qué sino Dios nos dio este bendito don?
Mamá. Papá dice que se queda a dormir en casa de Paco. Que el fútbol termina tarde. ¡Ahora no, Julito!
—La mujer nació para estar en casa —dice retomando las riendas de la conversación y olvidando

los chillidos de su hijo.
—¿Y el marido Julia? —Karina está tan roja de furia como yo.
—Es el jefe de familia, trabaja, nos trae los alimentos. Es el hombre de la casa.
—¿Y nosotras qué debemos hacer entonces? ¿Qué pasa con la ciencia o las artes? ¿Tampoco podemos estar allí? —Laura pregunta echando humo por las orejas.
—Cada uno tiene un deber. El nuestro es el hogar. Mujeres como vosotras es un mal ejemplo para las jovencitas de hoy en día.
La vena aorta me tintinea como segundero de bomba molotov. Estoy a punto de explotar. La mujer sigue hablando, yo mordiéndome la furia.
Me gustaría debatir, pero Julia es imparable. Ella no busca razón, ella impone. Y yo por las buenas doy mucho, pero por las malas soy nitroglicerina pura.
—El hogar es el santuario de paz y tranquilidad. Nosotras debemos...
¡Mamá! Dice papá que pinchó una rueda y que no se la arreglan hasta después de las diez. Que mañana llegará muy tarde.
Los gritos del niño se cuelan mientras la mujer continúa inflando mis ovarios.
—Nosotras debemos ser fieles, buenas esposas, buenas madres y buenas...
—¡Cornudas Julia! Eres una cornuda. Tú marido no está viendo el fútbol. ¡A estas horas no hay partido y no pinchó ninguna rueda! Julia ¡te mete los cuernos! ¿Y cómo lo sé? Porque a mí también me los metieron. ¡Y sabes algo más! Quiero que me valoren como mujer inteligente y con posibilidades. Que me respeten y me dejen hacer lo que me dé la mismísima gana. Quiero ser libre para elegir, vivir o llorar. O mejor dicho ¡lo que me salga del coño Julia! Buenas noches.
Anthony presiona rápido el botón y la música aparece de fondo. Las chicas no me regañan. Anthony tampoco. Tengo las venas como el asfalto de Madrid en plena tarde de agosto.
El micrófono interno se enciende con la luz en verde.
—Has estado fantástica. Se lo merecía —. La luz se apaga. Era Blake. Aying, no se puede ser más mono.
Agacho la cabeza. Día a día caigo en el precipicio del amor sin barrera derrapando hacia sus brazos. Seguro estoy roja como las cerezas. Taylor Swift suena mientras intentamos recomponernos.
—Otra llamada —. Anthony habla mientras Taylor canta cada vez más bajo.

Estoy tan harta de correr
todo lo rápido que puedo,
preguntándome si llegaría antes
si yo fuese un hombre.
Y estoy tan harta de que ellos
no me dejen tranquila,
porque si fuese un hombre,
entonces sería el mejor.
Sería el mejor.
Sería el mejor.

Me recojo la melena en una coleta. Lista para un nuevo pulso. Laura echa la cabeza hacia atrás y Karina bebe un sorbo de café bien cargado.
—Vamos chicas—el tono de Anthony es energía pura—. Vosotras podéis. Una loca no son todas. Tres, dos, uno y... ¡Dentro llamada!
—Hola, me llamo Sofía, ¿con quién tengo el gusto de hablar?

—Hola, mi nombre es Alba —. Parece joven. Muy joven.
—Hola Alba. Te escuchamos.
—Hola, yo...
—Tranquila Alba, estamos entre amigas —. Intento que se le relajen los nervios mientras ruego que no sea otra loca como la anterior.
—Quería decirles que me gusta vuestro trabajo.
—Muchas gracias, Alba. Créeme, hoy las chicas y yo lo necesitamos.
—No sabes cuánto, querida Alba —. Laura intenta darle un toque de humor a la noche que se viste de ácido.
—Escuché a la señora de antes y... —Alba hace una larga pausa—No estoy de acuerdo. Yo soy una de esas que os esperan. Me ayudáis mucho. Yo... Tengo que cortar. Gracias por lo que hacéis. Tengo que cortar. Lo siento.
—¿Alba? ¿Alba? ¿Estás ahí?
Algo me suena familiar. Su voz. Juraría que… ¡Mierda! ¡Es ella! La de aquella noche. La primera del mes pasado. El día anterior de conocer a Blake.
—Creo que este programa va de misterios —. Karina aclara con rapidez profesional.
—Eso parece —. Laura responde con cansancio.
—Al menos no nos han insultado —. Contesto con el pensamiento en la chica de la llamada.
—No por favor —. Karina eleva las manos al cielo.
—Sabéis, aunque la llamada fue corta, creo que la necesitábamos. Alba es una de las tantas chicas por las que este programa merece continuar. A veces es bueno recibir un te quiero o un buen achuchón.
—No podría estar más de acuerdo.
Laura me contesta, Karina continúa hablando al micro, mientras mis pensamientos me distraen. Hay algo en esa chica. No estoy segura de que es, pero no puedo dejar de pensar en ella.
—¿No te parece Sofi? —*¿De qué habla?*
Pregunta con respuesta implícita. Primero de carrera. Esa me la sé. Salvada por los pelos.
—Por supuesto que sí. Y ahora si les parece nos merecemos un buen tema musical. Anthony, ¿qué nos tienes preparado?
—Que tal un poquito de Earth, Wind & Fire y su September. Un buen inicio de puente, ¿no te parece Sofí?
—Me parece genial.
La música suena y Blake no deja de mirarme. Yo también lo hago. Lo que comienza a crecer en mi corazón es una montaña, y las montañas no se ocultan con un dedo.
No quiero parecer una paranoica pero las frases de las chicas me retumban. ¿Y si ellas tuviesen un uno por ciento de razón? ¿Por qué está en la radio? Si utilizo la regla de OSADIA del curso de Anselmo diría que ante la O de observación nos encontramos:
Uno. Estás terriblemente desesperado: Queda descartado, he visto en la agencia como te miran las chicas. Más de una desearía hacerte perder el tiempo.
Dos. Te gusta Anthony: Queda descartado, Laura con la foto de la pelirroja de melena al viento confirmó que no te van los hombres.
Tres. Estudias periodismo: Descartado. Eres de ciencias.
Cuatro. Te gusta alguna de las aquí presentes. No lo descarto.
La observación y el análisis son claros. Alguien de aquí te gusta. ¿Podría ser yo? Aying, la sonrisa me brota histérica.
¿Debería pasar a la A de ataque?

Blake

—Anthony, ¿quién es Rubén?
Me siento a su lado. Aprovecho que todos están en el descanso y nosotros enchufando cables para lanzarme a por la información que necesito.
—¿Te habló de él?
—Algo así.
—¿Qué dijo?
—Poco.
—Estuvieron saliendo un par de años. Fue su primer hombre, ya me entiendes… —Lo entiendo y me atraganto. Mi urticaria también lo hace —. Lo adoraba. O lo adora. Espero que sea pasado. Recordarlo me indigesta. El muy imbécil la engañó con cuanta loca se le cruzó por delante.
—¿Sigue viéndole?
—Espero que no. Al menos yo no volví a encontrarlo en su casa.
—¿Era tú amigo?
—¿Yo amigo de Rubén? Si hubiera podido lo habría ahogado en el florero de la abuela Toñi. Como siempre en estos casos, la pobrecita se enteró la última. El desgraciado se cuidó mucho que ni las chicas ni yo supiéramos nada de los cuernos que calzaba.
—Las enamoradas lo perdonan todo. Hasta los cuernos.
Saberla loquita por ese tipo de mala muerte me carcome por dentro. Me muevo incómodo en la silla. Aunque no tengo derechos sobre su pasado, la urticaria asciende de brazos a puños.
—Que va. Ella no sabía de sus mentiras. Cuando comprobó que los chismes eran reales le dio la patada del siglo. Sufrió, no te lo voy a negar, incluso siguió acostándose con él un par de veces más, pero ya no era lo mismo. Si lo vuelvo a ver le estampo los musculitos contra el suelo.
Después de Rubén mi pobre Sofi no volvió a interesarse seriamente por ningún otro chico. Creo que tiene un poco de miedo a entregarse y que la lastimen.
No tengo derecho.
No tengo ningún derecho de matar a esa basura.
No tengo derecho a desear cortarlo en trocitos pequeños y pisarlo hasta que desaparezca.
No tengo derecho, pero ¡ay! cómo quiero.
—Todos nos sentimos orgullosos de ella. El problema de Sofía es que a veces...
—¿A veces…?
Me siento un niño al que le han dado un dulce para luego quitárselo.
—Es su intimidad. No puedo ni debo, aunque… —*¿aunque?* — Lo que sí puedo contarte es que si vuelve a encontrarme a ese malnacido se pensará dos veces acercarse a ella.
—¿Le diste un buen derechazo? —Le palmeo el hombro. De haber sido yo lo habría enviado directo a la morgue.
—De clase de boxeo.
Sonrío hasta que pienso en ella. Hecho penosamente habitual el mes que llevo viviendo en su casa. Desde que despierto hasta que me acuesto, e incluso en los sueños, Sofía es el centro de gravedad en el que últimamente orbito. Todo pasa por ella. Mi cabeza es un cometa mareado. Jamás he pensado en ninguna chica tanto como lo hago en ella.
—Imagino lo mucho que se enfadó.
—La vas conociendo—dice muerto de risa—. Me gritó hasta dejarme sordo con esa perorata de que no necesita que la defiendan, que sabe cuidarse sola y no sé qué más chorradas. Dejó de

hablarme un fin de semana completo. Las primeras horas las pasé fatal. Por suerte para mí los consejos de Elvira y sus pasteles ayudaron en el proceso de absolución.
—Sofía es muy importante para ti.
Los cuatro han encontrado en la amistad los lazos de protección que los mantiene enteros. Lo comprendo perfectamente. Al perder a mis padres pasé de adolescente a padre de una niña pequeña. Mariam se convirtió en la única obligación que me mantuvo vivo. La soledad manotea desesperada buscando un punto de rescate. Hermanos, amor, odio son la balsa a la que te aferras para no hundirte. Las pequeñas manitas de Mariam me sujetaron hasta pisar tierra firme. En su caso la balsa se llamó amigos.
—Sofi es preciosa en la oscuridad y a pleno sol. Lucha por lo que cree hasta que las uñas se le rompen de tanto aferrarse. Es divertida, alegre y tumultuosa. Su locura es un huracán que nunca se detiene. Si intentas alejarte solo consigues sufrir porque la necesitas —Anthony acaricia el teclado—. Ni Rubén ni Juan de los Pinos nos separarán jamás. Es mi familia —comenta con la mirada perdida en la mesa de las chicas.
Al otro lado de la cabina, sonrientes, ella señala el reloj. Anthony se acelera para ponerse los auriculares y comenzar el programa.
—Y dices que el tal Rubén y ella ¿estudiaron juntos?
—¿Interesado en la competencia?
Anthony ha dejado atrás la sentimentalidad para aferrarse nuevamente a la sonrisa canalla que lo identifica.
—No digas tonterías.
—No soy yo el que está desesperado por saber.
—No estoy desesperado. Es simple… curiosidad.
—Por supuesto, ¿qué otra cosa podía ser? Rubén estudió en el mismo colegio que nosotros, pero un curso superior al mío.
Anthony sube el volumen de la música. Aprovecho la distracción para abrir el navegador del móvil. Un colegio, un par de enlaces, y la magia de Internet se hace presente. Perfil de Instagram. Rostro en la primera foto. Cuerpo y tatuajes en la cuarta. No entiendo qué pudo ver en este idiota.
Las chicas y Anthony desarrollan el programa con amplia profesionalidad. Yo arrojo el teléfono sobre la mesa sin mucho cuidado.
Fue su primer hombre…
Recordar las palabras de Anthony me descascaran las entrañas en carne viva. Pensar en ese capullo entrando en su cuerpo es asquerosamente insoportable.

No somos

—Si no masticas vas a enfermar.
—No tengo tiempo. ¿Sabías que cocinas de muerte? Eres todo un partidazo.
—¿Me estás pidiendo salir?
—¿Sabes que hablas muy bien español? Lo pillas todo al vuelo.
—¿Eso significa que quieres ser mi novia o que pasamos directo a los postres? —La sonrisa pícara me dice que está de broma. Qué pena la mía.
—Creía que a los americanos no les gustaba mucho aprender otro idioma.
—El español siempre me interesó. Digamos que sabía que algún día lo necesitaría.
—Por la agencia en España.
—Entre tantas cosas.
Ayudo a recoger mi plato. Blake me detiene con la mano.
—No necesitas estar con el tiempo pisándote los pies. Ya tienes un nuevo trabajo.
—Uno que comienzo en dos semanas. Te lo pedí por favor. ¿Lo recuerdas?
—Y yo te lo di, ¿lo recuerdas? Me gustaría comprender por qué.
Se rasca el cuello. Siempre que está molesto lo hace. Y estos días parece una cuerda de violín. Camina y se mueve con los nervios tras la espalda. No despega la vista del móvil. Cada campanita de mensaje lo hace saltar en el sitio.
—Que sea ryder no significa que no sea responsable. Encontrar un reemplazo les llevará un tiempo. No me gusta dejar a la gente tirada.
Acerco el último vaso al fregaplatos. Él se gira de forma extraña. Me cuesta reconocerlo.
—¿Sabes los peligros que entraña una gran ciudad para una chica ingenua con tú? Te llevo en coche. Terminarás antes.
—¿Ingenua? De eso nada.
—Deberías estar en casa pensando en tu futuro y no pedaleando por la noche madrileña.
Blake refunfuña. Creo que es la primera vez que lo veo tan molesto. El tono autoritario no me gusta un pelo.
—Imagino que tampoco tienes tiempo para el postre.
Niego con la cabeza.
—Llego tarde.
—En una semana la agencia absorberá todo tu tiempo y se acabarán estos trabajos sin sentido.
—Lo prometí y mi palabra es ley, aunque ahora que estamos hablando deberías saber que...
—¡¿Hay más?! —Se cruza delante de mi casco para que no pueda alcanzarlo.
—Sí. El programa de radio. Es mi proyecto personal y no pienso abandonarlo.
—La radio no me molesta.
—¿No te molesta? Creo que no estoy comprendiendo. Agradezco un millón la oportunidad que me brindas de trabajar en la agencia, pero mi vida es mía. La radio ahora más que nunca es necesaria.
—¿Ahora más que nunca? ¿En qué te has metido?
Los brazos cruzados resaltan cada gota de sus venas inflamadas. La mandíbula tensa parece que acabase de masticar cristales. ¿Qué está pasando?
—Será mejor que me vaya antes de que esta conversación termine en mal puerto. El casco, por favor —señalo tras él.
Blake da medio giro y me lo entrega sin soltarlo.

—¿A qué hora vendrás?
—¿A qué hora vendré?
—La noche puede resultar peligrosa.
—Tarde, muy tarde, es más, creo que me acaba de brotar la necesidad espontánea de salir a tomar algo.
Mi paciencia se acaba de escapar por la puerta.
—Esperaré despierto —. Los dedos en mi casco son anzuelos firmes.
—No hace falta. Sé cuidarme sola.
Me inclino hacia atrás cogiendo impulso. Quitar el casco de sus garras es luchar contra un tiburón. Estoy inclinada como un cometa contra el viento.
—Ya no necesitas cuidarte sola.
—¿Eso qué significa?
—Significa que si quieres volver a emborracharte como una cuba o enrollarte con otro imbécil como tu ex no te lo voy a permitir —. Las pupilas le desprenden truenos nocturnos.
—Que tú ¡qué! Jamás hubiese imaginado esto de ti. Mira, si salgo de noche y me enrollo con el más estúpido del planeta es mi problema. Ni tú ni nadie me va a decir lo que debo hacer. Tú y yo compartimos piso, ese es el único vínculo que nos une. ¿Queda clarito o te lo coloreo?
Blake suelta el casco y el impulso casi me aterriza de culo contra el suelo. Se marcha hacia su habitación dando un portazo de puerta giratoria. Yo no estoy mejor.
¡Quién se cree que es! ¿Ciudad peligrosa ha dicho? ¿Madrid? ¡Esta es mi ciudad! Aquí he nacido y somos todos un encanto. ¡Un encanto!
—¡Madrid! —Chillo calzándome el casco.
Si está molesto qué se rasque.
—¡Que te rasques!
Al salir doy un portazo importante. Si vamos a competir acabo de impulsar el ¡Plaf! de la victoria.

Blake

Soy un completo imbécil. Un idiota sin fronteras. No me lo puedo creer. ¿Cómo he podido ponerme de esa forma? ¡Y desde cuándo soy tan protector! A Mariam le basta con un mensaje para desaparecer todo un fin de semana. ¡Joder! Y hablando de Roma. El móvil con su rostro alegre aparece en la pantalla.
—Qué quieres.
—Yo también te quiero hermanito.
—Mariam, no estoy de humor.
—¿Qué ha pasado? ¿Es por ella?
—Algo parecido.
Presiono el manos libres y lanzo el aparato junto a la almohada.
—Blake, ¿ella lo sabe?
—No es eso.
—Habla ahora mismo o voy y te arranco las palabras a tortazos.
Me sonrío sin ganas. Mariam posee unos huesitos de bailarina. Sus golpes, en estos momentos para mis nervios culpables significarían cálidos masajes.
—Resulta que soy imbécil.
—Ah, eso —. Contesta aliviada.
—¿Crees que puedo arreglarlo?
—No. Eres imbécil desde que te conozco.
Me rasco la nuca antes de tirarme en la cama junto al móvil. No tengo respuesta con la que defenderme.
—Blake, ¿es cómo pensábamos?
—Es mucho mejor que cualquier imagen que pudimos hacernos. Es alegre y optimista, y aunque tiene razones para no serlo, se esfuerza por encontrar su mejor versión. Hace un año perdió a su abuela. Ella era todo lo que tenía, sin embargo, no se rindió. Es valiente y con ideales. Y cuando sonríe es… Sofía.
—¿Así se llama?
—Sí. Su nombre es Sofía Reyes.
—¿Está sola?
—No, ya no.
—Por supuesto que no. No la dejaremos.
—¿Tiene amigas? ¿Crees que le gustará conocerme?
—Seguro que sí. Es muy derechos femeninos. Incluso tiene un programa de radio para jovencitas que se sienten solas —intento ocultar mi sonrisa de idiota. No lo consigo —. Es maravillosa. Le gusta la lectura, los dulces y deslumbra como un sol. Adora el ecologismo y utiliza camisetas de tonos tan vivos como su sonrisa.
—¡Blake! ¡Quiero conocerla! ¿Has firmado los papeles de mi traslado a Madrid?
—Lo he hecho. Aunque puedo retractarme si no cumples tu promesa. Debemos ser precavidos.
—Tranquilo hermanito.
—La semana que viene te recogeré en el aeropuerto y te llevaré directo al internado. Allí podrás terminar el curso mientras yo ultimo los contratos.
—¿Cuándo la conoceré?
—Cuando la convenza que no soy un imbécil.

—No quiero esperar tanto —. Mariam ríe al otro lado—. Blake, soluciona lo que sea que hayas hecho. No tenemos mucho tiempo. Simon pisa tus talones. Ella no puede sufrir los errores ajenos. Ya no.
—Lo sé. Hablamos en otro momento.
—Lo conseguirás. Tú simulas ser inteligente y listo.
—Un día te encierro y tiro las llaves.
—Yo también te quiero hermanito.
Doy al botón rojo antes de tumbarme boca abajo y aporrear la almohada.
¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! ¡Soy imbécil!

Celos

—No vuelvas a hablarme. No vuelvas a mirarme. ¡No vuelvas!
Si en esta radio existiese un maldito vaso que no fuese de plástico juro que se lo partiría por la cabeza. Estoy que camino por las paredes. La rabia e indignación me pueden.
—Si me dejaras explicarte.
—¿Explicarte? ¡Cómo tienes tanta cara! Y yo pensé que tendrías un poco de decencia y no volverías por aquí.
—Si hubieses pasado por casa te lo habría aclarado allí.
—¿Casa? Dirás mi casa. ¡Mía! Totalmente mía.
Anthony, que acaba de entrar por la puerta, se queda a medio camino entre yo y mis gritos. Laura y Karina no pestañean. Pobre de ellas. Y pensar que lo creían un buen chico.
—¿Se puede saber qué está pasando?
La pobre Laura con esa vocecita siempre de niña comprensiva. Un día tendrá que espabilar. Si supiera que estamos delante de un estafador no sería tan dulce.
¡Qué digo un estafador! Es un farsante. Un imitador. Un… un…
—¡Desgraciado! ¡Que eres un desgraciado! Ya estás tardando en irte. Recoge tu mochila y vete por donde has venido. Sin despedidas. No las necesitamos.
—¿De qué va todo esto?
Pobre Anthony, no sabe nada.
—¿No te lo contó? Y yo que pensé que erais los mejores best new friends.
Anthony arruga la frente. Por mí como si revienta contra su propia furia. No estoy para sensiblerías. Demasiado tengo con lo que llevo a cuestas.
—¿Quizá puedas contarlo tú? —. Anthony mueve la cabeza de mi hacia el cerdo mentiroso.
—Veras…
—¿Quieres explicarte? ¡¿Ahora?! A buenas mangas este dobladillo.
—No estás en tus cabales. Porqué no aclaramos esto en otro lugar. Y a solas.
—¿A solas? ¿Y así esconder tu delito? De eso nada. Me voy a explicar bien alto y sin rodeos.
—Cualquiera lo diría… —resopla al hablar.
Estoy por lanzarle lo primero que encuentro, es decir el taco de post-it, cuando Karina me detiene con el brazo en alto. Ella y su prudente gestión de gastos.
—Todo comenzó… —Blake bosteza aburrido —¡Dónde hay una jarra! — Aunque sea de plástico seguro consigo abrirle la crisma —. ¡Si no se rompe no hay gasto! —digo a Karina que tuerce el gesto analizando mi propuesta contable.
—Resulta que este señor, este, que se encuentra justo delante.
—Me llamo Blake.
—Este —repito resaltando la primera vocal— es un clasista estirado mentiroso—además de un controlador meterete. Porque lo de enfadarte porque hago repartos nocturnos tampoco se me ha olvidado.
—Que susto —. Anthony arroja las carpetas que abrazaba como bebé recién nacido.
—¡Te parece poco!
—Cariño, todos somos un poco clasistas y algo estirados. Y los repartos nocturnos tampoco me gustan —ambos mueven la cabeza afirmando como hermanitos idiotas. Les patearía el cráneo.
—¿Vosotras pensáis lo mismo?
Las caras lo dicen todo. Estoy que me subo por las paredes. Me encuentro rodeada de lobos con

piel de gatito.
—No es lo que tú crees.
La voz grave con deje americano de Blake resuena preocupada.
—¡Una mierda para ti! Eres un… un…
—A ver si nos calmamos —Laura como siempre poniendo su sentido humanitario. Al cuerno ella y sus discursos de ONG tercermundista.
—¡Se rio de mí! Se burló de mi trabajo. ¡Se divirtió a mi costa! Me trató como una mierda.
No pienso llorar. No voy a llorar.
—¿Hiciste qué? —Anthony estira su metro ochenta al completo —. ¿Qué sucedió exactamente?
Anthony pregunta entre dientes junto a las chicas que se posicionan a mi lado. Los ojos me pican entristecidos. No voy a llorar.
—No fue así.
—Deberías explicarte —. Bien por Karina. Esa es mi amiga.
—No hice nada de lo que ella dice.
—¡Mentira! Intentaste controlarme. Luego te reíste de mí —. estoy más que furiosa. Me siento lastimada como trabajadora y como mujer —. Me hiciste daño.
—No lo pretendía. Tienes que creerme. Yo jamás te lastimaría. Mírame a los ojos. Sabes que no sería capaz. Sofía…
—O me explicas eso de hacerle daño o te juro que te rompo la cara.
Anthony comienza a perder los nervios. Bien, entre los dos, seguro le arrancamos las pestañas y tejemos una cesta.
—Vino esta mañana al estudio de grabación de la agencia con una entrega de comida.
—Entiendo —. Anthony agacha la cabeza.
—Y un cuerno que entiendes. Él y sus amiguitos se burlaron de mí.
—¿Hiciste eso? Eres un mierda —. Y he aquí otra definición de lo más acertada. Bien por Karina.
—No me reí de nadie.
—¡Mucho peor! Me ignoró como a una mosca.
—¡No estaba en la puerta!
—Sí que estabas.
—¡Al principio no!
—¿Al principio? ¡Veis! Los mentirosos tienen corto recorrido. Quiere decir que luego sí. ¡Vete con tu amiguita!
—No es mi amiguita.
—Anda que no —. Me atraganto recordando la imagen de Blake con ella sentada en sus piernas.
—¡No lo es!
—¡A mi no me grites!
—¡Entonces deja que me explique!
—Cariño, cálmate —Laura me sujeta y me permito un momento de consuelo.
Desde la dichosa entrega, hace algo menos de seis horas atrás, llevo llorando con inagotable rabia y exceso de vergüenza. El muy desgraciado hizo como que no me conocía. Una chica se rio de mi gorra y me tiró cinco euros como si fuese un perro sarnoso. Me sentí humillada y abandonada. Él, mientras tanto, estaba demasiado ocupado con una Barbie sentada en sus rodillas. Una pelirroja de tetas anti gravitacionales. Escondo el rostro tras el hombro de Laura.
No quiero llorar.
Me siento una chica del montón. Una con el orgullo atropellado y el corazón atragantado. Una

que nunca debió poner sus ojos en alguien como él. ¿Pensaba que podía interesarse en mí? El llanto intenta ganarme la partida. No se lo permito.
—Sofía, no te ignoré. Tienes que creerme.
—Fue mucho peor, te avergonzaste de conocerme.
—No quise hacerte daño. Me cortaría un brazo antes de lastimarte. Lo juro.
—¿Qué pasó exactamente?
¿Por qué Anthony le pregunta con ese tonito tan suave y no le está rompiendo la nariz?
—Les di el dinero para que pagaran, estaba demasiado enfrascado en las cifras del ordenador. Una de las chicas se acercó a la puerta y dijo algo sobre las patatas fritas y su gorra. A lo lejos me pareció escuchar la voz de Sofía. Cuando me acerqué ella corría por el pasillo hacia la salida. Intenté alcanzarla, pero subió al ascensor. Estaba en la sala del piso veinte, difícilmente podría haberla alcanzado bajando por las escaleras. La busqué en todos los sitios, pero no respondió a ninguno de mis mensajes. Vine aquí esperando encontrarla.
—¿Enfrascado en las cifras? Eres el rey de las mentiras.
—¿Te avergonzaste de ella? —Anthony pregunta con seriedad.
—Jamás.
El muy canalla hasta parece sincero.
—¡Mientes! Me trataron como una mierda. Tú nos escuchaste discutir, pero no te acercaste porque las tetas de la pelirroja te habían ahogado.
—¿Pelirroja?
—Dana. Llegó ayer de Londres —contesta a Anthony que contiene ¿la risa? No me lo puedo creer. Son todos iguales. Cortados por la misma tijera de la asquerosidad.
—Cariño, creo que Blake no tiene la culpa. Seguro que no quiso humillarte —. Laura habla con el corazón en la boca. Pobre ingenua.
—Eres magnífica y por eso te ofrecí el trabajo en la agencia.
—¡No lo quiero! Por mi como si lo quemas. Paso de rodearme de esa gente. Y con respecto a mi casa puedes mudarte esta misma noche. Si tienes problema en pagar una noche de hotel te lo descuento del alquiler.
—Sofi, no saques las cosas de quicio —. Anthony habla apaciguando los mares. Normal, entre hombres se apañan.
—Está bien. No me pagues el alquiler. ¡Vete antes!
—No voy a mudarme a ningún sitio. Y todo esto se va a terminar aquí mismo. No quise hacerte daño porque ¡no te vi! Me gusta sentir el calor de un hogar y tu casa es tan maravillosa como tú. La próxima semana vas a trabajar en la agencia porque vales, porque te necesito y porque todo esto es una estupidez sin sentido. Ahora me voy a nuestra casa. Nuestra casa. Y no llegues tarde o pienso salir a buscarte.
Blake se marchó dejándome con la carta de renuncia en los labios.
—¿Y a vosotras dos que os pasa?
Sin contestar ambas miran a Anthony.
—La pelirroja, ¿cómo es exactamente? —Laura preguntó con seriedad.
—¿Del uno al diez? Un mil.
—Sofi, ¿dónde estaba la pelirroja exactamente? —Gira preguntándome a mí.
—Sentada sobre sus piernas. ¿Por?
—Comprendo —Karina y Anthony cabecean antes de ir hacia la cabina de dirección.
—¿Comprenden? ¿Qué comprenden? ¡Qué comprenden! ¡No piensan contestarme!
Anthony se sienta, busca en el ordenador y presiona un botón. Marc Anthony habla por él.

Envidia, me muero de celos de envidia…
Queriendo ser luna en la noche…
Amándote hasta que se te olvide su nombre.
Celos, no puedo aguantar tantos celos… Celos…

—¡Imbéciles! No estoy celosa. ¡No estoy celosa!

La música suena más fuerte y me dejo caer en la silla con el humo de mi cerebro llegando hasta el techo.

—Sofi, esa pelirroja de tetas gordas. ¿Tenía ojos claros?

Laura se sienta a mi lado con los labios fruncidos.

—No estoy segura. Puede. ¡La de la foto en la cartera!

—Puede que sea una coincidencia.

—O puede que sea su novia.

—Cari, lo siento. Sé que te gusta mucho.

—No pasa nada. No es un chico para mí.

Laura me abraza y me dejo consolar contra su pecho mientras muerdo el labio inferior con los dientes.

No pienso llorar. No quiero llorar…

Espérame

—Eres tan lindo…
Estoy en una casita junto a la pradera. El día huele a frescura. El colchón de medidas desconocidas me engulle junto a los recuerdos de una noche inolvidable. El aroma a campo húmedo entra por la ventana ante un arcoíris indiscreto que se refleja en el mobiliario de pintura decapada. Me abrazo a la sábana que aún conserva tu perfume.
—¿Lo soy?
Esa voz grave me envuelve. ¿Huele a café? ¿Lo has preparado para mí? No puedo sentirme más enamorada. Los flamencos cantan junto a las lavandas provenzales que bailan de izquierda a derecha con las hojas alzadas por encima de sus flores.
I love you, baby, and if it's quite all right
I need you, baby, to warm these lonely nights
I love you, baby
Trust in me when I say
—¿Flamencos?
El lago refleja cientos de colores. Son tantos que no puedo contarlos. Mi vestido blanco de lino me ayuda a sobrevolar. Soy una gaviota recorriendo sus tierras. Pareces tan feliz. Te doy felicidad. Soy felicidad.
—Blake...Blake...
—¿Sofía?
—Bésame.
Tus labios rozan mi frente. El calor de tus labios se tatúa en mi piel. No. De los otros. De esos que dicen te quiero más que a ninguna otra.
—Bésame…
—Cielo, así no. Otra vez, así, no.
—Blake… mmm. Buenos días.
Abro los ojos. Y los vuelvo a cerrar. El aroma a la lavanda persiste junto al delicioso café. El aroma se entremezcla en mi habitación. Mi habitación. ¡Mi habitación!
—¡Pero!
—Son las nueve y el cielo se presenta despejado. Definitivamente serán buenos días —. La voz con deje americano brilla divertida.
—¡Se puede saber que haces en mi habitación!
Me cubro con la sábana hasta la barbilla. Tengo por costumbre dormir con una camiseta que apenas cubre mis partes bonitísimas.
Blake estira una taza de café. Me siento en el respaldo previa comprobación que tengo todo perfectamente cubierto. Él se acomoda junto a mis piernas. Viste una camiseta negra y unos pantalones cortos. Está descalzo y los cabellos negros se desparraman desalineados. Si en mis sueños era guapo, en el presente es inalcanzable.
—Anoche llegaste tarde.
—Salí con las chicas —apenas puedo hablar.
La pena ha barrido la imagen de Blake recostado a mi lado en un colchón de campo azulado.
—Lo sé. Anthony me llamó para avisarme.
—¿Te llamó?
—Ya no vives sola, ¿te acuerdas? Si no me avisas saldré a buscarte.

Como para olvidarme estoy. Deambulé con Laura y Karina hasta que hartas de escuchar mis lamentos me enviaron derechito a casa. Entré en puntas de pies y sin encender las luces. Mi valor nunca fue considerado de los que se lanza por precipicios.
Recordar cómo me porté con él eleva mi sonrojo sepultando mi autoestima. Nunca debí ponerme como lo hice. Una vez que los celos bajaron miles de decibelios no tuve otra opción que aceptar mi triste derrota. Blake nunca pudo verme entrar en la oficina. La cabellera de la pelirroja pierna largas se le tiraba tanto encima que de milagro podía respirar. Verla tan dispuesta sobre él me apuñaló el estómago y el raciocinio.
—Siento mucho lo que pasó ayer. Y antes de ayer. Incluso lo que haré mañana. Soy un completo imbécil. Según Mariam uno diagnosticado. Te juro que jamás haría nada para lastimarte. Eres muy importante para mí. No puedes imaginarte cuánto.
Escuchar sus disculpas me revuelven aún más las enrojecidas vergüenzas. No puedo hacerle responsable de lo que siento. Que me guste más que las Pringles de pizza es mi problema. Tiene derecho a liarse con esa o cualquier otra zorra. Y lo digo sin ningún tipo de rencor hacia las zorras pelirrojas de mala vida.
—Las disculpas te las debería dar yo a ti —. Escondo el rostro dentro de la taza. Quizá tras el humo del café mi vergüenza encuentre un escondite donde poder suicidarse—. No debí ponerme así. Es tu novia y comprendo que te pusieras de su lado.
—¿Novia? —La mano de Blake se posiciona sobre mi muslo. El calor de los dedos traspasa la sábana. Así no me ayuda a olvidarlo —. Dana es la abogada de la empresa. Necesito preparar unos contratos de forma urgente y sin errores. Solo eso. Ella viaja mucho a Baltimore y por eso nos conocemos.
La sonrisa me sale desganada. Acepto que me equivoqué, ahora, lo de la ceguera no la mastico. El tiempo que estuve con Rubén fui ciega y sorda, hecho que me llevó a calzar cuernos de búfalo africano. Esos tiempos son aguas pasadas. Si un chico quiere mentirme que lo haga, de allí a que yo le crea eso ya es harina de otro costal. Esa chica puede que solo sea una buscona de tetas gordas, ahora bien, las piernas de debajo eran suyas, y no recuerdo escucharle suplicar auxilio.
—No tienes que justificarte, es tu vida y puedes salir con ella o dejarla sentarse en tus piernas o incluso tener su foto en la cartera. Es tu vida.
—La billetera. Claro. Debí imaginar que te lo contarían. Eso fue una broma tonta de Dana, ni siquiera sabía que la tenía hasta que se me cayó. Puedo asegurarte de que entre ella y yo no hay nada —dice acercando el torso al mío y arrancándome la taza de las manos para apoyarla en la mesilla de noche—. Es abogada y lleva los contratos de la agencia. Solo eso. No deseo que te hagas una idea que no es.
—No soy ciega, pero tranquilo, lo que yo piense importa poco.
Agacho la mirada.
—Me importa a mi. Dana y yo no somos nada. Jamás la he engañado. Lo que creíste ver fue algo sin importancia. Entre nosotros las cosas siempre estuvieron muy claras.
El corazón se me acaba de romper en trocitos imposibles de engomar. Saber que la pelirroja es el tipo de chica que le gusta me desinfla como un globo que lleva horas al sol. Imaginarlo acostado con ella es un sufrimiento que no debería sentir. Él es el tipo de chicos que nunca debí mirar. Pero como lo mío es la tontería, aquí estoy, acostada y sufriendo. Soy una huérfana abandonada por su madre, sin familia y en un departamento de decoración añeja. ¿Qué esperaba?
—Tienes que creerme —sujeta mi barbilla.
—Puedes acostarte con quién quieras. Que vivamos juntos no te obliga a nada. Ambos podemos acostarnos con quien nos dé la gana. No voy a juzgarte por pasar tus noches de forma loca. Yo

también las tengo.
—No me interesan tus noches locas —. Parece molesto.
—Tampoco a mi con quien pierdes los pantalones. Lo único que pido es que seas sincero. Eso es todo.
—¿A qué viene eso? Estoy diciendo la verdad.
—Por favor, Blake, no soy estúpida. Si en verdad no quisieras nada con ella la habrías sujetado del brazo y levantado de encima. No me vendas el cuento de chico bueno y sincero. Te gusta y te la tiras. Ella me trató mal y no supiste qué hacer porque sabías que si la enfrentabas te quedabas sin polvo. Fin de la historia.
—No me acuesto con ella. Ya no. Soy un hombre libre para desear a la chica que me dé la gana, pero esa no es Dana. Te lo puedo asegurar, aunque estés lejos de creerme.
Está tan agitado que el pecho le sube y le baja como si acabase de terminar una maratón.
—Pues es guapísima.
—Lo es —dice pegando su frente con la mía—pero no es la chica que busco.
—¿No? ¿Y qué buscas? ¿Una fea, pobre y abandonada?
No debí decir eso. ¡No debí decir eso!
Los calores de la vergüenza me escalan por el cuello. Me pongo de pie en un salto. Me importa un cuerno que duermo en bragas y con una camiseta de tirantes demasiado dados de sí. En este momento tengo que huir antes que me ponga a llorar indignada. Imaginarlo con otras que no sea yo duele más de lo que debería.
—¿Cuál era el sueño que tenías cuando entré al cuarto?
Me detiene con su cuerpo imponente delante. La mano derecha aprisiona mi hombro.
—¿Cuál Sofía? —Acuna mi rostro mientras el pulgar me acaricia la barbilla.
El calor de mil veranos me sube por el estómago. El corazón acaba de correr la tierra al menos cuatro veces en un segundo antes de volver a esconderse dentro de mi pecho. Estoy tan enamorada que el dolor se convierte en esperanzas ante la más pequeña de sus sonrisas. Debo de estar loca.
—¿Qué sueño? —Tiene los labios tan cerca que puedo sentir el calor de su aliento golpear los míos.
—Aclaremos esto de una vez por todas. Ya no puedo soportarlo más. Si sigo así voy a volverme loco.
—No sé de qué hablas.
—Sabes perfectamente de lo que hablo. Oí como me llamabas en sueños. Pronunciabas mi nombre una y otra vez. Suplicabas que te besara. Necesito que seas sincera conmigo.
—¿Yo? ¡Ah! Eso. Soñé que se había roto la lavadora y pedía que llamaras al técnico.
—Sofía por favor. No puedo más. Estoy perdiendo la cordura.
—No sé qué es lo que quieres de mí.
Estoy tan nerviosa que intento irme de la habitación, pero él se pone delante. Comienzo a sentir los calores subirme por las piernas desnudas. Tengo una camiseta que apenas cubre mi culo. Tiro de ella hacia abajo.
—Lo quiero todo.
Se acerca tanto que casi chocamos. Las manos me sujetan por los hombros. Sus ojos son una noche ardiente de verano. Las pupilas negras brillan como el demonio más tentador. La saliva se me atraganta de deseo.
—¿Qué todo?
—Al sueño, a ti, a nosotros. Ese todo. Quiero que confieses que soñabas con un beso mío —el

dedo acaricia mi rostro surcando un camino ardiente por allí donde pasa.
—Eso no importa —contesto como puedo.
—Sí que importa. Movías el cuerpo buscándome. Pedías que te besara esos labios rosados y tiernos. Dime cielo, ¿yo no hacía nada? —La boca de Blake comienza a bajar por mi cuello. Solo es un ligero contacto de piel contra piel. Acabo de perder el raciocinio. El viento cálido de su aliento me recorre como suave brisa bajando por la barbilla.
—Qué se supone que estás haciendo…
—Calmar la agonía con la que me tienes desde que te vi. Ya no soporto no tocarte —su boca me besa el cuello con caricias cortas. La electricidad me sube y baja por las venas.
No termina de hablar cuando siento como los labios se abren sobre los míos apoderándose del sonido de mis palabras. La lengua se lanza desesperada buscando la mía. Son como dos almas gemelas que un día se vieron obligadas a separarse. Intento tener la boca cerrada. Por dignidad y algo de temor. No lo consigo. Sus labios presionan y abro las compuertas de mi defensa. Me dejo llevar. Su contacto me inclina hacia atrás. Las manos fuertes me envuelven hasta apoyarse en mi espalda. El calor ardiente de su contacto me quema. El cuerpo pierde firmeza. Comienzo por sentir como me elevo perdida en su abrazo.
—Me pasaría días enteros besándote —dice mordisqueando la vena que sube por el lateral de mi cuello—. Justo aquí. Y aquí.
Pierdo el equilibrio y él me sostiene para reclinarse con suavidad en la cama. En ningún momento sus labios abandonaron los míos. Lo absorbo y pruebo como si nunca hubiese besado antes. Es tan fuerte y masculino que cierro los ojos dejando que su dominio me guíe.
—Tú eres la chica que quiero —susurra antes de recorrer cada rincón de mi boca—. Te deseo tanto que dueles. No puedo dejar de pensar en ti.
Nunca he sentido nada igual. Mi cuerpo se deja ir ante sus caricias. Me siento una diosa del Olimpo. Soy tan deseada que cierro los ojos disfrutando la intensidad de mi poderío. Las manos se sujetan a las mías y me obligan a soltarle el cuello.
—Cielo, será mejor que me detenga o no podré controlarme.
La voz pastosa de Blake acaricia mi boca antes de separarse e intentar ponerse en pie.
—Somos mayorcitos para tomar decisiones. No necesitamos controlarnos —. Mis manos tras su nuca detienen su huida.
—Y por eso debemos dejarlo aquí. No puedo seguir.
Recupero la cordura. Qué otra cosa podía esperar de un chico como él una chica como yo.
—Claro. Lo entiendo.
—Sofía, mírame —sus dedos me obligan a levantar la barbilla para chocar con la oscuridad de su mirada. Los míos puede que tengan una que otra lágrima. Respiro hondo para que no se note —. Te deseo hasta el dolor. Te tumbaría en esa cama y me perdería en ti hasta que tus sueños fuesen nuestros, pero no puedo.
—¿Por qué no?
—Porque no quiero un revolcón rápido. Te deseo para hoy y para mañana. Quiero que me aceptes tal cual soy. Y eso significa aceptar mis errores.
—¿Qué tienen de malo los revolcones? Podemos conocernos y disfrutar. Todo en el mismo paquete.
—Me importas demasiado como para arriesgarme. Quiero ser un buen hombre para ti. Necesito que estés segura, porque cuando te entregues a mi no te permitiré dejarme nunca —me quema con la mirada silenciosa antes de darme un último beso profundo y alejarse hacia la puerta—. Por cierto, no uses esa camiseta de tirantes si no quieres que tu vida corra peligro.

—¿Qué le pasa a mi camiseta? ¿No te gusta? —La picardía reboza por mis labios como una artista consumada. Me siento Marilyn.
—En otro momento te diría lo mucho que me disgusta, pero ahora no tenemos el tiempo suficiente. Será mejor que me vaya... —Blake no llegó a caminar cuatro pasos cuando se giró para abalanzarse nuevamente hacia mí.
Su boca se apodera hambrienta de mis labios. Yo le permito que se adueñe y llegue más allá del cuerpo. Es el beso más excitante que me han dado jamás. Las manos viajan por el escote alcanzando uno de mis pechos. Lo amasa y gimo de deseo. Blake traga cada una de mis súplicas. Me reclino en la cama abriendo las piernas. Deseo que todo su peso se tumbe sobre el mío. Muerde mi seno con suavidad antes de comenzar a subirme el tirante.
—No —digo entrelazando los dedos tras su nuca para detener su fuga.
—No me hagas esto. Me estás matando.
—Somos libres para hacer lo que queramos —por un momento una idea se me cruza por la mente—. Lo somos ¿no?
—Yo lo soy. ¿Y tú?
—Como una paloma—. Acaricio su rostro tal como antes él lo hizo conmigo—. Entonces ¿nos entregamos?
—Te he buscado tanto... —la mirada de Blake brilla de una forma que no sabría explicar. No es pena, tampoco es deseo ni felicidad. Es un poco de las tres mezcladas con algo que desconozco —. Me tomaré todo el tiempo que necesites.
—No necesito tiempo. Estoy lista.
He de reconocer que me siento inmensamente frustrada.
—Aún no. Me falta que me quieras por encima de cualquier juicio—. Dice besándome una última vez antes de cerrar la puerta.
—¿Qué significa eso?
Me recuesto en la cama abrazando la almohada con fuerza. Si estoy en un sueño virgencita no permitas que despierte.
—Por cierto... —Blake abrió la puerta nuevamente y me escaneó de arriba abajo deteniéndose en el escote antes de hablar —. No me lo pondrás fácil. Nada fácil.
Se acaricia la frente y sonrío victoriosa. Esta camiseta se convertirá en uno de mis básicos.
—Nos vamos al aeropuerto en diez minutos.
—¿Te marchas? —El corazón se me desploma contra el suelo.
—¿Sin ti? Ni lo sueñes. Llega mi hermana y tenemos que recogerla.
¿Ha dicho? ¡Su hermana! ¿Y tengo que conocerla justamente hoy? ¡Ahora! Eso no es posible. Tengo la sangre ardiendo de deseo, la cabeza volando junto a pajaritos que llevan grabados el nombre de Blake en el pico. No estoy preparada para conocer hermanas. ¡No lo estoy!

Blake

Me reclino sobre la puerta intentando recobrar la cordura. La patearía hasta derribarla a puñetazos. Te haría tan mía que el último centímetro de tu cuerpo suplicaría clemencia. Dios, el corazón se me escapa por la boca. Las bocanadas de aire no son suficientes. Te necesito a ti. No puede ser otra. ¡No me sirve ninguna otra! El perfume de tu cuerpo necesitado sigue impregnado en mis ropas. Presiono los puños contra la madera deseando decirte que soy yo. ¡Yo!
Apoyo la cabeza en el frío roble. Treinta insufribles días simulando una amistad indiferente que no siento. Anoche, al creer que te perdía, deambulé desesperado sobre mis propios pasos. Quise buscarte y contártelo todo. Fue entonces cuando recibí el mensaje de Anthony diciendo que necesitabas tu espacio. Te lo concedí. A pesar de que el miedo comenzó a quemarme la sangre. No pegué ojo en toda la noche. Esperé hasta que el temor se convirtió en locura. Para ti los días funcionan diferentes. Tú vives el presente con esperanzas, para mí, sin embargo, es un continuo rememorar lo no vivimos.
Evalué cada uno de mis actos y palabras. Lo haré todo por esperarte. Al menos eso fue lo que prometí a la copa vacía antes que llegaras. Y juro que lo intenté. No fue hasta escuchar mi nombre en tu boca adormecida cuando las buenas intenciones se rompieron en pequeños trozos de cristal agrietado. Sin ti soy un jarrón relleno de flores plásticas.
Dormías y me llamabas. Oír mi nombre en tus sueños destruyó mis endebles decisiones. Sonreías con el cuerpo en tensión. La boca adormilada se humedecía de deseos por mí. Quise llenarte hasta ahogarte con mis caricias. ¡Maldita sea! Necesito mucho más que tu sexo. Quiero tu corazón, tu pasión, tu necesidad, tu cielo, tu infierno y tus temores. Lo quiero todo. ¡Todo!
Me estoy volviendo loco. Puede que ya lo esté. El hambre de sentirte mía me devora. Eres una espina fina que no desiste en adueñarse de todo lo que llevo dentro. Debo estar delirando. ¿Qué otra razón puede existir como para que las locuras de Mariam cobren sentido en mi cabeza? Ella dice que nacimos para estar juntos. Que nos pertenecemos…. Puede que esté en lo cierto y tu sangre cobre vida en la mía. O puede que simplemente esté locamente enamorado.

Diecisiete años atrás.
—Crees que mi abuela me querrá —dijo la pequeña sentada sobre su maleta de cuero.
—Creo que nadie lo merece más que tú.
La niña de ojos tristes aceptó el abrazo del niño de cabellos negros y mirada de oscura que esa noche lloró porque ya no la tendría junto a él.

Perfecta

—Es precioso. ¡Me encanta! ¿Eso qué es?
—La Puerta de Alcalá —. Mariam no deja de moverse de un lado al otro del coche.
Pregunta y sonríe. La felicidad le suda por los poros. Es una chiquilla que desde que traspasó el umbral del aeropuerto no cesó de sonreír. Es jovial, alegre y terriblemente entusiasta. Por momentos apenas soy capaz de contestar. Blake la mira por el espejo retrovisor y pone los ojos en blanco. Y aunque intenta parecer molesto se le nota encantado de tenerla en Madrid. Ambos son tan parecidos como un huevo y una castaña. El uno con cabellos tan negros como su mirada, es el típico chico capaz de desnudarte sin palabras, sin embargo, Mariam es rubia etérea y con unos ojos prado esperanza en los que la maldad perdería batallas.
—¿Y eso?
—La fuente de Cibeles.
—¿Cibeles?
—Es una diosa griega. La madre de los dioses olímpicos. La leyenda dice que Hipómenes y Atalanta compitieron en una carrera. Hipómenes deseando el gran premio que era Atalanta, hizo caer una manzana de oro llamando su atención y haciéndola perder la carrera. Ambos amantes eran muy felices. Un día, llevados por la pasión, se amaron en un templo de la diosa Cibeles. Esta enfurecida, los transformó en leones y los ató para que tirasen eternamente de su carro.
—No puede ser.
—Me temo que sí —contesto con poca seriedad.
—Pero ellos se amaban.
—Él hizo trampas.
—En el amor todo vale.
—No siempre —replico como profe solterona divirtiéndome en grande al verla fruncir el entrecejo—. Él mintió, la mentira lo rompe todo.
—En el amor todo vale —. Blake estira la mano apoyándola en mi rodilla—. Todo.
—Todo —. Mariam confirma las palabras de su hermano.
—Con vosotros dos la mitología se va a hacer puñetas.
—Pero el amor triunfa.
Los tres nos reímos del comentario de Mariam.
—Aunque sea una leyenda me da mucha pena.
—Es increíble lo bien que tú y tu hermano habláis español —comento cambiando de tema.
Mariam desde el asiento trasero eleva la mirada para enfocarla en las pupilas negras de Blake.
—Desde niños estuvimos interesados en España.
Después de eso no volvió a hablar. Cosa extraña teniendo en cuenta que no había respirado desde que bajó del avión.

—Madrid es alucinante —dice cerrando la puerta del coche—. ¿Este coche es nuestro?
—¿Nuestro? Sí, es mío.
—Lo que yo decía. Nuestro —. Mariam me guiña un ojo. Es súper cómica.
Blake baja del auto y nos guía hacia el restaurante que se encontraba justo delante.
—¿Comeremos aquí?
—Tenemos reserva —Blake dijo al señor de la puerta y a mí.
Dejé el cartel de Horcher detrás mientras el hombre de la entrada se queda hipnotizado con mis zapatillas de color oro. Lo entiendo. Son fabulosas.

Mariam va por delante. Estoy por seguirla cuando la mano de Blake se apoya sobre mi espalda. Me guía de forma posesivamente adorable. Giro la cabeza hacia atrás comprobando si todo estaba bien cuando él me guiña un ojo. Lo hace de la misma forma que su hermana. Son iguales en gestos, pero con intensidades completamente distintas. Una es el sol del día mientras que el otro es la locura de la silenciosa noche.
—¿Entonces vivirás en casa? —Ambos me quedan mirando con los ojos tan circulares como los platos de la mesa —. Imagino que querrás pasar todo el tiempo con tu hermano—digo tragando el último trozo de cebolla glaseada.
—Me va a encarcelar.
Esta vez soy yo la que se queda con ojos de huevo frito.
—Terminarás los estudios en el mejor internado de Madrid. Tendrás los mejores profesores a tu disposición. Eso no es exactamente una prisión.
—Eso es perfecto —contesto admirada.
—Lo que yo dije, me va a encarcelar.
—Nos veremos los fines de semana.
—Lo que viene siendo una cárcel —me responde mientras saca la lengua a su hermano —. Pero si quieres puedo llamarte y podemos salir juntas a comprar. Me encantaría que fuésemos amigas.
—Mariam, no seas pesada.
—No lo es —digo contestando con su misma alegría—y sí, puedes llamarme cuando quieras. Estaré encantada. Ahora si me permiten debo ausentarme un minuto.
Estoy por ponerme en pie cuando Blake sujeta mi mano. Su mirada choca con la mía antes de hablar.
—¿Café?
—Sí, por favor —. Sigue sin soltarme.
—No tardes —. Espera tres segundos eternos antes de liberarme de su agarre. Me fijo en Mariam que no deja de mirarnos.
Corro hacia el baño. Caerle mal a una hermana es la peor de las desgracias. Una vez Laura se enamoró de un chico que tenía una hermana a la que no terminó de caerle muy bien. La pobre se rascó las tetas durante una semana. La muy desgraciada le puso espinas de cactus dentro del jersey. Hoy sigo sin comprender cómo hizo para conseguir tantas. Estuvimos quitando espinas con las pinzas de depilar durante quince días. Prefiero no recordarlo.
—¡Perfecto! ¡Perfecto! —Al regresar Mariam no cesaba de repetirlo.
—¿Se puede saber qué es tan perfecto? —Blake pone los ojos en blanco mientras yo me siento con la sonrisa puesta.
—El amor —dice Mariam aspirando el aroma a restaurante cerrado.
—Entonces brindemos por la ¿perfección del amor? —Digo alzando la taza de café.
Mariam me sigue el juego levantando su taza de poleo menta. Blake sujeta la copa de vino blanco. En primer lugar, la choca con su hermana, luego conmigo.
—Por nuestra felicidad —dice a Mariam—. Por la perfección del amor —me dice con mirada prometedora.
Mariam esconde la sonrisa dentro de la taza de infusión. La pillo al instante. Veinte años contra diecisiete me hacen tres años más experta. Nos ha visto y lo sabe.

Blake

Tengo que contenerme. Tengo que hacerlo.
Desde que dejamos a Mariam en el internado he saboreado cada rincón escondido de tus labios. En el portal, en el ascensor, contra la pared… Tenerte tan cerca es un laberinto del que no puedo escapar. Me arrastras por cientos de senderos con un mismo destino. Tú.
—Vas a matarme…
Mis palabras comentan un ruego que no me convence ni a mí.
La razón niega cada caricia de mi boca. Te deseo con dolor. Con obligación. Las ansias de ti superan cualquier sentimiento que tuve antes de conocerte. Los besos anteriores robados a otras son raquíticos ensayos desabridos frente a lo que tu boca me ofrece.
—Podemos intentarlo sin matarte —dices llevando la mano al botón de mis vaqueros. La respiración se me paraliza. Estoy tan duro que podría partir nueces.
—Sofía…
Detengo tus dedos en el aire con poca convicción. Quiero arrancarte la ropa y dejar que arranques la mía. Me gustaría fundirme en ti hasta que la humedad de tu cuerpo calme la furia que me consume. Enseñarte los cientos de razones por las que muero por ti. Saborear todos tus rincones desconocidos enseñándote los míos más ocultos.
—¿Me deseas?
Preguntas mirando mis manos a centímetros de la cruel cremallera.
—No puedes imaginarte cuánto.
—Vamos a mi cuarto.
—Así no.
Me suelto del abrazo y abandono la cocina. La encimera me despierta millones de ideas creativas. Me sujetas por la cintura. Me detengo en mitad de la sala. El roce de tus senos en mi espalda me quiebra la voluntad. Trago y respiro. La imaginación contornea el resto de tu cuerpo tras de mí. Las manos rodean mi cintura baja. Nunca una decisión me costó tanto. Te alejo suavemente.
—¿Una película?
Acabo de decir la mayor estupidez del siglo.
—No me apetece —dices girando el contorno de mi cuerpo y poniéndote delante. Estiras las piernas en puntillas de pie para alcanzarme. Los ojitos almendrados te brillan de deseo. Tienes los labios hinchados de tanto besarme.
Estiras los brazos enredándolos en mi cuello. Nunca he sentido la necesidad tan grande de entregar el cuerpo acompañado por mi abandonada alma. Quiero entrar en ti con la misma necesidad imperiosa de ser parte de ti. Desfallezco por presionarte y descubrir cómo tiemblas en ese minuto final. Pero también quiero tu después. Al dulce, al tierno, al solitario, al cómplice, al amigo, al enfadado, a todos ellos.
—No podemos.
—Sí que podemos.
—No.
El deseo no consumado acaba de sacarme una negativa demasiado profunda. Acaricio tus mejillas con arrepentimiento.
—Yo te deseo, tú me deseas. Es todo lo que necesitamos.
Tus palabras son la cubitera de hielo que necesitaba para enfriarme.

Es todo lo que necesitamos…
No he llegado hasta aquí por un polvo y un hasta luego. Seré ese hombre que te haga sentir que la soledad es un estado y el abandono un pasado. Aún no estás preparada para entregarme todo lo que pido. Siempre he utilizado el sexo como una descarga, contigo quiero más.
—Puede que a otros les sea suficiente, para mí no.
—¿Vas a decirme que eres virgen?
Como siempre consigues arrancarme una sonrisa. Antes de ti no recuerdo si las tontas muecas tenían algún sentido. Por esto es por lo que necesito de ti mucho más que tu deseo. Te quiero tan enamorada de mi como ya lo estoy de ti. Si Mariam pudiera verme se burlaría durante años. Ella siempre afirmó que esa chica existía. Y aquí estoy, comiéndome mis palabras enamorado de la única chica que seguro va a dejarme.
—Me voy a la cama.
Estás frustrada. No quiero que te sientas así. Pero tampoco puedo confesarme. Conozco demasiado bien esos miedos que te dominan, me dejarías ante el primer contratiempo que se nos presentara. Tengo que afianzarme en tu corazón como roca en la montaña.
—No te vas a ningún lado —. Te retengo por los hombros con fuerza. Maldita sea, esto se encuentra demasiado lejos de lo que buscaba.
—Si estás jugando conmigo te pido que pares. No es justo para mí.
—Eres la mejor persona que conozco. Eres maravillosa y mereces el mundo. Jamás jugaría contigo.
—Pero no me deseas.
—Deja de decir eso o…
—¡O qué!
—Está bien, ¿quieres que nos acostemos? Lo haremos. Será como tú quieres.
Sujeto con fuerza tu mano para llevarte a la habitación. El corazón se me escapa por la boca. Tengo la cabeza nublada de sentimientos inestables. Los deseos por ti me queman la garganta. Tengo los nervios y los pantalones a punto de estallar. Lo que está bien y lo que está mal se mezclan en un cubo cargado de aceite hirviendo.
—¡No! —Dices clavando los talones al suelo.
Te miro y la furia confusa se transforma en ternura. Eres tan ingenua que crees que puedes detenerme. Si me dejase llevar te sujetaría por la cintura, te cargaría en mi hombro y te arrojaría en la cama suplantando tus quejas por gemidos. ¡Pero maldita sea! No quiero uno de tus rápidos momentos, necesito todos los segundos de tu infinita eternidad.
—¿Entonces sofá y película?
—Eres el chico más raro que he conocido nunca.
—Y el último —. Suelto tu muñeca y alzo las manos en son de paz —. Por favor…
Caminas molesta. Estás tan frustrada como yo. Puede que un poco más. Te sientas en una esquina.
—Mejor aquí —. Te atraigo por la cintura sobre mis piernas. Si la distancia de un cojín se me hace insoportable no quiero imaginar lo que sería perderte. No puedo arriesgarme a la inestabilidad.
—Prefiero estar en mi sitio.
—Este es tu sitio —. Te retengo.
—No soy pelirroja.
Me arrancas otra sonrisa. Por supuesto que no eres pelirroja. Tú eres mi dulce Love.
—Se llama Dana.

Te provoco con maldad. Intentas levantarte. Estás roja de celos. Adoro este enfado. ¿Es tan loco pretender que mueras de amor por mi de la misma forma que yo lo hago por ti?
—Déjame —te remueves en mis brazos.
Te sujeto con fuerza endeble. Si en verdad lo desearas serías libre. No lo haces. Mi entrepierna llora para que acabemos con esta tontería y te tumbe aquí mismo.
—Este es tú lugar.
He captado tu atención. Al menos mi cuerpo tieso lo ha hecho. Ya no intentas marcharte. Te giro para que te sientes con las piernas abiertas conmigo en tu interior. Quiero que sientas lo mucho que te deseo. Las ropas nos separan, aunque no lo suficiente como para no reconocer el calor que te envuelve.
—¿Y ahora?
Estiras los labios. Eres una dulzura que no sabe si acercarse, tocar o mirar. La cabeza te reboza de dudas. Soy el culpable de todas ellas.
—¿Me sientes?
Mueves el trasero sobre mi dureza. Gimo por ti. Y lo sabes. Ríes traviesa. Adoro ver la seguridad en tus ojos. Dices que son marrones como la mayoría de los mortales. Menuda tontería. Tus pupilas son el café humeante en una cabaña invernal. El iris es el atardecer en el campo recién labrado.
Te mueves de forma descuidada. Mi cuerpo es una bomba a punto de estallar.
—No me lo pondrás fácil ¿no?
—Qué quieres de mí.
—Todo. Lo quiero todo. Ese es el problema.
—Sigo sin entender.
—No es difícil. Me gustas tanto como para desear más que noches de sexo. Quiero que el fin sea el comienzo y no el comienzo el final.
—¿Te gusto? ¿yo?
—Deja de luchar y escucha —. No quise sonar tan serio. La tensión sexual desequilibra mi paciencia. Respiro como puedo—. Desde que te vi supe que eras la chica que buscaba. ¿Notas mi deseo por ti? —Asientes cuando elevo mis piernas para rozarte con mi erección—. En estos momentos mandaría las explicaciones al cuerno y me hundiría en ti hasta agotarme en tus besos. Pero me gustas tanto que te quiero en mi vida. En todos los días que la forman.
—Entonces comencemos por el primero —. Me sujetas por el cuello y la voluntad se me desmorona.
—Cada vez que me lo pides rompes mis planes. Quiero llevarte a la cama más que a ninguna otra cosa en el mundo. Imagino una y mil veces cómo será tu voz en el momento de tenerme dentro.
—Yo también quiero escucharte al tenerte dentro.
—Pero yo he aceptado que eres la única voz que me importa. No puedo equivocarme.
—¿Acostarnos sería equivocarte?
No debí decir eso. No debí decir nada.
—No conquistarte sería equivocarme —aclaro como puedo.
—Eres raro.
—Muchísimo. Y Mariam asegura que el mayor imbécil de todos. Pero no me importa serlo para ti.
Tú rostro se tensa. Acabo de asustarte. Justo lo que no quería. La cabeza comienza a dolerme más que la tensión en el cuerpo.

—Me gustas. Eres buen chico y me has dado una oportunidad laboral increíble.
Te suelto del amarre. Acabas de herirme de muerte.
—No, no es eso. O sí, eso sí, pero no estoy aquí contigo por eso. Mucha gente me ha ayudado y no me he acostado con todos. Es decir que no he querido acostarme. Me gustaron, pero no tanto como para hacerlo *aying.*…
—Qué bien.
—Blake, me encantas. Eres guapo, inteligente y amable, y me pones muchísimo. Me gusta hablar contigo y tendría sexo contigo, pero no estoy segura de... quiero decir que no me gusta… es decir que no puedo volver a entregarme y…
—Rubén —nombrarlo me rompe la cabeza.
—Sí, pero no por lo que piensas. No es que no crea en las relaciones. Adoro las pelis románticas y sé que pueden ser reales. No soy una descreída de los sentimientos. Lo mío es algo así como prevención. Desde que estoy sola —dices mirando el retrato de tu abuela de encima de la estantería—tengo que cuidar de mí. Soy la responsable de mis actos y mis consecuencias, ¿lo comprendes?
—Perfectamente. Hace unos meses atrás si una chica me hubiese dicho algo parecido a lo que yo acabo de decirte la habría echado a patadas. Es curioso como la rueda gira.
—Yo no quiero que te vayas. Quiero conocerte. Lo prometo. Pero no puedo comprometerme a nada más.
—Y yo quiero que me conozcas. Quizá no estemos tan distantes el uno del otro.
—Lo dices como si fuese la única chica. Asustas un poco.
Tu sonrisa es fingida, los temores no. Bien por mi. Acabo de volver a horrorizarte.
—Cielo, no estamos en el mismo momento y lo comprendo. No pensemos más en el tema. Dejemos que el tiempo —*el que no tengo*—nos guíe.
—¿Por qué le temes al sexo?
—No te temo al sexo.
Lo que temo es que lo utilices para no entregarme tus sentimientos. Esto último lo callo. Esta noche he dicho demasiadas estupideces.
—Podría ser algo bueno.
—¿Bueno? Será espectacular. No te asustes, es solo que quiero ser el único nombre aquí —Apunto con el dedo en tu sien.
—Y si no lo conseguimos. Y si yo…
—No lo digas —muevo el dedo para silenciar tus labios.
Mueves la cabeza a un lado.
—Puede que yo también necesite conquistarte. Puede que la verdadera Sofía sea mucho peor de lo que crees y…
Vuelvo a silenciarte. Esta vez con un beso seguro. En mi no existen dudas.
—Acepto —susurras con ¿diversión?
—¿Aceptas?
—Acepto aceptar todas tus zalamerías para conquistarme. Y acepto que estés coladito por mí. Acepto que me invites a cenar, me compres croissants y me des masajes en los pies.
Tu sonrisa me ilumina. Adoro tu sonrisa. No pienso perderte. Soy el hombre que estabas esperando.
—¿Zalamerías? —Finjo ofensa—. Imagino que entonces tendré que pedir que cancelen ese ramo inmenso de cien rosas rojas que pedí esta mañana, pero espera, están pagas, creo que mejor pido que las envíen a la dirección de cierta abogada pelirroja.

Las carcajadas me brotan a raudales cuando sujetas el cojín y me lo estampas sin piedad contra la cara.
—Si sigues nombrándola no me conquistas ni un poquito.
—Tendré que cambiar de estrategia.
Te sostengo por las piernas y te tumbo sobre tu espalda en el sofá. La rojez de los celos te estalla por las orejas. Me tienes en tus manos.
—Muero por ti.
No tendremos sexo hasta que consiga que te enamores de mi, pero no pienso privarme de todas las “zalamerías” posibles.
—¿Y hasta cuándo dices que deberé tener las piernas cerradas? —Estás de broma. Yo no.
—Hasta que tu corazón las acompañe.
Agacho la cabeza para bajar lentamente por tu escote. Los senos redondos asoman por el lateral. Eres tan linda que… ¿timbre?
Ambos suspiramos frustrados. El timbre no cesa de sonar. Un mordisco en los labios y me dirijo para ir hacia la puerta.
—¡Tenemos un inversor! ¡Un inversor!
Su amiga entra como un caudal sin control. No para de saltar y abrazar a mí chica como si le fuese la vida en ello.
No es que sea un idiota y esté celosa de su amiga, pero un poco sí que lo estoy. Su inseguridad me obliga a caminar en un desierto sin luces. Esta espera va a volverme loco. Necesitas un tiempo que no tenemos. Me gustaría decírtelo, pero si lo hago te pierdo, si lo oculto puede que también.

El inversor

—Todo listo. ¡No! Ese lapicero no va allí. Tengo que esconderlo antes que llegue.
—Ya basta. Has limpiado sobre limpio—Blake me levanta de la cintura y mis pies continúan caminando por el aire—. Se encuentra todo perfecto. Lapicero incluido —dice bajándome al suelo no sin antes darme un beso rápido en las mejillas.
—Necesito que todo esté en su sitio.
—Y yo que te tranquilices —. Sus manos no abandonan mi cintura.
—Tengo miedo —. La lagrimilla amenaza con aparecer.
—En unos días comenzarás a trabajar en la agencia. Si no lo ves como un puesto adecuado podemos estudiar otras opciones. No quiero que te sientas obligada a tener dos empleos por necesidad —Blake arrastra parte de la mano por encima del cabello. Es tan lindo ver sus inseguridades que me lo comería huesito a huesito. Y no porque me considere una bruja con ansias de cocinar un caldito, lo mío se relaciona más con ese mar de dudas que me asaltan al creerme merecedora de la nada y sus horribles consecuencias. Detalles bien enseñados por una madre que me olvidó en un portal con una maleta a medio cerrar. Conozco exactamente la distancia que existe entre el aire y el más profundo pozo sin fondo. Lo digo con razón. La escalada se cobró el total de mis lágrimas, llenando carretas de inseguridad emocional como recompensa.
—El trabajo en la agencia es un sueño hecho realidad. No puedo estar más agradecida.
—¿Entonces?
Me sincero escondiendo el lapicero en mi pecho.
—Cuando llegué a casa de mi abuela utilicé las antiguas cosas de mi madre. Su cama, sus sábanas, sus peluches… Nunca se lo reproché, la mujer demasiado tenía con calmar las penas de una niña abandonada. ¿Sabes? Los Reyes Magos en casa siempre traían cosas prácticas. Estuches de colegio y jersey de esos que se pueden llevar a una cena de gala o a una caminata por el parque. Incluso el ratón Pérez se sumó a la sabia utilidad de los regalos. En la vida nunca he tenido cosas que fuesen mías por el placer de serlo.
—Yo lo soy —seca con el pulgar una de mis lágrimas perdida.
Le sonrió como puedo.
—Hasta que conseguí mi primer trabajo la abuela Toñi jamás tuvo un paquete que llevase su nombre. Decía que Dios le había hecho el mejor regalo. Y así pasaron todas las festividades. Con regalos prácticos para mí y cero envoltorios para ella. Esto —la vista se me pierde en la pata coja de la mesa —todo lo que me rodea, lo que soy o intento ser, se lo debo a ella. Mi trabajo en esta radio, ayudar a otras chicas confundidas, todo lo que hago es mi demostración de que sí mereció la pena quedarse conmigo.
Blake me abraza con fuerza. Lo acepto con la misma potencia. Dicen que las madres son capaces de distinguir el perfume de sus cachorros con los ojos cerrados. Creo que si una venda me dejase ciega reconocería a Blake por sobre cualquier otro chico. Sándalo, manzana caramelizada y atardecer junto al mar. Ese es él.
—Yo jamás te abandonaré.
Presiono para separarme.
—No necesito tu lástima.
—Soy yo el que la necesita.
—¿Qué?

—¡Ya estoy aquí!
Anthony corta cualquier inicio de conversación. No terminó de alcanzarme con sus fuertes brazos cuando el mundo comenzó a darme vueltas.
—Me estoy mareando —digo mientras Anthony me hace girar en el aire.
—¡Es tú día Cari! ¡Te quiero tanto!
—No se puede tener un mejor amigo.
—No se puede ser mejor que tú.
—¿Amigos para siempre?
—Para siempre —dice quitándome el aire en un abrazo.
Blake nos mira. Si no fuera un imposible diría que está celoso. Y digo imposible porque mi amistad con Anthony es pura y sincera. Lo nuestro se afianzó un trágico día de primaria. Esa mañana, y después de haberlo analizado durante meses, le confesó sus sentimientos a una rubia encantada de conocerse. Ella, que todo lo que tenía de guapa lo cargaba de miserable, le contestó que le daba asco y que antes preferiría estar muerta a enamorarse de una mujer con aires de chico asqueroso. Su lengua de víbora lanzó su veneno segundo antes de propinarle un empujón que lo dejó tumbado en el suelo. Por aquellos tiempos Anthony se encontraba encarcelado en el cuerpo de Ana, por lo que este fue su primer rechazo amoroso, y el inicio de una larga inaceptabilidad social. Karina, Laura y yo caminábamos discutiendo de si los deberes de historia eran opcionales u obligatorios cuando al verlo corrimos a su lado. Le limpiamos las palmas de las manos y anudamos un jersey a su cintura para que el roto del culo no se le notase. Ese día le prometimos que siempre estaríamos a su lado. Ser Anthony fue su voluntad, amigos por siempre, mi mejor decisión.
—¡Achuchón! —Karina y Laura lanzaron sus bolsos al aire antes de envolvernos en una especie de rosquilla gigante.
—Hola, me llamo Raúl, soy el inversor. Espero no molestar.
Las chicas vuelan espantadas hacia sus puestos. Anthony se pone en plan profesional.
—Por favor, adelante. Soy Anthony y ella es Sofía.
Acepto la presentación con una mano extendida. Los nervios no me dejan espacio para muchas palabras. Y eso que en el universo de las parlanchinas soy la sopa de letras. Blake se adelanta pegándose a mi hombro.
—Soy Blake Blakmoon.
—Raúl Torres.
Ambos miden distancias. El inversor es mucho más joven de lo que esperaba. Los cabellos y ojos vikingos le dan un toque de ángel atractivo.
—Un inversor —la voz de Blake es profunda.
—Al cien por cien.
Los nervios me provocan una sonrisa entre alegre y desequilibrada. ¡Un inversor! Mi cabeza sigue girando atontada.
—Es la hora—Anthony se mueve hacia la cabina— por qué no te sientas junto a Sofía y disfrutas el programa desde dentro.
Raúl camina tras de mí después de permitirme el paso. Todo un caballero diría la buena de Elvira. Acomodamos los papeles en el escritorio cuando la música comienza a sonar.

Yo no necesito conversar
Porque adivino que ya sabes como soy
Tú me has conocido siempre
Tú cuando me miras puedes ver

Dentro de mí lo que ni yo puedo entender
Yo te he conocido siempre
Amigos para siempre…

Miro el cristal de la cabina de control. Blake no deja de mirar a Raúl y a mí entre muecas indescifrables.
—Tres, dos —la mano de Anthony se alza—. Uno. ¡Allá vamos!
La luz verde se enciende. Vuelvo a mirar algo preocupada hacia la cabina. Blake me guiña un ojo. Me tranquilizo. Un día deberé hacer un curso con el sensei Anselmo para desterrar mis paranoias desconfiadas.
—Y aquí estamos una tarde más en Solas —. La voz me tiembla. La corrijo al instante.
—¡No estamos solas! —Laura y Karina lo dan todo en ese grito a pleno pulmón.
—Chicas, tenemos una llamada —. La voz de Anthony corta nuestras risas entusiastas.
—Hola, soy Sofía. Quién nos acompaña desde el otro lado.
—Soy Alba —. Apenas puedo creerlo. ¡Es ella! La chica que cortó la llamada.
—Es ella… —Karina habla tapando el micrófono. Laura sostiene el libro temblando como una castañuela.
Me siento con la espalda recta. Puedo ayudarla y lucirme frente al inversor. Dos pájaros liberados de la jaula al mismo tiempo. La fortuna me sonríe.
—Hola Alba, nos alegra muchísimo escucharte.
Giro la cabeza hacia el costado. Raúl me lanza una sonrisa de lo más entusiasta. Le respondo con el mismo calor. En los negocios la simpatía representa el cincuenta por ciento del precio de venta. Eso dice Elvira cada vez que consigue harinas con descuento para sus rosquillas de San Isidro.
Pasan unos segundos interminables de silencio. Me acerco al micro.
—¿Alba? ¿Sigues allí?
—No soy Alba. Soy Chechu.
—¿Quién? —Enfoco todas mis dudas en la cabina. Blake reemplaza a un pálido Anthony para comenzar a aporrear los mandos de la cabina.
—El Chechu. El ex de la Yoli.
—¿Yoli?
—No, soy Alba.
—¿Qué está pasando?
Ahora veo dos coronillas moverse de un lado a otro tras la cabina de dirección. Anthony y Blake, ambos dos, se encuentran masacrando el teclado a golpes.
—Perdón— Anthony habla al micro pasando de pálido muerto a verde desesperado—al parecer se nos han mezclado dos llamadas. Vamos con la primera.
—Hola Alba.
—¡Que soy Chechu! El de la cornamenta por culpa del Richard. ¡Mira Yoli! Sé perfectamente que escuchas a estas feministas progres. O me devuelves el móvil que aún estoy pagando o juro que a tu novio le meto los cojo…
La llamada se corta. Al otro lado Blake se recuesta sobre la silla tomando aire como si hubiera corrido una maratón. Elevando la mano hace una señal en círculo. Al parecer debo continuar.
—¿Hola?
—Hola, soy Alba.
—Gracias a Dios.
Anthony y Blake alzan la mano para chocarlas en el aire.

—¿Cómo dices?
—Cosas de mi abuela. Hola Alba, nos encanta que nos llames nuevamente. La última vez nos quedamos con ganas de escucharte.
—Tuve algunos problemas.
—Todos los tenemos —Karina contesta recuperando la respiración después del susto vivido.
—Quería decirles que me ayudáis mucho. Mi vida no es nada fácil.
—La vida nunca se pone fácil.
Alba se silencia y nos quedamos expectante. Luego de lo que se consideraría una pausa normal, y ver que las palabras no fluyen, me lanzo a preguntar.
—¿Cómo podemos ayudarte?
—Estoy enamorada de un imposible —. Las chicas suspiran apenadas. Como mínimo esperaban un caso sin resolver de triple asesinato. Típico problema de amores. Me los conozco todos. Soy graduada en corazones olvidados. En este tema puedo lucirme.
—Estamos aquí para escucharte.
El inversor está sentado a mi lado. Entre los dos apenas cabe una hoja de papel. No pierde detalle de lo que digo. Normal. Custodia su dinero.
—Lo mío es imposible. Uno más imposible que otros. Es decir, lo que siento, lo que debería, lo que a mi no me pasa.
—¿Lo que deberías?
—Estoy enamorada de alguien que… está mal. Mi padre dice que es antinatural.
—¿Dice antinatural?
—Sí.
Anthony estira el cuello llamando mi atención. Afirmo con una caída de párpados. Sé lo que intenta decirme.
—Alba, El amor no respeta convenciones y mucho menos convicciones. Él se mueve como un vagabundo en busca de un sitio en el que refugiarse. Y aunque parece necesitado su capricho es lo que lo convierte en especialmente adorable. No importa cuántos hogares le muestren, él decidirá dónde se encuentra la residencia de su paz. Podrán mostrarle miles de hogares que si tu corazón es el escogido no desistirá hasta dejarse la vida en tu conquista. Derribará puertas, ventanas y cristales luchando como gigante en plena batalla, y cuando agotada de negarte a él lo creas vencido, regresará con mayor potencia que antes. Atacará con pétalos de sueños y sonrisas de esperanzadas porque sabe que en su victoria se encuentra tu única felicidad.
—¿Y si no estoy segura? ¿Y si cuando me decido es demasiado tarde? ¿Y si no me espera?
—Los tiempos de las parejas no siempre son los mismos. Si te quiere esperará. El amor correspondido es una joya digna de esperar.
Alzo la vista para chocarme con la negra mirada de Blake. Siento su fuego traspasar la cristalera.
—Hablas muy bonito.
—No es mío —contesto mirando hacia la cabina de dirección.
—La persona que te lo dijo debe estar terriblemente enamorada de ti. Espero sea correspondido —la voz de Alba suspira entusiasmada.
Me sonrió sabiendo que los mofletes los tengo rojos. Siento el ardor escaparse por mi piel. Alzo la vista. Él no mueve un músculo. Las luces de la cabina lo rodean. Tengo miedo. Mucho miedo. Me siento sola y soy desconfiada. Me han hecho daño. Pero lo quiero. Es el chico que he querido a mi lado desde siempre. Es guapo, inteligente y no puedo negar que estoy enamorada.
—Lo es —apretó los papeles nerviosa ante mi confesión—. Total, y locamente correspondido.
La sonrisa que me lanza es diminuta, pero prometedora. Me rasco la frente mientras escondo el

sonrojo tras el micro.
Laura habla y Karina completa sus ideas. Yo sigo mirando a Blake que no deja de lanzarme dardos ardientes. Si no fuese porque el inversor se encuentra delante, porque mis amigos no sospechan nada y porque tengo un millón de miedos sobre lo nuestro, detendría el programa para secuestrarlo y que la noche nos encuentre amándonos.
—No quiero mentir a nadie —. La voz de Alba se pierde a lo lejos.
—No lo hagas —contesto regresando al plano terrenal.
—No puedo. No tengo escapatoria. No soy lo que él cree.
—¿Él?
—Mi padre.
—Alba. ¿Qué edad tienes?
—Dieciséis.
—Eres muy joven y te encuentras iniciando tu propio camino. Eres una mujer, no un muñeco moldeable para los deseos ajenos. Tu padre sabrá comprenderte.
—No puedo… no puedo —La voz se ahoga entre algo que parecen sus manos—. Tengo que cortar. Ya no puedo vivir así. No puedo…
—¡Alba, espera! No cortes.
Las chicas y yo nos miramos. El silencio inunda el estudio.
—Alba, por favor, si me estás escuchando, llámanos. Hoy o cuando tú prefieras. No estás sola.
Algo de música suave, un par de llamadas más y el final del programa nos alcanza.
Karina y Laura pegan las bocas al micrófono.
—¡Solas! No estamos solas.
—¡Nunca! Mientras una de nosotras esté en pie jamás estaremos solas —contesto sin quitarme a Alba de la cabeza.
—¡Jamás! —Las chicas me responden con toda la energía.

Lo mejor de ser una mujer,
es el privilegio de tener un poco de diversión y,
oh, volverme totalmente loca,
olvidar que soy una señorita…
¡Man! Feel like a woman!

Se acabó.
Nos quitamos los cascos.
Raúl sigue sentado. Lleva dos horas sin moverse y ni una sola arruga en los pantalones. Los míos parecen papel de fumar. ¿Cómo lo ha hecho?
—Un programa estupendo chicas —Anthony sale de la cabina aplaudiendo hacia nosotras.
—Un programa fabuloso —Raúl se pone en pie alejando la silla—. Mañana tendréis una contestación.
—Creí que Solas era un proyecto decidido —. Blake sale de la cabina para enfrentarlo.
—Lo comprendo perfectamente —la desilusión se esconde detrás de mi educación —. Necesitas tiempo. Es normal.
Blake y él se miran fijamente.
—Estaba bromeando. Tu novio tiene razón, está decidido. Patrocinaré el programa.
—Es un programa hecho entre amigos —Anthony aclara—. Agradecemos mucho tu confianza. No te arrepentirás.
—Sí, todos somos… amigos —Ante mis palabras Blake se mira las manos. Acabo de desilusionarle.

—¿Qué tal si comenzamos con una de mis empresas?
—¿Una? —La voz me tiembla al escuchar al inversor.
—Sí, la de vestimenta femenina. Será interesante.
—Me parece perfecto.
—Una mención en el encabezado y cierre. Además de los intermedios habituales.
—Genial —. Extiendo la mano, pero él se adelanta sujetándome los hombros para darme dos sonoros besos. Perfume importado al cien por cien emana su cuello. Soy un radar para todo aquello que mi billetera no se puede permitir.
—Te enviaré el contrato con los detalles. Seguimos en contacto.
Karina lo acompaña hasta la puerta y espera a verlo marchar antes de comenzar a saltar como si hubiese visto una araña en sus pies.
—Nos vamos de fiesta. Esta noche invito yo —. Anthony camina de un lado a otro apagando luces.
—Estoy agotada. Los nervios me han robado las constantes vitales.
—De eso nada, esta noche la ciudad es nuestra. Que digo ciudad, digo comunidad. Qué digo comunidad, ¡España entera es de mi Sofi! — Anthony se abraza a Laura que salta mientras recogen las mochilas. Los tres salen por la puerta cuando Blake me sujeta por la cintura.
—¿Eres feliz?
—Inmensamente —. Muerdo mis labios sujetando una lágrima tonta.
—¡Vamoooooos!
Karina entró y salió nuevamente. Pero esta vez empujándome por la espalda.
—Ir vosotras.
—¿No vienes?
—Me ha surgido un imprevisto. Mañana saldré temprano a Barcelona.
—¿Barcelona?
—Que tengas buen viaje Blake. Nos vemos a la vuelta —. La mano de Karina tira tan fuerte de mí que los cientos de preguntas que quise hacerle nunca llegaron a salir de mi boca.

Blake

—Buenos días, señor Blakmoon.
—Buenos días, Lola.
—Me temo que su tío aún no ha llegado. Llamó para avisar que llegaría tarde.
—¿Aún? ¿Mi tío se encuentra en Barcelona?
—Desde hace una semana.
—Lo que me faltaba.
Camino y la mujer me sigue como estela de cometa. Lola es la secretaria de mi tío, y en algunas ocasiones en las que vengo a España, también la mía. La sede de la agencia se concentra principalmente en Baltimore, Barcelona y Berlín. Mi madre trabajó duro porque la empresa familiar se diversificará en varias ciudades y así minimizar los riesgos de un monopolio de ideas. Cuando Simon, su hermano, se hizo cargo de todo, los proyectos cambiaron de rumbo. Hoy la central de Barcelona y Berlín es algo que desea borrar del mapa. Al igual que la asesoría en nuevas tecnologías. Su interés por Baltimore y sus nuevos rumbos hacia la industria armamentística le parece más interesante.
Abro la puerta del despacho del gerente con la fuerza de las tormentas que me asaltan. El desgraciado no está. Miro a Lola que me responde sin necesidad de preguntas.
—El Señor Raúl está reunido con los chinos en el despacho central.
Me encamino hacia el pasillo y abro la puerta. El muy desgraciado sonríe al verme.
—Buenos días.
Le respondo con el total de mi educado gancho derecho. Lola se lleva las manos a la boca. Está horrorizada. Tendrá que consolarse en sesiones de terapia. Mi furia no se encuentra disponible para el alivio de secretarias histéricas.
—¡Levanta!
El muy repugnante se acaricia el labio sin perder la sonrisa de sapo estirado. Contrario a todas mis estimaciones apoya la mano izquierda en la alfombra sin la más mínima intención de alzarse.
—¡Levanta!
Los tres chinos que hasta ahora observaban sin entender nada comienzan a sacar sus móviles.
—Sí que te has dado prisa en viajar. Haberme avisado. Siempre es un placer compartir vuelo con un amigo.
—¡Levanta!
—Tanta historia por nada.
—Voy a matarte.
—Lola, haz el favor de llamar a recursos humanos. Les gustará presenciar las amenazas de un directivo accionista —. El muy desgraciado acaricia el rabillo del labio que arroja un finísimo hilo de sangre.
—¡Levanta!
—Si insistes—. El capullo sacude su chaqueta.
—Raúl vete —. La voz grave rebota en mi espalda. Menos mal que tardaría en llegar. Miro a Lola que se acaricia el rodete del cabello en forma distraída.
—Su sobrino y yo tenemos algo pendiente.
—Raúl, vete ahora mismo.
Mi tío nunca necesitó alzar la voz para imponerse. A veces me preguntó si habré heredado ese mismo poder. Quizá sea lo único que nos une. Eso, y el parecido físico del que reniego siempre

que puedo.
—Como ordene —Raúl se pone en pie muy lentamente —. Después de todo, no soy yo el niñato sin educación que entra dando golpes.
Estoy por lanzarme contra su cabeza cuando la voz de mi tío me clava en la moqueta.
—Blake, a mi despacho. ¡Ahora!
—Será mejor que obedezcas a tu tío o estas navidades no te regalará el deportivo.
Niego con la cabeza. Existen estupideces que no merecen contestación.
—Por cierto, esa chica tiene una piel digna de ser besada.
Otras sí la merecen.
Mi tío lanza pestes por la boca mientras los chinos comienzan a grabarnos con los iPhone.
¡Joder! Esa ha dolido.

Ciegos

—Pensé que lo de Ryder estaba acabado—. Laura bloquea con el pie la parte baja de la entrada.
—Me queda un día —. Contesto saltando por encima de su pierna para luego acariciar la cabeza de Patán, que atentamente planea cómo esquivar a su dueña y escapar hacia la calle.
—¡La gorra no! Seguro la descuentan de mi sueldo como si fuera nueva.
Patán simula sordera. Espera una distracción para llevarse el botín a la cama. Adora esconderla bajo su manta de felpa.
—Si la rompe tú la pagas—señalo con el dedo a su madre—. No quiero despedirme del trabajo con una mancha en el historial.
—¿Y cuántas has perdido tú?
—Aquí está la mamá defendiendo a su hijito el criminal. Déjame hacer cuentas—apretujo las yemas de mis dedos—. Dos. El día de la tormenta, una. Con la viejita empujando el carrito de verduras, dos. El baile de la Gran Vía, tres. Igual fueron tres.
—¿Baile?
—Tendrías que verle. Ese chico es clavito a Michael Jackson.
Laura niega con la cabeza antes de perderse en la cocina.
—¿Cuándo comienzas en la agencia? —Karina sale del baño con las manos humedecidas.
—El lunes comienzo la formación.
—¿Formación?
—Blake se encargará de mostrarme la agencia y enseñarme su movimiento.
—Su movimiento, claro.
Karina se sienta junto a la mesa con la sonrisa puesta.
—Esas son buenas noticias —Laura se acerca con una bandeja de estofado y verduras asadas que desata pasiones.
—¿Te casarías conmigo? —Pregunto olfateando la comida. Patán decide imitarme.
—Lo haría si no fuese porque ya estás pillada. Y con exceso de candidatos.
—¿Candidatos? ¿Pillada?
—No vengas con aires de inocente que nos conocemos. Sabes perfectamente de lo que hablo.
—¿Lo sé?
Karina acepta la bandeja de jugosa ternera madrileña.
—En el lateral izquierdo y con todos los puntos a su favor tenemos al enigmático Blake —. Las manos de Laura cubren sus labios haciendo betboxing de público enfervorecido. En plan payasa ni Patán la iguala.
—Y en el lateral derecho nos encontramos con el impecable Raúl —. Karina imita el sonido de un locutor deportivo rancio a la par que Laura salta cual boxeador a punto de salir al cuadrilátero.
—¿Has visto cómo la miraba? —Laura dirige la pregunta a Karina que aplaude entusiasmada.
—Estaba allí para invertir su dinero, es normal que no perdiese palabra —. Agrego salsa alioli a las patatas. Una combinación que debería llevarse el tenedor de oro en *patatasardientes.com.*
—Y yo me chupo el dedo. De eso nada. Estaba embobado mirándote.
—Y Blake a punto de saltar de la cabina para ahorcarle —Karina completa el plato con un espárrago asado mientras se ríe —. Por cierto, ¿ya habéis regado el helecho?
—¿Qué? ¡No! Nosotros no...
—Sofi, no tartamudees tanto que nos conocemos mucho.
—¿Tanto se me nota?

—No tanto como a él, pero sí —. Laura descorcha el vino y comienza a servir las copas —. ¿Entonces hubo o no hubo mandanga?
—¿En verdad sois mis amigas? —Las dos se miraron intrigadas como si hubiese caído una cigüeña del cielo en mitad de la sala.
—Por eso preguntamos. ¿Qué otra cosa hacemos las amigas? Tiene pinta de tener manguera de bombero —Karina ya no se contiene la carcajada.
—¿Te ató a la silla a lo Christian Grey?
—Yo lo veo más como uno de esos que se lanza a la cama y te deja hecha papelito —Karina no para de reír —. Vamos, nena, cuenta. ¿Fue a saco duro o es de los de pendrive juguetón?
—Aún no conozco su pendrive —. Entierro la cabeza dentro de la ensalada después de contestar.
—¡Aún! Eso quiere decir que de lo otro sí que hubo. ¡Cuenta!
—No hay mucho que contar —las dos mastican en el más completo silencio —. O quizás sí, no sé, estoy hecha un lío. Dice que le gusto, pero que prefiere esperar.
—¿Esperar a qué? —Karina bebe un sorbo corto de vino.
—Dice que me quiere convencida. Que le gusto, pero que necesita más. Dice que quiere verme...
—¿Quiere verte? —Ambas estiran el cuello.
—Enamorada de él. Quiere que me olvide de Rubén y de todos. Dice que quiere ser el último.
—¡Ayyyyyy! —Karina grita. Laura se abanica con la servilleta.
—¡Me muero!
—Es un divino.
Suspiran con exageradas bocanadas de aire al cielo.
—Estoy hecha un lío.
—¡¿Estás tonta?! Tienes a un chico tremendo loquito por tus carnes. ¡Nena! Tienes el número ganador. Te encanta y le encantas. Muero de amor —Laura simula un desmayo de protagonista de romance victoriano.
—Para ser más exactas es un amor “correspondido”—. Karina contesta a la par que ventila con la servilleta a la desfallecida.
—También se dieron cuenta de eso —digo mordisqueando una zanahoria al recordar mi declaración en el último programa de radio—. Soy un desastre.
—Nena, nos dimos cuenta nosotras y todos los ciegos de Madrid.
—Segovia y León, también —. Karina me muestra sus manos en posición de rezo. Sus disculpas no me resultan muy convincentes.
—¿Qué hago? No nos conocemos tanto. ¿Y si termina siendo un fiasco?
—¿Y si el mundo se termina mañana? ¿Y si los alienígenas nos atacan? —Karina se burla de mi inteligencia.
—¿Y si los vikingos invaden Madrid?
—¿Vikingos? —Karina y yo miramos a Laura de lo más sorprendidas.
—¡¿Qué?! Cada una tiene derecho a imaginar lo que quiera.
Niego con la cabeza antes de meterme un trozo de pan en la boca.
—Sofi, tienes que lanzarte a la piscina y nadar —. Karina retoma su locución.
—Nunca tuve miedo a nadar.
—No, lo tuyo siempre se relaciona más con el temita de ser abandonada. Nena, Rubén fue un imbécil al que debiste cortar el grifo hace tiempo. Y con respecto a tu madre, no sabemos nada de ella. Puede que se viese obligada a dejarte con tu abuela, o yo que sé, la vida posee demasiados recovecos como para conocerlos todos. Lo importante es que eres genial, guapa, inteligente y te mereces lo mejor.

Karina aplaude las palabras de Laura para luego agregar.
—Estamos contigo. Desde hoy somos *Team Blake*—. Meto un trozo enorme de carne y lo mastico como puedo. La boca llena me obliga a tenerla cerrada —. Sofi, han pasado dos años desde que vas y vienes con ese cabrón de Rubén. Ese idiota merece pasar al mundo de los olvidados y dejar paso a una berenjena nueva —dice pinchando una de la fuente de verduras a la vez que me guiña un ojo.
—Nos acostábamos de vez en cuando, pero lleva mucho tiempo sin significar nada para mí.
—Entonces ve a por Blake—. Karina afirma mordiendo un pimiento de Padrón de los que se asegura que unos pican y otro que no — ¡Pica! ¡Pica! ¡Este pica! —Grita antes de bajarse la copa de agua y servirse una segunda.
— Deberías lanzarte en su cama.
—Sí. Aprovecha cuando esté dormido y te metes dentro —. Laura completa la idea loca de Karina.
—O mejor, prepara una cenita romántica, le manchas la camiseta con salsa, le desabrochas el primer botón y mmm.
El timbre de la puerta comienza a sonar tantas veces que tememos que se esté produciendo un incendio en el edificio.
—Pase señor ansias—. Patán salta como loco al ver a Anthony traspasar la puerta.
—¿Queda algo? Intenté deshacerme de la secretaría del gimnasio, pero fue imposible. La mujer está desesperada —dice mientras balancea la cabeza de patán de un lado a otro—. ¿Qué interrumpo?
Anthony se sienta a mi lado y agradece a Karina que le rellene la copa de vino.
—Nada importante. Hablábamos de las mentiras que debe decir Sofía para colarse en la cama de Blake.
—En alto. ¡Levanta! —. Le golpeo con la palma de mi mano su espalda.
—Creo que me he perdido bastante —. Los mofletes hinchados apenas le permiten hablar.
—Están exagerando. Ya las conoces.
—Sofi y Blake se han estado comiendo la boca—. Laura suelta sin anestesia.
—Eso no es ninguna novedad.
—¿Tú también?
—Cari, “total y locamente correspondido”—. Anthony estira la mano para recoger la fuente de carne —. Eso lo vimos hasta...
—¡Los ciegos de Madrid! —Responden las dos payasas. Anthony alza la copa brindando hacia ellas.
—El problema es que Blake no quiere sexo.
—¿Cómo?
—Le ha dicho a nuestra Sofi que por ahora nada de mojar churro.
—Es gay —. Anthony se mete un trozo enorme de carne y se pone a masticarlo.
—No es gay —me siento en la obligación de defenderlo—. Él dice que no quiere ser uno más. Que quiere verme enamorada de él.
—Ummm, muy bonito. Es gay.
—Eres insufrible.
Anthony me sonríe.
—Estoy de broma. A ver, yo no soy de esos. Sé de chicos sensibles que buscan algo más que el sexo. Verás, están los feos, los cojos y… los gais.
Las tres le lanzamos servilletas de papel mientras se cubre la cara con los brazos.

—No te burles, estamos ante un problema terriblemente serio.
—¿Serio? —Anthony le responde a Laura con un gran movimiento de cabeza—. Meter a Sofi en la cama de Blake no es un problema. Lo raro es que no haya pasado. No hay más que verlo para darse cuenta de lo pillado que está. Algo curioso en un tipo como él.
—¿Qué quieres decir con un tipo como él? —Las chicas están tan interesadas como yo.
—Sofi, Blake no es de los que tiene problemas con las chicas. En la agencia suspiran al verlo pasar.
Pensar en tanta competencia me hace sentir un mosquito insignificante con deseos de que alguien lo aplaste.
—Pero ha dicho que ella le gusta, ¿por qué le mentiría?
—Yo no dije eso. Sólo digo que es raro verlo tan pillado cuando...
—¿Cuándo? ¿Tú que sabes? —Laura lo apunta con el tenedor.
—Nada —dice tragando.
—Habla —Karina también lo amenaza. Ella es más contundente y utiliza el cuchillo. Patán, asustado con tantas armas, se posiciona junto a su colega de juegos.
—No sé nada. Lo juro. Es solo que...
—¿Qué? —Las tres hablamos a la vez.
—Todo esto de su interés de vivir con ella, o el trabajo en la agencia, o la radio. Y ahora esto de estar enamorado. ¿No os parece demasiado extraño?
—¿Qué quieres decir con extraño? Estudié periodismo. Me creo muy capaz de llevar las relaciones públicas y comerciales de la agencia. Además, voy a tener un curso de capacitación.
—Cari, no es eso —sostiene mi mano con fuerza—sabes que confío en ti como ningún otro. Yo mismo hice lo imposible para que entraras en la agencia, solo digo que... Nada. No sé lo que digo.
—Estás celoso porque ha llegado uno más guapo que tú.
—Será eso —Anthony alza la copa hacia Karina.
—¿Crees que miente? —La voz me tiembla.
—No. Creo que le gustas con locura.
—Eso es estupendo. Sofi merece un amor loco y apasionado.
Anthony no contesta.
Los cuatro continuamos la cena y brindamos hasta que la noche cerrada nos encontró tirados en el sofá.
Nos despedimos y aprovecho la soledad del portal para preguntar a mi amigo.
—Arriba, antes, me pareció que no terminas de fiarte. Anthony, por favor, si sabes algo que yo no sepa este es el momento de contarlo.
—Te juro que no sé nada —dice sujetando mis manos con las suyas—es solo que yo soy muy distinto. Ya me conoces. Para mi lo primero es el sexo, segundo el sexo, y tercero, adiós muy buenas.
—¿Crees que es un tonto mentiroso?
—Creo que es muchas cosas menos tonto. Cari, mientras yo viva jamás nadie va a lastimarte. ¿Lo sabes?
—Lo sé.
—Entonces has lo que las chicas dicen. Ríndete a los sentimientos. Mereces que te quieran con el corazón —Anthony me abraza con ternura—. Además, si se atreve a lastimarte le corto los huevos.
—Algo no termina de gustarte. Y no me lo dices.

—Sofi, yo no quiero...
—¿Qué es?
—No quiero que caigas en brazos de otro desgraciado como Rubén, eso es todo.
—¿Y qué más?
Anthony se mueve de un lado a otro. No es por el frío. La noche es primaveral y él nunca siente frío. Es como una bolsa de agua caliente andando.
—Cuando lo vi tan entusiasmado por ti hice algunas preguntas. Y sabes que te quiero —asiento con los dientes mordiéndome la lengua para no llorar. Su voz no parece optimista—. Al parecer ha tenido varias aventuras. Con ninguna nada más de una noche. Dicen que llevó a modelos a su cama de las que nunca supo ni se interesó siquiera por su nombre.
—¿Cómo saben tanto? Él vive en Baltimore.
—Joven, guapo y directivo. Mueren por meterse en su cama. Los chismes por correo electrónico vuelan.
—¿Crees que soy un juego?
—Solo te pido que no le entregues tu corazón. Todavía no.
—Tengo que irme. Es tarde.
—Te llevo.
—Prefiero caminar.
—Sofi...
—Estoy bien.
Me voy sin darle tiempo a réplicas. Tengo el corazón cargado de lágrimas. Voy a ser abandonada antes de que me lleven a la cama. Todo un récord en el listón de las tontas.

Dímelo otra vez

—Hola.
—¿Hola? —Contesto buscando la voz. Imposible ver nada. Mi casa se encuentra en un gran apagón—. No sabía que estabas de regreso.
Estiro la mano hacia la pared. Blake me sujeta la muñeca antes de alcanzar la llave de la luz.
—Llegué hace un par de horas. Es tarde, ¿dónde estabas?
—Cenando en casa de Laura.
—Te eché de menos —el abrazo me sorprende rodeándome por la espalda. El bolso cae al suelo. Yo también lo he echado de menos.
Siento los dedos enroscarse en la melena y tirar suavemente hacia él.
—Hueles tan bien —. La oscuridad no me permite verlo. Mejor así. En estos momentos soy una penumbra de dudas.
Su boca se posiciona sobre la mía y el engranaje de las inseguridades que horas atrás giraban alocadas en mi cabeza, se detiene. Sus labios me buscan. Le permito encontrarme. El calor de su cuerpo se adueña de mis temores. Él los derriba con la firmeza de sus caricias.
Mareada en una nebulosa de rosa caramelo busco en el contacto de su cuerpo mi punto de apoyo. Su pecho me acepta. Estiro las puntas de pies como bailarina en su mejor ballet. Y no porque sea bajita sino porque mis sentimientos por él son esencia de amor concentrado.
Necesito sujetarme tras su cuello aferrándome a lo que siente como nuestra esperanzada. Lo beso y vuelvo a besar. Nuestras lenguas juguetean nerviosas. Soy una hambrienta que lleva una vida sin degustar el sabor afrutado de la sinceridad. Años buscando lo que no sabía ni si existía se encuentra ante mis narices demostrándome que es verdad. Que a todos nos llega nuestro momento.
El cuerpo entusiasmado me exige que me deje llevar. Nunca lo he hecho antes. Esto del amor es una droga peligrosamente nueva para mi. Siempre he sabido esconderme en el cofre de la precaución. Uno que protegido con tres candados llevase una robusta capa hinchable lista para ser utilizada como bote salvavidas cuando las caricias se tornasen en mentiras. Puede que sea duro reconocerlo, pero las únicas palabras siempre recibí de Rubén momentos previos a… luego se esfumaban como pompas de jabón barato. Sin embargo, con Blake mis sentimientos disfrutan navegando por un mar seguro. Sus besos despiertan y apaciguan los cientos de Sofía que llevo dentro. La temerosa, la risueña, la colorida, la perdida, la solitaria y la abandonada. Todas flotan con brazos estirados en la mar apacible del amor correspondido. No estoy segura de cuantas novelas leí de finales truculentos pensando que aquello era mi sueño, sin saber que estos brazos templados y tranquilos, son el remanso por el que sería por todas envidiada.
Sus dedos se aferran a mi cintura. Posesivo. Seguro. Me entrego. La sensación de sentirme pertenecida me completa. Puedo sentir el golpeteo de su corazón contra mis senos junto al mío que lo acompaña con el mismo compás agitado. Nuestros cuerpos son un reloj de sincronización perfecta esperando la gran explosión final.
No es de fiar… Las palabras de Anthony resuenan en mi cabeza.
Ahondo el beso para acallarlas. Quiero que los fantasmas se alejen. Necesito dejarme llevar sin aceptar que soy un juguete roto de pegamento reseco y olvidado. Mis manos se aferran a su cuello y mi cuerpo se frota deseoso de despertar la fiebre del suyo. Suspira profundamente. Segundos eternos de besos nos quitan el aire. Me lanzo a morder cada milímetro de su incipiente barba. Vuelve a suspirar. Pero esta vez la palma de su mano nos separa unos centímetros. Los

justos para sentir el frío del abandono. Estiro los labios negándome al vacío que me provoca su ausencia. Su cuerpo es el único refugio que poseo para el olvido.
—Cielo —las palabras susurran sobre mi boca. Siento el bailar de sus labios sobre los míos—. En la radio, la otra tarde, lo que respondiste a esa chica —toma aliento en una pausa interminable —¿era verdad?
Su mano se eleva tras la nuca buscando la mía para separarnos totalmente. Sin soltar mis dedos los lleva directo a su pecho. Allí donde los latidos se convierten en esperanza.
—¿Puedes sentirlo?
Ton. Ton. Ton.
Los latidos rugen tras su camisa. Las emociones me golpean como remolinos de tornado oscuro y potente. Pasado, presente y futuro se unifican pidiéndome lo que nunca nadie me exigió antes. Entrega.
—Yo...
La mano presiona con fuerza la mía sobre su torso. Ton. Ton. Ton.
—¿Lo escuchas? Está tronando por ti.
Una caricia a mi rostro atemorizado junto a un breve silencio es lo que utiliza antes de tambalearse con la potencia de sus palabras.
—Comprendo que sientas que esto es una locura. Yo también lo creo, pero no puedo negar lo que me haces sentir. Eres una parte de mi que dueles porque aún no te siento mía. No soy capaz de pensar ni de trabajar. Cuando no estoy contigo siento miedo a que no estés, que no me quieras, que no sientas… Mi cabeza repite día y noche tu nombre como disco terrorífico. Me dije que tenía que darte tiempo, que no quería asustarte, pero entonces, ayer en la radio dijiste algo que derrumbó toda mi paciencia. Necesito volver a escucharte y saber que no fue un sueño. Llevo todo el día pensando si he perdido la cordura, el oído, o ambos.
El corazón se me escapa por la boca. Las emociones se me amontonan en los lagrimales. Y esta vez no es por tristeza.
Lánzate y nada. Las palabras de las chicas llenan y revientan mi cabeza. La niña pequeña sentada sobre una maleta de cuero marrón depresivo estira la mano diciendo que es tiempo de olvidar. El mundo se divide en dos grupos, decía mi abuela, los ahogados y los que saben flotar. Sus consejos incansables, sus besos siempre dispuestos y sus tartas de chocolate para llorar a mi lado fueron sus mejores clases de cómo sacar la cabeza para respirar. Si hoy sé nadar fue porque ella me enseñó. Llegó el momento de demostrarle que su tiempo conmigo no fueron horas perdidas.
—Sí. Eres totalmente correspondido. Tanto que me hace temblar de miedo. Tengo pavor a sentir como me siento. El pensar que esto sea un capricho, que mañana descubras que te has confundido y me dejes… pero es demasiado tarde para negar lo que ya creció.
Sus manos envuelven mi rostro. Su frente choca suavemente con la mía. La boca se abre lentamente. No dice nada. Se acerca en cámara lenta a mis labios. Es un toque delicado. Uno que de tan suave concentra el ardor de millones de volcanes. Un segundo y tercer toque se repiten. Acercándose y alejándose hasta que el cuarto y los siguientes, llevados por el ardor que albergan comienzan a transformarse en voraces, profundos, posesivos… Los acepto como hierba seca ante la lluvia en mitad de agosto. Me aferro a su cuello buscando la estabilidad que siempre envidié de esas parejas que se amaban en el parque. Sus caricias son la seguridad de la que mi corazón desequilibrado adolece. Él cementa mi confianza inexistente. Me siento la princesa a la que acaban de ponerle la sandalia de cristal perdida en el baile.
Las manos bajan por mi espalda hacia mi trasero. La presión pega mi cuerpo totalmente al suyo. Siento su necesidad golpear entre mis piernas. Me desea. Lo deseo. Nado en un mar de ensueño.

Surfeo en su boca. El calor me devora. No puedo pensar en otra cosa que no seamos nosotros. Me pierdo en el ahora alejándome de inservibles olvidos. Mi lengua recorre cada rincón desconocido. Busco desterrar huellas que no fueron mías.
—Ay…
—Lo siento —me alejo turbada.
—No, no te detengas. Por favor...
El sabor de algo salado carga mis labios.
—¿Te he hecho daño? Yo jamás… Lo siento mucho.
—Calla y bésame —. Las palabras graves y pastosas rebotan contra mi cuello. Las manos se aferran en mi cintura arrastrándome hacia la fortaleza de su cuerpo duro.
Apoyó las manos contra su torso para soltarme de su abrazo. Camino los dos pasos que me distancias de la llave de luz y presiono.
—Pero ¡qué!
Blake tira de mí para alejarme de la luz.
—Estoy bien. Ven aquí.
La fuerza de sus manos me enrosca en su calor. Los besos por mi escote le ocultan el rostro. Con delicadeza lo sostengo por los lados para alzarlo y poder verlo.
—Bésame.
El sonido de las palabras son las mismas que las de un niño al que le han quitado su helado.
—Por Dios. Estás hecho un desastre —. Delineo en el aire cada morado. Temo hacerle daño ante semejante estropicio.
—Acabas de subir mi autoestima unos treinta puntos.
—¿Qué ha pasado?
Pregunto mientras con pasos nerviosos me dirijo hacia el baño en busca del botiquín.
—Una discusión sin importancia.
—¿Sin importancia? —El ojo derecho se encuentra como un huevo duro. El labio inferior totalmente partido—. Estás sangrando.
—Estabas tan desesperada por comerme… —dice llevándose la lengua al bordillo de la boca y arrastrando el hilillo de sangre hacia adentro.
—Vamos —. Empujo de él hacia el centro del salón con el botiquín en las manos.
—¿A tu cama? Por supuesto que sí, aunque deseo dejar constancia que lo haría libremente. No necesitas forzarme para que me acueste contigo—. Blake levanta nuestras manos entrelazadas en alto mientras lo arrastro hacia el sofá.
—¿Y lo de dejarme tiempo para que me sienta segura?
—Quedó superado en el momento que has reconocido que soy correspondido total y loca… ¡Ay! Eso fue una traición.
Lo empujo en el sofá, pero no con la suficiente rapidez. Sin soltarme de la mano consigue arrastrarme sobre sus piernas.
—Para nuestra primera vez hubiera preferido un colchón en donde recrearme durante horas con tu piel sedosa, pero viendo que estás loquita de deseo, acepto el sillón como precalentamiento.
La boca de Blake intenta alcanzarme. La cobra que recibe como respuesta le hace fruncir la frente. A mi la sonrisa. Este lado de niñato tonto de Blake es adorable.
—No estoy para bromas —contesto simulando el entrecejo de madre enfadada.
—Ni yo —estira los labios. Vuelve a recibir una cobra como respuesta.
—No conocía esta faceta de chica mandona. Mmmm, creo que me gusta. ¿Quieres atarme? Soy todo tuyo —. Alza las manos por encima de su cabeza cual borracho pillado en una prueba de

alcoholemia.
—Y yo no te conocía tan infantil. Blake, por favor —mojo un algodón en mercromina y lo coloco en el lateral de su labio inflamado sin demostrar que ha conseguido sacarme una inmensa sonrisa.
—Huich. Eso ha dolido.
—Y dolerá mucho más si no me cuentas qué pasó.
Le entrego el algodón para que lo sostenga con su mano mientras camino hacia la cocina para rebuscar en el congelador.
—Mira como lo tienes —apoyo el paquete de guisantes helados sobre el morado del ojo. Él vuelve a sentarme sobre sus piernas—. Esto bajará la inflamación.
—¿Estás segura? Yo lo sigo notando muy inflamado —. Responde con voz grave presionando hacia arriba.
Aunque su aspecto sea deplorable no puedo engañarme, ¡me encanta! Sentarme a horcajadas notando su deseo por mí mientras le cuido me convierte de tímida princesa en reina poderosa.
—Si te mueves... —arroja el algodón al suelo para sujetarme por las caderas y empujarme hacia abajo —. Oh, sí. Justo ahí. Perfecto.
Blake mueve las piernas hacia mi interior. Está haciendo el tonto. Ya no puedo contener la carcajada.
—Y pensar que ibas de chico responsable. Blake Blakmoon jamás lo hubiera imaginado de usted.
—Y no sabes todo lo que queda.
Su mano en la cintura intenta pegarme a su torso. Me alejo con la sonrisa en los labios.
—¿Muchos secretos? —Le sigo el juego mientras sostengo los guisantes congelados en la base del ojo.
—Algunos. Esta noche podemos empezar con unos pocos —. Intenta ponerse en pie conmigo encima.
—Ni lo sueñes —digo presionando con todo mi peso hacia abajo —sé perfectamente lo que estás haciendo.
—No pretendía ocultarlo.
Otra vez intenta levantarse. Esta vez lo detengo presionando con un poco de maldad la bolsa de guisantes.
—¡Ay!
—¿Qué sucedió?
—Una pelea. No veo por qué tanta insistencia.
—¿Intentaron robarte?
—No.
—¿Entonces?
—¿No podemos olvidarlo?
—No.
—Fui a Barcelona para arreglar algo sobre un proyecto.
—¿La agencia tiene sucursal en Barcelona?
—Es la matriz. Las centrales son Barcelona, Madrid y Baltimore.
Le entrego los guisantes, me pongo en pie con la excusa de ordenar los algodones y cerrar el bote mercromina.
Es un joven adinerado que tiene todas las chicas que quiere. La voz de Anthony resurge en mi cabeza.

—¿Está todo bien?
Me detengo en la mitad de la sala abrazando los algodones usados.
—¿Y por qué una reunión terminó en puñetazos?
—Discrepancia de opiniones.
—Blake, no estoy bromeando.
—El director ejecutivo pretende algo que quiero y no pienso permitírselo. Fin de la explicación.
—¿No puedes echarlo?
—No.
—Dijiste que eras accionista.
—Mi tío posee una parte importante. Es una situación muy compleja de explicar.
—Será eso o que soy muy idiota porque juro que no comprendo nada de lo que dices.
Me giro para marcharme de la sala. Rubén me hizo comer tantas mentiras que soy alérgica a su masa madre y todos sus derivados. Siempre que puedo, y mi razón me lo permite, evito consumirlas.
Me sujeta por el codo.
—Estoy siendo sincero. Lo juro. Es solo que existen cosas que no puedo contarte.
Eso ha dolido.
—Puedes confiar en mí —sigo sin mirarle a la cara—. Es importante para nosotros que lo hagas. No puedes esperar a que me entregue mientras tú haces lo que te venga en gana.
Me suelta el brazo.
—Desde que mis padres murieron mi tío fue el encargado de manejar los negocios de la familia. Y nuestras vidas. Cuando cumplí la mayoría de edad solicité la custodia de Mariam. Ella y yo desaparecimos de su vida. Con la agencia, sin embargo, la situación es algo más compleja. Mi madre dejó escrita una última voluntad que él se niega cumplir.
—¿Y por eso te golpearon?
—Siempre protegeré lo que quiero. Aunque por diferentes razones, yo también fui un joven abandonado que aprendió a defenderse con sus propias fuerzas. Cuando tengo algo mío es sólo mío. No me importa lo que se interponga ni el tiempo que me lleve conseguirlo. Es y será mío.
Acomoda mi cabello tras la oreja al hablar.
—¿Qué edad tenías cuando los perdiste?
—¿A mis padres? Quince.
—¿Y vuestro tío os crio?
—Criar no es la palabra —intenta hacer una mueca con la boca, pero el dolor no se lo permite—. Digamos que supo ubicarnos para no molestar.
—Por eso asumiste la tutoría de Mariam.
—El primer día de cumplir la mayoría de edad llamé a un abogado. Ella me necesitaba.
—Eres muy guapo…
—Mentirosa. Hace unos minutos dijiste que era un desastre andando.
—Hace unos minutos solo veía lo que mostrabas.
—¿Y ahora?
—Ahora veo un interior mucho más interesante que esos maravillosos ojos dentro de esa carita de guapo lindo.
Deja caer el párpado sano ante el contacto de la yema de mis dedos. Mi dedo sube y baja por su sien cuando él lo atrapa para llevárselo a los labios.
—Si te pido algo, ¿lo harías?
Lo sujeto por la cintura y él hace lo mismo conmigo.

—Todo menos acostarme contigo.
—¡Y eso por qué! Creí que lo nuestro había alcanzado el grado de oficial.
—¿Cómo?
—Sí, con eso de *te correspondo total y locamente*, ya sabes —. Intenta guiñar el ojo, pero solo consigue hacer una mueca dolorosa —. ¿Me lo volverías a decir?
—Blake…
—Hoy lo necesito más que nunca. Lo juro.
—¿La pelea no habrá sido por contratarme ni nada relacionado conmigo? Porque te juro que…
—Olvida lo que pasó. Seamos nosotros. Por favor. Necesito escucharte decir que estás tan enamorada de mi como yo lo estoy de ti.
Suspiro, cierro los ojos, y vuelvo a respirar. El corazón es un tambor descontrolado que le entregó en las manos.
—Blake Blakmoon, me has conquistado. Estoy loquita por tus huesos.
Reconocer los sentimientos es como si durante años hubiese llevado una mochila con piedras y jamás la hubiera soltado. La sensación de libertad es vergonzosa, pero muy atractiva. Me besa antes de sujetarme con fuerza contra su torso.
—Somos dos loquitos oficiales.
—¿Oficiales?
—Oficiales. Básicamente significa que si alguien intenta meterse entre nosotros le parto la cara.
—Vamos oficial, está tu cara como para que se la partan otra vez. Buscaré un paracetamol para el dolor y te vas derechito a descansar.
—Lo tomaré si dices sí a lo que voy a pedirte.
—Mira que has llegado con pedidos. A ver, cuenta, de qué se trata.
—Uno muy sencillo. Tú. Sé que es tarde y que estas cansada, pero… ¿te gustaría quedarte junto a mi en el sofá?
Acabo de desmayarme, morir de amor y volver a la vida.
No te enamores de él. Anthony vuelve a resonar en mi cabeza.
Demasiado tarde querido amigo. Soy su loquita por sus huesos oficialmente.
—Voy a por el paracetamol y vengo.
Blake se sienta y estira los brazos esperándome. Voy a buscar la medicina con la sonrisa coloreando mis esperanzas. Meses atrás hubiese jurado que hacer el amor sin sexo era un imposible. Esta noche durmiendo junto a Blake en el sofá descubrí mi inmenso error.

Mi chica

—Sorpresa, soy yo... fuck.
—No digas palabrotas.
—Tú también las dices. ¿Qué te ha pasado?
Mariam traspasa la puerta sin despegar los ojos de mi cara.
—¿Tan mal está?
—¿Del uno al diez? Un cien.
—Tú y tu bendita sinceridad. Pasa y no hagas ruido. ¿Por qué estás aquí?
—Día de libertad para las encarceladas —me saca la lengua mientras niego con la cabeza. Debí ser más duro en su tutela—. He quedado con Sofía para incendiar Madrid con nuestras compras. No tengo ropa.
—¿No tienes ropa? ¿Tú?
—No seas aguafiestas. La mayoría lo dejé en Baltimore. Te recuerdo que soy una pobre niña sobreviviendo en un internado porque su hermano desalmado la ha encerrado en la torre alta —Mariam camina por la casa como si la conociera al dedillo. Su frescura rosa el descaro.
—Como la princesa esa rubia de coleta.
—¡Rapunzel! ¿Todavía no lo has aprendido? —Jamás reconoceré que leer aquellos cuentos más de una vez me hizo adelantar las páginas para conocer el final —. Estás hecho una pena. ¿Se puede saber qué cuernos te ha pasado? —Dice dando golpecitos a la cafetera para comprobar que está caliente.
—Segunda estantería. Y no digas cuernos —respondo señalando la bandeja de porcelana pintada a mano de un colorido intenso—. He viajado a Barcelona.
La sonrisa de Mariam se transforma.
—¿Está aquí?
—Sí.
—¿Él te ha hecho eso?
Está tan enfada que me causa risa. Mi hermana es una luchadora de las causas perdidas. Adora alzar la bandera por los débiles. Al parecer esta mañana soy el primer desahuciado de su lista.
—Ha sido… —guardo silencio hasta comprobar que la puerta de la habitación de Sofía se encuentra cerrada— Raúl.
—¡¿Raúl?!
—Shhh
—Perdón, perdón —ella también mira hacia la puerta cerrada—. ¿Qué tiene que ver Raúl en todo esto?
—Nuestro tío no se fía de mí.
—¿Crees que lo sabe?
—Si lo supiera estarías hablándote por Ouija.
Mariam sujeta la frente mientras suspira con vehemencia. Sus clases de teatro son un gasto bien pagado.
—Puede hacernos mucho daño.
—No se lo permitiré.
—¿Por qué peleaste con Raúl?
—Más bien por quién —contesto mirando hacia la puerta de la habitación cerrada.
—¿Raúl? No digas que él y ella se han...

—Antes le corto el pescuezo.
Los dos nos quedamos en silencio. Mariam es una niña demasiado madura para su edad. Tras sus rasgos alocados se esconde un prodigioso cerebro pensante. Disfruta con demostrar lo que no es. Ambos crecimos creando nuestras propias barreras protectoras. La mía es la distancia, la suya la superficialidad.
—¿Ella sabe algo?
—Verdades a medias. A veces me pregunto si no sería mejor contárselo todo.
—Entonces no tienes dudas.
—¿De que es ella? No. Todo encaja.
—¡No me lo puedo creer!
—Shhhh.
—No me lo puedo creer —murmura con carraspera baja—. Estoy tan feliz. El poco tiempo que nos vimos me pareció ideal. Blake, nuestro tío no puede salirse con la suya. Ella podría sufrir mucho. Y tú perder a la mujer que quieres.
—Lo sé, lo sé. El tiempo es una bomba de relojería que tengo tras la nuca.
—Hermanito, ¿te has dado cuenta de lo que he dicho?
—Puede que tenga el ojo hinchado y el labio partido, pero no estoy sordo.
—Estás enamorado. ¡Y lo reconoces! —Mariam golpea la mesa con la taza y se la quito para que deje de chillar—. En todos los años que te conozco, es decir, toda mi vida, jamás has demostrado nada por ninguna chica. ¡Jamás!
—Será porque ahora sí tengo algo que demostrar—. Le devuelvo la taza y me reclino en la silla estirando las piernas.
Mariam lleva razón. Jamás he pensado en una chica más que los minutos de cama. Sin embargo, con ella me apetece lo que antes no conocía. Anoche hablamos hasta que se quedó dormida en mi pecho. No he sentido mayor placer en toda mi vida. La hubiese cubierto con mi cuerpo para que nadie la rozase. No me importa si se me cruzan cientos o miles de mujeres más lindas, para mi Sofía cada mañana se despierta más bonita.
Y hablando de bonitas...
Abre la puerta de la habitación y nuestras miradas se imantan. Nos saluda con la mano y señala el aseo. Entra en el cuarto de baño y me deja embobado mirando la puerta. A todas las que en el pasado me acusaron de frío insensible sin corazón ya les gustaría verme en este momento. Llevo el corazón en un puño y el valor en los huevos. Despierto empapado en sudor frío temiendo que el día de la verdad sea incapaz de comprenderme.
—Ella te gusta.
A Mariam se le reflejan corazones rojos en las pupilas. No lo dice, pero está encantada.
—¿Gustarme? Estoy locamente enamorado.
El mayor negador de todos los tiempos de los flechazos de Cupido, desfalleciente de amor, y confesándose ante su hermana pequeña. Esto es un castigo.
—Entonces tenemos que seguir adelante. Por ella y por ti.
Ring. Ring.
—¡Yo contesto! Sigue con tu café y no seas mezquino. Rebusca algo para tu pobre hermana desamparada que no ha probado bocado en toda la mañana.
—Será por tiempo porque por dinero por gastar seguro que no es. La pobre VISA ha llamado a urgencias.
Me saca la lengua antes de abrir la puerta y quedarse pétrea. Suelto el paquete de galletas sobre la mesa y me acerco con los puños. Si Raúl busca un segundo combate lo encontrará. No se

acercará a Sofía. Ella es mía.
—¿Anthony? ¿Eres tú? —Miro a mi hermana que sigue sin moverse.
—Desde hace tiempo.
—Buenos días, pasa. No sabía que vendrías —. La muevo del brazo para que libere la entrada—. La muda es mi hermana Mariam.
—Hola, soy amigo de Sofía, pero ¡qué te ha pasado!
—Diferencia de opiniones —contesto dejándole pasar.
—¿Y el otro?
—Con mis opiniones estampadas en la mandíbula.
—Bien hecho.
—Hola... soy Mariam…
Anthony me acompaña a la cocina mientras mi hermana mueve la mano como gatito de tienda china. Se ha quedado sin voz.
—¿Y Sofía?
—En la ducha. ¿Café?
—Sí, gracias.
—No sabía que tenías una hermana —. Mira a Mariam que se limita a mover la cabeza con una sonrisa algo terrorífica.
—La he traído a Madrid para que termine sus estudios. Soy su tutor legal y responsable de convertirla en algo útil para la humanidad.
Mariam me ignora. Al parecer ha recobrado el don de la palabra.
—Soy un amor de chica y la humanidad está encantada de tenerme. Con respecto a lo de tutor me quedan solo unos días de prisión. En pocos días cumplo los dieciocho.
—Qué bien. Tendremos que festejarlo —Anthony le contesta sonriente y los colores incendian el rostro de mi hermanita. Me gustaría saber qué opinaría Paul si estuviera aquí.
Sofía sale del servicio con unos vaqueros, una camisa ajustada que quita el hipo y el cabello enroscado en una toalla. No puede ser más naturalmente bonita.
—¡Anthony! No te esperaba —. Se acerca para darle dos besos.
—Si molesto me voy —. Él bromea. Ella lo abraza. Son tan cómplices que el ardor celoso me quema el esófago.
—Tú siempre serás una visita esperada. ¿Conoces a Mariam? Es la hermana de Blake.
—Sí, acabamos de organizar una fiesta para la próxima semana —Anthony le guiña un ojo.
Mariam no contesta. Sigue sonrojada como tomate de verano al sol.
—¿Una fiesta?
Sofía seca sus cabellos con la cabeza torcida y me contengo para no saltarle encima y comerla a bocados. No importa todas las caricias que le robase esta mañana al despertar. Todos los segundos que paso a su lado, todos los besos que robo de sus labios, infinitamente todo resulta una fuente de escasez que se acrecienta cuando no la tengo a mi lado. Vivo en una sensación insoportable de necesidad por ella.
—Al parecer esta señorita cumple la mayoría de edad —. Anthony vuelve a guiñar el ojo a Mariam. Ella continúa muda.
—¡No lo sabía! Seguro podemos hacer algo aquí en casa.
—También podemos encargar a Elvira la tarta y los dulces.
—Sí, ¿y tú encargarte de la música?
—Eso está hecho.
Mariam me mira con los ojos encharcados. Sé lo que está pensando. Sus sueños comienzan a

hacerse realidad. Nuestra raquítica familia comienza a crecer.
—¿He dicho algo malo? —Sofía se acerca y Mariam derrama la primera lágrima antes de abrazarla con los sentimientos en efervescencia.
—Nuestros padres murieron cuando era muy pequeña —necesito explicar—no los recuerda. Cuando conseguí ser su tutor organicé algún que otro festejo, aunque viendo su reacción, queda claro que no resulté ser muy buen party planner.
—No seas tonto —me contesta secándose las mejillas.
—Esta vez la tendremos. Mi abuela me enseñó a organizar las mejores fiestas. ¿Te acuerdas?
Sostiene a su amigo del brazo y la acidez continúa dilatándome la tráquea. Sé que soy un estúpido por sentir celos de su amigo. Pero él no ha tenido que cruzar el océano para encontrarse con el amor de su vida.
—La abuela Toñi era la mejor. Piñatas, garrapiñadas y música para enamorar —contesta enfocándose en Sofía que agacha la mirada.
—¿Qué pasó con la música? —No me contengo en preguntar.
—Una tontería.
—Oh sí, eso de tontería se lo dices al ingenuo de Marco.
—¿Quién es Marco? —¡Y por qué no sé nada de él!
—Una tontería —contesta acercándose a Mariam—. Tendremos la mejor de todas las fiestas. ¿Qué dices Anthony?
—Si dicen fiesta allí estoy.
—Hoy mismo encargaremos la tarta a doña Elvira. Anthony traerá el equipo de música. Las chicas estarán encantadas de ayudar con la decoración.
—¿Y Marco? —Pregunto atragantado.
—Tenía once años —dice en voz baja como si eso lo justificara todo.
Me acerco sin resistir la tentación de darle un lento beso en la mejilla. Uno tan sosegado que le permita recrearse en mis labios y olvidar a Rubén, Marco y cualquiera de esos idiotas que llegaron antes que yo. Mariam reboza felicidad por los poros. Anthony enfoca la vista en la cafetera.
—Puede que yo también necesite comprar algo. Me faltan camisetas —digo convencido.
—Tú nunca quieres ir de compras. Siempre le pides a Matilda que vaya por ti. Hoy es una salida solo de chicas.
Sofía me pregunta con la mirada. Me quedo en silencio unos cuantos minutos. Los suficientes para hacerla sufrir lo mismo que yo lo he hecho por ese Marco. Todos los hombres sabemos que los amores a los once años son los peores.
—Matilda es nuestra asistenta. Ella ha sido como una segunda madre —contesto guiñándole un ojo.
—Y mi hermano es su ojito derecho.
—Anthony, me temo que no quieren llevarnos —. Simulo cara de resignación a la vez que me pregunto por qué habrá venido un sábado tan temprano.
—Exacto, sólo chicas.
Ella se me acerca y me olvido de horarios, compras y si el cielo está arriba o abajo.
—Y si digo que Madrid tiene unos restaurantes magníficos para comer o merendar ¿las señoritas me permitirían invitarlas?
Sostengo a mi chica por la cintura. Mi chica... Suena jodidamente perfecto.
—¿Y dices que nos invitarías a una paella de mariscos? —Mi hermana se rasca la barbilla.
—La mejor de Madrid.

—¿Y pagarías tú?
Los labios de Sofía se estiran dulces y los mordería antes de regalarle todos los restaurantes de paella de Madrid.
—Para ti todo.
—Entonces aceptamos.
Mi chica guiña un ojo a Mariam y la pequeña sabandija aplaude por todo lo alto. Si no fuésemos hermanos diría que está encantada de verme pillado de pies y manos.
Presiono la mano contra su espalda en un acto íntimo y privado. Los ojos le brillan traviesos. Mi cuerpo emana toneladas de deseo contenido.
—Si no te encuentras bien deberías quedarte. Sigue muy hinchado —. Tiemblo al sentir el roce de su dedo preocupado en el borde del ojo.
—No pienso perder la oportunidad de pagar una paella carísima.
—Entonces no se diga más, nos vamos. ¡Mi VISA está preparada!
Mariam tira de Sofía, pero yo no suelto su cintura.
—Creo que olvidas algo —digo antes de regalarle un beso profundo— loquito por tus huesos oficial.
Me acepta con cierta rigidez. Este es nuestro primer beso delante de otros. No le permito dudas. Sujeto con fuerza su cintura presionando su cuerpo contra el mío. Un roce de labios que no deje lugar a dudas.
—Blake, suéltala, llegamos tarde.
Los colores le suben por el cuello. Instintivamente mira a Anthony como si hubiese necesitado su permiso. Su complicidad comienza a molestarme.
—Antes de marcharte necesito unos minutos contigo. A solas —su amigo le habla con tal seriedad que mi hermana deja de tironear y se dirige hacia el ascensor.
Me muevo hacia atrás. Sólo unos pasos. Anthony la sujeta del brazo. Sigue sin gustarme. Ella lo mira. Y a pesar de no existir palabras, aún así están hablando. Tanta complicidad me pone nervioso. Nuestra relación es demasiado frágil como para soportar el odio de su mejor amigo.
—Estoy bien —escucho como ella murmura.
—Anoche te fuiste disgustada.
¿Anoche? ¿Disgustada? ¿Por qué no dijo nada? ¿Quién la molestó? Estoy comenzando a sentir las tripas retorcerse dentro de mi cuerpo.
—¿Hablamos en otro momento?
Anthony acepta el beso como despedida y ella se marcha tras los gritos de mi hermana que dice algo de tener las puertas del ascensor bloqueadas para no demorarse. Ambas se despiden felices.

—Tenemos que hablar —. La espalda de Anthony es mi interlocutora.
—Cuando quieras —contesto mientras lo veo cerrar la puerta.
—Ahora es un buen momento.
—¿Café? —Pregunto a su espalda que continúa siendo mi oyente.
—Si sufre te arrancaré los huevos.
—¿Al café?
Anthony camina y se sienta en la cocina. Me tranquilizo. No tengo el rostro para más peleas físicas.
—Ella es muy importante para mí. La quiero y no deseo que sufra.
Sé que son amigos, pero escuchar a un chico de metro ochenta y músculos marcados decir en voz alta que la quiere me ahorca un poco más las tripas ya desfallecientes.
—Preguntaste si seguía disgustada. ¿Qué sucedió anoche?

—Nos escuchaste. No debiste hacerlo.
—No quiero que sufra —. Dejo a un lado su consejo de buena educación y le acerco una taza humeante de café mientras me siento frente a él esperando una respuesta.
—Le advertí sobre ti —. Contesta alzando la barbilla para verme mejor. No estoy seguro de si debo liarme a puñetazos o hacerle la ola. Los debe tener cuadrados al soltarme semejante patada como si nada y ponerse a beber sin una gota de sudor en la frente —. Me estuve informando.
No puedo culparle. No tengo amigas, pero si un hombre como yo hubiese estado persiguiendo a Mariam, me encargaría de regalarle unos cuantos consejos amenazantes antes de acercarse a mi hermana.
—¿Qué le dijiste? —Tiemblo de pensarlo. Mi pasado no es una buena carta de recomendación.
—Que te acostaste con infinitas modelos. Que con ninguna pasaste más de una noche.
Ahora soy yo el que bebe un buen sorbo de café. Me quedo en silencio. No puedo justificarme. Al menos no ante él. Ella es la única que merece mis explicaciones. Si soy capaz de encontrar alguna medianamente razonable. La verdad es que ninguna me interesó más allá de un buen polvo rápido y sin compromiso. Me interesaban entre poco y nada sus nombres, sus deseos o sus vidas.
—Sofi es una chica vivaz que alberga un interior cargado de un único temor. Ella no es como todas. No merece que la lastimen.
—Lo sé —. ¿De cuál temor habla?
—¿Te ha hablado sobre su madre?
—Sí.
—Entonces sabrás que sufre el continuo miedo a ser abandonada —*ahh ese temor*—. No permite que nadie se acerque demasiado. Con Rubén lo intentó y lo único que consiguió es que ese capullo la lastimase aún más.
—Yo jamás le haría daño.
—Puede que intencionalmente no. Creo que a pesar de tu mal currículo eres un buen tipo. Pero si me equivoco, si ella es una entre tantas en tu listado de conquistas, quiero que recojas tus cosas y desaparezcas hoy mismo de su vida.
—Tú no eres nadie para exigirme nada.
—Soy el que recoge sus pedazos rotos. ¿Te parece suficiente?
—Lo que Sofía quiera con respecto a nosotros es su decisión—aprieto la mandíbula y el dolor del labio partido me muestra las estrellas—. No pienso justificar lo que siento ante ti ni ante nadie. Si no te gusta puedes masticar cristales y tragar. Y si intentas alejarla de mí te advierto que daré mucha guerra.
Tengo la furia al punto de caramelo líquido. Estoy tan molesto por su intromisión como por escuchar que él es su permanente paño de lágrimas. Pensar en Anthony como su sostén me da ganas de gritarle que ella es más cercana a mí de lo que su imbecilidad le permite conocer.
—Estás pillado —. Está tan divertido que no puede contenerse.
—Capullo hijo de puta. Vete a la mierda —. Yo también me relajo.
—Me voy, pero tú estás pillado por los huevos. No podrías haber encontrado mejor chica que Sofi. Eres un capullo con suerte.
Apura el café y espero a que Anthony se marche para abrir el mensaje de Mariam en mi móvil. Es una foto de ambas sacando la lengua y mostrando sus bolsas a cámara.
¿Desaparecer de su vida? Pienso en la sugerencia de Anthony y me sonrío ante el mejor chiste estúpido de la temporada. Nadie la separará de mí lado. Ya no.

Tan enamorado

—¡Ay! Silla del demonio.
El latigazo de dolor por el golpazo me escala por la pantorrilla. El lateral de mi Converse también ha sufrido mi tonto descuido. Con los dedos en puntillas, excepto el meñique que se encuentra en la UCI de los dedos machacados, apoyo suavemente las llaves sobre la mesa y camino por los suelos de madera como bailarina mal entrenada. No alcanzo a dar dos pasos cuando comienzo a reírme nuevamente. A diferencia de ayer esta vez lo hago en el más profundo de los silencios. Mariam, anoche, me provocó tantas carcajadas que a mi rostro desencajado le costó regresar a su posición inicial. Imaginar a Blake con gorra de lado ensayando para una obra de raperos asesinos es imposible de creer. No estoy segura de si mi asombro fue porque él intentase ayudarla en su coreografía o por ver su falta de vergüenza intentando sobornar a la profesora para que el equipo de su hermana alcanzase el estrellato. El relato de Mariam fue el más divertido, pero también el más tierno. Saber que Blake es capaz de cometer tonterías por las personas que ama lo hace un chico menos perfecto y más accesible.
Cuando la risotada comenzó a escaparse por los lagrimales y la noche se teñía de carcajadas femeninas, una mano firme y grande me sujetó por el hombro tumbándome en el sofá. *No te imaginas lo que puedo hacer por amor,* dijo con medio cuerpo recostado sobre el mío.
A punto de deshidratarme por acaloramiento sexual, sus dedos me sorprendieron atacando en una despiadada lluvia de cosquillas a mi enloquecida cintura. Con dignidad desesperada, supliqué ayuda a Mariam que, dispuesta a todo por salvar nuestro *fem power* herido, se lanzó sobre su espalda formando una torre de borrachos mareados en la que yo era los cimientos aplastados. Cuando conseguimos girar las tornas, y ya casi saboreamos el triunfo, Blake recobró sus fuerzas tumbándonos nuevamente a ambas contra el sofá y sujetándonos con sus robustas rodillas nos dijo: ¡*Súplica o muerte!* Ambos marchamos con el *fem power* ofendido hacia mi cuarto. Ya muy tarde, el agotamiento venció a las historias. Esta mañana desperté compartiendo colchón con una preciosa rubia bajo una misma manta. Él nos arropó antes de marcharse a su cuarto.
El año pasado al perder a mi abuela una parte de mí se convirtió en Superman y Clark Kent. Seguramente, a efectos comparativos, me siente mejor Supergirl, pero como las convencionalidades nunca fueron lo mío… Lo cierto es que, al igual que Superman, decidí esconderme tras la careta irreconocible de un rizo engominado en la frente. El abandono que yo sufrí no es algo fácil de ocultar, todos conocen a la niña huérfana, lo que ellos no saben es que las penas no se olvidan tan rápido como sus chismes de escalera. Pasar tiempo con Mariam, sonreír a su lado, me insufló de un coraje que no siempre poseo. Las niñas desamparadas sobrevolamos las infinitas exquisiteces de la vida, pero compartimos mesa con muy pocos. El temor a ser lastimadas es nuestra barrera de protección. Mariam y Blake anoche consiguieron a base de carcajadas traspasar el fuerte vallado.
Apoyo la botella de zumo cien por ciento exprimido en la mesa sin saber qué hacer. Una parte de mi quiere terminar el ciclo de los enamorados y lanzarme hacia su cuarto para que el amor nos encuentre dispuestos. Y lo haría si no fuese por mi pavor a ser la tonta que da el primer gran paso. Con Rubén todo fue más fácil. El sexo de los sábados noche no valía más que los minutos dedicados, sin embargo, con Blake, el eje de mi planeta comienza a girar alrededor de sus caricias. Y eso en mi sistema galáctico amurallado es un paso que me provoca incontinencia nerviosa.
Aprendí a patinar sin rodilleras, o lo que es lo mismo, sin madre. Por suerte para mí, la abuela

Toñi me amó tanto, que los parches que llevo son pocos, y aunque el tamaño de mi herida es considerable, cada mañana al despertar intento cubrirla con retazos coloridos de telas mal combinadas, pero de tonalidades intensas. Y si un día de esos el trauma profundo no deja que lo pinte, entonces acudo a la tapadera del súper tirabuzón engominado de Clark Kent. Es una máscara tan buena que ninguna chismosa pudo jamás descubrir mi verdadera e insegura identidad. Abandono, soledad, tristeza, desamor, miedo, el súper rizo lo oculta todo.
Me siento en el sillón y abro el portátil.
Lo que la decisión no puede las horas mal solucionan.
Podcasts del último programa de radio. Aquí estás. ¡Perfecto!
Me paso los ratos muertos frente al ordenador mientras no pierdo ojo al reloj. Son casi las dos de la tarde. Una buena hora para despertarse. Respiro hondo antes de abrir la puerta sin llamar. Lo hago lentamente. Si está desnudo o algo peor cierro y nadie me ha visto.
La luz entra por la persiana a medio abrir. No lo veo. Meto el resto del cuerpo abriendo y cerrando los ojos en la intensa búsqueda cuando un brazo me tironea contra la pared antes de cerrar la puerta con la pierna.
—Shhh—el dedo de Blake presiona mi boca —. No queremos que nos escuche.
—Pensé que no estabas —susurra a mis dedos.
—Pensé que estabas dormido —. Digo antes de tatuarme su boca sobre la mía.
El aroma a menta fresca me invade. Levanto los brazos para sujetar las palmas por detrás de su nuca. El cabello se encuentra húmedo y fresco. Tiene que haberse duchado cuando fui a comprar las bebidas. Mis dedos se cruzan y se afianzan enroscados tras la cabellera mojada. No quiero soltarme. Estas caricias comienzan a ser un básico en mi lista de necesidades vitales. Los labios de Blake me recorren arriba y abajo justo tras la oreja. Al parecer alguien encontró su rincón preferido. Lo empujo hacia mí. Lo quiero más cerca. Aceptando mis efusiones me atrapada contra su cuerpo y la pared, y aunque apenas entra un alfiler entre ambos la distancia se me hace insoportable. Quiero pegarme a su calor perdida en sus besos. Abro la boca cediendo al poder de su lengua dentro de la mía. El sabor a nosotros viaja por mi sangre. Las manos de Blake me recorren nerviosas. Lo siento acariciar mi cintura y subir por entre la camiseta. La respiración se me entrecorta. La piel se eriza cada centímetro por el que él asciende entre mi piel y la tela. Con delicadeza siento como la mano se cuela por el sujetador presionando la redondez de mi seno. La boca abandona mis labios dejándolos huérfanos y llevando la humedad de sus labios hacia el escote. Soy un mar de sensaciones desequilibradas buscando su costa. Muevo las piernas contra el roce de una satisfacción insaciable. Me siento dolorosamente vacía. En mi propia locura tironeó de su cabeza pegándole aún más contra mis senos. Ambos respiramos con el imperativo extremo de satisfacernos. Me desea, lo necesito. Nos consumimos por tenernos.
—Cielo… ruidos —la voz áspera comenta en mi oído.
Los dientes rozan mi hombro una última vez antes de comenzar a soltarme.
—No —digo con desespero. Me niego a abandonarlo.
—En la cocina hay alguien —me sostiene por los hombros. Sus ojos brillan hambrientos —. Ahora no podemos.
El deseo insatisfecho me nubla el razonamiento. No comprendo qué pasa. ¿Dónde estoy? ¿los patos vuelan?
—Mi hermana… Lo siento.
—Mariam. Claro —. Acepto la corta distancia como medida de refrigerio.
¡Ring! ¡Ring!
—Las pizzas —. Tironeo la camiseta hacia abajo con premura.

—¿Pizzas?
Las encargué cuando fui a por las bebidas. Imaginé que tendrías hambre.
—No sabes cuánta —muerde mi cuello y lo acepto los segundos que tardo en escuchar la voz de Mariam dialogando con el repartidor.
—Buenos días. A los dos —dice con picardía al vernos salir de la habitación.
—Cuando desperté estabas dormida entonces fui a comprar bebidas y me pareció que tu hermano estaba despierto —las palabras de mi explicación se pisan las unas con las otras.
Mariam sonríe, y Blake, sin prestar atención al sofoco que me sube por las orejas, abre la tapa de cartón.
—¿Piña? —Mueve la nariz con cara de asco.
—La otra es de carne —asiente conforme abriendo la segunda caja—. No deberías ser tan cerrado de paladar. La mezcla de jamón y fruta es lo mejor.
—Mi paladar está conforme con lo que saborea —me guiña un ojo y los calores me sofocan.
—Pues yo sí pienso probarla —. Mariam demuestra valentía hasta que su hermano le muestra los trozos de fruta—. Quizás luego.
—No sabéis reconocer lo bueno —contesto dando el primer mordisco a la mejor pizza hawaiana de todo Madrid.
El portátil se pone a hablar y los tres nos quedamos mirándolo.
—Lo siento —digo en busca del aparato— estaba escuchando el podcast del programa. Por eso fui a ver si estabas despierto.
—No recuerdo que lo mencionaras —. Los ojos le revolotean traviesos.
—Lo habré olvidado. Aunque ahora que preguntas, te lo contaré.
—¿He preguntado? —Despega un trozo de pizza barbacoa cuando acerco mi silla a la suya con el portátil en las manos —. Cielo, ¿estás bien?
—Ahora sí. Mientras almorzamos quiero que escuches algo.
—¿Eso es un portátil?
—Es un poco antiguo, pero todavía funciona.
—Si algo funciona porqué cambiarlo.
—Eso justamente es lo que pienso. Que coincidencia —. Mariam sonríe y Blake niega mientras come.
—Recuérdame que te compre uno.
—No tienes que comprarme nada. Ahora quiero que escuches esto. Aquí lo tengo, a ver… dame un momentito. Tarda en cargar.
—Lo raro es que aún cargue.
—¿Entonces dices que dormiste bien?
—Hasta que una chica peligrosa se coló en mi habitación. Sí.
Si lo tengo merecido. Con tantas preguntas existentes para pasar el tiempo muerto y voy a escoger la más idiota.
Blake gira la silla para mirarme a la cara. Mariam ríe mientras mastica.
—¿Y tú? ¿soñaste conmigo?
—Ya casi lo tengo —el calor comienza a arder en mis mofletes—ya casi… ¡Aquí!
Mi voz sale del portátil. Un año siendo locutora de radio y aún se me hace raro escuchar mi voz al otro lado.
—¡Aquí!
—¿Aquí qué?
—Espera. Aquí. Ahora sí.

Ambos estiran el cuello intentando escuchar mejor.
—¿Esa no es la chica que llamó a la radio?
—Sí, es Alba. ¿Te acuerdas de ella?
—Como para no hacerlo. Parecía desesperada.
—Por eso quería que la escuchases.
—No puedo consolarla, soy un hombre pillado. Lo siento.
—No seas tonto —soy incapaz de esconder la risa boba.
—Tontito por ti —. Me sujeta por el cuello y me acerca tanto para besarme que por poco me caigo de la silla.
—¡Blake! Que le haces daño.
—Estoy bien —contesto a Mariam mientras me acomodo los cabellos revueltos—. Vas a ayudarme, ¿sí o no?
—Creo que no estoy entendiendo.
—Con la imagen de chico seguro que aparentas y por dentro eres un ingenuo.
—¿Ingenuo?
—Esa chica nos necesita. Ella es el sentido del programa. Solas nació para oyentes como ella.
—Sigo sin entender.
—Verás, esa chica se encontraba muy mal. Estaba pidiendo auxilio y tenemos que ayudarla.
—¿Tenemos?
—Te necesito. Por favor…
—¿Me necesitas?
—Un poquito. Verás, las chicas y yo estuvimos pensando que si encontráramos a Alba se atrevería a contarnos toda la verdad. La radio puede ser algo fría. Estoy segura de que si nos conociéramos personalmente podríamos hacer algo por ella.
—¡Es una idea magnífica! Cuenta conmigo.
—Suponiendo que ella desee ser ayudada —Blake cruza los brazos negando a su hermana.
—Se notaba que estaba sola. Con sus palabras reclamaba que alguien le prestara atención. Créeme, sé lo que es eso. Tú me brindaste la oportunidad en la agencia de sentirme mejor conmigo misma, ahora tengo que devolverle el favor a la vida. Se lo debo.
—Tú no le debes nada a nadie. Eres magnífica y por eso estoy aquí contigo. Punto.
Si su hermana no estuviese delante le arrancaba la ropa y me lo comía a bocados de tiburón.
—Blake, ella me necesita.
—Aunque el número de teléfono hubiera quedado registrado no vas a encontrar ningún dato. Necesitarías una orden judicial para saber la dirección del titular. En Europa las leyes de protección de datos son más severas que en mi país.
—Y aquí es donde entras tú.
—No pienso sobornar a ningún juez.
—Mira que eres tonto. Te necesito para identificar los sonidos
—¿Sonidos?
—Dijiste que eras ingeniero.
—Lo soy, pero lo que tú necesitas es un rastreador de existencia extraterrestre.
—No seas humilde —Mariam se centra en mí—. Fue el primero de su promoción. Es el mejor ingeniero de todos.
—¿Desde cuándo estos halagos? No pienso ampliar el límite de tu VISA.
Mariam recoge los platos a la vez que le saca la lengua. Al parecer es una especie de código entre hermanos.

—Mira, escucha —aprovecho el buen ambiente para poner la grabación.
—Solo escucho ruidos.
—Exacto.
—¿He resuelto el misterio? Voy a por el café.
—Si me ayudas te prometo invitarte al mejor café de Madrid.
—Cielo, vas a volverme loco. ¿Ayudarte a qué?
Si sigue hablándome con esa dulzura encierro a su hermana en la cocina y lo tumbo sobre la mesa.
—Si reconocemos los sonidos —digo olvidando imágenes eróticas de Blake con trozos de piña sobre sus bíceps—igual podríamos saber algo del lugar desde donde nos llamó.
—Suponiendo que consiguieras reconocer algún sonido, ¿qué pretendes hacer?
—Ir a por ella.
—De eso nada. ¡Tú no vas a meterte en un sitio desconocido! No. Rotundamente no.
—Alba nos necesita
—Y yo te necesito a ti.
—Entonces ven conmigo.
Blake comprueba que Mariam se encuentra cargando el fregaplatos antes de hablar.
—Te ayudaré si cumples mis tres condiciones.
—Habla.
—Utilizamos mi ordenador. El tuyo va a pedales.
—Aceptó.
—No irás a ningún lado sin mí.
—Me parece justo. ¿Y la tercera?
—Te la cuento esta noche cuando estemos solos.
Un guiño más de ojo y exploto como tapón de cava deseoso de ser saboreado.

Todavía no entiendo cómo aguanta. Llevamos horas escuchando el mismo audio, y nada. Solo ruido y más ruido. Mariam ha llamado a un taxi y se ha marchado al internado. Comienzo a dudar de que esos deberes de mates fueran tan importantes.
—Igual si separo los graves.
Blake lleva lo que no se sabe escuchando el mismo audio. Está tan cansado que se ha tirado al suelo junto al ordenador. Lleva unos vaqueros y una de esas camisetas negras que tanto le gustan.
Si las personas fuéramos momentos él sería la tarde de invierno y yo el arco iris dentro de la lluvia. Su sobriedad destaca ante mi constante necesidad de pintar los infortunios de la vida. Si voy de negro, unos zapatos rojos. Que voy de blanco, un toque de azul. De *casual,* mis Converse no fallan. Pequeños detalles que pintarrajean el día con un poquito de felicidad.
Dicen que somos lo que actuamos. Yo agregaría que también aquello que coloreamos. Blake es la imagen de la seriedad perfecta. Asumiendo la tutoría legal de su hermana, e imagino que, con una empresa heredada, lo hacen estar siempre expectante. Nunca se relaja. Observa en silencio. Mira las profundidades y nunca actúa por impulso. Línea a línea su cuerpo delinea perfección medida. Su ropa, su forma de hablar, su mirada penetrante, todo es armonía correcta que no se sale del cuadro. Todo, excepto ese cabello cortado con tijeretazos dispares. Hay que tratarlo mucho para reconocer en ese pequeño detalle el toque de rebeldía que libera ante muy pocos. Anoche junto a Mariam y a mí lo hizo. Y me encantó.
—Traje Coca Cola. ¿Quieres un vaso fresco?
—Más cafeína. ¿Por qué no? —Dice aceptando el vaso y haciendo bailar los cubos de hielo con

el vaivén del dedo —. Esto se complica.
Tiene una sonrisa bonita. Sus ojos son negros como campo recién labrado y humedecido por el rocío. Su cabello oscuro se eleva en un flequillo largo y desaliñado que tironea con los dedos cuando se encuentra nervioso. Blake en las películas de Netflix sería el guapo silencioso que observa a la chica desde la barra, ocultando la sonrisa pícara tras el vaso de cristal que se acerca a los labios.
—¿Creciste con tu tío?
—Digamos que nos acogió —dice alzando la vista del ordenador—. Matilda fue la encargada de cuidarnos.
—Una especie de institutriz.
—No me gusta llamarla así. Matilda trabaja en mi casa desde mucho antes de que yo naciera. Nos cuidaba cuando mis padres viajaban por trabajo e incluso luchó para que mi tío no la alejara de nosotros. Mariam la adora. Actualmente se ha quedado cuidando de la casa, aunque me llama todos los días para preguntarme si estoy bien y si Mariam estudia como es debido.
—Mi abuela Toñi hacía lo mismo conmigo.
—Son todas iguales —contesta sonriente. Se nota cuánto la quiere.
—¿Tu padre trabajaba con tu madre en la agencia?
—¿Mi padre? No, él era ingeniero. Consiguió crear un programa para las empresas emergentes y a ello se dedicó hasta que un borracho chocó con su coche. Esa noche iban a festejar una de sus victorias.
Me silencio pensando en el dolor de ese niño al recibir la noticia de que ya no tenía padres. El derrumbe de su mundo y la pena de sentirse solo y abandonado.
—Menuda combinación más divertida. Un ingeniero y una artista —digo rompiendo el hielo.
—Sí que lo eran —dice con la mirada fija en la pared—. Mariam es igual de divertida que ella. Casi no puede recordarla, sin embargo, se le parece tanto.
—¿Y tú te pareces a tu padre?
—Físicamente no. Yo soy idéntico a mi madre. Mismo cabello y misma mirada, pero con el espíritu terco de mi padre. Mariam es rubia como mi padre y dulce como mi madre. Matilda dice que antes de nacer nos mezclaron como a un cóctel.
—¿No tienes abuelos?
—No.
—¿Y novia?
—Pensé que la tenía delante.
Los calores me suben. Ardo y me incinero. Estoy desmayada con discos en forma de corazón rodeando mi cabeza.
—Sabes de lo que hablo. Eres un chico guapo.
—¿Lo soy?
—Dejémoslo en interesante.
—¿Interesante? Creo que me gusta más que guapo.
—No me engatuses. Sabes de lo que hablo. Habrás tenido muchas relaciones pasajeras. O una muy larga. O varias cortas y una larga.
Se aleja del portátil para acercarse. Ambos estamos en el suelo.
—No he tenido ninguna relación ni larga ni corta. Puedes preguntarme lo que quieras con total libertad. Sé que Anthony estuvo informándose acerca de mi pasado. Y también sé que habló contigo.
—No lo hizo con mala intención.

—Lo sé. Aunque de ahora en adelante me gustaría que no metiera las narices entre nosotros.
—Entonces lo que dijo es verdad.
—No puedo negarlo.
Agacho la cabeza. Una parte de mi cruzaba los dedos suplicando que la información de Anthony no fuese verdad. Saberlo tan frío y capaz de acostarse con una y con otra sin distinción me hace sentir vulnerable. Un mosquito en un rosal atestado de preciosas mariposas. Uno insignificante.
—Tú eres diferente.
—Imagino que sí.
Me pongo en pie. No tengo derecho a reclamarle por su pasado, pero él tampoco tiene derecho a pedirme que no me sienta como esa chica que sale en la telenovela moqueando y diciendo que jamás se lo hubiese imaginado. Que con ella era distinto. Que a ella sí que la quería.
—Sofía, por favor, mírame —las manos en los hombros me piden que me gire. No quiero. Tengo lágrimas humedeciendo los párpados—. Una oportunidad. Es lo único que pido. No necesito más.
—No sé si quiero —digo recordando los cuernos de los que Rubén me hizo su protagonista.
—No digas eso. Me destruyes. Contigo todo es diferente. Contigo encontré los deseos de permanecer en el mismo sitio. A tu lado mi parte incompleta se rellena de sentido. Tienes que creerme.
Me giro para enfrentarlo.
—A veces hablas de una forma que me hace dudar —estoy molesta y se me nota—. Yo no soy especial. Esas chicas eran modelos de una agencia. ¡Una agencia! Chicas sin un defecto, sin embargo, insistes que soy diferente y que te has enamorado de mí. ¡De mí! No estoy segura de si estás mintiendo o estás loco. O las dos cosas a la vez.
Me suelta. Parece que acabo de clavarle un puñal en el centro del orgullo. Ambos pasamos segundos eternos inmóviles y en silencio hasta que su mano se aferra a la mía acercándome al sofá pidiéndome que me siente.
—No quiero.
—Comprendo perfectamente que estés molesta. Créeme, cuando escucho el nombre de Rubén se me revuelve el estómago de igual forma.
—¡No es igual! Él me mintió. No quiero volver a pasar por lo mismo. Miles de veces aceptaría una verdad penosa a una mentira endulzada con edulcorante. Si solo deseas pasar un buen rato es el momento de decirlo, pero no te rías de mí… por favor. No es una imposición, es una súplica.
—Te quiero. Lo hago desde antes de saber que te llamabas Sofía. Ninguno de los dos puede ocultar los tachones del pasado, pero lo que sí puedo es aceptar el nombre que quiero escribir en mi futuro. Ellas no significaron nada, y aunque puede que no sea una excusa digna, es sincera. Jamás las engañé. A ninguna nunca le dije que la quería. Por ninguna sentía esto que me nace por ti. Desde que estoy en esta casa no he mirado a otra. Lo juro.
—¿Recordamos a la pelirroja sentada en tu regazo?
—Eres injusta. Eso fue una tontería. Además, aún no te había probado —acaricia mi mano—. Te juro que en estos momentos no llegaría a rozar mis piernas —se acomoda junto a mí alzando mi barbilla con los dedos—. Me gustas de verdad. Soy sincero.
—Si me engañas, si mientes, si siento que… —su dedo índice cruza mis labios para silenciarlos.
—¿Y sí confieso que te he querido hasta cuando no estabas?
Me besa suavemente. Lo acepto con desconfianza. Los cuernos de mi ex son un diploma ganado a base de infinita imbecilidad.
—Será mejor que me acueste. Mañana comienzo trabajo nuevo. Buenas noches.

Blake asiente y permite que me vaya. ¿Esperaba que me detuviera? Puede que sí. O tal vez no. ¡Y yo que sé! A estas alturas mi norte se encuentra en el polo sur haciendo el pino puente.

Blake

—Pareces distraído. Bastante distraído.
Anthony esperó a que la secretaria saliera de mi despacho para hablar.
—Y todo te lo debo a ti.
—¿Qué ha pasado?
—Muchas gracias por ponerla en mi contra.
Anthony arruga la frente. Por mi como si lo pisa un tren.
—Imaginé que lo haría. Siempre fue de boquilla fácil. Cuando éramos niños…
—¡Me importa un cuerno cuando erais niños! —Me levanto apoyando las manos en el escritorio para no aterrizarlas contra su cara—. Estoy hasta los huevos de tus historias. Sí, llevas más tiempo con ella, y puede que la conozcas mejor que yo, pero solo eres su amigo. ¡Su amigo! ¿Lo has escuchado bien o te hago un dibujo? La quiero para mí. ¿Soy directo o lo aclaramos fuera?
—Ella no necesita vernos discutir.
Me dejo caer en la silla. Las manos me sujetan con fuerza la cabeza. Otra vez el capullo desgraciado lleva el total de la razón.
—¿Es grave?
—No estoy seguro —confieso con la aflicción atravesando mi garganta.
—Si no te ha echado de su casa es que todavía sigues participando.
—Ella es todo lo que quiero.
—Entonces deja de cagarla con historias pasadas y comienza a ofrecerle seguridad.
La sonrisa disgustada me brota con malicia.
—Pensé que justamente tú no serías el que me juzgara por acciones del pasado.
Los hombros de Anthony se tensan bajo la camisa de primera marca. Está furioso y yo lo disfruto. Llevo una noche de perros y una mañana aún peor. Necesito contagiar con mi rabia al mundo que me rodea.
—Eres un niño de papá con coche caro y coleccionista de chicas sin cabeza. Tus estupideces las trabajaste tú mismo.
—Tú no sabes nada para… —ambos nos estábamos matando con la mirada cuando la puerta del despacho se abrió—. My God.
Anthony, que hasta ese momento se arremangaba los puños, se giró tratando de conocer la causa de mi distracción.
—¡Cari, menudo cambio! —Con mirada amenazante selló nuestra discusión antes de acercarse a Sofía para darle dos besos demasiado sonoros.
Acepto el cambio de tema. Por su bien y por el mío. Con la situación como se encuentra entre nosotros verme discutir con su mejor amigo empeoraría aún más mi penosa posición.
—Lo compré el sábado con la hermana de Blake. Ella dice que es ropa de oficina, aunque no estoy muy segura. En la entrada los guardias de seguridad se quedaron mirándome.
Pienso despedirlo a todos.
—Luces de maravilla.
Estás tiesa. Te rodeas en tu propio abrazo. El vestido negro te calza como un guante a una muñeca. La proporción de caderas y cintura es perfecta para que mis manos se envuelvan y te reclamen. Habitualmente vistes vaqueros y deportivas. Los fines de semana cambias los pantalones por unas faldas cortas de estampados coloridos. Sin embargo, esta mañana, has decidido subirte a unos tacones de infarto. Mi infarto. La garganta se me seca imaginando las

miles de formas de poder arrancarlos de tus pies. El cambio es terriblemente magnífico.
Te conozco. Las palabras de tu amigo no te convencen. Reclamas mi opinión. Si supieras que me tienes entre tus manos. ¡Qué demonios! Eres mía. Toda mía. No voy a dejar que nos separen.
—Estas preciosa —. Me acerco, te sostengo por el codo mientras me enfrento al mete mierda—Anthony, deberías irte a lo que sea que hagas en esta agencia.
Pienso devorarte en cuanto él traspase la puerta.
—Como ordenes. Olvidaba que eres jefe supremo.
—¿Cómo?
Miro a Anthony cerrando los puños a los lados. En estos instantes los nudillos reclaman venganza.
—¿No lo sabías cari? Al parecer nuestro amigo es algo más que un enviado de Baltimore. Es el mayor accionista. Está encargado de decidir el destino de esta agencia. Los rumores inundan los pasillos.
—No, no lo sabía…
—Yo me enteré esta misma mañana.
—¿Cuál es tu problema? —Si busca puñetazos los míos llevan su nombre y apellido.
—Aunque no seas capaz de verlo te estoy ayudando —Anthony me deseó suerte y se marchó dejando la pena en su cuerpo y las ganas de ahorcarlo en el mío.
—Será mejor que me vaya.
Agachas la cabeza. Me siento una basura que no importa su buena intención, todo lo que hago huele a estiércol.
—Por favor no lo hagas —. Apenas soy capaz de sujetarte por el codo.
—No puedo quedarme. Está claro que no obtuve el trabajo por mis capacidades. No te reprocho nada, estoy segura de que tus intenciones fueron buenas, pero por favor compréndeme, no puedo mirar a todos sabiendo que no merezco el trabajo.
—Eso no es verdad. Te conté lo de las acciones y el testamento de mi madre.
—Unas pocas acciones no son la mayoría de las acciones —dices enfadada —. Lo dijiste. ¿Qué tipo de accionista eres?
—De los importantes —no puedo volver a mentir—. Y por eso necesito alguien como tú.
—No entiendo. ¡No entiendo nada! Primero eras un director, luego un accionista pequeñito y ahora uno mayoritario peleando por el poder.
Te sientas en la silla. Si pudiera me patearía el culo para enviarme a la mierda yo mismo. Mereces mucho más de lo que puedo contar. Las medias verdades me ahogan.
—Esta agencia es un proyecto de mi madre. Estoy cumpliendo su voluntad.
Mueves las manos de forma distraída por el rabillo del ojo para que no note como te secas una lágrima perdida. Las borraría todas con mis labios. Quiero gritar que todo esto es por ti. ¡Por ti!
—¿Y su voluntad era que debías mentirme?
—¡No mentí!
—¡No me grites!
—Lo siento. Perdón. Mi tío —pienso detenidamente cada palabra antes de hablar—te hablé de él. Quiere hacerse con la agencia. No puedo permitírselo. Mi madre me lo suplicó antes de…
—¿Qué tengo que ver yo en eso?
Todo. Endemoniadamente ¡todo!
—Me gustaría que me ayudaras. No confío en su gestión. Te necesito junto a mí. Es de vital importancia tenerte a mi lado.
—¿Por qué tu tío no os deja en paz?

—Yo necesito cumplir la voluntad de mi madre y saber que se hizo lo que era… justo. Era mi madre.
El sonido de tus pensamientos silenciosos viaja de tu mirada a la cabeza y de la cabeza a las manos. Tardas minutos eternos estirando las arrugas de la falda antes de volver a hablar.
—Confías demasiado en mis capacidades. Sigo sin comprender cómo puedo ayudarte.
—Lo haces. Confío en ti más que en mí mismo.
Pareces más tranquila. Te miras los dedos nerviosa.
—Mis verdades fueron a medias y lo siento, pero no quería que sucediera justamente esto. Sofía, estás aquí porque te lo mereces. Esta empresa es tan tuya como mía.
Me pongo en cuclillas para estar a tu altura.
—No vuelvas a mentirme.
—No lo he hecho.
—Ni medias verdades.
—Lo intentaré. Pero la situación legal es mucho más compleja de lo que imaginas.
Acercas tus manos a las mías y me contengo para no hacerte el amor sobre el escritorio.
—Acepto, pero con tres condiciones —sonríes y mi cabeza se despeja de sombras—. La primera: nadie sabrá que entre tú y yo… ya sabes.
—Mis labios están sellados —te sonríes y me derrites.
—Segundo: no tendré trato de favor. Si cometo algún error me corregirás como a cualquier otro empleado.
—Me parece justo —. El silencio divertido te invade el rostro. Moriría por verte siempre así—. ¿Y el tercero?
—Una noche completa, tú y yo. Solos —. Las pupilas se te dilatan. Las mías desfallecen de deseo—. No quiero sentirme tan mal como anoche.
—Seguro se me ocurre algo de cómo solucionarlo —. Tengo tanta carraspera en la voz que yo mismo me sorprendo. Te abrazo con deseo.
—¿Entonces tenemos trato señor Blake Blakmon? —Estiras el brazo para estrecharme la mano. La acepto llevándola a mis labios —. Tenemos trato señorita Reyes. A partir de hoy esta será su agencia.
Sonríes sin saber que en mis palabras esconden la base de nuestra solución.

El que dice diez…

—Por fin apareces. Llevo toda la tarde buscándote.
Prefiero no contestarle. No hace más de una hora que lo dejé en su despacho para ir al departamento de diseño.
—Creo que esto casi está.
—¿De qué hablas?
—Llevo toda la tarde en esto.
—¿Mirando el ordenador? Imagino que los jefes hacen eso.
Blake empuja mi espalda hasta sentarme en la silla. No voy a rechazarlo. Llevo todo el día caminando de un lado sobre unos tacones demasiado nuevos.
—Escucha.
Estamos solos. Confirmo que la puerta está cerrada antes de adelantar la oreja. Es mi primer día laboral y no quiero alimentar los chismes. Pienso demostrar que merezco la confianza que ha depositado en mí y ayudarle a cumplir la voluntad de su madre, aunque aún no sepa de qué se trata.
—No oigo nada.
—Vuelve a escuchar.
—¿Es un avión?
—Al menos tres. ¿Sabes lo que quiere decir?
—¿Qué quieres irte de vacaciones?
—¡Sofía! Es la grabación de la radio. ¿No lo ves? El colegio está cerca del aeropuerto.
—¿Qué?
—Escucha. ¿Cuántos colegios internados crees que existen en Madrid y cerca del aeropuerto?
—Muy pocos. Poquísimos diría yo —. Me quedo pensando.
—Y si son tan pocos igual podrías visitarlos y…
—Descubrir en cuál estudia esa chica. ¡Eres un genio!
—Lo sé.
No puedo parar de saltar. Pero con cuidado para no matarme.
—Tengo que ir a buscarla.
—Tenemos. ¿Te acuerdas? Estamos juntos en esto.
No termino de hablar cuando sus ojos chocan de frente con los míos. Creo que esta es la primera vez, y no porque yo sea bajita sino porque los tacones acortan distancias.
—Gracias. Gracias —digo conteniéndome de darle un beso de esos que inician cosas.
—Sofía...
—No sabes cuanto te lo agradezco.
—Me gustaría ser algo más que tu agradecimiento.
Sigo en sus brazos. O en sus manos. Ambas me sujetan por las caderas. Adoro esta sensación. Y no lo digo por su caricia, que también, sino por la complicidad que comienza a existir entre nosotros. Siento que somos vertientes de un mismo río que separados por las circunstancias se han vuelto a encontrar. Sí, sé que es una locura, las almas gemelas no existen, entonces ¿por qué siento que nuestros sentimientos son chispas recuperadas de algún lugar lejano?
—Blake, yo…
La puerta se abre con tal entusiasmo que por poco quedo pegada a la pared como papel pintado
—Perdón, creí que estabas solo. ¿Tú quién eres?

—Dana, ella es la señorita Reyes. Trabaja con nosotros.
—No recuerdo haber visto tu contrato.
Yo, sin embargo, me acuerdo perfectamente de ti. Eres la patilarga que le gusta sentarse en piernas ajenas.
—Sofía es una contratación hecha directamente por mí.
—Un gusto conocerte —. No me contestó.
Me mira de arriba abajo con cara de limón antes de recostarse sobre el escritorio un poco más allá de lo escrupulosamente correcto y dejando el escote a total disposición de Blake.
—Debiste avisarme. Por algo soy la abogada y la responsable de todos los contratos. Pero como soy muy buena te daré la oportunidad de resarcir semejante error ante una copa de vino tinto junto en una preciosa terraza madrileña.
La mujer se sentó cruzando las piernas. El liguero a la vista no resultó ser ningún problema para su pudor.
—Sandra, puedes irte a casa—. La mano en alto parece espantar a una mosca. Creo que soy su mosca.
—Mi nombre es Sofía —. Estoy con una rabia que mueve montañas. Recojo mi carpeta para marcharme cuando la voz gruesa me detiene.
—Sofía, recoge tus cosas, nos vamos al aeropuerto —dice sin mirarme—y Dana, sea lo que sea que tengas que decirme, tendrá que esperar. Y, por cierto, será en la oficina.
—¿Aeropuerto? —La cabeza de remolacha se eriza—. ¿Te vas de viaje?
—Nos vemos mañana Dana.
Blake agacha la cabeza para recoger el portátil y cerrando la discusión. Yo me muevo a un lado para despejarle el paso a la pelos de tomate triturado. Su cara de vinagre promete venganza. Aquí te espero bonita. Soy huérfana y estudiante de colegio público. Aprendí a luchar de uñas antes que tú a hablar.

Acaricio la piel del asiento embobada con el tacto. Jamás antes de conocer a Blake estuve sentada en un automóvil tan costoso. Y cuando digo nunca, es nunca. No reconozco la marca. Mis conocimientos se limitan a bicis y autobuses de transporte público.
—Este coche es una pasada.
—Gracias.
Miro por la ventana por no tirarle el móvil a la cabeza. Llevamos desde las cinco de la tarde recorriendo colegios sin ningún resultado. La noche comienza a caer y su aspereza se torna inaguantable.
—Blake, yo creo que por aquí cerca hay una boca de un metro, si te parece me bajo y te vas a tomar un rato el aire. Estás cansado y no quiero que te sientas obligado a…
—Ni se te ocurra quitarte el cinturón.
Lo que me faltaba. ¿Enfadado? ¿Él conmigo? Soy yo la que soporto a la pelos de sangre poniéndole las tetas sobre el escritorio ¿y él es el ofendido? Este es el mundo al revés.
—No sé qué ni porqué estás enfadado, pero no tengo ganas de discutir.
—No estoy molesto.
—Está bien, te creo, no me mires. ¡No!
—No lo hice —. Contesta mirando nuevamente hacia mi lado en actitud temeraria.
—¡Mira al frente!
—Lo hago. No sé porqué te enfadas.
—¡Sujeta el volante! Esto es Madrid. ¿Sabes lo que eso significa? Muchos coches en hora punta.
La carcajada de Blake me pone de los nervios. A la carretera se la respeta. Que no somos gatos

para jugarnos tantas vidas.
—No te hacía tan asustadiza.
—Precavida es la palabra correcta.
—¿Precavida? ¿tú?
—Por supuesto. Aquí, donde me ves, soy un saco de precauciones.
—¿Tú?
—Al final vas a conseguir que me cabree.
—Nada más lejos de mis intenciones.
Me callo porque no quiero pelear. Ni viajar en metro. Sobre estos tacones no llegaría a los diez pasos antes de matarme por las escaleras.
—No te enfades. Era solo una broma.
—Lo mío no. Si quieres bajo y regreso sola.
—Prometiste no deshacerte de mí.
—Blake, ¿qué pasa? He soportado a la cabeza de remolacha tirada sobre el escritorio, y que por poco te hace comer las tetas, sin decir ni pío. No te entiendo.
—Te recuerdo que la idea de no contar lo nuestro fue toda tuya.
Suspiro desinflándome.
—Eso no significa que no me haya molestado
—No tienes motivo.
—¿Por qué estás enfadado conmigo?
—No lo estoy. Es solo que...
—¿Qué?
—Déjalo, no es nada. Solo tensión.
Me mira y la sonrisa hace que me olvide los enfados y las tensiones. Para ser sincera, solo el mal humor, porque las tensiones siguen demasiado presentes. Digamos que se cortan con una pluma.
—Estas preciosa.
—Y tú muy guapo.
Me mira y me recorre de arriba abajo. Se lo permito porque estamos en un semáforo y porque estoy haciendo lo mismo con él.
—Por favor, abre el navegador y escribe —dice cambiando de carril.
Le hago caso. No quiero que se distraiga. La carretera está a tope.
—Hotel más cercano. Un hostal o descampado también me vale. Cualquier sitio donde podamos estar a solas.
—¡Blake!
Ambos nos reímos con tensión. El humor se ha transformado en deseo sexual no resuelto.
—Estás muy callada —dice mirando el espejo derecho antes de tomar la autovía.
—Pensaba en Alba. Esperaba encontrarla hoy. Puede que ese internado sea un infierno.
—¿Fuiste a un colegio público?
—Oh sí, mi abuela ni loca me hubiese internado... Perdón, yo no quise decir que todos los internados son horribles, a ver, entiendo que tú y tu hermana tuvieras que ir a uno... yo quiero decir que a veces... Mejor me muerdo la lengua y me la trago.
—¿Y privarme de tan dulce placer? —El calor al imaginarme cientos de situaciones de mi lengua jugando con Blake me sube por el pescuezo. Mis deseos son demasiado evidentes —. Ayúdame a buscar un sitio. Descampado gana a hotel.
—¿Lo señalo o puedo hablar? Lo digo por eso de que tendría que usar mi lengua placentera.
—Si sigues así coche gana a descampado.

—Cuidado que tiemblo.
—Se acabó. Freno aquí mismo.
—Blake, ahora de verdad, ¿por qué estabas tan enfadado?
—Cielo, no es enfado.
—¿Entonces qué es?
—Ya no me contengo. Quiero enterrarme en ti y perderme en esos rincones que mantienes escondidos. Lo haría una vez y otra hasta desfallecer envueltos en el sudor de nuestros besos. Desearía hacerle el amor a tu corazón y escucharle decir que jamás va a dejarme.
Su mirada se clava en el cristal de delante. El semáforo está tan rojo como mi confusión. Estoy que no me lo creo. Nunca recibí una declaración semejante. Me quedo atontada hasta que el tráfico vuelve arranca. Dos respiraciones profundas y algo de movimiento me ayuda a recobrar el raciocinio. Es el momento de contestar o de callarme desperdiciando mi mejor oportunidad. Yo decido.
—Si coges la circunvalación dice que llegaríamos a casa en quince minutos. Esos son ocho minutos menos que con la ruta anterior.
Gira la cabeza para mirarme a los ojos. No chillo. Los miedos se han ido. Puede que no sea capaz de expresar lo que siento con palabras por lo que le permito a mi rostro pícaro que realice los trámites por mí.
Un volantazo me echa la cabeza hacia atrás. Nunca imaginé que quince minutos se convirtieran en cinco de forma tan inesperada.

Un cometa entre estrellas

Con nuestros cuerpos chocando al ritmo del beso contra beso, conseguimos alcanzar la entrada al portal. Introducir las llaves se situó en un juego de ingenio de risas nerviosas. Sin dejar de mordisquear nuestros labios conseguimos traspasar. Blake cierra la puerta de una patada, yo le sostengo por el cuello para que no se aleje. Una vez dentro nos dejamos llevar por la intensidad de los amantes solitarios. Mi ropa comienza a recibir un trato deficiente en delicadezas. A las suyas les sucede algo parecido. Ambos somos pólvora seca olvidada delante de la chimenea invernal.

Mi cuerpo náufrago se aferra a sus caricias salvadoras. El corazón se acompasa cual marcha de tambor militar. Pram. Pram. Pram. Los toques son la señal para que cada prenda vuele por los aires. La camiseta de Blake es la primera en iniciar el camino. Mis dedos torpes buscan la presilla de sus vaqueros para que le sigan. Él me observa divirtiéndose con mi desesperación.

—No le veo la gracia —digo cuando al fin lo consigo.

Mi vestido siguió los mismos pasos hacia el aire que sus pantalones. Ya no sonríe. Su rostro es duro con toques perversos. No recuerdo si sus dedos bajaron mi cremallera o los míos elevaron su deseo, o ambos a la vez, la cabeza me gira como una niña ante su primera visita a los columpios y me siento imposibilitada de bajar. Me balanceo entre el amor del cielo y las pasiones de la tierra mientras le carcajeo al pasado.

El salón de la casa es un campo de dos gladiadores dispuestos a luchar muriendo en el intento. Las ropas se esparcen sobre el suelo jugando una falsa rayuela en donde la habitación es nuestro destino final. De salto en salto nuestros pies se balancean para quitarnos los zapatos y los restos de alguna prenda rebelde. Nuestras bocas insaciables lo dificultan todo excepto el contacto de la piel contra piel. Moviéndonos como peonzas sin su centro Blake se golpea contra la mesa, aunque sigue besándome como si no existiera el mañana. Yo lo hago contra una de las sillas, aunque continúo besándole como si no existiera el mañana. El dolor por no tenernos es superior a cualquier sensación superflua.

Mis pensamientos antiguos de desconfianza se amontonan en mis pies y los encesto en el cubo de los pensamientos inservibles. Las dudas de niña abandonada se detienen ante mi propia mano alzada, mientras dibujo en el suelo arenoso de mi vida, una línea en donde las esperanzas traspasan el límite del futuro y los lamentos se quedan señalando el pasado.

—Te deseo tanto…

El quiebre de su voz carrasposa choca con mi cuello mientras escarba debajo del sujetador. Estiro la espalda ofreciéndole mi total disposición. La piel me quema por dentro. El algodón de sus calzoncillos roza mi entrepierna presionando su dureza contra mi creciente deseo femenino. Mis manos sujetan su espalda con temor a perder un centímetro de su fuego. El egoísmo de ser su única poseedora me inunda el raciocinio. La prenda cae al suelo y mis senos se endurecen al sentir el carbón ardiente de su mirada. Las manos firmes me sujetan y me alejan unos centímetros. Lucho por acortar la distancia y alejar la sensación de aire helado que me rodea al no tenerlo sobre mí. Él se niega. La sonrisa perversa señala futuros placeres tortuosamente lentos.

—Eres preciosa…

Es una noche de primavera. La luz de la luna entra por las persianas totalmente abiertas. La habitación en penumbras permite ver lo sexual imaginando lo sensual. Nuestros cuerpos pican y se retuercen dentro de su propia primavera. El aroma de hombre deseoso insufla valor a mi

autoestima dañada. Sujetándome con fuerza presiono las manos tras su nuca enredando las ondas azabaches en mis dedos. Entretejo los dedos e introduzco mi lengua en el calor de su boca. Muerdo allí en cada lugar donde mis labios se acercan. El cuerpo se tensa ante las caricias de mis dientes. Me siento femenina y poderosa.
—Te he encontrado… —el susurro de sus palabras es casi imperceptible.
Me aleja unos milímetros y lentamente contornea el borde de mi rostro. Mi párpado se cierra ante el calor de su tacto. El cuello se quiebra cediéndole paso victorioso. Mi cuerpo graba la sensación de sus toques. Con pesado letargo alcanza mi seno cargado de deseo. Pesados se balancean entre sus dedos. La mano izquierda afianza nuestra distancia sujetándome con fuerza por la cintura. No lucho por acercarme. El placer del contacto de sus dedos es tan intenso que la cabeza se pierde en pensamientos del más depravado pecado. Me siento tan deseada como los tulipanes en la primavera madrileña.
—Mírame.
Sus palabras son una orden firme y tierna. Es tan guapo que las ganas de poseerle me estallan en el pecho. Los hombros rectos y musculosos son el placer hecho carne. El torso amplio es un triángulo que se estrecha en la cintura. El vello tiene una línea oscura y segura que se pierde en unos calzoncillos tirantes de apetito por mí. ¡Por mí! Quiero que sea mío. Entregarme con la total seguridad de saber que no seré olvidada los minutos de después.
Estiro las manos nerviosas. Quiero acariciar. Sentir que soy digna de este momento. Las pupilas dilatadas como gato en la noche brillan perversas. No se mueve. Permite que mis dedos lo inspeccionen. Es tan guapo que derretiría los hielos de invierno. Las yemas de mis dedos recorren su clavícula desnuda. Como pincel de artista deambulo por los hombros acariciando su piel erizada. Bajando hasta sus manos vuelvo a subir por el torso acariciando el vello de seda nocturna que lo delinea.
—Blake…
—Estoy aquí —dice cerrando los ojos al sentir mis dedos bajar por su abdomen—. Puedes jugar conmigo, acariciarme o podemos parar. Lo que tú decidas estará bien para mí.
—No creo que puedas —digo acariciando por encima del algodón de los calzoncillos la prominente dureza.
—Haría cualquier cosa por ti —la seriedad se mezcla con el deseo.
—Quiero dejarme llevar. Quiero que seamos todo eso que dices… Quiero intentarlo.
—Cielo, no somos un intento, somos una verdad. La nuestra.
La piel se me eriza. Quiero aferrarme al cometa de estelas rosas y no descubrir si estoy en una superflua realidad o en la ficción de mis propios sueños románticos. Necesito llenar el vacío que navega en mis entrañas huérfanas. Pertenecer sin sentirme un despojo abandonado. Una chica que merece algo más que caridad.
—Te deseo...
—Yo también te deseo. Estoy loco por ti —dice sujetándome la mano para apoyarla encima de su corazón. El pecho le brinca desbocado—. He tenido sexo con otras mujeres, pero el sentimiento que nos une es algo que no se compara con nada de lo que haya sentido antes de ti. Lo que nace aquí —presiona mi mano fuerte contra sus latidos—recorre una distancia más extensa que el deseo. Tengo tantas ganas de hundirme en tu cuerpo como el de recogerte al trabajo una tarde de lluvia.
—Blake… —Mis manos se liberan para enmarcar el rostro duro y masculino. Un mechón de cabello azabache le cubre media frente — ¿Esto es real? ¿Tú lo eres?
La sonrisa se amplía entre mis dedos reluciendo una sonrisa impoluta.

—Si me aceptas seré tan tuyo como el aire que respiras.
—Te acepto —la voz apenas sale de mi garganta —. Te acepto…
Las manos sueltan mis mejillas deslizándose por mi espalda. Sus labios buscan los míos bebiéndose los gemidos ahogados. Las lenguas se encuentran reconociendo en el sabor del otro el aliño de nuestros sentimientos. Lenguas como lanzas chocando sin control. Me inclino y me entrego dispuesta. Sus manos se afianzan en mi cintura elevándome hasta alcanzar su altura. Como hiedra enrosco las piernas a sus caderas y me dejo llevar. Mi nariz se apoya en la suya. Nuestras miradas se comen en una lucha de deseos. Los cuerpos se tensan y las respiraciones suben y bajan agitadas. Las palabras sofocadas dejan al silencio que exprese sus emociones. Ante su cama me deja caer suavemente. Lo sujeto y arrastro conmigo. No quiero perderlo.
—No pienso irme a ningún sitio —. Los ojos le chispean delitos carnales.
La piel se me eriza ante la oleada de su propia necesidad. Estiro los labios y me abro en total predisposición. No deseo esperar. Las palabras tiernas y eróticas se suceden en una tormenta de pasión que me avergonzaría fuera de estas cuatro paredes. Rubén fue mi primer novio, pero mi corazón me confiesa que jamás llegó a envolverlo como lo hace Blake. Adolescente e inexperta me creí enamorada. Mi realidad deja claro que aquellos roces no alcanzaban el nivel inicial de caricias. Blake me desarma y reconstruye en una Sofía que muerde convirtiendo al mundo en una deliciosa manzana.
—He estado con Rubén en la intimidad —me sincero recostando el peso muerto del cuerpo hacia el colchón para que pueda ver la claridad de mi sinceridad. Su agitada respiración se detiene delante de mi rostro. Los dedos se aferran con fuerza dolorosa a mi cintura desnuda. La oscuridad de sus pupilas se convierte en niebla peligrosa. El aire se le escapa con fuerza. Teme mi confesión. Le acaricio el rostro —, pero jamás hice el amor. Quiero saber qué se siente sentirse querida.
—Cielo…
Su cuerpo se acerca presionándome sin ahogarme. La boca besa mis labios y derrapa hacia los senos continuando su navegación hacia mi cintura. La mano me recorre lentamente hasta jugar con la goma de mis braguitas. Sin apuros se introduce cálida dentro de mi ropa interior. La boca, mientras tanto, me enloquece mordisqueando el lateral de la pelvis. Las cosquillas amorosas son mortales. Estoy entre reír y llorar de placer. Sus dedos ajenos a mi sufrimiento se mueven lentamente en el interior de mi suavidad. El calor me inunda y me devasta. Los mordiscos suaves suben por mi cuerpo hasta alcanzar ese hueco entre la cabeza y la garganta. Los dedos largos y expertos continúan enloqueciendo ese rincón donde la humedad se convierte en miel espesa.
—Nadie te hará sentir como yo. Nadie va a quererte como yo —repite mezclando besos con mordiscos justo detrás de mi oreja. La mano continúa su juego de entrar y salir de forma cada vez más intensa y excitante.
Gimo al sentir su boca alcanzar el rostro y saborearme hasta el rincón más profundo de la piel oculta. Las palabras se suceden junto a la mano que arrastra mi braguita hacia los pies. El frío de sentirme desnuda se aplaca contra el cuerpo que se posiciona encima. Muevo las manos para ayudarlo a quedarse totalmente desnudo. Mi piel reclama su contacto.
Libres de toda prenda chocamos en deseo irrefrenable. Soy lava densa y ardiente. La cabeza viaja ante una habitación que desaparece. Somos él y yo ante un mundo que ha dejado de existir. Su boca se detiene. El cuerpo se alza los milímetros suficientes para que pueda mirarle a la cara. Encuentra y recoge mi mano para llevársela al corazón.
—Escucha… ¿lo sientes? Eres tú. Eres tan mía como yo soy tuyo. No lo dudes nunca.
No puedo pensar en lo que dice. Se adueña tan rápido de mi boca que elevo las piernas para

encerrarlas tras su espalda. Cierro los ojos y la cabeza me cae hacia atrás. Escucho el desgarro de una envoltura plástica. El calor de su cuerpo es sol de verano en mi piel desnuda.
—Mírame.
Obedezco con la pesadez del deseo en los ojos.
—Dilo. Quiero escucharte decir que eres mía. Dilo.
—Hazme el amor… —Dejo caer la cabeza a un lado mientras rodeo su cintura con mis piernas. Quiero que llene la inmensa distancia que nos separa.
—Dilo —ordena con firmeza y un ligero toque de desespero.
—Blake… —sus dedos se introducen en mi cuerpo humedecido. Gimo al sentirlo dentro.
—Di que eres mía y seré totalmente tuyo —. Su agitación me obliga a abrir los ojos.
Un segundo dedo entra en mi cuerpo arrancándome un deseo desesperado.
—Soy tuya. Quiero ser tuya. Te quiero a ti. Por favor… te necesito.
Un beso profundo y el peso de su cuerpo pesado y firme se impulsa para entrar en mi interior. El gemido posesivo al enterrarse inunda la habitación. Mi cuerpo se entrega al dominio. Perdido en mis besos sale y vuelve a entrar. Esta vez con mayor intensidad que la primera. El dolor de la invasión me echa hacia atrás. Mi cuerpo lleva demasiado tiempo sin dejarse guiar. Su respiración choca con mis labios. El cuerpo duro y tenso se detiene dentro de mi humedad.
—¿Estás bien?
—Sí, es solo que… llevo tanto tiempo que...
—Mía…
La voz grave es tan espesa como profunda. El calor de mi humedad envuelve su dureza ahora más lenta. Mi cuerpo se relaja y se entrega.
—Tú… yo…—susurra moviéndose con letargo—nosotros… Nacimos para estar así… siempre… —un mordisco a mis labios detiene sus palabras.
Las caderas suben y bajan encajando en las mías. Ninguno de los dos pestañea. Se aleja la distancia justa como para impulsarse tan profundo como nuestras miradas. El ritmo nos encuentra y se acelera. Mis caderas se alzan buscando la posesión completa. Necesito más. La suavidad ya no es necesaria. La mano fuerte se aferra a mi cintura ayudándome a ascender. Por un momento se aleja más de lo deseado. Busco en sus ojos la respuesta a mi suplicio. Quiero devorarlo con los mordiscos de mi sexo. Estiro los brazos rogando para que vuelva a llenarme. La sonrisa malvada me dice que no está dispuesto a ceder.
—¿Lo sientes? Es el vacío por no tenerme. Solo yo puedo hacerte sentir completa. Nacimos para pertenecernos. Somos todo lo que necesitamos. Eres parte de mí.
El dolor de su ausencia me supera. El aire frío se posiciona dentro de mi cuerpo húmedo y desolado.
—Entra. Ya no puedo soportarlo.
Me besa aceptando mi locura. Su cuerpo se deja caer llenándome hasta lo más profundo. Nuestros gemidos chocan con las paredes. Empuja una y otra vez. Fuerte, duro, posesivo. Justamente como lo necesitaba.
—Blake…
El aire es espeso. La noche primaveral nos envuelve en sus colores nocturnos. El cuerpo se me tensa y pierdo la noción de si hoy es mañana y el ayer fue una pérdida de tiempo.
Mi cuerpo se convulsiona y lo devora a bocados. Cientos de estrellas fulguran en mis pupilas cerradas. El corazón me estalla con gemidos indiscretos. Su cabeza se apoya agitado contra mi cuello.
—Love…

Su cuerpo se desploma mientras el mío saborea el triunfo estrujando la última gota de su deseo.

Blake

Quitarme el aroma de tu cuerpo es odioso. No existe parte de mi que no añore el contacto de tu piel deseosa. Apoyo la cabeza en el azulejo frío mientras el agua caliente viaja por mi espalda. Mis labios, mi nariz, mis piernas, mi sexo suplican que regrese a ti.
Me seco en el más absoluto silencio. No quiero despertarte. Mi incapacidad de quitarte la vista de encima me obliga a abotonar la camisa tres veces seguidas hasta conseguir hacerlo bien. Eres tan bonita que no puedo dejar de curiosear en sueños.
Llevo tiempo con la chaqueta puesta, sin embargo, aquí sigo, absorto en tus delicadas líneas. La melena castaña cubre la mitad de tu rostro. El hombro libre de sábanas deja al descubierto las rojeces que dejaron mis besos. Compruebo la suavidad de mi rostro recién afeitado. No puedo permitir que mi barba vuelva a hacerte daño.
Me acerco y me siento a tu lado. Solo un minuto antes de irme.
Respiras como mil caballos agitados. Me divierto de tu falta de delicadeza. Estoy seguro de que si me escuchases te pondrías furiosa. Por supuesto eso no sería ningún problema para mi. Te sostendría los brazos en alto hasta calmarte. Intentarías zafarte, y puede, incluso, que te dejase creer vencedora. Entonces aprovecharía mi ventaja para entrar en ti, fuerte y duro, una y otra vez hasta que al igual que anoche, el amanecer nos encuentre agotados.
Es tan increíble tenerte durmiendo en mi cama que aullaría como lobo salvaje. ¡Eres malditamente mía! Al fin te he encontrado.
—Mmm buen día.
—No quería despertarte —hablo sin detener los dedos que te despejan el rostro mientras estiras los brazos adormilados. Sofía Reyes es la chica más bonita de mi mundo.
—¿Te has duchado? —Dices acariciando mi cabello húmedo—. Me quedé dormida. Debiste despertarme.
—Sh, quieta ahí —te sostengo por los hombros para que sigas en mi cama. El espectáculo es demasiado bonito para perderlo tan pronto —. Es temprano.
Restriegas los ojos somnolientos. Anoche apenas te dejé dormir.
—Tengo que ir al trabajo. No quiero que el jefe me eche —. Esa voz cargada de picardía que me caliente la sangre.
—God…
Me acerco y te beso como si no hubiese pasado toda la noche haciéndolo. Pensar en separarnos, aunque no sean más que unas horas me resulta un tormento por el que no quiero pasar. Intentas alejarme de tu boca. No te lo permito. Luchas contra un imposible. No pienso separarme de ti. Nunca.
—Que no me he lavado —. Te cubres la boca tímidamente y la felicidad me llena el rostro. Hace menos de una hora nos comíamos el uno al otro sin pensar en horarios ¿y ahora sufres un ataque de pudor? Love, me arrancas las sonrisas que jamás practiqué.
—Descansa. Apenas has dormido.
—Tú tampoco —dices erizándome la piel con el contacto de tus dedos en la solapa de la chaqueta.
—Si sigues mirándome así no saldré de esta habitación.
Con tus cabellos enmarañados y los hombros al aire dejando entrever tu cuerpo desnudo estás tan apetecible que por un momento dudo de si arrancarme la ropa y que el mundo ruede como le dé la gana.

—¿Así cómo?
La sábana cae sosteniéndose por el roce de tu pezón.
—Tengo una reunión que no puedo cancelar —digo observando hacia la estantería buscando algo de fuerzas —. ¿Eso es un? Oso —. Camino sin dar crédito a lo que ven mis ojos. Sujeto el peluche mientras lo giro de un lado a otro. Es…—te miro sin poder terminar la frase.
—Se llama Rainbow. Lleva conmigo toda la vida. Le tengo mucho cariño.
—¿Rainbow?
—Sí, es la etiqueta que lleva pegada. Siempre lo llamé así.
—¿Siempre? ¿Desde cuándo? —El corazón se me escapa por la boca.
—Desde que recuerdo.
—¿No recuerdas nada antes de vivir con tu abuela?
—Una calle ancha y un coche. Mi maleta y el oso. Eso es todo. Nunca quise recordar, ¿qué sentido tendría? Ella me abandonó, no merece mis recuerdos.
Miro al peluche sintiendo como el corazón comienza a pintarse con sus mismos colores. Hace unas semanas Mariam me preguntó si estaba seguro, le contesté que sí, y aunque todos los detalles encajaban, anoche, estando dentro de tu cuerpo, el pasado dejó de importarme. Quería a la Sofía actual. El resto no importaba. Este oso confirma que somos lo que no debimos perder. Lo dejo nuevamente en la repisa y me despido sin mirarte. Debo irme antes de confesar lo que aún no puedes escuchar.
—Te espero en la agencia. Tenemos mucho trabajo antes de ir a buscar los siguientes colegios.
—¿Colegios?
—Esa chica, ¿ya no te acuerdas?
Hablo atropellando las palabras. Sin despedirme salgo de la habitación. Necesito tomar aire. Ese oso me ha echado un bote frío de realidad. El tiempo es nuestro acelerado enemigo. No puedo perder un endemoniado segundo. Lo debo hacer por ti.

Pistas

—Era el último colegio. Alba me necesita y no he podido hacer nada —. Camino por la acera con el alma por los suelos.
—Lo intentaste. Eso dice mucho de ti.
—Yo la quería...
—Y yo te quiero a ti. Comprendo que quieras darlo todo por ella, pero la radio y tu actitud ya son mucho más de la atención que esas chicas recibirán jamás. Has sufrido el abandono y estás dispuesta a no abandonarlas a pesar de no conocerlas. Y por eso te adoro.
—Sin ti ni siquiera habría podido intentarlo —. Acaricio su barbilla suave.
Me siento una niña cuidada y querida. Puede que muchas no puedan comprenderme, no las juzgo, pero mi situación no es la de todas. Al no poseer una familia suelo actuar como un papel arrugado que arrastrado por el viento intenta encontrar un rincón al que pertenecer. Blake posee unos brazos en los que me siento segura de los vendavales de la soledad.
—Sofía... —mi nombre en sus labios tintinea cientos de notas que jamás escuché. Orgullo, cariño, deseo, pasión...
—¡Señora!
Los chillidos nos obligan a girar la cabeza hacia atrás. Una jovencita con un cuaderno en alto corre hacia nosotros.
—Señora —repite mientras se dobla apoyada en sus rodillas buscando aire.
—¿Me hablas a mí?
La chiquilla con falda azul y camisa blanca se endereza. Limpia el zapato izquierdo en el calcetín derecho mientras mueve el cuerpo como si estuviera a punto de hacerse pis.
—Sí —intentando parecer segura se le ponen bermellón hasta las pecas —. Oí a la madre superiora decirle que no la conoce, pero yo sí que la conozco. Usted busca a Alba. Ella estuvo un fin de semana con nosotras.
—¿Estás segura?
—Sí, llamó a su programa desde mi habitación.
—¿Por qué la madre superiora no dijo nada? —Blake está curioso.
—Ella no la conoce. Verá señor, Alba no pertenece a este colegio. Las niñas y nosotras participamos de una convivencia para intercambiar métodos de estudio. Alba y yo nos hicimos muy amigas.
—¿Puedes decirme dónde vive?
—No lo sé —contesta mordiéndose la uña del dedo meñique.
—¿Y su apellido?
—Tampoco lo sé.
—Imagino que el colegio sí que lo sabrás —me arrepiento al instante de mi tono de voz. Estoy algo nerviosa.
—Uy, eso sí que lo sé. Pertenece al instituto del Viento Norte. ¿Si la encuentra podría darle esto? Es su diario—dice extendiendo un cuaderno de tapa dura—. Se le olvidó en mi cuarto. Imagino que querrá recuperarlo.
—Por supuesto —contesto recogiéndolo.
La pequeñaja corre nuevamente hacia la entrada del colegio. La inmensa puerta de madera se abre lentamente dejando entrever a tres niñas que, igual de bajitas, hacen fuerza para entreabrir el pesado portón. Una vez la fugitiva traspasó el umbral la puerta se cerró dejando el claustro

totalmente cerrado e impenetrable.
—La tenemos —. Blake está entusiasmado.
—Eso parece.
No dejo de mirar el portón del colegio.
—Cielo, ¿estás bien?
—Sí.
—¿Se puede saber por qué demonios no te mueves? Comienzo a preocuparme.
Después de unos segundos de completa inercia me giro para enfrentarlo.
—Me ha dicho señora. Señora. ¡A mí! —Miro mi camiseta y mis Converse doradas que son de todo menos formales.
Blake lanza una carcajada y me abraza por los hombros.
—No es para tanto, a mí me llamó señor.
—Eso es porque tú eres aburrido.
—Señorita, acabas de firmar tu sentencia de muerte —los brazos me estrujan y me dejo envolver en su calor —. Imagino que estás demasiado conmocionada para escuchar lo que tengo que decir.
—¿El qué? —Alzo la vista y recibo un beso en los labios antes de escuchar la respuesta.
—El internado que ha dicho, es el mismo de Mariam.
—¡No!
—Sí. Y aunque la directora es estricta y amargada, puedo intentarlo.
Me aferro al cuello y esta vez soy yo la que le roba un beso profundo y sugerente.
—¿Puedo? —Pregunto al subir al coche mirando hacia la radio.
—Sí, pero con una condición, no vuelvas a preguntarlo. Somos pareja. No necesitas pedir permiso para hacer nada en mi coche. Es todo tuyo.
Estoy atragantada. Me suele suceder siempre que los calores de la vergüenza me alcanzan. En un momento soy suelta y desinhibida, y al otro estoy con ese fuego que me quema hasta las palabras.
—Escucha —. Me apoyo en el respaldo. Muevo el torso de un lado al otro—. Me encanta este tema. Son Reik y Maluma. ¿Te gustan?
—No soy de música.
—Tonterías. Escucha.

Te presto mis ojos
Para que veas lo hermosa que eres, mmm
Te presto mis manos
Para que toques las nubes si quieres oh, oh.
Te presto mis dedos para que recuerdes…

Blake me mira de lo más divertido cuando se adelanta antes de poder gritarle.
—Estoy con la vista pegada en la carretera —dice mirando al frente—. Lo juro. No te he mirado. Palabrita.
—¿Palabrita?
—Del niño Jesús.
Ambos nos reímos.
Canto hasta que veo la billetera apoyada en el salpicadero. No debo hacerlo. Ella no es nadie. *Tiene una foto de una pelirroja en tetas*. Las palabras de Laura resuenan alto y firme en mi cabeza. Seguro es la cabeza de remolacha de la agencia. Los calores me suben furiosos por el cuello. ¿Será ella?

—¿Por qué tan callada?
—Eh, nada. Tendrías un euro. Me gustaría detenerme y comprar una botella de agua, muero de sed y no tengo nada suelto.
—Claro —dice aminorando la marcha en una esquina frente a una tienda de chuches. Busca con la mirada un sitio en donde aparcar —. No puedo detenerme.
—No importa —digo avergonzada de mi estúpido plan.
—Baja tú, yo daré la vuelta mientras compras. Llévate mi cartera —dice extendiendo la mano para recogerla del salpicadero y entregármela en mano.
En cuanto se detiene salto del coche con el corazón martillando mi consciencia. Me siento como un ladrón a punto de ser pillado. *Esto no está bien, no lo está…* me repito mientras entro en la tienda y abro la cartera con los dedos nerviosos. Busco y rebusco. Una y otra vez. Dos visas, una MasterCard, unos carnés de no sé qué cosa y una foto de Mariam de hace muchos años. La distingo porque posee la misma sonrisa brillante y los mismos ojos verdes. Vuelco todo sobre el mostrador por las dudas de que la tetona pelirroja se haya quedado pegada en algún escondite del cuero.
—¿Va a comprar algo?
—Mm sí, un agua.
—En la nevera —dice señalando junto a mí.
—Sí, claro, qué tonta. No la había visto.
—Un euro —dice de malos modales.
—La billetera pequeña tiene algunos billetes sueltos. Recojo una moneda y pago. Recojo todas las tarjetas y las acomodo en su sitio. Nada. La tetona no está. ¿Entonces por qué me siento tan mal? Salgo a la puerta en el momento justo en el que Blake aparece. Se detiene y me subo a toda velocidad para no interrumpir el tráfico. Me siento dejando la cartera nuevamente sobre el salpicadero.
—¿Encontraste lo que buscabas?
—No. Digo sí. Gracias —contesto nerviosa alzando la botella.
—¿No bebes?
—¿Cómo?
—Tenías sed, pero no la has abierto.
No contesto. Yo nunca he hecho esto. Jamás he escudriñado en la billetera de nadie. No debí hacerlo. Me siento fatal.
—Blake yo…
—La tiré.
—¿Cómo?
—La foto que vio tu amiga. La tiré. No me interesaba llevarla en la billetera.
Cierro los ojos por la vergüenza. Si esto fuera una matrix borraría los últimos minutos de mi penosa vida.
—Lo siento. Yo no… Lo siento.
El silencio de nuestras palabras se mezcla con la música de la radio. En estos momentos la apagaría a patadas, pero no me parece adecuado. No es el momento de sumar otra nueva estupidez a mi lista de favoritos.
Llegamos a casa y por arte de magia consigue aparcar justo enfrente. Estoy por abrir la puerta cuando sus palabras me detienen.
—Cuando supe de la existencia de Rubén —dice moviendo la cabeza para mirar hacia mi asiento —lo primero que hice fue buscar su foto en internet.

—¿Tú hiciste eso? ¿Por qué?
—Curiosidad. Rabia. Ambas. ¿Y tú? ¿Por qué buscabas esa foto?
—Quería saber si era ella. La de la agencia.
—Sí. Era Dana.
Agacho la cabeza. La confirmación me molesta muy pero muy adentro.
Él acerca su mano y la apoya sobre la mía. Las miro mientras me pierdo en mis sentimientos sufridos.
—¿Podemos olvidarnos de Dana y Rubén? Necesito hacerte el amor de forma urgente.
Sonrío sin ganas.
—Sofía —dice apretando con fuerza mis manos— ¿lo sabes no?
—¿Qué cosa? —Me atrevo a mirarle a la cara. Su mirada brilla con la intensidad de miles de estrellas nocturnas.
—Que te quiero.
Blake estira el torso hacia mí. Yo me acerco a él. Soy tan feliz que una lágrima salada se me escapa mezclándose con el dulzor de su declarado beso.

Desde siempre

—Arriba cenicienta.
Escucho su voz a lo lejos. Estos despertares son de cuento. Lo abrazo y suspiro. El calor de las sábanas nos recubre.
—Suelta esa almohada y despierta.
¿Almohada? Las almohadas no hacen el amor. Abro un ojo de muy mala gana. El sueño no me permite ver bien. El segundo párpado se eleva de peor gana que el anterior. Confirmado, estoy abrazando una almohada.
—¿Blake? —Muevo la cabeza para quedarme mirando al techo.
—Love, se nos hace tarde.
¿He dicho lo mucho que me gusta ese apodo? Me hace sentir bombón de chocolate caja platino. Los diminutivos son formas cortas que abrevian un trámite. Por ejemplo, Sofi no compraste, Sofi debes ir, Sofi no me agotes… y así hasta que la lista se convierte en interminable. Un apodo, sin embargo, es el rey de los nombres. En él se encierran el tiempo y los pensamientos del creador. Razón y sentimientos demostrando su perfecta conjunción. Blake me llame Love porque primero lo ha sentido, luego lo ha pensado y finalmente me ha bautizado. ¿No es algo precioso? No todos los apodos son buenos. Están los vulgares, los ordinarios y los lastimeros. El mío pertenece a románticos, dulces y locamente enamorados. *Aying…me encanta.*
—Arriba perezosa.
Me quita la manta y mis pensamientos de amor se hielan ante el frío matinal. Ay, primavera floreciente y alocada que cargas de calor tus tardes fervientes mientras en tus mañanas nos escarchas hasta los huesos.
—¿Tarde para qué? Tengo sueño. ¿Por qué siempre te despiertas antes que yo?
—Porque eres una dormilona.
Busca levantarme por los hombros. Ingenuo. En cuestiones de remoloneo soy la number one.
—No llegaremos a tiempo. No me tientes —dice resistiéndose a mis intentos de tumbarlo sobre el colchón.
—¿Ya no soy tú Love?
—Tú siempre has sido mi Love.
Me encantan estas tonterías. Blake es mi escritor de romance preferido. Estar junto a él es sentir que la soledad es un estado temporal momentáneo y superado.
—Adoro que digas eso.
—¿Qué cosa? ¿Love?
—No. Quiero decir sí. Un no que quiere decir sí.
—Me estoy perdiendo.
—Quiero decir que me gusta mucho cuando dices desde siempre. A veces también me lo parece. Existen cosas que lo parecen.
—¿Cómo cuáles?
—Tonterías.
—Quiero conocer esas tonterías.
Se le transformó el rostro. Parece serio. Me apresuro a explicar. Mis divagues mentales no necesitan análisis profundos. Y mucho menos si pone en juego nuestra relación.
—Cuando me llamas así me parece como si lo hubiera oído antes. Como una voz desconocida y conocida a la vez se me presentase. Te dije que eran bobadas. Yo jamás he viajado al extranjero

y en Madrid nadie me llamaría así. No me hagas caso.
—¿Con tu abuela tampoco viajaste nunca?
—¿Fuera de España? Oh no, la abuela Toñi tenía pánico a volar. Jamás llegó más allá de Benidorm.
—A veces las situaciones obligan —. Blake reflexiona y me causa risa. Él no conocía a mi abuela Toñi.
—No soy capaz de imaginar una situación tan grave como para que mi abuela se subiera a un avión.
Blake se aleja de la cama. No está conforme con mi respuesta. Tendría que haber conocido a mi abuela. Vivir en la cuarta planta significaba una proeza para su vértigo.
—Se hace tarde.
Miro el móvil arrugando la frente.
—Son las siete de la mañana.
—El tiempo justo para que te duches y no lleguemos tarde.
—¿Tarde?
Contesto estirando los brazos hacia los pies mientras me cubro con la sábana. Lo de mostrarme desnuda en pleno amanecer es algo a lo que no termino de acostumbrarme. Se ríe mientras me acerca la camiseta que anoche perdí en alguna parte entre el escritorio y la cama.
—Te he visto desnuda. Anoche exactamente fueron unas tres pasionales veces.
—Eso fue en la oscuridad. Mi autoestima no se encuentra tan musculada.
—Tendremos que trabajarla —dice acercando los labios a mi cuello y tirando de la sábana.
—No me has contestado —digo apartándolo y metiendo la cabeza con rapidez por el escote de la camisa—. ¿A dónde llegamos tarde?
Me pongo en pie y Blake me arrastra hacia el baño.
—A clase.
—¿A clase?
Me dio una palmada en el culo y repitió antes de cerrar la puerta.
—A clase señorita.

—Si digo no, es no.
—Verá, hemos pedido permiso al ayuntamiento.
—Por mi como si la autoriza el presidente del gobierno. Este es mi colegio y de la puerta no pasa.
—Creo que no ha entendido bien. Hablo del alcalde.
—¿Pedro el borrachuzo? Gilipollas perdido. Si alguien los tuviese bien puestos estaría entre rejas. Menudo capullo de dedos largos.
—¿Entonces qué debo hacer para entrar? —Estoy agotada de tanto hablar y suplicar.
—Un permiso de la directora. No es para tanto.
La conserje se repanchinga en la silla haciendo girar el bolígrafo entre los dedos como sheriff del lejano oeste.
—Llevo media hora intentando hablar con ella.
—No puede.
—¿Por qué no?
—No tiene permiso.
—¿Y cómo se supone que voy a conseguirlo si no puedo entrar?
—Escriba un mail.
—¿Me daría su dirección?

—No puedo.
—¿Y por qué no puede?
—No estoy autorizada.
Blake me sujeta por los hombres para hacerse un hueco o para que yo no busque una cerilla e incendie el colegio, comenzando por su conserje como primera en la fila de filetes ahumados.
—Vera… ¿Rosa?
La regordeta se endereza para que Blake pueda leer mejor su medallita de lata dorada.
—Es importante que Beatriz nos reciba.
—¿Conoce a Beatriz?
Blake tuerce el cuello orgulloso. Decir el nombre de la directora resultó ser una jugada magistral.
—Mi hermana estudia aquí. Mi nombre es…
—Pida una tutoría.
—Lo intenté, pero no conseguí localizarla. Es muy urgente que nos veamos. Es para un programa de radio. La publicidad es de vital importancia para el colegio. Ya sabe, la escuela pública gana terreno y los fondos de los privados disminuyen.
—Asquerosos rojos republicanos.
—Sin fondos no habrá esos aumentos de salarios.
—¿Aumentos?
—Beatriz, la directora, me dijo que el personal contratado sería el primero en la lista de mejoras salariales. Rosa, ¿posee plaza fija?
—Hace veinte años.
—Estoy seguro de que será la primera en cobrar el aumento.
—¿Y dice que Beatriz lo conoce?
—Por supuesto.
Rosa estira tanto la espalda que las tetas del tamaño de varias carretas le alcanzan la cintura.
—Pueden pasar. Sigan por ese pasillo hasta la primera planta. Al fondo, encontrarán el despacho de dirección. No se detengan por el camino.
—Jamás pensaríamos hacerlo. Gracias Rosa.
Los dos caminamos con paso acelerado. No terminamos de atravesar el portal sagrado cuando Rosa nos chista con esa frialdad que mataría a los delicados zombis.
—¡Ey! ¡Vosotros! ¿Y el equipo de grabación?
Blake introduce con rapidez la mano en su bolsillo para sacar el móvil.
—Tecnología punta. No necesitamos más.
—Claro, claro.
Rosa se giró olvidándonos por el repartidor de papel higiénico que en esos momentos intentaba escurrirse con la carretilla.
—¡Autorización o no entra!
—Rosa, no empecemos o entro o se cagan encima. Usted verá.
Aquello fue lo último que escuché antes de girar por el pasillo hacia la izquierda.
—Era por la derecha.
Blake tironea de mi brazo y me hace volar en un giro perfecto. Abre las puertas del ascensor y entramos. No es hasta que se encuentran completamente cerradas cuando apoyo la espalda y resoplo aliviada.
—Estamos dentro —. Blake no se encuentra más relajado —. Eres un mentiroso.
Se pone tan pálido que me obliga a aclarar mi broma.
—La has conquistado. Creo que Rosa te pedirá el teléfono.

—¿Celosa?
—Un poquito.
—No tienes porqué, soy todo tuyo —dice besándome la punta de la nariz—. Ahora vayamos por esa chica que tanto te interesa.
Las puertas se abren antes de que pueda agradecerle que se encuentre a mi lado. Esta mañana al despertarme jamás pensé que me traería aquí. ¿He dicho que estoy enamorada desde los dedos del pie hasta las cejas? Creo que sí. ¿Y he reconocido que lo quiero tanto que tengo pánico? Puede que eso no.

No estamos solas

Caminamos unos pasos por los pasillos anchos. Me recuerda a cuando con las chicas y Anthony, deambulamos enfadados por la vida acarreando nuestras desgracias en carpetas anilladas. Delante de nosotros una puerta se abre y se cierra como cantina. Tras las gruesas maderas abatibles las pequeñas voces se convierten en alaridos desorganizados. Con Blake nos lanzamos triunfantes hacia nuestro destino. Llevamos diez minutos deambulando a hurtadillas para no ser pillados. El temor de los mentirosos nos recorre la piel erizada.
—Hola. ¿Quiénes sois?
—Hola —contesto con la sonrisilla atontada.
Un rubio estilo surfero de coleta mohicana me saluda con el blanco impoluto de su sonrisa.
—Estaba buscando a una alumna. Se llama Alba y es del cuarto curso.
—¿Y quién dice que la busca?
El fibroso muchacho sostiene un balón bajo el brazo. En mi colegio el profe de gimnasia era un sesentón calvo y con canas. ¡Calvo y con canas! Mejor no extenderme en detalles poco agradables.
—Es para mi programa de radio.
Blake se posiciona a mi lado. Muy, pero muy, a mi lado.
—Una radio, qué interesante.
El profesor se agacha para guardar el balón en el cajón de materiales mientras muerdo mi lengua aguantando la sonrisita traviesa. Si las chicas estuvieran en este instante admirando los mismos glúteos que yo tendría que atarlas para que no lo raptasen.
Blake carraspea clavándome sus pupilas mortales. Alzo los párpados de forma inocente.
—¿Y por qué buscan a Alba?
El surfista, ahora escalador, comienza a trepar una cuerda de lo más gruesa para recoger un gancho de metal que colgaba a pocos centímetros del techo. Madre del amor hermoso, ese ancho de espalda no es normal.
—Es por un reportaje que la niña está preparando para su proyecto de final de estudios —. Blake habla con una seriedad que corta el aire.
—Sí, se llama Alba —. Repito como autómata.
¿Acaba de bajar de un salto clavando una rodilla en el suelo? Por el amor hermoso, que me pinchen que no sangro.
—Tenemos tres Albas en el cuarto curso. Pedid permiso a los tutores. No creo que tengan problemas.
—Muchas gracias. No molestamos más.
—No es molestia —. El rubio de ojos azules sonrió iluminando la sala de deportes.
Creo que estoy a punto de perder el conocimiento. Blake abre la puerta empujándome por la espalda.
—Ha sido un placer.
—Me llamo Rigel. Un gusto conocerlos.
—Uy te llamas como…
—La estrella sí.
—Que nombre más apropiado… No me has dejado despedirme —digo contra la puerta cerrada recomponiendo mi apariencia.
Sin contestarme camina por delante. Si no fuese una tontería diría que está enfadado. Esa

velocidad no es normal.
—¿Se puede saber qué te pasa?
—¿A mí o a ti?
Corro a paso ligero para alcanzarlo y ponerme a su lado. Y no porque yo sea bajita sino porque el suelo resbala.
—A mi no me pasa nada.
—Deberías preguntárselo a tus pantalones.
—¿Pantalones?
—Los que acabas de perder delante de ese tipo.
—De eso nada. Era un chico agradable y estaba siendo educada.
Blake se detiene en seco y me quedo caminando tres pasos sola hasta darme cuenta. ¡Eso se avisa!
—¿Puedo ser yo igual de educado con una rubia despampanante?
—No es lo mismo —digo mirándome la punta de mis preciosas Converse.
—Ya no estás sola —los brazos de Blake están cruzados—. Deberías recordarlo.
Prefiero no contestar. No me gustan las discusiones. Y mucho menos si me encuentro en el equipo perdedor.
Blake me gusta y estoy que me derrito por sus huesos. Sería muy difícil para mí explicar que, aunque él es mi debilidad, nuestra relación no peligra por admirar un poquito a un profesor de: cuerpo esbelto, ojos topacios cristalinos y musculatura rocosa.
—Sofía…
—¿Dónde vamos exactamente? —Mi jugada maestra de cambio de tema. Un clásico de circunstancias extremas. Sin ella habría perdido varias veces mi pequeña e ingeniosa cabeza.
—Cuarto A —dice retomando la marcha.
—¿A?
—Dijo cuarto A, C y F. Lo habrías escuchado si no te hubieras quedado pasmado en sus cabellos recogidos.
—Lo escuché… lo escuché. Solo estaba comprobando la información.
—Bien. No tengo claro si el cuarto curso está en este edificio o en el siguiente —Blake se rasca la barbilla estudiando ambas direcciones.
—Vuelvo y le pregunto.
—Sofía… —esa mueca es una sonrisa encubierta. Lo he pillado.
—No me mires así —digo alzando los brazos—. Si nos perdemos será tu culpa.
—Sofía…
—Es una broma —. La sonrisa se me escapa traviesa. Verlo celoso es un placer interesante de disfrutar.
Me aferro a su codo.
—El profesor es guapísimo y parece un Dios griego.
—Sofía…
—Pero tú eres mil veces más guapo e interesante.
—Estás mintiendo.
—¿Se nota tanto?
Me río contagiándole la tontería.
—Vas a volverme loco.
—Creía que ya lo estabas… —me observa desorientado—por mis huesos.
Consigo arrancarle una carcajada.

—Por tus huesos, tu piel, ese lunar entre la cadera y la espalda y ese hoyuelo que se te forma justo aquí—. El dedo señala el punto exacto de mi mejilla.
Me quedo petrificada. No sé qué decir ni qué hacer. La comprobación de saberlo tan pillado me encanta. Que digo encantada, ¡me fascina! Estoy saltando sobre nubes de algodón junto a los unicornios de colores. Lo miro y contengo el tipo. Si no fuera porque estamos en un colegio saltaría sobre él y me lo comería a besos. Mi corazón le declara predilección por encima de todos.
—No me abandones —las palabras me salen antes de morderme la lengua.
Jamás se lo había dicho a nadie. Sus pupilas negras brillantes se iluminan como una noche cargada de amantes. Agacho la cabeza apenada. No quise decirlo.
—Jamás. Lo prometo.
—¿Quiénes sois vosotros?
Subo la mano de forma distraída secándome una lagrimita perdida mientras Blake carraspea antes de contestar al hombre, que, con los dos pies dentro de la clase, asoma la nariz hacia el pasillo.
—Buscamos a una estudiante. Se llama Alba.
—¿Quién la busca?
—Mi nombre es Blake y es por un programa de radio.
—¡Alba! Te buscan —. Chilla desde la puerta hacia la clase.
Una muchacha con dos mechones a los lados de un morado intenso se levanta mascando chicle.
—¡Cinco minutos! Y no te pierdas por los pasillos que ya nos conocemos.
—Nunca profe.
Mira al resto de la clase que le sonríen la picaresca. La jovencita con los pantalones de siete tallas más grandes sale y apoya un pie en la pared antes de hablar.
—¿Quiénes sois? —La joven nos mira de lado.
—Soy Sofía y él es Blake. Somos de la radio.
Continúa mascando chicle como si nada.
—¿Qué radio?
Busco el cuaderno en mi mochila y se lo muestro.
—Hablamos el sábado en la radio. Este es tu cuaderno. Lo sabemos todo.
—Ese cuaderno no es mío. Por qué no me dejan en paz. No fui yo. El Toni encendió el pitillo y yo lo recogí. No tienen pruebas.
—¿El Toni?
—Dijo que era tabaco y le di unas caladas. No soy ninguna drogata. Toni me gusta y ya saben, estaba borracha. Lo de siempre.
Suspiro hacia el suelo.
—Tú no llamaste a la radio.
—¿Para qué?
—Muchas gracias. Has sido de gran ayuda —. Blake le abre la puerta y la cierra en cuanto ella entra en la clase—. ¿Cuarto C?
—Cuarto C —repito.
Camino con la cabeza gacha.
Las palabras de Blake quedaron volando. Estoy aterrada. ¿Y si no funciona? ¿Y si me lastima? ¿Y si siente pena? ¿Y si me deja?
Llegamos a la clase. Golpeo más de lo que debiera. Esta vez una señora de gafas grita el nombre de Alba. Una jovencita camina hacia nosotros.

—Ella no es.
Miro hacia atrás desilusionada. Blake estira la cabeza curioso.
—Cómo lo sa… Ya entiendo.
Una joven de piernas largas y minifalda estilo cinturón ancho sale por la puerta revoloteando la melena de izquierda a derecha y de derecha a izquierda.
—Hola, soy Sofía.
La muchacha no contesta. El esmalte saltado en su dedo meñique la tiene absorta.
—Lo pienso colgar en las historias —dice enseñándonos el dedo índice—. Tendré que estar todo el día con la uña a medio pintar. Ni que yo fuera de Entrevías.
—Es un barrio como tantos —. Contesto consiguiendo captar algo de su atención.
—¿Para qué me buscan? —No estoy segura de si la mirada de asco fue hacia mí, hacia el barrio o hacia su manicura.
—Somos de la radio. Estamos grabando un programa.
—¿Radio? ¿Eso todavía existe?
—Existe y estamos grabando —Blake bailotea el móvil en su mano.
—¿Grabar? ¡Nooo! —Los saltos por poco la hacen perder la falda.
Blake y yo nos miramos sin saber si debemos sujetarla y enviarla al manicomio o esperar a que se tranquilice. La segunda opción nos pareció la más prudente.
—¡Sois de Madrid Talent! Mi canción les gustó. ¡Lo sabía!
—Creo que te equivocas, verás…
—¡Chicos! Ya pueden mostrar las cámaras. Sé que sois vosotros. ¡Madrid Talent os quiero!
La jovencita se arregla la ropa mientras no cesa de gritar hacia los supuestos cámaras escondidos.
—Me lo esperaba. No voy a decir que fui la mejor, pero tampoco voy a negarlo. Llevo seis meses en clase de canto. Estudié junto a los mejores, incluso me lie con uno.
La rubita habla a la mano de Blake centrándose en el IPhone totalmente apagado.
—Viendo que nos has descubierto —digo intentando detener su versión de Shake it off —. ¿Por qué no entras y esperas a que te volvamos a llamar?
—Uy sí —dice deteniéndose en el último shake—. Tengo que esconder este dedo. ¿Os dije que les pienso poner un cero en los comentarios de Amazon?
—Unas treinta veces. Ahora entra a clase.
La joven se marchó moviendo la melena como cuando salió, pero al revés. De derecha a izquierda y de izquierda a derecha.
—¿A por el F?
—Vamos.

—Por quinta vez le digo que yo no soy su Alba.
—No tienes nada que temer.
La chica tuerce el cuello dejando patente sus dudas. Es lo que pasa cuando se busca a una oyente por todo Madrid. Intentas explicar que no eres una psicótica asesina en serie y no te cree. No lo comprendo.
—¿Si le muestras lo que tienes en el bolso?
La chica se alejó asustada. Yo no seré una experta en técnicas de confianza, pero anda que Blake.
—No tengo un arma, no te preocupes.
Continúa echándose hacia atrás. A esta chica no hay forma de relajarla. Lentamente introduzco la mano en la mochila y extraigo la agenda de color pastel. Me muevo tan lento como El Prendas mostrando los bolsillos a la verdulera de mi barrio.
El Prendas es un hombre sin techo que siempre deambula por la calle Hortaleza y al que todos

ayudamos porque, *no robo po vicio sino po necesidad poque verá usted señora que la clase pobresida no ha venido a este mundo más que pa sufrir desgracias que si me hubiesen dado la pertunidad yo sería un hombre de Madriz de esos finos que se calzan po los pies pero el destino encaprichao hizole a padre camello que lo reventaron con dos plomos cuando yo niño y a madre puta que de tan fea no sacaba ni dos perras.*
—Creo que es tuya.
Entrego a Alba el diario con movimientos súper lentos. Estos también los aprendí de El prendas.
—¿Cómo la han encontrado? — Alba no puede ocultar su alegría.
—Lo importante es que aquí la tienes.
La jovencita estira las manos y se aferra al diario.
—¿Van a llamarle?
—¿A quién?
—A mi padre.
—¿Por qué haríamos eso?
—No lo haremos —. Blake afirma con voz grave.
—¿Por qué están aquí?
—Queremos ayudarte. No estás sola. ¿Te acuerdas?
—Él no me comprenderá jamás.
La niña se gira para marcharse y yo intento detenerla por el codo, pero con tan mala suerte que el profesor me ve.
—Alba, ¿todo bien?
La joven asiente mientras camina aferrándose al cuaderno. El profesor cerró la puerta en nuestras narices. La señal es clara. Debemos marcharnos. Ahora comprendo lo que siente el pobre Prendas cuando lo dejan al otro lado del supermercado.
—Lo has intentado.
Camino pensando una y otra vez qué hacer. Creo que sí… ¡Ay! ¡Qué golpe!
—Perdón —dice el cuerpo esculpido del profesor buenorro sosteniéndome por los hombros para que no me caiga—. Justamente a ti es a quién buscaba.
—¿A mí? —Alzo la mirada y veo a Blake intrigado.
—¿Habéis grabado el programa?
—No pudimos —. Intento ser más clara pero no puedo. Este chico nació para ser admirado en silencio.
—Estamos en el último mes de clase y creo que podría ser muy interesante para las chicas realizar un programa de radio que uniese expresión artística y expresión corporal.
No estoy segura de si no hablo porque no le entendí un pimiento o porque no me puedo creer que esos ojos sean reales.
—¿Cómo?
—Me refiero a que si están interesados podríamos hacer un programa de radio con las chicas en mi horario de educación física. Seguro les divierte. Podríamos unir temas de deportes con locución. Sería una buena experiencia para las jovencitas del último curso. ¿Qué os parece?
—Encanto. Quiero decir encanto tú. Aying… encantada. Encantada con la idea.
—¡Genial! Hablaré con la directora. ¿Tienes móvil? Te hago una perdida para que me tengas agendado.
Y en un momento yo no era nadie y en otro soy la poseedora del teléfono más buscado de todo Madrid. Cuando se lo muestre a las chicas no se lo van a creer.
—¿Se puede saber cómo harás un programa desde aquí? —Blake esperó a verlo marchar para

cortarme con su pregunta gélida y mortal.
—Seguro se puede. Lo hago por Alba. De esta forma podré ayudarla.
Blake se aleja sin responderme. Yo me apresuro a su lado. Mis piernas son algo más cortas. No porque sea bajita sino porque los pasos cortos visten elegancia.
—Blake, espera —le sujeto de la mano para que se detenga en el momento justo de traspasar la salida.
Consigo que ya no camine. Nuestras manos siguen unidas. Las mira y cierro los dedos con mayor fuerza. Su piel posee un calor único. Alzo la vista y el lateral del gran colegio asoma por detrás. Estoy aquí persiguiendo una locura. Y él está conmigo. Ya no estoy sola. Tengo alguien a quien contarle mis días de mierda y mis ideas descabelladas. Tengo alguien que me escuche y me espere con café recién hecho. Tengo alguien que me quiere por lo que soy sin preguntar lo que hice o lo que fui. El amor es la medicina de los enfermos que no se acobardan.
—Te quiero. A ti.
El ruido de los coches nos rodea y nos envuelve. La ciudad sigue en marcha sin comprender que nuestras vidas separadas acaban de sujetarse para comenzar a andar juntas. Su mano me acaricia el rostro. La otra sigue con los dedos entrelazados en la mía. El calor primaveral resplandece ante el amanecer radiante. El tiempo se detiene y nuestras miradas se besan. Porque el sexo necesita de los besos para hacer el amor, pero a los sentimientos les basta con el calor de una sola mirada.

Amigas

—Café, cien por ciento de máquina. Era esto o viajar a Colombia—. La voz de Laura se eleva junto a los vasos de cartón.
—¿Qué hacen aquí?
—Llevamos días sin verte y dijiste en los mensajes que no habías comido. Si Mahoma no se mueve llevamos la montaña a la India.
—Creo que no es así —digo entrando en la gran sala de reuniones—. Necesito dejar estos informes acomodados para mañana.
—¿En sábado?
—Sí, un asesor necesita estudiar los informes y darme su beneplácito.
—Parece serio —. Me siento y Laura me sigue mientras Karina cierra la puerta.
—Lo es. Estoy bastante nerviosa. Es mi primera presentación y Blake espera mucho de mí. Temo no estar a la altura.
—¿Blake va a dejarte sola con ese pez gordo?
—No —contesto a Karina antes de beber el primer sorbo de auténtica agua sucia ardiente —. Estará conmigo. Nunca me deja sola. Me acompaña a todas las reuniones.
—Por supuesto.
Ambas esconden el rostro detrás de los vasos blancos y opacos.
—¿Qué pasa?
—Esperamos que cuentes.
—No tengo mucho para contar —esta vez es mi cara la que se oculta tras el humo ardiente.
—¡Y un cuerno! —. Por un momento Laura se queda congelada—. ¿Está por aquí?
—¿Dónde va a estar? ¿Bajo la mesa? —Karina, aunque parece segura en su contestación, estira las piernas espiando de forma distraída.
—Hoy no lo he visto. Lleva todo el día fuera.
—Perfecto. Habla.
—No tengo nada que decir. Pasó y listo.
Ambas gritan como fans alocadas.
—¡Cuenta!
—Pasó y ya está.
—¿Entonces sois novios?
—Creo que sí.
—¿Creo?
—Bueno, sí, lo somos —otra vez los gritos fervientes—. Le he pedido que aquí nadie lo sepa. No quiero que los empleados hablen.
Laura se inclina para recoger una bolsa de papel de dentro de su bolso y lo apoya sobre la mesa. Lo abre y el aroma a canela con chocolate inunda la sala.
—Cuenta —dice acercándome a la cara uno de mis bollos preferidos.
Le doy un mordisco de cocodrilo. He estado tan involucrada en la presentación que olvidé comer. Blake lleva tantos días preparándome para este encuentro que ha conseguido ponerme nerviosa.
—¿Qué quieren que les cuente?
Las dos me miran cómo si se encontrasen ante un extraterrestre.
—¡Todo!

Doy otro mordisco al manjar de dioses. Ambas están ansiosas.
—Me gusta mucho—confieso con sinceridad.
—Y él está muertito por ti. Eso ya lo sabemos. Queremos cotilleo del bueno.
—Llevo una semana en una nube. Me encanta y estoy que no me lo creo. ¿Contentas?
—¡Una semana! Esta no te la perdono —Karina simula enfado.
—Yo sí —dice Laura —. Ahora cuenta, ¿grande o pequeña?
—Sois asquerosas —. La diversión se me escapa por entre los dientes.
—Y por eso somos amigas. Cuenta que en peores plazas te hemos visto torear.
—Qué chicas tan femeninas.
—Dijo el cazo a la sartén —. Karina roba un bollo del paquete.
—Estuvo bien. Qué más puedo contar.
—¡Todo! ¿Cuántos por noche? ¿Cariñoso o salvaje? ¿Arriba o abajo?
—No olvidemos, ¿grande o pequeña?
Ambas se suceden en un sinfín de burradas irrepetibles. Amistad, cuánto más cercana más asquerosa se vuelve.
—Con los ojitos con que la mira seguro llevan la semana sin dormir.
No contesto.
—¡Noooo! —Ambas me sujetan por los hombros y por el cuello. Me siento como en una película de mafiosos.
—¡Quiero un abogado! —Grito con voz ahogada bajo el placaje de Karina.
—Tarde. ¡¿Empotrador o romántico?!
—¡Suelten!
—De eso nada.
—¡No puedo respirar!
Miento muerta de risa al sentir los dedos de Laura jugar en mi cintura. Las dos pegan sus narices a la mía. Laura simula ahorcarme cuando la puerta se abre de par en par.
—¿Todo bien? —Las chicas me sueltan mientras seco las lágrimas. Blake viaja la vista de una a otra antes de regresarla a mí.
—Sí, era una tontería —. No me cree. Continúa atacándolas con la mirada —. Están de visita. Con la distracción del trabajo se me olvidó dar señales de vida. Estaban preocupadas.
Las palabras se pisan intentando explicarme ante un Blake que enarca una ceja.
—Es nuestra culpa—Karina recoge los vasos plásticos para arrojarlos en la papelera—. Pero en nuestro favor debemos decir que comprobamos que no quedaba nadie en la agencia, de lo contrario jamás nos hubiésemos atrevido a entrar.
—Lleva todo el día sin comer y queríamos traerle algo sustancioso —. Laura habla a la vez que recoge las servilletas.
Blake me mira. Ahora sí que está enfadado. Con la mano firme impide que guarden los bollos. Las tres nos quedamos intrigadas. Se acerca a la cabecera de la mesa oval y presiona un botón.
—Rocío, haz el favor de pedir algunos entrantes, salados y dulces junto a una jarra de té y otra de zumo natural de naranja.
—Ahora mismo señor.
—Cuando lo tengas todo nos lo traes a la sala de reuniones —completó antes de soltar el botón.
—¿Es uno de los jefes? —Laura me pregunta al oído.
—Sí.
Ambas abren los ojos totalmente estupefactos.
—¿Se puede saber por qué no has comido?

La mano se acerca para acomodarme los cabellos desalineados. Acepto el gesto con sonrisa de tonta enamorada. Estos detalles comienzan a ser adictivos.
—Se me pasó. La reunión de mañana es demasiado importante.
—Lo más importante eres tú —comenta acariciando mi mejilla.
—Nosotras nos queremos molestar.
—Sí, mejor nos vamos —completa Karina.
Las dos recogen sus bolsos.
—De eso nada. Conozco a Rocío lo suficiente como para saber que traerá entrantes como para un regimiento. Dadme unos minutos. Ahora vuelvo.
Fue un visto y no visto. Antes de salir alzó mi barbilla para un beso rápido y fugaz que me dejó congelada mirando hacia la puerta. Al despertar de mi asombro me giro para ver a las dos desquiciadas de mis amigas tapándose la boca la una a la otra. Tienen los mofletes inflados y a punto de estallar.
—Sois idiotas —digo antes de verlas escupir al aire tras la intensa carcajada contenida.

Intenciones

—Necesito que alguien vuelva a explicarme por qué estoy transportando equipos en lugar de estar durmiendo la mona.
—Para un programa colaborativo—. El eco de mi voz se difumina dentro de una caja de cartón repleta de cables.
—¿Y con quién vamos a colaborar? ¿Con las amebas? ¡Son las nueve de la mañana de un domingo! No vendrá ni Dios. ¡Es domingo! ¿Lo he dicho claro o lo repito?
—Las dos últimas algo más claras que las treinta primeras.
Anthony resopla mientras introduce la mano y saca como si fuese un conejo de la galera mi micrófono de la suerte.
—Son todos iguales —refunfuña como lleva haciendo desde que nos encontramos.
—Sin él no grabo—contesto sujetándolo por la base—. Consigue que la voz me salga tierna y dulce.
—Tonterías.
—¡Digo que sí!
—¿Decías dulce y tierna? Por supuesto.
—Estás insoportable. ¿Mala noche? ¿Alguna chica no se rindió ante tus encantos?
Anthony abre el ordenador y continúa con sus protestas tras la pantalla.
—No le hagas caso. Se le pasará.
Acepto el abrazo de Blake como medicina calmante. Tengo los nervios de punta.
—Estoy contigo —su voz Blake salpica mi melena mientras me aferro a su cintura con fuerza. Existen momentos en donde la voluntad navegante de la vida necesita de un tronco en donde sentirse segura. Blake se ha convertido en ese tronco en el que apoyarme en mis decisiones estúpidas.
—Gracias —mi voz enternecida rebota contra su torso antes de sentir su beso húmedo en la cima de mi cabeza.
—¡Vosotros dos! A ver si os cortáis un poco con el rollito de muero de amor y ayudáis con esta maraña de cables enredados.
—Tu humor mañanero es adorable —Blake contesta a Anthony con la voz cargada de diversión.
—Y vosotros dos sois unos empalagosos.
—¡Hola! Ya estoy aquí, ¿en qué ayudo? —Mariam entra al gimnasio como vendaval en otoño. Su soltura y desparpajo es tan natural que a veces dudo que el chico al que tengo abrazado, y la joven que acaba de entrar, sean hermanos.
—Hola —contesto soltando de Blake—. No sabía que vendrías.
—Sí, anoche me lo comentó Anthony. No pude negarme.
Blake y yo la miramos confundidos.
—¿Anoche? —La curiosidad me puede.
Anthony nos mira de pie tras la mesa sostiene un cable al que no deja de marear.
—Al parecer Madrid es un pañuelo.
—Entonces, ¿en qué puedo ayudar?
—Todavía quedan dos cajas en mi coche.
—Perfecto—. Mariam contesta a su hermano mientras recoge la melena en una coleta. Es verdaderamente preciosa. Los ojos son de una pradera húmeda. Alta y esbelta la cabellera miel brilla en tonalidades trigo y ámbar.

—Yo solo digo que el domingo debería estar prohibido trabajar. La biblia lo deja claro.
—Tú no eres creyente —contesto a Anthony divertida.
—Hola, soy Rigel, el profesor de educación física y expresión corporal.
Me acerco con rapidez y le doy dos besos mientras Anthony se acerca a Mariam para hablarle en voz baja.
—Él es Anthony, nuestro director y responsable de sonido.
—Muchas gracias por la colaboración. Para las niñas es muy importante.
—¿Y dónde están?
—Tomando el desayuno.
—¿En domingo? ¿Aquí?
—No todos tuvimos la suerte de desayunar con nuestros padres —Mariam le contesta a Anthony con una frialdad impropia en ella —. Hola profe. Me he sumado al proyecto.
Rigel le da un abrazo al reconocerla.
—Mariam, qué bien que estés aquí, las niñas se sentirán bien con alguien de bachiller que las acompañe —dice antes de mirar a Anthony con esa sonrisa de buen hombre —. Otras, las que sí tienen padres, no siempre vienen a buscarlas. Ocupados en sus negocios no cuentan con mucho tiempo libre para diversiones familiares.
Rigel no lo dice, pero se le nota el desagrado hacia ese tipo de padres.
—Voy por las cajas —Anthony se gira antes de gruñir enfadado. No lo comprendo. Hoy está peor que nunca.
—Te acompaño —Mariam sale a paso apurado tras él.
—Regreso en media hora con las niñas. Están emocionadas —. El profesor salió por la doble puerta del gimnasio.

—¡Ya estamos aquí! —Laura y Karina entran acomodándose los cabellos revueltos. Sabía que no me fallarían. Nos dan dos besos mientras se pisan al hablar.
Al parecer, como el autobús llegaba tarde buscaron un taxi, pero al ser domingo por la mañana, la situación se complicó bastante. Después de una caminata de media hora terminaron en el tren cantando con el chico de la guitarra. Y aunque era guapo les indicó mal la dirección por lo que se bajaron dos paradas antes. Suspirando por sus desgracias las tres nos pusimos a ordenar el equipo. Blake decidió conectar los ordenadores. A los segundos Mariam entró con la felicidad en el cuerpo y Anthony con el demonio de la mala leche corriéndole por las venas.
—¿Qué le pasa? —Karina y Laura preguntan mientras lo observan insultar a los auriculares enredados.
—No tengo la menor idea.
El afectado como si supiera que hablábamos de él nos clavó la mirada. Las tres lo saludamos con la mano en alto y la sonrisa de niñas temerosas en el rostro. Conforme, pero no mucho, se sentó en el sitio del director. Como chicas buenas alejamos discretamente nuestra mesa de la suya. Anthony, de bueno es muy bueno, pero enfadado, es insoportable.

—Me alegra verte.
—No tenía otra opción. Mi padre está de viaje.
Estamos en el descanso. Alba se sienta en las gradas. La acompaño. Con esta chica comienzo a sentirme un poco acosadora. Pero solo un poquito. El valor de un acosador que ha perdido la vergüenza.
—¿Una galleta? ¿Es de chocolate?
—¿Las llevas en el bolso?

—Y un par de zumos de melocotón. Te sorprendería saber todo lo que cabe —. Le ofrezco un cartoncito de marca blanca.
La pobre me extiende las manos con dudas. Los jóvenes criados entre algodones pierden el verdadero disfrute de las lindes fuera del marketing.
—Está bueno —. Comenta sorprendiéndose a ella misma del disfrute.
—Lo está. Verás, cuando paso mucho tiempo fuera de casa cargo con algunos aperitivos en la mochila. Es más económico.
—Imagino. Yo nunca cargo comida.
—Imagino.
Las dos nos miramos y reímos a la vez.
Después de varios mordiscos y unos cuantos sorbos a nuestro cien por ciento natural sin azúcares añadidos marca supermercado alemán, me atrevo a ser indiscreta y preguntar.
—Ahora que estamos solas —digo al ver a sus diez compañeras merodeando alrededor de Anthony y Blake ——. ¿Por qué dijiste aquello?
—No te entiendo —. Esconde el rostro tras un intenso sorbo de bebida.
—Podemos jugar a que nunca llamaste a la radio o puedes decirme la verdad y así comenzar a ayudarte.
—Nadie puede ayudarme.
—¿Qué tan grave es?
No contesta. Tiene los ojos clavados en el último modelo Nike air que resplandece en sus pies. No me gustaría exagerar, pero esas zapatillas cuestan lo mismo que toda mi casa incluida las macetas pintadas a mano.
—Una vez creí estar pasando por el peor momento de mi vida —digo mirando a la pared más distante del polideportivo.
—¿Qué te sucedió?
—Me engañaron.
—Qué cabrón —al instante de decir la palabra se tapa la boca.
—Tienes toda la razón. Incluso le añadiría un montón de adjetivos más, pero como no queremos que la directora nos eche a patadas —. La última frase la murmuro con intriga y Alba se sonríe con mi interpretación.
—Eres muy divertida. ¿Por qué te engañó?
—¿Motivos? No los sé. Aunque ahora que lo dices creo que ese fue mi problema. Intenté buscar motivos donde no existían. En ese momento no supe verlo así. Sufrí muchísimo, incluso me creí tonta, fea e incapaz.
—¿Cómo lo superaste?
—Aceptando que los motivos de engaño no se encontraban en mí.
Alba regresa la vista a sus Nike. Con la cabeza totalmente gacha consigue cubrir su delicado rostro bajo la cortina del cabello. La miro sin comprender la injusticia de la vida.
La desdicha lidera el corazón de los ricos y el estómago de los pobres. A veces me pregunto si las personas buenas no son gotas perdidas en un desierto de egoístas. Rubén me engañó con tantos cuernos como todos los ciervos de la sierra norte juntos, mi madre me abandonó porque no era la hija que buscaba, ¿se puede saber por qué el mundo camina con los pies en la cabeza?
—Él tampoco me acepta.
La contestación me deja inmóvil. No me la esperaba.
—¿Un novio?
Mi pregunta es un susurro que se pierde entre el jolgorio de las chicas que acaban de improvisar

un Karaoke liderado por Laura y Karina.
—Mi padre.
—No eres muy original.
—¿Cómo?
Mi frase la descoloca tal como esperaba. Es un truco de la radio. Cuando tienes pocas llamadas, provocar la lengua de los que se atreven a contar su historia resulta un truco eficaz para que el programa no termine a los cinco minutos.
—Digo que los padres incomprensivos son mayoría.
—El mío es el peor de todos. Nada de lo que hago le gusta. Soy su peor obra.
—¿Y tu madre?
—Ella acepta sin opinar. Mi padre es el que dice lo que se debe y lo que no.
Los gritos de las niñas llamándonos nos obligan a detener la conversación. Ambas bajamos las gradas y nos acercamos a un profesor que derrama optimismo por los poros.
—Primer ensayo. ¡Adelante!
Las niñas comenzaron a hacer piruetas. Al parecer todas tenían preparada una coreografía que el grupo escenificaba a la par que una las explicaba con el micro en la mano. La actividad resultó de lo más instructiva.
—Perdón Rigel —. El profesor acerca el oído, pero sin descuidar su atención en la coreografía de las niñas —. ¿Cómo se llama el padre de Alba?
—Su padre es Morales Ponce de León. Oscar Ponce de León para ser más exactos.
Los colores se marcharon de mi rostro para dejarme pálida como una muerta. Algo así entre seca y momia.
—Oscar Ponce de León, ¿el empresario?
—El millonario de los medios de comunicación. Sí.
—No puede ser —. Los hombros se me caen a los pies.

—Nuestro trabajo está terminado.
Laura asiente mientras Karina le entrega el arroz tres delicias a Anthony. Se nos ha hecho tan tarde que comemos junto a los equipos. Rigel llevó a las chicas al comedor que, felices, imitaban sus voces graves y dramáticas ante un micrófono imaginario.
—No hicimos nada —. Recojo el cerdo agridulce y pincho unos trozos.
—No creo que nadie pueda —Laura está tan desesperanzada como yo.
—Me parece muy injusto.
—La vida es injusta —. Blake me contesta pasándome el pollo con almendras.
—¿Se supone que debo mirar a otro lado por qué el hombre es un alto empresario?
—De los medios de comunicación —. Dice Anthony repartiendo los rollitos primavera.
—Y de los más importante —. Laura aclara.
—Y de los más poderosos —. Karina completa.
—Y de los más agrios—. Blake contesta mirando al plato.
—¿Cómo lo sabes?
—Lo vi un par de veces —dice masticando el pimiento ahogado en salsa de soja.
—¡No pienso agachar la cabeza!
—Cari, si se entera que hablamos con su hija ese hombre nos destrozará como a hormigas.
—No tiene tanto poder—. Le respondo a Anthony que continúa enfocando el tenedor hacia mi frente.
—Yo estaría fuera del estudio en un chasquear de dedos.
—¿Tú por qué? —Pregunto a Karina sin comprender.

—Ese hombre posee acciones en las compañías más importantes del país. Incluido el despacho donde trabajo.
—Y si no posee acciones posee deudores. En negocios las sonrisas se compran entre monetarias voluntades.
Anthony asiente a Blake con el tenedor en alto y un movimiento intenso de cabeza.
—Blake, tú tienes muchos contactos que… —Mariam se silencia ante la mirada profunda de su hermano.
—Mis problemas actuales se centran en otros objetivos —Mariam, agacha la cabeza ante su hermano —pero, puedo sacar tiempo e intentar mover algunos hilos sin que él se sienta atacado.
—¿Harías eso? —Mariam aplaude con el rollito primavera en la boca.
—¿Por ti? Todo.
La sonrisa se me detiene en un tiempo que no se mueve. Estoy tan feliz, que, si no estuviera rodeada de comida china con amigos rodeándonos por los cuatros costados, lo empujaba sobre la tarima y me lanzaba en plancha. Su mirada traviesa se ilumina antes de guiñarme un ojo. Ha captado mis ocultos deseos.
Agacho la cabeza con los colores de la excitación bailando junto a mis esperanzas. Alba es mi proyecto personal. Quiero ayudarla. Es un deseo estúpido e irreal, pero siento que si las enfermas de soledad, consiguiéramos unirnos, convertiríamos nuestra fuerza en vacuna curativa de nuestro propio mal.
—Entonces el profesor es mío, ¿no? —Karina mira a Laura que estrecha la mirada.
—¿Por qué tuyo?
—Mariam es muy joven y Sofi está pillada.
Blake apoya su mano en mi hombro confirmando la declaración.
—¡No soy tan joven! —La risa de Mariam se le escapa en la contestación.
—No veo porqué tanto escándalo. Tampoco es tan guapo.
Las cuatro miramos a Anthony antes de lanzar una carcajada que lo hizo ocultar el mal humor tras el plato.
—¿Más guapo que yo? —Blake me apuñala con la mirada
—Eso jamás —digo mientras guiño un ojo a su hermana que se divierte haciéndole muecas tras la espalda.
—Esta me lo apunto para cuando estemos solos.
Blake me habla de forma casi imperceptible al oído, pero con tal calor en sus palabras, que acabo de tragarme una almendra entera y sin masticar.

Parque del Retiro

—¿Cómo lo has conseguido?
Las niñas disfrutan de un día en el parque del Retiro. Son tan felices que los patos del lago se entretienen con su diversión. La pradera envuelve sus sonrisas.
—Unas llamadas, alguna que otra donación, y las negativas se convierten en amplias sonrisas. Te lo dije.
Agacho la cabeza. Son tantas las veces que he dado las gracias a Blake que la repetición avergüenza mi buena educación.
Estar enamorada es un juego de cartas en donde cada partida ganada es un garbanzo que suma puntos. El primer garbanzo, lo consiguió con la primera mirada picarona. El segundo garbanzo, cuando sus besos se convirtieron en mi bocanada de aire matutino. El tercero, cuando las manos superaron el toque superficial. Y cuando ya los garbanzos llenaban mi bolsa de enamoramiento, me encuentro, como ahora, haciendo hueco para una nueva legumbre. Soñé tantas veces con el guapo que llegaba a mi vida, que olvidé lo que sería encontrar al hombre perfecto.
—¿Todo bien?
Su mano acaricia mi barbilla. Muero y resucito ante su toque. No recuerdo a nadie, jamás, haberme querido tanto como él dice quererme. Camino sobre una piscina de olas, temiendo el día en el que me caiga de cabeza al precipicio sin fondo. Toda una vida esperando conseguir la estabilidad para comprobar que no existe mayor inseguridad que sentirse enamorada.
—No tengo palabras para decirte lo agradecida que me siento.
—Todo lo que hago es por ti.
—¿Por qué?
Mis dudas lo echan hacia atrás. Se sienta sobre el césped apoyando la espalda en un tronco. Deja de mirarme. Las piernas se cruzan entre ellas. Acabo de fastidiarla. He leído varios libros de lenguaje corporal y todos coinciden en que las piernas cruzadas es algo muy malo.
—No sé porqué he preguntado. A veces soy así. Lo siento.
—¿Así desconfiada?
—Además de idiota perdida. Sí.
Resopla molesto.
Me posiciono delante de sus piernas negativas. Se apresura a abrirlas para arrastrarme a su lado. Apoyo la cabeza en su pecho. Es mi forma de pedir disculpas. Mis eternas dudas entre el querer y el abandono me convierten en una inestable de los deseos. A veces quiero, a veces rechazo y otras sufro ante lo que no perdí.
—Sé lo que sientes.
—Nadie sabe cómo me siento.
—Yo sí —me suelto de su agarre para enfocarme en su rostro tenso—. Cuando mis padres murieron los odié. El dolor me desgarró desde dentro. Me sentí solo y perdido. También me sentí abandonado.
—Tuviste miedo. Era lógico.
—Todo el miedo que puede contener un niño sujetando la mano de su hermana pequeña.
Los mirlos cantan enamorados, y las ardillas se acercan precavidas buscando en las migas la respuesta a su glotonería. Las niñas no paran de parlotear y jugar. Disfrutan del parque como reos libres de sus condenas. Al fondo, en el gran pasillo, las tarotistas adivinan el futuro a las jovencitas entusiastas de un futuro algo más prometedor que sus vidas mundanas. Mientras, a un

lado, el titiritero gesticula con ojos muy abiertos a unos niños que nerviosos no cesan de comer palomitas.
Y en medio de tanta perfección, Blake y yo, nos encontramos unidos como dos castañas recién caídas del árbol. Su voz es tan clara como sus palabras. En el mes que llevamos juntos no recuerdo haberlo sentido tan relajado.
—Los odié profundamente —comienza a hablar alargando los tiempos—. Quise golpear a patadas al policía que trajo las noticias. Necesitaba golpear al destino y su tortuosa verdad. Grité, chillé, hasta que los deditos de Mariam sujetaron asustados mi mano. En ese momento me quedé sin palabras. Una mujer con el mismo uniforme que su compañero me dio la mano para llevarme a un coche patrulla. El gordo pelirrojo intentó alejarme de Mariam, no se lo permití. Me puse tan furioso que su compañera prometió responsabilizarse de ambos. El gordo asintió bastante molesto. Pregunté a dónde me llevaban, respondió que al hospital. Recuerdo que escuché algo sobre mi madre y sentí que las esperanzas renacían. Ella estaba viva. ¿Lo entiendes? —Me mira y sus ojos cargan un brillo lacrimoso reviviendo el instante—. Corrí por los pasillos con Mariam enredada en mis dedos. La agente me abrió la puerta de la sala y me quedé petrificado. Mi madre era tan guapa, que verla en ese estado me dejó incapacitado para moverme —las manos de Blake se aferran a las mías. Intento que mi calor calme un poco el frío que lo recorre —. Las enfermeras salieron y él médico me dejó un pequeño espacio. Puede oírte, me dijo antes de distanciarse. Ella consiguió balbucear palabras. Lloraba tanto que apenas podía entender. Decía cosas de: querernos, cuidar a mi hermana y algunos deseos que en ese momento no deseaba comprender. Me negaba a imaginar un futuro en el que ella no existiese. Era un niño, pero había visto películas, y aquello era una despedida. Moví la cabeza negando miles de veces. Las manitas de Marian se acercaron temblorosas para peinar los cabellos enmarañados de sangre.
Las lágrimas bañan su rostro. La sinceridad vuelve preciosa a las personas bellas, y Blake en este momento, es el chico más hermoso del planeta. El mechón azabache se mezcla con el brillo de sus ojos cargados por las lágrimas. Muchas veces he escuchado a las chicas decir que los chicos malotes tóxicos son los más atractivos, creo que ninguna de ellas ha conocido jamás el amor que encierra la sinceridad. Permito que el silencio rellene nuestro momento.
—Preguntaste porqué quiero verte feliz —alza la cabeza para enfrentarme. El calor de su fuego ardiente me llega y me quema—cuando estoy contigo ese niño huérfano siente que posee algo que no le pueden quitar. Cuando tú sonríes consigues que yo también sonría. Nacimos para ser el uno la parte feliz del otro.
—Desde niña pensé que las personas me querían por lástima. Un ser inservible al que daba igual tener que abandonar. Una chica incapaz de enamorar por lo que era. Tú eres ese chico que supo mirarme.
—Te quiero. No quiero pasar un minuto lejos de ti. Lo que fuiste o lo que serás no importa. Me gustas tanto que me ahogo en mis propios sentimientos.
Estoy en el sitio. Sus palabras amontonadas se me atascan en el cerebro. Estoy a punto del desmayo enamorado. Estiro las manos para acariciarle la aspereza de su barba incipiente. Muerdo el labio para que las lágrimas no se me escapen. Me siento en un mundo que no puede ser real. Sus dedos se elevan y envuelven sobre los míos contra su mejilla.
—Te quiero —digo en un murmullo ahogado.
Me lanzo sobre su torso sintiendo que la distancia de unos pocos centímetros son un tormento insuperable. Los brazos fuertes se abren y me envuelven con el calor del amor y el aroma a hierba y madera de la verde pradera. Sus dedos alcanzan mi barbilla para acercarme a sus labios. No necesito mayor invitación. Abro los labios dispuesta a saborear el más sincero de los besos.

—¡Qué demonios es esto! —Ambos nos soltamos como si acabaran de encontrarnos desnudos en mitad de una guardería para niños.
Don Ponce de León lanza tantos rayos de sus pupilas que el cielo se viste de tormenta.
—Absolutamente nada —digo poniéndome en pie. Blake se posiciona a mi lado. Su protección es tan ferviente que agrego dos garbanzos más a mi bolsa de enamoramiento.
—¿Quién eres? No te conozco. Nombre, apellido y DNI. ¡Ahora!
—¡Papá!
Alba se acercó apenas escuchó los chillidos de su padre.
—¡Tú te callas! Mira las pintas que llevas.
La pobre cruza las manos por encima de la cintura intentando cubrir la indecencia de una camiseta y unos pantalones cortos a los que hasta mi abuela hubiera dado el visto bueno. Blake permanece en silencio a pesar de su vena yugular inflamada.
—Me llamo Sofía Reyes, me alegra poder conocerlo. Si me permite...
Estiro la mano. Anselmo el profesor de yoga y demás terapias astrales, dice que todo lo que empieza con educación termina en diálogo. Después de que mi mano se encontrase con la descortesía de su asquerosa mirada, la repliego en el bolsillo.
—Nos vamos.
—Señor, si me permite explicar, creo que estamos dentro de un profundo malentendido.
El hombre, que hasta el momento observaba como su hija recogía los restos de papel aluminio de los bocadillos, murmuró sin disimulo.
—Comiendo bocadillos en el parque como una vagabunda. ¡Qué nos espera después hijita! ¿Porros en un concierto de barrio?
—¡Señor Ponce de León!
—¿Tú quién cuernos eres?
Aquí voy nuevamente.
—Soy Sofía Reyes. Y como intentaba explicar hace un momento, colaboro en un proyecto integral del colegio donde las chicas desarrollan sus habilidades como…
—¿Pertenece al Staff del colegio? —La voz tajante me interrumpe.
—No. Soy locutora de radio. El profesor Rigel de deportes pensó…
—¿Locutora? ¿Tú? ¿De qué emisora?
—Es un proyecto propio. Mi programa se llama…
—Nos vamos —se gira ordenando a su hija.
—Trabajamos en un proyecto de expresión artística. Cuando usted llegó… —Apresuro las palabras todo lo que puedo, pero nada, este hombre no me deja terminar ni una frase.
—Proyecto de expresión ¿qué? Ya me imagino que tipo de expresión les gusta a las mujeres como tú.
—¿Qué está insinuando? —Blake se adelanta. Le sostengo por el brazo. Alba, por su parte, coge a su padre de la mano para alejarlo de Blake.
—Muchas gracias —la jovencita habla tan rápido que las palabras se le entrecruzan —. Lo pasé muy bien. Prepararé el informe para la semana que viene. Papá, ¿nos vamos?
El hombre más que un padre es un militar de guerra.
—¡Nos vemos Alba!
Elevo la voz hacia la joven, que se aleja mientras sujeto a Blake con todas mis fuerzas, para que no lo persiga y mate aquí mismo. Blake se sacude para soltarse. Está muy enfadado.
—No debiste detenerme.
—A ella no la ayudaríamos si asesinas a su padre.

—No se saldrá con la suya. No sabe con quién se ha metido.
Mi chico parece el protagonista de una película de sábado por la tarde. Pura adrenalina contenida.
—¿Pasa algo?
—Nada. Absolutamente nada.
Oculto la sonrisa. Estoy tan enamorada de su ternura como de su bravuconería. Aunque mejor se lo confieso en un momento que se encuentre menos irritado.

No somos aberración

—Esto no es propio de ti.
Las carcajadas me brotan desde la más profunda sinceridad. Blake mientras tanto continúa cegando mi vista con las manos. Nuestros pies son siameses borrachos compartiendo la última botella.
Chocan por aquí, chocan por allá…
—Es una sorpresa.
—¡Sé dónde estamos! ¿Recuerdas que te vi aparcar? ¡Blake! Nos vamos a matar —. Protesto antes de tropezar con una baldosa floja.
Las manos se aferran con mayor fuerza sosteniendo mi escaso equilibrio. El vaivén de nuestros pasos provoca unos roces en nuestros cuerpos que me producen escalofríos. Si no fuera porque esta mañana mis deseos femeninos fueron ampliamente saciados, diría que tengo ganas de regresar a mi cuarto y que el regalito se quede esperando.
—¡Tachán!
Los párpados suben y bajan acalambrados. Estamos en la radio. Si esta es la novedad espero que la próxima vez se la trabaje un poquito más. Mi abuela siempre decía: *es de buena señorita ser agradecida*, por lo que arrugo la nariz simulando felicidad. A pesar de que la sorpresa brille por su ausencia.
—Mira.
Tras el cristal de la cabina de dirección puedo ver que tenemos invitados. Dos jovencitas dan rienda suelta a sus rodillas con Shakira como telonera. Anthony, y mis locas amigas, con igual quiebre de caderas, acomodan unas carpetas sobre la mesa.
—La de vaqueros rosa es ¿Alba? No comprendo.
Me siento en la silla vacía del director. Absortas en su felicidad son incapaces de ver como al otro lado de la sala, mi asombro regula las gafas de la curiosidad.
—Contacté con la directora del instituto. Después de una intensa conversación llegamos a la conclusión de que la radio sería una buena alternativa como práctica de empresas. Presenté el programa de Solas a las estudiantes, ¡y la magia se hizo acción! Alba y su amiga se inscribieron al instante.
Cuando estoy por abrir la boca las explicaciones de Blake me obligan a cerrarla nuevamente. Estoy que no termino de creer lo que veo.
—La directora resultó ser una mujer de lo más comprensible.
—¿Comprensible? ¿Hablas de la misma mujer que amenazó con enviarme a la cárcel si volvía?
—La gente cambia cuando se sabe explicar de forma adecuada.
Blake me guiña un ojo con aires de superioridad. Estoy tan aturdida que caería de culo en el suelo frío si no fuese porque estoy sentada. Y no solo por ver a las chicas al otro lado. El esfuerzo que ha tenido que hacer Blake para que esto suceda supera los límites de la demostración.
—¿Estás llorando?
Sus dedos acarician mi cabello y el cuerpo se electrifica. Cada centímetro de mi piel se eriza ante el menor de sus contactos. Estoy tan sorprendida que la emoción me inunda.
A mi madre no le valió que fuera su hija para deshacerse de mí como trapo viejo. Me abandonó sin desear saber cómo crecería o a quién me parecería. Él no tiene ninguna obligación. No me debe nada. Se esfuerza porque me quiere.

—Verte llorar me destroza. Love…
Mi autoestima enciende las sirenas del pánico. Mi corazón se agita acelerado. Las manos me tiemblan. Las rodillas se paralizan. Las palabras se atragantan. ¡Lo mío es enamoramiento de manual! De ese que desde el día que nació supo que sería inmortal.
Amor, demencia incansable que cuando la buscas no la encuentras y cuando la tienes temes enloquecer.
—La tienes aquí. Podrás hablar con ella. ¿No estás feliz? Si crees que hice mal…
La puerta se abre y se cierra al instante que Laura, Karina y Anthony se encuentran dentro.
—Están encantadas. No paran de reír.
—Disfrutando como enanas —Laura completa la frase de Anthony.
—No puedo creer que lo hayas conseguido —Karina mira a un Blake que se rasca la barbilla nervioso.
Cuando al fin soy capaz de manejar mis emociones me pongo en pie y delante de mis amigos me lanzo a sus brazos apoyando la frente en la suya. Lo consigo y no porque sea bajita sino porque mi amor rasguña el cielo.
—¿Eres feliz? —Sus labios chocan con los míos.
—Lo que haces por mí. Lo que me haces sentir. Tú eres el creador de mi felicidad —digo antes de comerlo en un beso directo y profundo.
Anthony lanzó un silbido al aire junto a una frase acerca de que nos buscáramos un hotel y las chicas se lanzaron a reír. Blake me seca una lágrima perdida. Sus pupilas silenciosas me dicen lo mucho que me quiere. Estar enamorada no es encontrar el tóxico perfecto ni el interesante perfecto ni mucho menos el chico perfecto, estar enamorada es descubrirte imperfecta y saber que él, a pesar de tus complementos, te quiere.

Soy lo que soy

—Me encanta trabajar contigo.
—Y a mi.
Las jovencitas murmuran por lo bajo sin quitarse la mirada la una de la otra.
—A quién en su sano juicio no le gusta el azul —murmuro recordando un pasado bastante lejano.
—A su padre —. La voz de Anthony es un puñal grueso y certero.
—Te has dado cuenta —respondo a mi querido amigo que se pega a mi lado junto a la cafetera.
—Imposible no verlo.
No aparto la mirada de ellas. Verlas juntas es sentir los lazos del amor enredarse el uno con el otro.
—Son azul intenso—. Anthony repite mi conclusión y la expresión me obliga a mirarle. En un segundo y sin meditarlo nuestros corazones se cargan de emoción.
—¿Te acuerdas?
—¿A quién no le gusta el azul? Imposible olvidarlo—. Envuelve su fuerte mano dentro de la mía.
Anthony tenía doce años cuando decidió que las faldas volaran de su armario. *Lo mío son los pantalones*, dijo seguro. Por aquellos tiempos decidió que ya no sería la princesita de nadie. Karina, Laura y yo, con un año menos, adorábamos el maquillaje. Mientras nosotras en el ascensor enrojecíamos nuestros labios, Anthony extraía las ropas masculinas de su mochila e iniciaba la transformación. Éramos sus amigas y guardianas de todos sus secretos.
Una tarde de sábado, una de tantas, cumplimos con nuestro ritual antes de bajar del ascensor. Y todo hubiera sido perfecto si no fuese porque en el portal se nos acercó ¡Carlos! El chico más guapo de todo el instituto. Laura, Karina y yo nos mirábamos nerviosas intentando descubrir quién de nosotras sería la elegida. Karina se movía nerviosa, Laura se pellizcó las mejillas, y yo agaché la cabeza muerta de miedo. Él y sus cinco amigos se acercaron, pero ninguno nos miró a nosotras. Todos enfocaron su atención en Anthony. No dijeron nada, no hizo falta, sus risas burlonas lastimaron más que miles de palabras.
—No les hagas caso —dije al verlos marchar con la misma rapidez con la que arrojaron su ponzoña.
—Envidian tu estilo —aclaró Karina que desprendía furia concentrada.
—¿Envidia? —La duda alcanzó a Anthony.
—Tu estilo es único —Laura aclaró con premura.
—¿De verdad?
—Por supuesto. Ya les gustaría tener tu porte —. Contesté rápido. Vestido con las ropas de su padre se miró sin terminar de creérselo.
—Llevas un estilazo —aclaré entusiasta—los pantalones, la camisa y hasta los calcetines son perfectos. ¿Son azules?
—Sí. ¿Por qué?
—¡A quién no le gusta el azul! —Chillé con demasiado ahínco mientras las chicas sacudían sus cabezas en señal de afirmación.
Anthony tardó muchos años en darse cuenta de nuestra mentira. Lejos de enfadarse, ese día nos abrazó hasta ahogarnos entre tanto agradecimiento. Los cuatro convertimos el azul como el color de los ciegos de corazón o lo que es lo mismo, el de los idiotas de mollera.

—¿Qué nos hemos perdido?
Karina, Laura y Blake se acercan intrigados al ver a Anthony estrujarme contra su pecho.
—Del azul y sus inmensas combinaciones —digo tomando aire por encima de sus bíceps.
—Es una pena la ceguera de cierta gente —Laura refunfuña.
—¿Lo habéis notado? —Karina habla en voz baja.
—Es un grito silencioso.
Blake se posiciona a mi lado de lo más confuso a la par que estira la mano para arrastrarme a su torso.
Alba en la cabina de grabación resalta con rotuladores rosa fosforito la escaleta con los temas del programa. Su amiga Estela es su alma gemela. Donde va la una la otra la acompaña.
Sin hablar nos incorporamos a ellas para comenzar a organizarnos.
—Estar con vosotras me ha hecho comprender muchas cosas—. Estela habla alzando la vista hacia la cafetera. Las pecas bañan su tez blanquecina. Es una adolescente de rizos cobrizos y una mirada miel no apta para diabéticos.
—¿Cómo cuáles? —Me posiciono a su lado con unos cuantos folios en blanco.
—Disfrutar.
—Respirar —agrega Alba.
—Y si no respiras ya sabemos lo que pasa —. Comento dando un toque de diversión a sus declaraciones.
—Puedes estar vivo sin respirar —. Alba me borra la sonrisa de un ¡plaf! en toda la cara.
—¿Te refieres a las obligaciones?
—Las que no escogemos. Las que no deseamos. Las que vienen tatuadas en nuestra vida —Alba aclara.
—Los tatuajes se borran, se quitan o reescriben. Es tu piel, tu vida, tu dibujo —. Anthony habla con seriedad.
—No todos pueden escoger su tatuaje—. Estela mira a Alba que agacha la cabeza culpable.
—Por supuesto que no —mi contestación causa expectación—. Mi madre me abandonó. No pude escoger. Llevo el tatuaje de abandonada en el pecho.
Las chicas pestañean confusas. No es un tema que vaya comentando por los pasillos. Creo que es la primera vez que lo hago ante un desconocido que no se haga llamar psicólogo. Al parecer estoy madurando.
—Siempre me sentí culpable. Ella no me quiso. Me abandonó junto a una maleta de cuero y un osito colorido. Llevo toda la vida luchando con mis fantasmas, y la consecuencia de los suyos. Sintiéndome que nadie desea estar a mi lado. Que no puedo confiar.
—¿Cómo lo superaste? —Alba espera que le abra el cofre de la sabiduría.
—No lo hice. Me dedico a dibujar y pintar mis días en presente. Una hoja nueva cada día.
—¿Y si no te lo permiten dibujar?
—¿Y si no aceptan tus colores? —Estela amplió la pregunta.
—Es mi dibujo. No me importa lo que los demás opinen. Mis amigos son el único público que me importa.
—Y su novio —Blake amplía mientras me sujeta por detrás.
—No, mi novio es el museo en el que quiero vivir.
Estiro la cabeza hacia atrás para darle un beso al aire. Las chicas sonríen.
—Los que te quieran lo harán por encima de los comentarios —. Karina sujeta la mano de Anthony y se la lleva al pecho.
—Y por encima de los colores —Laura se abraza a él por la cintura.

Anthony rompe el silencio profundo, pero sin soltar a las dos amigas a las que envuelve como halcón a sus polluelos.
—¿Lo tenemos todo?
—Creo —Blake me suelta no sin antes darme un beso rápido en los labios.
Se sienta junto a Anthony en la cabina de dirección y alza la mirada. Me guiña un ojo antes de ponerse manos a la obra. La primera vez que lo vi me sentí atraída por su belleza explícita, hoy muero por su belleza introvertida.
—Tendremos un programa especial —digo con entusiasmo —. Será un súper programa, aunque algo diferente —las jovencitas me observan intrigadas —. Estaremos dos horas y media en el aire escuchando a nuestra audiencia.
—¿Eso no es lo de siempre? —Estela contesta confusa.
—Sí. Pero no.
—Me he perdido. Nos quedamos calladas, ¿no? —Alba tiembla.
—No. Quiero que llevéis la voz del programa. Hoy la radio será toda vuestra.
—Me voy… —Alba se gira cuando Laura la detiene por el codo.
—Yo no puedo —. Estela niega tan fuerte que la cabeza se le escapa del cuello.
—¿Cobardes?
—Simples supervivientes —. Alba asiente a las palabras de Estela.
—Estaremos a vuestro lado en todo momento.
—Todas tendremos un micro —. Karina me completa entusiasta.
—No existe peligro. Cualquiera de nosotras saldrá en vuestra ayuda. Será divertido.
—No lo entiendo —. Estela acaricia el colgante con forma de corazón que bailotea por encima de su pecho.
—Es un programa especial. Lo dedicaremos a nosotras y las dificultades de la vida. ¡Será genial!
—La alegría me brota por los poros.
—Yo no puedo dar consejos. Mi vida es un desastre —. Alba cabecea miles de veces.
—Todos tenemos nuestros desastres. Yo misma lo soy. No pedimos la perfección. Nadie la posee. A nuestras oyentes les basta con nuestra sinceridad.
—Seremos un fraude… —Alba solloza.
—La solución no radica en lo superado sino en los lagrimones que nos ahogan e intentamos secar.
—No seré capaz.
—No estás sola. Ninguna de las dos lo está. Os acompañaremos.
Ambas miran con ojitos de gato abandonado.
—Chicas, nuestra imperfección nos hace valiosas.
—Yo sí lo soy —. Anthony responde desde la cabina de mando a Karina —me refiero a perfecto —completa arrancándonos una carcajada.
El pulgar del director se alza hacia arriba y nos colocamos en nuestras sillas. La música nos envuelve.

Tan bonita, que le da celos al cielo
Le va bien lo que se ponga
Y no arregla su cabello
La critican porque odia usar tacones
No le gusta ir a fiestas
Y lee libros por deporte
Quiero que aparezca

Y presumirla a mis amigos como la primera
Que me robó el corazón

Las chicas bailan con el culo pegado a las sillas a la par que mueven las hojas en alto. Alba se acomoda los cascos, y Estela le sonríe.

Déjame explicarte que te quiero, oh
Y no te conozco, no te tengo, oh

Mi cuello contagiado por el ritmo se quiebra de un lado a otro. La melena bailotea. Me siento profundamente optimista.

Déjame contarte que te sueño, oh
La mujer perfecta para mí

Alzo la cabeza. Lo busco. Nos encontramos. Está contento. Soy feliz. La memoria se me llena de besos esperados.

—¡Estáis haciendo un programa estupendo! ¡Felicidades, chicas! —La voz de Anthony se eleva por encima del volumen de la música que comienza a bajar de forma gradual.
—Anthony lleva una hora un poco sordo.
La broma de Estela nos hace reír a todos mientras Alba retoma la conversación con la oyente. El programa es suyo. Ambas poseen un control digno de aplaudir. La timidez se transformó en espectacular soltura. Verlas juntas resulta admirable.
—Maricarmen, agradecemos tu historia.
—Eres fantástica —Estela agrega al comentario de Alba—. Restauradora del Museo del Prado. Y yo sin saber qué esa carrera existía. ¡Eres una grande Maricarmen!
—Muchas gracias, chicas. Lo importante, y por lo que llamaba, es para decir que todas podemos conseguirlo. Yo lo conseguí y soy el ejemplo de que se puede. Me decían que no valía. Y cuando al fin lo alcancé, me dijeron que jamás viviría de mi carrera. Hoy gano más que mi pareja, mis hijos me adoran y mi profesión es una de mis mayores felicidades.
—Nos inundas de valor—. Alba refleja esperanzas en el timbre de su voz.
—También eres un ejemplo para las viejas de veintiuno como yo —. Comento al micrófono captando la risa de mis compañeras.
—¡Fuerza chicas! Nosotras podemos. ¡No estamos solas!
—Adiós Maricarmen —. Estela despide a la oyente mientras observa a Anthony hacer gestos con la mano—. Parece que tenemos otra llamada.
La muchacha se ha convertido en la reina de las comunicaciones.
—¿Hola?
—Hola. Llamo para decir que el programa está súper chachi. No las veo, pero seguro que están para mojar en salsita.
Las chicas se sorprenden. Laura cierra los ojos y Karina se muerde el labio para no gritar. Anthony al otro lado de la cabina escribe en un folio que alza por todo lo alto. **Necesito un teclado nuevo. ¡Ya!**
—¿Tu nombre es? —Alba tiembla ante la voz masculina.
—Soy Chechu.
—Hola Chechu —respondo asumiendo el mando del barco —. Te damos las gracias por tu insistente presencia. Ahora si nos permites…
—De nada. Estas chicas hablan con un par de cojones. A mi me gustan las mujeres con cojones. ¿Qué edad tenéis?

—Chechu te damos las…
—¿Sois menores? Va, a mi no me importa. Las mujeres cuanto más tiernas mejor. Que se lo digan al viejo que está con la Yoli. A mi no me importa. Con tal de joder al hijo puta del Richard que se fo…
—¡Adiós Chechu!
Blake deja caer la cabeza sobre el teclado y todas respiramos al ver que la llamada al fin se ha cortado.
La música comienza a sonar ahogando el vacío liberador que nos dejó la pérdida de la última llamada. Que alguien me explique qué hice de malo en esta vida para que mi oyente más fiel sea Chechu.
Anthony le agradece a su compañero con un golpe en la espalda y las demás recuperamos el aire. Blake, mientras tanto, sigue con la cabeza en el escritorio recuperando el aliento. Todos respiramos cuando Emma nos saluda al otro lado. Es una chica o lo que resulta más importante, no es Chechu.
—Te escuchamos Emma —. Permito que Alba y Estela retomen el timón del programa. No hay moros en la costa.
—Hola, yo… no sé por dónde comenzar.
Emma se silencia y Alba comienza a hablar con soltura.
—Estamos entre amigas. Créeme, lo digo por experiencia. Hablar es tan necesario como comer. Expresarnos es el primer paso de hacernos libres.
Elevo las manos y palmeo sin sonido. Alba agradece con la cabeza y las chicas suben y bajan haciendo la ola.
—Salgo con un chico —tartamudea al otro lado.
—Eso es bueno. ¿O no?
—Al principio sí, me gustaba, o eso creo. Ahora no estoy segura.
—Es normal. Las relaciones son para conocernos. Si la otra persona no es lo que esperabas no pasa nada. Romper puede ser un paso duro pero necesario. Puede que el amor verdadero llegue después.
Estela fija la vista en Alba que le responde con una sonrisa antes de continuar. Anthony me busca con la mirada y yo dejo caer los párpados. Ambos estábamos en lo cierto. Ellas son azules.
—Yo no puedo dejarlo. Mi padre no me lo permite.
—¿Por qué? —Estela se encuentra confundida con la historia.
—Mi padre está en el paro. Él es el hijo de un hombre que le ofreció trabajo. Mi padre me obliga a seguir con él por lo menos por un año más. Y yo no aguanto más sus… ya sabéis.
—No puedes seguir a su lado. Tienes que pensar en ti. Es tu vida. Tú haces tus propios dibujos —. Estela está indignada.
—Pero ¿qué hay de mi padre?
Una sombra extraña al otro lado de la cabina me distrae. Anthony cierra la cortina para que no podamos ver nada de lo que pasa. Me pongo en pie y aviso casi en secreto a Laura y Karina que al ver la oscuridad al otro lado se asustan. Esa cortina jamás la utilizamos.

—¡Dónde está mi hija!
Los gritos del padre de Alba chocan con los cristales apenas asomo la nariz por la puerta. Me siento como esas parejas de la Superball a las que las cámaras les enfoca en el momento justo que comienzan a besarse. Si pudiese me mataría aquí mismo. Y no es una metáfora. Sus manos vienen directas hacia mi cuello.
—No se le ocurra—. La voz grave de Blake se intensifica al interponerse en su camino.

—¡Los destruiré!
—Debería sentarse. Tenemos que hablar.
—¡Quiero a mi hija!
—Ella está haciendo una práctica en nuestra radio. Y si me lo permite, he de confesarle que lo hace fantásticamente bien.
—¡Ya no!
El señor Ponce de León está a punto de entrar en la cabina de grabación, cuando esta vez es Anthony, quien se interpone en su camino. El hombre arruga la mirada amenazante.
—No seas idiota y muévete.
—Me llamo Anthony. Y no me muevo.
Al igual que Blake cruza los brazos. Siempre creí que ese gesto era más propio de gallitos de corral que de hombres con cerebro. Ahora no estaría igual de segura. Los músculos marcados por debajo de sus camisas hacen que los pies del prepotente retrocedan dos zapatos hacia atrás.
—Por favor, solo pido que nos escuche. Cuando Alba se comunicó con nosotros era una niña que sufría.
—¡Eso es mentira! Mi hija lo tiene todo. Es la mejor de su clase. Tiene un futuro próspero, las profesoras la alaban…
—Y quería suicidarse.
—¿De qué hablas? ¡Qué maldita broma es esta!
—Su hija no se siente conforme con su vida. Ella necesita su comprensión.
El hombre trastabilla. Aprovecho mi oportunidad para atacar. Las niñas abandonadas aprendemos a golpear antes que llorar. Puntapié en las espinillas, gritos mortales, escupitajos al aire antes de salir corriendo.
—Alba sufre y algo me dice que usted sabe perfectamente el porqué.
Anthony estira el brazo y presiona el botón del intercomunicador. Las voces del otro lado comienzan a sonar en la cabina. Las risas de las chicas se entremezclan con la profundidad de nuestros pensamientos.
—¿Ella también está aquí? —El hombre parece saturado.
—Sí, Estela está aquí. Cerrar los ojos no oculta los problemas.
—¿Qué hice de malo? ¿Por qué están juntas?
Ponce de León cae en la silla de Anthony. El peso de sus propios pensamientos lo aplastan. Sentimientos enfrentados que luchan por encima de su cabeza endurecida.
—No ha hecho nada. Nadie lo ha hecho. Los sentimientos son el resultado de una fuerza profundamente desconocida. Al amor no podemos marcarlo con normas porque él no las comprende.
—¡Es una aberración! —Grita atragantado en su propia vergüenza. La cabeza le cae hasta las rodillas y las manos le recubren las orejas. En los laterales las canas metalizadas envuelven su locura.
—Señor Ponce de León, ¿es usted creyente?
—Por supuesto —. La contestación rebota en el suelo. Se encuentra devastado.
La lucha en su interior es una guerra de colosos. Si no fuese por la ancha silla de Anthony se derretiría como gelatina fuera de nevera, una tarde de calor intensa.
—Yo también lo soy —el hombre alza la mirada sorprendida al escucharme—. Aunque algo diferente que usted. En mis creencias el amor está por encima de todo.
—Un hombre y una mujer son el origen. Dos mujeres juntas es vicio. Eso que ellas tienen no es natural.

Anthony se pone tenso.
—Mis creencias se basan en los sentimientos. El amor es tan maravilloso que no necesita limitaciones. El mundo carga demasiado odio para que también marchemos en contra del corazón, ¿no le parece?
—Tonterías de jóvenes. No veis más allá de vuestras narices perturbadas.
—Que va. Lo digo por experiencia. Y créame, la tengo. Cuando nací en lugar de un beso recibí una bofetada. Comprendo la profundidad del amor porque nadé en las cloacas de su ausencia. Señor Ponce de León, ellas se quieren. ¿Quiénes somos nosotros para vivir sus vidas? Es un hombre bueno, permítale ser ella misma.
El hombre niega con la cabeza. Pero no a mi, algo me dice que su interior lucha contra una verdad indiscutible. Arriesgándome presiono el botón del volumen para que la voz de las chicas se escuche con fuerza en toda la cabina. Cruzo los dedos.
Las chicas concentradas en lo suyo y con una cortina densa por encima de los cristales son inconscientes de la oscura presencia al otro lado.

—Emma —la voz de Alba es tan dulce que su padre alza la cabeza—. Tienes que comprenderlo. Estoy segura de que si los dos ponéis de vuestra parte tu padre te comprenderá. Es tu padre. ¿Cómo no iba a amarte?
El señor Ponce de León se tensa en el asiento. No le hablo. No le hablamos. Blake, Anthony y yo lo dejamos escuchar. Su aura gris se resquebraja y desmorona ante la voz de su hija.
—A veces los padres se equivocan, es normal, nosotras también lo hacemos. Pero estoy segura de que él te adora y sabrá comprenderte.
—Hablas así porque no es a ti a la que le pasa.
Se escucha como Emma, al otro lado, apretuja un pañuelo contra su nariz.
—Te sorprenderías —Alba observa a Estela que le sonríe como lo hacen las flores cuando desean atraer a las abejas—. Mi padre es un cabezota. A veces cree que lo sabe todo, pero eso no me importa, sé que me quiere.
—¿Y no te molesta?
—Oh sí, muchísimo.
—¿Y qué haces?
—Primero pienso en miles de formas de matarlo —las chicas sonríen— pero luego recuerdo lo mucho que lo quiero y comprendo que me quiere tanto que no es capaz de ver más allá de su profunda protección.
El padre de Alba deja rodar las lágrimas que se le escurren entre los surcos de su severidad.
—No todas tenemos la suerte de tener un padre como el tuyo.
—El padre de Alba es estupendo —la voz de Estela se impone y el empresario abre los ojos extrañados. Está claro que no se lo esperaba—. Es un hombre que ama a su hija tanto como para temer por sus errores. Construiría un mundo solo para ella. Todas desearíamos ser su hija.
Presiono el botón de mute.
—Son buenas chicas. ¿Quiénes somos nosotros para decidir qué amor es el debido? —Digo al quitar el sonido de la cabina—. Ellas se quieren. El amor real carece de impurezas.
El padre llora en silencio. No contesta. Anthony me sonríe con emoción atragantada. A su lado Blake me besa con la mirada. Anthony busca mi aprobación. Asiento. El sonido de la cortina se mueve con lentitud. Poco a poco el cristal comienza a hacerse transparente. Al otro lado las chicas despiden el programa. Anthony presiona para que la publicidad y la música cubran nuestras voces.
Estela es la primera en alzar la cabeza y quedarse petrificada. Alba, es la segunda en congelarse.

Después de unos segundos en los que las chicas al fin consiguen recobrar el color, se acercan y entran en la sala.
—Papá, ¿estás llorando? Yo no quise… te juro que…
El hombre caminó los dos pasos que los separaban antes de silenciarla en un fuerte abrazo.
—Lo siento —repetía una y otra vez con voz grave.
Las lágrimas se me atragantan. Laura, Karina y Estela observan desde la puerta. Los brazos de Alba comienzan a moverse lentamente hasta envolver y aferrar la espalda de su padre cada segundo con mayor fuerza que el anterior.
—Yo también lo siento. Lo siento mucho. No te lastimaría jamás. Lo juro.
—Nadie va a lastimar a mi niña. Te quiero. Eres todo lo que quiero.
Ambos se piden perdón el uno al otro mientras los demás movemos el rostro para secarnos, a escondidas, las lágrimas. Se toman de la mano y salen rumbo a la calle. No se despiden. No me lo tomo a mal. Van totalmente absortos el uno en el abrazo del otro.
—Gracias. Lo necesitaban —. Estela se queda mirando hacia la puerta.
—El programa está terminado. Nos vendría bien unos refrescos. ¿Te vienes con nosotros? —Pregunto intentando borrar la tristeza que la recubre.
—Tengo que volver al internado. Gracias —contesta sin soltar la mirada de la puerta.
—Volverá a ti. Necesitan un tiempo para sincerarse el uno con el otro.
—Lo sé —contesta con pena.
Me rasco la cabeza buscando alguna idea ingeniosa para distraerla cuando la puerta de la calle se abre.
—Estaba pensando —la voz gruesa del locutor asoma por el marco de entrada—que igual te gustaría cenar con nosotros. Hay una hamburguesería cercana que tiene dos estrellas Michelín. Dicen que la salsa barbacoa es la mejor de todo Madrid.
—Yo… —Estela está tan emocionada que no es capaz de hablar. Lo mira y me mira estupefacta.
—Creo que deberías ir. Son las mejores hamburguesas de todo Madrid —digo mientras le acerco la mochila—. Y esa salsa no tiene desperdicio.
La chica se tapa los labios nerviosa antes de abrazarme. Alba la espera junto a su padre. Ambas están tan felices que si los sentimientos se midieran por peso el suelo se desmoronaría. Alba estira la mano y Estela la acepta antes de perderse juntas en el pasillo. El señor Ponce de León se queda unos segundos.
—Gracias.
—Ellas se lo merecen. Usted se lo merece. Es un gran padre.
El hombre se fue. Laura y Karina se abrazaron a Anthony que lloraba como niño pequeño y Blake me arrastra hacia su pecho hablándome por encima de la cabeza.
—Tú eres todo lo que quiero. No voy a perderte. Por nada.
Es curioso como los sentimientos nos hacen decir cosas sin sentido. Blake se encuentra en uno de esos momentos. ¿Por qué yo querría dejarle?

Blake

—Bravo. Y mil veces bravo.
El calor que antes me acompañó se congela. El sudor de una presa ante la víbora hambrienta se adueña de mis escondidos temores.
—¿Qué haces aquí?
—También me alegro de verte.
¿Qué hace Raúl aquí?
—Llegué esta mañana de Barcelona y como era de esperar no pude contenerme. Tenía que escuchar el mejor programa de radio.
Los mofletes de mi chica se colorean de vergüenza. Los míos se encienden de rabia. La felicidad de momentos anteriores se esfuma ante la realidad que golpea mi frente.
Raúl, aquí, frente a mí, es el constante recordatorio de unas cadenas, que aún queriendo romper, no puedo. Ella no aceptaría la verdad. Debo esperar a que mis acciones sean un acto imposible de romper.
Pensar en engañarla me asquea. Me hace sentir un ser despreciable que camina en un mar mezclado con cientos de kilos de maicena. Nunca se sabe cuando la superficie blanquecina pueda quebrarse hundiéndose con mi vida dentro.
—¿Te ha gustado?
—¿Por qué crees que estoy aquí? Y con la hija de Ponce de León nada menos. ¡Ha sido fantástico!
Las palabras del idiota le originan esa sonrisa por la que todas mis mentiras cobran su objetivo inquebrantable. No puedo vivir sin ti. Mis padres se llevaron mi feliz infancia, mi tío se encargó de corromper mis ilusiones. Tú eres lo único que quiero. Lucharé contra muros de piedra para no perderte.
—¿Cómo lo supiste? No se lo dije a nadie. Aying no digas que mencioné quién era su padre.
—Lo sé yo y todo Twitter. El viejo cascarrabias posteó sobre la maravillosa Sofía Reyes y su inmenso trabajo. Ha invitado a sus millones de seguidores a que escuchen a la nueva voz de Madrid.
—¿Lo dices en serio?
—Tienes que cenar conmigo. Mejor dicho, debes cenar conmigo.
La espalda se me tensiona. Si estuviéramos solos su cara no tendría ganas de continuar sonriendo. Clavo mi vista asesina en su frente, pero el muy desgraciado la ignora.
—Estoy algo cansada —tu mirada me busca suplicando que te libere.
—Puede que la próxima semana. Hoy ha sido un día demasiado agotador y necesita descansar.
El capullo sonríe. Sabe que en su puño se encuentran mis huevos.
—Tú puedes irte a descansar. La futura voz de Madrid y yo tenemos mucho que hablar. Me gustaría poder cerrar nuestro trato antes que nadie. Dulzura, me lo debes.
—No quiero parecer mal educada, pero como dice Blake, ha sido una semana terrible, sin embargo, en la esquina ponen unas patatas bravas fantásticas, Blake y yo íbamos hacia allí. Si te apetece estaríamos encantados de invitarte.
Me siento el doble de ancho que hace unos segundos. Te acercas demostrándole al imbécil que soy tu escogido. Me arrodillo a los pies de tu magnificencia. Acepto tu cercanía y amplío mi poderío aferrándote por la cintura. Ella es mi chica. ¡Jódete, capullo!
—Puede que acepte.

Te diriges a la sala de grabación para recoger tus cosas.
—Qué pretendes —. Le murmuro con los dientes que crujen de tanto apretarlos para que ella no nos escuche.
—¿Te pasa algo en la voz? Conozco unas infusiones de menta y miel fantásticas.
—Qué cojones buscas.
—¿Yo? ¿Hablas así por que ella no sabe que nos conocemos? No te preocupes, si quieres le contamos que tú y Simon la han estado utilizando y punto. Tema solucionado.
—¿Cuál es tu precio?
La víbora se mueve y los puños se me acalambran entre cientos de puñetazos retenidos.
—Para vosotros los niños ricos todo tiene un precio. La herencia de papá, la agencia de mi tío, el deportivo en la puerta. Creéis que *San Talonario* lo resuelve todo. No todos somos tan mierda.
—No tienes ni idea de lo que soy capaz de hacer.
—Por sus obras los conoceréis. Versículo de alguna página de la biblia que ahora no recuerdo bien.
—Eres un capullo desgraciado.
—Y tú un estúpido farsante.
—Estoy lista.
Te acercas y atraganto mi acalorada respuesta. Podría escupirle cientos de insultos y sentir que aún no he conseguido vaciarme, sin embargo, mi parte más consciente se revuelve y se calla. El capullo es un trepador que disfruta con esperar a que caiga. No lo culpo. Algo de lo que ha dicho me ha dado de pleno. Soy un mentiroso al que se le acaba el camino.

El resplandor de las estrellas primaverales se introduce en una habitación cargada con el aroma a almizcle, pasión y locura. Te observo aceptando que eres todo lo que necesitaba. La larga melena caoba baña tu espalda blanquecina. Tu cuerpo bonito delinea la preciosidad del alma que lo completa. Las manos se abrazan delante de tu rostro como virgen perdonando a los idiotas. Me inclino ante ti como uno de tus fieles, y el primero de los mayores en tu lista de idiotas.
Camino hacia la ventana observando el exterior. El frescor me eriza el cuerpo desnudo. Cierro los ojos. Los pensamientos me atascan el cerebro. La cabeza martillea remordimientos que contengo para que no escapen. Duermes sin saber que el lobo mentiroso te acecha en la distancia corta de tu confianza. La sonrisa amargada me alcanza y me repugna. ¿Qué pasará con nosotros?
No alcanzamos a traspasar la puerta cuando enloquecido te arrastré hacia mi cama. Necesitaba enterrarme en tu cuerpo. Adueñarme de todos los rincones incluso los recovecos más pequeños. Temo que un día me exijas que te los devuelva y me apartes como un recuerdo poco importante.
La frente se me contrae ante cientos de dudas con una única respuesta. Verdad.
Puede que si hubiera actuado de otra manera no me encontrara con la soga apretándome el cuello. Es divertido, pero con la lluvia pasada nunca nadie se moja.
Descansas arropada en las sábanas del amor. Yo lo sufro en un silencio tormentoso. Del reloj de arena solo cae aire. Nuestro momento ha llegado, aunque no tengo valor de aceptarlo.
Me acerco lentamente a tu cama. Rainbow me vigila desde la estantería.
—Hola amigo. Yo también te he echado de menos.
Su boca de relleno no contesta. Mejor así. No deseo escuchar como él también me llama idiota.
Duermes tan tranquila que necesito absorber parte de tu paz. Estar a tu lado es vivir la vida. Pero no como respirar ni caminar o comer. Tenerte es ver tras el cielo oscuro de la noche el sol que se esconde. Contigo todo es fácil. Eres la mano que no puedo soltar.
Acaricio tu cabello capturando en la yema de mis dedos su sedosidad. Pensar en perderte quiebra mi consistencia mental.

—Si al menos pudieras recordarme. Mi Love…
Abandonaste tu memoria en el pasado sin saber que con ellas dejabas algo que te pertenecía. A mí.
—Mmm.
Abres los ojos. Me observas somnolienta y la sonrisa te ilumina el rostro. Adoro cuando brillan por mí. Te desperezas estirando tus brazos sensuales. El cuerpo desnudo asoma entre las sábanas. El mío se retuerce ante el deseo de volver a tenerte.
—¿Tú nunca descansas?
—Me gusta verte dormir.
—Fea, lagañosa ¿y despeinada?
—Preciosamente mía.
Soy incapaz de alejar mis manos de tus cabellos. Son las cuerdas de mi melodía armónica. Me sonríes. Te sonrió. Tú me enseñaste a hacerlo. Antes de ti los intentos no alcanzaban el aprobado.
—Este tiempo juntos —te incorporas sobre el respaldo. Los rosados pechos se me muestran con una naturalidad que me calienta la sangre.
—Love… —encierro su redondez con el total de mi mano. El tamaño es perfecto.
—No, espera, puede que en otro momento no cuente con valor suficiente para hablar —te sientas ante mí con la naturalidad de una mujer frente a su pareja. Acaricio tu hombro incapaz de dejar de sentir el calor salvador de tu piel.
—Blake.
—Estoy escuchando.
Suavemente sujetas mis dedos y los encierra con los tuyos para apoyarlos en tu pecho. Me obligas a poner toda mi fuerza de voluntad para no aferrarme a tu cuerpo y olvidarnos de palabrerías.
—Llevo mucho tiempo queriendo sincerarme. Verás, desde pequeña me sentí muy sola. Siempre sufrí por lo que otras niñas tenían y yo no. Cuando en las filas ellas señalaban a sus madres yo agachaba la cabeza. Me rebelé y lloré el abandono hasta hacerlo parte de mí. Una espina de la que me sentía culpable —te escucho sin comprender—. Después, cuando adolescente, me apunté a cursos y asistí a terapia. Lo hice todo por sacar ese dolor que llevaba justo aquí dentro —presionas nuestras manos en tu pecho—. Sabes, no lo dicen en alto, pero aprendí a escuchar las miradas limosneras de la gente.
—Sofía —. Quiero que se calle. No quiero escuchar. Su dedo presiona mis labios para continuar.
—Es la verdad. No me avergüenza reconocerlo. Escondí el abandono de mi madre bajo cientos de mantas pesadas para que nadie me descubriese. Viví con ello. Incluso, creé un programa de radio pensando que lo hacía por otras iguales a mi. Era mentira. Todo lo hice por mí. Cada palabra que les daba a ellas era una lección no practicada por mis actos. Creo que eso me llevó a ser una chica trampolín. Por momentos me lanzaba al aire y en algunos otros me arrinconaba en una caída estrepitosa. Pero todo eso comenzó a cambiar al conocerte. A tu lado tengo las fuerzas para reconocer mi verdad. En el programa con Alba conté mi historia sin vergüenzas. Y todo te lo debo a ti. Contigo es diferente a mi abuela o mis amigos. No me debes nada. Entre nosotros no existen obligaciones. Me entregas tu cariño porque te gusto. Solo porque quieres ser parte de mi mundo. No me buscaste, el destino nos cruzó.
—Sofía…
—Te quiero por eso —apresuras las palabras lastimando mis fibras culpables—. Me has dado valor para sentirme fuerte. Somos dos locos que se enamoraron. Te parecerá una tontería, pero para alguien como yo sentirse elegida es como si el sentimiento de abandono se borrase todos los

días un poquito más.
Los miedos a perderte se concretan en una asquerosa realidad.
—¿Y si ya nos conociéramos? —La voz me tiembla— ¿Y si tuviésemos una historia anterior?
Qué importa lo que fuimos frente a lo que hoy somos.
Presiono mis manos frías sobre las tuyas.
—Importa todo. Soy tu elección, no tu obligación o tu pena —. Te acercas y me besas.
Tus manos me acarician el rostro. Mis labios se transforman en exigencia dura. La desesperación de creer que puedo perderte despierta mis deseos más profundos. Quiero hacerte mía hasta borrar todo lo que te han hecho. Mi lengua se introduce en ti como espada afilada. No soy gentil. Sostengo tu cabeza para que no te muevas. Debes ser mía hasta el último rincón de tus dudas. Tienes que aceptar que nos queremos y que soy tuyo. Tú siempre has sido mi elegida. Aún cuando no sabía si todavía existías.
—Love.
Repito locamente tu nombre mientras arrastro tu cuerpo hacia el colchón. Tus uñas se clavan en mi espalda desnuda a la vez que beso salvajemente tu cuello. No puedo contenerme. La necesidad por ti me devora el raciocinio.
—Te necesito —las palabras suplican a través de mi boca exigente.
Mi cuerpo se posiciona sobre el tuyo. Pesado, agitado. El calor me quema. Mi control se encuentra quebrado.
Presiono mi dureza sobre tu entrepierna. Estoy mareado de necesidad. El torso me sube y baja con la respiración ahogándome los pulmones. La tela de mi calzoncillo es lo único que nos separa. No me importa. Sigo presionando. Lo hago por nosotros.
—No puedo contenerme —digo con la poca coherencia que conservo. Me tenso frente a ti para mirarte. Tus ojitos son miel espesa —. No quiero lastimarte.
—No me lastimas.
Tu mano se escurre hacia mi cintura. Comienzas a bajar la prenda ayudándote con las piernas. Es la aceptación que necesitaba. Sabes que te necesito y me aceptas a pesar de mi locura. Te amo aún más por eso.
Nuestros cuerpos desnudos se enfrentan. Tus piernas se cruzan tras mi espalda. Te entregas con todas las consecuencias. Me lanzo hacia tu interior necesitado de ti. Soy un sediento en el desierto. Me entierro en profundidad hasta que nuestros cuerpos golpean haciéndose uno. Oculto la cabeza dentro de nuestro aroma amándonos. Tú humedad me aprisiona y me rodea.
—Siempre has sido mía. Siempre…
Las palabras contestan mis pensamientos aturdidos. No son para ti. Nacen por mí.
Me alejo y me impulso con ritmo acelerado. Tus gemidos de mujer deseada aturden mis pensamientos.
—Te quiero. Nunca lo dudes
—Y yo te quiero a ti.
Nos confesamos el uno al otro hasta que las convulsiones de tu cuerpo arrastran los deseos incontrolados del mío. Me hundo en ti con las manos clavadas a los lados. El corazón agitado busca tu aire.
Me posiciono a tu lado y te arrastro para que descanses sobre mi pecho. Beso tu nariz y acaricio tus senos.
—Esto no se ha acabado.
Sonriente te subes encima de mí. Me llevas inocentemente hacia tu interior sin comprender el verdadero significado de mis palabras. No voy a permitir que se acabe. Eres mía hoy, y lo

seguirás siendo mañana.

Colores

—¡Eres el peor!
Mis carcajadas histéricas no causan ningún efecto. Blake continúa empujándome hacia el colchón.
—Anoche no pensabas lo mismo. Ni esta mañana, ni hace media hora, ni…
—Por favor, es el cumpleaños de tu hermana y cuenta con nosotros.
Mencionar a Mariam lo hace dudar los segundos suficientes para liberarme. Desde que despertamos no he conseguido distanciarme de su cama más de tres pasos. Podría decir que es por su culpa, que es un irresponsable que no piensa en los compromisos, pero sería una flagrante mentira. Recostado en la cama con los brazos cruzados tras la nuca me pone demasiado difícil querer alejarme de su lado. El cuerpo desnudo es un bocado apetitoso capaz de atragantar a cualquier chica. Y yo siempre he sido de bu
¡Blake y yo somos una pareja! A más días pasan menos me lo creo. ¡Me ha elegido a mí! Puede que mi madre no me viera valor suficiente como para quedarse a mi lado, pero él sí. ¡El sí! Frente a todas las personas que pasaron a mi lado y se marcharon, él se quedó. Está conmigo. Dice que me quiere por lo que soy. Y yo le creo.
—¿Pasa algo?
—Eres un insaciable.
Miento. Y no por temor a confesar mis sentimientos sino porque mi madre y su abandono ya no merecen un sitio en mis pensamientos. Ya no.
—Y lo dice la chica que acaba de quitarme los pantalones para comerme…
—¡Blake!
—Vamos, el último y prometo dejarte libre.
Los brazos se estiran intentando sujetarme y me alejo tan ofendida como divertida. Soy feliz. Mis ojos gritan los buenos días alborotados de ganas de vivir. ¡Lo he conseguido! ¡Soy una libreta Mr Wonderfull!
—No veo cual es la gracia de dejarme en este estado.
Blake se pone en pie mostrándome sin pudor su cuerpo endurecido.
—¡Se hace tarde!
Mi chillido se mezcla con una carcajada que lo hace perder seriedad. Corro al baño, pero Blake me alcanza debilitando mi decisión. Mi última protesta de llegar tarde se ahoga entre besos ardientes bajo la tibia ducha.

La terraza de Anthony es el mejor sitio para organizar una fiesta. Me basta con ver la decoración para aceptar la derrota de mi pequeño piso. Globos de colores, sillones de respaldos anchos y mesas con los mejores aperitivos de Elvira, se mezclan con el aroma a antorchas encendidas. Este lugar es un festín para unas jovencitas con ganas de pasárselo bien.
—¿Qué tal ha quedado? —Anthony se pone a mi lado observando el ardor de las velas.
—Quieres que reconozca que de tan bonita se parece a una terraza frente al mar en Ibiza, pero no lo pienso hacer.
—Y por eso te quiero. Orgullosa hasta el final.
—¡Habéis puesto globos y antorchas! Jamás he tenido un cumpleaños así —. Mariam se nos acerca saltando. Blake la acompaña intentando contenerla.
Está tan emocionada que se lanza a mis brazos. Como puedo elevo la cabeza por encima de los codos. Y no porque sea bajita sino porque por comodidad no llevo tacones.

—¡Suéltala! Vas a conseguir ahogarla.
Blake estira la mano y me rescata.
—Esta fiesta necesita un poco de música.
—¡Sí!
Mariam acompaña a Anthony junto a la mesa de deejay. Los cascos anchos en las orejas del genio de musical y las melodías reviviendo muertos se elevan dándole vida a la noche. Las invitas comienzan a animarse y las voces cantando comienzan a escucharse tan alto como la misma música. Anthony eleva el brazo y las jovencitas saltan dándolo todo. En un lateral Laura y Karina cantan a la par que apoyan en las mesas bandejas cargadas de tentempiés.
El atardecer comienza a apagarse dando paso a la ardiente noche. El fulgor de las antorchas en las esquinas enciende de pasión el ambiente. En estos momentos Barcelona envidiaría nuestro estilo de fiesta madrileña.
Contemplando la felicidad en los rostros las tres amigas nos quedamos atontadas, hecho que no pasó desapercibido para Anthony, que delante de su micro, nos señala antes de poner un tema de lo más marchoso. Con los dedos apuntándonos, y la música a todo volumen, aceptamos el desafío. Damos tantos brincos que las melenas se nos cruzan y se enredan las unas con las otras. Cuando las carcajadas comenzaron a dañarnos el estómago, la voz grave de Anthony volvió a elevarse desde el micro llamando a Mariam. Las invitadas abrieron un pasillo y la cumpleañera se nos unió moviendo los flecos de su vestido de un lado a otro. En pocos minutos quedamos las cuatro cantando a voz en grito mientras saltábamos dando tumbos. A lo lejos Blake eleva su vaso hacia mí. Le tiro un beso en el momento justo en que su hermana me sujeta por el cuello y comencemos a volar por los aires.

Blake

—Y yo preocupado por ti —. La voz de Paul me hace girar desorientado. Sin creérmelo, pasan unos segundos antes de que lo abrace para golpearle la espalda.
—Por favor, contente, no quiero que montes una escena de besos con lengua.
—Me alegro de verte —. La sonrisa de la sorpresa se me borra al instante que comienzo a pensar en los motivos de su visita—. ¿Qué ha pasado? No te hacía en Madrid hasta la próxima semana.
—Simon. Ya le conoces. Debes firmar cuanto antes la transferencia de acciones o Baltimore no aguantará sus presiones.
Paul se refiere a mi empresa de drones en la que él es mi mano derecha.
—¿Qué ha hecho?
—Intenta extorsionar a los fabricantes de Dallas. Ha dicho que somos insolventes para cumplir nuestros compromisos.
—Eso es una tontería —bebo un trago más calmado—. Jamás les hemos fallado con ningún pago.
—No, pero ante los rumores que tu tío ha extendido han decidido retener más de la mitad de la compra. Buscan nuevas garantías.
—Eso nos retrasaría demasiado con los pedidos.
—Especialmente con Fastur y Asociados. Nuestro mejor cliente.
—¿Qué podemos hacer?
El mercado de drones es muy nuevo, apenas estamos consiguiendo hacernos con un nombre, si nuestra confianza cae lo perderemos todo.
—He conseguido convencerles de que ninguno de los rumores es cierto
—Bien.
—Y…
—¿Y?
—Les he dicho que eres uno de los socios principales de la agencia.
—¿Que has hecho qué?
—Tenía que generar confianza. Pero exigen que el jueves estés allí con los estatutos modificados. Quieren verte en persona. Llevan tiempo sin reunirse contigo y temen que no cumplas.
—¡Joder! ¡Ya les entregué los avales suficientes!
—Quieren más.
—Quería mantener la agencia lejos de mis proyectos.
—Y sigue fuera. Solo buscan los contratos. Necesitan saber que posees los recursos suficientes como para pagarles y cumplir con una empresa tan importante como Fastur y Asociados. No tenemos mucho tiempo. Si firmas esta misma noche el lunes a primera hora Dana debería tenerlo todo resuelto.
—Ha conseguido que el consejo la apruebe. Es la última prueba que me quedaba. Ella será accionista. Solo falta que firme.
—Es perfecto. Con su aceptación Simon queda fuera. ¡Lo has conseguido hermano! Eso significa que podremos entregar los documentos y calmar a la gente de Dallas. Todo de un mismo tiro.
Todo de un mismo tiro. El que tengo ganas de tirarme a la cabeza. Apresurarse para que firme y así salvarme era lo último que hubiese pensado que sucedería.

—¿Paul? ¿Paul? ¡Paul!
La voz de Mariam se acerca tan veloz como sus pasos.
—Feliz cumpleaños renacuajo.
—¡Te has acordado!
El pobre Paul no terminó de hablar cuando mi hermana lo sujetó por el cuello para quedarse aferrada como koala.
—Hola, soy Sofía.
—Sofí, él es Paul. Paul el mejor amigo de Blake. Estos dos son el terror de Baltimore.
—Hola, me llamo Paul, y no soy ningún terror.
Sofía sacude la cabeza con una sonrisa demasiado amplia. Pienso ahorcar a mi hermana.
—Paul, ¿Sabías que Sofía y Blake son novios? Están súper enamorados —. No debí permitirle beber—. ¿Estás de visita? No me dijeron que vendrías —. Su mirada se encuentra enrojecida por el vodka.
—Paul ha venido por unos temas laborales que tenemos que resolver.
—Uno que si pudieras solucionar ahora mismo podríamos enviar a Dana. Ella espera impaciente.
—Esa mujer siempre está impaciente por mi hermano.
—¡Mariam!
—¡Qué! A Sofi no le molesta. Dana no es rival—dice acercando el cuerpo a mi chica —. Es de las de pasar el rato. Ha venido varias veces a casa, pero nunca se queda a dormir.
Las amigas de Mariam se la llevaron mientras gritaba a Paul algo que no me importa. Estoy demasiado concentrado en intentar que Sofía no me esquive la mirada.
—¿Ha bebido? —Paul no sale de su asombro.
—Sofía... —Pienso ahorcar a mi hermana.
—Tengo que ir a por bebidas. Hay pocas. Paul, me alegra mucho que estés en Madrid.
La obligo a girarse para tenerla de frente. Sigue sin mirarme.
—Dana es mi abogada.
—Entre tantas cosas. Sí.
—Creo que tengo sed —Paul se aleja.
—Ella no significa nada. Ya hemos hablado de esto antes.
—¿Cómo de Nicole?
—¿Quién demonios es Nicole?
—La modelo que se pasea por la segunda planta diciendo lo bueno que eres en… ya sabes.
Prefiero no aclarar, principalmente porque no tengo ni idea de la mujer que habla. Seguramente me acosté con ella el año pasado. O el anterior. ¡No lo sé porque no la recuerdo! Ni a ella ni a ninguna. El sexo para mi fue una distracción, algo sin importancia y sin remordimientos. Ella no lo comprendería. ¡Pero cómo espera que me acuerde de todas las mujeres que me tiré! La sostengo del codo para que no se vaya.
—¿Yo también soy como ellas?
Suelto su brazo. La furia me ciega.
—¿Que si tu qué? ¡Cómo puedes! ¿No te he demostrado de lo que soy capaz por ti?
—¡Pregunté si había alguien y dijiste que no!
—¡Y no la hay!
—Cierto. Tú sólo te revuelvas en sus camas. ¿Dime? ¿Saldrán muchas más? ¿Cuatro, cinco, cincuenta?
—Sofía…
Presiono mi frente para contener la rabia.

—¡Dime! ¡Veinte! ¡Diez! ¡Treinta!
—¡Muchísimas! ¡Tantas que no puedo contar! Y tú lo sabías. Tu amiguito se encargó de advertirte. ¿Lo recuerdas?
—No metas a Anthony en todo esto.
—No, por supuesto. Él es maravilloso.
—¡Vete a la mierda!
No llega a dar dos pasos cuando la sujeto por la cintura para empujarla sobre mi pecho. Estoy furioso y dolorosamente agitado. No va a dejarme. Presiono su cuerpo contra el mío mientras la obligo a mirarme. Se mueve descontrolada. Intenta alejarse. La aprisiono con los brazos y busco su boca. La beso con furia. No controlo mis nervios. Ella se niega intentando rechazarme. Sujeto su cuello para hacerme con el control.
—No.
Sus palabras me niegan, pero su cuerpo deja de luchar.
—Estás actuando de forma infantil.
—¿Ahora soy idiota?
—¡Por qué tienes que hacerlo todo tan difícil! Era soltero y me tiraba a todas. Sí. ¡Y qué!
A estas alturas desearía salir de aquí con ella a cuestas y llevarla a un sitio donde las aclaraciones no fueran necesarias. Necesito abrazarla hasta que su calor derrita el escalofriante miedo a perderla.
—Lo siento. No quise decir eso.
—Será mejor que vaya por bebidas.
—A la mierda con las bebidas.
—Es el cumpleaños de tu hermana y no merece que nosotros le estropeemos la noche.
—¿Y yo sí lo merezco?
—¡Ella no se tiraba a todas!
Se retuerce y se zafa. La dejo ir. Temo decir otra estupidez que embarre aún más la situación.
—Entonces es verdad —Paul se acerca ofreciéndome una cerveza —. ¿Vas en serio?
—¡Por qué no me creen! ¡Joder!
—Joder significa ¿beatuful?
—Imbécil —La madre de Paul es mexicana. Habla español mejor que yo. Bebo varios sorbos seguidos con la vista fija en la distancia. Siendo más explícito en su espalda. Apuro aún más el botellín.
—Te has enamorado.
—Ella es lo único que me importa.
—Está celosa, se le pasará. No has sido ningún santo. Será mejor que la prepares aquí y no lo compruebe ella misma en Baltimore.
—No pienso engañarla.
—No lo digo por eso. Puede que tus amiguitas no estén felices de verte pillado y deseen molestarla.
—Eso no lo había pensado —. Termino la cerveza de un solo trago.
—¿Ese quién es? —Paul señala con la cabeza al moreno alto con todas las chicas a su alrededor y junto a Mariam.
—Su mejor y perfecto amigo. Anthony.
—El cabrón las tiene locas.
Las chicas bailan delante la mesa de mezcla como ganado en exposición de remate. Él sonríe a todas, pero su mano firme se apoya en la espalda de mi chica. Siempre tan buen amigo y siempre

tan dispuesto a consolarla.
Una chica pasa con dos cervezas enteras. Le quito una. Me mira enfadada. Yo la miro peor.
—Se le pasará. Todo esto de estar contigo y además ser accionista, la forma en que tu madre conoció a la suya, seguro han sido demasiadas emociones juntas. Dale tiempo.
—Aún no se lo he contado.
—¡Qué!
—Lo haré mañana por la mañana. Quería prepararla. No puedo cometer errores. Nuevos errores. Maldita sea… ella no confía en nadie.
—Y por eso decidiste engañarla.
—Todo fue demasiado rápido. Necesitaba comprobar que verdaderamente era ella. En el pasado perseguí demasiadas pistas falsas. Me di un tiempo para investigarla y cuando supe cómo era... Quise que me conociera. El saberlo lo hubiera cambiado todo entre nosotros.
—¿Estás diciendo que como te enamoraste de ella decidiste mentirle?
—Algo parecido.
—Será mejor que lo soluciones rápido o los dos terminaremos golpeando las puertas de la oficina de desempleo.
Apuro el final de la cerveza.
—El que nos faltaba.
Paul termina su bebida de un único trago. Me giro para ver a quién se refiere.
¡Joder!

Hermanos

—Mariam, ¿lo conoces? Él y Blake parecen estar discutiendo —. ¿Lo conoces? —Repito algo molesta ante su mutismo.
Niego con la cabeza y me giro para ir junto a ellos.
—¡No vayas!
—¿Lo conoces?
—Es Simon. Mi tío.
—Líos de familia. Entiendo.
Reniego antes de acercarme. Aún estoy enfadada con Blake, pero no tanto como para no salir en su ayuda.
—¡No! Quédate conmigo. Simon es una mala persona.
—Y por eso mismo no pienso dejarlo solo. Tranquila. Sé lidiar con gente egoísta.
Camino intentando deshacerme de los garfios de Mariam que se incrustan en mi pobre brazo.

—¡Déjala en paz! Húndeme a mí si quieres. Soy el culpable de todo. Olvídate de ella.
—¿Estás de su lado? Lo sabía —. Las densas cejas se encarnan hacia mí—. Es una... —abro los ojos ante el temido insulto que sobrevuela sobre mi cabeza.
—No se te ocurra —Paul sostiene el hombro de Blake para retenerle.
No soy de peleas irracionales, sin embargo, he de reconocer que comienza a nacer en mí un deseo irrefrenable de cruzarle la cara. ¿A qué viene semejante ataque injustificado?
—¡Esa empresa me pertenece!
—¡Déjala en paz!
Blake presiona la mandíbula con tanta fuerza que la sangre se le amontona en las venas del cuello.
—Desconozco el motivo de la discusión, pero sinceramente creo que deberían dejarlo para otro momento. Estamos en el cumpleaños de Mariam.
El hombre estiró el cuello hacia atrás mirándome como a una extraterrestre de cabellos punkies.
—¿No sabes el motivo? —El hombre de cuerpo alto y postura pétrea se echó hacia atrás antes de carcajearse con todo el poder de sus riñones —. ¿No te lo dijo? Eres bueno chico. Muy bueno. Y yo que creía que estabas contra mí.
El hombre mira a Blake con admiración villana.
—¿Decirme qué? ¿Qué está pasando? —Mi última pregunta se solapa con la llegada de un nuevo participante —¿Raúl? ¿Qué haces aquí? ¿Estabas invitado?
Sin contestarme se acerca al tío de Blake posicionándose a su lado. En estos momentos somos dos bandas latinas antes del combate. Estamos los de este lado y los del otro lado. Todos a punto de atacar. Mi indecisión se encuentra en no saber: ¡Por qué estamos discutiendo! ¡Y qué hace Raúl el inversor aquí!
—Me pidieron que te vigilara —. El cuello de su camisa almidonada apenas se mueve.
—¿Cómo?
—Necesitaba saber que él no se desviaba de los planes de mi jefe —dice enfrentando a Blake —. Hacía mi trabajo.
—¡Cabrón hijo de puta! —Blake grita y su amigo le sostiene por ambos brazos.
—¡¿Vas a negarlo?!
Me sostengo la frente intentando calmar la presión en mi cabeza. No entiendo nada. Blake y él discuten. Paul intenta que no se golpeen. Mariam lucha por arrastrarme lejos.

—Blake, ¿qué está pasando? ¿Tú conocías a Raúl? ¿De qué trabajo habla?
—Llevo tres años trabajando para la Agencia. Nos conocemos perfectamente bien.
—No lo entiendo. Tú querías patrocinarnos.
—Puedes quedarte con la calderilla —Simon mueve las manos al aire—. Además de los cien mil que te daré por dejarnos en paz. Es una buena cifra. Una chica como tú no ganará nunca algo igual.
—Yo no entiendo… ¿Quiere darme dinero? ¿Por qué? —Sus palabras estrellan contra el suelo duro—. ¿El patrocinio era mentira? ¿tú lo sabías?
Miro a Blake que no contesta porque se encuentra demasiado ocupado chillando a Raúl y su tío cosas que no comprendo.
Los ojos aturdidos viajan de uno a otro. Soy una red de pesca en una tarde revuelta. A pesar de escucharlos soy incapaz de comprender los ataques.
—Ella no merece esto. ¡Mi madre jamás lo hubiera permitido!
—¿Me pides compasión? ¡Soy yo el que te ha criado! ¿Así me traicionas?
—Yo jamás quise nada material de Blake. Si para demostrarlo debo renunciar a la Agencia lo haré encantada. Esta discusión no tiene sentido.
El hombre a pesar de haberme escuchado ignora mis palabras. Sus dedos acusatorios continúan enfundados hacia la frente de su sobrino.
—No le debes nada. Su madre se llevó una buena paga. Ya no es nuestro problema. Que la busque si quiere.
El hombre intenta convencer a Blake como si yo no existiese. Soy una gota perdida de lluvia primaveral desganada. No valgo para nada.
—¿Recompensa? ¿Madre? ¿De qué están hablando? ¡De qué!
—¡Tú madre te vendió! ¡No somos responsables!
El pecho se me contrae frente a los miles de puñetazos que me ocasionan sus palabras. Me falta el aire. La voz de Anthony chilla grave por encima de las demás. El aire pesado se me escapa negando el paso al fresco. Miro a Mariam que oculta el rostro dentro del pecho de Paul. Blake se me acerca. Mi cuerpo lo rechaza dando pasos hacia atrás.
—¿Qué es todo esto?
—Sofía…
—¿Qué?
Trastabillo y Anthony me sujeta por los hombros. Retrocedo. No soy una niña débil. Abandonada sí, débil no.
—¡Qué!
—El tonto de mi sobrino piensa que por unas gotas de sangre te debe la vida. Ya hemos pagado suficiente por ti. Hemos dado más de lo que vales.
—¡Eres un desgraciado!
Blake comienza a insultar de forma encadenada al sentirse sujeto por Paul y la mitad de las invitadas. El corazón se me paraliza. El llanto oprimido de Mariam se intensifica.
—Eso no es posible. Yo no tengo dinero ni madre. Mi abuela me crio con su pensión...
—Chica estúpida, por supuesto que tienes madre. Ella nos vendió tu sangre. Tu madre te usó y te abandonó.
Mis pulmones están secos. La cabeza me gira atolondrada. Las piernas se aflojan. Intento sostenerme. El jardín no posee paredes. No las veo. El cielo nocturno apaga las estrellas. El hombre continúa gritando. Raúl me pide disculpas y Blake intenta acercarse. Anthony lo detiene con las palmas en alto como un oso a su enemigo. El suelo comienza a girar. Las voces se

transforman en monstruos de dos cabezas que intentan absorberme. Tengo frío. Los brazos de Anthony me sujetan por la cintura. Mis manos presionan los oídos. No quiero escuchar. Quiero que se detengan. El suelo desaparece. Las serpientes salen a la superficie.
—Haz que paren…
Quiero desaparecer y que el mundo me olvide.
—¡Sofía!

No me despiertes

—Dónde…
—Estamos en tu casa.
La voz suave de Laura se encuentra a mi lado. Abro los ojos lentamente. El cielo continúa girando. Mi cabeza es un conjunto de cristales rotos que pinchan por las esquinas.
—Tranquila, no te muevas.
Karina me ayuda a sentarme contra el respaldo de mi cama.
—¿Qué pasó?
—Te desmayaste.
Laura me acerca un vaso de agua. Lo rechazo. Tengo el estómago en programa centrifugado.
—La fiesta…
La claridad se me presenta junto a ráfagas de gritos e insultos.
—Mariam se fue con Paul y las invitadas desaparecieron tras ella. Te llevamos dentro. Suplicabas volver a tu casa.
—¿Hice eso? —Rasco mi frente escarbando en mis recuerdos.
—¿No te acuerdas? —Karina está preocupada.
—No.
Laura me acerca la mano a la frente.
—Estoy bien.
Las voces de fuera se intensifican y rebotan contra las paredes del salón.
—Blake no se mueve de la puerta y Anthony no le permite entrar. Llevan discutiendo algo más de una hora.
—Su tío estaba en la fiesta —ráfagas de memoria atraviesan por mi mente—. ¿No fue un sueño?
—No.
Cada pequeña cuota de recuerdo arrastra hacia mis párpados inmensos lagrimones silenciosos. Palabras inconexas me aturden buscando explicación.
—Le diremos que se vaya y regrese en otro momento. Anthony seguro se siente feliz de echarlo a patadas. Sofi, cariño, no llores.
Los ojos se empañan tras la pena de mi corazón roto.
—Me mintió. ¿Él me mintió? Nada de lo que dijo era real.
—Eso no lo sabemos —Laura corre hacia el escritorio y roba un paquete de pañuelo de su bolso y me lo entrega —. Solo hemos escuchado gritos de cosas sin sentido.
—¿Os ha dicho algo?
—Dice que no hablará con nadie que no seas tú —Karina peina mis cabellos con la mano—. Ya tendrás tiempo cuando te encuentres mejor. Necesitas descansar. Le diremos que se vaya.
—Mi memoria es una canción en sueco. No entiendo nada.
Me pongo en pie. Desequilibro el primer paso. En el segundo empecé a mejorar. La cabeza continúa siendo un ente aparte de mi cuerpo.
—¡Es la última vez que lo pido por las buenas! ¡Tengo que verla!
—¡Cuándo quieras comenzamos!
Al otro lado los gritos derrumban los muebles. Blake y Anthony se suceden en una cadena de insultos continuados.
—Pasarme los pantalones. Tengo que vestirme.
Las chicas me ayudan a adecentarme. Apenas soy capaz de sostener el peso de mi ropa. La

gravedad me hunde hacia el suelo frío.
—Dejarme con Blake. A solas.
—Ni hablar.
—Por favor, necesito verlo —sostengo mi frente para que no se me escape.
—De eso nada.
Me acerco y me enfrento directo a la sensibilidad protectora de Laura con las escasas fuerzas que conservo.
—Las quiero —digo ampliando mi visión hacia Karina—, pero necesito saber que significa toda esta mierda.
Ambas me miran una y otra vez.
—Está bien. Le diremos que puede pasar.
—Chicas, un último favor —ambas se giran desde la puerta de mi habitación —. Llevaros a Anthony fuera de casa.
—De eso nada. Nos quedaremos en la cocina.
—Estaré bien —digo presionando la frente que se me parte como melón maduro—. Os llamaré en cuanto pueda. Lo juro. Por favor, llevaros a Anthony. No tengo fuerzas.
Las dos consienten no sin antes retroceder para darme dos besos y un inmenso abrazo.
—Si necesitas algo, lo que sea, tú, grita. Estaremos en el café de enfrente. No nos moveremos de allí.
—Gracias.
Al otro el refunfuño de Anthony se convierte en insoportable. Nunca llevó bien eso de recibir órdenes. Un portazo y el abominable silencio se apoderó de mi casa.
—¿Cómo te encuentras?
No tengo valor para mirarle a la cara. El miedo a lo desconocido me congela las venas.
Blake entra en mi cuarto a paso lento. Su apariencia no es mejor que la mía. Tiene ojeras oscuras y los párpados hinchados. Si no fuese un imposible diría que ha llorado.
—Necesito saber —. Mis palabras son un ruego.
—Mi tío lucha por una herencia que cree que le pertenece.
—¡No! —La negativa me brota desde el interior—. El principio. Quiero el principio de todo.
Blake se acerca a la ventana. Ver la tensión en su cuerpo afianza mis dudas. Porqué algo iría bien cuando puede ir peor.
—Cuando era niño me diagnosticaron leucemia —observa la calle a través de la ventana como si se tratase de un teleprompter —. Mis padres estaban desesperados. Buscaron donantes en todos los sitios sin conseguir ninguno compatible. Pusieron anuncios y ofrecieron sumas desorbitadas de dinero. Ellos pusieron precio a mi derecho de vida.
Caigo en la cama sentada de culo y sin paracaídas.
¿Blake enfermo mortal? Mis palmas presionan mi boca para mantenerme callada y no ponerme a chillar. ¿Se ha curado? ¿Voy a perderlo? Los cristales puntiagudos estocan todos a la vez dentro del infierno de mi cabeza.
—Lo hicieron todo por salvarme. No se pusieron límites. Y lo consiguieron.
—¿Qué hicieron?
—Buscaron donantes a cambio de una importante suma de dinero. Anuncios, carteles, todo lo que se te ocurra. El tiempo se les acababa y su hijo se moría. Estaban desesperados. El dinero no siempre lo puede todo. O eso pensaron hasta que una tarde llegó una mujer con un bebé en brazos. Ella dijo que deseaba que hicieran las pruebas de compatibilidad. A las dos.
—¿Dos?

—A ella y a su bebé. El laboratorio en pocos días les aseguró a mis padres que la niña poseía la médula ósea que yo necesitaba para seguir vivo.
Una cuota de comprensión golpea en mis neuronas intentando explicarse. La contengo. Es una locura demasiado macabra para ser real.
—Esa niña. ¿Qué edad tenías cuando enfermaste?
—Sofía…
—¡Qué edad tenías!
—Cuatro y unos meses.
—Exactamente la misma diferencia de edad que tienes conmigo.
El corazón se me despedaza. No me desmiente. No dice que estoy equivocada y que soy una imbécil que no sabe contar. El ambiente comienza a pesar plomo. Las venas se me empastan. El cuerpo es una cárcel para los movimientos. Las náuseas me contraen el estómago. El plomo aprisiona mi garganta.
—¿Era yo? Ella me… ¿vendió?
Me pongo de pie para enfrentarlo. La mirada compasiva me enfurece.
—¡¿Me vendió?!
—Según me contaron cobró el dinero y se marchó.
—¿Se marchó?
—Te dejó en el hospital donde estábamos internados.
Los cientos de trozos de mí que creí unidos por fuerza de mi propia superación personal estallan en pequeñas piezas inservibles. Mi mente lucha por mover los cientos de engranajes resecos que crujen mi cerebro empastado.
Corro al armario.
Me pongo en puntillas intentando alcanzar la parte más alta. Insulto por todo lo alto a mi escasa estatura. Voy al baño a por un taburete. Regreso con tanta prisa que el traspié contra la alfombrilla por poco me mata.
—Sofía, ¿qué haces? —Intenta sostenerme. Se lo impido con un fuerte empujón.
Subo al banco estirando los dedos para arrastrar la maleta de cuero desgastada. Cae al suelo. Yo la sigo.
—Estoy bien —lo alejo nuevamente de mí. No quiero que me toque.
De rodillas muevo la cremallera y busco por dentro de forma enloquecida.
—Tiene que estar por aquí. Lo recuerdo. Tiene que estar.
Tironeo en el interior. Una cinta a medio cocer y algo sucia permite apreciar un castillo pequeño y unas letras.
De niña no me cansaba de mirar el dibujo. Cuando aprendí a leer, a escondidas, buscaba la cinta para traducir el significado de sus letras. Algo de dentro de la vieja maleta vacía me llamaba una y otra vez. Nunca fui capaz de tirarla.
—Mary… Mary… —Leo una y otra vez.
—Maryland. Baltimore es un estado de Maryland —la voz gruesa responde mi duda.
Me siento en el suelo junto a la maleta sin soltar la etiqueta desgastada. La acaricio buscando en ella una respuesta que me aleje de esta enloquecida verdad.
—Pero mi abuela… Ella me cuidó. ¿Qué pasó? —Blake esconde la cabeza tras los brazos —. ¡Qué pasó!
—Mis padres se quedaron contigo hasta que tuviste cuatro años. Pero no nos recuerdas. Tu memoria ha decidido olvidarnos. Eras mi niña mimada. Te llevaba en brazos como a una muñeca. Tenías los ojos risueños y unas manitos adorables. Mi corazón era tuyo. Tu cabello

suave era mi paz. Eras mi Love.
—¿Love?
—Así te llamé desde el primer día. Me conquistaste nada más verte.
—Yo crecí con mi abuela. Ella me cuidó. Ella me quería. Ella era la única.
—Y te adoraba —Blake se acercó para sentarse a mi lado en la cama —. Cuando estabas por cumplir los cuatro años mi madre sufrió una fuerte depresión. Estaba devastada y creyó que no podría cuidarte. Fue entonces cuando consiguió dar con ella.
—Yo le molestaba —mi risa irónica apenas posee fuerzas.
—La depresión es una enfermedad. Vio amenazas donde no las había. Temía perder el cariño de mi padre. No es lo que piensas.
—Se deshizo de mí. Su verdadero hijo estaba curado. La niña abandonada por su madre ya no era necesaria.
—Cielo.
Muevo los hombros de un lado a otro. El calor de sus manos me irrita.
—¿Por qué estás aquí? —Mis lágrimas chocan con su mirada —. ¿Por qué Blake? ¿Estás enfermo nuevamente? ¿Buscas mi sangre? ¿A cuánto paga el mercado el litro de líquido rojo?
—No necesito tu sangre.
—¿Por qué estás aquí?
—Cuando mi madre se recuperó se sintió muy mal. Siempre te recordaba.
—Por qué estás aquí —deletreo cada palabra.
—Cuando te marchaste mi madre empeoró. El remordimiento no la dejaba vivir.
—Yo no me acuerdo de ella. De ninguno de vosotros. ¡Por qué Blake!
—Mi madre sí lo hizo. Siempre se sintió culpable por dejarte marchar —las negras pupilas se ensanchan —en su testamento dejó escrito que parte de sus acciones en la Agencia fueran para ti.
—¿Qué estás diciendo? ¿Te has vuelto loco?
El silencio se instala en una habitación que me contiene para que no salga corriendo.
—Desde que tuve medios te busqué. Estaba loco por encontrarte. Perseguí pistas falsas. No sabía a quién recurrir. No tenía ninguno de tus datos. Sólo sabía que tu abuela vivía en Madrid. Por eso cuando Simon me dijo que te había encontrado lo hice todo. Incluso engañarlo. Sofía —me sostiene el rostro para que lo mire a los ojos—tu sangre corre por mis venas. Somos uno. Siempre lo hemos sido.
—No. No —camino nerviosa chocando con los muebles.
—Podemos hablarlo más tarde. Es demasiado por un día. No quiero que sufras.
—¿Tú? ¿No quieres que sufra? No sabes lo agradecida que estoy. Uy, no perdona. Podrías haberlo pensado antes de ¡engañarme!
—Todo es más complejo de lo que crees. La agencia fue creada por mi abuelo.
—No quiero saberlo.
—Cuando falleció dejó el sesenta por ciento de las acciones a mi madre y el cuarenta por ciento a mi tío. No se fiaba de sus decisiones avariciosas. Por eso dejó la mayoría en posesión de mi madre. Cuando ella dejó en el testamento que tú fueses accionista con las mismas condiciones que Mariam y mías se volvió loco.
—No entiendo nada.
Camino mareada. Los sudores fríos me suben y bajan por la espalda.
—Mariam y yo poseemos el cuarenta por ciento al igual que él. Al encontrarte y cumplir la voluntad de mi madre el veinte por ciento restantes lo dejaría en una posición de debilidad. ¿No lo entiendes? Mi madre quiso compensarte.

—¿Lo hiciste por interés? Quieres esas acciones. Tenías miedo de perderlo todo...
—¡Jamás he querido nada! Mis acciones las traspasaré a vosotras. No me interesa el dinero.
—¿Me mentiste?
—No estaba seguro de tu identidad. Necesitaba tiempo. Además, existían cláusulas que no podía esquivar.
—Vete.
—No hasta que pueda contártelo todo.
Es divertido. La mentira adora estar oculta hasta que un día ya no lo soporta. Puede subsistir bajo el sótano durante siglos, ahora bien, cuando da el primer paso no hay Dios que la detenga.
—Vete. Puedes quedártelo todo.
Los hombros se me caen hacia adelante. El peso supera mis fuerzas. El corazón ya no me late. Se ha congelado en el lago de mis sentimientos perdidos.
—Estás equivocada.
Los ojos negros le brillan más que nunca. El cabello azabache le cubre la mitad del rostro. Me siento morir desde dentro.
—Vete.
—Love…
—¡No me llames así! No quiero escucharte. Necesito que te vayas.
—No pienso dejarte. Te quiero.
—Por favor vete —ruego con el rostro empapado y con la cabeza caída hacia el suelo.
—De niña me embrujaste. Nunca pude olvidarte. Siempre supe que me faltabas. Te busqué en todos los rostros y en todas las pistas. Tú eras lo que necesitaba.
—Vete. Te lo ruego.
Camino hacia la ventana. Le doy la espalda. Quiero que se vaya. Mis sentimientos dicen que fueron unos ingenuos idiotas.
—Yo te quería…
—Yo te quiero en presente y en lo que resta de futuro. No pienso renunciar a nosotros. Sigo siendo tuyo y tú sigues siendo mía.
Sus pasos se alejan. No lo veo marchar. No tengo fuerzas para hacerlo. Soy una planta a la que le han robado el sol.

Mis amigos abren y cierran la boca

—¿Entonces eres accionista de una agencia a nivel europeo?
Karina bebe un té con limón y enciende las luces porque con la incipiente noche nuestros rostros comienzan a perderse. Mis amigos llevan todo el día acompañándome. Al ver el coche de Blake alejarse subieron por las escaleras con pasos de gigantes.
Anthony me preparó una jarra de tila y Laura fue en busca de mantas con las que me cubrió junto al sofá. Llevo todo el día con una sensación de frío caminando por mi espalda que no se me quita.
—¿Y tu madre cogió el dinero y se fue?
Con ambas manos sujeto mi quién sabe qué número taza de tila.
—Sí.
—Y viviste con ellos tres años —Anthony se sienta a mi lado y cubre mis hombros temblorosos con la misma manta que comenzaba a escurrirse por los codos.
—Casi cuatro.
—Y no te acuerdas de nada.
—Nada nada —contesto a Karina soplando el humo que humedece mis ojos hinchados.
—¿Y la abuela Toñi? —Anthony pregunta con voz muy suave. Se lo agradezco. Mi cabeza es un bombo hueco y dañado.
—Su madre pagó el pasaje para que fuera a buscarme.
—¿Por qué querrían dejarte? No lo comprendo.
Suspiro profundamente. Me siento la mierda más abandonada del estercolero.
—Su madre sufría depresión y sintió celos al ver que su padre me trataba como a una hija. Cuando se curó se arrepintió e intentó buscarme, pero ya no me encontró. Ella dejó en su testamento que deseaba que se me entregase un veinte por ciento de las acciones. Al parecer es el valor que tiene en el mercado mi médula ósea.
—¿Y por qué no te lo contó la primera vez? —Karina no termina de comprender.
—Primero no estaba seguro de que yo era yo. Tenía que confirmarlo. Parece que su madre dejó en el testamento unos requisitos. No estoy segura de lo que me dijo. Y luego…
—¿Luego? —Las tres cabezas me apuntan.
—Se enamoró —digo llorando como si tuviera cinco años y se hubiese muerto el hámster.
Laura acaricia mi cabello enredado mientras seco los ojos con la manga del pijama de felpa. Los tres nos quedamos en silencio tomando nuestras infusiones cuando el chillido de Karina nos provocó un infarto global.
—¡Dios! —Se cubre la boca con dos manos para detener las palabras mientras mira el móvil y a nosotros. A nosotros y al móvil. Y así una y otra vez. Acelerada y sin descanso.
—¿Qué? —digo con miedo. Sigue sin hablar —. ¡Qué!
—Esa empresa. La Agencia —dice mostrándome la pantalla— factura miles de miles. Sofi… Eres millonaria.
La taza se me cayó al suelo.

El contrato

—Bien.
Respondo en un audio directo y escueto al décimo quinto mensaje que mis amigos me enviaron por el grupo. Llevo una semana esquivando cada pregunta de esas que escuecen la comodidad. *¿Qué cómo me encuentro?* Digamos, que, si una apisonadora me hubiese aplastado cuatro veces seguidas y luego hubiera retrocedido para terminar de aplanarme, comparado con mi momento actual, yo sería la rosa más bonita del palacio. Pero, como a la pena le gusta disfrutar de su miserable presencia, mi estado anímico se asemeja al de una vagabunda del peor barrio, de la peor nación, a la que han atacado una plaga de langostas y escupido una docena de ratas. Y todo ello, por supuesto, sin olvidar a la apisonadora en camino de ida y vuelta por encima de mi espalda.
Voy a la cocina a por el bote de galletas. Hubiera preferido las cookies enteras, pero como ya no quedan, las crubicas del fondo son mi mejor consuelo. Introduzco el polvo de harina en la boca esquivando la puerta de su habitación. Pantalones, camisetas, caricias mañaneras. Todas sus pertenencias me recuerdan lo que ya no tendré. Lo echo tanto de menos que el vacío que contengo es un hueco de inmensos escalones con la barandilla protectora derrumbada. Mis lágrimas derrapan en caída libre por mi corazón sin fondo. Mastico y duermo saboreando el líquido salado del nuevo abandono. Sentimientos cuidados y apresados en la profundidad de mi auto superación regresan como fantasmas siniestros envolviendo una psiquis que se creía sanada.
¡Idiota! ¡Idiota! ¡Idiota!
En el universo de las idiotas soy la que lleva la corona. La ingenua descerebrada que no distinguió la verdad original de la fotocopia.
¡Idiota! ¡Idiota! ¡Idiota!
El agua gris clara del café se mezcla con los restos de Krispis junto al tazón de los cereales. Un par de cuchillos, tres tenedores y algunos platos se unen jugando un tetris imposible. Las cucharas avergonzadas por su excesivo uso dentro del bote de helado de chocolate se ocultan. Mi reflejo en la vitro resalta mi decrépito. Soy otra pieza dentro del tetris que se ahoga en las aguas estancadas del fregadero. Soy la cuchara más asquerosa del fondo. La fea en el salón cargada de guapas, la tonta en un concurso de listos, la pata de palo en el concurso de reguetón de pueblo, la…
—¡Quién!
El timbre insiste sin tregua. Al otro lado se encuentra un sordo o un moribundo.
—¡Ya voy! Ni lamentarse de su asquerosa vida la dejan a una.
—¿Hola? —Gritan al otro lado mientras pienso en dónde demonios he dejado las llaves.
—¡Voy!
Será la pizza de Anthony. Y eso que le dije muy claramente que no tenía hambre.
—¡Es para hoy!
—¡Estoy buscando las llaves! —Chillo al golpearme el dedo meñique con la silla atravesada antes de llegar a la puerta —. ¡Joder!
—Llama a tu señora —el dedo femenino se mueve espantando al aire mientras rebusca en su inmenso bolso.
—¿Perdón?
—¿En este país nadie sabe hablar su idioma? He dicho que llames a tu señora o a la dueña de casa o como demonios se diga en español.

Me apoyo en el marco de la puerta sin saber si estoy loca o muy borracha. Lo último es imposible. Y no porque no me hubiese apetecido perder el sentido bajo los efectos curativos del alcohol sino porque llevo una semana sin salir de casa. Lo más arriesgado que recuerdo haber bebido fue leche a punto de caducar, el almíbar de una lata de melocotones vacía y el culín de una botella de Coca-Cola sin gas. Todos ellos brebajes poco fiables, pero cien por ciento *Cero cero*.
—Se me hace tarde —dice enseñándome un móvil con una carcasa cubierta de cristales de Swarovski.
—La visita que me faltaba.
—Busco a Sofía Reyes. ¿Eres tú?
—Desde el día que nací. Aunque ahora que lo dices, igual no.
—No sé de qué hablas. Y la verdad es que no me importa.
Frunce la nariz antes de estirar el brazo espantando una mosca y entrar. Al parecer la mosca era yo. Aprovecho tenerla de espalda para mirarla sin tapujos. La muy desgraciada es tan guapa por delante como por los lados.
—Qué quieres.
Busco esconder mi pie descalzo tras el otro. No funciona. El segundo pie también está descalzo. Con el lamparón de helado de chocolate tampoco puedo hacer mucho. La tengo reseca y plantada en mitad del careto del ratón de felpa. Frente a su impecable traje de pantalón y camisa soy una pordiosera en calcetines, muerta de hambre y tendida en el portal de un edificio derruido. El frío de la vergüenza me sube por los pies. Mi situación no puede ser más lamentable.
—Mi nombre es Dana.
—Sé quien eres —. Cierro la puerta suspirando mis desdichas.
—Entonces sabrás porqué estoy aquí —. Habla a la par que extrae un par de carpetas del bolso para extenderlas sobre la mesa.
—Tú como si fuera tu casa. Por mí no te detengas.
Me mira de lado recalcando mis defectuosas virtudes. Soy la cucaracha a la que pisaría con el tacón. El mosquito en un pantano estancado. La…
—Son dos copias. Debes firmar aquí y aquí —. Señala con su boli dos inmensas cruces.
—¿Qué es?
—Contratos. Firma.
—¿Él te envía? —La voz me suena tan lastimosa que me doy pena a mi misma.
—Estos papeles debieron estar firmados hace días. Si no lo haces Blake lo perderá todo.
La forma que tiene de mencionar su nombre, esa confianza que denota horas en su cama me marea el estómago. Me revuelve el interior lastimado de mujer lobuna herida. Y eso no está bien. Nada bien. Una huérfana sentimental es un animal herido al que conviene no provocar.
—No me has contestado.
La seguridad regresa a mis pies desnudos.
—No necesito recibir órdenes. Sé hacer mi trabajo.
—Eso quiere decir que no.
Respiro con alivio y mi sensatez regaña a mi idiotez enamorada. Observo la pluma y las cruces que apuñala con sus uñas de Gel Red Flash Coral Uno.
Esos papeles son el final de lo que aún siento como mío. Tengo rabia y pena en iguales cuotas de concentración. Esa señora me abandonó para luego cederme, en un testamento, las acciones de su caridad. Mientras tanto, el hermanísimo, luchando como si fuera un muerto de hambre incapaz de comprar sus tres latas de caviar mensuales. Y, como si esto fuera poco, él sin venir a

rescatarme. Una semana sin aparecer con espada en mano dispuesto a luchar por nuestro amor. Dijo que me quería, que no me perdería, dijo que… yo valía la pena.
Acepto el bolígrafo. Garabateo como puedo cada uno de los papeles.
—¿Qué es esa carpeta?
Apoyo la mano sobre los contratos que acabo de firmar mirando el cuadrado de plástico amarillo.
—Es el contrato de prueba por un año. Debió estar firmado la semana pasada.
—Creí escucharte decir que eran estos los que debían estar firmados —presiono los papeles bajo mis palmas bien abiertas.
—Blake los escribió sin mi aprobación. Al ver que no lo firmabas escribí este acuerdo más acorde a tus características. En este documento te liberas de toda relación con la familia y dejas constancia que Blake posee el total de los intereses de la Agencia. Rechazas tus acciones y le cedes el dominio por encima de los de la malcriada.
—¿Malcriada?
La belleza pelirroja intenta quitarme los papeles, pero los retengo sin mucho esfuerzo. Qué puedo decir, me crie en un colegio público intentando aprobar mates. La retención de documentos ilegales es mi especialidad.
—Su hermana Mariam —dice mirándome los dedos clavados en los papeles —. No la conoces. Es una interesada que no deja de meterse en su vida. A partir de ahora deberá vivir de su caridad. Si me disculpas, debo irme.
Intenta quitarme los papeles. No puede.
—¿Y dices que el documento de la carpeta amarilla fue redactado por Blake?
—Él pensó en un contrato temporal. Si en el plazo de un año no deseabas continuar en la agencia estarías en tu completo derecho de vender las acciones a la niñata, mientras tanto, ambas tendrían el mismo número de acciones. Fue una cláusula que escribieron sus padres en vida y que él quiso reflejar en este contrato. Una estupidez. Blake merece quedarse con todo.
—¿Y su tío?
—¿Simon? No podrá hacer nada. Una vez presentado los contratos con tu firma en los registros todo pertenecerá a Blake. Su madre no estuvo bien asesorada. Aquí digo muy claro que no cumples con sus requisitos indispensables para heredar.
—Allí —señalo la carpeta amarilla— Blake escribe que sí cumplo con los requisitos indispensables.
La pelirroja se puso tan recta como si acabaran de meterle un palo por la parte más oscura de su cuerpo.
—Ya has firmado —dice mirando las hojas bajo mis dedos.
Un día deberé aprender a leer antes de firmar. Una vez completé un cupón de descuentos sin ver la letra pequeña. Me tiré un año intentando darme de baja de los vendedores telefónicos.
No puedo hacerle esto a Mariam. Ella fue muy buena conmigo. Me ayudó con las compras, me hizo reír, dijo que le encantaría que fuese su hermana, me trató con cariño. No voy a dejar que esta loca se salga con la suya.
—¿Te he contado que aprendí a defenderme solita? No tuve madre.
—¿Cómo dices?
Recojo el contrato y lo rompo en cientos de trocitos. Luego me lanzo sobre la carpeta amarilla llevándola directo hacia mis tetas. Justo entre la mancha de helado y la cabeza del ratón.
—Puedes irte. Yo misma llevaré las copias firmadas.
—Tú ya firmaste.
—¿Esos pedazos? —Miro al suelo—. No creo que sirvan.

—¡Imbécil!
—Mira qué rápido me has calado. Ahora vete.
—¡Eres una…!
El portazo me priva de escuchar su dedicatoria amorosa.

Ducha rápida junto a unos cuantos kilos de antiojeras y bualá. Frente a su despacho con el pecho atragantado en la laringe.
—Señorita Sofía, qué alegría verla. Me dijo el señor Blake que estaba con una gripe horrible. Pase, la estaba esperando.
—¿A mí?
Rocío abre con la mano libre el picaporte.
—Señor, Sofía está aquí —dice apoyando la bandeja que traía en las manos.
Blake, que hasta ese entonces se concentraba en la pantalla del ordenador, alzó la vista clavándola en el centro de mi frente. Sus pupilas dilatadas son carbón incandescente. Sino fuera porque soy la perjudicada de la historia diría que está furioso conmigo.
Incrusto las uñas en la carpeta. Me siento como el delincuente ante el patíbulo. Todo el valor que concentré cuando estaba de camino se derritió ante el ardor de su mirada. Esperaba encontrar a un joven arrepentido de sus mentiras. A estas alturas ya debería estar arrodillado delante de mis botas. El cuello recto y los brazos fuertes se parecen más a un lobo que a un temeroso cordero. Esto no es lo esperado.
—Debería cuidarse señorita Sofía. El clima está muy cambiante. Como sigamos así nos quedamos sin planeta —Rocío habla mientras Blake, ya de pie, se acerca hasta casi chocar con mis pies. Pero de pie, nada de rodillas suplicantes —. ¿Le traigo un té con miel? La miel es buenísima para las cuerdas vocales. ¿La noto más delgada? Seguro estuvo con fiebre. Le traeré unos pastelitos de nata que reviven hasta los muertos.
—Gracias, pero no me quedaré mucho tiempo.
—Pobrecilla, seguro se encuentra débil.
—Rocío, cierre la puerta —la orden grave resonó por encima del rodete de la amable mujer.
—Por supuesto. Espero que se mejore pronto señorita Sofía. Las gripes son lo peor.
—Rocío…
—Sí, señor. Ya me voy.
—¡Ahora!
—Por supuesto. Por supuesto.
Los dedos se me acalambran de tanto apretar el contrato. Fijo mi interés en la moqueta bien aspirada. No tengo valor de luchar contra su intensa mirada. El calor de su aliento me alcanza e incinera el corazón. Los latidos de su pecho acercándose al mío me obligan a centrar la vista en la dureza del suelo. Los ladrillos de mi muro impenetrable se convierten en arena seca luchando contra la tormenta del desierto. El resentimiento que he alimentado en la última semana se desvanece ante su ardiente mirada. Quiero llorar de impotencia. Gritarle que lo quiero como nunca a nadie y que necesito que luche por mí. Que pelee por nosotros. Que me inunde de justificaciones tontas hasta que mi corazón apenado lo perdone de sus mentiras injustificadas.
—Quiero hablar primero.
—No he dicho nada.
No. No lo ha hecho.
Se acerca los pocos milímetros que nos separan.
Alzando la mano acaricia una hebra de mi cabello suelto. Con pasos de cangrejo clavo la mesa en mis glúteos.

—Por favor… —Existen momentos en los que las palabras sobran y otros en las que faltan.
Yo me encuentro en un ahogo necesitado de siete regaderas cargadas de frases cariñosas. Las necesito. Me urgen. No puedo permitir que sus caricias borren la claridad de las explicaciones.
—Te escucho —dice a medio palmo de distancia de mi cara.
—Esta mañana vino a verme tu abogada.
—¿Dana?
—Me trajo dos contratos. Uno de renuncia y otro de continuidad.
—¿Dos?
Se mueve inseguro.
—Ella decidió redactar un segundo acuerdo y obviar el que tú escribiste.
Se aleja regalándome la espalda como su mejor perfil.
Sonrío victoriosa.
No voy a decir que me gusta verlo sufrir, pero un poquito, sí que me gusta. Es la pequeña cuota de perversión que poseemos las que morimos de amor. Nos gusta ver en las pequeñas expresiones de celos la demostración práctica de los sentimientos. No, no soy una psicópata, solo soy una enamorada que busca enloquecidamente sentirse segura de hasta qué punto es querida.
—¿Dices que escribió otro contrato? —Los brazos a los lados son columnas frías.
—Sí. Y he aceptado.
Blake se gira para enfrentarme de forma directa. Me aferro con las manos a la mesa que tengo detrás para no caerme. El lobo se ha convertido en oso. La vena del cuello se le endurece palpitante.
—¿Qué firmaste? —No soy capaz de contestar. Su furia me descoloca. Dos fueron los pasos que necesitó para acercarse y aferrarse a mis codos—. Sofía, ¡qué firmaste!
—El contrato que escribiste. Lo haré por Mariam. Ella no merece perderlo todo.
El cuello de Blake se relaja. Las manos, que hasta hace un momento me sujetaban, se deslizan alcanzando mis hombros.
—Tranquilo, no perderás tu agencia. Es lo que querías, ¿no?
—Yo te quiero a ti. Aunque me lleve toda la vida convencerte.
—Mira que te gusta decir lo que no cumples.
—¿Cómo dices?
—Nada. Me quedaré por un año. Mariam y tú podrán seguir adelante luego.
Me muevo para soltarme de su agarre. Estoy furiosa. No sé distinguir ninguno de nuestros sentimientos. Primero creí percibir su deseo, luego su enfado, ahora su pena. Ya no soporto más esta sensación de estar encima de un suelo de gelatina en el que me hundo sin reconocer si soy comida asquerosa o un delicioso postre.
—Mi madre se quedó con el pago de mi sangre y yo salvo a tu hermana. Estamos en paz.
—¿Vas a culparme de lo que hicieron mis padres cuando tenía cuatro años?
—No. A ti te culpo de no decirme la verdad el primer día. De esperar a que tu tío me atacara. De hacerme sentir que era una chica importante que merecía la pena en lugar de...
—Si hubiese sido sincero jamás me habrías dado una oportunidad. Yo sé perfectamente cuánto vales. Eres tú la que no crees en tu capacidad.
—Ya tienes el contrato, no necesitas vestir la mona de seda.
—¿De verdad piensas que lo nuestro termina aquí? ¿Crees que voy a permitirlo?
—Tu deuda está saldada. No me debes nada.
Intenta acercarse y acariciarme el rostro. Me alejo tres pasos más. Su contacto es una prueba demasiado dura para mi corazón despedazado. No quiero sus caricias, ¡necesito su lucha! Quiero

verlo pelear. Rasgarse las vestiduras. Escuchar cómo sus palabras suplican por tenerme a su lado.
—Mi madre antes de morir me pidió que te encontrase. Lo de quererte no fue su imposición.
—¿Quererme? Se quieren a los perros, a los gatos, incluso conocí a una mujer que quería a su iguana.
Las lágrimas empujan detrás de mis pupilas. Y mira que les pedí estrictamente que por favor no aparecieran.
El brazo se alarga para arrastrarme la mano hacia la base de su corazón.
Pum. Pum. Pum.
Repiquetea una y otra vez con fuerza ensordecedora.
Cierro los ojos. El querer del deseo se ensucia con el barro de mis dudas permanentes. Quiero que sea verdad. Tengo tantas ganas que el miedo se apodera de mis fibras muy poco valientes. No puedo sufrir otro abandono. No tengo fuerzas para asumir otro golpe mortal.
—Mi madre me abandonó, tu madre me entregó, hace un año mi abuela… no tengo fuerzas para seguir luchando…
El no dice nada. El silencio me destroza. ¿Por qué no dice todo lo que necesito?
—En un año le venderé todo a tu hermana. Ella no tiene que preocuparse de nada.
—¿Lo haces todo por Mariam? ¿Estás segura?
—¿Qué quieres decir?
—Digo que no importa lo que yo diga, no vas a escucharme porque no será suficiente. Tu pasado no te lo permite.
—No sé de qué hablas.
—Lo sabes perfectamente. Me he abierto a ti. Estoy cansado de demostrar lo que somos, sin embargo, tus dudas se intensifican ante la primera de las tormentas. Sí, mentí. Y lo volvería a hacer porque es la única manera de llegar a ti.
—¡Odio que me hayas mentido!
—¡Lo que odias es saber que me quieres y que tienes que entregarte! Quieres garantías. Buscas cubrir los riesgos a ser lastimada y eso no puedo entregártelo.
—¡Por qué en ti no se puede confiar!
—Por qué te quiero más de lo que estás dispuesta a aceptar. Pude entregarte los papeles y regresar a Baltimore, pero no lo hice porque me enamoré. Porque quiero pasar cada estúpido minuto contigo, aunque crea que nunca podremos hacerlo.
Las lágrimas bañan mi rostro.
—¿Por qué dices eso?
—Porque sigues siendo la niña que espera que su madre regrese. Porque no aceptas que no fue tu culpa. Si no te quieres a ti misma jamás podrás aceptar lo mucho que yo te quiero.
—¡Sofía! —Anthony apareció estampando la puerta contra la pared.
No puedo enfrentarlo. No puedo. Me pongo a correr con el corazón ahogado y confundido. Yo no sé lo que dice. Yo no… yo no… eso no es verdad. ¡No lo es!
Corro a toda velocidad. Atrás las voces masculinas inundan el pasillo. No quiero mirar. Tengo que huir. Escapar a un lugar lejano con muchas caracolas en donde una grande e inmensa me esconda. Temblando doy al botón miles de veces hasta que la puerta del ascensor se abre. Voy hacia el fondo y me dejo caer en mis propias rodillas. El dolor es tan grande como la verdad que golpea mi frente. Ella era mi madre. Ella me abandonó. Ninguna madre abandona a su cría. Ellas quieren por encima de todo. Excepto que su hija… no valga la pena.

Blake

—¡Desgraciado! ¡Suéltame!
—¡No!
—¡Ella me necesita!
Lucho con Anthony sosteniéndolo por los hombros. Acabo de hacerle un placaje que, aunque lo ha volteado al suelo, no creo que dure. El endemoniado posee la fuerza de un toro bravo.
—Ella necesita que la dejes sola.
—¿Cómo has hecho tú mentiroso de mierda? Debí romperte la cara hace tiempo.
La campana del ascensor suena a lo lejos. Sofía ya no está en el pasillo. Doy un salto para dejar al bravucón en libertad.
—Voy a cortarte en pedacitos.
—Podemos empezar ahora mismo si quieres. No voy a esconderme. Lo haré todo por ella.
—Estás loco —dice poniéndose en pie.
—Ve. Corre tras ella como su perrito faldero. Continúa alimentando sus temores.
El hombre se giró con deseos de ahorcarme. Mis nervios también están necesitados de una buena pelea.
—¿Qué cojones insinúas?
—Digo que si la quieres deberías ayudarla a dejar el pasado atrás y no cubrirla con un manto frente a lo que no desea ver. Ella tiene que aceptar la mujer que es hoy. Tiene que permitirse ser feliz, pero para ello necesita sufrir.
—Eres un mierda —los ojos arrugados escupen repugnancia.
—Puede que tengas razón, pero este mierda la quiere tanto que necesita que se acepte a sí misma. Sofía debe enterrar a su madre y comprender que es tan hermosa como para enamorar hasta a este idiota que tienes delante. Si tú continúas envolviéndola bajo tu manto protector no le permites progresar.
Anthony se tambalea antes de apoyarse contra la pared.
—Y eso lo dices tú, el que le mintió sobre una herencia pasada.
Su voz suena más calmada. A riesgo de perder el cuello me posiciono a su lado.
—Sabes perfectamente que sus muros son resistentes. Luché y conseguí que aceptara sus sentimientos por mí, pero jamás obtendré su confianza sin pisotear la memoria de su madre. Se cree incapaz de retener a los que quiere.
—Piensa que no la quieres. Que te acercaste por compasión.
—Ella sabe perfectamente cuanto la quiero. Sólo necesita tiempo para comprenderlo.
—¿O para olvidarte? Corres el riesgo que te deje.
—No si tú me ayudas.
—¿Y por qué crees que lo haría?
—Porque la quieres. casi tanto, como yo.

Sabiduría

—Y aquí está la ingrata. Menos mal que no soy rencorosa.
Abro la puerta dejando pasar a Elvira y su carro que huele a restaurante gourmet.
—Lo siento. He estado un poquito… Un poquito.
—Para ti son las lechugas.
Sonrío sin ganas mientras la veo abrirse paso hacia la cocina desempacando el cargamento.
—Hice algo de pollo a las finas hierbas con patatas cortaditas como te gustan. También preparé ensaladilla con mayonesa casera.
—Como no podía ser menos.
—Por supuesto. Llevo un mes viendo esta patata vieja —dice tirándola satisfecha en el cubo de basura. No puedo acusarla porque tiene razón. Mis últimos treinta días han sido un ahoga dentro de mis propios pensamientos.
Me siento observándola moverse por la cocina como si fuese su casa. Y en cierta forma lo es. Ella y mi abuela han pasado en este sitio muchos más años de los que yo tengo de vida. Según contaban eran amigas desde antes de que el matrimonio las estropease.
La abuela Toñi y ella estudiaron en la misma academia de confección. Por aquellos tiempos saber coser representaba una salida laboral de lo más eficiente. Se podía zurcir mientras se cuidaba a los niños y sin despegar los ojos de la cazuela, un verdadero chollo para la igualdad femenina.
La abuela Toñi enviudó cuando yo tenía seis años. El tabaco no perdonó los pulmones alquitranados de mi abuelo. Elvira, por su parte, no conoce su estado. Y no, no estoy equivocada, según me contó, su marido se marchó con una muchacha que conoció mucho antes, y a la que, a pesar de adorar, sus padres le negaron la entrada. El hombre como buen hijo durante un año cumplió con sus deberes de buen marido, hasta que una mañana, antes de salir por la puerta, la besó en la frente pidiéndole perdón. Aquella mañana Antonio y su amante desaparecieron del barrio. Las malas lenguas decían que era uno de esos que se marchó a comprar tabaco y nunca regresó, pero cuando fui mayor, Elvira me explicó que con harina sin levadura nunca se consiguen tartas.
—¿Cómo has hecho?
Caigo en la silla de la cocina ante la comida envuelta en plásticos que casi cubre la mesa.
—Uy, es muy sencillo. Con un huevo, aceite y el *chirg* consigues una mayonesa de chef.
El *chirg* es lo que el resto de los mortales llamamos Minipimer. Puede que Elvira sea una excelente cocinera, ahora lo de los nombres de los artilugios de cocina ya es otra cosa. No importa las veces que se lo recuerde, cada mañana lo bautiza con un nombre diferente.
—No me refiero a la mayonesa. Como hiciste para continuar.
—La solución no está en la solución —dice sentándose frente a mí alejando la canasta de ensaimadas caseras de delante—sino en los resultados.
—Sin la solución no existen resultados —contesto con la primera sonrisa desde hace tiempo mientras mareo en mis dedos una cebolla.
—Eso no es cierto. Sin acción es cuando no hay resultados. No voy a mentirte diciendo que no sufrí. Todos nacemos del dolor. Y tu abuela me secó muchas lágrimas. Pero una mañana, cuando tenía los pelos revueltos y los ojos hinchados —dice estirando la mano para encerrar la mía—ella me dijo que debía ponerme en marcha. Ya lo sabes, cuando se le metía algo en la cabeza era como un miura ante una valla cerrada. Le dije que era imposible. Por aquellos tiempos una mujer

abandonada significaba mala como esposa, como compañera y como amante.
—Estarías desolada.
—Y muy perdida, la solución no dependía de mí. Antonio ya no estaba y los dedos comenzaban a señalarme. Entonces fue cuando tu abuela me acercó esto —dijo metiendo las manos en el bolsillo de la bata y sacando un pañuelo blanco con el bordado típico de mi abuela—. Como sargento me ordenó que secase mis últimas lágrimas. Recuerdo que la miré desconcertada y un poquito asustada. Nuestra Toñi era mucha Toñi —dijo sonriéndome.
—¿Qué pretendía que hicieras?
—Que continuará adelante porque no existía solución. Dime, si el humo lo cubriera todo y los ojos te picasen del dolor, ¿no te moverías hacia algún lado buscando aire?
—Imagino que iría hacia una ventana.
—Cariño, si no sabes dónde se encuentra la ventana tocara moverse hasta que el movimiento te muestre la respuesta.
—Blake, me dijo que debo quererme para poder…
—¿Ser feliz?
—Y quererlo.
—Ese chico te debe querer mucho. Solo las personas que quieren desean que la felicidad sea un acto de libertad.
Agacho la cabeza.
—¿Lo dejaste ir?
—Creo que sí.
—Cuéntame. Tengo tiempo.
Comienzo a relatar la historia a Elvira como si se tratase de una telenovela. Le hablo de mi madre, del dinero cobrado por mi sangre, del testamento y de Blake.
Ella se puso de pie y preparó dos infusiones. Luego me acercó uno de esos croissants recién salidos del horno antes de volver a sentarse. No me interrumpió ni un segundo. Y lo que es peor, no parece sorprendida.
—¿Tú lo sabías?
—Cariño, tu abuela estuvo muchos días fuera. Hubo que hacer muchos trámites en la embajada de allí, y de aquí, antes de traerte
—¿Por qué nunca dijo nada?
—¿Cuál es el punto medio en donde la verdad se transforma en ponzoña? Toñi te trajo a esta casa y te amó con locura. La historia de tu madre es un libro con tantas hojas desconocidas que lo que te contara sería una invención. Ella buscaba que su Sofía fuese una chica libre de cargas.
—Eso también me lo pidió él. ¿Tú sabes algo de esa familia?
—Sólo lo que me contó tu abuela. Dijo que la mujer estaba ahogada en una depresión horrible. Que permanecía horas en cama y sufría por no poder cuidarte. También me contó acerca del niño de ojos oscuros y cabello azabache que no se separaba de ti. Toñi me confesó que la hizo sentir como una ladrona. Él pequeño te cuidaba como si fueras suya.
—Blake…
—Cuando lo vi con esas pupilas enmarcadas en un círculo aún más oscuro, y ese acento tan americano, inmediatamente me acordé de ese niño. Toñi y yo sospechábamos que un día vendría a por ti.
—Se siente agradecido. Mi sangre le salvó la vida. Eso no es amor.
—Pero pedirte que te quieras a ti misma y aceptes que eres una chica preciosa, eso sí es amor. El agradecimiento de tu médula ósea lo pagó su madre con dinero. Cariño, levantarse a las siete y

media de la mañana para traer los croissants calentitos a su chica, como decía, fue una de sus tantas demostraciones de amor.
—¿De verdad lo crees?
—Como que me llamo Elvira. Jamás se perdía un comentario sobre ti. Le encantaba escucharme y te aseguro que no era por mi maravilloso atractivo sexual.
—¡Elvira! Eres terrible.
—Mi niña, no dudas de él sino de ti.
—Lo quiero tanto que el corazón se me hace pequeño —las lágrimas asoman haciendo peligrar la conversación.
—Y eso es precioso. Ese muchacho tiene razón. Nunca se acepta aquello que no se cree merecer. Ha llegado el momento de dejar atrás el humo de tu madre y crear tu propia hoguera. Escúchame —Elvira se levanta, y aunque su cuerpo es pequeñito su grandeza sujeta mis mofletes con ambas manos—cuando Toñi te trajo a esta casa te adoré. Eras preciosa. Estabas tan asustada que no hablabas ni una palabra, entonces te preparé…
—Un chocolate caliente.
—¿Lo recuerdas?
Muevo la cabeza sin palabras. Cómo olvidarlo. Elvira siempre fue el dulce de mis momentos amargos.
—Me senté a tu lado y te enseñé a beberlo sin ensuciarte.
—Y jugamos a darle de beber a mi oso.
—Y jugamos —repite emocionada—. Me acuerdo de que nunca me sentí tan feliz. En ese momento supe que tendrías dos abuelas. Cariño, cuando te tuvimos con nosotras jamás volvimos a hablar de tu pasado porque no lo necesitábamos. Te amamos por lo que nos hacías sentir en nuestro presente.
Agacho la cabeza. Mis cristaleras dobles se derrumban. El aire fresco golpea para entrar. El pecho me estalla confundido. Dejar atrás mis circunstancias significa abandonar toneladas de remordimiento que durante años he cargado bajo mi propia responsabilidad.
La liviandad me produce un escalofrío de ausencia que me asusta. Respiro profundo. Estoy al inicio de un ataque de ansiedad.
—Respira hondo. Vamos —Elvira arranca una servilleta de papel y seca mi rostro—. Llevas demasiado tiempo tras un muro que te ahoga. Faltaba una última pedrada para romperlo todo, y ese chico te ha dado una roca de las buenas. Respira y deja que tu madre se escape. Ella no supo quererte porque no te conoció. Permite que los demás disfrutemos de ti por lo que eres.
—Mi madre siempre estará dentro de mí y me asusta. Temo que nunca desaparezca.
—Y no lo hará. Lo que debe desaparecer es tu sentimiento de culpa. Una vez escuché en la radio, en un programa que se llamaba Solas, decirle algo a una chica que me pareció acertadísimo. Esa locutora dijo: *Tus imperfecciones te hacen única y valiente. No te quieren por ser perfecta, te quieren porque tú les das felicidad.* Yo te quiero porque me das felicidad. Ese chico te quiero porque eres felicidad.
Me lanzo a llorar desconsolada.
Cada litro de lágrima derramada limpia mi alma cargada de falsas culpas. La niña abandonada se desarma cual muñeco de nieve bajo el sol. La pesadez de mi pasado deja huecos fríos que mi esperanza rellena. Mi interior se completa de momentos felices y divertidos que pasaron o que están por llegar.
—Elvira… —digo ahogada en mis propios suspiros.
—¿Qué linda?

—Estoy enamorada de Blake.
—Lo sé preciosa, lo sé.

Blake

—Llevas horas encerrado. Últimamente no sales de esta oficina.
Anthony entra en mi despacho cargando dos cafés. No tengo ganas de más cafeína, pero tener a Anthony ocupando un sitio frente a mi escritorio representa una oportunidad de saber algo de ella. Llevo un mes sin verla. Treinta insufribles días. Acepto agradecido una bebida que me asquea de solo olerla. El hombre se estira con una superioridad que me patea los huevos. Me encuentro tan molesto que lo sacaría a rastras al igual que a todos los que en estas semanas han intentado animarme con sus sonrisas sabiondas.
—Tienes mala cara. Hace dos días te vieron subir a un coche con Dana. Dijeron que parecías bebido.
Y lo estaba. Tanto como para no recordar lo que hice. Solo sé que me desperté con la melena pelirroja desparramada a mi lado. Meto la nariz en el café que me da arcadas.
—La gente habla sin saber. No pienso desmentir nada.
Esquivar con mal humor a Anthony es lo mejor que se me ocurre.
—Sabes, eres un capullo, un imbécil y un creído.
—Llevas un mes repitiendo lo mismo. Veo que aún no te has quedado a gusto.
Bebo un sorbo para no romperle la cara y así calmar mis nervios quebrados. Paso las noches ahogando en alcohol la soledad de no tenerla.
—No del todo. Pero no quiero hacerte perder el tiempo.
—Qué gentil de tu parte.
—La quieres —dice bebiendo de su taza—por eso no te he matado.
—¿Cómo se encuentra? Cuando estuvo aquí la noté más delgada. Tienes que ver que se alimente. A veces se le olvidan las horas.
—Está bien. Podría decirse incluso, que muy bien.
—¿Qué significa eso?
—Tiene un brillo diferente. ¿Igual ha conocido a alguien?
El desgraciado está sonriendo.
—Vete. Estoy ocupado.
—¿Vas a ir a buscarla o te darás por vencido?
—Estoy buscando una razón para no darte un puñetazo y borrarte la sonrisa de estúpido.
—Te la doy, se llama Sofía.
Aprieto los dedos contra el escritorio. Él tiene razón, mi razón para no matarle se llama Sofía.
—¿Qué cojones quieres?
—Mira que rápido aprenden a insultar a los americanos.
—Te quiere y se pregunta si tú sientes lo mismo.
—¿Te lo ha dicho?
—Entre ella y yo no hacen falta palabras. La conozco demasiado.
Los hombros se me tensan tan fuerte como la mandíbula. Los celos de su perfecta amistad me pueden. Necesito estar con ella para calmar esta locura que no controlo.
—Ya te he contado porqué no la busco.
— Lo hiciste bien.
—¿Ya no soy capullo?
La sonrisita traviesa le baila de un lado a otro. Anthony es un desgraciado leal. Adora a su amiga y eso me obliga a respetarlo.

—Entonces, ¿vas a volver con ella?
—Le estoy dando tiempo.
— Entonces… Perdón —dice sacando el móvil del bolsillo que no deja de vibrar—, debo contestar.
Sofi, cari, que pasa, me asustas… —Anthony eleva la voz para que lo escuche. Algo no va bien.
El rostro de Anthony pierde el color —. Voy para allí. Tranquila.
—¿Qué pasa? —. No soy capaz de esperar a que corte. El frío gélido me recorre el cuerpo —. ¿Es Sofía? ¿Está bien? ¡Habla!
—Es Elvira —dice caminando velozmente hacia la puerta. Elvira es…
—Sé perfectamente quién es Elvira.
—La han raptado.
—¡Qué!
—No estoy seguro. Lloraba tanto que no entendí nada. Me voy a su casa —dice corriendo por el pasillo.
—¡Voy contigo!
Anthony se gira y me choco con su espalda.
—¿Estás seguro?
—Lo estoy. El tiempo de descanso se ha acabado. Ella me necesita.
Anthony me golpea la espalda.
—Vamos en tu coche —dice mientras presiono el botón hacia el subsuelo.
—El ascensor va demasiado lento. Maldita sea, debimos bajar por las escaleras. Elvira es alguien muy importante para ella. Debe estar sufriendo. ¡Joder! —Chillo impaciente un segundo antes de que el ascensor abra sus puertas y los dos salgamos corriendo.

—No está.
Las lágrimas le inundan el rostro mientras abraza a Anthony. Las manos me pican por empujar a su amigo y ocupar su lugar.
—Sofía —. Hablo detrás de Anthony buscando su atención. Su desconsuelo no le permite verme.
—¿Blake?
No termina de reconocerme cuando se lanza a mis brazos. La envuelvo con la desesperación de un náufrago. Los temblores le suceden continuados. La abrazo con mayor fuerza. Su esencia única enloquece mis sentidos. Las manos temblorosas se aferran a mi cintura. Sin poder contenerme acerco los labios a su cabello. Este mes sin ella ha sido un tormento. Ninguna es como ella.
—No puedo perderla. Ella es todo lo que me queda.
—¿Qué ha pasado?
—Se la han llevado. Blake, no puedo perderla. No puedo…
—No lo harás cielo.
La abrazo sin saber si yo le doy color o ella me entrega la vida. Quizás sean ambas cosas. Nuestro amor es del que se lleva en la sangre.

Te encontré

—Sofía, cielo, qué ha pasado. Necesito que te tranquilices.
La voz de Blake comprensiva retumba en mi cabeza. No soy capaz de soltarlo
—Estuve en su piso. Le llevé unas fuentes. Llamé varias veces, pero como no contestaba utilicé mis llaves y entré. Estaba todo revuelto. Los adornos rotos en el suelo y… y…
—¿Y?
—Unas gotas de sangre en el suelo.
Estoy tan mareada que si Blake no continuase sujetando mi cintura caería redonda al suelo.
—¿Cuándo fue la última vez que la viste?
—Ayer estuvimos hablando en la cocina. Anthony, ¿se la han llevado?
—¿Por qué? Ella no tiene familia. ¿Has llamado a la policía?
—Sí, pero como se demoraba demasiado, Laura y Karina fueron a comisaría.
—Cielo, ¿me darías las llaves del apartamento? Me gustaría verlo.
Asiento a Blake mientras rebusco sobre la mesa el manojo de llaves.
—Es esta. Te acompaño.
—No, tú quédate esperando a la policía. Querrán hacerte preguntas. Vendré pronto. No te preocupes.
Él seca una lágrima con su dedo antes de asegurarme que la encontrará.
—Voy contigo.
Anthony sube por las escaleras tras Blake. Mis ojos se abren y cierran. Me siento en una nube pesada de cansancio. Las fuerzas apenas sostienen mi cuerpo. Esa anciana es la única familia que me queda. El temor por perderla a punto estuvo de hacerme perder la razón. Pero entonces lo vi. Él llegó para abrazarme. ¡Blake está aquí! Acompañándome. Hace unas horas pensaba llamarle y decirle lo mucho que lo quiero. Que ya no tengo miedo. Que como dijo Elvira él es mi felicidad. Aying mi querida Elvira, ¿dónde estás? Tienes que volver. Aún no te he confesado que tú también eres mi felicidad.

Blake

—Esto es un completo desastre —Elvira dio mucha guerra.
Unas tazas caídas, el televisor encendido y el bastón en el suelo junto a unas manchas de algo que parece sangre no son un buen augurio.
Camino por la sala. El bolso se encuentra sobre una silla. Lo abro. El dinero y sus tarjetas están dentro.
—No es un robo. ¿Pero quién? —Repito como si en la repetición se encontrase la respuesta—. Quién querría llevarse a una anciana que no posee riqueza ni herederos ni… me inclino para ver un paquete de tabaco arrugado en el suelo. Lo recojo y lo abro. ¡Joder!
—¡Qué pasa!
—Es una intuición. Solo eso. No la dejes sola. Volveré pronto.
—¡A dónde se supone que vas! —Anthony me bloquea la puerta.
—A Barcelona.
—¿A Barcelona? Por qué… ¡mierda! —Chilla abriendo los ojos—. Voy contigo.
—No. Quédate con ella.
—Las chicas la cuidarán. Voy contigo.
—No tengo tiempo de discutir.
—Entonces corre —dice bajando las escaleras a los brincos—hay vuelos cada hora. Cogeremos el primero.
Bajo a su lado y saltando los escalones de dos en dos.
—¿Mariam? ¿Paul? ¿Qué hacen aquí?
—Sofía me lo contó todo. Como no respondías llamé a Paul.
—¿Se sabe algo? —Paul cortó la explicación de mi hermana.
—No. Me voy a Barcelona.
—¿Barcelona? No creerás que…
—Tengo sospechas.
—Te acompaño.
—Anthony viajará conmigo. Me quedo más tranquilo si te quedas con Sofía. Por favor, Paul, no te separes de su lado. Ella es…
—Tranquilo. Si alguien intenta tocarla lo ahorco.
No lo dice en broma. Su experiencia en las fuerzas especiales del ejército avala su fiereza.
—Gracias hermano.
—¡Vamos! —La voz grave de Anthony cortó el aire.
Ambos alzamos la mano al ver un taxi.
—¡A la terminal cuatro!

No terminamos de subir las escaleras de cuatro en cuatro cuando la camisa impecable de Raúl resalta por encima de la mesa caoba recién lustrada. Es la hora del almuerzo y él y la secretaria salen por la puerta de la sala de reuniones.
—¡Dónde está!
—Creo que deberías aprender modales. ¿No te parece Loli? Estos niños ricos son un saco cargado de mala educación.
—Fuera de mi camino. No pienso decirlo dos veces.
—¿A qué viene tanto apuro?
—Buscamos a Elvira.

—¿A quién? —Raúl se aparta de la puerta del despacho de Simon ahorrándome la incomodidad de romper los nudillos contra su cara. La oficina está totalmente a oscuras. Las luces apagadas y la falta de olor a tabaco indican que lleva días sin venir.
—Señor Blake. Su tío tenía asuntos importantes que no le permitieron llegar.
—¡Dónde está!
—No lo ha dicho —La secretaria contesta a Anthony con miedo en el cuerpo. La pobre mujer se sujeta el moño con temblores en las manos.
—Loli, es muy importante que lo encontremos. La vida de una anciana está en juego.
—¿La vida? Su tío lleva dos días sin venir. No puedo decirle más —. La mujer se acaricia la frente cargada de sudor.
—¿Qué anciana?
—Si tú estás metido en esto te aseguro que no vivirás para contarlo.
—Eeee —Raúl alza los brazos—unas mentirijillas sueltas son una cosa. Mi ambición no reconoce el secuestro ni el asesinato. Tengo principios.
Arrastro los dedos sobre mi cabeza. Estoy frustrado. Aunque odie admitirlo, el desgraciado lleva razón. Mi tío lo utiliza únicamente para delitos de poca monta. Nada que merezca cárcel.
—Tenemos que encontrarlo —. Anthony se mueve nervioso sobre sus pasos.
—Si no van a contar qué sucede me voy a tomar un café. Anoche fui a una despedida de soltero con una señorita incansable. Ya me entienden.
Sostengo al cínico por el codo.
—La vecina de Sofía ha desaparecido —Raúl escucha de lado—. Es una anciana que sufre de azúcar. Sin su insulina podría morir en pocas horas.
—¿Su vecina? Muy poco interesante para él —contesta negando con la cabeza. El muy capullo conoce a Simón mejor que el propio Simon.
—Es como su abuela. Lo daría todo por ella. ¿Contesta eso a tu pregunta? —Chillo tan alto que consigo detenerlo en su huida por el pasillo.
Se gira para apuñalarme con la mirada.
—Eso sí es más de su estilo.
—He encontrado esto —extraigo del bolsillo de los vaqueros el paquete de Marlboro vacío y arrugado.
—Mucha gente fuma.
—Estos son americanos. Ayúdame a encontrarla y sabré recompensarte.
Raúl se acaricia la frente. Es un ambicioso con poca ética capaz de vender a su madre en el camino de ascenso, pero el secuestro, eso ya es un delito. No estoy seguro de que le interese meterse en problemas tan serios.
—Ese puesto de dirección que buscas. Si me ayudas a encontrar a Elvira será tuyo. El verdadero negocio es…
—No me dejas pensar con tanta palabrería. Esa noviecita tuya te ha convertido en un parlanchín. Te prefiero como eras antes —Raúl se presiona el puente de la nariz antes de enfrentarse a la secretaria—. Loli, los depósitos de chips llegados de Taiwan, ¿conoces la dirección exacta?
—¿Chips? —Pregunto sin saber de qué habla.
—Tu tío ha comenzado a expandir el negocio. ¿No te lo contó? Uy que pena me das —dice antes de girarse— ¿Loli, tienes la dirección?
—Sí señor Raúl. Pero está muy a las afueras. Por allí no hay nada. ¿Le pido un taxi?
Anthony y yo nos miramos nerviosos.
—No hace falta preciosa, ¿puedes enviarme la localización a mi móvil? —La mujer de edad que

podría ser su madre se puso roja como el culo de un mandril —. Iremos en mi coche.
—¿Entonces nos vas a ayudar?
—El pálido de las rejas no me sienta bien. Además, tengo entendido que no planchan bien las camisas —. El crápula me contestó antes de girarse para ordenar con voz grave—. Si Simon tiene a vuestra anciana debería estar allí.
—¿Cómo estás tan seguro? ¿Cómo sabemos que no es una trampa? —Anthony se agita en sus propios pasos.
—Mira lindo de gimnasio, ¿ves estos brazos? Son de entrenamiento en la calle de la vida. Conozco a Simón. Sé perfectamente de lo que es capaz. O te hago comer un puñetazo y te demuestro que soy mejor que tú o rescatamos a la suplente de la abuelita muerta. Tú decides.
Anthony lanza humo por la nariz. Está dispuesto a golpearlo hasta desmayarlo.
—Si nos miente te ayudaré a matarlo, lo juro —. Golpeo la espalda tensa de Anthony. La frustración le recorre el cuerpo. Desconozco su historia, pero está claro que Elvira también es muy importante para él.
—Y ahora que cuento con la estimable confianza del niño bonito, ¿qué hacemos? —Raúl tintinea el mando de su coche por encima de la cabeza.
Anthony lo insulta en el pasillo. En el ascensor, al abrir la puerta del coche, y continúa insultándole durante todo el camino hacia los depósitos.
Elvira, aguanta, voy a por ti.

En casa

Yo no soy capaz de asimilar lo que estoy escuchando.
—Ese hombre chillaba y tu chico actuando como un profesional. No perdió la calma ni un minuto. Él solo se preocupaba por mí. Es un tesoro. Le dijo a ese señor que los papeles se los llevaría a la cárcel. Luego las sirenas. Y mira que son guapos esos policías catalanes, no como los de Madrid, pero casi. Me pincharon con una suavidad que ni la enfermera del ambulatorio.
—¿Pinchar?
Todos miramos a Anthony que se despatarra en el sofá agotado. Y Elvira como una rosa. A estas alturas dudo de quién ha sido el rescatado y quien el secuestrado.
—Su insulina —dice negando ante la afirmación de la guapura de los policías —. Simón quiso utilizarla para que firmases el traspaso de acciones. Según él no pensaba hacerle daño. Los agentes se lo llevaron antes de que terminase de contarnos sus planes. Imagino que luego, en el juicio, nos lo explicarán con todo lujo de detalles —. Aclara antes de aceptar una bebida refrescante de manos de Laura.
—Uy, y ese otro chico. También me trató estupendo.
Elvira se peina el cabello con la mano. Si no fuese porque ha sido secuestrada juraría que ha rejuvenecido diez años. La mujer habla de chicos salvadores como si se tratase de una telenovela de la tarde.
Abro los ojos asombrados hacia Anthony. Descreído de lo que escucha busca una galleta de chocolate de la famosa lata de Elvira. Desde que éramos niños ha mantenido ese bote cargado hasta arriba. Cookies con pepitas de leche para mí. Pepitas de chocolate blanco, para Laura. Trocitos de fresa, para Karina. Chocolate amargo, para Anthony.
—Habla de Raúl —dice disfrutando de la galleta —. Él ayudó a encontrarla. Odio admitirlo, pero es verdad. Sin la ayuda del estirado aún seguiríamos buscándola.
Las chicas, Paul y yo dejamos caer los hombros hacia adelante. Llevamos veinticuatro horas caminando por la sala de Elvira esperando alguna noticia. Cuando Blake llamó para decir que ya la tenían me puse a llorar como una niña pequeña.
Escucho el ascensor y me pongo alerta. Miro hacia la puerta. Falsa alarma. No vienen a este departamento. Suspiro antes de sentarme en el sofá más alejado. Blake no está. No ha venido con Elvira y Anthony. La pena de no tenerlo enturbia mi inmensa felicidad.
—Ese chico es lindo, pero parece un poquito canalla.
—¿Un poquito? —Paul se mete una galleta para no expresar su opinión acerca de Raúl.
—Aunque mi preferido es tu chico. Él es un amor.
—¿Blake? ¿Un amor? —Ahora es Mariam quien se mete una galleta en la boca.
—Y él está… es decir, ¿se quedó en Barcelona? —Intento parecer desinteresada.
—Tenía pasaje a Baltimore. Con lo del secuestro se le había olvidado. Se fue directo hacia el aeropuerto.
Anthony habla mientras la vida comienza a escaparse de mi cuerpo.
—¿Se ha ido? —. El pecho no sube ni baja. El aire no me llega. Me siento morir. ¿Blake se ha ido?
Las chicas no se mueven. Mariam saca su móvil para comenzar a escribir. Intenta comunicarse con su hermano. Anthony se acerca a mi lado para tocarme el hombro.
—Sofi, tenía el pasaje, pero dijo…
—Dijo que, aunque es una pena… —Elvira contesta por todo lo alto —debemos dejarle marchar.

Allí está su casa.
Anthony se acerca a Elvira. Me concentro en los dibujos de la alfombra conteniendo las lágrimas.
Blake se ha ido. Se ha olvidado de mí. Me ha dejado atrás como un resfriado superado.
—Esto no tiene sentido. Él no se… —Mariam es interrumpida por Elvira.
—¡Cariño! Él dijo que te mandaría a buscar. El muchacho es muy responsable, y tú eres su hermana, pero, claro, le era imposible quedarse.
—¿Imposible? —Todos preguntamos a la vez.
Elvira se pone de pie para preparar infusiones calientes.
—Cuando uno no es correspondido lo mejor es poner distancia.
Ahora todas las cabezas se centran en mí. Los colores del bochorno tiñen mi pálido mortal.
—Yo… yo… sí que lo… Ayer pensaba en… pero después…
—El pobre muchacho ya no sabía qué hacer para demostrarle a mi Sofi que la quiere. Incluso dijo que no tenía sentido quedarse en Madrid sufriendo tanto desprecio.
—¿Desprecio?
Elvira le mete dos galletas juntas a Anthony en la boca.
—Yo no lo desprecio —. Las lágrimas asoman confirmando mis sentimientos.
—Entonces debería decírselo. El chico se marcha por tu culpa. Estaba sufriendo.
Elvira le acerca una taza de chocolate caliente a Mariam antes de robarle el teléfono y guardarlo en el bolsillo de su bata. La chica la observa sin comprender la razón de su hurto.
—Las últimas veces que lo vi no hice otra cosa que rechazarlo. Me despedí dando por sentado que lo nuestro estaba terminado. No es verdad. Lo quiero más que nunca. Él llegó para demostrarme que mi vida era una mierda, pero con posibilidades. Si voy al aeropuerto puede que lo encuentre.
—El vuelo salió hace una hora —. Anthony mira el reloj de la pared.
—Hay otros vuelos —. Elvira me guiña el ojo antes de entregar la infusión de frutos rojos a Karina.
—Seguro encuentras vuelo para mañana o pasado —dice aceptando la taza humeante.
—Hay vuelos diarios —. Mariam confirma entusiasmada.
—La primavera en Baltimore es muy interesante —. Paul agrega mientras acepta su café amargo.
—¿Están diciendo que viaje y me presente en su casa? ¿y sin avisar? ¿y si me echa a patadas?
—Eso no va a pasar —Anthony asegura mientras huraño observa su taza —. ¿Por qué me has puesto leche de almendras con canela?
—Esa es la de Laura. Tu taza está aquí —. Elvira le muestra el chocolate espeso y el huraño malcriado eleva la sonrisa.
—Dios… —Me pongo en pie caminando de un lado a otro —. Esto es una locura. ¿Y qué hago? Toco la puerta y le digo, hola, aquí estoy.
—También es mi casa. Yo tengo llaves. Puedes entrar sin llamar—. Mariam esconde la picardía tras su taza.
—La solución se encuentra tras la acción.
Las voces de aliento se suceden después de las palabras de Elvira. Todos hablan a la vez. Me seco las lágrimas antes de ponerme a reír como histérica.
—Es una locura.
—Yo voy reservando —. Karina saca el móvil del bolso.
—La casa de Baltimore es preciosa. ¡Te va a encantar! —Mariam chilla por todo lo alto.
Su aliento es tan efusivo que me están dejando sorda. Mi risa histérica se intensifica.

—Vuelo en dos días a las ocho de la mañana. ¡Qué hago! —Karina mira la pantalla con el dedo a punto de gatillar.
Los miro a todos que se callan expectantes. Tengo el corazón en la garganta. Elvira bebe un sorbo delante de mis narices.
—¿Yo no tengo té?
—No.
—¿Y por qué no?
—Tienes que ponerte en acción —. Me sonríe acariciándome el rostro. Beso su mano con lágrimas en los ojos. Llevo unos días en los que soy una catarata con el grifo roto.
—Karina —la miro elevando la barbilla.
—¿Sí?
—¡Compra!
Laura grita mientras la otra le da al botón.
Anthony se acerca a Elvira para hablarle algo al oído sobre una embaucadora y ella le responde algo de un pequeño empujoncito. Anthony lanzó una carcajada, pero no soy capaz de continuar escuchando, las chicas me arrastran por la espalda hacia la puerta de mi casa.
—¡Paul! —Gritó Mariam por encima de mi cabeza hacia atrás.
—Las llevaré al aeropuerto. Tranquila.
—¡Te quiero Paul!
El hombre de rasgos fuertes y serios se puso más rojo que las granadas.
—Necesitas un bañador y un vestido de tirantes —dice Mariam saltando a mi lado.
—Y lencería de encaje —Laura comenta causando las carcajadas de las demás.
—No. Por favor. ¡Que es mi hermano! —Mariam se tapa los oídos.
Las cuatro reímos, aunque la mía está cargada de nervios histéricos.

Eres mi felicidad

Las manos me sudan. Si me pongo a pensar que estoy delante de su puerta con una bolsa de viaje en el hombro creo que me dará una apoplejía. Confirmo por décima vez la dirección. Es aquí. Las rodillas me bailan un reggaetón de Maluma. Miro a los lados. La escalera está cerca. Si me echa a patadas puedo correr, aunque viendo que estamos en el piso veinticuatro, le saldría más rentable tirarme por el balcón.

El portero, hombre de dos metros y de tez oscura como el tizón, destaca contra el blanco mármol de suelos y paredes. Me ha seguido por el segundo ascensor. No termina de fiarse que no sea una ladrona. O le hecho valor o llama a la policía. Mejor entro con las llaves de Mariam y luego me explico. En las noticias dicen que los americanos cargan armas y odian a los latinos.

—Mierda. Estos llaveros modernos que se apoyan sin… ay. ¡Ay! No me mate. Soy visita. Turist. Im turist. Por favor.

El hombre estira la mano acercándome un paquete de chuches. ¿Cómo?

—Lo siento —digo mirando los chicles que compró Karina para que no se me taparan los oídos en el avión —. Se me habrán caído al entrar.

—¿Are you ok?

–Yes. Yes. Soy gilipollas, pero inofensiva —digo alzando la mano con el llavero de pompón.

—¿What?

—Nothing. Thanks, you. Thank you.

El hombre se pone las manos en los bolsillos y se marcha por el pasillo.

—Llamarme gilipollas es quedarse corta. Estoy agotada y aún no he… eeeehhhhh

Directo al suelo con el culo dentro del apartamento. La puerta es una pasada. La llave abre sin necesidad de apoyarla. El sumun de la tecnología moderna. En mi piso además de meterla cuatro veces necesitas darle una patadita.

Me pongo en pie lentamente. La imagen que tengo delante me deja atolondrada. Estoy en una sala cuyo tamaño es más grande que toda mi casa. Al fondo las paredes de cristal reflejan el resplandor del sol chocando con el agua de la bahía. A mi derecha dos sofás inmensos se pierden entre tantos metros. La decoración es minimalista. Utilitaria. Y preciosa. A la izquierda una cocina de blanco impoluto se une al salón en un inmenso espacio abierto. Jamás he visitado una casa igual. Lo más cerca que estuve de algo así fue el programa de decoración que mi abuela y Elvira veían por la tele.

—Por favor, deja la bandeja en la mesa.

La voz de Blake aparece algo ahogada. Quiero decir, la voz de Blake y su cuerpo. Es decir, su cuerpo y su voz bajo una toalla que le cubre la cabeza. Lleva unos pantalones cortos mientras se sacude los cabellos húmedos. Apoyo el bolso en el suelo y cierro los ojos. He ensayado tanto lo que iba a decir que lo he olvidado. De espaldas a mí tira la toalla y busca su cartera.

—Puedes quedarte con el cambio... ¿Sofía?

Su extrañeza me pone contenta. Le pedí a todos que por favor no le dijeran nada. Según sus ojos de huevo duro brillante veo que lo han hecho. Estamos enfrentados, aunque a cientos de kilómetros de distancia. En este salón podría jugarse un partido de fútbol sin que el equipo se pisase.

—Yo… vine a verte.

—¿Estás bien? ¿Elvira? ¿Las chicas? ¿Tú?

—Todos estamos bien.

Los ojos preocupados de Blake se borran. Los míos se acojonan. Miro a los lados. Comparar mi piso de cuarenta metros con esta casa no ayuda. Soy la cenicienta después de las doce. Mi bolsa de viaje de colores entusiastas resalta ante la minimalista decoración del dúplex.
—¿Cuándo has llegado?
—Ahora mismo. La puerta… el portero… yo pensé en un tiroteo… una historia demasiado larga. Mariam me dio sus llaves.
Hablo intentando que el espacio no me haga sentir una mosca insignificante.
—De saber que vendrías te habría ido a recoger al aeropuerto.
Blake se acerca a la puerta y la cierra. Pasa por mi lado sin rozarme. Mi corazón es un caballo desbocado. Está tan guapo que la confianza me abandona. Mi pequeña casa, mi vida desastrosa, mis trabajos mediocres…
—Acción.
—¿Cómo dices?
Elvira, espero que tengas razón o de esta vergüenza no sobrevivo.
—Digo que estoy aquí porque te quiero y no quiero perderte.
—Sofía…
—Sé que soy una insegura con muchos miedos. Y tenías razón, el pasado no me ha dejado confiar en ti. Ni en mí. Por eso estoy aquí. Para decirte que quiero dejar atrás el abandono. La Sofía abandonada ya no tiene cabida en esta nueva etapa. Estoy empezando a creer en mí y me gustaría que tú estés a mi lado.
—Cielo —sus pasos se acercan de forma lenta.
—Quiero ser tu felicidad y que tú seas la mía.
—Tú ya eres mi felicidad.
—Soy una tonta con muchos miedos, lo sé. pero estoy mejorando. No tengo piernas largas ni soy pelirroja y mi piso es una caja de cerillas, y puede que cuando duermo muy profundo ronque un poquito. Aunque eso no esté comprobado.
—Lo está —. Se acerca tanto que el latir de su corazón choca con el mío.
—Sé que te fuiste porque pensabas que yo no te quería. Eso no es verdad. Te quiero muchísimo. Te quiero tanto que volver a la soledad de no tenerte es un infierno. Solo quiero una oportunidad. Una sola. Prometo quererte mil veces más que cualquier otra chica que hayas conocido antes. Yo quiero ser tu felicidad y que tú…
—Shhh. Cielo, ¿no has escuchado lo que he dicho?
Las manos fuertes y ásperas me rodean el rostro. Pienso y pienso, pero nada. Como palabras de Blake no me viene nada. Mi cerebro está en stand by.
—He dicho que ya eres mi felicidad.
—¿Eso significa que no vas a dejarme? —Sorbo por la nariz las lágrimas que se escapan.
—Cielo, yo jamás te dejaré.
—Pero estás aquí. Te fuiste de Madrid. Dijiste que no tenías razón para volver.
—¿Creíste que no volvería?
—Elvira me lo contó todo.
—¿Elvira?
—Ella me dijo que te ibas porque no soportabas vivir en Madrid sin tenerme.
Blake me rasca el cabello.
—Y no lo soporto. No soporto un minuto sin ti. Por eso vas a quedarte conmigo una temporada tan larga como toda nuestra vida. ¿Qué te parece?
—Sí, pero además tienes que saber alguna que otra cosita. Verás…

Sus labios se aferran a los míos con cientos de palabras de cariño que se pierden dentro junto a mi lengua. Mi boca se abre permitiéndole adueñarse del interior que siempre mantuve escondido. La pieza oscura de mis miedos se rompe en pedacitos que dejo marchar con el viento del olvido. Me estiro para alcanzar mi pequeño gran lugar. Enrosco las manos tras su cuello mientras él se agacha regalándome su cuerpo. Él es yo y yo soy Blake. Dos amores aprendiendo a entregarse. Su mano baja por mi espalda deteniéndose en las montañas de mis nalgas. Presiona con fuerza. Su posesión es impaciente. Su necesidad de tenerme un tormento que me devora. Afirmo mi cuerpo contra el suyo. El tacto de piel contra piel es mi urgencia excitante. Las palabras no me bastan. Ser suya es una intensidad vital.

—Cielo…

La voz pastosa es grave y profunda al elevar mis brazos. La camiseta vuela por los aires. El calor húmedo de la bahía golpea mis senos. Estiro el cuello hacia atrás. Los sentidos se agolpan tras mis ojos cerrados. Pájaros que picotean tras el sonido de un motor de un barco que parece no tener prisa se mezclan con el calor de una tarde que comienza a declinar.

—Te quiero tanto. Lo siento. Siento haberte mentido. Tenía tanto miedo que no pudieras verme.

Su voz se pierde entre los besos en la base de mi garganta.

—Siempre te he visto. Me gustaste desde el primer momento que te cruzaste en mi carril.

La voz divertida se fusiona con la excitación que provoca su mano en mi espalda desnuda.

—No me refiero a eso.

Su cuerpo se estira para mirarme a los ojos mientras delinea el borde de mi sujetador con su dedo.

—Necesitaba que me vieras a mí.

—¿Y qué tenía que ver exactamente? —Las palabras se me entrecortan al sentir su mano hacerse lugar entre la tela y acariciar mis pechos ansiosos.

—A un chico al que has conquistado desde dentro. Tu sangre me salvó una vez, pero tú me salvas todos los días.

El sujetador cayó antes que me lanzara a sus brazos. Quiero besarlo hasta comerlo. Sus manos se aferran a mi cintura y me elevan por encima del suelo.

—Aún no te he enseñado la casa. Comenzaremos por mi cuarto.

Sonrío al aire mientras observo por encima de su hombro el brillante atardecer de la bahía. El crepúsculo radiante de oro, ardiente rojo e intenso naranja me guiña un ojo entregándome su paleta de color.

Epílogo

—No quiero irme.
Una semana en Baltimore no es suficiente. Me estiro en la inmensa cama mientras las persianas automáticas se abren. Al otro lado las gaviotas vuelan por encima de una bahía que aún duerme.
—Volveremos pronto, lo prometo. Ahora no seas vaga y arriba que el avión no espera.
Salto desnuda sin preocuparme de la celulitis ni las estrías. Soy la misma de anoche y la misma de mañana. Ya no me preocupo por lo que no puedo cambiar. Vivir el momento es más placentero.
—Antes mi beso.
Blake me sujeta por la cintura y me eleva hasta quedarnos cara a cara. No me sube por los aires porque sea bajita sino porque mi intensidad sexual es de altura concentrada.
Mi boca choca con la suya con la potencia del décimo beso en los momentos previos al sexo. Ese que muerde desesperado y va a por más.
—Llegamos tarde…
Sonrío poderosa al ver como su equilibrio se pierde ante el deseo por volver a tenerme bajo su cuerpo. Otra vez.
—¿Y eso?
Me suelto de su cuello para acercarme al oso que se encuentra sobre su maleta.
—¿Rainbow?
— Es Love. Y es tuyo.
—¿Cómo?
Blake se sienta sobre la cama y me arrastra sobre sus piernas. El oso me acompaña.
—Mi madre nos lo regaló. Rainbow era mi oso. Esta es Love. Y es tuya.
—Love… Love…
Repito una y otra vez buscando en mi cabeza. Frunzo la nariz. La cabeza me presiona la sien. Unos recuerdos turbios se aclaran.
—Un niño… Recuerdo a un niño sujetando el peluche. Él lloraba y yo… se lo di —Blake me acaricia el rostro con la mirada cargada de emoción —. Muchas veces tuve el mismo sueño. El niño llorando y yo regalándole a Rainbow.
—No fue un sueño. Y no era Rainbow —dice acomodando mi melena tras la oreja —. Mi madre nos lo compró. Rainbow era para mí. Love era tuya. Creciste y comencé a llamarte como a la osa porque eras igual de tierna y adorable. Cuando tu abuela vino estaba tan desconsolado que te acercaste y me entregaste a Love. Tú te llevaste a Rainbow. Con tu vocecita que apenas sabía hablar me pediste que no llorara, dijiste que tú cuidarías de él y que yo debía cuidar de Love. Hasta que…
—Nos volvamos a encontrar. Despertaba repitiendo esas palabras.
Sus ojos negros brillan con una profundidad que acabo de comprender. Su brillo era más que sexo o que enamoramiento. Su mirada era la de un amor que nunca se perdió.
—Ahora sí me estás viendo.
—No era por agradecimiento ni por la herencia —digo confundida.
—No. Cuando el coche que te llevaba se puso en marcha grité con todas mis fuerzas.
—Hasta que nos volvamos a encontrar…
—Y te encontré.
Su frente se apoya en la mía. Love se encuentra en medio de ambos. Los abrazos vacíos que

siempre sentí insatisfechos se encuentran rellenos por él. Me siento completa. Mi ciclo se cierra y mi presente abre las puertas a mi futuro. Este es mi cielo, estos son mis sentimientos y esta es mi mandala. Me llamo Sofía y soy la joven que al fin aprendió a pintar.

Serie bajo nuestra estrella
Libro II
Antes de Amarte
Había una vez una joven que teniéndolo casi todo, el casi le completaba su único todo. Un casi que besaba todas las noches al aire y al que llamaba con el nombre de Paul.

Series Diana Scott
Infidelidades
Stonebridge
Doctora Klein
La cofradía de las comunes
Bajo nuestra estrella

Antes de amarte

By
Diana Scott

2023

Serie “Bajo nuestra estrella”

Índice

PARQUE DEL RETIRO

NOCHE VIEJA

CONSEJOS

CONSEJOS BIEN AVENIDOS

SALTO Y REGRESO A LA CASILLA

ZORRA

CAMBIOS

PAUL

NO SOY ESA

PAUL

CENA

¿ERES TÚ?

EL COMPROMISO

SEGUIR

ATRAGANTADA

NO POR FAVOR

PAUL

EL AVIÓN

LA DISTANCIA

EL PROVEEDOR

SIGUIENDO EL CAMINO

LAS NOTICIAS VUELAN

NO ME DESPIERTES

DESPERTAR

PAUL

ESCUCHA EL SILENCIO

JUNTOS

PAUL

TE TENGO

LA PRUEBA

CAMINANDO EN LA FELICIDAD

PAUL

FELICES

SOLO ERAS TÚ

NO DUERMAS

LA FIESTA

ABRE LOS OJOS

DOLOR

PAUL

MADRINAS

NO VUELVAS

EXPLICACIÓN

ESTO ES UNA DESGRACIA

AGONÍA

PAUL

REVELACIÓN

CONFESIONES

UN CAMINO INCIERTO

PAUL

OLVIDARTE

COMENCEMOS

“Amo como ama el amor. No conozco otra razón para amar que amarte.
¿Qué quieres que te diga además de que te amo, si lo que quiero decirte es que te amo?”
Fernando Pessoa

Parque del Retiro

—Que alguien me explique por qué estamos aquí.
—¿Otra vez?
—Sí. Repítelo.
Karina, ignorando la ley de la gravedad, me empuja hacia la silla dura de madera. Mi pobre culo aplastado no se divierte de la carcajada de Laura que, a su lado, se carcajea como niña traviesa. Si la novia de mi hermano estuviera aquí diría que estas dos acaban de aplastarme contra la silla como a un crepe chamuscado.
Injusticias de la vida. Mientras mi hermano y Sofía comparten un fin de semana romántico en Sevilla, yo me encuentro en el Parque del Retiro, sufriendo el secuestro de sus queridísimas amigas desquiciadas.
Laura, diseñadora de moda, posee un corazón que supera sus curvas felices. Karina, muy por el contrario, es la amiga que lo enumera todo. Los gastos, las oportunidades, el amor, el azar e, incluso, el destino. Y por eso estoy aquí, en mitad de una preciosa pradera, esperando a que una señora lea en unas cartas viejas el futuro que desconozco.
Intento no renegar mucho en voz alta, después de todo, son las mejores personas que he conocido en toda mi joven vida. Ellas me entregaron su simpatía sin conocerme. Y yo he aprendido a quererlas a pesar de que algunas veces se les aflojen los tornillos.
—Ella es Madam Chef-d'œuvre.
Karina me enseña a la mujer de manto enroscado en la cabeza.
—¿Es cocinera?
—Mira que eres divertida.
—¿Lo soy?
Camino dos pasos hacia atrás. No puedo. Tengo los muslos encajados en la silla.
Mi espalda se pega al respaldo negando acercarse a la mesa. La imagen de la señora que tengo delante absorbe el total de mi valentía.
Paul, mejor amigo de mi hermano y fuente insensata de todos mis sentimientos poco platónicos, dice que soy una niña con el mismo valor que dulzura. O, eso decía, antes de retirarme la palabra.
Qué equivocado estaba...
Me refiero a lo de la valentía, por que lo de no hablarme es algo que continúa vagando en el vacío de las explicaciones. Un día decidió comenzar a tratarme con aspereza y así seguimos. Nuestra relación es un edificio en construcción. Un día recibo una manaza de cal áspera y al siguiente una de colorida pintura. Desde un tiempo a esta parte antes de hablar lo observo para saber si ese día toca paletada o pincelada delicada.
—¿Qué hace?
Los resoplidos que realiza al aire espantan a las palomas.
—Se prepara para conectarse con el mundo espiritual.
Detrás de la mesilla que baila inestable sobre el mullido césped, la mujer se parece a una… ¿bruja? ¿Medium de espíritus aturdidos? ¿Loca desquiciada? ¿Todas las respuestas anteriores? Yo pondría una X en la cuarta opción si las manos de las chicas no me apresaran como a loca de manicomio.
Los collares se le retuercen el cuello rechoncho para terminar apoyándose en los abultadísimos pechos que chocan con la mesa. Ajena al tintineo murmura frases al cielo mientras enciende dos velones de color rojo.

A nuestra derecha, y ajenos a mis súplicas de liberación, los niños circunvalan un teatrillo portátil con cajones de manzanas perfectamente apilados. Los titiriteros hablan con voces graciosas al revolotear las patas de palo de sus marionetas. Los pequeñajos, enloquecidos con el espectáculo, aplauden por encima de sus cabezas. Todos parecen felices. Todos menos yo. ¿Si al menos recordara en qué momento consiguieron embaucarme en esta locura?
Siempre he pensado que al poder oculto hay que tenerle respeto. No es que yo crea, pero la prevención siempre es mejor que la picadura. Y si no que se lo digan a mi hermano Blake. Una vez removió un avispero y Matilda terminó pasando la noche con él en las urgencias del Johns Hopkins. Desde ese día se llevó mi sensible, delicado y amoroso apodo de: Atontado.
Mis temores acerca de los poderes ocultos vienen desde niña.
Lo que se ve es porque está. Y lo que no se ve, también. ¿Qué puede existir más peligroso que eso? El odio, el amor, los celos y la pasión destruyen o alimentan, pero ¿se pueden ver? ¿a que no?
—Madam Chef-d'œuvre es la mejor de todas las tarotistas —Karina me murmura al oído —. Es la mayor hechicera que existe. Su poderío es único. El día que nos visitó a los estudiantes de *descubretufuturo.com* nos dejó con la boca abierta. El tiempo que pude escucharla me resultó maravillosa.
—¿El tiempo que pudiste escuchar?
—Las clases fueron online y la wifi de mi vecino iba fatal.
—¿Tu vecino?
—Sí —dice apuntando hacia la nariz de Laura — esta mujer trajo a Patán a mi casa. La mesilla de noche acabó por el suelo y los cables de Internet mordisqueados.
—Es un cachorro que no sabe lo que hace.
—¡Tiene tres años! Quiero decir que… —baja la voz a niveles de murmullo silencioso. No desea interrumpir la concentración que necesita la mujer para acomodar dos velones mientras murmura a la Pachamama— lo malcrías como a un bebéééé —la última letra se ahoga en un grito atragantado y repetitivo para no molestar a la espiritista—. En fin, como no pensaba perder la clase magistral por nada del mundo, hacké el ADSL de mi vecino. Pero, como el agarrado no respira para no gastar aire, algunas predicciones de Madam Chef-d'œuvre se me perdieron por cortes publicitarios.
—¿Cortes publicitarios?
—Sí. Algo demasiado largo de contar. Tú no te preocupes. Lo esencial lo capté y resultó ser admirable.
Me rasco la frente para no emitir mis opiniones en voz alta y que ella sí pueda atrapar mis insultos sin cortes publicitarios.
Sofía me advirtió que no les hiciera caso. Que puedo decir, soy demasiado joven para aceptar consejos sabios.
—Madam Chef-d'œuvre te dirá todo lo que deseas saber.
—No necesito saber nada.
—Sí lo necesitas. Y por eso te hemos traído.
Karina contesta mientras Laura no es capaz de esconder la carcajada. Tengo la sutil impresión que ella no termina de convencerse de los poderes ocultos de Madam Chef-d'œuvre.
—¡No quiero que lean mi futuro! —Chillo intentando ponerme en pie. Las manos de Karina son anclas engarzadas en mis hombros —. Estas cosas del ocultismo prefiero que se queden donde están. Esto es Europa y todos conocemos su historia acerca de las brujas y el fuego. Yo me voy a casita.

—Sí que quieres saber. Todas queremos.
—Puedo asegurarte de que yo no quiero —replico apuntando la barbilla hacia arriba para enfocarla mejor. La silla de pata coja es más baja de lo normal.
—Menuda tontería. Qué mujer no querría conocer su final feliz.
—¿Me va a hablar de mi muerte? Sentaros una de vosotras dos. Por favor…
—Nosotras no tenemos por quién preguntar.
—¿Y yo sí? Si lo tuviera no estaría un domingo por la mañana en mitad de un parque esperando a que la pitonisa regrese. Refunfuño aprovechando que se ha levantado para ir en busca de… —¿Qué está haciendo ahora?
La mujer reaparece con un trébol entre sus dedos. Lo acomoda ceremoniosamente junto al mazo de cartas. Al sentarse la falda se le ahueca como inmensa carpa de circo.
—Yo me voy.
—Tienes a Paul —Laura susurra en mi oído mientras Karina me atornilla contra la silla.
—¡Yo no tengo a Paul! —La pitonisa frunce el ceño al escuchar los chillados —. No tengo a Paul… —murmuro por lo bajo.
Las chicas no me hacen el menor de los casos y la desgana me impide continuar discutiendo. No necesito a ningún tarotista para saber que él no me quiere.
Cuando yo entro, él sale. Si salgo, desaparece. Si le hablo no contesta. Si contesta se enfada. El último año ha sido el peor de todos. Su trabajo junto a mi hermano le ha obligado a permanecer más tiempo en Madrid que en Baltimore. Las primeras veces me alegraba de tenerlo cerca, sin embargo, como siempre nos pasa a las enamoradas no correspondidas, el tiempo se convirtió en horas sin acción.
—Madam Chef-d'œuvre, soy Karina. Quiero agradecerle que nos haya hecho un hueco en su apretada agenda.
Observo a los lados. ¿Apretada agenda? Somos las únicas junto a su mesa. La gente se encuentra demasiado ocupada disfrutando de su paseo, comprando bijouterie o sonriendo con los titiriteros.
La mujer no contesta. Su cabeza se encuentra concentrada en las cartas que esparce sobre la mesa. Se mueve nerviosa. Hace tantos aspavientos que un cartón sobrevuela y aterriza a un lado de la pradera. Laura, gentil como siempre, se agacha para levantar la carta.
—¡No la toques!
El grito áspero me paralizó los reflejos. El corazón y la respiración continúan funcionando. Creo.
—¿Nos podemos ir?
Susurro en tono de súplica tan extrema que Laura se lo piensa. Mi instinto me dice que se encuentra al igual que yo estudiando las alternativas de escape. Karina, ajena a nuestros temores, clava la vista en las cartas.
Las pupilas de la pitonisa se abren y cierran mirando los dibujitos enmarcados en las cartas. Con lentitud recoge el cartón del suelo y lo eleva por encima del humo del sahumerio. La brisa que esparce choca de frente contra la cara del titiritero que estornuda antes de mirarnos molesto. Le contesto alzando las manos. No es mi culpa. Si por mi fuera me encontraría en casa con la cabeza escondida bajo una manta.
—Mejor me voy.
—¡No te muevas!
Otro grito de esta loca y el corazón se me cae por las pantorrillas.
¿Por qué no estaré en casa leyendo? Las novelas románticas matan de amor, no de un infarto erosionado desde los bajos fondos de los poderes ocultos.
—No puedo creerlo…

Aplacando los temblores de las manos entre mis rodillas observo a los lados. Tres chicas masticando palomitas saladas se han detenido junto a nosotras. Están de lo más interesadas. Una señora de chal negro y con cabello tintado de rubio cenizo se une al espectáculo. Todos ellas nos observan expectantes. Esto es España. La gente nace con el chismorreo estampado en el ADN.
—Es la torre.
Al sentirse el centro del espectáculo la bruja aumenta el nivel actoral. La carta que segundos antes se encontraba en el suelo vuela por encima de su cabeza para terminar chocando contra mi nariz.
—¡Ay!
Otro golpe y se lo devuelvo.
—La torre habla.
—¿Habla? ¿Y qué dice? —Respondo acariciando mi dañado olfato.
La intriga ha conseguido ganarme. Un poquito.
—El pasado se derrumba. Los postes caen. El cielo se hunde.
Las bocas de las presentes se transforman en una inmensa O. Karina agacha la cabeza estudiando las cartas extendidas y Laura presiona mi hombro contra la silla. Si buscaban asustarme lo han conseguido. Cómo puede ser que no lo hayan visto. ¡Soy joven e influenciable!
—¿El cielo? ¿El fin del mundo? ¿Vamos a morir todos?
—No.
—¿No? ¿no a qué? ¿morimos todos? ¿voy a morir sola? ¿moriré sin Blake? —Laura y Karina me miran desconcertadas—. ¡¿Qué?! Es mi hermano. Si no para de gritarme todos los días porque no quiere que ande sola por la noche qué menos que morirse conmigo.
Karina sacude la cabeza antes de volver a concentrarse en las cartas sobre la mesa.
—El diablo.
Comenta señalando con el dedo a un loco medio desnudo que vuela. La pitonisa observa y habla como si se encontrase delante de un cadáver de la morgue. Estoy asustada. Yo soy el fiambre fresco.
—¿Cuánto tiempo me queda? Hablen. Estoy preparada para todo.
Karina frunce la mirada sin separar la vista de las cartas mientras habla a la mujer.
—Quizá si escoge otra…
—¡Sí! Lance otra Madam cocinera.
La pitonisa acepta la orden. Gira tres nuevas cartas. Ambas abren los ojos estupefactos.
—¿Cuánto me queda? Soy valiente. Hablen sin paños fríos.
A estas alturas las jovencitas dejaron de masticar palomitas. La señora del chal por el contrario acerca la nariz.
—No vas a morir.
El aire alcanza nuevamente mis pulmones.
— El velo del futuro se presenta ante mí con nitidez. Debo confesar que veo un camino tenebroso. Las nubes de la incertidumbre y los desafíos se ciernen sobre tu cabeza.
—¿Qué significa eso? ¿Ve mi muerte?
—El futuro es como el océano, siempre cambia.
Gira dos nuevas cartas que la obligan a persignarse. La señora imitó el gesto.
—¿Y ahora qué?
El tormento del futuro se me atraganta entre los dientes.
—Deberías regresar otro día.
—¡No!

Madam cocinera, o como se llame, intenta recoger las cartas. Detengo sus manos sobre la mesa. A estas alturas no estoy como para intrigas.
—La chica tiene derecho a saber.
La señora con peinado forma casco moto habla tajante. No necesito ser tarotista para saber que busca material fresco para sus cotilleos semanales con las amigas del bingo.
—Niña, eres dulce y buena. Las personas no suelen ver más allá de tu cobertura. Eres preciosa. Tus cabellos son caricias del sol. Tus ojos son la pradera donde descansa la humedad del cielo. Las cartas no mienten. Esa soy yo. Una chica preciosa con grandes valores no descubiertos. No podría haberlo descrito mejor. Al fin las cartas dicen algo cierto.
—Pero ...
—¿Pero?
—El cielo estallará y destrozará tus flores coloridas. El engaño y la malicia te ahogarán. El cielo te envolverá y su silencio te dará paz. Será entonces el momento en que el azul te despedace sin piedad.
La mujer alza los ojos por encima de las cejas. El turbante encajado a presión apenas se le mueve.
—Caerán piedras y granizo. Las lágrimas inundarán tu belleza. Tu inocencia se perderá en la oscuridad de la espesa tempestad.
Las chicas que segundos antes engullía palomitas se marcharon con pasos de cangrejo. La señora de peinado casco moto también se marchó no sin antes pegarme con su bendición en la frente. Vuelvo a quedarme con la única compañía de Karina y Laura. La saliva temerosa se esconde entre mis muelas.
—Me voy a mi casa —me levanto para marcharme. Las chicas ya no me retienen —. Esto es una tontería.
Camino un paso cuando la voz de la mujer golpea contra mi espalda.
—El cielo azul no es azul. Las tormentas que en su interior se esconden son tan electrizantes como sus secretos. Por favor —la mano tras de mí extiende algo—llévala siempre contigo.
—¿Qué es?
Observo la pulsera de plata con un pequeño símbolo.
—Es la llave de la protección. Ella te indicará el camino.
—¿Qué camino?
—Deberás conservarla hasta que su poder venza a la tempestad. Cuando tu amor sincero conquiste las tempestades del cielo para siempre, ella abandonará.
Niego con la cabeza.
—No entiendo una palabra de lo que dice.
—Gracias Madam Chef-d'œuvre. Yo me encargaré de que la utilice.
Necesito salir de este maldito parque. El aire fresco y el sol cálido de un precioso noviembre me aplasta la cabeza.
—¡Los cielos son claros bajo las tempestades! ¡No lo olvides!
Los gritos de la mujer se quedan tras de mí. Jamás debí haber venido.

—¡No quiero nada del más allá!
—Esto es del más acá. Y te la pondrás. Es una pulsera preciosa.
—¡No!
Me retuerzo ante el placaje de Karina. Laura ajena a mis súplicas coloca los platos sobre la mesa. Si no fuera porque su apartamento se encuentra frente al gran Parque del Retiro, y porque me

empujaron hacia la entrada, me habría ido.
—Ya está —mi atacante peina sus cabellos de forma victoriosa al ver el amuleto brillando en mi muñeca.
—Me la quitaré en cuanto llegue a casa.
—No lo harás —Karina afirma con tanta crudeza que Laura se queda mirándola sin apoyar los vasos en el mantel.
—Eres la socia de Sofía. Ella te quiere y tú a ella. Por no decir que tu hermano muere por sus huesos.
—¿Qué tienen que ver ellos en todo esto?
—¿Te has puesto a pensar que esa mala suerte se puede extender hacia tus seres queridos?
—Yo no… Eso no puede ser.
Jamás dañaría a Blake ni a su novia. Ellos son todo lo que tengo. Blake me cuidó como un hermano padre. Él lo es todo para mí. ¿Y Sofía? Ella no es solo su novia. Ella es mi socia y mi mejor amiga. Me entregó las acciones de la Agencia sin pensar en la pérdida económica que simbolizaría en su futuro. Tuve que insistir meses para que se quedara a mi lado. Ellos son toda la familia que tengo.
— Madam Chef-d'œuvre jamás ha fallado en sus predicciones.
—Puede que la wifi robada no funcionara en el parque.
—No te la quites —ordena sin hacer caso a mi ironía—. Es un amuleto bonito. Solo deberás usarlo hasta que el mal haya pasado. ¿Cuál es el problema?
—Hasta que la pradera venza al cielo y el granizo se transforme en dulce humedad. ¿Qué quiso decir?
—No tengo ni idea.
—Paul tiene ojos azules —Laura apoya el último vaso antes de hablar.
—¿Y?
—El cielo es azul.
—Sus ojos son azules como el de miles de personas. ¿Qué tiene que ver eso con la predicción?
—Queríamos que Madam Chef-d'œuvre nos dijese algo de Paul. Puede que la pitonisa…
—La pitonisa ¿qué?
—La lleva te protegerá y te dirá cuando el mal haya pasado. Eso es lo único que importa en estos momentos —Laura niega sus conclusiones anteriores.
Acercándose a la puerta recibe la bandeja de pollo tikka masala con arroz. La pulsera se mueve nerviosa en mi muñeca.
—Vosotras dos habéis llegado a una conclusión. Hablad.
Karina regaña a Patán que intenta sentarse en su sitio. Laura apoya la bandeja humeante sobre la mesa.
—Estoy lista para escuchar. No soy una cobarde. ¿Qué están pensando?
—Eres una niña preciosa y los chicos caen rendidos cuando te conocen. Olvídate de tonterías del mundo oculto. Ha sido un error que te echaran las cartas del Tarot. Ahora vamos a comer antes que Anthony llegue y se coma… Ya está aquí.
Laura se acerca nuevamente a la puerta para abrir.
Anthony acaricia las orejas del perro que salta por los aires al verle.
—A veces creo que olfateas la comida mejor que Patán.
Anthony, besa las mejillas de su amiga con fuerza, antes de sentarse y dominar la conversación contando divertidas experiencias de su sábado noche.
La pulsera tintinea en mi muñeca. Está bien, te quedarás, pero solo hasta que ganes esa famosa

batalla que debes ganar. ¡Ay, madre! Estoy hablando con una diminuta llave colgada en una pulsera. ¿Quién está más loca? ¿La loca que predice o la loca que le hace caso?

Noche vieja

La discoteca es un árbol de navidad que enciende y apaga sus luces ante los gritos al aire. La música refleja la vida que circula por las venas del deejay. Anthony se concentra en la bandeja de discos que acaricia con la mano izquierda a la vez que sujeta el oscuro auricular con la derecha. La gente chilla y le sonríe feliz. Él dice que esta es su afición de tiempo libre. Es increíble como alguien puede ser tan bueno en sus aficiones como en su trabajo diario. Cuando yo despierto por las mañanas demasiado tengo con acertar el hueco de la puerta del baño.

¡Seis! ¡Cinco!

Luces moradas serpentean el salón atestado. Los saltos se detienen. Los gritos lo inundan todo.

¡Tres! ¡Dos! ¡Uno! ¡Feliz Año!

Bajo la sonrisa del cava las nacionalidades de españoles, alemanes, italianos y una americana como yo, se pierden entre fuertes gritos de algarabía.

Los chicos golpean las manos con las espaldas de sus amigos entre fuertes carcajadas alcoholizadas. Las chicas con sonrisas sensuales y divertidas marchan al centro de la inmensa pista. La música suena estridente y las caderas de las preciosas muchachas se quiebran enseñando su mejor paso de baile. La noche acaba de comenzar.

—¡Feliz año!

Sofía se acerca para colgarse de mi cuello. La beso con igual felicidad. La adoro. Es la hermana que nunca tuve. Además de ser la única chica que ha conseguido que mi hermano, un mujeriego incapaz de salir dos veces seguidas con la misma mujer, se encuentre feliz y tranquilo. Es divertido ver como una pequeñaja de estatura concentrada consiguió domar al gran maestro del escapismo amoroso.

Cuando mis padres murieron en ese terrible accidente de tráfico, Blake se convirtió en mi hermano padre oficial. Encargado de una niña que apenas sabía su nombre, él lloró, se enfadó y cuidó de mí como solo los buenos hombre harían. Sofía es la mujer que tanto necesitaba. Ella se encargó de completar nuestra incompleta familia.

Suele decirse que cuando tus seres queridos son felices tú también lo eres. Me temo que en este caso mi felicidad debería estar presidida por un casi. Y ese casi se encuentra al otro lado de la sala. Un rubio que me saluda alzando una copa en la distancia. Le contesto sonriendo y ocultando el dolor que me causa verlo junto a la morena de cabellos largos que se encuentra a su lado, y que, al parecer, sí es merecedora de su saludo cercano. Aunque ella no sea la que pasa horas tras la puerta esperando a que él llegue de visita.

Así es el amor que no se tiene, sufridor hasta en los momentos felices.

Descanso la espalda contra la pared.

No soy tonta.

Sé que espiarle no ayuda a mi corazón enamorado, pero, quién sabe, puede que de tanto sufrimiento el llanto se convierta en sequía y el desamor en olvido.

Mis pensamientos se insultan a ellos mismos. Tragué las doce uvas sin masticar. Puse un anillo de oro dentro de la copa espumante y llevo ropa interior de un rojo infernal. Todo por cumplir con el ritual de la buena suerte. Una que me este año parece que tampoco voy a alcanzar.

Mi espectáculo actual es lamentable. Con un vestido negro ajustado hasta los huesos y diseñado por las manos de la ingeniosa Laura, debería estar buscando la felicidad en manos de cualquier borracho en lugar de agazaparme en un pasillo oscuro observando como el amor de mi vida

acerca sus labios al oído de una muchacha que estoy segura de que no conoce. Alta, elegante y con pómulos redondeados la muchacha es una verdadera belleza andaluza. Tengo tantas ganas de romperle la cara como de llorar. El corazón me duele por sus tres esquinas. La del amor, la de la esperanza y la de la soledad.
Dicen que los sentimientos son como el ave fénix. No estoy tan segura. Quizá de tanto sufrir por Paul un día mi esperanza se agote y decida que eso del amor no nació para mí.
—Esto no te hace bien.
La voz gruesa de Anthony se pega junto a mi.
—No sé a qué te refieres.
Bebo otro sorbo para esconder la vista dentro de la copa.
—Deberías dejarlo ir. Mereces que te quieran.
¿Merezco? ¿Quién decide lo que merecemos? ¿Merecía una niña que apenas hablaba perder a sus padres? ¿Merecía ser una interna junto a unas monjas que les parecía pecaminoso consolar el llanto?
Adoro a Paul, no importa si lo merezco o no.
Mi corazón late desbocado cuando lo ve. Mi respiración se contrae cuando su boca se acerca. Cuando mis amigas pensaban en rostros de cantantes yo pensaba en él. Paul siempre fue mi estrella de rock inalcanzable. No me importan las reglas escritas del benefactor merecimiento. Quiero a Paul más allá de extrañas compensaciones paranormales.
—Esto es un hervidero de gente.
Sofía nos alcanza agitada. Mi hermano intenta acercarse con un par de bebidas por encima de la cabeza. La gente choca con él moviéndolo de un lado a otro. No termina de entregar un vaso a su novia cuando dos chicas lo sujetan por la cintura y lo giran.
—Uy, uy… Creo que os habéis equivocado de persona.
—Yo creo que no. ¿Castaña o morena?
—¿Cómo?
—Yo soy morena y ella castaña. Escoge a una de las dos.
Las chicas revolotean las cabezas dispuestas a pasar una noche con su melena al viento junto al cuerpo desnudo de mi hermano.
—¿No pueden ser ambas?
Ha bebido demasiado. Y mira que le tengo dicho. Si bebes no hables porque te vuelves más atontado de lo que ya eres.
—¿Un trío? Pero que idea más interesante…
Blake sonríe con desparpajo. Es una de sus cualidades cuando el alcohol inunda su escasa neurona. Su seriedad formal se transforma en divertida sensualidad. Y aunque me cuete reconocerlo, el chico es guapo a rabiar. A pesar de que en estos momentos la negrura de sus pupilas reboza gin tonic por los lagrimales y la de Sofía reparte dardos de arsénico en su dirección.
La chica castaña se pegó a su torso enseñando mercadería. La morena lejos de quedarse atrás lo sujeta por la cintura. Ambas exponen sus atributos en formato catálogo desplegable.
—¿Te gustaría probar qué se siente estar con dos a la vez?
El infeliz se carcajea. Está claro que los ojos de la nuca no le funcionan lo suficientemente bien como para ver la furia de su novia.
—Os agradezco, pero ya lo he probado.
Cierro los ojos. Mi hermano acaba de meter la pata hasta la ingle. La cara de Sofía aclara mis dudas. Estoy a punto de perder el único hermano que conservo con vida.

—¿Tú casa o la mía?
Las chicas lo encierran en el centro de su círculo.
—Aceptaría si no fuera porque llevo cadenas.
Blake alza las manos mientras intenta atravesar la barrera que lo aísla de nosotras.
—Tranquilo, soy especialista en romper relaciones.
La morena lo sujeta por el brazo derecho. La castaña por el izquierdo. Sofía se aleja con cuatro pasos hacia atrás. Blake se gira buscándola.
—Estoy felizmente atado. Ahora si me permiten…
Blake impuso su metro ochenta y cinco para separar a las siamesas y atravesar la barrera. Las lobas giraron para mirar a la afortunada a la que él estiraba los brazos.
—Ven aquí —. Las palabras melosas de Blake son suaves al intentar sostener por la cintura a la escurridiza novia.
—¿Trío?
—Era una broma. Estamos de fiesta. Nadie habla en serio.
El cuerpo de Sofía es una serpiente escurridiza. Yo en su lugar no estaría mejor.
Mi hermano no ha medido las consecuencias de sus actos. Lo conozco demasiado bien como para saber que adora a su novia. Sofía conoce su pasado inquieto con las mujeres y no le gusta. La comprendo perfectamente. Ruego que la información que sabe se quede en partes, porque el día que descubra el total, no estoy segura de cómo reaccionaría.
Conocer el pasado de la persona que se ama no siempre es bueno.
Si Paul escondiera algo tan turbio como para ahogar mi amor por él, preferiría no saberlo.
Dependiendo de las circunstancias las hechiceras mentiras son más piadosas que las sinceras verdades.
—¿Cadenas?
—También dije felizmente.
Sofía se marcha hacia el baño sin mirar atrás.
—¿Se puede saber qué he hecho?
—Hermanito, a ver como te lo explico. Acabas de seguir el juego a dos desconocidas con cuatro tetas en tu cara. ¡Cuatro! Y como si eso fuera poco, vas y pones cara de cerdo hambriento cuando te ofrecen un trío. Créeme hermanito. Sí que haz hecho. Hasta la ingle que has hecho.
—No me interesaban… —dice mirando hacia el pasillo vacío —. Era broma. Jamás la engañaría. Es absurdo. Yo la quiero.
—Amigo, esta noche duermes en el sofá —Anthony contesta en tono burlón.
—O fuera —completo su predicción con la misma sonrisa.
—Joder Mariam, tú me conoces. Suelen acercarse y decirme esas cosas. Es una estupidez pensar que me iría con una de ellas. Jamás dejaría Sofía por nadie.
—Ella conoce como eras antes de conocerla.
—¡Ya no soy ese!
—Yo lo sé, pero no deberías alimentarr sus dudas.
—¿Dudas? ¿De qué estás hablando?
Ante mi silencio su rostro se enfoca en Anthony
—A mi no me mires. Es tu hermana quien lo ha dicho.
—Eres tú el que se perdía en brazos de todo tipo de mujeres. Jugabas y las descartabas como vaso de cartón. Debes ser tú el que le de confianza y demuestre con sus actos que ese Blake ya no existe.
—Se lo demuestro todos los días. Ella es la única mujer de mi vida.

No terminó de hablar cuando vemos en la distancia salir del baño a Sofía y encaminar hacia la puerta de salida.
—La has jodido —Anthony apoya la espalda contra la pared al hablar.
—Mierda.
Blake entregó nervioso su copa a Anthony antes de lanzarse a correr tras su chica.
—¿Mejor?
—¿Cómo dices?
—Esos dos han conseguido arrancarte una sonrisa y hacerte olvidar a Paul.
Digo que sí sin reconocer que a pesar de mi atontado hermano no he dejado de curiosear la esquina en la que Paul se encuentra. Apoyado en la pared bebe de su copa con sorbos lentos. La morena parece estar encantada de centrar su atención.
—¿Le gustará de verdad? No puedo dejar de preguntarme por qué ella.
—No creo que le guste más de lo que ve.
Agacho la cabeza avergonzada. En la distancia soy una muerta de hambre delante de un festín que no me pertenece
—Yo tampoco lo creo. Está jugando. Siempre lo hace. Nunca se interesa por ninguna. Jamás lo he visto preocuparse por el amor. En Baltimore actúa de la misma manera.
—¿Entonces por qué estás tan enamorada de él?
—¿Podía elegir?
—Imagino que no.
Anthony me mira de forma compasiva.
La primera vez que lo vi fue en casa de Sofía. Recuerdo que me puse a temblar nada más encontrarlo de frente. Esos ojos ardientes son atrapantes. Sus brazos fuertes y seguros invitan a saltar al abismo y disfrutar de la caída libre. Anthony es la fiereza de los que aman sin límites. Durante un par de días creí estar enamorándome de su energía. Sin embargo, unos segundos de reencuentro bastaron para saber que mi corazón se encuentra tatuado con las letras P A U L.
—Lo hice todo por conquistarle. Simulé ser linda, agradable y divertida. Todo.
—Tú, eres agradable, divertida y preciosa.
Anthony acaricia mi rostro con suavidad. Giro la cabeza y lo miro suplicante.
—¿Te gustaría ser mi novio?
—Si fuera de esos no lo dudaría. No tengo excusas, solo me amo a mi mismo.
Los dos reímos cómplices.
No es verdad. Anthony es un amor. Pero no el mío.
Las figuras al otro lado se acercan de forma indecente. Los dedos firmes de Paul se posicionan en la cintura de la morena. Él dice algo a su oído y se marchan hacia la oscuridad. Podría decir que estoy rota de dolor. Confesar que el corazón me salpica lágrimas de tristeza. Y hasta sería verdad si no fuera porque me ha lastimado tantas veces que mi llanto ya no carga salitre.
—Eres un bombón que quita el hipo. Lista, trabajadora, inteligente y con unos ojazos que despiertan a los muertos. Lucha u olvídalo. Tienes herramientas suficientes para cualquiera de las dos estrategias.
—He luchado y he perdido.
—No lo has hecho de la forma adecuada.
—¿Cómo dices?
—Cariño, a ese hombre hay que conquistarlo con sus armas.
—¿Qué dices?
—A los hombres nos gusta la guerra y la victoria. La fiereza de la conquista. Tú eres preciosa.

Mira esos chicos de enfrente. Llevan babeando por ti durante toda la noche y tú ni siquiera lo has notado.
La conversación de Anthony es tan interesante como insensata. No entiendo ni una palabra.
—¿Me sigues?
—Muy poquito. No. Nada de nada.
—Nena, a ver si me explico. ¡Necesitas ser una zorrona!
Los calores me queman el cuerpo. No estoy segura de si debo ofenderme o no.
—Eres tan dulce que das miedo.
—¿Estás diciendo que Paul me teme?
No menciono su estatura ni su cuerpo de boxeador entrenado porque sería ofender la inteligencia de Anthony.
—Una dulzura como la tuya puede atemorizar más que miles de puñetazos juntos. Eres un terrón de azúcar y él no tiene pinta de chico sensible. Si buscas conseguir esa cima deberás aprender a escalar con garras.
—No sé escalar.
—Él es una roca y tú tienes que ser algo más que una cenicienta esperando el beso de su príncipe. Muestra garras. Ponte pantalones y lucha hasta que se te rompan las manos de tanto pelear.
—¡Yo no soy una cenicienta!
Contengo las lágrimas. Estoy cansada de que la gente se pierda en mis cabellos dorados o el verde esmeralda de mis ojos. ¡No soy una cenicienta dormida! La vida me despertó en la orfandad, sola y sin caricias de consuelo. La vida me ha golpeado con fuerza. Si sonrío es porque me lo he ganado saltando muchas penas.
—¿No lo eres?
—¡No! ¡No lo soy!
—¡Entonces muestra tus dientes! Demuéstrale lo excitante que son tus mordiscos. Ya tienes mayoría de edad. Enséñale que ser tu presa es lo mejor que pudo pasarle. Ahora me voy. Esta fiesta está terminada para mi —dice besándome en la mejilla.
Me quedo pensando atontada unos segundos antes de chillar.
—¡Podrías alcanzarme a casa!
—Claro.
Tengo mucho en lo que pensar. Sus palabras chocan de un lado a otro en mi cabeza.
—Mejor no… —el cuerpo cuadrado me detiene junto a la salida.
—¿Cómo dices?
—¡No te gires!
Anthony me sostiene por los hombros para que no vea la imagen de diez pasos más allá.
Demasiado tarde. Mi curiosidad siempre fue superior a mi sensatez. La morena acaricia el rostro de Paul.
—Quiero irme —digo escondiendo el rostro en su pecho—. No quiero ver. No quiero sentir. No quiero quererle.
—Tenemos que esperar. El aparcacoches vendrá pronto. Lo siento.
Los dedos de Anthony peinan mis cabellos mientras muerdo mis nudillos contra su torso. Al parecer aún sí tengo lágrimas guardadas para él.
—¿Se ha ido?
Pregunto con temor a girarme y ver como se besan.
—No —. La voz grave de Anthony corta la oscura y fría madrugada.

Los segundos caminan con pies de plomo. La cabeza me aturde con cientos de imágenes que no veo e imagino.
—Mariam, cariño, ¿te acuerdas de lo que hablamos dentro?
—¿Lo de escalar y morder? Sí.
—Y recuerdas lo que dije antes.
—¿Sobre lo de ser una zorra?
—Lo de parecer, cariño. Solo parecer.
—Lo recuerdo.
—Dime cariño, ¿confías en mí?
—Por supuesto.
—Entonces prométeme que no me pegarás ni llamarás a la policía hasta que estemos dentro del coche.
—¿Que no te pegue? Yo jamás te…
Las explicaciones se me ahogan dentro de la boca de Anthony.
Los brazos fuertes me sujetan contra su torso. La boca firme y caliente absorbe mis labios. La confusión de mi cabeza se pierde ante la posesión experta de su seducción. No termino de aclarar mis latidos cuando se separa para balbucear sobre mi aliento.
—No te muevas ni un milímetro. Nos está mirando.
¿Moverme? En mi vida me habían besado de forma tan salvaje. Acaricio mis labios comprobando que aún continúan en su sitio.
Un chico de chaqueta blanca acerca las llaves a Anthony que abre rápidamente la puerta del acompañante. Comienzo por despertar del atontamiento en el momento de sentarme al coche.
—¡Por qué!
Anthony se carcajea al tomar el volante.
—Insúltame todo lo que quieras, pero antes mira por el espejo retrovisor. Sin mover la cabeza. Hazme caso.
—¿Sin mover la cabeza?
—Hazlo antes que arranque y te pierdas el espectáculo.
Hago lo que dice. Atrás dejamos a Paul y a la morena.
—¿Qué pasa?
—¿No lo ves? Está mirando hacia nuestro coche.
—¿Y?
—Que ya no la sostiene por la cintura.
—¿Y eso es bueno?
—Lo sería si no fuera porque tiene ganas de matarme.
El coche gira y pierdo la visión. ¿Paul se ha enfadado? ¿Por qué?

Consejos

—Creo que lo tengo todo.
Sofía camina de un lado a otro delante de sus amigas que no se encuentran nada contentas con su marcha.
—Serán solo unos meses.
Ambas toman café sin contestar. Se nota su tristeza. Su amistad cruza esa línea imaginaria en donde los límites de la amistad se entremezclan con la de la familia real.
—¿Entonces entre vosotros está todo solucionado? —Laura preguntó temerosa.
—¿Solucionado? ¿Qué ha pasado?
Su amiga Laura se acerca junto a mi. Le hago un lugar en la cama. Nada como un buen chisme para animar los corazones apenados. En España las noticias se comunican por la prensa o por los chismes. Estos últimos son el mecanismo oficial de noticias poco fiables y terriblemente suculentas.
—Discutimos por algo que no me gustó.
—Concreta eso de algo.
Karina golpea nuestras nalgas para hacerse lugar. Laura y yo nos movemos sobre el colchón. Somos tres sardinas en conserva. Mientras tanto Sofía continúa lanzando camisetas sobre la silla.
—La noche vieja dos chicas le propusieron un trío —las dos amigas retienen el aire estupefactas.
—No aceptó —los lazos de sangre me obligan a contestar con rapidez para defender al atontado.
—Anthony dijo que lo tenías en huelga de hambre —. Laura intenta buscar fiabilidad en su fuente de información.
—¿Cómo? —Karina acerca el oído.
—Estuvo tonteando en mis propias narices —las camisetas azotadas en sus manos comienzan a pedir clemencia. Mis cuerdas vocales optan por el silencio. Existen atontados a los que ni los lazos de sangre salva —. ¿Qué hubiera pasado si las insinuaciones hubieran sido para mí?
Cierro los ojos quitándome la imagen de la cabeza. Tres días después Blake aún seguiría golpeando a esos pobres chicos.
—Pero ya están bien ¿no?
La voz de Laura es suplicante. De todos sus amigos Laura es la que siempre lleva el corazón en la mano.
—Por supuesto. Si no fuera así no estaría preparando las maletas rumbo a Baltimore —. Estamos bien.
Sofía descuelga tres pantalones y los suma a la montaña de la silla.
—Lo que no significa que no siga en escasez de alimentos —Karina se rasca la frente ocultando su picardía.
—Por supuesto. Una cosa no quita la otra.
—¿Escasez de alimentos?
Debo perfeccionar mi español. Algunas palabras aún se me pierden.
—Quiere decir que tu hermano está a pan y agua —. Laura aclara con sus ojitos arrugados contra mi nariz.
Muevo la barbilla de un lado a otro buscando en mi diccionario cerebral. ¿Pan y agua? Con ese simbolismo no me viene nada.
—Que no moja. Que no rellena el pavo. Que no unta el panecillo. Que no sudan la camiseta.
Karina acerca su cabeza a la mía. Comienzo a entender.
—No les hagas caso —. Sofía les arroja un almohadón para que detengan las carcajadas.

—Que no hace pim pam pum, que no moja el churro —lágrimas chorrean en el rostro de Karina —que se va con el rabo entre las piernas.
—Nunca mejor dicho —Laura la sigue sus carcajadas.
—Creo que ya entendí.
Mi diversión es un poquito menos atrevida. Imaginar a mi hermano con su novia es algo asqueroso para mi inventiva creatividad.
—Cariño, no te pongas colorada. A ti también te pasará algún día.
—¿Pasar qué?
—El sexo —Karina habla sin tapujos —. A todas nos alcanza la hora. Y con lo preciosa que tú eres me extraña que aún no hayas entregado el joyero.
—¿Tanto se nota?
Esta vez no necesité preguntar sobre el significado de los simbolismos del joyero.
—En absoluto. No les hagas caso. Estas dos son un poco brujas. Solo eso.
Sofía mira a sus amigas que le sacan la lengua antes de pegarse a mis brazos.
—Paul va a decidirse en hacer el salto del tigre contigo. De eso estoy segura. El tema es saber cuándo.
Laura golpea mi hombro.
—¿Vosotras también os habéis dado cuenta de que lo estoy esperando?
—¿También? —Sofía golpea nuestras nalgas para sentarse en la cama mientras introduce unos sujetadores en una bolsita de algodón blanco.
—Anthony me dijo en nochevieja que si quería conquistarle debería parecer una zorrona.
—¿Te dijo eso?
Sofía golpea la bolsa de ropa interior para quitar el aire. Con la energía que pone prefiero no mencionar el tema del beso.
—Él lleva razón —. Laura se pone en pie dejando a un lado su taza de té con sacarina y sus galletitas de avena.
—¿Perdón? ¿Le estás diciendo a la hermana de mi novio que tiene que ser una zorra para acostarse con Paul? ¿Están bien de la cabeza?
—Anthony seguro que dijo parecer. No ser —. Asiento con la cabeza a la interrogación implícita.
—Cari, ese tipo de chico debe ser conquistado con herramientas duras. Si queremos perder la virginidad con él debemos ganarlo a bocados.
—Eso también lo dijo Anthony.
Apoyo los codos en mis rodillas para sostener mi barbilla entre las manos.
—Con lo bonita que eres lo tendrás comiendo de tu mano como un pajarito.
—La verdad es que no lo creo. Llevo enamorada de Paul toda la vida. Cuando Blake me lo presentó mi corazón se cerró para otros chicos.
—Estas miraditas —Karina mueve su dedo índice poniéndome bizca—son las que debes cambiar.
—¿Cómo dices?
—Nena, te derrites en cuanto lo ves. Eso debe cambiar.
—Yo no veo por qué tiene que cambiar y convertirse en una zorra. Es preciosa tal cual es. Es bonita por dentro y fuera. Él debería apreciar más allá de sus narices y aprender a valorarla.
Laura arroja el osito de peluche a Sofía para que deje de hablar. Ella recoge a Rainbow y lo abraza con ternura.
—¿Quién no valora a quién? ¿Hablando de mí?

Blake entró por la puerta acompañado de Paul que se quedó en el marco de la puerta. Mis nervios se ponen a temblar. Sofía me guiña un ojo.
—Nos has pillado. Sí, hablábamos justamente de ti.
Vuelvo a respirar. Mi secreto sigue oculto.
—Cielo, no hay nadie que te valore más que yo. ¿Ya somos amigos?
Sus manos intentan acercarse a su cintura, pero ella se escabulle. Los nervios de mi hermano derivan desde el enfado hasta la desesperación. Ahora comprendo el significado de los nervios por no mojar. Su tensión es evidente. Desvío la mirada hacia Paul. Él no me mira. Seguimos igual que siempre. Soy la fea del grupo que no merece su saludo.
—Al menos tu cabezonería insensata no te ha llevado a suspender el viaje.
Las chicas y yo agachamos la cabeza. Mi hermano está cavando su propia fosa fúnebre.
—Igual tienes razón y debería cancelar el viaje.
—Sofía…
—¡No! Espera. ¿Por qué no invitar a tus amiguitas del trío? ¿No tienes su teléfono? Seguro ellas aceptan acompañarte a Baltimore.
—Igual debería.
Las chicas y yo nos golpeamos la frente. Mi hermano acaba de meter un pie dentro de la fosa.
—Vuelve a poner esa ropa en la bolsa. Sofía…
Se intenta controlar. Lo conozco bien. Una parte de mí siente pena por el difunto.
Era mi único y mejor hermano.
—Estaba con dos copas de más.
—¿Qué poco comprensiva soy? ¿No les parece? —Sofía nos encara con sus palabras. Las chicas y yo decidimos ponernos a caminar hacia atrás —. La próxima vez bebo de más, me acerco a dos chicos, y me pego el lote del siglo. Estoy segura de que lo entenderías perfectamente.
—Ni se te ocurra pensarlo.
Las fosas nasales de Blake se dilatan tanto como sus bíceps. Asustada miro a Paul que observa la escena con los brazos cruzados y un brillo bailarín en el azul de sus pupilas.
—Si tú juegas yo también juego. Derechos igualitarios.
Los dedos de Blake se rascan el cabello bajando hacia su nuca. Camino con pasos más rápidos. Conozco el gesto y sé lo que significan. La tormenta está a punto de estallar y no tengo ganas de que me pille en medio.
—Por favor, nos dejáis solos.
Blake no terminó de decirlo cuando el portazo que dio nos dejó con las cabezas giradas.
—¿Trío? —Paul preguntó interesado.
—En nochevieja. Unas chicas se lo propusieron delante de Sofía y él atontado dijo que lo había hecho demasiadas veces como para estar interesado.
—Comprendo.
El muy pillo se lo está pasando en grande. Sonrío los escasos segundos en los que mi cerebro tarda en preguntar de si en alguno de esos tríos él formó parte.
Los gritos al otro lado se intensifican.
—¿No deberíamos quedarnos? Estoy preocupada.
—Esos dos harán las paces antes de que lleguemos al portal. Vamos a la confitería de Elvira a tomar una porción de tarta y hablar de esos caninos capaces de morder con furia.
—¿Caninos?
—Zorras nena. Zo-rras
Laura murmura muy bajito mientras me sujeta por el brazo. Ambas lo hacen. Una de cada lado.

Y con tanta fuerza que dejamos a Paul desconcertado y solo.

Consejos bien avenidos

—¿Estás segura de que podrás con todo?
El último año hemos trabajado en la Agencia como dos hermanas inseparables.
—Estoy segura.
Desde el día que aceptó las acciones, que mi madre le dejó por herencia, Sofía ha conseguido más contratos que nunca en la historia de nuestra empresa. Nos va tan bien que hemos decidido ampliar la consultoría creando un área complementaria a la tecnológica. Esta nueva sección nos permite dar rienda suelta a nuestro lado femenino y aunque es una apuesta arriesgada, ambas hemos conseguido importantes logros. Siguiendo los instintos comerciales que nos caracteriza, actualmente, nos encontramos en una campaña para la cual ayudamos en temas publicitarios con todo un pack promocional, a los que sumamos unos diseños de moda exclusivos de nuestra gran amiga Laura. Sus producciones merecen una oportunidad, y Sofía y yo decimos dársela. Su potencial es insuperable. Sus diseños desbordan creatividad y elegancia. Su combinación de colores, su combinación en telas, su imaginación llevada a los dibujos... Laura es un derroche de genialidad.
—Recuerda que mañana tienes el casting para las promociones de Vergara.
—Sí mamá —. Sofía se muerde los labios ante mi broma —. Estaremos en contacto todos los días. No tienes que preocuparte por nada. Puedes llamarme a la hora que sea. No tengas miedo del cambio horario. Dejaré el teléfono siempre encendido.
Blake entró por la puerta y su sonrisa se iluminó al encontrarla. Encerrándola en un fuerte abrazo la besó como el Príncipe Eric a la Sirenita en el día de su boda. Ay… que puedo decir, para mí los amores Disney son los mejores.
—Al parecer el atontado ha conseguido la absolución —hablo en voz alta para que me escuchen.
—¿Y tú eres mi hermana? ¿Esa que fui a recoger al internado para hacerme cargo? ¿A la que entregué años de intenso cuidado? ¿Por la que me rompí la espalda trabajando de sol a sol?
—Menos exageraciones lobito. Que nos conocemos.
Camino hacia mi escritorio e intento sentarme sin perder el equilibrio. Llevo una falda de cuero negro tan ajustada que mis piernas chocan entre ellas. Mi vestimenta es una de las garras que las zorras cuidan con esmero. Al menos eso fue lo que dijo Laura al ajustarme las medidas ahorcando el aire.
Dejándome caer resoplo aliviada. Estoy en la silla y no en el suelo. Mordiéndome el labio me esfuerzo para que mi pierna izquierda intente escalar la rodilla derecha cuando mi esperada presa hizo su aparición. Anthony le siga de cerca. Paul no saluda. Con la mano sobre el hombro de Blake le pide que lo acompañe fuera. Ambos salen hacia el marco de la puerta. Hablan demasiado bajo como para descubrir sus planes. Y demasiado rápido para que yo pueda levantarme.
—Estás preciosa. Toda una zorra.
Anthony tira de mi mano. Me pongo en pie como una estaca de madera.
—Sh, si me descubre te mato.
—Tranquila, le daremos otra cosa con la que preocuparse.
Sus manos sólidas me sujetan acercándome a su lado.
—¿Se puede saber qué pasa aquí? —Sofía arruga la frente.
—Los hombres cari. Que somos todos idiotas.
—Anthony, tú si que eres idiota.
—Cómo me conoces. Por eso ¡te quierooo!

Su segunda mano se aferra a la cintura de Sofía arrastrándola contra su torso. Una a cada lado parecemos las modelos que posan junto a un corredor de moto cross. Nos falta el paraguas.
—Te gusta provocarlo —Sofía contesta divertida.
—Ese novio tuyo es pólvora demasiado tentadora para mi maldad —dice antes de plantarle un beso en la mitad de la mejilla.
Como era de esperar, Blake entró en el despacho dedicándole una mirada glacial antes de tirar la mano de su chica para llevársela. El empujoncito de Anthony para que permanezca pegada a su torso me hace sentir estúpida. Paul no me ha dedicado ni un segundo de su tiempo.
—Será mejor que nos vayamos. El avión no espera. Paul, te quedas a cargo de la parte tecnológica. Necesitamos tenerlo todo listo para ese pedido de drones usados.
—Tranquilo. Me encargaré de todo.
—¿Tú? ¿te quedas?
Me separo de Anthony. Paul vive en Baltimore. Ese es su hogar. Allí nos conocimos y allí trabaja. Siempre fue la mano derecha de Blake en la bahía de ¡Baltimore!
Estaba segura de que viajaría con ellos.
Llevo días llorando su despedida.
Respiro como puedo dentro de una falda que me comprime, y a la que él, no ha mirado.
—Necesita quedarse para hacerse con un cliente nuevo. Estamos detrás de unos asuntos muy importantes. Usará tu despacho. Eso, si no te molesta.
—¿Mi oficina?
—Mi empresa de drones es algo más humilde que vuestra consultoría —Blake siempre bromea con respecto a su triste posición.
Cuando buscaba a Sofía, no solo cumplió con su promesa de encontrarla, sino que nos cedió sus acciones. A menudo suele decir que, no es más que un pobre emprendedor, a pesar de que sus cifras bancarias demuestren todo lo contrario.
—Si te molesta puedo buscar otro sitio —. La voz de Paul es lineal. Ni enfado ni ternura. Un bloque de hielo sin sentimientos. Una presa con cero miedos. Menuda zorra estoy hecha.
—Hay lugar de sobra. Pediré que traigan un segundo escritorio para que puedas trabajar con comodidad —contesto por compromiso a mi hermano.
Todos hablan mientras el tacón nervioso pisa el dedo gordo de mi pie izquierdo. El dolor me obliga a mirar las motas de la pared. ¿Estaremos juntos? ¡¿todas las mañanas?! Moriré antes de la primera semana.
—Se hace tarde —. La voz profunda de Paul interrumpe las despedidas.
—Los llevo al aeropuerto. Traje mi coche.
—¿Tú conduces? —Su desconfianza me ofende. Mucho.
—Hace dos meses.
Aunque tú no te hayas dado cuenta. Podría caminar desnuda con tacones que me aplastarías creyendo que soy un mosquito…
—Mejor los llevo yo.
Su aire de superioridad me irrita.
¡No soy una tonta cenicienta!
Soy joven, no imbécil.
—Conduzco muy bien. Puedo llevarlos perfectamente.
—Sí, excepto por el detalle del … ¡Ay! —Blake acaricia su brazo mientras eleva los hombros hacia Sofía —. Conduce estupendamente… —continúa rascándose —. Ese árbol no debía estar en mitad de la acera.

—¡Era mi primera clase!
—Conduce fenomenal. Además, es preciosa. Y las bellezas como a ella son perfectas en todo. Lo importante no es la primera vez sino el aprendizaje del camino —. La sonrisa traviesa de Anthony produce incomodidad en mi hermano. Paul, como siempre, observa con mirada imperturbable.
—No tengo nada que decir de sus inicios. Lo decía, simplemente, porque tenemos unos temas que necesitamos resolver antes de subir al avión.
Y yo voy y me lo creo.
Ante sus ojos sigo siendo la misma niñita atontada que conoció hace tiempo. La princesa de cabellos rubios de cabeza hueca que solo se preocupa por su peinado y sus vestidos. Anthony y las chicas llevan razón. Ha llegado el momento de demostrarle que soy una mujer deseable que sabe morder. O eso creo.
—Entonces ve con Blake en tu coche. Nosotras iremos en el mío —mi voz tajante arrancó una sonrisa a Sofía —. ¿Y tú? —Acerco mi boca insinuante a Anthony que de forma astuta comprendió mi estrategia —. ¿Te vienes con nosotras? Luego podemos cenar juntos.
—Cari, nada me gustaría más, pero tengo trabajo atrasado y no quiero que los jefes se enfaden —guiña un ojo a Sofía que acepta la comedia—. Si te parece, me acerco a tu casa más tarde y tomamos una copa. Los dos solos.
Anthony me regaló un escaneo de arriba a abajo de lo más picante.
Recojo el bolso y las llaves del coche antes de salir por la puerta. No voy a mirar a Paul. No pienso permitir que mis inseguridades me delaten.

Rebusco en el bolso una y otra vez cuando Paul extiende un paquete de pañuelos de papel.
—Gracias —contesto con la mirada fija en la Puerta A.
—Será poco tiempo.
—Voy a echarla mucho de menos.
—¿Echarla?
Paul mueve ligeramente la comisura del labio superior derecho en una especie de principio de sonrisa o ligero dolor de muelas. Es un gesto totalmente nuevo para mi. Él jamás me dedica ninguna de sus sonrisas.
—¿Qué es lo divertido?
—¿Hablas de Sofía?
—Por supuesto —seco mis lágrimas constipadas —. Ella es casi como una hermana.
—Y donde esté un casi que se olvide el hermano completo.
—¿Qué dices?
—Una tontería sin importancia.
Me giro sin contestar. No tengo ánimos para otras de sus acciones desconcertantes. Sofía y Blake han confiado en mí para dejarme al mando de los negocios y no pienso defraudarlos.
—Te sigo en mi coche.
—¿Cómo?
Mi cabeza estaba en otro sitio. Y es curioso porque nunca me había pasado antes. Él siempre ha ocupado el total de mis dolores de cabeza.
—Es una noche cerrada. He dicho que voy a seguirte hasta que llegues a casa.
—¿Por qué?
—¿Estás bien? Acabo de decirte que es noche cerrada.
—Como todas las noches. No necesito escolta.

—Yo lo decía…
—Tú lo decías porque crees que soy una niñita atontada que solo sabe peinarse. La consentida de su hermano a la que le dan todos los lujos.
—Yo no he dicho eso.
—Lo has pensado.
—¿De qué hablas?
Su cuerpo robusto se cruza delante de la máquina de tickets. Es tan guapo que duele. Su cabello rubio es tan indómito como su dueño. Los ojos grandes con pestañas espesas están delineados con líneas tan crudas como un león al acecho.
La soledad en la que acabo de cubrirme por la pérdida de mis dos grandes pedestales me inspira el valor suficiente para enfrentarle y decirle lo que nunca le dije.
—Estabas en mi casa. Era tarde cuando unas voces en la terraza me despertaron. Caminé hasta el lugar en punta de pies. Tú y Blake estabais con unas… estabais en compañía. El se me acercó prometiendo que ya no harían ruido y que podía regresar a la cama. Una de las invitadas preguntó quién era. Tú dijiste que era la hermanita caprichosa de Blake a la que le daba todos los lujos.
—No lo recuerdo.
—Ya veo. Ahora si me permites —digo alzando el cartón del aparcamiento sobre su nariz.
—No aceleres. Hay mucha niebla. Si quiere verte, esperará.
—¿De qué estás hablando?
—Vi como le comías la boca. No intentes negarlo.
La voz grave de Paul es afilada como una cuchilla de aserradero.
—¿Lo dices por Anthony? —Comienzo a comprender—. No niego nada. Me apetecía besarlo y lo besé. No hay nada más.
—¿Y por qué te besas con alguien que no te importa? No es típico de ti.
La sangre se me altera y revuelve. El calor de la indignación se me escapa por los poros. Su tono sermoneador me lastima. Mis sentimientos hacia él se alejan mucho de la hermandad.
—Puede que no quiera ser la de siempre.
Abro la puerta del coche y lucho con la maldita falda ajustada. ¡Seré idiota!
Me subo y acelero sin mirar atrás. Estoy furiosa. Tengo rabia contenida. El semáforo en rojo me permite apoyar la cabeza sobre el volante.
Sé que soy joven, pero los años no se cumplen de la misma manera en la vida de las chicas sin padres. Nuestros pasos son más temerosos y la adultez nos llega mucho antes. Nuestra imaginación se pierde, más de una vez, en la posibilidad de una soledad eterna.
Cuando era niña lloraba pensando en cuáles serían los consejos de mi madre. ¿Y mi padre? ¿Me protegería con celo? ¿por qué me siento tan sola en este jodido mundo?
Todos me preguntan cómo pude enamorarme de alguien tan frío como Paul. Ellos no saben lo mucho que compartimos. Su soledad distante se complementa con mi soledad penosa. Ambos somos caras de la misma moneda.
Una vez, una compañera del internado, me dijo que ella también se sentía huérfana. Sus padres siempre estaban demasiado ocupados. Les bastaba con cargarle la VISA para sentir que sus deberes como progenitores estaban cumplidos. Ella me declaró con pena: Las dos somos iguales.
No contesté. No éramos iguales. Ella tenía, al menos, dos cuerpos a los que culpar por sus desgracias.
—¿Sí? —Seco las lágrimas contestando el manos libres.
—Hola —los gritos al otro lado del móvil se pisan los unos con los otros —. Te vienes a mi casa.

Hemos pedido pizza.
—¡Barbacoa! —Los gritos de Anthony se elevan por encima de la propuesta de Laura.
—¿Tú no tenías trabajo?
—Las jefas son un amor y me dieron permiso para salir antes. Cari, ¡vente! Sin Sofía nos salvamos de comer pizza con piña.
La sonrisa eleva mis húmedas lágrimas.
Sofía es la única persona en todo Madrid que ama las pizzas hawaianas.
—Vente —repite Laura—. Tengo grabado el festival de Eurovisión del año pasado.
—¿Eurovisión?
—Es un concurso de música europeo con el que te vas a desternillar de la risa. Tienes que venir.
—Además traje vino —Karina habla por encima de sus amigas.
Miro el reloj del coche antes de decidirme.
—Llevaré helado. No comiencen sin mí.
—Nena —la voz prudente de Karina se hace notar—. ¿Si quieres puedes invitar a Paul? Igual se siente solo.
Lo pienso unos minutos antes de contestar. Lleva unos meses totalmente insoportable. Desprecia todo lo que digo y hago.
—A él nunca le falta compañía. Mejor no.
Giro a la izquierda mientras pienso en mis propias palabras antes de cortar la llamada. A él nunca le falta compañía. Cualquier compañía, excepto la mía.
—Lo siento. Lo siento —digo al coche que me pita por no mirar antes de girar.
Aparco frente a la heladería. Debo olvidar a Paul por mi propio bien y el de los coches que me rodean.
—¿Algún sabor en especial?
—Sí, doble ración de tres chocolates.
—¿Mal de amores?
—Mal de conquistas —contesto a la chica que agrega otra cucharada obsequio de la casa.
—Mañana será un día más dulce. Ya lo verás.
—Eso espero.
Recojo el paquete.
La zorra esta noche congelará las garras dañadas en doble ración de helado de chocolate.
Mañana, con suerte, puede que se sienta menos herida.

Salto y regreso a la casilla

—Buenos días. Espero no molestar.
Paul mira a los lados buscando su mesa de trabajo. Sacudo el error de mi cabeza. No llevo ni tres minutos en el puesto de mando y ya he olvidado mi primera misión.
—Lo siento. Se me pasó el tiempo. Ahora mismo pregunto qué ha pasado con tu escritorio.
Paul, se sentó en la silla de invitados.
—Te lo agradecería. Según he podido ver en el correo, Blake quiere que me una a la campaña que estáis realizando. Me gustaría ponerme al tanto cuanto antes.
—¿Te refieres a la campaña de perfumes? ¿Qué tienen que ver los proyectos de mi hermano con una campaña de perfumes?
—Según me explica en su correo, el cliente busca una asesoría tecnológica. Está encantado con tu trabajo, no me malinterpretes, es solo que le gustaría renovar sus bases de datos. No me mires así. Lo puedes leer tú misma. El mensaje nos lo envió a los dos.
Abro el portátil temblando.
Después de un fin de semana en donde las virutas de chocolate heladas consiguieron tranquilizar mis temores me encuentro con un lunes en donde además de haberme olvidado de su escritorio, debo trabajar a su lado. Sentir el aroma a tierra salvaje rodeándome mañana y tarde. El calor de su voz hablándome con complicidad... Mi nivel de estrés amoroso no podrá soportarlo.
Leo el mensaje y lo releo. Estiro las piernas, bebo café y vuelvo a leer.
—Yo no mentía. Te tocará soportarme.
—Eso parece.
El aliento de Paul llega por detrás de mi silla chocando con mi nuca. Su cabello revuelto acaricia mi mejilla izquierda. El aroma de amor deseado inunda mis fosas nasales.
Paul es tierra húmeda, pasión y locura. El perfecto hombre que enamora antes de conocerlo. Hubo un tiempo que trabajó en el ejercito, eso lo hizo conocedor de la tecnología de drones. Hace unos años comenzó a trabajar como asesor de Blake, así fue como lo conocimos. Paul se convirtió en amigo inseparable de mi hermano y amor imposible de mi corazón vacío. En el momento que Blake me lo presentó sentí que mi alma de niña se convertía en el de mujer deseosa. Las canciones románticas llevaban su recuerdo. Los protagonistas de novelas románticas compartían su mirada. Cada encuentro de mi vida cotidiana me llevaba hacia él. Mis sentimientos se convirtieron en un antes y después de Paul. Dejé de portarme como una niña. Quise crecer lo mismo que los años que nos separan. Aprendí lo mucho que le gustan las hamburguesas con extra de queso, que prefiere los deportes al aire libre y que no repite con la misma chica más de dos veces.
—¿Esto no será una treta de Blake para tenerme controlada?
Me giro tan rápido que nuestras cabezas se quedan suspendidas a un suspiro de distancia. Sus ojos grandes son tan azules como el amanecer de verano. Y tan profundos como una tormenta que no se acaba.
Me paralizo. Estamos tan cerca que soy capaz de sentir el aliento fresco de su vida chocando con la mía. Respiro profundo. Al menos esa pequeña cuota de aire, y que le perteneció, quedará en mi interior guardada para siempre.
—No sé de qué hablas —se aleja dejándome con la distancia como interlocutor.
—Sí que lo sabes. Soy mayorcita. No necesito supervisión. Esta es mi empresa. Mía y de Sofía. Llevamos más de un año trabajando juntas. No pienso tolerar que…
—Alto fierecilla —levanta los brazos en una postura que consigue hacerme sonreír—. Tener a

un hombre con el físico de Paul en señal de derrota ante una chica de mi complexión resulta divertido —. El mail es de ayer por la noche. No creo que su jet lag le permitiese ser tan inventivo. Mi experiencia me dice que el cliente le envió un mensaje solicitando asesoramiento. Ya lo conoces. En negocios nadie gana a su astucia.
Me rasco la frente. La lógica de Paul es demasiado aplastante como para rebatir.
—Entonces será mejor que busque una oficina libre. Imagino que querrás privacidad.
—Me gustaría trabajar aquí. Tendré que hacerte preguntas y no me gustaría perder la mitad del tiempo en caminatas en pasillos interminables.
—Si es lo que quieres.
—Es lo que quiero.

No termino de salir de la oficina cuando necesito apoyarme contra la pared y respirar con aspiraciones cortas y profundas. Dentro de mi pecho se encuentran mil caballos corriendo alocados. Llevamos menos de una hora juntos y soy incapaz de pensar. ¿Cómo supone mi hermano que sobreviviré a semejante tensión?
—A ti es a quién estaba buscando.
—Aquí me tienes.
—Tengo problemas con este dossier. Me gustaría tu opinión.
—¿De verdad?
—Por supuesto. Tu mirada experta en moda es magnífica.
Los halagos de Anthony me ruborizan. Saber que mis ideas son de ayuda a un hombre de su experiencia publicitaria me ayuda a recobrar el aliento.
—Pasa, lo estudiaremos dentro, de hecho, pensaba… ¿Molesto?
—Tú siempre lo haces.
Cuento hasta tres. En el pasado Dana persiguió a Blake, y las pruebas dejan claro que su interés ha cambiado de un moreno a un exmilitar rubio.
—Estábamos analizando unos temas —Paul se puso en pie tan rápido que la pelirroja por poco se cae al suelo. La muy descarada es conocida por sentarse sobre piernas que no le pertenecen.
—Creí que ya no trabajabas aquí. Lo dejaste claro hace…mmm, espera que piense. ¡Muchos meses!
—¿Entonces quedamos esta noche?
Como si Anthony o no yo estuviéramos Dana lanzó el total de su escote hacia Paul.
—Podemos analizar estos papeles en mi casa con una copa de vino tinto en la mano.
—Dana, haz el favor de salir de mi despacho.
La furia me sube por las piernas concentrándose en mis dientes.
—Yo no obedezco tus tonterías. Blake es…
—¡Vete ya! Blake es mi hermano y antiguo accionista de esta empresa. Espero no tener que recordar a tu bonita cabecita que no te debemos nada. Estoy ¡hasta el gorro! Que sigas apareciendo. En cuanto a ti —mi nariz señala a Paul—todo lo que se deba hacer fuera ¡hazlo fuera!
Dana no solo ignoró mis palabras, sino que decidió seguir insinuándose como si nada. Comenzaba a subirme por las paredes cuando Paul, con el rostro tenso, la sujetó de la mano arrastrándola hacia fuera.
—No es lo que aparenta. Su fondo es bueno.
—¿El fondo? ¿Tiene algo más allá de su piel de lagarta?
—Se equivoca en los métodos. Solo busca llamar la atención. Además, es una abogada

estupenda.
El historial de persecución de la abogada hacia Blake es ampliamente conocido por todos. No deseo perder mi tiempo en ella.
El rostro aturdido de Paul al regresar al despacho es un poema vergonzante. Seguramente se estaban manoseando antes de que yo entrara. Esa mujer no tiene límites. Todos los hombres son dignos de formar su colección de atontados babeantes. Me siento en mi silla para no gritar que los hombres son la especie menos confiable del planeta.
—Lo siento.
Segundos antes la sangre me hervía de furia. En estos momentos se puede freír un huevo en mi frente.
—Parece que a la pelirroja abogada le gustas —Anthony le lanzó sin anestesia.
Ambos se miran en un duelo eterno.
—Me van las morenas.
Y aquí estamos, con la guinda que le faltaba a mi cara de pastel. Recojo mi melena rubia como la yema de huevo y abro el portátil. Una de las victorias de mi cuerpo es mi cabellera dorada natural. Pero, como es habitual, al señorito tampoco le gusta.
—Anthony, los informes nos esperan.
Estoy tan furiosa y dolida, que en la balanza de los sentimientos, rompo las estadísticas numéricas.
—Los dejo para que trabajéis. No deseo molestar.
Su voz apagada me obliga a mirarle a la cara. ¡Error! A los hombres que se quiere jamás se les mira a los ojos. Se corre el riesgo, al igual que yo en estos momentos, de que el corazón olvide el pasado y comience a escribir un prometedor perdón.
—No tienes que irte —agacho la cabeza. No quiero que sienta mi debilidad por su carita de vikingo mal humorado.
Me gusta tanto que me pondría a llorar.
Anthony se me acercó, y estaba por tomar asiento en la silla libre, cuando Paul se le adelantó.
—Si no os molesto me quedo aquí hasta que traigan mi escritorio —dijo sacando el móvil.
Anthony fue fuera en busca de otra silla.
Ambos quedamos perplejos ante la actitud egoísta de Paul. Sin poder creerlo fijo la atención en Paul que se concentraba en algo dentro de su móvil y que al parecer lo mantenía tenso. ¿Se ha vuelto loco?

Zorra

—Estoy segura de que es una buena idea.
—¿Entonces por qué dudas?
—Tendrías que verlo. Lleva unos días de lo más extraño.
—¿Extraño como loco?
—Extraño como atontado.
—Ese es el estado natural de los hombres. Tú Paul no es una excepción.
Sofía se desparrama en el sofá de mi casa. Es decir, de la casa de mi hermano en Baltimore. Desde que cumplió la mayoría de edad y se hizo cargo de mi tutoría legal, nos instalamos en el dúplex frente a la bahía.
La casa que heredamos de mis padres la vendimos. Blake ingresó mi parte en una cuenta de fondos a mi disposición. Él deseaba que comenzáramos una nueva vida sin recuerdos tristes. Y lo consiguió. En ese apartamento, frente a la bahía de Baltimore, ambos hemos reído muchísimo. La mayoría de las carcajadas siempre eran mías, él estaba demasiado ocupado en ser el hermano padre que yo necesitaba.
—Sí, pero no es el atontado de Blake —los ojos divertidos de Sofía se abren con brillo luminoso.
—Odia que lo llames atontado.
—Por eso lo hago —ambas reímos un buen rato antes que consiga retomar la conversación.
Debo ponerme seria. Mi destino se encuentra en juego. Olvidando a Blake y el inmenso amor que le tengo, continúo —. Sus actitudes para conmigo son un velero a la deriva. Un día me trata de forma amable y otra no soporta como bebo de la botella.
—Estás exagerando.
—¡No! Lo juro. Con la calefacción se me seca la garganta, por lo que bebo mucha agua. Tengo junto a mí siempre una botella recargable. ¿La ves? —Apunto mi adquisición delante de la pantalla para mostrársela—. Ayer mismo se quedó mirándome sin decir nada. Cuando le pregunté si necesitaba algo me dijo si era necesario que bebiera tanto. Desconcertada contesté que solo cuando tenía sed. Entonces se fue por la puerta sin despedirse y no volvió a aparecer en toda la tarde.
—¿Qué hiciste al beber?
—Qué pude haber hecho. Lo mismo que todo el mundo. Estirar los labios y tragar.
—Es muy raro.
—Eso mismo pensé yo. Por eso digo que no desconfío de tus planes de conquista. Aquí la única culpable soy yo y mi melena demasiado rubia.
—No seas tonta. Tu cabello es oro líquido. Muchas mataríamos por tener un pelo como el tuyo.
—Sigamos adelante. Confío en tus ideas. Ya veré qué hago con mis cabellos.
Al otro lado del ordenador Sofía cruje los dedos como boxeador antes de una pelea. Es tan graciosa como buena persona. Por primera vez mi hermano supo hacer algo mejor que acostarse con superficialidades.
—Te echo de menos —confieso con total sinceridad.
Los internados me dieron siempre un techo y comida, pero jamás una amiga verdadera. Allí todas estábamos demasiado ocupadas en conocernos a nosotras mismas.
El mismo once de junio, cuando cumplió la mayoría de edad, Blake se presentó ordenando que preparara las maletas. Con papeles en mano dijo que a partir de ese día me mudaría con él. Ese mismo once de junio se convertía en mi hermano padre.
Cuando llegué al apartamento, el mar de la bahía se movía tumultuoso. Las cristaleras estaban

abiertas y el sonido del agua inundaba la sala. En aquel momento el espacio me pareció inmenso y terriblemente libre.
A empujones me llevó a mi cuarto. Mis antiguos muñecos, mi escritorio de color rosa, cada detalle estaba pensado y comprado para mí.
Ese mediodía lo abracé y lloramos el reencuentro.
Jamás terminaré de agradecer a ese atontado que me quisiera tanto. Puede que por eso me molestaran tanto sus conquistas de cabeza hueca. Ninguna de ellas era lo que él necesitaba. Ninguna se enamoraba más allá de su masculino rostro.
—Quiero que me permita ver donde ninguna lo haya hecho. Me gustaría que me permitiera…
—Quererle.
—¿Nunca te he dicho que eres la mejor hermana del mundo?
El gesto avergonzado al otro lado de la pantalla cede espacio a una figura que interrumpe nuestra conversación.
—Y todo gracias a mí —. La cabeza de Blake asoma por encima de la de su novia.
—¿Y nunca te he dado las gracias por aguantar al atontado de la familia?
—De eso nada. Conseguí encontrarla y cautivarla con mi maravilloso poder seductor.
Me atraganto sin terminar de creer lo que escucho. Y pensar que antes de Sofía era un joven frío de corazón de piedra.
Yo quiero eso. Quiero ser el calor del frío encerrado en Paul. El calor que busque cuando nadie lo reconforta.
Los dos tortolitos hacen bromas cuando la puerta del despacho se abre dejando al centro de mis deseos frente a la puerta. Alertado de mi posición frente al ordenador, Paul saluda en silencio antes de sentarse.
Sofía mira a los lados comprobando que Blake ya no se encuentra a su lado. Estos pequeños detalles me hacen quererla aún más. Nuestros secretos siempre son nuestros.
—¿Ha entrado al despacho?
Asiento con la cabeza.
—¿Puede escucharme?
Niego señalando los auriculares.
—Este proyecto… creo que me supera —escondo el rostro tras la pantalla.
—Pensabas que vendría a Baltimore con nosotros —asiente moviendo la cabeza.
Sofía comprende que no pueda expresarme libremente —. Blake afirma que tenía trabajo importante en España. Confieso que todo esto me resulta muy extraño.
—Con respecto a eso… ya sabes, a ese proyecto que tenemos juntas.
—¿Paul?
—Justo ese. Estaba pensando en la idea de Anthony y de cómo llevarla a cabo.
Sofía se muerde los labios. Escucho sus engranajes cerebrales moverse a toda velocidad.
—¿Cuál de todas sus estrategias? Dame una pista.
—La de los animales salvajes. Me parece un proyecto adecuado para nuestra problemática.
—Animales… animales… ¡Zorra! —Muevo la cabeza simulando ofensa—. Quiero decir a la estrategia de parecer más zorra. ¡Joder! No más sino mejor. Aying, tú ya me entiendes.
Me río sin poder aguantarme. Paul acaba de mirarme y esconder la vista al momento de ser pillado.
—¿No te parece innovador? Yo jamás he llevado un proyecto tan complejo. ¿Crees que podré? En el internado nunca pude desarrollar unas actitudes tan… osadas.
—Te entiendo perfectamente.

—Menos mal.
Sofía camina hacia la terraza mientras piensa. La bahía de Baltimore reluce una oscura tarde invernal. La brisa del mar despeina su melena caoba.
—Debería estar allí contigo. Esa es mi casa —mis palabras suenan con más cobardía que nostalgia.
—De eso nada. ¿Y sabes algo? Puede que Anthony tenga razón. Blake me ha contado que nunca le diste serios dolores de cabeza.
—¿Eso no sé si es bueno o malo?
Rasco mi frente pensando si acaba de llamarme aburrida o tonta.
—Puede que no sea demasiado bueno. Paul no termina de ver a la mujer en la que te has convertido. Debes ser esa zorra pícara y lista para atacar. Salir de tu zona de confort. Tú ya me entiendes.
—No tengo idea de cómo hacer eso sin parecer… ya sabes.
Murmuro para que Paul no escuche.
—Necesitamos una videoconferencia con las chicas. Incluso con Anthony. Convocaré una reunión urgente extraordinaria. Entre todos se nos ocurrirán ideas de como ser zorra sin ser puta.
—Ay Dios. Voy a morir.
Sujeto mi cabeza con las manos para que no se me caiga. Sofía ríe.
—Confía en nosotros. Recuerda que tenemos un programa de radio con asesoramiento femenino.
No contesto. No quiero herirla. El programa de Solas a veces se convierte en una comedia. Aunque debo reconocer que son muy graciosas.
—Organizaré una llamada en conjunto. Ha llegado el momento de domar al salvaje fauno.
Me cubro la cara con ambas manos.
—Mariam…
—¿Sí?
—Eres preciosa, inteligente y con buen corazón. Si después de esto no conseguimos lo buscado, lo dejaremos ir. No voy a permitir que te destroce. Yo también te quiero mucho.
Contesto que sí con la confianza de las débiles decisiones. Tenerlo delante y pensar en no conquistarle es como no desear cubrir el sol con un dedo. Con Paul me gustaría subir al cielo en globo y perderme en el cielo.
Corto la comunicación y lo miro de reojo. Él me está mirando. No le hablo. No habla. El silencio se instala entre nosotros. Los dos quedamos con la vista enfrentada y suspendida en el silencio hasta que su carraspera oscura lo aparta y lo aleja de mí.
—Voy a por café. ¿Quieres?
—No —contesto a su espalda antes de que cierre la puerta.
Lo veo salir con los brazos apretados. ¿Y ahora qué he hecho?

Cambios

—Estás fantástica. ¿Cabello? ¿Labios? Tienes algo diferente.
—¿Ducha?
La secretaria sonríe. He de reconocer que ser mujer admirada por un físico es superfluo y terriblemente reconfortante. El personal lleva días notando un algo que no saben identificar. Prefiero no confesar que la sangre de zorra se ha instalado en mi cuerpo. Debes caminar como si tuvieras un post it pegado en la frente. Tus tetas son las metralletas y deben apuntar directo a la cabeza del contrincante. No puedes agacharte. Llevo una semana cumpliendo al pie de la letra los consejos de Anthony y aceptando los cambios de estilismo guiados por las chicas.
Todos han notado el cambio. Todos menos él.
El primer día pensé que se encontraba algo sorprendido. Sin embargo, nada ha cambiado. A cada comentario favorable que recibo de los demás, él suma un nuevo silencio.
—Buenos días.
—Buenos días.
Y aquí estamos. Con nuestra frase más larga de la última semana.
Cuelgo el bolso en el perchero jugando con mi cabello como aconsejaron las chicas. Cabeza hacia adelante para recogerlo en una coleta alta antes de enderezar el torso de forma grácil y sensual. Nada de nada. No está mirando.
Me siento frente al ordenador con el ánimo derrotado. Paul es inmune a mi cambio de mamífero canino de hocico alargado y orejas empinadas.
—¿Todo bien?
—¿Cómo?
Su escritorio se encuentra junto al mío en una especie de L.
—No dejas de negar con la cabeza.
—Ah, eso. No era nada. Un tema que no consigo solucionar.
Agacho el rostro ocultando mi pequeño triunfo. Me ha visto. ¡Me ha visto! ¡Soy una zorra!
—¿Si necesitas ayuda?
—¿Cómo?
—No tengo trabajo. Si quieres lo vemos juntos.
—¿A quién?
—Al tema que no consigues solucionar.
—Ah, eso.
¡Que se ha puesto de pie para acercarse! ¿Qué hago? ¡Qué hagoooo!
Las manos se apoyan en el respaldo de mi silla. El calor de su cuerpo me alcanza. No, es mi propio cuerpo el incendiado. Su cabeza baja hacia la pantalla dejando nuestras mejillas a un beso de distancia. ¿Qué tengo que hacer? ¿Qué dijeron las chicas? Sí. ¡Escote y sonrisa de gata! ¡Ay, con tanto animal estoy perdida! Lo voy a hacer. Lo voy a hacer. Que no. Que no puedo. Que no puedo… ¡Voy a morir de un desmayo!
—¿Es esto? —Toca un documento de Word abierto en la pantalla.
—No. Es este otro —amenazo al dedo índice para que no tiemble al tocar el teclado—. Las modelos para la campaña de vuestros drones no terminan de convencerme. Blake desea que las mujeres formen parte del mensaje tecnológico. Desea que las jóvenes se interesen por la ingeniería —al hablar del proyecto comienzo a relajarme—. No termino de verlas con la imagen apropiada.
Despliego la presentación para dejar a la vista cinco rostros de chicas hermosas. Con valor alzo

la vista. ¿Soy masoquista por querer ver cómo babea por otras? Sí. ¿Soy tonta por enseñarle estas preciosidades? También. Menuda zorrona con alma de gata menos despierta estoy hecha.
—No me gustan.
—¿Cómo?
—Son bellezas superficiales.
—¿Superficiales?
—Vacías de contenido. Solo dicen lo que muestran. Ojos, labios…
—Es decir, todo lo que a los hombres les gusta.
—Depende para qué.
Su sonrisa burlona acaba de detenerme el corazón. Los pómulos marcados se elevan resaltando el azul de sus ojos profundos. Y esa pequeña cicatriz junto a la ceja lo hace parecer más rudo y distante.
Paul suele ser ese vikingo alejado del mundo que no desea ser alcanzado. Es tan guapo que estiraría la mano hasta su mejilla acariciándole hasta enseñarle la dulzura del amor.
—Esas chicas son modelos de cuerpo. Debes encontrar algo más.
Paul se acerca tanto que estamos a medio beso de tocar nuestros rostros. Sonrisa de espía. Sonrisa de espía.
Los consejos rebotan en mi cerebro. Allá voy. Espero que tengan razón porque de esta vergüenza no me recupero.
—¿Si tuvieras que escogerlas tú cómo sería la chica ideal?
Sus ojos se aclaran extendiendo la profundidad de su significado.
—Como tú.
¿Qué? ¡Qué!
—¿Se puede? —La entrada del visitante es un balde de agua caliente que se derrama en mi cuerpo congelado y desmayado.
Paul se acerca a su escritorio. La visita lo mantiene alerta.
Raúl es un chico que todo lo que tiene de atractivo lo posee de desagradable. Él pertenece al equipo que se encuentra en Barcelona, y aunque es muy eficiente, debo reconocer que haber sido la mano derecha de mi tío Simon no lo dejan en buena posición.
Simon actualmente se encuentra fuera de la cárcel en espera de juicio, y Raúl fue uno de los que testificaron en su contra. Eso nos llevó a darle una oportunidad. Paul nunca estuvo muy de acuerdo. Su tensión al verlo lo dejan claro. Sigue sin soportarle. Una parte de mi lo comprende. Con Raúl nunca sé sabe si lo que dice es real o busca desvalijar tu cuenta bancaria. Su ingenio es peligroso y demasiado astuto.
Educadamente, aunque alerta, me pongo en pie para acercarme a mitad de la oficina.
—Necesitaba hablar contigo de algo importante.
La atención de Raúl, que segundos antes se centraba en Paul, retrocede para fijarse descaradamente en mí. Estoy a punto de retroceder, cuando recuerdo los dictámenes de mis amigos. Si vas de zorra debes parecerlo.
—Bienvenido. Cuánto tiempo sin vernos.
—¿Dos? ¿Tres años? —Su pregunta me descoloca
—Seguro tres —. Afirmo recordando que lo conocí en Baltimore. En ocasiones anteriores ha sido Sofía quien ha tratado con él.
—No tienes nada que ver con tu hermano.
—Él es moreno y yo rubia —contesto con diversión educada.
—Me refería a que él es común mientras que tú eres una preciosidad única.

El muy canalla sabe utilizar el don de la palabra. Atento, educado y guapo es capaz de enredar a su presa hasta ahogarla. Una serpiente de masculinidad exultante.
—Pero no vamos a decírselo. No queremos que se ofenda.
Acepto el guante y lo recojo.
Raúl se acerca más a los treinta que a los veinte. Su aire es de un hombre seguro y conocedor de su propio potencial.
—Hombres, incapaces de ver lo pobre que somos, frente a una deliciosa mujer.
—De qué querías hablar —Paul se acerca hasta rozar su chaqueta. Raúl es un personaje que le desagrada, y no simula su desagrado.
—Tengo algo que podría ser interesante para la empresa.
Raúl, contesta con su mirada fija en la mía, sacudiendo el costado de su americana como si la cercanía de Paul fuese una mota de polvo que acaba de ensuciarle.
—Entonces deberías hablar conmigo.
Los brazos se me cruzan solos. Reemplazar a Sofía es un reto difícil. Soy joven y mi experiencia es escasa, pero este último año me he esforzado por estudiar y aprender sobre la empresa. Soy la cara visible de la empresa y no me dejaré pisotear.
—En primer lugar, estoy obligado a decir que lo estás haciendo magníficamente. Los retoques hechos por ti en la última campaña que se realizó en Barcelona fueron excelentes. Además de bellísima, inteligente y ojos de pradera rebelde eres muy inteligente. Nos tienes a todos muertos de amor.
Su halago me descoloca. No soy capaz de responder.
—Es un tema de drones —continúa hablando—. Como sabes, es el área que le interesa a Blake desarrollar aquí en España. Él me pidió un par de consejos que necesito comentar con Paul. Si te parece bien. Por supuesto.
No, no sabía nada de ese encargo. Callo para no decir en voz alta que deseo ahorcar a mi hermano.
—Podríamos ir a…
Los gestos son evidentes. Raúl busca hablar a solas.
—Necesito un café y recoger unas carpetas del departamento creativo. Podéis quedaros aquí.
Raúl me agradece mientras abre la puerta invitándome a salir.
Espero que la puerta se cierre para pegar la cabeza al marco. No tengo nada urgente que recoger en el departamento creativos, y aunque lo tuviese, no iría.
—La señorita desea…
—Sh —contesto a Rocío la secretaria.
Los hombres, cuando quieren, poseen la voz igual de suave que los pétalos de margaritas. Ya me gustaría que fuera así siempre. Cuando adolescente llegaba tarde sin avisar los gritos de Blake movían los barcos de la bahía. Y eso que el dúplex se encuentra en el piso veinticuatro.
—Espiar tras la puerta no está del todo bien.
Rocío es una señora adorable que ha decidido adoptarme. Nunca olvida una frase cariñosa o una sonrisa protectora. Algunas arrugas de experiencia rodean el borde de sus labios que acentúan ese acento español tan cantarín.
—Sí lo que se investiga se relaciona con el contra espionaje, está bien.
—¿Están conspirando contra el señor Blakmoon?
—No lo sé.
—Tengo entendido que el señor Blake tiene algunos temas tecnológicos con la gente de Barcelona. No veo nada raro en la visita del señor Raúl.

—¿Tú también lo sabías? ¿Soy el último mono de esta Agencia? ¿Te causo gracia?
—Escucharla maldecir en español es muy divertido. Por su acento señorita. Lo siento.
Las voces disminuyen. Parece una despedida. Salto a toda prisa dejando a Rocío con la palabra en la boca y me lanzo a entrar.
—¿Se puede?
Parezco tan ingenua que nadie diría que llevo media hora con la oreja aplastada contra la puerta.
—Por supuesto, es tu despecho. Además —me detengo atenta ante Raúl — ¿Almorzamos juntos?
—¿Cómo dices?
Definitivamente tendré que ir a clases de expresión. En casos de urgencia, expectación o descoloque, es la única palabra que soy capaz de decir.
—Una delicia como tú no debería comer nunca sola.
—¿Quién ha dicho que estoy sola?
El espíritu zorrona comienza a ser parte de mi ser.
— Almorcemos juntos. ¿O tienes miedo?
Paul ha decidido cruzar los brazos. Su reacción me descoloca. Sus gestos negando con la cabeza me molestan. ¡Qué demonios! Me enfurece. ¿Me pidió permiso cuando se acostaba con la morena de la fiesta de nochevieja?
—Vamos, solo es un almuerzo.
El resoplo de Paul es tan evidente como la rabia que alimenta mi furia. Su reacción de hermano protector me ofende y me lastima. No quiero que sea mi hermano. Quiero ser ¡su mujer!
—Acepto —. Mi tono tajante divierte a Raúl —. Conozco un lugar aquí cerca que se come de maravilla.
—Te sigo.
Tironeo la cuerda del bolso para descolgarlo del perchero. No lo miro. No me hace falta. Sus refunfuños invaden perfectamente a mis delicados tímpanos.

La comida resultó ser más interesante de lo esperado. La situación de encontrarme frente a frente con un hombre como Raúl me mantuvo con los sentidos alerta, sin embargo, sus historias divertidas consiguieron distensionar el ambiente hasta el punto de que el segundo café resultó ser una excusa para prolongar el momento. Lleva tanto tiempo sin disfrutar de la compañía de un joven guapo interesado en mi conversación que llegué a abrirme más de lo que hubiese planeado.
—La semana que viene tendré que regresar a Madrid. Quizás podríamos tomar una copa. No conozco a nadie en la ciudad además de Sofía, y ella no está.
—Por supuesto. Avísame y te enseño las preciosidades de Madrid.
Ambos nos reímos de mi osadía. Durante la comida comentó que Barcelona era mil veces mejor que Madrid. Ni él se lo cree.
Abro la puerta de mi despacho con la misma sonrisa que Raúl me dejó al despedirnos en la entrada del edificio.
—¡Eres una inconsciente!
Sacudo la cabeza alargando el oído y las cejas. Puede que no haya escuchado bien.
—¡Cómo se te ocurre salir con Raúl!
—Solo fue una comida. La semana que viene saldremos con más tiempo.
—No te hagas la graciosa conmigo.
Los dedos firmes presionan mi brazo. Giro y agacho la cabeza centrando mis ojos en sus dedos.
—Lo siento —dice soltándose —. Raúl es un tipo peligroso. No puedes relacionarte con él.

—Es muy feo acusar sin pruebas. Si tienes algo contra él, habla.
—¿Te parece poco lo del secuestro de Elvira?
Él se refiere cuando el año pasado mi tío intentó secuestrar a la vecina de Sofía, doña Elvira, para presionarla y que le cediera sus acciones.
—No sólo no tuvo nada que ver, sino que ayudó a que la encontraran. Y en un tiempo récord. Es más, si la memoria no me falla, su agilidad mental fue la que le salvó la vida.
Paul camina de un lado a otro quemando suela. No replica porque no tiene argumentos para hacerlo.
—Él no es para ti.
—Hemos comido juntos. No nos escapamos a un registro civil.
Arrojo el bolso con tanto ímpetu que las cuerdas se enredaron contra el perchero.
—Él sabrá enredarte. Su habilidad es mágica.
Prefiero no comentar que ya lo ha hecho. Y con un profundo éxito. Aceptar volver a verlo no me disgusta ni un poquito.
Abro el portátil simulando estar terriblemente ocupada. Paul no parece interesado en terminar la discusión. Sus constantes adjetivas deplorables hacia Raúl se elevan hacia la grosería.
—... y por ello te lo prohíbo.
Me rasco la frente. Debo haberme perdido lo importante.
—¿Tú me prohíbes volver a ver a Raúl?
—No es de fiar.
—¿Tú me prohíbes volver a ver a Raúl?
—Eres muy ingenua para estar con un hombre como él.
—¡Tú me prohíbes volver a ver Raúl!
—¡Serías una niñata idiota si siguieras viéndole!
—¡Y tú un imbécil! ¡No soy ninguna niñata! Soy una mujer. A ver si consigo que te entre en esa cabeza de melón con patas. Soy-u-na-mu-jer.
Paul abrió la puerta cerrándola con un portazo tan fuerte que mi corazón se rompió con el golpe. Las primeras lágrimas de impotencia se asoman y las detengo con el torso de la mano. La puerta vuelve a abrirse y las seco rápidamente.
—¿Se puede saber qué pasa? Paul acaba de salir pateando una papelera.
En el momento en el que Anthony estaba por sentarse vio una de mis lágrimas. Sin poder contenerme, sentada en la silla, acepto su abrazo al agacharse.
—¿Te ha hecho daño? Si te ha tocado un solo pelo lo ahogo en el Manzanares hasta dejarlo morado.
—No me ha hecho nada. Y en el Manzanares no se podría ahogar ni a una mosca.
Aspiro la sal húmeda de mi pena.
—Entonces tendré que matarlo en el puente de la calle Toledo. Cari, ¿qué ha pasado?
—Me prohíbe que hable con Raúl.
—¿Raúl? El de la oficina de Barcelona.
—Sí.
—¿El del secuestro a la buena de Elvira?
—Lo obligó mi tío.
—El engaño no forma parte de las obligaciones laborales.
—Tendría sus razones. ¿Tú también vas a juzgar sin saber?
—Soy el menos indicado para juzgar entre lo que parece ser y lo que es.
Anthony se refiere a su condición sexual. Un día me confesó que, naciendo niña, siempre se

sintió un chico. Cuando tuvo edad inició el proceso de hormonación y la operación definitiva de cambio de sexo. En ese momento abrí los ojos como nueces. Me resultó increíble ver en un hombre como él, algo que lo relacionase con el sexo opuesto, y que no fueran sus ligues. Las muchachas se derriten al verlo pasar.
—Raúl y yo almorzamos juntos. Nada más. Cuando volví a la oficina Paul estaba esperándome. Parecía enviado del mismísimo demonio. Un ejecutor de las langostas.
—¿Langostas?
—La de las plagas. La Biblia. Ya sabes.
—Ah, por supuesto.
—¿Qué pasa?
Anthony se sienta en la silla estirando sus largas piernas.
—¿Qué dijo exactamente?
—Se puso en plan hermano. Dice que soy una niñata caprichosa que quiere hacer siempre lo que quiere.
—Interesante.
—¿Interesante? Ya tengo un hermano. ¡Yo quiero que me quiera como mujer!
—Interesante…
—Ugr.
Cierro el portátil con rabia. Nadie me entiende.
—Cari, le has provocado un sentimiento, y eso siempre es bueno.
—¿Sentimiento de hermano?
—Odio.
—No era mi objetivo.
—Cari, el odio que se enfurece de día, el amor lo vence por la noche.
Anthony acaricia mi mano mientras suspiro aburrida. De eso nada. El amor es amor y el odio una basura.

Paul

—¿Estás bien? Llevo días intentando hablar contigo
El rostro preocupado de Sarah me obliga a mirar hacia otro lado de la pantalla.
—Estoy bien.
—He preparado macarrones con queso. Tu plato preferido. ¿Lo recuerdas?
—Sí.
—Después del entrenamiento tú y Diego siempre comían tres platos. Los devorabas. Paul, ¿me quieres?
Su pregunta se repite siempre que estamos frente a frente. Una y otra vez como martillo golpeando piedra. Nunca falla.
—Sí.
Bebo la cerveza que tengo en la mano y estrujo la lata de la misma forma que desearía hacerlo con mi pasado.
—¿Llegarás tarde?
—Estoy fuera por trabajo.
—¡Te esperaba! Preparé tu comida preferida.
—Estoy fuera de Baltimore. Tú no lo recuerdas por... por supuesto que no lo recuerdas.
—¡Te quiero! ¡Dime que me quieres! ¡Dilo!

Los chillidos suben de tono antes de poder calmarla. Arrojo el teléfono al suelo con tanta mala suerte que no estalló en mil pedazos. Ya me gustaría que al menos este estúpido cacharro, sufriera más que yo.

No soy esa

—Y dices que lo has visto patear una papelera.
Laura, acerca una bandeja con unas delicias aromatizadas con azúcar y canela que quiebran mi interés por la vida sana.
—Antes de incrustar el botón del ascensor contra la pared. Sí.
—Eso suena muy interesante.
Karina le responde a Anthony mientras recoge una taza de chocolate caliente y se la lleva a la boca.
— Lo que realmente es interesante es esta casa. Laura, tú casa es preciosa. No comprendo porqué siempre quedamos en el pequeño apartamento de Sofía.
El apartamento posee un salón con ventanales que se abren hacia una terraza inmensa con vistas al mayor parque de Madrid. El sonido de las ardillas subiendo a los castaños se trepa y eleva con el movimiento del aire fresco. Una verdadera maravilla de naturaleza en el mismo centro de una ciudad medieval. Estar sentada con estas vistas es uno de los mejores placeres de la vida.
—Adorábamos a la abuela Toñi. Ella siempre nos dio un cariño especial —Karina parece revivir el pasado.
—La abuela Toñi era la voz de nuestras conciencias. Sus consejos reflejaban interés por nuestros problemas —. Anthony agrega con emoción.
—Y por eso la casa de Sofía huele a hogar. Allí existe un calor que no se compra en una inmobiliaria ni en un salón como este —. Laura añade la guinda del pastel.
Sé de lo que hablan. El día que Blake consiguió llevarme a vivir con él, recuerdo que me propuse comprar plantas. Necesitaba sentir el calor de la vida. El apartamento de Sofía es un pequeño rincón de calor inacabable. El Big Bang de la vida.
Los adornos artesanales, las mantas patchwork, las fotografías enmarcadas, todos reviven recuerdos de intensa felicidad. Es fácil entrar a la sala e imaginar cientos de conversaciones entre la abuela delicada y la joven impetuosa. Cuando Blake dijo que se quedaría a vivir en ese pequeño apartamento no pude creerlo. Él, tan acostumbrado a su inmensa casa, ¿cómo podía adaptarse a un sitio tan pequeño? Luego, cuando los vi juntos, lo comprendí. Laura tiene razón, el calor de un hogar amoroso no es un combinable de muebles que se compra en una tienda.
—¿Y sabemos por qué Paul se ha quedado? ¿Su trabajo no se encuentra en Baltimore? Comprendo que Blake debe ir y volver. ¿Pero él? —Laura retoma el inicio de la conversación.
—Debe quedarse por un proyecto nuevo de drones. O algo así.
—Podría alquilar una oficina pequeña en otro sitio —Karina bebe de su taza de chocolate espeso.
—Esa pregunta me la sé yo —Anthony contesta sagaz —. Al parecer su cliente está interesado en una campaña publicitaria. Algo así como un paquete completo.
—¿Y eso es habitual?
—En absoluto —vuelve a contestar —. ¿Qué estás pensando?
—Lo mismo que tú.
Los tres sonríen dejándome en ascuas. Ellos son amigos de toda la vida y yo soy la nueva incorporación suplente.
—Si no me aclaran algo, de todo lo que están pensando, creo que voy a explotar.
—Los tres estamos pensando que Paul se ha quedado por ti. Es la única explicación.
—De eso nada —contesto inclinándome hacia uno de esos bollitos tentadores de azúcar glas—. Blake confía mucho en él. Si le ha pedido quedarse es porque le necesita.
—Puede —Laura frunce la frente —. ¿Y ser tu custodia también es un pedido de Blake?

—Él no es mi custodia. Sus cuidados se deben a que me cree una rubia hueca.
—Tú no eres eso.
—Puede que en el pasado lo fuese un poquito. Paul me conoció intentando sobrellevar mi adolescencia sin padres. Estaba confundida y bastante perdida. Por aquella época puede que me comportase de una forma algo…mmm…superficial.
—Define algo.
—Algo —quedo pensativa a la pregunta de Anthony —. Fiestas interminables, tardes aburridas en el yate de una amiga que no era amiga, paseos con el guapo y egocéntrico del quarterback del equipo de fútbol.
—¡Nena! eras una chill leader total. Una influencer de los medios.
Laura lanza una carcajada ante las reflexiones de Karina.
—Las chicas me invitaban a todos lados con tal de acercarse al guapo de Blake. Todas querían algo con él. Yo nunca les resulté interesante. El quarterback fue un error que prefiero no recordar. Y en cuanto a la cuenta de Instagram, tengo menos seguidores que la abuela Elvira.
Los tres ríen sin creerme.
—¡Lo digo de verdad! La pastelería de Doña Elvira tiene más seguidores que yo en bikini. Para Paul soy una rubia preocupada solo por sus peinados.
—Eras una adolescente como todas. No es justo juzgarte por ser una chica con deseos de experimentar.
—Tengo casi veinte.
—¿Ya? Aún recuerdo la fiesta de tu último cumpleaños. El tiempo pasa demasiado rápido. Tengo que buscarme un novio ya. ¡Ya!
Los tres disfrutamos del comentario de Laura.
—Paso a paso. Primero arreglemos el entuerto romántico entre Paul y esta señorita.
—Puede que no haya nada que arreglar —contesto a Anthony mientras ahogo mis penas en azúcar glaseada.
—Resumiendo tus conclusiones. Te protege por pedido de Blake. Te ayuda en el trabajo a pedido de Blake. Y si esto no fuese una tarea lo suficientemente pesada, patea papeleras a pedidos de… —Anthony se silencia y señala con el dedo a sus amigas.
—¡Blake! —Contestan a coro.
—Además de empotrar paleras a —las manos del relator se unen como en un disparo hacia las Pimpinela que corean con rin tintín.
—¡Pedido de Blake!
Escondo la cabeza entre las carcajadas que ensordecen mis oídos.
La vergüenza asciende con la misma intensidad que crecen mis esperanzas. Tener amigos expertos hablando sobre las inmensas posibilidades que poseo de conquistar al único amor de mi vida, elevan los niveles de mi testosterona cobarde.
—¿De verdad lo creen? ¿Puede que se haya fijado en mí? Quiero decir, él es un hombre con experiencia mientras que yo … yo nunca… ya saben.
—Cariño, la experiencia en el amor no es una carrera de obstáculos. Los pasos lentos y seguros demuestran la profundidad de la mujer que los realiza. Y eso, a los hombres, nos fascina.
—¿Entonces vamos a por él? —Laura sonríe con picardía desconocida. Verlos disfrutar con mi posible felicidad me hace comprender que la amistad es algo mil veces más fuerte de lo conocido en épocas anteriores.
—Gracias.
Palabra sencilla con una profundidad tan intensa que los sentimientos luchan por no desbordarse

en mis humedecidas pestañas.
—Consiga o no el amor de Paul, con vosotros a mi lado ya he ganado mucho más de lo que merezco.
—Eso es verdad. Somos maravillosas, y por eso, Paul caerá rendido en nuestras redes.
Laura pronunció sus palabras con tanta seriedad que los demás escupieron el chocolate en la leche. Las carcajadas son tan sinceras que han conseguido que me sume a la algarabía.
—Debemos mejor el plan de conquista.
—¿Tenemos un plan? —Los nervios me dominan mirando a Karina.
—Siempre hay un plan.
—Yo me voy —amenazo con levantarme del sofá y Anthony me sienta nuevamente.
—Primer paso de las chicas que desean conseguir a su hombre. Actuar con valor a pesar del ridículo.
Escondo el rostro entre las manos. Voy a morir de un ataque de vergüenza. La cadena de plata se enreda en mi cabello. ¿Qué querrá decirme?

Paul

Madrid es una ciudad pintoresca. Cientos de personas caminan atareadas mientras otras disfrutan de un café en un banco. El yin y el yang unidos sin molestarse. Los árboles frondosos improvisan parques en donde los niños se mezclan con los trajes de oficinistas que prefieren un bocadillo bajo el frescor de una tarde invernal, a una buena comida en un restaurante.

Me apoyo contra la pared fresa aportando mi cuota de humo a los niveles de contaminación ambiental. Una calada divertida. Recordad a Mariam y lo furiosa que se pone al verme fumar resulta ser mi única alegría del día. La pequeña se preocupa por mi salud como si yo fuera alguien importante.

—Buenos días.

Respondo al grupo que entra en la oficina. En esta ciudad saludar a desconocidos de forma simpática es una costumbre de lo más curiosa. En Baltimore apenas si nos miramos.

—Hola, ¿me convidas? —Dana me roba el cigarrillo para darle una calada. No estoy seguro de si entraba con el grupo o caminaba detrás. Y la verdad es que no me importa. La pelirroja no es más que un polvo que se olvida al sacudir las sábanas. La abogada ex directora de recursos humanos es tan atractiva como poco interesante. Su belleza es de las que atrapa los momentos que tardas en subirte los pantalones.

—Eres guapo Paul.

—Creí que Blake era tu objetivo.

—Eres directo.

—No me gusta rodear la sinceridad.

—Tú me gustas más.

El rojo carmín de sus labios se eleva provocativo. Te interesan los rubios porque desde que está con Sofía no ha vuelto a mirarte.

—Eso cambiará pronto.

—¿A qué te refieres?

—A que la felicidad siempre acaba.

—Si planeas algo será mejor que lo olvides. Ellos se quieren.

—Y yo te quiero a ti.

—¿En tu casa o en un hotel?

—Sí que eres directo.

—Y no me gusta repetir.

—¿De chica o de hotel?

—No repito. En mujeres. El hotel me da igual.

—¿Entonces es un sí?

—Si lo que buscas es acostarte conmigo, sí.

—¿Y lo de la propuesta que te hice?

Se refiere a las tonterías dicha en el despacho la semana anterior. Y yo pensando que había bebido demasiada cerveza.

—No traicionaré a Blake.

—No es traición. Solo son unos pocos clientes. La niñata no se enterará de nada y el dinero nos vendría muy bien.

—Habla por ti.

—Vamos, eres como yo. Somos dos asalariados en manos de dos que no se lo merecen.

Verla hablar me descompone el estómago. Blake es el hombre más trabajador que conozco.

Cuando perdió a sus padres maduró diez años en un mismo día.
Estudió una ingeniería mientras invertía la herencia de sus padres de forma inteligente e impoluta.
En su decimoctavo cumpleaños se hizo cargo de su hermana pequeña sin pensar en el trastorno que eso significaría para un muchacho tan joven. Si alguien merece lo que tiene, ese es Blake Blakmoon.
—Si necesitas dinero pide un aumento.
Le quito el cigarro de los dedos. Ya no soporto tenerla delante. El revolcón queda descartado.
—¡No tengo tiempo! Tú no lo entiendes…
—Con tus aptitudes conseguirás ingresos extras muy pronto —miro sus pechos dejando clara mis palabras. La pelirroja se marcha insultando a toda mi familia. Como si eso me importase.
—Está muy buena.
—¿Qué quieres?
—Tengo novedades.
—Subamos.

Verifico que no hay nadie en el despacho antes de hacerle pasar.
—Sin moros en la costa.
—¿Cómo dices?
—Cuando se inspecciona como tú lo has hecho, en España decimos que no hay moros en la costa.
Cierro la puerta para que no nos molesten.
—Cultura extraña.
—A decir verdad, es un tema histórico. Algo que seguramente no te interesa.
—Conmigo puedes guardarte tus brotes de simpatía.
Tener a Raúl el menor tiempo posible es ente despacho es mi mayor necesidad. No deseo que se encuentre con Mariam. La última vez que se vieron tuvo consecuencias fatales.
El pintoresco ejecutivo, salido de la academia de niños ricos, acepta el café mientras estira las piernas en la silla. Si no tuviera que trabajar a su lado le rompería la cara. No lo soporto.
—El trato está hecho —. Respiro, aunque algo desconfiado. Introducir a Raúl en la banda no resultó tarea fácil —. Con algunos matices.
—¿Eso qué significa?
—Él quiere a la chica en el trabajo.
—¿Chica? ¿Qué chica?
—Su sobrina.
—¡No!
—Me temo que no es negociable —el desgraciado sujeta la taza como si ese fuese su único y mayor problema.
—Tendrá que serlo. Habla con él. Ofrécele lo que sea, pero Mariam queda fuera.
—¿Piensas que no lo he hecho? El viejo sabe bien lo que quiere.
—¿Y qué es?
El joven deja la taza para enfrentarme cara a cara. Tener a este capullo como compañero de misión me asquea.
—Ella es la puerta que busca para hacerse con las endemoniadas acciones. ¿Pensabas que se desaprovecharía la oportunidad? Liberarlo de la cárcel sólo incrementó sus ansias de conquista.
Simon, tío de Blake, y responsable de demasiadas fechorías, intenta exculparse usando el cuento

de la colaboración para salvarse de la cárcel.
—Ella no corre peligro —la calma de Raúl consigue captar mi atención—. Su cooperación no le salvará.
—¿Cómo puedes estar tan seguro?
—Por que es un imbécil. Dime, ¿cuántos casos tienes acerca de un hombre que haya atentado contra la seguridad nacional y se encuentre libre? No importa los supuestos acuerdos que él crea conseguir, tu país jamás lo dejará libre.
Sonrío de forma ahogada. El capullo posee toda la razón.
—Mariam es mi línea roja.
—Entonces olvídate de todo. Yo por mi parte quedo libre de mis cadenas. Es vuestro problema.
Raúl sacude una pelusa de la manga de su chaqueta.
—No tan rápido.
—¿Piensas continuar?
—Mi misión es desarticular esa banda y llevarlos a un tribunal de guerra.
—¿Aunque ella corra peligro?
—Jamás lo permitiría.
—Entonces morirías tú.
—No te llevarás esa alegría. Habla con Simon y continúa el trato. Necesito saberlo todo. Nadie debe sospechar.
—Ni Blake.
—Él menos que nadie.
—¿Por qué sospecho que no sabe nada? Él no está al tanto del uso de estos drones, ¿es así o me equivoco?
La incomodidad de la traición pica en mi cuello. Estar cerca de una rata como Raúl me hace sentir como una.
—Sigue adelante. Los Blakmoon son mi problema.
—Ya lo he hecho. Tengo una campaña para que lo dirija la preciosa Mariam. Eso hará parecer a Simon que sus peticiones fueron escuchadas.
—Eres eficiente.
—Sabía que no dudarías. A mi no me engañas, ella y su hermano te importan una mierda. Para los tipos como tú ellos son un mal necesario.
—Cuando esto termine iré a por ti.
—Yo jamás he participado en los negocios turbios de mi exjefe. Soy inmune a tus amenazas. Por cierto, ¿dónde se encuentra la preciosa?
—Aléjate de ella.
Imaginar a Raúl cerca de Mariam rompe mis estructuras congeladas. El muy cerdo no va a tocarle ni un pelo. No mientras yo respire. Sería capaz de cortarlo en trocitos y lanzarlo a la bahía de Baltimore antes de permitir que se le acerque.
—En qué quedamos, ¿continúo o sigo?
—No te atrevas a mirarla.
Mi voz amenaza con estamparse contra su cara recién afeitada.
—Soy libre para salir con quién me plazca. Y mucho más si la señorita resulta ser un bombón con mucho dinero. Preciosuras indefensas cargadas con montañas de euros son mis preferidas.
—Ella es una niña inocente. Si la llegas a…
La puerta se abrió de par en par obligándome a concluir las amenazas. También cerraría la boca si fuese capaz de recogerla del suelo.

—Perdón, no sabía que estaban reunidos.
—¿Niña? —Raúl murmuró para que solo yo lo escuchara.
—Adelante preciosa, yo ya me iba. Tengo que hacer unas cosas urgentes antes de terminar el día. Y no me gustaría llegar tarde a mi cita. ¿Te recojo a las ocho?
—Las ocho es una hora perfecta.
—Y por favor, no te pongas ese vestido.
—¿Cómo dices?
—Estás preciosa. No quiero pelear con todos los hombres del restaurante que se abalancen sobre ti.
El imbécil consigue que los colores se le suban a las mejillas mientras yo sigo buscando mi mandíbula en algún lugar del suelo. Raúl está equivocado. Mariam no está preciosa. Ella es una diosa.

Cena

—Un refresco.
Raúl agita el vaso tubo cargado de hielos amenazando con no entregármelo.
Vuelvo a sonreír. Esta noche no soy capaz de llevar la cuenta de las veces que lo ha conseguido.
—Me preguntaba por qué nos gusta tanto complicarnos la vida.
La pregunta en concreto sería de por qué, yo, me complico tanto la vida
—Reflexión interesante que posee dos explicaciones. ¿Versión simplificada o ampliada?
—Simplificada.
—Idiotas.
—¿Y la ampliada?
—Mujeres y hombres idiotas. Todos son idiotas.
Su gesto serio al contestar consigue arrancarme una carcajada. Es imposible que todos piensen mal de él. Raúl es algo interesado, y puede que carente de principios, pero su compañía es de lo más divertida.
—¿Y tú?
—¿Me preguntas si soy idiota?
—No. Lo que en realidad me preguntaba era de por qué todos opinan que eres un interesado.
—Porque lo soy.
—Yo creo que exageran.
—Y yo que eres un bombón que no merece estar bajo el sol.
Su comparación me molesta. Me siento esa niña estúpida a la que Paul no deja de juzgar como rubia vacía y hueca.
—Tengo veinte años, soy muy responsable, y tú no eres un sol.
—No quise ofenderte —su mano se estira por encima de la mesa intentando alcanzarme—. Lo que intento decir, con un romanticismo mal explicado, es que eres una chica pura.
¡Qué! ¿cómo puede saber que yo no lo he hecho aún? ¡Cómo!
—Por tu cara veo que acabo de volver a equivocarme. La poesía galante no es lo mío. Lo que intento decir, de muy malas maneras, eso está claro, es que tu sinceridad y dulzura es tan imponente como tu belleza. Puede que tus buenos pensamientos te hagan imaginar que soy bueno, pero créeme, he hecho muchas maldades.
—Todos nos hemos equivocado.
—Y algunos necesitamos seguir haciéndolo.
—¿Qué quieres decir con eso?
—Que me gustan muchos estos momentos que compartimos cuando vengo a Madrid.
—Y por eso deberás venir más seguido. Y tranquilo, no pienso acosarte.
—Me dejaría encantado.
Acepto el cumplido con una sonrisa. No soy tan tonta como para no reconocer que su galantería es contenido vacío.
—¿Olvidas que soy tu jefa?
—Mejor. Siempre quise saber lo que se siente ser avasallado contra un escritorio.
No soy capaz de contener la carcajada.
—Estoy segura de que ya lo has probado.
—Contigo sería diferente.
Ambos nos reímos sin complejos cuando una voz grave tras mi espalda me obliga a girarme.
—Menuda casualidad. Madrid es grande y pequeña a la vez. Podemos sentarnos. Gracias. ¿De

qué hablaban?
Paul acaba de saludar, auto invitarse y levantar el brazo para pedir una copa, todo en el mismo minuto.
—Hablábamos exactamente de las ganas que tiene Mariam de arrojarme sobre un escritorio y dejarme agotado.
Paul, aunque podría ser el típico chico del norte con mirada aguamarina, su piel bronceada lo convierte en un hombre peligrosamente atractivo. Uno que acaba de cambiar su tez brillante por una de blanco yeso.
Raúl bebe como si nada. Su lado canalla acaba de salir sin ningún trabajo. La ceja arqueada por encima de su vaso me invita a que le siga el juego. Lo rechazo. No deseo alejar a Paul más de lo que ya se encuentra.
—Aprovechábamos que se encuentra en Madrid para comentar mis ideas acerca de la campaña de drones de segunda mano.
—¿A estas horas?
—Fuimos a cenar y la hora se nos echó encima. Tengo pensado unos planes de trípticos más reales. Blake me ha enviado cientos de archivos para estudiar.
Hablo sin respirar y Paul afirma sin ganas. Tanto si digo la verdad como si miento, siempre consigo el mismo efecto, su aburrimiento.
—Pero sus ganas por conquistarme nos hicieron olvidar el trabajo. Eso del escritorio con ella encima es algo de lo más interesante.
Por Dios, Raúl se empeña en provocar su mal humor. No lo comprendo. Para Paul soy su responsabilidad. Desde que Blake se encuentra en Baltimore me persigue como si fuese mi custodia. Las insinuaciones de Raúl solo consiguen enfurecerlo.
—¿Has venido solo?
—No.
Por qué demonios habré preguntado. Soy una imbécil. Por supuesto que no ha venido solo.
—¿Dana? —Miro a la pelirroja que camina hacia la barra —. Has venido con ¿Dana?
—Menuda sorpresa —. Raúl se pone en pie al verla cerca de nuestra mesa.
La chica con su minifalda y camisa de botones abiertos para que se le vea el sujetador de encaje me observa como si fuese una hormiga a la que puede pisar. Quizá porque me siento como una hormiga a la que acaban de pisar. Mi melena suelta y mi vestido negro no compiten con su impresionante figura.
—No había venido nunca —dice acariciando el brazo de Paul con un dedo —. Qué idea más perfecta has tenido.
Muerdo mi lengua para no llorar. Al menos no delante suyo. De todas las mujeres con lo que lo he visto esta es una de las que más me duele. Dana es un personaje conocido por todos. Interesada y manipuladora solo es capaz de actuar basándose en dos tipos de intereses. El económico o el sexual. Paul no es un hombre adinerado. Eso reduce la franja de intereses a uno tan antiguo como el comer.
Me atraganto con las lágrimas que retengo en la tráquea.
Dana es una pelirroja despampanante. Abogada, y con un trabajo que la lleva a recorrer medio mundo, es una bendición para la entrepierna de cualquier hombre.
El aire pesado de la sala nocturna comienza a ahogarme. Tengo que salir de aquí.
Tenerla delante acariciando el brazo de Paul es un espectáculo que marea mis neuronas. Siento mi corazón vacío arrastrarse de rodillas buscando sus partes rotas.
—Pues el espectáculo que está por venir es uno de los mejores de Madrid —Raúl explica con

interés —. Es un grupo que canta fenomenal.
—Para mi es demasiado tarde.
—Pero dijimos que…
—Cuando lo dije no me di cuenta del tiempo. Lo siento mucho. ¿Por qué no te quedas? Puedo pedir un taxi. Estoy muy cerca de casa.
—De eso nada. Te llevo. Pero primero escucharás un tema. Este grupo es lo más. Estoy seguro de que te encantarán.
—Por favor —digo acercándome a su lado para que Paul no nos oiga—. Necesito irme. Tú quédate. Me haría sentir menos mal —Raúl parece confundido—. Por favor...
—Iré contigo, solo dame un minuto. Ese que acaba de entrar es un cliente. Tengo que acercarme.
—Ve tranquilo.
Espero a que Raúl se aleje para recoger mi mochila y fugarme de forma discreta.
—¿Escapas?
La voz grave de Paul se pronuncia en algún lugar de la mesa. No lo miro. Estoy demasiado apresurada en recoger mis cosas.
—Ha sido un día largo.
—Te llevo a casa.
—¿Qué? No. De ninguna manera. Soy capaz de llegar a mi propia casa.
Camino por un lateral para que Raúl no me vea. Ya me disculparé en otro momento. Ahora debo correr, llegar a mi apartamento y ponerme a llorar en el salón a oscuras.
¿Paul con Dana? ¡Paul con Dana!
Mi pecho está tan comprimido que el aire se me escapa antes de entrar. Alzo las manos señalando a un coche que se acerca. Estiro la mano hacia el picaporte cuando un brazo se adelantó para abrir la puerta y empujar mi cuerpo hacia adentro.
—Buenas noches, señor —sus ojos azules rebotan contra el espejo retrovisor del conductor.
—¿Se puede saber qué haces?
Sin contestarme comienza a dar señas al chófer. El hombre presiona el contador e inicia la marcha.
—¿Por qué me haces esto?
Estoy agotada. No puedo seguir así. Cada intento de parecer una mujer segura y racional Paul la derrumba. Lo amo tanto como lo odio. Ya no puedo sentirme mil veces despreciada y una desconcertada. Esto terminará por desquiciarme. Ya no sé si soy una zorra o una lechuza mojada.
—Es muy tarde. No puedes andar sola a estas horas.
—Yo voy a dónde y cuándo quiero. Tú no me das órdenes. Estoy crecidita.
—Créeme, lo sé perfectamente.
—Entonces por qué estás en este taxi. Cuando Dana se de cuenta que no la has dejado plantada montará en cólera.
—Me importa poco.
—¿Entonces por qué estabas con ella?
No contesta. Suele hacerlo cuando considera que no debe explicarse. La cabeza me estalla con cientos de pensamientos. Si alguna vez deseaba ser la chica elegida este no era el sueño.
Me inclino en el respaldo mirando hacia la ventanilla. Es el pretexto ideal para que la lágrima de la vergüenza viaje sin ser reconocida. Paul jamás me verá como una verdadera mujer. No importa los planes de conquista y las ropas de zorra que me ponga. A él le desagrado. Jamás seré esa chica a la que besa mientras le promete amor eterno.

¿Eres tú?

—Me gustaría dormir.
—Apenas son las doce. Te he visto aparecer en tu casa a las seis de la mañana fresca como una rosa.
Paul camina por mi casa mientras los nervios me suben por las rodillas hasta las axilas. Desde que pagó el taxi y subió a mi apartamento, deambulo por la sala borracha de emociones. Paso del estado de desconcierto al de algarabía desquiciada. Sigo sin comprender por qué se encuentra en mi piso rebuscando en los cajones. Eleva dos vasos por encima de la cabeza y me los enseña como trofeo. Parece feliz con su logro.
Sus movimientos son tan firmes como un oso cerca de la cueva. Las piernas largas y fuertes bajo los vaqueros pisan pasos de seguridad. Su cuerpo es un recorrido excitante hacia mis sentidos femeninos.
Me acerca un vaso con refresco y se sienta con la confianza de un lobo al que se le han abierto las puertas de la jaula.
—Necesitamos hablar.
—Me parece bien. ¿Por qué estás aquí?
—Soy responsable de ti.
—No lo eres.
Paul no solo ignora mi contestación, sino que continúa hablando con paso lento.
—Mariam, existen niñas que al crecer se convierten en una linda flor. Su espíritu de niña se transforma en una mujer de lo más agradable.
No puedo creer lo que estoy escuchando. Si no fuera porque tengo rímel en los ojos, me los rascaría hasta deshacer la imagen paternal de Paul.
De todas las estupideces que me podrían estar sucediendo, esta es la más irreal. No puedo seguir escuchando. Sus palabras cariñosas destruyen mis esperanzas de amor.
—Algunas son simpáticas, sin embargo, otras…
—¿Otras qué? Mira Paul, esta conversación no tiene sentido. Como bien has dicho ya no soy una niña y yo puedo con…
—¡Son preciosas! Tú, eres preciosa.
—Quien quiera.
Mi frase apenas fue capaz de salir de entre mis labios. Los chillidos de Paul son demasiado altos. Y parafraseando sus palabras, demasiado agradables.
—Posees un cuerpo envidiable. Tu rostro es la escultura de un ángel. Tus ojos verdes son esmeraldas perdidas en un campo reverdecido. Sus pequeñas motas oscuras resaltan tu pequeña perfección. Pero tú no podías quedarte con esos valores. Tu espíritu de niña simpática se convirtió en una sonrisa permanente para todos los que te admiran.
—A veces me enfado…
—No, nunca lo haces. Siempre perdonas. Raúl no merece tenerte en sus brazos.
—Paul, si esta conversación tan paternal que intentas ofrecerme busca explicarme porqué no debería tener sexo con Raúl, me gustaría que terminase aquí mismo. Como bien acabas de decir, ya no soy una niña y puedo acostarme con el chico que yo quiera. Te agradezco la preocupación, pero…
—Raúl solo es capaz de ver tu cuerpo.
—¡Como todos!
—¡Eres preciosa! Maldita seas. No existe hombre que no te mire y no quiera llevarte a su cama.

Paul se acerca y me enfrenta. Sus ojos poseen un brillo desconocido. Nunca lo había visto tan tranquilo y tenso a la vez. Las manos son mazos de cemento pegadas a sus lados. El rostro se le ha convertido en una roca sin expresión. La única parte de su cuerpo que aparenta estar viva es el torso que sube y baja como un hombre antes de una pelea. El aire que entra con profundidad en su pecho apenas sale. El azul ardiente de su mirada no se separa de la mí. Su autocontrol es notable e incomprensible. Está… ¿furioso?
—Y eso que importa. ¡No soy una niñata protegida!
—¿Crees que a él le importa como eres? ¡Raúl quiere meterse en tu cuerpo y agotarse contigo! ¡Te queda claro! ¡Solo eso!
Los gritos de Paul salen antes por sus venas que por los labios.
Su espíritu paterno filial se ha extralimitado. Él no es mi padre ni mi hermano. No tengo porqué escuchar su cantinela moralista. Y mucho menos de un hombre como él. ¿Con cuántas mujeres se ha acostado? ¿Cinco? ¿Quinientas? ¡Qué poca vergüenza!
Sí, soy virgen.
Sí, parece que se ha dado cuenta.
Sí, parece que todos lo saben.
Sí, puede meterse sus consejos hechos un bollito en el bolsillo descosido de los pantalones para que viajen directo hacia su culo.
—Mira Paul, no tendré mucha experiencia, pero no soy imbécil. Voy a meterme en la cama del chico que yo quiera y tú no vas a impedirme nada. Haré lo que hacen todas las chicas de mi edad. Probaré lo que me de la real gana. Después de todo ¡es solo sexo!
—¡Contigo no!
—¡Anda que no! Unos besos perdidos, unas caricias a mis tetas de forma cariñosa, una mano por dentro de mis pantalones y…
Abro la boca aceptando el ¿beso?
¿Paul me está besando?
Tardo unos segundos eternos en comprobar que los labios fuertes y duros que golpean contra los míos son suyos. A mi desconcierto le cuesta despertar. Su lengua entra en contacto con la mía como un combatiente que busca la victoria. El calor de sus manos en mis hombros viaja por mi piel como millones de chispas eléctricas.
Es Paul. La boca que tengo devorando la mía es de Paul. ¡Y no es un sueño!
Mi cuerpo comprende y se rinde deseoso. Mis nervios se aflojan y los brazos se extienden rodeando ese cuello con el que tantas veces soñé envolver mis dedos. Me acerco pegándome todo lo que puedo. Tengo el cielo en mis manos. Su boca húmeda se abre con mayor fuerza furiosa. Su aliento salado y ardiente golpea mi lengua, enredándose en una batalla de posesiones. El ronroneo de mi cuerpo es demasiado evidente.
Lo aferro con fuerza demostrando que soy una mujer. Una completa y entregada mujer. Mis pechos sensibles chocan con el duro torso. Su gemido gutural se profundiza mientras sus manos comienzan a caer por mi espalda deteniéndose en mis nalgas. Los dedos firmes empujan mi cuerpo hasta chocar con su dura excitación.
Paul no es un joven con los que he podido intercambiar besos en una discoteca. Él es un hombre. Su cuerpo está duro y listo. El corazón se me acelera. Quiero estar en sus brazos. Quiero sus manos viajando por mi cuerpo desnudo. Lo deseo. Lo necesito.
No soy virgen por obligación, otros chicos han querido acostarse conmigo, incluso me lo han suplicado. Ellos no podían comprender porque no deseaba terminar el juego. En mis brazos se encuentra mi única razón. El calor de Paul me transporta y embriaga. Su perfume me hipnotiza.

El poco espacio que puede existir separándonos desaparece. Necesito pegarme a su cuerpo. Ser la respuesta de su deseo.
Me restriego buscando todo y más. Lo quiero por encima de cualquier error y desconcierto. Su erección se mueve entre los pantalones causándome una felicidad inexplicable. Me siento una mujer deseable.
Me aferro a su cuello con uñas. Paul gruñe de una forma extraña antes de mover los labios por mi cuello. El calor de sus labios quema mi piel. Bajo las manos recorro su espalda arañando por encima de la camisa. Quiero más. Necesito tocar su cuerpo. Necesito hacerlo mío.
—No…
Su negativa débil se repite antes de tomar distancia. Intento que no se aleje. Sus manos fuertes abandonan mis nalgas para engancharse en mis hombros. El aire frío de la distancia nos separa. Mis ojos son neblina turbia. Su rostro ocupa el total del espectro de mi sensatez. Su boca está húmeda por mis besos. Intento acercarme y terminar lo empezado, pero él me rechaza.
Acaricio con mi lengua los míos sintiendo el sabor de los suyos en mi carne inflamada. Él cierra los ojos antes de soltar mi cuerpo y girarse.
Estiro mis manos buscando el calor perdido. Me siento débil y abandonada.
—Esto es un error.
Sus palabras vuelan en el aire mucho tiempo después de salir por la puerta.
Me dejo caer en el sofá sin saber si debo reír o llorar.

El compromiso

—Cariño, ¿qué pasa?
La voz cariñosa al otro lado comienza a desesperarse.
Las primeras llamadas las esquivé con éxito, pero a esta altura me resultó imposible seguir ocultándome. La insistencia de Sofía es fuerza difícil de doblegar. Su nivel de intriga rebaza la pantalla.
Le contaría todo, si supiera exactamente qué contar. Aún siento el calor de Paul pagado a mi piel. Como también, sus palabras hirientes.
Esto fue un error… error…
Llevo repitiendo esas palabras intentando que la insistencia ayude a destronarlas de mi corazón. El dolor de ser una ignorada es exactamente el mismo al de ser considerada un error. O puede que un poco peor. Ahora conozco el vacío de sus besos y la desesperación de no tenerle.
—¡Hola! —La voz de Blake se escucha de lejos.
—No, por favor, que él no me vea. Siempre supo leer mis estados anímicos. Voy a cortar.
—Tranquila… —Sofía esconde el móvil contra su pecho —. Amor, estoy en una conversación de chicas. ¿Te importaría cerrar la puerta?
—Si esa charla va de hombres, te recuerdo que eres una mujer que me debe fidelidad.
Al otro lado se escucha el chocar de unos labios. Un beso caliente y cariñoso. Siento envidia de mi hermano. Es lo que me faltaba para ser la mujer más horrible del universo.
Sofía estira la cabeza por encima de la pantalla antes de hablar.
—Ya estamos solas. Estabas comenzando a preocuparme. No contestabas a ninguno de mis mensajes.
Respirando profundo y después de unos segundos melodramáticos, al fin pude comenzar a hablar. Es un rasgo muy característico en mi. Las primeras palabras nunca me salen, ahora, cuando comienzo a tomar carrerilla, no dejo espacio ni para las comas.
Al otro lado Sofía escucha atentamente. Contarlo en voz alta me obliga a recordar una y otra vez los sentimientos sentidos. ¿Se dice así? Puede que no. O quizás sí. Y yo que sé. No me siento con fuerza suficiente como para resolver problemas gramaticales.
—Se acabó —digo como conclusión ante el silencio de sus pensamientos.
—Puede que sí. Eres una niña preciosa. Paul tiene razón, mereces a alguien que sepa valorarte. Está muy claro lo que él quiso demostrarte.
—¿Lo está?
—A algunos hombres las palabras se les quedan cortas y prefieren pasar a los actos. Puede que Paul solo quisiera enseñarte que eres muy guapa, y que, hasta él, se sentiría atraído por ti.
—Pero no significo nada…
—Yo no digo eso.
—Tú no. Pero él sí. Puede que tengas razón.
La reflexión de Sofía es lógica y dolorosa. Muy dolorosa. Muerdo la punta de mi lengua para no ponerme a llorar.
—¿Te ha llamado? ¿Lo has vuelto a ver?
—No a lo primero, y no a lo segundo. No se ha molestado en enviarme ni un mísero emoticono. Y con respecto a volver a vernos, resulta que le va a resultar algo más complicado de lo habitual.
—¿Qué has hecho?
—Me he mudado a la quinta planta. Es la única tontería que se me ocurrió para afrontarlo.
—Puede que no sea una tontería. Cuando Blake viajó a Baltimore me sentí morir. La distancia

me hizo ver el terror de una vida sin él.
—Él jamás pensó en dejarte. Mi hermano te adora.
Ambas nos quedamos mirando sin decir nada. Llevamos más de una hora en donde yo hablo y ella escucha. Me siento asqueada de mi propia pena insistente.
—Cuando llamaste —busco cambiar de tema. Mis desgracias no tienen solución—dijiste que tenías algo importante que contarme. ¿Qué era?
—Puede esperar.
Se deja caer en el colchón con un brillo tan radiante en sus ojos almendrados que sonrío descreída.
Está en la habitación de mi hermano. Los ventanales del fondo unen el mar de la bahía con el resplandeciente atardecer.
—Tienes unos ojitos que te delatan, ¿qué ha pasado?
—No quiero ser egoísta. Estoy muy feliz y no es justo para ti. Igual, en otro momento más apropiado, te lo cuento.
La sonrisa aparece después de días de formar parte de mi rutina diaria. Su felicidad es contagiosa.
—Blake quiso llamarte, pero le supliqué ser yo misma la que te lo dijese. Es muy importante para mí conocer tu opinión. Sabes que aprendí a quererte como a una verdadera hermana.
—¡Qué es! —Chillo sin poder contener la expectación.
El teléfono cambia de mano para enseñarme el dedo anular. Un delicado diamante gira en su mano.
—¡Me ha pedido que me case con él!
La voz de Sofía se apaga tras su sonrisa nerviosa. Mi emoción se convierte en llanto contenido.
—¿No te alegras?
Sorbo las lágrimas intentando poder hablar. Este torrente salado es muy diferente al soportado por el rechazo de Paul. Este es de alegría inmensa. Blake la creyó perdida y durante años buscó enloquecido a la desaparecida dueña de su corazón. Su historia es un verdadero cuento de amor.
—¡Estoy tan feliz! —Apenas domino mis palabras. Las lágrimas bañan mis labios —. Es la mejor noticia del mundo. Seremos hermanas —lloro antes de ponerme a gritar —. ¡Hermanas de verdad!
Nuestros chillidos son tan roncos que la voz de Blake apareció tras ella con un tono importante de preocupación.
—No pienso moverme de aquí hasta que me digas qué está pasando.
Sofía sin parar de llorar mueve el móvil hacia el suelo.
—¡Apunta a mi hermano! ¡Blake! ¡Estoy aquí! ¡Soy!
La cabellera morena apareció por un rabillo de la pantalla.
—¡Te felicito! ¡Es la mejor de las noticias!
—¿Te alegras de verdad?
—Hermanito, no puedo estar más feliz.
—¿Y tú te has arrepentido de la decisión de casarte conmigo? —La mirada negro cobalto se concentra en su novia.
—Te amo más que a nadie.
—Entonces ¿por qué lloran tanto?
Ambas nos miramos y comenzamos a reír como histéricas mientras nos secamos el rostro.
—¿Habéis puesto fecha?
—Yo digo que dentro de seis meses como mínimo.

—Y yo digo que un mes como máximo. He esperado demasiados años en tenerla. No pienso dejarla escapar.
—En cuánto lleguemos a un acuerdo te lo confirmo.
Sofía es la novia más radiante del universo. Su sonrisa nunca fue tan clara. Estoy a punto de ponerme a llorar otra vez.
—¡Atontado! ¡La has conseguido! ¡Te vas a casar!
Blake lanza una carcajada estupenda.
—Eso parece —dice aferrándose a su chica.
—¿La boda será en Madrid? Qué tonta. Claro que en Madrid. ¿Y las invitaciones? ¿Y el salón? ¿Y el vestido? ¡El vestido! ¡Sofía! Tenemos que escoger el vestido.
Mis gritos histéricos se suceden sin parar.
—¿Tenemos? —Blake habla, pero no le hacemos caso.
—Con respecto a eso quería hacerte una pregunta.
—Tú tranquila. Conozco unos diseñadores estupendos. Serás la novia más hermosa de toda España. Aunque yo me lanzaría de cabeza por uno de los diseños de Laura. ¿Has visto los modelos de la campaña? Son maravillosos. Tiene unas ideas creativas que valen oro.
La sonrisa nerviosa de Sofía se esconde tras la emoción de su rostro.
—Sí, lo sé. Yo también lo creo. Pero verás…
—Te escucho.
—Yo había pensado, que dado que ni Blake ni yo tenemos padres, y dado que tú eres su única familia, y que pronto serás la hermana que nunca tuve...
—¿Sí?
—Yo me preguntaba si…
—¿Sí?
—¿Te gustaría ser nuestra madrina de bodas?
—¿Que si quiero ser la madrina de tu boda y la de mi hermano? ¡Sí! ¡Sí que quiero!
Blake tras ella, mueve los labios dándome las gracias en silencio. Pestañeo respondiendo con un te quiero con la misma sonoridad. Ambos crecimos en las lágrimas de la pérdida, ya era hora que nuestros mensajes al fin volcasen un poco de esperanzas.
—Regresamos a Madrid en dos días. ¿Podrías pedirle a Paul que nos recoja en el aeropuerto?
—Puedo ir yo —contesto sin mirar a Blake.
—No, no puedes. Necesito que Paul alquile una furgoneta. Y grande. Aquí mi querida prometida ha decidido llevarse medio Baltimore.
—Eso no es verdad. Son solo unos pocos recuerdos para las chicas y una sorpresa para Anthony —los carrillos se le sonrojan al golpearle el hombro.
—Alquilaré un coche grande. Yo puedo hacerlo.
Mi exceso de ímpetu alerta a Blake. Sus ojos negros de cuervo se acercan a la pantalla. A veces me pregunto cómo podemos ser tan diferentes y ser hermanos de sangre.
—¿Qué pasa?
Y aquí estamos. Estas son las consecuencias de tener un hermano padre. Su olfato es un escáner de radiación súper poderosa. Pero, lo que él no ha descubierto, es el inmenso poder retráctil de mi tupida melena sobre el rostro.
—No necesito a nadie para alquilar una furgoneta y llevarla bien. Conducirla no puede ser muy diferente a un coche.
—Poder, sí que puedes. Ahora lo de hacerlo bien…
—¡Blake! No le hagas caso. Lo harás perfectamente.

—Perfectamente… —la burla se adueña de su negra mirada —. Está bien, tú rellena los papeles. Yo intentaré descansar en el avión y estar despejado para conducirla. Me gustaría estar vivo el día de mi boda. ¡Ay! ¡Ay!
Los puñetazos de Sofía en su hombro son continuados, y aunque sus carcajadas dicen que no le hace ni el menor de los daños, me siento conforme. Ya me gustaría ser yo la que se encontrara al otro lado. Mis golpes serían bastante menos cariñosos que los de su novia.
—Me parece una idea fantástica que vengas al aeropuerto. Tenemos que hablar de miles de cosas.
Blake se deja caer en el colchón con quejas sobre el poco tiempo que le dedicará a él en cuanto se encuentren en Madrid. Sofía acaricia su rostro y yo me despido antes de que comiencen las caricias con tres rombos de prohibidos. Existen momentos en los que una hermana sobra. Presiono el botón mientras pienso.
La felicidad del amor es tan profunda como temporal. Los momentos se viven y se pierden de forma tan repentina que no estoy segura de si el amor perdura en el tiempo o el tiempo lo derrota. Blake amó durante años a Sofía. Aún cuando no la tenía. Yo tuve a Paul un segundo, que pareciendo abrir la eternidad de una vida, murió antes de nacer. El amor no abre las puertas de la felicidad. Lo hace el tiempo al convertirlo en eterno.

Seguir

Las tres nos sentamos en los amplios sillones. Estamos masacradas. Alzamos los pies esperando que el poder de la mesilla nos ayude a deshinchar los tobillos. Laura como anfitriona, y con un poder sobrenatural, nos acercó un par de bebidas y unos cuantos vasos antes de lanzar sus zapatos al aire. Sus dedos redondeados apuntan hacia el cielo.

—No pienso casarme nunca.

Karina, con la misma fuerza de voluntad que su carácter, consiguió enderezarse y cargar los vasos hasta arriba de Coca-Cola Zero. Las cuatro hemos comenzado una dieta estricta. No la necesitamos, pero no pensamos ni por un momento dejar sola a Laura en su lucha por lucir un vestido de una talla menor.

—Para eso primero necesitas pescar un novio. Cosa que lejos de ser ingrata, me alegro de que no tengas. Mis pies necesitan un mes de recuperación entre boda y boda.

Todas nos reímos con ganas, pero sin bajar los pies de la mesilla.

Laura se inclina hacia atrás antes de morder un trozo de zanahoria que extrajo del bolsillo para ataques de hambre urgentes. Lleva toda la semana prometiendo que el día de la boda tendrá una talla cuarenta. No importa las veces que le expliquemos que eso de las etiquetas es una soberana mentira, ella insiste en que esa noche encontrará al amor de su vida.

—¿Qué nos queda?

—Después de la imprenta —contesto a mi futura cuñada—sigue la mantelería.

Contesto sin mirar la lista. La he mirado tantas veces que la sé de memoria.

—De eso nada. Esta tarde comenzamos con las telas. Dependiendo de la que escojas el diseño puede variar.

Sofía camina descalza hacia la habitación de Laura para regresar empujando por el suelo dos bolsas cargadas hasta arriba.

—¡Cuidado!

Gritamos al verla trastabillar contra la alfombra.

—Si te rompes el tobillo habrá que cancelar la boda, y yo, otra vez, no peleo con el imbécil del salón. Mira que pedir que nos casemos otro día. A ver quien tiene el valor de decírselo a nuestro novio.

Karina niega recordando al gordo sudoroso mientras las demás mordemos los mofletes para no escupir una carcajada.

—¿Qué pasa?

—¿Nuestro novio? —Pregunto con la cara roja de tanto aguantar.

Las tres escupimos la risa atorada y Karina termina por contagiarse. Desde que supo que su mejor amiga se casaba, no ha dejado de decir nuestro en todo. Nuestro salón, nuestras invitaciones, nuestra fecha. Esa misma tarde, después de degustar ocho tipos de tartas distintas, Karina le chilló al dueño de la sala diciendo que a nuestra boda no la cancelaba ni Dios. Al escucharla el pobre hombre se santiguó pensando que éramos un grupo de mujeres desviadas copulando con el mismo hombre. Al intentar explicarme y decir que el novio era mi hermano, su mano buscó una cruz de plata que llevaba en el cuello. Desistí de más explicaciones, su cara atormentada era demasiado divertida.

Sofía giró las bolsas y las telas cayeron sobre la alfombra como serpentina en Nochevieja.

Yo bostezo mientras Laura se rasca los ojos antes de arrodillarse a su lado.

—Si al menos contáramos con algo más de tiempo… —Bostezo por quinta vez seguida cuando consigo darme cuenta de que Laura y Karina se encuentran ahorcando al tul bordado.

—¿No tenemos tiempo? —Karina no deja de mirar a Sofía.
—Claro que no lo tenemos —respondo segura.
—Sí que lo tenemos…
Sofía me desmiente.
—Estoy loca o entendí mal la fecha.
—Sí —dice mirándome—. Y no —dice mirando a las chicas.
Las observo intentando aclararme. A veces se les olvida que, aunque aprendí español desde pequeña, y que Blake lo practicaba conmigo porque según él lo necesitaría para encontrar a su Love, a veces me pierdo entre tanta palabrería.
—No estoy embarazada.
—¿Embarazada? Por supuesto que no lo está. Si lo estuviera yo lo sabría —las chicas niegan con la cabeza—. Por supuesto que sí. ¡Soy la tía! Además, esto no es el medioevo donde uno tiene que casarse estando embarazada. No estamos embarazados.
—¿No estamos embarazados? —Karina vuelve a preguntar. Esta vez solo me mira a mí.
—No.
—¿Estamos?
Esta vez las tres ríen y soy yo la que debo sumarme a la broma.
—Blake dice que lleva toda la vida esperándome y no piensa perder más tiempo.
—Es tan tierno...
—Es tan divino…
—Lo amo tanto…
—Es tan atontado.
Continuamos con las carcajadas hasta que al fin conseguimos centrarnos en las telas.
Los flecos de flamenca asoman y Laura me frunce la nariz. Tiene razón, no pegan con el diseño, aún así, son preciosos.
—¿Y Paul?
—¿Cómo?
—Pregunto por Paul. ¿Cómo va el plan de zorrona?
Karina pregunta mientras me quita el retazo de flecos para ponerlo en la fila de descartados.
—No les he dicho nada. Esperaba que tú se lo contaras —los ojos de Sofía se clavan en mi nariz.
—Eh, sí, bien, hice lo que me dijeron. Me convertí en zorra.
—Parecer zorra. Parecer… —Karina aclara alargando las letras—. Solo parecerlo.
—Eso ya no importa. A Paul no le intereso.
—¿Te lo dijo con esas palabras?
—Lo dijo y lo demostró. La otra noche me acompañó a casa y me besó.
—¿Te acompañó a casa?
—¡¿Te besó?!
Las cuatro sentadas en el suelo parecemos un grupo de indios cheroquis analizando el destino de la tribu. Lástima que, para mí, ya no exista destino que estudiar. Mi sendero con Paul se ha terminado.
—Dijo que yo era un error y que me olvidara de él.
—¿Dijo que tú eras un error? —Laura está confundida.
—Es un estúpido. Tú no eres ningún error —Karina presiona los puños. Su energía me causa diversión. El ímpetu de las mujeres latinas es admirable.
Las tres hablan a la vez intentando ensalzar mis puntos fuertes y disimular mis imperfecciones. Escucho sin prestar demasiada atención.

Agradezco sus buenas intenciones, pero también acepto que mi destino con Paul no existe. Llevo toda la semana sufriendo en silencio mi propio auto convencimiento. No tiene sentido continuar con la ilusión absurda.
Me besó como a una desconocida en una discoteca. Quería demostrarme que soy una inexperta a la que se la puede manipular.
Una alarma del móvil de Sofía suena haciéndonos callar.
—¡La cita con Rosi!
—¿Quién es Rosi?
—Nuestra estilista.
Sofía empuja mis manos y me arroja los zapatos a la cara.
—Rápido, tengo una idea.
Me encara con esa mirada ocurrente que todas conocemos y que muchas veces nos hace temblar a todos.
—¡No! Sea lo que sea, digo que no.
—Eso ya lo veremos…
—No pienso ser tu madrina. Me desapareceré del país. Obligaré a mi hermano que te abandone en una gasolinera.
Ajena a mis amenazas empuja mi espalda mientras las otras comienzan a asentir con la cabeza. Parece que han adivinado su macabro plan.
—Me niego… —chillo antes de ser introducida en un ascensor al que bloquearon la puerta para que no pudiera escapar.

—¿Cortar? No quiero cortarme el cabello.
Observo a través del espejo a las chicas que aplauden entusiasmadas. Todavía no comprendo cómo he llegado a encontrarme en esta situación.
Ni bien llegamos a traspasar el umbral de la peluquería, lo que tenía que ser una prueba de peinado para la futura novia, terminó siendo un asesoramiento sentimental hacia mi persona.
—Solo voy a darle forma. Tienes una melena preciosa, pero sin vida. Quiero que estés avasallante. Nena, eres un bombón al que no le has sacado provecho. La campana de enloquecer a los hombres ha sonado. —Rosi, alzando mi cabellera por todo lo alto, habla guiándome un ojo hacia el espejo.
—¿Y la campana dice que tengo que cortarme el pelo?
Rosi suelta mis cabellos que se desparraman entre mi espalda y el respaldo.
De las pocas cosas que tengo, y que creo que valen la pena, son mis ojos y mis cabellos. Menos mal que es peluquera y no óptica.
—Cariño, no pienso hacer nada que tú no quieras —dice sentándose a mi lado—esta es tu decisión. Mi consejo es que si cortamos un poco el largo y desmechamos al estilo salvaje los laterales, conseguiremos que esa carita de niña preciosa se convierta en gata poderosa y dominante. Ese Paul ya no importa, eres tú la que se encuentra delante de este espejo. Quiero que salgas de aquí pisando con paso firme. Yo no voy a volverte preciosa, tú ya eres preciosa. Solo resaltaré lo que tu timidez ha escondido.
—Además, que coña, ¡el pelo crece! —El chillido de Karina se enrosca en sus labios expectantes.
La curiosidad de una señora con la cabeza cubierta en un cono de papel plata se centra en mí.
—No se trata del cabello, esto va de romper con lo que te detiene. Es el momento de demostrar que no eres una chiquilla solitaria al amparo de su hermano. Eres fuerte, inteligente, divertida…

y qué demonios, ¡vas a quedar preciosa! —Sofía sonríe al espejo.
Alzo la vista para ver a las chicas que mueven la cabeza de arriba a abajo. La sonrisa entusiasmada de la señora de al lado se amplía.
—¿Usted qué dice? ¿Les hago caso?
—Dulce, las manos de Rosi son mágicas. Si ella dice que te quedará bien, yo no lo dudaría.
—Entonces está decidido. Rosi…
—¿Sí querida?
—¡Corta!
Las chicas aplauden y yo cierro los ojos. Sofía tiene razón, esto va de mí y del pasado que dejaré en el suelo de esta peluquería. A Paul lo amo desde siempre, a mí, estoy comenzando a hacerlo.

—¿Has visto cómo te miraba?
—No exageres.
Sofía lanza las llaves en una especie de platillo pintado a mano mientras camina de espaldas para no quitarme los ojos de encima.
—De eso nada. Se quedó loco.
—¿Quién se quedó loco? Y principalmente, ¿con quién de las dos?
Las manos de Blake la envuelven por la espalda. Ella se gira sobre sus pasos antes de besarlo en la mejilla.
—A ella. ¡Mírala!
Mi hermano estiró el cuello para fijar sus negras pupilas en mí, aunque, sin soltar la cintura de su chica.
—¡Wow! Menudo cambio.
—¿Te gusta?
Peino el lateral de mi melena sin darme cuenta de que se me escapa entre los dedos. Aún no me acostumbro. Los cabellos que caían lisos hasta la cintura ahora se mueven con baile propio. La cortina recta ha pasado a ser una melena danzarina. Revuelta e indomable.
—Mucho. Estás fantástica. Entonces ¿el chico que quedó loco era?
Su mirada fiera se centró en su chica. Es tan lindo verlo así de enamorado que me pregunto si alguna vez tendré la misma suerte.
—Uno que nos dejó pasar en el portal. Desde que salimos de la peluquería volvió loco a todos los chicos que nos cruzamos.
—Eso es mentira —digo llevando el paquete de pollo asado hacia a la cocina —. No fueron todos los chicos. Solo un par.
Mi sonrisa confiada me sorprende hasta a mi misma.
Dejo los alimentos y me giro dispuesta a continuar con la broma cuando el torso duro chocó con mis pupilas.
—No sabía que estabas aquí.
Hablo al torso. Mi valor no alcanza la altura de su mirada. Desde el penoso beso rechazado no he vuelto a verle. El sufrimiento que creí estar superando me hace frente. Enérgico, y con armas en los dientes, el dolor me enfrenta para decirme que soy la chica que ha perdido y que carga con el corazón roto en las manos. Aunque lleve un corte de loba indomable.
—Fuimos a la embajada por los permisos.
Lo rodeo sin mirar. Necesito salir de la cocina. No estoy preparada para una conversación como dos conocidos a los que nada les ha pasado.
Las piernas me tiemblan. Las manos se me congelan. Las lágrimas amenazan con aparecer.

Sofía se acerca rápidamente a mi lado comentando nuestros cientos de experiencias del día, y sujetándome del brazo, para llevarme al cuarto con una excusa tonta sobre el vestido de novia. Con una sonrisa en los labios cerró la puerta.
—¿Estás bien? No sabía que estaba en casa. Lo siento —resopla al caer de culo en la cama.
—Esto tenía que pasar. Era cuestión de tiempo.
—¿Desde la noche del beso no le habías visto?
—No. Me cambié de despacho. Soy una cobarde. Lo sé.
—De eso nada, hiciste exactamente lo que haríamos todas. El problema es que…
Sofía se mira los pies que balancea de arriba a abajo.
—¿Es?
—Blake quiere que sea el padrino de nuestra boda. No pude hacer nada para impedirlo.
—¿Se lo has contado? Mi hermano sabe que Paul me ha… ya sabes.
—¿Del beso? No. Ni muerta abro la boca —su mano se acerca a la mía para envolverla —. Somos amigas y seremos hermanas, jamás traicionaría nuestra unión. Son nuestros secretos. Por no decir, que si Blake lo supiera, le rompería todos los huesos de la cara.
—De eso nada. Es su mejor amigo.
—Y tú eres su queridísima hermana. Además de… ¿no te parece que a veces actúan algo distantes?
—¿Blake y Paul? Que va, son íntimos, ambos siempre se han tapado las…
—¿Conquistas? No te calles. Tuve el desagrado de conocer algunas en Baltimore.
—¿Qué pasó?
—Déjalo. Prefiero no recordar.
La puerta sonó con unos golpes fuertes de nudillos sin permitir que defendiera al atontado de mi hermano.
Antes de Sofía Blake era un idiota que se acostaba con las mujeres como si se tratasen de mercancía. Las muchachas llamaban y se plantaban llorando en la puerta de mi casa esperando conquistarlo a base de lágrimas o escote. Él solo las ignoraba.
—¡Aquí los chicos desfallecemos de hambre!
—¡Ahora vamos! —Chillo a la puerta cerrada.
—Si no quieres verlo puedo inventarme una excusa y ayudarte a escapar.
—No será necesario. Tengo que acostumbrarme a su presencia.
Sofía abrió la puerta y salió rumbo a la cocina. Aprovecho la soledad para sujetar por el codo a Blake y hablarle al oído.
—¿Qué pasó en Baltimore con Sofía y tus ligues?
—¿Te ha dicho algo? —Parece preocupado.
—Como se te ocurra engañarla te mato.
—¿Qué dices? No seas tonta. Yo jamás lo haría.
Su seguridad me relaja. Mi corazón es una cacerola demasiado abollada como para más caídas.
—Entonces ¿qué pasó?
—Puede que se encontrase con alguna que otra despechada. Nada importante.
Paul se sienta sin quitarme la vista de encima.
Yo no tengo fuerzas para sus juegos.
Voy a la cocina y ayudo a desmembrar el pollo. Es mejor descargar tensiones en un ser muerto y no en uno al que masticaría entre bocados intercalados de odio y amor.

Atragantada

Los dedos de Blake no dejan de acariciar el anillo de compromiso en la mano de Sofía. No soy capaz de llevar la cuenta de la cantidad de veces que ha dejado de pinchar el pollo para no saltarla.

Lo conozco demasiado bien. Mi comentario lo ha dejado nervioso. Debí saber que lo alteraría. En mi favor puedo decir que llevo un ataque de tortícolis que comienza a escurrírseme por el brazo.

Paul está a mi lado. El calor de su cuerpo es una presencia tan cercana que me altera los nervios. Mastico y sonrío con la cabeza siempre al frente y en dirección a mi futura cuñada. Al parecer mis nervios han resultado ser extrañamente contagiosos. Es la única explicación que tengo para comprender la verborrea interminable que larga por la boca. En otras ocasiones, he podido comprobar como los nervios la obligan a hablar sin comas, pero, lo de esta noche, viaja más allá de los límites de cualquier poder de oratoria.

—Claro está, que todo eso fue antes que entrara a la tienda de novias. La dueña se quedó loca con ella.

—Fue amable, solo eso.

—¡Te pidió que seas modelo!

—Estaba bromeando.

—De eso nada. Me dio el catálogo e ignoró completamente que yo era la novia. No quitaba los ojos de Mariam. Dijo que era preciosa.

—Viene de familia —ante la cara de desconcierto de ambas Blake se vio obligado a completar —. La guapura. Los Blakmoon somos bellezas naturales.

La broma no sacó ni una sonrisa de su novia. Ella, muy por el contrario, y después de mucho tiempo de no detenerse ni para respirar, encontró el silencio.

—¿Entonces te harás modelo?

—No lo creo. Tu novia es una exagerada.

Mencionarla hace que levante la barbilla y me mire. Su sonrisa parece feliz.

—Y qué me dices del hijo de Garrigas y asociados.

—¿El abogado? —Paul pregunta interesado.

Mi cuello sigue tieso mirando al frente a una futura cuñada que nunca llegará a serlo porque pienso asesinarla antes que llegue el día de su boda.

—El mismo —contesta entusiasmada —. Saliendo de la peluquería nos chocamos de forma casual. Al parecer iba a ver a un cliente. Cuando le presenté a Mariam se quedó impresionado.

—Mi nuevo corte de pelo —digo sofocando los calores que Sofía ha conseguido instalarme de forma vergonzante en el rostro.

—Estás preciosa. Aunque ya lo eras desde antes. Donde hay material es fácil hacer milagros.

Paul mastica sin emitir opinión. Su silencio es tan profundo que si no fuera por el ruido de la garganta al tragar juraría que no se encuentra en esta cena.

—Entonces pronto tendré un cuñado mete pleitos con el que discutir.

—Por el momento irán a almorzar.

—¿Aceptaste? —La voz grave y de tono bajo de Paul son de ultratumba.

—Por supuesto que aceptó. El abogado está para invitarlo a un almuerzo con cena y postre incluido —. Los ojos de Blake desprenden tormenta —. Lo digo por Mariam. Yo apenas lo miré.

Aprovecho la furia superficial de mi hermano para llevar los platos a la cocina.

—Gracias —digo aceptando los cubiertos sin mirarle. No lo he hecho en toda la noche. No creo

tener el valor para encontrarme con su mirada y no suplicarle que por favor me quiera.
—Estás muy guapa. Ese corte te queda fantástico.
—A Sofía le gusta exagerar.
—No lo hace. Estás preciosa.
Acomodo los tenedores en la cesta para no aceptar la cruda realidad de tener que enderezarme y enfrentarlo a la cara.
—Me han dicho que serás el padrino.
Cobrando valor me pongo recta y cierro la puerta de la máquina.
—No nos hemos visto desde…
—Yo seré la madrina —contesto a toda velocidad.
—Me has estado evitando.
El valor es la confianza en uno mismo. Se trata de la inmensa capacidad de saber que no importa lo tan idiota que hayas sido, siempre deberás tirar hacia adelante como si no existiera un mañana.
—No te evito, solo me concentro en no repetir equivocaciones. Dejaste muy claro que soy un error.
—Yo no he dicho eso —su voz grave resuena en la pequeña cocina.
—Por favor, baja la voz, no tenemos por qué airear nuestro… error —digo mientras lo sujeto del codo para alejarle de la puerta —. No es necesario que mi hermano se entere.
—Él sabe que tú… quiero decir que antes… que tu siempre…
—¿Estaba loca por ti?
—Mariam, yo no dije que eras un error.
—Oh, sí. Y muy claro.
—No fue lo que quise decir.
—¿No? ¿Y qué querías decir exactamente? Uy sí, espera. Ya lo sé: Que te recuerdo a tu hermana pequeña y por eso me querías dar una lección metiéndome la lengua hasta la garganta.
—No tengo hermanas.
Me ofusco al pensar la cantidad de cosas que no sé de él. Lo amo con un sentimiento que nace de más allá del corazón, sin embargo, lo conozco tanto como a una conquista de una noche.
—No me gustaría perderte.
Leí muchos libros de romance. Son las palabras previas antes de reconocer que te quiere como a un amigo.
—Tú eres maravillosa y…
—Por favor, ahórrate las palabras. Conozco el discurso. Me quieres, te quiero y seremos buenos amigos. Lo de la otra noche fue una estupidez que no se repetirá.
—¡Traed el postre! —Los gritos de Blake nos alcanzan.
—Ayúdame con las cucharillas.
—Tú no comprendes. No se trata de mí.
—No, por supuesto que no. Se trata de ti, de mi hermano y de la abuela coja. Ahora que está todo aclarado, por favor, ayúdame con los platos.
Voy hacia el congelador con el cuerpo tan frío como el helado de fresa y chocolate. De mis peores pesadillas esta es la más real. Paul explicando que me quiere como una hermana, ¿qué viene después? ¿seguimos siendo amigos? ¿eres maravillosa pero no estoy hecho para el compromiso?
Tengo tanta furia que me desarma los huesos. Me golpearía la cabeza si con ello consiguiera expulsarlo por las orejas. Quizá así sería la única forma de que mi cerebro se pusiese a razonar y no siguiera queriéndole con el corazón ahogado.

—¿Todo bien? —La voz de Sofía es un murmullo casi imperceptible. Sujeto su mano para arrastrarla al cuarto.
—Tengo que dejar de verlo. No puedo seguir así. ¿Me ayudarás?
Me aferro a su cuerpo buscando en los sentimientos de orfandad que nos unen un ancla en el que poder aferrarme.
Sus brazos finos me envuelven con la fuerza de las mujeres fuertes.
El cuerpo se me desmorona derrotado.
Años enamorada de un imposible. Horas escuchando música sentimental en la que él era mi protagonista romántico. Meses y meses estudiando las palabras exactas con las que llamar su atención. Compras de ropa imaginando su impacto al verme. Todo por nada. Él nunca me quiso.
Las lágrimas silenciosas resuenan en mi corazón lastimado.
—Estaré a tu lado.
Estiro los brazos para enfrentarme a su cara. Sus ojos almendrados se iluminan con el brillo de su propia emoción.
—Eres la mejor hermana que el tonto de Blake me hubiera podido dar.
La carcajada se le atraganta en la emoción de la garganta.
—No estamos solas… —recuerdo con ternura el eslogan de su programa de radio.
—¡Nunca!
Ambas sonreímos con el salitre de la confesión marcando nuestras mejillas.
—¿Todo bien?
Blake entra a la habitación con paso lento. Nos secamos el rostro con rapidez.
—Es la emoción de la boda.
Las dudas de Blake se disipan tras una sonrisa de lado. Su felicidad es imposible de describir. La luz que irradia su negra mirada es superior a las estrellas de San Lorenzo —. Estoy muy feliz por ti. Por vosotros —digo sin poder contener el torrente de lágrimas.
Él abre sus brazos y me lanzo a su encuentro.
—Te quiero —su voz ronca choca con mis cabellos recortados.
—Yo también… —al hablar alzo la mirada para ver por encima de sus hombros la figura de Paul —te quiero.
Termino de decir sabiendo que mi declaración no es solo hacia mi hermano.

No por favor

Las risas de Raúl consiguen contagiar a los muertos. Y teniendo en cuenta que llevo días sintiéndome un caminante de ultratumba, agradezco su compañía. Sus conversaciones son un bálsamo refrescante para mi corazón agónico.
—¿Cuándo vendrás? Madrid no es la misma sin ti.
Pregunto con el cuello torcido intentando que el teléfono no se me caiga al abrir la puerta del despacho.
La contestación se pierde en mi oído al advertir que el despacho se encuentra con exceso de visitas. Y una de ellas, no es deseada.
—Raúl, tengo que colgar. Sí, por supuesto, avísame y almorzamos juntos.
Apoyo el móvil en el escritorio antes de dar dos vueltas a la cuerda del bolso en el perchero. Si no fuese porque me siento terriblemente incómoda podría decirse que las correas simbolizan mi cuello y las ganas que tengo de ahorcarme.
Paul no debería estar aquí. Este es mi refugio laboral y centro neurálgico de su olvido.
Me giro para encontrar en primera posición el cuerpo de Sofía que me pide disculpas al darme un abrazo y dos sonoros besos.
—¿Raúl? Ese con el que hablabas es ¿el Raúl de Barcelona? —Blake pregunta observando el IPhone apoyado en mi escritorio.
—Siempre que viene a Madrid la llama. Son íntimos.
El tono con que Paul acaba de insinuar mi relación con Raúl me molesta. Él no es nadie para meterse en mi vida.
—Pensé que salías con el abogado.
—Con ese almorzó un par de veces. Tres si contamos el almuerzo de hoy. Últimamente es una mujer de lo más solicitada.
Paul y su exceso de información consiguen ponerme furiosa.
—Y con la cena de esta noche serán cuatro. Ahora, si ya no tienes más preguntas sobre mis relaciones amorosas, me gustaría trabajar.
La contestación ha dejado a Paul con cara de perro rabioso. Lo siento por él. No le importa en lo más mínimo con quien entro o salgo. Soy una chica libre. ¡Libre!
—Haz el favor de sentarte, tenemos que hablar.
Blake se pone tan serio que mis sentidos se enfocan en Sofía. Ella no parece más tranquila. Me quedo de pie.
—¿Qué pasa? ¿La boda? ¿Vosotros dos?
El corazón se me escapa por el escote de la camisa.
Pensar en su ruptura me desequilibra.
Ellos son la concreción real del amor. Blake y Sofía son la ilusión de las que lloramos en soledad esperando tener, algún día, algo como ellos.
—No es por nosotros —. Mi futura cuñada se acerca y respiro aliviada. Las solteronas aún tenemos una oportunidad.
—Necesito que te hagas cargo de un proyecto para uno de mis clientes.
Ahora sí que me siento. Esta tontería casi consigue que el paro cardíaco me llegue sin aviso.
—Raúl lleva a uno de tus clientes. Ambos estamos trabajando en una campaña en conjunto. No es algo nuevo para mí. Además, cuando Sofía regrese, entre las dos podremos…
—Esto es algo muy diferente. Deberás encargarte tú —Blake arrastra el cabello con los dedos como siempre cuando está nervioso—. Sofía está demasiado atareada como para ayudarte.

—Si es mucho para ella podemos cancelar la boda.
—¡No! —La contestación tajante del novio cortó el aire de la sala.
—No lo digo para siempre. Sería solo hasta que se resuelvan los problemas —Sofía se acerca y le acaricia el rostro. Él se encuentra sentado mientras niega una y otra vez.
—Hemos esperado demasiado. No quiero que vuelvan a separarnos. Mariam —dice clavando sus pupilas negras en mi nariz —tú puedes hacerlo. Sé que puedes.
No es común ver a Blake tan preocupado. Él es el poste donde yo siempre me he apoyado. Él jamás duda. Desde pequeña siempre ha sido yo la que ha corrido a sus brazos suplicando auxilio. Cuando niña, si me caía, no paraba de chillar hasta que Blake llegaba para decirme que todo saldría bien.
—¿Qué está pasando?
Ante su silencio Sofía toma el bastión de la palabra.
—Tú tío Simon ha conseguido librarse de la cárcel.
—No sabía nada. Pero ¿qué tiene que ver él en todo esto? Es un socio minoritario, él no puede perjudicarnos.
—Él ya lo hizo. Ha extorsionado a un fabricante de chips y ha robado el mejor cliente de la empresa de drones de Blake. Sin ese cliente su empresa no durará más de un mes.
—Eso no puede ser. Es tu proyecto —. Digo casi sin voz al pensar lo importante que es para mi hermano su empresa de drones.
La comenzó desde cero. Sin ayuda ni herencias. Todo es fruto de su trabajo. Cuando Sofía aceptó el testamento de mi madre y se hizo accionista, él nos cedió el total de su parte. Deseaba demostrar que era capaz de construir su propio mundo. Y lo consiguió. Su proyecto de drones es todo un éxito. No puedo imaginar lo que debió hacer el egoísta de nuestro tío para ponerlo en semejante situación de desespero.
—¿Quién es el cliente con el que debo tratar?
—La oficina de inteligencia americana.
—¡¿Qué?!
—Ellos llevan un tiempo vendiéndome drones usados.
—¿Usados?
—Es un mercado muy interesante. Llevo años cediendo productos defectuosos a una empresa china que se encarga de adaptarlos y entregarlos para ser usados por distintos gobiernos. Hasta ahora eran pequeñas unidades, pero ahora desean incrementar las peticiones de uno a cien. Eso salvaría mis pérdidas.
—Wow
—Sí —dice poniéndose en pie—pero su condición es que esa oferta se firme de forma urgente.
—¿Y qué tendría que hacer? Yo no sé nada de drones. No estoy preparada —ahora soy yo la que camino tironeándose los cabellos.
—Ellos te darán unos registros. Deberán estudiarlos y organizar una campaña de comunicación. Sería algo muy similar a lo que ya has realizado con otros clientes.
—No entiendo nada de tecnología —la voz desesperada me ahoga —. ¿Por qué no lo hace él? —Señalo a Paul que hasta el momento se encontraba en una esquina con los brazos cruzados —. Él sabe del negocio y ha sido tu mano derecha. Conoce de tecnología y es de confianza. Todo en un mismo paquete.
—Ellos desean tratar con una persona del equipo directivo.
—Yo tampoco… mierda.
Sofía aguanta la sonrisa. Ella fue la encargada de enseñarme las ciento y una definiciones que

posee esa palabra en español. En este caso significaría algo así como estoy jodida. Muy jodida.
—Cuando cumpliste la mayoría de edad firmamos los papeles, ¿lo recuerdas?
—Sí. Esos por si te caías de un avión o estupidez semejante.
—Pues ha llegado el momento de la estupidez semejante. Tienes que representarme.
El despacho empequeñece ante la necesidad de caminar buscando una solución. Llevo algo más de año aprendiendo. Esta Agencia es una herencia, no he llegado por méritos ni por estudios. Llevo meses trabajando junto a Sofía y las demás intentando absorber su conocimiento. Es imposible que reemplace a Blake en su propia empresa y de forma exitosa.
—No estoy capacitada.
—Confío en ti. En el último año has hecho un trabajo estupendo en la Agencia.
—Y el borrador del proyecto que llevas con Raúl para Barcelona es sumamente creativo. Cuando me los enviaste no pude corregir una coma —Sofía consiguió ponerme los carrillos colorados.
Me rasco la cabeza pensando. Blake jamás me ha pedido nunca nada. Es mi hermano y le daría mi vida si la necesitara. El mismo día de su cumpleaños me sacó de la tutela de nuestro horrible tío para hacerse cargo de mí y todas mis circunstancias. Llantos por amigas egoístas, compras de zapatos imprescindibles, salidas urgentes a las cuatro de la mañana por haber olvidado el bolso y no tener dinero para pagar un taxi… Si la palabra, hermano padre existiera, llevaría su rostro. —¿Qué sucederá si me equivoco? Tu empresa se derrumbaría por mi culpa.
—Ella no tiene que pasar por tanta presión. Suspenderemos la boda.
—¡No! —Esta vez soy yo la que chilla a Sofía.
—Cariño, no es justo. Este es un problema mío y de Blake. No podemos obligarte a soportar esta tensión.
—Nadie me obliga a nada. Lo haré porque quiero. Además, somos hermanos ¿no? —Presiono sus manos mientras elevo la vista para enfocarla en Blake —. Haré lo que me pidas. Me reuniré con esa gente y estudiaré sus propuestas. Conseguiré un contrato ventajoso. Te lo prometo.
—Estoy seguro de que lo harás.
—En cuanto se celebre la boda me pondré a trabajar contigo de forma urgente —. Blake habla apenado.
—Entonces está decidido, regreso a Baltimore. ¿Por que no dirás que debo ir a China? Si tengo que viajar tan lejos me será imposible ser la madrina de tu boda.
—Si no estás para ser mi madrina, no me caso.
—Si sigues diciendo que no te casas vas a conseguir que me suba por las paredes.
La pequeña novia estira los brazos para alcanzar el cuello de Blake y regalarle un beso sonoro en las mejillas.
—Os esperan en Baltimore.
—¿Os?
—Voy contigo.
El muerto viviente de Paul, y que hasta ese momento se encontraba en la distancia con la boca cerrada, caminó unos pasos para situarse junto a mi hermano.
—¡No! ¡De eso nada!
Blake frunce la frente y me apresuro a responder. Lo último que deseo, es que sepa que una noche me lancé a los brazos de Paul y que fui despedida como señorita de la limpieza luego de su jornada laboral.
—Quiero decir que, si esa gente va a darme la información al completo, no tendré problemas en arreglármelas solita. Además, solo serán unos días, no pienso perderme la boda.
Mi sonrisa nerviosa se mezcla con un movimiento de ojos que, intentando parecer graciosa, se

quedó en histérica desquiciada.
—Paul sabe exactamente lo que el gobierno quiere. Necesito que te acompañe. Me sentiré más seguro si él va contigo.
Sofía comprende mis nervios. Ella sabe el inmenso esfuerzo que he hecho para mantenerme lejos de Paul.
—Debemos suspender la boda —sus palabras son enérgicas—. Es mi última palabra.
Mi desconcierto se une al de mi hermano que blasfema en inglés por todo lo alto—. Blake, tú viajarás con Paul. Yo no pienso moverme de aquí. Cuando regreses te estaré esperando. Lo prometo.
—Cielo, si lo cancelamos tendré que quedarme en Baltimore y no podremos casarnos hasta el próximo año. Los compromisos me retendrán. Y no quiero.
—Es solo tiempo. Nos queremos, ¿qué importan los papeles? ¿ya no vivimos juntos?
—Una vez nos separaron y tardé años en encontrarte. No quiero volver a pasar por lo mismo. No podría soportarlo.
—Nadie va a separarnos.
Blake se mueve nervioso. Paul me sujeta por el codo para alejarme hacia una esquina mientras la pareja se lamenta por los planes truncados.
—Tu hermano la adora. Y le ha costado mucho conseguir que ella confíe en él.
—Es mi hermano —digo soltándome de su agarre—no necesito que me cuentes su vida.
—Entonces sabrás que, después de conseguir, entre otras cosas, que ella aceptase que lo suyo era amor y no agradecimiento, han tenido otros problemillas no menos importantes.
—¿Problemillas? ¿Qué clase de problemillas?
—Digamos que en Baltimore el pasado de tu hermano no terminó siendo muy agradable para ella. En este último viaje una de esas chicas por poco consigue separarlos.
—No lo sabía…
—Yo lo supe por casualidad. Blake era un manojo de nervios cuando me lo encontré en su casa. Después de analizar las pruebas conseguimos que Sofía comprendiese que todo era una gran mentira.
—¿Qué mentira? O me cuentas todo o juro que comienzo a chillar.
—Alguien le hizo llegar unas fotos de tu hermano en posición comprometida. Con varias mujeres. A la vez. Las fechas estaban trucadas. Querían que ella creyese que él la engañaba. Las imágenes, aunque eran de antes de conocerla, eran reales. Ahora Blake tiene miedo de que otras… Ya me entiendes.
—Menuda perra. Seguro fue Dana.
—No creo que estuviera en las fotos.
—Es cierto, a ella te la tiras tú.
Su mirada clara como el cielo veraniego brilla divertida, a la vez que mis puños pican por darle un puñetazo hasta que las pupilas se le tiñan de negra tormenta.
—¿Celosa?
—¿Quién? ¿yo? En absoluto. Eres libre para acostarte con todas las que quieras. De eso se trata la libertad. De poder ir a la cama con el que nos dé la real gana.
El rostro de Paul se transformó en gris nuboso y molesto.
—No estamos para hablar de mi libertad sino la de ellos. Sofía llegó a decirle que si él tenía esos gustos ella no podría dárselos. Ha estado muy cerca de perderla. Diles que viajarás conmigo y permite que sigan adelante con la boda. Serán solo unos días, luego conseguirás lo que llevas buscando todo este tiempo. Me desapareceré de tu vida. No volverás a verme.

Me paso la mano por la cara olvidando que llevo rímel. Seguro tengo el rostro tintado de negro difuminado.
—Yo no buscaba no volver a verte. Solamente necesitaba tiempo sin verte...
—Para olvidarme. Nunca imaginé que lo hicieras tan pronto.
Estoy que no me lo creo. Esto es demasiado hasta para mí.
Elevo la cabeza para ver la inseguridad penosa recorrer el cuerpo de mi hermano. No pienso permitirlo. No voy a abandonarlo.
—Aquí nadie va a suspender nada —hablo con el tono de voz tan alto que la pareja se separó—. Paul y yo viajaremos a Baltimore y conseguiré ese contrato.
—Pero… —Sofía no termina la frase.
—Tengo el vestido de madrina comprado. Y tú no me dejas sin nuestra boda.
Me sonrío recordando a las chicas.
—Gracias —. Las lágrimas de Sofía me conmueven.
Ella también merece mi sacrificio. Desde que la conocí no ha hecho otra cosa que ser mi leal y mejor amiga.
—¿Gracias? Qué dices. ¡Quiero un sobrino!
Los dos ríen relajados mientras Paul, con los brazos cruzados, apoya mi decisión. Los labios carnosos destacan en una mandíbula recta y marcada. Es el hombre más duro y atractivo que conozco y que jamás conoceré. Espero poder ayudar a las personas que más quiero sin perder el poco corazón que aún conservo vivo.

Paul

Eres más bonita que la más pura de las bellezas. ¡Cómo pude ser tan ingenuo! Tu rostro precioso no pellizca ni el principio de lo que reboza tu interior. Tus labios son un canto al deseo. Y yo los he probado…

Sonríes con la felicidad ajena. Resurges por encima de mi indiferencia. Esquivas mi presencia regalando a otros lo que debería ser mío. Enloqueces mis celos. Alteras mi cuerpo. Ahondas tus estrategias de conquista. Y todo ello, sin imaginar que ya te pertenezco.

—Esa gente no termina de gustarme —. Blake se acerca. El instinto no le falla.

—La cuidaré como si fuera mía. Nadie va a lastimarla.

Blake se siente conforme con la respuesta. Es exactamente lo que desea escuchar. No sospecha que desde hace mucho tiempo ya la siento como mía.

La noche del beso mi contención de piedra se transformó en brisa marina. Escucharla hablar de caricias en el sexo derrumbaron mi fortaleza estudiada. Imaginarla en otros brazos, con otro cuerpo sobre el suyo…

Me convertí en un hombre incapaz de seguir mintiendo. Cuando me fui apenas fui capaz de tomar aliento. Quería regresar y romper a patadas las barreras que nos separan. Pero las piernas no rompen compromisos.

El avión

—Si desean algo para beber.
—No gracias —observo a Paul que niega con recostado en posición de descanso. Los brazos cruzados y el cabello revuelto le hacen parecer un niño enfadado al que acaban de despertar de la siesta.
—Odio los aviones.
Desde que salimos de Madrid no ha dejado de repetirlo. Las primeras veces reí ingenua, ahora no tengo valor para repetirlo. Su mal humor empeora con cada movimiento del avión en el aire.
—¿Pasa algo? —Su mirada cielo refulge rayos y truenos.
—Nada. Absolutamente nada.
Me concentro en el libro que tengo en mi regazo. El protagonista es un buscador de tesoros enamorado de una directora de museo. Él se llama Reed y es incapaz de contener sus sentimientos. La adora, pero su pasado es demasiado complicado como para que ella permanezca a su lado. Sus deseos sexuales extraños no serían nada si no le hubiese mentido.
—Hombres…
—¿Qué dices?
Alzo la cabeza por encima de las páginas para ver como se acomoda en el asiento. Es tan guapo que podría mirarlo durante horas y aún así le descubriría maravillas nuevas.
—Hablaba con el libro.
—¿Y de qué hablaban?
—Yo… una historia complicada.
—Seguro es un romance. El amor suele ser complicado.
—¿Lo dices por experiencia?
El azafato se acerca con una bandeja de plátanos, manzanas y algunas fresas antes de que él conteste.
—¿Una fruta?
—No, gracias.
—Los melocotones están en su punto. Puedo dar fe de ello.
El chico sonríe con el atractivo de las buenas personas. Es tan agradable que me siento en la obligación de responder con la misma generosidad.
—Quizá más tarde.
—Te separaré algunas fresas —dice con un guiño de ojo—. Igual al novio le interesa una manzana jugosa.
La fuente se dirige hacia la nariz de Paul que lo observa como si el pobre chico fuese un terrorista.
—Él no es mi novio y no le gustan las… frutas.
Estiró la mano arrancando un puñado de la bandeja, y metiéndose en la boca, las tragó de un solo bocado.
—Al parecer ya no quedan para después —Paul sonríe con maldad —. Que pena.
—No te preocupes, tengo otras guardadas especialmente para ti.
El joven habló cerca de mi oído, pero lo suficientemente alto para que Paul lo escuchara.
—Yo… gracias. La verdad es que no tengo hambre.
—Regreso en un momento con una copa de champagne fresco. El mejor remedio para abrir el apetito.
—Que sean dos.

Paul habla con voz grave y profunda sin quitarle la mirada de encima.
—No me quedan copas de cristal, pero estoy seguro de que sabrá disfrutar de los vasos plásticos. Ahora mismo regreso.
El azafato se marchó alzando la bandeja tan alto como su barbilla.
—¿Por qué has hecho eso? Te acabas de comportar con los mismos modales de Pie Grande.
—Le gustas.
—Menuda tontería. Su trabajo consiste en ser agradable. Aunque algunos pasajeros no se lo merezcan.
—¿Qué insinúas? Quería comer algo fresco. Cosa que hubiese hecho de forma merecida si me lo hubiera ofrecido.
—Tú nunca comes fruta.
—Hoy quería.
—Habrá pensado que estabas dormido.
—Seguro que fue eso y no el hecho de creerme tu novio.
—Fue una pregunta irrelevante. La típica frase para rellenar huecos en blanco.
—¿Cómo fue la invitación del abogado? He escuchado que estaba impaciente por volver a verte. Otro que no le gustan los huecos en blanco.
—Eduardo fue muy generoso en ayudarnos con el vestido de Sofía. Él conoce muchos importadores de telas francesas. Laura parecía una niña pequeña entre los retazos.
—Pero la invitación a comer te la hizo a ti y no ha Sofía o a Laura.
—Porque soy la madrina y la que lleva el recuento de post- it—Paul echa la cabeza hacia atrás confundido —. Sigo instrucciones de la novia. Los marcados en amarillos son los retazos posibles, los rosas los definitivos y los azules los deseados.
Me sonrío al ver su rostro de espanto.
—Disfrutas como si fuera tu propia boda.
—Es gracioso, Raúl me dijo las mismas palabras. Estoy feliz porque es mi hermano y…
—¿Raúl? Pensé que hablábamos de Eduardo.
—Y lo hacemos.
—¿Raúl es otro relleno irrelevante?
—Raúl se ha convertido en un buen amigo. Es comprensivo y agradable —resoplo sin ganas de explicar mucho más.
—No como yo.
Agacho la cabeza hacia el libro. No quiero caer en el error de pensar que me quiere y está celoso.
—¿Te gusta?
—¿Quién?
—¿Raúl? O el otro. Cualquiera de ellos. Te he visto arreglarte para verlos. Y después está tu cambio de look sensual. ¿Lo haz hecho por ellos? —Dice señalando con la mano los mismos vaqueros de hace tres años y un jersey amplio que utilizo para los viajes largos—. Además de ese corte de cabello como mujer loba.
—Solo me desflecaron los lados —comienzo a dudar de mi misma.
—Te queda perfecto. Estás preciosa. Si no se han abalanzado sobre ti es porque todos ellos no son ciegos.
—¿Ellos?
—Raúl, el abogado, el azafato, todos ellos.
Me quedo en silencio sin saber si debo darle las gracias o pegarle un bofetón.
¿Está siendo amable o está celoso?

Lo último es imposible, él sabe perfectamente que estoy enamoradísima de sus huesos. Un chasquido de sus dedos y me tendría comiendo de sus besos.
—Ellos no te conocen tanto como yo. Ven que eres preciosa sin preocuparse por lo que llevas en tu interior.
—Eso ya lo dijiste una vez. Te repites en tus mentiras.
Sus pupilas se dilatan al mirarme. Estoy delante, pero no me ve. Soy una pantalla que refleja algo que lo lleva hacia algún lugar.
—Siempre te has sentido sola. Caíste en la frivolidad de la moda y del dinero, pero supiste salir muy rápido de esa tontería. Demostrabas una trivialidad que no te representaba. Eres dulce y entregas la vida por aquellos que te importan a pesar de los años en soledad. Posees la capacidad de encontrar en las personas ese corazón desconocido. Has aprendido a adaptarte a la dificultad del cambio. Eres independiente y tu belleza exterior no alcanza ni al diez por ciento de la que cargas en tu interior.
El azafato llegó con una copa de champagne espumante y un vaso rústico de plástico. Paul giró la cabeza hacia la ventanilla con una sonrisa molesta y negando con la cabeza.
El espacio tiempo se congela en mi cabeza. Las burbujas cosquillean en mi garganta repitiendo sus palabras.
No puedo pensar en mis sentimientos. Si lo hago podría caer en el error de pensar que tengo una posibilidad de enamorarlo.
—Lo siento —digo mirándolo con poco valor.
Él gira el cuello para enfrentarse a mis palabras. Ambos, con las cabezas apoyadas en un lado del asiento parecemos dos amantes compartiendo palabras de amor —. Lo siento —repito con sentimiento.
—¿Qué sientes?
Lo quiero demasiado como para ver como se aleja. Estos días sin tenerlo se convirtió en un tormento. Amar la desesperanza es mil veces mejor que amar al olvido.
—La otra noche no debí besarte.
—Mariam…
—Déjame que hable, por favor. En otro momento sin champagne de por medio no creo que pueda —bebo un sorbo largo y carraspeo antes de apoyar la copa en el respaldo —. Este tiempo has sido un buen amigo. Has estado siempre que te he necesitado. Soportaste mi presencia con valor como si no te disgustara.
—No me disgustas —. La mejilla apoyada en el tapizado ahueca su precioso rostro.
Nuestras respiraciones chocan. No me muevo. Puede que esta sea la primera y la última vez que nuestros labios se encuentren tan cerca. Mi corazón se ralentiza con la misma suavidad que mi comprensión.
—Yo buscaba ese beso. Siempre lo hice. Un pensamiento loco me hizo pensar que por un momento podía ser como esas chicas que conoces una noche de copas. Quise sentir —intento que la vergüenza no detenga mi sinceridad— como era entregarme a ti. Te puse en un compromiso. Lo siento.
Agacho la mirada. El valor me abandona.
Los dedos de Paul sujetan con firmeza mi barbilla provocando que nuestras miradas se enfrenten. Sus ojos azules son olas calmas descansando en una playa de arena molida. Los dedos sólidos viajan de mi barbilla al costado de mi mejilla bordeándola como un ciego reconociendo a la persona amada.
—Tú no me besaste. Fui yo el que lo hizo. Y esas chicas nunca me importaron.

Mi cabeza vuelve a caer con el recuerdo de haberlo visto más de una vez abrazado a esas morenas que tanto le gustan. Siempre son chicas de cabello oscuro y ojos negros. La antítesis de mi imagen.
—No soy tu tipo. Me ves como a una chiquilla sin experiencia y con poco atractivo. Y no te lo reprocho. Cuando pienso que me lancé a ti, la vergüenza me paraliza. No volveré a hacerlo. Prometo que olvidaré lo que siento y me concentraré en buscar a un chico que me quiera…
Sus labios carnosos presionan mi boca confundida. El corazón que hasta hace un momento latía sin ganas se acelera como reloj al que acaban de darle cuerda.
Mi rostro tenso se inclina ante la mano firme que lo sostiene. La lengua de Paul golpea suplicando entrar. El suspiro de su pecho es sonoro. El sabor de su boca me inunda unos segundos, hasta que mi cabeza desordenada se deje llevar por la deliciosa sensación de, sentirme una mariposa en el vuelo de sus caricias.
Nuestras lenguas se acarician con mayor voracidad. La boca de Paul se abre como si la amplitud no le fuese suficiente. Su beso es devorador. Una caricia dominante que me presiona contra el asiento bajo la palma de una mano que sujeta mi cuello por detrás. El sabor salado y dulce de su boca me inunda. El cuerpo se me tensa. Me estiro intentando conseguir ese algo que necesito. Un resoplido, y la mano que presionaba mi cuello, viaja a mis labios para separarnos.
Abro los ojos relamiendo su sabor en mis labios. Su frente se recuesta en la mía. Las palabras apenas se escuchan frente a la fuerza de sus latidos.
—No soy para ti.
—¿Entonces por qué me has besado?
—Tenía que hacerlo antes que dejases de quererme.
—Yo jamás voy a hacerlo.
—Lo harás. Y yo tendré que dejarte ir.

El resto del viaje se produjo en un hermetismo capaz de hacerme pensar que se trataba de un delirio previo a una catástrofe. Pero dado que el avión aterrizó en la mayor de las calmas, tres alternativas son las únicas probables.
La primera, estoy algo loca.
La segunda, estoy bastante loca.
La tercera, estoy rematadamente loca.
¿Qué explicación tendría tanta frialdad después de tanto ardor?
Paul camina a mi lado con el mismo rostro como cuando se tiene una piedra dentro del zapato. Lo dejo que se encargue de buscar un taxi. Prefiero mantenerme tres pasos por detrás. Sentada sobre mi maleta espero a que me haga señas. No deseo ser la destinataria de su mal carácter.
Él me ha besado. No he sido yo ni mis insinuaciones. De eso estoy segura. Incluso pude notar su disfrute. Seré virgen, pero no estúpida. Su mano temblaba al acariciarme. Su boca se descontroló sobre la mía con la pasión de un hombre contra una mujer. Nadie va a negarme la realidad de lo que sentí que sintió. O que sentimos con sentimiento. O yo que sentí al sentirlo. ¡O como se diga!
Abre la puerta del coche y permite que entre.
Me dejo caer en el asiento sin pronunciar palabra. Ha conseguido pegarme su mal humor. Miro a la ventanilla esquivando encontrar su rugido rabioso.
Me besa, se marcha. Me vuelve a besar. Se vuelve a alejar. Esto se está convirtiendo en una película de cine de cartelera. Vuelve y vuele...
—¿Si me dicen dónde los llevo? —El taxista espera paciente ante nuestro incómodo silencio.

Se gira confundido.
—¿Te quedarás en casa de Blake?
—También es mi casa.
Paul indica el camino al taxista antes de echarse hacia atrás y mirar por la ventanilla contraria. Este es nuestro final. No me queda otra solución que, ahogarme dentro de un bote de cinco kilos de helado de tres chocolates, antes de ponerme a llorar sin consuelo. ¡Pero no antes de llegar a casa! No pienso darle la victoria de verme destruida.
—El taxista puede dejarte antes. Tu casa queda de paso. No es necesario que hagas dos veces el mismo recorrido.
—No.
—Esta es mi ciudad y no necesito tu guía. Señor, por favor, doble en la segunda…
—Siga recto.
Lo miro y la exasperación alcanza al último de mis gestos mal simulados.
—¡Se puede saber qué te pasa! Intento ser amable y actuar como si nada hubiera pasado, pero no me lo pones nada fácil.
—Lo del avión… debes olvidarlo. Fue un error. Eres una chica guapa. Nada más.
¿Nada más? ¿Chica guapa? ¿Otro error? ¿Eso soy para él? ¿Un trozo de carne llamado chica guapa?
—Sí, fue un error. Y ahora señor, por favor, gire en la siguiente calle.
—Siga su camino —contesta a un taxista que sube el volumen de la radio para no escuchar nuestros cambios de rumbo.
—Eres un caprichoso. Tu casa queda a cuatro manzanas.
—No voy a mi casa.
La altanería se me atraganta entre el esófago y la garganta. No posee familia en Baltimore. ¿A quién necesita ver con tanta urgencia?
—Si queda de camino puedo esperar en el coche. El transporte a estas horas se pone imposible.
La mirada dulce que antaño me besara en el avión se encuentra desaparecida. Un hombre furioso de gestos insensibles se adueña de sus ojos y sus palabras.
—No es una visita. Voy a quedarme a dormir.
Su cabeza no volvió a apuntarme. No así el puñal que ha dejado incrustado en el hueco que une mi corazón con su alma. ¿Qué clase de chico besa apasionadamente a una chica para luego correr en brazos de otra?

—Bienvenida señorita. Qué alegría verla nuevamente en casa.
La puerta del ascensor se cerró antes que el portero terminase de hablar. Respiro fuertemente para conseguir capturar algo de aire. Cuando las puertas se abren en mi portal la sonrisa pura de Matilda me recibe entusiasmada. Me lanzo a sus brazos y me pongo a llorar sin consuelo.
—Mi niña… Es Paul ¿no?
Muevo la cabeza dentro de su pecho sin soltarme. Necesito el calor de alguien que me quiera con algo de sinceridad.
El brazo derecho me sujeta sin soltarme. El izquierdo arrastra la maleta.
—Mariam, esto tiene que acabar.
—Lo intentaré mañana. Ahora necesito llorar.
Matilda se limitó a prepararme una tila con un bocadillo de crema de cacahuetes en el mayor de los silencios. Donde existe cariño las palabras se quedan tuberculosas.

La distancia

El ser humano y su mano destructora. Allí por donde pasamos lo natural cambia o lo transformamos. Belleza o desastre, siempre nos comportamos como raza supremacista jugando a ser pequeños dioses. La bahía de Baltimore siempre tuvo esa gran capacidad de dejarme embobada. Todo sería perfecto si no fuese por esos grandes barcos comerciando de un lado a otro. Hombre y naturaleza. Belleza y destrucción reunidos en una misma lucha de poderes. Estando en el internado veía las palomas volar mientras los canarios de las monjas piaban dentro de una jaula. Ellas decían que eran para protegerlos. Yo me sentía como esos pajaritos. Segura pero encerrada. Eso ocasionó que mis temores se convirtieran en inseguridades que hoy todavía acarreo. Las rejas no protegen, el amor lo hace. Blake me lo demostró el día que abrió mi jaula.
—Gracias.
Acepto el café de Matilda y bebo con los ojos fijos en el ventanal. Las gaviotas me observan al otro lado. Ellas también piensan que soy una intrusa de su intimidad. Lo veo en sus formas de aletear. Están enfadadas. Igual que yo.
—Conozco esa postura de brazos. No quiero verte pesimista. Tú eres una niña de espíritu fresco, no puedes dejar que el corazón se te apague.
—No tengo pena.
—Entonces porqué lloras.
Apoyo mi cuerpo cansado contra el cristal. El frío de la mañana pegado en él me sube por la espalda. Reconocer mis sentimientos a Matilda sería una conversación demasiado repetitiva. Llevo años suspirando y ella escuchando como amiga atenta. Matilda es esa madre que, sin ser madre, ha aceptado serlo sin ninguna queja.
—Necesito dejar de quererle —las lágrimas me nublan la vista—. ¿Cómo se hace?
Pregunto aspirando antes de beber el líquido tan negro y amargo como mi tormento. Ya no quiero sufrir por él. Mi corazón se siente agotado de tanto remiendo.
—Debes alejarte.
—No puedo. Blake me necesita. No puedo fallarle.
—Llamó para contarme y decirme que vendrías. Mi niña, sé lo mucho que quieres a tu hermano, y todo lo que representa para ti, pero, cuando tu trabajo con Paul acabe, deberás regresar a Madrid y quedarte allí una larga temporada. Paul tiene aquí su trabajo. Terminarás por olvidarle.
Sus palabras provienen del amor más puro. Desde la muerte de mi madre ni el egoísmo de mi tío pudo separarnos. La quiero tanto como a mi madre. Puede, incluso, que un poco más. De mi madre solo conservo los recuerdos de sus fotos, en cambio, jamás olvidaré el aroma de los abrazos de Matilda. Sus manos huelen a jabón de Marsella y biscocho de vainilla.
—Últimamente está más tiempo en Madrid del que me gustaría. Al parecer le gusta la ciudad.
Contesto atravesando la sala para dejar la taza en la cocina. Ella me sigue con sus pasos seguros, pero algo lentos. Debería haberse jubilado. Su negativa tan rotunda obligó a Blake a ponerle una ayudante. La mujer ya tiene muchas canas, y aunque al principio se enfadó por contar con una colaboradora, Blake se puso firme. Ella se enfureció, dijo que la trataba como a una vieja inservible y que si no valía para llevar la casa, se iría por la puerta para nunca volver. Aquel día me puse muy nerviosa. Tuve verdadero miedo de perderla. Recuerdo haber mirado suplicante a mi hermano. Él conservaba la misma mirada negra impenetrable de siempre. Solo un leve guiño de ojos me hizo comprender que lo tenía todo controlado. Y por supuesto que lo tenía. Un abrazo después, y un beso en la frente arrugada, bastaron para que la mujer aceptase el trato. Una ayudante de limpieza todos los días y una cocinera solo tres veces por semana. El resto de los

días continuaría cocinando esos platos especiales de cuando éramos niños y que nadie nos prepara mejor que ella.
—Seguramente regrese a Baltimore después de la boda de tu hermano. Paul es muy responsable.
Matilda se sienta frente a mi. Yo me apoyo en la mesada. Desde la altura veo sus ojitos brillar de emoción.
—¿Te lo han contado? ¿Estás feliz?
—¡Sí! Yo misma lo acompañé a comprar el anillo. Mi pobre niño estaba loco de nervios. Los dos lo estábamos. Esa noche no dormí nada. Al otro día tu hermano me llamó por teléfono dando gritos. Gritaba con tanta felicidad… —se escurre los ojos con el delantal al recordarlo—. Mi niño va a casarse con la chica que siempre soñó.
—¿Entonces Sofía te gusta?
—¿Que si me gusta? Cariño, yo adoro a todas las personas que os quieren, y esa niña está enamoradísima de tu hermano. Y él de ella. Jamás lo había visto así. Mi niño nunca suelta su mano. Cuando ella se escapaba a la cocina para conversar, él aparecía a los pocos minutos buscándola desesperado. Una vez trajo sus notas y se sentó a trabajar justo allí.
—¿Blake? ¡¿trabajando en la cocina?! Pero si lo odia. Siempre dice que nuestra perorata lo desconcentra.
—Eso pensé yo cuando lo vi aparecer cargando el ordenador. Sus ojos se iluminan al mirarla con un brillo que no le conocía. Mi pobre chico siempre estuvo demasiado ocupado como para ser feliz. Se merece todo lo que ha conseguido.
—Se quieren mucho. Yo también soy feliz al verlos.
—Tú también tendrás tu increíble historia de amor —la mano suave se apoya cálida sobre la mía —. He criado a los mejores niños de toda la ciudad. Los mejores solo merecen lo mejor.
—Ay Matilda, qué seríamos sin ti.
El sonido del timbre nos separa.
—Seguramente sea Paul. Pensé que vendría más tarde. O que no vendría.
Después de su insinuación explícita sobre pasar la noche con una mujer no creí que tuviera apuros por comenzar a trabajar.
—¿Podrías abrirle la puerta? Voy a vestirme.
—Sí puedo —. La mujer se pone en pie delante de mí estorbando el paso hacia mi habitación — pero no contestaré hasta que me prometas que aceptarás mi consejo. Cariño, lo único que cura el amor no correspondido es la distancia.
Acepto el beso en la frente antes de ir al cuarto para quitarme el pijama. El consejo de Matilde no carece de lógica.
Dejar de ver a Paul puede que sea la única solución al continuo vacío que siento siempre que lo veo. Cada año que paso a su lado es un peso nuevo que se suma a mi tortura de no tenerlo. Las lágrimas al verlo con otras chicas se profundiza. Me encuentro en punto en donde el precipicio de caída se halla a tan solo un paso de distancia.
Cuando este proyecto termine Paul deberá quedarse en Baltimore. Puede que, en mi caso, a diferencia de Blake y Sofía, el destino nos señala dos extremos separados.

Un kilo de crema para las ojeras que simulen la noche sin descanso y estoy lista para ir a su encuentro. Cuanto antes termine mi trabajo más pronto podré regresar a Madrid y comenzar mi camino hacia el olvido.
Sus besos arrepentidos lastiman más que la pena de no tenerle.
—¿Después de la boda regresarás a Baltimore? Seguro mi niño te quiere aquí.

Escuchar a Matilda llamar mi niño a un hombre con mirada de hombre lobo como Blake es enternecedor y desternillante. Ella sigue viéndonos a mí y a mi hermano como sus polluelos recién nacidos.
—No estoy seguro —. La voz grave al otro lado me detiene tras el marco de la puerta.
—Creía que no te gustaba salir de Baltimore —. Matilda pregunta como si nada.
—Así era.
Me escondo tras la puerta para que no me vean.
—Me caes bien, eres un niño bueno —. ¿Acaba de llamar niño a Paul? El niño es más grande que Blake y fue parte de las fuerzas especiales del ejército. Cualquier productora de cine lo contrataría para extra como vikingo asesino.
Llevo mis manos a los labios para que no me pillen en un ataque de risa.
—¿Pero?
—Mi niña merece que la quieran.
El corazón se me detiene. ¡Qué hace! Prometo que cuando estemos solas la mato.
—Yo la quiero.
La voz rotunda y segura de Paul al contestar me congela y rompe en pequeños cristales. ¿Qué ha dicho? ¿Escuché bien? ¿Ha dicho que me quiere?
—No como ella merece.
La voz no contesta. El pequeño trozo de corazón que conservo intacto se despedaza. Con Paul siempre es lo mismo. Un minuto de esperanzas ante siglos de llanto sin consuelo. Claro que me quiere. Como a una amiga.
Acerco las manos hacia los ojos y los elevo rápidamente al comprender mi error. Estoy maquillada y no quiero quedar como un mapache. No merezco parecer siempre como una mujer rota. Muerdo mis labios conteniendo las lágrimas.
—Buenos días, has llegado temprano.
—Pensé que podríamos preparar la reunión.
—Me parece bien —contesto sin mirar. Mantenerme fuera del alcance de sus pupilas color cielo despejado me ayuda a conservar la frialdad.
—Aún nos quedan un par de horas. Si quieres podemos ir a por unos rollos de canela de la tienda de Lena. Te encantan y llevas tiempo sin comerlos.
–No hace falta —le contesto concentrada en el portátil —. Nos espera mucho trabajo. Matilda, ¿te molesto mucho si te pido un par de cafés?
—Para nada cariño.
—Yo no quiero.
—Entonces que sea solo uno.
Matilda se aleja hacia la cocina mientras abro el bolso para recoger una libreta con apuntes. No lo miro. Él sí lo hace. El ardor de su mirada me quema la frente. Conozco perfectamente los pasos que vienen a continuación. Me sonríe y se disculpa. Yo lo perdono, me ilusiono y él vuelve a dejarme arrugada como los trapos. Así una y otra vez.
—¿Has descansado bien?
¡Esto es inaudito! No pretenderá que diga que sí. Y por cierto ¿tú qué tal con tu noche de sexo desenfrenado? No lo mato porque me saca dos cabezas, tiene demasiado músculo, y porque lo quiero más que a mí.
—Perfectamente. El cambio horario me ayudó.
—Yo no. Anoche me comporté como un…
—Gracias Matilda —la voz me sale más alta de lo esperado. No quiero hablar con él. No quiero

escuchar sobre sus noches con otras mujeres. No quiero sufrir. ¡No quiero!
—¿No deberíamos comenzar? Cuanto antes terminemos más pronto regresaré a Madrid.
Lo miro por el rabillo del ojo. Sus pupilas ya no me buscan. Sufro por no poder decirle que lo quiero tanto que un solo beso borraría todos los años de su amargo desprecio. Pero me callo.

El proveedor

El galpón es tan alto como dos gigantes hombro sobre hombro.
Mis pupilas se dilatan intentando adaptarse a la luz superficial de los tubos.
La pared del fondo es un fin al que no se puede alcanzar caminando. Giro sobre mis pasos observando los tanques de guerra aparcados a ambos lados. El espíritu a pólvora se respira en el aire fresco. Sin reconocer mi miedo me acerco a Paul. En silencio observo los cañones de los transportes terrestres. Son tan inmensamente grandes que parecen falsos. Con pasos tímidos me acerco a las grandes bestias de la guerra para acariciar la frialdad de sus metales. Cañones del tamaño de Goliat asoman en una cabeza giratoria. La carne se me eriza de pensar a cuántos han apuntado.
—Estás muy callada.
—No me gusta la guerra.
Una sonrisa pensativa aparece en los labios de Paul.
—No creo que a nadie le guste la guerra. Cuando los caminos se cierran, es la última opción.
—Blake me contó que antes de comenzar a trabajar con él eras un marine.
—Algo parecido.
—¿Por qué lo dejaste?
—Existen otras formas de combatir.
—¿Alguna vez te hirieron?
La idea de imaginar a Paul herido me aterra.
—A mi no —. Su mirada me esquiva al hablar.
—A los que sí hirieron. ¿Eran tus amigos?
—Uno de los mejores.
—Lo siento. El espanto de la lucha y sus consecuencias me eriza la piel. Quizá no debería firmar este contrato. Puede que el uso de drones no sea lo que Blake espera. Mi hermano es un buen hombre. Él jamás participaría en proyectos que hicieran daño a otras personas.
Paul se sonríe con diversión calurosa.
—¿Qué he dicho?
—Se nota que sois hermanos de sangre. Él llegó a la misma conclusión al recibir la propuesta. Los militares no solo hacen la guerra, también existen fines nobles como la protección o ayuda a desfavorecidos.
Los pasos firmes golpeando el suelo detienen sus palabras.
Ambos nos giramos para ver al hombre que, entrando por la gran puerta, fue capaz de ocultar al sol tras su figura. No fue hasta tenerlo delante cuando al fin pude verle. Su altura y porte recio contrastan con los rasgos de su cara. Es un hombre serio, joven, y muy pero muy apuesto.
—Teniente John Smith —dice estirando la mano.
—Mariam Blakmoon. Un gusto. Y él es…
—Paul, buenos días.
—Señor.
Ambos se miran y se saludan sin estirar las manos. Paul se estira recto como si el hombre fuese su jefe. Seguramente existen cosas que nunca se olvidan.
—Esperaba a Blake Blakmoon —comenta abriendo una puerta de una oficina tan fría como el galpón que acabamos de dejar atrás.
—Es mi hermano. Ambos somos propietarios de la empresa de drones. Puede estar tranquilo con mi presencia. Hablar conmigo es como hacerlo con él.

—Una belleza como la suya convierte la conversación en algo muy diferente.
La sonrisa gentil consigue que los calores ardan por mi piel. De todas las contestaciones, esta era la última que hubiera imaginado de un hombre como el que tengo delante. Los ojos grandes y claros como nueces brillan traviesos. Se nota la fuerza del poder de la victoria sudando por sus poros. Lleva la conquista en el porte.
—Hemos estudiado su propuesta —digo tragando saliva.
—¿Y cuál es su opinión señorita Blakmoon?
—Sinceramente tengo algunas lagunas —Paul, que se encontraba de pie, se acercó sentándose a mi lado.
No parece que le guste escuchar mi opinión. Me importa muy poco su molestia. Estoy aquí en representación de mi hermano, y él confía en mí. No pienso llevarle a la ruina.
—Estoy a su disposición para todo lo que usted desee preguntar.
Por favor, este hombre consigue quemar la ropa interior de una mujer sin ponerle un dedo encima.
—Nuestra empresa —digo respirando dos sorbos de aire al ver sus fuertes brazos cruzarse sobre el escritorio—es una productora de drones. Mi hermano es el ingeniero creador. Sus diseños son más livianos que otros. Su experiencia en materiales lo ha llevado a conseguir logros exitosos. Sus diseños vuelan con mayor rapidez y a mucho menor coste.
—Por eso deseamos trabajar con él y comprarle tres mil unidades.
—Siempre y cuando les ayudemos a vender sus drones desgastados —contesto con seriedad.
—Así es.
—Nuestra empresa no se dedica a los drones de segunda mano. Apenas hemos hecho algunos trabajos sin importancia.
—También lo sé.
—Aún así nos exigen como requisito, que seamos intermediarios con una empresa para la venta de sus unidades defectuosas. Algo así como un revendedor de segunda mano.
—Eso también es correcto.
Me estiro en el respaldo intentando no parecer tonta. Aunque la tarea comienza a resultar bastante difícil. El guapo teniente responde con frases tan cortas como su cabello.
—Me temo que no podremos cerrar un acuerdo.
—¿No podemos? —Paul a mi lado no termina de creer lo que acabo de decir.
—Como he dicho —respondo sin mirar a Paul que se mueve nervioso— nosotros no nos dedicamos a la compraventa de drones.
—Habíamos quedado con Blake que la oferta nos interesaba —Paul aclara con los dientes apretados muy cerca de mi oído.
—Mi hermano confía plenamente en mi criterio —contesto a Paul, pero con la mirada clavada en el teniente que frunce la mirada.
—Y eso lo hace un hombre inteligente. Dígame, señorita Blakmoon, ¿cómo puedo ayudar a esclarecer sus dudas? Créame que lo haré encantado.
—Dice que nuestros drones son los mejores del mercado.
—Esas son mis palabras, sí.
—Sin embargo, nos exige vender sus drones usados a una empresa china.
—Es una solicitud que agradeceríamos.
—Una que si no cumplimos nos dejaría fuera del negocio.
—Señorita Mariam, ¿puedo llamarla por su nombre?
—Por favor —contesto con la espalda recta.

—Vuestra empresa como bien he dicho, es de las mejores, y nuestro ejército estaría gustoso de poder contar con vuestras máquinas, pero, también es cierto, que no somos ninguna ONG. Necesitamos recaudar parte de los fondos y por ello necesitamos vender piezas que nos resultan inútiles. Como comprenderá, al tratarse del gobierno chino, no podemos trabajar directamente con ellos. Digamos que… —carraspeó con fuerza—no nos dejaría en buen lugar comerciar con un país fuera de nuestro acuerdo de alianzas. Sin embargo, nada nos prohíbe trabajar con vosotros.
—Y usarnos como intermediario.
—Una relación en la que todos ganamos.
—¿Entonces parte de nuestro pago serían los drones defectuosos o en desuso del ejército? Eso no es viable para nuestra empresa.
—Oh no, por supuesto que no. El servirnos como agentes comerciales sería suficiente.
El hombre responde a todas mis dudas de forma impecable. La idea, aunque retorcida, parece tener su lógica.
—Por supuesto el pedido sería ampliable a otros cinco mil drones en un plazo de seis meses. Además de apoyar el proyecto de aeronaves, en el cual tengo entendido que su hermano posee gran interés.
La cabeza comenzó a darme vueltas. El proyecto de aeronaves es un sueño con el que Blake lleva años soñando.
—Todavía no lo he hablado con su hermano, pero estoy seguro de que podremos ponernos de acuerdo.
¿Que si lo estará? Saltará por la calle desnudo cuando se lo cuente. Mis dedos se cruzan nerviosos. En mis manos se encuentran los sueños de Blake. El sudor frío me sube por la cien.
—¿Paul? —La voz medianamente segura, se enfoca en sus ojos transparentes—Creo que deberíamos aceptar la intermediación con la empresa china.
—Opino lo mismo.
En los años que conozco a Paul es la primera vez que lo noto tan distante. Desde que llegamos a los depósitos del ejército he sentido como si otro hombre hubiera tomado posesión de su cuerpo. Uno frío y calculador que piensa en cualquier cosa menos en el contrato que tenemos delante. Lo cual es una tontería absoluta, ya que él mismo fue el encargado de conseguir tamaña oferta. Si los pedidos se concretan tal cual nos lo proponen, la empresa de drones pasará a ser líder del país.
—Teniendo en cuenta que ya hemos trabajado con ellos creo que podríamos colocar sus máquinas de segunda mano en el mercado chino.
El teniente se puso en pie con la felicidad de la victoria en el rostro. Las estrellas de su pechera brillan con el reflejo de la luz artificial. Qué hombre más guapo y temible.
—Por favor, permitidme que la invite a comer. Es tarde y la ocasión bien merece un brindis.
—Se lo agradezco, pero me gustaría regresar pronto a casa. Tenemos mucho trabajo por delante y debo volver a Madrid cuanto antes.
—¿Y esa urgencia no le permite alimentarse?
—Quizá la próxima —. La contestación de Paul no gustó al teniente.
—Mi hermano se casa en menos de un mes —aclaro con velocidad—y el tiempo apremia para que regrese a Madrid. Prometo que a mi regreso seré yo la que lo invite a almorzar, teniente Smith.
—John. Mi nombre es John.
—Estaré encantada de invitarte, John.

—Y yo estaré esperando tu propuesta, Mariam.
—Mientras tanto, estudiaré los cambios en la oferta y te la haré llegar en cuanto esté lista.
—Tengo una idea mejor. Me acercaré a tu oficina mañana por la tarde. Allí os llevaré una copia y podremos analizarla juntos.
—No creo que sea necesario —Paul le contestó con voz prudente—. Soy ingeniero y puedo hacerlo.
—Insisto en estar con vosotros.
—Y yo en que trabajaremos más rápido si la preparamos nosotros —. Ambos se miran como gato y ratón.
—Paul tiene razón, contamos con un grupo excelente de técnicos.
El teniente no insistió. Se nota que es un hombre poco acostumbrado al rechazo.
—Pero prometo, John—recalco su nombre con el fin de romper la tensión en la que nos hemos metido— molestarte si me encontrase ante alguna duda.
—No serás molestia. Vaticinio que en el futuro nos entenderemos perfectamente.
Su voz grave al mirarme me dejó en shock. El teniente Smith es el tipo de hombres capaz de dejar a una chica girando de forma atontada.

Me siento en el coche, pero no es hasta que salimos de los cuarteles cuando me pongo a gritar como loca.
—¡Lo tenemos! ¡Lo tenemos! ¡Y el proyecto de aeronaves! ¡Blake no se lo podrá creer! — La seriedad de Paul se rompió al comprobar mi estado de felicidad —. ¿Pizza en La Scala?
—Pensé que estábamos con poco tiempo. No te imaginaba así.
—¿Así cómo?
—Sabes a lo que me refiero.
—¿Pensabas que no sería capaz de cerrar el trato?
—Lo digo porque el teniente no esperaba encontrarse con una mujer preciosa. Se quedó sorprendido al ver que, además, eras inteligente.
—Se le notaba curioso. Parece el típico hombre al que ninguna chica se le resiste.
—Espero que tú sí lo hagas —su contestación ruda ha conseguido molestarme.
—No soy una niñata imbécil. Sé lo que nos jugamos en este proyecto. No lo arriesgaría todo por un revolcón de un minuto.
Paul se mordió la lengua, pero no la vista. Los ojos le brillan con diversión atrevida.
—¿Qué pasa?
—Nada.
—¡Qué! Dilo. Si eres valiente.
—Mariam, el teniente lo último que estaba pensando era en algo de un minuto.
—Ah…
Miro por la ventana para no confesar que no hablo porque no tengo ni idea. En los libros el sexo se reduce a tres hojas. Y en las películas a dos minutos. El tiempo exacto que lleva hacer el amor es una información que carezco. Quizá llegue el momento de romper el tiempo de espera y lanzarme al vacío. Debería dejar de esperar un imposible y entregarme a un hombre como el teniente Smith. Nunca estaré enamorada como lo estoy de Paul, pero al menos mi primera vez sería con un hombre bastante interesante.
—¿En qué piensas?
—En que el tiempo pasa para todos…

Siguiendo el camino

Aceptar la propuesta del teniente Smith en recorrer las instalaciones resultó un desafío peligroso y necesario. Caminar junto a John por el cuartel de tropas, es una experiencia reveladora. Y no me refiero solo a las explicaciones sobre su trabajo cotidiano. El hombre, lejos de la formalidad del primer día, pasea a mi lado con una sonrisa de lo más dispuesta. Sus rasgos duros se concentran cuando otro igual uniformado se cruza delante de nosotros. El resto del paseo me ha permitido hacer bromas e incluso enseñarme la utilización de ciertas herramientas de las que he olvidado el nombre.

Bajo el sol matinal la excursión ha llegado a convertirse en un paseo terriblemente agradable. El teniente, a diferencia de Paul, posee unas cejas oscuras que enmarcan una mirada de halcón. Su cuerpo fuerte camina a mi lado señalando a los lados antes de hablar. Es alto, fuerte y atractivo. Sus ocurrencias han sacado mi sonrisa más sincera.

Los soldados caminan a prisa como si llegaran tarde a los sitios, sin embargo, John, muestra tranquilidad en cada paso. Sentirme parte de su tiempo me hace sentir una chica importante. En el momento que recibí su invitación me resultó extraña, sin embargo, en estos momentos me siento feliz de haber aceptado. Alejarme de Paul es una necesidad. Llevamos días trabajando rostro contra rostro y corazón con corazón. No consigo escribir una palabra sin recordar el ardoroso sabor de sus labios.

—Esa es nuestra mejor arma.

La mirada de chocolate ardiente me recorre el rostro. John no oculta que le intereso. A él no le molesta sentirse atraído por una joven inexperta.

Siempre me gustaron los chicos mayores. Maduré intentando no ser una molestia para nadie. Mi hermano se vio obligado a cargar con una niña cuando él apenas poseía barba. No podía agobiarle con mis caprichos confusos de adolescente desconfiada. Ambos, luchamos por unirnos hasta en las desgracias. Y así fue como conocí a Paul. En una visita a nuestra casa cuando yo jugaba estúpidamente con una corona de papel. Un hombre delante de una niña. ¿Qué podía salir mal?

Esa misma tarde olvidé mi adolescencia para soñar con el amor de un hombre de verdad. Los chicos de mi edad dejaron de existir. Mi corazón comenzó a latir con el como destino.

—¿Te aburro?

—En absoluto. Estoy fascinada con este lugar.

—Esperaba que comprendieras nuestra esencia.

Lo observo con curiosidad deteniéndome a medio camino entre una puerta y una gran sala con ordenadores.

—No me negarás que la primera vez te causamos mala impresión. Ver aquellos tanques consiguió asustarte.

Muevo la cabeza a ambos lados intentando explicarme de forma poco hiriente. No olvido que John es un cliente del que dependen millones de facturación.

—Ver las armas no me resultó agradable. Debo reconocer que soy pacifista. Prefiero pensar en el diálogo antes que en la lucha. Pero comprendo que la vida es algo más complicada que las buenas intenciones de mis pensamientos.

—Hagamos el amor y no la guerra. Créeme, también soy de esa opinión.

La luz pícara resplandece en el mirar chocolate ardiente de sus pupilas.

—Estos son los últimos drones que compraremos a vuestra empresa. Sargento, ¿podría explicar a la señorita el uso que damos a estas máquinas?

—Con gusto, mi teniente —dijo el hombre de cuerpo tan ancho como su cuello, saltando del

asiento en el que se encontraba junto a una lámpara y unas pinzas de metal —. Estos drones son utilizados en procesos de rescate, y estos otros, son para procesos de verificación en sistemas de regadíos.
—Ninguno para matar, ¿no es así sargento?
El hombre confundido respondió con determinación.
—En absoluto mi teniente. Los procesos de rescate salvan vidas. Los de riego custodian el grano de poblaciones empobrecidas contra narcos de los alimentos.
—¿Narcos de los alimentos? —La expresión me resulta totalmente novedosa.
—Oh, sí señorita, también los hay del agua.
—Increíble —. Contesto pensando en las necesidades básicas para la vida y en la que la mayoría de las veces no pienso.
—Existen poblaciones, en donde los medios que nosotros utilizamos de forma común, ellos custodian con recelo. Allí fuera existe mucha necesidad.
El sargento completó la idea y al instante se silenció bajando la cabeza, temeroso de haberse excedido en el comentario.
—La señorita es dueña de la empresa que nos proveerá drones como este. Ella y su hermano son los creadores del prototipo K35 —dice señalando el modelo sobre la gran repisa de la esquina.
—Un modelo magnífico. Permítame felicitarla señorita. Hemos conseguido grandes logros con ese diseño.
—Mi hermano es el verdadero genio. Yo solo me limito a colaborar cuando me necesita en temas de comercialización.
—Trabajo no menos importante, señorita.
—Muchas gracias sargento. No le molestamos más. Puede continuar con su trabajo.
El hombre se sentó no sin antes dar un pequeño golpe de talones. Yo también le agradecí su atención antes de alejarme con la sonrisilla traviesa en la boca.
—¿Te ríes de nosotros?
La voz gruesa calentó la cercanía de mi oído.
—No era mi intención. Es solo que tantas normas parecen…
—¿Divertidas? A veces a mí también me lo parecen —confesó en voz baja—. ¿Vamos? El coche nos espera.
—¿Salimos?
El cuartel es un lugar cercado por grandes arboledas y una inmensa barrera como puerta principal. Un inmenso campo natural dentro de la ciudad.
—Sí.
—¿Y puedo saber dónde? —Pregunto introduciendo la cabeza en un land Rober negro de cristales ahumados.
—Me debes un almuerzo. Y tú pagas. ¿Lo habías olvidado?
Cómo olvidarlo. Paul no ha cesado de regañarme por aquella frase.
Una comida es algo habitual en los negocios. Cuando se entere que recibí una invitación para visitar los cuarteles, y que la invitación sólo se extendía a mi persona, su grito alcanzará el cielo antes de da dos vueltas a la vía láctea.

Las noticias vuelan

—¡Cómo! ¡Cómo pensabas que no me enteraría!
—La verdad es que no lo pensé.
Aunque me gustaría saber como lo hizo de forma tan rápida.
Acerco el bolso a Matilda que, asustada, no se aleja del jarrón. La conozco perfectamente, si lo considera necesario rompería el cristal macizo en la cabeza de Paul.
—Hoy ibas a salir con tus amigas al bingo. Se te hace tarde.
—Puedo quedarme contigo. Es una salida como otras.
La mujer no suelta el jarrón.
—No lo es. Yo estaré bien. Puedes ir tranquila.
Paul al escuchar mis palabras se acerca a la barra de bebidas y abre la nevera para sacar una cerveza. Bebe un trago y se queda unos minutos observando los pies clavados de la anciana.
—Matilda, por favor, creí que me querías como a uno de la familia.
—Por eso, si tocas a mi niña, te parto el jarrón en la cabeza con muchísimo cariño.
—Tu confianza en mí es admirable —dice bebiendo de la botella—. Puedes ir tranquila. Tengo ganas de matarla, pero me reservaré el honor hasta que regreses del bingo.
El chascarrillo hizo sonreír de forma oculta a la anciana que dejó tranquilo el decorada para acercarse y acariciarme el rostro.
—Mi niña bella y preciosa, si me necesitas, me llamas.
Los dos besos sonoros consiguieron enfurecer aún más la cara avinagrada de Paul.
—Quizás deberías explicarle a la niña bella y preciosa que ya no es tan niña y que no debería lanzarse en brazos del primero que se le cruce.
—¿Qué quieres decir?
—Es una tontería sacada de contexto. He aceptado una invitación del teniente Smith para conocer el uso de nuestros drones y después hemos ido a comer. Vete o llegarás tarde al bingo.
—Ahora comprendo —la frase de Matilde provocó que Paul dejara de andar de un lado a otro en la sala.
—¿Comprender qué? —Dijo sosteniendo el botellín a medio camino del cielo y el aire.
—Esa camisa con escote que esta mañana buscabas con tanto empeño. Ese teniente debe de ser guapísimo. Luego me cuentas. Me marcho o llegaré tarde para los primeros cartones.
—Esta mañana yo no busqué ninguna camisa de forma desesperada. Sólo pregunté si se encontraba planchada. ¡Quería dar una imagen profesional!
Matilda abrió la puerta en el momento justo que un repartidor se acercaba con un ramo de flores que apenas le permitía alcanzar el timbre.
—¿La señorita Mariam Blakmoon vive aquí?
—Aquí mismo.
—Esto es para ella señora —Matilda giró la cabeza para mirarme de forma interrogativa.
Me acerco a su lado y aprovecho que ella sostiene el inmenso envío para extraer la tarjeta.
Observo las flores coloridas. Son la primavera capturada en un único ramo.
Matilda aprovecha mi distracción para robar la tarjeta y leerla en voz alta.
—Intenté encontrar una más bonita que tú, pero ninguna alcanza tu deliciosa perfección —suspira de forma cómica—. Es un romántico. A mí me ha ganado. ¿Cuándo lo traes a casa?
Las maldiciones de Paul completaron la frase de Matilda antes de perderse en la terraza.
—Si no te conociera dirías que lo has hecho a propósito.
—Y tú parece que tienes un muchacho muy interesado en ti.

Dijo antes de besarme en la frente y marcharse dejándome la cesta de mimbre colorida en las manos.

Algo más de media hora después y dos botellines de cerveza vacío decido acercarme a la terraza y sentarme en la tumbona libre. Es estúpido, pero me siento una intrusa en mi propia casa. Sin comprender exactamente por qué está tan molesto, me siento apoyando una lata de refresco en la mesa.
—Cuando se te pase el enfado quizá podamos ponernos a trabajar.
La vista de Paul, que se perdía en la profundidad de la bahía, se giró para arrojar dardos contra mi frente.
Recuesto la espalda en la reposera mirando los barcos detenidos. No puedo pedir disculpas por algo que desconozco.
Repasando cada acto del día ninguno me lleva a la ofensa de la que él se cree poseedor. La invitación para la visita fue solo para mí, ¿qué sentido tenía avisarle? Soy mayor de edad y estoy aquí en representación de mi hermano. ¡Mi hermano! Ese que un día decidió ponerme en las escrituras de la empresa. No comprendo porqué tanto alboroto. Cualquiera que lo viera diría que está muerto de celos. Lo conozco demasiado bien como para saber que eso es totalmente improbable. Él me ha visto salir con chicos y no ha movido ni la mitad de una pestaña.
—No debiste ir.
—Quería mostrarme las instalaciones y los usos de nuestros drones. No podía negarme.
—Debiste avisarme. Te habría acompañado.
—La invitación estaba dirigida solo para mí. Soy completamente capaz de tener un almuerzo de negocios.
—¿Un almuerzo de cinco horas? Mucho tiempo para solo comer, ¿no te parece? —Paul observa el atardecer anaranjado que resurge por encima de los barcos. La brisa suave mueve sus cabellos despeinados.
—No sé que estás insinuando, pero no me gusta.
—No quiero que te involucres con él.
—Que tú ¿qué? Este es el proyecto más importante en el que me ha tocado trabajar. No soy una estúpida. John es un cliente y sé perfectamente lo que hago.
Me pongo en pie de un salto.
—¡Aléjate de él!
—Limítate a hacer tu trabajo de asesoramiento para que podamos firmar ese maldito contrato cuanto antes. Y, por cierto, tú a mí no me dices con quien debo o no acostarme. Mi sexo, mi decisión.
Me giro a golpe de melena para marcharme, cuando el salto de Paul me alcanzó. Sus dedos fuertes sujetan mi codo con fuerza.
—Eso no va a suceder. Tú y él no tendrán nada. ¿Lo entiendes?
Los dientes apretados resaltan la tensión de sus músculos.
—¡No! No lo entiendo —contesto soltándome de su agarre —. ¡No entiendo nada! Y, a decir verdad, estoy bastante cansada de no hacerlo.
Camino furiosa. No soporto verlo así. He recibido demasiados rechazos como para estar segura de que no quiere nada conmigo. ¡Por qué no me deja en paz!
—¡Cierra la puerta al cerrar!
Chillo antes de golpear la puerta de mi habitación y caer de cabeza sobre el colchón mullido. Unos pasos firmes y un portazo me dicen que se ha ido. Abrazo la almohada y lloro como nunca.

¿O debería decir como siempre cuando se trata de él?

No me despiertes

El sonido del timbre es tan molesto como la persona que seguro está al otro lado. Observo el reloj del móvil dos veces para confirmar que son las cuatro de la mañana. Desde que Paul se fue no he podido pegar ojo. Las dos tilas extrafuertes solo han servido para que fuese al servicio cinco veces seguidas y me mantuviese aún más despierta que antes.

Camino descalza en el salón oscuro. El grillo desafinado del timbre continúa repicando en mi cerebro. Quien sea que se encuentre al otro lado está dispuesto a no parar.

No termino de acercarme a la puerta cuando la voz lastimosa me deja pasmada.

—¡Abre! ¡Maldita sea! Pienso quedarme aquí hasta que abras.

—¿Paul?

—¿Mariam? ¿Eres tú? Cariño, por favor abre.

—¿Cariño? —Giro el picaporte y me alejo en el momento en el que su cuerpo de más de metro ochenta cayó al suelo como saco de patatas.

—Dios mío —me agacho asustada mientras él eleva el rostro con una sonrisa divertida.

—Perdí el equilibrio. Creo.

—Deja que te ayude.

—Te necesito. Te necesito mucho. Mariam, ayúdame.

Las palabras de Paul se tropiezan entre ellas. Sus piernas también. Intento ayudarle, pero él no colabora. Sus manos se aferran con tanta fuerza a mi cintura que caigo sobre sus piernas.

—Si no colaboras no puedo ayudarte. Eres demasiado grande para mí.

—Lo soy, lo sé. Pero no puedo más. Necesito que me sigas queriendo a pesar de nuestras diferencias.

Me alejo para mirarle a la cara. Ambos estamos de rodilla. Mejor dicho, yo estoy de rodillas. Él se parece a un romano recostado en una de esas tumbonas antiguas. Los ojos le brillan con una pátina traslúcida e intensa.

—¿Estás borracho?

—No. Soy consciente plenamente de… que linda eres —sus dedos se acercan a mi rostro envolviéndolo en una caricia patosa.

—Exactamente, ¿cuánto has bebido?

Con fuerza empujo hacia arriba de su cintura. Él se pone en pie con una algo dubitativo.

—¿Antes o después de las cervezas?

—Voy a por café.

—No. No te vayas. Quédate conmigo.

Los brazos me envuelven en un círculo en el que su cuerpo es mi soporte.

—Estás borracho. No sabes lo que dices.

—Estoy borracho, sí, y también sé perfectamente lo que digo. Quédate conmigo. Hoy, mañana, el resto de mis días. No me dejes.

—¿Por qué me haces esto?

Camino a la cocina buscando en el café la detención de unas palabras que no quiero escuchar. Enciendo el botón de la cafetera cuando su figura se posiciona delante. Está tan desaliñado como guapo. El cabello revuelto le hace parecer menos serio. Su ropa arrugada es la misma que cuando lo eché de casa horas atrás.

—Mariam…

Los dedos acarician mi barbilla elevándola hacia sus ojos. Nunca lo había visto tan alto como en este momento. Sus dedos no me sueltan. Mi mirada intenta esquivarlo, pero él no me lo permite.

—No puedes acostarte con John. No puedes.
Sus palabras ya no son una orden. Su voz suplicante me desconcierta.
—Con que era eso. Tienes miedo de que pierda el negocio. No te preocupes, recibirás el dinero que se te ha prometido. Mi hermano no es ningún mezquino.
—¡Me importa un cuerno el proyecto! La única que me interesa eres tú —sus manos fuertes sujetan mi cintura deteniendo mi huida—. Tú. Siempre eres tú. No quiero que te acuestes con él. No podría soportarlo.
—¿De qué hablas? Estás borracho como una cuba. Suéltame.
—He bebido —las manos me afianzan como un poste robusto ante su frente que se pega a la mía —. Pero no lo suficiente como para olvidarme de ti. Nada de lo que haga te aleja de mí —su mano derecha se eleva para golpear con el dedo el lateral de su sien—. Estás en todos lados. Eres mi compañía permanente.
—No juegues conmigo.
Esta vez, es mi voz la que suplica. Soy una condenada sin fuerzas para más castigos.
—No lo hago cariño. Te juro que no lo hago.
—¿Entonces por qué me haces esto?
—Porque soy un idiota. Porque pensar en que él pueda tenerte me enloquece. Porque se parece a mí… pero no soy yo. Quiero que me mires como a él. Quiero que me admires como a él. Quiero ser él.
Sus labios se acercan lentamente. El aliento a alcohol saborea mi lengua y me echo hacia atrás.
—No. Así no. Otra vez no.
Lo empujó con el corazón latiendo en mis manos. Las lágrimas me brotan indefensas.
—Conozco este juego. Me besarás, sentiré el calor de tus caricias y luego me dirás que fue un error. Que estabas demasiado borracho.
El chillido humeante de la cafetera me ayuda a rodearlo y secarme los ojos con el dorso de la mano antes de coger una taza.
Paul se deja caer en una silla.
—De todas las veces que lo he imaginado, esta es la peor —su sonrisa amargada no consigue alejar el brillo del alcohol en su mirada.
—De todas las veces que te he imaginado, esta es la peor.
Ambos nos miramos para comenzar a sonreír en tono bajo.
—Ven —su mano estirada recoge mi muñeca hasta sentarme en sus rodillas —. Beberé ese café y todos los que quieras. Pero luego, cuando al fin creas en el razonamiento de mi estúpida cabeza, te besaré. Y entonces serás mía.
La declaración me dejó sin palabras. Si esto es un sueño no quiero despertar. Acaricio su rostro buscando en el contacto la confirmación de mi realidad.
—¿Eres tú?
—Soy tan real como lo mucho que te quiero. Ya no puedo callarlo. Desde que marchaste a Madrid la locura pudo conmigo. Cada viaje que he hecho, cada mes que esperaba ir a esa ciudad, todo era por ti. No soporto perderte.
—Paul —muerdo mis labios deteniendo la emoción que me comprime el pecho —. Tu nunca. Quiero decir tu siempre…
—No puedo ver cómo desapareces en brazos de otro. No lo soporto. Solo espero que algún día puedas perdonarme.
Sus palabras ya no suenan pastosas. El brillo permanece junto al aliento a vodka con limón, sin embargo, sus palabras son frases concretas y directas.

—¿Ya no estás borracho?
—Idiota bastante, pero eso no es culpa del alcohol. No, no estoy borracho. Solo he bebido para aceptar lo que me ahoga por dentro.
Me aferro a su cuello acercando los labios lentamente. El miedo a sentir que puedo perderlo me hace temblar. Son tantas las veces que he despertado con un cojín en lugar de sus besos que me asusto de mi propia esperanza.
Los labios carnosos y seguros se abren permitiéndome saborear lentamente los recónditos pasajes. Su mano fuerte me sostiene por la cintura, mientras la otra se posiciona tras mi cuello obligándome a tomarlo con mayor confianza.
Alentada pego mi pecho contra el suyo recorriendo con la lengua los bordes de sus dientes. El calor del deseo me asciende suplicando por pegarme a su cuerpo. El leve pasaje de aire entre nosotros se convierte en suplicio insoportable.
La mano de Paul baja hacia mi muslo desnudo elevando la camiseta de dormir e introduciéndose hasta acariciar la pieza de encaje de mi ropa interior.
—Cariño —los labios muerden y lamen mi cuello mientras me estiro en una oleada de sensaciones desconocidas.
Muevo las piernas intentando encerrarlo. Lo necesito. El contacto se transforma en algo urgente. Sus manos viajan por mi cuerpo con la misma desesperación con las que las mías se aferran a su nuca. El frío del ambiente al notar que mi camiseta de dormir se eleva, me provoca un pequeño ataque de nervios.
—Te necesito —su voz se pierde en mi cuello antes de separarse unos milímetros —. No estoy borracho, lo juro. Te quiero hasta el dolor, pero si quieres esperar…
—Te quiero ahora. Yo tampoco puedo esperar.
No termino de hablar cuando mis labios se posicionan feroces sobre los suyos. Llevo años repitiendo una confesión que jamás pensé que pudiera ser real.
Me entrego en alma y el cuerpo.
—Siempre te he querido.
Es él. Es Paul. El amor de mi vida. El dueño de mis sueños. Con una fuerza desconocida consigue ponerse en pie sin soltarme. Nuestras bocas chocan con el movimiento y mis piernas se aferran a su cintura para no caerme.
Mi cama acarició mi espalda casi sin darme cuenta.
Las manos lentas y habilidosas se aferran a mi camiseta para elevarla por encima de mi cabeza. La sensación de frío no consigue quebrar mi acaloramiento. Mis bragas son una pieza pequeña que en estos momentos cubren demasiado.
—Eres preciosa…
Sus dedos ásperos acarician el lateral del encaje hasta tocar mi cintura desnuda. Mis pechos lo esperan ansiosos.
Paul se recuesta a mi lado. La sensación de desnudez se mezcla con sus ropas bien puestas.
—Tú estás vestido —digo tontamente.
Me hubiera gustado decir que quiero acariciar su piel y hacerle sentir lo que yo siento con su tacto, pero las palabras no alcanzan a mis labios.
—Eso podemos solucionarlo —. Se sienta y me acerca el torso—. Todo tuyo.
Mis manos inexpertas se mueven nerviosas temiendo ser descubiertas en su falta de conocimiento. Sujeto su camiseta tirando de ella hacia arriba de una forma muy poco elegante, y a la que por suerte él no llegó a percatarse. Se encuentra tan ensimismado en mí que la confianza resurge de mis cenizas de novata.

El torso desnudo de Paul es un canto a la magnificencia masculina.
El vello rubio recubre la parte alta perdiéndose en una línea fina que se pierde dentro de los pantalones. Mis dedos curiosos recrean el andar de su clavícula y bajan por el cuello lentamente. La respiración se acrecienta con mi andar lento. Sin apuro paseo por sus abdominales marcados hasta descender a ese punto en donde el botón de los vaqueros suplica por abrirse. Elevo la mirada al notar cómo se recuesta cediéndome el control de su cuerpo. Me concentro antes de decidirme a soltar sus vaqueros y bajar la cremallera. La apertura se abre en dos con un cuerpo que grita excitado.
Las caderas de Paul se elevan invitándome a que termine el trabajo. Dispuesta a no ser la niñata infantil que él imaginaba tiro hacia abajo hasta conseguir encontrarnos en igualdad de desnudez.
—Puedes seguir.
Miro hacia arriba para ver los brazos de Paul cruzados tras su nuca. Parece tranquilo, incluso un poco indiferente, sin embargo, la tirantez inquieta bajo su bóxer deja sus pensamientos demasiado expuestos. Me desea. ¡A mí! A la chica que lleva soñando con este momento con la misma necesidad como al aire que respira.
Mis dedos se acercan curiosos acariciando por encima del suave algodón. Su deseo salta inquieto en el momento en que mi dedo le roza. Sonrío traviesa. Mi interior salpica nerviosismo y cuotas exageradas de excitación. El deseo de acariciar es tan profundo como el de entregarme al delirio de sus caricias. Quiero ser poseída con la misma intensidad con que lo deseo poseer. Marcarlo con mi nombre en cada rincón por donde viaje.
Los músculos de Paul se endurecen. Miro hacia arriba buscando su aprobación. Su mirada normalmente de cielo translúcido se ha oscurecido como tormenta otoñal. Los labios abiertos respiran con lentitud exagerada.
—Todo tuyo.
—Yo nunca…
Allí comienza y termina mi frase. Mi sinceridad se congela ante el poderío de su cuerpo. La razón me alcanza para demostrarme que soy una chica virgen con el hombre al que adora y sin conocer los pasos a seguir.
—Yo…
Paul cambió de posición en cuanto notó mis temores.
—Sh, ven aquí —dice sentándose para acercarme a su cuerpo caliente—. Haremos lo que tú quieras. He cometido demasiadas estupideces como para presionarte también en esto. Mírame —su mano firme me sujeta por la cintura—. Llevo deseándote de forma enloquecedora desde antes de convertirme en un completo idiota —la sonrisa de su boca carnosa me hipnotiza—. Y eso pasó hace mucho. Créeme. Te esperaré el tiempo que necesites —dice acariciando tímidamente mi seno desnudo
—No quiero esperar —reclamo con fuerzas ahogadas —. Es solo que no quiero desilusionarte.
—Cómo podrías hacerlo…
Tomando coraje me separo de sus brazos para acercarme a sus labios con determinación. Mi mano acaricia su torso bajando claramente hacia su entrepierna. Esto es lo que siempre he deseado.
Me acepta. Se encuentra prudente. Me asusta haberlo ahuyentado.
Con determinación me pego contra su calor. Mi mano se mueve entre nosotros acariciando esa parte ansiosa de su cuerpo. Quiero tenerlo. No puedo esperar. Necesito ser suya con la misma forma desesperada que necesito hacerlo mío. Soy una egoísta ante un gran bocado de tarta.
Mi cuerpo se contornea con la misma ansia que mi mano intenta hacerse un hueco dentro del

algodón de su bóxer.
—Cariño… —su voz se pierde en el hueco de mis besos.
No lo escucho. Quiero más.
El contacto de su piel es elixir embriagante.
Me siento preciosamente poderosa. Paul, el hombre de mi vida, se encuentra en mi cama y balbuceando frases de amor. No puedo esperar. Mis dedos se mueven con urgencia sujetando entre los dedos su piel satinada.
—Mariam… amor…
Dijo antes de sostener mi mano.
—Tenemos todo el tiempo del mundo —dijo antes de acariciar mi cuerpo echándome suavemente hacia atrás —. Quiero disfrutar de la última sensación de tu piel. Quiero ver como te erizas con mis dedos. Me toca a mi.
Su voz se entrecorta al bordear el contorno abultado de mis sensibles pechos. Respiro profundo y me extiendo como si nos encontráramos en una tarde ardiente de la Provenza y mi espalda se apoyase en un manto fresco de lavandas embriagantes.
Mis párpados se cierran intensificando el silencio de la noche. Los dedos recorriendo mi cuerpo, sus labios besando húmedamente hasta caer y detenerse en la línea fina de la cintura encargada de separar la belleza y el erotismo.
El viento de su respiración choca con mi ombligo. Caliente, firme. Su nariz roza el suave encaje mientras mis párpados se cierran saturados de tanta vergüenza. Las palabras no me alcanzan. El ardor de su lengua acariciando la línea fina de la prenda contra mi piel me eleva.
—Eres tan bonita. Tan dulce…
La mano firme se ajusta a la tela. Siento la presión de su fuerza al arrastrar el tanga hacia abajo. El frío de la desnudez me inunda. Sus manos callosas acarician mis muslos subiendo lentamente. El corazón tamborilea el compás más agresivo. Lo escucho. Lo siento.
Me estiro permitiéndole acceder a mi cuerpo. Soy suya. Me siento suya. Llevo años entregándome al deseo de su amor. El frío de la desnudez desaparece lentamente. Una manta suave se acerca y me recubre.
—Mírame.
La voz delicada es una orden firme. El calor de su cuerpo me recubre sin ahogarme mientras su mano acaricia mis labios.
—Mírame…
Repite con delicada firmeza.
Abro los ojos en estado de embriaguez. La pátina de mi deseo pasional apenas me permite verlo. La sonrisa de sus labios es delicada. Están húmedos y enrojecidos por el roce con mi cuerpo. Emocionada, al ver el azul mar arder al mirarme, acerco mi mano para contornear la línea dura de la barbilla. Lo quiero tanto que el amor etéreo se me escapa del cuerpo.
—Eres tan preciosa que no te merezco. Quiéreme…
Paul me besa mientras una parte de su cuerpo se deja caer sobre el mío. Es curioso, pero su peso no me ahoga. Es agradable. Como una manta mullida en una noche de invierno. Estiro los brazos acariciando la espalda con mis uñas. El sonido al rascar su piel es una melodía suave. Sus besos ya no son suaves. Como notas musicales se elevan cobrando potencia. Lo sigo en su baile. La sensación de su cuerpo desnudo, el roce del bello de su torso jugueteando con mis pechos sensibles es fuego que enciende la pólvora de mi deseo por él.
Estiro las caderas hacia arriba rozando esa parte endurecida que acaricia indiscreta mi entrepierna con unas cosquillas tan indecentes como enloquecedoras.

La mano que jugaba subiendo y bajando por mi cintura se adentra entre medio de los cuerpos. Haciéndose un lugar, acaricia la humedad de mi interior que se agita con el pequeño roce. Envuelta en una nube de adormecimiento agitado me elevo por encima de la habitación. Vuelo en el cielo. Soy el cielo.
Paul pronuncia una y otra vez la belleza de mi cuerpo mientras mordisquea suavemente mi cuello. Su cuerpo es un arpa tensa y pesada que presiona sin ahogar. El dedo seguro se mueve con fuerza acariciando mi carne inflamada a punto de estallar. Su respiración se agita acompasando la locura de mi cuerpo. Quiero más. Necesito más. Su piel, su calor, su caricia, no lo son todo, necesito más.
—Paul... —suplico con urgencia desesperante.
—Ahora amor… ahora —su voz es tan grave como los muertos de ultratumba. Grave. Amenazante.
La mano se afirma y el dedo penetra en mi interior abriéndose paso. La sensatez me alcanza y me tensa.
—Tranquila…soy yo. Paul. Tú Paul.
Abro los ojos para ver mi rostro reflejado en el cielo de sus pupilas.
—Disfruta —dice mientras su dedo entra una y otra vez dentro de mi.
La sensación de sentir su mano, a la vez que su mirada ardiente se clava en la mía, es eróticamente enloquecedora. Siento que voy a desmayar. Apenas puedo respirar.
—Vuela, yo te sostengo.
Sus palabras son una canción que termino de escuchar en la inconsciencia de un orgasmo que me agita como cientos de huracanes. Mi cuerpo se convulsiona y la cabeza apoyada en la almohada se deja ir en una especie de somnolencia con aroma a Paul.
Sus besos me cubren y el cuerpo que tenía casi pegado termina por acomodarse piel contra piel. El dedo es reemplazado por su pene duro que se acerca e introduce con lentitud.
—Amor… —Paul habla contra mis labios.
Lo miro extasiada. El sudor de la contención le recubre el torso y la frente. Está haciendo un esfuerzo y es por mí.
Lo amo. Lo amo más que ayer y más de lo que amaré nunca.
Estiro los labios para besarlo. Quiero saborearlo. Comerlo. Mi lengua entra en su boca adueñándose de su humedad como sus dedos lo hicieron con mi cuerpo.
—Te deseo… —su voz grave es tan profunda como los mares.
Aceptando el beso se agita encima de mi cuerpo. Los brazos a los lados son postes duros que no se quiebran. El cuerpo se niega a dejarse caer.
—Ven…
Baja y entra lentamente. Siento la invasión llenarme de forma saciante muy poco a poco.
—¿Te hago daño? Dímelo y saldré.
Sonrío al sentir que su deseo se aleja mucho de las palabras.
—El único daño que me harás es si sales.
—Dios…
Paul dejó caer un brazo introduciéndose de forma completa. La sensación de tenerlo duro dentro de mi hace quedarme inmóvil.
—Estas… ¿Te lastimo?
—Estoy bien —digo acariciando su rostro. Su mirada se clava en mis labios y la experiencia de tenerlo dentro se intensifica —. No es dolor. Es algo extraño. Te siento en cada rincón, de una parte, de mi cuerpo, que no había sentido jamás. Eres grande y me acaricias rellenando cada

centímetro escondido.
Presiono los labios de mi vagina confirmando mis sensaciones.
—Cariño, un poco de compasión…
Sonrío con picardía inocente.
—Es una sensación rara, pero no hay dolor.
—Entonces bésame.
Nuestros labios se encuentran y sus labios que antes me aceptaban ahora me devoran. El cuerpo que se agitaba sin moverse ahora se aleja para volver a entrar con mayor determinación. El calor de la sonrisa se caldea dejando lugar a la pasión. Mi cuerpo comienza a enloquecer como en el principio de sus caricias con el dedo. Pero ahora con mayor urgencia. El chico que cuidaba de mi ya no existe. El hombre deseoso de mujer abarca todo el espacio. Su cuerpo vuelve a subir y bajar introduciéndose más allá de la profundidad.
—Sí —digo sin saber por qué. Y no solo lo digo, sino que lo repito como mantra enloquecido mientras elevo las caderas. Cuando se aleja el vacío es doloroso.
Paul ya no habla, no escucha. El cuerpo es el dueño de sus actos. La mano derecha sujeta con fuerza mi cintura. Su boca besa mordisqueando mi hombro. Las sensaciones se me agolpan en el vientre.
—Sí —vuelvo a exclamar como si poseyese algún significado, mientras mis caderas luchan por alcanzarlo en las alturas.
Sus movimientos son cada vez más seguidos. Más potentes. El sonido de su corazón se acompasa con la fuerza de su respiración. Me aferro a su espalda. Quiero alcanzarlo y que me lleve. Algo dentro de mi se revoluciona. Siento que voy a explotar en cientos de estrellas dispersas.
—Mía… Mía…
Escucho, antes de sentir como el cuerpo se me convulsionaba, y los corazones del amor, me elevaban hacia el cielo de su azul mirada.

Despertar

El sol de la bahía de Baltimore entra por la ventana. Abro los ojos e intento desperezarme, cuando los brazos fuertes que rodean mi cintura me despiertan a la realidad. ¡Lo de anoche fue real!

El amor de mi vida, mi sueño imposible, sujeta mi cuerpo. ¡Sí!

Me acomodo junto a su pecho. Quiero permanecer así hasta el final de los días. Su cuerpo se tensiona ante el contacto de mis nalgas. De forma traviesa intento restregarme un poco más. Su pene respinga regalándome pequeños toques.

—Si despiertas al lobo lo encontrarás.

—Pensé que dormías.

—Ya no —dijo antes de pegarse totalmente a mí.

Con la desvergüenza de la chica que ya no es virgen, elevo mis caderas contra su erección más que despierta.

Vuelve a gruñir y saltar con mi contacto. Vuelvo a repetirlo y él vuelve a contestarme. Estoy por hacerlo una tercera vez cuando, con un solo enganche de su brazo, termino boca arriba y con el torso desnudo sobre mis pechos. Su mirada amenazante me causa risa.

—Acabas de despertar al lobo. Te dije que no debías hacerlo.

Paul comienza a mover las manos en un ataque de cosquillas indecentes.

—No. Por favor. No —chillo mientras intento zafarme del férreo ataque.

—Te lo advertí.

Me convulsiono de un lado a otro cuando sus besos cubren mis pechos. Las cosquillas dejan paso a la humedad de su boca indecorosa. Me entrego feliz de estar viva.

Su cabeza viaja como nata líquida por mis senos erectos. La sensación de sus labios es increíble. Pensar en Paul, el chico que jamás me miraba, jugar tan apasionadamente con mi cuerpo me eleva al quinto cielo. Acaricio sus cabellos impulsándolo a que nunca acabe. Quiero que el tiempo se detenga y la vida sea una continuación de sus labios.

—Eres trigo bajo el sol —dice acariciando suavemente el vello depilado de mi pubis—. Es el mejor color del universo —dice besando los milímetros de mi piel con lentitud exagerada.

—Eran morenas —susurro pensando en las chicas que tanto le gustaban —. Morenas de ojos negros…

—¿Cómo dices?

Su cuerpo se eleva sobre los codos mirándome de forma traviesa. Me arrepiento al instante de mis palabras. Su boca brilla el sabor de mi piel. No debí pensar en voz alta.

—¿Qué pasa?

No contesto. No puedo.

—¿Que pasa con las morenas?

—Así eran ellas —contesto al ver que no piensa abandonar el tema.

—¿Quienes?

—Yo soy rubia. Mis ojos son azules. Mi cabello es del color del trigo.

Intento moverme bajo su cuerpo buscando un refugio para mi vergüenza, pero él no me lo permite.

—Soy perfectamente consciente del color de tu cabello y de la suavidad de tu piel.

La boca se acerca cariñosa. Lo esquivo indignada. El recuerdo de su oscura forma de tratarme enturbia nuestro esperanzada claridad.

—¿Qué pasa? Cariño, mírame. Soy yo. ¿Por qué no me dices qué pasa por esa cabecita preciosa?

—Soy rubia —repito con poco valor para mirarle a la cara. Su cuerpo continúa sobre el mío sin alejarse —. Todas ellas eran morenas. Yo soy rubia. No te gustan las rubias. Las odias.
Paul se aleja recostándose a mi lado.
—No odio a las rubias.
—Tú lo dijiste.
Se apoya sobre su costado para mirarme a la cara mientras peina mis cabellos revueltos.
—Lo recuerdo palabra por palabra, y no fue eso lo que dije. Hablé de preferencias no de odio.
—Es lo mismo.
—No lo es. Salía con morenas porque buscaba que fueran lo opuesto a ti.
Su contestación me desconcierta. Estoy perdida. Lo que acaba de decir ¿es malo? ¿o terriblemente malo?
—¿Cuándo dices opuesto, te refieres a algo así como, un no puedo verte ni en la sopa?
La sonrisa traviesa de sus labios consigue enfurecerme. Cuando entregas tu virginidad al amor de tu vida, a ese chico con el que has soñado durante toooooda tu vida, no esperas que él confiese que no te soporta.
—Llevas tiempo volviéndome loco. Tus acercamientos comenzaron a gustarme. Tanto que comencé a pensar en ti más de lo que debería.
No estoy segura de si lo que cuenta tiene algo que ver con las morenas, pero la confesión me encanta.
—Cuando cumpliste la mayoría de edad comprendí que me gustabas más de lo conveniente.
—¿Conveniente? Qué trágico —sonrío acariciando su rostro—. ¿Y las morenas?
—Quería olvidarte. Pensé que, si veía algo bueno en alguien opuesto, tal vez así podría sacarte de mi cabeza. Eres la única a la que deseaba tener —la mano se acerca a mi rostro en una caricia rápida—. Necesitaba que sus cuerpos me ayudaran a olvidarte.
Paul se recuesta en el colchón. El peso de su confesión lo echa hacia atrás.
—Pero tú siempre me rechazabas.
—Creí que te cansarías de querer estar conmigo.
—Siempre estuve enamorada de ti. Y tú lo sabías.
—Tengo casi veintiocho años. No podía arriesgarme.
—Eres el mejor hombre del mundo y sé lo que quiero.
Camino sobre mis rodillas poniéndome sobre su cuerpo. Abro las piernas y lo encierro.
—Te recordaré tus palabras cuando quieras abandonarme.
Lo beso dejando las explicaciones para otro momento. Soy demasiado feliz para perder el tiempo en bobadas. ¡Paul me quiere! y yo ¡lo adoro!
Su cuerpo tenso me espera. Muevo las caderas sin conseguir capturar mi objetivo. Soy una ex virgen demasiado novata.
Las manos fuertes y callosas se aferran a mis caderas mientras su cuerpo se eleva. Nos unimos y mis caderas bajan con premura capturándolo en su interior.
—Mis pantalones cariño… necesito mis pantalones…
Sonrío traviesa
—Lo último que necesitas son tus pantalones —digo moviendo mis caderas sobre su cuerpo enterrándolo en mi cuerpo más allá de lo posible.
—Cariño… por favor… en los pantalones… mi cartera…
—Puedes pagarme luego.
El chascarrillo apenas lo hace sonreír. Su cara se descompone de tensión. Me siento la mujer más poderosa del universo. Sus gemidos son consecuencia de mis deliberados movimientos. Su

pérdida de control es mi victoria.
—Amor, anoche lo hicimos sin protección. Tengo que cuidarte… —gime ante mi nuevo embiste.
—Tomo pastillas.
La sensatez de Paul se terminó cuando mis sentadillas encadenadas lo obligaron a aferrarse a mis muslos. Estoy segura de que sus dedos me dejaran marcas.
—Sí…
Fue lo último que pude escuchar antes que mi cuerpo comenzara a sufrir una necesidad imperiosa de volar. Los espasmos agitados me convulsionan hasta dejarme inerte sobre su pecho.
—No voy a dejar ir…
Escucho antes de cerrar los ojos. Existe algo en el mundo más fuerte que el amor, y es el sueño.

Paul

¿Qué desde cuándo te quiero? Me gustaría saber desde cuándo no lo hago.
La primera vez que te vi eras una adolescente pizpireta enseñándome a vivir una alegría nunca conocida. Tus miradas de enamorada inexperta consiguieron derretir mis capas más secas y corroídas. Sí, era de esos hombres donde la amargura plantaba ondas semillas.
Me puse arisco. Te respondí con la peor de mis muecas. Sin embargo, tú nunca me diste por perdido. Eras la más dulce estratega. Te reirías acerca de la cantidad de veces que esperé expectante tus ataques de mujer conquistadora. Siempre fuiste una tarde fresca en mi vida asfixiante. Tus ojos de pradera húmeda eran mis vacaciones. Los días en los que la desesperación de mi monotonía inútil no me dejaba ver más allá de las gruesas capas de barro, llegabas tú caminando de forma sensual, e intentando atraer mi estupidez masculina. Eras una diversión tan placentera que tu conversión de jovencita a mujer llegó golpeándome en toda la frente. Te cuidaba como a una hermana negando los gritos de un corazón que reclamaba lo mucho que te quería.
El día que viajaste a Madrid, dejándome atrás, el vacío encontró un hueco desesperante donde anidar. Los días y las noches se convirtieron en la misma basura. Las tardes ya no refrescaban. El infierno me devoraba, y tú no estabas para refrescarme. Te habías ido. Tus sonrisas, tu frescura y tus estrategias las derrocharías con otro. Deambulé como un loco esperando que la furia me destrozara, sin embargo, la única vencedora fue la locura.
Sin preguntar me subí a un avión. Necesitaba verte. Solo una vez. Me repetía sabiendo que era una cruel mentira. Era el día de tu cumpleaños. Estaba tan ansioso que creí desfallecer al verte en mitad de una gran fiesta. Tus cabellos rubios caían en cascada sobre un vestido de flores primaverales. Irradiabas todo lo que eres. Todavía no sé cómo fui capaz de no lanzarme y envolverte en mis brazos para que nadie te mirara. Te necesitaba a mi lado. Quería volver a respirar el aroma de la vida.
Todos te miraban. Pero ninguno de ellos te querrá tanto como yo. Te quiero con la misma intensidad que temo perderte. Nunca nadie, antes de ti, se preocupó por enseñarme a amar.
—Mi dulzura más bonita…
Tus cabellos revueltos se extienden sobre mi pecho. Ya no puedo soportarlo. Te muevo ligeramente. No quiero despertarte. Solo un beso. Solo uno ligero…
—Mmmm
Te extiendes en el colchón. Estás con los ojos cerrados. Te acaricio con todos los derechos del amor entregado. Quiero reclamarte como mía. Quiero gritar que cada centímetro de esa felicidad inocente me pertenece solo a mí. Soy un maldito bastardo que ha conseguido el número premiado.
—Duerme mi vida… —digo sabiendo que no seré capaz de respetar tu descanso.
Entre sueños dices mi nombre. Ya no eres parte de mi imaginación. Conozco el sabor profundo de tu boca. Reconocería el aroma de tu piel entre cientos de mujeres. Sé que tus ojos se clarean al amar y que tus uñas se aferran a mi cuerpo segundos antes de…
—Te necesito… debería…
Dejarte dormir.
No volver a molestarte.
Desaparecer de tu vida.
Permitir que otro te enamore.
No cumplo ninguna de esas buenas razones. Me posiciono sobre tu cuerpo relajado. Soy tuyo y

necesito que seas mía.
Acaricio tu cuello y me introduzco suavemente entre tus piernas. Ronroneas mientras abres las piernas. Repites mi nombre en la penumbra de tus sueños. Tu cuerpo se humedece con mi roce. Me deseas. Yo… te necesito. Porqué tú eres la vida, y yo un idiota, que, junto a ti, aprendió a respirar.
—Dios…
Entro lentamente. Estas despierta. Me lo dice tu sonrisa pícara. Tus ojos se niegan a mirarme. Juego tu juego. Salgo y espero ahondando la sensación de vacío. Me buscas. Estás molesta. Ambos sufrimos la separación. Tus dedos furiosos se aferran a mi piel empujando para que vuelva a tomarla. No sabes lo feliz que me haces.
—Paul…
Mi nombre en tu boca adormilada es la mejor orden. Ya no quieres jugar. Me quieres dentro de tu cuerpo. Y yo… Yo necesito marcarte de mil formas diferentes. Invalidarte para otro. Demostrarte que solo yo puedo hacerte feliz y que nunca podrás abandonarme.

Escucha el silencio

—Matilda. No te esperaba.
Tironeo los bajos de la camiseta para que no se me vean las bragas.
—Me pasé para dejarte una lasaña antes de ir a casa de mi hermana. No me regañes. Ya sabes como soy. Estaba pensando que estarías aquí solita, sufriendo y sin nada para…
Sin advertir la presencia de la mujer, entró en la sala y no se detuvo hasta que ya era demasiado tarde. A medio vestir, con los cabellos revueltos, y en mitad de una sala de doscientos metros cuadrados de concepto minimalista, Paul no encuentra lugar donde esconderse. Vistiendo unos vaqueros y la cremallera a medio cerrar se quedó petrificado.
—Comer.
Matilda terminó de hablar sin dejar de subir la vista por el cuerpo de Paul.
—Buenos días —dijo mirando sus pies desnudos.
—Buenos días —contestó con voz grave y tieso como una estatua de Miguel Ángel.
—Paul y yo estábamos pensando en preparar el desayuno. ¿Si quieres quedarte?
Me muevo a los lados. La vergüenza no me deja estar quieta. En estos momentos me enterraría detrás de la nevera. Matilda nos ha pillado con la mano en la masa.
—Sí. Iba justamente a comprar algo… ¿dulce? —Paul me observa con mirada desesperada. Yo niego con la cabeza. Matilda adora el salado —. Salado. Sí, mejor compro algo salado.
—Deberías vestirte antes —la mujer habla en tono neutral. Ni furiosa ni contenta.
—Sí, claro. Vestirme.
Paul contestó al darse cuenta de que estaba por salir hacia la calle con el cuerpo semi desnudo y los pies descalzos.
—Estuvimos trabajando toda la noche y…
Cuando Paul desapareció dentro de mi cuarto la carcajada de la anciana estalló junto a mi cara.
—Mi niña, soy vieja, no ciega. Sé perfectamente que tipo de tra-ba-jo estuvieron haciendo.
Me siento en los bancos altos de la cocina expulsando el aire que minutos antes se me atascaba en el pecho.
—No te rías de mí —oculto la cabeza tras las manos.
—Por fin se ha decidido. Tu hermano pensaba que era imposible. Yo tenía más esperanzas, pero algo menos que Sofía. Ella fue la que apostó más dinero.
—¿Me estás diciendo que mi hermano, mi futura cuñada y la mujer a la que quiero como a una madre apostaban sobre mi futuro amoroso? Me avergüenzo de vosotros…
—Sobre tu futuro amoroso no. Apostamos sobre el valor escondido en sus huevos.
—¡Matilda!
—Perdona cariño —dice lagrimeando de la risa—. No soy capaz de borrar la cara que puso al verme. Creo que deberías ir a verlo antes que decida lanzarse por la ventana.
Matilda recoge su bolso para irse.
—Eres una señora muy mala —digo besándola con un fuerte abrazo.
—Me alegro por ti, mi niña. Sé lo mucho que lo quieres y el tiempo que lo has esperado.
—Lo adoro —digo en el mismo abrazo.
—Mis hombros y yo lo sabemos muy bien.
Me sonrío recordando las veces que lloré en sus brazos.
—Vamos, ve con él y disfruta de vuestro amor. Aunque…
—¿Aunque?
—No dejes pasar el tiempo.

—Yo tampoco soy ciega. Y menos sorda. Eso no es lo que ibas a decir.
—No me hagas caso. Las viejas hablamos de más.
—Tú nunca lo haces.
—No lo creas. Suelo tener alucinaciones.
—Entonces cuéntame esa alucinación que se te acaba de aparecer.
—Paul me cae bien y estoy segura de que siempre te ha querido.
—Pero…
—No hay peros. Es solo que le gusta guardar silencio. Y eso no siempre es bueno. Deberías enseñarle a hablar.
—¿A hablar?
—Mi niña. Los silencios ocultan, las palabras solucionan.
Me agacho para entregarle mi frente que besa con cariño
—Quita esta arruga —dice acariciándome la piel —disfruta del amor que te mereces. Te quiero mi niña.
—Y yo a ti. ¡Llámame cuando llegues a casa de tu hermana! Sabes que me preocupo —chillo al verla subir al ascensor—. Cuando quieras me llamas y voy a buscarte. Sabes que odio que subas a taxis de…
La mujer se despidió con un beso al aire antes de cerrarse la puerta.
Enséñale a hablar. Las palabras solucionan lo que el silencio esconde…
—¿Se fue?
Paul se acerca abrazándome muerto de risa.
—Acabo de sentirme igual que un adolescente escabulléndose por la ventana de su novia.
—Ella lo sabe.
—¿Qué ha dicho?
—Te quiere y está feliz por nosotros.
—Yo lo dejaría en que le caigo bien. A veces me observa de una forma intrigante.
—Me quiere como a una madre. Ella siempre fue mucho más que una asistenta para nosotros.
—Lo sé. Y por eso acabo de quedarme pasmado como un estúpido. Por cierto, creo que me debes unas disculpas.
—¿Yo? ¿Por qué?
Las manos fuertes me sujetan por la cintura para levantarme por los aires. Cargada sobre sus hombros soy un saco de mercancía del puerto.
—Me has hecho pasar la mayor vergüenza del siglo. Y todo por tu culpa. Necesitas resarcir el daño.
—Yo no he hecho nada de eso.
—Sí que lo has hecho. Me has dejado solo. Te has desaparecido aprovechando que estaba dormido.
—¡Paul!
Mi grito quedó ahogado al caer en la cama.

Juntos

Con los pies como sapo reventado consigo reptar hasta el sofá. Llevamos días recorriendo la ciudad intentando reunirnos con el escurridizo señor Yan.
El primer día no se presentó porque la reunión era a las cuatro de la tarde y le pareció que ese horario significaba mal presagio. Cancelamos para el día siguiente. Tampoco se presentó. Su secretaria nos explicó que se encontraba en un almuerzo ineludible en el National Aquarium. Al parecer, se le olvidó informarnos que fotografiar al cirujano real azul en su pecera, era un hecho demasiado importante como para cumplir su palabra y reunirse con nosotros.
Reorganizamos las agendas.
Esta tarde tampoco acudió.
Después de tres horas más tarde del horario convenido, y de pesar la absoluta inopia explicativa en la que nos encontrábamos, decidimos acorralar a la secretaria. La señorita de sonrisa eterna se acercó para informarnos que el distinguido señor Yan, había salido de forma apresurada al Fuerte McHenry. Nos quedamos tan congelados que la señorita se dignó a comentar, sin ningún remordimiento, por supuesto, que el señor Yan debía presenciar un acto homenaje. Cerca estuve de pedir explicaciones y abrirles los ojos con el reclamo fervoroso de ¡por qué demonios no habló antes!
Paul y yo salimos disparados. Quizá podríamos encontrarlo de camino y tener una oportunidad para hablarle.
Volamos hacia el aparcamiento mientras discutimos las ventajas de viajar en automóvil o en transporte público. El navegador resultó ser nuestra arma secreta. A fuerza de volantazos esquivamos los atascos, y parecía que lo teníamos al alcance de los dedos, cuando el camión de delante reventó dos neumáticos. ¡Dos! Pasamos horas admirando cajas de pasteles de cangrejo derramadas en la autopista. Por supuesto no alcanzamos al señor Yan.
—Tengo los pies como empanada gallega.
Paul se sentó a mi lado. Con delicadeza me ayudó a quitarme los doce centímetros de tacón. Mis tobillos son flotadores obesos.
—¿Qué es eso?
—Tobillos.
—La empanada gallega —dice sonriendo mientras acaricia mis músculos ahogados en retención de líquidos.
—No pares… no pares… —estiro los dedos acalambrados—. Es una empanada redonda, del tamaño de un plato, rellena de atún y cebolla.
—Tus pies son mucho más bonitos que el atún.
Las manos de Paul se mueven de forma tan magistral sobre el empeine, que me echo hacia atrás descartando explicar porqué la empanada gallega es mil veces mejor que mi pie amorcillado.
—No lo encontraremos nunca —digo desilusionada.
—Lo harás. Cuando algo se te mete entre ceja y ceja no existe fuerza que te detenga. Lo digo por experiencia.
—No te perseguía tanto —contesto ocultando el rostro tras un cojín.
—Te recuerdo esa vez que comenzaste a hablar de forma lenta y Blake y yo pensábamos que te había dado un ictus.
—Intentaba parecer sensual.
Soy incapaz de contener la risa. Ese día hice el papelón del siglo. Los consejos de *youtube.com/loveinyourhands* decían que tenía que hablar de forma pausada y con carraspera. Al

parecer eso los pone a mil. Yo solo conseguí que me llevaran al logopeda.
—Parecía que estabas al borde del infarto.
—Eran las herramientas para convertirte en mi presa.
La diversión convierte mis palabras en desenfadadas. Su mirada azul repasa de arriba abajo mi cuerpo desparramado.
—Tú eres la presa.
—¡De eso nada! —Me acomodo con mayor dignidad —. Tú me odiabas. No podías ni verme.
—Jamás te odié —contesta soltando mis pies.
—¿Entonces por qué me rechazabas? Tenía que hacer juego de malabares para poder verte. Nunca hablabas conmigo de forma directa. Era una mosca a la que querías alejar.
Su cuerpo se acerca rodeándome en un abrazo cálido. Siento como mis músculos se relajan flácidos con su contacto. El aroma de su cuerpo es el amor convertido en esencia de hombre.
—Eras una mariposa. Una que deseaba demasiado. Si de adolescente eras preciosa, de mujer eres admirable. Te convertías en algo precioso y no podía tener.
—¿Por qué? Sabías que tú eras el único para mí. Jamás sentí nada por ningún otro como lo que siento por ti.
Mis dedos juegan con el botón de su camisa. El aire serio de su rostro se intensifica hipnotizándome.
Desde el primer momento en el que lo vi la imagen de hombre fuerte e intenso pisoteó mis pensamientos de niña para convertirse en deseos de mujer. Me resulta imposible pensar en el amor sin ponerle su nariz o sus pecas gris suave que se le ponen en la nariz los días de sol intenso. Sus cabellos son fieros como los de un vikingo indomable. Gruesos y rebeldes. Cuando adolescente me resultaba inviable mirarlo a la cara sin sentir que el corazón se me escapaba por entre los dientes.
—Miedo.
—¿Tenías miedo? ¿de mí? Soy una cabeza más baja que tú y mis puñetazos no te harían cosquillas.
Arrodillado en la alfombra, estira los brazos sobre mis hombros.
—Tú posees todas las armas para herirme de forma mortal.
Mi nariz golpea con los botones de su camisa. Lo acaricio y empujo suavemente para mirarlo a la cara.
—Yo jamás te lastimaría.
—Queriendo, no.
Sus palabras me llevan al consejo de Matilda de hace unos días atrás: *Enséñale a hablar, los silencios esconden pesares.*
—Nunca hablas de tu familia. Sé muy poco de tu vida.
Paul quita su amarre de mi espalda. El frío de su ausencia me hace pensar que he cometido un terrible error.
—No tengo mucho que contar. Soy hijo único. O eso creo.
Esa respuesta aviva mi curiosidad.
—¿Tus padres viven en Baltimore?
—La última vez que supe de mi padre estaba emborrachándose en Ohio.
—¿Y tu madre?
—Murió de cáncer de pecho cuando estaba en el instituto. Desde los catorce años viví en la calle. Contenta con la investigación.
La rudeza de su respuesta es una lanza de hielo congelado. Acerco un cojín y me distancio

lentamente hacia la esquina más lejana.
—No quería ser chismosa.
La mano rasca su rostro varias veces seguidas antes de hablar.
—No lo eres —Se sienta junto a mí y estirando la mano me arrastra hacia él.
Feliz con el acercamiento acepto sentarme sobre sus rodillas. Escuchar el sonido de su palpitar bajo la palma de mi mano es la mejor sinfonía para una noche que comienza a oscurecer. Al otro lado del ventanal las luces de la bahía de Baltimore parpadean al encenderse.
—Mi padre no solía estar en casa. Era camionero de trayectos largos. Pasaba su vida en las carreteras, y cuando venía, contábamos las horas para que se fuera. Le gustaba la vida en libertad. Una mujer y un hijo eran un estorbo. Mi madre y yo nos la arreglábamos como podíamos. Incluso llegó a irnos bien. Cuando él no estaba hasta pasamos momentos felices. Un mes, nos dimos cuenta de que su retraso se prolongaba más de lo habitual. Y así, hasta que pasó el año completo sin ninguna noticia de su paradero.
—¿Tuvo un accidente?
—No tuvimos tanta suerte. Se marchó con una prostituta de la que se enamoró perdidamente.
—¿Los dejó solos?
—Siempre lo estábamos. Esa era nuestra bendición. Esa mujer nos liberó. Mi madre llegó a sentir alegría de no volver a tener que abrirle la puerta. Durante tres años fuimos totalmente felices. Ella era camarera a tiempo parcial, pero con su trabajo y mis trapicheos, hasta llegamos a festejar uno de mis cumpleaños. Todo era perfecto, o al menos eso creí, hasta que la vi caer en la cocina. La cogí en brazos y la llevé a un hospital. Después de horas confirmaron el diagnóstico. Era cáncer. Necesitaba tratamiento urgente y ella no tenía seguro médico. Mis padres no estaban casados y él jamás quiso pagar por su salud. Pedí dinero prestado y recorrí media Ohio hasta encontrarle. Estaba solo y borracho. La enamorada lo había dejado para volver con su chulo. Cuando le conté la situación de mi madre me cerró la puerta en las narices. Dijo que no era su problema. Ella falleció pocos días antes de cumplir yo los catorce.
—¿Viviste en la calle? Pero eres ingeniero. Cómo…
—Deambulé hasta que tuve edad para alistarme. Ellos me formaron.
—¿Por qué dejaste el ejército?
—Tenía que conocerte.
Sus labios chocan con los míos en un beso suave y profundo. Enrosco mis brazos en su cuello mientras me entrego a su dulce sabor.
Conocer su vida anterior, escuchar las puertas de sus temores abrirse hacia mí, me acercan aún más a él. El dedo áspero acaricia mi boca húmeda por su beso.
—¿Qué hubo entre tú y Anthony?
—¿Anthony? —Tardo unos segundos en volver al mundo real—. ¿El mejor amigo de Sofía?
—Él.
—Me cae bien. Somos amigos.
Su frente se aleja unos centímetros. No demasiados. Los necesarios para que sus pupilas demuestren su pena.
—Te vi besarlo.
Intento pensar en lo que me habla, aunque me resulta difícil con sus manos acariciando mi cintura.
—Besar a Anthony…
—El día de fin de año.
—Ah, eso. No fue un beso.

—Sé lo que vi.
—Fue un beso, pero no un beso. Anthony no siente el menor interés por mí. Fue una broma sin importancia.
—¿Y tu interés?
—Anthony es maravilloso y adorable. Cualquier chica se enamoraría de él. Pero no yo.
Paul sujeta mi cintura con fuerza. Sus manos son anclas que me sostienen sobre sus piernas.
—¿Y Raúl? ¿Con él también fue un beso sin importancia?
—Jamás he besado a Raúl —mi contestación rotunda ilumina su mirada —. Te burlas de mí…
Estoy por levantarme de sus piernas de lo más indignada cuando sus dedos me presionan con fuerza. Seguro me ha dejado marcas. La idea me gusta.
—No eres la única interesada en saberlo todo acerca del otro.
Acepto el golpe.
—Desde que llegué a Madrid no he salido con ningún chico.
Me confieso y me abstengo de contarle que sus continuas visitas a la ciudad me hacían imposible olvidarlo. Algunos secretos femeninos deben seguir siempre en el fondo de nuestros bolsos. Un lugar inaccesible y secreto para cualquier hombre.
Paul se mueve inquieto. Su mirada se pierde y regresa a mi rostro de forma atragantada.
—¿Qué pasa?
Se rasca el cuello. Es divertido como los gestos de los hombres se repiten. Mi hermano se pellizca de la misma forma cuando se encuentra nervioso o cuando…
—¿Qué quieres preguntar? Lánzalo. Prometo no enfadarme.
—¿Lo prometes?
—Palabra de girl scout.
—Tú no eras girl scout.
—¿He dicho lo mucho que le molesta a una chica que su… la conozca tanto?
Siento el ardor subir por mis mejillas e inundarlas. Apunto estuve de dar el paso en falso. Una semana con Paul no es el tiempo suficiente como para decir esa palabra que los hace huir despavorido.
—¿Novio? ¿Tu chico? ¿Pareja? —Sus manos abandonaron mi cintura para encerrar mis mofletes ardientes—. Dilo.
—¿Y darte vía libre para salir corriendo? Ni lo sueñes.
Estiro los labios como trucha bajo la presión de sus anchas manos.
—Dios…
En un movimiento intergaláctico paso de estar encima de sus piernas para quedar con la espalda tendida en el sofá. Sus besos acarician cosquilleando divertidos mi cuello sensible.
—Estoy perdido…
Las manos expertas abren mi blusa y se pierden lentamente recorriendo el camino de la clavícula. Los besos se detienen ante mi cuerpo que espera impaciente. Su mirada queda fija entre el hombro y el cuello. No se mueve. El dedo gira en movimientos continuos y repetitivos.
—¿Todo bien?
—La primera noche que estuvimos juntos…
—Hace diez días —completo intentando darle vidilla a la conversación. Mi cuerpo desea envolverse en sus besos y no en palabras.
—En una hora serán once días —levanta la frente dejando atrás mi anatomía —. Te pedí mi cartera. Allí tengo preservativos… para una urgencia.
—Si no los tienes es porque los habrás usado con otra. Si esa es la pregunta que tenías ya te he

contestado.
Pensar en Paul y sus urgencias consiguen ahogar el ardor que hasta hacía unos segundos me quemaba.
Desde que conozco el significado práctico de hacer el amor, pensar en sus manos disfrutando de otra piel que no sea la mía, me hunde en la tristeza. Giro la cabeza para no demostrar lo herida que me siento. Hablar de otras mujeres en el momento que me encuentro bajo su pecho y con la mitad de la camisa abierta, no resulta demasiado oportuno.
—Dijiste que tomabas pastillas, sin embargo, yo fui el primero.
—No entiendo a dónde quieres llegar.
—¿Por qué las tomabas? ¿Estabas pensando en tener sexo y por eso te estabas preparando? ¿Para quién lo hacías? ¿Lo conozco?
—¿Se puede saber qué te pasa?
Empujo mis piernas para que me permita levantarme. La posición me deja demasiado indefensa para la lucha. Y estoy con los puños atorados en la garganta.
Se mueve dejándome libertad. Salto del sofá como si un resorte me empujara el culo.
—¿Cuáles son tus dudas? ¿Se supone que necesitas un listado de chicos a los que he besado? ¿Quieres también que detalle a cuántos he visto en calzoncillos? Porque si es eso puedo...
—¡Calla!
Parece enfadado. Que se aguante. Acaba de ponerme furiosa y no voy a detenerme. De lo que estoy segura es de que yo no he sido la primera en pasar por su colchón.
—¿Con qué derecho intentas juzgarme? No te debo explicaciones de antes de estos cinco días y no sé cuantos minutos. Ninguna explicación. Hasta donde sé tú no eras ningún célibe.
—No. Me he acostado con muchas. Demasiadas. Ahora ven aquí.
¿Qué extraña estupidez puede pasar por la cabeza de un chico para reconocer que se ha acostado con todo lo que se menea y piense que eso nos excita?
Me alejo lo suficiente para que su mano no me alcance. Estoy furiosa y lastimada. Pensar en todas esas chicas que pasaron por su cama me hacen sentir la ingenua virgen con la que hizo el amor por caridad.
—Será mejor que te vayas. Estoy cansada. El día ha sido demasiado largo.
Camino hacia los ventanales escondiendo mi herida tras la imagen de los barcos aparcados en la bahía.
—No pienso irme. Te lo advertí. No vas a dejarme. No puedo permitirlo.
Su cuerpo me envuelve por la espalda llevándome hasta su pecho. No puedo rechazarlo. Lo que siento por él tampoco se acaba con un portazo.
—¿Por qué me hablas de ellas? No quiero saber nada. Duele mucho.
—Perdóname. Por favor… No quería hablar de mujeres. Más bien era todo lo contrario.
Me giro en mis propios pies enfrentándolo.
—¿Es por que era virgen? Imagino que te parecí algo aburrida, pero…
—Cariño… —sus dedos se posicionan sobre mi boca—me pareciste, y eres hermosa. Cuando me miras me enciendes como a un adolescente hormonado. No se te ocurra pensar que no disfruto de nuestros momentos juntos. Cuando te tengo delante tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no tumbarte y hacerte mía.
Su mano se aleja de mi boca y acaricia mi rostro.
—Cuando dijiste que tomabas pastillas no dejé de pensar en tu cuerpo preparándose para otro. Los celos imaginándote con él me enloquecieron. Imaginar a otro hombre encima de tu cuerpo y entrando en ti… Tienes toda la razón, soy un imbécil. No soy ningún santo, pero por favor,

nunca sientas celos de otras chicas. Antes de ti no existieron más que pasatiempos.
Su sinceridad me hace pensar en dar la vuelta al bolso y dejar caer el total de mis secretos. No puedo iniciar entregándome a medias. Paul es demasiado importante como para comenzar con tinieblas que enturbien lo que sentimos.
—La noche que Anthony me besó, fue por pena. Tú habías desaparecido con una morena y yo estaba… ya te imaginas. Cada vez que te veía con otras mis sueños sobre ti se alejaban diez pasos.
—Lo siento…
Sus dedos acarician el bordillo de mi lagrimal humedecido.
—Anthony sabía que estabas cerca. Quiso demostrar que era una chica deseable para otros chicos. Fue un beso cariñoso. Con respecto a los anticonceptivos…
—No tienes que explicarte. Soy un imbécil. Déjalo.
—Comencé pensando en Raúl, pero luego lo hice por John.
Mi sinceridad acaba de golpear la boca de su estómago. Siento el rugir de sus entrañas. Sus dos pasos hacia atrás me congelan junto a la ventana. La oscuridad de la noche y la luz de la única lámpara del salón se pierde tras su ancho cuerpo.
—¿El teniente Smith? Solo le has visto una vez. Esas flores no pudieron enamorarte tanto.
—Me ha llamado todos los días y hemos ido a cenar tres veces.
—Eso no es posible. Tú y yo hemos estado siempre juntos. ¿Sientes algo por él? ¿Tú y él habéis?
—¡No! Sabes que no —camino hacia el lado opuesto de la sala— las chicas no dejaban de darme consejos de conquista que morían en el intento. Tú no me dabas ninguna oportunidad. Ya no soportaba ver como te alejabas. Quería encontrar a alguien que me quisiera y me hiciera…
—Olvidarte de mí.
—Necesitaba sentirme deseada —seco las lágrimas molestas—. Sabía que no podía seguir esperándote. Por eso fui al ginecólogo y le pedí esas pastillas. No quería depender de la única precaución de un preservativo. Deseaba probar si era capaz de tener sexo sin amor.
Paul, a unos pasos de distancia, me observa con una mirada que no soy capaz de reconocer. ¿Me odia? ¿Me quiere? ¿Se quedará? ¿Se marchará?
—Te quiero desde que te vi. Jamás quise a otro.
Intento desesperadamente alcanzar su altura con la punta de mis pies y vernos a la cara.
—Será mejor que me vaya. Es tarde.
—¿No te quedas a dormir?
—Tengo que ducharme y cambiarme de ropa. Aún nos queda mucho trabajo por delante. Si quieres llegar a tiempo a esa boda no podemos retrasarnos —. un beso en mi mejilla—. Descansa
—¿Te espero para desayunar?
—Descansa.
Su contestación se repitió segundos antes de ver su espalda desaparecer por la puerta.

Paul

Las mismas estrellas que horas antes me parecieron esmeraldas de esperanza me aplastan quitándome el aire. ¿Cómo pude cometer semejante error?
Intento beber, pero el desgraciado del botellín está vacío. Extiendo el brazo sin mover el cuerpo del banco de madera frío y solitario. Algo se mueve entre mis dedos, lo espanto sin mirarlo, solo quiero otra cerveza.
La destapo y bebo un inmenso sorbo. Necesito ahogar los pensamientos. Encerrarlos en una tina de alcohol hasta que el pasado se desvanezca. La he arruinado… Lo sabía. Creo que siempre lo sube.
Pasé días intentando engañar la realidad que me atormentaba. Bebí, salí, mentí y subí al primer avión con el más estúpido de los pretextos. Quería verla. Ella siempre estuvo delante provocándome con su belleza pura. Era una ardillita molesta y divertida. Su belleza no es normal. Su voz es un canto de sirena adictiva. Perderme en su cuerpo es morir y volver a nacer en otra vida menor asquerosa. ¿Que si la quiero? Locamente. Desesperadamente. Estúpidamente.
—¿Hablándole a una botella?
William, el encargado del edificio, empujó el botellín vacío para sentarse. Bebo un gran sorbo sin contestar. El hombre me cae bien, pero no tanto como para soportar su compañía. Esta noche me conformo con soportarme a mí mismo.
—Es una buena compañera. Escucha y no contesta. Amarga y silenciosa hasta la última gota.
Se agacha y extrae de la caja una American Lager.
—¿Puedo?
No contesto. No quiero su compañía. Pero si he de tenerla al menos que sea en silencio.
—Fresca. Es lo bueno de beber en el parque a mitad de la noche. Se mantiene como recién salida del congelador.
El hombre estiró las piernas largas después de quitarse el gorro de lana dejando a la vista su cabeza negra y brillante.
—Sí señor, aquí se está muy bien.
Observo la bahía a lo lejos. El agua salada se ha convertido en un fondo negro y oscuro en el que la luz de las farolas rebota hasta perderse más allá del cielo.
Ambos nos quedamos en silencio. Mis visitas habituales a la casa de los Blakmoon lo han llevado a tratarme como un habitante más del edificio. Educado y agradable jamás pasó la línea del respeto distante. Espero que sigamos así.
—En primavera me gusta quedarme aquí sentado antes de subir al autobús —dice bebiendo un sorbo y estirando su cuerpo de dos metros con relajación.
—¿No es de aquí? —Pregunto sin interés.
—Oh no, mi mujer y yo vivimos en una casita en Grove Park. Tenemos un jardín con todo tipo de plantas. Y un perro. Le falta una oreja, aún así mi mujer dice que es el más bonito del vecindario. Qué puedo decir, se casó conmigo. Todo lo que tiene de ciega lo tiene de santa. Así son ellas.
—Así son —. Elevo la botella en señal de respeto hacia la señora y todas las mujeres del planeta.
—Es un barrio humilde. Allí somos trabajadores. No todos son delincuentes —. Asiento sin pensar en las desigualdades sociales, la pobreza y la delincuencia como hechos irremediables en la sociedad en la que nos encontramos. Estoy demasiado apenado como para razonar —. ¿Quiere que le cuente algo divertido?

La verdad es que no, pero William no oye mis pensamientos.
—Este trabajo lo conseguí gracias a su amigo. El señor Blakmoon escuchó atentamente mi desesperación. Por aquellos tiempos no tenía ni para comer. A él no le interesó ni mi barrio ni mi color. La señora Randall, ya la conoce, la del primer piso —lo miro negando—. Sí, la arpía de collar de perlas de tres vueltas —asiento como si saber quien es la señora Randall me importara —. Ella no quería saber nada de mí. Dijo que yo no era de fiar, sin embargo, su amigo me depositó su confianza. Y eso que ella lo amenazó.
—¿La señora Randall dice?
—Sí. Seguro que la vio más de una vez. Es la del perrito que dan ganas de patear apenas uno lo ve.
Asiento antes de beber. Ahora sí que sé quién es. El bicho es gritón y muerde los pantalones de todos los que tiene delante. Es tan guapo y repugnante como su dueña.
—El señor Blake dijo que él se haría cargo de cualquier daño que yo pudiera ocasionar. Sería algo así como mi seguro de buena conducta. Así fue como lo llamó. Siempre le estaré agradecido. Era un muchachito joven y recto. Por aquel tiempo tenía una barba de tres pelos.
Mi mirada se aleja hacia el movimiento del agua. Cuando conocí a Blake también tuve la sensación de hallarme delante de un hombre de larga experiencia. Su edad siempre resultó contraria a su grado de confianza.
—Y la señorita es un amor. Enamora con solo verla. Es de una belleza que no se compara. Es de las que tan lindas desde dentro se le escapa hacia afuera. Es deliciosa.
Alejo la vista del mar para encarar el total de mi furia en el portero.
—No lo digo con mala intención. No se ofenda. Ella podría ser mi hija —no me relajo. Yo también intentaba engañar mi atracción por Mariam con la frase mentirosa de como a una hermana —. Ella es vida. Al igual que esa muchacha española.
Una forma muy acertada de definirlas.
—Esos chicos se merecen lo mejor.
—Mariam no ha tenido tanta suerte en el amor como Blake.
—Los afortunados somos nosotros. Ellas siempre son nuestra vida.
—¿Aunque uno no la merezca?
—Eso es lo mejor. Luchar por lo que no se tiene lo hace dos veces más valioso.
—A veces es imposible luchar. El destino escrito no se puede cambiar. Y la vida entera no es suficiente.
—Lo que se busca se encuentra, lo que se lucha se transforma y lo que se abandona se pierde. No son las complejidades las que nos dominan sino el miedo ante la lucha.
—Existen guerras en las que la lucha no garantiza la victoria.
—Existen victorias que bien merecen los rasguños. ¿No cree?
William se levantó dejándome el botellín vacío y sabiendo perfectamente el nombre femenino de mi lucha.
—¿Y si le hago más daño del que ella pueda soportar? ¿Y si mi lucha la destruye?
—No la desprecie creyéndola un ser débil. Ellas son pura raza. Saben reconocer al hombre del que se han enamorado. Aunque no seas más que tontos estúpidos. Me voy con mi Alice.
—¡Y si se equivoca! —Chillo al gigante que se levanta el cuello del abrigo cubriéndose la nuca.
—¡Luche muchacho! La joven bien merece unas cuántas magulladuras.
William se marchó en la misma oscuridad nocturna por donde apareció.

—¿Paul?

Ella abre la puerta y el mundo desaparece. Mariam se lo ha comido de un bocado. Es rematadamente preciosa. Sus cabellos revueltos acrecientan ese corte de cabello rebelde que se hizo en Madrid resaltando sus ojitos esperanza. Su corazón está triste. Reconozco la melancolía en su mirada. La quiero hasta el tormento. Esta semana Mariam ha sido la vida perdida y encontrada.
—Soy idiota.
—Creí que dormirías en tu casa.
—El más idiota de todos.
—Agradezco la sinceridad.
Estira su camiseta de dormir. Está fría y distante.
—De todos los hombres que hubieras podido escoger soy tu peor elección.
—¿Esta es tu forma habitual de disculparte?
—Solo con las personas que me interesan.
—Y son muchas esas… mujeres.
—He dicho personas. Tú eres la única mujer que me interesa.
Estiro los brazos intentando capturarla. Soy un preso en busca de su cadena perpetua.
—Tus insinuaciones no me gustaron. No eres justo. Yo solo quería olvidarte. No puedes juzgarme. No tienes derecho. Tú me ignorabas y yo me sentía la peor de las chicas. Pensé que acostándome con otro podría olvidarte. Quería sentirme deseada.
Tiemblas entre mis brazos.
Llamarme idiota es tratarme con demasiada piedad.
—Lucharé. Te lo prometo. Solo te necesito a mi lado. Tienes que prometerlo. Tú eres la única fuerza que necesito.
—¿Luchar? ¿Guerras? Paul, ¿has bebido?
—No —contengo la carcajada. Te apartas. Estás confundida. ¿Cómo puedes ser tan rematadamente linda? —Solo un botellín de cerveza. Uno pequeño.
Frunces la mirada. Mi carcajada estalla como nunca en mis veintisiete años. Eres ingenua, graciosa, sensible y jodidamente preciosa. ¿Cómo no convertirte en la razón de mi vida?
—Te ríes de mí.
Te aferro por la cintura. Tu tiempo de deshacerte de mí es un tren perdido. Eres mía. Totalmente mía. Y si alguien quiere alejarte de mí…
—Lo intenté —me sincero—. Compré media docena de botellines de cerveza y me senté en el parque justo a la entrada. William me las robó todas.
—¿William? ¿el encargado? Eso no es verdad. Él no es un ladrón.
Te retuerces en mi agarre y te sostengo con mayor fuerza. Tú, ya no te me escapas.
—¿Cuándo llegue el momento me defenderás con la misma intensidad? —Muerdo con ternura tu delicada oreja. Sabes a sal, fruta fresca y vida.
—A ti no. Eres un sin vergüenza.
Tú diversión te delata. Estás jugando conmigo. Estoy perdonado. Te sujeto con mayor fuerza.
—¡No me dejas respirar!
Te giro para ver tus ojos de pradera fresca. Cuando los miro la paz me alcanza.
—Se llevó el pack porque a su Alice le encantan y porque yo debía regresar.
—¿William dijo que debías regresar a mi casa?
—No, él me dijo que no sea cobarde. Lo de regresar y hacerte el amor es de mi propia cosecha.
—Te odio…
Tus resistencias caen. Tus pechos se endurecen. Tu corazón vuelve a amarme y yo siento que la

vida es bella si tú estás conmigo.
—Te quiero.
Tus ojos se hipnotizaron los segundos eternos antes de brillar emocionados.
—Paul…
—Te quiero. Te amo. Te necesito…
Comienzas a levantarte la camiseta de forma insinuante y mi patada cerró la puerta de forma terriblemente brusca. No pienso disculparme. Este espectáculo es mío. Solo mío.

Te tengo

Paul duerme como un tronco caído. No soy capaz de dejar de mirarle. El cabello revuelto junto a los brazos desparramados son la imagen menos erótica y más atractiva que he visto nunca. El pecho le sube y baja al ritmo del descanso profundo.

Por un momento pensé que no volvería. Anoche al verlo partir sentí como si el delicado hilo rojo que comenzamos a trenzar juntos se hubiera roto para siempre. Al acercarme a la puerta sentí que la sangre regresaba a mis venas.

Durante toda la noche me besó repitiendo lo mucho que me quería. La pasión desatada en él fue una mezcla de ternura y locura desesperante. Sentimientos, caricias y desenfreno. Nunca hubiera podido imaginar que una entrega pudiese ser tan salvaje y amorosa a la vez. Anoche Paul me hizo cosas que ni los libros podrían detallarlo con tanta precisión.

Acaricio uno de los moratones visibles en la parte interna del muslo. Me siento magullada y radiante. Anoche me he sentido una chica deseada de pies a cabeza. Y no lo digo porque las veces anteriores fueran malas, pero anoche ascendí al espacio sideral.

—Te hice daño —su mano adormilada se mueve hacia mi cadera acariciando por encima de la pierna.

—Estoy perfectamente bien.

Recta hasta alcanzar mi cintura y tumbar parte del torso sobre mis senos.

—Entonces abre las piernas. Aún me quedan un par de cosas por enseñarte.

Sus labios mordisqueando mi cuello me provocan una carcajada nerviosa.

—¡No! ¡Por favor!

Se incorpora sobre los codos para clavarme esa mirada azul cielo que me derrite.

—Dime la verdad, ¿te hice daño? Solo recuerdo que necesitaba estar dentro de ti. No soportaba un segundo sin tocarte.

Acaricio su rostro y la llave en la pulsera se engancha en su cabello. Mueve la cabeza y se libera sin esfuerzo.

—¿Por qué la llevas siempre? A veces creo que la usas para martirizarme.

Se acaricia el cuero cabelludo. Sonrío sin contestar. Es una historia demasiado tonta como para contarla en voz alta. Se lo prometí a las chicas y no quiero faltar a mi palabra. Ellas me han dado su amistad incondicional y yo solo la promesa de llevar esta baratija de la Madam tarotista.

—No seas exagerado —. Lo beso haciéndole olvidar la llave de plata de mi muñeca.

Observas mi morado junto al hombro —. Estoy bien. Estuviste diferente, pero igual de tierno.

—¿Esto es ternura? — Dice apenado acariciando un pequeño morado junto al hombro.

—Yo tampoco estuve muy civilizada —señalo un pequeño arañón en su pecho.

Paul se caricia al verla.

—Mira lo que me has hecho. ¿Cómo puedes ser tan salvaje? Tendré que vengarme.

Su cuerpo se posiciona sobre el mío mientras la rodilla presiona buscando abrir mis piernas. La carcajada apenas me permite hablar.

—¡Serás canalla!

—Agresiones verbales suman doble.

No terminé de soportar el segundo maravilloso mordisco en el cuello cuando el móvil comienza a sonar.

—Que llame más tarde…

Haciendo contorsionismo me escabullo por debajo del ancho brazo.

—Es el teniente Smith —digo mirando la pantalla.

El beso de Paul se quedó flotando en el aire.
—¿Qué quiere?
—Es un audio
El rostro de Paul se trasformó al oír su nombre. Sus besos ya no me buscan. Se ha sentado a mi lado.
—¿No vas a escucharlo?
—Sí.
Doy a la tecla con el corazón en un puño. No tengo nada que esconder. O, tal vez, puede que solo un poquito.
Hola preciosa, debes estar dormida. Quería invitarte a una presentación tecnológica que podría interesarte. Allí se reunirán los proveedores más prestigiosos del país. Sería un buen momento para extender relaciones comerciales y conseguir esa entrevista complicada con Yan. Además, creo que deberíamos hablar sobre…
Voy a darle al botón de cortar cuando la voz grave de Paul detiene mi mano.
—Déjalo.
lo que pasó entre nosotros. Llámame. Quiero verte.
El silencio frío de los grillos imaginarios flota entre nosotros. Paul, totalmente desnudo, recogió sus calzoncillos de encima de la silla. Se los pone lentamente. El resto de la ropa siguió el mismo letargo.
—Fue la última vez que lo vi —escupo con rapidez—. Al despedirme, y antes de que pudiera darme cuenta, él me estaba besando. No tuvo importancia.
Paul, que se encontraba sentado en la cama poniéndose las zapatillas, se quedó unos segundos inmovilizados. Luego continuó con el lento proceso de búsqueda de la camisa. Su actitud me hace sentir culpable.
—Yo no lo busqué. Él no me interesa. ¡Fue solo un beso!
Paul se giró por primera vez. La tensión de su rostro hizo que me echara hacia atrás. Los pómulos rígidos se parecen a los de un lobo a punto de atacar.
—Deberías ir a esa cita. Es una oportunidad importante. Necesitamos ver a Yan.
Paul se aleja y salto de la cama poniéndome la camiseta a saltos.
—Iré solo si tú me acompañas.
Con el temor en la garganta me relajo al verlo girar hacia la cocina. Por un momento creí que se iría. La cafetera comenzó a sonar y sus pasos giraron hacia las tazas.
—No tiene sentido que te acompañe. Es a ti a quien quiere —dice sentándose junto a la cafetera.
—Y yo te quiero a ti.
Me siento sobre sus piernas con temor a ser propulsada por los aires. La mano ancha sujeta mi cintura para que no me caiga. Consigo relajarme. Al menos lo suficiente como para poder explicarme —. Fue una tontería. Lo juro. Un beso tonto.
—Querías acostarte con él.
—Quería dejar de sufrir por mi imposible. Siempre has sido el único. Lo sabes. Eso fue antes de que tú y yo nos acostáramos.
—Tú y yo no nos acostamos. Nosotros hacemos el amor. No quiero que él nos separe.
—¿John? Eso es imposible.
La cafetera comenzó a sonar y Paul me puso suavemente de pie para poder servir las tazas. Pensar en que alguien pueda romper lo que siento es tan tonto como irreal.
—Tienes que ir.
—Pero…

—Iré contigo. Llámale y dile que lo verás allí.
—¿Allí dónde?
—Lo averiguaré ahora mismo.
El sonido de un móvil comienza a revotar por las paredes de forma insistente.
—Ya voy yo —digo cuando veo que se toca los bolsillos vacíos.
Corro hacia la sala en busca de su móvil. Lo sujeto curiosa al ver en la pantalla diez llamadas perdidas de ¿Sarah?
—Te ha llamado una tal Sarah. Parece urgente. Tienes diez mensajes.
Se lo entrego y lo guarda en el bolsillo sin mirar.
—¿No vas a llamar para ver qué le pasa?
—Puede esperar —dice poniendo pan en la tostadora.
—¿Y puedo saber quién es? ¿Debo preocuparme? —Mi voz mimosa lo abraza.
—Es por un tema que tengo que resolver. Y no, no hay razón para preocuparse.
Su cuerpo gira sobre mis brazos para encontrarme de frente y besarme en los labios.
—¿Y yo? ¿Debo preocuparme por John?
—No. Rotundamente no. Absoluta y definitivamente no.
Nuestras bocas se enfrentan y combaten en un beso tan intenso que el café ardiente y aromático se convirtió en agua olvidada.
—Cariño, tengo que pedirte un favor. Mejor dicho, que sean dos. El primero, no hables con el teniente de mi relación contigo. No quiero que piense que estamos mezclando intereses y no trabajamos de forma seria.
—No diré nada. Blake ha confiado en nosotros. No voy a defraudarle. ¿Y el segundo favor?
—Que tampoco se lo digas a tu hermano.
Mi rostro demuestra más pena de la que desearía.
—Terminemos con este trabajo y regresemos a Madrid lo más pronto posible. Me gustaría ser yo quien se lo contase. Tu hermano es mi mejor amigo.
El oxígeno recarga nuevamente mis pulmones desesperanzados. ¿Cómo pude ser tan tonta de pensar que quería ocultarme? El aire fresco calma mi inicio de infarto.
—No hablaré ni bajo el agua. Lo prometo. Ni con pena de tortura. Ni con cientos de ataques de cosquillas. Ni con…Jajajaja. ¡Basta!
Me retuerzo entre sus dedos. Soy la chica más feliz del planeta Tierra y sus alrededores.
—Ven aquí —los brazos largos me arrastran hacia sus labios que me esperaban sonrientes.
Adoro verlo sonreír. Su sonido grave son campanas de alegría, y qué otra cosa sería el amor sino una canción a la alegría.

La prueba

En la puerta del Fours Season Hotel me recibe un joven vestido de militar al que muy amablemente doy las gracias por ayudarme a bajar del taxi. Al escuchar mi nombre al llamarme lo acompaño hacia el interior. La sala se encuentra repleta. Gente vestida con sus mejores galas conversan animadamente mientras camino con la espalda recta luciendo un vestido de tul azul claro de varias capas. Suspiro agradeciendo a la buena de Laura que lo puso en mi maleta por si, como ella dice, me atacara un imprevisto. Con retazos que se alargan hasta el suelo en la parte trasera es uno de sus diseños más sexys y bonitos que he lucido nunca. Esta es la primera vez que me encuentro en un evento como tan glamuroso. Mis salidas se limitaban a esencia de Paul. Salir a un bar y esperar que apareciera Paul. Estudiar y mirar a Paul. Salir con amigas e investigar por donde se movería Paul. Cenar con mi hermano y esperar la llegada de Paul. Podría decir que esta es la primera gran fiesta en donde mi vestido de princesa es más importante que el encuentro con Paul.

—Allí está el teniente —dice el joven uniformado.

Contesto con una sonrisa en los labios y el pobre muchacho se tropezó al verme. Este vestido es maravilloso. Con un gesto serio y sosteniendo la gorra bajo el brazo John espera mi llegada.

—Debería haber ido a por ti —dice envolviendo mis manos con las suyas —. Permíteme que diga que estás preciosa.

Intento sonreír sin que se me noten los nervios. Nunca me acostumbraré a los halagos. Algunos creen que por tener cabellos rubios y ojos verdes soy una chica guapa, pero se equivocan. Si así fuera no habría tardado siglos en conseguir la atención de Paul.

—El taxista me trajo perfectamente —contesto con humor mientras acepto que me presenten al señor Carrington, gerente general de la compañía más importante de las comunicaciones en los Estados Unidos.

—Te presento al señor…

—Dallas Carrington, es un placer conocerlo —el hombre de cabellos blancos se sintió halagado ante mi reconocimiento.

—Veo que conoce el mundo empresarial —dice extendiéndome la mano.

—La señorita Blakmoon es socia en la Agencia de Telecomunicaciones y colaboradora en la empresa de su hermano con la creación de los drones C2, C3 y C4 —John agrega estirando pecho.

—Blakmoon. Algo que ver con ¿Blake Blakmoon?

—Es mi hermano.

—Conozco a ese joven. Es un genio de la ingeniería. Digno sucesor de su padre.

—¿Conoció a mi padre?

—Por supuesto que lo conocí. Incluso tuve el honor de trabajar con él.

El señor Carrington comenzó a contar experiencias pasadas que consiguieron envolverme en un aura etérea.

En el momento del accidente yo era muy pequeña. Solo recuerdo ir caminando de la mano de Blake por un pasillo largo y muy blanco. Él lloraba. Me dijo que estaríamos bien y que él siempre cuidaría de mí. Los recuerdos que conservo de mis padres antes de su fatídico accidente son retazos que apreso con ganchos de la ropa para que no se me escapen. Imágenes perdidas que no estoy segura de si he vivido o conservo porque Blake me las ha contado.

John me acerca una copa de champagne que agradezco sin apenas mirarle. El señor Carrington me tiene totalmente embrujada. Escuchar de sus labios una anécdota de cuando mi padre hizo

saltar por los aires una cafetera me hace derramar una pequeña lágrima.
—La estoy entristeciendo. Lo siento mucho. No era mi intención.
—No, por favor, siga.
—Los buenos hombres como tu padre no deberían irse nunca.
El teniente John se sumó a la conversación con respecto a compañeros perdidos y eso consiguió romper mi momento especial.
De forma disimulada miro a los presentes buscando en la sala la presencia de Paul. Prometió que en cuanto llegara a su casa, se cambiara de ropa y estaría aquí. El teniente espera mi contestación. Esa que debería responder si no estuviera buscando de forma desesperada a Paul.
—¿Cómo dices?
—Digo que allí se encuentra el señor Yan.
John me separa a un lado para enfocarlo con un movimiento de cabeza. Los tacones me permiten mirar por encima de las cabezas y conseguir distinguirlo.
—Por fin lo encuentro. Estos días han sido una pesadilla.
—Suele ser muy esquivo. Creo que forma parte de su cultura. Podría presentártelo, pero creo que sería mejor que te acercaras sola. No pueden verme con él o comprometería nuestro proyecto. Un representante del ejército reuniéndose con un personaje controvertido del gobierno chino perjudicaría inmensamente nuestra posición.
Mientras escuchaba sus explicaciones la luz comenzó a iluminarse en mi corazón. En la distancia la cabeza de Paul se mueve buscándome. Mi sonrisa enamorada parece haberlo llamado. Sus ojos chocan con los míos. No alcanzo a andar dos pasos cuando una mujer de traje negro y cabellera espesa como la noche lo detiene. Ambos hablan mientras yo no puedo dejar de sentir un golpe de celos en el corazón. Lleva un traje oscuro con una camisa blanca, algo que no destacaría demasiado en cualquier chico, pero que, en él, con esa cabellera rubia indómita, hace que las chicas sonreían con picardía al mirarlo. Ha dejado de buscarme, su concentración se enfoca en la morena que no deja de mover los labios de forma sensual.
—... aunque estoy seguro de que podrás con el señor Yan.
—Sí —contesto a John intuyendo que habla del comprador chino.
—Estarás sola, pero yo estaré cerca.
—No está sola —el teniente se giró para encontrarse cara a cara con Paul.
Blake me dijo que Paul había pertenecido al cuerpo de inteligencia del ejército. Antes de hoy nunca le presté demasiado atención a ese detalle, pero ahora que lo veo junto a un teniente de verdad, compruebo que ambos tienen mucho más en común que lo que los separa. Ambos poseen el rigor en las mejillas y la confianza fría dibujada de la mirada. Esa lejanía inquietante que los convierte en fruto prohibido deseoso de ser conquistado.
—No recuerdo haberte invitado.
—No fue necesario. La reunión con Yan es mi misión y haré por ella lo que haga falta.
Ambos se retan con la mirada.
—Hernández, eres Paul Hernández. ¿Como tu madre?
La pregunta me descoloca. No la comprendo.
—Hernández es de origen latino, desconoces las costumbres asiáticas. Hablar español no es un requisito para este acuerdo.
La mandíbula de Paul se aprieta con tanta fuerza que los músculos de las mejillas marcadas bajo la piel son papel de lija arrugado.
Mi indignación no es menor. Hacer alusión al apellido de Paul como ataque racista es algo que no pienso permitir.

—Paul es un valor terriblemente importante para nuestra empresa. Conoce los términos comerciales mejor que ninguno. Y sí, sus raíces son latinas, por lo que lo convierten en, además de un conversador en español excelente, una persona de valores íntegros. Yo misma llevo más de un año viviendo en Madrid y tengo que decir que es gente maravillosa. Por no decir que mi futura cuñada es una preciosa española de corazón infinito.
—Tu defensa es digna de ti. Eres una mujer inteligente y preciosa. Debo disculparme por no estar a la altura.
La morena de traje negro y melena ondulada como el viento se acercó de forma directa hacia nosotros.
—Me han dicho que eres Mariam Blakmoon —dice antes de ponerse a hablar con Paul y John.
La preciosa morena de tacones agujas me da la espalda y no me permite oír nada de lo que los hombres están diciendo.
—Perdona, ¿eres Sarah? —Toco su espalda con el dedo.
—¿Sarah? No, no lo soy. Perdón, soy una mal educada. Mi nombre es Linda. Formo parte del Staff del ministerio de interior y participo en la compra de vuestros drones.
Su madre supo ponerle bien el nombre. Linda es una preciosa morena de ojos rasgados. Es el tipo de chicas con las que Paul solía enredarse. ¿Qué estarían hablando? ¿Habrán tenido algo en el pasado? La muchacha es exquisita y Paul demasiado atractivo para no conquistarla.
¡No! Tengo que dejar de pensar en otras mujeres en su cama o voy a volverme loca. Si quiero que lo nuestro funcione debo confiar en sus sentimientos. Él quiere contárselo a Blake. ¿Qué tonto embaucaría en una mentira sentimental a la hermana de su mejor amigo?
Ambos dejaron de hablar al mismo momento que la morena dejó de comentar la maravillosa decoración floral de la sala, y sin permitirme escuchar nada de nada acerca de la conversación de los hombres.
—¿Vamos? —La mano de Paul busca mi cintura.
—Después tenemos que hablar. Entre nosotros queda algo pendiente.
—El contrato estará cerrado cuando consigamos la alianza con la empresa del señor Yan —. Contesto a John.
—No me refiero a ese pendiente —la sonrisa burlona del teniente consigue ponerme nerviosa. Sus palabras son demasiado explícitas. Siento como los músculos de los brazos de Paul se tensan sobre mi espalda. No puedo permitir que se peleen, si lo hacen todo será un absoluto desastre.
—Te llamaré, lo prometo. Ahora si nos permites, debo intentar cumplir el objetivo que me trajo hasta aquí.
Sujeto la mano de Paul para arrastrarlo conmigo. Cosa que no es nada fácil en un hombre de más de metro ochenta que no desea moverse.
—No soy un chiquillo, no necesitas empujarme.
Prefiero callar y no contestar. Su carácter se encuentra demasiado alterado y yo soy la persona que se encuentra más cercana.
—Señor Yan, menuda casualidad encontrarle aquí.
El hombre de cuerpo estrecho y altura recortada me observa buscando en el baúl de su memoria algo que le indique quién soy. Sus gestos delatan que lo ha encontrado vacío.
—Mi nombre es Mariam Blakmoon, estuve varias veces en su despacho, con poca fortuna —los ojos rasgados se fruncieron molestos—por mi culpa, por supuesto. Lo importante es que ahora que lo tengo delante podemos concretar una reunión más fructífera. El proyecto de compra de drones bien merece una conversación extensa.
—Drones usados. Lo recuerdo. No me interesan.

El hombre estaba por irse cuando la voz grave de Paul lo detiene.
—¿Y si esos drones fueran propiedad del ejército americano que desea revenderlos por medio de la empresa de Blakmoon? En el pasado usted nos compró unas cuantas unidades. Estaríamos encantados de ofrecerle una cantidad muy superior a la anterior. Y a precios más que interesantes. Por supuesto.
—¿Son unidades descartadas por el ejército?
—Cien por ciento.
—¿Cuántas unidades?
—Superan las cinco mil.
—Venga mañana a las diez —estrecha la mano de Paul y está por marcharse cuando se gira de medio lado —si usted quiere puede venir también.
Si no fuera porque estoy sumamente feliz le arrojaba el zapato como catana voladora.
—Menudo machista repugnante.
—No le hagas caso. No lo merece.
—Si no fuese por ti…
—Por eso trabajo con los hermanos Blakmoon. Hijo de una latina que habla español y que sabe comerciar como nadie, no podía encontrarme entre mejores jefes.
—No fue así, mis palabras exactas fueron que sus raíces latinas te convierten, además de un conversador en español excelente, una persona de valores íntegros —contesto con la sonrisa que me duele en el rostro de tanta felicidad.
—Vamos a casa valores íntegros. Necesito zambullirme en tu integridad.
—Pero si están por poner música…
—Haré que te muevas con ritmo. Te lo prometo.
La mano de Paul sujetó posesivamente la mía antes de llevarme rumbo a mi casa.

Caminando en la felicidad

Los farolillos de la noche temprana resplandecen en Inner Harbor. El frío del duro invierno comienza a dejar paso a las noches que, aunque menos intensas, poseen la temperatura perfecta para refugiarme en sus brazos. Paul me abraza por encima de mis hombros cubriéndome de los vientos del exterior. El calor de su cuerpo es el refugio de mis miedos.

En el internado, la soledad, alimentó el total de inseguridades que existen anudadas en este mundo y que yo nunca fui capaz de deshacer. Cuando las niñas se preguntaban que vestido ponerse yo me preguntaba porqué no tenía una madre a la que consultar mis desgracias. Crecí, con todos los cuidados y con todas las necesidades. Puede parecer una paradoja alocada de mi cabeza, pero no lo es. Mis sentimientos se encontraban en cortocircuito entre lo que tenía y lo que deseaba tener. Mis anhelos eran conexiones interrumpidas por, cuatro paredes y muchos barrotes, que se abrían solo un par de horas por fin de semana.

Camino sobre la hierba descubriendo lo mullido que resultan los pasos de una enamorada. Su brazo derecho me protege mientras el mano izquierdo mueve mis tacones al andar. Observo en mis pies las zapatillas de colores que me compró en un puesto de mercadillo y muero de la vergüenza. Son indescriptiblemente feas, pero terriblemente cómodas. Gracias a ellas paseamos por el parque con las tripas repletas de pastel de cangrejo y la sonrisa en el rostro. Nunca una cena de un puesto ambulante me supo tan deliciosa.

En todos los años en que llevo persiguiéndole de cerca, jamás he visto a Paul tan parlanchín. Es como si el peso de los años deseara desempolvarse ya abrirse a la compañía. Su felicidad es embriagante. Me gustaría que siempre fuese así. Ser esa luz que busca cuando la neblina lo pierde. Ser esa chica a la que han abierto la jaula porque él la estaba esperando.

—Justo aquí.

—¿Fell's Points?

El abrazo de Paul me suelta. Delante se nos presenta la entrada de un local con puertas de madera estrechas y paredes de ladrillo enrojecido.

—¿Quieres entrar? Yo no puedo —señalo mis zapatillas cubiertas de felpa rosa por todas sus esquinas. La sonrisa divertida de Paul al ver como en un rincón vuelvo a calzarme mis tacones me contagia.

—Ahora sí. Estoy lista.

Entro dignamente y haciendo bailar mi abrigo al compás de mis pasos sexys. La oscuridad del lugar me detiene. El decorado es algo que no se podía apreciar desde la pequeña puerta de entrada. Mis ojos se abren y cierran acostumbrándose a la escasez de luz.

El fuego de la chimenea central es la única gran fuente de energía. La madera ardiendo es agradable y de aroma hogareño. Me quito el abrigo dejando que mi piel disfrute de la sensación del calor. Las mesas se mezclan con sofás de cuero de ala ancha. De esos de los que al sentarse el cuerpo se pierde dentro. El fulgor de los candelabros se entremezcla con el aroma a café recién molido y leño ardiente.

—Por aquí.

Un camarero nos guía hacia una esquina apartada.

—Gracias Adam.

—¿Lo de siempre?

—Sí. Con dos cucharas. A ella le gusta la nata. Hazme quedar bien. Su opinión será decisiva para que volvamos —dice guiñándole un ojo.

—Olivia prepara la mejor crema casera. Le pediré que ponga doble ración. Estoy seguro de que

contaremos con su deliciosa aprobación —contestó mirándome con complicidad.
—¿Se puede saber que he pedido? —Pregunto al ver al camarero desaparecer.
—No seas impaciente.
Su cuerpo se estira regalándome un beso rápido. Nuestros sillones se encuentran uno junto al otro. Es una cercanía razonable, sin embargo, disfruto con su esfuerzo al verle arrastrar las patas sobre los anchos listones de madera para pegar totalmente su sillón al mío.
La mano de Paul se apoya sobre mi rodilla al hablar. La sensación me llena de orgullo egoísta. Sí, este hombre es mío. Y me quiere a mí. ¡A mí!
—Parece que te conocen —digo al ver a la camarera sacudir la mano en alto desde la distancia.
—Me gusta venir cuando las cosas no salen como planeo.
—Divertida forma de describir una bonita noche.
Ambos estábamos sonriendo jocosos cuando el camarero se acercó cargando dos copas de vino blanco y una porción de budín de ciruelas cubierto con nata casera.
—Las bebidas. Y dos cucharadas —dice apoyándolas sobre la mesilla de patas cortas—. Y si la señorita desea deshacerse de este crápula no tiene más que mover la mano y yo mismo me encargaré de echarle a patadas para que pueda huir.
—¿Qué te hace pensar que ha sido raptada?
La carcajada contenida de Paul provoca una contestación graciosamente formal en el camarero.
—Es deliciosamente bella. No existe explicación para que esté contigo —dice sonriéndome antes de marcharse.
Mi mirada de desconcierto provoca más diversión en el rostro entusiasmado de Paul.
—Fuimos al mismo colegio en Ohio —explica—. La casualidad hizo que nos encontrásemos en Baltimore. Los primeros años de vivir aquí compartimos apartamento, luego montó la cafetería. Ahora vive felizmente con su chica.
Paul señala con la vista a la graciosa joven que bambolea las caderas llevando dos botellines de cerveza a una pareja.
—Ahora prueba esto —el tenedor cargado de tarta se acerca lentamente a mis labios. Abro la boca para comenzar a degustar el mejor pudín de ciruela de toda Baltimore —. Es delicioso.
El dedo áspero acaricia la comisura de mi piel segundos antes de acercarse.
—Tú sí que eres deliciosa.
El beso suave se apoyó en mis labios saboreando el último vestigio de fruta y nata. Abro los labios aceptando la caricia de su lengua. La mano firme se posó en mi mejilla junto a un beso infinito.
—Voy a ordenar a Olivia que no le ponga más canela. Es demasiado afrodisíaca —el camarero habla tras nuestras cabezas.
El comentario hizo que me pusiera roja y me echara rápidamente hacia atrás. Paul se mueve con mayor lentitud. No parece sentirse apenado en lo más mínimo.
—No necesita canela para besarme.
—Eso lo dices tú —el divertido camarero contesta apoyando unas servilletas de papel en la mesilla, sin el menor remordimiento por entrometerse en la conversación.
—Me quiere, y yo la quiero.
Adam, el camarero y amigo, tardó unos segundos antes de golpearle el hombro con entusiasmo. Por un momento sentí como si el corazón se encontrase en mis manos. La declaración de amor de Paul en voz alta frente a su amigo me dejó mareada.
—Lo mereces amigo. Y aunque estoy seguro de que tú podrías encontrar un idiota mejor que este, también te felicito.

Adam me dio un fuerte beso en las mejillas antes de marcharse sonriendo. Al acercarse a la camarera se le puso a hablar al oído. Noto como mientras escucha no deja de mirarme. Cuando él terminó de hablar, ella me alzó el pulgar en señal de buena suerte.
—Parece que les has caído bien. Olivia no acepta a cualquiera.
—¿Por eso vinimos? ¿Querías que los conociera?
—Lo único que pensé es que ese salón me estaba ahogando. Te quería solo para mí.
—Era un sitio agradable y el champagne de primera. Si John no nos hubiera invitado, ahora nos encontraríamos acampados en la puerta del despacho del señor Yan, esperando a que se dignase a atendernos.
—¿Pensando en el teniente? —Dijo sentándose con el cuerpo apoyado en el respaldo y alejando la mano de mi rodilla.
—Pero no por lo que tú piensas.
—Yo no pienso nada.
Me siento demasiado encantada de ver los reflejos de la chimenea chispeando alrededor de sus cabellos rebeldes.
—Fue muy amable y yo salí del salón sin despedirme. Mañana lo llamaré para disculparme.
—Tú no le debes ningún perdón. Él está haciendo su trabajo. Nos necesita y por eso su gentileza. Firmaremos el maldito contrato y desaparecerá de nuestras vidas.
—Lo dices como si se tratase de una película de espías. Me presentó a Yan porque nos conviene a todos. La empresa que has montado con mi hermano es una de las mejores y John lo sabe.
—Yo no la he creado. El negocio es todo propiedad de Blake. Y no lo llames John.
—Tú has estado a su lado. Tú lo has ayudado. Él me lo ha dicho muchas veces. Y John es su nombre.
—No te ilusiones. Soy más normal de lo que crees. Y me importa un cuerno como se llame.
—Eres el chico que yo quiero y eso es todo lo que necesito para ser feliz. Tu nombre es el más bonito del mundo.
Estiro el cuerpo para besar sus labios de forma discreta.
—Ven —su mano tira de mi muñeca llevándome hacia sus rodillas.
—Estamos en un lugar público —digo encantada de estar sobre sus piernas.
—Me gusta tenerte así. Me hace sentir que solo existimos nosotros —. Sus dedos desenredan mis cabellos—. No sé cómo lo has hecho, pero he perdido.
—¿Quererme es perder?
—Te quiero hace demasiado tiempo. Mi derrota no es esa. Tu victoria es haber conseguido que dejara de vivir mi amarga realidad.
—¿Y cuál es esa realidad? ¿La de una chica enamorada del mejor de los chicos? Sé que piensas que mi juventud me convierte en una inestable sentimental, pero te juro que no es así, yo te quiero y nada va a separarnos. Confía en mí.
—No sabes cuánto me gustaría creerte.
—El mundo y sus desgracias no podrá contra lo que sentimos.
—El mundo puede con todo. Es capaz de marearnos y confundir al más sincero de los sentimientos, solo espero que, al encontrarnos, recuerdes lo mucho que siempre te quise.
—Yo no voy a separarme de ti.
Los labios de Paul chocan con mi boca. Lo acepto y lo abrazo por el cuello. Las dudas no tienen ningún sentido. Sus experiencias pasadas con un padre frío lo hace ver peligros inexistentes. Él cree que sus veintisiete años lo convierten en un hombre maduro con sentimientos más sólidos que los míos. Se equivoca. El amor conquista corazones de todas las edades.

—Un beso más y te hago el amor aquí mismo. Vayámonos a casa. Quiere tenerte en mis brazos.
—Ya me tienes en tus brazos.
—Te quiero sin ropa. Con tus labios enrojecidos por mis besos y tu cuerpo desnudo agotado bajo mi cuerpo. ¿Soy más explícito?
Me pongo en pie y acepto su mano rumbo hacia la puerta.
—Tranquilo, puedes irte sin pagar. Estoy acostumbrado.
—Te lo cobras de todo lo que me debes.
—Soy un emprendedor —Adam me guiñó un ojo antes de acercarse para darme un beso de despedida y decirme al oído —. Quiérelo mucho. Se lo merece.

Paul

No puedo dejar de mirarte. Entre las mil y una noche en la que alguna vez pude perderme, tú eres la más cálida y estrellada. Eres de las estrellas más parpadeante la más estridente. Llevas la luz de la inocencia en tus actos. Temo tocarte. Yo soy el más puñetero, perro mentiroso de todos los hombres. Nunca debiste fijarte en mí. Jamás debí acariciar tu piel. Eres droga fresca que enloquece mis decisiones. Ahora, ya no puedo dejarte. Y no permitiré que me dejes… Mis cicatrices resecas no podrían soportar otro desangre.

El verde de tus ojos, el aroma de tu cuerpo, el silencio de tu sinceridad, son tonterías superficiales que no rasguñan la primera capa de tu maravilloso interior. Dios… como pudiste poner un ser tan puro en manos de un bastardo como yo. Mis uñas cargan barro asqueroso de tantos años que ya ni lo recuerdo. La calle fue mi refugio y la basura mi compañía. No tuve padre y mi madre se marchó antes de enseñarme a ser un buen hombre. Soy un idiota que intentando hacer el bien se equivoca más de lo que miente.

¿En qué momento llegué a creer que podría resistirme a tu conquista tierna? ¿Cómo no imaginar que tu rostro bello sería la primera pedrada hacia mi muralla de triple capa?

No pasa un segundo sin que la tormenta de tu posible pérdida me enloquezca. ¿Por qué el destino me daría algo que puede quitarme? No duermo con tal de no imaginar un despertar sin ti. Tú, sin embargo, descansas en la misma inocencia con la que vives y en la que amas. Te entregas por entero. No te reservas para un después. Me amaste en el primer beso. Y esa fue mi perdición, porque yo nunca saboreé el amor. Tus labios son la confirmación de que existe algo más allá. Y yo, como un tonto, me derretí ante su deliciosa prueba.

Tu piel es tersa… cálida…dulce…

El teléfono salta. Lo he dejado en la mesilla que está de tu lado. Mientras te desnudaba estaba demasiado impaciente como para pensar en las consecuencias de mis engaños. ¡No! ¡No lo contestes!

Vivo mil muertes al ver que tu mano adormecida alcanza la mesilla antes que yo. Con un ojo a medio abrir observas la pantalla. Aún conservas la pátina del momento después del amor en tus pupilas. Porque eso es lo tú y yo hacemos. Nos amamos hasta recuperar fuerzas, solo, para volvernos a amar.

¡No pienses! Por favor, no me preguntes. Hazlo por nosotros… No me despiertes del más maravilloso de los sueños.

—¿Sarah? ¿Otra vez? ¿Por qué te llama a estas horas?

Caes nuevamente sobre mi pecho. Apenas eres capaz de mantenerte despierta.

—Es la alarma —te robo el móvil de forma impaciente—. Tenía que llamarla. Debo de haberla configurado mal.

Le quito el sonido maldiciendo en silencio. La felicidad es más fácil de ignorar cuando no se ha conocido. Si no te hubieras cruzado en mi camino no habría sabido jamás la pieza incompleta con la que estaba hecho.

Cuando pienso en la cara de Adam al escucharme decir lo loco que estoy por ti. Se le recortó la respiración. Debo de haber perdido la cabeza. No, no debo. La he perdido. Soy una marioneta pendiendo de los hilos de tus besos. ¡Una encantada marioneta! Feliz de bailar al ritmo de los hilos de tus locos besos.

Tu cuerpo semi despierto se posiciona encima de mí. Eres una tierna gatita en brazos de su dueño. Adoro ser ese dueño que escogiste para tu despertar sexual. Temblabas de intriga, yo de miedo. Sufrí por temor a hacerte daño. Mis manos inútiles jamás acariciaron joyero más

precioso. Cuando entré en ti… Dios… hubiera gritado hasta enloquecer. Tus gotas de sangre virginal tatuaron tu nombre en mi sexo. Mariam, eres lo único que tengo. Lo único que es verdaderamente mío. Nunca nadie me consideró lo suficientemente bueno como para darme algo. Siempre fui merecedor de los descartes de segunda mano y ofertas de ocasión. Pero tú, has probado el sabor del éxtasis sexual y yo he sido el primero. Mis dedos fueron los que despertaron la humedad de tus deseos. Fueron mis besos los que acariciaron el sabor de tu erotismo. Soy yo el que te come con la mirada al amanecer. Soy yo el que conserva el aroma de tus primeros besos en el amor.

Te refriegas mimosa.

El cuerpo se me tensa. Me buscas hambrienta como si no llevásemos amándonos toda la noche. En ninguna de todas mis locuras podría haberte imaginado tan pasional.

—Debí huir mientras podía.

Acaricio tu espalda mientras siento tus piernas abrirse dejando paso a tu rincón ardiente y húmedo.

—¿Huir de mí?

Preguntas besando mi cuello por puro acto instintivo.

Tus sentidos adormecidos me acarician sin que tu cabeza sea consciente. Navegas en un mundo de ensueños. Estiro la mano acariciando tus muslos redondeados. Tus senos chocan con mi pecho mientras tus movimientos torpes me besan con lentitud.

—Tómame amor… Estoy listo para ti.

Suplico elevando la cintura mientras tu cuerpo se encaja sobre el mío. Somos una moldura de partes perfectamente encajables.

Sostengo tu cintura. Encuentro tu estrechez y suspiras al sentirme entrar en tu profundidad más distante.

Mi vida, mi refugio, mi amor.

—Paul…

Mi nombre se redime con tus sinceros jadeos ansiosos.

Besándote, y sin soltar tu ligero cuerpo, te giro acomodando tu espalda sobre el colchón. No abres los ojos. Tu cuerpo me dice que sigues soñando con ese hombre que te ama. Y ese hombre soy yo. ¡Yo!

Te beso una y otra vez mientras tu cuerpo se estira recibiéndome. Tus piernas se cruzan en mi espalda. Mi niña, quieres retenerme y yo ya soy tuyo. ¿Dónde crees que pueda irme sin ti? Mi cuerpo se ancla y conquista tu más profundo interior. Eres mía. Solo mía. Siempre mía.

Felices

—¡Tendrías que haberle visto! Quiso intimidarnos. Hubo un momento en que me puse a temblar. No literalmente, pero casi. ¡Fue impresionante! Perdón, aquí estoy —muevo la cabeza hacia atrás olvidando a mi pobre hermano que al otro lado de la pantalla tuvo que agacharse para seguir viéndome—. No te imaginas que hueso duro. Estaba dispuesto a despellejarnos. ¿Te conté que fuimos cinco veces a verlo y el muy hipócrita nos aireó como miga de mantel? Ay no. No te lo vas a creer. Pero estaba vez yo estaba decidida. Díselo Paul. ¿A que estaba dispuesta a todo?
—Estaba —contesta pegado a mi lado para entrar en el marco de la pantalla de teléfono.
—No iba a perder la venta. De eso nada. Estábamos hablando de negocios y saldría con mi contrato en la mano, aunque me dejara la vida en ello. Díselo Paul.
—La vida —su voz es tan grave como formal.
—Como comerciante de pura cepa estaba dispuesto a intimidarme. El muy ingenuo no sabe que por mis venas circula sangre Blakmoon. Fue muy difícil, el señor Yan ofreció guerra, pero yo no escondí las uñas. Después de dos horas que parecieron diez ¡aquí está! ¡Es él! —Ondeo las hojas por todo lo alto para que Blake pueda verlas—. El contrato. Lo tengo aquí. Díselo Paul. Díselo.
—Paul dice.
Ambos se pusieron a reír.
—Sois tontos.
—Cariño, ¡has estado estupenda! No les hagas caso. ¡Ven pronto! ¡Te necesito!
La voz a lo lejos de Sofía se escucha sin imagen.
—¿Dónde estás?
Los cabellos oscuros de Blake giran hacia atrás para hablar al micrófono en voz baja.
—Luchando con las mesas y los manteles.
—¿Qué les pasa a los manteles? —Paul está curioso.
—Al parecer el diseño escogido solo existe para mesas cuadradas y las nuestras son redondas.
—¿Y por qué no las cambian? —Volvió a preguntar igual de curioso.
—¡Que por qué no las cambio! ¿Ha preguntado por qué no las cambio? ¿De verdad lo has dicho?
—Blake hace gestos de querer matar a Paul antes que Sofía se presente junto al teléfono. El cobarde al verla escondió las manos. Ver a un hombre como Blake temer de una pequeñaja como Sofía resulta de lo más divertido —. ¡Lo ha dicho! ¿Lo ha dicho?
—Lo ha dicho —Blake responde con gesto serio mientras, por detrás, se muerde el labio para no reír.
—No cambio de mesas —su nariz llena el total de la pantalla al hablar mirando a Paul que temeroso se aleja del móvil —¡por qué no puedo! El salón es demasiado pequeño para mesas cuadradas. ¡Y no se te ocurra decir que lo cambie! El siguiente es demasiado grande y los invitados serían como macarrones en sopa aguada.
—Serían —Blake afirma con la carcajada contenida.
—Entonces, ahora que has demostrado que eres la inteligente de la familia —Blake estira el cuello desorientado—. No te creerás que no te he visto reír de mis penas —le dice apuntándole con el dedo—. Dime nena, ¿cuándo piensas regresar a Madrid? Si no vienes no me caso.
—De eso nada —la amenaza ha conseguido que mi hermano se ponga serio.
—En unos días. Hoy llevaré en mano el contrato al teniente Smith. No quiero que nuestra oferta quede en un correo olvidado.
—Tú no llevarás nada —la repetición de la frase en boca de Paul confunde a los novios que pegan sus cabezas para vernos.

—Es mejor llevarla en persona.
—Lo haré yo. Es más adecuado.
—¿Adecuado? —Blake pregunta al otro lado.
—Nada importante. Es sólo que prefiero ser yo quien negocie —contesta enfocando sus ojos en la pantalla.
Sofía mueve el hombro para hacerse con el control del IPhone.
—Y ese teniente Smith, ¿es guapo?
Paul fija su mirada en mí de forma tan furiosa que consigue arrancarme una carcajada. Si esta es su manera de mantener nuestro secreto, debería cambiar de estrategia.
—La verdad es que sí.
La contestación atrevida me llevó a recibir un pellizco fuera del ángulo de visión del resto de interlocutores.
—Ojos, cabello, edad, altura, manos… Cuéntamelo todo.
—¿Manos?
La mirada de Sofía comienza a brillar. Conozco ese resplandor. Es el previo a una de sus locuras.
—Verás, aquí en España, decimos que si el dedo índice es el doble de largo podremos hacernos una idea de…
Blake le tapó la boca con las manos mientras ella se carcajeaba por debajo. Contagiada con su algarabía contesto desinhibida y con la experiencia de una ex virgen.
—Llevaré una regla para medir sus dedos.
—¡Mándame las medidas!
Ambas lloramos de diversión consiguiendo que los chicos se pusieran furiosos.
—No llevarás nada porque no irás.
—¡A ti qué te importa las medidas de ese tipo! Vas a casarte. ¡Conmigo! ¿Lo recuerdas?
—Cómo se nota quienes estamos a lo importante y quienes no —Paul se sube por las paredes —. Blake, te hablo desde el portátil. Tenemos que tratar temas serios y no las medidas de un teniente miope.
—No es miope. Tiene unos ojos marrones intensos.
Antes de levantarse Paul me lanzó veneno con la mirada. Cuando los dos se marcharon de nuestro ángulo de visión Sofía habló con la voz pegada al teclado.
—Blake se ha ido. Aquí estamos solas. ¿Y allí?
Miro tras de mí comprobando el portazo.
—Aquí también. Y creo que por un tiempo muy largo —contesto preocupada.
—Se les pasará. Ahora cuéntamelo todo.
—¿Todo?
—Sí, todo.
—No sé bien a lo que te refieres.
—Lo sabes perfectamente. No soy tonta. Entre tú y Paul ha pasado algo.
La espalda, que hasta este momento conservaba clavada contra el respaldo, me cae hacia adelante como un globo desinflado.
—¿Cómo lo has sabido?
—Cariño, no soy ciega. Esa complicidad al contar vuestras hazañas. Esas miraditas de atontado. Y esa furia al bromear sobre el teniente. ¿Por qué crees que hice la broma del dedo?
—Eres una mala mujer. Muy mala.
—Demasiado —contesta divertida—. Ahora cuéntamelo todo.
—Pasó hace unos días. Pero prometí guardar silencio. Quiere ser él quien se lo cuente a Blake.

—¡No!
—Shhh
—No… —susurra como mosquito.
—Sí —susurro igual de bajo—y dice que me quiere. Me ha confesado que desde que me fui de Baltimore no ha dejado de pensar en mí.
—Lo sabía —Sofía se tapa la boca con ambas manos para no gritar.
—Por favor no digas nada a Blake. Se lo prometí.
—Será que quiere darle mayor formalidad.
—No lo sé… Ay Sofi, estoy tan feliz…
—Entonces tú y él ya…
No soy capaz de contestar debido a los calores que me suben por el cuerpo.
—¡Sí! Lo supe en cuanto te vi. ¿Qué tal fue?
—Es único. Jamás lo hubiera imaginado. Años sin haberlo probado y ahora… ya sabes.
—Vamos, que no paran.
La carcajada de Sofía me contagió su humor.
—No solo el acto. No voy a ponerme romántica creyendo que el sexo es para todos igual. Es solo que cuando lo siento tan unido a mí … no sé explicarlo.
—Como si la soledad fuesen palabras vacías que nunca te han alcanzado. Como si tú parte incompleta se encontrase con su ángel gemelo. Como si el tiempo fuese una canción que nunca debería terminar.
Suspiro mirándola a la cara.
—¿Sientes lo mismo cuando estás con mi hermano?
—Sí.
—¿Crees que ellos sienten lo mismo?
—Estoy segura. El amor no sabe de rosas o de azules.
—A veces tengo miedo…
—Todas lo tenemos. Es normal. Hemos encontrado el cáliz de la eternidad. La esencia de la vida. Cuando mi abuela estaba en el final de sus días me confesó que estaba feliz porque se volvería a encontrar con mi abuelo. En aquel momento me sentí enfadada, incluso ofendida, luego, cuando encontré a Blake, supe comprenderla.
—El amor y los sentimientos. Qué duro vivirlos.
—Peor es no encontrarlos.
La puerta de Sofía se abrió de golpe y la voz dura de mi hermano resonó en la pequeña habitación.
—¿Duro? Por favor, ¡vas a conseguir que me enfade! No entiendo que hables de un hombre que ni siquiera conoces.
Un segundo portazo nos hizo reír, pero esta vez con menos intensidad.
—Creo que debes ir antes que cancele la boda.
—No lo hará —contesta sonriente—. Ya pagó el convite
—Eres terrible.
—¿Entonces vendrás pronto? La fecha está demasiado cerca. Si no estás aquí no me caso.
—Estaré… es solo que tengo que arreglar unas cositas antes. Ya verás…
—¿De qué se trata?
—Es una sorpresa.
—No estarás embar…
—¡Esa sorpresa no! Otra.

—¡Cuenta!
—No. Tendrás que esperar. Ahora ve a consolar a Blake mientras yo veo si Paul no ha decidido abandonarme.
—Ese teniente parece ponerlo de los nervios.
—Nos dimos un beso.
—¡Cómo! ¡Cuándo! Nena, estás desatada.
—Fue una tontería. Te lo contaré cuando esté en Madrid. Aquí viene, tengo que cortar.
Los brazos de Paul se acercan envolviendo mi cuello.
—¿De qué hablaban tanto?
—Del vestido de novia. Cosas que los hombres no pueden escuchar.
La puerta de calle se abrió de golpe para dejarnos a ambos con los ojos como culos de botellas.

Solo eras tú

—¿Matilda?
Ambos nos acercamos hacia la puerta para ayudar a la pobre mujer que acarrea una maleta de ruedas. Vestida con un traje de lunares y una pamela de un metro de diámetro, nos mira apenada.
—No voy a poder viajar. Con tanto volante no soy capaz de caminar.
—¿Me puedes explicar por qué vas así vestida?
Empujo la maleta dentro del salón mientras Paul cierra la puerta de calle.
—La vecina de mi hermana estuvo buscando por internet como caer bien a una española. Sabes perfectamente que yo con esos artefactos no me entiendo.
—¿Qué artefacto?
Paul se sienta en el sofá frente a nosotras.
—El ordenador —le contesto a la vez que abrazo a la apenada mujer —. ¿Y por qué buscabas eso?
—Sofía, dijo que esa mujer es como su abuela, y pensé que como yo también soy como de la familia…
—Querías caer bien a Elvira —contesto abrazándola con fuerza. Elvira es una mujer adorable y estoy segura de que serán amigas.
—¡Pero ella es española! —Dice secándose las lágrimas con uno de los volantes de las mangas.
—Por supuesto que es española. ¿Y qué pasa con que sea española?
—La muchacha me leyó que debía cumplir las cuatro reglas.
—¿Qué muchacha?
—La vecina del ordenador. No te enteras. Mira, me las apuntó. Las tengo escritas.
—Regla uno: Pon sus opiniones y gustos por encima de los tuyos —dice sacando un papel que lleva en el escote todo arrugado—. Eso ya lo tengo. He probado la paella y me encanta. Segunda regla: Aprende a escuchar. En eso no voy a tener problemas, mi madre era mexicana y tú y tu hermano habláis español desde niños gracias a mí. De hecho, hablo español mejor todos vosotros —me separo sin estar muy segura de su comentario mientras Paul se estira atento a las reglas—. Tercera: ayuda a que se relajen compartiendo sus gustos y costumbres. Les gusta bailar flamenco, entonces pensé, quizás, que si aprendo…
—¿Has estado yendo a clases de flamenco?
—No había plazas. La vecina me puso videos. Ensayé en el salón de mi hermana.
Intento no morir de la risa al imaginar a una señora septuagenaria y nacida en el Baltimore profundo intentando bailar flamenco con clases online.
—No consigo alzar los brazos sin que me duelan. La artrosis me mata. Esa mujer va a odiarme y le dirá a Sofía que no puede casarse con mi niño. Se pondrá en contra y él sufrirá mucho y yo no sabré qué hacer porque no soy vuestra madre. Lo he intentado, se lo prometí a ella. Los he querido como si fuesen el fruto de mi vientre, pero no puedo ir a esa boda —dijo lagrimosa bajo su inmensa pamela y vestido de volantes.
La mujer pequeñita de espalda encorvada acaba de confesar todo lo que ha hecho por cumplir una promesa con esa mujer que la contrató hace ya veinticinco años, y a la que quiso como a una hija.
—Elvira va a quererte sin ninguna regla. Incluso me atrevería a decir que ella ya te quiere.
—Eres una mentirosa —dice secándose la nariz con un pañuelo de papel ahogado en lágrimas.
—Es verdad, lo prometo. No sabes la cantidad de cosas que le hemos contado de ti.
La mujer lanzó un llanto aún más potente. Miro a Paul que eleva los hombros tan desconcertados

como yo.
—¿Le habéis dicho que no sé planchar? Seguro que sí. A tu madre nunca le importó. Tu padre era un poco más exigente, y aunque no me echó el día que quemé su camisa de rayas, nunca terminó de fiarse.
Suspiro enternecida. El accidente me robó a mis padres, pero la vida me entregó a la dulce Matilda.
Me acerco para envolverla en mis brazos.
—No. Le hemos dicho que te amamos porque cuando Simon intentó separarnos tú luchaste por nosotros. Soportaste su mal carácter e incluso te quedaste sin cobrar. Todo por permanecer cerca de Blake. En lo que respecta a mí, no pasó un fin de semana sin que fueras a visitarme. Me llevaste un calendario en el que contábamos el tiempo que faltaba para la mayoría de edad de Blake. ¿Lo recuerdas? Asegurabas que volveríamos a estar juntos y que seríamos felices en nuestra casa. Jamás nos abandonaste.
—¿Cómo iba a hacerlo? Erais mis niños… —dijo apoyando el rostro arrugado sobre mi pecho.
Estoy llorando. Sí. Las lágrimas silenciosas ruedan por mis mejillas desembocando en sus cabellos finos y blanquecinos.
—Somos tus niños. Y ella te querrá porque tú eres nuestra familia.
Ambas nos quedamos en silencio hasta que Paul decidió cortar la pena con una pregunta inoportuna.
—¿Y la pamela? ¿por qué?
Matilda se seca el rostro para sentarse con la espalda recta al mirarle de frente.
—Una regla que no es regla, pero suma puntos. Les gusta el sol y la playa. Compré un tratamiento de vitamina C para parecer más joven y que no me viese tan arrugada, pero nadie me avisó que manchaba la piel si se expone al sol. La vendedora dijo que, o me ponía un sombrero, o tendría el rostro como una vaca mal pintada durante meses.
Paul no contestó mientras que yo piso mi pie para que me duela y así poder contener la carcajada.
—¿Blake sigue sin saber nada del viaje?
—Y no debe saberlo. Mi niño no se lo imagina. La doctora le ha dado a mi niña unas pastillas para que yo duerma todo el viaje y así no entre en pánico. Seré una sorpresa.
—Entiendo.
Paul se puso de pie y se quedó por largo rato mirándome, intentando captar mi atención.
—Qué te parece si te quitas ese sombrero de ala ancha y preparas un té para las dos mientras hablo un segundo con Paul.
—Sí, y ya que estamos, me enseñas fotos de esos dulces que nos contó Sofía. No conozco ninguno y no quiero parecer una ignorante.
Matilda caminó entusiasmada hacia la cocina aceptando mi promesa de ayudarla en todo.
—Tengo que irme —Paul dijo envolviéndome por la cintura —. Debo terminar unos trabajos aquí antes de regresar a Madrid. Estaré un par de días fuera.
—¿Fuera? —Sueno tan triste como lo parezco.
—Son solo unos días.
—¿Me prometes que vendrás en cuánto termines?
—Solo sí tú prometes seguir queriéndome.
—Siempre —me aferro a su cintura.
—Entonces no me demoraré.
Un beso.

Y se fue.

No duermas

—Si no quieres dormir siesta, no duermes siesta. Nadie va a obligarte a nada.
Quitar cosas inservibles de la maleta de Matilda es una lucha de titanes. Yo saco lo que ella vuelve a meter. Si seguimos así llegaremos para las bodas de plata.
—No pienso quedar mal con esa señora. Si ella dice dormir, yo duermo.
Su inocencia es tan dulce que consigue exasperarme. Sus deseos de caer bien a la buena de Elvira se han convertido en una locura sin sentido.
—En España la siesta la duerme el que quiere. No existe ningún reglamento bajo ninguna pena de muerte.
—¿Ellos también tienen pena de muerte?
—No, no la tienen. Y aunque la tuvieran dudo que el cumplimiento de dormir la siesta fuese uno de sus castigos.
Respondo a la vez que intento alejar la montaña de camisones. En mi fila al menos tengo diez. No quiero imaginar lo que ha escondido en la bolsa de los rulos.
—¡No! ¡Eso lo dejas donde está! La humedad del mar me deja los pelos como erizos.
—En Madrid no hay mar. ¡Y allí hay secador de pelo! Matilda, por favor, nunca te has comportado de forma tan irracional.
—No quiero avergonzarle —dice sentándose en la cama.
—Tienes que tranquilizarte. Van a adorarte. Eres la mejor de todas las madres adoptivas que he conocido. Elvira estará encantada de conocerte.
Beso su mejilla arrugada. Un día, sin darme cuenta, Matilda pasó de ser una madre especial a una abuela adorable. Sin ella mi hermano y yo hubiéramos sido dos huérfanos de corazón hueco. Ver los años pasar por su piel arrugada me hace pensar en la velocidad del tiempo. Somos una vida viajando en patinete eléctrico. Nada se detiene. He pasado de niña a mujer en una noche.
La gente al verme suele creer tener delante a una chica que derrocha entusiasmo. Ellos se encuentran lejos de mi esencia. Mi estabilidad se centra en una pequeña balsa de madera donde Matilda y Blake son mis soportes. Un leve movimiento y terminaría hundiéndome en mi propia soledad. Muchas mañanas pienso en ella como un gran dragón de las desgracias dispuesta a engullirlo todo. Incluso a mí. Pero entonces su rostro aparece y el océano interminable se transforma en un agradable paseo de flores provenzales. A veces me cuesta creer que a mi balsa se haya sumado un tablón fuerte y robusto llamado Paul.
—¿Tú ya tienes tu maleta lista?
—¿Cinco días antes del viaje? No, creo que no.
—Niña, no te burles de mí. Mis nervios no están para mucha broma.
Matilda se pone en pie para quitarse el delantal que lleva atado a la cintura. Lleva días cocinando pasteles de carne y de cangrejo. Todavía no he tenido el valor suficiente para confesarle que no puede llevarlos en el avión.
—No lo hago.
Arrastro la última vocal mientras persigo sus pasos que se pierden rumbo a la cocina.
—¿Hoy llega Paul?
—No. Llamó para decir que se retrasaría otros dos días.
—¿Se lo has contado a tu hermano?
—¡No! Y tú tampoco puedes.
—No termino de entender tanto secretismo. Sois libres, guapos y jóvenes. ¿Cuál es el problema que tu hermano lo sepa? Además, mi niña, todos en el planeta Tierra conocíamos tus

sentimientos por él.
Me silencio porque no tengo ideas con las que rebatir su aplastante argumento. Paul insiste en que tendremos tiempo para todo.
—Es tan lindo…
—¿Mi pastel de cangrejo? —Dice llevándose la tercera bandeja a la nevera de congelados.
—No.
—Ya sé que no —me sonríe con la nevera abierta como fondo—. Estoy sorda y un poco entradita en carnes, pero lo de senil, todavía no me ha llegado.
—Lo echo mucho de menos.
Me dejo caer en la banqueta alta.
—El amor es así de insensato. En un principio las distancias son eternas, con los años, sin embargo, lo que se convierte en eterna, es su compañía.
—¡Matilda! —Mi carcajada por poco cierra la nevera —. Mira que eres fría.
—De eso nada. Yo creo en el amor a distancia. Mucha, mucha, distancia.
Sacudo la cabeza y me sumo a su diversión.
—¿Alguna vez has estado enamorada de una forma loca e irracional? Yo a veces me siento volar…
—Una vez. Pero de eso hace ya muchísimos años.
—Jamás me lo contaste. ¿Qué pasó?
—Uy niña, mi memoria es demasiado pastosa como para acordarse.
—No seas mentirosa. ¡Cuenta!
—A ver… —dice apoyando las manos en el respaldo de la silla —por aquella época tú madre me contrató para trabajar en su casa. Acepté al instante. La casa de una pareja recién casada era una fortuna para alguien con tan poca experiencia como yo. Había poco que limpiar, poco que cocinar y sin niños pesados a los que cuidar. Todas eran ventajas —dice sacándome la lengua —. Tu madre era un ángel —se sienta reviviendo el pasado en la mirada—vivía con la cabeza dentro de su paleta de acuarelas. Cuando salía del estudio tu padre reía al verla. Llevaba el rostro pintado de rojos y azulados. Los dos lo hacíamos, pero su mirada era intensa. Tu padre podía pasar horas admirando sus cabellos revueltos y su frente sucia de pintura seca. Eran muy felices. Y yo lo era junto a ellos. Por eso cuando una mañana la encontré llorando creí que me faltaba el aire. Al verme se lanzó a mis brazos.
—¿Qué había pasado?
—Estaba embarazada. Se lo terminaban de confirmar.
—¿No querían hijos? —No soy capaz de contener la desilusión. Pensar que mis padres no nos hubieran querido tener nunca entró en mi mundo de posibilidades.
Matilda abre los ojos secándose la nostalgia.
—Por supuesto que sí. Ellas os adoraban. Esa mañana lloraba porque pensaba que sería una madre desastrosa. Las hormonas de las embarazadas son algo temible. Tengo que reconocer que hubo veces que llegamos a escondernos.
—¿Nos?
—Tu padre y yo. A veces nos reíamos de sus ataques sin sentido, pero siempre a sus espaldas, ninguno de los dos era tan valiente como para enfrentarse a sus efusivas hormonas. Un día nos descubrió y se puso a reír con nosotros.
—¿Y a él? ¿Cuándo conociste a ese amor secreto del que nunca me has hablado?
—No existe secreto. Cuando nuestro niño nació, ninguna de las dos sabía mucho de bebés, por lo que tuvimos un pequeño error.

—¿Error?
—Le poníamos el pañal al revés.
—Pobre Blake —digo divertida—. ¿No chilló? Seguro estaba molesto.
—No lo creo. Mi niño era un santo. El problema fue que un día al cogerlo de la cuna nos dimos cuenta de que las rozaduras le habían dejado el culo como un mandril. Corrí a la farmacia para comprar algo que le calmara las rojeces.
—¿Era el farmacéutico?
—No, era el repartidor de cremas hemorroidales.
—No bromees.
—No lo hago. Mientras completaba el repositor, con una mano trabajaba y con el oído curioso escuchaba mi angustiante relato. De forma muy amable, se giró y me ofreció de forma gratuita una de sus cremas. Mi cara de sorpresa fue tan impactante que no solo me aseguró que el niño se curaría, sino que estaba dispuesto a enseñarnos a poner los pañales de forma práctica. Ser hijo mayor en una prole de ocho hijos le daba experiencia indiscutible.
—¿Y lo llevaste a casa?
—¡Por supuesto! Tú madre y yo estábamos desesperadas. En el primer baño estuvimos a punto de perderlo dentro de una nube de espuma.
Me rasco la frente. Es la primera vez que me alegra ser la segunda.
—Nos mostró todas las canastas de regalos que le habían hecho a tu padre en la empresa y nos enseñó las utilidades de todo. Tu madre estaba tan feliz que lo invitó a merendar. Nunca se me olvidará el rostro de tu padre al ver, a un muchacho alto y desgarbado, enseñándonos sobre su propio pecho, la inclinación correcta que debía llevar el sacaleches para que no hiciese daño.
—El resto es imaginable. Me invitó al cine, y como es sabido, las palomitas unen corazones solitarios.
—¿Estaban enamorados?
—Íbamos a casarnos.
—¡No!
—Sí… —contesta con sorna.
—¿Qué pasó?
—Un accidente de tráfico.
Esa historia la conozco perfectamente. Mis padres se fueron a cenar. Festejaban una venta monumental. Mi padre había vendido uno de sus programas a una multinacional que le había pagado millones de dólares. Nunca volvieron a casa. Un borracho que venía en dirección contraria se incrustó contra su coche.
—Erais tan pequeños... Quise quedarme contigo, pero tu tío Simon insistió en llevarte a un internado. Cuando supe que se quedaría con tu hermano supliqué porque me permitiese vivir en su casa.
—Sin cobrar sueldo… Blake me lo contó.
—Lo importante era poder estar a su lado.
—Y recordarle que en un orfanato se encontraba su pequeña hermana. Blake dice que cada noche, antes de dormir, le mostrabas una foto diciendo que yo lo esperaba. Nunca nos abandonaste.
—Erais mis niños.
—¿Y él?
—No quiso esperarme. Me prometió darme una familia con unos hijos realmente míos. Pero yo ya tenía una familia con hijos propios...

La campa del WhatsApp me ayuda a esconder la vista para secar las lágrimas perdidas. Jamás había escuchado la historia de su amor perdido. El corazón se me rompe al comprender todo lo que perdió por cuidarnos.
—Anda, deja llorar por historias viejas y contesta ese teléfono. Seguro es tu enamorado diciendo lo mucho que te echa de menos.
—Es John. Quiere invitarme a un almuerzo que se hará en el casino de oficiales. Al parecer es una conmemoración de algo.
—¿Es el mismo del beso perdido antes de subir al taxi?
—Sí. Y no me mires así, le he dicho que salgo con Paul y que lo nuestro no puede ser.
—¿Se lo has dicho?
—Tuve que romper mi promesa. Solo un poco. No pude hacer otra cosa. Me daba pena alentar sus sentimientos.
—¿Qué opina Paul?
—No le he dicho nada, después de todo, el proyecto está cerrado. Después de la boda Blake continuará trabajando con John y yo no lo volveré a verlo.
El sonido de la campanilla vuelve a sonar.
—Deberías ir a esa comida.
—¿Cómo dices?
Levanto la vista de la pantalla.
—Yo tengo cita con la peluquera. Ya sabes que pasaré dos días con mi hermana para despedirme. Estarás aquí sola y aburrida. ¿Por qué no aceptar la invitación?
—¿Quieres que Paul me mate? No, gracias.
—Nadie va a matar a nadie por aceptar una comida. Me has dicho que ese teniente es conocedor de tu relación con Paul y que aún así te invita a pasar una mañana agradable. No veo cual es el problema.
—No creo que esté bien… —pienso mordiéndose una uña rota.
—Pasar una tarde agradable con un grupo de gente divertida no es adulterio. Estar enamorada no es dejar de vivir. Solo se debe divertir con un poco más de prudencia. Eso es todo.
Matilda recogió su bolso y me regaló dos besos cariñosos antes de hablar desde la puerta.
—Si te sientes sola siempre puedes venir conmigo. Hoy toca bingo en casa de Lucy.
—Creo que aceptaré la invitación.
—Harías bien.
Dijo antes de cerrar la puerta. El teléfono volvió a sonar con otro mensaje entrante de John.

La fiesta

El salón cargado de comida y gente disfrutando se aleja de mis pensamientos sangrientos que tenía al imaginar un grupo de militares con un arma colgando a la cintura.
Aceptar la invitación de John resultó ser una distracción de lo más agradable. Los grupos de mujeres bien vestidas se intercalan con niños corriendo de un lado al otro jugando a la guerra, quizás, imitando a sus padres.
Los amplios ventanales, aprovechando la buena tarde, se abren de par en par dejando entrar el verde animoso de la extensa llanura en la inmensa sala. La mesa principal cargada de tartas con aroma a chocolate y fresas son una explosión para los sentidos. Los más jóvenes hablan amistosamente con sus compañeros de armas sin descuidar la cintura de su chica. Verlos disfrutar me recuerda muchísimo a los movimientos de Paul. Aunque haya abandonado el ejército, aún conserva ese aire secreto y masculino de sus movimientos posesivos.
El día que Blake lo trajo a casa todavía llevaba su cabello cortado casi al cero. Hoy su melena es revuelta y atrevida, sin embargo, el detalle posesivo en mi cintura cuando salimos es exactamente el mismo que veo en esos jóvenes con sus parejas.
Algunos rostros serios y con canas actúan de la misma forma con sus esposas. Sosteniendo una copa las miran encantados mientras los niños se acercan con ímpetu hacia sus rodillas. Estos, reciben una dulce caricia y vuelven a correr hacia el exterior.
A la distancia, una señora de edad robusta y modales delicados observa al hombre de cabellos blancos de la misma forma que las jovencitas. La observo envidiosa. Su esposo sostiene su cintura como si llevasen tan solo dos días de enamorados. ¿Cómo será Paul a esa edad?
—¿Qué tal la celebración?
John se acerca con dos copas.
—Sin alcohol. Es día de familias —dice divertido entregándome el vaso de algo rosa espumante.
Lo acepto con la misma simpatía. El ambiente festivo es sumamente agradable. Las señoras se divierten, las novias pavonean su amor incondicional, los niños corren y los hombres conversan.
—¿Qué festejan?
—Nada en especial. Es algo así como una jornada de puertas abiertas. Nuestras familias tienen que soportar ausencias prolongadas y horas de trabajo interminable. Esta es una forma de agradecerles su paciencia. Abrimos las puertas para que comprendan nuestro trabajo. A veces es difícil vernos más allá de un uniforme. La imagen de las películas no nos define demasiado bien. Llevamos horas de entrenamientos, noches sin dormir y una vida entregada al servicio. Este almuerzo es para demostrar lo felices que somos con nuestro trabajo y lo agradecidos que estamos de poder contar con su apoyo. Aquí están esposas, hijos, novias, pero también están los huérfanos y viudas. Todos ellos merecen nuestro respeto y agradecimiento.
—Gracias por invitarme.
—Quería que vieras que no soy tan estirado. No me mires así, sé que a veces te impongo, pero no soy muy diferente a otros de mi misma edad.
—Un poquito diferente y peligroso, sí que eres—digo observando el arma colgada de su cinturón.
—La vida es peligrosa. Soy militar y estoy entrenado para la guerra, no voy a negarlo, luchar por los buenos, a veces, es el único camino.
—Luchar por los buenos es un concepto bastante antagónico. Si se me permite decir.
—A ti te lo permito todo —el uniforme hace de su picardía un punto seductor —. No hablemos de guerra. Este día es para la felicidad y el amor...

—John, acepté tu invitación porque me caes muy bien. Eso es todo.
—Si te refieres a que estás enamorada de Paul y que no puedes querer a nadie más que a él. Sí, lo has hablado. Y ahora, he de decir yo, que eres muy joven para pensar en la eternidad. El amor es un loco al que no le gusta estar atado.
—Yo estoy totalmente atada de pies y manos. Y es para siempre.
Mi contestación no acaba de gustarle. Lo veo en su barbilla desafiante. Me apena verlo así. Es un joven capaz de conquistar a cuanta chica. Es inteligente, de conversación fluida y físico más que deseable. Desde que nos conocimos se ha esforzado por conquistarme haciéndome sentir como un premio especial. Cualquier chica se sentiría halagada, y yo lo estoy, no puedo negarlo, pero no tiene ninguna posibilidad. Paul es el pasado, el presente y el futuro de mi amor.
—¿Qué te parece si vamos a mi sitio preferido? Me gustaría que lo vieras. ¿O necesitamos algún tipo de permiso para salir fuera?
—Estar enamorada no significa que no pueda tener amigos. Estaré encantada de conocer ese sitio tan especial.
La sonrisa amable vuelve a cubrir su rostro antes de apoyar la palma de su mano en mi espalda para guiarme.
—Vamos.
La gran puerta nos llevó a un camino de pocos pasos en donde una cima se presentó como un gran mirador. Desde allí el verde extenso de la pradera alcanza el infinito. Los árboles frondosos tocan el cielo con las hojas. Los tanques y los Jeeps camuflados quedaron tras nuestra espalda como un pasado olvidado. El paisaje huele a libertad sin cadenas. La paz después de la guerra.
—Es precioso. Podría quedarme mirando este verde por horas.
—Imaginé que te gustaría. Es el mismo verde de tus ojos… —agacho la vista—. Cuando el día se hace difícil me acerco aquí para pensar.
—¿Y en qué piensas?
Soy capaz de escuchar sus pensamientos respirando en profundidad. No lo miro. El ardor de sus sentimientos traspasa sus ojos. No quiero confundirlo. Entre él y yo jamás existirá nada. Mi corazón y mi cuerpo son de Paul.
—En la vida y en la muerte. En el hilo fino que nos separa de la verdad y el error. Verás, en este trabajo no siempre hacemos todo lo que podríamos. A veces solo somos instrumentos sin voluntad. Por eso vengo hasta aquí, para no perderme. Mariam —sus ojos intensos perforan mi rostro—, me gustas, siento que eres la mujer que estaba buscando. No quiero mentirte. Quiero ser parte de tu vida.
—Apenas me conoces.
—Todo lo que he visto ha bastado para saber que eres increíble.
—John… eres un hombre maravilloso, pero…
—No mereces que te engañen. Te has hecho a ti misma. Tu lucha es tu victoria. Eres preciosa, pero no la utilizas como herramienta fría o despiadada. Eres inteligente sin sentirte superior. Eres sincera, pero odias lastimar. Me encantas y desearía que me dieras una oportunidad.
—John, te lo he dicho antes, estoy enamorada de otro.
—¿Y si cambiara? ¿Y si tus sentimientos no fueran lo que crees? ¿Me darías una oportunidad?
—Quiero a Paul desde antes de que supiera lo que es el amor. Nada va a cambiar.
—¿Y él? ¿te querrá por siempre?
Algo dentro de mí me detiene. La conquista es el primero y más pequeño dentro de los inmensos pasos del amor.
El silencio se mezcla con el sonido de los pájaros. No hablo.

John me invita a seguirlo. No debí haber venido. Fui muy tonta al creer que podíamos ser amigos. Permaneceré unos minutos y luego inventaré una excusa cualquiera para marcharme. Paul aún no me ha enviado ningún mensaje. Quizá haya viajado de forma anticipada para darme una sorpresa y se encuentre en casa esperándome mientras yo estoy aquí haciendo el tonto.
—Teniente, el equipo lo espera.
Un joven, no tan joven, se acercó de forma seria y formal.
—Gracias sargento, ahora mismo vamos —dice antes de mirarme.
—Si tienes trabajo lo comprendo perfectamente. Yo estoy algo cansada y creo que es hora de volver a casa.
—Por favor, acompáñame. Creo que querrás ver esto. Luego yo mismo te llevaré a casa.
—De verdad estoy muy cansada. Tengo mucho que hacer antes de regresar a Madrid.
—No acepto una negativa. Por favor.
Esta situación ha conseguido incomodarme.
Lo acompañaré a ver a su equipo y luego me iré.
Entramos a una sala más pequeña en donde la música y los canapés se concentran. En un rincón un grupo de seis hombres y mujeres conversan animadamente. Frente a mí un moreno de rostro latino susurra unas palabras a una morena a la que sujeta de la cintura. Todos ellos lo hacen. Al parecer es la forma habitual de sostener a sus novias en el mundo militar. John y yo nos acercamos al grupo, cuando el joven uniformado y que se encontraba de espaldas, se giró.

Abre los ojos

—Equipo. Espero estén disfrutando.
Los cuatro que estaban de espaldas abrieron el semicírculo y se giraron para mirarnos. Todos saludaron de forma sonriente. Todos menos uno. El rostro de su tez blanca es mármol enharinado. Mi cabeza gira confusa. Los ojos me viajan de su mano hacia la cintura de una chica de cabellos largos y negros. Me detengo ante la imagen. La lengua seca no me permite hablar. El azul de sus pupilas es brillante y frío.
—Me gustaría presentaros a Mariam.
—Felicidades teniente —El más alto dijo con voz grave cuando la mano de John se situó firme en mi espalda.
—Somos amigos Mac Allister. Al menos hasta que consiga convencerla de que soy el hombre de su vida.
—Seguro lo conseguirá, mi teniente —otro joven uniformado se acercó para saludar con respeto.
Él dijo su nombre uno a uno. No soy capaz de comprender lo que escucho. Solo estoy fija en Paul. Lo observo una y otra vez comprobando que es él. Su rostro y su cuerpo parecen ser los suyos, sin embargo, la ropa de militar y esa mano en la cintura de la muchacha trastorna mi racionamiento. Su posición ha cambiado al verme. Sus dedos ya no se afianzan en la joven. Quiero preguntar tanto que me quedo muda. Las palabras desaparecen en la confusión de mis pensamientos. Sus labios están tan mudos como los míos. ¿Qué significa esta broma?
—Te presento al agente Paul Martinez. También él es de mi equipo. Forma parte de los servicios de inteligencia especial. Su trabajo actual consiste en interceptar a unos traficantes de información militar con drones. Lleva años trabajando como en un fabricante de drones. Su trabajo fue entrar en la empresa y conseguir ser un ingeniero jefe sin que nadie lo descubra como uno de los nuestros.
Los ojos se me cierran. Las pestañas se humedecen mareadas. Nunca tan pocas explicaciones dijeron tanto. Me muerdo los labios para no montar un escándalo. El internado me enseñó a no organizar escenas. Allí no hacían falta, nadie me extendería los brazos para consolarme. Y, aquí, me temo que tampoco.
—Unos chinos astutos, pero no podrán con nuestro Paul. Es el mejor —el latino a su lado golpeó su espalda. Él no se mueve. Su cuerpo se encuentra tan duro como el mío. Es una cucaracha tiesa a la que han descubierto fuera de su agujero.
—Y esta es Sarah, su querida y amada esposa.
¿Qué? Me muevo y el traspié a punto estuvo de hacerme caer al suelo. El aire me falta. Estoy a punto de desmayarme. La mano de John se afianza en mi espalda.
—Un gusto conocerte Mariam. Tienes que darle una oportunidad. John es un hombre magnífico, no te arrepentirás de darle tu cariño —repite la muchacha con voz dulce—. Aunque no es tan guapo como mi Paul, es un buen partido.
El grupo se carcajea distendido.
Sarah es una mujer de ojos grandes y castaños. Su melena negra es larga y brillante. El vestido rosa palo se adhiere a su cuerpo delgado.
—¿Tú? ¿casado?
Aunque mi pregunta fue dirigida hacia el hombre de piedra, ella se encargó de contestar con alegría.
—Parecemos más jóvenes de lo que somos. Hace siete años nos casamos. Locura de juventud. Por aquél entonces teníamos veinte años, pero ya nos adorábamos. Me persiguió hasta que

consiguió que me enamorase de él.
—Así era nuestro Paul —dijo uno del grupo —. Un enamorado perdido de su esposa.
Los muchachos sonrieron y las mujeres suspiraron.
—Sí, un romántico que me tiene loquita de amor. Muy enamorados, cosa nada fácil de aceptar por algunos sinvergüenzas como vosotros —. Los muchachos movieron sus cabezas de forma graciosa antes de besar los carrillos de sus chicas.
Él no se pronuncia. Quiero tomar aire. Necesito salir de aquí. No puedo verlo. Las lágrimas me inundan la vista. Podría gritar, insultar y lanzar sus ciento de mentiras a la cara, pero mi alma solo es capaz de pensar en correr. Huir hasta que el infinito venza al aire que respiro y la vida se me escape en el infinito. Suplicar hasta que las lágrimas compasivas me ahoguen y mi cabeza deje de pensar. Paul es un agente. Un infiltrado. Un… mentiroso.
—Teniente, quizá a Mariam le gustaría conocer el área exterior. Si me permite yo podría llevarla —la voz de Paul sale gruesa y seria. Sus ojos se fijan firmes en John con el ardor del fuego.
—No hace falta. Chicos, seguir con la fiesta. Mariam y yo nos vamos. Ella ha visto todo lo que tenía que ver.
Su mano me guía por la espalda hacia una puerta. Me dejo llevar. Los pensamientos de mi cabeza buscan una explicación ante tanta locura. Lo primero fue creer que era una broma. La caricia de la chica en el rostro de Paul me dice que solo existe una engañada. Y he sido yo. Sarah… Yo misma vi sus mensajes. Que idiota que fui. Siempre estuvo delante de mis narices. Es casado. Todo ha sido una trampa.
—¡Teniente! —La voz gruesa Paul resuena detrás nuestro —. Tenemos que hablar.
Su tono es amenazante. Yo camino sin detenerme. No quiero mirarlo. No quiero que me vea llorar. No quiero verlo hablar con su jefe y comprobar que soy una pieza más de sus mentiras.
—¿Ahora cariño? Hoy es un día para novias y esposas —la vocecita de su mujer Sarah termina de romperme.
Su mujer. Su esposa. Dios… voy a ponerme a gritar y romper cosas como una desquiciada. Necesito salir de aquí.
El aire me pesa. El cuerpo me palpita dolido. Los ojos cristalinos ya no me permiten ver con claridad. Los dedos me sostienen el palpitar de los labios. John, sintiendo mis temblores, me aferra de la mano cuando la pulsera con la llave colgante se enreda en su camisa. Estiro nerviosa y el hilo le rompe un botón. Camino hacia adelante y sin pedir disculpas.
—Tu mujer tiene razón, Paul, disfruta de tu día de casado.
—Mariam… —Su voz grave sacude mi espalda. Fue un murmullo, pero lo escuché.
No me giro. Me dejo guiar hasta sentir un portazo detrás nuestro. O tal vez fueron dos. No estoy segura de nada. Solo sé que estoy en un coche rumbo a algún sitio. Las lágrimas me rebasan los ojos. Soy un ente que solo desea dejar de respirar.
—No podía permitir que siguiera mintiéndote. Hace días que ya no necesita hacerlo.
—¿Qué es todo esto? Por favor… Necesito saber la verdad.
Ya no oculto ni las lágrimas ni el dolor.
—Paul es un miembro de mi equipo. Lleva años trabajando en diferentes pistas que relacionan el mundo de drones con el tráfico de información de nuestras fuerzas militares. Hace tiempo supimos que los chinos utilizaban empresas americanas para hacerse con detalles confidenciales de nuestras operaciones y lugares estratégicos. La misión de Paul ha sido siempre introducirse en las células y ver cuánta de nuestra gente se encuentra involucrada. Hace meses que su trabajo estaba acabado. Al pasar lo de tu tío Simon y su locura por vuestra empresa, decidimos continuar con la tapadera. Ahora, y gracias a tu proyecto, hemos conseguido la información suficiente para

encarcelar a ese desgraciado por muchos años.
—¡Mi hermano es inocente! Él jamás haría algo así. Él no… por favor… no le hagas daño. Haré lo que sea. Blake no…
Las lágrimas ruedan por mis mejillas de forma desesperada.
—Blake Blakmoon lleva años fuera de toda sospecha. Nuestras atenciones siempre se centraron en otro Blakmoon.
—Simon…
—Tú tío tiene un historial demasiado extenso. Cuando salió de la cárcel a espera de juicio, debimos movernos con rapidez para que el contrato con Yan saliese adelante. Necesitábamos pruebas urgentes antes de que se nos escapase. Existen muchas vidas en juego. Simon intentó inmiscuirse y perjudicar a tu hermano. Pensó que, si se deshacía de él, la Agencia caería. Nunca confío mucho en tu maravilloso poder de dirección.
—¿Y mi hermano?
—Él no sabe nada. Está limpio. Paul lleva tiempo investigando sus pasos. Este último contrato con los chinos no necesitaba tapadera. Paul no debió seguir mintiendo. Se lo pedí, pero no obedeció las órdenes. Siempre consideré que no merecías más engaños.
Las lágrimas siguen brotando. Cada palabra esclarecedora rompe aún más mi corazón rematado. Un timador. Paul es un timador. Un farsante que nos hizo creer que era un amigo. Blake no es su amigo y yo nunca fui su amor. Muerdo mi alma para que no chille como loba herida.
—La primera misión de Paul consistió en comprobar el grado de implicación de Blake en la trama.
—Mi hermano ha luchado por crear su propio proyecto. Somos huérfanos desde pequeños. Se ha dedicado a estudiar y trabajar mientras cuidaba de su hermana. Él jamás haría nada que dañase a las personas. Lo juro.
—Como te he dicho, tu hermano quedó libre de toda sospecha hace tiempo. Nuestros informes dicen que se encuentra completamente limpio.
—¿Informes? — John acercó su mano sobre la mía.
—Paul simuló ser su amigo para sacarle información. Nuestro trabajo nos lleva a hacer cosas que no siempre son gratas. Comprendo esa parte del negocio, pero no podía permitir que se riera de tus sentimientos. Tú no formas parte de ningún plan.
El móvil comienza a sonar de forma insistente en mi bolso. Veo el nombre y le doy al botón rojo. El mismo rojo con el que sangra mi corazón.
—Lo siento. Tú no tienes nada que ver con la misión. Cuando te conocí supe que sus mentiras te harían mucho daño. Él debió saber que tú no eres una chica para la diversión. Mariam, quiero capturar a los malos, pero sin costes anexos.
—Costes anexos… —repito deseando despertarme de la pesadilla más larga de la historia.
—Mariam, si acepté tu participación fue porque Paul informó que tu hermano se casaba y no estaba disponible. No podíamos esperar. Mucha gente depende de encontrar a los culpables de la venta de información confidencial. Yo jamás te lastimaría con intención.
—¡Qué información! Mi hermano hace drones para campos de cultivos. Allí no hay nada más que patatas y maíz. Por favor, quiero bajarme de este coche. ¡Deténgase!
Sostengo mi cabeza antes de ponerme a llorar sin control.
—Las imágenes que guardan los drones pueden contener algo más que fotos de patatas y mazorcas de maíz.
—¿Por qué? —Digo atragantada antes de continuar —. ¿Por qué me mintió?
—Eres preciosa y él es un hombre. Imagino que no supo ver el inmenso valor que llevas dentro

de esa preciosa fachada.
Me cubro los ojos intentando detener las lágrimas que se desparraman entre mis dedos. Si al menos fuese una parte de la misión. Si fuese un peón necesario en la partida, quizá así, me sentiría menos utilizada. Pero no lo soy. Soy la niñata rubia atontada a la que el casado llevó a su cama. Un polvo agradable y pasajero.
—Mariam, la operación sigue en pie, nuestros trabajos con la empresa de Yan siguen adelante, sin embargo, tú y tu hermano, quedáis libres. A partir de ahora seremos nosotros quienes sigamos las pistas de los drones. Tú tío estará entre rejas en muy poco tiempo.
—Ella… ¿Tú la conocías? ¿Sabías que era su…?
—Sí. Comprendo tu dolor y juro que le rompería la cara si pudiera. Es un buen agente. Jamás imaginé que se pasara el tiempo con una chica como tú. En verdad lo siento.
—¿Una chica como yo?
Repito consciente del significado de esa afirmación. ¿Una niñata enamorada de su amor imposible?
Paul era la manzana alta en la copa del árbol. Pensar en que yo significase algo en su vida fue mi mayor estupidez. Lo busqué y creí que lo había conquistado. Me creí superior a esas tantas con las que siempre lo he visto. ¡Dios! En estos cuatro años que lo conozco yo no he sido la única infidelidad.
—Mariam, si puedo ayudarte en algo.
—¡Alto!
El taxista se llevó tal susto que clavó frenos. Lucho con la manilla para poder bajar.
—Te llevo a casa.
—¡No! Quiero caminar.
—Estamos lejos, no puedo dejarte en este estado. Eres mi responsabilidad.
Al ponerme en pie contesto con las pocas fuerzas que me quedan. Siento que la suave brisa de la acera choca con mi cuerpo. Estoy destrozada. El dolor es tan fuerte que el oxígeno me abandona.
—Tú no eres responsable de nada. Agradezco que me contaras la verdad. Tarde o temprano la sabría —digo con medio cuerpo fuera—. Ellos…
—Mariam, son una pareja. No puedo decir más de lo que he visto.
—¿Qué has visto?
—Mariam…
—¿Qué has visto? Por favor.
—Sarah ama a Paul. Ella siempre ha estado en las reuniones de parejas que hemos hecho.
El corazón partido en trocitos desiguales cae al suelo y es pisado por los coches que pasan por la avenida.
—Tengo que irme.
Recojo el bolso a los tirones y bajo tambaleándome. Camino. Cruzo la calle con tal rapidez que los gritos de John y de un conductor enfadado quedan atrás junto a mi felicidad destruida.
Los primeros pasos son rápidos, los siguientes son los mismos que los de una liebre apaleada. Corro contra el viento. Las lágrimas me obnubilan la vista. Sigo y sigo hasta que el tacón enganchado contra la tierra de un parque me hace caer al suelo. Con el rostro pegado contra la húmeda tierra una señora se me acercó preocupada.
—¿Linda, estás bien?
—Me ha mentido —confieso a la mujer como si la conociera de toda la vida —. Quiere a otra. Me ha mentido…
Sigo llorando ante una desconocida que me abraza envolviéndome en el centro de su pecho.

Aferrándome a su camiseta los espasmos de las lágrimas amontonadas me cortan la respiración. Vuelvo a estar sola. No tengo a nadie especial. Soy una mujer desolada preguntando a la mano que la sujeta, ¿por qué?

—Pasará… Soy lo suficientemente vieja para asegurarte que pasará. No existe mujer que no conozca el dolor de una puñalada por la espalda.

Sentada en el suelo húmedo no me muevo. La mujer tampoco me suelta.

Soy la niña huérfana a la que han vuelto a encerrar entre los barrotes de la soledad.

Dolor

Intento parecer más calmada de lo que estoy. Llevo horas intentando calmarme y hasta creí haberlo conseguido. No fue hasta que Matilda abrió la puerta de la casa de su hermana cuando mis fuerzas se derrumbaron en sus brazos.
—¿Mi niña? ¿cómo has llegado hasta aquí?
Me sentó en un sofá y me cubrió el cuerpo destemplado con una manta en formato patchwork. Aunque el clima es agradable, el calor de la manta es una sensación que agradezco.
—Bebe. Es una tila. Te hará bien.
Trago de forma autómata unos sorbos antes de verla sentarse en una silla. Nuestras miradas se cruzan y las interminables lágrimas regresan.
—Está casado —digo agotada.
Matilda frunce la frente arrugada.
—¿Casado? ¿Cariño, quién está casado?
—Paul está casado. Él me ha mentido.
—Eso no es posible. Tiene que ser un error.
Ella acaricia mis cabellos revueltos.
—No lo es. Lo he visto con mis propios ojos. Se llama Sarah y llevan siete años juntos.
—¡Siete!
—Siete.
Dejo la taza en la silla para cubrir el rostro con las dos palmas. Mis ojos son incapaces de contener tanto sufrimiento. Matilda está demasiado shockeada como para articular palabra.
—¿Estás segura de lo que dices?
—Completamente.
Relato lo de su trabajo como agente. Todo lo que John me contó sale de mi boca como cuando vomitas comida basura.
La buena de Matilda arruga la nariz. Escuchar de mis labios que Paul entró en la empresa de Blake para espiarlo consigue sumar más leña al fuego de su indignación.
—¿Qué voy a hacer? ¿Cómo voy a decírselo a mi Blake?
Matilda inclinó la espalda hacia mí para sujetar sus manos en las mías.
—Creo que no debes decírselo. No por ahora.
—¿Me estás pidiendo que mienta? ¿Justamente tú? ¿La mujer que nos castigaba por no confesar el autor del robo del helado de cookies antes de comer las verduras?
—Esa siempre fuiste tú.
—¿Lo sabías? —Inspiro tragando las lágrimas que se me escurren por la nariz.
—Por supuesto. Tú hermano era el de strawberry cheesecake. Y jamás os castigué. Solo quería que fueran sinceros.
—¿Y ahora me pides que mienta?
—Cariño, ¿cómo piensas que reaccionará Blake cuando descubra que Paul mintió con respecto a su amistad? Y no digamos nada si descubre que lleva quince días viviendo contigo.
—Lo matará…
—Además de cancelar su boda.
—¡No! Eso no puede pasar. ¡No me lo perdonaría! Él adora a Sofía, ella es el amor de su vida. La buscó durante años. Matilda… eso sería una desgracia.
—Lo sé cariño, pero Paul es su padrino. Todo esto lo descolocará. Sabes como es Blake, necesita tenerlo todo bajo su control. Mi niña, no sabes lo mal que me siento por pedirte esto, pero

deberemos esperar el momento adecuado. Mientras tanto yo estaré a tu lado, jamás te dejaré. Lloraremos juntas.
—Paul es su padrino de bodas. No puedo permitir que siga engañándole. Es un farsante mentiroso. No merece acompañar a Blake en su día más importante.
—Me temo que eso lo tendrás que solucionar tú.
—¿Yo? ¿Y cómo voy a hacerlo?
—Hablando con él y pidiéndole que se niegue a ser su padrino.
—Yo no quiero hablar con él. No quiero volver a verlo. Quiero que desaparezca de mi vida y de mi corazón. Quiero que muera de mis recuerdos. Quiero que…
—Para enterrarlo primero deberás matarlo.
—No soy tan valiente —confieso resoplando dolor—. Además, la cárcel es muy fría. Ya sabes lo mucho que sufro en invierno.
—Cariño… —los brazos de Matilda me envuelven como una madre. No, estoy equivocada, ella es mi verdadera madre.
—No puedo volver a verle. No tengo fuerzas para aceptar la realidad.
La mujer pensó durante largo rato antes de ir a por mi bolso.
—Busca en el aparato ese el primer vuelo disponible.
—¿A dónde?
—A Madrid. Nos vamos.
La mujer resopla antes de meter la mano en el bolso y sacar mi móvil. Treinta llamadas perdidas. Todas son de Paul.
—Vamos, borra eso y busca el primer vuelo que haya. Tenemos que irnos.
—¿Estás loca?
—Nos iremos juntas. Yo tengo las maletas hechas y tú las preparas en diez minutos. Según has dicho el contrato con el chino está firmado. La empresa de tu hermano no corre peligro. Según dijo ese teniente, ni tú ni Blake tienen nada que ver con esa trama. ¿No es así? Ambos están libres de todo mal.
—Fue lo que dijo.
—Entonces nos vamos. Paul no va a seguirte. Seguramente invente una excusa y no se presente en la boda. Es cuestión de tiempo que termine desapareciendo de tu vida y la de tu hermano. Al ver que te has ido sabrá que su tiempo de jueguitos mentirosos han terminado.
Lloro nuevamente ante la sincera verdad.
—Cariño, la distancia enfría volcanes. Hazme caso. Debemos irnos cuanto antes —. Sus manos extienden el IPhone hacia mi cara—. Cambia el vuelo y vayámonos cuánto antes. Tu hermano y Sofía estarán encantados de vernos. ¿Mi presencia sigue siendo una sorpresa?
—Sí. No saben nada —digo aceptando el móvil con mis manos húmedas.
—Bien, entonces busca el primer vuelo. Nos vamos a Madrid. Tu familia y la gente que te quiere te esperan. Aquí ya no haces nada.

Paul

—¡Dónde está!
—No sé de qué me hablas.
Cientos de papeles comienzan a volar por encima del escritorio. Si no habla no me conformaré con las carpetas. Mis puños rodarán hasta que me diga dónde está ella.
—Sabes perfectamente de lo que hablo. He custodiado su casa durante dos días. El encargado dice que la vio marchar con maletas. Voy a preguntarlo una única vez. ¡¿Dónde está?!
—¿Una única vez? ¿Me estás amenazando?
El teniente se pone en pie. Sabe que me tiene sujeto por los huevos. Cualquier acto de insubordinación significaría mi expulsión del ejército.
—¿Estás seguro de que es lo que quieres? —Se quita la chaqueta con exagerada lentitud.
—Dime dónde está o te arrancaré la información a golpes.
—No tengo ni idea, y si lo supiera, te enviaría al extremo opuesto.
—¡Maldito hijo de puta! ¡No tienes ningún derecho!
Nuestros gritos debieron llamar la atención de mis compañeros, porque antes que mi puño le alcanzara la cara, fui detenido.
Liam y Oliver me sujetaban por los hombros. James y Noah lo retienen por los codos.
—Eres una vergüenza para el cuerpo. Tus principios son basura. No mereces estar con nosotros.
—Lo haces porque te la quieres follar.
—¡Y tú lo has hecho sin importar que le estabas jodiendo la vida! ¡Ella no se lo merece!
—Qué sabes tú lo que ella merece. ¡Soltadme!
—John, es el teniente… —dice Liam, asegurándose de que comprendo la consecuencia de mis puños—. Soltadme. No voy a lastimarle.
Los chicos nos soltaron, aunque permanecieron atentos.
—Vete. Termina la misión. Desaparece de nuestra vista. Tenerte en el equipo es una deshonra para el cuerpo. Mi gente no se aprovecha de jovencitas inocentes. ¿O lo que más te molesta es que te haya desbaratado los planes? No sabes cuánto lo siento.
Niego mientras camino de un lado a otro. Tengo que encontrar una solución. Debo saber dónde se encuentra.
—¿De qué planes habla el teniente, Paul? —Liam preguntó mirándonos uno a otro.
—¿No lo sabéis? Veréis —dijo sentándose tras su inmenso escritorio de roble macizo—. El agente Paul Martinez ha utilizado a la hermana de su objetivo para conseguir un puesto en la empresa de su hermano.
—Ese es su trabajo —respondió Oliver.
—Infiltrarse, sí, seducir a su hermana para quedarse con un puesto directivo y así poder abandonar su trabajo en el ejército, no.
—¡Eso es mentira!
—¿Mentira? ¿Vas a decir que no pensabas abandonarnos? Mis sospechas se confirmaron hace unos días. ¡Tus actos te delatan!
—¡¿Qué actos, teniente?! Paul es un gran agente. Mi vida ha estado en sus manos muchas veces. Y aquí sigo vivo.
—Pues cuida que no se acerque a tu chica. Le gusta usar estrategias para engatusar y conseguir lo que quiere.
—¡Cerdo mal nacido!
—Y lo dice el que usó a una muchacha ingenua y buena para conseguir un puesto de trabajo.

—¿Es eso cierto?
Oliver, mi compañero en demasiadas misiones, parece defraudado.
—¡Por supuesto que lo es! Una vez se marchase sería un ejecutivo de altos ingresos. Cuando ya no necesitara de Mariam le confesaría su matrimonio con Sarah, después de todo, ya tendría lo que buscaba.
—Mariam es… —Oliver apenas podía hablar.
—Sí, la muchacha que traje hace dos días a la fiesta de familias.
—Joder…
Mis compañeros se alejan a los lados de la oficina sin mirarme. Soy la vergüenza del equipo. Nuestros valores son el principio de nuestra vida. Sin honor no existe destino.
—Martinez vete de aquí. Líbranos de tu presencia.
El teniente habla con los ojos inyectados en sangre.
—No voy a irme.
Sonríe sin ganas. Ninguno de los dos quiere seguir viendo la cara del otro, pero no puedo hacer otra cosa. No puedo renunciar.
—Por supuesto, lo comprendo, cuando su hermano se entere de los usos que le diste a la muchacha tus esperanzas de ejecutivo adinerado se habrán disuelto. Sal de mi oficina. Pedirás tu traslado, te harás aviador o te morirás, pero me librarás de verte la cara. Lo que sea con tal de no asquearnos con tu presencia.
Golpeo de un puñetazo una estantería antes de salir. No puedo defenderme. ¡No puedo!
—¡Paul! —Liam me detiene en mitad del campo de entrenamiento rumbo a la playa de aparcamiento —. Hermano, defiéndete de toda esta absurda tontería. Todos sabemos que es mentira. El teniente se equivoca. Regresa y defiende tu honor.
—No puedo. Él ha dicho la verdad.
Acelero dejando a Liam sin palabras tras el humo de mi coche.

—¿Vas a seguir bebiendo?
—¿Es un bar no?
—Uno de recreo y buenas costumbres. Los de emborracharse como una cuba se encuentran al otro lado de la ciudad.
—Sírveme otra —estiro la jarra pensándolo mejor. Cerveza es poco para mi cuerpo. Necesito algo capaz de tumbar a un oso —. ¡Olivia! Prepara uno de esos cócteles de mierda asquerosa que se te dan tan bien.
La muchacha me observa desde la barra frunciendo la mirada. Me importa poco sus sentimientos heridos. Adam le niega con la cabeza.
—Mi dinero es tan bueno como el de cualquiera. O le dices que me prepare una copa o me voy a otro sitio.
Olivia se acerca a la puerta mientras Adam se marcha para regresar con dos botellines.
—Esta va por cuenta de la casa.
—Quiero esas mierdas con alcohol de quemar que prepara tu chica.
—Si no dejas de ofender el trabajo de Olivia te vas a ir a casa calentito, y no por causa del alcohol de los cócteles.
—Si no me atienden me voy —intento ponerme de pie—. Me quedo —digo sentándome nuevamente. Olivia dice algo a su chico al oído antes de marcharse y cerrar la puerta del local con llave.
—¿Qué hora es?

—La suficiente para que te encuentres en coma etílico. Siempre tuve dudas sobre tu acuerdo con el diablo para no caer muerto en una taberna.
—Debo irme. Es tarde. Puede que haya vuelto.
—¿Tarde para qué? ¿Se puede saber qué pasa?
—Ella se ha ido.
Adam estira las piernas antes de beber un sorbo interminable. Su silencio me obliga a quitar la chapa de mi botellín y acompañarle.
—¿Qué has hecho?
La mueca de la sonrisa me sale sin ganas.
—Das por sentado que fue mi culpa.
—Por supuesto. Vamos, dime, ¿qué ha pasado?
—El teniente de mi unidad se lo ha contado todo.
—¿Cómo? ¿Eso es posible?
—Al parecer sí.
La chimenea arde con la intensidad de unas brasas avivadas durante toda la noche. Siempre me ha gustado ver el fuego elevarse por encima de los leños. La llama alta y entusiasmada perdiéndose en su búsqueda del cielo. El calor emanado de la intensidad de su ferviente deseo. Ardor abrasante que quema hasta el dolor. Llamas doradas y azules envolviendo el aire. Mechas de cabello rubio y destellos de mirada verde intensa como ella segundos antes de amarme…
—¿Por qué?
—Se la quiere tirar. Desde que la conoció no ha dejado de perseguirla.
—Es una chica interesante.
—¿Tú también?
—Baja esa mirada de lobo asesino. Amo a mi Olivia. Lo único que quiero decir es que, aunque es muy atractiva de físico, su seguridad e inteligencia le hacen ganar mil puntos extras.
—Y divertida, y fresca, y comprensiva.
—Y está enamoradísima de ti. Lo vi cuando la trajiste esa noche. No te quitaba ojo. Eras el único hombre que le interesaba. Yo no me preocuparía por el teniente.
—La ha llevado a la reunión de grupo familiar.
—¡¿Qué ha hecho qué?!
Bebo medio botellín de cerveza de un tiro. Revivir el momento me despedaza.
—Quería que ella comprobara por sus propios ojos la mierda que soy.
—Pero ¡por qué!
—Imagino, como tú dices, que él también pudo ver lo que ella sentía por mí. Celos, envidia, yo que sé. Lo cierto es que la llevó y le presentó a Sarah.
—Joder…
—Se ha terminado. La he perdido.
—Cuéntale la verdad. Habla con ella. Es una chica inteligente, estoy seguro de que lo entenderá todo.
—¿De verdad lo crees? Ni yo soy capaz de comprenderlo.
—No tienes nada que perder.
Escuchar en boca de Adam unas débiles palabras de ánimo reviven mis esperanzas necesitadas.
—Se ha ido. El encargado la ha visto marchar con maletas. Nadie sabe dónde está. No contesta mis llamadas ni responde mis mensajes. Mañana serán tres días sin verla. Creo que si sigo así voy a volverme loco.
—Piensa en el lado bueno, si se marchó con maletas quiere decir que no se está retozando con el

teniente.
—Tus conclusiones me abruman —termino el botellín de un segundo trago —. En estos momentos odio mi resistencia al alcohol. Desearía estar inconsciente en el bordillo de una acera y esperar medio muerto a que un barrendero me mate con un cepillazo en la cabeza. Sería una muerte digna para una basura como yo.
—Deja de compadecerte.
—No me estoy compadeciendo. Solo busco formas dignas de conseguir un colaborador para mi suicidio.
—Eso se llama asesinato. Y yo siempre estoy dispuesto a hacerlo. Tú por eso no te preocupes. Ahora pensemos, necesitas hablar con ella, pero se ha ido. ¿Por qué no viajas a Madrid con la excusa de terminar tu misión? El teniente no podrá negarse a que te marches.
—¿Y para qué quiero ir a Madrid?
—Para hablar con ella.
—¿Madrid? ¡Madrid! ¡Soy imbécil!
—Eso lo sé desde hace mucho tiempo.
—Ella está en Madrid…
—¿En qué otro lugar iba a estar? Su hermano se casa en días.
—Tengo que buscar un vuelo cuanto antes.
—Paul —Adam se pone en pie al verme echar la silla hacia atrás —quizás la verdad no sea suficiente. Cuando su hermano se entere de lo que has hecho, ya no tendrás trabajo en su empresa. Tus planes se habrán terminado. Por no mencionar a Sarah.
—No puedo dejarla ir —. Pensar en perder a Mariam me obnubila el cerebro.
—Amigo, te quiero, pero el teniente destrozó tus planes. Solo tienes una oferta para ella.
—No la aceptará.
—No se me ocurre otra cosa.
Adam insistió en que pidiese un taxi, pero no le quedó otra opción que ver como me alejaba caminando. Siento su mirada en la espalda. Sé que no dejará de vigilarme hasta que la bruma de la distancia me cubra.
Ando con el peso del plomo en la punta de los pies. Él tiene razón, aún comprobando que se encuentra en Madrid, ¿qué puedo hacer? Estoy casado con Sarah y no voy a dejarla. Mi propuesta no sería otra que la de una amante con ventajas preferenciales.
Me siento en un banco frío en la oscura noche.
Debo regresar a mi hogar, pero no puedo, no lo tengo. Lo he perdido cuando ella subió al avión. Ella me enseñó que el hogar se encuentra donde reside el corazón. Y el mío late junto al suyo.

Madrinas

—Y cómo no iba a venir. Mi pobre chico estaba que no se lo creía.
Matilda ríe pensando en la emoción que inundó a mi hermano minutos después de verla en el aeropuerto. Ambas, aceptamos con emoción, la efusividad de su abrazo al bajar del avión. El pobre hombre no cesaba de preguntar que cómo había conseguido que la temerosa de Matilda al fin se hubiera subido a un avión. Sosteniendo las maletas de ambas, no dejaba de mirarla. Sofía sostuvo mi brazo durante todo el viaje. Conocedora de la importancia de la mujer en nuestras vidas, mordió sus labios emocionada al ver el rostro de felicidad que inundaba a su chico.
—¿Y ahora dónde está? —Elvira nos sirve un refrigerio antes de sentarnos en una silla.
—Tenía que comprobar que todo estuviera correcto en su traje. No tomaron bien las medidas y estaba de los nervios —Sofía contestó antes de probar su té
—Mi pobre chico salió tan rápido que por poco se le olvidan los zapatos.
—Literalmente. Se los alcancé al ascensor —. Sofía aclara las palabras de Matilda antes de masticar un pastel de nata y sorprenderse de las carcajadas de las presentes.
—Hablando de trajes, yo también tengo que ir a mi prueba —Anthony besa a todos al aire menos a Elvira y a Matilda a la que dedica un caluroso abrazo.
—¿Y tú? ¿Tienes novia?
—Anthony es alérgico al compromiso —contesta Laura a Matilda. La afirmación del apelado causó nuevas carcajadas en todas las asistentes.
El ambiente festivo inunda la pequeña sala de la casa de mi cuñada. Sus amigas hablan sobre el vestido mientras Matilda y Elvira comienzan a comentar historias sobre sus respectivos niños convertidos en mayores.
Ambas poseen esa sonrisilla nerviosa precursora de la creciente necesidad de caerse bien. Elvira, con su delantal de pastelera, invita con una fuente a probar los dulces sin azúcar que horneó especialmente para ellas. Matilda, una vez roto el hielo, ha conseguido en la eficiencia de su dieta alta en verduras como eliminador de colesterol malo, conseguir un tema que tiene absorta a la buena de Elvira.
Sofía suele decir que los colores son parte de nuestra vida. Ella opina que el mundo es un fino lienzo en el que nuestras acciones se pintan a base de brochazos bruscos o delicados. Según ella, todo depende de la intención que se ponga al colorear. Yo, me encuentro lejos de ser una artista, de hecho, creo que si mi madre viviera se avergonzaría de mi desequilibrado don en las artes, sin embargo, basta con mirar esta pequeña sala para notar las intensas pinceladas del rosa amoroso, el amarillo de la comprensión y el azul cálido de la amistad.
—Ven, quiero hablar contigo un momento.
Laura y Karina continúan conversando con las mujeres cuando Sofía me lleva a su habitación cerrando la puerta detrás de nosotras.
—Es precioso. Y te queda fabuloso —hablo antes de sentarme en la silla junto al pequeño escritorio.
—¿Qué cosa?
—El vestido. ¿No ibas a preguntarme si me gusta el vestido?
—¿Tan insoportable estoy?
Me divierte ver a una chica tan decidida y valiente como Sofía dudar hasta de su desayuno.
—Mi hermano te adora y estoy segura de que seréis muy felices. Deja de preocuparte.
—Ahora no estoy preocupada por el vestido —mi rostro la hace dudar—. No mucho.
—Entonces, ¿qué pasa?

—Eso es lo que quiero saber. Desde que bajaron del avión me has estado esquivando.
—No sé de qué hablas.
—Mariam, vamos a ser hermanas, puedes confiar en mí. Me lastima tener que recordártelo.
Su sinceridad cariñosa envuelve mis manos con un calor confiable. Las lágrimas que llevaba escondiendo llenaron mis pupilas.
—Cariño, ¿qué pasa? ¿es por Paul?
—¿Cómo lo has sabido? —Aspiro el principio de mi llanto.
—Mi vida —dice secando mi rostro con sus dedos —no pensarás que me he creído eso de su malestar de hígado y su próxima operación de cólicos.
—Blake se lo creyó —el miedo me sube por los hombros —. ¿Lo creyó?
—Sí. No estaba muy seguro, pero me encargué de convencerlo. Algo me decía que necesitabas coartada.
—Gracias.
—Ahora cuéntame. ¿Dónde está Paul y por qué no habéis venido juntos? La última vez que hablamos dibujaban corazones en el aire.
—Todo fue una mentira. Paul no me quiere. Nunca lo hizo.
—¿Qué?
Miro a la puerta comprobando que está cerrada.
—Matilda me hizo prometer que no diría nada hasta después de la boda. Lo siento, yo no quería estropear los preparativos, puede que ella tenga razón.
—No seas tonta, tú no estropeas nada. Matilda habrá pensado en la reacción de Blake y por eso te habrá aconsejado que no hables. Yo no soy él.
—Mi hermano no puede saber nada. Si se llegase a enterar estoy segura de que lo buscaría para matarlo.
—Si no me dices que te hizo lo mataré yo misma. Dime que no te ha hecho daño.
—No del tipo que tú piensas. En eso él fue muy dulce, y cariñoso, y…
El ahogo corta mis palabras.
—Mariam, cariño, ¿qué ha pasado? No entiendo nada.
—Paul es… el está… —Sofía estira el cuello esperando las explicaciones se destraben de mi garganta —. Está casado.
Al decir las palabras observo los detalles que llenan la habitación de Sofía. Revistas de viajes, tarjetas de invitación y retazos de telas de colores se dispersan por el escritorio. En una hilera se encuentran los menús, en el otro los planos de mesas, junto a un montón de temas musicales. Preparativos hechos por una pareja enamorada que desea compartir toda una vida juntos. Un matrimonio cargado de noches de amor. Un compromiso como el que Paul una vez hizo con ella…
El calor se intensifica en mis pulmones.
La habitación se inunda con los preparativos de una boda deseada. Una como la que seguro él tuvo con su Sarah. ¿La llamará así? ¿Le dirá mi Sarah?
Todo lo que se encuentra en esta habitación lo vivió, un día, junto a ella. Junto a la mujer con la que soñó compartir el resto de su vida.
La respiración se me entrecorta y la habitación comienza a girar. La lámpara, la mesa, el suelo…
—Diles que se detengan. Me estoy mareando.
—Te tengo. Tranquila. Respira profundo. Respira.
Sofía abre la ventana dejando que el aire fresco alcance mis pulmones.
—Es un ataque de ansiedad. Toma aire e infla el estómago. Así, lo haces perfectamente. Cuando

murió mi abuela fui a clases de control del pánico con el Sensei Anselmo. Él me lo enseñó.
—Un día tendré que conocer a ese tal Anselmo —digo aceptando la botella de agua que tiene en la mesilla de la misma marca que bebe mi hermano.
Seguramente ese sea su lado de dormir. Paul seguramente también tenga su lado, en la cama que comparte con ella. Junto a la mujer con la que una vez diseñó una boda, una vida incluso…
—¡Ahogo! ¡Ahogo!
—Respira profundo. Despacio. Eso es…
—¿Hijos? ¿Tendrá hijos? ¡Sofía! ¿Tendrán hijos?
—Respira. Vamos, llena la tripa con aire. Mariam, por favor cariño, intenta tranquilizarte o tendré que llevarte a un hospital.
—Estoy bien… estoy bien…
Respiro cien veces inflando el estómago cuando al fin consigo ahogar mi ansiedad.
—Estoy bien. No te preocupes.
Sofía se sienta sobre el colchón.
Con lentitud comienzo a explicar todo lo que sé.
Nuestros días de amor dulce, el paseo por el parque y nuestra primera vez. Con Sofía no siento vergüenza. Ella me invita a la confianza.
Concentrada, escucha la totalidad de mi historia. En el más absoluto de los silencios la veo fruncir los labios cuando relato la parte de mi encuentro con esa mujer.
—... entonces Matilda dijo que debíamos venir cuanto antes. Yo no era capaz de pensar.
—Hicieron bien —me siento en el colchón junto a mi cuñada. Ella me abraza por los hombros.
—Ya no puedo más. Soy una hoja seca y pisoteada. Siento un vacío tan profundo que me ahoga. Quiero olvidarlo, pero solo consigo recordarlo más. ¿Por qué tuvo que pasarme esto? Yo solo quería… yo solo lo quería…
Sus brazos me envuelven con fuerza materna. Segura, potente y cariñosa.
—No lo sé cariño, te juro que no lo sé. Lo único que puedo asegurarte es que no lo mereces.
—Blake… él no puede saberlo. No hasta después de la boda. No me perdonaría estropear vuestra boda. Por favor. Necesito que me lo prometas. ¡Promételo!
Los nervios por haberme ido de la lengua me alteran.
—No diré nada. Pero después de la boda deberás contárselo tú misma. Merece saber la verdad.
Paul es su mejor amigo. O por lo menos él así lo considera. Dios, a estas alturas no sé quien es quien.
Sofía continuó acariciando mis cabellos mientras agotada de tanto llorar me recuesto en su cama. Sus dedos me acunan regalándome algo de paz. Como una niña me entrego a sus delicados cuidados. Ahora tengo una hermana.
—Gracias —susurro antes de cerrar los ojos.
—Duerme cariño, ya estás en casa. Nosotros cuidaremos de ti.
Sus palabras me cobijan mientras Paul se desvanece en la oscuridad de mis sueños custodiados.

No vuelvas

—Entonces fue cuando se puso a correr como un loco. Subía y bajaba escaleras con la niña detrás.
El comentario de Matilda captó el total interés de mi cuñada.
—Esa niña quería violarme y yo estaba enamorado de mi Love.
—Sofía no estaba con nosotros. Ella llegó después.
Matilda aclara con una inmensa sonrisa.
—A veces olvido que tú conociste a mi madre. ¿Puedes decirme cómo era?
—Lo siento cariño, jamás la vi. Cuando llegaste a casa la señora te acogió como a su hija. Los padres de mis chicos te adoraron y sufrieron mucho cuando te marchaste. La señora sufrió tu pérdida como la de una hija. Pero jamás tuve oportunidad de hablar con tu madre.
—Pero, ella fue la que llamó a mi abuela. La madre de Blake ya no me quería con ellos.
Blake aprisiona la mano de su chica con ternura.
—La depresión es una enfermedad muy dura. Ella sufrió mucho. El tratamiento fue duro. Al sentirse mejor quiso encontrarte, te lo prometo, yo misma estuve preguntando a conocidos, pero tu abuela se marchó sin dejar pistas. En cierta forma los padres de Blake y yo lo comprendimos. Tenías derechos a vivir una vida con tu verdadera familia.
—Mi madre también era mi familia, sin embargo, prefirió venderme.
—Las historias se construyen con muchos puzles, quizá nunca sepamos todas las razones que la llevaron a dejarte. Es mejor amar a los que tenemos que sufrir por aquellos que nos resultan desconocidos.
El silencio se situó en la pequeña sala que tengo como apartamento. Los platos vacíos de una cena comprada indican el fin de una velada familiar.
Consciente de los nervios establecidos en la parejita, decidí que la cena fuera en mi casa.
—Entonces, ¿la niña consiguió violarte o durante cuánto tiempo estuviste huyendo?
Las tres lanzamos unas sonoras carcajadas ante la pregunta de Sofía. El timbre se puso a sonar y me pongo de pie para contestar.
—Debe de ser el vecino de enfrente. Siempre le falta algo. Un día le hago la compra en el súper y se la dejo en la puerta.
—¿Es guapo? ¡Seguro quiere ligar contigo!
Las insinuaciones de Sofía se quedaron tras de mí al abrir la puerta.
—¿Tú?
Apenas soy capaz de hablar. Paul se encuentra, con una bolsa de viaje inmensa y de color verde militar, sobre el hombro
—Tenemos que hablar.
—¿Quién es?
La voz grave de Blake se acerca grave y curiosa.
—La portera. Quiero decir, el portero. Un minuto. Necesito un minuto.
Contesto cerrando la puerta tras de mí.
—Tienes que irte. No puedes entrar.
—No pienso irme hasta hablar contigo.
—Eso es imposible. Dentro está mi hermano. Él no sabe nada. Tienes que irte.
—Me quedaré y hablaremos cuando él se vaya.
—No lo entiendes… Mentí. Dije que estabas enfermo.
—Entonces ya estoy curado.

—Por favor vete. Entre nosotros está todo dicho.
Agacho la cabeza. Si lo miro me convertiré en una insensata que solo piensa en perder el tiempo perdonándolo.
—Escucha, no pienso irme de aquí hasta que me hayas escuchado —sus manos sujetan mis hombros con fuerza.
—Tu hermano pregunta si… Ay madre. Paul. Eres Paul —. Sofía abre la puerta para volver a cerrarla tras ella.
—Esperaré fuera hasta que estés sola y podamos hablar. Me quedaré en esa escalera y pasaré la noche allí sentado si hace falta. Pero no me iré.
Paul subió un par de escalones para ocultarse tras la oscuridad del rellano.
—Si Blake lo ve comenzarán a discutir y yo no estoy preparada para esto.
—Tranquila. Yo me encargo.
Ambas entramos y cerramos la puerta. Sofía fue la primera en acercarse a Matilda y hablarle al oído mientras Blake llevaba platos sucios a la cocina. La mujer abría los ojos con cada confesión recibida a su oído.
—Mi niño —dijo con su ternura habitual—te importaría si volviésemos a casa. Estoy agotada.
—¿Sin tomar helado? Compré tus sabores preferidos. Y son sin azúcar.
La mujer se quedó en silencio.
—La verdad es que yo también quiero ir a casa —Sofía comentó con rapidez.
—¿Qué pasa? ¿Te encuentras mal?
—Estoy un poco revuelta.
Ver la preocupación de mi hermano al acercarse a Sofía me hace sentir fatal. Está sufriendo por una mentira que yo la estoy obligando a representar. A decir verdad, no yo, sino Paul.
Dios… está fuera. En la escalera. Ha venido. ¡Ha venido!
Mi corazón se revuelve en un oleaje irrefrenable de sentimientos.
—Solo es un mareo tonto y sin importancia.
—Nos vamos al hospital.
—Es solo un mareo. ¿Podemos volver a casa? Mañana nos espera otro día agotador.
Mi hermano se mueve con rapidez buscando la cazadora vaquera y el bolso de Sofía antes de sostenerla por la cintura. Aunque ella no deja de repetir que se encuentra bien él no la suelta. La imagen emociona mi fibra sensible.
—Nos vamos —Sofía dice dándome dos besos.
—Espero te mejores.
—Mañana a primera te llamo. Seguro me encuentro mejor y podemos hablar de eso que tenemos que hablar.
Blake no se contiene y en lugar de despedirse de mí, besa en la mejilla a su novia. Mi hermano es un lindo tonto enamorado.
—¿No vas a decirme de qué va esa conversación tan secreta entre tú y mi hermana?
—Cosas que no podemos contar antes de…
—Lo sé, el día de la boda. Cuando esto pase se acabarán los secretos.
—¿Y las visitas a los strippers en calzoncillo también?
—Esos los primeros. Ves Matilda, no hace más que reírse de mí. Qué clase de matrimonio me espera.
—El más divertido —contestó la mujer viéndolos salir por la puerta—. Mereces lo mejor. No aceptes menos —dijo a mi oído antes de darme dos besos y también salir por la puerta.
Con un brazo en Blake y otro en la barandilla, la mujer comenzó a bajar lentamente las escaleras.

Al perderse las voces por el hueco, una figura alta de cabellos rubios desalineados apareció de entre las sombras.
—Pasa —digo antes de cerrar la puerta y prepararme para lo que no deseo.

Explicación

Si los momentos se dividen en buenos o malos estos minutos serían un el Frankenstein de las emociones. Preludio de la felicidad extrema y la desdicha más intensa.

El cuerpo me golpea desde dentro para lanzarse a sus brazos y perdernos en ese amor que creí real. El dolor, sin embargo, golpea puertas y ventanas negándose a que vuelva a entrar.

Me acerco con la seguridad de las marmotas. No puedo mirarle a la cara. Su rostro sigue siendo una obra, profundamente amada.

La inmensa bolsa cae al suelo. Veo sus zapatillas acercarse lentamente.

—Mi dulce amor…

El dedo áspero bordea mi mejilla. Me alejo como el insecto al repelente. No soy tan valiente como para no aceptar la más imbécil de sus mentiras.

La mano queda en el aire acariciando la nada. La sala se nos vuelve pequeña. Las dudas me obligan a caminar sin sentido. Una silla mal colocada sujeta mis temblores.

Mil mentiras por un momento de calma, mil penas de amor por un beso sincero, mil sueños por un despertar negando lo que he vivido...

Leyendas, libros, películas y post grabados de forma apurada, ninguna de ellas es capaz de acercarse a la pena que arde y quema mi interior. No, el amor no se encuentra en el alma como ser intangible. No es etéreo. El amor es la carne. Es materia apasionada que crece y desgarra. El amor es la sangre nerviosa que circula por las venas excitadas y se esconde en la boca humedecida. Es el calor ardiente que viaja por el estómago contraído y refresca los pulmones excitados. El amor es esa vida, tan real y palpable, como el desgarro que siento al saber que lo he perdido.

Llevo días llorando.

Mis lágrimas son tan repetitivas que han conseguido renacer y volver a hundirse en mi dolor. No, el alma no alberga los sentimientos. El amor es la piel que cubre la carne, pero también la sangre ardiente que abre llagas lacerantes.

Acerco la palma temblorosa a mis ojos. La dignidad me suplica que no llore en su presencia. Las gotas de lluvia se escuchan crepitar contra la ventana. O tal vez solo sea mi corazón, que, al verle, no puede dejar de llorar.

—Mírame.

—Qué quieres.

—Mírame.

—Tienes cinco minutos.

Mi yo interior se sonríe de su propia desgracia. La frase siempre me ha causado diversión en los artistas del cine. Cinco minutos que se transformaban en horas y las horas en reconciliación abrasante. Que ingenua era… o fui… o me hicieron sentir…

—Por favor.

Sus dedos se aferran a mi barbilla. La mirada azul clara se encuentra turbia. Motas de algo que podría ser pena recubre sus pupilas. Los sentimientos se me revuelven en las entrañas. Todo lo que una vez sentí por él se revela en espasmos repugnantes de rabia. ¿Cuántas veces hicimos el amor? ¿Cuántas lo hizo con ella? ¿Dónde estaban escondidas, en esos momentos, sus motas de pena? ¿Qué otra mentira las cubría?

Me gustaría golpear su interior. Lastimarlo y que sufra la mitad de todo el dolor que me rompe desde dentro. Quiero ver como se derrumba y despedaza de la misma forma en la que yo lo estoy haciendo. Deseo escuchar el mismo crujir con el que hoy late mi corazón.

—Di lo que tengas que decir y vete.
—Te quiero.
La mano firme continúa en mi barbilla. Me revuelvo en mi propio temblor liberándome de su agarre. Las lágrimas no solo iluminan mis pupilas. Ellas rebalsan en cascadas lastimosas de dolor.
—Cómo puedes ser tan cínico. ¡Me has mentido! ¡Todo fue una mentira! Lo sé todo.
—Si lo sabes todo, entonces sabrás que te quiero más allá de lo explicable.
—¡Mentira! ¡Eres un mentiroso! Te burlaste de mis sentimientos. ¡Solo buscabas encontrar tu propio provecho!
Seco mi rostro con movimientos rápidos y nerviosos.
—Tu día a día consiguieron enamorarme. Eres la chica más dulce y sincera que he conocido jamás. Acariciar tu piel, entrar en tu cuerpo, escuchar mi nombre en tus labios jadeantes, unirnos en uno… Mi amor es tuyo.
Su falsedad supera mil interpretaciones del mejor actor. Su trabajo de agente ha sabido entrenarlo muy bien.
—Me hiciste creer que yo era… —furiosa seco las lágrimas que enturbian mi visión— Esas chicas con las que te vi por las noches… Ellas y yo, todas fuimos lo mismo. Somos los cuernos metidos a una esposa. ¡Tú esposa! Esa que engañas sin descaro. Esa a la que juraste un amor que repartes gratuitamente y sin descaro.
El puñal de mis palabras lo alcanzan y lastiman. La transformación de su seguridad en nerviosismo se hace visible.
—No es lo que piensas.
Sus brazos tensos se mueven con su caminar.
—Seré joven, pero tengo años suficientes como para conocer el amplio repertorio de excusas de los hombres casados. ¡Qué vas a decirme! Ah, sí, ya lo sé. Ella no es lo que necesito. Somos buenos amigos, pero no la quiero como debería. Llevamos años sin tener sexo. Sigo a su lado por los niños.
—No tengo hijos —murmura entre dientes. Su mandíbula tensa no me asusta.
—Tenemos intereses que no podemos romper. No me comprende como tú. Es fría como un hielo…
—¡Ya basta!
Sus cabellos revueltos se mueven con el ímpetu de sus gritos.
—Vete.
—No hasta que me escuches.
—¡No quiero escucharte! No quiero saber nada de ti. No me importa lo que digas. Nos has mentido a todos. Blake te creía su mejor amigo. ¿Cómo pudiste engañarle también a él?
—Tu hermano es mi mejor amigo. Busqué pruebas y conseguí liberarlo de cualquier sospecha. Él es mi amigo. Siempre lo ha sido. Lo juro.
—¿Y yo Paul? ¿Quién era yo en tu juego de detectives? ¿La distracción? ¿el polvo asegurado? ¿la tontita con la que pasar el rato?
—La muchachita que me robó el corazón.
Camino sin poder mirarle. Sus mentiras son inagotables.
—Luché con todas mis fuerzas para no fijar mi atención en ti, pero tú luchaste con mejores armas. Tu primer beso me derrumbó, pero fue el segundo el que me dio la puñalada de muerte. Tu insistencia en la conquista pudo conmigo.
La carcajada sin sonido se detiene en mi pecho.

—¿La culpa es mía por haberte perseguido? Por supuesto, cómo no me di cuenta. La próxima vez que me guste un chico investigaré antes. Dile a tu esposa que lo siento mucho. No volverá a pasar.
—Sarah no tiene nada que ver entre nosotros.
—¿Ah no? ¡Ella es tu mujer! ¡Tu esposa! La jovencita con la que formaste un hogar. La que te espera por las noches con un plato de comida y te llama si llegas tarde. Ella es todo. Y yo no soy… nada. Tú y yo no somos… nada.
Las lágrimas ya no se detienen a pesar de mis mordiscos. La piel de mi rostro es un pantano húmedo y sin esperanzas.
—Eso no es verdad. Tú eres todo. Mi todo. Tú estás en el total de mi cabeza. Llevo días buscándote por todo Baltimore. Mariam, te quiero hasta el dolor.
—¿Dolor? —Mi pequeño valor lo enfrenta y apunta a la cara —. ¿Tú? ¿Sabes cómo me sentí al ver tu mano en su espalda? ¿Tú me hablas a mí de dolor?
—No te miento. Y no te he mentido. Te quiero.
—¡No lo vuelvas a decir! No lo soporto —chillo enloquecida alejándome a la esquina más lejana.
—Querías la verdad. Tengo dos. Tan firmes como mis sentimientos por ti. Te quiero.
—¿Y la segunda reveladora verdad?
Mi ironía rebaza mis intenciones.
—Eres la única mujer de mi vida. La única. Nunca te he engañado. Si me dejaras explicarte...
—¡¿Cómo puedes ser tan mentiroso?! ¿Cuántas ha habido antes que yo? ¿Crees que no lo sé? ¿Crees que no te he visto salir con ellas?
Mis piernas agotadas se dejan caer en el sofá.
—Jamás te he sido infiel.
—¿Qué estás diciendo? ¿Te has vuelto loco?
Alzo la vista para ver su cuerpo alto y delgado doblarse ante mi rostro.
—Mis sentimientos son tuyos. Te quiero a ti. Escúchame…
—Vete. No quiero oír nada que venga de tu boca.
Agacho la cabeza con las manos cubriendo mis oídos. Esto es más de lo que mi resistencia puede soportar.
—No hasta que me escuches.
La cabeza me gira con conclusiones inconexas. Sus palabras de amor poseen tanta intensidad que hasta parecen reales. La misma que los chicos con pareja suelen decir antes de acostarse con otra. Segunda… Soy la segunda…
Él me engañó. ¿Cuántas a las que antes llamé busconas se habrán encontrado con el mismo dolor que yo hoy vivo? ¿Cuántas descubrieron en los cimientos de los engaños el lecho de su propio amor?
—¿Quieres que escuche? ¿Vas a ser ahora? ¿Quieres proponerme que sea tu amante?
La mirada de Paul cayó al suelo barriendo mi corazón aniquilado. Me pongo en pie lentamente.
—Ahórrate la propuesta. No he caído tan bajo como para engañar a otra mujer. ¿Crees que no la vi comerte con los ojos? Estaba orgullosa de tenerte a su lado. Ella te quiere.
—Sarah no sabe lo que siente. Ella no puede hacerlo.
Su voz, que antes era entusiasta, se apaga.
—¿Esa es tu estrategia?
—¿Qué dices?
Su cuerpo se apoya contra la mesa. Su aparente tranquilidad encierra una furia contenida. Lo

conozco. Llevo años alimentándome de su mirada perdida. Sé cuando está feliz. A la comisura del labio se le pone una pequeña arruguita indiscreta. En la frente, el entrecejo se frunce cuando no está de acuerdo con alguien. La ceja derecha se eleva cuando quiere decirme que me desea, y los ojos se le oscurecen en los momentos de pasión.
—Esto no puede ser. Y me da igual si tus explicaciones son verdades largas o mentiras resumidas. No voy a ser tu amante. Y no porque no te quiera. Te quiero tanto —mi palma abierta en su pecho detiene su avance —no soportaría compartirte. La pena de saber que te irías de mi lado para ir con ella me destrozaría. Los remordimientos de saber que le estoy causando a ella el mismo sufrimiento que recibo, terminaría con el respeto que siento por mi misma. Siempre has dicho que yo era mucho más que un cabello o unas piernas, ¿cuánto tiempo seguirás enamorado de mí al verme perder ese interior que hoy te enorgullece?
—Si supieras…
La mano se arrastra por la barba. Busca algo que no puede darme.
—No podemos ser. Y si algo de lo que conocí de ti, fue verdad, tú tampoco podrías.
—Entre Sarah y yo no existe nada. Tienes que creerme —sus manos se aferran a las mías.
—Pero no vas a dejarla. ¿O me equivoco?
Nuestras miradas chocan. Sus manos me sueltan.
—No puedo.
—Deberías irte.
—¿Así de fuerte es tu amor? Decías que jamás me dejarías. Ya veo lo sólidos que eran tus sentimientos.
—¿Cómo te atreves?
—¡Me atrevo! —Se gira para enfrentarse a menos de un milímetro de mi cara. El vaho de su furia humedece mi cara —. Te entregaste repitiendo lo mucho que me querías. Decías que lo nuestro sería para siempre. ¡Tus mentiras no son mejores que las mías!
—No mentí. Voy a quererte siempre.
La furia de Paul se enciende y apaga como televisión descompuesta. La mano callosa acaricia mi rostro. Permito que lo haga. Este será nuestro último recuerdo.
—Quédate conmigo. No me abandones. No puedo darte otra cosa. Pero lo solucionaré. Te quiero. Eres la vida que nunca tuve.
—No puedo ser tu amante.
—Eres la única. Te quiero —su boca se acerca a la mía.
Debería detenerlo.
No tengo fuerzas para hacerlo.
Nuestra necesidad se enciende desesperada. El sabor de su lengua acaricia mi boca salada de tantas lágrimas. Las manos se aferran con fuerza en mi cintura. Nuestros cuerpos nerviosos se restriegan buscando ser ellos quienes solucionen nuestros problemas.
—Dios… te quiero tanto… —El cuerpo duro se aferra al mío. La tensión de su torso golpea mis senos sensibles.
Mi cuerpo responde a su tacto. Mi boca se entrega a su posesión. Soy suya. Siempre lo seré. Pero él no es mío. Él tiene otra dueña.
Extrayendo fuerzas de algún escondite interno, empujo su cuerpo hacia atrás. Paul se niega. Sus besos presionan intentando doblegar mi deseo.
—Por favor… —suplico sin fuerzas.
La boca posesiva desciende por el escote. No me escucha. No quiere hacerlo.
—Por favor —repito sabiendo que mis súplicas caen en el vacío de las intensiones.

—Te quiero. Te quiero… Mi amor… eres mía. Mía…
Sus manos acarician mi espalda dentro de mi camisa. El calor ardiente de sus dedos viaja por mi piel necesitada. Quiero tenerlo. ¿Y después? ¿Quién llenará el vacío de su pérdida?
Mi cuerpo se entrega sin escuchar los pensamientos que rebotan en mi cabeza. Flácida me dejo llevar al pequeño sofá en el que tantas veces imaginé amarnos.
—Te necesito… mi amor…
La boca posesiva vuelve a besarme con rudeza desesperante. Mis manos acarician calmadamente sus cabellos en señal de despedida.
—Soy tuya. Mi amor es tuyo. Pero tú no eres mío. Tienes otra dueña.
La boca que subía y bajaba por mi cuello se detuvo ante la frialdad de mis palabras.
Su cuerpo sobre el mío se aleja mirándome a los ojos. Su pecho sube y baja de forma exagerada. La dureza de su excitación golpea mi entrepierna. El azul celeste de sus ojos son rayos de tormenta. La electricidad me alcanza y quema.
—Mañana hablaré con Blake.
—¡No! Él no puede saber nada. Ahora no.
—Pero tengo que hacerlo. Él comprenderá. Se lo explicaré todo.
—Él va a matarte. Y la boda se suspenderá. Por favor vete, desaparece de nuestras vidas. Es lo mejor que puedes hacer.
—No voy a perderte. Nosotros no hemos terminado —dice acariciando mi rostro—. Lucharé por nosotros. Lo solucionaré. Y vendré a por ti. Lo prometo.
Su boca se acercó a la mía. Un beso duro de apenas unos segundos. Y luego se marchó.
Acaricio la comisura de mi labio mordido. ¿Va a dejarla? ¿Quiere convencerme para que sea su amante?
Presiono con mis manos intentando despejarme cuando veo su bolso en mitad de la sala. Se lo ha dejado en mi casa. Esto es un infierno y yo comienzo a quemarme desde dentro.

Esto es una desgracia

—¡Abran o la tiro abajo!
—¡No! —Gritamos a coro hacia la puerta de la pequeña habitación. Al otro lado los pasos de Blake compiten con los de un toro embravecido.
—Sofía, todo saldrá bien —digo mientras sostengo el lateral del vestido para que no caiga al suelo.
—No es verdad. Todo saldrá mal. ¡Todo! ¡No me caso!
Los labios arrugados aguantan miles de muecas al mirarse al espejo mientras yo miro la puerta. Si Blake vuelve a escuchar algo parecido derribará la puerta a cabezadas. —Cariño, tienes que calmarte. Es solo un botón.
—¿Solo un botón? ¡Solo un botón! Cómo se nota que no es tu boda —. La contestación consiguió molestar a la buena de Laura que se sentó en el colchón junto a Karina que llevaba tiempo en la misma posición.
—Lo siento. No quise decirlo.
La novia desquiciada deja de chillar para ponerse a llorar. Se acerca y abraza a la amiga con la puntilla de los dedos porque bajo ningún motivo el vestido debe arrugarse.
—Ya no puedo más. Esta boda se cancela.
El llanto de Sofía comienza a agudizarse con tanta devoción que los bucles del recogido, tan bien confeccionados por las manos expertas de Rosi, comienzan a desarmarse. Los ataques de nervios también lo alcanzaron a él. Tironear del velo causó daños irreparables en la melena recogida. Si esto no fuese una prueba, y la boda no se celebrase en pocos días, esto sí, sería un completo desastre.
Con la experiencia de las que no saben nada de vestidos de novia, ni de bodas, ni de nervios prematrimoniales, intento solventar los estropicios con ideas poco ocurrentes —. Puede que no usar velo sea una solución. Mira que bonita estás con el cabello suelto. Además, podríamos poner un botón cualquiera y no se notaría.
Presiono la espalda cubriendo el hueco de un lazo que por una razón inexplicable no está.
—Es mi diseño y voy a resolver este entuerto. Conseguiré el dichoso botón o coseré yo misma toda la noche. Tú tranquila —. Laura abrió y cerró la puerta con tanta velocidad que Blake no tuvo oportunidad de entrar.
Me alejo dejando a Sofía frente al espejo. Sus amigas y yo llevamos horas tapando los supuestos problemas con frases optimistas a los que no hace ni el menor de los casos. Y si sus nervios no fuesen razón suficiente como para marcharnos con un pasaje al Congo, detrás de la puerta se encuentra mi hermano que no cesa de amenazar con tirarla abajo.
Imagino que al otro lado los ahogos desconsolados de su novia le hacen imaginar procesos de tortura insoportables. El atontado no sabe que las víctimas somos nosotras.
Cerca de la ventana busco algo de tranquilidad tras las gotas de lluvia que bañan las calles. Un perrito empapado con los pelos pegados al cuerpo busca refugio mientras observa hacia atrás a su dueño que se demora al caminar. El pobre tiembla y salta junto al portal. Desea que le abran la puerta. En el momento en que su dueño, señor octogenario, se acercó con las llaves, comenzó a mover el rabo ansioso ante la salvación milagrosa. Ambos se perdieron tras el cristal rumbo al cálido hogar. Me alegro por él. Mis ojos perdidos imitan la humedad de la lluvia tras el cristal. Soy la soledad que se queda tras el portal. La que ya no espera que la rescaten. Él se fue dejando mi corazón empapado y con los cabellos pegoteados.
—¿Estás bien? Soy una egoísta que solo piensa en mí. Perdóname.

—Estoy bien —miento soplando hacia arriba para secar mi lagrimal —. Esta es tu boda. No vamos a permitir que nada lo enturbie.
—¿Ha pasado algo? —Karina se nos acerca.
—Sí. Soy la peor hermana que pudo pedir.
Las lágrimas le tiñen de negro todo el ojo. Al ver que comienza a rascarse retenemos sus manos por encima de su cabeza. El rímel provocaría en el vestido daños irreparables.
—¡Lo habéis hecho! ¡Tú y Paul! ¡Lo sabía!
Karina se pone a chillar sin soltar las manos de Sofía por encima del tocado.
—¡Cuéntalo todo! ¿Se puede saber por qué no nos has dicho nada? Somos tus amigas.
—Es una historia larga. Preferiría dejarla para otro momento.
Mi rostro de viuda entristecida la hace desistir del interrogatorio. Con los brazos en alto para no mancharse el vestido Sofía comenzó a llorar. Otra vez.
—Todo sale mal. Tiene que ser un anuncio. No me voy a casar…
Al otro lado, los puños de Blake son hachazos.
—Tiene el vestido puesto. ¡No puedes verla! —Karina se acerca apoyando el culo contra la madera para que no la eche abajo.
—¡Me importa un mierda el vestido! Quiero ver a mi novia. ¡Mi novia! ¿Cielo, qué pasa? Estoy volviéndome loco. Háblame…
Sofía al escucharle se pone a llorar con mayor potencia. Estábamos a punto de darnos por vencidas cuando una voz longeva se escuchó entrar en la sala.
—Tú, vete a la cocina.
—No pienso moverme de aquí. Ella está dentro llorando y yo soy su novio.
—Mi niño, vas a irte a la cocina o a la calle, escoge tu destino.
La voz seria de Matilda me devuelve un poco paz. Blake y Sofía han conseguido alocar la poca calma que aún conservaba.
—¡Vosotras al otro lado! Abrid la puerta. El ogro se ha marchado —dice divertida.
Karina obedece y asoma la nariz. Matilda aparece con un costurero en las manos. A su lado Elvira, carga en las manos una bandeja con infusiones y bollitos cargados de azúcar. Laura, a su vez, entra ondeando un lazo blanco.
—¡Estaba caído en el portal! —Chilla con la garganta seca de tanto correr.
—Ayudarla a quitarse el vestido. Tú, enhebra la aguja que yo no —Matilda ordena a Karina que obedece sin rechistar—. Y tú, bebe un poco de té que demasiado has corrido.
Laura se sienta aceptando la taza. La pobre parece haber terminado una maratón.
—Y a esa Rosi, le diremos que tus cabellos deben ir sueltos. Tienes una melena preciosa y que resalta tu rostro ovalado. Estás acostumbrada a verte así y por eso no te gusta el recogido con velo. No terminas de sentir que eres tú misma —comenta quitando las horquillas mientras acerca el delicado velo por la parte alta —. ¿Lo ves?
Las tres sacudimos la cabeza sorprendida. El detalle de su melena al viento con la delicada tela bordeando sus mejillas resalta de forma asombrosa sus ojos almendrados.
—Ahora ponte esta bata y come un bollito de canela. Llevas días sin probar bocado.
Elvira la obligó a sentarse en la cama mientras le daba una servilleta junto a una taza humeante de tila. Agotada por la tensión la novia se dejó guiar. Aunque sus temores no terminaban de aclararse.
—Está lloviendo. No va a parar. Llegaré como un besugo empapado.
—Novia mojada novia afortunada —contestó Elvira sonriente y mirando a la costurera americana que movía afirmativamente la cabeza.

—Mi niña —dijo Matilda levantando la cabeza del hilo—ve con tu hermano. Temo por su vida. Y tú, cierra la puerta —dijo a Karina—. El león puede volver en cualquier momento.
Al salir del cuarto escuché el ruido de las llaves al trancar la cerradura. Respiro aliviada al verme libre de aquella locura.
No traspaso la cocina cuando Blake se lanza a mis hombros meneándome de izquierda a derecha.
—¿Qué pasa? ¿por qué no quiere casarse? ¿se arrepintió? ¿hay otro? ¿ya no me quiere? ¡Habla! Di algo. No te quedes como una muerta.
—Quizás si dejas de zarandearla de un lado a otro pueda hablar. Vas a lastimarla con tanto meneo —Paul apareció tras mi hermano empujándolo para acercarme a su pecho —. ¿Estás bien?
Sus ojos transparentes de cielo claro están limpios y tranquilos. El cabello humedecido por la lluvia huele a limpio. Su rostro no muestra una señal de sufrimiento. Sus ojeras estás despejadas. Sin lágrimas, sin sufrimiento. Yo no he pegado ojo en toda la noche. Llevo kilos de crema antiojeras. Lo odio por estar más guapo que nunca y por no haber sufrido ni una hora nuestra separación.
—¿Qué haces aquí?
—Mi enfermedad no era tan grave como creía. Al final pude venir a Madrid.
Se acaricia el estómago enseñándome que conoce la mentira que inventamos con Sofía.
—Está perfectamente y será mi padrino. Eso si hay boda. Mariam, ¿qué pasa? ¿por qué llora tanto?
La pena de Blake me conmueve. Me acerco a la tetera esquivando la mirada de Paul. Mis fuerzas no resisten tenerlo tan cerca simulando que entre nosotros no ha pasado nada. —Ella te quiere. Y sí va a casarse —mis palabras lo hacen silbar de alivio—. Son solo nervios. Matilda y Elvira han conseguido calmarla.
—Quiero verla —dice intentando ir hacia la habitación.
—No puedes ver a la novia. Ella está bien. Le faltaba un botón al vestido y el peinado se le desmontó.
—¿Por eso lloraba tanto?
—Y que llueve.
Blake cayó derrumbado en una silla.
—Por favor hermanita, me harías un café doble. Creo que no llegaré vivo al final de la semana.
—Ya me encargaré yo de llevarte al altar caminando o en un cajón. Pero tú te casas.
Blake consiguió relajarse con la broma de Paul.
—Entonces vas a ser el padrino —digo con aires de poco interés para no despertar sospechas.
—Por supuesto que va a ser el padrino. Es mi mejor amigo.
—Claro. Es tu mejor amigo —repito entregándole su taza doble de café.
—Lo soy.
No solo tiene la desfachatez de contestar, sino que además se sentó junto a mi con la silla tan cerca que nuestras piernas chocarían si yo respirara. Menos mal que no lo hago.
—Hermanita, con tanto alboroto no te he agradecido todo lo que has hecho.
—Adoro a Sofía. No podría estar en otro lado.
—No lo digo solo por ella. Conseguiste traer a Matilda. Todavía no me lo creo.
—Esa no fui yo. Fueron los somníferos —río recordando los nervios de la mujer al subirse al avión.
—Y luego lo de Paul. Eres la mejor de las hermanas.
—¿Lo de Paul?

Muevo la cabeza hacia el lateral prohibido para mirarlo a los ojos. La ocasión merece el riesgo.
—Se refiere a que como no encontré hotel tú me ofreciste tú sofá por unos días.
—Yo hice eso… claro. Lo hice —la mano me tiembla. Sostengo la taza con los diez dedos para que no se me caiga.
—Deberías buscar en el mismo edificio de Mariam, son apartamentos pequeños pero acogedores. Además, están a dos calles de aquí. Sería un buen lugar para alquilar algo.
—Tienes razón. Después de la boda me pondré manos a la obra.
—¿Manos a la obra? No entiendo. ¿No regresas a Baltimore?
—Hasta que no tengamos el primer pedido prefiero que se quede en Madrid.
—¡Pero el chino está en Baltimore!
—Sí, pero los drones se encuentran aquí —su mirada azul me quema y me traspasa.
—En una base situada en Andalucía, pero los contratos de compraventa y envío, los preparan aquí. Por cierto, por eso también tengo que darte las gracias. La empresa ha pasado a ser una de las más importantes del sector. Y todo por tu estupendo trabajo. Paul me lo contó todo.
—Todo —. Oculto el rostro dentro de la taza.
No puedo preguntar a qué se refiere con el todo porque Blake no es tonto, comenzaría a dudar y exigiría la verdad. Siento el frío correr por mis venas.
¿Paul va a quedarse en Madrid? ¿Y por qué ha dicho lo del apartamento?
Confundida lo vuelvo a mirar. Sus pupilas brillan divertidas. Mentiroso manipulador. ¿Qué pretende? ¿No fui anoche lo suficientemente clara? ¿No lloré por su culpa?
La puerta de la habitación chirrió al abrirse y Blake saltó de la silla. Una Sofía vestida con unos pantalones de mil colores y una camiseta blanca apareció con una sonrisa de lado a lado. No terminó de mirarle cuando Blake se lanzó hacia ella engullendo su pequeño cuerpo entre sus robustos brazos. Ambos se hablaban al oído. Al fin la tormenta ha acabado.
—Que bonito es el amor —la voz de Paul golpea contra el contenido de su propia taza.
—Qué pretendes —. Mi voz escapa entre mis dientes cerrados.
Mi cara en tensión continúa fija en la pareja de enamorados. El aliento de Paul alcanza mis oídos.
—A ti.
Blake liberó a su novia del abrazo, pero sin soltar su mano. Ambos están felices que mis sentimientos atolondrados comienzan a imaginar tonterías. Verme junto a Paul en igual situación es una locura carente de sentido y demasiado bonita como para albergar esperanzas.
Su mano se escabulle acariciando la parte baja de mi cintura. Nadie puede vernos. Todos se encuentran demasiado concentrados observando a la pareja que parece querer hablar. Blake se aclara la garganta mientras el calor de la palma de Paul viaja por dentro de mi camiseta acariciando mi columna. Acepto la caricia sabiendo que no debo. Incluso muevo levemente los hombros en señal de indignación. Ajeno a mis débiles protestas las yemas dibujan figuras en mi piel. Me convenzo en pensar que lo acepto porque no puedo montar un escándalo.
—Sofía y yo tenemos algo que comunicarles. Teniendo en cuenta que Matilda se encuentra en Madrid, y después de haber afrontado la peligrosa travesía de subir a un avión —las risas de los presentes cubren su voz—, es nuestro deseo que sea nuestra madrina de bodas.
—La segunda madrina —Sofía aclaró con tanta velocidad que mis pensamientos de abandono apenas llegaron a rozar mi cabeza —. Queremos que Matilda y Mariam sean nuestras madrinas.
—¿Pero dos madrinas? ¿Eso es posible? —Pregunto dispuesta a renunciar a mi puesto y cedérselo a Matilda. Ella merece más que nadie su lugar junto al novio.
—Sí. Siempre y cuando exista el mismo número de padrinos —mi hermano contestó mirando sonriente a su chica.

—Se lo pediremos a Anthony —. Sofía comentó emocionada —. Queremos que sea nuestro segundo padrino.
Los rostros felices se silenciaron a escuchar la voz alta y clara dirigirse a la señora del amplio delantal blanco.
—Elvira, ¿te gustaría ser una testigo de mi boda?
La mujer se paralizó en el sitio. Los párpados cargados de experiencia se cerraron humedecidos.
—Cariño, eso es un honor para los integrantes de la familia.
—Tú eres mi familia —dijo acercándose para sujetar sus manos —. Vosotras sois mi familia — amplió al mirar a sus dos amigas—. Quiero que las tres seáis testigos de mi boda civil.
—¿Nosotras? —Laura y Karina se mordían los labios nerviosas.
—Nos casaremos primero por civil y luego por iglesia. Series nuestras testigos. ¿Quiénes pueden ser más familia que vosotras?
Se abrazaron en un gran círculo chillando. Yo estoy llorando contra el pecho de Paul. Él acaricia mis cabellos con dulzura. Al darme cuenta del inmenso error intento alejarme. Su brazo me retiene.
—Un día tú serás tan feliz como ellas. Te lo prometo.
Me separo secándome el rostro. Todos estamos llorando. Aunque mis lágrimas llevan algo más de pena que de alegría.
—¿Quién se ha muerto?
La voz grave de Anthony aparece en la sala reemplazando el llanto por la algarabía.
—¡Bienvenido padrino!
Laura y Karina se acercaron golpeándole la espalda. Su mirada desconcertada terminó por divertirnos a todos.
—¿Padrino?
—Tenemos dos madrinas y nos gustaría que tú seas nuestro segundo padrino. Si aceptas…
Sofía eleva el mentón para conseguir mirarle a los ojos. Anthony comenzó a dibujar una sonrisa silenciosa al verla.
—¿Que si acepto? ¡Que si acepto!
Las manos se aferraron a la pequeña cintura antes de hacerla volar. El novio, habituado a extraerla de los brazos del amigo siempre que hace demostración de efusivo cariño, esta vez los mira sin intervenir.
—¡Blake! —Gritó suplicando auxilio al volar por segunda vez por los aires.
—Lo siento cielo, es tu padrino de bodas.
Los oyentes lanzaron carcajadas y Anthony la depositó en el suelo antes de darle un sonoro beso en las mejillas.
Tanto amor en la sala comienza a ahogarme. Será por eso por lo que a los hambrientos se les da pequeños trozos de comida. Tanta felicidad consigue ampliar mi sensación de pérdida.
Me alejo en busca de la mochila para irme a casa. Mi cabeza se encuentra mucho más agotada que mi cuerpo.
—¿Nos vamos a casa?
—Yo sí, tú puedes irte a…
—¡Nos vemos mañana! —Paul elevó la voz llamando la atención de Blake que nos saludó desde el centro de la sala mientras luchaba contra Anthony para que le devolviera a su novia.

Agonía

—Allí tienes tu bolsa. Cierra la puerta sin golpear.

Enamorarme del amigo de mi hermano fue un camino de rosas comparada con la agonía de la última semana. Conocer sus mentiras, saber de su realidad, y fingir ante todo el destrozo que sostengo, es la peor de las crueldades. No existe mujer enamorada capaz de soportar lo que estoy aguantando. Poseo un cansancio mental que alcanza mis músculos. Sentir su mirada fija en la mía son pruebas demasiado duras de llevar.

—No me voy a ningún sitio.

Apoyo la cabeza contra la pared porque si me dejara llevar por mis impulsos, comenzaría volando las sillas. Luego seguirían las velas decorativas y el marco con una foto de mi hermano y futura cuñada. Irían uno en uno en fila india hasta aterrizar en su cabeza.

—¿Qué quieres de mí? —El cansancio encorva mi espalda.

—Ya sabes lo que quiero.

Su cuerpo se acerca. Siento el calor de su mano en mi nuca. No puedo moverme. Ya no poseo fuerzas.

La boda, y mis deseos de no estropear el mejor momento de las dos personas que más quiero, me han obligado a soportar una carga que mi alma ya no soporta. Siento que me derrumbo en un barranco embarrado. Caigo sin ningún escalón que me contenga. Llevo tantos años enamorada de Paul que soy incapaz de comprender la realidad que nos envuelve. Él no es mío. Lo vivido fue un error del que debo arrepentirme. A pesar de que mi corazón suplique por no hacerlo. Sus dedos firmes sujetan mi cintura para que me gire. Las lágrimas, mis compañeras inseparables de los últimos días, ya no se esconden.

—No seré tu amante —balbuceo como puedo.

—No te lo he pedido.

—¡Entonces qué! —La agonía del desquicio ahonda mis palabras.

—No estás preparada para escucharlo.

—¿Que no estoy qué? ¿Te parece que no he recibido información demasiado interesante la última semana como para añadir un poco más? Valoras muy poco mis capacidades.

—Las valoro lo suficiente como para saber que estás demasiado dolida como para escuchar lo que tengo que decir.

—Habla. Estoy lo suficientemente mojada. Un baldazo nuevo no va a matarme.

—No quiero tus orejas. Necesito tu corazón. Ese que hasta hace poco era mío y ahora se niega a oír lo que tengo que decir.

Las yemas de sus cinco dedos se posicionan sobre mi pecho.

—Estás loco…

—Por ti. Muchísimo. Desde el día de tu cumpleaños, viéndote saltar al ritmo de las canciones, me hizo comprender que no eras una niña. Esa juventud, con la que yo intentaba negar mis sentimientos. Tus avances pícaros surgieron efecto. Mi sangre se calentaba mirando tus labios carnosos. El cuerpo dolía por tenerte. El deseo por ti crecía como hierba mala. No verte comenzó a ser mi suplicio.

—No te creo. Nunca demostraste nada.

Las miradas azul cobalto y cielo chocan en una batalla de intriga y razón. La mano se acerca a mi rostro. Su atención se centra en el tacto de mis lágrimas en sus dedos.

—Siendo feliz con solo tenerte cerca, me descubrió un sentimiento nuevo. Estar enamorado era un tormento. Pensar que pudiera lastimarte, una agonía.

—Sin embargo, decidiste mentir.
—La verdad no siempre es fácil de explicar.
Me alejo con la cabeza a punto de estallar. Él tiene razón, no puedo escuchar. Cada palabra que dice, cada explicación débilmente justificada, ocasiona una furia incontrolada hacia ella. La mujer que una vez eligió por amor. Esa a la que propuso pasar el resto de su vida juntos. La morena que deseaba tener en su vida. Sus palabras bonitas son papel mojado cuando me acuerdo de ella.
Todo lo que dice sentir ya lo ha sentido antes. Ella se llama Sarah, es su mujer y lo espera en casa mientras él confiesa su amor a otra.
—Recoge tus cosas y vete.
—Creo que no lo has entendido. Voy a quedarme.
La dulzura se convierte en cabezonería.
—Vete a tu casa.
—Perdí el alquiler —lo miro desconcertada y el muy canalla sonríe al sentarse—. Y fue por tu culpa. Al irme a Baltimore, y estar todos los días loco de amor por ti, se me olvidó renovarlo.
—Busca un hotel.
—Todo ocupado.
—¿Crees que voy a creer esa mentira?
—Son las doce de la noche, inténtalo si quieres —extiende el móvil hacia mis manos— pero recuerda que mañana nos espera un día de pre boda intensísimo. Si te pasas toda la noche buscando hotel, no quiero pensar lo que dirán al ver tus ojeras nocturnas. Por no decir lo mucho que preocuparías a Sofía al verte. Un completo desastre.
Estira las piernas mientras bosteza de forma exagerada.
—No juegas limpio.
—Haré lo que sea por tenerte.
—Me voy a la cama. Puedes usar el sofá, las sá… —de un salto se pone en pie y me adelanta entrando en la habitación. El jersey salió por su cabeza antes que sus brazos.
—¿Qué estás haciendo?
—Irme a dormir.
—¿En mi cama? ¡No!
—En ese sofá no entro.
—¿Y a mí qué me importa? Duerme en el suelo o vete a la calle.
Paul se quita la camiseta dejando el torso desnudo en modo escaparate.
El deseo por acariciarle supera cualquier enfado que sienta. Agacho la cabeza para no demostrar que muero por besar su piel ardiente con mis labios. Las manos me pican por borrar el mal pasado. El sonido de unos pantalones en el suelo me obliga a levantar la vista y ver como los dedos sujetan la parte alta de los calzoncillos.
—Pero qué…
—Duermo desnudo. Lo sabes perfectamente.
—No pienso dormir contigo.
Mi resolución titubea al tener su magnífico cuerpo desnudo y expuesto ante mis ojos. El recuerdo de los placeres compartidos invade mi memoria bloqueando mi determinación. Recojo una almohada bajo el brazo. No puedo discutir. Él es un militar acostumbrado a la guerra. Esta batalla la tengo perdida.
—Cariño, no seas tonta. Eres una chica alta. Tú tampoco entras en ese sofá.
—No soy tan alta —. ¿Por qué he dicho eso?

—Para mí eres perfecta. Para el sofá no. Ven conmigo —contesta acercándose para quitarme la almohada y depositarla nuevamente sobre el colchón.
No estoy convencida en si debería alzar la vista y mirarle a la cara o enfrentar su mirada penetrante y ver su entrepierna endurecida llenando los calzoncillos ajustados.
Trago saliva mientras busco una salida de escape que no puedo encontrar.
Mi cabeza solo es capaz de recordar las veces que su cuerpo ardiente me hizo suya.
—Esto no está bien…
—Amor, acuéstate —sus manos sujetan mi camiseta hacia arriba. Como una esfinge permito que me la quite. Mis senos dentro del sujetador sienten el ardor de su mirada —. No voy a hacer nada. Lo prometo.
Alejándose lo veo meterse dentro de las sábanas con la espalda como mi interlocutora. ¿Estoy desilusionada? Un poco.
Con rapidez me visto con mi pijama de pantalones cortos y camiseta de tirantes. Me introduzco dentro de las sábanas cubriéndome hasta la barbilla.
—Si te alejas tanto terminarás en el suelo —la voz grave retumba contra la pared.
Sin contestar, y siguiendo su ejemplo, me giro hacia el lado opuesto. Saber que su cuerpo está junto al mío, aunque sea de espaldas, no calma el calor que arde en mi piel.
Aunque no debería, reconozco que mi corazón se siente feliz de tenerlo conmigo. Las enamoradas aceptamos el poco, simulando que poseemos el mucho.

Paul

Duermes sobre mi pecho. Después que tus lágrimas silenciosas bañasen la almohada, has conseguido descansar. Yo sigo llorando tu pena.
De forma inconsciente tu cuerpo viajó hacia mi lado. Tus manos se apoyan en mi corazón mientras peino tus bucles tornasolados. Ellos solos son capaces de iluminar la nocturnidad de la noche encerrada en estas cuatro paredes.
Disfruto del doloroso momento. Mi cuerpo excitado es incapaz de pensar en otra cosa que no sea sujetar tus caderas y elevarlas sobre mí de las mil maneras en las que te necesito.
—Mi niña alborotada…
Si pudieras ver más allá de lo que tu cabecita inquieta te muestra, descubrirías que nunca, ni antes ni mañana, existirá mujer que me haga tanto desear estar enamorado, como tú. Has sido mi tormento, mi pecado y mi redención. Eres lo único que temo perder.
Antes, nadie mereció mis explicaciones. Sólo tú eres la única digna de mi lucha.
Me hubiese gustado prepararte, sin embargo, otros decidieron por nosotros. Ahora es demasiado tarde. Lucharé por ti. Sin mentiras, pero con crueles verdades.
—Amor…
Te abrazo contra mi pecho. Estás inquieta. Soy el único responsable de tu pena. Esto se ha acabado. Los días en Baltimore, sin saber de ti, me llevó a vagar borracho cargando un sufrimiento insoportable. Sentí como el vacío que existía antes de ti, regresaba para tomar tu lugar.
Mi niña valiente. Luchaste hasta conseguir tenerme rendido a tus pies. Y aquí estoy.
—Yo… no… no…
—Shhh, duerme cariño. Es un sueño.
Tus labios rojos murmuran. Te aferras a mi cuerpo. El pulso se me acelera. Jamás pensé que el amor doliera tanto.
—Dios…
Tu rodilla se sube sobre mi pierna rozando la parte menos racional de mi cuerpo.
—Por qué…
—¿Por qué?
Intento buscar tu rostro. Sigues dormida. ¿Estás llorando? Sí lo estás. Lloras en sueños. Ya no puedes con tanta pena.
—Mi vida… Lo siento mucho. No sabes cuánto lo siento.
Te abrazo intentando detener el movimiento sensual con el que te restriegas contra mi.
—Cariño… sería un error. No puedo permitir que te arrepientas de lo nuestro. No podría soportarlo. Shh, duerme. Lo solucionaré. Estaremos juntos.
—Paul… Paul… —tus lágrimas continúan bañando mi pecho. Te miro y tus ojos apenas se abren. Bailas entre dos mundos. Tu voz es triste y desesperanzada.
—Descansa. Estoy contigo. No voy a dejarte.
Los músculos tensos se relajan. El calor de tu cuerpo es mi manta de esperanzas.
Te sujeto con presión desesperada. Conseguiste enamorarme. Lo trabajaste a fuerza de insistencia y horas de locuras inocentes. Lo hiciste todo por llamar mi atención. Y aquí me tienes, soy tuyo en cuerpo y en deseo.
Respiras profundo. Te has vuelto a dormir.
Te acomodo con delicadeza antes de saltar de la cama. Pensar en atraerte nuevamente hacia a mí a través del sexo ha sido de mis peores ideas. La más estúpida. ¡En qué estaba pensando al

quedarme en tu casa!
Acaricio tu rostro con suavidad para no despertarte. Tu piel de caramelo me llama. Desearía besar tus labios y ser parte de ese sueño en el que los dos somos amantes.
—¿Lo recuerdas?
Una vez me comentaste uno de tus sueños románticos. El protagonista era exactamente igual a mí. Tus mejillas al contármelo se teñían del mismo color que una ciruela roja y madura. Estabas preciosa. Tus pecas en la nariz resaltaban encantadoras. Aquella tarde me fui a casa pensando en lo bonita que eras.
—No se lo digas a nadie, pero el primer día que te vi, ya me tuviste preso y enamorado.
Busco un papel y comienzo a escribir.

Tus insistentes estrategias de conquista a base de tartas dulces y patatas quemadas arrancaban cuotas de alegr í a a mi cuerpo amargado. Eras tan linda que me gustaba provocar tus reacciones. Como todo enamorado me port é como un ciego incapaz de reconocer la luz. No fue hasta el d í a de tu cumplea ñ os cuando abrazada a Anthony, mientras bailabas, cuando las entra ñ as gritaron que eras m í a. Aquella noche no era capaz de pensar en otra persona que no fueras t ú . La misi ó n, los deberes y hasta la amistad se desbarrancaron por un pared ó n de piedra h ú meda. Nada te quitaba de mi cabeza. Camin é , beb í , refunfu ñé y hasta grit é . Aceptar los sentimientos por ti fueron mi tormento. Y, no, no estoy loco. Hablo as í porque no existe palabra para encapsular lo mucho que siento por ti. Encontrar é la forma en la que podamos estar juntos. No puedo hacer otra cosa. En mis manos se encuentra la soluci ó n, en las tuyas mi coraz ó n.

Doblo la nota antes de pegarla en el espejo del baño. Quiero que sea lo primero que veas al despertar.
Me despido sintiendo que ya te echo de menos.

Revelación

—Veo que has venido. Por favor, siéntate.
Observo a los lados para ver dónde se encuentra la trampa. Me siento en la silla del hotel algo desilusionada.
Esta mañana al despertar me encontré con una nota y una dirección junto a unas indicaciones demasiado precisas. Durante todo el día estuve planeando como dejarle plantado. El dolor de saber que se acostó junto a mí sin haber tenido ni el menor deseo por acercarse, lastimó mi correcta prudencia.
Puede que esté volviéndome un poco desquiciada o puede que simplemente hubiera deseado sentir sus besos luchando por lo que creía era nuestro amor. O puede que un poco de lo primero y otro poco de lo segundo. Apretujo la nota que se arruga entre mis dedos.
—Estuve a punto de no hacerlo.
Miento. Los recuerdos de mis tonterías por conquistarle arrancaron mis sonrisas, pero no fue hasta leer que su corazón y nuestros destinos se hallaba en mis manos, cuando caí de bruces sobre la tapa del váter. No puedo engañarme. Lo quiero tanto que su traición duele mil veces más que cualquier rechazo.
—Y yo me alegro de que no lo hicieras.
—Paul, de qué va esto. ¿Por qué estoy aquí?
—Es mi habitación. La reservé anoche.
Miro la nevera pequeña del bar. Las cortinas pesadas acariciando la moqueta. Suspiro defraudada.
—Otra mentira. Tenías dónde pasar la noche.
—Sí. Y si lo que estás pensando es que ayer me comporté como un imbécil, tienes toda la razón. Creí que doblegando tu deseo por mí conseguiría una oportunidad para acercarme. Fue una estupidez. Lo siento. Por eso me marché, y por eso te pedí que vinieras. Mariam… sabes lo que siento por ti. Por favor, solo te pido que veas lo que quiero mostrarte. Solo eso.
Paul abre el ordenador. Acerca una silla para sentarse a mi lado. Sujetándome las manos, su voz es una súplica.
—Por favor. Hazlo por nosotros. Si después de esto quieres que desaparezca de tu vida te prometo que lo haré. No volverás a buscarte. Seré polvo de olvido. Lo juro.
Sentir el calor de sus dedos mientras sus palabras enfrían volcanes me hace temblar de miedo. ¿Vivir sin él? ¿Verlo desaparecer como una hoja sobre el viento? Los nervios se me congelan al imaginar una vida sin Paul.
—¿Qué hay en ese ordenador?
—Ahora lo verás. Solo te pido una cosa. Y necesito que lo prometas.
—De qué se trata.
—Que no te irás de esta habitación hasta que yo no cierre el portátil.
—No entiendo nada.
—Promételo. Es importante para nosotros. Por favor, amor, promételo.
Sus ojos siempre fueron el principio de mi derrota.
—Lo prometo.
Paul abre el portátil y utiliza el programa de llamada.
Su amigo, el chico del bar, aparece con rostro serio. Él se encuentra con un teléfono que apunta directo a su cara.
—Hola hermano. Aquí estoy.

—Gracias Adam —. Paul enfoca de tal forma el portátil para que el total de la cámara del portátil me enfoque solo a mí. Él permanece a mi lado en un discreto segundo plano.
—Hola Mariam.
—Hola Adam.
Mi respuesta viaja de mi frente arrugada hacia la mirada de Adam y luego hacia Paul.
—Ahora lo comprenderás —la voz baja de Paul contesta, aunque no le haya preguntado nada —. Por favor, Adam, entra a la sala de invierno. Te están esperando. Tengo permiso.
El joven asiente con la cabeza. Se pone a caminar dejando atrás una pradera en la que algunas personas sentadas toman el sol. Abre una puerta de cristal y un jardín de invierno con flores de colores a diferentes alturas, se nos muestra de forma clara. El sitio es agradable y desagradable. Todo al mismo tiempo. Una mezcla de vida y muerte. A pesar del colorido y el sol entrando por las cristaleras, no sabría decir por qué, pero tengo una sensación de frío que me recorre toda la piel.
Adam se detiene muchos pasos antes de llegar a una mujer. Ella está de espalda y sentada con la cabeza gacha. Parece estar escribiendo. Lo hace velozmente. Parece nerviosa. Alterada arranca hojas y al instante continúa escribiendo. La fuerza que realiza en el bolígrafo es tan enérgica que la hoja se rompe. La arranca y vuelve a comenzar. Y así una y otra vez. Cuando estaba por comenzar a escribir su tercera hoja, una muchacha vestida de blanco, se le acercó con sonrisa amistosa y una nueva libreta. La muchacha se lo arrancó de las manos. Lo hizo de muy malas maneras, sin embargo, la jovencita le siguió sonriendo. Esta no respondió. Nada parecía distraerla de su tarea de escritura.
Adam esperó a que la joven de blanco le hiciera una señal para acercarse. Con paso lento se sentó en una silla.
Paul respiró profundo antes de sujetarme la mano y acercar la voz al ordenador.
—Adam, hazlo ahora.
El amigo apoyó el móvil en un soporte sobre la mesa para que la chica pudiese mirar la pantalla. Ella, sin prestar el mentor interés, continuó con su histérica escritura. Los nervios le tensaban la frente. Su melena espesa es una cortina impenetrable sobre el rostro.
La mano de Paul, bajo la mesa, se aferra a la mía.
—¿Qué sucede?
—Te amo —susurró antes de mover la pantalla —. Hola Sarah, soy yo.
Al instante en que la voz sonó, la mujer elevó el rostro buscándole de forma desquiciada. Fue en ese momento en que pude reconocerla. Con la cara despejada pude ver sus rasgos. Era ella. Su esposa.
Quise levantarme de la silla, pero la mano me retuvo.
—Lo prometiste. Por favor…
Me muerdo la lengua para no contestar. No quiero que sepa que estoy aquí. Me siento una intrusa. Una ladrona de lo ajeno. Intento soltarme de su agarre que continúa firme sobre mi mano bajo la mesa.
—Tengo que irme. Esto es una locura.
Paul continúa con sus dedos firmes rodeando mis dedos. Su piel sujetando la mía parece repetir: lo prometiste…
Aprieto los dientes. Ni en mis peores pesadillas imaginaría que él pudiera hacerme algo como esto. ¡Ella está delante de mí! ¡Qué pretende! ¿Por qué causarme tanto dolor? ¿No ha tenido suficiente con verme rota?
Suelto mi mano con fuerza y lo observo hablar. Me mira confirmando que no voy a huir antes de

alejar sus garras de mi mano.
—¿Dónde estás? ¿No te veo? ¡No te veo!
Su rostro es una máscara a la que se le ha ido el color. Los ojos oscuros brillan con desconcierto. Las bolsas de los ojos son profundas y oscuras. Pregunta al aire de forma enloquecida. Sus pupilas miran sin ver.
—Está aquí.
Adam acerca el móvil, al que a pesar de tenerlo enfrente, acaba de ver.
—Estás ahí. ¿Qué haces ahí? ¿Por qué no has venido a verme?
—Estoy trabajando, ¿lo recuerdas?
La mentira provoca que una lágrima perdida me ruede por el bordillo del ojo.
—Tienes que venir. ¡Tienes que venir!
—Iré pronto.
—Le estoy escribiendo. Mira. Tienes que enviarle esta carta. Se lo prometí. Esta vez lo estoy haciendo bien. No puedes olvidarte. ¿Cómo vendrá a verme si no le envías mi carta? Siempre te olvidas. Te lo repito, pero lo olvidas. No te importo. ¡No te importo!
La mujer se altera. La mirada chillona rebota contra la pantalla. Aunque estoy a un lado puedo ver perfectamente el estado de sus nervios. Está furiosa.
—La enviaré en cuanto regrese.
—Lo prometo. Lo prometo. Seguro estás con otra. ¿Estás con otra? ¿Ya no me quieres? ¡No puede ser! ¡Tienes que quererme!
Sujeto mi cabeza para que no se me caiga. Escucharla escupir sus súplicas necesitadas me destruyen. No puedo estar aquí. Todo es mi culpa. Ellos son un matrimonio y yo la tercera en discordia. Debo irme. Ya no lo soporto.
Me pongo en pie, pero la mano veloz de Paul me detiene. Lo miro suplicante. Mi silencio ruega mi libertad. La suya suplica que me quede.
—No puedo. Lo siento.
No termino de murmurar mi excusa cuando los gritos de la mujer se tornan agresivos.
—¡Mentiroso! Tú lo obligaste. ¡Tú!
—Sarah, si no te calmas deberé quitarte el teléfono.
La muchacha de la libreta, con tranquilidad fuera de lo normal, le habló con voz firme. Al verla de frente al móvil veo que lleva una pequeña chapa en el bolsillo derecho. Es una enfermera.
—¿Qué está pasando? —Mi voz también es firme.
—¿Quién está ahí? ¿Quién es ella? ¡Quién! Estás con otra. Lo sabía. ¡Mentiroso! ¡Te odio! Tendrías que haber sido tú. Tú.
—Por favor, marchaos. Sarah no puede seguir hablando. Señor, me temo que la señora debe descansar. Me comunicaré más tarde para informarle si se produce algún cambio.
Adam sujetó la pantalla y caminó dejando atrás a una enloquecida mujer a la que se le acercó una segunda. Entre ambas sujetaban sus brazos mientras ella lucha por liberarse. En el momento en que un hombre de dos cuerpos se aproximó Paul cerró la pantalla del portátil.
—¿Qué fue eso?
Sin contestarme se acerca a la tetera con agua caliente.
—Un té. ¿Café? Lo ponen instantáneo. Es malo, pero se deja beber.
—No quiero un maldito café. Quiero saber qué acaba de pasar. ¿Quiénes son esas personas? ¿Qué lugar es ese? ¿Qué has hecho Paul?
Me sujeto la cabeza imaginando cientos de argumentos de novela negra en donde el amante desesperado organiza tramas siniestras con tal de verse libre de sus ataduras.

—Sarah es esquizofrénica. Posee brotes paranoides que le producen una esquizofrenia residual.
—No entiendo…
Paul, sí se sirve un café. A pesar de estar contando una historia de demonios parece estar tranquilo.
—Su esquizofrenia se caracteriza por la presencia de ideas delirantes y alucinaciones auditivas que consigue afectar áreas como la afectividad, el lenguaje o la conducta. Esto le produce síntomas que incluyen ansiedad, ira, retraimiento y tendencia a discutir. El inicio tiende a ser más tardío que en otros tipos de esquizofrenia, pero en su caso, se inició cuando era una niña —me pongo en pie y le robo su taza antes de hablar —. Su hermano y yo éramos muy amigos.
Paul tomó mi mano entre las suyas para mirarme a los ojos. Puedo ver el anhelo en su mirada, pero también la preocupación y la incertidumbre.
—Necesito ser honesto contigo. Sí, estoy casado, pero déjame explicarte por qué.

Confesiones

—Diego y yo éramos amigos del barrio. Cuando llegué a Baltimore apenas tenía quince años. Mi madre había muerto y le permití al azar guiar mis pasos. Así fue como conocí a Diego. Él era de origen mexicano y se dedicaba a buscar trabajo por allí donde podía. Un día chocamos en un parque y él compartió sus sobras conmigo. Le gustaba hablar sin parar. Era la alegría hecha carne. No conocía a nadie, por lo que lo seguí hasta su barrio y me puse a dormir en una calle sin salida muy cerca de su casa. Si debía asentarme en un lugar desconocido ¿por qué no hacerlo cerca de aquel muchacho tan amable?

A los pocos días nos hicimos amigos inseparables.

La madre de Diego se sintió horrorizada al saber que dormía en la calle. No tenían suficiente para ellos, aún así, me ofreció cobijo en el viejo garaje. Preparó un catre con mantas y sábanas limpias. Diego acomodó las porquerías que juntaba para vender en un costado y sobre unas tablas acomodó una lamparilla. Aquél fue mi primer hogar en Boston.

Paul habla con lentitud. Mis nervios demasiado deseosos por escuchar y comprender se relajan a la espera.

—Su madre era una buena mujer, me cobijó como a un hijo. El reparto de comida comenzó a dividirse en tres platos. Ella casi nunca tenía hambre. Siempre decía que comía en la casa donde trabajaba. Yo no estaba del todo conforme, mi madre también utilizaba ese pretexto para dejarme las porciones más grandes, pero ella se enfadaba si yo no comía.

Quise colaborar, por lo que comencé a buscar con Diego baratijas que pudiéramos vender y conseguir algo que llevar a la mesa. Su madre era demasiado buena para aceptar mi dinero por lo que comencé a comprar grandes bolsas en el supermercado. A ella no le quedó otra opción que aceptar mis latas de tomate y crema de cacahuete. Sarah, por aquél entonces, a pesar de tener mi misma edad, parecía retraída y distante. Sus cambios de humor continuos nos dejaban paralizados. Tan pronto tiraba los vasos por los aires como suplicaba amor incondicional. Todos sabíamos que algo no iba bien, pero los pobres no tienen tiempo para problemas de salud mental. Demasiado costaba tener nuestros estómagos llenos como para analizar el interior de nuestras cabezas.

Diego, muy por el contrario, era solidario y amable. Él siempre hablaba del ejército. Decía que se alistaría en los marines y que recorrería el mundo. Quería sentirse parte activa del país que lo había acogido. Recuerdo mirarle sin comprender a qué se debía su eterno agradecimiento. Su madre cruzó el río con ellos a cuesta y con un millón de esperanzas en su mochila. Ilusiones ahogadas en el moho de las paredes húmedas de la casa y en la nevera vacía.

Ahora que lo pienso, a ella la pobreza tampoco le hizo perder su sonrisa feliz.

Paul bebe otro sorbo con la vista perdida en el tiempo. Lo he perdido. Habla conmigo sin saber que lo hace. Las palabras son borbotones de recuerdos caudalosos que caen en cascada no pensada.

—Cuando cumplió diecisiete años, le picaban las piernas por marchar. Él era de junio, yo de noviembre. Amigos como nos habíamos hecho, esperó a que llegara mi día para alistarnos juntos. El día dieciséis de noviembre, a las nueve de la mañana, fuimos los primeros en cumplimentar el formulario. Su madre nos recibió el primer fin de semana libre, con tarta y canciones de Juanes a todo meter. Mi español mejoró mucho gracias a sus canciones —sonríe como si los recuerdos le produjeran felicidad—. Nuestro primer destino lo aceptamos con alegría fervorosa. Su madre nos despidió llorando. Nosotros nos despedimos eufóricos. Siria nos esperaba.

El silencio llenó el ambiente. Me acerco para sentarme a su lado. Sujeto su mano. Él alza la mirada. No está nervioso ni enfadado. Solo triste.
—La niña chillaba y Diego no pudo esperar para rescatarla. Así era él. Un confiado de la bondad. Cayó en una trampa bomba.
—Lo siento. Lo siento mucho.
—Su madre no volvió a ser la misma. Las canciones dejaron de sonar en las paredes humedecidas. Las sonrisas se cambiaron por silencios. Sarah, que hasta ese momento era una joven rara, comenzó a mostrar brotes demasiado peligrosos. La llevé a un médico y él confirmó el diagnóstico. Cargada de preocupaciones su madre enfermó gravemente. Ella solo deseaba reunirse con su querido Diego. Un año después, lo consiguió.
Paul acerca sus manos a las mías para envolverlas.
—Estaba sola y sin dinero. Yo le prometí a su madre que cuidaría de ella. Por eso, cuando el médico me dijo que necesitaría atención médica permanente, se me cayó el mundo. No sabía qué hacer. Mi sueldo no era suficiente para medicinas y atención en clínicas privadas. Por eso, un día, sin saber cómo solucionarlo, lo decidí. Me casaría con Sarah. Era la única forma de que ella tuviera un seguro médico.
Separa mis manos de las suyas y estabilizo mi cuerpo mareado antes de ponerme en pie. Camino hasta la ventana cerrada y la abro. El aire fresco golpea mi rostro. Abro la boca un par de veces hasta que consigo sentir que estoy nuevamente aquí. En la habitación de el Villa Magna, en la cuarta planta, frente a los frondosos árboles de la gran Castellana de Madrid.
—Si me divorcio ella perdería el seguro médico que tanto necesita. Es la única forma que puedo asegurarle el tratamiento adecuado. Su familia me lo dio todo cuando yo no tenía nada…
Las palabras de Paul resuenan en mi espalda.
Mi vista continúa perdida en las hojas frescas y verdes. No soy capaz de asimilar tanta información. Las imágenes de un joven que vivía en la calle y que fue recogido por otra en igual estado de calamidad, se me hace demasiado pesada. Paul es un hombre fuerte, con educación, inteligente… Todo lo contrario, al muchachito que él describe.
—En el ejército. Te hiciste agente.
—Sí, aunque lo odiaba. Al morir Diego ya no me sentía a gusto. Hubiera renunciado si…
—No fuera por ella.
Al girarme nuestras miradas chocan y se acarician.
—Entre Sarah y yo jamás ha habido nada. La llevo a dos eventos al año para que la aseguradora no sospeche mi engaño.
La idea de que alguien se casara por razones puramente médicas es difícil de aceptar. Pero a medida que Paul continuaba hablando su voz llena de dolor la complejidad de la situación.
—Te juro que nunca fue mi intención lastimarte. Desde que te conocí mi corazón ha estado dividido entre mi deber y el amor que siento por ti. Pero no puedo seguir viviendo una mentira. Necesito que sepas toda la verdad.
Sus dedos callosos acarician mi rostro y por primera vez en días siento el calor del Paul que me enamoró. El hombre íntegro y apartado del mundo. Ese que me atraía con deseos de envolver y darle una razón por la que sonreír. Paul, mi amor de siempre. Lo tengo delante con las pupilas enrojecidas y las manos temblorosas. Si antes lo amaba ahora respiro desde su corazón.
Las lágrimas se agolpan en mis ojos mientras lucho intentando procesar lo que me ha contado.
—Yo…
—Entiendo que todo esto sea demasiado difícil de aceptar. Cariño, necesito que lo sepas todo. Jamás estuve enamorado de Sarah. Entre ella y yo no ha existido nunca nada. Su cabeza, al

casarnos, creyó que todo era real. Un día comenzó a hablarme como si fuéramos un matrimonio por amor. Sus celos se convirtieron en insoportables, por eso el médico aconsejó internarla. Lleva meses escribiendo una carta a Diego. Ella a veces lo cree vivo. Me acusa de no enviarlas.
—No puedo…
Me sujeto la cabeza. Los fuertes brazos de Paul me sujetan para sentarme sobre el colchón.
—Perdóname… por favor perdóname —sus piernas se doblan arrodillándose en el suelo —. Eres joven, bonita y tienes un futuro prometedor por delante. No tengo derecho —. La mano acaricia mi rostro humedecido por las lágrimas antes de ponerse en pie —. No puedo pedirte más. Esto es injusto para ti. Me equivoqué.
Paul se puso en pie para apoyarse contra la pared. La distancia de unos pasos resulta miles de kilómetros. Quiero correr, acariciarlo, besarlo y amarlo hasta borrar cada uno de sus ingratos recuerdos. Pero no puedo. Ella es real. La peor de nuestras realidades. Si, un matrimonio unido por el amor era algo imposible, uno basado en la necesidad, es un indestructible.
Estrecho la distancia sin atreverme a hablar. Apoyo mi mano temblorosa en su hombro. Él la sujeta y se la lleva a los labios.
—Te quiero como nunca he querido a nadie. Luchaste por mi amor y lo conseguiste. Soy tuyo. Nunca, en toda mi vida, he tenido nada mío. Contigo siento por primera vez que soy propietario de algo. Tu amor es mío. Te siento mía. Cuando me besas, cuando me acaricias, cuando me permites entrar en tu cuerpo… me siento el puñetero amo del mundo. De tú mundo.
—Paul, yo no puedo negar lo que siento. Y no puedes imaginar lo feliz que soy al escuchar que, después de años de soñar contigo, al fin conseguí alcanzar ese rincón escondido en ti —mi dedo choca con su pecho—pero no puedo ignorar que Sarah existe. Ella es parte de tu vida. Y te necesita. Y yo soy demasiado egoísta. ¿Cuánto tiempo pasaré pensando en ella y el tiempo que nos roba? No puedo hacerte esto. Me convertiré en una malhumorada que odia tener lo que ella nos quita.
—Solo dime una cosa. ¿Aún me quieres? Después de lo que te he contado de mi vida, ¿sigues queriéndome?
Mi mano sube hasta su barbilla rasposa. Hoy no se ha afeitado. Muevo los dedos en una caricia casi incontenible.
—Antes te quería, después de conocer todo lo que has vivido y has hecho por Sarah, te amo incondicionalmente.
Sus manos se acercaron a las mías para envolverlas en posición de rezo.
—Haré todo lo que sea posible para encontrar una solución. Aseguraré el bienestar de Sarah y podremos estar juntos. Sin restricciones. Solos tú y yo.
—¿Crees que es posible?
—Creo que te quiero hasta la necesidad. No será fácil, y puede que te pida algo de tiempo, pero si estás dispuesta a esperarme, volveré a por ti. Seré libre para amarte tanto que suplicarás por un momento de descanso.
—Necesito que me des espacio y tiempo. Todo esto ha sido demasiado. Ambos lo necesitamos.
Me aleja con los sentimientos rebozando mi lógica. No puedo pensar. El aire me falta. Las explicaciones me llenan y aturden.
—Lo entiendo. Eres libre para tomar tus decisiones.
—Te quiero, pero en estos momentos la cabeza me gira alocada.
—Lucharé por nosotros. Tengo fuerza para hacerlo por ambos.
Con esa contestación caminé hacia la puerta. Paul me observaba extrañado al verme deshacer dos de mis pasos.

—Te quise cuando era una niña, te quiero como mujer y no voy a olvidarte en unos pocos días. Sólo necesito algo de tiempo. No tienes porqué preocuparte.
La ilusión de mis palabras iluminó sus ojos que comenzaron a brillar como el cielo estrellado. Mis labios sellaron mi firmeza con un beso enamorado. Mi mano peinó sus cabellos de forma tierna.
—Ay —dice de forma sobreactuada al sentir la llave de la pulsera engancharse en sus cabellos —. Tu llave me odia…
Sonrío regalándole un beso suave de despedida. Nuestros cuerpos se acarician tímidamente antes de soltarse. Camino lentamente y sin mirar hacia atrás. Nuestro amor tiene esperanzas, nuestra relación no tantas.
Toco la pulsera al ver un cabello rubio de Paul enganchado en la pequeña llave de plata. Sonrío al quitarlo y guardarlo en mi bolso. ¿No se supone que me enseñarías el camino hacia mi amor?

Un camino incierto

Blake se sentó a mi lado del banco. Debí buscar otro parque.
—¿Y?
—¿Y?
—Podemos seguir así toda la mañana o me puedes explicar porqué estás aquí, sola, cuando enfrente se juega el destino mi novia y su dichoso vestido.
Sus palabras consiguieron sacarme una sonrisa.
—Laura se encuentra más nerviosa que la novia.
Su amiga, diseñadora de moda de gran futuro, se aventuró rápidamente al diseño sin pensar en que ser la creadora del vestido más importante de la vida de su mejor amiga, sería una escalera ascendente de nervios enloquecidos. Laura es una joven promesa del diseño, sus modelos comienzan a despuntar en el mundo de la moda, no así sus nervios, que se descalabran intentando cumplir los sueños de su queridísima Sofía.
—¿Qué es esto?
Intento agachar la cabeza. Llego demasiado tarde. Mi hermano ha visto mis ojos hinchados y me mira con sus ojos de halcón clavados en mi rostro.
—¿Qué ha pasado?
La garganta se me traba. Algo habitual cuando debo confesarme. Desde niña Blake ha ocupado tantas posiciones en mi vida que el cambio de tono de voz le basta para convertirse en padre, madre o mejor amigo. En estos momentos la seriedad de su rostro me indica que su uniforme es el de progenitor enfadado.
—Paul… —dijo acariciando mi mejilla—Deberías olvidarle.
—Está enamorado de mí.
La defensa salió de mis labios de forma tan impetuosa que he conseguido enmudecerlo.
—¿Entonces por qué lloras? Tú siempre has querido… ¡Lo mato!
Estaba por ponerse de pie cuando lo detengo por el codo. Hombres, siempre intentando ser los héroes de nuestros ataques lacrimosos. Cómo si ya no tuviésemos bastante con lo nuestro.
—No vas a matar a nadie.
—¿Qué te ha hecho? Y habla rápido o ese idiota no cuenta la historia.
Suspiro agotada. En el momento que me senté en mitad del parque, lo hice con el deseo de descansar mi mente agotada, y no para comenzar una declaración sentimental a mi queridísimo y entrometido hermano.
Apoyo la espalda con comodidad en la dura madera. Entre Blake y yo jamás existieron secretos. He retrasado lo inevitable y el tiempo me ha chocado en las narices.
—Siéntate, la historia es muy larga.
Comencé hablando sobre Paul y su pequeño contratiempo de ser agente secreto del ejército. El rostro de Blake se transformaba de furia a intriga. No daba crédito a mis palabras. Su cara realizaba todo tipo de gestos indescifrables hasta que detoné la bomba principal.
—¡¿Casado?! Eso no es posible. Él y yo hemos… hemos… salido de fiesta. Es un hombre íntegro. Jamás engañaría. Creo. Tiene que haber otra explicación.
—Está casado. Ella se llama Sarah. Y la he conocido.
Blake se acaricia la barba intentando digerir las toneladas de información que acabo de arrojarle con furia como botellas de plástico en contenedor amarillo.
—¿Y dices que llevan años casados?
—Sí.

—No lo entiendo. Yo salía por las noches con él. Ha sido mi compañero de…
—Fiestas. Dilo. No me lastimas. Mis pobres oídos ingenuos han escuchado de todo en estos últimos días.
Blake no me escucha. Él continúa con su viaje mental por fiestas indecentes. Su cabeza niega al recordar la cantidad de veces que ha visto a Paul en situaciones que prefiero no saber.
—Menudo desgraciado…
Paul nos ha mentido, comprendo perfectamente que Blake se sienta engañado, siempre lo consideró su mejor amigo. Las conclusiones me obligan a contar lo que no pensaba, después de todo, es su historia. Mirar el sufrimiento de mi hermano me obliga a ser indiscreta. Comienzo con su infancia y termino con la familia que lo adoptó.
Mi hermano estira las piernas ante la información que sí conocía. Y quedándose atónito con lo que está claro, no sospechaba.
Cuando las palabras se me secaron, ambos nos quedamos mirando hacia el frente en absoluto silencio. Los niños con sus patines se exhiben haciendo piruetas imposibles, sin sacarnos ni un gesto de admiración.
—No puedo decir que no lo comprenda —Blake reflexiona después de un tiempo extenso—. La sanidad es un punto negro en nuestra sociedad. Si yo me hubiera encontrado en su situación hubiera hecho cualquier cosa por salvarte.
Sus conclusiones me llevan a recordar la similitud de nuestros destinos y las inmensas diferencias que nos separan.
Paul es tan huérfano como Blake o como yo. Sin embargo, la posición económica en la que nuestros padres nos dejaron, provoca abismos diferenciales en nuestros destinos. Blake sufrió la presencia de mi tío y yo el destierro a un internado. Y aunque lloré de felicidad cuando con en su mayoría de edad vino a buscarme, ninguno de los dos pasamos penurias similares a las de Paul. Solo, vagando por las calles, buscando algo que vender en la basura, huérfano por dos veces…
—Y dices que él y tú se quieren y.... quiero decir que él y tú… te habrás… Quiero decir que tú y yo nunca hemos hablado de esos temas.
Los sudores comienzan a transparentarse en su frente y la diversión en la mía. Blake es mi tutor, pero también es mi hermano. Existen temas a los que ha conseguido escabullirse, siempre, con mucha eficiencia.
—Matilda sí me ha hablado de esos temas. No tienes de que preocuparte. Además, soy mayor de edad y he visto películas —aguanto la carcajada como puedo.
—¿Qué vas a hacer?
—Esperaba tus consejos.
—Acabas de decir que eres mayorcita —su tirantez se relaja y me abraza por los hombros como cuando éramos niños. Me recuesto en su pecho aceptando el confort de su aroma. Mi hermano huele a seguridad y cariño.
—Jamás te he dado las gracias por ser mi hermano —mis palabras rebotan contra su pecho.
—Nunca fue una elección —su sonrisa retumba en mi cara.
—Aunque somos hijos de los mismos padres, tú decidiste comportarte como un hermano. Nunca te olvidaste de mí, siempre has permanecido a mi lado. He reído y llorado, pero siempre contigo —. Presiono con fuerza mis manos sobre su cintura.
—Existieron veces que te hubiera enviado de paseíto a la luna…
Me separo del amarre para mirarlo a la cara. Su mano seca mis lágrimas.
—Blake, ¿qué hago?
—Lo que tus sentimientos digan. Siempre has estado enamorada de él. No creo que puedas

dejarlo atrás tan fácilmente.
—No sé qué hacer. No puedo compartirlo. Me duele el estómago de pensarlo. Y aunque no quiero que siga casado tampoco soporto que la deje abandonada a su suerte. Estoy hecha un lío.
—Eres una buena persona. Creo que deberías tomarte tu tiempo. Lo necesitas. Paul es un hombre que en los años que lo conozco jamás ha salido con una chica. No me pongas esa cara. Todas han sido momentos de una sola noche. Créeme, para nosotros los sentimientos son algo muy diferente. Si te ha contado todo lo que me has dicho, es porque te quiere de verdad. Tómate un tiempo y confía en vuestros sentimientos.
—¿Confiar en un hombre que nos mintió? Te recuerdo que a ti también te engañó.
—Lo de la empresa lo entiendo. Nuestro tío no es un hombre honesto. Era normal que nos investigara. Imagino, que como pudo, siempre me dijo ciertas verdades. Sabía lo del ejército y lo de las investigaciones hacia los negocios turbios de Simon. Con respecto a lo de su mujer, estoy seguro de que en un principio lo hizo por protegerla, luego ya era tarde, estaba demasiado enamorado de ti.
—¿De verdad lo crees?
—¿Que lleva tiempo loquito por ti? Lo sé antes que él mismo.
Ambos nos quedamos frente a frente y en silencio. El parque se llenó de niños corriendo de un lado a otro disfrutando del fin de semana soleado.
—Ve con las chicas. Disfruta de la prueba del vestido y despéjate. Liberar la mente te ayudará.
—Creo que tienes razón —digo pensando al ponerme en pie—. A ti no te dejarán entrar. No puedes ver a la novia. ¿Por qué has venido?
—Estaba cerca. Pensé que habrían terminado las pruebas y que Sofi querría volver a casa conmigo.
—No soportas estar lejos de ella.
—Tengo miedo.
La sinceridad aplastante y directa de Blake me golpea en la cara.
—¿Miedo a qué?
—Nervios pre boda. No me hagas caso.
No me creo su excusa. Estoy por contraatacar cuando sujetas mis hombros poniéndome en pie.
—Ve a esa casa y tráeme a mi chica antes de las doce de la noche.
—Para eso faltan ocho horas.
—Por eso lo digo. Esas locas no la soltarán antes
Ambos reímos.
—Eres el mejor hermano que pude tener. Gracias —me lanzo a su cuello como cuando era una niña y él chillaba como adolescente agobiado.
Lo beso en la mejilla de forma sonora y contundente a pesar de sus frustradas quejas.
—¿Qué tienes aquí? —Digo acariciando el borde entre el cuello y la camisa.
—¿Qué tengo?
—Nada —digo friccionando con el dedo—. Ya está. Sofía te ha ensuciado con el labial. La camisa tendrás que lavarla con cuidado para que no quede mancha.
Mi móvil comienza a sonar insistente. Muestro la pantalla a Blake antes de cruzar la calle a toda prisa.
—Sí cuñada, estoy justo en frente. Llego en dos minutos. No, no me he olvidado de ti. Seguro estás preciosa.
Lanzo un beso al aire a mi hermano que lo recibe mientras estira el cuello de su camisa manchada.

Paul

Muevo la mandíbula intentando recolocarla.
—Me preguntaba cuánto tardarías en venir.
El saludo de Blake al abrir la puerta me ha dejado con el rostro partido en dos.
—Esa va por las mentiras a mi hermana. El resto las reservo para otro momento. Ahora no puedo perder tiempo en tus tonterías. Tenemos prisa.
Entra en la habitación del hotel mientras cierro la puerta.
—¿Prisa para qué?
—Me caso. No sé si te has enterado.
Está demasiado sensible con eso de la boda, y mi mandíbula no está preparada para otro derechazo, como para contestarle una impertinencia. Está tan loco por su chica que parece un flan fuera de la cadena de frío.
Prefiero no reírme de sus nervios, después de todo, yo me encuentro tan estúpidamente enamorado como él.
—Hoy no es tu boda. ¿Lo sabes no?
Le ofrezco una silla y que por supuesto rechaza. Se encuentra demasiado ocupado echándome unos vaqueros a la cabeza.
—Vístete. Tienes unas pintas horribles.
—No voy a ningún sitio —contestó siendo yo el que se sienta.
Escuchar de su boca que estoy hecho una mierda no ayuda a mi humor resquebrajado.
—Oh, sí que vendrás. Me debes una historia completa y unas cuantas cervezas.
—Es una habitación de hotel, aquí no hay cervezas. Si quieres tengo té y café en saquitos.
—Y por eso nos vamos fuera. Me costará unos cuantos botellines solucionar tus problemas.
—¿Solucionar? ¿De qué hablas…? Uy no. Ni lo pienses. ¡No aceptaré tu dinero! Este es mi problema y sabré arreglarlo.
—No será mi dinero el que gastes. Será el tuyo. Ahora vístete rápido o me cobraré el otro derechazo que me debes.
Acepto la ropa y comienzo a cambiarme sin contestar y sin apuros. Sabe perfectamente que, ni en sus mejores sueños podría darme un segundo golpe, sin que yo le respondiese.

Olvidarte

—Vamos fuera antes de que me dé un triple infarto mortal —Anthony entró a mi oficina con todo el poderío de su locución.
Hombres como él deberían estar prohibidos. Su atractivo masculino se convierte en sideral cuando libera su simpatía encantadora. Es un conquistador con poder natural. Me pregunto porque no me enamoré de él. Mi vida hubiera sido mucho más sencilla.
—¿Quieres ser mi novio?
Las palabras dejaron de brotar y su sonrisa se ahogó. Anthony todo lo que tiene de guapo lo tiene de pánico al compromiso. La fidelidad es un concepto ajeno en el diccionario de sus actos. Le costó unos segundos interminables recuperar la calma habitual.
—Paul no ha aparecido. ¿Es eso?
—Por ningún lado.
Contesto perdiendo la vista en las carpetas de diseños de vestimenta que tengo delante. La incorporación del área de moda a la Agencia, aunque está consiguiendo ser una ampliación de lo más prometedora, lleva horas de trabajo. Sofía y yo nacimos para crear esta pequeña empresa de moda. Ambas somos felices trabajando juntas. Yo estudio los diseños mientras ella lleva las relaciones publicitarias. Todo sería perfecto si no fuese porque mi corazón parece nunca llenarse. Me regaño a mi misma por ser tan ingrata. Mi hermano me recogió del internado en cuanto la edad se lo permitió, nuestros ingresos, a pesar de encontrarnos huérfanos, jamás nos llevaron a la miseria. Viajé, conocí lugares, me instalé en Madrid, sin embargo, aquí estoy, llorando con un agujero en el estómago.
Puede que todo el sufrimiento por la pérdida de Paul no sea otra cosa que un castigo divino hacia una muchacha demasiado ingrata.
—Necesitas tiempo. Tú lo quieres demasiado. Los sentimientos te guiarán —ver la compasión en la mirada de Anthony no me reconforta.
Mis vergüenzas se originan en la pena que obtengo de sus palabras. Me enamoré de un mentiroso que a su vez se enamoró de mí. ¿Qué podría salir mal?
—Entraste enfadado. Cuéntame. ¿Qué te ha pasado?
Sofía, mi futura cuñada, me enseñó la técnica del cambio de tema. Esa mujer es la mejor hermana que Blake pudo regalarme.
—Es esa boda. Ya no la soporto.
Anthony al recordar su malestar comienza a despotricar.
Al ver que la conversación de Paul se acaba, egoístamente me alegro. Prefiero mil veces el mal humor de Anthony, al recuerdo de un Paul que llevo días sin saber dónde demonios se encuentra.
—¿Qué ha pasado?
La noticia no me resulta del todo nueva. Los nervios de todos están consiguiendo que me replantee mis deseos de un casamiento a lo princesa. Suponiendo que algún día tuviese novio al que llevar al altar…
—Nada y todo. No estoy seguro.
Resopla al sentarse con poca elegancia.
—¿Puede que estés un poquito celoso? —Sus ojos centellean y me electrocutan—. Solo un poquito. No mucho.
Me acerco con paso lento a su silla.
—¡No estoy celoso! Ya se los he repetido a todas. ¡No son celos! ¡Por qué no me entienden!
—Porque todos sabemos cuánto la quieres. Sería normal que estuvieras de un humor algo…

complicado.
—Nadie me entiende… —Anthony refunfuña sin poder explicarse. Él, que siempre tiene palabras para todos, es incapaz de expresarse. Este es el mundo al revés.
—Es normal que estés celoso. Nadie te juzga.
—No son celos. La quiero muchísimo. La quiero más que a mí. Pero no son celos.
Me divierto con Anthony. Todos lo comprendemos, aunque él se empeñe en creer que no es así.
—Yo sí te comprendo. Puede incluso que más que ninguna de las chicas. Adoras a Sofía y estás feliz con su felicidad, aunque sufres intentando ocultar esa molestia injustificada que sientes por dentro —he conseguido captar su atención. La mirada culpable se eleva hacia mis ojos—. Te molesta sentir esa cuota de egoísmo dentro, pero no lo puedes evitar. La quieres tanto que el temor a perderla es demasiado potente. Todos piensan en el amor celoso. Confunden lo que verdaderamente sientes por ella. Por eso no se lo dices a nadie. Porque tú la quieres. Estás enamorado de Sofía —Anthony niega en voz alta—. La amas muchísimo —replico—. La amas más que a ti. La amas de la misma forma que yo amo a Blake. Y temes perder a tu hermana.
Anthony agacha la cabeza. Se siente avergonzado.
—Sé lo que sientes porque yo siento lo mismo. Adoro a Blake, daría mi vida por él, me encanta Sofía y sé que ella es lo mejor que pudo pasarle, sin embargo, cuando me encuentro sola, temo que el compromiso lo aleje de mí.
—¿Somos malas personas?
—Prefiero pensar que los queremos demasiado como para vivir sin ellos. Yo amo a mi hermano tanto como tú a Sofía. Y aunque tememos perderles nuestra alegría por verlos felices es millones de veces más sólida que nuestros miedos. Somos dos tontos que aman desesperadamente a sus hermanos.
—No somos parientes. Ningún lazo de sangre nos une, pero mataría por ella. Sufro con su dolor y disfruto de sus sonrisas. Cuando veo sus labios inflamados por los besos de Blake me divierto con su mirada enamorada. Su felicidad es la mía.
—Mi querido Anthony, ese es el amor de un hermano. La sangre nada tiene que ver con la hermandad. Nacer en un mismo hogar es un hecho de azar, el amor de hermanos es un goteo que nace con el cariño diario.
—A ti nunca te he notado enfadada. Pareces llevarlo mejor.
—Lo estoy. Blake me tiene agotada con la elección de su viaje especial. Por no contar la de cuadros que he visto para decorar las paredes de su nueva casa.
—¿Quiere mudarse? —Su humor ha mejorado en amplias cantidades. La sonrisa se le desparrama por el rostro —. No quiero imaginar como se pondrá Sofía cuando se lo diga.
—Él tampoco, por eso no se lo ha dicho. Esta noche la llevará a cenar y se la mostrará.
Ambos reímos con una necesidad desesperante. Ambos necesitábamos este espacio de relajación y olvido.
—Vamos a comer. Nos lo merecemos. Conozco un lugar cerca que está de muerte.
—¿Sin reserva? No habrá sitio. Son las dos de la tarde. Plena hora punta.
—La vida está para jugarla.
Acepto la invitación porque llevo días alimentándome a base de helado de chocolate. Y porque no quiero llorar más por Paul. Y porque su mano me arrastra como cometa.

Caminamos entre las mesas. Anthony se niega a comprender que no hay sitio.
—Allí hay dos lugares vacíos.
Camino tras él cuando su espalda me detiene con un golpe en la nariz.

—Deberías encender la señal de frenos —contesto alzando la cabeza.
—No hay sitio. Mejor nos vamos.
—Esas sillas del fondo están libres.
Camino rápidamente para que no me roben el sitio.
—La columna ocultaba el… —iba a decir sitio, cuando la imagen de Paul y una muchacha de rostro común y sonrisa agradable me detiene. Ambos están comiendo uno junto al otro. Algo totalmente anormal. Nadie se sienta así para comer. Por eso las sillas vacías me hicieron imaginar… ¡Qué más da! ¡Es Paul! Lleva días desaparecido ¡y está aquí! En un restaurante monísimo y con la mano apoyada en una joven a la que sonríe feliz. Feliz no. ¡Está rebosante!
—¿Mariam?
—Pensé que el sitio estaba libre. La columna. Lo siento.
En ese momento el rezagado Anthony se acercó para romper el silencio incómodo.
—El lugar está abarrotado.
—¿Anthony? Hola, soy Vega, del departamento legal.
—Claro, me parecías conocida.
Conozco a Anthony lo suficiente como para saber que no la recuerda de nada.
Mi mirada sigue centrada en la pareja. Los veo allí, frente a la ensalada, mientras nosotros estamos de pie con la boca abierta. Somos, básicamente, dos jóvenes comiendo y dos anormales mirando.
Y pensar que yo lloraba por su amor desaparecido mientras él buscaba otra pobre ingenua a la que engañar. Una que seguramente a la que no le moleste que se encuentre casado.
—Y tú eres Mariam Blakmoon, trabajé con tu hermano en Baltimore. Él me informó de la vacante y no lo dudé. Me encanta Madrid. Pueden sentarse con nosotros. Acabamos de llegar y esas dos sillas están libres.
Mi espanto es tan grande que espero haberlo disimulado. No salgo volando porque no tengo alas.
—Si esperan pueden conseguir que los ubiquen en algún otro sitio.
La contestación de Paul me rompe el corazón. La mucha se silenció. Está claro que Paul no desea compañía. Quiere tenerla solo para él.
—Un gusto conocerte Vega.
Me giro para huir todo lo que las sillas atravesadas me lo permiten. Estar en la esquina del fondo no ayuda a mi plan de escape.
—Mariam…
—Ya nos veremos Paul. Que te siente bien el almuerzo.
Tengo que escapar. Anthony tras de mí apoyó su mano en mi hombro. Intenta darme ánimos. Sabe cómo me siento.
—Lo olvidaré. Lo olvidaré.
Anthony me sigue hasta que en la calle consigue detener mi paso acelerado.
—¿Estás bien?
Mis lágrimas parecen contestarle.
—Lo siento cariño. Nunca creí que diría esto, pero tienes que olvidarle —. Afirma con su abrazo apretándome contra su pecho.

Comencemos

Organizar una despedida de hermanos me parece una de las mayores estupideces del siglo. Aún no comprendo cómo he podido aceptar esta tontería. Un poco de embutido español y unas cervezas es lo máximo que conseguirá de mí esta noche.

Protesto una y otra vez acomodando la bandeja de patatas bravas que tanto le gustan. ¿A quién quiero engañar? Esta estúpida, atontada y descabellada despedida de hermanos posee su punto de encanto. Pensar en el niño mandón convertido en un hombre casado me llena de orgullo.

Mi apartamento es pequeño, por lo que solo hicieron falta tres velas y un poco de música para preparar nuestra despedida de hermanos solteros.

Me siento intentando pensar en todas las cosas que tengo buenas en mi vida. Quizá porque así, pensando en la alegría que me rodea, soy capaz de alejar un poquito la tristeza.

Paul lleva una semana perdido dentro del mundo. Su teléfono aparece conectado en horarios poco razonables. Y no lo digo porque me guste espiar. Lo mío es el resultado de una profunda preocupación por su seguridad. Al segundo día de no verle ni tener noticias suyas, le investigué por WhatsApp. Todos los hombres son iguales. ¿Por qué él sería la excepción?

Puede que esta despedida de hermanos solteros al fin y al cabo no sea tan atontada. Quien sabe, incluso puede que hasta por unos segundos, consiga sacar a Paul de mi cabeza.

El sonido del timbre me obliga a mirarme al espejo. Estoy fatal. Ropas de andar por casa y kilos de anti ojeras. No tengo ganas de escucharle decir a Blake, otra vez, que tenga esperanzas. Ya me gustaría verlo a él si el perdido hubiera sido la pequeña Sofía. Aún recuerdo el mes que estuvieron separados y sus intensas borracheras de hermano cargante que me tocó soportar.

Unos golpecitos en los mofletes que oculten mi palidez y allá voy. A pasar una cena horriblemente agradable con el atontado de mi hermano mayor.

—¿Tú?

—Yo.

Mi congelamiento supera al de un iceberg en el polo norte.

Lo miro y lo vuelvo a mirar. Paul se encuentra al otro lado. Después de una desesperante semana en la que no he comido ni dormido, abro la puerta para descubrir que él se encuentra detrás.

Y terriblemente guapo. ¡Qué guapo! Está maravilloso. Su rostro reluce felicidad. Los ojos color cielo iluminan el pasillo. En su cuerpo no existe una gota de cansancio por ruptura sentimental.

—¿Qué quieres?

Mi pregunta posee la misma amabilidad que el aroma de las mofetas.

—¿Puedo pasar?

—No. Blake está por llegar. Es una cena solo para hermanos.

—Él no vendrá.

Paul atravesó el portal sin esperar a que le diera paso. Caminó hacia la mesa y se apoderó de un trozo de jamón.

Cierro la puerta sin saber si estoy feliz o furiosa. Adoro verlo en mi casa, odio presenciar su buen estado de ánimo. ¿Tan poco dura la intensidad de sentimientos en los hombres?

—Coge la cerveza que estás abriendo y vete. Blake ha organizado una despedida de hermanos solteros.

—Y yo he dicho que no vendrá.

—¿Cómo puedes? Ay no. No puede ser. No… Dime que no he caído en una de vuestras trampas.

Me siento en una silla para que mi imbecilidad no caliente mi boca. Blake es mi hermano. Él no pudo participar en un juego tan cruel. ¿Qué esperaba? ¿Esta es su idea de intentar que yo no

sufra? ¿Encontrarme a Paul hecho una rosa mientras yo luzco mis mejores harapos del desamor?
—Blake pensó que te lo merecías.
—¿Esto? Recuérdame que pida un cambio de apellido.
Paul apoya el botellín nuevamente en la mesa. Acercándose a mis manos, las sujeta tironeando de mí hacia arriba. Me pongo en pie de forma débil antes que sus dedos en la barbilla me obliguen a mirarle a la cara.
—Te ves mal y es por mi culpa.
—Y tú te ves como una rosa. Felicidades.
Centrándome en el azul de sus pupilas consigo apreciar unas pequeñas motas rojas. A primera vista no conseguí apreciarlas, la sonrisa de su rostro las ocultó demasiado bien. ¿Habrá estado de fiesta? ¿por qué ha dormido mal?
—He estado en Baltimore.
—¿Cómo?
—Blake me envió.
—¿Mi hermano? Eso no es posible. Él me lo habría contado.
—No, si yo le hubiese pedido.
Sonrío sin ganas. Amigo gana a los lazos de sangre.
—Imagino que llegados a esta altura debo poner cara de asombro. Sujetarme el rostro con fuerza con ambas manos, para que la O de asombra me salga más nítida.
Me giro para no mirarle a la cara. Estoy demasiado enamorada como para tenerlo delante y no perdonarle.
—Necesito que hablemos. Me dan igual los gestos.
Los brazos me sujetan por la espalda enderezando mis hombros agotados.
—¡Hablar de qué! De tu esposa. De tu nueva chica. ¿De qué vamos a hablar?
—¿Chica? ¿Qué chica?
Me deshago de su agarre. Sus manos queman un amor que no puedo disfrutar. No debo disfrutar.
—Ya nos hemos dicho todo lo que debíamos decir. Lo nuestro no se trata de palabras sino de personas. En concreto de una. Se llama Sarah y es tu esposa.
—Ya no.
La confesión me golpea y me echa hacia atrás. Mis oídos niegan lo que acaban de escuchar.
—¿Qué has hecho? No…no…no
Camino de un lado a otro negando una y mil veces.
Esto no puede ser verdad.
Mi Paul era un joven de buen corazón. Un muchacho de carácter silencioso, pero de buen corazón. ¿Qué he hecho?
Saber que ha dejado tirada a una pobre chica enferma me horroriza. Sarah ya no tendrá seguro médico, vivirá sus días en rincones oscuros de calles malolientes tras un contenedor de basura.
—¿Cómo has podido? Esto es peor. Mil veces peor.
—No te entiendo. Creí que deseabas que fuese libre. Siempre has estado enamorada de mí. Al menos eso decías. ¿Ya no sientes nada? ¿Tanto te he defraudado?
—¿No lo ves? ¡Cómo puede ser que no! ¿Qué futuro podemos tener si en nuestra conciencia cargamos el abandono y hasta puede que la muerte de una pobre chica?
—Mi amor…
—¡No! No me toques. Esto no puede ser —lo miro a los ojos. Estoy desesperada. Tengo que arreglar la consecuencia de mis actos. Yo soy la responsable. He obligado a Paul a que escoja. ¿Cómo he podido ser tan miserable? —. Tienes que regresar y arreglarlo. Su madre, su familia.

Ellos te ayudaron cuando no tenías a nadie. No puedes hacerles esto.
—Cariño, ven, siéntate. Necesito que te calmes.
—¿Calmarle? ¿Cómo voy a hacerlo?
—O lo haces solita, o lo hago yo, haciéndote el amor. Tú decides.
—No estoy para bromas.
—No estoy de broma. Acabas de conquistar el último rinconcito que aún no se encontraba loco por ti. Mi vida, Sarah continuará recibiendo su tratamiento médico durante toda su vida.
—Estás mintiendo. Eso no es posible. Me engañas.
Las manos de Paul me obligan a seguir sentada en el sofá. Sin soltarme de su agarre él también toma asiento. El calor de su cuerpo se pega a la frialdad de mi desconfianza.
—Merezco tu desconfianza. En el pasado no fui demasiado honesto. Te juro que esos tiempos se han acabado. Entre nosotros solo existirán verdades.
La destemplanza me provoca escalofríos.
—Me engañas con un matrimonio que yo desconocía y un trabajo de espionaje hacia mi hermano. Ahora dices que has dejado a tu esposa y eres libre. ¿Quieres que te felicite y bendiga tu unión con esa otra pobre chica? ¿o ella también fue algo pasajero?
—Juro que no tengo idea de lo que hablas.
—¿Vas a decirme que no te acuerdas? Espera, ya te lo recuerdo yo. Chica simpática, restaurante, tu mano sobre la de ella. ¿Te ayudo más?
Su sonrisa se relaja.
—Vete de mi casa. No quiero volver a verte.
—Mi amor, ven aquí. Tenemos mucho de lo que hablar.
—¡Yo no quiero hablar contigo! No quiero saber nada de ti.
—Sí, lo escuché cuando salías del restaurante. Voy a olvidarle. Lo repetiste unas cinco o seis veces.
—Al parecer no las suficientes. Quiero que te vayas. No me importa si estás con Sarah o alguna otra. Entre nosotros ya no existe nada.
—Escúchame bien —dice poniéndose de pie y sujetando mis hombros temblorosos de indignación—. Entre nosotros lo hay todo porque yo sin ti no soy nada. Tú te encargaste de enamorarme de los pies a la cabeza. Te quiero más de lo imaginable. Ahora, vas a sentarte aquí —dice sujetando mis hombros con fuerza —y vas a escuchar todo lo que tengo para decir. No vas a irte a ningún lado. No, hasta que te lo cuente todo. Y si tengo que atarte lo haré.
—Tu historia del pasado ya me la has contado. Puedes ahorrarte tus palabras enternecedoras.
Paul se sienta mordiéndose la lengua. Está rojo de furia. Para mí como si se le cayera un martillo en los huevos.
—Esa historia enternecedora, como tú dices, es la asquerosa vida que he tenido. Y jamás se la he contado a nadie más que a ti.
Respiro agitada y algo culpable. Puede que mis celos me jugasen una mala pasada. Pero no lo suficiente como para apenarme. Sigo queriendo que un martillo aplaste sus huevos y los haga picadillo.
—Estas semanas he estado ocupado.
—Eso lo he visto con mis propios ojos —digo intentando ponerme de pie. Sus manos me obligan a caer de culo contra el sofá.
—Vega es la abogada que llevó mi proceso de divorcio.
—¿De verdad piensas que voy a creerme semejante mentira? Ah, ya entiendo. Como no tenías dinero sujetabas su mano y le sonreías atontado como parte de pago. ¡Mira que soy poco

comprensiva!
—Lo que viste fue un simple agradecimiento. Acababa de darme la noticia.
Se recuesta como si hubiera corrido una maratón. Seguramente la de las mentiras. En ese campeonato él es el rey.
—¿Y si fue así por qué te negaste a que nos sentásemos con vosotros? ¿A ver? ¿Cuál es tu excusa ahora? Eres un men-ti-ro-so.
—¡No quise que te sentaras porque quería ser yo quien te diera la buena noticia!
—Pues ya has tardado. Han pasado dos semanas. ¡Dos! ¡Catorce días!
—Aún me faltaban cosas —su voz comienza a apagarse—aunque creo que ya no importan.
Ambos nos quedamos en silencio. Paul se rasca la cabeza. Jamás lo había visto en este estado de derrota. Él siempre ha sido el hombro en el que Blake se apoyaba. Cuando todos pensaban en la muerte Paul se empeñaba en ver los pequeños brotes verdes.
—¿Qué cosas?
La voz apenas me sale. No me gusta sentirme así. Por supuesto que deseo confiar. Yo más que nadie soy la sufridora del ácido que me quema por culpa de su ausencia.
—Tu hermano y yo llevamos dos años trabajando en un programa informático nuevo. Él me cedió los derechos. Los he vendido.
—No entiendo.
—Blake firmó para que le vendiese la aplicación a una empresa en California. Ellos llevaban tiempo intentando comprarla. Yo siempre me negaba. Quería hacerlo cuando pudiera dejar el ejército. Era algo así como mi seguro laboral.
—¿Y por qué lo hiciste?
—Vendiéndole conseguí cubrir todos los gastos médicos de Sarah. Ella no estará desprotegida en toda su vida. Estas dos semanas estuve formalizando los trámites. También quise explicarle la razón de nuestro divorcio. Pero no pude. Ya no me recuerda. Ha perdido el raciocinio. Los médicos llevaban tiempo advirtiéndome que un día pasaría.
Me dejo caer contra el respaldo.
Los números en mi cabeza ahora comienzan a sumar de forma correcta. Una comida, un viaje, quince días, todo posee sentido.
—¿Y dices que ese programa…?
—Es una aplicación. Blake recordaba los inicios de vuestro padre y me propuso trabajar en ese proyecto de forma extraoficial. Lo hacíamos en ratos libres —se acerca hasta pegar sus rodillas con las mías—jamás lo hubiera aceptado si no fuera por ti. Le pagaré su parte con horas de trabajo. Creo que estaré en deuda de por vida.
Intento enfocar la vista. No puedo. Las lágrimas me recubren la retina.
—Todo lo hice por ti. Yo también quería que fueras la única mujer de mi vida. Sarah estará cuidada, no va a faltarle de nada, y nosotros podremos ser felices juntos. Eso si estás dispuesto a ser la novia de un ex militar que solo podrá invitarte a ver películas en el sofá de un piso alquilado.
Me largo a llorar sin consuelo. No puedo creer lo que escucho. Años de espera y semanas de sufrimiento desaparecen ante la claridad de un futuro a su lado.
—El dinero de la venta lo he entregado en su totalidad a la clínica, y aunque Blake quiso que fuera un regalo, no lo acepté. No llores, trabajaré duro, lo del cine era broma, puede que lo hagamos ¿una vez al mes? O podría encontrar otro trabajo. No tengo miedo. Sé que siempre has tenido mucho más que yo, pero tienes tu empresa, aunque prometo no tocar nada de ese dinero. Firmaré todos los contratos de renuncia que hagan falta. Cariño, si me aceptas…

Me lanzo a sus brazos para detener las tonterías que salen por su boca.
—Sí. Mil veces sí.
—¿Sí?
—Sí acepto a ver películas en el sofá.
Su mano en mi cuello me acerca a sus labios. Un te quiero se perdió dentro de mi boca ansiosa. Nuestras lenguas se unen desesperadas mientras mi cuerpo se acerca buscando su calor. El tiempo separados es una distancia que ya no soporto. Me reclino y me entrego. Mi boca saborea el dulzor del amor conseguido. El salado de mis penas se borra ante la promesa de sus besos. Estoy volando en nuestra propia nube de algodón de azúcar.
—Te quiero… eres la felicidad que nunca tuve. No puedo perderte. Sin ti no soy…
Mi boca recubre sus labios. Las palabras lastimosas son pasadas. Quiero ser la sonrisa que borre una a una sus penas.
—Sé que estás acostumbrada a comodidades que no puedo darte —dice mordisqueando mis labios—y que pierdes más de lo que ganas, pero te juro que voy a darte lo mejor. Te quiero tanto…
Sus manos viajan por mi cuello sin acercarse a mi escote. Somos dos tontos ingenuos disfrutando de la preciosidad de nuestros besos ardientes.
—De cuanto dinero estamos hablando —jadeo al sentir sus dientes mordiendo mi vena yugular —. Puedo reponerlo. Mis acciones son importantes.
Su rostro se separa unos milímetros. Los suficientes para peinar mis cabellos con ternura. Sus ojos me envuelven y me llevan a su lado. Soy una princesa volando en cometa bajo su azul mirada estrellada. No existe joven más feliz que yo.
—Es mi deuda. Blake ha aceptado mis pagos a plazos. Por favor, amor, necesito hacer esto por nosotros y por la familia de Sarah. Se los debo.
—Eres el mejor hombre del mundo.
—Y tú la joven más bonita del universo. Te quiero Mariam. Has conquistado mi amor de hoy, de mañana y el de antes de conocerte. Nunca creí que se pudiese querer tanto.
Peino sus cabellos con mis dedos. Paul es mi chico. Solo mío. Lo he conseguido. Su amor es tan mío como suyo es mi corazón.
—Te quiero preciosa.
Las pupilas de Paul se iluminaron con luz propia. Su profundidad ya no es oscura. Su transparencia es perfecta. Limpia y serena.
Acariciando sus cabellos revueltos la pulsera, que se encontraba perfectamente en mi muñeca, se abrió cayendo en su regazo. La mira curioso. Se ha partido en dos.
Observo sin poder creerlo. Lo miro y el recuerdo me hace derramar pequeñas lágrimas de emoción.
—¿Qué pasa mi amor?
—Cuando el cielo se ilumine y vuestro amor sea eterno, entonces ella te abandonará.
—¿Cómo dices?
Me quedo en silencio. No soy capaz de explicar las sensaciones que me embargan. Apoyo la pulsera partida sobre la mesa. Su muerte me dice que este es el final de su camino.
Paul me sujeta de la mano llevándome a la habitación. Sus besos nos hacen tropezar mientras el recuerdo de las palabras de Madam Chef-d’œuvre sonríen en mi cabeza. *Cuando tu cielo se aclare tu amor será eterno…*
—Tú eras mi cielo.
—Y tú eres mi amor.

—Sí. Tú eres mi cielo y yo soy tu amor.
Repito dejando atrás la pulsera para perderme en el cielo de su mirada y el sabor de nuestro amor eterno.

Antes de amarte

By
Diana Scott

2023

Serie “Bajo nuestra estrella”

Índice

PARQUE DEL RETIRO

NOCHE VIEJA

CONSEJOS

CONSEJOS BIEN AVENIDOS

SALTO Y REGRESO A LA CASILLA

ZORRA

CAMBIOS

PAUL

NO SOY ESA

PAUL

CENA

¿ERES TÚ?

EL COMPROMISO

SEGUIR

ATRAGANTADA

NO POR FAVOR

PAUL

EL AVIÓN

LA DISTANCIA

EL PROVEEDOR

SIGUIENDO EL CAMINO

LAS NOTICIAS VUELAN

NO ME DESPIERTES

DESPERTAR

PAUL

ESCUCHA EL SILENCIO

JUNTOS

PAUL

TE TENGO

LA PRUEBA

CAMINANDO EN LA FELICIDAD

PAUL

FELICES

SOLO ERAS TÚ

NO DUERMAS

LA FIESTA

ABRE LOS OJOS

DOLOR

PAUL

MADRINAS

NO VUELVAS

EXPLICACIÓN

ESTO ES UNA DESGRACIA

AGONÍA

PAUL

REVELACIÓN

CONFESIONES

UN CAMINO INCIERTO

PAUL

OLVIDARTE

COMENCEMOS

“Amo como ama el amor. No conozco otra razón para amar que amarte.
¿Qué quieres que te diga además de que te amo, si lo que quiero decirte es que te amo?”
Fernando Pessoa

Parque del Retiro

—Que alguien me explique por qué estamos aquí.
—¿Otra vez?
—Sí. Repítelo.
Karina, ignorando la ley de la gravedad, me empuja hacia la silla dura de madera. Mi pobre culo aplastado no se divierte de la carcajada de Laura que, a su lado, se carcajea como niña traviesa. Si la novia de mi hermano estuviera aquí diría que estas dos acaban de aplastarme contra la silla como a un crepe chamuscado.
Injusticias de la vida. Mientras mi hermano y Sofía comparten un fin de semana romántico en Sevilla, yo me encuentro en el Parque del Retiro, sufriendo el secuestro de sus queridísimas amigas desquiciadas.
Laura, diseñadora de moda, posee un corazón que supera sus curvas felices. Karina, muy por el contrario, es la amiga que lo enumera todo. Los gastos, las oportunidades, el amor, el azar e, incluso, el destino. Y por eso estoy aquí, en mitad de una preciosa pradera, esperando a que una señora lea en unas cartas viejas el futuro que desconozco.
Intento no renegar mucho en voz alta, después de todo, son las mejores personas que he conocido en toda mi joven vida. Ellas me entregaron su simpatía sin conocerme. Y yo he aprendido a quererlas a pesar de que algunas veces se les aflojen los tornillos.
—Ella es Madam Chef-d'œuvre.
Karina me enseña a la mujer de manto enroscado en la cabeza.
—¿Es cocinera?
—Mira que eres divertida.
—¿Lo soy?
Camino dos pasos hacia atrás. No puedo. Tengo los muslos encajados en la silla.
Mi espalda se pega al respaldo negando acercarse a la mesa. La imagen de la señora que tengo delante absorbe el total de mi valentía.
Paul, mejor amigo de mi hermano y fuente insensata de todos mis sentimientos poco platónicos, dice que soy una niña con el mismo valor que dulzura. O, eso decía, antes de retirarme la palabra.
Qué equivocado estaba...
Me refiero a lo de la valentía, por que lo de no hablarme es algo que continúa vagando en el vacío de las explicaciones. Un día decidió comenzar a tratarme con aspereza y así seguimos. Nuestra relación es un edificio en construcción. Un día recibo una manaza de cal áspera y al siguiente una de colorida pintura. Desde un tiempo a esta parte antes de hablar lo observo para saber si ese día toca paletada o pincelada delicada.
—¿Qué hace?
Los resoplidos que realiza al aire espantan a las palomas.
—Se prepara para conectarse con el mundo espiritual.
Detrás de la mesilla que baila inestable sobre el mullido césped, la mujer se parece a una… ¿bruja? ¿Medium de espíritus aturdidos? ¿Loca desquiciada? ¿Todas las respuestas anteriores? Yo pondría una X en la cuarta opción si las manos de las chicas no me apresaran como a loca de manicomio.
Los collares se le retuercen el cuello rechoncho para terminar apoyándose en los abultadísimos pechos que chocan con la mesa. Ajena al tintineo murmura frases al cielo mientras enciende dos velones de color rojo.

A nuestra derecha, y ajenos a mis súplicas de liberación, los niños circunvalan un teatrillo portátil con cajones de manzanas perfectamente apilados. Los titiriteros hablan con voces graciosas al revolotear las patas de palo de sus marionetas. Los pequeñajos, enloquecidos con el espectáculo, aplauden por encima de sus cabezas. Todos parecen felices. Todos menos yo. ¿Si al menos recordara en qué momento consiguieron embaucarme en esta locura?
Siempre he pensado que al poder oculto hay que tenerle respeto. No es que yo crea, pero la prevención siempre es mejor que la picadura. Y si no que se lo digan a mi hermano Blake. Una vez removió un avispero y Matilda terminó pasando la noche con él en las urgencias del Johns Hopkins. Desde ese día se llevó mi sensible, delicado y amoroso apodo de: Atontado.
Mis temores acerca de los poderes ocultos vienen desde niña.
Lo que se ve es porque está. Y lo que no se ve, también. ¿Qué puede existir más peligroso que eso? El odio, el amor, los celos y la pasión destruyen o alimentan, pero ¿se pueden ver? ¿a que no?
—Madam Chef-d'œuvre es la mejor de todas las tarotistas —Karina me murmura al oído —. Es la mayor hechicera que existe. Su poderío es único. El día que nos visitó a los estudiantes de *descubretufuturo.com* nos dejó con la boca abierta. El tiempo que pude escucharla me resultó maravillosa.
—¿El tiempo que pudiste escuchar?
—Las clases fueron online y la wifi de mi vecino iba fatal.
—¿Tu vecino?
—Sí —dice apuntando hacia la nariz de Laura — esta mujer trajo a Patán a mi casa. La mesilla de noche acabó por el suelo y los cables de Internet mordisqueados.
—Es un cachorro que no sabe lo que hace.
—¡Tiene tres años! Quiero decir que… —baja la voz a niveles de murmullo silencioso. No desea interrumpir la concentración que necesita la mujer para acomodar dos velones mientras murmura a la Pachamama— lo malcrías como a un bebéééé —la última letra se ahoga en un grito atragantado y repetitivo para no molestar a la espiritista—. En fin, como no pensaba perder la clase magistral por nada del mundo, hacké el ADSL de mi vecino. Pero, como el agarrado no respira para no gastar aire, algunas predicciones de Madam Chef-d'œuvre se me perdieron por cortes publicitarios.
—¿Cortes publicitarios?
—Sí. Algo demasiado largo de contar. Tú no te preocupes. Lo esencial lo capté y resultó ser admirable.
Me rasco la frente para no emitir mis opiniones en voz alta y que ella sí pueda atrapar mis insultos sin cortes publicitarios.
Sofía me advirtió que no les hiciera caso. Que puedo decir, soy demasiado joven para aceptar consejos sabios.
—Madam Chef-d'œuvre te dirá todo lo que deseas saber.
—No necesito saber nada.
—Sí lo necesitas. Y por eso te hemos traído.
Karina contesta mientras Laura no es capaz de esconder la carcajada. Tengo la sutil impresión que ella no termina de convencerse de los poderes ocultos de Madam Chef-d'œuvre.
—¡No quiero que lean mi futuro! —Chillo intentando ponerme en pie. Las manos de Karina son anclas engarzadas en mis hombros —. Estas cosas del ocultismo prefiero que se queden donde están. Esto es Europa y todos conocemos su historia acerca de las brujas y el fuego. Yo me voy a casita.

—Sí que quieres saber. Todas queremos.
—Puedo asegurarte de que yo no quiero —replico apuntando la barbilla hacia arriba para enfocarla mejor. La silla de pata coja es más baja de lo normal.
—Menuda tontería. Qué mujer no querría conocer su final feliz.
—¿Me va a hablar de mi muerte? Sentaros una de vosotras dos. Por favor…
—Nosotras no tenemos por quién preguntar.
—¿Y yo sí? Si lo tuviera no estaría un domingo por la mañana en mitad de un parque esperando a que la pitonisa regrese. Refunfuño aprovechando que se ha levantado para ir en busca de… —¿Qué está haciendo ahora?
La mujer reaparece con un trébol entre sus dedos. Lo acomoda ceremoniosamente junto al mazo de cartas. Al sentarse la falda se le ahueca como inmensa carpa de circo.
—Yo me voy.
—Tienes a Paul —Laura susurra en mi oído mientras Karina me atornilla contra la silla.
—¡Yo no tengo a Paul! —La pitonisa frunce el ceño al escuchar los chillados —. No tengo a Paul… —murmuro por lo bajo.
Las chicas no me hacen el menor de los casos y la desgana me impide continuar discutiendo. No necesito a ningún tarotista para saber que él no me quiere.
Cuando yo entro, él sale. Si salgo, desaparece. Si le hablo no contesta. Si contesta se enfada. El último año ha sido el peor de todos. Su trabajo junto a mi hermano le ha obligado a permanecer más tiempo en Madrid que en Baltimore. Las primeras veces me alegraba de tenerlo cerca, sin embargo, como siempre nos pasa a las enamoradas no correspondidas, el tiempo se convirtió en horas sin acción.
—Madam Chef-d'œuvre, soy Karina. Quiero agradecerle que nos haya hecho un hueco en su apretada agenda.
Observo a los lados. ¿Apretada agenda? Somos las únicas junto a su mesa. La gente se encuentra demasiado ocupada disfrutando de su paseo, comprando bijouterie o sonriendo con los titiriteros.
La mujer no contesta. Su cabeza se encuentra concentrada en las cartas que esparce sobre la mesa. Se mueve nerviosa. Hace tantos aspavientos que un cartón sobrevuela y aterriza a un lado de la pradera. Laura, gentil como siempre, se agacha para levantar la carta.
—¡No la toques!
El grito áspero me paralizó los reflejos. El corazón y la respiración continúan funcionando. Creo.
—¿Nos podemos ir?
Susurro en tono de súplica tan extrema que Laura se lo piensa. Mi instinto me dice que se encuentra al igual que yo estudiando las alternativas de escape. Karina, ajena a nuestros temores, clava la vista en las cartas.
Las pupilas de la pitonisa se abren y cierran mirando los dibujitos enmarcados en las cartas. Con lentitud recoge el cartón del suelo y lo eleva por encima del humo del sahumerio. La brisa que esparce choca de frente contra la cara del titiritero que estornuda antes de mirarnos molesto. Le contesto alzando las manos. No es mi culpa. Si por mi fuera me encontraría en casa con la cabeza escondida bajo una manta.
—Mejor me voy.
—¡No te muevas!
Otro grito de esta loca y el corazón se me cae por las pantorrillas.
¿Por qué no estaré en casa leyendo? Las novelas románticas matan de amor, no de un infarto erosionado desde los bajos fondos de los poderes ocultos.
—No puedo creerlo…

Aplacando los temblores de las manos entre mis rodillas observo a los lados. Tres chicas masticando palomitas saladas se han detenido junto a nosotras. Están de lo más interesadas. Una señora de chal negro y con cabello tintado de rubio cenizo se une al espectáculo. Todos ellas nos observan expectantes. Esto es España. La gente nace con el chismorreo estampado en el ADN.
—Es la torre.
Al sentirse el centro del espectáculo la bruja aumenta el nivel actoral. La carta que segundos antes se encontraba en el suelo vuela por encima de su cabeza para terminar chocando contra mi nariz.
—¡Ay!
Otro golpe y se lo devuelvo.
—La torre habla.
—¿Habla? ¿Y qué dice? —Respondo acariciando mi dañado olfato.
La intriga ha conseguido ganarme. Un poquito.
—El pasado se derrumba. Los postes caen. El cielo se hunde.
Las bocas de las presentes se transforman en una inmensa O. Karina agacha la cabeza estudiando las cartas extendidas y Laura presiona mi hombro contra la silla. Si buscaban asustarme lo han conseguido. Cómo puede ser que no lo hayan visto. ¡Soy joven e influenciable!
—¿El cielo? ¿El fin del mundo? ¿Vamos a morir todos?
—No.
—¿No? ¿no a qué? ¿morimos todos? ¿voy a morir sola? ¿moriré sin Blake? —Laura y Karina me miran desconcertadas—. ¡¿Qué?! Es mi hermano. Si no para de gritarme todos los días porque no quiere que ande sola por la noche qué menos que morirse conmigo.
Karina sacude la cabeza antes de volver a concentrarse en las cartas sobre la mesa.
—El diablo.
Comenta señalando con el dedo a un loco medio desnudo que vuela. La pitonisa observa y habla como si se encontrase delante de un cadáver de la morgue. Estoy asustada. Yo soy el fiambre fresco.
—¿Cuánto tiempo me queda? Hablen. Estoy preparada para todo.
Karina frunce la mirada sin separar la vista de las cartas mientras habla a la mujer.
—Quizá si escoge otra…
—¡Sí! Lance otra Madam cocinera.
La pitonisa acepta la orden. Gira tres nuevas cartas. Ambas abren los ojos estupefactos.
—¿Cuánto me queda? Soy valiente. Hablen sin paños fríos.
A estas alturas las jovencitas dejaron de masticar palomitas. La señora del chal por el contrario acerca la nariz.
—No vas a morir.
El aire alcanza nuevamente mis pulmones.
— El velo del futuro se presenta ante mí con nitidez. Debo confesar que veo un camino tenebroso. Las nubes de la incertidumbre y los desafíos se ciernen sobre tu cabeza.
—¿Qué significa eso? ¿Ve mi muerte?
—El futuro es como el océano, siempre cambia.
Gira dos nuevas cartas que la obligan a persignarse. La señora imitó el gesto.
—¿Y ahora qué?
El tormento del futuro se me atraganta entre los dientes.
—Deberías regresar otro día.
—¡No!

Madam cocinera, o como se llame, intenta recoger las cartas. Detengo sus manos sobre la mesa. A estas alturas no estoy como para intrigas.
—La chica tiene derecho a saber.
La señora con peinado forma casco moto habla tajante. No necesito ser tarotista para saber que busca material fresco para sus cotilleos semanales con las amigas del bingo.
—Niña, eres dulce y buena. Las personas no suelen ver más allá de tu cobertura. Eres preciosa. Tus cabellos son caricias del sol. Tus ojos son la pradera donde descansa la humedad del cielo. Las cartas no mienten. Esa soy yo. Una chica preciosa con grandes valores no descubiertos. No podría haberlo descrito mejor. Al fin las cartas dicen algo cierto.
—Pero ...
—¿Pero?
—El cielo estallará y destrozará tus flores coloridas. El engaño y la malicia te ahogarán. El cielo te envolverá y su silencio te dará paz. Será entonces el momento en que el azul te despedace sin piedad.
La mujer alza los ojos por encima de las cejas. El turbante encajado a presión apenas se le mueve.
—Caerán piedras y granizo. Las lágrimas inundarán tu belleza. Tu inocencia se perderá en la oscuridad de la espesa tempestad.
Las chicas que segundos antes engullía palomitas se marcharon con pasos de cangrejo. La señora de peinado casco moto también se marchó no sin antes pegarme con su bendición en la frente. Vuelvo a quedarme con la única compañía de Karina y Laura. La saliva temerosa se esconde entre mis muelas.
—Me voy a mi casa —me levanto para marcharme. Las chicas ya no me retienen —. Esto es una tontería.
Camino un paso cuando la voz de la mujer golpea contra mi espalda.
—El cielo azul no es azul. Las tormentas que en su interior se esconden son tan electrizantes como sus secretos. Por favor —la mano tras de mí extiende algo—llévala siempre contigo.
—¿Qué es?
Observo la pulsera de plata con un pequeño símbolo.
—Es la llave de la protección. Ella te indicará el camino.
—¿Qué camino?
—Deberás conservarla hasta que su poder venza a la tempestad. Cuando tu amor sincero conquiste las tempestades del cielo para siempre, ella abandonará.
Niego con la cabeza.
—No entiendo una palabra de lo que dice.
—Gracias Madam Chef-d'œuvre. Yo me encargaré de que la utilice.
Necesito salir de este maldito parque. El aire fresco y el sol cálido de un precioso noviembre me aplasta la cabeza.
—¡Los cielos son claros bajo las tempestades! ¡No lo olvides!
Los gritos de la mujer se quedan tras de mí. Jamás debí haber venido.

—¡No quiero nada del más allá!
—Esto es del más acá. Y te la pondrás. Es una pulsera preciosa.
—¡No!
Me retuerzo ante el placaje de Karina. Laura ajena a mis súplicas coloca los platos sobre la mesa. Si no fuera porque su apartamento se encuentra frente al gran Parque del Retiro, y porque me

empujaron hacia la entrada, me habría ido.
—Ya está —mi atacante peina sus cabellos de forma victoriosa al ver el amuleto brillando en mi muñeca.
—Me la quitaré en cuanto llegue a casa.
—No lo harás —Karina afirma con tanta crudeza que Laura se queda mirándola sin apoyar los vasos en el mantel.
—Eres la socia de Sofía. Ella te quiere y tú a ella. Por no decir que tu hermano muere por sus huesos.
—¿Qué tienen que ver ellos en todo esto?
—¿Te has puesto a pensar que esa mala suerte se puede extender hacia tus seres queridos?
—Yo no… Eso no puede ser.
Jamás dañaría a Blake ni a su novia. Ellos son todo lo que tengo. Blake me cuidó como un hermano padre. Él lo es todo para mí. ¿Y Sofía? Ella no es solo su novia. Ella es mi socia y mi mejor amiga. Me entregó las acciones de la Agencia sin pensar en la pérdida económica que simbolizaría en su futuro. Tuve que insistir meses para que se quedara a mi lado. Ellos son toda la familia que tengo.
— Madam Chef-d'œuvre jamás ha fallado en sus predicciones.
—Puede que la wifi robada no funcionara en el parque.
—No te la quites —ordena sin hacer caso a mi ironía—. Es un amuleto bonito. Solo deberás usarlo hasta que el mal haya pasado. ¿Cuál es el problema?
—Hasta que la pradera venza al cielo y el granizo se transforme en dulce humedad. ¿Qué quiso decir?
—No tengo ni idea.
—Paul tiene ojos azules —Laura apoya el último vaso antes de hablar.
—¿Y?
—El cielo es azul.
—Sus ojos son azules como el de miles de personas. ¿Qué tiene que ver eso con la predicción?
—Queríamos que Madam Chef-d'œuvre nos dijese algo de Paul. Puede que la pitonisa…
—La pitonisa ¿qué?
—La lleva te protegerá y te dirá cuando el mal haya pasado. Eso es lo único que importa en estos momentos —Laura niega sus conclusiones anteriores.
Acercándose a la puerta recibe la bandeja de pollo tikka masala con arroz. La pulsera se mueve nerviosa en mi muñeca.
—Vosotras dos habéis llegado a una conclusión. Hablad.
Karina regaña a Patán que intenta sentarse en su sitio. Laura apoya la bandeja humeante sobre la mesa.
—Estoy lista para escuchar. No soy una cobarde. ¿Qué están pensando?
—Eres una niña preciosa y los chicos caen rendidos cuando te conocen. Olvídate de tonterías del mundo oculto. Ha sido un error que te echaran las cartas del Tarot. Ahora vamos a comer antes que Anthony llegue y se coma… Ya está aquí.
Laura se acerca nuevamente a la puerta para abrir.
Anthony acaricia las orejas del perro que salta por los aires al verle.
—A veces creo que olfateas la comida mejor que Patán.
Anthony, besa las mejillas de su amiga con fuerza, antes de sentarse y dominar la conversación contando divertidas experiencias de su sábado noche.
La pulsera tintinea en mi muñeca. Está bien, te quedarás, pero solo hasta que ganes esa famosa

batalla que debes ganar. ¡Ay, madre! Estoy hablando con una diminuta llave colgada en una pulsera. ¿Quién está más loca? ¿La loca que predice o la loca que le hace caso?

Noche vieja

La discoteca es un árbol de navidad que enciende y apaga sus luces ante los gritos al aire. La música refleja la vida que circula por las venas del deejay. Anthony se concentra en la bandeja de discos que acaricia con la mano izquierda a la vez que sujeta el oscuro auricular con la derecha. La gente chilla y le sonríe feliz. Él dice que esta es su afición de tiempo libre. Es increíble como alguien puede ser tan bueno en sus aficiones como en su trabajo diario. Cuando yo despierto por las mañanas demasiado tengo con acertar el hueco de la puerta del baño.

¡Seis! ¡Cinco!

Luces moradas serpentean el salón atestado. Los saltos se detienen. Los gritos lo inundan todo.

¡Tres! ¡Dos! ¡Uno! ¡Feliz Año!

Bajo la sonrisa del cava las nacionalidades de españoles, alemanes, italianos y una americana como yo, se pierden entre fuertes gritos de algarabía.

Los chicos golpean las manos con las espaldas de sus amigos entre fuertes carcajadas alcoholizadas. Las chicas con sonrisas sensuales y divertidas marchan al centro de la inmensa pista. La música suena estridente y las caderas de las preciosas muchachas se quiebran enseñando su mejor paso de baile. La noche acaba de comenzar.

—¡Feliz año!

Sofía se acerca para colgarse de mi cuello. La beso con igual felicidad. La adoro. Es la hermana que nunca tuve. Además de ser la única chica que ha conseguido que mi hermano, un mujeriego incapaz de salir dos veces seguidas con la misma mujer, se encuentre feliz y tranquilo. Es divertido ver como una pequeñaja de estatura concentrada consiguió domar al gran maestro del escapismo amoroso.

Cuando mis padres murieron en ese terrible accidente de tráfico, Blake se convirtió en mi hermano padre oficial. Encargado de una niña que apenas sabía su nombre, él lloró, se enfadó y cuidó de mí como solo los buenos hombre harían. Sofía es la mujer que tanto necesitaba. Ella se encargó de completar nuestra incompleta familia.

Suele decirse que cuando tus seres queridos son felices tú también lo eres. Me temo que en este caso mi felicidad debería estar presidida por un casi. Y ese casi se encuentra al otro lado de la sala. Un rubio que me saluda alzando una copa en la distancia. Le contesto sonriendo y ocultando el dolor que me causa verlo junto a la morena de cabellos largos que se encuentra a su lado, y que, al parecer, sí es merecedora de su saludo cercano. Aunque ella no sea la que pasa horas tras la puerta esperando a que él llegue de visita.

Así es el amor que no se tiene, sufridor hasta en los momentos felices.

Descanso la espalda contra la pared.

No soy tonta.

Sé que espiarle no ayuda a mi corazón enamorado, pero, quién sabe, puede que de tanto sufrimiento el llanto se convierta en sequía y el desamor en olvido.

Mis pensamientos se insultan a ellos mismos. Tragué las doce uvas sin masticar. Puse un anillo de oro dentro de la copa espumante y llevo ropa interior de un rojo infernal. Todo por cumplir con el ritual de la buena suerte. Una que me este año parece que tampoco voy a alcanzar.

Mi espectáculo actual es lamentable. Con un vestido negro ajustado hasta los huesos y diseñado por las manos de la ingeniosa Laura, debería estar buscando la felicidad en manos de cualquier borracho en lugar de agazaparme en un pasillo oscuro observando como el amor de mi vida

acerca sus labios al oído de una muchacha que estoy segura de que no conoce. Alta, elegante y con pómulos redondeados la muchacha es una verdadera belleza andaluza. Tengo tantas ganas de romperle la cara como de llorar. El corazón me duele por sus tres esquinas. La del amor, la de la esperanza y la de la soledad.
Dicen que los sentimientos son como el ave fénix. No estoy tan segura. Quizá de tanto sufrir por Paul un día mi esperanza se agote y decida que eso del amor no nació para mí.
—Esto no te hace bien.
La voz gruesa de Anthony se pega junto a mi.
—No sé a qué te refieres.
Bebo otro sorbo para esconder la vista dentro de la copa.
—Deberías dejarlo ir. Mereces que te quieran.
¿Merezco? ¿Quién decide lo que merecemos? ¿Merecía una niña que apenas hablaba perder a sus padres? ¿Merecía ser una interna junto a unas monjas que les parecía pecaminoso consolar el llanto?
Adoro a Paul, no importa si lo merezco o no.
Mi corazón late desbocado cuando lo ve. Mi respiración se contrae cuando su boca se acerca. Cuando mis amigas pensaban en rostros de cantantes yo pensaba en él. Paul siempre fue mi estrella de rock inalcanzable. No me importan las reglas escritas del benefactor merecimiento. Quiero a Paul más allá de extrañas compensaciones paranormales.
—Esto es un hervidero de gente.
Sofía nos alcanza agitada. Mi hermano intenta acercarse con un par de bebidas por encima de la cabeza. La gente choca con él moviéndolo de un lado a otro. No termina de entregar un vaso a su novia cuando dos chicas lo sujetan por la cintura y lo giran.
—Uy, uy… Creo que os habéis equivocado de persona.
—Yo creo que no. ¿Castaña o morena?
—¿Cómo?
—Yo soy morena y ella castaña. Escoge a una de las dos.
Las chicas revolotean las cabezas dispuestas a pasar una noche con su melena al viento junto al cuerpo desnudo de mi hermano.
—¿No pueden ser ambas?
Ha bebido demasiado. Y mira que le tengo dicho. Si bebes no hables porque te vuelves más atontado de lo que ya eres.
—¿Un trío? Pero que idea más interesante…
Blake sonríe con desparpajo. Es una de sus cualidades cuando el alcohol inunda su escasa neurona. Su seriedad formal se transforma en divertida sensualidad. Y aunque me cuete reconocerlo, el chico es guapo a rabiar. A pesar de que en estos momentos la negrura de sus pupilas reboza gin tonic por los lagrimales y la de Sofía reparte dardos de arsénico en su dirección.
La chica castaña se pegó a su torso enseñando mercadería. La morena lejos de quedarse atrás lo sujeta por la cintura. Ambas exponen sus atributos en formato catálogo desplegable.
—¿Te gustaría probar qué se siente estar con dos a la vez?
El infeliz se carcajea. Está claro que los ojos de la nuca no le funcionan lo suficientemente bien como para ver la furia de su novia.
—Os agradezco, pero ya lo he probado.
Cierro los ojos. Mi hermano acaba de meter la pata hasta la ingle. La cara de Sofía aclara mis dudas. Estoy a punto de perder el único hermano que conservo con vida.

—¿Tú casa o la mía?
Las chicas lo encierran en el centro de su círculo.
—Aceptaría si no fuera porque llevo cadenas.
Blake alza las manos mientras intenta atravesar la barrera que lo aísla de nosotras.
—Tranquilo, soy especialista en romper relaciones.
La morena lo sujeta por el brazo derecho. La castaña por el izquierdo. Sofía se aleja con cuatro pasos hacia atrás. Blake se gira buscándola.
—Estoy felizmente atado. Ahora si me permiten…
Blake impuso su metro ochenta y cinco para separar a las siamesas y atravesar la barrera. Las lobas giraron para mirar a la afortunada a la que él estiraba los brazos.
—Ven aquí —. Las palabras melosas de Blake son suaves al intentar sostener por la cintura a la escurridiza novia.
—¿Trío?
—Era una broma. Estamos de fiesta. Nadie habla en serio.
El cuerpo de Sofía es una serpiente escurridiza. Yo en su lugar no estaría mejor.
Mi hermano no ha medido las consecuencias de sus actos. Lo conozco demasiado bien como para saber que adora a su novia. Sofía conoce su pasado inquieto con las mujeres y no le gusta. La comprendo perfectamente. Ruego que la información que sabe se quede en partes, porque el día que descubra el total, no estoy segura de cómo reaccionaría.
Conocer el pasado de la persona que se ama no siempre es bueno.
Si Paul escondiera algo tan turbio como para ahogar mi amor por él, preferiría no saberlo.
Dependiendo de las circunstancias las hechiceras mentiras son más piadosas que las sinceras verdades.
—¿Cadenas?
—También dije felizmente.
Sofía se marcha hacia el baño sin mirar atrás.
—¿Se puede saber qué he hecho?
—Hermanito, a ver como te lo explico. Acabas de seguir el juego a dos desconocidas con cuatro tetas en tu cara. ¡Cuatro! Y como si eso fuera poco, vas y pones cara de cerdo hambriento cuando te ofrecen un trío. Créeme hermanito. Sí que haz hecho. Hasta la ingle que has hecho.
—No me interesaban… —dice mirando hacia el pasillo vacío —. Era broma. Jamás la engañaría. Es absurdo. Yo la quiero.
—Amigo, esta noche duermes en el sofá —Anthony contesta en tono burlón.
—O fuera —completo su predicción con la misma sonrisa.
—Joder Mariam, tú me conoces. Suelen acercarse y decirme esas cosas. Es una estupidez pensar que me iría con una de ellas. Jamás dejaría Sofía por nadie.
—Ella conoce como eras antes de conocerla.
—¡Ya no soy ese!
—Yo lo sé, pero no deberías alimentarr sus dudas.
—¿Dudas? ¿De qué estás hablando?
Ante mi silencio su rostro se enfoca en Anthony
—A mi no me mires. Es tu hermana quien lo ha dicho.
—Eres tú el que se perdía en brazos de todo tipo de mujeres. Jugabas y las descartabas como vaso de cartón. Debes ser tú el que le de confianza y demuestre con sus actos que ese Blake ya no existe.
—Se lo demuestro todos los días. Ella es la única mujer de mi vida.

No terminó de hablar cuando vemos en la distancia salir del baño a Sofía y encaminar hacia la puerta de salida.
—La has jodido —Anthony apoya la espalda contra la pared al hablar.
—Mierda.
Blake entregó nervioso su copa a Anthony antes de lanzarse a correr tras su chica.
—¿Mejor?
—¿Cómo dices?
—Esos dos han conseguido arrancarte una sonrisa y hacerte olvidar a Paul.
Digo que sí sin reconocer que a pesar de mi atontado hermano no he dejado de curiosear la esquina en la que Paul se encuentra. Apoyado en la pared bebe de su copa con sorbos lentos. La morena parece estar encantada de centrar su atención.
—¿Le gustará de verdad? No puedo dejar de preguntarme por qué ella.
—No creo que le guste más de lo que ve.
Agacho la cabeza avergonzada. En la distancia soy una muerta de hambre delante de un festín que no me pertenece
—Yo tampoco lo creo. Está jugando. Siempre lo hace. Nunca se interesa por ninguna. Jamás lo he visto preocuparse por el amor. En Baltimore actúa de la misma manera.
—¿Entonces por qué estás tan enamorada de él?
—¿Podía elegir?
—Imagino que no.
Anthony me mira de forma compasiva.
La primera vez que lo vi fue en casa de Sofía. Recuerdo que me puse a temblar nada más encontrarlo de frente. Esos ojos ardientes son atrapantes. Sus brazos fuertes y seguros invitan a saltar al abismo y disfrutar de la caída libre. Anthony es la fiereza de los que aman sin límites. Durante un par de días creí estar enamorándome de su energía. Sin embargo, unos segundos de reencuentro bastaron para saber que mi corazón se encuentra tatuado con las letras P A U L.
—Lo hice todo por conquistarle. Simulé ser linda, agradable y divertida. Todo.
—Tú, eres agradable, divertida y preciosa.
Anthony acaricia mi rostro con suavidad. Giro la cabeza y lo miro suplicante.
—¿Te gustaría ser mi novio?
—Si fuera de esos no lo dudaría. No tengo excusas, solo me amo a mi mismo.
Los dos reímos cómplices.
No es verdad. Anthony es un amor. Pero no el mío.
Las figuras al otro lado se acercan de forma indecente. Los dedos firmes de Paul se posicionan en la cintura de la morena. Él dice algo a su oído y se marchan hacia la oscuridad. Podría decir que estoy rota de dolor. Confesar que el corazón me salpica lágrimas de tristeza. Y hasta sería verdad si no fuera porque me ha lastimado tantas veces que mi llanto ya no carga salitre.
—Eres un bombón que quita el hipo. Lista, trabajadora, inteligente y con unos ojazos que despiertan a los muertos. Lucha u olvídalo. Tienes herramientas suficientes para cualquiera de las dos estrategias.
—He luchado y he perdido.
—No lo has hecho de la forma adecuada.
—¿Cómo dices?
—Cariño, a ese hombre hay que conquistarlo con sus armas.
—¿Qué dices?
—A los hombres nos gusta la guerra y la victoria. La fiereza de la conquista. Tú eres preciosa.

Mira esos chicos de enfrente. Llevan babeando por ti durante toda la noche y tú ni siquiera lo has notado.
La conversación de Anthony es tan interesante como insensata. No entiendo ni una palabra.
—¿Me sigues?
—Muy poquito. No. Nada de nada.
—Nena, a ver si me explico. ¡Necesitas ser una zorrona!
Los calores me queman el cuerpo. No estoy segura de si debo ofenderme o no.
—Eres tan dulce que das miedo.
—¿Estás diciendo que Paul me teme?
No menciono su estatura ni su cuerpo de boxeador entrenado porque sería ofender la inteligencia de Anthony.
—Una dulzura como la tuya puede atemorizar más que miles de puñetazos juntos. Eres un terrón de azúcar y él no tiene pinta de chico sensible. Si buscas conseguir esa cima deberás aprender a escalar con garras.
—No sé escalar.
—Él es una roca y tú tienes que ser algo más que una cenicienta esperando el beso de su príncipe. Muestra garras. Ponte pantalones y lucha hasta que se te rompan las manos de tanto pelear.
—¡Yo no soy una cenicienta!
Contengo las lágrimas. Estoy cansada de que la gente se pierda en mis cabellos dorados o el verde esmeralda de mis ojos. ¡No soy una cenicienta dormida! La vida me despertó en la orfandad, sola y sin caricias de consuelo. La vida me ha golpeado con fuerza. Si sonrío es porque me lo he ganado saltando muchas penas.
—¿No lo eres?
—¡No! ¡No lo soy!
—¡Entonces muestra tus dientes! Demuéstrale lo excitante que son tus mordiscos. Ya tienes mayoría de edad. Enséñale que ser tu presa es lo mejor que pudo pasarle. Ahora me voy. Esta fiesta está terminada para mi —dice besándome en la mejilla.
Me quedo pensando atontada unos segundos antes de chillar.
—¡Podrías alcanzarme a casa!
—Claro.
Tengo mucho en lo que pensar. Sus palabras chocan de un lado a otro en mi cabeza.
—Mejor no… —el cuerpo cuadrado me detiene junto a la salida.
—¿Cómo dices?
—¡No te gires!
Anthony me sostiene por los hombros para que no vea la imagen de diez pasos más allá.
Demasiado tarde. Mi curiosidad siempre fue superior a mi sensatez. La morena acaricia el rostro de Paul.
—Quiero irme —digo escondiendo el rostro en su pecho—. No quiero ver. No quiero sentir. No quiero quererle.
—Tenemos que esperar. El aparcacoches vendrá pronto. Lo siento.
Los dedos de Anthony peinan mis cabellos mientras muerdo mis nudillos contra su torso. Al parecer aún sí tengo lágrimas guardadas para él.
—¿Se ha ido?
Pregunto con temor a girarme y ver como se besan.
—No —. La voz grave de Anthony corta la oscura y fría madrugada.

Los segundos caminan con pies de plomo. La cabeza me aturde con cientos de imágenes que no veo e imagino.
—Mariam, cariño, ¿te acuerdas de lo que hablamos dentro?
—¿Lo de escalar y morder? Sí.
—Y recuerdas lo que dije antes.
—¿Sobre lo de ser una zorra?
—Lo de parecer, cariño. Solo parecer.
—Lo recuerdo.
—Dime cariño, ¿confías en mí?
—Por supuesto.
—Entonces prométeme que no me pegarás ni llamarás a la policía hasta que estemos dentro del coche.
—¿Que no te pegue? Yo jamás te…
Las explicaciones se me ahogan dentro de la boca de Anthony.
Los brazos fuertes me sujetan contra su torso. La boca firme y caliente absorbe mis labios. La confusión de mi cabeza se pierde ante la posesión experta de su seducción. No termino de aclarar mis latidos cuando se separa para balbucear sobre mi aliento.
—No te muevas ni un milímetro. Nos está mirando.
¿Moverme? En mi vida me habían besado de forma tan salvaje. Acaricio mis labios comprobando que aún continúan en su sitio.
Un chico de chaqueta blanca acerca las llaves a Anthony que abre rápidamente la puerta del acompañante. Comienzo por despertar del atontamiento en el momento de sentarme al coche.
—¡Por qué!
Anthony se carcajea al tomar el volante.
—Insúltame todo lo que quieras, pero antes mira por el espejo retrovisor. Sin mover la cabeza. Hazme caso.
—¿Sin mover la cabeza?
—Hazlo antes que arranque y te pierdas el espectáculo.
Hago lo que dice. Atrás dejamos a Paul y a la morena.
—¿Qué pasa?
—¿No lo ves? Está mirando hacia nuestro coche.
—¿Y?
—Que ya no la sostiene por la cintura.
—¿Y eso es bueno?
—Lo sería si no fuera porque tiene ganas de matarme.
El coche gira y pierdo la visión. ¿Paul se ha enfadado? ¿Por qué?

Consejos

—Creo que lo tengo todo.
Sofía camina de un lado a otro delante de sus amigas que no se encuentran nada contentas con su marcha.
—Serán solo unos meses.
Ambas toman café sin contestar. Se nota su tristeza. Su amistad cruza esa línea imaginaria en donde los límites de la amistad se entremezclan con la de la familia real.
—¿Entonces entre vosotros está todo solucionado? —Laura preguntó temerosa.
—¿Solucionado? ¿Qué ha pasado?
Su amiga Laura se acerca junto a mi. Le hago un lugar en la cama. Nada como un buen chisme para animar los corazones apenados. En España las noticias se comunican por la prensa o por los chismes. Estos últimos son el mecanismo oficial de noticias poco fiables y terriblemente suculentas.
—Discutimos por algo que no me gustó.
—Concreta eso de algo.
Karina golpea nuestras nalgas para hacerse lugar. Laura y yo nos movemos sobre el colchón. Somos tres sardinas en conserva. Mientras tanto Sofía continúa lanzando camisetas sobre la silla.
—La noche vieja dos chicas le propusieron un trío —las dos amigas retienen el aire estupefactas.
—No aceptó —los lazos de sangre me obligan a contestar con rapidez para defender al atontado.
—Anthony dijo que lo tenías en huelga de hambre —. Laura intenta buscar fiabilidad en su fuente de información.
—¿Cómo? —Karina acerca el oído.
—Estuvo tonteando en mis propias narices —las camisetas azotadas en sus manos comienzan a pedir clemencia. Mis cuerdas vocales optan por el silencio. Existen atontados a los que ni los lazos de sangre salva —. ¿Qué hubiera pasado si las insinuaciones hubieran sido para mí?
Cierro los ojos quitándome la imagen de la cabeza. Tres días después Blake aún seguiría golpeando a esos pobres chicos.
—Pero ya están bien ¿no?
La voz de Laura es suplicante. De todos sus amigos Laura es la que siempre lleva el corazón en la mano.
—Por supuesto. Si no fuera así no estaría preparando las maletas rumbo a Baltimore —. Estamos bien.
Sofía descuelga tres pantalones y los suma a la montaña de la silla.
—Lo que no significa que no siga en escasez de alimentos —Karina se rasca la frente ocultando su picardía.
—Por supuesto. Una cosa no quita la otra.
—¿Escasez de alimentos?
Debo perfeccionar mi español. Algunas palabras aún se me pierden.
—Quiere decir que tu hermano está a pan y agua —. Laura aclara con sus ojitos arrugados contra mi nariz.
Muevo la barbilla de un lado a otro buscando en mi diccionario cerebral. ¿Pan y agua? Con ese simbolismo no me viene nada.
—Que no moja. Que no rellena el pavo. Que no unta el panecillo. Que no sudan la camiseta.
Karina acerca su cabeza a la mía. Comienzo a entender.
—No les hagas caso —. Sofía les arroja un almohadón para que detengan las carcajadas.

—Que no hace pim pam pum, que no moja el churro —lágrimas chorrean en el rostro de Karina —que se va con el rabo entre las piernas.
—Nunca mejor dicho —Laura la sigue sus carcajadas.
—Creo que ya entendí.
Mi diversión es un poquito menos atrevida. Imaginar a mi hermano con su novia es algo asqueroso para mi inventiva creatividad.
—Cariño, no te pongas colorada. A ti también te pasará algún día.
—¿Pasar qué?
—El sexo —Karina habla sin tapujos —. A todas nos alcanza la hora. Y con lo preciosa que tú eres me extraña que aún no hayas entregado el joyero.
—¿Tanto se nota?
Esta vez no necesité preguntar sobre el significado de los simbolismos del joyero.
—En absoluto. No les hagas caso. Estas dos son un poco brujas. Solo eso.
Sofía mira a sus amigas que le sacan la lengua antes de pegarse a mis brazos.
—Paul va a decidirse en hacer el salto del tigre contigo. De eso estoy segura. El tema es saber cuándo.
Laura golpea mi hombro.
—¿Vosotras también os habéis dado cuenta de que lo estoy esperando?
—¿También? —Sofía golpea nuestras nalgas para sentarse en la cama mientras introduce unos sujetadores en una bolsita de algodón blanco.
—Anthony me dijo en nochevieja que si quería conquistarle debería parecer una zorrona.
—¿Te dijo eso?
Sofía golpea la bolsa de ropa interior para quitar el aire. Con la energía que pone prefiero no mencionar el tema del beso.
—Él lleva razón —. Laura se pone en pie dejando a un lado su taza de té con sacarina y sus galletitas de avena.
—¿Perdón? ¿Le estás diciendo a la hermana de mi novio que tiene que ser una zorra para acostarse con Paul? ¿Están bien de la cabeza?
—Anthony seguro que dijo parecer. No ser —. Asiento con la cabeza a la interrogación implícita.
—Cari, ese tipo de chico debe ser conquistado con herramientas duras. Si queremos perder la virginidad con él debemos ganarlo a bocados.
—Eso también lo dijo Anthony.
Apoyo los codos en mis rodillas para sostener mi barbilla entre las manos.
—Con lo bonita que eres lo tendrás comiendo de tu mano como un pajarito.
—La verdad es que no lo creo. Llevo enamorada de Paul toda la vida. Cuando Blake me lo presentó mi corazón se cerró para otros chicos.
—Estas miraditas —Karina mueve su dedo índice poniéndome bizca—son las que debes cambiar.
—¿Cómo dices?
—Nena, te derrites en cuanto lo ves. Eso debe cambiar.
—Yo no veo por qué tiene que cambiar y convertirse en una zorra. Es preciosa tal cual es. Es bonita por dentro y fuera. Él debería apreciar más allá de sus narices y aprender a valorarla.
Laura arroja el osito de peluche a Sofía para que deje de hablar. Ella recoge a Rainbow y lo abraza con ternura.
—¿Quién no valora a quién? ¿Hablando de mí?

Blake entró por la puerta acompañado de Paul que se quedó en el marco de la puerta. Mis nervios se ponen a temblar. Sofía me guiña un ojo.
—Nos has pillado. Sí, hablábamos justamente de ti.
Vuelvo a respirar. Mi secreto sigue oculto.
—Cielo, no hay nadie que te valore más que yo. ¿Ya somos amigos?
Sus manos intentan acercarse a su cintura, pero ella se escabulle. Los nervios de mi hermano derivan desde el enfado hasta la desesperación. Ahora comprendo el significado de los nervios por no mojar. Su tensión es evidente. Desvío la mirada hacia Paul. Él no me mira. Seguimos igual que siempre. Soy la fea del grupo que no merece su saludo.
—Al menos tu cabezonería insensata no te ha llevado a suspender el viaje.
Las chicas y yo agachamos la cabeza. Mi hermano está cavando su propia fosa fúnebre.
—Igual tienes razón y debería cancelar el viaje.
—Sofía…
—¡No! Espera. ¿Por qué no invitar a tus amiguitas del trío? ¿No tienes su teléfono? Seguro ellas aceptan acompañarte a Baltimore.
—Igual debería.
Las chicas y yo nos golpeamos la frente. Mi hermano acaba de meter un pie dentro de la fosa.
—Vuelve a poner esa ropa en la bolsa. Sofía…
Se intenta controlar. Lo conozco bien. Una parte de mí siente pena por el difunto.
Era mi único y mejor hermano.
—Estaba con dos copas de más.
—¿Qué poco comprensiva soy? ¿No les parece? —Sofía nos encara con sus palabras. Las chicas y yo decidimos ponernos a caminar hacia atrás —. La próxima vez bebo de más, me acerco a dos chicos, y me pego el lote del siglo. Estoy segura de que lo entenderías perfectamente.
—Ni se te ocurra pensarlo.
Las fosas nasales de Blake se dilatan tanto como sus bíceps. Asustada miro a Paul que observa la escena con los brazos cruzados y un brillo bailarín en el azul de sus pupilas.
—Si tú juegas yo también juego. Derechos igualitarios.
Los dedos de Blake se rascan el cabello bajando hacia su nuca. Camino con pasos más rápidos. Conozco el gesto y sé lo que significan. La tormenta está a punto de estallar y no tengo ganas de que me pille en medio.
—Por favor, nos dejáis solos.
Blake no terminó de decirlo cuando el portazo que dio nos dejó con las cabezas giradas.
—¿Trío? —Paul preguntó interesado.
—En nochevieja. Unas chicas se lo propusieron delante de Sofía y él atontado dijo que lo había hecho demasiadas veces como para estar interesado.
—Comprendo.
El muy pillo se lo está pasando en grande. Sonrío los escasos segundos en los que mi cerebro tarda en preguntar de si en alguno de esos tríos él formó parte.
Los gritos al otro lado se intensifican.
—¿No deberíamos quedarnos? Estoy preocupada.
—Esos dos harán las paces antes de que lleguemos al portal. Vamos a la confitería de Elvira a tomar una porción de tarta y hablar de esos caninos capaces de morder con furia.
—¿Caninos?
—Zorras nena. Zo-rras
Laura murmura muy bajito mientras me sujeta por el brazo. Ambas lo hacen. Una de cada lado.

Y con tanta fuerza que dejamos a Paul desconcertado y solo.

Consejos bien avenidos

—¿Estás segura de que podrás con todo?
El último año hemos trabajado en la Agencia como dos hermanas inseparables.
—Estoy segura.
Desde el día que aceptó las acciones, que mi madre le dejó por herencia, Sofía ha conseguido más contratos que nunca en la historia de nuestra empresa. Nos va tan bien que hemos decidido ampliar la consultoría creando un área complementaria a la tecnológica. Esta nueva sección nos permite dar rienda suelta a nuestro lado femenino y aunque es una apuesta arriesgada, ambas hemos conseguido importantes logros. Siguiendo los instintos comerciales que nos caracteriza, actualmente, nos encontramos en una campaña para la cual ayudamos en temas publicitarios con todo un pack promocional, a los que sumamos unos diseños de moda exclusivos de nuestra gran amiga Laura. Sus producciones merecen una oportunidad, y Sofía y yo decimos dársela. Su potencial es insuperable. Sus diseños desbordan creatividad y elegancia. Su combinación de colores, su combinación en telas, su imaginación llevada a los dibujos... Laura es un derroche de genialidad.
—Recuerda que mañana tienes el casting para las promociones de Vergara.
—Sí mamá —. Sofía se muerde los labios ante mi broma —. Estaremos en contacto todos los días. No tienes que preocuparte por nada. Puedes llamarme a la hora que sea. No tengas miedo del cambio horario. Dejaré el teléfono siempre encendido.
Blake entró por la puerta y su sonrisa se iluminó al encontrarla. Encerrándola en un fuerte abrazo la besó como el Príncipe Eric a la Sirenita en el día de su boda. Ay… que puedo decir, para mí los amores Disney son los mejores.
—Al parecer el atontado ha conseguido la absolución —hablo en voz alta para que me escuchen.
—¿Y tú eres mi hermana? ¿Esa que fui a recoger al internado para hacerme cargo? ¿A la que entregué años de intenso cuidado? ¿Por la que me rompí la espalda trabajando de sol a sol?
—Menos exageraciones lobito. Que nos conocemos.
Camino hacia mi escritorio e intento sentarme sin perder el equilibrio. Llevo una falda de cuero negro tan ajustada que mis piernas chocan entre ellas. Mi vestimenta es una de las garras que las zorras cuidan con esmero. Al menos eso fue lo que dijo Laura al ajustarme las medidas ahorcando el aire.
Dejándome caer resoplo aliviada. Estoy en la silla y no en el suelo. Mordiéndome el labio me esfuerzo para que mi pierna izquierda intente escalar la rodilla derecha cuando mi esperada presa hizo su aparición. Anthony le siga de cerca. Paul no saluda. Con la mano sobre el hombro de Blake le pide que lo acompañe fuera. Ambos salen hacia el marco de la puerta. Hablan demasiado bajo como para descubrir sus planes. Y demasiado rápido para que yo pueda levantarme.
—Estás preciosa. Toda una zorra.
Anthony tira de mi mano. Me pongo en pie como una estaca de madera.
—Sh, si me descubre te mato.
—Tranquila, le daremos otra cosa con la que preocuparse.
Sus manos sólidas me sujetan acercándome a su lado.
—¿Se puede saber qué pasa aquí? —Sofía arruga la frente.
—Los hombres cari. Que somos todos idiotas.
—Anthony, tú si que eres idiota.
—Cómo me conoces. Por eso ¡te quierooo!

Su segunda mano se aferra a la cintura de Sofía arrastrándola contra su torso. Una a cada lado parecemos las modelos que posan junto a un corredor de moto cross. Nos falta el paraguas.
—Te gusta provocarlo —Sofía contesta divertida.
—Ese novio tuyo es pólvora demasiado tentadora para mi maldad —dice antes de plantarle un beso en la mitad de la mejilla.
Como era de esperar, Blake entró en el despacho dedicándole una mirada glacial antes de tirar la mano de su chica para llevársela. El empujoncito de Anthony para que permanezca pegada a su torso me hace sentir estúpida. Paul no me ha dedicado ni un segundo de su tiempo.
—Será mejor que nos vayamos. El avión no espera. Paul, te quedas a cargo de la parte tecnológica. Necesitamos tenerlo todo listo para ese pedido de drones usados.
—Tranquilo. Me encargaré de todo.
—¿Tú? ¿te quedas?
Me separo de Anthony. Paul vive en Baltimore. Ese es su hogar. Allí nos conocimos y allí trabaja. Siempre fue la mano derecha de Blake en la bahía de ¡Baltimore!
Estaba segura de que viajaría con ellos.
Llevo días llorando su despedida.
Respiro como puedo dentro de una falda que me comprime, y a la que él, no ha mirado.
—Necesita quedarse para hacerse con un cliente nuevo. Estamos detrás de unos asuntos muy importantes. Usará tu despacho. Eso, si no te molesta.
—¿Mi oficina?
—Mi empresa de drones es algo más humilde que vuestra consultoría —Blake siempre bromea con respecto a su triste posición.
Cuando buscaba a Sofía, no solo cumplió con su promesa de encontrarla, sino que nos cedió sus acciones. A menudo suele decir que, no es más que un pobre emprendedor, a pesar de que sus cifras bancarias demuestren todo lo contrario.
—Si te molesta puedo buscar otro sitio —. La voz de Paul es lineal. Ni enfado ni ternura. Un bloque de hielo sin sentimientos. Una presa con cero miedos. Menuda zorra estoy hecha.
—Hay lugar de sobra. Pediré que traigan un segundo escritorio para que puedas trabajar con comodidad —contesto por compromiso a mi hermano.
Todos hablan mientras el tacón nervioso pisa el dedo gordo de mi pie izquierdo. El dolor me obliga a mirar las motas de la pared. ¿Estaremos juntos? ¡¿todas las mañanas?! Moriré antes de la primera semana.
—Se hace tarde —. La voz profunda de Paul interrumpe las despedidas.
—Los llevo al aeropuerto. Traje mi coche.
—¿Tú conduces? —Su desconfianza me ofende. Mucho.
—Hace dos meses.
Aunque tú no te hayas dado cuenta. Podría caminar desnuda con tacones que me aplastarías creyendo que soy un mosquito…
—Mejor los llevo yo.
Su aire de superioridad me irrita.
¡No soy una tonta cenicienta!
Soy joven, no imbécil.
—Conduzco muy bien. Puedo llevarlos perfectamente.
—Sí, excepto por el detalle del … ¡Ay! —Blake acaricia su brazo mientras eleva los hombros hacia Sofía —. Conduce estupendamente… —continúa rascándose —. Ese árbol no debía estar en mitad de la acera.

—¡Era mi primera clase!
—Conduce fenomenal. Además, es preciosa. Y las bellezas como a ella son perfectas en todo. Lo importante no es la primera vez sino el aprendizaje del camino —. La sonrisa traviesa de Anthony produce incomodidad en mi hermano. Paul, como siempre, observa con mirada imperturbable.
—No tengo nada que decir de sus inicios. Lo decía, simplemente, porque tenemos unos temas que necesitamos resolver antes de subir al avión.
Y yo voy y me lo creo.
Ante sus ojos sigo siendo la misma niñita atontada que conoció hace tiempo. La princesa de cabellos rubios de cabeza hueca que solo se preocupa por su peinado y sus vestidos. Anthony y las chicas llevan razón. Ha llegado el momento de demostrarle que soy una mujer deseable que sabe morder. O eso creo.
—Entonces ve con Blake en tu coche. Nosotras iremos en el mío —mi voz tajante arrancó una sonrisa a Sofía —. ¿Y tú? —Acerco mi boca insinuante a Anthony que de forma astuta comprendió mi estrategia —. ¿Te vienes con nosotras? Luego podemos cenar juntos.
—Cari, nada me gustaría más, pero tengo trabajo atrasado y no quiero que los jefes se enfaden —guiña un ojo a Sofía que acepta la comedia—. Si te parece, me acerco a tu casa más tarde y tomamos una copa. Los dos solos.
Anthony me regaló un escaneo de arriba a abajo de lo más picante.
Recojo el bolso y las llaves del coche antes de salir por la puerta. No voy a mirar a Paul. No pienso permitir que mis inseguridades me delaten.

Rebusco en el bolso una y otra vez cuando Paul extiende un paquete de pañuelos de papel.
—Gracias —contesto con la mirada fija en la Puerta A.
—Será poco tiempo.
—Voy a echarla mucho de menos.
—¿Echarla?
Paul mueve ligeramente la comisura del labio superior derecho en una especie de principio de sonrisa o ligero dolor de muelas. Es un gesto totalmente nuevo para mi. Él jamás me dedica ninguna de sus sonrisas.
—¿Qué es lo divertido?
—¿Hablas de Sofía?
—Por supuesto —seco mis lágrimas constipadas —. Ella es casi como una hermana.
—Y donde esté un casi que se olvide el hermano completo.
—¿Qué dices?
—Una tontería sin importancia.
Me giro sin contestar. No tengo ánimos para otras de sus acciones desconcertantes. Sofía y Blake han confiado en mí para dejarme al mando de los negocios y no pienso defraudarlos.
—Te sigo en mi coche.
—¿Cómo?
Mi cabeza estaba en otro sitio. Y es curioso porque nunca me había pasado antes. Él siempre ha ocupado el total de mis dolores de cabeza.
—Es una noche cerrada. He dicho que voy a seguirte hasta que llegues a casa.
—¿Por qué?
—¿Estás bien? Acabo de decirte que es noche cerrada.
—Como todas las noches. No necesito escolta.

—Yo lo decía…
—Tú lo decías porque crees que soy una niñita atontada que solo sabe peinarse. La consentida de su hermano a la que le dan todos los lujos.
—Yo no he dicho eso.
—Lo has pensado.
—¿De qué hablas?
Su cuerpo robusto se cruza delante de la máquina de tickets. Es tan guapo que duele. Su cabello rubio es tan indómito como su dueño. Los ojos grandes con pestañas espesas están delineados con líneas tan crudas como un león al acecho.
La soledad en la que acabo de cubrirme por la pérdida de mis dos grandes pedestales me inspira el valor suficiente para enfrentarle y decirle lo que nunca le dije.
—Estabas en mi casa. Era tarde cuando unas voces en la terraza me despertaron. Caminé hasta el lugar en punta de pies. Tú y Blake estabais con unas… estabais en compañía. El se me acercó prometiendo que ya no harían ruido y que podía regresar a la cama. Una de las invitadas preguntó quién era. Tú dijiste que era la hermanita caprichosa de Blake a la que le daba todos los lujos.
—No lo recuerdo.
—Ya veo. Ahora si me permites —digo alzando el cartón del aparcamiento sobre su nariz.
—No aceleres. Hay mucha niebla. Si quiere verte, esperará.
—¿De qué estás hablando?
—Vi como le comías la boca. No intentes negarlo.
La voz grave de Paul es afilada como una cuchilla de aserradero.
—¿Lo dices por Anthony? —Comienzo a comprender—. No niego nada. Me apetecía besarlo y lo besé. No hay nada más.
—¿Y por qué te besas con alguien que no te importa? No es típico de ti.
La sangre se me altera y revuelve. El calor de la indignación se me escapa por los poros. Su tono sermoneador me lastima. Mis sentimientos hacia él se alejan mucho de la hermandad.
—Puede que no quiera ser la de siempre.
Abro la puerta del coche y lucho con la maldita falda ajustada. ¡Seré idiota!
Me subo y acelero sin mirar atrás. Estoy furiosa. Tengo rabia contenida. El semáforo en rojo me permite apoyar la cabeza sobre el volante.
Sé que soy joven, pero los años no se cumplen de la misma manera en la vida de las chicas sin padres. Nuestros pasos son más temerosos y la adultez nos llega mucho antes. Nuestra imaginación se pierde, más de una vez, en la posibilidad de una soledad eterna.
Cuando era niña lloraba pensando en cuáles serían los consejos de mi madre. ¿Y mi padre? ¿Me protegería con celo? ¿por qué me siento tan sola en este jodido mundo?
Todos me preguntan cómo pude enamorarme de alguien tan frío como Paul. Ellos no saben lo mucho que compartimos. Su soledad distante se complementa con mi soledad penosa. Ambos somos caras de la misma moneda.
Una vez, una compañera del internado, me dijo que ella también se sentía huérfana. Sus padres siempre estaban demasiado ocupados. Les bastaba con cargarle la VISA para sentir que sus deberes como progenitores estaban cumplidos. Ella me declaró con pena: Las dos somos iguales.
No contesté. No éramos iguales. Ella tenía, al menos, dos cuerpos a los que culpar por sus desgracias.
—¿Sí? —Seco las lágrimas contestando el manos libres.
—Hola —los gritos al otro lado del móvil se pisan los unos con los otros —. Te vienes a mi casa.

Hemos pedido pizza.
—¡Barbacoa! —Los gritos de Anthony se elevan por encima de la propuesta de Laura.
—¿Tú no tenías trabajo?
—Las jefas son un amor y me dieron permiso para salir antes. Cari, ¡vente! Sin Sofía nos salvamos de comer pizza con piña.
La sonrisa eleva mis húmedas lágrimas.
Sofía es la única persona en todo Madrid que ama las pizzas hawaianas.
—Vente —repite Laura—. Tengo grabado el festival de Eurovisión del año pasado.
—¿Eurovisión?
—Es un concurso de música europeo con el que te vas a desternillar de la risa. Tienes que venir.
—Además traje vino —Karina habla por encima de sus amigas.
Miro el reloj del coche antes de decidirme.
—Llevaré helado. No comiencen sin mí.
—Nena —la voz prudente de Karina se hace notar—. ¿Si quieres puedes invitar a Paul? Igual se siente solo.
Lo pienso unos minutos antes de contestar. Lleva unos meses totalmente insoportable. Desprecia todo lo que digo y hago.
—A él nunca le falta compañía. Mejor no.
Giro a la izquierda mientras pienso en mis propias palabras antes de cortar la llamada. A él nunca le falta compañía. Cualquier compañía, excepto la mía.
—Lo siento. Lo siento —digo al coche que me pita por no mirar antes de girar.
Aparco frente a la heladería. Debo olvidar a Paul por mi propio bien y el de los coches que me rodean.
—¿Algún sabor en especial?
—Sí, doble ración de tres chocolates.
—¿Mal de amores?
—Mal de conquistas —contesto a la chica que agrega otra cucharada obsequio de la casa.
—Mañana será un día más dulce. Ya lo verás.
—Eso espero.
Recojo el paquete.
La zorra esta noche congelará las garras dañadas en doble ración de helado de chocolate.
Mañana, con suerte, puede que se sienta menos herida.

Salto y regreso a la casilla

—Buenos días. Espero no molestar.
Paul mira a los lados buscando su mesa de trabajo. Sacudo el error de mi cabeza. No llevo ni tres minutos en el puesto de mando y ya he olvidado mi primera misión.
—Lo siento. Se me pasó el tiempo. Ahora mismo pregunto qué ha pasado con tu escritorio.
Paul, se sentó en la silla de invitados.
—Te lo agradecería. Según he podido ver en el correo, Blake quiere que me una a la campaña que estáis realizando. Me gustaría ponerme al tanto cuanto antes.
—¿Te refieres a la campaña de perfumes? ¿Qué tienen que ver los proyectos de mi hermano con una campaña de perfumes?
—Según me explica en su correo, el cliente busca una asesoría tecnológica. Está encantado con tu trabajo, no me malinterpretes, es solo que le gustaría renovar sus bases de datos. No me mires así. Lo puedes leer tú misma. El mensaje nos lo envió a los dos.
Abro el portátil temblando.
Después de un fin de semana en donde las virutas de chocolate heladas consiguieron tranquilizar mis temores me encuentro con un lunes en donde además de haberme olvidado de su escritorio, debo trabajar a su lado. Sentir el aroma a tierra salvaje rodeándome mañana y tarde. El calor de su voz hablándome con complicidad... Mi nivel de estrés amoroso no podrá soportarlo.
Leo el mensaje y lo releo. Estiro las piernas, bebo café y vuelvo a leer.
—Yo no mentía. Te tocará soportarme.
—Eso parece.
El aliento de Paul llega por detrás de mi silla chocando con mi nuca. Su cabello revuelto acaricia mi mejilla izquierda. El aroma de amor deseado inunda mis fosas nasales.
Paul es tierra húmeda, pasión y locura. El perfecto hombre que enamora antes de conocerlo. Hubo un tiempo que trabajó en el ejercito, eso lo hizo conocedor de la tecnología de drones. Hace unos años comenzó a trabajar como asesor de Blake, así fue como lo conocimos. Paul se convirtió en amigo inseparable de mi hermano y amor imposible de mi corazón vacío. En el momento que Blake me lo presentó sentí que mi alma de niña se convertía en el de mujer deseosa. Las canciones románticas llevaban su recuerdo. Los protagonistas de novelas románticas compartían su mirada. Cada encuentro de mi vida cotidiana me llevaba hacia él. Mis sentimientos se convirtieron en un antes y después de Paul. Dejé de portarme como una niña. Quise crecer lo mismo que los años que nos separan. Aprendí lo mucho que le gustan las hamburguesas con extra de queso, que prefiere los deportes al aire libre y que no repite con la misma chica más de dos veces.
—¿Esto no será una treta de Blake para tenerme controlada?
Me giro tan rápido que nuestras cabezas se quedan suspendidas a un suspiro de distancia. Sus ojos grandes son tan azules como el amanecer de verano. Y tan profundos como una tormenta que no se acaba.
Me paralizo. Estamos tan cerca que soy capaz de sentir el aliento fresco de su vida chocando con la mía. Respiro profundo. Al menos esa pequeña cuota de aire, y que le perteneció, quedará en mi interior guardada para siempre.
—No sé de qué hablas —se aleja dejándome con la distancia como interlocutor.
—Sí que lo sabes. Soy mayorcita. No necesito supervisión. Esta es mi empresa. Mía y de Sofía. Llevamos más de un año trabajando juntas. No pienso tolerar que…
—Alto fierecilla —levanta los brazos en una postura que consigue hacerme sonreír—. Tener a

un hombre con el físico de Paul en señal de derrota ante una chica de mi complexión resulta divertido —. El mail es de ayer por la noche. No creo que su jet lag le permitiese ser tan inventivo. Mi experiencia me dice que el cliente le envió un mensaje solicitando asesoramiento. Ya lo conoces. En negocios nadie gana a su astucia.
Me rasco la frente. La lógica de Paul es demasiado aplastante como para rebatir.
—Entonces será mejor que busque una oficina libre. Imagino que querrás privacidad.
—Me gustaría trabajar aquí. Tendré que hacerte preguntas y no me gustaría perder la mitad del tiempo en caminatas en pasillos interminables.
—Si es lo que quieres.
—Es lo que quiero.

No termino de salir de la oficina cuando necesito apoyarme contra la pared y respirar con aspiraciones cortas y profundas. Dentro de mi pecho se encuentran mil caballos corriendo alocados. Llevamos menos de una hora juntos y soy incapaz de pensar. ¿Cómo supone mi hermano que sobreviviré a semejante tensión?
—A ti es a quién estaba buscando.
—Aquí me tienes.
—Tengo problemas con este dossier. Me gustaría tu opinión.
—¿De verdad?
—Por supuesto. Tu mirada experta en moda es magnífica.
Los halagos de Anthony me ruborizan. Saber que mis ideas son de ayuda a un hombre de su experiencia publicitaria me ayuda a recobrar el aliento.
—Pasa, lo estudiaremos dentro, de hecho, pensaba… ¿Molesto?
—Tú siempre lo haces.
Cuento hasta tres. En el pasado Dana persiguió a Blake, y las pruebas dejan claro que su interés ha cambiado de un moreno a un exmilitar rubio.
—Estábamos analizando unos temas —Paul se puso en pie tan rápido que la pelirroja por poco se cae al suelo. La muy descarada es conocida por sentarse sobre piernas que no le pertenecen.
—Creí que ya no trabajabas aquí. Lo dejaste claro hace…mmm, espera que piense. ¡Muchos meses!
—¿Entonces quedamos esta noche?
Como si Anthony o no yo estuviéramos Dana lanzó el total de su escote hacia Paul.
—Podemos analizar estos papeles en mi casa con una copa de vino tinto en la mano.
—Dana, haz el favor de salir de mi despacho.
La furia me sube por las piernas concentrándose en mis dientes.
—Yo no obedezco tus tonterías. Blake es…
—¡Vete ya! Blake es mi hermano y antiguo accionista de esta empresa. Espero no tener que recordar a tu bonita cabecita que no te debemos nada. Estoy ¡hasta el gorro! Que sigas apareciendo. En cuanto a ti —mi nariz señala a Paul—todo lo que se deba hacer fuera ¡hazlo fuera!
Dana no solo ignoró mis palabras, sino que decidió seguir insinuándose como si nada. Comenzaba a subirme por las paredes cuando Paul, con el rostro tenso, la sujetó de la mano arrastrándola hacia fuera.
—No es lo que aparenta. Su fondo es bueno.
—¿El fondo? ¿Tiene algo más allá de su piel de lagarta?
—Se equivoca en los métodos. Solo busca llamar la atención. Además, es una abogada

estupenda.
El historial de persecución de la abogada hacia Blake es ampliamente conocido por todos. No deseo perder mi tiempo en ella.
El rostro aturdido de Paul al regresar al despacho es un poema vergonzante. Seguramente se estaban manoseando antes de que yo entrara. Esa mujer no tiene límites. Todos los hombres son dignos de formar su colección de atontados babeantes. Me siento en mi silla para no gritar que los hombres son la especie menos confiable del planeta.
—Lo siento.
Segundos antes la sangre me hervía de furia. En estos momentos se puede freír un huevo en mi frente.
—Parece que a la pelirroja abogada le gustas —Anthony le lanzó sin anestesia.
Ambos se miran en un duelo eterno.
—Me van las morenas.
Y aquí estamos, con la guinda que le faltaba a mi cara de pastel. Recojo mi melena rubia como la yema de huevo y abro el portátil. Una de las victorias de mi cuerpo es mi cabellera dorada natural. Pero, como es habitual, al señorito tampoco le gusta.
—Anthony, los informes nos esperan.
Estoy tan furiosa y dolida, que en la balanza de los sentimientos, rompo las estadísticas numéricas.
—Los dejo para que trabajéis. No deseo molestar.
Su voz apagada me obliga a mirarle a la cara. ¡Error! A los hombres que se quiere jamás se les mira a los ojos. Se corre el riesgo, al igual que yo en estos momentos, de que el corazón olvide el pasado y comience a escribir un prometedor perdón.
—No tienes que irte —agacho la cabeza. No quiero que sienta mi debilidad por su carita de vikingo mal humorado.
Me gusta tanto que me pondría a llorar.
Anthony se me acercó, y estaba por tomar asiento en la silla libre, cuando Paul se le adelantó.
—Si no os molesto me quedo aquí hasta que traigan mi escritorio —dijo sacando el móvil.
Anthony fue fuera en busca de otra silla.
Ambos quedamos perplejos ante la actitud egoísta de Paul. Sin poder creerlo fijo la atención en Paul que se concentraba en algo dentro de su móvil y que al parecer lo mantenía tenso. ¿Se ha vuelto loco?

Zorra

—Estoy segura de que es una buena idea.
—¿Entonces por qué dudas?
—Tendrías que verlo. Lleva unos días de lo más extraño.
—¿Extraño como loco?
—Extraño como atontado.
—Ese es el estado natural de los hombres. Tú Paul no es una excepción.
Sofía se desparrama en el sofá de mi casa. Es decir, de la casa de mi hermano en Baltimore. Desde que cumplió la mayoría de edad y se hizo cargo de mi tutoría legal, nos instalamos en el dúplex frente a la bahía.
La casa que heredamos de mis padres la vendimos. Blake ingresó mi parte en una cuenta de fondos a mi disposición. Él deseaba que comenzáramos una nueva vida sin recuerdos tristes. Y lo consiguió. En ese apartamento, frente a la bahía de Baltimore, ambos hemos reído muchísimo. La mayoría de las carcajadas siempre eran mías, él estaba demasiado ocupado en ser el hermano padre que yo necesitaba.
—Sí, pero no es el atontado de Blake —los ojos divertidos de Sofía se abren con brillo luminoso.
—Odia que lo llames atontado.
—Por eso lo hago —ambas reímos un buen rato antes que consiga retomar la conversación.
Debo ponerme seria. Mi destino se encuentra en juego. Olvidando a Blake y el inmenso amor que le tengo, continúo —. Sus actitudes para conmigo son un velero a la deriva. Un día me trata de forma amable y otra no soporta como bebo de la botella.
—Estás exagerando.
—¡No! Lo juro. Con la calefacción se me seca la garganta, por lo que bebo mucha agua. Tengo junto a mí siempre una botella recargable. ¿La ves? —Apunto mi adquisición delante de la pantalla para mostrársela—. Ayer mismo se quedó mirándome sin decir nada. Cuando le pregunté si necesitaba algo me dijo si era necesario que bebiera tanto. Desconcertada contesté que solo cuando tenía sed. Entonces se fue por la puerta sin despedirse y no volvió a aparecer en toda la tarde.
—¿Qué hiciste al beber?
—Qué pude haber hecho. Lo mismo que todo el mundo. Estirar los labios y tragar.
—Es muy raro.
—Eso mismo pensé yo. Por eso digo que no desconfío de tus planes de conquista. Aquí la única culpable soy yo y mi melena demasiado rubia.
—No seas tonta. Tu cabello es oro líquido. Muchas mataríamos por tener un pelo como el tuyo.
—Sigamos adelante. Confío en tus ideas. Ya veré qué hago con mis cabellos.
Al otro lado del ordenador Sofía cruje los dedos como boxeador antes de una pelea. Es tan graciosa como buena persona. Por primera vez mi hermano supo hacer algo mejor que acostarse con superficialidades.
—Te echo de menos —confieso con total sinceridad.
Los internados me dieron siempre un techo y comida, pero jamás una amiga verdadera. Allí todas estábamos demasiado ocupadas en conocernos a nosotras mismas.
El mismo once de junio, cuando cumplió la mayoría de edad, Blake se presentó ordenando que preparara las maletas. Con papeles en mano dijo que a partir de ese día me mudaría con él. Ese mismo once de junio se convertía en mi hermano padre.
Cuando llegué al apartamento, el mar de la bahía se movía tumultuoso. Las cristaleras estaban

abiertas y el sonido del agua inundaba la sala. En aquel momento el espacio me pareció inmenso y terriblemente libre.
A empujones me llevó a mi cuarto. Mis antiguos muñecos, mi escritorio de color rosa, cada detalle estaba pensado y comprado para mí.
Ese mediodía lo abracé y lloramos el reencuentro.
Jamás terminaré de agradecer a ese atontado que me quisiera tanto. Puede que por eso me molestaran tanto sus conquistas de cabeza hueca. Ninguna de ellas era lo que él necesitaba. Ninguna se enamoraba más allá de su masculino rostro.
—Quiero que me permita ver donde ninguna lo haya hecho. Me gustaría que me permitiera…
—Quererle.
—¿Nunca te he dicho que eres la mejor hermana del mundo?
El gesto avergonzado al otro lado de la pantalla cede espacio a una figura que interrumpe nuestra conversación.
—Y todo gracias a mí —. La cabeza de Blake asoma por encima de la de su novia.
—¿Y nunca te he dado las gracias por aguantar al atontado de la familia?
—De eso nada. Conseguí encontrarla y cautivarla con mi maravilloso poder seductor.
Me atraganto sin terminar de creer lo que escucho. Y pensar que antes de Sofía era un joven frío de corazón de piedra.
Yo quiero eso. Quiero ser el calor del frío encerrado en Paul. El calor que busque cuando nadie lo reconforta.
Los dos tortolitos hacen bromas cuando la puerta del despacho se abre dejando al centro de mis deseos frente a la puerta. Alertado de mi posición frente al ordenador, Paul saluda en silencio antes de sentarse.
Sofía mira a los lados comprobando que Blake ya no se encuentra a su lado. Estos pequeños detalles me hacen quererla aún más. Nuestros secretos siempre son nuestros.
—¿Ha entrado al despacho?
Asiento con la cabeza.
—¿Puede escucharme?
Niego señalando los auriculares.
—Este proyecto… creo que me supera —escondo el rostro tras la pantalla.
—Pensabas que vendría a Baltimore con nosotros —asiente moviendo la cabeza.
Sofía comprende que no pueda expresarme libremente —. Blake afirma que tenía trabajo importante en España. Confieso que todo esto me resulta muy extraño.
—Con respecto a eso… ya sabes, a ese proyecto que tenemos juntas.
—¿Paul?
—Justo ese. Estaba pensando en la idea de Anthony y de cómo llevarla a cabo.
Sofía se muerde los labios. Escucho sus engranajes cerebrales moverse a toda velocidad.
—¿Cuál de todas sus estrategias? Dame una pista.
—La de los animales salvajes. Me parece un proyecto adecuado para nuestra problemática.
—Animales… animales… ¡Zorra! —Muevo la cabeza simulando ofensa—. Quiero decir a la estrategia de parecer más zorra. ¡Joder! No más sino mejor. Aying, tú ya me entiendes.
Me río sin poder aguantarme. Paul acaba de mirarme y esconder la vista al momento de ser pillado.
—¿No te parece innovador? Yo jamás he llevado un proyecto tan complejo. ¿Crees que podré? En el internado nunca pude desarrollar unas actitudes tan… osadas.
—Te entiendo perfectamente.

—Menos mal.
Sofía camina hacia la terraza mientras piensa. La bahía de Baltimore reluce una oscura tarde invernal. La brisa del mar despeina su melena caoba.
—Debería estar allí contigo. Esa es mi casa —mis palabras suenan con más cobardía que nostalgia.
—De eso nada. ¿Y sabes algo? Puede que Anthony tenga razón. Blake me ha contado que nunca le diste serios dolores de cabeza.
—¿Eso no sé si es bueno o malo?
Rasco mi frente pensando si acaba de llamarme aburrida o tonta.
—Puede que no sea demasiado bueno. Paul no termina de ver a la mujer en la que te has convertido. Debes ser esa zorra pícara y lista para atacar. Salir de tu zona de confort. Tú ya me entiendes.
—No tengo idea de cómo hacer eso sin parecer… ya sabes.
Murmuro para que Paul no escuche.
—Necesitamos una videoconferencia con las chicas. Incluso con Anthony. Convocaré una reunión urgente extraordinaria. Entre todos se nos ocurrirán ideas de como ser zorra sin ser puta.
—Ay Dios. Voy a morir.
Sujeto mi cabeza con las manos para que no se me caiga. Sofía ríe.
—Confía en nosotros. Recuerda que tenemos un programa de radio con asesoramiento femenino.
No contesto. No quiero herirla. El programa de Solas a veces se convierte en una comedia. Aunque debo reconocer que son muy graciosas.
—Organizaré una llamada en conjunto. Ha llegado el momento de domar al salvaje fauno.
Me cubro la cara con ambas manos.
—Mariam…
—¿Sí?
—Eres preciosa, inteligente y con buen corazón. Si después de esto no conseguimos lo buscado, lo dejaremos ir. No voy a permitir que te destroce. Yo también te quiero mucho.
Contesto que sí con la confianza de las débiles decisiones. Tenerlo delante y pensar en no conquistarle es como no desear cubrir el sol con un dedo. Con Paul me gustaría subir al cielo en globo y perderme en el cielo.
Corto la comunicación y lo miro de reojo. Él me está mirando. No le hablo. No habla. El silencio se instala entre nosotros. Los dos quedamos con la vista enfrentada y suspendida en el silencio hasta que su carraspera oscura lo aparta y lo aleja de mí.
—Voy a por café. ¿Quieres?
—No —contesto a su espalda antes de que cierre la puerta.
Lo veo salir con los brazos apretados. ¿Y ahora qué he hecho?

Cambios

—Estás fantástica. ¿Cabello? ¿Labios? Tienes algo diferente.
—¿Ducha?
La secretaria sonríe. He de reconocer que ser mujer admirada por un físico es superfluo y terriblemente reconfortante. El personal lleva días notando un algo que no saben identificar. Prefiero no confesar que la sangre de zorra se ha instalado en mi cuerpo. Debes caminar como si tuvieras un post it pegado en la frente. Tus tetas son las metralletas y deben apuntar directo a la cabeza del contrincante. No puedes agacharte. Llevo una semana cumpliendo al pie de la letra los consejos de Anthony y aceptando los cambios de estilismo guiados por las chicas.
Todos han notado el cambio. Todos menos él.
El primer día pensé que se encontraba algo sorprendido. Sin embargo, nada ha cambiado. A cada comentario favorable que recibo de los demás, él suma un nuevo silencio.
—Buenos días.
—Buenos días.
Y aquí estamos. Con nuestra frase más larga de la última semana.
Cuelgo el bolso en el perchero jugando con mi cabello como aconsejaron las chicas. Cabeza hacia adelante para recogerlo en una coleta alta antes de enderezar el torso de forma grácil y sensual. Nada de nada. No está mirando.
Me siento frente al ordenador con el ánimo derrotado. Paul es inmune a mi cambio de mamífero canino de hocico alargado y orejas empinadas.
—¿Todo bien?
—¿Cómo?
Su escritorio se encuentra junto al mío en una especie de L.
—No dejas de negar con la cabeza.
—Ah, eso. No era nada. Un tema que no consigo solucionar.
Agacho el rostro ocultando mi pequeño triunfo. Me ha visto. ¡Me ha visto! ¡Soy una zorra!
—¿Si necesitas ayuda?
—¿Cómo?
—No tengo trabajo. Si quieres lo vemos juntos.
—¿A quién?
—Al tema que no consigues solucionar.
—Ah, eso.
¡Que se ha puesto de pie para acercarse! ¿Qué hago? ¡Qué hagoooo!
Las manos se apoyan en el respaldo de mi silla. El calor de su cuerpo me alcanza. No, es mi propio cuerpo el incendiado. Su cabeza baja hacia la pantalla dejando nuestras mejillas a un beso de distancia. ¿Qué tengo que hacer? ¿Qué dijeron las chicas? Sí. ¡Escote y sonrisa de gata! ¡Ay, con tanto animal estoy perdida! Lo voy a hacer. Lo voy a hacer. Que no. Que no puedo. Que no puedo… ¡Voy a morir de un desmayo!
—¿Es esto? —Toca un documento de Word abierto en la pantalla.
—No. Es este otro —amenazo al dedo índice para que no tiemble al tocar el teclado—. Las modelos para la campaña de vuestros drones no terminan de convencerme. Blake desea que las mujeres formen parte del mensaje tecnológico. Desea que las jóvenes se interesen por la ingeniería —al hablar del proyecto comienzo a relajarme—. No termino de verlas con la imagen apropiada.
Despliego la presentación para dejar a la vista cinco rostros de chicas hermosas. Con valor alzo

la vista. ¿Soy masoquista por querer ver cómo babea por otras? Sí. ¿Soy tonta por enseñarle estas preciosidades? También. Menuda zorrona con alma de gata menos despierta estoy hecha.
—No me gustan.
—¿Cómo?
—Son bellezas superficiales.
—¿Superficiales?
—Vacías de contenido. Solo dicen lo que muestran. Ojos, labios…
—Es decir, todo lo que a los hombres les gusta.
—Depende para qué.
Su sonrisa burlona acaba de detenerme el corazón. Los pómulos marcados se elevan resaltando el azul de sus ojos profundos. Y esa pequeña cicatriz junto a la ceja lo hace parecer más rudo y distante.
Paul suele ser ese vikingo alejado del mundo que no desea ser alcanzado. Es tan guapo que estiraría la mano hasta su mejilla acariciándole hasta enseñarle la dulzura del amor.
—Esas chicas son modelos de cuerpo. Debes encontrar algo más.
Paul se acerca tanto que estamos a medio beso de tocar nuestros rostros. Sonrisa de espía. Sonrisa de espía.
Los consejos rebotan en mi cerebro. Allá voy. Espero que tengan razón porque de esta vergüenza no me recupero.
—¿Si tuvieras que escogerlas tú cómo sería la chica ideal?
Sus ojos se aclaran extendiendo la profundidad de su significado.
—Como tú.
¿Qué? ¡Qué!
—¿Se puede? —La entrada del visitante es un balde de agua caliente que se derrama en mi cuerpo congelado y desmayado.
Paul se acerca a su escritorio. La visita lo mantiene alerta.
Raúl es un chico que todo lo que tiene de atractivo lo posee de desagradable. Él pertenece al equipo que se encuentra en Barcelona, y aunque es muy eficiente, debo reconocer que haber sido la mano derecha de mi tío Simon no lo dejan en buena posición.
Simon actualmente se encuentra fuera de la cárcel en espera de juicio, y Raúl fue uno de los que testificaron en su contra. Eso nos llevó a darle una oportunidad. Paul nunca estuvo muy de acuerdo. Su tensión al verlo lo dejan claro. Sigue sin soportarle. Una parte de mi lo comprende. Con Raúl nunca sé sabe si lo que dice es real o busca desvalijar tu cuenta bancaria. Su ingenio es peligroso y demasiado astuto.
Educadamente, aunque alerta, me pongo en pie para acercarme a mitad de la oficina.
—Necesitaba hablar contigo de algo importante.
La atención de Raúl, que segundos antes se centraba en Paul, retrocede para fijarse descaradamente en mí. Estoy a punto de retroceder, cuando recuerdo los dictámenes de mis amigos. Si vas de zorra debes parecerlo.
—Bienvenido. Cuánto tiempo sin vernos.
—¿Dos? ¿Tres años? —Su pregunta me descoloca
—Seguro tres —. Afirmo recordando que lo conocí en Baltimore. En ocasiones anteriores ha sido Sofía quien ha tratado con él.
—No tienes nada que ver con tu hermano.
—Él es moreno y yo rubia —contesto con diversión educada.
—Me refería a que él es común mientras que tú eres una preciosidad única.

El muy canalla sabe utilizar el don de la palabra. Atento, educado y guapo es capaz de enredar a su presa hasta ahogarla. Una serpiente de masculinidad exultante.
—Pero no vamos a decírselo. No queremos que se ofenda.
Acepto el guante y lo recojo.
Raúl se acerca más a los treinta que a los veinte. Su aire es de un hombre seguro y conocedor de su propio potencial.
—Hombres, incapaces de ver lo pobre que somos, frente a una deliciosa mujer.
—De qué querías hablar —Paul se acerca hasta rozar su chaqueta. Raúl es un personaje que le desagrada, y no simula su desagrado.
—Tengo algo que podría ser interesante para la empresa.
Raúl, contesta con su mirada fija en la mía, sacudiendo el costado de su americana como si la cercanía de Paul fuese una mota de polvo que acaba de ensuciarle.
—Entonces deberías hablar conmigo.
Los brazos se me cruzan solos. Reemplazar a Sofía es un reto difícil. Soy joven y mi experiencia es escasa, pero este último año me he esforzado por estudiar y aprender sobre la empresa. Soy la cara visible de la empresa y no me dejaré pisotear.
—En primer lugar, estoy obligado a decir que lo estás haciendo magníficamente. Los retoques hechos por ti en la última campaña que se realizó en Barcelona fueron excelentes. Además de bellísima, inteligente y ojos de pradera rebelde eres muy inteligente. Nos tienes a todos muertos de amor.
Su halago me descoloca. No soy capaz de responder.
—Es un tema de drones —continúa hablando—. Como sabes, es el área que le interesa a Blake desarrollar aquí en España. Él me pidió un par de consejos que necesito comentar con Paul. Si te parece bien. Por supuesto.
No, no sabía nada de ese encargo. Callo para no decir en voz alta que deseo ahorcar a mi hermano.
—Podríamos ir a…
Los gestos son evidentes. Raúl busca hablar a solas.
—Necesito un café y recoger unas carpetas del departamento creativo. Podéis quedaros aquí.
Raúl me agradece mientras abre la puerta invitándome a salir.
Espero que la puerta se cierre para pegar la cabeza al marco. No tengo nada urgente que recoger en el departamento creativos, y aunque lo tuviese, no iría.
—La señorita desea…
—Sh —contesto a Rocío la secretaria.
Los hombres, cuando quieren, poseen la voz igual de suave que los pétalos de margaritas. Ya me gustaría que fuera así siempre. Cuando adolescente llegaba tarde sin avisar los gritos de Blake movían los barcos de la bahía. Y eso que el dúplex se encuentra en el piso veinticuatro.
—Espiar tras la puerta no está del todo bien.
Rocío es una señora adorable que ha decidido adoptarme. Nunca olvida una frase cariñosa o una sonrisa protectora. Algunas arrugas de experiencia rodean el borde de sus labios que acentúan ese acento español tan cantarín.
—Sí lo que se investiga se relaciona con el contra espionaje, está bien.
—¿Están conspirando contra el señor Blakmoon?
—No lo sé.
—Tengo entendido que el señor Blake tiene algunos temas tecnológicos con la gente de Barcelona. No veo nada raro en la visita del señor Raúl.

—¿Tú también lo sabías? ¿Soy el último mono de esta Agencia? ¿Te causo gracia?
—Escucharla maldecir en español es muy divertido. Por su acento señorita. Lo siento.
Las voces disminuyen. Parece una despedida. Salto a toda prisa dejando a Rocío con la palabra en la boca y me lanzo a entrar.
—¿Se puede?
Parezco tan ingenua que nadie diría que llevo media hora con la oreja aplastada contra la puerta.
—Por supuesto, es tu despecho. Además —me detengo atenta ante Raúl — ¿Almorzamos juntos?
—¿Cómo dices?
Definitivamente tendré que ir a clases de expresión. En casos de urgencia, expectación o descoloque, es la única palabra que soy capaz de decir.
—Una delicia como tú no debería comer nunca sola.
—¿Quién ha dicho que estoy sola?
El espíritu zorrona comienza a ser parte de mi ser.
— Almorcemos juntos. ¿O tienes miedo?
Paul ha decidido cruzar los brazos. Su reacción me descoloca. Sus gestos negando con la cabeza me molestan. ¡Qué demonios! Me enfurece. ¿Me pidió permiso cuando se acostaba con la morena de la fiesta de nochevieja?
—Vamos, solo es un almuerzo.
El resoplo de Paul es tan evidente como la rabia que alimenta mi furia. Su reacción de hermano protector me ofende y me lastima. No quiero que sea mi hermano. Quiero ser ¡su mujer!
—Acepto —. Mi tono tajante divierte a Raúl —. Conozco un lugar aquí cerca que se come de maravilla.
—Te sigo.
Tironeo la cuerda del bolso para descolgarlo del perchero. No lo miro. No me hace falta. Sus refunfuños invaden perfectamente a mis delicados tímpanos.

La comida resultó ser más interesante de lo esperado. La situación de encontrarme frente a frente con un hombre como Raúl me mantuvo con los sentidos alerta, sin embargo, sus historias divertidas consiguieron distensionar el ambiente hasta el punto de que el segundo café resultó ser una excusa para prolongar el momento. Lleva tanto tiempo sin disfrutar de la compañía de un joven guapo interesado en mi conversación que llegué a abrirme más de lo que hubiese planeado.
—La semana que viene tendré que regresar a Madrid. Quizás podríamos tomar una copa. No conozco a nadie en la ciudad además de Sofía, y ella no está.
—Por supuesto. Avísame y te enseño las preciosidades de Madrid.
Ambos nos reímos de mi osadía. Durante la comida comentó que Barcelona era mil veces mejor que Madrid. Ni él se lo cree.
Abro la puerta de mi despacho con la misma sonrisa que Raúl me dejó al despedirnos en la entrada del edificio.
—¡Eres una inconsciente!
Sacudo la cabeza alargando el oído y las cejas. Puede que no haya escuchado bien.
—¡Cómo se te ocurre salir con Raúl!
—Solo fue una comida. La semana que viene saldremos con más tiempo.
—No te hagas la graciosa conmigo.
Los dedos firmes presionan mi brazo. Giro y agacho la cabeza centrando mis ojos en sus dedos.
—Lo siento —dice soltándose —. Raúl es un tipo peligroso. No puedes relacionarte con él.

—Es muy feo acusar sin pruebas. Si tienes algo contra él, habla.
—¿Te parece poco lo del secuestro de Elvira?
Él se refiere cuando el año pasado mi tío intentó secuestrar a la vecina de Sofía, doña Elvira, para presionarla y que le cediera sus acciones.
—No sólo no tuvo nada que ver, sino que ayudó a que la encontraran. Y en un tiempo récord. Es más, si la memoria no me falla, su agilidad mental fue la que le salvó la vida.
Paul camina de un lado a otro quemando suela. No replica porque no tiene argumentos para hacerlo.
—Él no es para ti.
—Hemos comido juntos. No nos escapamos a un registro civil.
Arrojo el bolso con tanto ímpetu que las cuerdas se enredaron contra el perchero.
—Él sabrá enredarte. Su habilidad es mágica.
Prefiero no comentar que ya lo ha hecho. Y con un profundo éxito. Aceptar volver a verlo no me disgusta ni un poquito.
Abro el portátil simulando estar terriblemente ocupada. Paul no parece interesado en terminar la discusión. Sus constantes adjetivas deplorables hacia Raúl se elevan hacia la grosería.
—... y por ello te lo prohíbo.
Me rasco la frente. Debo haberme perdido lo importante.
—¿Tú me prohíbes volver a ver a Raúl?
—No es de fiar.
—¿Tú me prohíbes volver a ver a Raúl?
—Eres muy ingenua para estar con un hombre como él.
—¡Tú me prohíbes volver a ver Raúl!
—¡Serías una niñata idiota si siguieras viéndole!
—¡Y tú un imbécil! ¡No soy ninguna niñata! Soy una mujer. A ver si consigo que te entre en esa cabeza de melón con patas. Soy-u-na-mu-jer.
Paul abrió la puerta cerrándola con un portazo tan fuerte que mi corazón se rompió con el golpe. Las primeras lágrimas de impotencia se asoman y las detengo con el torso de la mano. La puerta vuelve a abrirse y las seco rápidamente.
—¿Se puede saber qué pasa? Paul acaba de salir pateando una papelera.
En el momento en el que Anthony estaba por sentarse vio una de mis lágrimas. Sin poder contenerme, sentada en la silla, acepto su abrazo al agacharse.
—¿Te ha hecho daño? Si te ha tocado un solo pelo lo ahogo en el Manzanares hasta dejarlo morado.
—No me ha hecho nada. Y en el Manzanares no se podría ahogar ni a una mosca.
Aspiro la sal húmeda de mi pena.
—Entonces tendré que matarlo en el puente de la calle Toledo. Cari, ¿qué ha pasado?
—Me prohíbe que hable con Raúl.
—¿Raúl? El de la oficina de Barcelona.
—Sí.
—¿El del secuestro a la buena de Elvira?
—Lo obligó mi tío.
—El engaño no forma parte de las obligaciones laborales.
—Tendría sus razones. ¿Tú también vas a juzgar sin saber?
—Soy el menos indicado para juzgar entre lo que parece ser y lo que es.
Anthony se refiere a su condición sexual. Un día me confesó que, naciendo niña, siempre se

sintió un chico. Cuando tuvo edad inició el proceso de hormonación y la operación definitiva de cambio de sexo. En ese momento abrí los ojos como nueces. Me resultó increíble ver en un hombre como él, algo que lo relacionase con el sexo opuesto, y que no fueran sus ligues. Las muchachas se derriten al verlo pasar.
—Raúl y yo almorzamos juntos. Nada más. Cuando volví a la oficina Paul estaba esperándome. Parecía enviado del mismísimo demonio. Un ejecutor de las langostas.
—¿Langostas?
—La de las plagas. La Biblia. Ya sabes.
—Ah, por supuesto.
—¿Qué pasa?
Anthony se sienta en la silla estirando sus largas piernas.
—¿Qué dijo exactamente?
—Se puso en plan hermano. Dice que soy una niñata caprichosa que quiere hacer siempre lo que quiere.
—Interesante.
—¿Interesante? Ya tengo un hermano. ¡Yo quiero que me quiera como mujer!
—Interesante…
—Ugr.
Cierro el portátil con rabia. Nadie me entiende.
—Cari, le has provocado un sentimiento, y eso siempre es bueno.
—¿Sentimiento de hermano?
—Odio.
—No era mi objetivo.
—Cari, el odio que se enfurece de día, el amor lo vence por la noche.
Anthony acaricia mi mano mientras suspiro aburrida. De eso nada. El amor es amor y el odio una basura.

Paul

—¿Estás bien? Llevo días intentando hablar contigo
El rostro preocupado de Sarah me obliga a mirar hacia otro lado de la pantalla.
—Estoy bien.
—He preparado macarrones con queso. Tu plato preferido. ¿Lo recuerdas?
—Sí.
—Después del entrenamiento tú y Diego siempre comían tres platos. Los devorabas. Paul, ¿me quieres?
Su pregunta se repite siempre que estamos frente a frente. Una y otra vez como martillo golpeando piedra. Nunca falla.
—Sí.
Bebo la cerveza que tengo en la mano y estrujo la lata de la misma forma que desearía hacerlo con mi pasado.
—¿Llegarás tarde?
—Estoy fuera por trabajo.
—¡Te esperaba! Preparé tu comida preferida.
—Estoy fuera de Baltimore. Tú no lo recuerdas por... por supuesto que no lo recuerdas.
—¡Te quiero! ¡Dime que me quieres! ¡Dilo!

Los chillidos suben de tono antes de poder calmarla. Arrojo el teléfono al suelo con tanta mala suerte que no estalló en mil pedazos. Ya me gustaría que al menos este estúpido cacharro, sufriera más que yo.

No soy esa

—Y dices que lo has visto patear una papelera.
Laura, acerca una bandeja con unas delicias aromatizadas con azúcar y canela que quiebran mi interés por la vida sana.
—Antes de incrustar el botón del ascensor contra la pared. Sí.
—Eso suena muy interesante.
Karina le responde a Anthony mientras recoge una taza de chocolate caliente y se la lleva a la boca.
— Lo que realmente es interesante es esta casa. Laura, tú casa es preciosa. No comprendo porqué siempre quedamos en el pequeño apartamento de Sofía.
El apartamento posee un salón con ventanales que se abren hacia una terraza inmensa con vistas al mayor parque de Madrid. El sonido de las ardillas subiendo a los castaños se trepa y eleva con el movimiento del aire fresco. Una verdadera maravilla de naturaleza en el mismo centro de una ciudad medieval. Estar sentada con estas vistas es uno de los mejores placeres de la vida.
—Adorábamos a la abuela Toñi. Ella siempre nos dio un cariño especial —Karina parece revivir el pasado.
—La abuela Toñi era la voz de nuestras conciencias. Sus consejos reflejaban interés por nuestros problemas —. Anthony agrega con emoción.
—Y por eso la casa de Sofía huele a hogar. Allí existe un calor que no se compra en una inmobiliaria ni en un salón como este —. Laura añade la guinda del pastel.
Sé de lo que hablan. El día que Blake consiguió llevarme a vivir con él, recuerdo que me propuse comprar plantas. Necesitaba sentir el calor de la vida. El apartamento de Sofía es un pequeño rincón de calor inacabable. El Big Bang de la vida.
Los adornos artesanales, las mantas patchwork, las fotografías enmarcadas, todos reviven recuerdos de intensa felicidad. Es fácil entrar a la sala e imaginar cientos de conversaciones entre la abuela delicada y la joven impetuosa. Cuando Blake dijo que se quedaría a vivir en ese pequeño apartamento no pude creerlo. Él, tan acostumbrado a su inmensa casa, ¿cómo podía adaptarse a un sitio tan pequeño? Luego, cuando los vi juntos, lo comprendí. Laura tiene razón, el calor de un hogar amoroso no es un combinable de muebles que se compra en una tienda.
—¿Y sabemos por qué Paul se ha quedado? ¿Su trabajo no se encuentra en Baltimore? Comprendo que Blake debe ir y volver. ¿Pero él? —Laura retoma el inicio de la conversación.
—Debe quedarse por un proyecto nuevo de drones. O algo así.
—Podría alquilar una oficina pequeña en otro sitio —Karina bebe de su taza de chocolate espeso.
—Esa pregunta me la sé yo —Anthony contesta sagaz —. Al parecer su cliente está interesado en una campaña publicitaria. Algo así como un paquete completo.
—¿Y eso es habitual?
—En absoluto —vuelve a contestar —. ¿Qué estás pensando?
—Lo mismo que tú.
Los tres sonríen dejándome en ascuas. Ellos son amigos de toda la vida y yo soy la nueva incorporación suplente.
—Si no me aclaran algo, de todo lo que están pensando, creo que voy a explotar.
—Los tres estamos pensando que Paul se ha quedado por ti. Es la única explicación.
—De eso nada —contesto inclinándome hacia uno de esos bollitos tentadores de azúcar glas—. Blake confía mucho en él. Si le ha pedido quedarse es porque le necesita.
—Puede —Laura frunce la frente —. ¿Y ser tu custodia también es un pedido de Blake?

—Él no es mi custodia. Sus cuidados se deben a que me cree una rubia hueca.
—Tú no eres eso.
—Puede que en el pasado lo fuese un poquito. Paul me conoció intentando sobrellevar mi adolescencia sin padres. Estaba confundida y bastante perdida. Por aquella época puede que me comportase de una forma algo…mmm…superficial.
—Define algo.
—Algo —quedo pensativa a la pregunta de Anthony —. Fiestas interminables, tardes aburridas en el yate de una amiga que no era amiga, paseos con el guapo y egocéntrico del quarterback del equipo de fútbol.
—¡Nena! eras una chill leader total. Una influencer de los medios.
Laura lanza una carcajada ante las reflexiones de Karina.
—Las chicas me invitaban a todos lados con tal de acercarse al guapo de Blake. Todas querían algo con él. Yo nunca les resulté interesante. El quarterback fue un error que prefiero no recordar. Y en cuanto a la cuenta de Instagram, tengo menos seguidores que la abuela Elvira.
Los tres ríen sin creerme.
—¡Lo digo de verdad! La pastelería de Doña Elvira tiene más seguidores que yo en bikini. Para Paul soy una rubia preocupada solo por sus peinados.
—Eras una adolescente como todas. No es justo juzgarte por ser una chica con deseos de experimentar.
—Tengo casi veinte.
—¿Ya? Aún recuerdo la fiesta de tu último cumpleaños. El tiempo pasa demasiado rápido. Tengo que buscarme un novio ya. ¡Ya!
Los tres disfrutamos del comentario de Laura.
—Paso a paso. Primero arreglemos el entuerto romántico entre Paul y esta señorita.
—Puede que no haya nada que arreglar —contesto a Anthony mientras ahogo mis penas en azúcar glaseada.
—Resumiendo tus conclusiones. Te protege por pedido de Blake. Te ayuda en el trabajo a pedido de Blake. Y si esto no fuese una tarea lo suficientemente pesada, patea papeleras a pedidos de… —Anthony se silencia y señala con el dedo a sus amigas.
—¡Blake! —Contestan a coro.
—Además de empotrar paleras a —las manos del relator se unen como en un disparo hacia las Pimpinela que corean con rin tintín.
—¡Pedido de Blake!
Escondo la cabeza entre las carcajadas que ensordecen mis oídos.
La vergüenza asciende con la misma intensidad que crecen mis esperanzas. Tener amigos expertos hablando sobre las inmensas posibilidades que poseo de conquistar al único amor de mi vida, elevan los niveles de mi testosterona cobarde.
—¿De verdad lo creen? ¿Puede que se haya fijado en mí? Quiero decir, él es un hombre con experiencia mientras que yo … yo nunca… ya saben.
—Cariño, la experiencia en el amor no es una carrera de obstáculos. Los pasos lentos y seguros demuestran la profundidad de la mujer que los realiza. Y eso, a los hombres, nos fascina.
—¿Entonces vamos a por él? —Laura sonríe con picardía desconocida. Verlos disfrutar con mi posible felicidad me hace comprender que la amistad es algo mil veces más fuerte de lo conocido en épocas anteriores.
—Gracias.
Palabra sencilla con una profundidad tan intensa que los sentimientos luchan por no desbordarse

en mis humedecidas pestañas.
—Consiga o no el amor de Paul, con vosotros a mi lado ya he ganado mucho más de lo que merezco.
—Eso es verdad. Somos maravillosas, y por eso, Paul caerá rendido en nuestras redes.
Laura pronunció sus palabras con tanta seriedad que los demás escupieron el chocolate en la leche. Las carcajadas son tan sinceras que han conseguido que me sume a la algarabía.
—Debemos mejor el plan de conquista.
—¿Tenemos un plan? —Los nervios me dominan mirando a Karina.
—Siempre hay un plan.
—Yo me voy —amenazo con levantarme del sofá y Anthony me sienta nuevamente.
—Primer paso de las chicas que desean conseguir a su hombre. Actuar con valor a pesar del ridículo.
Escondo el rostro entre las manos. Voy a morir de un ataque de vergüenza. La cadena de plata se enreda en mi cabello. ¿Qué querrá decirme?

Paul

Madrid es una ciudad pintoresca. Cientos de personas caminan atareadas mientras otras disfrutan de un café en un banco. El yin y el yang unidos sin molestarse. Los árboles frondosos improvisan parques en donde los niños se mezclan con los trajes de oficinistas que prefieren un bocadillo bajo el frescor de una tarde invernal, a una buena comida en un restaurante.

Me apoyo contra la pared fresa aportando mi cuota de humo a los niveles de contaminación ambiental. Una calada divertida. Recordad a Mariam y lo furiosa que se pone al verme fumar resulta ser mi única alegría del día. La pequeña se preocupa por mi salud como si yo fuera alguien importante.

—Buenos días.

Respondo al grupo que entra en la oficina. En esta ciudad saludar a desconocidos de forma simpática es una costumbre de lo más curiosa. En Baltimore apenas si nos miramos.

—Hola, ¿me convidas? —Dana me roba el cigarrillo para darle una calada. No estoy seguro de si entraba con el grupo o caminaba detrás. Y la verdad es que no me importa. La pelirroja no es más que un polvo que se olvida al sacudir las sábanas. La abogada ex directora de recursos humanos es tan atractiva como poco interesante. Su belleza es de las que atrapa los momentos que tardas en subirte los pantalones.

—Eres guapo Paul.

—Creí que Blake era tu objetivo.

—Eres directo.

—No me gusta rodear la sinceridad.

—Tú me gustas más.

El rojo carmín de sus labios se eleva provocativo. Te interesan los rubios porque desde que está con Sofía no ha vuelto a mirarte.

—Eso cambiará pronto.

—¿A qué te refieres?

—A que la felicidad siempre acaba.

—Si planeas algo será mejor que lo olvides. Ellos se quieren.

—Y yo te quiero a ti.

—¿En tu casa o en un hotel?

—Sí que eres directo.

—Y no me gusta repetir.

—¿De chica o de hotel?

—No repito. En mujeres. El hotel me da igual.

—¿Entonces es un sí?

—Si lo que buscas es acostarte conmigo, sí.

—¿Y lo de la propuesta que te hice?

Se refiere a las tonterías dicha en el despacho la semana anterior. Y yo pensando que había bebido demasiada cerveza.

—No traicionaré a Blake.

—No es traición. Solo son unos pocos clientes. La niñata no se enterará de nada y el dinero nos vendría muy bien.

—Habla por ti.

—Vamos, eres como yo. Somos dos asalariados en manos de dos que no se lo merecen.

Verla hablar me descompone el estómago. Blake es el hombre más trabajador que conozco.

Cuando perdió a sus padres maduró diez años en un mismo día.
Estudió una ingeniería mientras invertía la herencia de sus padres de forma inteligente e impoluta.
En su decimoctavo cumpleaños se hizo cargo de su hermana pequeña sin pensar en el trastorno que eso significaría para un muchacho tan joven. Si alguien merece lo que tiene, ese es Blake Blakmoon.
—Si necesitas dinero pide un aumento.
Le quito el cigarro de los dedos. Ya no soporto tenerla delante. El revolcón queda descartado.
—¡No tengo tiempo! Tú no lo entiendes…
—Con tus aptitudes conseguirás ingresos extras muy pronto —miro sus pechos dejando clara mis palabras. La pelirroja se marcha insultando a toda mi familia. Como si eso me importase.
—Está muy buena.
—¿Qué quieres?
—Tengo novedades.
—Subamos.

Verifico que no hay nadie en el despacho antes de hacerle pasar.
—Sin moros en la costa.
—¿Cómo dices?
—Cuando se inspecciona como tú lo has hecho, en España decimos que no hay moros en la costa.
Cierro la puerta para que no nos molesten.
—Cultura extraña.
—A decir verdad, es un tema histórico. Algo que seguramente no te interesa.
—Conmigo puedes guardarte tus brotes de simpatía.
Tener a Raúl el menor tiempo posible es ente despacho es mi mayor necesidad. No deseo que se encuentre con Mariam. La última vez que se vieron tuvo consecuencias fatales.
El pintoresco ejecutivo, salido de la academia de niños ricos, acepta el café mientras estira las piernas en la silla. Si no tuviera que trabajar a su lado le rompería la cara. No lo soporto.
—El trato está hecho —. Respiro, aunque algo desconfiado. Introducir a Raúl en la banda no resultó tarea fácil —. Con algunos matices.
—¿Eso qué significa?
—Él quiere a la chica en el trabajo.
—¿Chica? ¿Qué chica?
—Su sobrina.
—¡No!
—Me temo que no es negociable —el desgraciado sujeta la taza como si ese fuese su único y mayor problema.
—Tendrá que serlo. Habla con él. Ofrécele lo que sea, pero Mariam queda fuera.
—¿Piensas que no lo he hecho? El viejo sabe bien lo que quiere.
—¿Y qué es?
El joven deja la taza para enfrentarme cara a cara. Tener a este capullo como compañero de misión me asquea.
—Ella es la puerta que busca para hacerse con las endemoniadas acciones. ¿Pensabas que se desaprovecharía la oportunidad? Liberarlo de la cárcel sólo incrementó sus ansias de conquista.
Simon, tío de Blake, y responsable de demasiadas fechorías, intenta exculparse usando el cuento

de la colaboración para salvarse de la cárcel.
—Ella no corre peligro —la calma de Raúl consigue captar mi atención—. Su cooperación no le salvará.
—¿Cómo puedes estar tan seguro?
—Por que es un imbécil. Dime, ¿cuántos casos tienes acerca de un hombre que haya atentado contra la seguridad nacional y se encuentre libre? No importa los supuestos acuerdos que él crea conseguir, tu país jamás lo dejará libre.
Sonrío de forma ahogada. El capullo posee toda la razón.
—Mariam es mi línea roja.
—Entonces olvídate de todo. Yo por mi parte quedo libre de mis cadenas. Es vuestro problema.
Raúl sacude una pelusa de la manga de su chaqueta.
—No tan rápido.
—¿Piensas continuar?
—Mi misión es desarticular esa banda y llevarlos a un tribunal de guerra.
—¿Aunque ella corra peligro?
—Jamás lo permitiría.
—Entonces morirías tú.
—No te llevarás esa alegría. Habla con Simon y continúa el trato. Necesito saberlo todo. Nadie debe sospechar.
—Ni Blake.
—Él menos que nadie.
—¿Por qué sospecho que no sabe nada? Él no está al tanto del uso de estos drones, ¿es así o me equivoco?
La incomodidad de la traición pica en mi cuello. Estar cerca de una rata como Raúl me hace sentir como una.
—Sigue adelante. Los Blakmoon son mi problema.
—Ya lo he hecho. Tengo una campaña para que lo dirija la preciosa Mariam. Eso hará parecer a Simon que sus peticiones fueron escuchadas.
—Eres eficiente.
—Sabía que no dudarías. A mi no me engañas, ella y su hermano te importan una mierda. Para los tipos como tú ellos son un mal necesario.
—Cuando esto termine iré a por ti.
—Yo jamás he participado en los negocios turbios de mi exjefe. Soy inmune a tus amenazas. Por cierto, ¿dónde se encuentra la preciosa?
—Aléjate de ella.
Imaginar a Raúl cerca de Mariam rompe mis estructuras congeladas. El muy cerdo no va a tocarle ni un pelo. No mientras yo respire. Sería capaz de cortarlo en trocitos y lanzarlo a la bahía de Baltimore antes de permitir que se le acerque.
—En qué quedamos, ¿continúo o sigo?
—No te atrevas a mirarla.
Mi voz amenaza con estamparse contra su cara recién afeitada.
—Soy libre para salir con quién me plazca. Y mucho más si la señorita resulta ser un bombón con mucho dinero. Preciosuras indefensas cargadas con montañas de euros son mis preferidas.
—Ella es una niña inocente. Si la llegas a…
La puerta se abrió de par en par obligándome a concluir las amenazas. También cerraría la boca si fuese capaz de recogerla del suelo.

—Perdón, no sabía que estaban reunidos.
—¿Niña? —Raúl murmuró para que solo yo lo escuchara.
—Adelante preciosa, yo ya me iba. Tengo que hacer unas cosas urgentes antes de terminar el día. Y no me gustaría llegar tarde a mi cita. ¿Te recojo a las ocho?
—Las ocho es una hora perfecta.
—Y por favor, no te pongas ese vestido.
—¿Cómo dices?
—Estás preciosa. No quiero pelear con todos los hombres del restaurante que se abalancen sobre ti.
El imbécil consigue que los colores se le suban a las mejillas mientras yo sigo buscando mi mandíbula en algún lugar del suelo. Raúl está equivocado. Mariam no está preciosa. Ella es una diosa.

Cena

—Un refresco.
Raúl agita el vaso tubo cargado de hielos amenazando con no entregármelo.
Vuelvo a sonreír. Esta noche no soy capaz de llevar la cuenta de las veces que lo ha conseguido.
—Me preguntaba por qué nos gusta tanto complicarnos la vida.
La pregunta en concreto sería de por qué, yo, me complico tanto la vida
—Reflexión interesante que posee dos explicaciones. ¿Versión simplificada o ampliada?
—Simplificada.
—Idiotas.
—¿Y la ampliada?
—Mujeres y hombres idiotas. Todos son idiotas.
Su gesto serio al contestar consigue arrancarme una carcajada. Es imposible que todos piensen mal de él. Raúl es algo interesado, y puede que carente de principios, pero su compañía es de lo más divertida.
—¿Y tú?
—¿Me preguntas si soy idiota?
—No. Lo que en realidad me preguntaba era de por qué todos opinan que eres un interesado.
—Porque lo soy.
—Yo creo que exageran.
—Y yo que eres un bombón que no merece estar bajo el sol.
Su comparación me molesta. Me siento esa niña estúpida a la que Paul no deja de juzgar como rubia vacía y hueca.
—Tengo veinte años, soy muy responsable, y tú no eres un sol.
—No quise ofenderte —su mano se estira por encima de la mesa intentando alcanzarme—. Lo que intento decir, con un romanticismo mal explicado, es que eres una chica pura.
¡Qué! ¿cómo puede saber que yo no lo he hecho aún? ¡Cómo!
—Por tu cara veo que acabo de volver a equivocarme. La poesía galante no es lo mío. Lo que intento decir, de muy malas maneras, eso está claro, es que tu sinceridad y dulzura es tan imponente como tu belleza. Puede que tus buenos pensamientos te hagan imaginar que soy bueno, pero créeme, he hecho muchas maldades.
—Todos nos hemos equivocado.
—Y algunos necesitamos seguir haciéndolo.
—¿Qué quieres decir con eso?
—Que me gustan muchos estos momentos que compartimos cuando vengo a Madrid.
—Y por eso deberás venir más seguido. Y tranquilo, no pienso acosarte.
—Me dejaría encantado.
Acepto el cumplido con una sonrisa. No soy tan tonta como para no reconocer que su galantería es contenido vacío.
—¿Olvidas que soy tu jefa?
—Mejor. Siempre quise saber lo que se siente ser avasallado contra un escritorio.
No soy capaz de contener la carcajada.
—Estoy segura de que ya lo has probado.
—Contigo sería diferente.
Ambos nos reímos sin complejos cuando una voz grave tras mi espalda me obliga a girarme.
—Menuda casualidad. Madrid es grande y pequeña a la vez. Podemos sentarnos. Gracias. ¿De

qué hablaban?
Paul acaba de saludar, auto invitarse y levantar el brazo para pedir una copa, todo en el mismo minuto.
—Hablábamos exactamente de las ganas que tiene Mariam de arrojarme sobre un escritorio y dejarme agotado.
Paul, aunque podría ser el típico chico del norte con mirada aguamarina, su piel bronceada lo convierte en un hombre peligrosamente atractivo. Uno que acaba de cambiar su tez brillante por una de blanco yeso.
Raúl bebe como si nada. Su lado canalla acaba de salir sin ningún trabajo. La ceja arqueada por encima de su vaso me invita a que le siga el juego. Lo rechazo. No deseo alejar a Paul más de lo que ya se encuentra.
—Aprovechábamos que se encuentra en Madrid para comentar mis ideas acerca de la campaña de drones de segunda mano.
—¿A estas horas?
—Fuimos a cenar y la hora se nos echó encima. Tengo pensado unos planes de trípticos más reales. Blake me ha enviado cientos de archivos para estudiar.
Hablo sin respirar y Paul afirma sin ganas. Tanto si digo la verdad como si miento, siempre consigo el mismo efecto, su aburrimiento.
—Pero sus ganas por conquistarme nos hicieron olvidar el trabajo. Eso del escritorio con ella encima es algo de lo más interesante.
Por Dios, Raúl se empeña en provocar su mal humor. No lo comprendo. Para Paul soy su responsabilidad. Desde que Blake se encuentra en Baltimore me persigue como si fuese mi custodia. Las insinuaciones de Raúl solo consiguen enfurecerlo.
—¿Has venido solo?
—No.
Por qué demonios habré preguntado. Soy una imbécil. Por supuesto que no ha venido solo.
—¿Dana? —Miro a la pelirroja que camina hacia la barra —. Has venido con ¿Dana?
—Menuda sorpresa —. Raúl se pone en pie al verla cerca de nuestra mesa.
La chica con su minifalda y camisa de botones abiertos para que se le vea el sujetador de encaje me observa como si fuese una hormiga a la que puede pisar. Quizá porque me siento como una hormiga a la que acaban de pisar. Mi melena suelta y mi vestido negro no compiten con su impresionante figura.
—No había venido nunca —dice acariciando el brazo de Paul con un dedo —. Qué idea más perfecta has tenido.
Muerdo mi lengua para no llorar. Al menos no delante suyo. De todas las mujeres con lo que lo he visto esta es una de las que más me duele. Dana es un personaje conocido por todos. Interesada y manipuladora solo es capaz de actuar basándose en dos tipos de intereses. El económico o el sexual. Paul no es un hombre adinerado. Eso reduce la franja de intereses a uno tan antiguo como el comer.
Me atraganto con las lágrimas que retengo en la tráquea.
Dana es una pelirroja despampanante. Abogada, y con un trabajo que la lleva a recorrer medio mundo, es una bendición para la entrepierna de cualquier hombre.
El aire pesado de la sala nocturna comienza a ahogarme. Tengo que salir de aquí.
Tenerla delante acariciando el brazo de Paul es un espectáculo que marea mis neuronas. Siento mi corazón vacío arrastrarse de rodillas buscando sus partes rotas.
—Pues el espectáculo que está por venir es uno de los mejores de Madrid —Raúl explica con

interés —. Es un grupo que canta fenomenal.
—Para mi es demasiado tarde.
—Pero dijimos que…
—Cuando lo dije no me di cuenta del tiempo. Lo siento mucho. ¿Por qué no te quedas? Puedo pedir un taxi. Estoy muy cerca de casa.
—De eso nada. Te llevo. Pero primero escucharás un tema. Este grupo es lo más. Estoy seguro de que te encantarán.
—Por favor —digo acercándome a su lado para que Paul no nos oiga—. Necesito irme. Tú quédate. Me haría sentir menos mal —Raúl parece confundido—. Por favor...
—Iré contigo, solo dame un minuto. Ese que acaba de entrar es un cliente. Tengo que acercarme.
—Ve tranquilo.
Espero a que Raúl se aleje para recoger mi mochila y fugarme de forma discreta.
—¿Escapas?
La voz grave de Paul se pronuncia en algún lugar de la mesa. No lo miro. Estoy demasiado apresurada en recoger mis cosas.
—Ha sido un día largo.
—Te llevo a casa.
—¿Qué? No. De ninguna manera. Soy capaz de llegar a mi propia casa.
Camino por un lateral para que Raúl no me vea. Ya me disculparé en otro momento. Ahora debo correr, llegar a mi apartamento y ponerme a llorar en el salón a oscuras.
¿Paul con Dana? ¡Paul con Dana!
Mi pecho está tan comprimido que el aire se me escapa antes de entrar. Alzo las manos señalando a un coche que se acerca. Estiro la mano hacia el picaporte cuando un brazo se adelantó para abrir la puerta y empujar mi cuerpo hacia adentro.
—Buenas noches, señor —sus ojos azules rebotan contra el espejo retrovisor del conductor.
—¿Se puede saber qué haces?
Sin contestarme comienza a dar señas al chófer. El hombre presiona el contador e inicia la marcha.
—¿Por qué me haces esto?
Estoy agotada. No puedo seguir así. Cada intento de parecer una mujer segura y racional Paul la derrumba. Lo amo tanto como lo odio. Ya no puedo sentirme mil veces despreciada y una desconcertada. Esto terminará por desquiciarme. Ya no sé si soy una zorra o una lechuza mojada.
—Es muy tarde. No puedes andar sola a estas horas.
—Yo voy a dónde y cuándo quiero. Tú no me das órdenes. Estoy crecidita.
—Créeme, lo sé perfectamente.
—Entonces por qué estás en este taxi. Cuando Dana se de cuenta que no la has dejado plantada montará en cólera.
—Me importa poco.
—¿Entonces por qué estabas con ella?
No contesta. Suele hacerlo cuando considera que no debe explicarse. La cabeza me estalla con cientos de pensamientos. Si alguna vez deseaba ser la chica elegida este no era el sueño.
Me inclino en el respaldo mirando hacia la ventanilla. Es el pretexto ideal para que la lágrima de la vergüenza viaje sin ser reconocida. Paul jamás me verá como una verdadera mujer. No importa los planes de conquista y las ropas de zorra que me ponga. A él le desagrado. Jamás seré esa chica a la que besa mientras le promete amor eterno.

¿Eres tú?

—Me gustaría dormir.
—Apenas son las doce. Te he visto aparecer en tu casa a las seis de la mañana fresca como una rosa.
Paul camina por mi casa mientras los nervios me suben por las rodillas hasta las axilas. Desde que pagó el taxi y subió a mi apartamento, deambulo por la sala borracha de emociones. Paso del estado de desconcierto al de algarabía desquiciada. Sigo sin comprender por qué se encuentra en mi piso rebuscando en los cajones. Eleva dos vasos por encima de la cabeza y me los enseña como trofeo. Parece feliz con su logro.
Sus movimientos son tan firmes como un oso cerca de la cueva. Las piernas largas y fuertes bajo los vaqueros pisan pasos de seguridad. Su cuerpo es un recorrido excitante hacia mis sentidos femeninos.
Me acerca un vaso con refresco y se sienta con la confianza de un lobo al que se le han abierto las puertas de la jaula.
—Necesitamos hablar.
—Me parece bien. ¿Por qué estás aquí?
—Soy responsable de ti.
—No lo eres.
Paul no solo ignora mi contestación, sino que continúa hablando con paso lento.
—Mariam, existen niñas que al crecer se convierten en una linda flor. Su espíritu de niña se transforma en una mujer de lo más agradable.
No puedo creer lo que estoy escuchando. Si no fuera porque tengo rímel en los ojos, me los rascaría hasta deshacer la imagen paternal de Paul.
De todas las estupideces que me podrían estar sucediendo, esta es la más irreal. No puedo seguir escuchando. Sus palabras cariñosas destruyen mis esperanzas de amor.
—Algunas son simpáticas, sin embargo, otras…
—¿Otras qué? Mira Paul, esta conversación no tiene sentido. Como bien has dicho ya no soy una niña y yo puedo con…
—¡Son preciosas! Tú, eres preciosa.
—Quien quiera.
Mi frase apenas fue capaz de salir de entre mis labios. Los chillidos de Paul son demasiado altos. Y parafraseando sus palabras, demasiado agradables.
—Posees un cuerpo envidiable. Tu rostro es la escultura de un ángel. Tus ojos verdes son esmeraldas perdidas en un campo reverdecido. Sus pequeñas motas oscuras resaltan tu pequeña perfección. Pero tú no podías quedarte con esos valores. Tu espíritu de niña simpática se convirtió en una sonrisa permanente para todos los que te admiran.
—A veces me enfado…
—No, nunca lo haces. Siempre perdonas. Raúl no merece tenerte en sus brazos.
—Paul, si esta conversación tan paternal que intentas ofrecerme busca explicarme porqué no debería tener sexo con Raúl, me gustaría que terminase aquí mismo. Como bien acabas de decir, ya no soy una niña y puedo acostarme con el chico que yo quiera. Te agradezco la preocupación, pero…
—Raúl solo es capaz de ver tu cuerpo.
—¡Como todos!
—¡Eres preciosa! Maldita seas. No existe hombre que no te mire y no quiera llevarte a su cama.

Paul se acerca y me enfrenta. Sus ojos poseen un brillo desconocido. Nunca lo había visto tan tranquilo y tenso a la vez. Las manos son mazos de cemento pegadas a sus lados. El rostro se le ha convertido en una roca sin expresión. La única parte de su cuerpo que aparenta estar viva es el torso que sube y baja como un hombre antes de una pelea. El aire que entra con profundidad en su pecho apenas sale. El azul ardiente de su mirada no se separa de la mí. Su autocontrol es notable e incomprensible. Está… ¿furioso?
—Y eso que importa. ¡No soy una niñata protegida!
—¿Crees que a él le importa como eres? ¡Raúl quiere meterse en tu cuerpo y agotarse contigo! ¡Te queda claro! ¡Solo eso!
Los gritos de Paul salen antes por sus venas que por los labios.
Su espíritu paterno filial se ha extralimitado. Él no es mi padre ni mi hermano. No tengo porqué escuchar su cantinela moralista. Y mucho menos de un hombre como él. ¿Con cuántas mujeres se ha acostado? ¿Cinco? ¿Quinientas? ¡Qué poca vergüenza!
Sí, soy virgen.
Sí, parece que se ha dado cuenta.
Sí, parece que todos lo saben.
Sí, puede meterse sus consejos hechos un bollito en el bolsillo descosido de los pantalones para que viajen directo hacia su culo.
—Mira Paul, no tendré mucha experiencia, pero no soy imbécil. Voy a meterme en la cama del chico que yo quiera y tú no vas a impedirme nada. Haré lo que hacen todas las chicas de mi edad. Probaré lo que me de la real gana. Después de todo ¡es solo sexo!
—¡Contigo no!
—¡Anda que no! Unos besos perdidos, unas caricias a mis tetas de forma cariñosa, una mano por dentro de mis pantalones y…
Abro la boca aceptando el ¿beso?
¿Paul me está besando?
Tardo unos segundos eternos en comprobar que los labios fuertes y duros que golpean contra los míos son suyos. A mi desconcierto le cuesta despertar. Su lengua entra en contacto con la mía como un combatiente que busca la victoria. El calor de sus manos en mis hombros viaja por mi piel como millones de chispas eléctricas.
Es Paul. La boca que tengo devorando la mía es de Paul. ¡Y no es un sueño!
Mi cuerpo comprende y se rinde deseoso. Mis nervios se aflojan y los brazos se extienden rodeando ese cuello con el que tantas veces soñé envolver mis dedos. Me acerco pegándome todo lo que puedo. Tengo el cielo en mis manos. Su boca húmeda se abre con mayor fuerza furiosa. Su aliento salado y ardiente golpea mi lengua, enredándose en una batalla de posesiones. El ronroneo de mi cuerpo es demasiado evidente.
Lo aferro con fuerza demostrando que soy una mujer. Una completa y entregada mujer. Mis pechos sensibles chocan con el duro torso. Su gemido gutural se profundiza mientras sus manos comienzan a caer por mi espalda deteniéndose en mis nalgas. Los dedos firmes empujan mi cuerpo hasta chocar con su dura excitación.
Paul no es un joven con los que he podido intercambiar besos en una discoteca. Él es un hombre. Su cuerpo está duro y listo. El corazón se me acelera. Quiero estar en sus brazos. Quiero sus manos viajando por mi cuerpo desnudo. Lo deseo. Lo necesito.
No soy virgen por obligación, otros chicos han querido acostarse conmigo, incluso me lo han suplicado. Ellos no podían comprender porque no deseaba terminar el juego. En mis brazos se encuentra mi única razón. El calor de Paul me transporta y embriaga. Su perfume me hipnotiza.

El poco espacio que puede existir separándonos desaparece. Necesito pegarme a su cuerpo. Ser la respuesta de su deseo.
Me restriego buscando todo y más. Lo quiero por encima de cualquier error y desconcierto. Su erección se mueve entre los pantalones causándome una felicidad inexplicable. Me siento una mujer deseable.
Me aferro a su cuello con uñas. Paul gruñe de una forma extraña antes de mover los labios por mi cuello. El calor de sus labios quema mi piel. Bajo las manos recorro su espalda arañando por encima de la camisa. Quiero más. Necesito tocar su cuerpo. Necesito hacerlo mío.
—No…
Su negativa débil se repite antes de tomar distancia. Intento que no se aleje. Sus manos fuertes abandonan mis nalgas para engancharse en mis hombros. El aire frío de la distancia nos separa. Mis ojos son neblina turbia. Su rostro ocupa el total del espectro de mi sensatez. Su boca está húmeda por mis besos. Intento acercarme y terminar lo empezado, pero él me rechaza.
Acaricio con mi lengua los míos sintiendo el sabor de los suyos en mi carne inflamada. Él cierra los ojos antes de soltar mi cuerpo y girarse.
Estiro mis manos buscando el calor perdido. Me siento débil y abandonada.
—Esto es un error.
Sus palabras vuelan en el aire mucho tiempo después de salir por la puerta.
Me dejo caer en el sofá sin saber si debo reír o llorar.

El compromiso

—Cariño, ¿qué pasa?
La voz cariñosa al otro lado comienza a desesperarse.
Las primeras llamadas las esquivé con éxito, pero a esta altura me resultó imposible seguir ocultándome. La insistencia de Sofía es fuerza difícil de doblegar. Su nivel de intriga rebaza la pantalla.
Le contaría todo, si supiera exactamente qué contar. Aún siento el calor de Paul pagado a mi piel. Como también, sus palabras hirientes.
Esto fue un error… error…
Llevo repitiendo esas palabras intentando que la insistencia ayude a destronarlas de mi corazón. El dolor de ser una ignorada es exactamente el mismo al de ser considerada un error. O puede que un poco peor. Ahora conozco el vacío de sus besos y la desesperación de no tenerle.
—¡Hola! —La voz de Blake se escucha de lejos.
—No, por favor, que él no me vea. Siempre supo leer mis estados anímicos. Voy a cortar.
—Tranquila… —Sofía esconde el móvil contra su pecho —. Amor, estoy en una conversación de chicas. ¿Te importaría cerrar la puerta?
—Si esa charla va de hombres, te recuerdo que eres una mujer que me debe fidelidad.
Al otro lado se escucha el chocar de unos labios. Un beso caliente y cariñoso. Siento envidia de mi hermano. Es lo que me faltaba para ser la mujer más horrible del universo.
Sofía estira la cabeza por encima de la pantalla antes de hablar.
—Ya estamos solas. Estabas comenzando a preocuparme. No contestabas a ninguno de mis mensajes.
Respirando profundo y después de unos segundos melodramáticos, al fin pude comenzar a hablar. Es un rasgo muy característico en mi. Las primeras palabras nunca me salen, ahora, cuando comienzo a tomar carrerilla, no dejo espacio ni para las comas.
Al otro lado Sofía escucha atentamente. Contarlo en voz alta me obliga a recordar una y otra vez los sentimientos sentidos. ¿Se dice así? Puede que no. O quizás sí. Y yo que sé. No me siento con fuerza suficiente como para resolver problemas gramaticales.
—Se acabó —digo como conclusión ante el silencio de sus pensamientos.
—Puede que sí. Eres una niña preciosa. Paul tiene razón, mereces a alguien que sepa valorarte. Está muy claro lo que él quiso demostrarte.
—¿Lo está?
—A algunos hombres las palabras se les quedan cortas y prefieren pasar a los actos. Puede que Paul solo quisiera enseñarte que eres muy guapa, y que, hasta él, se sentiría atraído por ti.
—Pero no significo nada…
—Yo no digo eso.
—Tú no. Pero él sí. Puede que tengas razón.
La reflexión de Sofía es lógica y dolorosa. Muy dolorosa. Muerdo la punta de mi lengua para no ponerme a llorar.
—¿Te ha llamado? ¿Lo has vuelto a ver?
—No a lo primero, y no a lo segundo. No se ha molestado en enviarme ni un mísero emoticono. Y con respecto a volver a vernos, resulta que le va a resultar algo más complicado de lo habitual.
—¿Qué has hecho?
—Me he mudado a la quinta planta. Es la única tontería que se me ocurrió para afrontarlo.
—Puede que no sea una tontería. Cuando Blake viajó a Baltimore me sentí morir. La distancia

me hizo ver el terror de una vida sin él.
—Él jamás pensó en dejarte. Mi hermano te adora.
Ambas nos quedamos mirando sin decir nada. Llevamos más de una hora en donde yo hablo y ella escucha. Me siento asqueada de mi propia pena insistente.
—Cuando llamaste —busco cambiar de tema. Mis desgracias no tienen solución—dijiste que tenías algo importante que contarme. ¿Qué era?
—Puede esperar.
Se deja caer en el colchón con un brillo tan radiante en sus ojos almendrados que sonrío descreída.
Está en la habitación de mi hermano. Los ventanales del fondo unen el mar de la bahía con el resplandeciente atardecer.
—Tienes unos ojitos que te delatan, ¿qué ha pasado?
—No quiero ser egoísta. Estoy muy feliz y no es justo para ti. Igual, en otro momento más apropiado, te lo cuento.
La sonrisa aparece después de días de formar parte de mi rutina diaria. Su felicidad es contagiosa.
—Blake quiso llamarte, pero le supliqué ser yo misma la que te lo dijese. Es muy importante para mí conocer tu opinión. Sabes que aprendí a quererte como a una verdadera hermana.
—¡Qué es! —Chillo sin poder contener la expectación.
El teléfono cambia de mano para enseñarme el dedo anular. Un delicado diamante gira en su mano.
—¡Me ha pedido que me case con él!
La voz de Sofía se apaga tras su sonrisa nerviosa. Mi emoción se convierte en llanto contenido.
—¿No te alegras?
Sorbo las lágrimas intentando poder hablar. Este torrente salado es muy diferente al soportado por el rechazo de Paul. Este es de alegría inmensa. Blake la creyó perdida y durante años buscó enloquecido a la desaparecida dueña de su corazón. Su historia es un verdadero cuento de amor.
—¡Estoy tan feliz! —Apenas domino mis palabras. Las lágrimas bañan mis labios —. Es la mejor noticia del mundo. Seremos hermanas —lloro antes de ponerme a gritar —. ¡Hermanas de verdad!
Nuestros chillidos son tan roncos que la voz de Blake apareció tras ella con un tono importante de preocupación.
—No pienso moverme de aquí hasta que me digas qué está pasando.
Sofía sin parar de llorar mueve el móvil hacia el suelo.
—¡Apunta a mi hermano! ¡Blake! ¡Estoy aquí! ¡Soy!
La cabellera morena apareció por un rabillo de la pantalla.
—¡Te felicito! ¡Es la mejor de las noticias!
—¿Te alegras de verdad?
—Hermanito, no puedo estar más feliz.
—¿Y tú te has arrepentido de la decisión de casarte conmigo? —La mirada negro cobalto se concentra en su novia.
—Te amo más que a nadie.
—Entonces ¿por qué lloran tanto?
Ambas nos miramos y comenzamos a reír como histéricas mientras nos secamos el rostro.
—¿Habéis puesto fecha?
—Yo digo que dentro de seis meses como mínimo.

—Y yo digo que un mes como máximo. He esperado demasiados años en tenerla. No pienso dejarla escapar.
—En cuánto lleguemos a un acuerdo te lo confirmo.
Sofía es la novia más radiante del universo. Su sonrisa nunca fue tan clara. Estoy a punto de ponerme a llorar otra vez.
—¡Atontado! ¡La has conseguido! ¡Te vas a casar!
Blake lanza una carcajada estupenda.
—Eso parece —dice aferrándose a su chica.
—¿La boda será en Madrid? Qué tonta. Claro que en Madrid. ¿Y las invitaciones? ¿Y el salón? ¿Y el vestido? ¡El vestido! ¡Sofía! Tenemos que escoger el vestido.
Mis gritos histéricos se suceden sin parar.
—¿Tenemos? —Blake habla, pero no le hacemos caso.
—Con respecto a eso quería hacerte una pregunta.
—Tú tranquila. Conozco unos diseñadores estupendos. Serás la novia más hermosa de toda España. Aunque yo me lanzaría de cabeza por uno de los diseños de Laura. ¿Has visto los modelos de la campaña? Son maravillosos. Tiene unas ideas creativas que valen oro.
La sonrisa nerviosa de Sofía se esconde tras la emoción de su rostro.
—Sí, lo sé. Yo también lo creo. Pero verás…
—Te escucho.
—Yo había pensado, que dado que ni Blake ni yo tenemos padres, y dado que tú eres su única familia, y que pronto serás la hermana que nunca tuve...
—¿Sí?
—Yo me preguntaba si…
—¿Sí?
—¿Te gustaría ser nuestra madrina de bodas?
—¿Que si quiero ser la madrina de tu boda y la de mi hermano? ¡Sí! ¡Sí que quiero!
Blake tras ella, mueve los labios dándome las gracias en silencio. Pestañeo respondiendo con un te quiero con la misma sonoridad. Ambos crecimos en las lágrimas de la pérdida, ya era hora que nuestros mensajes al fin volcasen un poco de esperanzas.
—Regresamos a Madrid en dos días. ¿Podrías pedirle a Paul que nos recoja en el aeropuerto?
—Puedo ir yo —contesto sin mirar a Blake.
—No, no puedes. Necesito que Paul alquile una furgoneta. Y grande. Aquí mi querida prometida ha decidido llevarse medio Baltimore.
—Eso no es verdad. Son solo unos pocos recuerdos para las chicas y una sorpresa para Anthony —los carrillos se le sonrojan al golpearle el hombro.
—Alquilaré un coche grande. Yo puedo hacerlo.
Mi exceso de ímpetu alerta a Blake. Sus ojos negros de cuervo se acercan a la pantalla. A veces me pregunto cómo podemos ser tan diferentes y ser hermanos de sangre.
—¿Qué pasa?
Y aquí estamos. Estas son las consecuencias de tener un hermano padre. Su olfato es un escáner de radiación súper poderosa. Pero, lo que él no ha descubierto, es el inmenso poder retráctil de mi tupida melena sobre el rostro.
—No necesito a nadie para alquilar una furgoneta y llevarla bien. Conducirla no puede ser muy diferente a un coche.
—Poder, sí que puedes. Ahora lo de hacerlo bien…
—¡Blake! No le hagas caso. Lo harás perfectamente.

—Perfectamente… —la burla se adueña de su negra mirada —. Está bien, tú rellena los papeles. Yo intentaré descansar en el avión y estar despejado para conducirla. Me gustaría estar vivo el día de mi boda. ¡Ay! ¡Ay!
Los puñetazos de Sofía en su hombro son continuados, y aunque sus carcajadas dicen que no le hace ni el menor de los daños, me siento conforme. Ya me gustaría ser yo la que se encontrara al otro lado. Mis golpes serían bastante menos cariñosos que los de su novia.
—Me parece una idea fantástica que vengas al aeropuerto. Tenemos que hablar de miles de cosas.
Blake se deja caer en el colchón con quejas sobre el poco tiempo que le dedicará a él en cuanto se encuentren en Madrid. Sofía acaricia su rostro y yo me despido antes de que comiencen las caricias con tres rombos de prohibidos. Existen momentos en los que una hermana sobra. Presiono el botón mientras pienso.
La felicidad del amor es tan profunda como temporal. Los momentos se viven y se pierden de forma tan repentina que no estoy segura de si el amor perdura en el tiempo o el tiempo lo derrota. Blake amó durante años a Sofía. Aún cuando no la tenía. Yo tuve a Paul un segundo, que pareciendo abrir la eternidad de una vida, murió antes de nacer. El amor no abre las puertas de la felicidad. Lo hace el tiempo al convertirlo en eterno.

Seguir

Las tres nos sentamos en los amplios sillones. Estamos masacradas. Alzamos los pies esperando que el poder de la mesilla nos ayude a deshinchar los tobillos. Laura como anfitriona, y con un poder sobrenatural, nos acercó un par de bebidas y unos cuantos vasos antes de lanzar sus zapatos al aire. Sus dedos redondeados apuntan hacia el cielo.

—No pienso casarme nunca.

Karina, con la misma fuerza de voluntad que su carácter, consiguió enderezarse y cargar los vasos hasta arriba de Coca-Cola Zero. Las cuatro hemos comenzado una dieta estricta. No la necesitamos, pero no pensamos ni por un momento dejar sola a Laura en su lucha por lucir un vestido de una talla menor.

—Para eso primero necesitas pescar un novio. Cosa que lejos de ser ingrata, me alegro de que no tengas. Mis pies necesitan un mes de recuperación entre boda y boda.

Todas nos reímos con ganas, pero sin bajar los pies de la mesilla.

Laura se inclina hacia atrás antes de morder un trozo de zanahoria que extrajo del bolsillo para ataques de hambre urgentes. Lleva toda la semana prometiendo que el día de la boda tendrá una talla cuarenta. No importa las veces que le expliquemos que eso de las etiquetas es una soberana mentira, ella insiste en que esa noche encontrará al amor de su vida.

—¿Qué nos queda?

—Después de la imprenta —contesto a mi futura cuñada—sigue la mantelería.

Contesto sin mirar la lista. La he mirado tantas veces que la sé de memoria.

—De eso nada. Esta tarde comenzamos con las telas. Dependiendo de la que escojas el diseño puede variar.

Sofía camina descalza hacia la habitación de Laura para regresar empujando por el suelo dos bolsas cargadas hasta arriba.

—¡Cuidado!

Gritamos al verla trastabillar contra la alfombra.

—Si te rompes el tobillo habrá que cancelar la boda, y yo, otra vez, no peleo con el imbécil del salón. Mira que pedir que nos casemos otro día. A ver quien tiene el valor de decírselo a nuestro novio.

Karina niega recordando al gordo sudoroso mientras las demás mordemos los mofletes para no escupir una carcajada.

—¿Qué pasa?

—¿Nuestro novio? —Pregunto con la cara roja de tanto aguantar.

Las tres escupimos la risa atorada y Karina termina por contagiarse. Desde que supo que su mejor amiga se casaba, no ha dejado de decir nuestro en todo. Nuestro salón, nuestras invitaciones, nuestra fecha. Esa misma tarde, después de degustar ocho tipos de tartas distintas, Karina le chilló al dueño de la sala diciendo que a nuestra boda no la cancelaba ni Dios. Al escucharla el pobre hombre se santiguó pensando que éramos un grupo de mujeres desviadas copulando con el mismo hombre. Al intentar explicarme y decir que el novio era mi hermano, su mano buscó una cruz de plata que llevaba en el cuello. Desistí de más explicaciones, su cara atormentada era demasiado divertida.

Sofía giró las bolsas y las telas cayeron sobre la alfombra como serpentina en Nochevieja.

Yo bostezo mientras Laura se rasca los ojos antes de arrodillarse a su lado.

—Si al menos contáramos con algo más de tiempo… —Bostezo por quinta vez seguida cuando consigo darme cuenta de que Laura y Karina se encuentran ahorcando al tul bordado.

—¿No tenemos tiempo? —Karina no deja de mirar a Sofía.
—Claro que no lo tenemos —respondo segura.
—Sí que lo tenemos…
Sofía me desmiente.
—Estoy loca o entendí mal la fecha.
—Sí —dice mirándome—. Y no —dice mirando a las chicas.
Las observo intentando aclararme. A veces se les olvida que, aunque aprendí español desde pequeña, y que Blake lo practicaba conmigo porque según él lo necesitaría para encontrar a su Love, a veces me pierdo entre tanta palabrería.
—No estoy embarazada.
—¿Embarazada? Por supuesto que no lo está. Si lo estuviera yo lo sabría —las chicas niegan con la cabeza—. Por supuesto que sí. ¡Soy la tía! Además, esto no es el medioevo donde uno tiene que casarse estando embarazada. No estamos embarazados.
—¿No estamos embarazados? —Karina vuelve a preguntar. Esta vez solo me mira a mí.
—No.
—¿Estamos?
Esta vez las tres ríen y soy yo la que debo sumarme a la broma.
—Blake dice que lleva toda la vida esperándome y no piensa perder más tiempo.
—Es tan tierno...
—Es tan divino…
—Lo amo tanto…
—Es tan atontado.
Continuamos con las carcajadas hasta que al fin conseguimos centrarnos en las telas.
Los flecos de flamenca asoman y Laura me frunce la nariz. Tiene razón, no pegan con el diseño, aún así, son preciosos.
—¿Y Paul?
—¿Cómo?
—Pregunto por Paul. ¿Cómo va el plan de zorrona?
Karina pregunta mientras me quita el retazo de flecos para ponerlo en la fila de descartados.
—No les he dicho nada. Esperaba que tú se lo contaras —los ojos de Sofía se clavan en mi nariz.
—Eh, sí, bien, hice lo que me dijeron. Me convertí en zorra.
—Parecer zorra. Parecer… —Karina aclara alargando las letras—. Solo parecerlo.
—Eso ya no importa. A Paul no le intereso.
—¿Te lo dijo con esas palabras?
—Lo dijo y lo demostró. La otra noche me acompañó a casa y me besó.
—¿Te acompañó a casa?
—¡¿Te besó?!
Las cuatro sentadas en el suelo parecemos un grupo de indios cheroquis analizando el destino de la tribu. Lástima que, para mí, ya no exista destino que estudiar. Mi sendero con Paul se ha terminado.
—Dijo que yo era un error y que me olvidara de él.
—¿Dijo que tú eras un error? —Laura está confundida.
—Es un estúpido. Tú no eres ningún error —Karina presiona los puños. Su energía me causa diversión. El ímpetu de las mujeres latinas es admirable.
Las tres hablan a la vez intentando ensalzar mis puntos fuertes y disimular mis imperfecciones. Escucho sin prestar demasiada atención.

Agradezco sus buenas intenciones, pero también acepto que mi destino con Paul no existe. Llevo toda la semana sufriendo en silencio mi propio auto convencimiento. No tiene sentido continuar con la ilusión absurda.
Me besó como a una desconocida en una discoteca. Quería demostrarme que soy una inexperta a la que se la puede manipular.
Una alarma del móvil de Sofía suena haciéndonos callar.
—¡La cita con Rosi!
—¿Quién es Rosi?
—Nuestra estilista.
Sofía empuja mis manos y me arroja los zapatos a la cara.
—Rápido, tengo una idea.
Me encara con esa mirada ocurrente que todas conocemos y que muchas veces nos hace temblar a todos.
—¡No! Sea lo que sea, digo que no.
—Eso ya lo veremos…
—No pienso ser tu madrina. Me desapareceré del país. Obligaré a mi hermano que te abandone en una gasolinera.
Ajena a mis amenazas empuja mi espalda mientras las otras comienzan a asentir con la cabeza. Parece que han adivinado su macabro plan.
—Me niego… —chillo antes de ser introducida en un ascensor al que bloquearon la puerta para que no pudiera escapar.

—¿Cortar? No quiero cortarme el cabello.
Observo a través del espejo a las chicas que aplauden entusiasmadas. Todavía no comprendo cómo he llegado a encontrarme en esta situación.
Ni bien llegamos a traspasar el umbral de la peluquería, lo que tenía que ser una prueba de peinado para la futura novia, terminó siendo un asesoramiento sentimental hacia mi persona.
—Solo voy a darle forma. Tienes una melena preciosa, pero sin vida. Quiero que estés avasallante. Nena, eres un bombón al que no le has sacado provecho. La campana de enloquecer a los hombres ha sonado. —Rosi, alzando mi cabellera por todo lo alto, habla guiándome un ojo hacia el espejo.
—¿Y la campana dice que tengo que cortarme el pelo?
Rosi suelta mis cabellos que se desparraman entre mi espalda y el respaldo.
De las pocas cosas que tengo, y que creo que valen la pena, son mis ojos y mis cabellos. Menos mal que es peluquera y no óptica.
—Cariño, no pienso hacer nada que tú no quieras —dice sentándose a mi lado—esta es tu decisión. Mi consejo es que si cortamos un poco el largo y desmechamos al estilo salvaje los laterales, conseguiremos que esa carita de niña preciosa se convierta en gata poderosa y dominante. Ese Paul ya no importa, eres tú la que se encuentra delante de este espejo. Quiero que salgas de aquí pisando con paso firme. Yo no voy a volverte preciosa, tú ya eres preciosa. Solo resaltaré lo que tu timidez ha escondido.
—Además, que coña, ¡el pelo crece! —El chillido de Karina se enrosca en sus labios expectantes.
La curiosidad de una señora con la cabeza cubierta en un cono de papel plata se centra en mí.
—No se trata del cabello, esto va de romper con lo que te detiene. Es el momento de demostrar que no eres una chiquilla solitaria al amparo de su hermano. Eres fuerte, inteligente, divertida…

y qué demonios, ¡vas a quedar preciosa! —Sofía sonríe al espejo.
Alzo la vista para ver a las chicas que mueven la cabeza de arriba a abajo. La sonrisa entusiasmada de la señora de al lado se amplía.
—¿Usted qué dice? ¿Les hago caso?
—Dulce, las manos de Rosi son mágicas. Si ella dice que te quedará bien, yo no lo dudaría.
—Entonces está decidido. Rosi…
—¿Sí querida?
—¡Corta!
Las chicas aplauden y yo cierro los ojos. Sofía tiene razón, esto va de mí y del pasado que dejaré en el suelo de esta peluquería. A Paul lo amo desde siempre, a mí, estoy comenzando a hacerlo.

—¿Has visto cómo te miraba?
—No exageres.
Sofía lanza las llaves en una especie de platillo pintado a mano mientras camina de espaldas para no quitarme los ojos de encima.
—De eso nada. Se quedó loco.
—¿Quién se quedó loco? Y principalmente, ¿con quién de las dos?
Las manos de Blake la envuelven por la espalda. Ella se gira sobre sus pasos antes de besarlo en la mejilla.
—A ella. ¡Mírala!
Mi hermano estiró el cuello para fijar sus negras pupilas en mí, aunque, sin soltar la cintura de su chica.
—¡Wow! Menudo cambio.
—¿Te gusta?
Peino el lateral de mi melena sin darme cuenta de que se me escapa entre los dedos. Aún no me acostumbro. Los cabellos que caían lisos hasta la cintura ahora se mueven con baile propio. La cortina recta ha pasado a ser una melena danzarina. Revuelta e indomable.
—Mucho. Estás fantástica. Entonces ¿el chico que quedó loco era?
Su mirada fiera se centró en su chica. Es tan lindo verlo así de enamorado que me pregunto si alguna vez tendré la misma suerte.
—Uno que nos dejó pasar en el portal. Desde que salimos de la peluquería volvió loco a todos los chicos que nos cruzamos.
—Eso es mentira —digo llevando el paquete de pollo asado hacia a la cocina —. No fueron todos los chicos. Solo un par.
Mi sonrisa confiada me sorprende hasta a mi misma.
Dejo los alimentos y me giro dispuesta a continuar con la broma cuando el torso duro chocó con mis pupilas.
—No sabía que estabas aquí.
Hablo al torso. Mi valor no alcanza la altura de su mirada. Desde el penoso beso rechazado no he vuelto a verle. El sufrimiento que creí estar superando me hace frente. Enérgico, y con armas en los dientes, el dolor me enfrenta para decirme que soy la chica que ha perdido y que carga con el corazón roto en las manos. Aunque lleve un corte de loba indomable.
—Fuimos a la embajada por los permisos.
Lo rodeo sin mirar. Necesito salir de la cocina. No estoy preparada para una conversación como dos conocidos a los que nada les ha pasado.
Las piernas me tiemblan. Las manos se me congelan. Las lágrimas amenazan con aparecer.

Sofía se acerca rápidamente a mi lado comentando nuestros cientos de experiencias del día, y sujetándome del brazo, para llevarme al cuarto con una excusa tonta sobre el vestido de novia. Con una sonrisa en los labios cerró la puerta.
—¿Estás bien? No sabía que estaba en casa. Lo siento —resopla al caer de culo en la cama.
—Esto tenía que pasar. Era cuestión de tiempo.
—¿Desde la noche del beso no le habías visto?
—No. Me cambié de despacho. Soy una cobarde. Lo sé.
—De eso nada, hiciste exactamente lo que haríamos todas. El problema es que…
Sofía se mira los pies que balancea de arriba a abajo.
—¿Es?
—Blake quiere que sea el padrino de nuestra boda. No pude hacer nada para impedirlo.
—¿Se lo has contado? Mi hermano sabe que Paul me ha… ya sabes.
—¿Del beso? No. Ni muerta abro la boca —su mano se acerca a la mía para envolverla —. Somos amigas y seremos hermanas, jamás traicionaría nuestra unión. Son nuestros secretos. Por no decir, que si Blake lo supiera, le rompería todos los huesos de la cara.
—De eso nada. Es su mejor amigo.
—Y tú eres su queridísima hermana. Además de… ¿no te parece que a veces actúan algo distantes?
—¿Blake y Paul? Que va, son íntimos, ambos siempre se han tapado las…
—¿Conquistas? No te calles. Tuve el desagrado de conocer algunas en Baltimore.
—¿Qué pasó?
—Déjalo. Prefiero no recordar.
La puerta sonó con unos golpes fuertes de nudillos sin permitir que defendiera al atontado de mi hermano.
Antes de Sofía Blake era un idiota que se acostaba con las mujeres como si se tratasen de mercancía. Las muchachas llamaban y se plantaban llorando en la puerta de mi casa esperando conquistarlo a base de lágrimas o escote. Él solo las ignoraba.
—¡Aquí los chicos desfallecemos de hambre!
—¡Ahora vamos! —Chillo a la puerta cerrada.
—Si no quieres verlo puedo inventarme una excusa y ayudarte a escapar.
—No será necesario. Tengo que acostumbrarme a su presencia.
Sofía abrió la puerta y salió rumbo a la cocina. Aprovecho la soledad para sujetar por el codo a Blake y hablarle al oído.
—¿Qué pasó en Baltimore con Sofía y tus ligues?
—¿Te ha dicho algo? —Parece preocupado.
—Como se te ocurra engañarla te mato.
—¿Qué dices? No seas tonta. Yo jamás lo haría.
Su seguridad me relaja. Mi corazón es una cacerola demasiado abollada como para más caídas.
—Entonces ¿qué pasó?
—Puede que se encontrase con alguna que otra despechada. Nada importante.
Paul se sienta sin quitarme la vista de encima.
Yo no tengo fuerzas para sus juegos.
Voy a la cocina y ayudo a desmembrar el pollo. Es mejor descargar tensiones en un ser muerto y no en uno al que masticaría entre bocados intercalados de odio y amor.

Atragantada

Los dedos de Blake no dejan de acariciar el anillo de compromiso en la mano de Sofía. No soy capaz de llevar la cuenta de la cantidad de veces que ha dejado de pinchar el pollo para no saltarla.

Lo conozco demasiado bien. Mi comentario lo ha dejado nervioso. Debí saber que lo alteraría. En mi favor puedo decir que llevo un ataque de tortícolis que comienza a escurrírseme por el brazo.

Paul está a mi lado. El calor de su cuerpo es una presencia tan cercana que me altera los nervios. Mastico y sonrío con la cabeza siempre al frente y en dirección a mi futura cuñada. Al parecer mis nervios han resultado ser extrañamente contagiosos. Es la única explicación que tengo para comprender la verborrea interminable que larga por la boca. En otras ocasiones, he podido comprobar como los nervios la obligan a hablar sin comas, pero, lo de esta noche, viaja más allá de los límites de cualquier poder de oratoria.

—Claro está, que todo eso fue antes que entrara a la tienda de novias. La dueña se quedó loca con ella.

—Fue amable, solo eso.

—¡Te pidió que seas modelo!

—Estaba bromeando.

—De eso nada. Me dio el catálogo e ignoró completamente que yo era la novia. No quitaba los ojos de Mariam. Dijo que era preciosa.

—Viene de familia —ante la cara de desconcierto de ambas Blake se vio obligado a completar —. La guapura. Los Blakmoon somos bellezas naturales.

La broma no sacó ni una sonrisa de su novia. Ella, muy por el contrario, y después de mucho tiempo de no detenerse ni para respirar, encontró el silencio.

—¿Entonces te harás modelo?

—No lo creo. Tu novia es una exagerada.

Mencionarla hace que levante la barbilla y me mire. Su sonrisa parece feliz.

—Y qué me dices del hijo de Garrigas y asociados.

—¿El abogado? —Paul pregunta interesado.

Mi cuello sigue tieso mirando al frente a una futura cuñada que nunca llegará a serlo porque pienso asesinarla antes que llegue el día de su boda.

—El mismo —contesta entusiasmada —. Saliendo de la peluquería nos chocamos de forma casual. Al parecer iba a ver a un cliente. Cuando le presenté a Mariam se quedó impresionado.

—Mi nuevo corte de pelo —digo sofocando los calores que Sofía ha conseguido instalarme de forma vergonzante en el rostro.

—Estás preciosa. Aunque ya lo eras desde antes. Donde hay material es fácil hacer milagros.

Paul mastica sin emitir opinión. Su silencio es tan profundo que si no fuera por el ruido de la garganta al tragar juraría que no se encuentra en esta cena.

—Entonces pronto tendré un cuñado mete pleitos con el que discutir.

—Por el momento irán a almorzar.

—¿Aceptaste? —La voz grave y de tono bajo de Paul son de ultratumba.

—Por supuesto que aceptó. El abogado está para invitarlo a un almuerzo con cena y postre incluido —. Los ojos de Blake desprenden tormenta —. Lo digo por Mariam. Yo apenas lo miré.

Aprovecho la furia superficial de mi hermano para llevar los platos a la cocina.

—Gracias —digo aceptando los cubiertos sin mirarle. No lo he hecho en toda la noche. No creo

tener el valor para encontrarme con su mirada y no suplicarle que por favor me quiera.
—Estás muy guapa. Ese corte te queda fantástico.
—A Sofía le gusta exagerar.
—No lo hace. Estás preciosa.
Acomodo los tenedores en la cesta para no aceptar la cruda realidad de tener que enderezarme y enfrentarlo a la cara.
—Me han dicho que serás el padrino.
Cobrando valor me pongo recta y cierro la puerta de la máquina.
—No nos hemos visto desde…
—Yo seré la madrina —contesto a toda velocidad.
—Me has estado evitando.
El valor es la confianza en uno mismo. Se trata de la inmensa capacidad de saber que no importa lo tan idiota que hayas sido, siempre deberás tirar hacia adelante como si no existiera un mañana.
—No te evito, solo me concentro en no repetir equivocaciones. Dejaste muy claro que soy un error.
—Yo no he dicho eso —su voz grave resuena en la pequeña cocina.
—Por favor, baja la voz, no tenemos por qué airear nuestro… error —digo mientras lo sujeto del codo para alejarle de la puerta —. No es necesario que mi hermano se entere.
—Él sabe que tú… quiero decir que antes… que tu siempre…
—¿Estaba loca por ti?
—Mariam, yo no dije que eras un error.
—Oh, sí. Y muy claro.
—No fue lo que quise decir.
—¿No? ¿Y qué querías decir exactamente? Uy sí, espera. Ya lo sé: Que te recuerdo a tu hermana pequeña y por eso me querías dar una lección metiéndome la lengua hasta la garganta.
—No tengo hermanas.
Me ofusco al pensar la cantidad de cosas que no sé de él. Lo amo con un sentimiento que nace de más allá del corazón, sin embargo, lo conozco tanto como a una conquista de una noche.
—No me gustaría perderte.
Leí muchos libros de romance. Son las palabras previas antes de reconocer que te quiere como a un amigo.
—Tú eres maravillosa y…
—Por favor, ahórrate las palabras. Conozco el discurso. Me quieres, te quiero y seremos buenos amigos. Lo de la otra noche fue una estupidez que no se repetirá.
—¡Traed el postre! —Los gritos de Blake nos alcanzan.
—Ayúdame con las cucharillas.
—Tú no comprendes. No se trata de mí.
—No, por supuesto que no. Se trata de ti, de mi hermano y de la abuela coja. Ahora que está todo aclarado, por favor, ayúdame con los platos.
Voy hacia el congelador con el cuerpo tan frío como el helado de fresa y chocolate. De mis peores pesadillas esta es la más real. Paul explicando que me quiere como una hermana, ¿qué viene después? ¿seguimos siendo amigos? ¿eres maravillosa pero no estoy hecho para el compromiso?
Tengo tanta furia que me desarma los huesos. Me golpearía la cabeza si con ello consiguiera expulsarlo por las orejas. Quizá así sería la única forma de que mi cerebro se pusiese a razonar y no siguiera queriéndole con el corazón ahogado.

—¿Todo bien? —La voz de Sofía es un murmullo casi imperceptible. Sujeto su mano para arrastrarla al cuarto.
—Tengo que dejar de verlo. No puedo seguir así. ¿Me ayudarás?
Me aferro a su cuerpo buscando en los sentimientos de orfandad que nos unen un ancla en el que poder aferrarme.
Sus brazos finos me envuelven con la fuerza de las mujeres fuertes.
El cuerpo se me desmorona derrotado.
Años enamorada de un imposible. Horas escuchando música sentimental en la que él era mi protagonista romántico. Meses y meses estudiando las palabras exactas con las que llamar su atención. Compras de ropa imaginando su impacto al verme. Todo por nada. Él nunca me quiso.
Las lágrimas silenciosas resuenan en mi corazón lastimado.
—Estaré a tu lado.
Estiro los brazos para enfrentarme a su cara. Sus ojos almendrados se iluminan con el brillo de su propia emoción.
—Eres la mejor hermana que el tonto de Blake me hubiera podido dar.
La carcajada se le atraganta en la emoción de la garganta.
—No estamos solas… —recuerdo con ternura el eslogan de su programa de radio.
—¡Nunca!
Ambas sonreímos con el salitre de la confesión marcando nuestras mejillas.
—¿Todo bien?
Blake entra a la habitación con paso lento. Nos secamos el rostro con rapidez.
—Es la emoción de la boda.
Las dudas de Blake se disipan tras una sonrisa de lado. Su felicidad es imposible de describir. La luz que irradia su negra mirada es superior a las estrellas de San Lorenzo —. Estoy muy feliz por ti. Por vosotros —digo sin poder contener el torrente de lágrimas.
Él abre sus brazos y me lanzo a su encuentro.
—Te quiero —su voz ronca choca con mis cabellos recortados.
—Yo también… —al hablar alzo la mirada para ver por encima de sus hombros la figura de Paul —te quiero.
Termino de decir sabiendo que mi declaración no es solo hacia mi hermano.

No por favor

Las risas de Raúl consiguen contagiar a los muertos. Y teniendo en cuenta que llevo días sintiéndome un caminante de ultratumba, agradezco su compañía. Sus conversaciones son un bálsamo refrescante para mi corazón agónico.
—¿Cuándo vendrás? Madrid no es la misma sin ti.
Pregunto con el cuello torcido intentando que el teléfono no se me caiga al abrir la puerta del despacho.
La contestación se pierde en mi oído al advertir que el despacho se encuentra con exceso de visitas. Y una de ellas, no es deseada.
—Raúl, tengo que colgar. Sí, por supuesto, avísame y almorzamos juntos.
Apoyo el móvil en el escritorio antes de dar dos vueltas a la cuerda del bolso en el perchero. Si no fuese porque me siento terriblemente incómoda podría decirse que las correas simbolizan mi cuello y las ganas que tengo de ahorcarme.
Paul no debería estar aquí. Este es mi refugio laboral y centro neurálgico de su olvido.
Me giro para encontrar en primera posición el cuerpo de Sofía que me pide disculpas al darme un abrazo y dos sonoros besos.
—¿Raúl? Ese con el que hablabas es ¿el Raúl de Barcelona? —Blake pregunta observando el IPhone apoyado en mi escritorio.
—Siempre que viene a Madrid la llama. Son íntimos.
El tono con que Paul acaba de insinuar mi relación con Raúl me molesta. Él no es nadie para meterse en mi vida.
—Pensé que salías con el abogado.
—Con ese almorzó un par de veces. Tres si contamos el almuerzo de hoy. Últimamente es una mujer de lo más solicitada.
Paul y su exceso de información consiguen ponerme furiosa.
—Y con la cena de esta noche serán cuatro. Ahora, si ya no tienes más preguntas sobre mis relaciones amorosas, me gustaría trabajar.
La contestación ha dejado a Paul con cara de perro rabioso. Lo siento por él. No le importa en lo más mínimo con quien entro o salgo. Soy una chica libre. ¡Libre!
—Haz el favor de sentarte, tenemos que hablar.
Blake se pone tan serio que mis sentidos se enfocan en Sofía. Ella no parece más tranquila. Me quedo de pie.
—¿Qué pasa? ¿La boda? ¿Vosotros dos?
El corazón se me escapa por el escote de la camisa.
Pensar en su ruptura me desequilibra.
Ellos son la concreción real del amor. Blake y Sofía son la ilusión de las que lloramos en soledad esperando tener, algún día, algo como ellos.
—No es por nosotros —. Mi futura cuñada se acerca y respiro aliviada. Las solteronas aún tenemos una oportunidad.
—Necesito que te hagas cargo de un proyecto para uno de mis clientes.
Ahora sí que me siento. Esta tontería casi consigue que el paro cardíaco me llegue sin aviso.
—Raúl lleva a uno de tus clientes. Ambos estamos trabajando en una campaña en conjunto. No es algo nuevo para mí. Además, cuando Sofía regrese, entre las dos podremos…
—Esto es algo muy diferente. Deberás encargarte tú —Blake arrastra el cabello con los dedos como siempre cuando está nervioso—. Sofía está demasiado atareada como para ayudarte.

—Si es mucho para ella podemos cancelar la boda.
—¡No! —La contestación tajante del novio cortó el aire de la sala.
—No lo digo para siempre. Sería solo hasta que se resuelvan los problemas —Sofía se acerca y le acaricia el rostro. Él se encuentra sentado mientras niega una y otra vez.
—Hemos esperado demasiado. No quiero que vuelvan a separarnos. Mariam —dice clavando sus pupilas negras en mi nariz —tú puedes hacerlo. Sé que puedes.
No es común ver a Blake tan preocupado. Él es el poste donde yo siempre me he apoyado. Él jamás duda. Desde pequeña siempre ha sido yo la que ha corrido a sus brazos suplicando auxilio. Cuando niña, si me caía, no paraba de chillar hasta que Blake llegaba para decirme que todo saldría bien.
—¿Qué está pasando?
Ante su silencio Sofía toma el bastión de la palabra.
—Tú tío Simon ha conseguido librarse de la cárcel.
—No sabía nada. Pero ¿qué tiene que ver él en todo esto? Es un socio minoritario, él no puede perjudicarnos.
—Él ya lo hizo. Ha extorsionado a un fabricante de chips y ha robado el mejor cliente de la empresa de drones de Blake. Sin ese cliente su empresa no durará más de un mes.
—Eso no puede ser. Es tu proyecto —. Digo casi sin voz al pensar lo importante que es para mi hermano su empresa de drones.
La comenzó desde cero. Sin ayuda ni herencias. Todo es fruto de su trabajo. Cuando Sofía aceptó el testamento de mi madre y se hizo accionista, él nos cedió el total de su parte. Deseaba demostrar que era capaz de construir su propio mundo. Y lo consiguió. Su proyecto de drones es todo un éxito. No puedo imaginar lo que debió hacer el egoísta de nuestro tío para ponerlo en semejante situación de desespero.
—¿Quién es el cliente con el que debo tratar?
—La oficina de inteligencia americana.
—¡¿Qué?!
—Ellos llevan un tiempo vendiéndome drones usados.
—¿Usados?
—Es un mercado muy interesante. Llevo años cediendo productos defectuosos a una empresa china que se encarga de adaptarlos y entregarlos para ser usados por distintos gobiernos. Hasta ahora eran pequeñas unidades, pero ahora desean incrementar las peticiones de uno a cien. Eso salvaría mis pérdidas.
—Wow
—Sí —dice poniéndose en pie—pero su condición es que esa oferta se firme de forma urgente.
—¿Y qué tendría que hacer? Yo no sé nada de drones. No estoy preparada —ahora soy yo la que camino tironeándose los cabellos.
—Ellos te darán unos registros. Deberán estudiarlos y organizar una campaña de comunicación. Sería algo muy similar a lo que ya has realizado con otros clientes.
—No entiendo nada de tecnología —la voz desesperada me ahoga —. ¿Por qué no lo hace él? —Señalo a Paul que hasta el momento se encontraba en una esquina con los brazos cruzados —. Él sabe del negocio y ha sido tu mano derecha. Conoce de tecnología y es de confianza. Todo en un mismo paquete.
—Ellos desean tratar con una persona del equipo directivo.
—Yo tampoco… mierda.
Sofía aguanta la sonrisa. Ella fue la encargada de enseñarme las ciento y una definiciones que

posee esa palabra en español. En este caso significaría algo así como estoy jodida. Muy jodida.
—Cuando cumpliste la mayoría de edad firmamos los papeles, ¿lo recuerdas?
—Sí. Esos por si te caías de un avión o estupidez semejante.
—Pues ha llegado el momento de la estupidez semejante. Tienes que representarme.
El despacho empequeñece ante la necesidad de caminar buscando una solución. Llevo algo más de año aprendiendo. Esta Agencia es una herencia, no he llegado por méritos ni por estudios. Llevo meses trabajando junto a Sofía y las demás intentando absorber su conocimiento. Es imposible que reemplace a Blake en su propia empresa y de forma exitosa.
—No estoy capacitada.
—Confío en ti. En el último año has hecho un trabajo estupendo en la Agencia.
—Y el borrador del proyecto que llevas con Raúl para Barcelona es sumamente creativo. Cuando me los enviaste no pude corregir una coma —Sofía consiguió ponerme los carrillos colorados.
Me rasco la cabeza pensando. Blake jamás me ha pedido nunca nada. Es mi hermano y le daría mi vida si la necesitara. El mismo día de su cumpleaños me sacó de la tutela de nuestro horrible tío para hacerse cargo de mí y todas mis circunstancias. Llantos por amigas egoístas, compras de zapatos imprescindibles, salidas urgentes a las cuatro de la mañana por haber olvidado el bolso y no tener dinero para pagar un taxi… Si la palabra, hermano padre existiera, llevaría su rostro. —¿Qué sucederá si me equivoco? Tu empresa se derrumbaría por mi culpa.
—Ella no tiene que pasar por tanta presión. Suspenderemos la boda.
—¡No! —Esta vez soy yo la que chilla a Sofía.
—Cariño, no es justo. Este es un problema mío y de Blake. No podemos obligarte a soportar esta tensión.
—Nadie me obliga a nada. Lo haré porque quiero. Además, somos hermanos ¿no? —Presiono sus manos mientras elevo la vista para enfocarla en Blake —. Haré lo que me pidas. Me reuniré con esa gente y estudiaré sus propuestas. Conseguiré un contrato ventajoso. Te lo prometo.
—Estoy seguro de que lo harás.
—En cuanto se celebre la boda me pondré a trabajar contigo de forma urgente —. Blake habla apenado.
—Entonces está decidido, regreso a Baltimore. ¿Por que no dirás que debo ir a China? Si tengo que viajar tan lejos me será imposible ser la madrina de tu boda.
—Si no estás para ser mi madrina, no me caso.
—Si sigues diciendo que no te casas vas a conseguir que me suba por las paredes.
La pequeña novia estira los brazos para alcanzar el cuello de Blake y regalarle un beso sonoro en las mejillas.
—Os esperan en Baltimore.
—¿Os?
—Voy contigo.
El muerto viviente de Paul, y que hasta ese momento se encontraba en la distancia con la boca cerrada, caminó unos pasos para situarse junto a mi hermano.
—¡No! ¡De eso nada!
Blake frunce la frente y me apresuro a responder. Lo último que deseo, es que sepa que una noche me lancé a los brazos de Paul y que fui despedida como señorita de la limpieza luego de su jornada laboral.
—Quiero decir que, si esa gente va a darme la información al completo, no tendré problemas en arreglármelas solita. Además, solo serán unos días, no pienso perderme la boda.
Mi sonrisa nerviosa se mezcla con un movimiento de ojos que, intentando parecer graciosa, se

quedó en histérica desquiciada.
—Paul sabe exactamente lo que el gobierno quiere. Necesito que te acompañe. Me sentiré más seguro si él va contigo.
Sofía comprende mis nervios. Ella sabe el inmenso esfuerzo que he hecho para mantenerme lejos de Paul.
—Debemos suspender la boda —sus palabras son enérgicas—. Es mi última palabra.
Mi desconcierto se une al de mi hermano que blasfema en inglés por todo lo alto—. Blake, tú viajarás con Paul. Yo no pienso moverme de aquí. Cuando regreses te estaré esperando. Lo prometo.
—Cielo, si lo cancelamos tendré que quedarme en Baltimore y no podremos casarnos hasta el próximo año. Los compromisos me retendrán. Y no quiero.
—Es solo tiempo. Nos queremos, ¿qué importan los papeles? ¿ya no vivimos juntos?
—Una vez nos separaron y tardé años en encontrarte. No quiero volver a pasar por lo mismo. No podría soportarlo.
—Nadie va a separarnos.
Blake se mueve nervioso. Paul me sujeta por el codo para alejarme hacia una esquina mientras la pareja se lamenta por los planes truncados.
—Tu hermano la adora. Y le ha costado mucho conseguir que ella confíe en él.
—Es mi hermano —digo soltándome de su agarre—no necesito que me cuentes su vida.
—Entonces sabrás que, después de conseguir, entre otras cosas, que ella aceptase que lo suyo era amor y no agradecimiento, han tenido otros problemillas no menos importantes.
—¿Problemillas? ¿Qué clase de problemillas?
—Digamos que en Baltimore el pasado de tu hermano no terminó siendo muy agradable para ella. En este último viaje una de esas chicas por poco consigue separarlos.
—No lo sabía…
—Yo lo supe por casualidad. Blake era un manojo de nervios cuando me lo encontré en su casa. Después de analizar las pruebas conseguimos que Sofía comprendiese que todo era una gran mentira.
—¿Qué mentira? O me cuentas todo o juro que comienzo a chillar.
—Alguien le hizo llegar unas fotos de tu hermano en posición comprometida. Con varias mujeres. A la vez. Las fechas estaban trucadas. Querían que ella creyese que él la engañaba. Las imágenes, aunque eran de antes de conocerla, eran reales. Ahora Blake tiene miedo de que otras… Ya me entiendes.
—Menuda perra. Seguro fue Dana.
—No creo que estuviera en las fotos.
—Es cierto, a ella te la tiras tú.
Su mirada clara como el cielo veraniego brilla divertida, a la vez que mis puños pican por darle un puñetazo hasta que las pupilas se le tiñan de negra tormenta.
—¿Celosa?
—¿Quién? ¿yo? En absoluto. Eres libre para acostarte con todas las que quieras. De eso se trata la libertad. De poder ir a la cama con el que nos dé la real gana.
El rostro de Paul se transformó en gris nuboso y molesto.
—No estamos para hablar de mi libertad sino la de ellos. Sofía llegó a decirle que si él tenía esos gustos ella no podría dárselos. Ha estado muy cerca de perderla. Diles que viajarás conmigo y permite que sigan adelante con la boda. Serán solo unos días, luego conseguirás lo que llevas buscando todo este tiempo. Me desapareceré de tu vida. No volverás a verme.

Me paso la mano por la cara olvidando que llevo rímel. Seguro tengo el rostro tintado de negro difuminado.
—Yo no buscaba no volver a verte. Solamente necesitaba tiempo sin verte...
—Para olvidarme. Nunca imaginé que lo hicieras tan pronto.
Estoy que no me lo creo. Esto es demasiado hasta para mí.
Elevo la cabeza para ver la inseguridad penosa recorrer el cuerpo de mi hermano. No pienso permitirlo. No voy a abandonarlo.
—Aquí nadie va a suspender nada —hablo con el tono de voz tan alto que la pareja se separó—. Paul y yo viajaremos a Baltimore y conseguiré ese contrato.
—Pero… —Sofía no termina la frase.
—Tengo el vestido de madrina comprado. Y tú no me dejas sin nuestra boda.
Me sonrío recordando a las chicas.
—Gracias —. Las lágrimas de Sofía me conmueven.
Ella también merece mi sacrificio. Desde que la conocí no ha hecho otra cosa que ser mi leal y mejor amiga.
—¿Gracias? Qué dices. ¡Quiero un sobrino!
Los dos ríen relajados mientras Paul, con los brazos cruzados, apoya mi decisión. Los labios carnosos destacan en una mandíbula recta y marcada. Es el hombre más duro y atractivo que conozco y que jamás conoceré. Espero poder ayudar a las personas que más quiero sin perder el poco corazón que aún conservo vivo.

Paul

Eres más bonita que la más pura de las bellezas. ¡Cómo pude ser tan ingenuo! Tu rostro precioso no pellizca ni el principio de lo que reboza tu interior. Tus labios son un canto al deseo. Y yo los he probado…

Sonríes con la felicidad ajena. Resurges por encima de mi indiferencia. Esquivas mi presencia regalando a otros lo que debería ser mío. Enloqueces mis celos. Alteras mi cuerpo. Ahondas tus estrategias de conquista. Y todo ello, sin imaginar que ya te pertenezco.

—Esa gente no termina de gustarme —. Blake se acerca. El instinto no le falla.

—La cuidaré como si fuera mía. Nadie va a lastimarla.

Blake se siente conforme con la respuesta. Es exactamente lo que desea escuchar. No sospecha que desde hace mucho tiempo ya la siento como mía.

La noche del beso mi contención de piedra se transformó en brisa marina. Escucharla hablar de caricias en el sexo derrumbaron mi fortaleza estudiada. Imaginarla en otros brazos, con otro cuerpo sobre el suyo…

Me convertí en un hombre incapaz de seguir mintiendo. Cuando me fui apenas fui capaz de tomar aliento. Quería regresar y romper a patadas las barreras que nos separan. Pero las piernas no rompen compromisos.

El avión

—Si desean algo para beber.
—No gracias —observo a Paul que niega con recostado en posición de descanso. Los brazos cruzados y el cabello revuelto le hacen parecer un niño enfadado al que acaban de despertar de la siesta.
—Odio los aviones.
Desde que salimos de Madrid no ha dejado de repetirlo. Las primeras veces reí ingenua, ahora no tengo valor para repetirlo. Su mal humor empeora con cada movimiento del avión en el aire.
—¿Pasa algo? —Su mirada cielo refulge rayos y truenos.
—Nada. Absolutamente nada.
Me concentro en el libro que tengo en mi regazo. El protagonista es un buscador de tesoros enamorado de una directora de museo. Él se llama Reed y es incapaz de contener sus sentimientos. La adora, pero su pasado es demasiado complicado como para que ella permanezca a su lado. Sus deseos sexuales extraños no serían nada si no le hubiese mentido.
—Hombres…
—¿Qué dices?
Alzo la cabeza por encima de las páginas para ver como se acomoda en el asiento. Es tan guapo que podría mirarlo durante horas y aún así le descubriría maravillas nuevas.
—Hablaba con el libro.
—¿Y de qué hablaban?
—Yo… una historia complicada.
—Seguro es un romance. El amor suele ser complicado.
—¿Lo dices por experiencia?
El azafato se acerca con una bandeja de plátanos, manzanas y algunas fresas antes de que él conteste.
—¿Una fruta?
—No, gracias.
—Los melocotones están en su punto. Puedo dar fe de ello.
El chico sonríe con el atractivo de las buenas personas. Es tan agradable que me siento en la obligación de responder con la misma generosidad.
—Quizá más tarde.
—Te separaré algunas fresas —dice con un guiño de ojo—. Igual al novio le interesa una manzana jugosa.
La fuente se dirige hacia la nariz de Paul que lo observa como si el pobre chico fuese un terrorista.
—Él no es mi novio y no le gustan las… frutas.
Estiró la mano arrancando un puñado de la bandeja, y metiéndose en la boca, las tragó de un solo bocado.
—Al parecer ya no quedan para después —Paul sonríe con maldad —. Que pena.
—No te preocupes, tengo otras guardadas especialmente para ti.
El joven habló cerca de mi oído, pero lo suficientemente alto para que Paul lo escuchara.
—Yo… gracias. La verdad es que no tengo hambre.
—Regreso en un momento con una copa de champagne fresco. El mejor remedio para abrir el apetito.
—Que sean dos.

Paul habla con voz grave y profunda sin quitarle la mirada de encima.
—No me quedan copas de cristal, pero estoy seguro de que sabrá disfrutar de los vasos plásticos. Ahora mismo regreso.
El azafato se marchó alzando la bandeja tan alto como su barbilla.
—¿Por qué has hecho eso? Te acabas de comportar con los mismos modales de Pie Grande.
—Le gustas.
—Menuda tontería. Su trabajo consiste en ser agradable. Aunque algunos pasajeros no se lo merezcan.
—¿Qué insinúas? Quería comer algo fresco. Cosa que hubiese hecho de forma merecida si me lo hubiera ofrecido.
—Tú nunca comes fruta.
—Hoy quería.
—Habrá pensado que estabas dormido.
—Seguro que fue eso y no el hecho de creerme tu novio.
—Fue una pregunta irrelevante. La típica frase para rellenar huecos en blanco.
—¿Cómo fue la invitación del abogado? He escuchado que estaba impaciente por volver a verte. Otro que no le gustan los huecos en blanco.
—Eduardo fue muy generoso en ayudarnos con el vestido de Sofía. Él conoce muchos importadores de telas francesas. Laura parecía una niña pequeña entre los retazos.
—Pero la invitación a comer te la hizo a ti y no ha Sofía o a Laura.
—Porque soy la madrina y la que lleva el recuento de post- it—Paul echa la cabeza hacia atrás confundido —. Sigo instrucciones de la novia. Los marcados en amarillos son los retazos posibles, los rosas los definitivos y los azules los deseados.
Me sonrío al ver su rostro de espanto.
—Disfrutas como si fuera tu propia boda.
—Es gracioso, Raúl me dijo las mismas palabras. Estoy feliz porque es mi hermano y…
—¿Raúl? Pensé que hablábamos de Eduardo.
—Y lo hacemos.
—¿Raúl es otro relleno irrelevante?
—Raúl se ha convertido en un buen amigo. Es comprensivo y agradable —resoplo sin ganas de explicar mucho más.
—No como yo.
Agacho la cabeza hacia el libro. No quiero caer en el error de pensar que me quiere y está celoso.
—¿Te gusta?
—¿Quién?
—¿Raúl? O el otro. Cualquiera de ellos. Te he visto arreglarte para verlos. Y después está tu cambio de look sensual. ¿Lo haz hecho por ellos? —Dice señalando con la mano los mismos vaqueros de hace tres años y un jersey amplio que utilizo para los viajes largos—. Además de ese corte de cabello como mujer loba.
—Solo me desflecaron los lados —comienzo a dudar de mi misma.
—Te queda perfecto. Estás preciosa. Si no se han abalanzado sobre ti es porque todos ellos no son ciegos.
—¿Ellos?
—Raúl, el abogado, el azafato, todos ellos.
Me quedo en silencio sin saber si debo darle las gracias o pegarle un bofetón.
¿Está siendo amable o está celoso?

Lo último es imposible, él sabe perfectamente que estoy enamoradísima de sus huesos. Un chasquido de sus dedos y me tendría comiendo de sus besos.
—Ellos no te conocen tanto como yo. Ven que eres preciosa sin preocuparse por lo que llevas en tu interior.
—Eso ya lo dijiste una vez. Te repites en tus mentiras.
Sus pupilas se dilatan al mirarme. Estoy delante, pero no me ve. Soy una pantalla que refleja algo que lo lleva hacia algún lugar.
—Siempre te has sentido sola. Caíste en la frivolidad de la moda y del dinero, pero supiste salir muy rápido de esa tontería. Demostrabas una trivialidad que no te representaba. Eres dulce y entregas la vida por aquellos que te importan a pesar de los años en soledad. Posees la capacidad de encontrar en las personas ese corazón desconocido. Has aprendido a adaptarte a la dificultad del cambio. Eres independiente y tu belleza exterior no alcanza ni al diez por ciento de la que cargas en tu interior.
El azafato llegó con una copa de champagne espumante y un vaso rústico de plástico. Paul giró la cabeza hacia la ventanilla con una sonrisa molesta y negando con la cabeza.
El espacio tiempo se congela en mi cabeza. Las burbujas cosquillean en mi garganta repitiendo sus palabras.
No puedo pensar en mis sentimientos. Si lo hago podría caer en el error de pensar que tengo una posibilidad de enamorarlo.
—Lo siento —digo mirándolo con poco valor.
Él gira el cuello para enfrentarse a mis palabras. Ambos, con las cabezas apoyadas en un lado del asiento parecemos dos amantes compartiendo palabras de amor —. Lo siento —repito con sentimiento.
—¿Qué sientes?
Lo quiero demasiado como para ver como se aleja. Estos días sin tenerlo se convirtió en un tormento. Amar la desesperanza es mil veces mejor que amar al olvido.
—La otra noche no debí besarte.
—Mariam…
—Déjame que hable, por favor. En otro momento sin champagne de por medio no creo que pueda —bebo un sorbo largo y carraspeo antes de apoyar la copa en el respaldo —. Este tiempo has sido un buen amigo. Has estado siempre que te he necesitado. Soportaste mi presencia con valor como si no te disgustara.
—No me disgustas —. La mejilla apoyada en el tapizado ahueca su precioso rostro.
Nuestras respiraciones chocan. No me muevo. Puede que esta sea la primera y la última vez que nuestros labios se encuentren tan cerca. Mi corazón se ralentiza con la misma suavidad que mi comprensión.
—Yo buscaba ese beso. Siempre lo hice. Un pensamiento loco me hizo pensar que por un momento podía ser como esas chicas que conoces una noche de copas. Quise sentir —intento que la vergüenza no detenga mi sinceridad— como era entregarme a ti. Te puse en un compromiso. Lo siento.
Agacho la mirada. El valor me abandona.
Los dedos de Paul sujetan con firmeza mi barbilla provocando que nuestras miradas se enfrenten. Sus ojos azules son olas calmas descansando en una playa de arena molida. Los dedos sólidos viajan de mi barbilla al costado de mi mejilla bordeándola como un ciego reconociendo a la persona amada.
—Tú no me besaste. Fui yo el que lo hizo. Y esas chicas nunca me importaron.

Mi cabeza vuelve a caer con el recuerdo de haberlo visto más de una vez abrazado a esas morenas que tanto le gustan. Siempre son chicas de cabello oscuro y ojos negros. La antítesis de mi imagen.
—No soy tu tipo. Me ves como a una chiquilla sin experiencia y con poco atractivo. Y no te lo reprocho. Cuando pienso que me lancé a ti, la vergüenza me paraliza. No volveré a hacerlo. Prometo que olvidaré lo que siento y me concentraré en buscar a un chico que me quiera…
Sus labios carnosos presionan mi boca confundida. El corazón que hasta hace un momento latía sin ganas se acelera como reloj al que acaban de darle cuerda.
Mi rostro tenso se inclina ante la mano firme que lo sostiene. La lengua de Paul golpea suplicando entrar. El suspiro de su pecho es sonoro. El sabor de su boca me inunda unos segundos, hasta que mi cabeza desordenada se deje llevar por la deliciosa sensación de, sentirme una mariposa en el vuelo de sus caricias.
Nuestras lenguas se acarician con mayor voracidad. La boca de Paul se abre como si la amplitud no le fuese suficiente. Su beso es devorador. Una caricia dominante que me presiona contra el asiento bajo la palma de una mano que sujeta mi cuello por detrás. El sabor salado y dulce de su boca me inunda. El cuerpo se me tensa. Me estiro intentando conseguir ese algo que necesito. Un resoplido, y la mano que presionaba mi cuello, viaja a mis labios para separarnos.
Abro los ojos relamiendo su sabor en mis labios. Su frente se recuesta en la mía. Las palabras apenas se escuchan frente a la fuerza de sus latidos.
—No soy para ti.
—¿Entonces por qué me has besado?
—Tenía que hacerlo antes que dejases de quererme.
—Yo jamás voy a hacerlo.
—Lo harás. Y yo tendré que dejarte ir.

El resto del viaje se produjo en un hermetismo capaz de hacerme pensar que se trataba de un delirio previo a una catástrofe. Pero dado que el avión aterrizó en la mayor de las calmas, tres alternativas son las únicas probables.
La primera, estoy algo loca.
La segunda, estoy bastante loca.
La tercera, estoy rematadamente loca.
¿Qué explicación tendría tanta frialdad después de tanto ardor?
Paul camina a mi lado con el mismo rostro como cuando se tiene una piedra dentro del zapato. Lo dejo que se encargue de buscar un taxi. Prefiero mantenerme tres pasos por detrás. Sentada sobre mi maleta espero a que me haga señas. No deseo ser la destinataria de su mal carácter.
Él me ha besado. No he sido yo ni mis insinuaciones. De eso estoy segura. Incluso pude notar su disfrute. Seré virgen, pero no estúpida. Su mano temblaba al acariciarme. Su boca se descontroló sobre la mía con la pasión de un hombre contra una mujer. Nadie va a negarme la realidad de lo que sentí que sintió. O que sentimos con sentimiento. O yo que sentí al sentirlo. ¡O como se diga!
Abre la puerta del coche y permite que entre.
Me dejo caer en el asiento sin pronunciar palabra. Ha conseguido pegarme su mal humor. Miro a la ventanilla esquivando encontrar su rugido rabioso.
Me besa, se marcha. Me vuelve a besar. Se vuelve a alejar. Esto se está convirtiendo en una película de cine de cartelera. Vuelve y vuele...
—¿Si me dicen dónde los llevo? —El taxista espera paciente ante nuestro incómodo silencio.

Se gira confundido.
—¿Te quedarás en casa de Blake?
—También es mi casa.
Paul indica el camino al taxista antes de echarse hacia atrás y mirar por la ventanilla contraria. Este es nuestro final. No me queda otra solución que, ahogarme dentro de un bote de cinco kilos de helado de tres chocolates, antes de ponerme a llorar sin consuelo. ¡Pero no antes de llegar a casa! No pienso darle la victoria de verme destruida.
—El taxista puede dejarte antes. Tu casa queda de paso. No es necesario que hagas dos veces el mismo recorrido.
—No.
—Esta es mi ciudad y no necesito tu guía. Señor, por favor, doble en la segunda…
—Siga recto.
Lo miro y la exasperación alcanza al último de mis gestos mal simulados.
—¡Se puede saber qué te pasa! Intento ser amable y actuar como si nada hubiera pasado, pero no me lo pones nada fácil.
—Lo del avión… debes olvidarlo. Fue un error. Eres una chica guapa. Nada más.
¿Nada más? ¿Chica guapa? ¿Otro error? ¿Eso soy para él? ¿Un trozo de carne llamado chica guapa?
—Sí, fue un error. Y ahora señor, por favor, gire en la siguiente calle.
—Siga su camino —contesta a un taxista que sube el volumen de la radio para no escuchar nuestros cambios de rumbo.
—Eres un caprichoso. Tu casa queda a cuatro manzanas.
—No voy a mi casa.
La altanería se me atraganta entre el esófago y la garganta. No posee familia en Baltimore. ¿A quién necesita ver con tanta urgencia?
—Si queda de camino puedo esperar en el coche. El transporte a estas horas se pone imposible.
La mirada dulce que antaño me besara en el avión se encuentra desaparecida. Un hombre furioso de gestos insensibles se adueña de sus ojos y sus palabras.
—No es una visita. Voy a quedarme a dormir.
Su cabeza no volvió a apuntarme. No así el puñal que ha dejado incrustado en el hueco que une mi corazón con su alma. ¿Qué clase de chico besa apasionadamente a una chica para luego correr en brazos de otra?

—Bienvenida señorita. Qué alegría verla nuevamente en casa.
La puerta del ascensor se cerró antes que el portero terminase de hablar. Respiro fuertemente para conseguir capturar algo de aire. Cuando las puertas se abren en mi portal la sonrisa pura de Matilda me recibe entusiasmada. Me lanzo a sus brazos y me pongo a llorar sin consuelo.
—Mi niña… Es Paul ¿no?
Muevo la cabeza dentro de su pecho sin soltarme. Necesito el calor de alguien que me quiera con algo de sinceridad.
El brazo derecho me sujeta sin soltarme. El izquierdo arrastra la maleta.
—Mariam, esto tiene que acabar.
—Lo intentaré mañana. Ahora necesito llorar.
Matilda se limitó a prepararme una tila con un bocadillo de crema de cacahuetes en el mayor de los silencios. Donde existe cariño las palabras se quedan tuberculosas.

La distancia

El ser humano y su mano destructora. Allí por donde pasamos lo natural cambia o lo transformamos. Belleza o desastre, siempre nos comportamos como raza supremacista jugando a ser pequeños dioses. La bahía de Baltimore siempre tuvo esa gran capacidad de dejarme embobada. Todo sería perfecto si no fuese por esos grandes barcos comerciando de un lado a otro. Hombre y naturaleza. Belleza y destrucción reunidos en una misma lucha de poderes. Estando en el internado veía las palomas volar mientras los canarios de las monjas piaban dentro de una jaula. Ellas decían que eran para protegerlos. Yo me sentía como esos pajaritos. Segura pero encerrada. Eso ocasionó que mis temores se convirtieran en inseguridades que hoy todavía acarreo. Las rejas no protegen, el amor lo hace. Blake me lo demostró el día que abrió mi jaula.
—Gracias.
Acepto el café de Matilda y bebo con los ojos fijos en el ventanal. Las gaviotas me observan al otro lado. Ellas también piensan que soy una intrusa de su intimidad. Lo veo en sus formas de aletear. Están enfadadas. Igual que yo.
—Conozco esa postura de brazos. No quiero verte pesimista. Tú eres una niña de espíritu fresco, no puedes dejar que el corazón se te apague.
—No tengo pena.
—Entonces porqué lloras.
Apoyo mi cuerpo cansado contra el cristal. El frío de la mañana pegado en él me sube por la espalda. Reconocer mis sentimientos a Matilda sería una conversación demasiado repetitiva. Llevo años suspirando y ella escuchando como amiga atenta. Matilda es esa madre que, sin ser madre, ha aceptado serlo sin ninguna queja.
—Necesito dejar de quererle —las lágrimas me nublan la vista—. ¿Cómo se hace?
Pregunto aspirando antes de beber el líquido tan negro y amargo como mi tormento. Ya no quiero sufrir por él. Mi corazón se siente agotado de tanto remiendo.
—Debes alejarte.
—No puedo. Blake me necesita. No puedo fallarle.
—Llamó para contarme y decirme que vendrías. Mi niña, sé lo mucho que quieres a tu hermano, y todo lo que representa para ti, pero, cuando tu trabajo con Paul acabe, deberás regresar a Madrid y quedarte allí una larga temporada. Paul tiene aquí su trabajo. Terminarás por olvidarle.
Sus palabras provienen del amor más puro. Desde la muerte de mi madre ni el egoísmo de mi tío pudo separarnos. La quiero tanto como a mi madre. Puede, incluso, que un poco más. De mi madre solo conservo los recuerdos de sus fotos, en cambio, jamás olvidaré el aroma de los abrazos de Matilda. Sus manos huelen a jabón de Marsella y biscocho de vainilla.
—Últimamente está más tiempo en Madrid del que me gustaría. Al parecer le gusta la ciudad.
Contesto atravesando la sala para dejar la taza en la cocina. Ella me sigue con sus pasos seguros, pero algo lentos. Debería haberse jubilado. Su negativa tan rotunda obligó a Blake a ponerle una ayudante. La mujer ya tiene muchas canas, y aunque al principio se enfadó por contar con una colaboradora, Blake se puso firme. Ella se enfureció, dijo que la trataba como a una vieja inservible y que si no valía para llevar la casa, se iría por la puerta para nunca volver. Aquel día me puse muy nerviosa. Tuve verdadero miedo de perderla. Recuerdo haber mirado suplicante a mi hermano. Él conservaba la misma mirada negra impenetrable de siempre. Solo un leve guiño de ojos me hizo comprender que lo tenía todo controlado. Y por supuesto que lo tenía. Un abrazo después, y un beso en la frente arrugada, bastaron para que la mujer aceptase el trato. Una ayudante de limpieza todos los días y una cocinera solo tres veces por semana. El resto de los

días continuaría cocinando esos platos especiales de cuando éramos niños y que nadie nos prepara mejor que ella.
—Seguramente regrese a Baltimore después de la boda de tu hermano. Paul es muy responsable.
Matilda se sienta frente a mi. Yo me apoyo en la mesada. Desde la altura veo sus ojitos brillar de emoción.
—¿Te lo han contado? ¿Estás feliz?
—¡Sí! Yo misma lo acompañé a comprar el anillo. Mi pobre niño estaba loco de nervios. Los dos lo estábamos. Esa noche no dormí nada. Al otro día tu hermano me llamó por teléfono dando gritos. Gritaba con tanta felicidad… —se escurre los ojos con el delantal al recordarlo—. Mi niño va a casarse con la chica que siempre soñó.
—¿Entonces Sofía te gusta?
—¿Que si me gusta? Cariño, yo adoro a todas las personas que os quieren, y esa niña está enamoradísima de tu hermano. Y él de ella. Jamás lo había visto así. Mi niño nunca suelta su mano. Cuando ella se escapaba a la cocina para conversar, él aparecía a los pocos minutos buscándola desesperado. Una vez trajo sus notas y se sentó a trabajar justo allí.
—¿Blake? ¡¿trabajando en la cocina?! Pero si lo odia. Siempre dice que nuestra perorata lo desconcentra.
—Eso pensé yo cuando lo vi aparecer cargando el ordenador. Sus ojos se iluminan al mirarla con un brillo que no le conocía. Mi pobre chico siempre estuvo demasiado ocupado como para ser feliz. Se merece todo lo que ha conseguido.
—Se quieren mucho. Yo también soy feliz al verlos.
—Tú también tendrás tu increíble historia de amor —la mano suave se apoya cálida sobre la mía —. He criado a los mejores niños de toda la ciudad. Los mejores solo merecen lo mejor.
—Ay Matilda, qué seríamos sin ti.
El sonido del timbre nos separa.
—Seguramente sea Paul. Pensé que vendría más tarde. O que no vendría.
Después de su insinuación explícita sobre pasar la noche con una mujer no creí que tuviera apuros por comenzar a trabajar.
—¿Podrías abrirle la puerta? Voy a vestirme.
—Sí puedo —. La mujer se pone en pie delante de mí estorbando el paso hacia mi habitación — pero no contestaré hasta que me prometas que aceptarás mi consejo. Cariño, lo único que cura el amor no correspondido es la distancia.
Acepto el beso en la frente antes de ir al cuarto para quitarme el pijama. El consejo de Matilde no carece de lógica.
Dejar de ver a Paul puede que sea la única solución al continuo vacío que siento siempre que lo veo. Cada año que paso a su lado es un peso nuevo que se suma a mi tortura de no tenerlo. Las lágrimas al verlo con otras chicas se profundiza. Me encuentro en punto en donde el precipicio de caída se halla a tan solo un paso de distancia.
Cuando este proyecto termine Paul deberá quedarse en Baltimore. Puede que, en mi caso, a diferencia de Blake y Sofía, el destino nos señala dos extremos separados.

Un kilo de crema para las ojeras que simulen la noche sin descanso y estoy lista para ir a su encuentro. Cuanto antes termine mi trabajo más pronto podré regresar a Madrid y comenzar mi camino hacia el olvido.
Sus besos arrepentidos lastiman más que la pena de no tenerle.
—¿Después de la boda regresarás a Baltimore? Seguro mi niño te quiere aquí.

Escuchar a Matilda llamar mi niño a un hombre con mirada de hombre lobo como Blake es enternecedor y desternillante. Ella sigue viéndonos a mí y a mi hermano como sus polluelos recién nacidos.
—No estoy seguro —. La voz grave al otro lado me detiene tras el marco de la puerta.
—Creía que no te gustaba salir de Baltimore —. Matilda pregunta como si nada.
—Así era.
Me escondo tras la puerta para que no me vean.
—Me caes bien, eres un niño bueno —. ¿Acaba de llamar niño a Paul? El niño es más grande que Blake y fue parte de las fuerzas especiales del ejército. Cualquier productora de cine lo contrataría para extra como vikingo asesino.
Llevo mis manos a los labios para que no me pillen en un ataque de risa.
—¿Pero?
—Mi niña merece que la quieran.
El corazón se me detiene. ¡Qué hace! Prometo que cuando estemos solas la mato.
—Yo la quiero.
La voz rotunda y segura de Paul al contestar me congela y rompe en pequeños cristales. ¿Qué ha dicho? ¿Escuché bien? ¿Ha dicho que me quiere?
—No como ella merece.
La voz no contesta. El pequeño trozo de corazón que conservo intacto se despedaza. Con Paul siempre es lo mismo. Un minuto de esperanzas ante siglos de llanto sin consuelo. Claro que me quiere. Como a una amiga.
Acerco las manos hacia los ojos y los elevo rápidamente al comprender mi error. Estoy maquillada y no quiero quedar como un mapache. No merezco parecer siempre como una mujer rota. Muerdo mis labios conteniendo las lágrimas.
—Buenos días, has llegado temprano.
—Pensé que podríamos preparar la reunión.
—Me parece bien —contesto sin mirar. Mantenerme fuera del alcance de sus pupilas color cielo despejado me ayuda a conservar la frialdad.
—Aún nos quedan un par de horas. Si quieres podemos ir a por unos rollos de canela de la tienda de Lena. Te encantan y llevas tiempo sin comerlos.
–No hace falta —le contesto concentrada en el portátil —. Nos espera mucho trabajo. Matilda, ¿te molesto mucho si te pido un par de cafés?
—Para nada cariño.
—Yo no quiero.
—Entonces que sea solo uno.
Matilda se aleja hacia la cocina mientras abro el bolso para recoger una libreta con apuntes. No lo miro. Él sí lo hace. El ardor de su mirada me quema la frente. Conozco perfectamente los pasos que vienen a continuación. Me sonríe y se disculpa. Yo lo perdono, me ilusiono y él vuelve a dejarme arrugada como los trapos. Así una y otra vez.
—¿Has descansado bien?
¡Esto es inaudito! No pretenderá que diga que sí. Y por cierto ¿tú qué tal con tu noche de sexo desenfrenado? No lo mato porque me saca dos cabezas, tiene demasiado músculo, y porque lo quiero más que a mí.
—Perfectamente. El cambio horario me ayudó.
—Yo no. Anoche me comporté como un…
—Gracias Matilda —la voz me sale más alta de lo esperado. No quiero hablar con él. No quiero

escuchar sobre sus noches con otras mujeres. No quiero sufrir. ¡No quiero!
—¿No deberíamos comenzar? Cuanto antes terminemos más pronto regresaré a Madrid.
Lo miro por el rabillo del ojo. Sus pupilas ya no me buscan. Sufro por no poder decirle que lo quiero tanto que un solo beso borraría todos los años de su amargo desprecio. Pero me callo.

El proveedor

El galpón es tan alto como dos gigantes hombro sobre hombro.
Mis pupilas se dilatan intentando adaptarse a la luz superficial de los tubos.
La pared del fondo es un fin al que no se puede alcanzar caminando. Giro sobre mis pasos observando los tanques de guerra aparcados a ambos lados. El espíritu a pólvora se respira en el aire fresco. Sin reconocer mi miedo me acerco a Paul. En silencio observo los cañones de los transportes terrestres. Son tan inmensamente grandes que parecen falsos. Con pasos tímidos me acerco a las grandes bestias de la guerra para acariciar la frialdad de sus metales. Cañones del tamaño de Goliat asoman en una cabeza giratoria. La carne se me eriza de pensar a cuántos han apuntado.
—Estás muy callada.
—No me gusta la guerra.
Una sonrisa pensativa aparece en los labios de Paul.
—No creo que a nadie le guste la guerra. Cuando los caminos se cierran, es la última opción.
—Blake me contó que antes de comenzar a trabajar con él eras un marine.
—Algo parecido.
—¿Por qué lo dejaste?
—Existen otras formas de combatir.
—¿Alguna vez te hirieron?
La idea de imaginar a Paul herido me aterra.
—A mi no —. Su mirada me esquiva al hablar.
—A los que sí hirieron. ¿Eran tus amigos?
—Uno de los mejores.
—Lo siento. El espanto de la lucha y sus consecuencias me eriza la piel. Quizá no debería firmar este contrato. Puede que el uso de drones no sea lo que Blake espera. Mi hermano es un buen hombre. Él jamás participaría en proyectos que hicieran daño a otras personas.
Paul se sonríe con diversión calurosa.
—¿Qué he dicho?
—Se nota que sois hermanos de sangre. Él llegó a la misma conclusión al recibir la propuesta. Los militares no solo hacen la guerra, también existen fines nobles como la protección o ayuda a desfavorecidos.
Los pasos firmes golpeando el suelo detienen sus palabras.
Ambos nos giramos para ver al hombre que, entrando por la gran puerta, fue capaz de ocultar al sol tras su figura. No fue hasta tenerlo delante cuando al fin pude verle. Su altura y porte recio contrastan con los rasgos de su cara. Es un hombre serio, joven, y muy pero muy apuesto.
—Teniente John Smith —dice estirando la mano.
—Mariam Blakmoon. Un gusto. Y él es…
—Paul, buenos días.
—Señor.
Ambos se miran y se saludan sin estirar las manos. Paul se estira recto como si el hombre fuese su jefe. Seguramente existen cosas que nunca se olvidan.
—Esperaba a Blake Blakmoon —comenta abriendo una puerta de una oficina tan fría como el galpón que acabamos de dejar atrás.
—Es mi hermano. Ambos somos propietarios de la empresa de drones. Puede estar tranquilo con mi presencia. Hablar conmigo es como hacerlo con él.

—Una belleza como la suya convierte la conversación en algo muy diferente.
La sonrisa gentil consigue que los calores ardan por mi piel. De todas las contestaciones, esta era la última que hubiera imaginado de un hombre como el que tengo delante. Los ojos grandes y claros como nueces brillan traviesos. Se nota la fuerza del poder de la victoria sudando por sus poros. Lleva la conquista en el porte.
—Hemos estudiado su propuesta —digo tragando saliva.
—¿Y cuál es su opinión señorita Blakmoon?
—Sinceramente tengo algunas lagunas —Paul, que se encontraba de pie, se acercó sentándose a mi lado.
No parece que le guste escuchar mi opinión. Me importa muy poco su molestia. Estoy aquí en representación de mi hermano, y él confía en mí. No pienso llevarle a la ruina.
—Estoy a su disposición para todo lo que usted desee preguntar.
Por favor, este hombre consigue quemar la ropa interior de una mujer sin ponerle un dedo encima.
—Nuestra empresa —digo respirando dos sorbos de aire al ver sus fuertes brazos cruzarse sobre el escritorio—es una productora de drones. Mi hermano es el ingeniero creador. Sus diseños son más livianos que otros. Su experiencia en materiales lo ha llevado a conseguir logros exitosos. Sus diseños vuelan con mayor rapidez y a mucho menor coste.
—Por eso deseamos trabajar con él y comprarle tres mil unidades.
—Siempre y cuando les ayudemos a vender sus drones desgastados —contesto con seriedad.
—Así es.
—Nuestra empresa no se dedica a los drones de segunda mano. Apenas hemos hecho algunos trabajos sin importancia.
—También lo sé.
—Aún así nos exigen como requisito, que seamos intermediarios con una empresa para la venta de sus unidades defectuosas. Algo así como un revendedor de segunda mano.
—Eso también es correcto.
Me estiro en el respaldo intentando no parecer tonta. Aunque la tarea comienza a resultar bastante difícil. El guapo teniente responde con frases tan cortas como su cabello.
—Me temo que no podremos cerrar un acuerdo.
—¿No podemos? —Paul a mi lado no termina de creer lo que acabo de decir.
—Como he dicho —respondo sin mirar a Paul que se mueve nervioso— nosotros no nos dedicamos a la compraventa de drones.
—Habíamos quedado con Blake que la oferta nos interesaba —Paul aclara con los dientes apretados muy cerca de mi oído.
—Mi hermano confía plenamente en mi criterio —contesto a Paul, pero con la mirada clavada en el teniente que frunce la mirada.
—Y eso lo hace un hombre inteligente. Dígame, señorita Blakmoon, ¿cómo puedo ayudar a esclarecer sus dudas? Créame que lo haré encantado.
—Dice que nuestros drones son los mejores del mercado.
—Esas son mis palabras, sí.
—Sin embargo, nos exige vender sus drones usados a una empresa china.
—Es una solicitud que agradeceríamos.
—Una que si no cumplimos nos dejaría fuera del negocio.
—Señorita Mariam, ¿puedo llamarla por su nombre?
—Por favor —contesto con la espalda recta.

—Vuestra empresa como bien he dicho, es de las mejores, y nuestro ejército estaría gustoso de poder contar con vuestras máquinas, pero, también es cierto, que no somos ninguna ONG. Necesitamos recaudar parte de los fondos y por ello necesitamos vender piezas que nos resultan inútiles. Como comprenderá, al tratarse del gobierno chino, no podemos trabajar directamente con ellos. Digamos que… —carraspeó con fuerza—no nos dejaría en buen lugar comerciar con un país fuera de nuestro acuerdo de alianzas. Sin embargo, nada nos prohíbe trabajar con vosotros.
—Y usarnos como intermediario.
—Una relación en la que todos ganamos.
—¿Entonces parte de nuestro pago serían los drones defectuosos o en desuso del ejército? Eso no es viable para nuestra empresa.
—Oh no, por supuesto que no. El servirnos como agentes comerciales sería suficiente.
El hombre responde a todas mis dudas de forma impecable. La idea, aunque retorcida, parece tener su lógica.
—Por supuesto el pedido sería ampliable a otros cinco mil drones en un plazo de seis meses. Además de apoyar el proyecto de aeronaves, en el cual tengo entendido que su hermano posee gran interés.
La cabeza comenzó a darme vueltas. El proyecto de aeronaves es un sueño con el que Blake lleva años soñando.
—Todavía no lo he hablado con su hermano, pero estoy seguro de que podremos ponernos de acuerdo.
¿Que si lo estará? Saltará por la calle desnudo cuando se lo cuente. Mis dedos se cruzan nerviosos. En mis manos se encuentran los sueños de Blake. El sudor frío me sube por la cien.
—¿Paul? —La voz medianamente segura, se enfoca en sus ojos transparentes—Creo que deberíamos aceptar la intermediación con la empresa china.
—Opino lo mismo.
En los años que conozco a Paul es la primera vez que lo noto tan distante. Desde que llegamos a los depósitos del ejército he sentido como si otro hombre hubiera tomado posesión de su cuerpo. Uno frío y calculador que piensa en cualquier cosa menos en el contrato que tenemos delante. Lo cual es una tontería absoluta, ya que él mismo fue el encargado de conseguir tamaña oferta. Si los pedidos se concretan tal cual nos lo proponen, la empresa de drones pasará a ser líder del país.
—Teniendo en cuenta que ya hemos trabajado con ellos creo que podríamos colocar sus máquinas de segunda mano en el mercado chino.
El teniente se puso en pie con la felicidad de la victoria en el rostro. Las estrellas de su pechera brillan con el reflejo de la luz artificial. Qué hombre más guapo y temible.
—Por favor, permitidme que la invite a comer. Es tarde y la ocasión bien merece un brindis.
—Se lo agradezco, pero me gustaría regresar pronto a casa. Tenemos mucho trabajo por delante y debo volver a Madrid cuanto antes.
—¿Y esa urgencia no le permite alimentarse?
—Quizá la próxima —. La contestación de Paul no gustó al teniente.
—Mi hermano se casa en menos de un mes —aclaro con velocidad—y el tiempo apremia para que regrese a Madrid. Prometo que a mi regreso seré yo la que lo invite a almorzar, teniente Smith.
—John. Mi nombre es John.
—Estaré encantada de invitarte, John.

—Y yo estaré esperando tu propuesta, Mariam.
—Mientras tanto, estudiaré los cambios en la oferta y te la haré llegar en cuanto esté lista.
—Tengo una idea mejor. Me acercaré a tu oficina mañana por la tarde. Allí os llevaré una copia y podremos analizarla juntos.
—No creo que sea necesario —Paul le contestó con voz prudente—. Soy ingeniero y puedo hacerlo.
—Insisto en estar con vosotros.
—Y yo en que trabajaremos más rápido si la preparamos nosotros —. Ambos se miran como gato y ratón.
—Paul tiene razón, contamos con un grupo excelente de técnicos.
El teniente no insistió. Se nota que es un hombre poco acostumbrado al rechazo.
—Pero prometo, John—recalco su nombre con el fin de romper la tensión en la que nos hemos metido— molestarte si me encontrase ante alguna duda.
—No serás molestia. Vaticinio que en el futuro nos entenderemos perfectamente.
Su voz grave al mirarme me dejó en shock. El teniente Smith es el tipo de hombres capaz de dejar a una chica girando de forma atontada.

Me siento en el coche, pero no es hasta que salimos de los cuarteles cuando me pongo a gritar como loca.
—¡Lo tenemos! ¡Lo tenemos! ¡Y el proyecto de aeronaves! ¡Blake no se lo podrá creer! — La seriedad de Paul se rompió al comprobar mi estado de felicidad —. ¿Pizza en La Scala?
—Pensé que estábamos con poco tiempo. No te imaginaba así.
—¿Así cómo?
—Sabes a lo que me refiero.
—¿Pensabas que no sería capaz de cerrar el trato?
—Lo digo porque el teniente no esperaba encontrarse con una mujer preciosa. Se quedó sorprendido al ver que, además, eras inteligente.
—Se le notaba curioso. Parece el típico hombre al que ninguna chica se le resiste.
—Espero que tú sí lo hagas —su contestación ruda ha conseguido molestarme.
—No soy una niñata imbécil. Sé lo que nos jugamos en este proyecto. No lo arriesgaría todo por un revolcón de un minuto.
Paul se mordió la lengua, pero no la vista. Los ojos le brillan con diversión atrevida.
—¿Qué pasa?
—Nada.
—¡Qué! Dilo. Si eres valiente.
—Mariam, el teniente lo último que estaba pensando era en algo de un minuto.
—Ah…
Miro por la ventana para no confesar que no hablo porque no tengo ni idea. En los libros el sexo se reduce a tres hojas. Y en las películas a dos minutos. El tiempo exacto que lleva hacer el amor es una información que carezco. Quizá llegue el momento de romper el tiempo de espera y lanzarme al vacío. Debería dejar de esperar un imposible y entregarme a un hombre como el teniente Smith. Nunca estaré enamorada como lo estoy de Paul, pero al menos mi primera vez sería con un hombre bastante interesante.
—¿En qué piensas?
—En que el tiempo pasa para todos…

Siguiendo el camino

Aceptar la propuesta del teniente Smith en recorrer las instalaciones resultó un desafío peligroso y necesario. Caminar junto a John por el cuartel de tropas, es una experiencia reveladora. Y no me refiero solo a las explicaciones sobre su trabajo cotidiano. El hombre, lejos de la formalidad del primer día, pasea a mi lado con una sonrisa de lo más dispuesta. Sus rasgos duros se concentran cuando otro igual uniformado se cruza delante de nosotros. El resto del paseo me ha permitido hacer bromas e incluso enseñarme la utilización de ciertas herramientas de las que he olvidado el nombre.

Bajo el sol matinal la excursión ha llegado a convertirse en un paseo terriblemente agradable. El teniente, a diferencia de Paul, posee unas cejas oscuras que enmarcan una mirada de halcón. Su cuerpo fuerte camina a mi lado señalando a los lados antes de hablar. Es alto, fuerte y atractivo. Sus ocurrencias han sacado mi sonrisa más sincera.

Los soldados caminan a prisa como si llegaran tarde a los sitios, sin embargo, John, muestra tranquilidad en cada paso. Sentirme parte de su tiempo me hace sentir una chica importante. En el momento que recibí su invitación me resultó extraña, sin embargo, en estos momentos me siento feliz de haber aceptado. Alejarme de Paul es una necesidad. Llevamos días trabajando rostro contra rostro y corazón con corazón. No consigo escribir una palabra sin recordar el ardoroso sabor de sus labios.

—Esa es nuestra mejor arma.

La mirada de chocolate ardiente me recorre el rostro. John no oculta que le intereso. A él no le molesta sentirse atraído por una joven inexperta.

Siempre me gustaron los chicos mayores. Maduré intentando no ser una molestia para nadie. Mi hermano se vio obligado a cargar con una niña cuando él apenas poseía barba. No podía agobiarle con mis caprichos confusos de adolescente desconfiada. Ambos, luchamos por unirnos hasta en las desgracias. Y así fue como conocí a Paul. En una visita a nuestra casa cuando yo jugaba estúpidamente con una corona de papel. Un hombre delante de una niña. ¿Qué podía salir mal?

Esa misma tarde olvidé mi adolescencia para soñar con el amor de un hombre de verdad. Los chicos de mi edad dejaron de existir. Mi corazón comenzó a latir con el como destino.

—¿Te aburro?

—En absoluto. Estoy fascinada con este lugar.

—Esperaba que comprendieras nuestra esencia.

Lo observo con curiosidad deteniéndome a medio camino entre una puerta y una gran sala con ordenadores.

—No me negarás que la primera vez te causamos mala impresión. Ver aquellos tanques consiguió asustarte.

Muevo la cabeza a ambos lados intentando explicarme de forma poco hiriente. No olvido que John es un cliente del que dependen millones de facturación.

—Ver las armas no me resultó agradable. Debo reconocer que soy pacifista. Prefiero pensar en el diálogo antes que en la lucha. Pero comprendo que la vida es algo más complicada que las buenas intenciones de mis pensamientos.

—Hagamos el amor y no la guerra. Créeme, también soy de esa opinión.

La luz pícara resplandece en el mirar chocolate ardiente de sus pupilas.

—Estos son los últimos drones que compraremos a vuestra empresa. Sargento, ¿podría explicar a la señorita el uso que damos a estas máquinas?

—Con gusto, mi teniente —dijo el hombre de cuerpo tan ancho como su cuello, saltando del

asiento en el que se encontraba junto a una lámpara y unas pinzas de metal —. Estos drones son utilizados en procesos de rescate, y estos otros, son para procesos de verificación en sistemas de regadíos.
—Ninguno para matar, ¿no es así sargento?
El hombre confundido respondió con determinación.
—En absoluto mi teniente. Los procesos de rescate salvan vidas. Los de riego custodian el grano de poblaciones empobrecidas contra narcos de los alimentos.
—¿Narcos de los alimentos? —La expresión me resulta totalmente novedosa.
—Oh, sí señorita, también los hay del agua.
—Increíble —. Contesto pensando en las necesidades básicas para la vida y en la que la mayoría de las veces no pienso.
—Existen poblaciones, en donde los medios que nosotros utilizamos de forma común, ellos custodian con recelo. Allí fuera existe mucha necesidad.
El sargento completó la idea y al instante se silenció bajando la cabeza, temeroso de haberse excedido en el comentario.
—La señorita es dueña de la empresa que nos proveerá drones como este. Ella y su hermano son los creadores del prototipo K35 —dice señalando el modelo sobre la gran repisa de la esquina.
—Un modelo magnífico. Permítame felicitarla señorita. Hemos conseguido grandes logros con ese diseño.
—Mi hermano es el verdadero genio. Yo solo me limito a colaborar cuando me necesita en temas de comercialización.
—Trabajo no menos importante, señorita.
—Muchas gracias sargento. No le molestamos más. Puede continuar con su trabajo.
El hombre se sentó no sin antes dar un pequeño golpe de talones. Yo también le agradecí su atención antes de alejarme con la sonrisilla traviesa en la boca.
—¿Te ríes de nosotros?
La voz gruesa calentó la cercanía de mi oído.
—No era mi intención. Es solo que tantas normas parecen…
—¿Divertidas? A veces a mí también me lo parecen —confesó en voz baja—. ¿Vamos? El coche nos espera.
—¿Salimos?
El cuartel es un lugar cercado por grandes arboledas y una inmensa barrera como puerta principal. Un inmenso campo natural dentro de la ciudad.
—Sí.
—¿Y puedo saber dónde? —Pregunto introduciendo la cabeza en un land Rober negro de cristales ahumados.
—Me debes un almuerzo. Y tú pagas. ¿Lo habías olvidado?
Cómo olvidarlo. Paul no ha cesado de regañarme por aquella frase.
Una comida es algo habitual en los negocios. Cuando se entere que recibí una invitación para visitar los cuarteles, y que la invitación sólo se extendía a mi persona, su grito alcanzará el cielo antes de da dos vueltas a la vía láctea.

Las noticias vuelan

—¡Cómo! ¡Cómo pensabas que no me enteraría!
—La verdad es que no lo pensé.
Aunque me gustaría saber como lo hizo de forma tan rápida.
Acerco el bolso a Matilda que, asustada, no se aleja del jarrón. La conozco perfectamente, si lo considera necesario rompería el cristal macizo en la cabeza de Paul.
—Hoy ibas a salir con tus amigas al bingo. Se te hace tarde.
—Puedo quedarme contigo. Es una salida como otras.
La mujer no suelta el jarrón.
—No lo es. Yo estaré bien. Puedes ir tranquila.
Paul al escuchar mis palabras se acerca a la barra de bebidas y abre la nevera para sacar una cerveza. Bebe un trago y se queda unos minutos observando los pies clavados de la anciana.
—Matilda, por favor, creí que me querías como a uno de la familia.
—Por eso, si tocas a mi niña, te parto el jarrón en la cabeza con muchísimo cariño.
—Tu confianza en mí es admirable —dice bebiendo de la botella—. Puedes ir tranquila. Tengo ganas de matarla, pero me reservaré el honor hasta que regreses del bingo.
El chascarrillo hizo sonreír de forma oculta a la anciana que dejó tranquilo el decorada para acercarse y acariciarme el rostro.
—Mi niña bella y preciosa, si me necesitas, me llamas.
Los dos besos sonoros consiguieron enfurecer aún más la cara avinagrada de Paul.
—Quizás deberías explicarle a la niña bella y preciosa que ya no es tan niña y que no debería lanzarse en brazos del primero que se le cruce.
—¿Qué quieres decir?
—Es una tontería sacada de contexto. He aceptado una invitación del teniente Smith para conocer el uso de nuestros drones y después hemos ido a comer. Vete o llegarás tarde al bingo.
—Ahora comprendo —la frase de Matilde provocó que Paul dejara de andar de un lado a otro en la sala.
—¿Comprender qué? —Dijo sosteniendo el botellín a medio camino del cielo y el aire.
—Esa camisa con escote que esta mañana buscabas con tanto empeño. Ese teniente debe de ser guapísimo. Luego me cuentas. Me marcho o llegaré tarde para los primeros cartones.
—Esta mañana yo no busqué ninguna camisa de forma desesperada. Sólo pregunté si se encontraba planchada. ¡Quería dar una imagen profesional!
Matilda abrió la puerta en el momento justo que un repartidor se acercaba con un ramo de flores que apenas le permitía alcanzar el timbre.
—¿La señorita Mariam Blakmoon vive aquí?
—Aquí mismo.
—Esto es para ella señora —Matilda giró la cabeza para mirarme de forma interrogativa.
Me acerco a su lado y aprovecho que ella sostiene el inmenso envío para extraer la tarjeta.
Observo las flores coloridas. Son la primavera capturada en un único ramo.
Matilda aprovecha mi distracción para robar la tarjeta y leerla en voz alta.
—Intenté encontrar una más bonita que tú, pero ninguna alcanza tu deliciosa perfección —suspira de forma cómica—. Es un romántico. A mí me ha ganado. ¿Cuándo lo traes a casa?
Las maldiciones de Paul completaron la frase de Matilda antes de perderse en la terraza.
—Si no te conociera dirías que lo has hecho a propósito.
—Y tú parece que tienes un muchacho muy interesado en ti.

Dijo antes de besarme en la frente y marcharse dejándome la cesta de mimbre colorida en las manos.

Algo más de media hora después y dos botellines de cerveza vacío decido acercarme a la terraza y sentarme en la tumbona libre. Es estúpido, pero me siento una intrusa en mi propia casa. Sin comprender exactamente por qué está tan molesto, me siento apoyando una lata de refresco en la mesa.
—Cuando se te pase el enfado quizá podamos ponernos a trabajar.
La vista de Paul, que se perdía en la profundidad de la bahía, se giró para arrojar dardos contra mi frente.
Recuesto la espalda en la reposera mirando los barcos detenidos. No puedo pedir disculpas por algo que desconozco.
Repasando cada acto del día ninguno me lleva a la ofensa de la que él se cree poseedor. La invitación para la visita fue solo para mí, ¿qué sentido tenía avisarle? Soy mayor de edad y estoy aquí en representación de mi hermano. ¡Mi hermano! Ese que un día decidió ponerme en las escrituras de la empresa. No comprendo porqué tanto alboroto. Cualquiera que lo viera diría que está muerto de celos. Lo conozco demasiado bien como para saber que eso es totalmente improbable. Él me ha visto salir con chicos y no ha movido ni la mitad de una pestaña.
—No debiste ir.
—Quería mostrarme las instalaciones y los usos de nuestros drones. No podía negarme.
—Debiste avisarme. Te habría acompañado.
—La invitación estaba dirigida solo para mí. Soy completamente capaz de tener un almuerzo de negocios.
—¿Un almuerzo de cinco horas? Mucho tiempo para solo comer, ¿no te parece? —Paul observa el atardecer anaranjado que resurge por encima de los barcos. La brisa suave mueve sus cabellos despeinados.
—No sé que estás insinuando, pero no me gusta.
—No quiero que te involucres con él.
—Que tú ¿qué? Este es el proyecto más importante en el que me ha tocado trabajar. No soy una estúpida. John es un cliente y sé perfectamente lo que hago.
Me pongo en pie de un salto.
—¡Aléjate de él!
—Limítate a hacer tu trabajo de asesoramiento para que podamos firmar ese maldito contrato cuanto antes. Y, por cierto, tú a mí no me dices con quien debo o no acostarme. Mi sexo, mi decisión.
Me giro a golpe de melena para marcharme, cuando el salto de Paul me alcanzó. Sus dedos fuertes sujetan mi codo con fuerza.
—Eso no va a suceder. Tú y él no tendrán nada. ¿Lo entiendes?
Los dientes apretados resaltan la tensión de sus músculos.
—¡No! No lo entiendo —contesto soltándome de su agarre —. ¡No entiendo nada! Y, a decir verdad, estoy bastante cansada de no hacerlo.
Camino furiosa. No soporto verlo así. He recibido demasiados rechazos como para estar segura de que no quiere nada conmigo. ¡Por qué no me deja en paz!
—¡Cierra la puerta al cerrar!
Chillo antes de golpear la puerta de mi habitación y caer de cabeza sobre el colchón mullido. Unos pasos firmes y un portazo me dicen que se ha ido. Abrazo la almohada y lloro como nunca.

¿O debería decir como siempre cuando se trata de él?

No me despiertes

El sonido del timbre es tan molesto como la persona que seguro está al otro lado. Observo el reloj del móvil dos veces para confirmar que son las cuatro de la mañana. Desde que Paul se fue no he podido pegar ojo. Las dos tilas extrafuertes solo han servido para que fuese al servicio cinco veces seguidas y me mantuviese aún más despierta que antes.

Camino descalza en el salón oscuro. El grillo desafinado del timbre continúa repicando en mi cerebro. Quien sea que se encuentre al otro lado está dispuesto a no parar.

No termino de acercarme a la puerta cuando la voz lastimosa me deja pasmada.

—¡Abre! ¡Maldita sea! Pienso quedarme aquí hasta que abras.

—¿Paul?

—¿Mariam? ¿Eres tú? Cariño, por favor abre.

—¿Cariño? —Giro el picaporte y me alejo en el momento en el que su cuerpo de más de metro ochenta cayó al suelo como saco de patatas.

—Dios mío —me agacho asustada mientras él eleva el rostro con una sonrisa divertida.

—Perdí el equilibrio. Creo.

—Deja que te ayude.

—Te necesito. Te necesito mucho. Mariam, ayúdame.

Las palabras de Paul se tropiezan entre ellas. Sus piernas también. Intento ayudarle, pero él no colabora. Sus manos se aferran con tanta fuerza a mi cintura que caigo sobre sus piernas.

—Si no colaboras no puedo ayudarte. Eres demasiado grande para mí.

—Lo soy, lo sé. Pero no puedo más. Necesito que me sigas queriendo a pesar de nuestras diferencias.

Me alejo para mirarle a la cara. Ambos estamos de rodilla. Mejor dicho, yo estoy de rodillas. Él se parece a un romano recostado en una de esas tumbonas antiguas. Los ojos le brillan con una pátina traslúcida e intensa.

—¿Estás borracho?

—No. Soy consciente plenamente de… que linda eres —sus dedos se acercan a mi rostro envolviéndolo en una caricia patosa.

—Exactamente, ¿cuánto has bebido?

Con fuerza empujo hacia arriba de su cintura. Él se pone en pie con una algo dubitativo.

—¿Antes o después de las cervezas?

—Voy a por café.

—No. No te vayas. Quédate conmigo.

Los brazos me envuelven en un círculo en el que su cuerpo es mi soporte.

—Estás borracho. No sabes lo que dices.

—Estoy borracho, sí, y también sé perfectamente lo que digo. Quédate conmigo. Hoy, mañana, el resto de mis días. No me dejes.

—¿Por qué me haces esto?

Camino a la cocina buscando en el café la detención de unas palabras que no quiero escuchar. Enciendo el botón de la cafetera cuando su figura se posiciona delante. Está tan desaliñado como guapo. El cabello revuelto le hace parecer menos serio. Su ropa arrugada es la misma que cuando lo eché de casa horas atrás.

—Mariam…

Los dedos acarician mi barbilla elevándola hacia sus ojos. Nunca lo había visto tan alto como en este momento. Sus dedos no me sueltan. Mi mirada intenta esquivarlo, pero él no me lo permite.

—No puedes acostarte con John. No puedes.
Sus palabras ya no son una orden. Su voz suplicante me desconcierta.
—Con que era eso. Tienes miedo de que pierda el negocio. No te preocupes, recibirás el dinero que se te ha prometido. Mi hermano no es ningún mezquino.
—¡Me importa un cuerno el proyecto! La única que me interesa eres tú —sus manos fuertes sujetan mi cintura deteniendo mi huida—. Tú. Siempre eres tú. No quiero que te acuestes con él. No podría soportarlo.
—¿De qué hablas? Estás borracho como una cuba. Suéltame.
—He bebido —las manos me afianzan como un poste robusto ante su frente que se pega a la mía —. Pero no lo suficiente como para olvidarme de ti. Nada de lo que haga te aleja de mí —su mano derecha se eleva para golpear con el dedo el lateral de su sien—. Estás en todos lados. Eres mi compañía permanente.
—No juegues conmigo.
Esta vez, es mi voz la que suplica. Soy una condenada sin fuerzas para más castigos.
—No lo hago cariño. Te juro que no lo hago.
—¿Entonces por qué me haces esto?
—Porque soy un idiota. Porque pensar en que él pueda tenerte me enloquece. Porque se parece a mí… pero no soy yo. Quiero que me mires como a él. Quiero que me admires como a él. Quiero ser él.
Sus labios se acercan lentamente. El aliento a alcohol saborea mi lengua y me echo hacia atrás.
—No. Así no. Otra vez no.
Lo empujó con el corazón latiendo en mis manos. Las lágrimas me brotan indefensas.
—Conozco este juego. Me besarás, sentiré el calor de tus caricias y luego me dirás que fue un error. Que estabas demasiado borracho.
El chillido humeante de la cafetera me ayuda a rodearlo y secarme los ojos con el dorso de la mano antes de coger una taza.
Paul se deja caer en una silla.
—De todas las veces que lo he imaginado, esta es la peor —su sonrisa amargada no consigue alejar el brillo del alcohol en su mirada.
—De todas las veces que te he imaginado, esta es la peor.
Ambos nos miramos para comenzar a sonreír en tono bajo.
—Ven —su mano estirada recoge mi muñeca hasta sentarme en sus rodillas —. Beberé ese café y todos los que quieras. Pero luego, cuando al fin creas en el razonamiento de mi estúpida cabeza, te besaré. Y entonces serás mía.
La declaración me dejó sin palabras. Si esto es un sueño no quiero despertar. Acaricio su rostro buscando en el contacto la confirmación de mi realidad.
—¿Eres tú?
—Soy tan real como lo mucho que te quiero. Ya no puedo callarlo. Desde que marchaste a Madrid la locura pudo conmigo. Cada viaje que he hecho, cada mes que esperaba ir a esa ciudad, todo era por ti. No soporto perderte.
—Paul —muerdo mis labios deteniendo la emoción que me comprime el pecho —. Tu nunca. Quiero decir tu siempre…
—No puedo ver cómo desapareces en brazos de otro. No lo soporto. Solo espero que algún día puedas perdonarme.
Sus palabras ya no suenan pastosas. El brillo permanece junto al aliento a vodka con limón, sin embargo, sus palabras son frases concretas y directas.

—¿Ya no estás borracho?
—Idiota bastante, pero eso no es culpa del alcohol. No, no estoy borracho. Solo he bebido para aceptar lo que me ahoga por dentro.
Me aferro a su cuello acercando los labios lentamente. El miedo a sentir que puedo perderlo me hace temblar. Son tantas las veces que he despertado con un cojín en lugar de sus besos que me asusto de mi propia esperanza.
Los labios carnosos y seguros se abren permitiéndome saborear lentamente los recónditos pasajes. Su mano fuerte me sostiene por la cintura, mientras la otra se posiciona tras mi cuello obligándome a tomarlo con mayor confianza.
Alentada pego mi pecho contra el suyo recorriendo con la lengua los bordes de sus dientes. El calor del deseo me asciende suplicando por pegarme a su cuerpo. El leve pasaje de aire entre nosotros se convierte en suplicio insoportable.
La mano de Paul baja hacia mi muslo desnudo elevando la camiseta de dormir e introduciéndose hasta acariciar la pieza de encaje de mi ropa interior.
—Cariño —los labios muerden y lamen mi cuello mientras me estiro en una oleada de sensaciones desconocidas.
Muevo las piernas intentando encerrarlo. Lo necesito. El contacto se transforma en algo urgente. Sus manos viajan por mi cuerpo con la misma desesperación con las que las mías se aferran a su nuca. El frío del ambiente al notar que mi camiseta de dormir se eleva, me provoca un pequeño ataque de nervios.
—Te necesito —su voz se pierde en mi cuello antes de separarse unos milímetros —. No estoy borracho, lo juro. Te quiero hasta el dolor, pero si quieres esperar…
—Te quiero ahora. Yo tampoco puedo esperar.
No termino de hablar cuando mis labios se posicionan feroces sobre los suyos. Llevo años repitiendo una confesión que jamás pensé que pudiera ser real.
Me entrego en alma y el cuerpo.
—Siempre te he querido.
Es él. Es Paul. El amor de mi vida. El dueño de mis sueños. Con una fuerza desconocida consigue ponerse en pie sin soltarme. Nuestras bocas chocan con el movimiento y mis piernas se aferran a su cintura para no caerme.
Mi cama acarició mi espalda casi sin darme cuenta.
Las manos lentas y habilidosas se aferran a mi camiseta para elevarla por encima de mi cabeza. La sensación de frío no consigue quebrar mi acaloramiento. Mis bragas son una pieza pequeña que en estos momentos cubren demasiado.
—Eres preciosa…
Sus dedos ásperos acarician el lateral del encaje hasta tocar mi cintura desnuda. Mis pechos lo esperan ansiosos.
Paul se recuesta a mi lado. La sensación de desnudez se mezcla con sus ropas bien puestas.
—Tú estás vestido —digo tontamente.
Me hubiera gustado decir que quiero acariciar su piel y hacerle sentir lo que yo siento con su tacto, pero las palabras no alcanzan a mis labios.
—Eso podemos solucionarlo —. Se sienta y me acerca el torso—. Todo tuyo.
Mis manos inexpertas se mueven nerviosas temiendo ser descubiertas en su falta de conocimiento. Sujeto su camiseta tirando de ella hacia arriba de una forma muy poco elegante, y a la que por suerte él no llegó a percatarse. Se encuentra tan ensimismado en mí que la confianza resurge de mis cenizas de novata.

El torso desnudo de Paul es un canto a la magnificencia masculina.
El vello rubio recubre la parte alta perdiéndose en una línea fina que se pierde dentro de los pantalones. Mis dedos curiosos recrean el andar de su clavícula y bajan por el cuello lentamente. La respiración se acrecienta con mi andar lento. Sin apuro paseo por sus abdominales marcados hasta descender a ese punto en donde el botón de los vaqueros suplica por abrirse. Elevo la mirada al notar cómo se recuesta cediéndome el control de su cuerpo. Me concentro antes de decidirme a soltar sus vaqueros y bajar la cremallera. La apertura se abre en dos con un cuerpo que grita excitado.
Las caderas de Paul se elevan invitándome a que termine el trabajo. Dispuesta a no ser la niñata infantil que él imaginaba tiro hacia abajo hasta conseguir encontrarnos en igualdad de desnudez.
—Puedes seguir.
Miro hacia arriba para ver los brazos de Paul cruzados tras su nuca. Parece tranquilo, incluso un poco indiferente, sin embargo, la tirantez inquieta bajo su bóxer deja sus pensamientos demasiado expuestos. Me desea. ¡A mí! A la chica que lleva soñando con este momento con la misma necesidad como al aire que respira.
Mis dedos se acercan curiosos acariciando por encima del suave algodón. Su deseo salta inquieto en el momento en que mi dedo le roza. Sonrío traviesa. Mi interior salpica nerviosismo y cuotas exageradas de excitación. El deseo de acariciar es tan profundo como el de entregarme al delirio de sus caricias. Quiero ser poseída con la misma intensidad con que lo deseo poseer. Marcarlo con mi nombre en cada rincón por donde viaje.
Los músculos de Paul se endurecen. Miro hacia arriba buscando su aprobación. Su mirada normalmente de cielo translúcido se ha oscurecido como tormenta otoñal. Los labios abiertos respiran con lentitud exagerada.
—Todo tuyo.
—Yo nunca…
Allí comienza y termina mi frase. Mi sinceridad se congela ante el poderío de su cuerpo. La razón me alcanza para demostrarme que soy una chica virgen con el hombre al que adora y sin conocer los pasos a seguir.
—Yo…
Paul cambió de posición en cuanto notó mis temores.
—Sh, ven aquí —dice sentándose para acercarme a su cuerpo caliente—. Haremos lo que tú quieras. He cometido demasiadas estupideces como para presionarte también en esto. Mírame —su mano firme me sujeta por la cintura—. Llevo deseándote de forma enloquecedora desde antes de convertirme en un completo idiota —la sonrisa de su boca carnosa me hipnotiza—. Y eso pasó hace mucho. Créeme. Te esperaré el tiempo que necesites —dice acariciando tímidamente mi seno desnudo
—No quiero esperar —reclamo con fuerzas ahogadas —. Es solo que no quiero desilusionarte.
—Cómo podrías hacerlo…
Tomando coraje me separo de sus brazos para acercarme a sus labios con determinación. Mi mano acaricia su torso bajando claramente hacia su entrepierna. Esto es lo que siempre he deseado.
Me acepta. Se encuentra prudente. Me asusta haberlo ahuyentado.
Con determinación me pego contra su calor. Mi mano se mueve entre nosotros acariciando esa parte ansiosa de su cuerpo. Quiero tenerlo. No puedo esperar. Necesito ser suya con la misma forma desesperada que necesito hacerlo mío. Soy una egoísta ante un gran bocado de tarta.
Mi cuerpo se contornea con la misma ansia que mi mano intenta hacerse un hueco dentro del

algodón de su bóxer.
—Cariño… —su voz se pierde en el hueco de mis besos.
No lo escucho. Quiero más.
El contacto de su piel es elixir embriagante.
Me siento preciosamente poderosa. Paul, el hombre de mi vida, se encuentra en mi cama y balbuceando frases de amor. No puedo esperar. Mis dedos se mueven con urgencia sujetando entre los dedos su piel satinada.
—Mariam… amor…
Dijo antes de sostener mi mano.
—Tenemos todo el tiempo del mundo —dijo antes de acariciar mi cuerpo echándome suavemente hacia atrás —. Quiero disfrutar de la última sensación de tu piel. Quiero ver como te erizas con mis dedos. Me toca a mi.
Su voz se entrecorta al bordear el contorno abultado de mis sensibles pechos. Respiro profundo y me extiendo como si nos encontráramos en una tarde ardiente de la Provenza y mi espalda se apoyase en un manto fresco de lavandas embriagantes.
Mis párpados se cierran intensificando el silencio de la noche. Los dedos recorriendo mi cuerpo, sus labios besando húmedamente hasta caer y detenerse en la línea fina de la cintura encargada de separar la belleza y el erotismo.
El viento de su respiración choca con mi ombligo. Caliente, firme. Su nariz roza el suave encaje mientras mis párpados se cierran saturados de tanta vergüenza. Las palabras no me alcanzan. El ardor de su lengua acariciando la línea fina de la prenda contra mi piel me eleva.
—Eres tan bonita. Tan dulce…
La mano firme se ajusta a la tela. Siento la presión de su fuerza al arrastrar el tanga hacia abajo. El frío de la desnudez me inunda. Sus manos callosas acarician mis muslos subiendo lentamente. El corazón tamborilea el compás más agresivo. Lo escucho. Lo siento.
Me estiro permitiéndole acceder a mi cuerpo. Soy suya. Me siento suya. Llevo años entregándome al deseo de su amor. El frío de la desnudez desaparece lentamente. Una manta suave se acerca y me recubre.
—Mírame.
La voz delicada es una orden firme. El calor de su cuerpo me recubre sin ahogarme mientras su mano acaricia mis labios.
—Mírame…
Repite con delicada firmeza.
Abro los ojos en estado de embriaguez. La pátina de mi deseo pasional apenas me permite verlo. La sonrisa de sus labios es delicada. Están húmedos y enrojecidos por el roce con mi cuerpo. Emocionada, al ver el azul mar arder al mirarme, acerco mi mano para contornear la línea dura de la barbilla. Lo quiero tanto que el amor etéreo se me escapa del cuerpo.
—Eres tan preciosa que no te merezco. Quiéreme…
Paul me besa mientras una parte de su cuerpo se deja caer sobre el mío. Es curioso, pero su peso no me ahoga. Es agradable. Como una manta mullida en una noche de invierno. Estiro los brazos acariciando la espalda con mis uñas. El sonido al rascar su piel es una melodía suave. Sus besos ya no son suaves. Como notas musicales se elevan cobrando potencia. Lo sigo en su baile. La sensación de su cuerpo desnudo, el roce del bello de su torso jugueteando con mis pechos sensibles es fuego que enciende la pólvora de mi deseo por él.
Estiro las caderas hacia arriba rozando esa parte endurecida que acaricia indiscreta mi entrepierna con unas cosquillas tan indecentes como enloquecedoras.

La mano que jugaba subiendo y bajando por mi cintura se adentra entre medio de los cuerpos. Haciéndose un lugar, acaricia la humedad de mi interior que se agita con el pequeño roce. Envuelta en una nube de adormecimiento agitado me elevo por encima de la habitación. Vuelo en el cielo. Soy el cielo.
Paul pronuncia una y otra vez la belleza de mi cuerpo mientras mordisquea suavemente mi cuello. Su cuerpo es un arpa tensa y pesada que presiona sin ahogar. El dedo seguro se mueve con fuerza acariciando mi carne inflamada a punto de estallar. Su respiración se agita acompasando la locura de mi cuerpo. Quiero más. Necesito más. Su piel, su calor, su caricia, no lo son todo, necesito más.
—Paul... —suplico con urgencia desesperante.
—Ahora amor… ahora —su voz es tan grave como los muertos de ultratumba. Grave. Amenazante.
La mano se afirma y el dedo penetra en mi interior abriéndose paso. La sensatez me alcanza y me tensa.
—Tranquila…soy yo. Paul. Tú Paul.
Abro los ojos para ver mi rostro reflejado en el cielo de sus pupilas.
—Disfruta —dice mientras su dedo entra una y otra vez dentro de mi.
La sensación de sentir su mano, a la vez que su mirada ardiente se clava en la mía, es eróticamente enloquecedora. Siento que voy a desmayar. Apenas puedo respirar.
—Vuela, yo te sostengo.
Sus palabras son una canción que termino de escuchar en la inconsciencia de un orgasmo que me agita como cientos de huracanes. Mi cuerpo se convulsiona y la cabeza apoyada en la almohada se deja ir en una especie de somnolencia con aroma a Paul.
Sus besos me cubren y el cuerpo que tenía casi pegado termina por acomodarse piel contra piel. El dedo es reemplazado por su pene duro que se acerca e introduce con lentitud.
—Amor… —Paul habla contra mis labios.
Lo miro extasiada. El sudor de la contención le recubre el torso y la frente. Está haciendo un esfuerzo y es por mí.
Lo amo. Lo amo más que ayer y más de lo que amaré nunca.
Estiro los labios para besarlo. Quiero saborearlo. Comerlo. Mi lengua entra en su boca adueñándose de su humedad como sus dedos lo hicieron con mi cuerpo.
—Te deseo… —su voz grave es tan profunda como los mares.
Aceptando el beso se agita encima de mi cuerpo. Los brazos a los lados son postes duros que no se quiebran. El cuerpo se niega a dejarse caer.
—Ven…
Baja y entra lentamente. Siento la invasión llenarme de forma saciante muy poco a poco.
—¿Te hago daño? Dímelo y saldré.
Sonrío al sentir que su deseo se aleja mucho de las palabras.
—El único daño que me harás es si sales.
—Dios…
Paul dejó caer un brazo introduciéndose de forma completa. La sensación de tenerlo duro dentro de mi hace quedarme inmóvil.
—Estas… ¿Te lastimo?
—Estoy bien —digo acariciando su rostro. Su mirada se clava en mis labios y la experiencia de tenerlo dentro se intensifica —. No es dolor. Es algo extraño. Te siento en cada rincón, de una parte, de mi cuerpo, que no había sentido jamás. Eres grande y me acaricias rellenando cada

centímetro escondido.
Presiono los labios de mi vagina confirmando mis sensaciones.
—Cariño, un poco de compasión…
Sonrío con picardía inocente.
—Es una sensación rara, pero no hay dolor.
—Entonces bésame.
Nuestros labios se encuentran y sus labios que antes me aceptaban ahora me devoran. El cuerpo que se agitaba sin moverse ahora se aleja para volver a entrar con mayor determinación. El calor de la sonrisa se caldea dejando lugar a la pasión. Mi cuerpo comienza a enloquecer como en el principio de sus caricias con el dedo. Pero ahora con mayor urgencia. El chico que cuidaba de mi ya no existe. El hombre deseoso de mujer abarca todo el espacio. Su cuerpo vuelve a subir y bajar introduciéndose más allá de la profundidad.
—Sí —digo sin saber por qué. Y no solo lo digo, sino que lo repito como mantra enloquecido mientras elevo las caderas. Cuando se aleja el vacío es doloroso.
Paul ya no habla, no escucha. El cuerpo es el dueño de sus actos. La mano derecha sujeta con fuerza mi cintura. Su boca besa mordisqueando mi hombro. Las sensaciones se me agolpan en el vientre.
—Sí —vuelvo a exclamar como si poseyese algún significado, mientras mis caderas luchan por alcanzarlo en las alturas.
Sus movimientos son cada vez más seguidos. Más potentes. El sonido de su corazón se acompasa con la fuerza de su respiración. Me aferro a su espalda. Quiero alcanzarlo y que me lleve. Algo dentro de mi se revoluciona. Siento que voy a explotar en cientos de estrellas dispersas.
—Mía… Mía…
Escucho, antes de sentir como el cuerpo se me convulsionaba, y los corazones del amor, me elevaban hacia el cielo de su azul mirada.

Despertar

El sol de la bahía de Baltimore entra por la ventana. Abro los ojos e intento desperezarme, cuando los brazos fuertes que rodean mi cintura me despiertan a la realidad. ¡Lo de anoche fue real!

El amor de mi vida, mi sueño imposible, sujeta mi cuerpo. ¡Sí!

Me acomodo junto a su pecho. Quiero permanecer así hasta el final de los días. Su cuerpo se tensiona ante el contacto de mis nalgas. De forma traviesa intento restregarme un poco más. Su pene respinga regalándome pequeños toques.

—Si despiertas al lobo lo encontrarás.

—Pensé que dormías.

—Ya no —dijo antes de pegarse totalmente a mí.

Con la desvergüenza de la chica que ya no es virgen, elevo mis caderas contra su erección más que despierta.

Vuelve a gruñir y saltar con mi contacto. Vuelvo a repetirlo y él vuelve a contestarme. Estoy por hacerlo una tercera vez cuando, con un solo enganche de su brazo, termino boca arriba y con el torso desnudo sobre mis pechos. Su mirada amenazante me causa risa.

—Acabas de despertar al lobo. Te dije que no debías hacerlo.

Paul comienza a mover las manos en un ataque de cosquillas indecentes.

—No. Por favor. No —chillo mientras intento zafarme del férreo ataque.

—Te lo advertí.

Me convulsiono de un lado a otro cuando sus besos cubren mis pechos. Las cosquillas dejan paso a la humedad de su boca indecorosa. Me entrego feliz de estar viva.

Su cabeza viaja como nata líquida por mis senos erectos. La sensación de sus labios es increíble. Pensar en Paul, el chico que jamás me miraba, jugar tan apasionadamente con mi cuerpo me eleva al quinto cielo. Acaricio sus cabellos impulsándolo a que nunca acabe. Quiero que el tiempo se detenga y la vida sea una continuación de sus labios.

—Eres trigo bajo el sol —dice acariciando suavemente el vello depilado de mi pubis—. Es el mejor color del universo —dice besando los milímetros de mi piel con lentitud exagerada.

—Eran morenas —susurro pensando en las chicas que tanto le gustaban —. Morenas de ojos negros…

—¿Cómo dices?

Su cuerpo se eleva sobre los codos mirándome de forma traviesa. Me arrepiento al instante de mis palabras. Su boca brilla el sabor de mi piel. No debí pensar en voz alta.

—¿Qué pasa?

No contesto. No puedo.

—¿Que pasa con las morenas?

—Así eran ellas —contesto al ver que no piensa abandonar el tema.

—¿Quienes?

—Yo soy rubia. Mis ojos son azules. Mi cabello es del color del trigo.

Intento moverme bajo su cuerpo buscando un refugio para mi vergüenza, pero él no me lo permite.

—Soy perfectamente consciente del color de tu cabello y de la suavidad de tu piel.

La boca se acerca cariñosa. Lo esquivo indignada. El recuerdo de su oscura forma de tratarme enturbia nuestro esperanzada claridad.

—¿Qué pasa? Cariño, mírame. Soy yo. ¿Por qué no me dices qué pasa por esa cabecita preciosa?

—Soy rubia —repito con poco valor para mirarle a la cara. Su cuerpo continúa sobre el mío sin alejarse —. Todas ellas eran morenas. Yo soy rubia. No te gustan las rubias. Las odias.
Paul se aleja recostándose a mi lado.
—No odio a las rubias.
—Tú lo dijiste.
Se apoya sobre su costado para mirarme a la cara mientras peina mis cabellos revueltos.
—Lo recuerdo palabra por palabra, y no fue eso lo que dije. Hablé de preferencias no de odio.
—Es lo mismo.
—No lo es. Salía con morenas porque buscaba que fueran lo opuesto a ti.
Su contestación me desconcierta. Estoy perdida. Lo que acaba de decir ¿es malo? ¿o terriblemente malo?
—¿Cuándo dices opuesto, te refieres a algo así como, un no puedo verte ni en la sopa?
La sonrisa traviesa de sus labios consigue enfurecerme. Cuando entregas tu virginidad al amor de tu vida, a ese chico con el que has soñado durante toooooda tu vida, no esperas que él confiese que no te soporta.
—Llevas tiempo volviéndome loco. Tus acercamientos comenzaron a gustarme. Tanto que comencé a pensar en ti más de lo que debería.
No estoy segura de si lo que cuenta tiene algo que ver con las morenas, pero la confesión me encanta.
—Cuando cumpliste la mayoría de edad comprendí que me gustabas más de lo conveniente.
—¿Conveniente? Qué trágico —sonrío acariciando su rostro—. ¿Y las morenas?
—Quería olvidarte. Pensé que, si veía algo bueno en alguien opuesto, tal vez así podría sacarte de mi cabeza. Eres la única a la que deseaba tener —la mano se acerca a mi rostro en una caricia rápida—. Necesitaba que sus cuerpos me ayudaran a olvidarte.
Paul se recuesta en el colchón. El peso de su confesión lo echa hacia atrás.
—Pero tú siempre me rechazabas.
—Creí que te cansarías de querer estar conmigo.
—Siempre estuve enamorada de ti. Y tú lo sabías.
—Tengo casi veintiocho años. No podía arriesgarme.
—Eres el mejor hombre del mundo y sé lo que quiero.
Camino sobre mis rodillas poniéndome sobre su cuerpo. Abro las piernas y lo encierro.
—Te recordaré tus palabras cuando quieras abandonarme.
Lo beso dejando las explicaciones para otro momento. Soy demasiado feliz para perder el tiempo en bobadas. ¡Paul me quiere! y yo ¡lo adoro!
Su cuerpo tenso me espera. Muevo las caderas sin conseguir capturar mi objetivo. Soy una ex virgen demasiado novata.
Las manos fuertes y callosas se aferran a mis caderas mientras su cuerpo se eleva. Nos unimos y mis caderas bajan con premura capturándolo en su interior.
—Mis pantalones cariño… necesito mis pantalones…
Sonrío traviesa
—Lo último que necesitas son tus pantalones —digo moviendo mis caderas sobre su cuerpo enterrándolo en mi cuerpo más allá de lo posible.
—Cariño… por favor… en los pantalones… mi cartera…
—Puedes pagarme luego.
El chascarrillo apenas lo hace sonreír. Su cara se descompone de tensión. Me siento la mujer más poderosa del universo. Sus gemidos son consecuencia de mis deliberados movimientos. Su

pérdida de control es mi victoria.
—Amor, anoche lo hicimos sin protección. Tengo que cuidarte… —gime ante mi nuevo embiste.
—Tomo pastillas.
La sensatez de Paul se terminó cuando mis sentadillas encadenadas lo obligaron a aferrarse a mis muslos. Estoy segura de que sus dedos me dejaran marcas.
—Sí…
Fue lo último que pude escuchar antes que mi cuerpo comenzara a sufrir una necesidad imperiosa de volar. Los espasmos agitados me convulsionan hasta dejarme inerte sobre su pecho.
—No voy a dejar ir…
Escucho antes de cerrar los ojos. Existe algo en el mundo más fuerte que el amor, y es el sueño.

Paul

¿Qué desde cuándo te quiero? Me gustaría saber desde cuándo no lo hago.
La primera vez que te vi eras una adolescente pizpireta enseñándome a vivir una alegría nunca conocida. Tus miradas de enamorada inexperta consiguieron derretir mis capas más secas y corroídas. Sí, era de esos hombres donde la amargura plantaba ondas semillas.
Me puse arisco. Te respondí con la peor de mis muecas. Sin embargo, tú nunca me diste por perdido. Eras la más dulce estratega. Te reirías acerca de la cantidad de veces que esperé expectante tus ataques de mujer conquistadora. Siempre fuiste una tarde fresca en mi vida asfixiante. Tus ojos de pradera húmeda eran mis vacaciones. Los días en los que la desesperación de mi monotonía inútil no me dejaba ver más allá de las gruesas capas de barro, llegabas tú caminando de forma sensual, e intentando atraer mi estupidez masculina. Eras una diversión tan placentera que tu conversión de jovencita a mujer llegó golpeándome en toda la frente. Te cuidaba como a una hermana negando los gritos de un corazón que reclamaba lo mucho que te quería.
El día que viajaste a Madrid, dejándome atrás, el vacío encontró un hueco desesperante donde anidar. Los días y las noches se convirtieron en la misma basura. Las tardes ya no refrescaban. El infierno me devoraba, y tú no estabas para refrescarme. Te habías ido. Tus sonrisas, tu frescura y tus estrategias las derrocharías con otro. Deambulé como un loco esperando que la furia me destrozara, sin embargo, la única vencedora fue la locura.
Sin preguntar me subí a un avión. Necesitaba verte. Solo una vez. Me repetía sabiendo que era una cruel mentira. Era el día de tu cumpleaños. Estaba tan ansioso que creí desfallecer al verte en mitad de una gran fiesta. Tus cabellos rubios caían en cascada sobre un vestido de flores primaverales. Irradiabas todo lo que eres. Todavía no sé cómo fui capaz de no lanzarme y envolverte en mis brazos para que nadie te mirara. Te necesitaba a mi lado. Quería volver a respirar el aroma de la vida.
Todos te miraban. Pero ninguno de ellos te querrá tanto como yo. Te quiero con la misma intensidad que temo perderte. Nunca nadie, antes de ti, se preocupó por enseñarme a amar.
—Mi dulzura más bonita…
Tus cabellos revueltos se extienden sobre mi pecho. Ya no puedo soportarlo. Te muevo ligeramente. No quiero despertarte. Solo un beso. Solo uno ligero…
—Mmmm
Te extiendes en el colchón. Estás con los ojos cerrados. Te acaricio con todos los derechos del amor entregado. Quiero reclamarte como mía. Quiero gritar que cada centímetro de esa felicidad inocente me pertenece solo a mí. Soy un maldito bastardo que ha conseguido el número premiado.
—Duerme mi vida… —digo sabiendo que no seré capaz de respetar tu descanso.
Entre sueños dices mi nombre. Ya no eres parte de mi imaginación. Conozco el sabor profundo de tu boca. Reconocería el aroma de tu piel entre cientos de mujeres. Sé que tus ojos se clarean al amar y que tus uñas se aferran a mi cuerpo segundos antes de…
—Te necesito… debería…
Dejarte dormir.
No volver a molestarte.
Desaparecer de tu vida.
Permitir que otro te enamore.
No cumplo ninguna de esas buenas razones. Me posiciono sobre tu cuerpo relajado. Soy tuyo y

necesito que seas mía.
Acaricio tu cuello y me introduzco suavemente entre tus piernas. Ronroneas mientras abres las piernas. Repites mi nombre en la penumbra de tus sueños. Tu cuerpo se humedece con mi roce. Me deseas. Yo… te necesito. Porqué tú eres la vida, y yo un idiota, que, junto a ti, aprendió a respirar.
—Dios…
Entro lentamente. Estas despierta. Me lo dice tu sonrisa pícara. Tus ojos se niegan a mirarme. Juego tu juego. Salgo y espero ahondando la sensación de vacío. Me buscas. Estás molesta. Ambos sufrimos la separación. Tus dedos furiosos se aferran a mi piel empujando para que vuelva a tomarla. No sabes lo feliz que me haces.
—Paul…
Mi nombre en tu boca adormilada es la mejor orden. Ya no quieres jugar. Me quieres dentro de tu cuerpo. Y yo… Yo necesito marcarte de mil formas diferentes. Invalidarte para otro. Demostrarte que solo yo puedo hacerte feliz y que nunca podrás abandonarme.

Escucha el silencio

—Matilda. No te esperaba.
Tironeo los bajos de la camiseta para que no se me vean las bragas.
—Me pasé para dejarte una lasaña antes de ir a casa de mi hermana. No me regañes. Ya sabes como soy. Estaba pensando que estarías aquí solita, sufriendo y sin nada para…
Sin advertir la presencia de la mujer, entró en la sala y no se detuvo hasta que ya era demasiado tarde. A medio vestir, con los cabellos revueltos, y en mitad de una sala de doscientos metros cuadrados de concepto minimalista, Paul no encuentra lugar donde esconderse. Vistiendo unos vaqueros y la cremallera a medio cerrar se quedó petrificado.
—Comer.
Matilda terminó de hablar sin dejar de subir la vista por el cuerpo de Paul.
—Buenos días —dijo mirando sus pies desnudos.
—Buenos días —contestó con voz grave y tieso como una estatua de Miguel Ángel.
—Paul y yo estábamos pensando en preparar el desayuno. ¿Si quieres quedarte?
Me muevo a los lados. La vergüenza no me deja estar quieta. En estos momentos me enterraría detrás de la nevera. Matilda nos ha pillado con la mano en la masa.
—Sí. Iba justamente a comprar algo… ¿dulce? —Paul me observa con mirada desesperada. Yo niego con la cabeza. Matilda adora el salado —. Salado. Sí, mejor compro algo salado.
—Deberías vestirte antes —la mujer habla en tono neutral. Ni furiosa ni contenta.
—Sí, claro. Vestirme.
Paul contestó al darse cuenta de que estaba por salir hacia la calle con el cuerpo semi desnudo y los pies descalzos.
—Estuvimos trabajando toda la noche y…
Cuando Paul desapareció dentro de mi cuarto la carcajada de la anciana estalló junto a mi cara.
—Mi niña, soy vieja, no ciega. Sé perfectamente que tipo de tra-ba-jo estuvieron haciendo.
Me siento en los bancos altos de la cocina expulsando el aire que minutos antes se me atascaba en el pecho.
—No te rías de mí —oculto la cabeza tras las manos.
—Por fin se ha decidido. Tu hermano pensaba que era imposible. Yo tenía más esperanzas, pero algo menos que Sofía. Ella fue la que apostó más dinero.
—¿Me estás diciendo que mi hermano, mi futura cuñada y la mujer a la que quiero como a una madre apostaban sobre mi futuro amoroso? Me avergüenzo de vosotros…
—Sobre tu futuro amoroso no. Apostamos sobre el valor escondido en sus huevos.
—¡Matilda!
—Perdona cariño —dice lagrimeando de la risa—. No soy capaz de borrar la cara que puso al verme. Creo que deberías ir a verlo antes que decida lanzarse por la ventana.
Matilda recoge su bolso para irse.
—Eres una señora muy mala —digo besándola con un fuerte abrazo.
—Me alegro por ti, mi niña. Sé lo mucho que lo quieres y el tiempo que lo has esperado.
—Lo adoro —digo en el mismo abrazo.
—Mis hombros y yo lo sabemos muy bien.
Me sonrío recordando las veces que lloré en sus brazos.
—Vamos, ve con él y disfruta de vuestro amor. Aunque…
—¿Aunque?
—No dejes pasar el tiempo.

—Yo tampoco soy ciega. Y menos sorda. Eso no es lo que ibas a decir.
—No me hagas caso. Las viejas hablamos de más.
—Tú nunca lo haces.
—No lo creas. Suelo tener alucinaciones.
—Entonces cuéntame esa alucinación que se te acaba de aparecer.
—Paul me cae bien y estoy segura de que siempre te ha querido.
—Pero…
—No hay peros. Es solo que le gusta guardar silencio. Y eso no siempre es bueno. Deberías enseñarle a hablar.
—¿A hablar?
—Mi niña. Los silencios ocultan, las palabras solucionan.
Me agacho para entregarle mi frente que besa con cariño
—Quita esta arruga —dice acariciándome la piel —disfruta del amor que te mereces. Te quiero mi niña.
—Y yo a ti. ¡Llámame cuando llegues a casa de tu hermana! Sabes que me preocupo —chillo al verla subir al ascensor—. Cuando quieras me llamas y voy a buscarte. Sabes que odio que subas a taxis de…
La mujer se despidió con un beso al aire antes de cerrarse la puerta.
Enséñale a hablar. Las palabras solucionan lo que el silencio esconde…
—¿Se fue?
Paul se acerca abrazándome muerto de risa.
—Acabo de sentirme igual que un adolescente escabulléndose por la ventana de su novia.
—Ella lo sabe.
—¿Qué ha dicho?
—Te quiere y está feliz por nosotros.
—Yo lo dejaría en que le caigo bien. A veces me observa de una forma intrigante.
—Me quiere como a una madre. Ella siempre fue mucho más que una asistenta para nosotros.
—Lo sé. Y por eso acabo de quedarme pasmado como un estúpido. Por cierto, creo que me debes unas disculpas.
—¿Yo? ¿Por qué?
Las manos fuertes me sujetan por la cintura para levantarme por los aires. Cargada sobre sus hombros soy un saco de mercancía del puerto.
—Me has hecho pasar la mayor vergüenza del siglo. Y todo por tu culpa. Necesitas resarcir el daño.
—Yo no he hecho nada de eso.
—Sí que lo has hecho. Me has dejado solo. Te has desaparecido aprovechando que estaba dormido.
—¡Paul!
Mi grito quedó ahogado al caer en la cama.

Juntos

Con los pies como sapo reventado consigo reptar hasta el sofá. Llevamos días recorriendo la ciudad intentando reunirnos con el escurridizo señor Yan.
El primer día no se presentó porque la reunión era a las cuatro de la tarde y le pareció que ese horario significaba mal presagio. Cancelamos para el día siguiente. Tampoco se presentó. Su secretaria nos explicó que se encontraba en un almuerzo ineludible en el National Aquarium. Al parecer, se le olvidó informarnos que fotografiar al cirujano real azul en su pecera, era un hecho demasiado importante como para cumplir su palabra y reunirse con nosotros.
Reorganizamos las agendas.
Esta tarde tampoco acudió.
Después de tres horas más tarde del horario convenido, y de pesar la absoluta inopia explicativa en la que nos encontrábamos, decidimos acorralar a la secretaria. La señorita de sonrisa eterna se acercó para informarnos que el distinguido señor Yan, había salido de forma apresurada al Fuerte McHenry. Nos quedamos tan congelados que la señorita se dignó a comentar, sin ningún remordimiento, por supuesto, que el señor Yan debía presenciar un acto homenaje. Cerca estuve de pedir explicaciones y abrirles los ojos con el reclamo fervoroso de ¡por qué demonios no habló antes!
Paul y yo salimos disparados. Quizá podríamos encontrarlo de camino y tener una oportunidad para hablarle.
Volamos hacia el aparcamiento mientras discutimos las ventajas de viajar en automóvil o en transporte público. El navegador resultó ser nuestra arma secreta. A fuerza de volantazos esquivamos los atascos, y parecía que lo teníamos al alcance de los dedos, cuando el camión de delante reventó dos neumáticos. ¡Dos! Pasamos horas admirando cajas de pasteles de cangrejo derramadas en la autopista. Por supuesto no alcanzamos al señor Yan.
—Tengo los pies como empanada gallega.
Paul se sentó a mi lado. Con delicadeza me ayudó a quitarme los doce centímetros de tacón. Mis tobillos son flotadores obesos.
—¿Qué es eso?
—Tobillos.
—La empanada gallega —dice sonriendo mientras acaricia mis músculos ahogados en retención de líquidos.
—No pares… no pares… —estiro los dedos acalambrados—. Es una empanada redonda, del tamaño de un plato, rellena de atún y cebolla.
—Tus pies son mucho más bonitos que el atún.
Las manos de Paul se mueven de forma tan magistral sobre el empeine, que me echo hacia atrás descartando explicar porqué la empanada gallega es mil veces mejor que mi pie amorcillado.
—No lo encontraremos nunca —digo desilusionada.
—Lo harás. Cuando algo se te mete entre ceja y ceja no existe fuerza que te detenga. Lo digo por experiencia.
—No te perseguía tanto —contesto ocultando el rostro tras un cojín.
—Te recuerdo esa vez que comenzaste a hablar de forma lenta y Blake y yo pensábamos que te había dado un ictus.
—Intentaba parecer sensual.
Soy incapaz de contener la risa. Ese día hice el papelón del siglo. Los consejos de *youtube.com/loveinyourhands* decían que tenía que hablar de forma pausada y con carraspera. Al

parecer eso los pone a mil. Yo solo conseguí que me llevaran al logopeda.
—Parecía que estabas al borde del infarto.
—Eran las herramientas para convertirte en mi presa.
La diversión convierte mis palabras en desenfadadas. Su mirada azul repasa de arriba abajo mi cuerpo desparramado.
—Tú eres la presa.
—¡De eso nada! —Me acomodo con mayor dignidad —. Tú me odiabas. No podías ni verme.
—Jamás te odié —contesta soltando mis pies.
—¿Entonces por qué me rechazabas? Tenía que hacer juego de malabares para poder verte. Nunca hablabas conmigo de forma directa. Era una mosca a la que querías alejar.
Su cuerpo se acerca rodeándome en un abrazo cálido. Siento como mis músculos se relajan flácidos con su contacto. El aroma de su cuerpo es el amor convertido en esencia de hombre.
—Eras una mariposa. Una que deseaba demasiado. Si de adolescente eras preciosa, de mujer eres admirable. Te convertías en algo precioso y no podía tener.
—¿Por qué? Sabías que tú eras el único para mí. Jamás sentí nada por ningún otro como lo que siento por ti.
Mis dedos juegan con el botón de su camisa. El aire serio de su rostro se intensifica hipnotizándome.
Desde el primer momento en el que lo vi la imagen de hombre fuerte e intenso pisoteó mis pensamientos de niña para convertirse en deseos de mujer. Me resulta imposible pensar en el amor sin ponerle su nariz o sus pecas gris suave que se le ponen en la nariz los días de sol intenso. Sus cabellos son fieros como los de un vikingo indomable. Gruesos y rebeldes. Cuando adolescente me resultaba inviable mirarlo a la cara sin sentir que el corazón se me escapaba por entre los dientes.
—Miedo.
—¿Tenías miedo? ¿de mí? Soy una cabeza más baja que tú y mis puñetazos no te harían cosquillas.
Arrodillado en la alfombra, estira los brazos sobre mis hombros.
—Tú posees todas las armas para herirme de forma mortal.
Mi nariz golpea con los botones de su camisa. Lo acaricio y empujo suavemente para mirarlo a la cara.
—Yo jamás te lastimaría.
—Queriendo, no.
Sus palabras me llevan al consejo de Matilda de hace unos días atrás: *Enséñale a hablar, los silencios esconden pesares.*
—Nunca hablas de tu familia. Sé muy poco de tu vida.
Paul quita su amarre de mi espalda. El frío de su ausencia me hace pensar que he cometido un terrible error.
—No tengo mucho que contar. Soy hijo único. O eso creo.
Esa respuesta aviva mi curiosidad.
—¿Tus padres viven en Baltimore?
—La última vez que supe de mi padre estaba emborrachándose en Ohio.
—¿Y tu madre?
—Murió de cáncer de pecho cuando estaba en el instituto. Desde los catorce años viví en la calle. Contenta con la investigación.
La rudeza de su respuesta es una lanza de hielo congelado. Acerco un cojín y me distancio

lentamente hacia la esquina más lejana.
—No quería ser chismosa.
La mano rasca su rostro varias veces seguidas antes de hablar.
—No lo eres —Se sienta junto a mí y estirando la mano me arrastra hacia él.
Feliz con el acercamiento acepto sentarme sobre sus rodillas. Escuchar el sonido de su palpitar bajo la palma de mi mano es la mejor sinfonía para una noche que comienza a oscurecer. Al otro lado del ventanal las luces de la bahía de Baltimore parpadean al encenderse.
—Mi padre no solía estar en casa. Era camionero de trayectos largos. Pasaba su vida en las carreteras, y cuando venía, contábamos las horas para que se fuera. Le gustaba la vida en libertad. Una mujer y un hijo eran un estorbo. Mi madre y yo nos la arreglábamos como podíamos. Incluso llegó a irnos bien. Cuando él no estaba hasta pasamos momentos felices. Un mes, nos dimos cuenta de que su retraso se prolongaba más de lo habitual. Y así, hasta que pasó el año completo sin ninguna noticia de su paradero.
—¿Tuvo un accidente?
—No tuvimos tanta suerte. Se marchó con una prostituta de la que se enamoró perdidamente.
—¿Los dejó solos?
—Siempre lo estábamos. Esa era nuestra bendición. Esa mujer nos liberó. Mi madre llegó a sentir alegría de no volver a tener que abrirle la puerta. Durante tres años fuimos totalmente felices. Ella era camarera a tiempo parcial, pero con su trabajo y mis trapicheos, hasta llegamos a festejar uno de mis cumpleaños. Todo era perfecto, o al menos eso creí, hasta que la vi caer en la cocina. La cogí en brazos y la llevé a un hospital. Después de horas confirmaron el diagnóstico. Era cáncer. Necesitaba tratamiento urgente y ella no tenía seguro médico. Mis padres no estaban casados y él jamás quiso pagar por su salud. Pedí dinero prestado y recorrí media Ohio hasta encontrarle. Estaba solo y borracho. La enamorada lo había dejado para volver con su chulo. Cuando le conté la situación de mi madre me cerró la puerta en las narices. Dijo que no era su problema. Ella falleció pocos días antes de cumplir yo los catorce.
—¿Viviste en la calle? Pero eres ingeniero. Cómo…
—Deambulé hasta que tuve edad para alistarme. Ellos me formaron.
—¿Por qué dejaste el ejército?
—Tenía que conocerte.
Sus labios chocan con los míos en un beso suave y profundo. Enrosco mis brazos en su cuello mientras me entrego a su dulce sabor.
Conocer su vida anterior, escuchar las puertas de sus temores abrirse hacia mí, me acercan aún más a él. El dedo áspero acaricia mi boca húmeda por su beso.
—¿Qué hubo entre tú y Anthony?
—¿Anthony? —Tardo unos segundos en volver al mundo real—. ¿El mejor amigo de Sofía?
—Él.
—Me cae bien. Somos amigos.
Su frente se aleja unos centímetros. No demasiados. Los necesarios para que sus pupilas demuestren su pena.
—Te vi besarlo.
Intento pensar en lo que me habla, aunque me resulta difícil con sus manos acariciando mi cintura.
—Besar a Anthony…
—El día de fin de año.
—Ah, eso. No fue un beso.

—Sé lo que vi.
—Fue un beso, pero no un beso. Anthony no siente el menor interés por mí. Fue una broma sin importancia.
—¿Y tu interés?
—Anthony es maravilloso y adorable. Cualquier chica se enamoraría de él. Pero no yo.
Paul sujeta mi cintura con fuerza. Sus manos son anclas que me sostienen sobre sus piernas.
—¿Y Raúl? ¿Con él también fue un beso sin importancia?
—Jamás he besado a Raúl —mi contestación rotunda ilumina su mirada —. Te burlas de mí…
Estoy por levantarme de sus piernas de lo más indignada cuando sus dedos me presionan con fuerza. Seguro me ha dejado marcas. La idea me gusta.
—No eres la única interesada en saberlo todo acerca del otro.
Acepto el golpe.
—Desde que llegué a Madrid no he salido con ningún chico.
Me confieso y me abstengo de contarle que sus continuas visitas a la ciudad me hacían imposible olvidarlo. Algunos secretos femeninos deben seguir siempre en el fondo de nuestros bolsos. Un lugar inaccesible y secreto para cualquier hombre.
Paul se mueve inquieto. Su mirada se pierde y regresa a mi rostro de forma atragantada.
—¿Qué pasa?
Se rasca el cuello. Es divertido como los gestos de los hombres se repiten. Mi hermano se pellizca de la misma forma cuando se encuentra nervioso o cuando…
—¿Qué quieres preguntar? Lánzalo. Prometo no enfadarme.
—¿Lo prometes?
—Palabra de girl scout.
—Tú no eras girl scout.
—¿He dicho lo mucho que le molesta a una chica que su… la conozca tanto?
Siento el ardor subir por mis mejillas e inundarlas. Apunto estuve de dar el paso en falso. Una semana con Paul no es el tiempo suficiente como para decir esa palabra que los hace huir despavorido.
—¿Novio? ¿Tu chico? ¿Pareja? —Sus manos abandonaron mi cintura para encerrar mis mofletes ardientes—. Dilo.
—¿Y darte vía libre para salir corriendo? Ni lo sueñes.
Estiro los labios como trucha bajo la presión de sus anchas manos.
—Dios…
En un movimiento intergaláctico paso de estar encima de sus piernas para quedar con la espalda tendida en el sofá. Sus besos acarician cosquilleando divertidos mi cuello sensible.
—Estoy perdido…
Las manos expertas abren mi blusa y se pierden lentamente recorriendo el camino de la clavícula. Los besos se detienen ante mi cuerpo que espera impaciente. Su mirada queda fija entre el hombro y el cuello. No se mueve. El dedo gira en movimientos continuos y repetitivos.
—¿Todo bien?
—La primera noche que estuvimos juntos…
—Hace diez días —completo intentando darle vidilla a la conversación. Mi cuerpo desea envolverse en sus besos y no en palabras.
—En una hora serán once días —levanta la frente dejando atrás mi anatomía —. Te pedí mi cartera. Allí tengo preservativos… para una urgencia.
—Si no los tienes es porque los habrás usado con otra. Si esa es la pregunta que tenías ya te he

contestado.
Pensar en Paul y sus urgencias consiguen ahogar el ardor que hasta hacía unos segundos me quemaba.
Desde que conozco el significado práctico de hacer el amor, pensar en sus manos disfrutando de otra piel que no sea la mía, me hunde en la tristeza. Giro la cabeza para no demostrar lo herida que me siento. Hablar de otras mujeres en el momento que me encuentro bajo su pecho y con la mitad de la camisa abierta, no resulta demasiado oportuno.
—Dijiste que tomabas pastillas, sin embargo, yo fui el primero.
—No entiendo a dónde quieres llegar.
—¿Por qué las tomabas? ¿Estabas pensando en tener sexo y por eso te estabas preparando? ¿Para quién lo hacías? ¿Lo conozco?
—¿Se puede saber qué te pasa?
Empujo mis piernas para que me permita levantarme. La posición me deja demasiado indefensa para la lucha. Y estoy con los puños atorados en la garganta.
Se mueve dejándome libertad. Salto del sofá como si un resorte me empujara el culo.
—¿Cuáles son tus dudas? ¿Se supone que necesitas un listado de chicos a los que he besado? ¿Quieres también que detalle a cuántos he visto en calzoncillos? Porque si es eso puedo...
—¡Calla!
Parece enfadado. Que se aguante. Acaba de ponerme furiosa y no voy a detenerme. De lo que estoy segura es de que yo no he sido la primera en pasar por su colchón.
—¿Con qué derecho intentas juzgarme? No te debo explicaciones de antes de estos cinco días y no sé cuantos minutos. Ninguna explicación. Hasta donde sé tú no eras ningún célibe.
—No. Me he acostado con muchas. Demasiadas. Ahora ven aquí.
¿Qué extraña estupidez puede pasar por la cabeza de un chico para reconocer que se ha acostado con todo lo que se menea y piense que eso nos excita?
Me alejo lo suficiente para que su mano no me alcance. Estoy furiosa y lastimada. Pensar en todas esas chicas que pasaron por su cama me hacen sentir la ingenua virgen con la que hizo el amor por caridad.
—Será mejor que te vayas. Estoy cansada. El día ha sido demasiado largo.
Camino hacia los ventanales escondiendo mi herida tras la imagen de los barcos aparcados en la bahía.
—No pienso irme. Te lo advertí. No vas a dejarme. No puedo permitirlo.
Su cuerpo me envuelve por la espalda llevándome hasta su pecho. No puedo rechazarlo. Lo que siento por él tampoco se acaba con un portazo.
—¿Por qué me hablas de ellas? No quiero saber nada. Duele mucho.
—Perdóname. Por favor… No quería hablar de mujeres. Más bien era todo lo contrario.
Me giro en mis propios pies enfrentándolo.
—¿Es por que era virgen? Imagino que te parecí algo aburrida, pero…
—Cariño… —sus dedos se posicionan sobre mi boca—me pareciste, y eres hermosa. Cuando me miras me enciendes como a un adolescente hormonado. No se te ocurra pensar que no disfruto de nuestros momentos juntos. Cuando te tengo delante tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no tumbarte y hacerte mía.
Su mano se aleja de mi boca y acaricia mi rostro.
—Cuando dijiste que tomabas pastillas no dejé de pensar en tu cuerpo preparándose para otro. Los celos imaginándote con él me enloquecieron. Imaginar a otro hombre encima de tu cuerpo y entrando en ti… Tienes toda la razón, soy un imbécil. No soy ningún santo, pero por favor,

nunca sientas celos de otras chicas. Antes de ti no existieron más que pasatiempos.
Su sinceridad me hace pensar en dar la vuelta al bolso y dejar caer el total de mis secretos. No puedo iniciar entregándome a medias. Paul es demasiado importante como para comenzar con tinieblas que enturbien lo que sentimos.
—La noche que Anthony me besó, fue por pena. Tú habías desaparecido con una morena y yo estaba… ya te imaginas. Cada vez que te veía con otras mis sueños sobre ti se alejaban diez pasos.
—Lo siento…
Sus dedos acarician el bordillo de mi lagrimal humedecido.
—Anthony sabía que estabas cerca. Quiso demostrar que era una chica deseable para otros chicos. Fue un beso cariñoso. Con respecto a los anticonceptivos…
—No tienes que explicarte. Soy un imbécil. Déjalo.
—Comencé pensando en Raúl, pero luego lo hice por John.
Mi sinceridad acaba de golpear la boca de su estómago. Siento el rugir de sus entrañas. Sus dos pasos hacia atrás me congelan junto a la ventana. La oscuridad de la noche y la luz de la única lámpara del salón se pierde tras su ancho cuerpo.
—¿El teniente Smith? Solo le has visto una vez. Esas flores no pudieron enamorarte tanto.
—Me ha llamado todos los días y hemos ido a cenar tres veces.
—Eso no es posible. Tú y yo hemos estado siempre juntos. ¿Sientes algo por él? ¿Tú y él habéis?
—¡No! Sabes que no —camino hacia el lado opuesto de la sala— las chicas no dejaban de darme consejos de conquista que morían en el intento. Tú no me dabas ninguna oportunidad. Ya no soportaba ver como te alejabas. Quería encontrar a alguien que me quisiera y me hiciera…
—Olvidarte de mí.
—Necesitaba sentirme deseada —seco las lágrimas molestas—. Sabía que no podía seguir esperándote. Por eso fui al ginecólogo y le pedí esas pastillas. No quería depender de la única precaución de un preservativo. Deseaba probar si era capaz de tener sexo sin amor.
Paul, a unos pasos de distancia, me observa con una mirada que no soy capaz de reconocer. ¿Me odia? ¿Me quiere? ¿Se quedará? ¿Se marchará?
—Te quiero desde que te vi. Jamás quise a otro.
Intento desesperadamente alcanzar su altura con la punta de mis pies y vernos a la cara.
—Será mejor que me vaya. Es tarde.
—¿No te quedas a dormir?
—Tengo que ducharme y cambiarme de ropa. Aún nos queda mucho trabajo por delante. Si quieres llegar a tiempo a esa boda no podemos retrasarnos —. un beso en mi mejilla—. Descansa
—¿Te espero para desayunar?
—Descansa.
Su contestación se repitió segundos antes de ver su espalda desaparecer por la puerta.

Paul

Las mismas estrellas que horas antes me parecieron esmeraldas de esperanza me aplastan quitándome el aire. ¿Cómo pude cometer semejante error?
Intento beber, pero el desgraciado del botellín está vacío. Extiendo el brazo sin mover el cuerpo del banco de madera frío y solitario. Algo se mueve entre mis dedos, lo espanto sin mirarlo, solo quiero otra cerveza.
La destapo y bebo un inmenso sorbo. Necesito ahogar los pensamientos. Encerrarlos en una tina de alcohol hasta que el pasado se desvanezca. La he arruinado… Lo sabía. Creo que siempre lo sube.
Pasé días intentando engañar la realidad que me atormentaba. Bebí, salí, mentí y subí al primer avión con el más estúpido de los pretextos. Quería verla. Ella siempre estuvo delante provocándome con su belleza pura. Era una ardillita molesta y divertida. Su belleza no es normal. Su voz es un canto de sirena adictiva. Perderme en su cuerpo es morir y volver a nacer en otra vida menor asquerosa. ¿Que si la quiero? Locamente. Desesperadamente. Estúpidamente.
—¿Hablándole a una botella?
William, el encargado del edificio, empujó el botellín vacío para sentarse. Bebo un gran sorbo sin contestar. El hombre me cae bien, pero no tanto como para soportar su compañía. Esta noche me conformo con soportarme a mí mismo.
—Es una buena compañera. Escucha y no contesta. Amarga y silenciosa hasta la última gota.
Se agacha y extrae de la caja una American Lager.
—¿Puedo?
No contesto. No quiero su compañía. Pero si he de tenerla al menos que sea en silencio.
—Fresca. Es lo bueno de beber en el parque a mitad de la noche. Se mantiene como recién salida del congelador.
El hombre estiró las piernas largas después de quitarse el gorro de lana dejando a la vista su cabeza negra y brillante.
—Sí señor, aquí se está muy bien.
Observo la bahía a lo lejos. El agua salada se ha convertido en un fondo negro y oscuro en el que la luz de las farolas rebota hasta perderse más allá del cielo.
Ambos nos quedamos en silencio. Mis visitas habituales a la casa de los Blakmoon lo han llevado a tratarme como un habitante más del edificio. Educado y agradable jamás pasó la línea del respeto distante. Espero que sigamos así.
—En primavera me gusta quedarme aquí sentado antes de subir al autobús —dice bebiendo un sorbo y estirando su cuerpo de dos metros con relajación.
—¿No es de aquí? —Pregunto sin interés.
—Oh no, mi mujer y yo vivimos en una casita en Grove Park. Tenemos un jardín con todo tipo de plantas. Y un perro. Le falta una oreja, aún así mi mujer dice que es el más bonito del vecindario. Qué puedo decir, se casó conmigo. Todo lo que tiene de ciega lo tiene de santa. Así son ellas.
—Así son —. Elevo la botella en señal de respeto hacia la señora y todas las mujeres del planeta.
—Es un barrio humilde. Allí somos trabajadores. No todos son delincuentes —. Asiento sin pensar en las desigualdades sociales, la pobreza y la delincuencia como hechos irremediables en la sociedad en la que nos encontramos. Estoy demasiado apenado como para razonar —. ¿Quiere que le cuente algo divertido?

La verdad es que no, pero William no oye mis pensamientos.
—Este trabajo lo conseguí gracias a su amigo. El señor Blakmoon escuchó atentamente mi desesperación. Por aquellos tiempos no tenía ni para comer. A él no le interesó ni mi barrio ni mi color. La señora Randall, ya la conoce, la del primer piso —lo miro negando—. Sí, la arpía de collar de perlas de tres vueltas —asiento como si saber quien es la señora Randall me importara —. Ella no quería saber nada de mí. Dijo que yo no era de fiar, sin embargo, su amigo me depositó su confianza. Y eso que ella lo amenazó.
—¿La señora Randall dice?
—Sí. Seguro que la vio más de una vez. Es la del perrito que dan ganas de patear apenas uno lo ve.
Asiento antes de beber. Ahora sí que sé quién es. El bicho es gritón y muerde los pantalones de todos los que tiene delante. Es tan guapo y repugnante como su dueña.
—El señor Blake dijo que él se haría cargo de cualquier daño que yo pudiera ocasionar. Sería algo así como mi seguro de buena conducta. Así fue como lo llamó. Siempre le estaré agradecido. Era un muchachito joven y recto. Por aquel tiempo tenía una barba de tres pelos.
Mi mirada se aleja hacia el movimiento del agua. Cuando conocí a Blake también tuve la sensación de hallarme delante de un hombre de larga experiencia. Su edad siempre resultó contraria a su grado de confianza.
—Y la señorita es un amor. Enamora con solo verla. Es de una belleza que no se compara. Es de las que tan lindas desde dentro se le escapa hacia afuera. Es deliciosa.
Alejo la vista del mar para encarar el total de mi furia en el portero.
—No lo digo con mala intención. No se ofenda. Ella podría ser mi hija —no me relajo. Yo también intentaba engañar mi atracción por Mariam con la frase mentirosa de como a una hermana —. Ella es vida. Al igual que esa muchacha española.
Una forma muy acertada de definirlas.
—Esos chicos se merecen lo mejor.
—Mariam no ha tenido tanta suerte en el amor como Blake.
—Los afortunados somos nosotros. Ellas siempre son nuestra vida.
—¿Aunque uno no la merezca?
—Eso es lo mejor. Luchar por lo que no se tiene lo hace dos veces más valioso.
—A veces es imposible luchar. El destino escrito no se puede cambiar. Y la vida entera no es suficiente.
—Lo que se busca se encuentra, lo que se lucha se transforma y lo que se abandona se pierde. No son las complejidades las que nos dominan sino el miedo ante la lucha.
—Existen guerras en las que la lucha no garantiza la victoria.
—Existen victorias que bien merecen los rasguños. ¿No cree?
William se levantó dejándome el botellín vacío y sabiendo perfectamente el nombre femenino de mi lucha.
—¿Y si le hago más daño del que ella pueda soportar? ¿Y si mi lucha la destruye?
—No la desprecie creyéndola un ser débil. Ellas son pura raza. Saben reconocer al hombre del que se han enamorado. Aunque no seas más que tontos estúpidos. Me voy con mi Alice.
—¡Y si se equivoca! —Chillo al gigante que se levanta el cuello del abrigo cubriéndose la nuca.
—¡Luche muchacho! La joven bien merece unas cuántas magulladuras.
William se marchó en la misma oscuridad nocturna por donde apareció.

—¿Paul?

Ella abre la puerta y el mundo desaparece. Mariam se lo ha comido de un bocado. Es rematadamente preciosa. Sus cabellos revueltos acrecientan ese corte de cabello rebelde que se hizo en Madrid resaltando sus ojitos esperanza. Su corazón está triste. Reconozco la melancolía en su mirada. La quiero hasta el tormento. Esta semana Mariam ha sido la vida perdida y encontrada.
—Soy idiota.
—Creí que dormirías en tu casa.
—El más idiota de todos.
—Agradezco la sinceridad.
Estira su camiseta de dormir. Está fría y distante.
—De todos los hombres que hubieras podido escoger soy tu peor elección.
—¿Esta es tu forma habitual de disculparte?
—Solo con las personas que me interesan.
—Y son muchas esas… mujeres.
—He dicho personas. Tú eres la única mujer que me interesa.
Estiro los brazos intentando capturarla. Soy un preso en busca de su cadena perpetua.
—Tus insinuaciones no me gustaron. No eres justo. Yo solo quería olvidarte. No puedes juzgarme. No tienes derecho. Tú me ignorabas y yo me sentía la peor de las chicas. Pensé que acostándome con otro podría olvidarte. Quería sentirme deseada.
Tiemblas entre mis brazos.
Llamarme idiota es tratarme con demasiada piedad.
—Lucharé. Te lo prometo. Solo te necesito a mi lado. Tienes que prometerlo. Tú eres la única fuerza que necesito.
—¿Luchar? ¿Guerras? Paul, ¿has bebido?
—No —contengo la carcajada. Te apartas. Estás confundida. ¿Cómo puedes ser tan rematadamente linda? —Solo un botellín de cerveza. Uno pequeño.
Frunces la mirada. Mi carcajada estalla como nunca en mis veintisiete años. Eres ingenua, graciosa, sensible y jodidamente preciosa. ¿Cómo no convertirte en la razón de mi vida?
—Te ríes de mí.
Te aferro por la cintura. Tu tiempo de deshacerte de mí es un tren perdido. Eres mía. Totalmente mía. Y si alguien quiere alejarte de mí…
—Lo intenté —me sincero—. Compré media docena de botellines de cerveza y me senté en el parque justo a la entrada. William me las robó todas.
—¿William? ¿el encargado? Eso no es verdad. Él no es un ladrón.
Te retuerces en mi agarre y te sostengo con mayor fuerza. Tú, ya no te me escapas.
—¿Cuándo llegue el momento me defenderás con la misma intensidad? —Muerdo con ternura tu delicada oreja. Sabes a sal, fruta fresca y vida.
—A ti no. Eres un sin vergüenza.
Tú diversión te delata. Estás jugando conmigo. Estoy perdonado. Te sujeto con mayor fuerza.
—¡No me dejas respirar!
Te giro para ver tus ojos de pradera fresca. Cuando los miro la paz me alcanza.
—Se llevó el pack porque a su Alice le encantan y porque yo debía regresar.
—¿William dijo que debías regresar a mi casa?
—No, él me dijo que no sea cobarde. Lo de regresar y hacerte el amor es de mi propia cosecha.
—Te odio…
Tus resistencias caen. Tus pechos se endurecen. Tu corazón vuelve a amarme y yo siento que la

vida es bella si tú estás conmigo.
—Te quiero.
Tus ojos se hipnotizaron los segundos eternos antes de brillar emocionados.
—Paul…
—Te quiero. Te amo. Te necesito…
Comienzas a levantarte la camiseta de forma insinuante y mi patada cerró la puerta de forma terriblemente brusca. No pienso disculparme. Este espectáculo es mío. Solo mío.

Te tengo

Paul duerme como un tronco caído. No soy capaz de dejar de mirarle. El cabello revuelto junto a los brazos desparramados son la imagen menos erótica y más atractiva que he visto nunca. El pecho le sube y baja al ritmo del descanso profundo.

Por un momento pensé que no volvería. Anoche al verlo partir sentí como si el delicado hilo rojo que comenzamos a trenzar juntos se hubiera roto para siempre. Al acercarme a la puerta sentí que la sangre regresaba a mis venas.

Durante toda la noche me besó repitiendo lo mucho que me quería. La pasión desatada en él fue una mezcla de ternura y locura desesperante. Sentimientos, caricias y desenfreno. Nunca hubiera podido imaginar que una entrega pudiese ser tan salvaje y amorosa a la vez. Anoche Paul me hizo cosas que ni los libros podrían detallarlo con tanta precisión.

Acaricio uno de los moratones visibles en la parte interna del muslo. Me siento magullada y radiante. Anoche me he sentido una chica deseada de pies a cabeza. Y no lo digo porque las veces anteriores fueran malas, pero anoche ascendí al espacio sideral.

—Te hice daño —su mano adormilada se mueve hacia mi cadera acariciando por encima de la pierna.

—Estoy perfectamente bien.

Recta hasta alcanzar mi cintura y tumbar parte del torso sobre mis senos.

—Entonces abre las piernas. Aún me quedan un par de cosas por enseñarte.

Sus labios mordisqueando mi cuello me provocan una carcajada nerviosa.

—¡No! ¡Por favor!

Se incorpora sobre los codos para clavarme esa mirada azul cielo que me derrite.

—Dime la verdad, ¿te hice daño? Solo recuerdo que necesitaba estar dentro de ti. No soportaba un segundo sin tocarte.

Acaricio su rostro y la llave en la pulsera se engancha en su cabello. Mueve la cabeza y se libera sin esfuerzo.

—¿Por qué la llevas siempre? A veces creo que la usas para martirizarme.

Se acaricia el cuero cabelludo. Sonrío sin contestar. Es una historia demasiado tonta como para contarla en voz alta. Se lo prometí a las chicas y no quiero faltar a mi palabra. Ellas me han dado su amistad incondicional y yo solo la promesa de llevar esta baratija de la Madam tarotista.

—No seas exagerado —. Lo beso haciéndole olvidar la llave de plata de mi muñeca.

Observas mi morado junto al hombro —. Estoy bien. Estuviste diferente, pero igual de tierno.

—¿Esto es ternura? — Dice apenado acariciando un pequeño morado junto al hombro.

—Yo tampoco estuve muy civilizada —señalo un pequeño arañón en su pecho.

Paul se caricia al verla.

—Mira lo que me has hecho. ¿Cómo puedes ser tan salvaje? Tendré que vengarme.

Su cuerpo se posiciona sobre el mío mientras la rodilla presiona buscando abrir mis piernas. La carcajada apenas me permite hablar.

—¡Serás canalla!

—Agresiones verbales suman doble.

No terminé de soportar el segundo maravilloso mordisco en el cuello cuando el móvil comienza a sonar.

—Que llame más tarde…

Haciendo contorsionismo me escabullo por debajo del ancho brazo.

—Es el teniente Smith —digo mirando la pantalla.

El beso de Paul se quedó flotando en el aire.
—¿Qué quiere?
—Es un audio
El rostro de Paul se trasformó al oír su nombre. Sus besos ya no me buscan. Se ha sentado a mi lado.
—¿No vas a escucharlo?
—Sí.
Doy a la tecla con el corazón en un puño. No tengo nada que esconder. O, tal vez, puede que solo un poquito.
Hola preciosa, debes estar dormida. Quería invitarte a una presentación tecnológica que podría interesarte. Allí se reunirán los proveedores más prestigiosos del país. Sería un buen momento para extender relaciones comerciales y conseguir esa entrevista complicada con Yan. Además, creo que deberíamos hablar sobre…
Voy a darle al botón de cortar cuando la voz grave de Paul detiene mi mano.
—Déjalo.
lo que pasó entre nosotros. Llámame. Quiero verte.
El silencio frío de los grillos imaginarios flota entre nosotros. Paul, totalmente desnudo, recogió sus calzoncillos de encima de la silla. Se los pone lentamente. El resto de la ropa siguió el mismo letargo.
—Fue la última vez que lo vi —escupo con rapidez—. Al despedirme, y antes de que pudiera darme cuenta, él me estaba besando. No tuvo importancia.
Paul, que se encontraba sentado en la cama poniéndose las zapatillas, se quedó unos segundos inmovilizados. Luego continuó con el lento proceso de búsqueda de la camisa. Su actitud me hace sentir culpable.
—Yo no lo busqué. Él no me interesa. ¡Fue solo un beso!
Paul se giró por primera vez. La tensión de su rostro hizo que me echara hacia atrás. Los pómulos rígidos se parecen a los de un lobo a punto de atacar.
—Deberías ir a esa cita. Es una oportunidad importante. Necesitamos ver a Yan.
Paul se aleja y salto de la cama poniéndome la camiseta a saltos.
—Iré solo si tú me acompañas.
Con el temor en la garganta me relajo al verlo girar hacia la cocina. Por un momento creí que se iría. La cafetera comenzó a sonar y sus pasos giraron hacia las tazas.
—No tiene sentido que te acompañe. Es a ti a quien quiere —dice sentándose junto a la cafetera.
—Y yo te quiero a ti.
Me siento sobre sus piernas con temor a ser propulsada por los aires. La mano ancha sujeta mi cintura para que no me caiga. Consigo relajarme. Al menos lo suficiente como para poder explicarme —. Fue una tontería. Lo juro. Un beso tonto.
—Querías acostarte con él.
—Quería dejar de sufrir por mi imposible. Siempre has sido el único. Lo sabes. Eso fue antes de que tú y yo nos acostáramos.
—Tú y yo no nos acostamos. Nosotros hacemos el amor. No quiero que él nos separe.
—¿John? Eso es imposible.
La cafetera comenzó a sonar y Paul me puso suavemente de pie para poder servir las tazas. Pensar en que alguien pueda romper lo que siento es tan tonto como irreal.
—Tienes que ir.
—Pero…

—Iré contigo. Llámale y dile que lo verás allí.
—¿Allí dónde?
—Lo averiguaré ahora mismo.
El sonido de un móvil comienza a revotar por las paredes de forma insistente.
—Ya voy yo —digo cuando veo que se toca los bolsillos vacíos.
Corro hacia la sala en busca de su móvil. Lo sujeto curiosa al ver en la pantalla diez llamadas perdidas de ¿Sarah?
—Te ha llamado una tal Sarah. Parece urgente. Tienes diez mensajes.
Se lo entrego y lo guarda en el bolsillo sin mirar.
—¿No vas a llamar para ver qué le pasa?
—Puede esperar —dice poniendo pan en la tostadora.
—¿Y puedo saber quién es? ¿Debo preocuparme? —Mi voz mimosa lo abraza.
—Es por un tema que tengo que resolver. Y no, no hay razón para preocuparse.
Su cuerpo gira sobre mis brazos para encontrarme de frente y besarme en los labios.
—¿Y yo? ¿Debo preocuparme por John?
—No. Rotundamente no. Absoluta y definitivamente no.
Nuestras bocas se enfrentan y combaten en un beso tan intenso que el café ardiente y aromático se convirtió en agua olvidada.
—Cariño, tengo que pedirte un favor. Mejor dicho, que sean dos. El primero, no hables con el teniente de mi relación contigo. No quiero que piense que estamos mezclando intereses y no trabajamos de forma seria.
—No diré nada. Blake ha confiado en nosotros. No voy a defraudarle. ¿Y el segundo favor?
—Que tampoco se lo digas a tu hermano.
Mi rostro demuestra más pena de la que desearía.
—Terminemos con este trabajo y regresemos a Madrid lo más pronto posible. Me gustaría ser yo quien se lo contase. Tu hermano es mi mejor amigo.
El oxígeno recarga nuevamente mis pulmones desesperanzados. ¿Cómo pude ser tan tonta de pensar que quería ocultarme? El aire fresco calma mi inicio de infarto.
—No hablaré ni bajo el agua. Lo prometo. Ni con pena de tortura. Ni con cientos de ataques de cosquillas. Ni con…Jajajaja. ¡Basta!
Me retuerzo entre sus dedos. Soy la chica más feliz del planeta Tierra y sus alrededores.
—Ven aquí —los brazos largos me arrastran hacia sus labios que me esperaban sonrientes.
Adoro verlo sonreír. Su sonido grave son campanas de alegría, y qué otra cosa sería el amor sino una canción a la alegría.

La prueba

En la puerta del Fours Season Hotel me recibe un joven vestido de militar al que muy amablemente doy las gracias por ayudarme a bajar del taxi. Al escuchar mi nombre al llamarme lo acompaño hacia el interior. La sala se encuentra repleta. Gente vestida con sus mejores galas conversan animadamente mientras camino con la espalda recta luciendo un vestido de tul azul claro de varias capas. Suspiro agradeciendo a la buena de Laura que lo puso en mi maleta por si, como ella dice, me atacara un imprevisto. Con retazos que se alargan hasta el suelo en la parte trasera es uno de sus diseños más sexys y bonitos que he lucido nunca. Esta es la primera vez que me encuentro en un evento como tan glamuroso. Mis salidas se limitaban a esencia de Paul. Salir a un bar y esperar que apareciera Paul. Estudiar y mirar a Paul. Salir con amigas e investigar por donde se movería Paul. Cenar con mi hermano y esperar la llegada de Paul. Podría decir que esta es la primera gran fiesta en donde mi vestido de princesa es más importante que el encuentro con Paul.

—Allí está el teniente —dice el joven uniformado.

Contesto con una sonrisa en los labios y el pobre muchacho se tropezó al verme. Este vestido es maravilloso. Con un gesto serio y sosteniendo la gorra bajo el brazo John espera mi llegada.

—Debería haber ido a por ti —dice envolviendo mis manos con las suyas —. Permíteme que diga que estás preciosa.

Intento sonreír sin que se me noten los nervios. Nunca me acostumbraré a los halagos. Algunos creen que por tener cabellos rubios y ojos verdes soy una chica guapa, pero se equivocan. Si así fuera no habría tardado siglos en conseguir la atención de Paul.

—El taxista me trajo perfectamente —contesto con humor mientras acepto que me presenten al señor Carrington, gerente general de la compañía más importante de las comunicaciones en los Estados Unidos.

—Te presento al señor…

—Dallas Carrington, es un placer conocerlo —el hombre de cabellos blancos se sintió halagado ante mi reconocimiento.

—Veo que conoce el mundo empresarial —dice extendiéndome la mano.

—La señorita Blakmoon es socia en la Agencia de Telecomunicaciones y colaboradora en la empresa de su hermano con la creación de los drones C2, C3 y C4 —John agrega estirando pecho.

—Blakmoon. Algo que ver con ¿Blake Blakmoon?

—Es mi hermano.

—Conozco a ese joven. Es un genio de la ingeniería. Digno sucesor de su padre.

—¿Conoció a mi padre?

—Por supuesto que lo conocí. Incluso tuve el honor de trabajar con él.

El señor Carrington comenzó a contar experiencias pasadas que consiguieron envolverme en un aura etérea.

En el momento del accidente yo era muy pequeña. Solo recuerdo ir caminando de la mano de Blake por un pasillo largo y muy blanco. Él lloraba. Me dijo que estaríamos bien y que él siempre cuidaría de mí. Los recuerdos que conservo de mis padres antes de su fatídico accidente son retazos que apreso con ganchos de la ropa para que no se me escapen. Imágenes perdidas que no estoy segura de si he vivido o conservo porque Blake me las ha contado.

John me acerca una copa de champagne que agradezco sin apenas mirarle. El señor Carrington me tiene totalmente embrujada. Escuchar de sus labios una anécdota de cuando mi padre hizo

saltar por los aires una cafetera me hace derramar una pequeña lágrima.
—La estoy entristeciendo. Lo siento mucho. No era mi intención.
—No, por favor, siga.
—Los buenos hombres como tu padre no deberían irse nunca.
El teniente John se sumó a la conversación con respecto a compañeros perdidos y eso consiguió romper mi momento especial.
De forma disimulada miro a los presentes buscando en la sala la presencia de Paul. Prometió que en cuanto llegara a su casa, se cambiara de ropa y estaría aquí. El teniente espera mi contestación. Esa que debería responder si no estuviera buscando de forma desesperada a Paul.
—¿Cómo dices?
—Digo que allí se encuentra el señor Yan.
John me separa a un lado para enfocarlo con un movimiento de cabeza. Los tacones me permiten mirar por encima de las cabezas y conseguir distinguirlo.
—Por fin lo encuentro. Estos días han sido una pesadilla.
—Suele ser muy esquivo. Creo que forma parte de su cultura. Podría presentártelo, pero creo que sería mejor que te acercaras sola. No pueden verme con él o comprometería nuestro proyecto. Un representante del ejército reuniéndose con un personaje controvertido del gobierno chino perjudicaría inmensamente nuestra posición.
Mientras escuchaba sus explicaciones la luz comenzó a iluminarse en mi corazón. En la distancia la cabeza de Paul se mueve buscándome. Mi sonrisa enamorada parece haberlo llamado. Sus ojos chocan con los míos. No alcanzo a andar dos pasos cuando una mujer de traje negro y cabellera espesa como la noche lo detiene. Ambos hablan mientras yo no puedo dejar de sentir un golpe de celos en el corazón. Lleva un traje oscuro con una camisa blanca, algo que no destacaría demasiado en cualquier chico, pero que, en él, con esa cabellera rubia indómita, hace que las chicas sonreían con picardía al mirarlo. Ha dejado de buscarme, su concentración se enfoca en la morena que no deja de mover los labios de forma sensual.
—... aunque estoy seguro de que podrás con el señor Yan.
—Sí —contesto a John intuyendo que habla del comprador chino.
—Estarás sola, pero yo estaré cerca.
—No está sola —el teniente se giró para encontrarse cara a cara con Paul.
Blake me dijo que Paul había pertenecido al cuerpo de inteligencia del ejército. Antes de hoy nunca le presté demasiado atención a ese detalle, pero ahora que lo veo junto a un teniente de verdad, compruebo que ambos tienen mucho más en común que lo que los separa. Ambos poseen el rigor en las mejillas y la confianza fría dibujada de la mirada. Esa lejanía inquietante que los convierte en fruto prohibido deseoso de ser conquistado.
—No recuerdo haberte invitado.
—No fue necesario. La reunión con Yan es mi misión y haré por ella lo que haga falta.
Ambos se retan con la mirada.
—Hernández, eres Paul Hernández. ¿Como tu madre?
La pregunta me descoloca. No la comprendo.
—Hernández es de origen latino, desconoces las costumbres asiáticas. Hablar español no es un requisito para este acuerdo.
La mandíbula de Paul se aprieta con tanta fuerza que los músculos de las mejillas marcadas bajo la piel son papel de lija arrugado.
Mi indignación no es menor. Hacer alusión al apellido de Paul como ataque racista es algo que no pienso permitir.

—Paul es un valor terriblemente importante para nuestra empresa. Conoce los términos comerciales mejor que ninguno. Y sí, sus raíces son latinas, por lo que lo convierten en, además de un conversador en español excelente, una persona de valores íntegros. Yo misma llevo más de un año viviendo en Madrid y tengo que decir que es gente maravillosa. Por no decir que mi futura cuñada es una preciosa española de corazón infinito.
—Tu defensa es digna de ti. Eres una mujer inteligente y preciosa. Debo disculparme por no estar a la altura.
La morena de traje negro y melena ondulada como el viento se acercó de forma directa hacia nosotros.
—Me han dicho que eres Mariam Blakmoon —dice antes de ponerse a hablar con Paul y John.
La preciosa morena de tacones agujas me da la espalda y no me permite oír nada de lo que los hombres están diciendo.
—Perdona, ¿eres Sarah? —Toco su espalda con el dedo.
—¿Sarah? No, no lo soy. Perdón, soy una mal educada. Mi nombre es Linda. Formo parte del Staff del ministerio de interior y participo en la compra de vuestros drones.
Su madre supo ponerle bien el nombre. Linda es una preciosa morena de ojos rasgados. Es el tipo de chicas con las que Paul solía enredarse. ¿Qué estarían hablando? ¿Habrán tenido algo en el pasado? La muchacha es exquisita y Paul demasiado atractivo para no conquistarla.
¡No! Tengo que dejar de pensar en otras mujeres en su cama o voy a volverme loca. Si quiero que lo nuestro funcione debo confiar en sus sentimientos. Él quiere contárselo a Blake. ¿Qué tonto embaucaría en una mentira sentimental a la hermana de su mejor amigo?
Ambos dejaron de hablar al mismo momento que la morena dejó de comentar la maravillosa decoración floral de la sala, y sin permitirme escuchar nada de nada acerca de la conversación de los hombres.
—¿Vamos? —La mano de Paul busca mi cintura.
—Después tenemos que hablar. Entre nosotros queda algo pendiente.
—El contrato estará cerrado cuando consigamos la alianza con la empresa del señor Yan —. Contesto a John.
—No me refiero a ese pendiente —la sonrisa burlona del teniente consigue ponerme nerviosa. Sus palabras son demasiado explícitas. Siento como los músculos de los brazos de Paul se tensan sobre mi espalda. No puedo permitir que se peleen, si lo hacen todo será un absoluto desastre.
—Te llamaré, lo prometo. Ahora si nos permites, debo intentar cumplir el objetivo que me trajo hasta aquí.
Sujeto la mano de Paul para arrastrarlo conmigo. Cosa que no es nada fácil en un hombre de más de metro ochenta que no desea moverse.
—No soy un chiquillo, no necesitas empujarme.
Prefiero callar y no contestar. Su carácter se encuentra demasiado alterado y yo soy la persona que se encuentra más cercana.
—Señor Yan, menuda casualidad encontrarle aquí.
El hombre de cuerpo estrecho y altura recortada me observa buscando en el baúl de su memoria algo que le indique quién soy. Sus gestos delatan que lo ha encontrado vacío.
—Mi nombre es Mariam Blakmoon, estuve varias veces en su despacho, con poca fortuna —los ojos rasgados se fruncieron molestos—por mi culpa, por supuesto. Lo importante es que ahora que lo tengo delante podemos concretar una reunión más fructífera. El proyecto de compra de drones bien merece una conversación extensa.
—Drones usados. Lo recuerdo. No me interesan.

El hombre estaba por irse cuando la voz grave de Paul lo detiene.
—¿Y si esos drones fueran propiedad del ejército americano que desea revenderlos por medio de la empresa de Blakmoon? En el pasado usted nos compró unas cuantas unidades. Estaríamos encantados de ofrecerle una cantidad muy superior a la anterior. Y a precios más que interesantes. Por supuesto.
—¿Son unidades descartadas por el ejército?
—Cien por ciento.
—¿Cuántas unidades?
—Superan las cinco mil.
—Venga mañana a las diez —estrecha la mano de Paul y está por marcharse cuando se gira de medio lado —si usted quiere puede venir también.
Si no fuera porque estoy sumamente feliz le arrojaba el zapato como catana voladora.
—Menudo machista repugnante.
—No le hagas caso. No lo merece.
—Si no fuese por ti…
—Por eso trabajo con los hermanos Blakmoon. Hijo de una latina que habla español y que sabe comerciar como nadie, no podía encontrarme entre mejores jefes.
—No fue así, mis palabras exactas fueron que sus raíces latinas te convierten, además de un conversador en español excelente, una persona de valores íntegros —contesto con la sonrisa que me duele en el rostro de tanta felicidad.
—Vamos a casa valores íntegros. Necesito zambullirme en tu integridad.
—Pero si están por poner música…
—Haré que te muevas con ritmo. Te lo prometo.
La mano de Paul sujetó posesivamente la mía antes de llevarme rumbo a mi casa.

Caminando en la felicidad

Los farolillos de la noche temprana resplandecen en Inner Harbor. El frío del duro invierno comienza a dejar paso a las noches que, aunque menos intensas, poseen la temperatura perfecta para refugiarme en sus brazos. Paul me abraza por encima de mis hombros cubriéndome de los vientos del exterior. El calor de su cuerpo es el refugio de mis miedos.

En el internado, la soledad, alimentó el total de inseguridades que existen anudadas en este mundo y que yo nunca fui capaz de deshacer. Cuando las niñas se preguntaban que vestido ponerse yo me preguntaba porqué no tenía una madre a la que consultar mis desgracias. Crecí, con todos los cuidados y con todas las necesidades. Puede parecer una paradoja alocada de mi cabeza, pero no lo es. Mis sentimientos se encontraban en cortocircuito entre lo que tenía y lo que deseaba tener. Mis anhelos eran conexiones interrumpidas por, cuatro paredes y muchos barrotes, que se abrían solo un par de horas por fin de semana.

Camino sobre la hierba descubriendo lo mullido que resultan los pasos de una enamorada. Su brazo derecho me protege mientras el mano izquierdo mueve mis tacones al andar. Observo en mis pies las zapatillas de colores que me compró en un puesto de mercadillo y muero de la vergüenza. Son indescriptiblemente feas, pero terriblemente cómodas. Gracias a ellas paseamos por el parque con las tripas repletas de pastel de cangrejo y la sonrisa en el rostro. Nunca una cena de un puesto ambulante me supo tan deliciosa.

En todos los años en que llevo persiguiéndole de cerca, jamás he visto a Paul tan parlanchín. Es como si el peso de los años deseara desempolvarse ya abrirse a la compañía. Su felicidad es embriagante. Me gustaría que siempre fuese así. Ser esa luz que busca cuando la neblina lo pierde. Ser esa chica a la que han abierto la jaula porque él la estaba esperando.

—Justo aquí.

—¿Fell's Points?

El abrazo de Paul me suelta. Delante se nos presenta la entrada de un local con puertas de madera estrechas y paredes de ladrillo enrojecido.

—¿Quieres entrar? Yo no puedo —señalo mis zapatillas cubiertas de felpa rosa por todas sus esquinas. La sonrisa divertida de Paul al ver como en un rincón vuelvo a calzarme mis tacones me contagia.

—Ahora sí. Estoy lista.

Entro dignamente y haciendo bailar mi abrigo al compás de mis pasos sexys. La oscuridad del lugar me detiene. El decorado es algo que no se podía apreciar desde la pequeña puerta de entrada. Mis ojos se abren y cierran acostumbrándose a la escasez de luz.

El fuego de la chimenea central es la única gran fuente de energía. La madera ardiendo es agradable y de aroma hogareño. Me quito el abrigo dejando que mi piel disfrute de la sensación del calor. Las mesas se mezclan con sofás de cuero de ala ancha. De esos de los que al sentarse el cuerpo se pierde dentro. El fulgor de los candelabros se entremezcla con el aroma a café recién molido y leño ardiente.

—Por aquí.

Un camarero nos guía hacia una esquina apartada.

—Gracias Adam.

—¿Lo de siempre?

—Sí. Con dos cucharas. A ella le gusta la nata. Hazme quedar bien. Su opinión será decisiva para que volvamos —dice guiñándole un ojo.

—Olivia prepara la mejor crema casera. Le pediré que ponga doble ración. Estoy seguro de que

contaremos con su deliciosa aprobación —contestó mirándome con complicidad.
—¿Se puede saber que he pedido? —Pregunto al ver al camarero desaparecer.
—No seas impaciente.
Su cuerpo se estira regalándome un beso rápido. Nuestros sillones se encuentran uno junto al otro. Es una cercanía razonable, sin embargo, disfruto con su esfuerzo al verle arrastrar las patas sobre los anchos listones de madera para pegar totalmente su sillón al mío.
La mano de Paul se apoya sobre mi rodilla al hablar. La sensación me llena de orgullo egoísta. Sí, este hombre es mío. Y me quiere a mí. ¡A mí!
—Parece que te conocen —digo al ver a la camarera sacudir la mano en alto desde la distancia.
—Me gusta venir cuando las cosas no salen como planeo.
—Divertida forma de describir una bonita noche.
Ambos estábamos sonriendo jocosos cuando el camarero se acercó cargando dos copas de vino blanco y una porción de budín de ciruelas cubierto con nata casera.
—Las bebidas. Y dos cucharadas —dice apoyándolas sobre la mesilla de patas cortas—. Y si la señorita desea deshacerse de este crápula no tiene más que mover la mano y yo mismo me encargaré de echarle a patadas para que pueda huir.
—¿Qué te hace pensar que ha sido raptada?
La carcajada contenida de Paul provoca una contestación graciosamente formal en el camarero.
—Es deliciosamente bella. No existe explicación para que esté contigo —dice sonriéndome antes de marcharse.
Mi mirada de desconcierto provoca más diversión en el rostro entusiasmado de Paul.
—Fuimos al mismo colegio en Ohio —explica—. La casualidad hizo que nos encontrásemos en Baltimore. Los primeros años de vivir aquí compartimos apartamento, luego montó la cafetería. Ahora vive felizmente con su chica.
Paul señala con la vista a la graciosa joven que bambolea las caderas llevando dos botellines de cerveza a una pareja.
—Ahora prueba esto —el tenedor cargado de tarta se acerca lentamente a mis labios. Abro la boca para comenzar a degustar el mejor pudín de ciruela de toda Baltimore —. Es delicioso.
El dedo áspero acaricia la comisura de mi piel segundos antes de acercarse.
—Tú sí que eres deliciosa.
El beso suave se apoyó en mis labios saboreando el último vestigio de fruta y nata. Abro los labios aceptando la caricia de su lengua. La mano firme se posó en mi mejilla junto a un beso infinito.
—Voy a ordenar a Olivia que no le ponga más canela. Es demasiado afrodisíaca —el camarero habla tras nuestras cabezas.
El comentario hizo que me pusiera roja y me echara rápidamente hacia atrás. Paul se mueve con mayor lentitud. No parece sentirse apenado en lo más mínimo.
—No necesita canela para besarme.
—Eso lo dices tú —el divertido camarero contesta apoyando unas servilletas de papel en la mesilla, sin el menor remordimiento por entrometerse en la conversación.
—Me quiere, y yo la quiero.
Adam, el camarero y amigo, tardó unos segundos antes de golpearle el hombro con entusiasmo. Por un momento sentí como si el corazón se encontrase en mis manos. La declaración de amor de Paul en voz alta frente a su amigo me dejó mareada.
—Lo mereces amigo. Y aunque estoy seguro de que tú podrías encontrar un idiota mejor que este, también te felicito.

Adam me dio un fuerte beso en las mejillas antes de marcharse sonriendo. Al acercarse a la camarera se le puso a hablar al oído. Noto como mientras escucha no deja de mirarme. Cuando él terminó de hablar, ella me alzó el pulgar en señal de buena suerte.
—Parece que les has caído bien. Olivia no acepta a cualquiera.
—¿Por eso vinimos? ¿Querías que los conociera?
—Lo único que pensé es que ese salón me estaba ahogando. Te quería solo para mí.
—Era un sitio agradable y el champagne de primera. Si John no nos hubiera invitado, ahora nos encontraríamos acampados en la puerta del despacho del señor Yan, esperando a que se dignase a atendernos.
—¿Pensando en el teniente? —Dijo sentándose con el cuerpo apoyado en el respaldo y alejando la mano de mi rodilla.
—Pero no por lo que tú piensas.
—Yo no pienso nada.
Me siento demasiado encantada de ver los reflejos de la chimenea chispeando alrededor de sus cabellos rebeldes.
—Fue muy amable y yo salí del salón sin despedirme. Mañana lo llamaré para disculparme.
—Tú no le debes ningún perdón. Él está haciendo su trabajo. Nos necesita y por eso su gentileza. Firmaremos el maldito contrato y desaparecerá de nuestras vidas.
—Lo dices como si se tratase de una película de espías. Me presentó a Yan porque nos conviene a todos. La empresa que has montado con mi hermano es una de las mejores y John lo sabe.
—Yo no la he creado. El negocio es todo propiedad de Blake. Y no lo llames John.
—Tú has estado a su lado. Tú lo has ayudado. Él me lo ha dicho muchas veces. Y John es su nombre.
—No te ilusiones. Soy más normal de lo que crees. Y me importa un cuerno como se llame.
—Eres el chico que yo quiero y eso es todo lo que necesito para ser feliz. Tu nombre es el más bonito del mundo.
Estiro el cuerpo para besar sus labios de forma discreta.
—Ven —su mano tira de mi muñeca llevándome hacia sus rodillas.
—Estamos en un lugar público —digo encantada de estar sobre sus piernas.
—Me gusta tenerte así. Me hace sentir que solo existimos nosotros —. Sus dedos desenredan mis cabellos—. No sé cómo lo has hecho, pero he perdido.
—¿Quererme es perder?
—Te quiero hace demasiado tiempo. Mi derrota no es esa. Tu victoria es haber conseguido que dejara de vivir mi amarga realidad.
—¿Y cuál es esa realidad? ¿La de una chica enamorada del mejor de los chicos? Sé que piensas que mi juventud me convierte en una inestable sentimental, pero te juro que no es así, yo te quiero y nada va a separarnos. Confía en mí.
—No sabes cuánto me gustaría creerte.
—El mundo y sus desgracias no podrá contra lo que sentimos.
—El mundo puede con todo. Es capaz de marearnos y confundir al más sincero de los sentimientos, solo espero que, al encontrarnos, recuerdes lo mucho que siempre te quise.
—Yo no voy a separarme de ti.
Los labios de Paul chocan con mi boca. Lo acepto y lo abrazo por el cuello. Las dudas no tienen ningún sentido. Sus experiencias pasadas con un padre frío lo hace ver peligros inexistentes. Él cree que sus veintisiete años lo convierten en un hombre maduro con sentimientos más sólidos que los míos. Se equivoca. El amor conquista corazones de todas las edades.

—Un beso más y te hago el amor aquí mismo. Vayámonos a casa. Quiere tenerte en mis brazos.
—Ya me tienes en tus brazos.
—Te quiero sin ropa. Con tus labios enrojecidos por mis besos y tu cuerpo desnudo agotado bajo mi cuerpo. ¿Soy más explícito?
Me pongo en pie y acepto su mano rumbo hacia la puerta.
—Tranquilo, puedes irte sin pagar. Estoy acostumbrado.
—Te lo cobras de todo lo que me debes.
—Soy un emprendedor —Adam me guiñó un ojo antes de acercarse para darme un beso de despedida y decirme al oído —. Quiérelo mucho. Se lo merece.

Paul

No puedo dejar de mirarte. Entre las mil y una noche en la que alguna vez pude perderme, tú eres la más cálida y estrellada. Eres de las estrellas más parpadeante la más estridente. Llevas la luz de la inocencia en tus actos. Temo tocarte. Yo soy el más puñetero, perro mentiroso de todos los hombres. Nunca debiste fijarte en mí. Jamás debí acariciar tu piel. Eres droga fresca que enloquece mis decisiones. Ahora, ya no puedo dejarte. Y no permitiré que me dejes… Mis cicatrices resecas no podrían soportar otro desangre.

El verde de tus ojos, el aroma de tu cuerpo, el silencio de tu sinceridad, son tonterías superficiales que no rasguñan la primera capa de tu maravilloso interior. Dios… como pudiste poner un ser tan puro en manos de un bastardo como yo. Mis uñas cargan barro asqueroso de tantos años que ya ni lo recuerdo. La calle fue mi refugio y la basura mi compañía. No tuve padre y mi madre se marchó antes de enseñarme a ser un buen hombre. Soy un idiota que intentando hacer el bien se equivoca más de lo que miente.

¿En qué momento llegué a creer que podría resistirme a tu conquista tierna? ¿Cómo no imaginar que tu rostro bello sería la primera pedrada hacia mi muralla de triple capa?

No pasa un segundo sin que la tormenta de tu posible pérdida me enloquezca. ¿Por qué el destino me daría algo que puede quitarme? No duermo con tal de no imaginar un despertar sin ti. Tú, sin embargo, descansas en la misma inocencia con la que vives y en la que amas. Te entregas por entero. No te reservas para un después. Me amaste en el primer beso. Y esa fue mi perdición, porque yo nunca saboreé el amor. Tus labios son la confirmación de que existe algo más allá. Y yo, como un tonto, me derretí ante su deliciosa prueba.

Tu piel es tersa… cálida…dulce…

El teléfono salta. Lo he dejado en la mesilla que está de tu lado. Mientras te desnudaba estaba demasiado impaciente como para pensar en las consecuencias de mis engaños. ¡No! ¡No lo contestes!

Vivo mil muertes al ver que tu mano adormecida alcanza la mesilla antes que yo. Con un ojo a medio abrir observas la pantalla. Aún conservas la pátina del momento después del amor en tus pupilas. Porque eso es lo tú y yo hacemos. Nos amamos hasta recuperar fuerzas, solo, para volvernos a amar.

¡No pienses! Por favor, no me preguntes. Hazlo por nosotros… No me despiertes del más maravilloso de los sueños.

—¿Sarah? ¿Otra vez? ¿Por qué te llama a estas horas?

Caes nuevamente sobre mi pecho. Apenas eres capaz de mantenerte despierta.

—Es la alarma —te robo el móvil de forma impaciente—. Tenía que llamarla. Debo de haberla configurado mal.

Le quito el sonido maldiciendo en silencio. La felicidad es más fácil de ignorar cuando no se ha conocido. Si no te hubieras cruzado en mi camino no habría sabido jamás la pieza incompleta con la que estaba hecho.

Cuando pienso en la cara de Adam al escucharme decir lo loco que estoy por ti. Se le recortó la respiración. Debo de haber perdido la cabeza. No, no debo. La he perdido. Soy una marioneta pendiendo de los hilos de tus besos. ¡Una encantada marioneta! Feliz de bailar al ritmo de los hilos de tus locos besos.

Tu cuerpo semi despierto se posiciona encima de mí. Eres una tierna gatita en brazos de su dueño. Adoro ser ese dueño que escogiste para tu despertar sexual. Temblabas de intriga, yo de miedo. Sufrí por temor a hacerte daño. Mis manos inútiles jamás acariciaron joyero más

precioso. Cuando entré en ti… Dios… hubiera gritado hasta enloquecer. Tus gotas de sangre virginal tatuaron tu nombre en mi sexo. Mariam, eres lo único que tengo. Lo único que es verdaderamente mío. Nunca nadie me consideró lo suficientemente bueno como para darme algo. Siempre fui merecedor de los descartes de segunda mano y ofertas de ocasión. Pero tú, has probado el sabor del éxtasis sexual y yo he sido el primero. Mis dedos fueron los que despertaron la humedad de tus deseos. Fueron mis besos los que acariciaron el sabor de tu erotismo. Soy yo el que te come con la mirada al amanecer. Soy yo el que conserva el aroma de tus primeros besos en el amor.

Te refriegas mimosa.

El cuerpo se me tensa. Me buscas hambrienta como si no llevásemos amándonos toda la noche. En ninguna de todas mis locuras podría haberte imaginado tan pasional.

—Debí huir mientras podía.

Acaricio tu espalda mientras siento tus piernas abrirse dejando paso a tu rincón ardiente y húmedo.

—¿Huir de mí?

Preguntas besando mi cuello por puro acto instintivo.

Tus sentidos adormecidos me acarician sin que tu cabeza sea consciente. Navegas en un mundo de ensueños. Estiro la mano acariciando tus muslos redondeados. Tus senos chocan con mi pecho mientras tus movimientos torpes me besan con lentitud.

—Tómame amor… Estoy listo para ti.

Suplico elevando la cintura mientras tu cuerpo se encaja sobre el mío. Somos una moldura de partes perfectamente encajables.

Sostengo tu cintura. Encuentro tu estrechez y suspiras al sentirme entrar en tu profundidad más distante.

Mi vida, mi refugio, mi amor.

—Paul…

Mi nombre se redime con tus sinceros jadeos ansiosos.

Besándote, y sin soltar tu ligero cuerpo, te giro acomodando tu espalda sobre el colchón. No abres los ojos. Tu cuerpo me dice que sigues soñando con ese hombre que te ama. Y ese hombre soy yo. ¡Yo!

Te beso una y otra vez mientras tu cuerpo se estira recibiéndome. Tus piernas se cruzan en mi espalda. Mi niña, quieres retenerme y yo ya soy tuyo. ¿Dónde crees que pueda irme sin ti? Mi cuerpo se ancla y conquista tu más profundo interior. Eres mía. Solo mía. Siempre mía.

Felices

—¡Tendrías que haberle visto! Quiso intimidarnos. Hubo un momento en que me puse a temblar. No literalmente, pero casi. ¡Fue impresionante! Perdón, aquí estoy —muevo la cabeza hacia atrás olvidando a mi pobre hermano que al otro lado de la pantalla tuvo que agacharse para seguir viéndome—. No te imaginas que hueso duro. Estaba dispuesto a despellejarnos. ¿Te conté que fuimos cinco veces a verlo y el muy hipócrita nos aireó como miga de mantel? Ay no. No te lo vas a creer. Pero estaba vez yo estaba decidida. Díselo Paul. ¿A que estaba dispuesta a todo?
—Estaba —contesta pegado a mi lado para entrar en el marco de la pantalla de teléfono.
—No iba a perder la venta. De eso nada. Estábamos hablando de negocios y saldría con mi contrato en la mano, aunque me dejara la vida en ello. Díselo Paul.
—La vida —su voz es tan grave como formal.
—Como comerciante de pura cepa estaba dispuesto a intimidarme. El muy ingenuo no sabe que por mis venas circula sangre Blakmoon. Fue muy difícil, el señor Yan ofreció guerra, pero yo no escondí las uñas. Después de dos horas que parecieron diez ¡aquí está! ¡Es él! —Ondeo las hojas por todo lo alto para que Blake pueda verlas—. El contrato. Lo tengo aquí. Díselo Paul. Díselo.
—Paul dice.
Ambos se pusieron a reír.
—Sois tontos.
—Cariño, ¡has estado estupenda! No les hagas caso. ¡Ven pronto! ¡Te necesito!
La voz a lo lejos de Sofía se escucha sin imagen.
—¿Dónde estás?
Los cabellos oscuros de Blake giran hacia atrás para hablar al micrófono en voz baja.
—Luchando con las mesas y los manteles.
—¿Qué les pasa a los manteles? —Paul está curioso.
—Al parecer el diseño escogido solo existe para mesas cuadradas y las nuestras son redondas.
—¿Y por qué no las cambian? —Volvió a preguntar igual de curioso.
—¡Que por qué no las cambio! ¿Ha preguntado por qué no las cambio? ¿De verdad lo has dicho?
—Blake hace gestos de querer matar a Paul antes que Sofía se presente junto al teléfono. El cobarde al verla escondió las manos. Ver a un hombre como Blake temer de una pequeñaja como Sofía resulta de lo más divertido —. ¡Lo ha dicho! ¿Lo ha dicho?
—Lo ha dicho —Blake responde con gesto serio mientras, por detrás, se muerde el labio para no reír.
—No cambio de mesas —su nariz llena el total de la pantalla al hablar mirando a Paul que temeroso se aleja del móvil —¡por qué no puedo! El salón es demasiado pequeño para mesas cuadradas. ¡Y no se te ocurra decir que lo cambie! El siguiente es demasiado grande y los invitados serían como macarrones en sopa aguada.
—Serían —Blake afirma con la carcajada contenida.
—Entonces, ahora que has demostrado que eres la inteligente de la familia —Blake estira el cuello desorientado—. No te creerás que no te he visto reír de mis penas —le dice apuntándole con el dedo—. Dime nena, ¿cuándo piensas regresar a Madrid? Si no vienes no me caso.
—De eso nada —la amenaza ha conseguido que mi hermano se ponga serio.
—En unos días. Hoy llevaré en mano el contrato al teniente Smith. No quiero que nuestra oferta quede en un correo olvidado.
—Tú no llevarás nada —la repetición de la frase en boca de Paul confunde a los novios que pegan sus cabezas para vernos.

—Es mejor llevarla en persona.
—Lo haré yo. Es más adecuado.
—¿Adecuado? —Blake pregunta al otro lado.
—Nada importante. Es sólo que prefiero ser yo quien negocie —contesta enfocando sus ojos en la pantalla.
Sofía mueve el hombro para hacerse con el control del IPhone.
—Y ese teniente Smith, ¿es guapo?
Paul fija su mirada en mí de forma tan furiosa que consigue arrancarme una carcajada. Si esta es su manera de mantener nuestro secreto, debería cambiar de estrategia.
—La verdad es que sí.
La contestación atrevida me llevó a recibir un pellizco fuera del ángulo de visión del resto de interlocutores.
—Ojos, cabello, edad, altura, manos… Cuéntamelo todo.
—¿Manos?
La mirada de Sofía comienza a brillar. Conozco ese resplandor. Es el previo a una de sus locuras.
—Verás, aquí en España, decimos que si el dedo índice es el doble de largo podremos hacernos una idea de…
Blake le tapó la boca con las manos mientras ella se carcajeaba por debajo. Contagiada con su algarabía contesto desinhibida y con la experiencia de una ex virgen.
—Llevaré una regla para medir sus dedos.
—¡Mándame las medidas!
Ambas lloramos de diversión consiguiendo que los chicos se pusieran furiosos.
—No llevarás nada porque no irás.
—¡A ti qué te importa las medidas de ese tipo! Vas a casarte. ¡Conmigo! ¿Lo recuerdas?
—Cómo se nota quienes estamos a lo importante y quienes no —Paul se sube por las paredes —. Blake, te hablo desde el portátil. Tenemos que tratar temas serios y no las medidas de un teniente miope.
—No es miope. Tiene unos ojos marrones intensos.
Antes de levantarse Paul me lanzó veneno con la mirada. Cuando los dos se marcharon de nuestro ángulo de visión Sofía habló con la voz pegada al teclado.
—Blake se ha ido. Aquí estamos solas. ¿Y allí?
Miro tras de mí comprobando el portazo.
—Aquí también. Y creo que por un tiempo muy largo —contesto preocupada.
—Se les pasará. Ahora cuéntamelo todo.
—¿Todo?
—Sí, todo.
—No sé bien a lo que te refieres.
—Lo sabes perfectamente. No soy tonta. Entre tú y Paul ha pasado algo.
La espalda, que hasta este momento conservaba clavada contra el respaldo, me cae hacia adelante como un globo desinflado.
—¿Cómo lo has sabido?
—Cariño, no soy ciega. Esa complicidad al contar vuestras hazañas. Esas miraditas de atontado. Y esa furia al bromear sobre el teniente. ¿Por qué crees que hice la broma del dedo?
—Eres una mala mujer. Muy mala.
—Demasiado —contesta divertida—. Ahora cuéntamelo todo.
—Pasó hace unos días. Pero prometí guardar silencio. Quiere ser él quien se lo cuente a Blake.

—¡No!
—Shhh
—No… —susurra como mosquito.
—Sí —susurro igual de bajo—y dice que me quiere. Me ha confesado que desde que me fui de Baltimore no ha dejado de pensar en mí.
—Lo sabía —Sofía se tapa la boca con ambas manos para no gritar.
—Por favor no digas nada a Blake. Se lo prometí.
—Será que quiere darle mayor formalidad.
—No lo sé… Ay Sofi, estoy tan feliz…
—Entonces tú y él ya…
No soy capaz de contestar debido a los calores que me suben por el cuerpo.
—¡Sí! Lo supe en cuanto te vi. ¿Qué tal fue?
—Es único. Jamás lo hubiera imaginado. Años sin haberlo probado y ahora… ya sabes.
—Vamos, que no paran.
La carcajada de Sofía me contagió su humor.
—No solo el acto. No voy a ponerme romántica creyendo que el sexo es para todos igual. Es solo que cuando lo siento tan unido a mí … no sé explicarlo.
—Como si la soledad fuesen palabras vacías que nunca te han alcanzado. Como si tú parte incompleta se encontrase con su ángel gemelo. Como si el tiempo fuese una canción que nunca debería terminar.
Suspiro mirándola a la cara.
—¿Sientes lo mismo cuando estás con mi hermano?
—Sí.
—¿Crees que ellos sienten lo mismo?
—Estoy segura. El amor no sabe de rosas o de azules.
—A veces tengo miedo…
—Todas lo tenemos. Es normal. Hemos encontrado el cáliz de la eternidad. La esencia de la vida. Cuando mi abuela estaba en el final de sus días me confesó que estaba feliz porque se volvería a encontrar con mi abuelo. En aquel momento me sentí enfadada, incluso ofendida, luego, cuando encontré a Blake, supe comprenderla.
—El amor y los sentimientos. Qué duro vivirlos.
—Peor es no encontrarlos.
La puerta de Sofía se abrió de golpe y la voz dura de mi hermano resonó en la pequeña habitación.
—¿Duro? Por favor, ¡vas a conseguir que me enfade! No entiendo que hables de un hombre que ni siquiera conoces.
Un segundo portazo nos hizo reír, pero esta vez con menos intensidad.
—Creo que debes ir antes que cancele la boda.
—No lo hará —contesta sonriente—. Ya pagó el convite
—Eres terrible.
—¿Entonces vendrás pronto? La fecha está demasiado cerca. Si no estás aquí no me caso.
—Estaré… es solo que tengo que arreglar unas cositas antes. Ya verás…
—¿De qué se trata?
—Es una sorpresa.
—No estarás embar…
—¡Esa sorpresa no! Otra.

—¡Cuenta!
—No. Tendrás que esperar. Ahora ve a consolar a Blake mientras yo veo si Paul no ha decidido abandonarme.
—Ese teniente parece ponerlo de los nervios.
—Nos dimos un beso.
—¡Cómo! ¡Cuándo! Nena, estás desatada.
—Fue una tontería. Te lo contaré cuando esté en Madrid. Aquí viene, tengo que cortar.
Los brazos de Paul se acercan envolviendo mi cuello.
—¿De qué hablaban tanto?
—Del vestido de novia. Cosas que los hombres no pueden escuchar.
La puerta de calle se abrió de golpe para dejarnos a ambos con los ojos como culos de botellas.

Solo eras tú

—¿Matilda?
Ambos nos acercamos hacia la puerta para ayudar a la pobre mujer que acarrea una maleta de ruedas. Vestida con un traje de lunares y una pamela de un metro de diámetro, nos mira apenada.
—No voy a poder viajar. Con tanto volante no soy capaz de caminar.
—¿Me puedes explicar por qué vas así vestida?
Empujo la maleta dentro del salón mientras Paul cierra la puerta de calle.
—La vecina de mi hermana estuvo buscando por internet como caer bien a una española. Sabes perfectamente que yo con esos artefactos no me entiendo.
—¿Qué artefacto?
Paul se sienta en el sofá frente a nosotras.
—El ordenador —le contesto a la vez que abrazo a la apenada mujer —. ¿Y por qué buscabas eso?
—Sofía, dijo que esa mujer es como su abuela, y pensé que como yo también soy como de la familia…
—Querías caer bien a Elvira —contesto abrazándola con fuerza. Elvira es una mujer adorable y estoy segura de que serán amigas.
—¡Pero ella es española! —Dice secándose las lágrimas con uno de los volantes de las mangas.
—Por supuesto que es española. ¿Y qué pasa con que sea española?
—La muchacha me leyó que debía cumplir las cuatro reglas.
—¿Qué muchacha?
—La vecina del ordenador. No te enteras. Mira, me las apuntó. Las tengo escritas.
—Regla uno: Pon sus opiniones y gustos por encima de los tuyos —dice sacando un papel que lleva en el escote todo arrugado—. Eso ya lo tengo. He probado la paella y me encanta. Segunda regla: Aprende a escuchar. En eso no voy a tener problemas, mi madre era mexicana y tú y tu hermano habláis español desde niños gracias a mí. De hecho, hablo español mejor todos vosotros —me separo sin estar muy segura de su comentario mientras Paul se estira atento a las reglas—. Tercera: ayuda a que se relajen compartiendo sus gustos y costumbres. Les gusta bailar flamenco, entonces pensé, quizás, que si aprendo…
—¿Has estado yendo a clases de flamenco?
—No había plazas. La vecina me puso videos. Ensayé en el salón de mi hermana.
Intento no morir de la risa al imaginar a una señora septuagenaria y nacida en el Baltimore profundo intentando bailar flamenco con clases online.
—No consigo alzar los brazos sin que me duelan. La artrosis me mata. Esa mujer va a odiarme y le dirá a Sofía que no puede casarse con mi niño. Se pondrá en contra y él sufrirá mucho y yo no sabré qué hacer porque no soy vuestra madre. Lo he intentado, se lo prometí a ella. Los he querido como si fuesen el fruto de mi vientre, pero no puedo ir a esa boda —dijo lagrimosa bajo su inmensa pamela y vestido de volantes.
La mujer pequeñita de espalda encorvada acaba de confesar todo lo que ha hecho por cumplir una promesa con esa mujer que la contrató hace ya veinticinco años, y a la que quiso como a una hija.
—Elvira va a quererte sin ninguna regla. Incluso me atrevería a decir que ella ya te quiere.
—Eres una mentirosa —dice secándose la nariz con un pañuelo de papel ahogado en lágrimas.
—Es verdad, lo prometo. No sabes la cantidad de cosas que le hemos contado de ti.
La mujer lanzó un llanto aún más potente. Miro a Paul que eleva los hombros tan desconcertados

como yo.
—¿Le habéis dicho que no sé planchar? Seguro que sí. A tu madre nunca le importó. Tu padre era un poco más exigente, y aunque no me echó el día que quemé su camisa de rayas, nunca terminó de fiarse.
Suspiro enternecida. El accidente me robó a mis padres, pero la vida me entregó a la dulce Matilda.
Me acerco para envolverla en mis brazos.
—No. Le hemos dicho que te amamos porque cuando Simon intentó separarnos tú luchaste por nosotros. Soportaste su mal carácter e incluso te quedaste sin cobrar. Todo por permanecer cerca de Blake. En lo que respecta a mí, no pasó un fin de semana sin que fueras a visitarme. Me llevaste un calendario en el que contábamos el tiempo que faltaba para la mayoría de edad de Blake. ¿Lo recuerdas? Asegurabas que volveríamos a estar juntos y que seríamos felices en nuestra casa. Jamás nos abandonaste.
—¿Cómo iba a hacerlo? Erais mis niños… —dijo apoyando el rostro arrugado sobre mi pecho.
Estoy llorando. Sí. Las lágrimas silenciosas ruedan por mis mejillas desembocando en sus cabellos finos y blanquecinos.
—Somos tus niños. Y ella te querrá porque tú eres nuestra familia.
Ambas nos quedamos en silencio hasta que Paul decidió cortar la pena con una pregunta inoportuna.
—¿Y la pamela? ¿por qué?
Matilda se seca el rostro para sentarse con la espalda recta al mirarle de frente.
—Una regla que no es regla, pero suma puntos. Les gusta el sol y la playa. Compré un tratamiento de vitamina C para parecer más joven y que no me viese tan arrugada, pero nadie me avisó que manchaba la piel si se expone al sol. La vendedora dijo que, o me ponía un sombrero, o tendría el rostro como una vaca mal pintada durante meses.
Paul no contestó mientras que yo piso mi pie para que me duela y así poder contener la carcajada.
—¿Blake sigue sin saber nada del viaje?
—Y no debe saberlo. Mi niño no se lo imagina. La doctora le ha dado a mi niña unas pastillas para que yo duerma todo el viaje y así no entre en pánico. Seré una sorpresa.
—Entiendo.
Paul se puso de pie y se quedó por largo rato mirándome, intentando captar mi atención.
—Qué te parece si te quitas ese sombrero de ala ancha y preparas un té para las dos mientras hablo un segundo con Paul.
—Sí, y ya que estamos, me enseñas fotos de esos dulces que nos contó Sofía. No conozco ninguno y no quiero parecer una ignorante.
Matilda caminó entusiasmada hacia la cocina aceptando mi promesa de ayudarla en todo.
—Tengo que irme —Paul dijo envolviéndome por la cintura —. Debo terminar unos trabajos aquí antes de regresar a Madrid. Estaré un par de días fuera.
—¿Fuera? —Sueno tan triste como lo parezco.
—Son solo unos días.
—¿Me prometes que vendrás en cuánto termines?
—Solo sí tú prometes seguir queriéndome.
—Siempre —me aferro a su cintura.
—Entonces no me demoraré.
Un beso.

Y se fue.

No duermas

—Si no quieres dormir siesta, no duermes siesta. Nadie va a obligarte a nada.
Quitar cosas inservibles de la maleta de Matilda es una lucha de titanes. Yo saco lo que ella vuelve a meter. Si seguimos así llegaremos para las bodas de plata.
—No pienso quedar mal con esa señora. Si ella dice dormir, yo duermo.
Su inocencia es tan dulce que consigue exasperarme. Sus deseos de caer bien a la buena de Elvira se han convertido en una locura sin sentido.
—En España la siesta la duerme el que quiere. No existe ningún reglamento bajo ninguna pena de muerte.
—¿Ellos también tienen pena de muerte?
—No, no la tienen. Y aunque la tuvieran dudo que el cumplimiento de dormir la siesta fuese uno de sus castigos.
Respondo a la vez que intento alejar la montaña de camisones. En mi fila al menos tengo diez. No quiero imaginar lo que ha escondido en la bolsa de los rulos.
—¡No! ¡Eso lo dejas donde está! La humedad del mar me deja los pelos como erizos.
—En Madrid no hay mar. ¡Y allí hay secador de pelo! Matilda, por favor, nunca te has comportado de forma tan irracional.
—No quiero avergonzarle —dice sentándose en la cama.
—Tienes que tranquilizarte. Van a adorarte. Eres la mejor de todas las madres adoptivas que he conocido. Elvira estará encantada de conocerte.
Beso su mejilla arrugada. Un día, sin darme cuenta, Matilda pasó de ser una madre especial a una abuela adorable. Sin ella mi hermano y yo hubiéramos sido dos huérfanos de corazón hueco. Ver los años pasar por su piel arrugada me hace pensar en la velocidad del tiempo. Somos una vida viajando en patinete eléctrico. Nada se detiene. He pasado de niña a mujer en una noche.
La gente al verme suele creer tener delante a una chica que derrocha entusiasmo. Ellos se encuentran lejos de mi esencia. Mi estabilidad se centra en una pequeña balsa de madera donde Matilda y Blake son mis soportes. Un leve movimiento y terminaría hundiéndome en mi propia soledad. Muchas mañanas pienso en ella como un gran dragón de las desgracias dispuesta a engullirlo todo. Incluso a mí. Pero entonces su rostro aparece y el océano interminable se transforma en un agradable paseo de flores provenzales. A veces me cuesta creer que a mi balsa se haya sumado un tablón fuerte y robusto llamado Paul.
—¿Tú ya tienes tu maleta lista?
—¿Cinco días antes del viaje? No, creo que no.
—Niña, no te burles de mí. Mis nervios no están para mucha broma.
Matilda se pone en pie para quitarse el delantal que lleva atado a la cintura. Lleva días cocinando pasteles de carne y de cangrejo. Todavía no he tenido el valor suficiente para confesarle que no puede llevarlos en el avión.
—No lo hago.
Arrastro la última vocal mientras persigo sus pasos que se pierden rumbo a la cocina.
—¿Hoy llega Paul?
—No. Llamó para decir que se retrasaría otros dos días.
—¿Se lo has contado a tu hermano?
—¡No! Y tú tampoco puedes.
—No termino de entender tanto secretismo. Sois libres, guapos y jóvenes. ¿Cuál es el problema que tu hermano lo sepa? Además, mi niña, todos en el planeta Tierra conocíamos tus

sentimientos por él.
Me silencio porque no tengo ideas con las que rebatir su aplastante argumento. Paul insiste en que tendremos tiempo para todo.
—Es tan lindo…
—¿Mi pastel de cangrejo? —Dice llevándose la tercera bandeja a la nevera de congelados.
—No.
—Ya sé que no —me sonríe con la nevera abierta como fondo—. Estoy sorda y un poco entradita en carnes, pero lo de senil, todavía no me ha llegado.
—Lo echo mucho de menos.
Me dejo caer en la banqueta alta.
—El amor es así de insensato. En un principio las distancias son eternas, con los años, sin embargo, lo que se convierte en eterna, es su compañía.
—¡Matilda! —Mi carcajada por poco cierra la nevera —. Mira que eres fría.
—De eso nada. Yo creo en el amor a distancia. Mucha, mucha, distancia.
Sacudo la cabeza y me sumo a su diversión.
—¿Alguna vez has estado enamorada de una forma loca e irracional? Yo a veces me siento volar…
—Una vez. Pero de eso hace ya muchísimos años.
—Jamás me lo contaste. ¿Qué pasó?
—Uy niña, mi memoria es demasiado pastosa como para acordarse.
—No seas mentirosa. ¡Cuenta!
—A ver… —dice apoyando las manos en el respaldo de la silla —por aquella época tú madre me contrató para trabajar en su casa. Acepté al instante. La casa de una pareja recién casada era una fortuna para alguien con tan poca experiencia como yo. Había poco que limpiar, poco que cocinar y sin niños pesados a los que cuidar. Todas eran ventajas —dice sacándome la lengua —. Tu madre era un ángel —se sienta reviviendo el pasado en la mirada—vivía con la cabeza dentro de su paleta de acuarelas. Cuando salía del estudio tu padre reía al verla. Llevaba el rostro pintado de rojos y azulados. Los dos lo hacíamos, pero su mirada era intensa. Tu padre podía pasar horas admirando sus cabellos revueltos y su frente sucia de pintura seca. Eran muy felices. Y yo lo era junto a ellos. Por eso cuando una mañana la encontré llorando creí que me faltaba el aire. Al verme se lanzó a mis brazos.
—¿Qué había pasado?
—Estaba embarazada. Se lo terminaban de confirmar.
—¿No querían hijos? —No soy capaz de contener la desilusión. Pensar que mis padres no nos hubieran querido tener nunca entró en mi mundo de posibilidades.
Matilda abre los ojos secándose la nostalgia.
—Por supuesto que sí. Ellas os adoraban. Esa mañana lloraba porque pensaba que sería una madre desastrosa. Las hormonas de las embarazadas son algo temible. Tengo que reconocer que hubo veces que llegamos a escondernos.
—¿Nos?
—Tu padre y yo. A veces nos reíamos de sus ataques sin sentido, pero siempre a sus espaldas, ninguno de los dos era tan valiente como para enfrentarse a sus efusivas hormonas. Un día nos descubrió y se puso a reír con nosotros.
—¿Y a él? ¿Cuándo conociste a ese amor secreto del que nunca me has hablado?
—No existe secreto. Cuando nuestro niño nació, ninguna de las dos sabía mucho de bebés, por lo que tuvimos un pequeño error.

—¿Error?
—Le poníamos el pañal al revés.
—Pobre Blake —digo divertida—. ¿No chilló? Seguro estaba molesto.
—No lo creo. Mi niño era un santo. El problema fue que un día al cogerlo de la cuna nos dimos cuenta de que las rozaduras le habían dejado el culo como un mandril. Corrí a la farmacia para comprar algo que le calmara las rojeces.
—¿Era el farmacéutico?
—No, era el repartidor de cremas hemorroidales.
—No bromees.
—No lo hago. Mientras completaba el repositor, con una mano trabajaba y con el oído curioso escuchaba mi angustiante relato. De forma muy amable, se giró y me ofreció de forma gratuita una de sus cremas. Mi cara de sorpresa fue tan impactante que no solo me aseguró que el niño se curaría, sino que estaba dispuesto a enseñarnos a poner los pañales de forma práctica. Ser hijo mayor en una prole de ocho hijos le daba experiencia indiscutible.
—¿Y lo llevaste a casa?
—¡Por supuesto! Tú madre y yo estábamos desesperadas. En el primer baño estuvimos a punto de perderlo dentro de una nube de espuma.
Me rasco la frente. Es la primera vez que me alegra ser la segunda.
—Nos mostró todas las canastas de regalos que le habían hecho a tu padre en la empresa y nos enseñó las utilidades de todo. Tu madre estaba tan feliz que lo invitó a merendar. Nunca se me olvidará el rostro de tu padre al ver, a un muchacho alto y desgarbado, enseñándonos sobre su propio pecho, la inclinación correcta que debía llevar el sacaleches para que no hiciese daño.
—El resto es imaginable. Me invitó al cine, y como es sabido, las palomitas unen corazones solitarios.
—¿Estaban enamorados?
—Íbamos a casarnos.
—¡No!
—Sí… —contesta con sorna.
—¿Qué pasó?
—Un accidente de tráfico.
Esa historia la conozco perfectamente. Mis padres se fueron a cenar. Festejaban una venta monumental. Mi padre había vendido uno de sus programas a una multinacional que le había pagado millones de dólares. Nunca volvieron a casa. Un borracho que venía en dirección contraria se incrustó contra su coche.
—Erais tan pequeños... Quise quedarme contigo, pero tu tío Simon insistió en llevarte a un internado. Cuando supe que se quedaría con tu hermano supliqué porque me permitiese vivir en su casa.
—Sin cobrar sueldo… Blake me lo contó.
—Lo importante era poder estar a su lado.
—Y recordarle que en un orfanato se encontraba su pequeña hermana. Blake dice que cada noche, antes de dormir, le mostrabas una foto diciendo que yo lo esperaba. Nunca nos abandonaste.
—Erais mis niños.
—¿Y él?
—No quiso esperarme. Me prometió darme una familia con unos hijos realmente míos. Pero yo ya tenía una familia con hijos propios...

La campa del WhatsApp me ayuda a esconder la vista para secar las lágrimas perdidas. Jamás había escuchado la historia de su amor perdido. El corazón se me rompe al comprender todo lo que perdió por cuidarnos.
—Anda, deja llorar por historias viejas y contesta ese teléfono. Seguro es tu enamorado diciendo lo mucho que te echa de menos.
—Es John. Quiere invitarme a un almuerzo que se hará en el casino de oficiales. Al parecer es una conmemoración de algo.
—¿Es el mismo del beso perdido antes de subir al taxi?
—Sí. Y no me mires así, le he dicho que salgo con Paul y que lo nuestro no puede ser.
—¿Se lo has dicho?
—Tuve que romper mi promesa. Solo un poco. No pude hacer otra cosa. Me daba pena alentar sus sentimientos.
—¿Qué opina Paul?
—No le he dicho nada, después de todo, el proyecto está cerrado. Después de la boda Blake continuará trabajando con John y yo no lo volveré a verlo.
El sonido de la campanilla vuelve a sonar.
—Deberías ir a esa comida.
—¿Cómo dices?
Levanto la vista de la pantalla.
—Yo tengo cita con la peluquera. Ya sabes que pasaré dos días con mi hermana para despedirme. Estarás aquí sola y aburrida. ¿Por qué no aceptar la invitación?
—¿Quieres que Paul me mate? No, gracias.
—Nadie va a matar a nadie por aceptar una comida. Me has dicho que ese teniente es conocedor de tu relación con Paul y que aún así te invita a pasar una mañana agradable. No veo cual es el problema.
—No creo que esté bien… —pienso mordiéndose una uña rota.
—Pasar una tarde agradable con un grupo de gente divertida no es adulterio. Estar enamorada no es dejar de vivir. Solo se debe divertir con un poco más de prudencia. Eso es todo.
Matilda recogió su bolso y me regaló dos besos cariñosos antes de hablar desde la puerta.
—Si te sientes sola siempre puedes venir conmigo. Hoy toca bingo en casa de Lucy.
—Creo que aceptaré la invitación.
—Harías bien.
Dijo antes de cerrar la puerta. El teléfono volvió a sonar con otro mensaje entrante de John.

La fiesta

El salón cargado de comida y gente disfrutando se aleja de mis pensamientos sangrientos que tenía al imaginar un grupo de militares con un arma colgando a la cintura.
Aceptar la invitación de John resultó ser una distracción de lo más agradable. Los grupos de mujeres bien vestidas se intercalan con niños corriendo de un lado al otro jugando a la guerra, quizás, imitando a sus padres.
Los amplios ventanales, aprovechando la buena tarde, se abren de par en par dejando entrar el verde animoso de la extensa llanura en la inmensa sala. La mesa principal cargada de tartas con aroma a chocolate y fresas son una explosión para los sentidos. Los más jóvenes hablan amistosamente con sus compañeros de armas sin descuidar la cintura de su chica. Verlos disfrutar me recuerda muchísimo a los movimientos de Paul. Aunque haya abandonado el ejército, aún conserva ese aire secreto y masculino de sus movimientos posesivos.
El día que Blake lo trajo a casa todavía llevaba su cabello cortado casi al cero. Hoy su melena es revuelta y atrevida, sin embargo, el detalle posesivo en mi cintura cuando salimos es exactamente el mismo que veo en esos jóvenes con sus parejas.
Algunos rostros serios y con canas actúan de la misma forma con sus esposas. Sosteniendo una copa las miran encantados mientras los niños se acercan con ímpetu hacia sus rodillas. Estos, reciben una dulce caricia y vuelven a correr hacia el exterior.
A la distancia, una señora de edad robusta y modales delicados observa al hombre de cabellos blancos de la misma forma que las jovencitas. La observo envidiosa. Su esposo sostiene su cintura como si llevasen tan solo dos días de enamorados. ¿Cómo será Paul a esa edad?
—¿Qué tal la celebración?
John se acerca con dos copas.
—Sin alcohol. Es día de familias —dice divertido entregándome el vaso de algo rosa espumante.
Lo acepto con la misma simpatía. El ambiente festivo es sumamente agradable. Las señoras se divierten, las novias pavonean su amor incondicional, los niños corren y los hombres conversan.
—¿Qué festejan?
—Nada en especial. Es algo así como una jornada de puertas abiertas. Nuestras familias tienen que soportar ausencias prolongadas y horas de trabajo interminable. Esta es una forma de agradecerles su paciencia. Abrimos las puertas para que comprendan nuestro trabajo. A veces es difícil vernos más allá de un uniforme. La imagen de las películas no nos define demasiado bien. Llevamos horas de entrenamientos, noches sin dormir y una vida entregada al servicio. Este almuerzo es para demostrar lo felices que somos con nuestro trabajo y lo agradecidos que estamos de poder contar con su apoyo. Aquí están esposas, hijos, novias, pero también están los huérfanos y viudas. Todos ellos merecen nuestro respeto y agradecimiento.
—Gracias por invitarme.
—Quería que vieras que no soy tan estirado. No me mires así, sé que a veces te impongo, pero no soy muy diferente a otros de mi misma edad.
—Un poquito diferente y peligroso, sí que eres—digo observando el arma colgada de su cinturón.
—La vida es peligrosa. Soy militar y estoy entrenado para la guerra, no voy a negarlo, luchar por los buenos, a veces, es el único camino.
—Luchar por los buenos es un concepto bastante antagónico. Si se me permite decir.
—A ti te lo permito todo —el uniforme hace de su picardía un punto seductor —. No hablemos de guerra. Este día es para la felicidad y el amor...

—John, acepté tu invitación porque me caes muy bien. Eso es todo.
—Si te refieres a que estás enamorada de Paul y que no puedes querer a nadie más que a él. Sí, lo has hablado. Y ahora, he de decir yo, que eres muy joven para pensar en la eternidad. El amor es un loco al que no le gusta estar atado.
—Yo estoy totalmente atada de pies y manos. Y es para siempre.
Mi contestación no acaba de gustarle. Lo veo en su barbilla desafiante. Me apena verlo así. Es un joven capaz de conquistar a cuanta chica. Es inteligente, de conversación fluida y físico más que deseable. Desde que nos conocimos se ha esforzado por conquistarme haciéndome sentir como un premio especial. Cualquier chica se sentiría halagada, y yo lo estoy, no puedo negarlo, pero no tiene ninguna posibilidad. Paul es el pasado, el presente y el futuro de mi amor.
—¿Qué te parece si vamos a mi sitio preferido? Me gustaría que lo vieras. ¿O necesitamos algún tipo de permiso para salir fuera?
—Estar enamorada no significa que no pueda tener amigos. Estaré encantada de conocer ese sitio tan especial.
La sonrisa amable vuelve a cubrir su rostro antes de apoyar la palma de su mano en mi espalda para guiarme.
—Vamos.
La gran puerta nos llevó a un camino de pocos pasos en donde una cima se presentó como un gran mirador. Desde allí el verde extenso de la pradera alcanza el infinito. Los árboles frondosos tocan el cielo con las hojas. Los tanques y los Jeeps camuflados quedaron tras nuestra espalda como un pasado olvidado. El paisaje huele a libertad sin cadenas. La paz después de la guerra.
—Es precioso. Podría quedarme mirando este verde por horas.
—Imaginé que te gustaría. Es el mismo verde de tus ojos… —agacho la vista—. Cuando el día se hace difícil me acerco aquí para pensar.
—¿Y en qué piensas?
Soy capaz de escuchar sus pensamientos respirando en profundidad. No lo miro. El ardor de sus sentimientos traspasa sus ojos. No quiero confundirlo. Entre él y yo jamás existirá nada. Mi corazón y mi cuerpo son de Paul.
—En la vida y en la muerte. En el hilo fino que nos separa de la verdad y el error. Verás, en este trabajo no siempre hacemos todo lo que podríamos. A veces solo somos instrumentos sin voluntad. Por eso vengo hasta aquí, para no perderme. Mariam —sus ojos intensos perforan mi rostro—, me gustas, siento que eres la mujer que estaba buscando. No quiero mentirte. Quiero ser parte de tu vida.
—Apenas me conoces.
—Todo lo que he visto ha bastado para saber que eres increíble.
—John… eres un hombre maravilloso, pero…
—No mereces que te engañen. Te has hecho a ti misma. Tu lucha es tu victoria. Eres preciosa, pero no la utilizas como herramienta fría o despiadada. Eres inteligente sin sentirte superior. Eres sincera, pero odias lastimar. Me encantas y desearía que me dieras una oportunidad.
—John, te lo he dicho antes, estoy enamorada de otro.
—¿Y si cambiara? ¿Y si tus sentimientos no fueran lo que crees? ¿Me darías una oportunidad?
—Quiero a Paul desde antes de que supiera lo que es el amor. Nada va a cambiar.
—¿Y él? ¿te querrá por siempre?
Algo dentro de mí me detiene. La conquista es el primero y más pequeño dentro de los inmensos pasos del amor.
El silencio se mezcla con el sonido de los pájaros. No hablo.

John me invita a seguirlo. No debí haber venido. Fui muy tonta al creer que podíamos ser amigos. Permaneceré unos minutos y luego inventaré una excusa cualquiera para marcharme. Paul aún no me ha enviado ningún mensaje. Quizá haya viajado de forma anticipada para darme una sorpresa y se encuentre en casa esperándome mientras yo estoy aquí haciendo el tonto.
—Teniente, el equipo lo espera.
Un joven, no tan joven, se acercó de forma seria y formal.
—Gracias sargento, ahora mismo vamos —dice antes de mirarme.
—Si tienes trabajo lo comprendo perfectamente. Yo estoy algo cansada y creo que es hora de volver a casa.
—Por favor, acompáñame. Creo que querrás ver esto. Luego yo mismo te llevaré a casa.
—De verdad estoy muy cansada. Tengo mucho que hacer antes de regresar a Madrid.
—No acepto una negativa. Por favor.
Esta situación ha conseguido incomodarme.
Lo acompañaré a ver a su equipo y luego me iré.
Entramos a una sala más pequeña en donde la música y los canapés se concentran. En un rincón un grupo de seis hombres y mujeres conversan animadamente. Frente a mí un moreno de rostro latino susurra unas palabras a una morena a la que sujeta de la cintura. Todos ellos lo hacen. Al parecer es la forma habitual de sostener a sus novias en el mundo militar. John y yo nos acercamos al grupo, cuando el joven uniformado y que se encontraba de espaldas, se giró.

Abre los ojos

—Equipo. Espero estén disfrutando.
Los cuatro que estaban de espaldas abrieron el semicírculo y se giraron para mirarnos. Todos saludaron de forma sonriente. Todos menos uno. El rostro de su tez blanca es mármol enharinado. Mi cabeza gira confusa. Los ojos me viajan de su mano hacia la cintura de una chica de cabellos largos y negros. Me detengo ante la imagen. La lengua seca no me permite hablar. El azul de sus pupilas es brillante y frío.
—Me gustaría presentaros a Mariam.
—Felicidades teniente —El más alto dijo con voz grave cuando la mano de John se situó firme en mi espalda.
—Somos amigos Mac Allister. Al menos hasta que consiga convencerla de que soy el hombre de su vida.
—Seguro lo conseguirá, mi teniente —otro joven uniformado se acercó para saludar con respeto.
Él dijo su nombre uno a uno. No soy capaz de comprender lo que escucho. Solo estoy fija en Paul. Lo observo una y otra vez comprobando que es él. Su rostro y su cuerpo parecen ser los suyos, sin embargo, la ropa de militar y esa mano en la cintura de la muchacha trastorna mi racionamiento. Su posición ha cambiado al verme. Sus dedos ya no se afianzan en la joven. Quiero preguntar tanto que me quedo muda. Las palabras desaparecen en la confusión de mis pensamientos. Sus labios están tan mudos como los míos. ¿Qué significa esta broma?
—Te presento al agente Paul Martinez. También él es de mi equipo. Forma parte de los servicios de inteligencia especial. Su trabajo actual consiste en interceptar a unos traficantes de información militar con drones. Lleva años trabajando como en un fabricante de drones. Su trabajo fue entrar en la empresa y conseguir ser un ingeniero jefe sin que nadie lo descubra como uno de los nuestros.
Los ojos se me cierran. Las pestañas se humedecen mareadas. Nunca tan pocas explicaciones dijeron tanto. Me muerdo los labios para no montar un escándalo. El internado me enseñó a no organizar escenas. Allí no hacían falta, nadie me extendería los brazos para consolarme. Y, aquí, me temo que tampoco.
—Unos chinos astutos, pero no podrán con nuestro Paul. Es el mejor —el latino a su lado golpeó su espalda. Él no se mueve. Su cuerpo se encuentra tan duro como el mío. Es una cucaracha tiesa a la que han descubierto fuera de su agujero.
—Y esta es Sarah, su querida y amada esposa.
¿Qué? Me muevo y el traspié a punto estuvo de hacerme caer al suelo. El aire me falta. Estoy a punto de desmayarme. La mano de John se afianza en mi espalda.
—Un gusto conocerte Mariam. Tienes que darle una oportunidad. John es un hombre magnífico, no te arrepentirás de darle tu cariño —repite la muchacha con voz dulce—. Aunque no es tan guapo como mi Paul, es un buen partido.
El grupo se carcajea distendido.
Sarah es una mujer de ojos grandes y castaños. Su melena negra es larga y brillante. El vestido rosa palo se adhiere a su cuerpo delgado.
—¿Tú? ¿casado?
Aunque mi pregunta fue dirigida hacia el hombre de piedra, ella se encargó de contestar con alegría.
—Parecemos más jóvenes de lo que somos. Hace siete años nos casamos. Locura de juventud. Por aquél entonces teníamos veinte años, pero ya nos adorábamos. Me persiguió hasta que

consiguió que me enamorase de él.
—Así era nuestro Paul —dijo uno del grupo —. Un enamorado perdido de su esposa.
Los muchachos sonrieron y las mujeres suspiraron.
—Sí, un romántico que me tiene loquita de amor. Muy enamorados, cosa nada fácil de aceptar por algunos sinvergüenzas como vosotros —. Los muchachos movieron sus cabezas de forma graciosa antes de besar los carrillos de sus chicas.
Él no se pronuncia. Quiero tomar aire. Necesito salir de aquí. No puedo verlo. Las lágrimas me inundan la vista. Podría gritar, insultar y lanzar sus ciento de mentiras a la cara, pero mi alma solo es capaz de pensar en correr. Huir hasta que el infinito venza al aire que respiro y la vida se me escape en el infinito. Suplicar hasta que las lágrimas compasivas me ahoguen y mi cabeza deje de pensar. Paul es un agente. Un infiltrado. Un… mentiroso.
—Teniente, quizá a Mariam le gustaría conocer el área exterior. Si me permite yo podría llevarla —la voz de Paul sale gruesa y seria. Sus ojos se fijan firmes en John con el ardor del fuego.
—No hace falta. Chicos, seguir con la fiesta. Mariam y yo nos vamos. Ella ha visto todo lo que tenía que ver.
Su mano me guía por la espalda hacia una puerta. Me dejo llevar. Los pensamientos de mi cabeza buscan una explicación ante tanta locura. Lo primero fue creer que era una broma. La caricia de la chica en el rostro de Paul me dice que solo existe una engañada. Y he sido yo. Sarah… Yo misma vi sus mensajes. Que idiota que fui. Siempre estuvo delante de mis narices. Es casado. Todo ha sido una trampa.
—¡Teniente! —La voz gruesa Paul resuena detrás nuestro —. Tenemos que hablar.
Su tono es amenazante. Yo camino sin detenerme. No quiero mirarlo. No quiero que me vea llorar. No quiero verlo hablar con su jefe y comprobar que soy una pieza más de sus mentiras.
—¿Ahora cariño? Hoy es un día para novias y esposas —la vocecita de su mujer Sarah termina de romperme.
Su mujer. Su esposa. Dios… voy a ponerme a gritar y romper cosas como una desquiciada. Necesito salir de aquí.
El aire me pesa. El cuerpo me palpita dolido. Los ojos cristalinos ya no me permiten ver con claridad. Los dedos me sostienen el palpitar de los labios. John, sintiendo mis temblores, me aferra de la mano cuando la pulsera con la llave colgante se enreda en su camisa. Estiro nerviosa y el hilo le rompe un botón. Camino hacia adelante y sin pedir disculpas.
—Tu mujer tiene razón, Paul, disfruta de tu día de casado.
—Mariam… —Su voz grave sacude mi espalda. Fue un murmullo, pero lo escuché.
No me giro. Me dejo guiar hasta sentir un portazo detrás nuestro. O tal vez fueron dos. No estoy segura de nada. Solo sé que estoy en un coche rumbo a algún sitio. Las lágrimas me rebasan los ojos. Soy un ente que solo desea dejar de respirar.
—No podía permitir que siguiera mintiéndote. Hace días que ya no necesita hacerlo.
—¿Qué es todo esto? Por favor… Necesito saber la verdad.
Ya no oculto ni las lágrimas ni el dolor.
—Paul es un miembro de mi equipo. Lleva años trabajando en diferentes pistas que relacionan el mundo de drones con el tráfico de información de nuestras fuerzas militares. Hace tiempo supimos que los chinos utilizaban empresas americanas para hacerse con detalles confidenciales de nuestras operaciones y lugares estratégicos. La misión de Paul ha sido siempre introducirse en las células y ver cuánta de nuestra gente se encuentra involucrada. Hace meses que su trabajo estaba acabado. Al pasar lo de tu tío Simon y su locura por vuestra empresa, decidimos continuar con la tapadera. Ahora, y gracias a tu proyecto, hemos conseguido la información suficiente para

encarcelar a ese desgraciado por muchos años.
—¡Mi hermano es inocente! Él jamás haría algo así. Él no… por favor… no le hagas daño. Haré lo que sea. Blake no…
Las lágrimas ruedan por mis mejillas de forma desesperada.
—Blake Blakmoon lleva años fuera de toda sospecha. Nuestras atenciones siempre se centraron en otro Blakmoon.
—Simon…
—Tú tío tiene un historial demasiado extenso. Cuando salió de la cárcel a espera de juicio, debimos movernos con rapidez para que el contrato con Yan saliese adelante. Necesitábamos pruebas urgentes antes de que se nos escapase. Existen muchas vidas en juego. Simon intentó inmiscuirse y perjudicar a tu hermano. Pensó que, si se deshacía de él, la Agencia caería. Nunca confío mucho en tu maravilloso poder de dirección.
—¿Y mi hermano?
—Él no sabe nada. Está limpio. Paul lleva tiempo investigando sus pasos. Este último contrato con los chinos no necesitaba tapadera. Paul no debió seguir mintiendo. Se lo pedí, pero no obedeció las órdenes. Siempre consideré que no merecías más engaños.
Las lágrimas siguen brotando. Cada palabra esclarecedora rompe aún más mi corazón rematado. Un timador. Paul es un timador. Un farsante que nos hizo creer que era un amigo. Blake no es su amigo y yo nunca fui su amor. Muerdo mi alma para que no chille como loba herida.
—La primera misión de Paul consistió en comprobar el grado de implicación de Blake en la trama.
—Mi hermano ha luchado por crear su propio proyecto. Somos huérfanos desde pequeños. Se ha dedicado a estudiar y trabajar mientras cuidaba de su hermana. Él jamás haría nada que dañase a las personas. Lo juro.
—Como te he dicho, tu hermano quedó libre de toda sospecha hace tiempo. Nuestros informes dicen que se encuentra completamente limpio.
—¿Informes? — John acercó su mano sobre la mía.
—Paul simuló ser su amigo para sacarle información. Nuestro trabajo nos lleva a hacer cosas que no siempre son gratas. Comprendo esa parte del negocio, pero no podía permitir que se riera de tus sentimientos. Tú no formas parte de ningún plan.
El móvil comienza a sonar de forma insistente en mi bolso. Veo el nombre y le doy al botón rojo. El mismo rojo con el que sangra mi corazón.
—Lo siento. Tú no tienes nada que ver con la misión. Cuando te conocí supe que sus mentiras te harían mucho daño. Él debió saber que tú no eres una chica para la diversión. Mariam, quiero capturar a los malos, pero sin costes anexos.
—Costes anexos… —repito deseando despertarme de la pesadilla más larga de la historia.
—Mariam, si acepté tu participación fue porque Paul informó que tu hermano se casaba y no estaba disponible. No podíamos esperar. Mucha gente depende de encontrar a los culpables de la venta de información confidencial. Yo jamás te lastimaría con intención.
—¡Qué información! Mi hermano hace drones para campos de cultivos. Allí no hay nada más que patatas y maíz. Por favor, quiero bajarme de este coche. ¡Deténgase!
Sostengo mi cabeza antes de ponerme a llorar sin control.
—Las imágenes que guardan los drones pueden contener algo más que fotos de patatas y mazorcas de maíz.
—¿Por qué? —Digo atragantada antes de continuar —. ¿Por qué me mintió?
—Eres preciosa y él es un hombre. Imagino que no supo ver el inmenso valor que llevas dentro

de esa preciosa fachada.
Me cubro los ojos intentando detener las lágrimas que se desparraman entre mis dedos. Si al menos fuese una parte de la misión. Si fuese un peón necesario en la partida, quizá así, me sentiría menos utilizada. Pero no lo soy. Soy la niñata rubia atontada a la que el casado llevó a su cama. Un polvo agradable y pasajero.
—Mariam, la operación sigue en pie, nuestros trabajos con la empresa de Yan siguen adelante, sin embargo, tú y tu hermano, quedáis libres. A partir de ahora seremos nosotros quienes sigamos las pistas de los drones. Tú tío estará entre rejas en muy poco tiempo.
—Ella… ¿Tú la conocías? ¿Sabías que era su…?
—Sí. Comprendo tu dolor y juro que le rompería la cara si pudiera. Es un buen agente. Jamás imaginé que se pasara el tiempo con una chica como tú. En verdad lo siento.
—¿Una chica como yo?
Repito consciente del significado de esa afirmación. ¿Una niñata enamorada de su amor imposible?
Paul era la manzana alta en la copa del árbol. Pensar en que yo significase algo en su vida fue mi mayor estupidez. Lo busqué y creí que lo había conquistado. Me creí superior a esas tantas con las que siempre lo he visto. ¡Dios! En estos cuatro años que lo conozco yo no he sido la única infidelidad.
—Mariam, si puedo ayudarte en algo.
—¡Alto!
El taxista se llevó tal susto que clavó frenos. Lucho con la manilla para poder bajar.
—Te llevo a casa.
—¡No! Quiero caminar.
—Estamos lejos, no puedo dejarte en este estado. Eres mi responsabilidad.
Al ponerme en pie contesto con las pocas fuerzas que me quedan. Siento que la suave brisa de la acera choca con mi cuerpo. Estoy destrozada. El dolor es tan fuerte que el oxígeno me abandona.
—Tú no eres responsable de nada. Agradezco que me contaras la verdad. Tarde o temprano la sabría —digo con medio cuerpo fuera—. Ellos…
—Mariam, son una pareja. No puedo decir más de lo que he visto.
—¿Qué has visto?
—Mariam…
—¿Qué has visto? Por favor.
—Sarah ama a Paul. Ella siempre ha estado en las reuniones de parejas que hemos hecho.
El corazón partido en trocitos desiguales cae al suelo y es pisado por los coches que pasan por la avenida.
—Tengo que irme.
Recojo el bolso a los tirones y bajo tambaleándome. Camino. Cruzo la calle con tal rapidez que los gritos de John y de un conductor enfadado quedan atrás junto a mi felicidad destruida.
Los primeros pasos son rápidos, los siguientes son los mismos que los de una liebre apaleada. Corro contra el viento. Las lágrimas me obnubilan la vista. Sigo y sigo hasta que el tacón enganchado contra la tierra de un parque me hace caer al suelo. Con el rostro pegado contra la húmeda tierra una señora se me acercó preocupada.
—¿Linda, estás bien?
—Me ha mentido —confieso a la mujer como si la conociera de toda la vida —. Quiere a otra. Me ha mentido…
Sigo llorando ante una desconocida que me abraza envolviéndome en el centro de su pecho.

Aferrándome a su camiseta los espasmos de las lágrimas amontonadas me cortan la respiración. Vuelvo a estar sola. No tengo a nadie especial. Soy una mujer desolada preguntando a la mano que la sujeta, ¿por qué?

—Pasará… Soy lo suficientemente vieja para asegurarte que pasará. No existe mujer que no conozca el dolor de una puñalada por la espalda.

Sentada en el suelo húmedo no me muevo. La mujer tampoco me suelta.

Soy la niña huérfana a la que han vuelto a encerrar entre los barrotes de la soledad.

Dolor

Intento parecer más calmada de lo que estoy. Llevo horas intentando calmarme y hasta creí haberlo conseguido. No fue hasta que Matilda abrió la puerta de la casa de su hermana cuando mis fuerzas se derrumbaron en sus brazos.
—¿Mi niña? ¿cómo has llegado hasta aquí?
Me sentó en un sofá y me cubrió el cuerpo destemplado con una manta en formato patchwork. Aunque el clima es agradable, el calor de la manta es una sensación que agradezco.
—Bebe. Es una tila. Te hará bien.
Trago de forma autómata unos sorbos antes de verla sentarse en una silla. Nuestras miradas se cruzan y las interminables lágrimas regresan.
—Está casado —digo agotada.
Matilda frunce la frente arrugada.
—¿Casado? ¿Cariño, quién está casado?
—Paul está casado. Él me ha mentido.
—Eso no es posible. Tiene que ser un error.
Ella acaricia mis cabellos revueltos.
—No lo es. Lo he visto con mis propios ojos. Se llama Sarah y llevan siete años juntos.
—¡Siete!
—Siete.
Dejo la taza en la silla para cubrir el rostro con las dos palmas. Mis ojos son incapaces de contener tanto sufrimiento. Matilda está demasiado shockeada como para articular palabra.
—¿Estás segura de lo que dices?
—Completamente.
Relato lo de su trabajo como agente. Todo lo que John me contó sale de mi boca como cuando vomitas comida basura.
La buena de Matilda arruga la nariz. Escuchar de mis labios que Paul entró en la empresa de Blake para espiarlo consigue sumar más leña al fuego de su indignación.
—¿Qué voy a hacer? ¿Cómo voy a decírselo a mi Blake?
Matilda inclinó la espalda hacia mí para sujetar sus manos en las mías.
—Creo que no debes decírselo. No por ahora.
—¿Me estás pidiendo que mienta? ¿Justamente tú? ¿La mujer que nos castigaba por no confesar el autor del robo del helado de cookies antes de comer las verduras?
—Esa siempre fuiste tú.
—¿Lo sabías? —Inspiro tragando las lágrimas que se me escurren por la nariz.
—Por supuesto. Tú hermano era el de strawberry cheesecake. Y jamás os castigué. Solo quería que fueran sinceros.
—¿Y ahora me pides que mienta?
—Cariño, ¿cómo piensas que reaccionará Blake cuando descubra que Paul mintió con respecto a su amistad? Y no digamos nada si descubre que lleva quince días viviendo contigo.
—Lo matará…
—Además de cancelar su boda.
—¡No! Eso no puede pasar. ¡No me lo perdonaría! Él adora a Sofía, ella es el amor de su vida. La buscó durante años. Matilda… eso sería una desgracia.
—Lo sé cariño, pero Paul es su padrino. Todo esto lo descolocará. Sabes como es Blake, necesita tenerlo todo bajo su control. Mi niña, no sabes lo mal que me siento por pedirte esto, pero

deberemos esperar el momento adecuado. Mientras tanto yo estaré a tu lado, jamás te dejaré. Lloraremos juntas.
—Paul es su padrino de bodas. No puedo permitir que siga engañándole. Es un farsante mentiroso. No merece acompañar a Blake en su día más importante.
—Me temo que eso lo tendrás que solucionar tú.
—¿Yo? ¿Y cómo voy a hacerlo?
—Hablando con él y pidiéndole que se niegue a ser su padrino.
—Yo no quiero hablar con él. No quiero volver a verlo. Quiero que desaparezca de mi vida y de mi corazón. Quiero que muera de mis recuerdos. Quiero que…
—Para enterrarlo primero deberás matarlo.
—No soy tan valiente —confieso resoplando dolor—. Además, la cárcel es muy fría. Ya sabes lo mucho que sufro en invierno.
—Cariño… —los brazos de Matilda me envuelven como una madre. No, estoy equivocada, ella es mi verdadera madre.
—No puedo volver a verle. No tengo fuerzas para aceptar la realidad.
La mujer pensó durante largo rato antes de ir a por mi bolso.
—Busca en el aparato ese el primer vuelo disponible.
—¿A dónde?
—A Madrid. Nos vamos.
La mujer resopla antes de meter la mano en el bolso y sacar mi móvil. Treinta llamadas perdidas. Todas son de Paul.
—Vamos, borra eso y busca el primer vuelo que haya. Tenemos que irnos.
—¿Estás loca?
—Nos iremos juntas. Yo tengo las maletas hechas y tú las preparas en diez minutos. Según has dicho el contrato con el chino está firmado. La empresa de tu hermano no corre peligro. Según dijo ese teniente, ni tú ni Blake tienen nada que ver con esa trama. ¿No es así? Ambos están libres de todo mal.
—Fue lo que dijo.
—Entonces nos vamos. Paul no va a seguirte. Seguramente invente una excusa y no se presente en la boda. Es cuestión de tiempo que termine desapareciendo de tu vida y la de tu hermano. Al ver que te has ido sabrá que su tiempo de jueguitos mentirosos han terminado.
Lloro nuevamente ante la sincera verdad.
—Cariño, la distancia enfría volcanes. Hazme caso. Debemos irnos cuanto antes —. Sus manos extienden el IPhone hacia mi cara—. Cambia el vuelo y vayámonos cuánto antes. Tu hermano y Sofía estarán encantados de vernos. ¿Mi presencia sigue siendo una sorpresa?
—Sí. No saben nada —digo aceptando el móvil con mis manos húmedas.
—Bien, entonces busca el primer vuelo. Nos vamos a Madrid. Tu familia y la gente que te quiere te esperan. Aquí ya no haces nada.

Paul

—¡Dónde está!
—No sé de qué me hablas.
Cientos de papeles comienzan a volar por encima del escritorio. Si no habla no me conformaré con las carpetas. Mis puños rodarán hasta que me diga dónde está ella.
—Sabes perfectamente de lo que hablo. He custodiado su casa durante dos días. El encargado dice que la vio marchar con maletas. Voy a preguntarlo una única vez. ¡¿Dónde está?!
—¿Una única vez? ¿Me estás amenazando?
El teniente se pone en pie. Sabe que me tiene sujeto por los huevos. Cualquier acto de insubordinación significaría mi expulsión del ejército.
—¿Estás seguro de que es lo que quieres? —Se quita la chaqueta con exagerada lentitud.
—Dime dónde está o te arrancaré la información a golpes.
—No tengo ni idea, y si lo supiera, te enviaría al extremo opuesto.
—¡Maldito hijo de puta! ¡No tienes ningún derecho!
Nuestros gritos debieron llamar la atención de mis compañeros, porque antes que mi puño le alcanzara la cara, fui detenido.
Liam y Oliver me sujetaban por los hombros. James y Noah lo retienen por los codos.
—Eres una vergüenza para el cuerpo. Tus principios son basura. No mereces estar con nosotros.
—Lo haces porque te la quieres follar.
—¡Y tú lo has hecho sin importar que le estabas jodiendo la vida! ¡Ella no se lo merece!
—Qué sabes tú lo que ella merece. ¡Soltadme!
—John, es el teniente… —dice Liam, asegurándose de que comprendo la consecuencia de mis puños—. Soltadme. No voy a lastimarle.
Los chicos nos soltaron, aunque permanecieron atentos.
—Vete. Termina la misión. Desaparece de nuestra vista. Tenerte en el equipo es una deshonra para el cuerpo. Mi gente no se aprovecha de jovencitas inocentes. ¿O lo que más te molesta es que te haya desbaratado los planes? No sabes cuánto lo siento.
Niego mientras camino de un lado a otro. Tengo que encontrar una solución. Debo saber dónde se encuentra.
—¿De qué planes habla el teniente, Paul? —Liam preguntó mirándonos uno a otro.
—¿No lo sabéis? Veréis —dijo sentándose tras su inmenso escritorio de roble macizo—. El agente Paul Martinez ha utilizado a la hermana de su objetivo para conseguir un puesto en la empresa de su hermano.
—Ese es su trabajo —respondió Oliver.
—Infiltrarse, sí, seducir a su hermana para quedarse con un puesto directivo y así poder abandonar su trabajo en el ejército, no.
—¡Eso es mentira!
—¿Mentira? ¿Vas a decir que no pensabas abandonarnos? Mis sospechas se confirmaron hace unos días. ¡Tus actos te delatan!
—¡¿Qué actos, teniente?! Paul es un gran agente. Mi vida ha estado en sus manos muchas veces. Y aquí sigo vivo.
—Pues cuida que no se acerque a tu chica. Le gusta usar estrategias para engatusar y conseguir lo que quiere.
—¡Cerdo mal nacido!
—Y lo dice el que usó a una muchacha ingenua y buena para conseguir un puesto de trabajo.

—¿Es eso cierto?
Oliver, mi compañero en demasiadas misiones, parece defraudado.
—¡Por supuesto que lo es! Una vez se marchase sería un ejecutivo de altos ingresos. Cuando ya no necesitara de Mariam le confesaría su matrimonio con Sarah, después de todo, ya tendría lo que buscaba.
—Mariam es… —Oliver apenas podía hablar.
—Sí, la muchacha que traje hace dos días a la fiesta de familias.
—Joder…
Mis compañeros se alejan a los lados de la oficina sin mirarme. Soy la vergüenza del equipo. Nuestros valores son el principio de nuestra vida. Sin honor no existe destino.
—Martinez vete de aquí. Líbranos de tu presencia.
El teniente habla con los ojos inyectados en sangre.
—No voy a irme.
Sonríe sin ganas. Ninguno de los dos quiere seguir viendo la cara del otro, pero no puedo hacer otra cosa. No puedo renunciar.
—Por supuesto, lo comprendo, cuando su hermano se entere de los usos que le diste a la muchacha tus esperanzas de ejecutivo adinerado se habrán disuelto. Sal de mi oficina. Pedirás tu traslado, te harás aviador o te morirás, pero me librarás de verte la cara. Lo que sea con tal de no asquearnos con tu presencia.
Golpeo de un puñetazo una estantería antes de salir. No puedo defenderme. ¡No puedo!
—¡Paul! —Liam me detiene en mitad del campo de entrenamiento rumbo a la playa de aparcamiento —. Hermano, defiéndete de toda esta absurda tontería. Todos sabemos que es mentira. El teniente se equivoca. Regresa y defiende tu honor.
—No puedo. Él ha dicho la verdad.
Acelero dejando a Liam sin palabras tras el humo de mi coche.

—¿Vas a seguir bebiendo?
—¿Es un bar no?
—Uno de recreo y buenas costumbres. Los de emborracharse como una cuba se encuentran al otro lado de la ciudad.
—Sírveme otra —estiro la jarra pensándolo mejor. Cerveza es poco para mi cuerpo. Necesito algo capaz de tumbar a un oso —. ¡Olivia! Prepara uno de esos cócteles de mierda asquerosa que se te dan tan bien.
La muchacha me observa desde la barra frunciendo la mirada. Me importa poco sus sentimientos heridos. Adam le niega con la cabeza.
—Mi dinero es tan bueno como el de cualquiera. O le dices que me prepare una copa o me voy a otro sitio.
Olivia se acerca a la puerta mientras Adam se marcha para regresar con dos botellines.
—Esta va por cuenta de la casa.
—Quiero esas mierdas con alcohol de quemar que prepara tu chica.
—Si no dejas de ofender el trabajo de Olivia te vas a ir a casa calentito, y no por causa del alcohol de los cócteles.
—Si no me atienden me voy —intento ponerme de pie—. Me quedo —digo sentándome nuevamente. Olivia dice algo a su chico al oído antes de marcharse y cerrar la puerta del local con llave.
—¿Qué hora es?

—La suficiente para que te encuentres en coma etílico. Siempre tuve dudas sobre tu acuerdo con el diablo para no caer muerto en una taberna.
—Debo irme. Es tarde. Puede que haya vuelto.
—¿Tarde para qué? ¿Se puede saber qué pasa?
—Ella se ha ido.
Adam estira las piernas antes de beber un sorbo interminable. Su silencio me obliga a quitar la chapa de mi botellín y acompañarle.
—¿Qué has hecho?
La mueca de la sonrisa me sale sin ganas.
—Das por sentado que fue mi culpa.
—Por supuesto. Vamos, dime, ¿qué ha pasado?
—El teniente de mi unidad se lo ha contado todo.
—¿Cómo? ¿Eso es posible?
—Al parecer sí.
La chimenea arde con la intensidad de unas brasas avivadas durante toda la noche. Siempre me ha gustado ver el fuego elevarse por encima de los leños. La llama alta y entusiasmada perdiéndose en su búsqueda del cielo. El calor emanado de la intensidad de su ferviente deseo. Ardor abrasante que quema hasta el dolor. Llamas doradas y azules envolviendo el aire. Mechas de cabello rubio y destellos de mirada verde intensa como ella segundos antes de amarme…
—¿Por qué?
—Se la quiere tirar. Desde que la conoció no ha dejado de perseguirla.
—Es una chica interesante.
—¿Tú también?
—Baja esa mirada de lobo asesino. Amo a mi Olivia. Lo único que quiero decir es que, aunque es muy atractiva de físico, su seguridad e inteligencia le hacen ganar mil puntos extras.
—Y divertida, y fresca, y comprensiva.
—Y está enamoradísima de ti. Lo vi cuando la trajiste esa noche. No te quitaba ojo. Eras el único hombre que le interesaba. Yo no me preocuparía por el teniente.
—La ha llevado a la reunión de grupo familiar.
—¡¿Qué ha hecho qué?!
Bebo medio botellín de cerveza de un tiro. Revivir el momento me despedaza.
—Quería que ella comprobara por sus propios ojos la mierda que soy.
—Pero ¡por qué!
—Imagino, como tú dices, que él también pudo ver lo que ella sentía por mí. Celos, envidia, yo que sé. Lo cierto es que la llevó y le presentó a Sarah.
—Joder…
—Se ha terminado. La he perdido.
—Cuéntale la verdad. Habla con ella. Es una chica inteligente, estoy seguro de que lo entenderá todo.
—¿De verdad lo crees? Ni yo soy capaz de comprenderlo.
—No tienes nada que perder.
Escuchar en boca de Adam unas débiles palabras de ánimo reviven mis esperanzas necesitadas.
—Se ha ido. El encargado la ha visto marchar con maletas. Nadie sabe dónde está. No contesta mis llamadas ni responde mis mensajes. Mañana serán tres días sin verla. Creo que si sigo así voy a volverme loco.
—Piensa en el lado bueno, si se marchó con maletas quiere decir que no se está retozando con el

teniente.
—Tus conclusiones me abruman —termino el botellín de un segundo trago —. En estos momentos odio mi resistencia al alcohol. Desearía estar inconsciente en el bordillo de una acera y esperar medio muerto a que un barrendero me mate con un cepillazo en la cabeza. Sería una muerte digna para una basura como yo.
—Deja de compadecerte.
—No me estoy compadeciendo. Solo busco formas dignas de conseguir un colaborador para mi suicidio.
—Eso se llama asesinato. Y yo siempre estoy dispuesto a hacerlo. Tú por eso no te preocupes. Ahora pensemos, necesitas hablar con ella, pero se ha ido. ¿Por qué no viajas a Madrid con la excusa de terminar tu misión? El teniente no podrá negarse a que te marches.
—¿Y para qué quiero ir a Madrid?
—Para hablar con ella.
—¿Madrid? ¡Madrid! ¡Soy imbécil!
—Eso lo sé desde hace mucho tiempo.
—Ella está en Madrid…
—¿En qué otro lugar iba a estar? Su hermano se casa en días.
—Tengo que buscar un vuelo cuanto antes.
—Paul —Adam se pone en pie al verme echar la silla hacia atrás —quizás la verdad no sea suficiente. Cuando su hermano se entere de lo que has hecho, ya no tendrás trabajo en su empresa. Tus planes se habrán terminado. Por no mencionar a Sarah.
—No puedo dejarla ir —. Pensar en perder a Mariam me obnubila el cerebro.
—Amigo, te quiero, pero el teniente destrozó tus planes. Solo tienes una oferta para ella.
—No la aceptará.
—No se me ocurre otra cosa.
Adam insistió en que pidiese un taxi, pero no le quedó otra opción que ver como me alejaba caminando. Siento su mirada en la espalda. Sé que no dejará de vigilarme hasta que la bruma de la distancia me cubra.
Ando con el peso del plomo en la punta de los pies. Él tiene razón, aún comprobando que se encuentra en Madrid, ¿qué puedo hacer? Estoy casado con Sarah y no voy a dejarla. Mi propuesta no sería otra que la de una amante con ventajas preferenciales.
Me siento en un banco frío en la oscura noche.
Debo regresar a mi hogar, pero no puedo, no lo tengo. Lo he perdido cuando ella subió al avión. Ella me enseñó que el hogar se encuentra donde reside el corazón. Y el mío late junto al suyo.

Madrinas

—Y cómo no iba a venir. Mi pobre chico estaba que no se lo creía.
Matilda ríe pensando en la emoción que inundó a mi hermano minutos después de verla en el aeropuerto. Ambas, aceptamos con emoción, la efusividad de su abrazo al bajar del avión. El pobre hombre no cesaba de preguntar que cómo había conseguido que la temerosa de Matilda al fin se hubiera subido a un avión. Sosteniendo las maletas de ambas, no dejaba de mirarla. Sofía sostuvo mi brazo durante todo el viaje. Conocedora de la importancia de la mujer en nuestras vidas, mordió sus labios emocionada al ver el rostro de felicidad que inundaba a su chico.
—¿Y ahora dónde está? —Elvira nos sirve un refrigerio antes de sentarnos en una silla.
—Tenía que comprobar que todo estuviera correcto en su traje. No tomaron bien las medidas y estaba de los nervios —Sofía contestó antes de probar su té
—Mi pobre chico salió tan rápido que por poco se le olvidan los zapatos.
—Literalmente. Se los alcancé al ascensor —. Sofía aclara las palabras de Matilda antes de masticar un pastel de nata y sorprenderse de las carcajadas de las presentes.
—Hablando de trajes, yo también tengo que ir a mi prueba —Anthony besa a todos al aire menos a Elvira y a Matilda a la que dedica un caluroso abrazo.
—¿Y tú? ¿Tienes novia?
—Anthony es alérgico al compromiso —contesta Laura a Matilda. La afirmación del apelado causó nuevas carcajadas en todas las asistentes.
El ambiente festivo inunda la pequeña sala de la casa de mi cuñada. Sus amigas hablan sobre el vestido mientras Matilda y Elvira comienzan a comentar historias sobre sus respectivos niños convertidos en mayores.
Ambas poseen esa sonrisilla nerviosa precursora de la creciente necesidad de caerse bien. Elvira, con su delantal de pastelera, invita con una fuente a probar los dulces sin azúcar que horneó especialmente para ellas. Matilda, una vez roto el hielo, ha conseguido en la eficiencia de su dieta alta en verduras como eliminador de colesterol malo, conseguir un tema que tiene absorta a la buena de Elvira.
Sofía suele decir que los colores son parte de nuestra vida. Ella opina que el mundo es un fino lienzo en el que nuestras acciones se pintan a base de brochazos bruscos o delicados. Según ella, todo depende de la intención que se ponga al colorear. Yo, me encuentro lejos de ser una artista, de hecho, creo que si mi madre viviera se avergonzaría de mi desequilibrado don en las artes, sin embargo, basta con mirar esta pequeña sala para notar las intensas pinceladas del rosa amoroso, el amarillo de la comprensión y el azul cálido de la amistad.
—Ven, quiero hablar contigo un momento.
Laura y Karina continúan conversando con las mujeres cuando Sofía me lleva a su habitación cerrando la puerta detrás de nosotras.
—Es precioso. Y te queda fabuloso —hablo antes de sentarme en la silla junto al pequeño escritorio.
—¿Qué cosa?
—El vestido. ¿No ibas a preguntarme si me gusta el vestido?
—¿Tan insoportable estoy?
Me divierte ver a una chica tan decidida y valiente como Sofía dudar hasta de su desayuno.
—Mi hermano te adora y estoy segura de que seréis muy felices. Deja de preocuparte.
—Ahora no estoy preocupada por el vestido —mi rostro la hace dudar—. No mucho.
—Entonces, ¿qué pasa?

—Eso es lo que quiero saber. Desde que bajaron del avión me has estado esquivando.
—No sé de qué hablas.
—Mariam, vamos a ser hermanas, puedes confiar en mí. Me lastima tener que recordártelo.
Su sinceridad cariñosa envuelve mis manos con un calor confiable. Las lágrimas que llevaba escondiendo llenaron mis pupilas.
—Cariño, ¿qué pasa? ¿es por Paul?
—¿Cómo lo has sabido? —Aspiro el principio de mi llanto.
—Mi vida —dice secando mi rostro con sus dedos —no pensarás que me he creído eso de su malestar de hígado y su próxima operación de cólicos.
—Blake se lo creyó —el miedo me sube por los hombros —. ¿Lo creyó?
—Sí. No estaba muy seguro, pero me encargué de convencerlo. Algo me decía que necesitabas coartada.
—Gracias.
—Ahora cuéntame. ¿Dónde está Paul y por qué no habéis venido juntos? La última vez que hablamos dibujaban corazones en el aire.
—Todo fue una mentira. Paul no me quiere. Nunca lo hizo.
—¿Qué?
Miro a la puerta comprobando que está cerrada.
—Matilda me hizo prometer que no diría nada hasta después de la boda. Lo siento, yo no quería estropear los preparativos, puede que ella tenga razón.
—No seas tonta, tú no estropeas nada. Matilda habrá pensado en la reacción de Blake y por eso te habrá aconsejado que no hables. Yo no soy él.
—Mi hermano no puede saber nada. Si se llegase a enterar estoy segura de que lo buscaría para matarlo.
—Si no me dices que te hizo lo mataré yo misma. Dime que no te ha hecho daño.
—No del tipo que tú piensas. En eso él fue muy dulce, y cariñoso, y…
El ahogo corta mis palabras.
—Mariam, cariño, ¿qué ha pasado? No entiendo nada.
—Paul es… el está… —Sofía estira el cuello esperando las explicaciones se destraben de mi garganta —. Está casado.
Al decir las palabras observo los detalles que llenan la habitación de Sofía. Revistas de viajes, tarjetas de invitación y retazos de telas de colores se dispersan por el escritorio. En una hilera se encuentran los menús, en el otro los planos de mesas, junto a un montón de temas musicales. Preparativos hechos por una pareja enamorada que desea compartir toda una vida juntos. Un matrimonio cargado de noches de amor. Un compromiso como el que Paul una vez hizo con ella…
El calor se intensifica en mis pulmones.
La habitación se inunda con los preparativos de una boda deseada. Una como la que seguro él tuvo con su Sarah. ¿La llamará así? ¿Le dirá mi Sarah?
Todo lo que se encuentra en esta habitación lo vivió, un día, junto a ella. Junto a la mujer con la que soñó compartir el resto de su vida.
La respiración se me entrecorta y la habitación comienza a girar. La lámpara, la mesa, el suelo…
—Diles que se detengan. Me estoy mareando.
—Te tengo. Tranquila. Respira profundo. Respira.
Sofía abre la ventana dejando que el aire fresco alcance mis pulmones.
—Es un ataque de ansiedad. Toma aire e infla el estómago. Así, lo haces perfectamente. Cuando

murió mi abuela fui a clases de control del pánico con el Sensei Anselmo. Él me lo enseñó.
—Un día tendré que conocer a ese tal Anselmo —digo aceptando la botella de agua que tiene en la mesilla de la misma marca que bebe mi hermano.
Seguramente ese sea su lado de dormir. Paul seguramente también tenga su lado, en la cama que comparte con ella. Junto a la mujer con la que una vez diseñó una boda, una vida incluso…
—¡Ahogo! ¡Ahogo!
—Respira profundo. Despacio. Eso es…
—¿Hijos? ¿Tendrá hijos? ¡Sofía! ¿Tendrán hijos?
—Respira. Vamos, llena la tripa con aire. Mariam, por favor cariño, intenta tranquilizarte o tendré que llevarte a un hospital.
—Estoy bien… estoy bien…
Respiro cien veces inflando el estómago cuando al fin consigo ahogar mi ansiedad.
—Estoy bien. No te preocupes.
Sofía se sienta sobre el colchón.
Con lentitud comienzo a explicar todo lo que sé.
Nuestros días de amor dulce, el paseo por el parque y nuestra primera vez. Con Sofía no siento vergüenza. Ella me invita a la confianza.
Concentrada, escucha la totalidad de mi historia. En el más absoluto de los silencios la veo fruncir los labios cuando relato la parte de mi encuentro con esa mujer.
—... entonces Matilda dijo que debíamos venir cuanto antes. Yo no era capaz de pensar.
—Hicieron bien —me siento en el colchón junto a mi cuñada. Ella me abraza por los hombros.
—Ya no puedo más. Soy una hoja seca y pisoteada. Siento un vacío tan profundo que me ahoga. Quiero olvidarlo, pero solo consigo recordarlo más. ¿Por qué tuvo que pasarme esto? Yo solo quería… yo solo lo quería…
Sus brazos me envuelven con fuerza materna. Segura, potente y cariñosa.
—No lo sé cariño, te juro que no lo sé. Lo único que puedo asegurarte es que no lo mereces.
—Blake… él no puede saberlo. No hasta después de la boda. No me perdonaría estropear vuestra boda. Por favor. Necesito que me lo prometas. ¡Promételo!
Los nervios por haberme ido de la lengua me alteran.
—No diré nada. Pero después de la boda deberás contárselo tú misma. Merece saber la verdad.
Paul es su mejor amigo. O por lo menos él así lo considera. Dios, a estas alturas no sé quien es quien.
Sofía continuó acariciando mis cabellos mientras agotada de tanto llorar me recuesto en su cama. Sus dedos me acunan regalándome algo de paz. Como una niña me entrego a sus delicados cuidados. Ahora tengo una hermana.
—Gracias —susurro antes de cerrar los ojos.
—Duerme cariño, ya estás en casa. Nosotros cuidaremos de ti.
Sus palabras me cobijan mientras Paul se desvanece en la oscuridad de mis sueños custodiados.

No vuelvas

—Entonces fue cuando se puso a correr como un loco. Subía y bajaba escaleras con la niña detrás.
El comentario de Matilda captó el total interés de mi cuñada.
—Esa niña quería violarme y yo estaba enamorado de mi Love.
—Sofía no estaba con nosotros. Ella llegó después.
Matilda aclara con una inmensa sonrisa.
—A veces olvido que tú conociste a mi madre. ¿Puedes decirme cómo era?
—Lo siento cariño, jamás la vi. Cuando llegaste a casa la señora te acogió como a su hija. Los padres de mis chicos te adoraron y sufrieron mucho cuando te marchaste. La señora sufrió tu pérdida como la de una hija. Pero jamás tuve oportunidad de hablar con tu madre.
—Pero, ella fue la que llamó a mi abuela. La madre de Blake ya no me quería con ellos.
Blake aprisiona la mano de su chica con ternura.
—La depresión es una enfermedad muy dura. Ella sufrió mucho. El tratamiento fue duro. Al sentirse mejor quiso encontrarte, te lo prometo, yo misma estuve preguntando a conocidos, pero tu abuela se marchó sin dejar pistas. En cierta forma los padres de Blake y yo lo comprendimos. Tenías derechos a vivir una vida con tu verdadera familia.
—Mi madre también era mi familia, sin embargo, prefirió venderme.
—Las historias se construyen con muchos puzles, quizá nunca sepamos todas las razones que la llevaron a dejarte. Es mejor amar a los que tenemos que sufrir por aquellos que nos resultan desconocidos.
El silencio se situó en la pequeña sala que tengo como apartamento. Los platos vacíos de una cena comprada indican el fin de una velada familiar.
Consciente de los nervios establecidos en la parejita, decidí que la cena fuera en mi casa.
—Entonces, ¿la niña consiguió violarte o durante cuánto tiempo estuviste huyendo?
Las tres lanzamos unas sonoras carcajadas ante la pregunta de Sofía. El timbre se puso a sonar y me pongo de pie para contestar.
—Debe de ser el vecino de enfrente. Siempre le falta algo. Un día le hago la compra en el súper y se la dejo en la puerta.
—¿Es guapo? ¡Seguro quiere ligar contigo!
Las insinuaciones de Sofía se quedaron tras de mí al abrir la puerta.
—¿Tú?
Apenas soy capaz de hablar. Paul se encuentra, con una bolsa de viaje inmensa y de color verde militar, sobre el hombro
—Tenemos que hablar.
—¿Quién es?
La voz grave de Blake se acerca grave y curiosa.
—La portera. Quiero decir, el portero. Un minuto. Necesito un minuto.
Contesto cerrando la puerta tras de mí.
—Tienes que irte. No puedes entrar.
—No pienso irme hasta hablar contigo.
—Eso es imposible. Dentro está mi hermano. Él no sabe nada. Tienes que irte.
—Me quedaré y hablaremos cuando él se vaya.
—No lo entiendes… Mentí. Dije que estabas enfermo.
—Entonces ya estoy curado.

—Por favor vete. Entre nosotros está todo dicho.
Agacho la cabeza. Si lo miro me convertiré en una insensata que solo piensa en perder el tiempo perdonándolo.
—Escucha, no pienso irme de aquí hasta que me hayas escuchado —sus manos sujetan mis hombros con fuerza.
—Tu hermano pregunta si… Ay madre. Paul. Eres Paul —. Sofía abre la puerta para volver a cerrarla tras ella.
—Esperaré fuera hasta que estés sola y podamos hablar. Me quedaré en esa escalera y pasaré la noche allí sentado si hace falta. Pero no me iré.
Paul subió un par de escalones para ocultarse tras la oscuridad del rellano.
—Si Blake lo ve comenzarán a discutir y yo no estoy preparada para esto.
—Tranquila. Yo me encargo.
Ambas entramos y cerramos la puerta. Sofía fue la primera en acercarse a Matilda y hablarle al oído mientras Blake llevaba platos sucios a la cocina. La mujer abría los ojos con cada confesión recibida a su oído.
—Mi niño —dijo con su ternura habitual—te importaría si volviésemos a casa. Estoy agotada.
—¿Sin tomar helado? Compré tus sabores preferidos. Y son sin azúcar.
La mujer se quedó en silencio.
—La verdad es que yo también quiero ir a casa —Sofía comentó con rapidez.
—¿Qué pasa? ¿Te encuentras mal?
—Estoy un poco revuelta.
Ver la preocupación de mi hermano al acercarse a Sofía me hace sentir fatal. Está sufriendo por una mentira que yo la estoy obligando a representar. A decir verdad, no yo, sino Paul.
Dios… está fuera. En la escalera. Ha venido. ¡Ha venido!
Mi corazón se revuelve en un oleaje irrefrenable de sentimientos.
—Solo es un mareo tonto y sin importancia.
—Nos vamos al hospital.
—Es solo un mareo. ¿Podemos volver a casa? Mañana nos espera otro día agotador.
Mi hermano se mueve con rapidez buscando la cazadora vaquera y el bolso de Sofía antes de sostenerla por la cintura. Aunque ella no deja de repetir que se encuentra bien él no la suelta. La imagen emociona mi fibra sensible.
—Nos vamos —Sofía dice dándome dos besos.
—Espero te mejores.
—Mañana a primera te llamo. Seguro me encuentro mejor y podemos hablar de eso que tenemos que hablar.
Blake no se contiene y en lugar de despedirse de mí, besa en la mejilla a su novia. Mi hermano es un lindo tonto enamorado.
—¿No vas a decirme de qué va esa conversación tan secreta entre tú y mi hermana?
—Cosas que no podemos contar antes de…
—Lo sé, el día de la boda. Cuando esto pase se acabarán los secretos.
—¿Y las visitas a los strippers en calzoncillo también?
—Esos los primeros. Ves Matilda, no hace más que reírse de mí. Qué clase de matrimonio me espera.
—El más divertido —contestó la mujer viéndolos salir por la puerta—. Mereces lo mejor. No aceptes menos —dijo a mi oído antes de darme dos besos y también salir por la puerta.
Con un brazo en Blake y otro en la barandilla, la mujer comenzó a bajar lentamente las escaleras.

Al perderse las voces por el hueco, una figura alta de cabellos rubios desalineados apareció de entre las sombras.
—Pasa —digo antes de cerrar la puerta y prepararme para lo que no deseo.

Explicación

Si los momentos se dividen en buenos o malos estos minutos serían un el Frankenstein de las emociones. Preludio de la felicidad extrema y la desdicha más intensa.

El cuerpo me golpea desde dentro para lanzarse a sus brazos y perdernos en ese amor que creí real. El dolor, sin embargo, golpea puertas y ventanas negándose a que vuelva a entrar.

Me acerco con la seguridad de las marmotas. No puedo mirarle a la cara. Su rostro sigue siendo una obra, profundamente amada.

La inmensa bolsa cae al suelo. Veo sus zapatillas acercarse lentamente.

—Mi dulce amor…

El dedo áspero bordea mi mejilla. Me alejo como el insecto al repelente. No soy tan valiente como para no aceptar la más imbécil de sus mentiras.

La mano queda en el aire acariciando la nada. La sala se nos vuelve pequeña. Las dudas me obligan a caminar sin sentido. Una silla mal colocada sujeta mis temblores.

Mil mentiras por un momento de calma, mil penas de amor por un beso sincero, mil sueños por un despertar negando lo que he vivido...

Leyendas, libros, películas y post grabados de forma apurada, ninguna de ellas es capaz de acercarse a la pena que arde y quema mi interior. No, el amor no se encuentra en el alma como ser intangible. No es etéreo. El amor es la carne. Es materia apasionada que crece y desgarra. El amor es la sangre nerviosa que circula por las venas excitadas y se esconde en la boca humedecida. Es el calor ardiente que viaja por el estómago contraído y refresca los pulmones excitados. El amor es esa vida, tan real y palpable, como el desgarro que siento al saber que lo he perdido.

Llevo días llorando.

Mis lágrimas son tan repetitivas que han conseguido renacer y volver a hundirse en mi dolor. No, el alma no alberga los sentimientos. El amor es la piel que cubre la carne, pero también la sangre ardiente que abre llagas lacerantes.

Acerco la palma temblorosa a mis ojos. La dignidad me suplica que no llore en su presencia. Las gotas de lluvia se escuchan crepitar contra la ventana. O tal vez solo sea mi corazón, que, al verle, no puede dejar de llorar.

—Mírame.

—Qué quieres.

—Mírame.

—Tienes cinco minutos.

Mi yo interior se sonríe de su propia desgracia. La frase siempre me ha causado diversión en los artistas del cine. Cinco minutos que se transformaban en horas y las horas en reconciliación abrasante. Que ingenua era… o fui… o me hicieron sentir…

—Por favor.

Sus dedos se aferran a mi barbilla. La mirada azul clara se encuentra turbia. Motas de algo que podría ser pena recubre sus pupilas. Los sentimientos se me revuelven en las entrañas. Todo lo que una vez sentí por él se revela en espasmos repugnantes de rabia. ¿Cuántas veces hicimos el amor? ¿Cuántas lo hizo con ella? ¿Dónde estaban escondidas, en esos momentos, sus motas de pena? ¿Qué otra mentira las cubría?

Me gustaría golpear su interior. Lastimarlo y que sufra la mitad de todo el dolor que me rompe desde dentro. Quiero ver como se derrumba y despedaza de la misma forma en la que yo lo estoy haciendo. Deseo escuchar el mismo crujir con el que hoy late mi corazón.

—Di lo que tengas que decir y vete.
—Te quiero.
La mano firme continúa en mi barbilla. Me revuelvo en mi propio temblor liberándome de su agarre. Las lágrimas no solo iluminan mis pupilas. Ellas rebalsan en cascadas lastimosas de dolor.
—Cómo puedes ser tan cínico. ¡Me has mentido! ¡Todo fue una mentira! Lo sé todo.
—Si lo sabes todo, entonces sabrás que te quiero más allá de lo explicable.
—¡Mentira! ¡Eres un mentiroso! Te burlaste de mis sentimientos. ¡Solo buscabas encontrar tu propio provecho!
Seco mi rostro con movimientos rápidos y nerviosos.
—Tu día a día consiguieron enamorarme. Eres la chica más dulce y sincera que he conocido jamás. Acariciar tu piel, entrar en tu cuerpo, escuchar mi nombre en tus labios jadeantes, unirnos en uno… Mi amor es tuyo.
Su falsedad supera mil interpretaciones del mejor actor. Su trabajo de agente ha sabido entrenarlo muy bien.
—Me hiciste creer que yo era… —furiosa seco las lágrimas que enturbian mi visión— Esas chicas con las que te vi por las noches… Ellas y yo, todas fuimos lo mismo. Somos los cuernos metidos a una esposa. ¡Tú esposa! Esa que engañas sin descaro. Esa a la que juraste un amor que repartes gratuitamente y sin descaro.
El puñal de mis palabras lo alcanzan y lastiman. La transformación de su seguridad en nerviosismo se hace visible.
—No es lo que piensas.
Sus brazos tensos se mueven con su caminar.
—Seré joven, pero tengo años suficientes como para conocer el amplio repertorio de excusas de los hombres casados. ¡Qué vas a decirme! Ah, sí, ya lo sé. Ella no es lo que necesito. Somos buenos amigos, pero no la quiero como debería. Llevamos años sin tener sexo. Sigo a su lado por los niños.
—No tengo hijos —murmura entre dientes. Su mandíbula tensa no me asusta.
—Tenemos intereses que no podemos romper. No me comprende como tú. Es fría como un hielo…
—¡Ya basta!
Sus cabellos revueltos se mueven con el ímpetu de sus gritos.
—Vete.
—No hasta que me escuches.
—¡No quiero escucharte! No quiero saber nada de ti. No me importa lo que digas. Nos has mentido a todos. Blake te creía su mejor amigo. ¿Cómo pudiste engañarle también a él?
—Tu hermano es mi mejor amigo. Busqué pruebas y conseguí liberarlo de cualquier sospecha. Él es mi amigo. Siempre lo ha sido. Lo juro.
—¿Y yo Paul? ¿Quién era yo en tu juego de detectives? ¿La distracción? ¿el polvo asegurado? ¿la tontita con la que pasar el rato?
—La muchachita que me robó el corazón.
Camino sin poder mirarle. Sus mentiras son inagotables.
—Luché con todas mis fuerzas para no fijar mi atención en ti, pero tú luchaste con mejores armas. Tu primer beso me derrumbó, pero fue el segundo el que me dio la puñalada de muerte. Tu insistencia en la conquista pudo conmigo.
La carcajada sin sonido se detiene en mi pecho.

—¿La culpa es mía por haberte perseguido? Por supuesto, cómo no me di cuenta. La próxima vez que me guste un chico investigaré antes. Dile a tu esposa que lo siento mucho. No volverá a pasar.
—Sarah no tiene nada que ver entre nosotros.
—¿Ah no? ¡Ella es tu mujer! ¡Tu esposa! La jovencita con la que formaste un hogar. La que te espera por las noches con un plato de comida y te llama si llegas tarde. Ella es todo. Y yo no soy… nada. Tú y yo no somos… nada.
Las lágrimas ya no se detienen a pesar de mis mordiscos. La piel de mi rostro es un pantano húmedo y sin esperanzas.
—Eso no es verdad. Tú eres todo. Mi todo. Tú estás en el total de mi cabeza. Llevo días buscándote por todo Baltimore. Mariam, te quiero hasta el dolor.
—¿Dolor? —Mi pequeño valor lo enfrenta y apunta a la cara —. ¿Tú? ¿Sabes cómo me sentí al ver tu mano en su espalda? ¿Tú me hablas a mí de dolor?
—No te miento. Y no te he mentido. Te quiero.
—¡No lo vuelvas a decir! No lo soporto —chillo enloquecida alejándome a la esquina más lejana.
—Querías la verdad. Tengo dos. Tan firmes como mis sentimientos por ti. Te quiero.
—¿Y la segunda reveladora verdad?
Mi ironía rebaza mis intenciones.
—Eres la única mujer de mi vida. La única. Nunca te he engañado. Si me dejaras explicarte...
—¡¿Cómo puedes ser tan mentiroso?! ¿Cuántas ha habido antes que yo? ¿Crees que no lo sé? ¿Crees que no te he visto salir con ellas?
Mis piernas agotadas se dejan caer en el sofá.
—Jamás te he sido infiel.
—¿Qué estás diciendo? ¿Te has vuelto loco?
Alzo la vista para ver su cuerpo alto y delgado doblarse ante mi rostro.
—Mis sentimientos son tuyos. Te quiero a ti. Escúchame…
—Vete. No quiero oír nada que venga de tu boca.
Agacho la cabeza con las manos cubriendo mis oídos. Esto es más de lo que mi resistencia puede soportar.
—No hasta que me escuches.
La cabeza me gira con conclusiones inconexas. Sus palabras de amor poseen tanta intensidad que hasta parecen reales. La misma que los chicos con pareja suelen decir antes de acostarse con otra. Segunda… Soy la segunda…
Él me engañó. ¿Cuántas a las que antes llamé busconas se habrán encontrado con el mismo dolor que yo hoy vivo? ¿Cuántas descubrieron en los cimientos de los engaños el lecho de su propio amor?
—¿Quieres que escuche? ¿Vas a ser ahora? ¿Quieres proponerme que sea tu amante?
La mirada de Paul cayó al suelo barriendo mi corazón aniquilado. Me pongo en pie lentamente.
—Ahórrate la propuesta. No he caído tan bajo como para engañar a otra mujer. ¿Crees que no la vi comerte con los ojos? Estaba orgullosa de tenerte a su lado. Ella te quiere.
—Sarah no sabe lo que siente. Ella no puede hacerlo.
Su voz, que antes era entusiasta, se apaga.
—¿Esa es tu estrategia?
—¿Qué dices?
Su cuerpo se apoya contra la mesa. Su aparente tranquilidad encierra una furia contenida. Lo

conozco. Llevo años alimentándome de su mirada perdida. Sé cuando está feliz. A la comisura del labio se le pone una pequeña arruguita indiscreta. En la frente, el entrecejo se frunce cuando no está de acuerdo con alguien. La ceja derecha se eleva cuando quiere decirme que me desea, y los ojos se le oscurecen en los momentos de pasión.
—Esto no puede ser. Y me da igual si tus explicaciones son verdades largas o mentiras resumidas. No voy a ser tu amante. Y no porque no te quiera. Te quiero tanto —mi palma abierta en su pecho detiene su avance —no soportaría compartirte. La pena de saber que te irías de mi lado para ir con ella me destrozaría. Los remordimientos de saber que le estoy causando a ella el mismo sufrimiento que recibo, terminaría con el respeto que siento por mi misma. Siempre has dicho que yo era mucho más que un cabello o unas piernas, ¿cuánto tiempo seguirás enamorado de mí al verme perder ese interior que hoy te enorgullece?
—Si supieras…
La mano se arrastra por la barba. Busca algo que no puede darme.
—No podemos ser. Y si algo de lo que conocí de ti, fue verdad, tú tampoco podrías.
—Entre Sarah y yo no existe nada. Tienes que creerme —sus manos se aferran a las mías.
—Pero no vas a dejarla. ¿O me equivoco?
Nuestras miradas chocan. Sus manos me sueltan.
—No puedo.
—Deberías irte.
—¿Así de fuerte es tu amor? Decías que jamás me dejarías. Ya veo lo sólidos que eran tus sentimientos.
—¿Cómo te atreves?
—¡Me atrevo! —Se gira para enfrentarse a menos de un milímetro de mi cara. El vaho de su furia humedece mi cara —. Te entregaste repitiendo lo mucho que me querías. Decías que lo nuestro sería para siempre. ¡Tus mentiras no son mejores que las mías!
—No mentí. Voy a quererte siempre.
La furia de Paul se enciende y apaga como televisión descompuesta. La mano callosa acaricia mi rostro. Permito que lo haga. Este será nuestro último recuerdo.
—Quédate conmigo. No me abandones. No puedo darte otra cosa. Pero lo solucionaré. Te quiero. Eres la vida que nunca tuve.
—No puedo ser tu amante.
—Eres la única. Te quiero —su boca se acerca a la mía.
Debería detenerlo.
No tengo fuerzas para hacerlo.
Nuestra necesidad se enciende desesperada. El sabor de su lengua acaricia mi boca salada de tantas lágrimas. Las manos se aferran con fuerza en mi cintura. Nuestros cuerpos nerviosos se restriegan buscando ser ellos quienes solucionen nuestros problemas.
—Dios… te quiero tanto… —El cuerpo duro se aferra al mío. La tensión de su torso golpea mis senos sensibles.
Mi cuerpo responde a su tacto. Mi boca se entrega a su posesión. Soy suya. Siempre lo seré. Pero él no es mío. Él tiene otra dueña.
Extrayendo fuerzas de algún escondite interno, empujo su cuerpo hacia atrás. Paul se niega. Sus besos presionan intentando doblegar mi deseo.
—Por favor… —suplico sin fuerzas.
La boca posesiva desciende por el escote. No me escucha. No quiere hacerlo.
—Por favor —repito sabiendo que mis súplicas caen en el vacío de las intensiones.

—Te quiero. Te quiero… Mi amor… eres mía. Mía…
Sus manos acarician mi espalda dentro de mi camisa. El calor ardiente de sus dedos viaja por mi piel necesitada. Quiero tenerlo. ¿Y después? ¿Quién llenará el vacío de su pérdida?
Mi cuerpo se entrega sin escuchar los pensamientos que rebotan en mi cabeza. Flácida me dejo llevar al pequeño sofá en el que tantas veces imaginé amarnos.
—Te necesito… mi amor…
La boca posesiva vuelve a besarme con rudeza desesperante. Mis manos acarician calmadamente sus cabellos en señal de despedida.
—Soy tuya. Mi amor es tuyo. Pero tú no eres mío. Tienes otra dueña.
La boca que subía y bajaba por mi cuello se detuvo ante la frialdad de mis palabras.
Su cuerpo sobre el mío se aleja mirándome a los ojos. Su pecho sube y baja de forma exagerada. La dureza de su excitación golpea mi entrepierna. El azul celeste de sus ojos son rayos de tormenta. La electricidad me alcanza y quema.
—Mañana hablaré con Blake.
—¡No! Él no puede saber nada. Ahora no.
—Pero tengo que hacerlo. Él comprenderá. Se lo explicaré todo.
—Él va a matarte. Y la boda se suspenderá. Por favor vete, desaparece de nuestras vidas. Es lo mejor que puedes hacer.
—No voy a perderte. Nosotros no hemos terminado —dice acariciando mi rostro—. Lucharé por nosotros. Lo solucionaré. Y vendré a por ti. Lo prometo.
Su boca se acercó a la mía. Un beso duro de apenas unos segundos. Y luego se marchó.
Acaricio la comisura de mi labio mordido. ¿Va a dejarla? ¿Quiere convencerme para que sea su amante?
Presiono con mis manos intentando despejarme cuando veo su bolso en mitad de la sala. Se lo ha dejado en mi casa. Esto es un infierno y yo comienzo a quemarme desde dentro.

Esto es una desgracia

—¡Abran o la tiro abajo!
—¡No! —Gritamos a coro hacia la puerta de la pequeña habitación. Al otro lado los pasos de Blake compiten con los de un toro embravecido.
—Sofía, todo saldrá bien —digo mientras sostengo el lateral del vestido para que no caiga al suelo.
—No es verdad. Todo saldrá mal. ¡Todo! ¡No me caso!
Los labios arrugados aguantan miles de muecas al mirarse al espejo mientras yo miro la puerta. Si Blake vuelve a escuchar algo parecido derribará la puerta a cabezadas. —Cariño, tienes que calmarte. Es solo un botón.
—¿Solo un botón? ¡Solo un botón! Cómo se nota que no es tu boda —. La contestación consiguió molestar a la buena de Laura que se sentó en el colchón junto a Karina que llevaba tiempo en la misma posición.
—Lo siento. No quise decirlo.
La novia desquiciada deja de chillar para ponerse a llorar. Se acerca y abraza a la amiga con la puntilla de los dedos porque bajo ningún motivo el vestido debe arrugarse.
—Ya no puedo más. Esta boda se cancela.
El llanto de Sofía comienza a agudizarse con tanta devoción que los bucles del recogido, tan bien confeccionados por las manos expertas de Rosi, comienzan a desarmarse. Los ataques de nervios también lo alcanzaron a él. Tironear del velo causó daños irreparables en la melena recogida. Si esto no fuese una prueba, y la boda no se celebrase en pocos días, esto sí, sería un completo desastre.
Con la experiencia de las que no saben nada de vestidos de novia, ni de bodas, ni de nervios prematrimoniales, intento solventar los estropicios con ideas poco ocurrentes —. Puede que no usar velo sea una solución. Mira que bonita estás con el cabello suelto. Además, podríamos poner un botón cualquiera y no se notaría.
Presiono la espalda cubriendo el hueco de un lazo que por una razón inexplicable no está.
—Es mi diseño y voy a resolver este entuerto. Conseguiré el dichoso botón o coseré yo misma toda la noche. Tú tranquila —. Laura abrió y cerró la puerta con tanta velocidad que Blake no tuvo oportunidad de entrar.
Me alejo dejando a Sofía frente al espejo. Sus amigas y yo llevamos horas tapando los supuestos problemas con frases optimistas a los que no hace ni el menor de los casos. Y si sus nervios no fuesen razón suficiente como para marcharnos con un pasaje al Congo, detrás de la puerta se encuentra mi hermano que no cesa de amenazar con tirarla abajo.
Imagino que al otro lado los ahogos desconsolados de su novia le hacen imaginar procesos de tortura insoportables. El atontado no sabe que las víctimas somos nosotras.
Cerca de la ventana busco algo de tranquilidad tras las gotas de lluvia que bañan las calles. Un perrito empapado con los pelos pegados al cuerpo busca refugio mientras observa hacia atrás a su dueño que se demora al caminar. El pobre tiembla y salta junto al portal. Desea que le abran la puerta. En el momento en que su dueño, señor octogenario, se acercó con las llaves, comenzó a mover el rabo ansioso ante la salvación milagrosa. Ambos se perdieron tras el cristal rumbo al cálido hogar. Me alegro por él. Mis ojos perdidos imitan la humedad de la lluvia tras el cristal. Soy la soledad que se queda tras el portal. La que ya no espera que la rescaten. Él se fue dejando mi corazón empapado y con los cabellos pegoteados.
—¿Estás bien? Soy una egoísta que solo piensa en mí. Perdóname.

—Estoy bien —miento soplando hacia arriba para secar mi lagrimal —. Esta es tu boda. No vamos a permitir que nada lo enturbie.
—¿Ha pasado algo? —Karina se nos acerca.
—Sí. Soy la peor hermana que pudo pedir.
Las lágrimas le tiñen de negro todo el ojo. Al ver que comienza a rascarse retenemos sus manos por encima de su cabeza. El rímel provocaría en el vestido daños irreparables.
—¡Lo habéis hecho! ¡Tú y Paul! ¡Lo sabía!
Karina se pone a chillar sin soltar las manos de Sofía por encima del tocado.
—¡Cuéntalo todo! ¿Se puede saber por qué no nos has dicho nada? Somos tus amigas.
—Es una historia larga. Preferiría dejarla para otro momento.
Mi rostro de viuda entristecida la hace desistir del interrogatorio. Con los brazos en alto para no mancharse el vestido Sofía comenzó a llorar. Otra vez.
—Todo sale mal. Tiene que ser un anuncio. No me voy a casar…
Al otro lado, los puños de Blake son hachazos.
—Tiene el vestido puesto. ¡No puedes verla! —Karina se acerca apoyando el culo contra la madera para que no la eche abajo.
—¡Me importa un mierda el vestido! Quiero ver a mi novia. ¡Mi novia! ¿Cielo, qué pasa? Estoy volviéndome loco. Háblame…
Sofía al escucharle se pone a llorar con mayor potencia. Estábamos a punto de darnos por vencidas cuando una voz longeva se escuchó entrar en la sala.
—Tú, vete a la cocina.
—No pienso moverme de aquí. Ella está dentro llorando y yo soy su novio.
—Mi niño, vas a irte a la cocina o a la calle, escoge tu destino.
La voz seria de Matilda me devuelve un poco paz. Blake y Sofía han conseguido alocar la poca calma que aún conservaba.
—¡Vosotras al otro lado! Abrid la puerta. El ogro se ha marchado —dice divertida.
Karina obedece y asoma la nariz. Matilda aparece con un costurero en las manos. A su lado Elvira, carga en las manos una bandeja con infusiones y bollitos cargados de azúcar. Laura, a su vez, entra ondeando un lazo blanco.
—¡Estaba caído en el portal! —Chilla con la garganta seca de tanto correr.
—Ayudarla a quitarse el vestido. Tú, enhebra la aguja que yo no —Matilda ordena a Karina que obedece sin rechistar—. Y tú, bebe un poco de té que demasiado has corrido.
Laura se sienta aceptando la taza. La pobre parece haber terminado una maratón.
—Y a esa Rosi, le diremos que tus cabellos deben ir sueltos. Tienes una melena preciosa y que resalta tu rostro ovalado. Estás acostumbrada a verte así y por eso no te gusta el recogido con velo. No terminas de sentir que eres tú misma —comenta quitando las horquillas mientras acerca el delicado velo por la parte alta —. ¿Lo ves?
Las tres sacudimos la cabeza sorprendida. El detalle de su melena al viento con la delicada tela bordeando sus mejillas resalta de forma asombrosa sus ojos almendrados.
—Ahora ponte esta bata y come un bollito de canela. Llevas días sin probar bocado.
Elvira la obligó a sentarse en la cama mientras le daba una servilleta junto a una taza humeante de tila. Agotada por la tensión la novia se dejó guiar. Aunque sus temores no terminaban de aclararse.
—Está lloviendo. No va a parar. Llegaré como un besugo empapado.
—Novia mojada novia afortunada —contestó Elvira sonriente y mirando a la costurera americana que movía afirmativamente la cabeza.

—Mi niña —dijo Matilda levantando la cabeza del hilo—ve con tu hermano. Temo por su vida. Y tú, cierra la puerta —dijo a Karina—. El león puede volver en cualquier momento.
Al salir del cuarto escuché el ruido de las llaves al trancar la cerradura. Respiro aliviada al verme libre de aquella locura.
No traspaso la cocina cuando Blake se lanza a mis hombros meneándome de izquierda a derecha.
—¿Qué pasa? ¿por qué no quiere casarse? ¿se arrepintió? ¿hay otro? ¿ya no me quiere? ¡Habla! Di algo. No te quedes como una muerta.
—Quizás si dejas de zarandearla de un lado a otro pueda hablar. Vas a lastimarla con tanto meneo —Paul apareció tras mi hermano empujándolo para acercarme a su pecho —. ¿Estás bien?
Sus ojos transparentes de cielo claro están limpios y tranquilos. El cabello humedecido por la lluvia huele a limpio. Su rostro no muestra una señal de sufrimiento. Sus ojeras estás despejadas. Sin lágrimas, sin sufrimiento. Yo no he pegado ojo en toda la noche. Llevo kilos de crema antiojeras. Lo odio por estar más guapo que nunca y por no haber sufrido ni una hora nuestra separación.
—¿Qué haces aquí?
—Mi enfermedad no era tan grave como creía. Al final pude venir a Madrid.
Se acaricia el estómago enseñándome que conoce la mentira que inventamos con Sofía.
—Está perfectamente y será mi padrino. Eso si hay boda. Mariam, ¿qué pasa? ¿por qué llora tanto?
La pena de Blake me conmueve. Me acerco a la tetera esquivando la mirada de Paul. Mis fuerzas no resisten tenerlo tan cerca simulando que entre nosotros no ha pasado nada. —Ella te quiere. Y sí va a casarse —mis palabras lo hacen silbar de alivio—. Son solo nervios. Matilda y Elvira han conseguido calmarla.
—Quiero verla —dice intentando ir hacia la habitación.
—No puedes ver a la novia. Ella está bien. Le faltaba un botón al vestido y el peinado se le desmontó.
—¿Por eso lloraba tanto?
—Y que llueve.
Blake cayó derrumbado en una silla.
—Por favor hermanita, me harías un café doble. Creo que no llegaré vivo al final de la semana.
—Ya me encargaré yo de llevarte al altar caminando o en un cajón. Pero tú te casas.
Blake consiguió relajarse con la broma de Paul.
—Entonces vas a ser el padrino —digo con aires de poco interés para no despertar sospechas.
—Por supuesto que va a ser el padrino. Es mi mejor amigo.
—Claro. Es tu mejor amigo —repito entregándole su taza doble de café.
—Lo soy.
No solo tiene la desfachatez de contestar, sino que además se sentó junto a mi con la silla tan cerca que nuestras piernas chocarían si yo respirara. Menos mal que no lo hago.
—Hermanita, con tanto alboroto no te he agradecido todo lo que has hecho.
—Adoro a Sofía. No podría estar en otro lado.
—No lo digo solo por ella. Conseguiste traer a Matilda. Todavía no me lo creo.
—Esa no fui yo. Fueron los somníferos —río recordando los nervios de la mujer al subirse al avión.
—Y luego lo de Paul. Eres la mejor de las hermanas.
—¿Lo de Paul?

Muevo la cabeza hacia el lateral prohibido para mirarlo a los ojos. La ocasión merece el riesgo.
—Se refiere a que como no encontré hotel tú me ofreciste tú sofá por unos días.
—Yo hice eso… claro. Lo hice —la mano me tiembla. Sostengo la taza con los diez dedos para que no se me caiga.
—Deberías buscar en el mismo edificio de Mariam, son apartamentos pequeños pero acogedores. Además, están a dos calles de aquí. Sería un buen lugar para alquilar algo.
—Tienes razón. Después de la boda me pondré manos a la obra.
—¿Manos a la obra? No entiendo. ¿No regresas a Baltimore?
—Hasta que no tengamos el primer pedido prefiero que se quede en Madrid.
—¡Pero el chino está en Baltimore!
—Sí, pero los drones se encuentran aquí —su mirada azul me quema y me traspasa.
—En una base situada en Andalucía, pero los contratos de compraventa y envío, los preparan aquí. Por cierto, por eso también tengo que darte las gracias. La empresa ha pasado a ser una de las más importantes del sector. Y todo por tu estupendo trabajo. Paul me lo contó todo.
—Todo —. Oculto el rostro dentro de la taza.
No puedo preguntar a qué se refiere con el todo porque Blake no es tonto, comenzaría a dudar y exigiría la verdad. Siento el frío correr por mis venas.
¿Paul va a quedarse en Madrid? ¿Y por qué ha dicho lo del apartamento?
Confundida lo vuelvo a mirar. Sus pupilas brillan divertidas. Mentiroso manipulador. ¿Qué pretende? ¿No fui anoche lo suficientemente clara? ¿No lloré por su culpa?
La puerta de la habitación chirrió al abrirse y Blake saltó de la silla. Una Sofía vestida con unos pantalones de mil colores y una camiseta blanca apareció con una sonrisa de lado a lado. No terminó de mirarle cuando Blake se lanzó hacia ella engullendo su pequeño cuerpo entre sus robustos brazos. Ambos se hablaban al oído. Al fin la tormenta ha acabado.
—Que bonito es el amor —la voz de Paul golpea contra el contenido de su propia taza.
—Qué pretendes —. Mi voz escapa entre mis dientes cerrados.
Mi cara en tensión continúa fija en la pareja de enamorados. El aliento de Paul alcanza mis oídos.
—A ti.
Blake liberó a su novia del abrazo, pero sin soltar su mano. Ambos están felices que mis sentimientos atolondrados comienzan a imaginar tonterías. Verme junto a Paul en igual situación es una locura carente de sentido y demasiado bonita como para albergar esperanzas.
Su mano se escabulle acariciando la parte baja de mi cintura. Nadie puede vernos. Todos se encuentran demasiado concentrados observando a la pareja que parece querer hablar. Blake se aclara la garganta mientras el calor de la palma de Paul viaja por dentro de mi camiseta acariciando mi columna. Acepto la caricia sabiendo que no debo. Incluso muevo levemente los hombros en señal de indignación. Ajeno a mis débiles protestas las yemas dibujan figuras en mi piel. Me convenzo en pensar que lo acepto porque no puedo montar un escándalo.
—Sofía y yo tenemos algo que comunicarles. Teniendo en cuenta que Matilda se encuentra en Madrid, y después de haber afrontado la peligrosa travesía de subir a un avión —las risas de los presentes cubren su voz—, es nuestro deseo que sea nuestra madrina de bodas.
—La segunda madrina —Sofía aclaró con tanta velocidad que mis pensamientos de abandono apenas llegaron a rozar mi cabeza —. Queremos que Matilda y Mariam sean nuestras madrinas.
—¿Pero dos madrinas? ¿Eso es posible? —Pregunto dispuesta a renunciar a mi puesto y cedérselo a Matilda. Ella merece más que nadie su lugar junto al novio.
—Sí. Siempre y cuando exista el mismo número de padrinos —mi hermano contestó mirando sonriente a su chica.

—Se lo pediremos a Anthony —. Sofía comentó emocionada —. Queremos que sea nuestro segundo padrino.
Los rostros felices se silenciaron a escuchar la voz alta y clara dirigirse a la señora del amplio delantal blanco.
—Elvira, ¿te gustaría ser una testigo de mi boda?
La mujer se paralizó en el sitio. Los párpados cargados de experiencia se cerraron humedecidos.
—Cariño, eso es un honor para los integrantes de la familia.
—Tú eres mi familia —dijo acercándose para sujetar sus manos —. Vosotras sois mi familia — amplió al mirar a sus dos amigas—. Quiero que las tres seáis testigos de mi boda civil.
—¿Nosotras? —Laura y Karina se mordían los labios nerviosas.
—Nos casaremos primero por civil y luego por iglesia. Series nuestras testigos. ¿Quiénes pueden ser más familia que vosotras?
Se abrazaron en un gran círculo chillando. Yo estoy llorando contra el pecho de Paul. Él acaricia mis cabellos con dulzura. Al darme cuenta del inmenso error intento alejarme. Su brazo me retiene.
—Un día tú serás tan feliz como ellas. Te lo prometo.
Me separo secándome el rostro. Todos estamos llorando. Aunque mis lágrimas llevan algo más de pena que de alegría.
—¿Quién se ha muerto?
La voz grave de Anthony aparece en la sala reemplazando el llanto por la algarabía.
—¡Bienvenido padrino!
Laura y Karina se acercaron golpeándole la espalda. Su mirada desconcertada terminó por divertirnos a todos.
—¿Padrino?
—Tenemos dos madrinas y nos gustaría que tú seas nuestro segundo padrino. Si aceptas…
Sofía eleva el mentón para conseguir mirarle a los ojos. Anthony comenzó a dibujar una sonrisa silenciosa al verla.
—¿Que si acepto? ¡Que si acepto!
Las manos se aferraron a la pequeña cintura antes de hacerla volar. El novio, habituado a extraerla de los brazos del amigo siempre que hace demostración de efusivo cariño, esta vez los mira sin intervenir.
—¡Blake! —Gritó suplicando auxilio al volar por segunda vez por los aires.
—Lo siento cielo, es tu padrino de bodas.
Los oyentes lanzaron carcajadas y Anthony la depositó en el suelo antes de darle un sonoro beso en las mejillas.
Tanto amor en la sala comienza a ahogarme. Será por eso por lo que a los hambrientos se les da pequeños trozos de comida. Tanta felicidad consigue ampliar mi sensación de pérdida.
Me alejo en busca de la mochila para irme a casa. Mi cabeza se encuentra mucho más agotada que mi cuerpo.
—¿Nos vamos a casa?
—Yo sí, tú puedes irte a…
—¡Nos vemos mañana! —Paul elevó la voz llamando la atención de Blake que nos saludó desde el centro de la sala mientras luchaba contra Anthony para que le devolviera a su novia.

Agonía

—Allí tienes tu bolsa. Cierra la puerta sin golpear.

Enamorarme del amigo de mi hermano fue un camino de rosas comparada con la agonía de la última semana. Conocer sus mentiras, saber de su realidad, y fingir ante todo el destrozo que sostengo, es la peor de las crueldades. No existe mujer enamorada capaz de soportar lo que estoy aguantando. Poseo un cansancio mental que alcanza mis músculos. Sentir su mirada fija en la mía son pruebas demasiado duras de llevar.

—No me voy a ningún sitio.

Apoyo la cabeza contra la pared porque si me dejara llevar por mis impulsos, comenzaría volando las sillas. Luego seguirían las velas decorativas y el marco con una foto de mi hermano y futura cuñada. Irían uno en uno en fila india hasta aterrizar en su cabeza.

—¿Qué quieres de mí? —El cansancio encorva mi espalda.

—Ya sabes lo que quiero.

Su cuerpo se acerca. Siento el calor de su mano en mi nuca. No puedo moverme. Ya no poseo fuerzas.

La boda, y mis deseos de no estropear el mejor momento de las dos personas que más quiero, me han obligado a soportar una carga que mi alma ya no soporta. Siento que me derrumbo en un barranco embarrado. Caigo sin ningún escalón que me contenga. Llevo tantos años enamorada de Paul que soy incapaz de comprender la realidad que nos envuelve. Él no es mío. Lo vivido fue un error del que debo arrepentirme. A pesar de que mi corazón suplique por no hacerlo. Sus dedos firmes sujetan mi cintura para que me gire. Las lágrimas, mis compañeras inseparables de los últimos días, ya no se esconden.

—No seré tu amante —balbuceo como puedo.

—No te lo he pedido.

—¡Entonces qué! —La agonía del desquicio ahonda mis palabras.

—No estás preparada para escucharlo.

—¿Que no estoy qué? ¿Te parece que no he recibido información demasiado interesante la última semana como para añadir un poco más? Valoras muy poco mis capacidades.

—Las valoro lo suficiente como para saber que estás demasiado dolida como para escuchar lo que tengo que decir.

—Habla. Estoy lo suficientemente mojada. Un baldazo nuevo no va a matarme.

—No quiero tus orejas. Necesito tu corazón. Ese que hasta hace poco era mío y ahora se niega a oír lo que tengo que decir.

Las yemas de sus cinco dedos se posicionan sobre mi pecho.

—Estás loco…

—Por ti. Muchísimo. Desde el día de tu cumpleaños, viéndote saltar al ritmo de las canciones, me hizo comprender que no eras una niña. Esa juventud, con la que yo intentaba negar mis sentimientos. Tus avances pícaros surgieron efecto. Mi sangre se calentaba mirando tus labios carnosos. El cuerpo dolía por tenerte. El deseo por ti crecía como hierba mala. No verte comenzó a ser mi suplicio.

—No te creo. Nunca demostraste nada.

Las miradas azul cobalto y cielo chocan en una batalla de intriga y razón. La mano se acerca a mi rostro. Su atención se centra en el tacto de mis lágrimas en sus dedos.

—Siendo feliz con solo tenerte cerca, me descubrió un sentimiento nuevo. Estar enamorado era un tormento. Pensar que pudiera lastimarte, una agonía.

—Sin embargo, decidiste mentir.
—La verdad no siempre es fácil de explicar.
Me alejo con la cabeza a punto de estallar. Él tiene razón, no puedo escuchar. Cada palabra que dice, cada explicación débilmente justificada, ocasiona una furia incontrolada hacia ella. La mujer que una vez eligió por amor. Esa a la que propuso pasar el resto de su vida juntos. La morena que deseaba tener en su vida. Sus palabras bonitas son papel mojado cuando me acuerdo de ella.
Todo lo que dice sentir ya lo ha sentido antes. Ella se llama Sarah, es su mujer y lo espera en casa mientras él confiesa su amor a otra.
—Recoge tus cosas y vete.
—Creo que no lo has entendido. Voy a quedarme.
La dulzura se convierte en cabezonería.
—Vete a tu casa.
—Perdí el alquiler —lo miro desconcertada y el muy canalla sonríe al sentarse—. Y fue por tu culpa. Al irme a Baltimore, y estar todos los días loco de amor por ti, se me olvidó renovarlo.
—Busca un hotel.
—Todo ocupado.
—¿Crees que voy a creer esa mentira?
—Son las doce de la noche, inténtalo si quieres —extiende el móvil hacia mis manos— pero recuerda que mañana nos espera un día de pre boda intensísimo. Si te pasas toda la noche buscando hotel, no quiero pensar lo que dirán al ver tus ojeras nocturnas. Por no decir lo mucho que preocuparías a Sofía al verte. Un completo desastre.
Estira las piernas mientras bosteza de forma exagerada.
—No juegas limpio.
—Haré lo que sea por tenerte.
—Me voy a la cama. Puedes usar el sofá, las sá… —de un salto se pone en pie y me adelanta entrando en la habitación. El jersey salió por su cabeza antes que sus brazos.
—¿Qué estás haciendo?
—Irme a dormir.
—¿En mi cama? ¡No!
—En ese sofá no entro.
—¿Y a mí qué me importa? Duerme en el suelo o vete a la calle.
Paul se quita la camiseta dejando el torso desnudo en modo escaparate.
El deseo por acariciarle supera cualquier enfado que sienta. Agacho la cabeza para no demostrar que muero por besar su piel ardiente con mis labios. Las manos me pican por borrar el mal pasado. El sonido de unos pantalones en el suelo me obliga a levantar la vista y ver como los dedos sujetan la parte alta de los calzoncillos.
—Pero qué…
—Duermo desnudo. Lo sabes perfectamente.
—No pienso dormir contigo.
Mi resolución titubea al tener su magnífico cuerpo desnudo y expuesto ante mis ojos. El recuerdo de los placeres compartidos invade mi memoria bloqueando mi determinación. Recojo una almohada bajo el brazo. No puedo discutir. Él es un militar acostumbrado a la guerra. Esta batalla la tengo perdida.
—Cariño, no seas tonta. Eres una chica alta. Tú tampoco entras en ese sofá.
—No soy tan alta —. ¿Por qué he dicho eso?

—Para mí eres perfecta. Para el sofá no. Ven conmigo —contesta acercándose para quitarme la almohada y depositarla nuevamente sobre el colchón.
No estoy convencida en si debería alzar la vista y mirarle a la cara o enfrentar su mirada penetrante y ver su entrepierna endurecida llenando los calzoncillos ajustados.
Trago saliva mientras busco una salida de escape que no puedo encontrar.
Mi cabeza solo es capaz de recordar las veces que su cuerpo ardiente me hizo suya.
—Esto no está bien…
—Amor, acuéstate —sus manos sujetan mi camiseta hacia arriba. Como una esfinge permito que me la quite. Mis senos dentro del sujetador sienten el ardor de su mirada —. No voy a hacer nada. Lo prometo.
Alejándose lo veo meterse dentro de las sábanas con la espalda como mi interlocutora. ¿Estoy desilusionada? Un poco.
Con rapidez me visto con mi pijama de pantalones cortos y camiseta de tirantes. Me introduzco dentro de las sábanas cubriéndome hasta la barbilla.
—Si te alejas tanto terminarás en el suelo —la voz grave retumba contra la pared.
Sin contestar, y siguiendo su ejemplo, me giro hacia el lado opuesto. Saber que su cuerpo está junto al mío, aunque sea de espaldas, no calma el calor que arde en mi piel.
Aunque no debería, reconozco que mi corazón se siente feliz de tenerlo conmigo. Las enamoradas aceptamos el poco, simulando que poseemos el mucho.

Paul

Duermes sobre mi pecho. Después que tus lágrimas silenciosas bañasen la almohada, has conseguido descansar. Yo sigo llorando tu pena.
De forma inconsciente tu cuerpo viajó hacia mi lado. Tus manos se apoyan en mi corazón mientras peino tus bucles tornasolados. Ellos solos son capaces de iluminar la nocturnidad de la noche encerrada en estas cuatro paredes.
Disfruto del doloroso momento. Mi cuerpo excitado es incapaz de pensar en otra cosa que no sea sujetar tus caderas y elevarlas sobre mí de las mil maneras en las que te necesito.
—Mi niña alborotada…
Si pudieras ver más allá de lo que tu cabecita inquieta te muestra, descubrirías que nunca, ni antes ni mañana, existirá mujer que me haga tanto desear estar enamorado, como tú. Has sido mi tormento, mi pecado y mi redención. Eres lo único que temo perder.
Antes, nadie mereció mis explicaciones. Sólo tú eres la única digna de mi lucha.
Me hubiese gustado prepararte, sin embargo, otros decidieron por nosotros. Ahora es demasiado tarde. Lucharé por ti. Sin mentiras, pero con crueles verdades.
—Amor…
Te abrazo contra mi pecho. Estás inquieta. Soy el único responsable de tu pena. Esto se ha acabado. Los días en Baltimore, sin saber de ti, me llevó a vagar borracho cargando un sufrimiento insoportable. Sentí como el vacío que existía antes de ti, regresaba para tomar tu lugar.
Mi niña valiente. Luchaste hasta conseguir tenerme rendido a tus pies. Y aquí estoy.
—Yo… no… no…
—Shhh, duerme cariño. Es un sueño.
Tus labios rojos murmuran. Te aferras a mi cuerpo. El pulso se me acelera. Jamás pensé que el amor doliera tanto.
—Dios…
Tu rodilla se sube sobre mi pierna rozando la parte menos racional de mi cuerpo.
—Por qué…
—¿Por qué?
Intento buscar tu rostro. Sigues dormida. ¿Estás llorando? Sí lo estás. Lloras en sueños. Ya no puedes con tanta pena.
—Mi vida… Lo siento mucho. No sabes cuánto lo siento.
Te abrazo intentando detener el movimiento sensual con el que te restriegas contra mi.
—Cariño… sería un error. No puedo permitir que te arrepientas de lo nuestro. No podría soportarlo. Shh, duerme. Lo solucionaré. Estaremos juntos.
—Paul… Paul… —tus lágrimas continúan bañando mi pecho. Te miro y tus ojos apenas se abren. Bailas entre dos mundos. Tu voz es triste y desesperanzada.
—Descansa. Estoy contigo. No voy a dejarte.
Los músculos tensos se relajan. El calor de tu cuerpo es mi manta de esperanzas.
Te sujeto con presión desesperada. Conseguiste enamorarme. Lo trabajaste a fuerza de insistencia y horas de locuras inocentes. Lo hiciste todo por llamar mi atención. Y aquí me tienes, soy tuyo en cuerpo y en deseo.
Respiras profundo. Te has vuelto a dormir.
Te acomodo con delicadeza antes de saltar de la cama. Pensar en atraerte nuevamente hacia a mí a través del sexo ha sido de mis peores ideas. La más estúpida. ¡En qué estaba pensando al

quedarme en tu casa!
Acaricio tu rostro con suavidad para no despertarte. Tu piel de caramelo me llama. Desearía besar tus labios y ser parte de ese sueño en el que los dos somos amantes.
—¿Lo recuerdas?
Una vez me comentaste uno de tus sueños románticos. El protagonista era exactamente igual a mí. Tus mejillas al contármelo se teñían del mismo color que una ciruela roja y madura. Estabas preciosa. Tus pecas en la nariz resaltaban encantadoras. Aquella tarde me fui a casa pensando en lo bonita que eras.
—No se lo digas a nadie, pero el primer día que te vi, ya me tuviste preso y enamorado.
Busco un papel y comienzo a escribir.

Tus insistentes estrategias de conquista a base de tartas dulces y patatas quemadas arrancaban cuotas de alegr í a a mi cuerpo amargado. Eras tan linda que me gustaba provocar tus reacciones. Como todo enamorado me port é como un ciego incapaz de reconocer la luz. No fue hasta el d í a de tu cumplea ñ os cuando abrazada a Anthony, mientras bailabas, cuando las entra ñ as gritaron que eras m í a. Aquella noche no era capaz de pensar en otra persona que no fueras t ú . La misi ó n, los deberes y hasta la amistad se desbarrancaron por un pared ó n de piedra h ú meda. Nada te quitaba de mi cabeza. Camin é , beb í , refunfu ñé y hasta grit é . Aceptar los sentimientos por ti fueron mi tormento. Y, no, no estoy loco. Hablo as í porque no existe palabra para encapsular lo mucho que siento por ti. Encontrar é la forma en la que podamos estar juntos. No puedo hacer otra cosa. En mis manos se encuentra la soluci ó n, en las tuyas mi coraz ó n.

Doblo la nota antes de pegarla en el espejo del baño. Quiero que sea lo primero que veas al despertar.
Me despido sintiendo que ya te echo de menos.

Revelación

—Veo que has venido. Por favor, siéntate.
Observo a los lados para ver dónde se encuentra la trampa. Me siento en la silla del hotel algo desilusionada.
Esta mañana al despertar me encontré con una nota y una dirección junto a unas indicaciones demasiado precisas. Durante todo el día estuve planeando como dejarle plantado. El dolor de saber que se acostó junto a mí sin haber tenido ni el menor deseo por acercarse, lastimó mi correcta prudencia.
Puede que esté volviéndome un poco desquiciada o puede que simplemente hubiera deseado sentir sus besos luchando por lo que creía era nuestro amor. O puede que un poco de lo primero y otro poco de lo segundo. Apretujo la nota que se arruga entre mis dedos.
—Estuve a punto de no hacerlo.
Miento. Los recuerdos de mis tonterías por conquistarle arrancaron mis sonrisas, pero no fue hasta leer que su corazón y nuestros destinos se hallaba en mis manos, cuando caí de bruces sobre la tapa del váter. No puedo engañarme. Lo quiero tanto que su traición duele mil veces más que cualquier rechazo.
—Y yo me alegro de que no lo hicieras.
—Paul, de qué va esto. ¿Por qué estoy aquí?
—Es mi habitación. La reservé anoche.
Miro la nevera pequeña del bar. Las cortinas pesadas acariciando la moqueta. Suspiro defraudada.
—Otra mentira. Tenías dónde pasar la noche.
—Sí. Y si lo que estás pensando es que ayer me comporté como un imbécil, tienes toda la razón. Creí que doblegando tu deseo por mí conseguiría una oportunidad para acercarme. Fue una estupidez. Lo siento. Por eso me marché, y por eso te pedí que vinieras. Mariam… sabes lo que siento por ti. Por favor, solo te pido que veas lo que quiero mostrarte. Solo eso.
Paul abre el ordenador. Acerca una silla para sentarse a mi lado. Sujetándome las manos, su voz es una súplica.
—Por favor. Hazlo por nosotros. Si después de esto quieres que desaparezca de tu vida te prometo que lo haré. No volverás a buscarte. Seré polvo de olvido. Lo juro.
Sentir el calor de sus dedos mientras sus palabras enfrían volcanes me hace temblar de miedo. ¿Vivir sin él? ¿Verlo desaparecer como una hoja sobre el viento? Los nervios se me congelan al imaginar una vida sin Paul.
—¿Qué hay en ese ordenador?
—Ahora lo verás. Solo te pido una cosa. Y necesito que lo prometas.
—De qué se trata.
—Que no te irás de esta habitación hasta que yo no cierre el portátil.
—No entiendo nada.
—Promételo. Es importante para nosotros. Por favor, amor, promételo.
Sus ojos siempre fueron el principio de mi derrota.
—Lo prometo.
Paul abre el portátil y utiliza el programa de llamada.
Su amigo, el chico del bar, aparece con rostro serio. Él se encuentra con un teléfono que apunta directo a su cara.
—Hola hermano. Aquí estoy.

—Gracias Adam —. Paul enfoca de tal forma el portátil para que el total de la cámara del portátil me enfoque solo a mí. Él permanece a mi lado en un discreto segundo plano.
—Hola Mariam.
—Hola Adam.
Mi respuesta viaja de mi frente arrugada hacia la mirada de Adam y luego hacia Paul.
—Ahora lo comprenderás —la voz baja de Paul contesta, aunque no le haya preguntado nada —. Por favor, Adam, entra a la sala de invierno. Te están esperando. Tengo permiso.
El joven asiente con la cabeza. Se pone a caminar dejando atrás una pradera en la que algunas personas sentadas toman el sol. Abre una puerta de cristal y un jardín de invierno con flores de colores a diferentes alturas, se nos muestra de forma clara. El sitio es agradable y desagradable. Todo al mismo tiempo. Una mezcla de vida y muerte. A pesar del colorido y el sol entrando por las cristaleras, no sabría decir por qué, pero tengo una sensación de frío que me recorre toda la piel.
Adam se detiene muchos pasos antes de llegar a una mujer. Ella está de espalda y sentada con la cabeza gacha. Parece estar escribiendo. Lo hace velozmente. Parece nerviosa. Alterada arranca hojas y al instante continúa escribiendo. La fuerza que realiza en el bolígrafo es tan enérgica que la hoja se rompe. La arranca y vuelve a comenzar. Y así una y otra vez. Cuando estaba por comenzar a escribir su tercera hoja, una muchacha vestida de blanco, se le acercó con sonrisa amistosa y una nueva libreta. La muchacha se lo arrancó de las manos. Lo hizo de muy malas maneras, sin embargo, la jovencita le siguió sonriendo. Esta no respondió. Nada parecía distraerla de su tarea de escritura.
Adam esperó a que la joven de blanco le hiciera una señal para acercarse. Con paso lento se sentó en una silla.
Paul respiró profundo antes de sujetarme la mano y acercar la voz al ordenador.
—Adam, hazlo ahora.
El amigo apoyó el móvil en un soporte sobre la mesa para que la chica pudiese mirar la pantalla. Ella, sin prestar el mentor interés, continuó con su histérica escritura. Los nervios le tensaban la frente. Su melena espesa es una cortina impenetrable sobre el rostro.
La mano de Paul, bajo la mesa, se aferra a la mía.
—¿Qué sucede?
—Te amo —susurró antes de mover la pantalla —. Hola Sarah, soy yo.
Al instante en que la voz sonó, la mujer elevó el rostro buscándole de forma desquiciada. Fue en ese momento en que pude reconocerla. Con la cara despejada pude ver sus rasgos. Era ella. Su esposa.
Quise levantarme de la silla, pero la mano me retuvo.
—Lo prometiste. Por favor…
Me muerdo la lengua para no contestar. No quiero que sepa que estoy aquí. Me siento una intrusa. Una ladrona de lo ajeno. Intento soltarme de su agarre que continúa firme sobre mi mano bajo la mesa.
—Tengo que irme. Esto es una locura.
Paul continúa con sus dedos firmes rodeando mis dedos. Su piel sujetando la mía parece repetir: lo prometiste…
Aprieto los dientes. Ni en mis peores pesadillas imaginaría que él pudiera hacerme algo como esto. ¡Ella está delante de mí! ¡Qué pretende! ¿Por qué causarme tanto dolor? ¿No ha tenido suficiente con verme rota?
Suelto mi mano con fuerza y lo observo hablar. Me mira confirmando que no voy a huir antes de

alejar sus garras de mi mano.
—¿Dónde estás? ¿No te veo? ¡No te veo!
Su rostro es una máscara a la que se le ha ido el color. Los ojos oscuros brillan con desconcierto. Las bolsas de los ojos son profundas y oscuras. Pregunta al aire de forma enloquecida. Sus pupilas miran sin ver.
—Está aquí.
Adam acerca el móvil, al que a pesar de tenerlo enfrente, acaba de ver.
—Estás ahí. ¿Qué haces ahí? ¿Por qué no has venido a verme?
—Estoy trabajando, ¿lo recuerdas?
La mentira provoca que una lágrima perdida me ruede por el bordillo del ojo.
—Tienes que venir. ¡Tienes que venir!
—Iré pronto.
—Le estoy escribiendo. Mira. Tienes que enviarle esta carta. Se lo prometí. Esta vez lo estoy haciendo bien. No puedes olvidarte. ¿Cómo vendrá a verme si no le envías mi carta? Siempre te olvidas. Te lo repito, pero lo olvidas. No te importo. ¡No te importo!
La mujer se altera. La mirada chillona rebota contra la pantalla. Aunque estoy a un lado puedo ver perfectamente el estado de sus nervios. Está furiosa.
—La enviaré en cuanto regrese.
—Lo prometo. Lo prometo. Seguro estás con otra. ¿Estás con otra? ¿Ya no me quieres? ¡No puede ser! ¡Tienes que quererme!
Sujeto mi cabeza para que no se me caiga. Escucharla escupir sus súplicas necesitadas me destruyen. No puedo estar aquí. Todo es mi culpa. Ellos son un matrimonio y yo la tercera en discordia. Debo irme. Ya no lo soporto.
Me pongo en pie, pero la mano veloz de Paul me detiene. Lo miro suplicante. Mi silencio ruega mi libertad. La suya suplica que me quede.
—No puedo. Lo siento.
No termino de murmurar mi excusa cuando los gritos de la mujer se tornan agresivos.
—¡Mentiroso! Tú lo obligaste. ¡Tú!
—Sarah, si no te calmas deberé quitarte el teléfono.
La muchacha de la libreta, con tranquilidad fuera de lo normal, le habló con voz firme. Al verla de frente al móvil veo que lleva una pequeña chapa en el bolsillo derecho. Es una enfermera.
—¿Qué está pasando? —Mi voz también es firme.
—¿Quién está ahí? ¿Quién es ella? ¡Quién! Estás con otra. Lo sabía. ¡Mentiroso! ¡Te odio! Tendrías que haber sido tú. Tú.
—Por favor, marchaos. Sarah no puede seguir hablando. Señor, me temo que la señora debe descansar. Me comunicaré más tarde para informarle si se produce algún cambio.
Adam sujetó la pantalla y caminó dejando atrás a una enloquecida mujer a la que se le acercó una segunda. Entre ambas sujetaban sus brazos mientras ella lucha por liberarse. En el momento en que un hombre de dos cuerpos se aproximó Paul cerró la pantalla del portátil.
—¿Qué fue eso?
Sin contestarme se acerca a la tetera con agua caliente.
—Un té. ¿Café? Lo ponen instantáneo. Es malo, pero se deja beber.
—No quiero un maldito café. Quiero saber qué acaba de pasar. ¿Quiénes son esas personas? ¿Qué lugar es ese? ¿Qué has hecho Paul?
Me sujeto la cabeza imaginando cientos de argumentos de novela negra en donde el amante desesperado organiza tramas siniestras con tal de verse libre de sus ataduras.

—Sarah es esquizofrénica. Posee brotes paranoides que le producen una esquizofrenia residual.
—No entiendo…
Paul, sí se sirve un café. A pesar de estar contando una historia de demonios parece estar tranquilo.
—Su esquizofrenia se caracteriza por la presencia de ideas delirantes y alucinaciones auditivas que consigue afectar áreas como la afectividad, el lenguaje o la conducta. Esto le produce síntomas que incluyen ansiedad, ira, retraimiento y tendencia a discutir. El inicio tiende a ser más tardío que en otros tipos de esquizofrenia, pero en su caso, se inició cuando era una niña —me pongo en pie y le robo su taza antes de hablar —. Su hermano y yo éramos muy amigos.
Paul tomó mi mano entre las suyas para mirarme a los ojos. Puedo ver el anhelo en su mirada, pero también la preocupación y la incertidumbre.
—Necesito ser honesto contigo. Sí, estoy casado, pero déjame explicarte por qué.

Confesiones

—Diego y yo éramos amigos del barrio. Cuando llegué a Baltimore apenas tenía quince años. Mi madre había muerto y le permití al azar guiar mis pasos. Así fue como conocí a Diego. Él era de origen mexicano y se dedicaba a buscar trabajo por allí donde podía. Un día chocamos en un parque y él compartió sus sobras conmigo. Le gustaba hablar sin parar. Era la alegría hecha carne. No conocía a nadie, por lo que lo seguí hasta su barrio y me puse a dormir en una calle sin salida muy cerca de su casa. Si debía asentarme en un lugar desconocido ¿por qué no hacerlo cerca de aquel muchacho tan amable?

A los pocos días nos hicimos amigos inseparables.

La madre de Diego se sintió horrorizada al saber que dormía en la calle. No tenían suficiente para ellos, aún así, me ofreció cobijo en el viejo garaje. Preparó un catre con mantas y sábanas limpias. Diego acomodó las porquerías que juntaba para vender en un costado y sobre unas tablas acomodó una lamparilla. Aquél fue mi primer hogar en Boston.

Paul habla con lentitud. Mis nervios demasiado deseosos por escuchar y comprender se relajan a la espera.

—Su madre era una buena mujer, me cobijó como a un hijo. El reparto de comida comenzó a dividirse en tres platos. Ella casi nunca tenía hambre. Siempre decía que comía en la casa donde trabajaba. Yo no estaba del todo conforme, mi madre también utilizaba ese pretexto para dejarme las porciones más grandes, pero ella se enfadaba si yo no comía.

Quise colaborar, por lo que comencé a buscar con Diego baratijas que pudiéramos vender y conseguir algo que llevar a la mesa. Su madre era demasiado buena para aceptar mi dinero por lo que comencé a comprar grandes bolsas en el supermercado. A ella no le quedó otra opción que aceptar mis latas de tomate y crema de cacahuete. Sarah, por aquél entonces, a pesar de tener mi misma edad, parecía retraída y distante. Sus cambios de humor continuos nos dejaban paralizados. Tan pronto tiraba los vasos por los aires como suplicaba amor incondicional. Todos sabíamos que algo no iba bien, pero los pobres no tienen tiempo para problemas de salud mental. Demasiado costaba tener nuestros estómagos llenos como para analizar el interior de nuestras cabezas.

Diego, muy por el contrario, era solidario y amable. Él siempre hablaba del ejército. Decía que se alistaría en los marines y que recorrería el mundo. Quería sentirse parte activa del país que lo había acogido. Recuerdo mirarle sin comprender a qué se debía su eterno agradecimiento. Su madre cruzó el río con ellos a cuesta y con un millón de esperanzas en su mochila. Ilusiones ahogadas en el moho de las paredes húmedas de la casa y en la nevera vacía.

Ahora que lo pienso, a ella la pobreza tampoco le hizo perder su sonrisa feliz.

Paul bebe otro sorbo con la vista perdida en el tiempo. Lo he perdido. Habla conmigo sin saber que lo hace. Las palabras son borbotones de recuerdos caudalosos que caen en cascada no pensada.

—Cuando cumplió diecisiete años, le picaban las piernas por marchar. Él era de junio, yo de noviembre. Amigos como nos habíamos hecho, esperó a que llegara mi día para alistarnos juntos. El día dieciséis de noviembre, a las nueve de la mañana, fuimos los primeros en cumplimentar el formulario. Su madre nos recibió el primer fin de semana libre, con tarta y canciones de Juanes a todo meter. Mi español mejoró mucho gracias a sus canciones —sonríe como si los recuerdos le produjeran felicidad—. Nuestro primer destino lo aceptamos con alegría fervorosa. Su madre nos despidió llorando. Nosotros nos despedimos eufóricos. Siria nos esperaba.

El silencio llenó el ambiente. Me acerco para sentarme a su lado. Sujeto su mano. Él alza la mirada. No está nervioso ni enfadado. Solo triste.
—La niña chillaba y Diego no pudo esperar para rescatarla. Así era él. Un confiado de la bondad. Cayó en una trampa bomba.
—Lo siento. Lo siento mucho.
—Su madre no volvió a ser la misma. Las canciones dejaron de sonar en las paredes humedecidas. Las sonrisas se cambiaron por silencios. Sarah, que hasta ese momento era una joven rara, comenzó a mostrar brotes demasiado peligrosos. La llevé a un médico y él confirmó el diagnóstico. Cargada de preocupaciones su madre enfermó gravemente. Ella solo deseaba reunirse con su querido Diego. Un año después, lo consiguió.
Paul acerca sus manos a las mías para envolverlas.
—Estaba sola y sin dinero. Yo le prometí a su madre que cuidaría de ella. Por eso, cuando el médico me dijo que necesitaría atención médica permanente, se me cayó el mundo. No sabía qué hacer. Mi sueldo no era suficiente para medicinas y atención en clínicas privadas. Por eso, un día, sin saber cómo solucionarlo, lo decidí. Me casaría con Sarah. Era la única forma de que ella tuviera un seguro médico.
Separa mis manos de las suyas y estabilizo mi cuerpo mareado antes de ponerme en pie. Camino hasta la ventana cerrada y la abro. El aire fresco golpea mi rostro. Abro la boca un par de veces hasta que consigo sentir que estoy nuevamente aquí. En la habitación de el Villa Magna, en la cuarta planta, frente a los frondosos árboles de la gran Castellana de Madrid.
—Si me divorcio ella perdería el seguro médico que tanto necesita. Es la única forma que puedo asegurarle el tratamiento adecuado. Su familia me lo dio todo cuando yo no tenía nada…
Las palabras de Paul resuenan en mi espalda.
Mi vista continúa perdida en las hojas frescas y verdes. No soy capaz de asimilar tanta información. Las imágenes de un joven que vivía en la calle y que fue recogido por otra en igual estado de calamidad, se me hace demasiado pesada. Paul es un hombre fuerte, con educación, inteligente… Todo lo contrario, al muchachito que él describe.
—En el ejército. Te hiciste agente.
—Sí, aunque lo odiaba. Al morir Diego ya no me sentía a gusto. Hubiera renunciado si…
—No fuera por ella.
Al girarme nuestras miradas chocan y se acarician.
—Entre Sarah y yo jamás ha habido nada. La llevo a dos eventos al año para que la aseguradora no sospeche mi engaño.
La idea de que alguien se casara por razones puramente médicas es difícil de aceptar. Pero a medida que Paul continuaba hablando su voz llena de dolor la complejidad de la situación.
—Te juro que nunca fue mi intención lastimarte. Desde que te conocí mi corazón ha estado dividido entre mi deber y el amor que siento por ti. Pero no puedo seguir viviendo una mentira. Necesito que sepas toda la verdad.
Sus dedos callosos acarician mi rostro y por primera vez en días siento el calor del Paul que me enamoró. El hombre íntegro y apartado del mundo. Ese que me atraía con deseos de envolver y darle una razón por la que sonreír. Paul, mi amor de siempre. Lo tengo delante con las pupilas enrojecidas y las manos temblorosas. Si antes lo amaba ahora respiro desde su corazón.
Las lágrimas se agolpan en mis ojos mientras lucho intentando procesar lo que me ha contado.
—Yo…
—Entiendo que todo esto sea demasiado difícil de aceptar. Cariño, necesito que lo sepas todo. Jamás estuve enamorado de Sarah. Entre ella y yo no ha existido nunca nada. Su cabeza, al

casarnos, creyó que todo era real. Un día comenzó a hablarme como si fuéramos un matrimonio por amor. Sus celos se convirtieron en insoportables, por eso el médico aconsejó internarla. Lleva meses escribiendo una carta a Diego. Ella a veces lo cree vivo. Me acusa de no enviarlas.
—No puedo…
Me sujeto la cabeza. Los fuertes brazos de Paul me sujetan para sentarme sobre el colchón.
—Perdóname… por favor perdóname —sus piernas se doblan arrodillándose en el suelo —. Eres joven, bonita y tienes un futuro prometedor por delante. No tengo derecho —. La mano acaricia mi rostro humedecido por las lágrimas antes de ponerse en pie —. No puedo pedirte más. Esto es injusto para ti. Me equivoqué.
Paul se puso en pie para apoyarse contra la pared. La distancia de unos pasos resulta miles de kilómetros. Quiero correr, acariciarlo, besarlo y amarlo hasta borrar cada uno de sus ingratos recuerdos. Pero no puedo. Ella es real. La peor de nuestras realidades. Si, un matrimonio unido por el amor era algo imposible, uno basado en la necesidad, es un indestructible.
Estrecho la distancia sin atreverme a hablar. Apoyo mi mano temblorosa en su hombro. Él la sujeta y se la lleva a los labios.
—Te quiero como nunca he querido a nadie. Luchaste por mi amor y lo conseguiste. Soy tuyo. Nunca, en toda mi vida, he tenido nada mío. Contigo siento por primera vez que soy propietario de algo. Tu amor es mío. Te siento mía. Cuando me besas, cuando me acaricias, cuando me permites entrar en tu cuerpo… me siento el puñetero amo del mundo. De tú mundo.
—Paul, yo no puedo negar lo que siento. Y no puedes imaginar lo feliz que soy al escuchar que, después de años de soñar contigo, al fin conseguí alcanzar ese rincón escondido en ti —mi dedo choca con su pecho—pero no puedo ignorar que Sarah existe. Ella es parte de tu vida. Y te necesita. Y yo soy demasiado egoísta. ¿Cuánto tiempo pasaré pensando en ella y el tiempo que nos roba? No puedo hacerte esto. Me convertiré en una malhumorada que odia tener lo que ella nos quita.
—Solo dime una cosa. ¿Aún me quieres? Después de lo que te he contado de mi vida, ¿sigues queriéndome?
Mi mano sube hasta su barbilla rasposa. Hoy no se ha afeitado. Muevo los dedos en una caricia casi incontenible.
—Antes te quería, después de conocer todo lo que has vivido y has hecho por Sarah, te amo incondicionalmente.
Sus manos se acercaron a las mías para envolverlas en posición de rezo.
—Haré todo lo que sea posible para encontrar una solución. Aseguraré el bienestar de Sarah y podremos estar juntos. Sin restricciones. Solos tú y yo.
—¿Crees que es posible?
—Creo que te quiero hasta la necesidad. No será fácil, y puede que te pida algo de tiempo, pero si estás dispuesta a esperarme, volveré a por ti. Seré libre para amarte tanto que suplicarás por un momento de descanso.
—Necesito que me des espacio y tiempo. Todo esto ha sido demasiado. Ambos lo necesitamos.
Me aleja con los sentimientos rebozando mi lógica. No puedo pensar. El aire me falta. Las explicaciones me llenan y aturden.
—Lo entiendo. Eres libre para tomar tus decisiones.
—Te quiero, pero en estos momentos la cabeza me gira alocada.
—Lucharé por nosotros. Tengo fuerza para hacerlo por ambos.
Con esa contestación caminé hacia la puerta. Paul me observaba extrañado al verme deshacer dos de mis pasos.

—Te quise cuando era una niña, te quiero como mujer y no voy a olvidarte en unos pocos días. Sólo necesito algo de tiempo. No tienes porqué preocuparte.
La ilusión de mis palabras iluminó sus ojos que comenzaron a brillar como el cielo estrellado. Mis labios sellaron mi firmeza con un beso enamorado. Mi mano peinó sus cabellos de forma tierna.
—Ay —dice de forma sobreactuada al sentir la llave de la pulsera engancharse en sus cabellos —. Tu llave me odia…
Sonrío regalándole un beso suave de despedida. Nuestros cuerpos se acarician tímidamente antes de soltarse. Camino lentamente y sin mirar hacia atrás. Nuestro amor tiene esperanzas, nuestra relación no tantas.
Toco la pulsera al ver un cabello rubio de Paul enganchado en la pequeña llave de plata. Sonrío al quitarlo y guardarlo en mi bolso. ¿No se supone que me enseñarías el camino hacia mi amor?

Un camino incierto

Blake se sentó a mi lado del banco. Debí buscar otro parque.
—¿Y?
—¿Y?
—Podemos seguir así toda la mañana o me puedes explicar porqué estás aquí, sola, cuando enfrente se juega el destino mi novia y su dichoso vestido.
Sus palabras consiguieron sacarme una sonrisa.
—Laura se encuentra más nerviosa que la novia.
Su amiga, diseñadora de moda de gran futuro, se aventuró rápidamente al diseño sin pensar en que ser la creadora del vestido más importante de la vida de su mejor amiga, sería una escalera ascendente de nervios enloquecidos. Laura es una joven promesa del diseño, sus modelos comienzan a despuntar en el mundo de la moda, no así sus nervios, que se descalabran intentando cumplir los sueños de su queridísima Sofía.
—¿Qué es esto?
Intento agachar la cabeza. Llego demasiado tarde. Mi hermano ha visto mis ojos hinchados y me mira con sus ojos de halcón clavados en mi rostro.
—¿Qué ha pasado?
La garganta se me traba. Algo habitual cuando debo confesarme. Desde niña Blake ha ocupado tantas posiciones en mi vida que el cambio de tono de voz le basta para convertirse en padre, madre o mejor amigo. En estos momentos la seriedad de su rostro me indica que su uniforme es el de progenitor enfadado.
—Paul… —dijo acariciando mi mejilla—Deberías olvidarle.
—Está enamorado de mí.
La defensa salió de mis labios de forma tan impetuosa que he conseguido enmudecerlo.
—¿Entonces por qué lloras? Tú siempre has querido… ¡Lo mato!
Estaba por ponerse de pie cuando lo detengo por el codo. Hombres, siempre intentando ser los héroes de nuestros ataques lacrimosos. Cómo si ya no tuviésemos bastante con lo nuestro.
—No vas a matar a nadie.
—¿Qué te ha hecho? Y habla rápido o ese idiota no cuenta la historia.
Suspiro agotada. En el momento que me senté en mitad del parque, lo hice con el deseo de descansar mi mente agotada, y no para comenzar una declaración sentimental a mi queridísimo y entrometido hermano.
Apoyo la espalda con comodidad en la dura madera. Entre Blake y yo jamás existieron secretos. He retrasado lo inevitable y el tiempo me ha chocado en las narices.
—Siéntate, la historia es muy larga.
Comencé hablando sobre Paul y su pequeño contratiempo de ser agente secreto del ejército. El rostro de Blake se transformaba de furia a intriga. No daba crédito a mis palabras. Su cara realizaba todo tipo de gestos indescifrables hasta que detoné la bomba principal.
—¡¿Casado?! Eso no es posible. Él y yo hemos… hemos… salido de fiesta. Es un hombre íntegro. Jamás engañaría. Creo. Tiene que haber otra explicación.
—Está casado. Ella se llama Sarah. Y la he conocido.
Blake se acaricia la barba intentando digerir las toneladas de información que acabo de arrojarle con furia como botellas de plástico en contenedor amarillo.
—¿Y dices que llevan años casados?
—Sí.

—No lo entiendo. Yo salía por las noches con él. Ha sido mi compañero de…
—Fiestas. Dilo. No me lastimas. Mis pobres oídos ingenuos han escuchado de todo en estos últimos días.
Blake no me escucha. Él continúa con su viaje mental por fiestas indecentes. Su cabeza niega al recordar la cantidad de veces que ha visto a Paul en situaciones que prefiero no saber.
—Menudo desgraciado…
Paul nos ha mentido, comprendo perfectamente que Blake se sienta engañado, siempre lo consideró su mejor amigo. Las conclusiones me obligan a contar lo que no pensaba, después de todo, es su historia. Mirar el sufrimiento de mi hermano me obliga a ser indiscreta. Comienzo con su infancia y termino con la familia que lo adoptó.
Mi hermano estira las piernas ante la información que sí conocía. Y quedándose atónito con lo que está claro, no sospechaba.
Cuando las palabras se me secaron, ambos nos quedamos mirando hacia el frente en absoluto silencio. Los niños con sus patines se exhiben haciendo piruetas imposibles, sin sacarnos ni un gesto de admiración.
—No puedo decir que no lo comprenda —Blake reflexiona después de un tiempo extenso—. La sanidad es un punto negro en nuestra sociedad. Si yo me hubiera encontrado en su situación hubiera hecho cualquier cosa por salvarte.
Sus conclusiones me llevan a recordar la similitud de nuestros destinos y las inmensas diferencias que nos separan.
Paul es tan huérfano como Blake o como yo. Sin embargo, la posición económica en la que nuestros padres nos dejaron, provoca abismos diferenciales en nuestros destinos. Blake sufrió la presencia de mi tío y yo el destierro a un internado. Y aunque lloré de felicidad cuando con en su mayoría de edad vino a buscarme, ninguno de los dos pasamos penurias similares a las de Paul. Solo, vagando por las calles, buscando algo que vender en la basura, huérfano por dos veces…
—Y dices que él y tú se quieren y.... quiero decir que él y tú… te habrás… Quiero decir que tú y yo nunca hemos hablado de esos temas.
Los sudores comienzan a transparentarse en su frente y la diversión en la mía. Blake es mi tutor, pero también es mi hermano. Existen temas a los que ha conseguido escabullirse, siempre, con mucha eficiencia.
—Matilda sí me ha hablado de esos temas. No tienes de que preocuparte. Además, soy mayor de edad y he visto películas —aguanto la carcajada como puedo.
—¿Qué vas a hacer?
—Esperaba tus consejos.
—Acabas de decir que eres mayorcita —su tirantez se relaja y me abraza por los hombros como cuando éramos niños. Me recuesto en su pecho aceptando el confort de su aroma. Mi hermano huele a seguridad y cariño.
—Jamás te he dado las gracias por ser mi hermano —mis palabras rebotan contra su pecho.
—Nunca fue una elección —su sonrisa retumba en mi cara.
—Aunque somos hijos de los mismos padres, tú decidiste comportarte como un hermano. Nunca te olvidaste de mí, siempre has permanecido a mi lado. He reído y llorado, pero siempre contigo —. Presiono con fuerza mis manos sobre su cintura.
—Existieron veces que te hubiera enviado de paseíto a la luna…
Me separo del amarre para mirarlo a la cara. Su mano seca mis lágrimas.
—Blake, ¿qué hago?
—Lo que tus sentimientos digan. Siempre has estado enamorada de él. No creo que puedas

dejarlo atrás tan fácilmente.
—No sé qué hacer. No puedo compartirlo. Me duele el estómago de pensarlo. Y aunque no quiero que siga casado tampoco soporto que la deje abandonada a su suerte. Estoy hecha un lío.
—Eres una buena persona. Creo que deberías tomarte tu tiempo. Lo necesitas. Paul es un hombre que en los años que lo conozco jamás ha salido con una chica. No me pongas esa cara. Todas han sido momentos de una sola noche. Créeme, para nosotros los sentimientos son algo muy diferente. Si te ha contado todo lo que me has dicho, es porque te quiere de verdad. Tómate un tiempo y confía en vuestros sentimientos.
—¿Confiar en un hombre que nos mintió? Te recuerdo que a ti también te engañó.
—Lo de la empresa lo entiendo. Nuestro tío no es un hombre honesto. Era normal que nos investigara. Imagino, que como pudo, siempre me dijo ciertas verdades. Sabía lo del ejército y lo de las investigaciones hacia los negocios turbios de Simon. Con respecto a lo de su mujer, estoy seguro de que en un principio lo hizo por protegerla, luego ya era tarde, estaba demasiado enamorado de ti.
—¿De verdad lo crees?
—¿Que lleva tiempo loquito por ti? Lo sé antes que él mismo.
Ambos nos quedamos frente a frente y en silencio. El parque se llenó de niños corriendo de un lado a otro disfrutando del fin de semana soleado.
—Ve con las chicas. Disfruta de la prueba del vestido y despéjate. Liberar la mente te ayudará.
—Creo que tienes razón —digo pensando al ponerme en pie—. A ti no te dejarán entrar. No puedes ver a la novia. ¿Por qué has venido?
—Estaba cerca. Pensé que habrían terminado las pruebas y que Sofi querría volver a casa conmigo.
—No soportas estar lejos de ella.
—Tengo miedo.
La sinceridad aplastante y directa de Blake me golpea en la cara.
—¿Miedo a qué?
—Nervios pre boda. No me hagas caso.
No me creo su excusa. Estoy por contraatacar cuando sujetas mis hombros poniéndome en pie.
—Ve a esa casa y tráeme a mi chica antes de las doce de la noche.
—Para eso faltan ocho horas.
—Por eso lo digo. Esas locas no la soltarán antes
Ambos reímos.
—Eres el mejor hermano que pude tener. Gracias —me lanzo a su cuello como cuando era una niña y él chillaba como adolescente agobiado.
Lo beso en la mejilla de forma sonora y contundente a pesar de sus frustradas quejas.
—¿Qué tienes aquí? —Digo acariciando el borde entre el cuello y la camisa.
—¿Qué tengo?
—Nada —digo friccionando con el dedo—. Ya está. Sofía te ha ensuciado con el labial. La camisa tendrás que lavarla con cuidado para que no quede mancha.
Mi móvil comienza a sonar insistente. Muestro la pantalla a Blake antes de cruzar la calle a toda prisa.
—Sí cuñada, estoy justo en frente. Llego en dos minutos. No, no me he olvidado de ti. Seguro estás preciosa.
Lanzo un beso al aire a mi hermano que lo recibe mientras estira el cuello de su camisa manchada.

Paul

Muevo la mandíbula intentando recolocarla.
—Me preguntaba cuánto tardarías en venir.
El saludo de Blake al abrir la puerta me ha dejado con el rostro partido en dos.
—Esa va por las mentiras a mi hermana. El resto las reservo para otro momento. Ahora no puedo perder tiempo en tus tonterías. Tenemos prisa.
Entra en la habitación del hotel mientras cierro la puerta.
—¿Prisa para qué?
—Me caso. No sé si te has enterado.
Está demasiado sensible con eso de la boda, y mi mandíbula no está preparada para otro derechazo, como para contestarle una impertinencia. Está tan loco por su chica que parece un flan fuera de la cadena de frío.
Prefiero no reírme de sus nervios, después de todo, yo me encuentro tan estúpidamente enamorado como él.
—Hoy no es tu boda. ¿Lo sabes no?
Le ofrezco una silla y que por supuesto rechaza. Se encuentra demasiado ocupado echándome unos vaqueros a la cabeza.
—Vístete. Tienes unas pintas horribles.
—No voy a ningún sitio —contestó siendo yo el que se sienta.
Escuchar de su boca que estoy hecho una mierda no ayuda a mi humor resquebrajado.
—Oh, sí que vendrás. Me debes una historia completa y unas cuantas cervezas.
—Es una habitación de hotel, aquí no hay cervezas. Si quieres tengo té y café en saquitos.
—Y por eso nos vamos fuera. Me costará unos cuantos botellines solucionar tus problemas.
—¿Solucionar? ¿De qué hablas…? Uy no. Ni lo pienses. ¡No aceptaré tu dinero! Este es mi problema y sabré arreglarlo.
—No será mi dinero el que gastes. Será el tuyo. Ahora vístete rápido o me cobraré el otro derechazo que me debes.
Acepto la ropa y comienzo a cambiarme sin contestar y sin apuros. Sabe perfectamente que, ni en sus mejores sueños podría darme un segundo golpe, sin que yo le respondiese.

Olvidarte

—Vamos fuera antes de que me dé un triple infarto mortal —Anthony entró a mi oficina con todo el poderío de su locución.
Hombres como él deberían estar prohibidos. Su atractivo masculino se convierte en sideral cuando libera su simpatía encantadora. Es un conquistador con poder natural. Me pregunto porque no me enamoré de él. Mi vida hubiera sido mucho más sencilla.
—¿Quieres ser mi novio?
Las palabras dejaron de brotar y su sonrisa se ahogó. Anthony todo lo que tiene de guapo lo tiene de pánico al compromiso. La fidelidad es un concepto ajeno en el diccionario de sus actos. Le costó unos segundos interminables recuperar la calma habitual.
—Paul no ha aparecido. ¿Es eso?
—Por ningún lado.
Contesto perdiendo la vista en las carpetas de diseños de vestimenta que tengo delante. La incorporación del área de moda a la Agencia, aunque está consiguiendo ser una ampliación de lo más prometedora, lleva horas de trabajo. Sofía y yo nacimos para crear esta pequeña empresa de moda. Ambas somos felices trabajando juntas. Yo estudio los diseños mientras ella lleva las relaciones publicitarias. Todo sería perfecto si no fuese porque mi corazón parece nunca llenarse. Me regaño a mi misma por ser tan ingrata. Mi hermano me recogió del internado en cuanto la edad se lo permitió, nuestros ingresos, a pesar de encontrarnos huérfanos, jamás nos llevaron a la miseria. Viajé, conocí lugares, me instalé en Madrid, sin embargo, aquí estoy, llorando con un agujero en el estómago.
Puede que todo el sufrimiento por la pérdida de Paul no sea otra cosa que un castigo divino hacia una muchacha demasiado ingrata.
—Necesitas tiempo. Tú lo quieres demasiado. Los sentimientos te guiarán —ver la compasión en la mirada de Anthony no me reconforta.
Mis vergüenzas se originan en la pena que obtengo de sus palabras. Me enamoré de un mentiroso que a su vez se enamoró de mí. ¿Qué podría salir mal?
—Entraste enfadado. Cuéntame. ¿Qué te ha pasado?
Sofía, mi futura cuñada, me enseñó la técnica del cambio de tema. Esa mujer es la mejor hermana que Blake pudo regalarme.
—Es esa boda. Ya no la soporto.
Anthony al recordar su malestar comienza a despotricar.
Al ver que la conversación de Paul se acaba, egoístamente me alegro. Prefiero mil veces el mal humor de Anthony, al recuerdo de un Paul que llevo días sin saber dónde demonios se encuentra.
—¿Qué ha pasado?
La noticia no me resulta del todo nueva. Los nervios de todos están consiguiendo que me replantee mis deseos de un casamiento a lo princesa. Suponiendo que algún día tuviese novio al que llevar al altar…
—Nada y todo. No estoy seguro.
Resopla al sentarse con poca elegancia.
—¿Puede que estés un poquito celoso? —Sus ojos centellean y me electrocutan—. Solo un poquito. No mucho.
Me acerco con paso lento a su silla.
—¡No estoy celoso! Ya se los he repetido a todas. ¡No son celos! ¡Por qué no me entienden!
—Porque todos sabemos cuánto la quieres. Sería normal que estuvieras de un humor algo…

complicado.
—Nadie me entiende… —Anthony refunfuña sin poder explicarse. Él, que siempre tiene palabras para todos, es incapaz de expresarse. Este es el mundo al revés.
—Es normal que estés celoso. Nadie te juzga.
—No son celos. La quiero muchísimo. La quiero más que a mí. Pero no son celos.
Me divierto con Anthony. Todos lo comprendemos, aunque él se empeñe en creer que no es así.
—Yo sí te comprendo. Puede incluso que más que ninguna de las chicas. Adoras a Sofía y estás feliz con su felicidad, aunque sufres intentando ocultar esa molestia injustificada que sientes por dentro —he conseguido captar su atención. La mirada culpable se eleva hacia mis ojos—. Te molesta sentir esa cuota de egoísmo dentro, pero no lo puedes evitar. La quieres tanto que el temor a perderla es demasiado potente. Todos piensan en el amor celoso. Confunden lo que verdaderamente sientes por ella. Por eso no se lo dices a nadie. Porque tú la quieres. Estás enamorado de Sofía —Anthony niega en voz alta—. La amas muchísimo —replico—. La amas más que a ti. La amas de la misma forma que yo amo a Blake. Y temes perder a tu hermana.
Anthony agacha la cabeza. Se siente avergonzado.
—Sé lo que sientes porque yo siento lo mismo. Adoro a Blake, daría mi vida por él, me encanta Sofía y sé que ella es lo mejor que pudo pasarle, sin embargo, cuando me encuentro sola, temo que el compromiso lo aleje de mí.
—¿Somos malas personas?
—Prefiero pensar que los queremos demasiado como para vivir sin ellos. Yo amo a mi hermano tanto como tú a Sofía. Y aunque tememos perderles nuestra alegría por verlos felices es millones de veces más sólida que nuestros miedos. Somos dos tontos que aman desesperadamente a sus hermanos.
—No somos parientes. Ningún lazo de sangre nos une, pero mataría por ella. Sufro con su dolor y disfruto de sus sonrisas. Cuando veo sus labios inflamados por los besos de Blake me divierto con su mirada enamorada. Su felicidad es la mía.
—Mi querido Anthony, ese es el amor de un hermano. La sangre nada tiene que ver con la hermandad. Nacer en un mismo hogar es un hecho de azar, el amor de hermanos es un goteo que nace con el cariño diario.
—A ti nunca te he notado enfadada. Pareces llevarlo mejor.
—Lo estoy. Blake me tiene agotada con la elección de su viaje especial. Por no contar la de cuadros que he visto para decorar las paredes de su nueva casa.
—¿Quiere mudarse? —Su humor ha mejorado en amplias cantidades. La sonrisa se le desparrama por el rostro —. No quiero imaginar como se pondrá Sofía cuando se lo diga.
—Él tampoco, por eso no se lo ha dicho. Esta noche la llevará a cenar y se la mostrará.
Ambos reímos con una necesidad desesperante. Ambos necesitábamos este espacio de relajación y olvido.
—Vamos a comer. Nos lo merecemos. Conozco un lugar cerca que está de muerte.
—¿Sin reserva? No habrá sitio. Son las dos de la tarde. Plena hora punta.
—La vida está para jugarla.
Acepto la invitación porque llevo días alimentándome a base de helado de chocolate. Y porque no quiero llorar más por Paul. Y porque su mano me arrastra como cometa.

Caminamos entre las mesas. Anthony se niega a comprender que no hay sitio.
—Allí hay dos lugares vacíos.
Camino tras él cuando su espalda me detiene con un golpe en la nariz.

—Deberías encender la señal de frenos —contesto alzando la cabeza.
—No hay sitio. Mejor nos vamos.
—Esas sillas del fondo están libres.
Camino rápidamente para que no me roben el sitio.
—La columna ocultaba el… —iba a decir sitio, cuando la imagen de Paul y una muchacha de rostro común y sonrisa agradable me detiene. Ambos están comiendo uno junto al otro. Algo totalmente anormal. Nadie se sienta así para comer. Por eso las sillas vacías me hicieron imaginar… ¡Qué más da! ¡Es Paul! Lleva días desaparecido ¡y está aquí! En un restaurante monísimo y con la mano apoyada en una joven a la que sonríe feliz. Feliz no. ¡Está rebosante!
—¿Mariam?
—Pensé que el sitio estaba libre. La columna. Lo siento.
En ese momento el rezagado Anthony se acercó para romper el silencio incómodo.
—El lugar está abarrotado.
—¿Anthony? Hola, soy Vega, del departamento legal.
—Claro, me parecías conocida.
Conozco a Anthony lo suficiente como para saber que no la recuerda de nada.
Mi mirada sigue centrada en la pareja. Los veo allí, frente a la ensalada, mientras nosotros estamos de pie con la boca abierta. Somos, básicamente, dos jóvenes comiendo y dos anormales mirando.
Y pensar que yo lloraba por su amor desaparecido mientras él buscaba otra pobre ingenua a la que engañar. Una que seguramente a la que no le moleste que se encuentre casado.
—Y tú eres Mariam Blakmoon, trabajé con tu hermano en Baltimore. Él me informó de la vacante y no lo dudé. Me encanta Madrid. Pueden sentarse con nosotros. Acabamos de llegar y esas dos sillas están libres.
Mi espanto es tan grande que espero haberlo disimulado. No salgo volando porque no tengo alas.
—Si esperan pueden conseguir que los ubiquen en algún otro sitio.
La contestación de Paul me rompe el corazón. La mucha se silenció. Está claro que Paul no desea compañía. Quiere tenerla solo para él.
—Un gusto conocerte Vega.
Me giro para huir todo lo que las sillas atravesadas me lo permiten. Estar en la esquina del fondo no ayuda a mi plan de escape.
—Mariam…
—Ya nos veremos Paul. Que te siente bien el almuerzo.
Tengo que escapar. Anthony tras de mí apoyó su mano en mi hombro. Intenta darme ánimos. Sabe cómo me siento.
—Lo olvidaré. Lo olvidaré.
Anthony me sigue hasta que en la calle consigue detener mi paso acelerado.
—¿Estás bien?
Mis lágrimas parecen contestarle.
—Lo siento cariño. Nunca creí que diría esto, pero tienes que olvidarle —. Afirma con su abrazo apretándome contra su pecho.

Comencemos

Organizar una despedida de hermanos me parece una de las mayores estupideces del siglo. Aún no comprendo cómo he podido aceptar esta tontería. Un poco de embutido español y unas cervezas es lo máximo que conseguirá de mí esta noche.

Protesto una y otra vez acomodando la bandeja de patatas bravas que tanto le gustan. ¿A quién quiero engañar? Esta estúpida, atontada y descabellada despedida de hermanos posee su punto de encanto. Pensar en el niño mandón convertido en un hombre casado me llena de orgullo.

Mi apartamento es pequeño, por lo que solo hicieron falta tres velas y un poco de música para preparar nuestra despedida de hermanos solteros.

Me siento intentando pensar en todas las cosas que tengo buenas en mi vida. Quizá porque así, pensando en la alegría que me rodea, soy capaz de alejar un poquito la tristeza.

Paul lleva una semana perdido dentro del mundo. Su teléfono aparece conectado en horarios poco razonables. Y no lo digo porque me guste espiar. Lo mío es el resultado de una profunda preocupación por su seguridad. Al segundo día de no verle ni tener noticias suyas, le investigué por WhatsApp. Todos los hombres son iguales. ¿Por qué él sería la excepción?

Puede que esta despedida de hermanos solteros al fin y al cabo no sea tan atontada. Quien sabe, incluso puede que hasta por unos segundos, consiga sacar a Paul de mi cabeza.

El sonido del timbre me obliga a mirarme al espejo. Estoy fatal. Ropas de andar por casa y kilos de anti ojeras. No tengo ganas de escucharle decir a Blake, otra vez, que tenga esperanzas. Ya me gustaría verlo a él si el perdido hubiera sido la pequeña Sofía. Aún recuerdo el mes que estuvieron separados y sus intensas borracheras de hermano cargante que me tocó soportar.

Unos golpecitos en los mofletes que oculten mi palidez y allá voy. A pasar una cena horriblemente agradable con el atontado de mi hermano mayor.

—¿Tú?

—Yo.

Mi congelamiento supera al de un iceberg en el polo norte.

Lo miro y lo vuelvo a mirar. Paul se encuentra al otro lado. Después de una desesperante semana en la que no he comido ni dormido, abro la puerta para descubrir que él se encuentra detrás.

Y terriblemente guapo. ¡Qué guapo! Está maravilloso. Su rostro reluce felicidad. Los ojos color cielo iluminan el pasillo. En su cuerpo no existe una gota de cansancio por ruptura sentimental.

—¿Qué quieres?

Mi pregunta posee la misma amabilidad que el aroma de las mofetas.

—¿Puedo pasar?

—No. Blake está por llegar. Es una cena solo para hermanos.

—Él no vendrá.

Paul atravesó el portal sin esperar a que le diera paso. Caminó hacia la mesa y se apoderó de un trozo de jamón.

Cierro la puerta sin saber si estoy feliz o furiosa. Adoro verlo en mi casa, odio presenciar su buen estado de ánimo. ¿Tan poco dura la intensidad de sentimientos en los hombres?

—Coge la cerveza que estás abriendo y vete. Blake ha organizado una despedida de hermanos solteros.

—Y yo he dicho que no vendrá.

—¿Cómo puedes? Ay no. No puede ser. No… Dime que no he caído en una de vuestras trampas.

Me siento en una silla para que mi imbecilidad no caliente mi boca. Blake es mi hermano. Él no pudo participar en un juego tan cruel. ¿Qué esperaba? ¿Esta es su idea de intentar que yo no

sufra? ¿Encontrarme a Paul hecho una rosa mientras yo luzco mis mejores harapos del desamor?
—Blake pensó que te lo merecías.
—¿Esto? Recuérdame que pida un cambio de apellido.
Paul apoya el botellín nuevamente en la mesa. Acercándose a mis manos, las sujeta tironeando de mí hacia arriba. Me pongo en pie de forma débil antes que sus dedos en la barbilla me obliguen a mirarle a la cara.
—Te ves mal y es por mi culpa.
—Y tú te ves como una rosa. Felicidades.
Centrándome en el azul de sus pupilas consigo apreciar unas pequeñas motas rojas. A primera vista no conseguí apreciarlas, la sonrisa de su rostro las ocultó demasiado bien. ¿Habrá estado de fiesta? ¿por qué ha dormido mal?
—He estado en Baltimore.
—¿Cómo?
—Blake me envió.
—¿Mi hermano? Eso no es posible. Él me lo habría contado.
—No, si yo le hubiese pedido.
Sonrío sin ganas. Amigo gana a los lazos de sangre.
—Imagino que llegados a esta altura debo poner cara de asombro. Sujetarme el rostro con fuerza con ambas manos, para que la O de asombra me salga más nítida.
Me giro para no mirarle a la cara. Estoy demasiado enamorada como para tenerlo delante y no perdonarle.
—Necesito que hablemos. Me dan igual los gestos.
Los brazos me sujetan por la espalda enderezando mis hombros agotados.
—¡Hablar de qué! De tu esposa. De tu nueva chica. ¿De qué vamos a hablar?
—¿Chica? ¿Qué chica?
Me deshago de su agarre. Sus manos queman un amor que no puedo disfrutar. No debo disfrutar.
—Ya nos hemos dicho todo lo que debíamos decir. Lo nuestro no se trata de palabras sino de personas. En concreto de una. Se llama Sarah y es tu esposa.
—Ya no.
La confesión me golpea y me echa hacia atrás. Mis oídos niegan lo que acaban de escuchar.
—¿Qué has hecho? No…no…no
Camino de un lado a otro negando una y mil veces.
Esto no puede ser verdad.
Mi Paul era un joven de buen corazón. Un muchacho de carácter silencioso, pero de buen corazón. ¿Qué he hecho?
Saber que ha dejado tirada a una pobre chica enferma me horroriza. Sarah ya no tendrá seguro médico, vivirá sus días en rincones oscuros de calles malolientes tras un contenedor de basura.
—¿Cómo has podido? Esto es peor. Mil veces peor.
—No te entiendo. Creí que deseabas que fuese libre. Siempre has estado enamorada de mí. Al menos eso decías. ¿Ya no sientes nada? ¿Tanto te he defraudado?
—¿No lo ves? ¡Cómo puede ser que no! ¿Qué futuro podemos tener si en nuestra conciencia cargamos el abandono y hasta puede que la muerte de una pobre chica?
—Mi amor…
—¡No! No me toques. Esto no puede ser —lo miro a los ojos. Estoy desesperada. Tengo que arreglar la consecuencia de mis actos. Yo soy la responsable. He obligado a Paul a que escoja. ¿Cómo he podido ser tan miserable? —. Tienes que regresar y arreglarlo. Su madre, su familia.

Ellos te ayudaron cuando no tenías a nadie. No puedes hacerles esto.
—Cariño, ven, siéntate. Necesito que te calmes.
—¿Calmarle? ¿Cómo voy a hacerlo?
—O lo haces solita, o lo hago yo, haciéndote el amor. Tú decides.
—No estoy para bromas.
—No estoy de broma. Acabas de conquistar el último rinconcito que aún no se encontraba loco por ti. Mi vida, Sarah continuará recibiendo su tratamiento médico durante toda su vida.
—Estás mintiendo. Eso no es posible. Me engañas.
Las manos de Paul me obligan a seguir sentada en el sofá. Sin soltarme de su agarre él también toma asiento. El calor de su cuerpo se pega a la frialdad de mi desconfianza.
—Merezco tu desconfianza. En el pasado no fui demasiado honesto. Te juro que esos tiempos se han acabado. Entre nosotros solo existirán verdades.
La destemplanza me provoca escalofríos.
—Me engañas con un matrimonio que yo desconocía y un trabajo de espionaje hacia mi hermano. Ahora dices que has dejado a tu esposa y eres libre. ¿Quieres que te felicite y bendiga tu unión con esa otra pobre chica? ¿o ella también fue algo pasajero?
—Juro que no tengo idea de lo que hablas.
—¿Vas a decirme que no te acuerdas? Espera, ya te lo recuerdo yo. Chica simpática, restaurante, tu mano sobre la de ella. ¿Te ayudo más?
Su sonrisa se relaja.
—Vete de mi casa. No quiero volver a verte.
—Mi amor, ven aquí. Tenemos mucho de lo que hablar.
—¡Yo no quiero hablar contigo! No quiero saber nada de ti.
—Sí, lo escuché cuando salías del restaurante. Voy a olvidarle. Lo repetiste unas cinco o seis veces.
—Al parecer no las suficientes. Quiero que te vayas. No me importa si estás con Sarah o alguna otra. Entre nosotros ya no existe nada.
—Escúchame bien —dice poniéndose de pie y sujetando mis hombros temblorosos de indignación—. Entre nosotros lo hay todo porque yo sin ti no soy nada. Tú te encargaste de enamorarme de los pies a la cabeza. Te quiero más de lo imaginable. Ahora, vas a sentarte aquí —dice sujetando mis hombros con fuerza —y vas a escuchar todo lo que tengo para decir. No vas a irte a ningún lado. No, hasta que te lo cuente todo. Y si tengo que atarte lo haré.
—Tu historia del pasado ya me la has contado. Puedes ahorrarte tus palabras enternecedoras.
Paul se sienta mordiéndose la lengua. Está rojo de furia. Para mí como si se le cayera un martillo en los huevos.
—Esa historia enternecedora, como tú dices, es la asquerosa vida que he tenido. Y jamás se la he contado a nadie más que a ti.
Respiro agitada y algo culpable. Puede que mis celos me jugasen una mala pasada. Pero no lo suficiente como para apenarme. Sigo queriendo que un martillo aplaste sus huevos y los haga picadillo.
—Estas semanas he estado ocupado.
—Eso lo he visto con mis propios ojos —digo intentando ponerme de pie. Sus manos me obligan a caer de culo contra el sofá.
—Vega es la abogada que llevó mi proceso de divorcio.
—¿De verdad piensas que voy a creerme semejante mentira? Ah, ya entiendo. Como no tenías dinero sujetabas su mano y le sonreías atontado como parte de pago. ¡Mira que soy poco

comprensiva!
—Lo que viste fue un simple agradecimiento. Acababa de darme la noticia.
Se recuesta como si hubiera corrido una maratón. Seguramente la de las mentiras. En ese campeonato él es el rey.
—¿Y si fue así por qué te negaste a que nos sentásemos con vosotros? ¿A ver? ¿Cuál es tu excusa ahora? Eres un men-ti-ro-so.
—¡No quise que te sentaras porque quería ser yo quien te diera la buena noticia!
—Pues ya has tardado. Han pasado dos semanas. ¡Dos! ¡Catorce días!
—Aún me faltaban cosas —su voz comienza a apagarse—aunque creo que ya no importan.
Ambos nos quedamos en silencio. Paul se rasca la cabeza. Jamás lo había visto en este estado de derrota. Él siempre ha sido el hombro en el que Blake se apoyaba. Cuando todos pensaban en la muerte Paul se empeñaba en ver los pequeños brotes verdes.
—¿Qué cosas?
La voz apenas me sale. No me gusta sentirme así. Por supuesto que deseo confiar. Yo más que nadie soy la sufridora del ácido que me quema por culpa de su ausencia.
—Tu hermano y yo llevamos dos años trabajando en un programa informático nuevo. Él me cedió los derechos. Los he vendido.
—No entiendo.
—Blake firmó para que le vendiese la aplicación a una empresa en California. Ellos llevaban tiempo intentando comprarla. Yo siempre me negaba. Quería hacerlo cuando pudiera dejar el ejército. Era algo así como mi seguro laboral.
—¿Y por qué lo hiciste?
—Vendiéndole conseguí cubrir todos los gastos médicos de Sarah. Ella no estará desprotegida en toda su vida. Estas dos semanas estuve formalizando los trámites. También quise explicarle la razón de nuestro divorcio. Pero no pude. Ya no me recuerda. Ha perdido el raciocinio. Los médicos llevaban tiempo advirtiéndome que un día pasaría.
Me dejo caer contra el respaldo.
Los números en mi cabeza ahora comienzan a sumar de forma correcta. Una comida, un viaje, quince días, todo posee sentido.
—¿Y dices que ese programa…?
—Es una aplicación. Blake recordaba los inicios de vuestro padre y me propuso trabajar en ese proyecto de forma extraoficial. Lo hacíamos en ratos libres —se acerca hasta pegar sus rodillas con las mías—jamás lo hubiera aceptado si no fuera por ti. Le pagaré su parte con horas de trabajo. Creo que estaré en deuda de por vida.
Intento enfocar la vista. No puedo. Las lágrimas me recubren la retina.
—Todo lo hice por ti. Yo también quería que fueras la única mujer de mi vida. Sarah estará cuidada, no va a faltarle de nada, y nosotros podremos ser felices juntos. Eso si estás dispuesto a ser la novia de un ex militar que solo podrá invitarte a ver películas en el sofá de un piso alquilado.
Me largo a llorar sin consuelo. No puedo creer lo que escucho. Años de espera y semanas de sufrimiento desaparecen ante la claridad de un futuro a su lado.
—El dinero de la venta lo he entregado en su totalidad a la clínica, y aunque Blake quiso que fuera un regalo, no lo acepté. No llores, trabajaré duro, lo del cine era broma, puede que lo hagamos ¿una vez al mes? O podría encontrar otro trabajo. No tengo miedo. Sé que siempre has tenido mucho más que yo, pero tienes tu empresa, aunque prometo no tocar nada de ese dinero. Firmaré todos los contratos de renuncia que hagan falta. Cariño, si me aceptas…

Me lanzo a sus brazos para detener las tonterías que salen por su boca.
—Sí. Mil veces sí.
—¿Sí?
—Sí acepto a ver películas en el sofá.
Su mano en mi cuello me acerca a sus labios. Un te quiero se perdió dentro de mi boca ansiosa. Nuestras lenguas se unen desesperadas mientras mi cuerpo se acerca buscando su calor. El tiempo separados es una distancia que ya no soporto. Me reclino y me entrego. Mi boca saborea el dulzor del amor conseguido. El salado de mis penas se borra ante la promesa de sus besos. Estoy volando en nuestra propia nube de algodón de azúcar.
—Te quiero… eres la felicidad que nunca tuve. No puedo perderte. Sin ti no soy…
Mi boca recubre sus labios. Las palabras lastimosas son pasadas. Quiero ser la sonrisa que borre una a una sus penas.
—Sé que estás acostumbrada a comodidades que no puedo darte —dice mordisqueando mis labios—y que pierdes más de lo que ganas, pero te juro que voy a darte lo mejor. Te quiero tanto…
Sus manos viajan por mi cuello sin acercarse a mi escote. Somos dos tontos ingenuos disfrutando de la preciosidad de nuestros besos ardientes.
—De cuanto dinero estamos hablando —jadeo al sentir sus dientes mordiendo mi vena yugular —. Puedo reponerlo. Mis acciones son importantes.
Su rostro se separa unos milímetros. Los suficientes para peinar mis cabellos con ternura. Sus ojos me envuelven y me llevan a su lado. Soy una princesa volando en cometa bajo su azul mirada estrellada. No existe joven más feliz que yo.
—Es mi deuda. Blake ha aceptado mis pagos a plazos. Por favor, amor, necesito hacer esto por nosotros y por la familia de Sarah. Se los debo.
—Eres el mejor hombre del mundo.
—Y tú la joven más bonita del universo. Te quiero Mariam. Has conquistado mi amor de hoy, de mañana y el de antes de conocerte. Nunca creí que se pudiese querer tanto.
Peino sus cabellos con mis dedos. Paul es mi chico. Solo mío. Lo he conseguido. Su amor es tan mío como suyo es mi corazón.
—Te quiero preciosa.
Las pupilas de Paul se iluminaron con luz propia. Su profundidad ya no es oscura. Su transparencia es perfecta. Limpia y serena.
Acariciando sus cabellos revueltos la pulsera, que se encontraba perfectamente en mi muñeca, se abrió cayendo en su regazo. La mira curioso. Se ha partido en dos.
Observo sin poder creerlo. Lo miro y el recuerdo me hace derramar pequeñas lágrimas de emoción.
—¿Qué pasa mi amor?
—Cuando el cielo se ilumine y vuestro amor sea eterno, entonces ella te abandonará.
—¿Cómo dices?
Me quedo en silencio. No soy capaz de explicar las sensaciones que me embargan. Apoyo la pulsera partida sobre la mesa. Su muerte me dice que este es el final de su camino.
Paul me sujeta de la mano llevándome a la habitación. Sus besos nos hacen tropezar mientras el recuerdo de las palabras de Madam Chef-d’œuvre sonríen en mi cabeza. *Cuando tu cielo se aclare tu amor será eterno…*
—Tú eras mi cielo.
—Y tú eres mi amor.

—Sí. Tú eres mi cielo y yo soy tu amor.
Repito dejando atrás la pulsera para perderme en el cielo de su mirada y el sabor de nuestro amor eterno.

Me amas, me amaré

By Diana Scott

Sin grasa sin vida

Ensalada sin aceite, no vaya a superar la ración diaria de grasas saturadas que tengo permitida.
Sin picatostes porque las harinas blancas se encajan de forma directa en las caderas.
Trozos de tomate por su alto contenido en agua. Aunque pequeños debido a los azúcares concentrados en su pulpa.
Mis manos encierran un recipiente plástico repleto de una lechuga que preferiría lanzarse de cabeza mil veces hacia el cubo de basura antes de seguir viviendo una vida tan insípida.
Mareando con mi tenedor las hojas mojadas suspiro ante mi vida tan aguada como la ensalada que pincho.
El día que nací me dieron un cachete en el culo y me pusieron junto al pecho de mi madre para que comiera. Ella dice que chupaba como si no existiera un mañana. ¡Qué esperaba que hiciera! Imagino que en ese momento mi escasa capacidad de razonamiento no me indicó que el futuro se me presentaría entre curvas de trazo grueso.
La pediatra deseaba que engordara y eso fue lo que hice. Claro está que nunca me indicó que esa ingesta de calorías llevaría a mi cuerpo a arrepentirse de mi presente. Mis nalgas actuales continúan tan lozanas como un bebé de pecho. Penoso es descubrir que los rollitos graciosos de mi infancia llegaron a convertirse en el programa diario de las conversaciones sarcásticas de jóvenes acneicos de instituto.
De pequeña soporté opiniones de lengua suelta. De niña escondía mis piernas bajo un manto de timidez vergonzante. De adolescente, sufrí sin consuelo el no ser una de tantas a las que se ve pasar, y se ignora. De joven no me quedó otro camino que aceptar mi destino sabiendo que el cuerpo que poseo es el mismo al que a muchos desilusiona.
Algunos opinan que mis pechos son exuberantes y firmes. Mi opinión es muy diferente. Cintura amplia con respecto a los cánones actuales, y muslos como dos buenos jamones, soy la típica mujer que vive a dieta y nunca alcanza su objetivo. Mi cuerpo parece anclado en el mismo peso. Una vez probadas las recetas de actrices, cantantes y cantamañanas solo fui capaz de aceptar que mi vida se desarrollaría entre verduras al vapor y lechuga sin aceite.
Sí, soy esa joven de caderas pronunciadas y perniles bien desarrollados a la que miras pasar y juzgas sin conocer. Una de esas a las que el canon de belleza le dio la espalda. Cómo me gustaría gritarles que algunos nacimos con los renglones de nuestra vida pintados en trazo grueso.
¡Sí! Soy la típica muchacha de huesos grandes, caderas pronunciadas y curvas mareantes. Si no te gustan, ¿por qué me miras? ¡Qué conoces de mi para creerte con el derecho de saber lo que como o lo que dejo de comer! ¿Acaso sabes cuántas dietas he reescrito con las lágrimas de mi derrota?
Cuando me siento en un bar inmediatamente formo parte de las conversaciones de anoréxicas felices con su aliento a vomitivo. Todas ellas disfrutan enjuiciando lo que con toga negra ocultan de sus propias rodillas raquíticas. Creen que no veo cuando esconden su sonrisa tras las palmas abiertas. Sus palabras son martillos que golpean dictaminando sentencia a mi cuerpo reprobado.
¡Odio la avena, la sacarina y el huevo duro! Sin embargo, mastico y trago. Bebo agua, pero ellas me juzgan igualmente.
Soñando con ser esa chica a la que nadie mira me he convertido en un cuerpo que en silencio odio.
—¿Aún comiendo Gabrielle?
—No, señor Harland.
Escondí mi Tuperware de verdura no aliñada debajo del escritorio y me puse en pie de un salto. El alimentarme era un pecado que prefería cometer en soledad.
La voz tozuda del señor Harland se sacudió incrédula.
Las chicas que no cumplimos las medidas del noventa sesenta noventa perdemos más tiempo en explicar que no estamos comiendo que en ser aceptadas como algo más que una envoltura de bombón relleno. Como me gustaría tener el valor para decirles: ¡Sí! ¡Soy esta! ¡Si no te gusta para que miras!
—Solo descansaba unos minutos.
—¿Descansando? —dijo mirando con frente ceñuda las inmensas cajas de novedades.
Me puse en marcha rápidamente y rompí el cartón para extraer una gran columna de libros.
—¡Cuidado! ¡No arrugues las portadas!
—No, señor Harland. No se preocupe. Ahora mismo las acomodo.
A paso apretado apoyé en la mesilla de entrada las últimas novedades. Llevada por mi instinto natural acaricié la

primera portada. Los libros son mi refugio. A ellos los trato con todo el amor que tengo para dar y que nadie reclama.
—¡Qué haces! Gabrielle, ¡despierta! Parece que esta semana te has comido tus propias neuronas.
Me mordí la lengua para no decirle las palabras que no deseaba tragarme.
—La editorial ha pagado por su espacio. No puedo permitir que una escritora independiente se escabulle en primera línea. ¡Se puede saber quién conoce a esta mujer! —dijo observando el libro primero.
Me quitó el ejemplar con los garfios de sus dedos y los amontonó en la esquina inferior de la última estantería al final del pasillo. Los chillidos del director de mi área rebotaban entre las portadas de romance ardiente.
—¡No nos pagan por hacer famosas a tontas sin talento! ¡Las editoriales son las que pagan y las que deciden! A ver si te queda claro.
El libro que el señor Harland había escondido tenía mucho más por contar que aquellos por los que la editorial había pagado la primera columna del frontal. Amaba mi trabajo y necesitaba el sueldo. Preferí callar.
Romance en Palabras es una gran librería ubicada a pocas manzanas de Union Square. Una preciosidad de más de ochenta años de antigüedad. Las estanterías altas llegan hasta el techo infinito y los lomos son palomas con el ala caída esperando ser liberadas.
Subiendo las escaleras a mano derecha se encuentra nuestra área. Portadas de color pastelón se extienden desde el suelo hasta los altos techos. No existe lectora en la ciudad de New York que no conozca nuestro edificio. En nuestra planta se respira el aroma a salitre de desamor y café con miel de reconciliación. Aquí las fantasías se convierten en realidad y el amor una esperanza al alcance de todas. Incluso las de corazones redondeados como el mío.
—¡Los independientes en el fondo! Ya lo sabes. ¡Aquí solo las grandes editoriales! ¡Esas tontas van a leer lo que yo diga!
—Y lo que la editorial pague…
—¿Cómo has dicho? —frunció su nariz de pequeñas venas estalladas.
—Dije que ahora mismo, señor Harland. Ahora mismo.
—Mejor así. Gabrielle, en este mundo sobran libros y faltan compradoras. y como bien sabes los sueldos no se pagan solos…
Calvo con frente sudorosa hasta en los días de nevada el señor Harland era el peor director de área de toda la ciudad de New York. Le importaban tanto los libros románticos como la conservación del fondo marino. El rancio de sus camisas era su *oui de toillette* habitual. El muy cretino se marchó dejándome con el deseo de empujarle escaleras abajo directo al área de historiadores pedantes.
—Perdona, ¿puedes ayudarnos?
Me acerqué con la sonrisa en los labios al imaginar a mi jefe rodando por las diferentes áreas. Estas pequeñas cuotas de maldad inocente son las que hacen que la lechuga rancia le siente como lasaña rebosante de queso derretido a mi estómago aburrido.
Moví el delantal tan absurdo que nos obligaban a vestir de un lado a otro y me acerqué feliz. Amo la literatura. Podría pasarme días enteros escondida entre hojas oscurecidas y aroma a polvo de estantería.
—Estoy para ayudar. ¿Buscan algún libro en especial?
Dos chicas de mofletes sonrosadas por la diferencia de temperatura entre el frío de la calle y la calefacción de la librería comenzaron a hablar con jovialidad contagiosa.
—¡Queremos algo emocionante! ¿Tienes algo de romance oscuro?
—¡Claro! ¿Algún título en especial?
—Algo con pasiones intensas y personajes corruptos —dijo la de pecas divertidas concentradas bajo los ojos color miel.
—Creo que podría recomendarte *Noches de Pecado de Emily J. Black*. Es bastante intenso y tiene una trama desbordante de emociones.
—¡Perfecto! Es justo lo que buscábamos.
—No sé por qué te gustan esas historias, son tan... tóxicas —la amiga de gafas de pasta roja habló mientras se aflojaba la bufanda del cuello.
—¿Tóxicas? ¡Son realistas! La vida no es un cuento de hadas. Además, esos chicos son

maravillosos —su suspiro moviendo de arriba a abajo las pecas de su nariz.
—Esas relaciones son repugnantes. No son saludables. Las chicas cada vez más sueñan con encontrar al malote traficante. Creen que el amor es degradación y control. Cada vez tenemos más índices de machismo y todo porque las muy tontas no dejan de imitar lo que leen. Por qué no disfrutar con un romance más ¿positivo? —preguntó quitándose las gafas para limpiarlas con el puño del jersey.
—Porque la vida no siempre es positiva. ¡Las relaciones son complicadas! Muchas veces la media naranja se convierte en medio melón pesado. Además, la ficción es ficción. Las chicas que buscan un novio tóxico igual a un libro se lo deberían hacer mirar. Es literatura y punto. He leído muchos libros de Stephen King y no por eso me he convertido en asesina en serie.
—¡El amor tóxico no es amor!
—Irene, necesitas soltarte la melena.
—Y tú recogértela un poco.
Ambos se pusieron a reír. Era tan interesante ver cómo la literatura reflejaba sus contrapuestas perspectivas que me quedé observando. Ambas discutían como dos ilustres en la sala marrón de la Real Academia de las letras.
—Las relaciones difíciles son las más apasionantes.
—Y muy destructivas. ¿Por qué no buscar algo que celebre el crecimiento personal y el amor sano?
Ambas me miraron con ojos saltones buscando mi opinión. Me atraganté ante la idea de ser juez en una causa en la que no tenía opinión definida.
—Hay belleza en ambas perspectivas —dije de forma conciliadora—. Al final depende de lo que cada una de nosotras busque en una historia.
—¡Exacto! La vida no es siempre de color rosa, ¿no lo crees? —dijo revoloteando sus pecas entusiasmadas con mi declaración.
—Pero no tiene que ser completamente gris. Creo que hay espacio para la esperanza y la positividad —su amiga se volvió a encajar las gafas en el puente de su naricilla respingona.
—Creo que ambas tenéis puntos de vista válidos. Las historias reflejan la complejidad de la vida. Las escritoras son capaces de convertir en ficción las grandes cuotas de realidad. Sus plumas son la barita mágica que nos envuelve y atrapa. Ellas poseen el poder de transformar la ficción en realidad y la realidad en un final con sabor a esperanza —dije convencida. Los cientos de libros que llevaba tras mi vista cansada hablaron por mi.
—¿Y no crees que esa literatura puede influenciar a las jóvenes de manera negativa? Las cifras no mienten. Cada vez crece más el machismo entre las jóvenes. Chicas que piensan que, si les prohíben salir con sus amigas, o las controlan, es porque las quieren. ¡Piensan que esa basura es amor!
—Ocultar no es enseñar. Si lo leen estarán preparadas. Deben ser ellas las que piensen por sí mismas. ¡Por favor! Es un libro. Soy joven, no idiota. Los narcotraficantes reales no me interesan. ¡Es solo una novela de romance!
—¡Entonces por qué no aprender de relaciones saludables! También se puede ser romántico y a la vez leer una historia construida en una vida llena de amor y respeto.
La conversación se detuvo mientras otras tres chicas se acercaban. Viendo que no llegaban a ninguna conclusión tuve que acelerar el proceso. Estábamos en plena tarde y la puerta no dejaba de abrirse ante nuevas lectoras entusiastas.
—Ambas tienen puntos de vista válidos —contesté cerrando la disputa—. La literatura tiene el poder de influenciar y ser una inmensa ventana a la realidad. Creo que cada lectora es diferente,

algunas encuentran consuelo en la complejidad de las historias de *Dark romance*, mientras que otras prefieren enfoques más positivos. Al final, la literatura es un mundo intenso de sabores en donde cada una de nosotras se puede sentar y disfrutar sin complejos. Si se romantiza el maltrato al final quedará en la evaluación de la lectora la última palabra. Ellas son sabias y saben lo que desean y lo que no.
—¿Y si son muy jóvenes para comprender la gravedad del tema? ¿No les estamos enseñando que las relaciones tóxicas son normales?
—La literatura es una herramienta de aprendizaje, pero también un escenario para la ilusión. Podemos discernir entre la ficción y la realidad, somos seres pensantes. Opino que forma parte de nuestra inteligencia femenina pintar nuestra portada de vida. Me gusta pensar que no somos tontas y comprendemos la diferencia entre la vida y las hojas rellenas con una buena historia.
— ¡Voy a llevarme este libro! Y se acabó.
Su amiga contestó sujetando unas quinientas páginas de puro *Dark Romance*.
—Está bien, pero no me pidas que yo lo lea —sus hombros pesados llegaban al suelo.
—Creo que tengo uno escrito exactamente para ti. Va de un amor complicado e incluso tóxico. Todo comienza mal, muy mal.
—¿Y eso me gustará?
—El protagonista comprende su error, cambia y después… ya lo verás. Te gustará su evolución. La autora no romantiza lo malo, sin embargo…
—Ese es mi libro. ¿Cómo se llama?
—Tesoro oculto de Diana Scott —dije entregándolo en mano. Los libros poseen el poder de acomodar, enseñar u ocultar. Todo dependerá de los ojos vivarachos que lean sus renglones.

Ambas se marcharon abrazando su libro cuando me puse a acomodar el resto de los recién llegados. Editoriales con pagos de publicidad, primeros. Los de autoras independientes y de escasos medios, al fondo de la pila. Cuando terminé ya eran más de las ocho. El doble turno se notaba en mis tobillos. Me senté con unas ganas locas de cenar un chuletón con patatas. Llevaba una semana con la dieta de los verdes y mi estómago crujía por algo poco sano. Abrí la mochila y el termo con licuado de apio y espinacas me echó hacia atrás. Una semana de sufrimiento y mi cuerpo seguía exactamente igual. Redondeado, con hambre y sin unos labios a los que poder besar.
Aburrida de mí misma guardé el batido y cogí *Las confesiones del señor Harrison de Elizabeth Gaskell*. Un romance que siempre me arrancaba una sonrisa a pesar de mi estómago ahuecado y mi corazón solitario.
—¿Disfrutando de la lectura? Igual la señorita desea un café con nata y dos terrones de azúcar.
Arrojé el libro por los aires. La voz pastosa y arrastrada del señor Harland me trajo al siglo actual de un tirón de mechas.
—Si deseas te puedo ofrecer el descanso permanente…
—No es necesario, señor Harland.
Necesito el trabajo. Es el único medio que tengo para ahorrar y largarme de mi casa. Aún no llego ni a la mitad de la fianza del alquiler que exigen los propietarios de una vivienda medio decente.
—Muy bien, he decidido hacer algunos cambios en la disposición de las secciones. Quiero que te encargues de ello inmediatamente.
—¿A estas horas? —dije al ver la oscuridad de la calle.
—Falta una hora para el cierre. ¿Deseas vagar hasta las nueve?

—Por supuesto que no, Sr. Harland. Lo haré en cuanto termine de mí… lo haré inmediatamente —rectifiqué al instante en que sus pómulos de manzana podrida comenzaron a incendiarse.
Crucé las piernas al caminar hacia el depósito. Ya mearía cuando el señor Harland desapareciera. Solo rogaba que no resultara ser demasiado tarde para la dignidad de mis pantalones.

Cómelo tú

Arrojé la mochila al suelo y me quité los zapatos ni bien crucé el portal. Tenía las manos entumecidas y el estómago vacío.
—¡No dejes los tacones tirados!
—No mamá —contesté dándoles una patada y escondiéndolos bajo el sofá.
A cuatro patas me acerqué a la mesa y me senté despatarrada. El mantel ocre oscuro anidaba la fuente con aroma a cielo.
—Lasaña de carne con dos salsas —. Mi hermana respondió con melosidad cremosa a mi olfato curioso. En su voz se descubría sabor picante de nuez moscada mezclados con la untuosidad de una carne jugosa.
—¡Mamá! No te olvides del batido de apio para Gabrielle.
La muy desgraciada esperó unos minutos antes de hablar. El tiempo exacto en el que mi rostro se derretía ante la fuente rebosante de dulce salsa de tomate.
—Aquí lo tienes cariño.
Una copa elegante con un líquido espeso y nauseabundo se movía de un lado a otro de forma lenta.
—¿Qué son esas cosas? —señalé con temor unos pequeños gusanos blancos que nadaban en la superficie.
—Es cebolla picada. Leí que es un estupendo quema grasa abdominal. Lo corté en trocitos pequeños para esconder el sabor picante.
Mi hermana escondió la sonrisa tras el primer bocado de lasaña. La vi tragar de forma tan lenta como su victoria. La muy desgraciada todo lo que poseía de malvada lo tenía de guapa. La genética con ella no había seguido mis pasos. Su cabellera morena caía sobre sus hombros delicados y finos hasta alcanzar su cintura de perrito chihuahua. Amanda era capaz de comer un plato de pasta, tomarse un helado de nata a los tres chocolates, cenar un bocata de chorizo y despertar con dos kilos menos. ¿Cómo lo hacía? Pues regalando su alma al diablo. Cómo iba a ser si no. Me odiaba desde que éramos pequeñas. La muy atontada a veces actuaba como si me envidiara. A la pobre, la belleza le había atontado el cerebro.
—No pienso cenar esto… —dije hundiendo los gusanos blancos de cebolla hasta el fondo y observándolos volver a reflotar cual ave fénix.
—Querida, sabes que debes cuidar tu figura. Tienes propensión a engordar y aunque ahora estás bien, no puedes despistarte.
—¿Y esto va a ayudarme?
—Ay mamá, no gastes tus buenas intenciones en esta desagradecida. Ya la conoces, seguro se metió un bocata doble de chorizo antes de llegar—. El sonido de la carcajada de Amanda resonó cual hacha volando por el aire.
—¡Eso es mentira! Hoy no he comido nada. Te lo juro mamá.
—¿Ah no? ¿Y ese cuerpazo de dónde sale? ¿Del aire?
—Eres una desgraciada…
Las lágrimas comenzaron a inundar mis pupilas. Amanda poseía esa virtud. Dos palabras de su lengua viperina y mis emociones deprimidas alcanzaban la luz.
—Por favor, no discutan. Cariño, sabes perfectamente que a tu hermana le cuesta mucho adelgazar. Lamentablemente sacó la contextura física de su padre.
La explicación terminó de hundirme. En mi casa todo lo malo venía del ala de mi padre. Ese ser que un día fue a por refrescos y se le olvidó el camino de regreso.

La primera cuchara se volvió zumo de ciénaga en mi garganta. Cada sorbo parecía ser una confirmación de las expectativas no cumplidas. Una sentencia silenciosa de que mi figura era un obstáculo para el afecto y la aceptación. Incluso el de mi madre.
—Deberías probar un poco de fruta, Gabrielle. Te hará bien. He leído que las manzanas no tienen tanta azúcar y son diuréticas.
—No te esfuerces mamá. Gabrielle siempre será así. Parece que le gusta ser un tonel con patas.
—¡No soy un tonel!
—Cariño, no digas esas cosas. Tu hermana es anchita. Solo eso.
La defensa de mi madre consiguió terminar de herirme y hundirme. Ella nunca decía lo guapa que era tal cual era. Tampoco decía que mi inteligencia era digna de mención. Ella relacionaba mis defectos con la talla de mis pantalones. Para mi madre yo representaba lo malo de mi padre. Amanda era todo lo adorable de su perfecta familia.
Sin decir palabra tragué el batido de la muerte y mastiqué los gusanos de cebolla.
Me retiré dejando atrás la mesa en la que no encajaba. La sensación de soledad me envolvía mientras, como una sombra, cerraba suavemente la puerta de mi habitación. No tenía fuerzas para rebeldías, mucho menos para portazos.
Las lágrimas que había contenido como pude durante la cena finalmente encontraron su camino en mis redondeadas mejillas. Entre las sábanas me permití llorar en silencio sintiendo el peso de las expectativas insatisfechas. El cuarto, antes mi santuario, se convirtió en el escenario de mi propia tragedia. Y mientras la noche avanzaba las páginas de mi vida parecían más oscuras, un capítulo de esos Dark Romances que nunca encontraría su final feliz.
Las paredes se cerraban y el aire se tensaba. La habitación, cárcel de expectativas y críticas, se volvía cada vez más insoportable. Las cadenas me arrastraban al fondo del río fangoso. Con determinación me puse a caminar buscando consuelo, aunque más no fuera una gota escondida por encima del armario. El espejo estaba justo delante. Con mucho enfado estiré la camiseta hacia abajo tratando de hacerla más ancha y ocultando a mis curvas la pena que oprimía en mi pecho.
Mi cuerpo no me quería, yo tampoco a él.
¿Cuántas lágrimas tendré que derramar antes de ser la mujer esperada?
El aire en la habitación parecía más denso. Su peso cargaba todos los suspiros no expresados. Me acerqué a los cajones y con determinación comencé a recolectar algunas prendas, esas que realmente me hacían sentir cómoda y libre. E incluso, en algunas circunstancias especiales, hasta guapa.
Las arrojé de cualquier forma.
Cada día me arrastraba hacia una oscuridad más profunda. Necesitaba liberarme y encontrar mi propio camino.
Con movimientos exasperados llené una mochila de excursiones largas.
Mis pensamientos resonaron en el silencio de la habitación como un lamento que finalmente encontraba sus propias palabras de consuelo.
Esperé a que la oscuridad prendiera en toda la casa y atravesé el umbral de mi habitación con un suspiro liberador y las puntas de los dedos de los pies temerosos. Los ecos de la conversación mordaz de la cena aún resonaban en mis oídos.
Mi madre era buena, pero débil. Ella aún soportaba sus propios fantasmas del pasado. Mi padre se había marchado con una compañera de trabajo y abandonando a dos niñas pequeñas. Según dijo había encontrado al amor de su vida. La pena era que su encuentro había resultado nuestra pérdida. Mis labios de niña de cinco años le dieron un beso antes de marcharse por la puerta.

Jamás lo volví a ver.
Y de mi hermana, qué podría decir de Amanda, llamarla víbora sería ofender a los cariñosos reptiles.
El frío de la calle me golpeó el rostro. Di dos vueltas a mi bufanda y me calcé el gorro hasta las orejas. La noche gélida era mil veces más reconfortante que la falta de cariño que inundaba mi hogar. Con lágrimas en los ojos caminé, y casi sin saberlo, apoyé la mochila en el suelo frente al único portal cuya dirección conocía de memoria.

A dónde llegue

—¿Puedo pasar?
—¡Vaya sorpresa! ¿Qué hora es?
Oliver se quitaba los cascos de la cabeza mientras me permitía el paso a su casa. El departamento era diminuto pero confortable. El calor de la calefacción y el aroma a café recién hecho me hicieron sentir como en casa. Qué digo como en casa. ¡Mejor que en casa! En compañía de Oli siempre todo siempre era mejor.
—¿Estabas jugando? Te he interrumpido. Lo siento.
El ordenador estaba encendido y unas luces de colores se iluminaban marcando puntos de una partida.
—Iba ganando. Pero puedo volver a ganarles más tarde —dijo apoyando los cascos junto al teclado.
—Necesito un refugio —dije sin preámbulos.
Oliver abrió la puerta permitiendo que yo ingresara a su santuario de soltero. Una luz tenue proveniente de las pantallas de su computadora indicaba que la partida no estaba ni mucho menos acabada.
—No deseo molestar. Si deseas puedo regresar mañana.
—No seas tonta, dame un minuto —dijo poniéndose los cascos nuevamente y hablando hacia un micrófono fino y largo que le rozaba los labios —. Chicos, me tengo que ir. Sí, lo siento. No, no puedo. Adiós.
Escuché sus mil excusas y me sentí igual a una hormiga pisoteada. No solo era mala para mí sino también para mis amigos. Quiero decir mi amigo. Oli es mi único amigo. Ambos estudiamos juntos filología y letras. Él nunca me juzgó, siempre estuvo a mi lado. Incluso en esos momentos en los que yo misma me hubiese abandonado. Oli nunca pareció ver en mi físico ningún detalle detestable, y eso que tengo el tamaño como para dejarlos bien evidentes.
—Estás empapada. Deberías quitarte esa ropa mojada.
—Vine en metro. Se puso a llover a mitad de camino y no tenía paraguas.
Mis explicaciones a medias intentaban decir que la estación que se encontraba a quince minutos andando, fue la distancia suficiente para hacerme llegar calada hasta los huesos. Sacudí las capas húmedas de mi abrigo mientras Oliver me alcanzaba una toalla.
—Eres un niño grande —dije al ver las dos pantallas encendidas.
—Sí, bueno, he estado enganchado a "El Reino de los Sueños". Es un juego de rol en línea. Un escape perfecto después de un día duro de trabajo.
Oli, a diferencia de mí, había conseguido un trabajo perfecto en una multinacional como generador y corrector de contenidos. Mientras hablaba, se apresuró a preparar una taza de té caliente con limón. Conocía perfectamente mis gustos. A veces mejor que yo misma.
Envuelta en la calidez de la taza me dejé llevar por el ambiente acogedor. El apartamento de Oliver era sencillo, con toques de nerd y un desorden controlado que revelaba la vida de un joven soltero. En la sala, una colección de cómics, atestaban las estanterías.
—Este lugar sigue siendo un refugio friki. Así nunca convencerás a ninguna chica para quedarse a tu lado.
—Imagino que tendrán que quererme tal cual soy. Feo desde todos los puntos de vista.
Ambos reímos a la vez. Oli distaba mucho de ser feo. Sus cabellos eran indomables de un castaño brillante. Sus ojos avellana brillantes eran capaces de traspasar esas finas gafas que a veces usaba para leer, o cómo seguro era este caso, cuando se encontraba agotado después de

todo un día de trabajo y juegos de ordenador.
—Tú no eres feo… y lo sabes —contesté sorbiendo el té caliente que conseguía calmar mi tiritar de huesos.
Oli era guapo. Y mucho. El hombre ideal para cualquier chica que no se considerase tonta.
—¿Por qué decidiste aparecer tan tarde? ¿Qué ha pasado?
Tragué lentamente y apoyé la taza en mis piernas antes de comenzar a hablar.
—Necesitaba salir de allí. No podía soportarlo más. Mi madre, Amanda... Ya las conoces. Creo que no tengo fuerzas para seguir con mi vida. Yo solo quería volver a respirar. Sentir que tiene algún sentido seguir viviendo.
Oliver me dio una mirada comprensiva mientras se sentaba en el sofá a mi lado y tomaba mi mano. Conocía muy bien mi historia. Hija de padre ausente, madre insegura, y hermana zorrón eran una combinación perfectamente desastrosa para mi autoestima mal alimentada.
—¿Necesitas hablar? Sabes que estoy para ti siempre que quieras.
—Hoy no tengo fuerzas.
Vestido con una camiseta nerd, jeans desgastados, y descalzó, se limitó a acariciar mis dedos y darme su minuto de silenciosa comprensión.
—Puedes quedarte todo el tiempo que necesites. Siempre serás bienvenida. Y, por cierto, ¿quieres una camiseta seca? Pareces que podrías necesitar una.
Asentí sin casi moverme. Me sentía congelada, pero feliz de estar a su lado. Oli era la primera cara amable en mucho tiempo. Llevaba semanas sin verlo. El trabajo lo tenía totalmente absorbido y yo lo extrañaba terriblemente, aunque jamás se lo dijera. No deseaba ser la amiga pesada e incomprensiva. Solo me faltaba perderlo también a él.
—Ponte esta. Seguro te va grande, pero es de algodón grueso y no pasarás frío. Iré a por una manta.
Me sonreía sin ganas. Oli era un inocente si creía que su camiseta me iría… anda, igual me queda algo suelta…
Aproveché la soledad de la sala para apresurarme a quitarme los vaqueros y ponerme un pantalón de chándal que saqué de mi mochila. El alivio fue inmediato. La casa y la camiseta olían a Oli. Su perfume era aroma de madera sólida y amistad. Él llegó nuevamente a la sala a los pocos minutos y con una manta que envolvió sobre mis hombros.
—Gracias. Tu casa es preciosa.
—No tienes que hacerme la pelota. Sabes que no necesitas invitación. Puedes quedarte.
—Igual me lleva unos meses poder mudarme…
—Estaré encantado de tenerte todo el tiempo que necesites.
El calor del té y del hogar comenzaron a calentar mis músculos y mi corazón.
—No puedes imaginar lo mucho que te lo agradezco. Eres el mejor amigo del mundo.
—Por supuesto que lo soy, ahora dame esa mochila. Te dejaré unos cajones libres en mi cuarto.
—De eso nada. Dormiré en el salón. El sofá cama es de lo más confortable.
—Estarás más cómoda en mi cama. Además, yo duermo poco.
—O duermo en la sala o no me quedo. Demasiado tienes con soportar mi presencia como para dejarme tu habitación. O duermo en el sofá o me marcho.
Sus gafas se movieron nerviosas y en ese preciso momento supe que había ganado.
Cuando Oli se ponía nervioso movía el dedo índice en el puente de sus gafas. Eran de un cristal tan fino que apenas se apreciaban. Era un gesto que solo conocía yo. Él decía que no era cierto, pero sí que lo era. Y era nuestro secreto. Oliver no tenía padres y su hermano vivía en Noruega. Nadie lo conocía mejor que su mejor amiga. Y esa era yo.

Él siempre estaba dispuesto a escuchar. Nunca me juzgaba por mi físico ni por nada. No necesité explicar el dolor que me llevó hasta allí, simplemente me entendía.
Oliver llevaba tiempo siendo mi faro en la tormenta, y en este pequeño rincón de su vida, encontré un refugio donde las críticas y las expectativas no podían alcanzarme. Su amistad era el bálsamo para curar las heridas.
El sonido de la lluvia golpeando suavemente las ventanas acompañaba nuestra conversación suave.
—¿En qué piensas?
—En ti y en lo buen amigo que eres.
—Déjate de halagos, no pienso echarte —dijo divertido mientras atrevida le saqué la lengua—. Aquí tienes más mantas. Me voy a la cama. Es tarde y mañana tengo un día complicado. ¿Estás segura de que estarás bien en ese sofá?
—Por supuesto. ¿No te quedas a jugar? No tengo sueño, si quieres puedes terminar la partida. A mi no me molesta —dije al ver que las pantallas de juego se encontraban en lo que a partir de ese momento sería mi nueva habitación.
—Buenas noches, Belle.
—Oli, gracias. ¡Eres el mejor amigo del mundo!
—Lo soy viernes. Lo soy.
Sus palabras divertidas se encerraron tras la puerta de su habitación.
Me hice un ovillo y me enredé en las mantas. Hacía tiempo que no sentía un calor tan agradable rodeando a mi cuerpo.
—Buenas noches Oli.
Oli comenzó a llamarme viernes a las pocas semanas de conocerme. Él decía que yo era su viernes. Tenerme cerca lo hacía sentir entusiasmado y feliz como el comienzo de un fin de semana. La primera vez que me lo dijo me dejó perpleja. Hoy en día me causa diversión. Era un juego secreto nuestro y me encantaba. Muchas chicas de la clase en la universidad se molestaban por no saber de qué hablábamos, pero Oli nunca se molestó en explicarse, y yo tampoco.

Espagueti solitario

¡Los derechos laborales son parte de la constitución! Estoy segura de ello.
Estaba dispuesta a buscar en el móvil el número del artículo y refregárselo por la cara si no fuera porque mi móvil estaba en mi bolso, y mi bolso al otro lado de la sala.
—¿Por qué haces esas muecas?
—Por nada señor Harland.
Escondí las manos en el bolsillo del mandil verde y amarillo con el dedo palabrota apuntando directamente hacia su entrecejo. Torciendo el rostro hacia la izquierda me escaneó de arriba a abajo antes de entregarme una pila inmensa de libretas con anotaciones.
—Son diarios de lectura romántica. A esas petardas les encanta. Ponlos en uno de los puntos calientes.
Las zonas calientes eran las patatas fritas de las ventas rápidas. En un mueble de madera tallada a mitad de paso de todo representaban una atracción imposible de ignorar. Lectora que pasara por allí terminaba comprando. Una libreta, un señalador, una luz de libro plana. Todo lo que allí se depositara se vendía como un tiro.
—Las *romantic readers* compran lo que tiene valor —contesté aceptando las libretas y rechazando una vez más su total falta de respeto hacia ese público del cual yo también soy partícipe.
—¿Las *romantic readers*? Por favor. ¿Así se hacen llamar? No me hagas reír. El misterio, la ciencia ficción o los archivos históricos, esas sí son lecturas de calidad. Esos folletines los utilizaría yo para encender la chimenea —dijo apuñalando con el dedo una portada con un corazón grande y rosa.
—Señor Harland, si me permite preguntar, ¿por qué es director de un área que desprecia?
—Por dinero chiquilla. Por dinero. ¿Por qué lo haces tú?
La voz se perdió por los pasillos sin esperar mi respuesta.
—Porque adoro la lectura y en especial el género romántico —dije sin ser escuchada y mientras mis dedos acomodan la pila de libros—. Porque las historias de romance me ilusionan. Porque al ver a esas protagonistas sin límites me ayuda a creer que alguna vez yo también pueda sentirme tan valiente como ellas. Porque cambiaría el total de mi mundo por cinco minutos de la vida de amor que encierra un libro…
—¡Viernes! —La mano de Oli tironeó mis cabellos por detrás.
—Cuándo vas a dejar de hacer eso —dije asustada al haber sido sorprendida por la espalda.
El primer día de clase en la universidad me senté en primera línea. Me encontraba sola con una carpeta cargada de folios, un bolígrafo azul, otro rojo y uno verde. Los tres en perfecta hilera esperando a que el profesor llegara. Atenta para tomar apuntes de gramática normativa no pude ver cuando un chico de cabellos revueltos y ojos vivarachos pidió se sentó junto a mí, no sin antes darme un susto de muerte por la espalda. Lo miré como si estuviera mal de la cabeza, pero él ni se inmutó.
Siéntate si quieres, le contesté con una descortesía propia de una chica cansada de defenderse de las miradas recriminatorias. He de reconocer que me esperaba una picaresca de esas tales como: *pensé que no entrabamos*, u otra cómo: *Es que lo ocupas tooooooodo*. Sin embargo, él no demostró más que simpatía. Simplemente se limitó a sonreír de forma agradable. Me llamo Oliver, dijo mientras habría su carpeta de papeles sueltos pintarrajeados con dibujos de espadas y dragones. No paró de hablar hasta que el profesor tuvo que regañarlo. He de reconocer que su mirada pícara y su sonrisa oculta me causaron mucha gracia. A los pocos minutos de

presentarnos el profesor nos hizo sacar una hoja. Nos tomaba un examen sorpresa. ¡El primer día! Antes de entregar su hoja Oliver tironeó de mis cabellos y dijo, ¡suerte para mí! Al girarme para decirle cuatro cosas bien dichas me miró con las pupilas brillantes de diversión. Eres mi talismán, dijo y se marchó. Así. Sin más.
Desde ese día fuimos compañeros de estudio.
Hoy, Oliver, es mi mejor amigo y la única persona que no me juzga. No imagino un día de ganas de vivir sin que Oliver no forme parte de ella.
—O acabas con esa tontería o me dejas calva. Y es lo poco que le falta a mi cuerpo para ser despreciable del todo.
Acariciarme el cuero cabelludo era parte de nuestra interpretación diaria. Él decía esa tontería del talismán y yo lo regañaba.
—Eres preciosa y, además, calva estarías insultante —dijo lanzándome un guiño de ojos picante y atrevido.
—Déjate de pamplinas y dime qué haces aquí.
Me puse a caminar después de cargarle los brazos con la mitad de las agendas para que me ayudara a transportarlas. Oli las sujetó y me acompañó a la estantería del eje central.
—Tengo algo planeado. Y es contigo.
—Imposible. Aún me quedan todas estas cajas por acomodar —contesté señalando dos columnas hasta el techo—. Hoy no saldré hasta después de las diez.
—¡Es tu día libre! Además, ya son más de las ocho —dijo soltando los libros sin el menor cuidado.
—Horas extras.
—Tienes que descansar. No puedes trabajar veinte horas al día.
—Sí quiero dejar de ser una okupa, sí.
—Tú no eres ningún okupa. Vamos.
Su mano sujetó la mía con vehemencia y me llevó a rastras hacia la salida.
—¡No puedo!
Oliver comenzó a empujarme por la espalda y la carcajada venció mi autodeterminación.
—Está bien. Está bien… Al menos espera que me quite el delantal.
Mis compañeras de la zona de cocina nos observaban con la nariz fruncida. Oli les contestó con una sonrisa tan amplia que las hizo ponerse rojas como dos ciruelas. Él no era el guapo de las novelas, sin embargo, las chicas siempre terminaban deseando que les pidiera su teléfono. Cuando estudiábamos algunas solían acercarse para pedirle apuntes y terminaban suspirando sobre sus escritos. Hubo incluso una vez en la que la rubita de piernas largas de la clase de Teoría y estructura de géneros literarios le pidió ayuda con una sonrisa de esas que no invitan exactamente a estudiar. Salieron un par de veces, y hasta creo que hubo revolcón, y pesar de que lo interrogué hasta la saciedad jamás pude arrancarle ni un pedacito de chisme.
—Vamos, Belle, necesitas un descanso. Y lo que tengo en mente te va a encantar.
No pude evitar emocionarme ante la inesperada aventura que se avecinaba. Oliver era un genio de los imprevistos. Y el único que se preocupaba por arrancarme una sonrisa… Amigos como él eran de los que cuando lo conocías rogabas por nunca perder.
—Vamos a una exposición —dijo llevándome de la mano por la Cuarta Avenida iluminada por las farolas altas hasta el cielo.
—Nop —dijo aferrando su mano a mis dedos.
Sin darnos cuenta llegamos a la quince que une Broadway y Park Avenue. Y no muy lejos de allí un chico de lo más sonriente nos entregó unos cascos y unos patines ante una improvisada pista

de hielo.
—¿Qué es esto?
—Patines —dijo mientras me empujaba hacia un banco de madera.
—¡Yo no sé patinar sobre hielo!
—No sabías patinar sobre hielo. Eso va a cambiar a partir de ahora.
—Ni lo sueñes. No tengo ganas de matarme.
—No vas a hacerlo. No pienso soltarte. Vamos, Belle, va a ser divertido.
—Yo me voy…
—De eso nada.
Oliver me quitó una zapatilla y comenzó a ponerme un patín ante mi absoluta perplejidad y la sonrisa del profesor. Era la imagen exacta de la cenicienta, pero con un zapato de cuchillas.
—No pienso subirme a estas cosas —dije elevando mis pies calzados de botas horrendas—. ¡Mira! Todo el mundo se está riendo de mí.
—Ríen porque se lo están pasando bien. Nadie nos mira a nosotros.
—No dije nosotros. Dije a mí…
—Nadie te mira a ti. Debes dejar de pensar en esas tonterías. Ahora dame tu mano.
Observé de reojo y me callé al instante. Oli tenía razón, nadie se fijaba en lo ridícula que yo estaba. Estaban demasiado preocupados en mantener su vida.
—Vamos. Sostente en mí. Yo no te soltaré. Te lo prometo.
Una madre sujetaba los brazos de su hija como si fuera un Koala y ambas se reían con tanta fuerza que se les retorcía el estómago.
Alentada por la indiferencia de los demás me sujeté a Oli como si no existiera un mañana. Las rodillas me bailaban borrachas.
—No me sueltes. Estoy ridícula. Después de esto te mato.
—Belle, eres perfecta. Te adoro.
—Lo dices porque eres mi mejor amigo.
—Lo digo porque es verdad.
Mis pies comenzaron a abrirse para los lados como bailarina clásica y dejé de escuchar sus mentiras. Demasiado tenía con conservar la dignidad. Y la vida.
Comenzaba a coger algo de valor cuando mi cadera se puso a bailar el Baile del Sambito. Intentando no poner culo en tierra busqué un punto de equilibrio en los brazos de un Oli que tampoco parecía demasiado estable. Ambos nos trenzamos en improvisado tango descoordinado. Cuando nuestras plantas ya no aguantaron el equilibrio nuestro vaivén provocó que cayéramos directo al suelo. De culo y sin airbags.
Nuestras quejas acariciándonos el pompis provocó que nos diéramos unos buenos revolcones en el suelo antes de poder levantarnos con cierta dignidad. Patinamos y nos derrumbamos hasta que mis rodillas y mi culo suplicaron clemencia. Después de llorar con lágrimas de dignidad herida, y carcajadas interminables, entregamos los patines al encargado del alquiler en el momento exacto en el que empezó a caer un aguacero bíblico.
—¡Llueve! —Chilló Oli cubriéndonos las cabezas con la parte superior de su abrigo— ¿Recuerdas cómo solíamos ir en busca del autobús cuando nos pillaba la lluvia después de clase?
—¡El asiento libre es mío! —Grité recordando el momento de cuando éramos estudiantes y escondimos los libros entre el abrigo para que no se mojara antes de salir disparados.
—¡De eso nada!
Las piernas largas de Oli se pusieron a correr con tanta velocidad que ambos llegamos a la vez. En la parada ambos estábamos empapados hasta los huesos y embarrados hasta las rodillas.

Cualquiera que conociera a Oli sabía que me empujaría hasta que ambos cayéramos dentro de un terrible charco.
—¡No puedo creer que me hicieras esto! —dije viendo el líquido viscoso correr por mis vaqueros.
—La vida está llena de sorpresas, Belle. ¡Vamos! Allí está el nuestro. ¡Sube al autobús!
El trayecto a la casa se convirtió en una travesía de risas compartidas y anécdotas recordadas. La tarde magnífica que Oliver había planeado se convirtió en un recuerdo imborrable. Al entrar en el apartamento la risa resonaba tronadora. Empapados por la lluvia corrimos a por ropa seca. La cena que Oliver había planeado se transformó en un momento incómodo. Y todos gracias a mí.
En la pequeña cocina sacó una caja de pizza del congelador y la puso a calentar en el horno llenando el aire con el delicioso aroma de queso y tomate. Y de harina... Uno de mis prohibidos. A pesar de su insistencia me mostré reacia a cometer el pecado. Puede que no adelgazara, pero al menos no sumaría números a la báscula.
—No aceptaré un no como respuesta. Esta vez no. Te aseguro que la pizza está deliciosa y vas a probarla.
Con determinación sirvió dos porciones en los platos y los llevó hacia la mesa del comedor.
—Sabes que no puedo. Es harina blanca.
—¡¿Y qué?!
—No puedo comer harina.
—¿Te lo prohíbe tu religión?
—son carbohidratos de almidón.
—Lo siento, soy de letras —contestó molesto —. Dime una cosa, ¿te la has pasado bien patinando?
—Ha estado genial. Gracias.
—Entonces vamos a terminar la noche como yo diga. Belle… tienes un cuerpo maravilloso. Eres preciosa. Y no lo digo solo por tu rostro, toda tú mereces la pena. En lo físico y en lo personal. No eres un espagueti ¡y qué! Por Dios santo. Dejas que todos opinen sobre lo que solo tú tienes derecho. Ahora vas a sentarte a mi lado y disfrutar de esta maravillosa pizza porque yo quiero y tú lo deseas.
—Pero…
—Dime, ¿te gusta la pizza?
—Me encanta.
—Entonces vamos a disfrutarla juntos.
—Pero mi madre dice que si corto el ayuno de harinas me…
—¡No estás deforme! Maldita sea Belle. ¡Mírate al espejo!
—¡No! Por favor, no lo hagas.
Las lágrimas comenzaron a aglutinarse en mis pupilas. Hablar de mi peso era demasiado traumante como para hacerlo con Oli y delante de un espejo.
—Cariño, posees unas curvas en las que muchos hombres estarían encantados de marearse. El mundo no te exige que seas un fideo, eres tú la que insiste en serlo.
—Ellos murmuran…
—¡Pues que se mueran ahogados con su propio veneno!
—Me voy a la cama. Estoy cansada.
—Belle…
—Buenas noches.

Esperé en el baño hasta escuchar que apagaba las luces y cerraba la puerta de su habitación. Mis ojos cristalinos por las emociones contenidas se reservaron el derecho a gemir. Había tenido un día precioso y yo misma lo había estropeado. Me miré en el espejo del lavabo solo de cintura para arriba. Mis pechos superaban con creces la talla ochenta y cinco de mi hermana. Mi rostro era redondeado y mis manos… qué importaban mis manos. A los chicos solo les interesan las cinturitas de avispa. Oli se equivocaba. Al amor no le gustaba perderse en una conversación inteligente ni marearse en unas curvas pronunciadas. Los sentimientos compartidos solo se presentaban a las altas de formato espagueti, si no, ¿por qué con seguía siendo virgen?
Me senté en la tapa del váter y me puse a llorar ahogada en el silencio de mi cuerpo vergonzante.

Tooodo lo que necesites

La luz de la noche no me trajo la calma ni el descanso. El sofá cama no me acogía tan cariñoso como las noches anteriores. ¿Cómo pude ser tan desagradecida? Yo y mis complejos consiguieron estropearlo todo. En el mundo los hombres eran hombres. Todos menos Oli. Él siempre fue único. La mujer que se llevase su amor sería una diosa de la fortuna.
Oli fue la primera persona a la que le conté que me sentía diferente, que mi cuerpo me hacía sentir inferior a las demás. A él le hablaba de moda y de lo mal que me sentaban las prendas con lycra. En sus hombros lloré por el milagro de las dietas que nunca se cumplían. Él era mi paño de lágrimas y el beso tierno que siempre recibía en la frente como premio consolación. Qué chica maravillosa sería aquella que consiguiera ganar su corazón…
Cuando sepas mirar descubrirás que estás rodeada de amor, decía entristecido. Si supiera que cuando miro no veo más que risas y faltas de respeto. Risas ocultas bajo palmas abiertas mientras inspeccionaban el grosor de mis rodillas con sus vistas de juez insensible. Faltas de respeto hacia una chica a la que ni siquiera conocían.
Agotada de no poder conciliar el sueño me acerqué al baño y abrí la ducha dejando que el agua templada corriera hasta hacer vapor. Era un día frío por fuera, y por dentro.
Me quité la ropa, pero antes de meterme en la ducha, y con un valor sobrehumano, decidí mirarme al espejo tal cual Oli me lo había pedido la noche anterior. Mi reflejo me disgustaba, e incluso, muchas veces, me hacía caer al suelo con los ojos cargados de lágrimas.
Oli no dejaba de decir que era una mujer hermosa y que debería empezar a creer en mí. Durante mucho tiempo me negué a creerle convenciéndome a mí misma de que solo estaba siendo amigable, pero, él insistía con que era guapa. Mi melena no estaba mal, y mi rostro, aunque redondeado, no era desagradable, pensé intentando consolarme. Mis pechos podían ser exuberantes, pero no carecían de firmeza. Y entonces fue cuando llegué a mi cintura y mis piernas. Las acaricié intentando encontrar algo que me hiciera amarlas. Y mientras me examinaba acaricié suavemente mi piel, que según me había asegurado Oli, decía que era suave como el césped en verano.
Bajé la mano y descubrí que a pesar de mi talle amplio tenía un estómago plano. Tantas horas de caminata para ahorrar no habían resultado en vano. En el colegio llegué incluso a apuntarme a atletismo. Una vez llegué segunda en el campeonato interregional. Ni el entrenador se lo creía. Por supuesto mi madre no pudo ir a la entrega de premios, y Amanda se rio diciendo que había ganado porque las chicas temían al elefante que las perseguía. El elefante era yo. Amanda siempre que habría su boca era para hacerme daño. Oli decía que me tenía envidia, menuda tontería, yo era la gorda y ella la guapa.
Cerré los ojos, aunque no del todo. Tenía miedo de despertar y dejar de imaginarme como la protagonista de una novela de romance. Esa que era amada por encima de los problemas, la familia o… de su propio cuerpo.
Algo dentro de mí me forzó a abrirlos. Mi trasero desnudo era grande, pero bien redondeado. Giré para observarle mejor. Sorprendida ante el descubrimiento examiné mis piernas que, en opinión de Oli, eran mi mejor característica. Eran proporcionadas y no demasiado cortas. Y mi piel era blanca y sin ninguna mancha.
Sujeté mis labios para no reír como una tonta. Era la primera vez que los cumplidos de Oli me arrancaban un sonrojo tímido. Por unos minutos me dejé llevar creyendo que los halagos eran verdaderos y las medidas no importaban…

El agua caliente chorreando por mi espalda se sintió como el mejor bálsamo reparador. Los potentes chorros de agua masajearon mi cuello relajando instantáneamente mis músculos entumecidos. Me puse un par de guantes exfoliantes y comencé a frotar con delicadeza. Si no era perfecta con lo que tenía al menos mejoraría lo disponible.
Mi mente se sintió encantada con el contacto cariñoso. Terminando la mitad superior levanté la pierna derecha para poder frotar el muslo y las espinillas. Luego hice lo mismo con la pierna izquierda mientras me llevaba las manos al rostro. Accidentalmente mis dedos tropezaron con el pezón derecho. El guante áspero provocó un escalofrío frío y salvaje que me recorrió la piel al completo. Ambos pezones estaban erectos debido al chorro de agua templada que los hacía bastante sensibles. La aspereza ante el contacto de la esponja no hizo otra cosa que incrementar la sensación de disfrute. Sin pensarlo hice algo impensable para mí.
Suavemente arrastré el guante áspero entre mis piernas y lo acerqué a mis labios vírgenes. El acercamiento fue lento y delicado.
La sensación incomparable.
El calor del agua, el tacto de la esponja áspera junto a mi piel inexplorada…
Valiente arrojé el guante exfoliante al suelo y comencé a acariciarme lentamente. Piel desnuda contra piel excitada. Antes me había masturbado, no era nueva en el tema, pero jamás en la ducha bajo el agua caliente. Y mucho menos bajo el techo de un hogar en el que me sentía querida y valorada.
Como una actriz traviesa de película porno cerré los ojos e imaginé en los dedos a un chico sin rostro. Uno que me amaba más allá de mis inseguridades. Uno que no se cansaba de decirme lo bella que era. Él me llevaba a un sitio oscuro dentro de un parque florecido. Enamorado me besó hasta que la noche y… Belle…
—¡Oli!
Mis manos me cayeron a los lados y el orgasmo murió antes de nacer.
¡Por qué había dicho eso! ¡Mi amigo! ¡Mi mejor amigo! ¡Mi único amigo!
Salí de la ducha, me sequé con una toalla suave y me puse el pijama.
La mayor parte de mi ropa eran pantalones holgados y camisas sueltas, por lo que mi pijama noche no iba a ser diferente.
Rebuscando por unos calcetines me di cuenta de que tenía escondido en el fondo de la mochila un camisón corto de tirantes semitransparentes. Lo había comprado por internet a escondidas. Jamás me lo había puesto. Esa noche especial jamás llegó. ¿Por qué lo había metido en la bolsa? ¡Y yo que sé! Eran tantos los nervios antes de abandonar la casa de mi madre que apenas recordaba nada.
—¡Qué diablos!
Estiré el camisón y la voz del duende malévolo me dijo, ¿y por qué no?
Estaba sola en la sala. Oli estaba en su habitación roncando con la puerta cerrada. Seguramente se encontraría en el quinto sueño.
Sin hacer caso a mi pudor me lo puse. No me molesté en ponerme braguitas.
Agaché la vista y tuve que apretarme la boca para no chillar. ¡Estaba loca! ¡Rematadamente loca! Pero me sentía tan sexy que no pude evitar moverme sobre mis pies descalzos. Me puse a girar como niña con un vestido de amplios volantes. Cuántas ganas tenía de sentirme especial.
Sonreí con el mayor atrevimiento. Me pasé las manos por los senos con lentitud. Deslicé las manos debajo de la tela y sentí la suave piel de mi estómago. Agarré la cintura de la falda y lentamente la levanté. Allí, en mitad de la sala de Oli, me sentí una Okupa atrevida. ¡Y por Dios! Que bien sentaba.

Aún me sentía ardiente por la ducha interrumpida. Levantando el dobladillo más alto y revelando cada vez más mis suaves piernas seguí tirando hasta que el dobladillo estuvo sólo unos centímetros por debajo de mi trasero desnudo. Mientras jugaba con mi camisón noté que mis pezones sobresalían. Me sorprendí a mi misma. Nunca creí que usar ropa atrevida podría hacerme sentir tan sexual. Caminé por la pequeña sala balanceando mis caderas de un lado a otro de forma juguetona. Como una modelo que se siente observada y deseada.

Lentamente me dejé caer, y cuando lo hice, mi camisón se levantó aún más. Me recosté y levanté los pies sobre el sofá cama. Las sábanas estaban cálidas. Con las rodillas abiertas mi zona púbica quedó completamente expuesta. Bajé los ojos y me miré atrevida. La falda corta que se había hecho aún más corta parecía más bien un cinturón grueso cubriendo la parte inferior de mi estómago.

Verme a mí misma me provocó emoción. ¿Por qué nadie me quería? Y lo que era peor, ¿por qué yo no estaba sintiendo repulsión?

Puse las manos sobre mis rodillas y lentamente acaricié mis piernas hasta los muslos bellamente expuestos. El suave toque de las manos recorrió la tersa parte interna de mis muslos. Desde las primeras veces que me toqué íntimamente en mi dormitorio, cuando era adolescente, no había acariciado mi piel de una manera tan lenta y deliberada como en ese momento. Sintiendo cada curva de mi cuerpo pasé seductoramente las manos por cada centímetro de la parte interna de los muslos explorándome con intriga.

Aparté una mano y la pasé por debajo del delicado material del camisón. Al hacerlo la tela se movió sobre los pezones completamente erectos y sensibles haciéndome jadear. ¿Sería esto lo que se sentía al hacer el amor con alguien deseado?

Acaricié suavemente el seno izquierdo buscando sentirme como esa mujer amada y adorada. Sin poder esperar más arrastré la otra mano entre las piernas. Luego, usando las yemas de los dedos índice y medio, acaricié los dulces y sedosos labios de mi húmedo coño. Cambiando de uno a otro amasé suavemente la carne de mis pechos. La respiración se hizo más superficial a medida que la excitación crecía. Pronto comencé a sentir la necesidad de penetrarme a mi misma. Los jugos continuaron fluyendo, lubricando la entrada de mi redondeado y joven cuerpo. Con temor dejé que los dedos jugueteasen antes de comenzar a hundirse con cuidado en mi entrada.

Después de todo era una virgen consumada. De repente, y cuando estaba dispuesta a perder la virginidad con mis propias herramientas, volví a la tierra. El sonido de cuatro o cinco pisadas se escuchó en la habitación a oscuras.

Mis pezones estaban erguidos y orgullosos empujando contra la delgada tela de un camisón que mostraba más de lo que debería ninguna tela decente. Rápidamente traté de arreglarme intentando no parecer tan cachonda. ¡No había tiempo para buscar ropa interior! Tendría que simplemente asumir la situación.

Me arreglé la falda como pude y traté de no entrar en pánico. Alise mi cabello como si nada. Las manos me temblaban.

—Yo creí. Pensé que… tenía sed. Olvidé la botella de agua en la...

—Tranquilo. ¡Cómo si fuera tu casa! —contesté con demasiado énfasis.

Oliver estaba congelado. Sus ojos brillaban como gato en mitad de la noche.

—Yo… No esperaba. No sabía que… No imaginé que. ¿Ese es un camisón?

—Sí, bueno, pensé que podría tener una noche diferente. Ya sabes.

Una risa nerviosa escapó de mis labios. La broma no había tenido efecto. Oliver seguía mudo y congelado. Sintiendo el calor subir a mis mejillas decidí cubrirme con los brazos y huir al servicio. Otra vez.

Cerré la puerta con traba y me senté en la taza del váter. ¿En qué estaba pensando? ¿Cómo se me ocurrió decir aquello? ¡Qué he hecho!
—Belle, ¿qué acaba de pasar? —se escuchó al otro lado
Después de unos momentos de falta de respuesta Oliver decidió girar el picaporte.
—¿Puedo entrar?
—¡No!
—Por favor. Tenemos que hablar.
—¿No podemos olvidarlo todo?
—Anda, déjame entrar.
La vergüenza y la confusión se reflejaban en mis ojos. Debía pensar que estaba loca. Sin embargo, la mirada de Oliver lejos de estar enfadada parecía ¿divertida?
—Bueno, eso fue... inesperado.
—Lo siento. No sé en qué estaba pensando. Solo quería sentirme… Imagino que estaba aturdida. No tengo ni idea. Soy una estúpida.
—No tienes que disculparte. Fue una sorpresa. Eso es seguro.
Avergonzada, pero aliviada de ver la reacción tranquila de Oliver, cogí una toalla y me envolví para poder regresar al salón. Oli se sentó a mi lado.
—¿Quieres contarme qué pasó?
—Solo quería hacer algo diferente. Creo que me pasé.
—Me sorprendiste. Solo eso. No has hecho nada malo.
—Tenía el camisón en la mochila. No sé por qué lo traje. Lo vi y me puse a hacer el tonto. Imagino que patinar sobre hielo me heló las neuronas.
El ambiente tenso se desvaneció entre conversaciones honestas. Oliver, con su encanto característico, logró que me sintiera cómoda otra vez.
—Lo siento.
—¿Lo dices por las transparencias? Tal vez no fue lo que esperaba, pero definitivamente fue memorable.
—No te rías de mí.
—Belle, fue una sorpresa excitante para un chico que solo se levantaba a beber un vaso de agua.
—Eres tonto.
—Lo sé.
—Gracias por no hacerme sentir más avergonzada de lo que ya estoy —dije sintiendo el calor engancharse en mis mejillas
—Eres una mujer y tienes necesidades. Lamento haber interrumpido.
—¡Calla! Por favor calla… —dije cubriéndome los oídos con ambas manos.
—Belle, no hay lugar para la vergüenza entre nosotros. Siempre puedes ser tú misma junto a mí. Será mejor que me vaya al cuarto o el que no va a poder dormir de nervios seré yo.
—Tonto…
—Por qué no quieres ir a mi cama y que pasemos el insomnio juntos, ¿no?
Cogí un cojín y comencé a darle en la cabeza.
—Solo quería ver tu reacción. Solo eso. ¡Me rindo! — contestaba mientras se cubría con los codos muerto de risa.
—Haber pensado antes de hacer la bromita —dije mientras continuaba atacando con el cojín.
—¿Quién dice que era una broma? —Oliver guiñó un ojo de una forma pícara antes de saltar del sofá y ponerse en pie.
—¿Qué dices?

—Qué pasa, ¿sólo tú puedes jugar?
—Anda, vete a dormir.
Se puso en pie y estaba por marcharse, pero su espíritu jovial no se lo permitió.
—Si vuelves a ponerte nerviosa ya sabes que cuentas conmigo para todo. Toooodo mi querida Belle.
Sus piernas escondiéndose en el dormitorio fueron más rápidas que mi cojín volador.

Verde corazón

La gran librería cobraba vida con la suave melodía de las páginas de los libros siendo hojeadas bajo el suave murmullo de los lectores. Absorta en mi trabajo de organizar los estantes, me encontraba sumida en mi propia burbuja, cuando el tono del móvil me sacó del ensimismamiento.
—Hola.
—¿Cómo estás hija?
—Bien.
—Deberías regresar a casa. Aquí está tu familia. Tu hermana y yo te echamos mucho de menos. No deberías estar viviendo en casa de un extraño.
—Oli no es un extraño.
—Pero no es tu familia. Dime, ¿tienes dinero?
—Sí.
—¿Comes sano? Mira que los hidratos te inflaman. Recuerda que esta semana te tocan los batidos de manzana desengrasantes.
—Como a un lavavajillas.
—¿Cómo dices?
—Nada mamá, no he dicho nada.
Ella lanzaba una tras otra los recordatorios del poder antioxidante del pepino y la capacidad de absorción grasa de la alcachofa y mi garganta cargada durante años de cientos de insultos disuelto en vinagre, explosionó cual géiser islandés.
—¡No mamá! No deseo volver a tu casa. Y no quiero desengrasar mi barriga. Y ahora que lo preguntas, ¡no! Mi hermana nunca me quiso. ¡Nunca! Se aprovecha de mi debilidad y se siente feliz con mi desdicha. ¡No mamá! ¡No voy a tomar ningún batido de pasto verde! Y sí, si nadie me quiere con mi cuerpo redondito, ¡moriré sola pero feliz!
Mi valor saltaba con las manos en alto eufórico como un ganador olímpico.
Estaba tan acalorada por la capacidad de al fin haberle gritado a mi madre lo que nunca me atreví en el pasado, que no fue hasta que lancé el teléfono en una estantería y cayó en la moqueta, que me di cuenta de que me estaban hablando.
Un joven con su presencia imponente y mirada segura, de esas con la capacidad de eclipsar las estrellas, se agachó y me alcanzó mi Samsung. La pantalla se había salvado de milagro.
—Parece que aún funciona.
El calor de mi cuerpo debido a la discusión continuó calentando mi rostro, aunque esta vez por circunstancias muy diferentes.
El chico era guapísimo. Que digo guapo, ¡estaba tremendo!
—Me llamo Mason.
—Mason…
—¿Y tú?
—Y yo.
—Sí, tú.
—Gabrielle. ¿Puedo ayudarte en algo?
¡Concéntrate! Es un lector y esta es una librería, me dije sin darme cuenta de que buscaba con mis manos adecentar mi perjudicada imagen.
A pesar de los intentos de mantener la calma, la sola presencia del apuesto joven en la librería me hizo sentir un cosquilleo nervioso en el estómago. Y en otras tantas partes de las que me

avergonzaría reconocer.
—Gabrielle… un nombre precioso.
—Muchas gracias, puedo ayudarte en algo. ¿Un libro de romance para tu novia, tal vez?
—Eso ha sonado un poco sexista, ¿no te parece?
—Definitivamente hoy no es mi mañana —dije sin darme cuenta de que hablaba en voz alta.
—Me gusta el romance. Y si lo que deseabas era saber si tenía novia, no, no tengo novia. Aunque no me cierro a nada.
Se acercó tanto que su aliento peinó mi flequillo. Por favor, el aroma a masculino ardiente le brotaba por los poros. Sin dejar de sonreír se inclinó ligeramente hacia mí como si compartieran un secreto.
—Tengo la sensación de que posees un encanto especial para hacer que incluso los libros más aburridos parezcan fascinantes. ¿Qué dices? ¿me ayudas?
Busqué en mi raciocinio las palabras adecuadas mientras mis mejillas tomaban un tono ardiente como el sol de agosto.
—Los libros hacen magia por sí mismos, no necesitan mis consejos.
Me sonrió y su dentadura como las alubias frescas me dejó sin aliento. ¿Estaba intentando ligar conmigo? ¡Imposible! Los únicos hombres que se me acercaban eran los que se encontraban al cierre de la discoteca. Borrachos y desesperados.
—Tú posees otro tipo de magia. Tu novedad es mil veces más atractiva que las palabras.
¡Sí! ¡Estaba ligando conmigo! ¿Era ciego?
Su mirada intensa hizo que me sintiera vulnerable. Sus ojos verdes penetrantes alcanzaban mi profundidad y la sacudían como ropa vieja.
—Entonces, ¿puedo ayudarte a encontrar algo en particular?
El silencio profundo de sus pupilas me provocó escalofríos de ardiente calor.
—¿Qué tal si me ayudas a encontrar algo que ni siquiera yo sé que necesito?
Reí de forma estúpida como una jovencita ante su primer crush.
—¿Tú libro favorito tal vez? —contesté con cierto atrevimiento.
—Exactamente ese. Comencemos por el tuyo. Serás mi lazarillo en el universo literario.
Se cruzó de brazos y apoyó cómodamente en una estantería.
El señor Harland se detuvo a lo lejos con la nariz fruncida. Haciendo alarde de profesionalidad, y en voz muy alta, respondí de la forma más tranquila posible.
—*Anne Karenina de Tolstoi* siempre ha ocupado un lugar especial en mi corazón.
Mi jefe, al escuchar mi consejo dicho en voz alta, se tranquilizó lo suficiente como para marcharse ascensor hacia arriba.
—Una elección clásica y fascinante. Una mujer dispuesta a todo por amor. Me gusta. ¿Y si hablamos de romance actual?
—Entonces creo que *Culpable de Diana Scott*. Es un hombre problemático enamorado de una mujer que considera un imposible. Es un libro de lucha contra las convenciones sociales.
—Romper tabús, me gusta.
La conversación fluyó libremente entre libros, autores favoritos y sus diferentes perspectivas de la literatura.
Mason, a pesar de su actitud inicial, demostró tener una profunda apreciación por las historias bien contadas. Debo reconocer que lo juzgué mal, su imagen de guapo extremo me hizo pensar que apenas sabía unir dos palabras.
—Me encanta oír cómo hablas de los libros, Gabrielle. Se nota que tienen un significado especial para ti.

—Son mi refugio. Siempre encuentro consuelo entre las páginas escondidas detrás de las portadas.
La complicidad creció con cada palabra compartida y me encontré cautivada como si cada detalle de sus pensamientos fuera una obra de arte que siempre estuve buscando.
—Nunca pensé que una visita a la librería podría ser tan intrigante. Gracias por hacer que mi día sea mucho más interesante querida Gabrielle.
—La literatura tiene ese poder. Siempre existe algo nuevo por descubrir.
—Siempre.
Se puso recto y se encaminó hacia la salida.
—¿Pero no vas a comprar ese libro que tanto buscabas?
—Hoy no. Ha sido un placer conocerte. Estoy seguro de que nos volveremos a ver. Pronto. Muy pronto —dijo, y se marchó.
—¡Vas a seguir mirando esa puerta o vas a ponerte a limpiar la zona de amor degenerado!
—Se llama erótica, señor Harland. Erótica. Y no estaba mirando a ninguna puerta.
Fui a por el plumero como todos los lunes. Aunque esa mañana algo más contenta que el normal de los días. Después de la charla con Mason hasta me sentí guapa.

La librería se encendía ante la oscuridad de las calles neoyorquinas.
Unas chicas se escondían tras las columnas para leer sin ser pilladas. Se me hacía divertido hacerme pasar por ciega. Siempre que el señor Harland no se encontraba cerca las dejaba leer a hurtadillas. Yo poseía una economía tan ajustada como los cordones de zapatillas infantiles, comprendía perfectamente el deseo de querer leer y no tener dinero para comprar lectura.
—¡Hola, Gabrielle! ¿Necesitas ayuda con eso?
—¡Oli! ¡Sería genial! —dije dándole dos besos de bienvenida. Siempre que salía de su trabajo temprano y el tiempo se lo permitía se acercaba a visitarme. Oliver era un amigo de esos que ya no se encuentran —. Estoy intentando poner un poco de orden.
Juntos nos sumergimos en la tarea de organizar los libros según su género y que las lectoras habían confundido al colocar.
También teníamos una pila inmensa de esas recomendaciones de Instagram y Tiktok que mi jefe tanto adoraba. Según él eran ventas seguras. Yo dudaba mucho que él hubiese visto alguna vez alguna referencia de las influencers, él solo se volcaba en las cifras de ventas y el refunfuño.
Oliver, sin embargo, trataba las obras con delicadeza extrema. No se le pasaba detalle. Sus risas y comentarios llenaban la librería creando una atmósfera acogedora de trabajo. Así era él, apenas aparecía, mis ganas de vivir despertaban entusiasmadas.
Mientras compartía anécdotas de su oficina la puerta de la librería se abrió. Mi jefe con su rostro avinagrado consiguió contagiarnos su humor rancio.
—¿Otra vez tú por aquí? ¿Será que tendré que contratarte?
—Estaba pidiendo información acerca de este autor —. Oli alzó un libro de romance erótico con la portada de dos vaqueros sin camiseta y el señor Harland le lanzó llamaradas de furia.
—Esto no está ordenado como debería. ¿Acaso no entiendes las instrucciones básicas? —su voz me enfocó y cortó en dos trozos.
—Hago lo mejor que puedo, señor Harland, pero no tenemos suficientes estanterías en novedades. Organizar libros lleva tiempo y las prisas no siempre son buenas.
Caminé hacia el libro y lo puse sobre la montaña de malos diseños. Según el señor Harland las portadas independientes eran todas malas y deberían estar escondidas en el fondo de la pila. Y

siempre debajo de una gran editorial que paga por su primer puesto. Editoriales primero, independientes últimos.
Lo que no interesaba a las influencers, o no pagaban por comprar su posición en las estanterías, era el olvido del fondo.
—Hace un trabajo increíble, no tiene por qué tratarla así. Ser su jefe no le da derechos de esclavitud.
—¿Me estás diciendo cómo hacer correctamente mi trabajo?
—Por supuesto que no, señor Harland —dije rápidamente mirando de forma asesina a mi amigo.
—Termina con lo que estás haciendo y ve al área infantil. Tienen firma de libros y necesitan ayuda extra.
—Por supuesto, señor Harland.
Mientras se retiraba con una risa despectiva miré a Oliver totalmente furiosa.
—¡¿Qué fue eso?! No deberías haber intervenido. Solo has empeorado las cosas.
—No podía quedarme sin hacer nada. No mereces ser tratada así.
Antes de responderle que ya me encargaba yo de perder mi trabajo por méritos propios y sin su ayuda, la campana de la puerta sonó efusivamente.
Mason, el mismo guapo y atractivo chico de por la mañana, atravesó por el portal.
—Hola, Gabrielle. Oliver, qué sorpresa verte aquí.
La sorpresa del saludo me dejó con la lengua trabada y seca.
—¿Vosotros os conocéis?
—Del pasado, una historia muy antigua que me hace sentir viejo —Mason contestó con palabras rápidas — ¿Cómo va todo por aquí?
La vista me viajaba de uno a otro. Ellos eran agua y aceite. Mason era toda formalidad y Oliver toda libertad. Mason era atractivo impenetrable y Oliver toda sinceridad.
Ellos se pusieron a hablar mientras yo no podía quitarme de la cabeza la pregunta de cómo es que Mason y Oliver se conocían. Oliver, notando mi expresión confundida, y conociéndome mejor que nadie, decidió aclarar las cosas.
—Nos conocimos hace unos años atrás —su respuesta resultó seca y corta.
—Antes estudiamos en la misma escuela.
—Un único año —contestó igual de escueto que antes.
—A ambos nos gusta jugar y Oliver es un jugador experto. En *Magia Inexplicable* nadie le gana. Nos hemos cruzado un par de veces en eventos y hemos mantenido el contacto desde entonces. ¿No es así?
Oliver no contestó.
—¿Quién lo diría? Nunca te imaginé como un jugador de ¿*Magia Inexplicable*? No sabía que te gustaba ese juego.
—Hay muchas cosas que no sabes sobre mí, mi querida Belle.
Las cejas de Oli se elevaron por encima de las gafas y consiguió hacerme reír como siempre lo hacía.
—La verdad por la que he regresado es porque he estado pensando que sería agradable compartir una comida contigo. ¿Te gustaría cenar esta noche después del trabajo?
La propuesta de Mason me dejó tambaleando.
—¿Cenar? ¿conmigo? ¿por qué?
—Porque pareces alguien que valga la pena. Y por qué quiero y siempre consigo lo que quiero —dijo clavándome sus ojos de un verde impenetrable—. Será divertido, te lo prometo.
Mis rodillas se pusieron a temblar y mi voz se quedó sin letras.

La invitación de Mason resonó en mi mente con un ¿¡qué!?
Antes de poder responder él continuó argumentando como si en verdad cenar conmigo le importase.
—Desde que entré esta mañana no he podido dejar de pensar en ti ni un solo minuto. Me gustaría conocerte mejor. ¿Qué dices queridísima Gabrielle?
Mis pensamientos comenzaron a echar humo de locomotora. Mis inseguridades se sentaron en el diván de un psicólogo atolondrado y chillaban a grito pelado. ¿Quería salir conmigo? ¿Un chico como él? ¿¡Conmigo!?
—Supongo que podríamos…
Mientras Mason sonreía satisfecho Oliver se pegó junto a mi hombro.
—¿Desde cuándo le conoces?
—Desde esta mañana —Mason contestó por mí—. No veo por qué debería ser un problema para ti. ¿O sí?
Oliver se encontraba tan desconcertado como yo. Era lógico. A pesar de sus cientos de frases reconfortantes él sabía tan bien como yo que Mason se encontraba por encima de mis posibilidades. Soy un cuerpo que dista mucho de cumplir con los cánones oficiales de belleza para un chico como este.
—Igual esta noche salgo muy tarde.
Mi contestación con mi cambio abrupto resultó ser más el fruto de mis inseguridades que de mi realidad laboral.
—No acepto un no por respuesta. Pasaré por tu casa. ¿A las nueve te va bien?
—No creo que pueda.
—Podrás. ¿No te he dicho que no acepto que nadie me lleve la contraria?
Lejos de parecerme un mandón Mason consiguió arrancarme la timidez de mujer atontada. Una que no solía tener. O al menos de demostrar.
Le contesté con un sí de cabeza y los labios secos. A mi lengua se le habían olvidado las palabras. Mason poseía ese efecto.
Cuando se hubo marchado el rostro de Oli se encontraba enfadado y desconcertado. Todo al mismo tiempo.
—Si por ser tu amigo no quieres que salga puedo cancelarlo.
Me arrepentí nada más las palabras salieron de mi boca. Me apetecía volver a ver a Mason.
—¿Estás segura de esto?
—Por supuesto, es solo una cena —sonreí tratando de romper la tensión que se cortaba con una página de Dark Romance.
—¿Solo será eso?
—¿Por qué te pones así? No te comprendo. Siempre me animas a que salga. Machacas mi cabeza con frases de autoestima y me taladras el cerebro diciéndome que crea en mí misma, y cuando al fin lo hago, te pones en plan padre ofendido.
—No me gustaría que te sintieras presionada a hacer algo que no quieres. Mason es de los que muerde sin soltar la presa.
¿Presionada? ¿Presa? ¡Por favor! ¡Si Mason fuera un vampiro me dejaría morder hasta en los dedos de los pies!
—Nos vemos en casa.
Oli se marchó, y aunque una buena amiga se sentiría preocupada por su actitud, yo no fui capaz de hacerlo por más de cinco minutos. En mi cabeza no había sitio más que para esos faroles de un verde aceituno ardiente y brillante.

La librería volvió a sumergirse en su rutina de firmas y niños enloquecidos esperando su turno para tener la firma de su autora preferida mientras yo veía el futuro de una verde esperanza. Verde campo. Verde manantial. Verde corazón.
En las estanterías de mis historias imaginarias comenzaba a escribirse un nuevo relato de verde pasión. Verde Mason…

Mírame

Asomé la cabeza por el portal por quinta o sexta vez.
Allí no había nadie.
Otra vez se habían reído de mí.
Eso me pasaba por confiar en el amor.
¿De verdad pensaba que vendría a buscarme? Verde pasión… menuda idiota.
Abroché el abrigo y acomodé la boina cubriéndome un poco del frío tormentoso cuando las luces y la bocina de un deportivo gris me dieron de lleno en los pechos. El sonido de una frenada y un conductor que se extendía en el asiento del acompañante para abrir la puerta me dejó clavada en el sitio.
—¡Sube antes que nos multen!
Mason se volvió a poner recto y a sostener el volante mientras sonreía de forma arrogante. Me encaramé al coche y cerré la puerta a toda velocidad.
—Esa es mi chica. Vamos. Tengo reservas en… ¿te gustan los arroces? Espero que sí porque tenemos reserva en Park Avenue.
—Me encantan.
—Perfecto —dijo guiñando un ojo antes de acelerar a toda velocidad echando mi cuerpo hacia atrás.
Mason hablaba y yo solo contestaba. Mis manos se encontraban ocupadas presionando mis piernas confirmando que no me encontraba en un sueño.
Estaba en un deportivo rumbo a Park Avenue con el hombre más atractivo del universo. Si solo me diera una vuelta a la manzana y me regresara a casa seguiría con la misma sonrisa de idiota que seguro llevaba en ese momento.

Las luces tenues y la música suave creaban una atmósfera íntima y romántica. Todo estaba perfecto. El ambiente lucía exactamente como a una chica que se sintiera especial le gustaría imaginar.
—Debo decirte que te ves absolutamente impresionante —dijo moviendo la silla para que me sentara —igual que en una historia de romance histórico, pensé mientras apoyaba mi pompis con cuidado para no arrugar mi camisa y que se notará algún frunce en la tripa.
La cena transcurrió entre un arroz con marisco y una conversación fascinante. Mason elogiaba no solo mi apariencia sino también mi inteligencia. Jamás me hubiera imaginado que un chico con su porte se dedicara a alimentar su cerebro además de sus músculos. Mason estaba siendo un descubrimiento fascinante. Y con un atractivo a rabiar. Yo por mi parte mareaba el arroz y comía solo el pescado. Según mi madre y mi hermana el pescado no engordaba ni inflamaba.
—Eres tan preciosa como inteligente.
—No te rías de mí —pinché un trozo de coulant concentrada en el chocolate que se derramaba sobre el plato y pensando en lo costoso que resultaría para mis caderas desgastar ese pequeño bocado. Debería beber batido de apio durante una semana día y noche.
—No lo hago. Eres preciosa y atractiva.
—¿No son sinónimos?
—Sabes perfectamente que no. No me tomes por tonto o tendré que castigarte…
Sus palabras quedaron flotando en el aire derritiendo mis neuronas con un calor más ardiente que el chocolate del postre.

Cautivada por su voz gruesa me dejé llevar. Después de la última copa de vino Mason me llevó de regreso a casa de Oli.
El trayecto estuvo lleno de risas, anécdotas compartidas y la promesa de una conexión más profunda de lo que jamás me habría imaginado.
—Gracias por esta maravillosa noche, Gabrielle. No puedo esperar para volver a verte.
—Ha sido una velada increíble. Me encantaría volver a verte —. *¿Yo he dicho eso? ¡Qué he dicho!*
La despedida fue acompañada de una mirada intensa y un suave roce de manos.
Mason aceleró apenas puse ambos pies en tierra.
La mezcla de emociones me dejó hipnotizada ante el humo de su tubo de escape que se dispersaba en el frío de la noche.
Al cabo de unos minutos entré a la casa flotando como las mariposas. Me dejé caer en el sofá repasando en mi cabeza cada momento de la velada. La voz de Mason elogiando mis cabellos. La elegancia del restaurante, la complicidad en la conversación; todo parecía el sueño de cenicienta y su príncipe. Miré mis pies confirmando que llevaba ambos zapatos. Me puse a reír de mí misma cuando el timbre de mi Samsung me sacó de mis pensamientos.
Un mensaje entrante. ¡De Mason! ¡Era Mason!

Espero que tengas dulces sueños. Y que sea conmigo.

Dios. Ay, Dios… ¡Dioooooos!

Buenas noches, me lo he pasado genial.

Terminé de escribir y me acosté sonriendo al gotelé del techo.

Los días pasaron y las salidas con Mason se volvieron más frecuentes. Cada encuentro me dejaba una sensación agridulce. Siempre esperaba que el cuento se terminara. Que él desapareciera y se olvidara de mí.
Aún no nos habíamos besado. Y cuando vi que él seguía interesado comencé a detenerme delante de los escaparates buscando modelos de ropa que me sentaran bien. Algo de esperanza comenzaba a crecerme dentro. Ya no me veía tan espantosa, ni gorda, ni desfavorecida... Quizás sí tenía algo que dar además de unos muslos anchos y una cintura enroscada.
—¿Cómo te ha ido con Mason? —Oli entró en casa y arrojó las llaves sobre la mesa —. ¿Habéis ido al cine?
—Sí, y después fuimos a probar unos de esos…
Oli se marchó a su habitación antes de que terminase la frase. Al volver no le interesó seguir escuchando nada acerca de mi salida. Ni de Mason.
—Supongo que es encantador y atento.
—Lo es.
—Gabrielle, siempre estaré aquí para ti. Si alguna vez necesitas hablar puedes contar conmigo.
Las palabras de Oliver resonaron en el aire creando una paleta de colores discordante de emociones en mi corazón. Llevaba semanas llamándome Gabrielle y eso me hacía sentir fea e incluso sucia. Parecía un castigo que no terminaba de comprender. Oli no era así. O eso era lo que yo pensaba. ¿dónde estaba su Belle? ¿Por qué me distanciaba de su lado? Cada momento feliz que tenía, él se encargaba de ahogarlo. El apodo con el que llevaba años llamándome se había disuelto. Cuando una tarde le pregunté que porqué lo hacía se limitó a girarse sin responder.

—¿Te marchas tan pronto?
—He quedado.
—Oli, ¿estás bien?
Cerrando la puerta con la misma rapidez con que la abrió jamás llegó a contestarme.
Aprovechando mi día libre estiré las piernas y me puse a pensar. En Mason, por supuesto. Su rostro se me presentaba todos los días como un retrato al que comenzaba a reconocerle los detalles. Cada salida a su lado era una nueva aventura, cada conversación profundizaba en capas emocionales a las que pocas personas tenían acceso.
Mason me llevó a lugares insospechados despertando en mí el deseo de arrojarme al vacío y abrir los brazos para volar junto a su cuerpo.
Sonó el timbre y corrí hacia la puerta. Seguramente Oli se había arrepentido y deseaba confesar lo que fuera que le estaba pasando. Salí disparada y cuando abrí asomé la cabeza.
—¿Mason? ¿eres tú?
—¿Esperabas a otro?
—No.
La respuesta se me atasco entre las cuerdas vocales. Mason se había vestido para impresionar. Su cabello rubio oscuro y ondulado estaba cuidadosamente peinado. Llevaba un par de pantalones azules y un jersey de lana clara. Su figura era esbelta y fuerte. Al verlo no pude hacer otra cosa que esconderme tras la puerta. Yo llevaba el típico chándal para andar por casa. De esos que tienen el color desteñido y un agujero por los bajos. Me sentía una mojigata virgen que no sabía cómo actuar.
—¿Estás bien?
—Sí, pasa. Es solo que no te esperaba.
—¿Si molesto puedo irme?
Su actitud fue muy diferente a sus palabras que cargaban un inmenso toque humorístico. Entró y se quitó la bufanda apoyándola en una silla.
—Necesitaba hablar con Oliver, pero veo que no está —afirmó mientras buscaba con la mirada el pequeño salón.
—Ha quedado.
—¿Entonces tardará?
—No estoy segura —la mirada lobuna de Mason me puso nerviosa—. ¿Quieres café?
Esta era la primera vez que nos encontrábamos a solas, y en un apartamento. La imagen del sofá cama con las sábanas a medio estirar me puso nerviosa.
—Eso estaría perfecto. ¿Te ayudo?
—No es necesario. Siéntate. El apartamento es pequeño y no he terminado de acomodar mis cosas —mi patada llevó unos pantalones vaqueros al otro lado de la sala.
—¿Hace mucho que vives aquí?
—Es algo temporal —contesté desde la cocina mientras encendía la cafetera—. Hasta que consiga ahorrar un poco para la entrada de un alquiler propio.
Mason se apoyó en el marco de la puerta y el corazón se me aceleró.
Su brazo estirado lo hacía parecer más masculino de lo que ya era. Su cuerpo desprendía hormonas de cazador y yo moría por ser su cervatillo.
Cuando deposité las dos tazas en la mesa de la sala, y estaba por sentarme, su mano ancha y fuerte sujetó la mía y me arrastró hacia su lado. Mason había decidido lo que pasaría esta tarde y yo moría por colaborar.
Su presencia frente a mí, imponente y seductora, me robaba el aliento. Sus ojos, esos abismos de

misterio, prometían aventuras que mi corazón anhelaba vivir por primera vez. La tensión entre nosotros era una melodía silenciosa, un preludio a la sinfonía de pasiones que estaba por desencadenarse. Cuando sus manos encontraron las mías un estremecimiento eléctrico recorrió mi cuerpo, un presagio del incendio que estaba por consumirme. Su cercanía era un hechizo. Cada respiración era un llamado que mi alma no podía ignorar. Entonces, con una lentitud tortuosa que avivaba el fuego de mi anticipación, se inclinó hacia mí. Me pegó a su cuerpo y me besó.

El primer contacto de sus labios fue un choque de universos, una explosión de estrellas que iluminaba la oscuridad de mi existencia. Era un beso carnal y hambriento que hablaba de noches sin fin y promesas silenciadas.

Sus labios se movían con una urgencia que derretía mis resistencias invitándome a olvidar el mundo y perderme en la infinitud de ese instante. Mi piel ardía allí donde él me tocaba, cada caricia era un lenguaje nuevo que aprendía con avidez, una revelación de sensaciones que nunca imaginé posibles. La reacción de mi cuerpo era un misterio desvelado, una rendición completa a la tormenta de emociones que él desataba en mí. Y cuando nuestras lenguas se encontraron, fue el desatar de olas en un mar embravecido, un baile de pasión que borraba toda lógica, todo razonamiento.

En ese beso se desvanecieron las dudas de mi cuerpo, los miedos al amor, y lo único que quedaba era el deseo crudo y poderoso de pertenecerle, de fundirme en él y que el mundo exterior y sus críticas se desvaneciera. Y así, en ese momento suspendido en el tiempo, comprendí que había encontrado en él un peligro adictivo. Él era mi caos y mi calma, el misterio que mi corazón había decidido explorar sin mirar atrás.

Sin ningún sentimiento de vergüenza tironeó de mis pantalones y los dejó deslizar por mis piernas hacia el suelo. Luego, me levantó la camisa por la cabeza y la dejó caer al suelo encima de los pantalones desechados.

—No, yo no… —quise cubrir mi cuerpo ancho y cargado de complejos, pero Mason no me lo permitió. Con mirada lobuna me examinó haciéndome sentir que nada en mí le disgustaba.

—Eres preciosa, no puedes esconderte. Yo siempre te encontraré.

Contagiándome del ardor de sus palabras dejé caer las manos a los lados. Si descubría algo que no le gustara mejor hacerlo cuanto antes.

—Eres perfecta.

—No, no lo soy.

Quise cerrar los ojos cuando él comenzó a recorrer con sus manos mis pechos al aire. Me sentía tan vulnerable que quise gritar y salir corriendo. Sin embargo, allí seguí, completamente desnuda disfrutando el tacto del chico más guapo del universo.

—Mírame —ordenó con autoridad.

Con lentitud comenzó a quitarse el jersey y los vaqueros enseñándome de forma descarada cada uno de sus movimientos. Totalmente desnudo su pene erecto delataba su excitación por mí. ¡Por mí!

La mano fuerte se aferró a la mía y me acercó al sofá cama.

Lo seguí totalmente hipnotizada. Su mirada fija en la mía me hizo olvidar que me sentía desnuda y vulnerable. Me hizo sentir segura.

Con un beso largo su mano se aferró a mi cuello y me guió hasta la cama. La cabeza comenzó a darme vueltas entre tantas caricias indefinidas. Sus manos me recorrían deseosas y sus besos me mordían hambriento. Instintivamente crucé los brazos tras su cuello buscando un punto de equilibrio. Sentía que caía a un lugar de inconsciencia y moría de miedo.

—No luches bebé, lo vi en tus ojos, sé que esto es lo que quieres. Déjame quererte.
—No estoy segura de lo que debo hacer.
—Haz lo que sientas. No pido más.
—Yo…
Los senos desnudos eran empujados hacia arriba mientras mis manos rodeaban su cuello. Grité cuando Mason apretó los pezones con los dedos. El dolor era placentero. Sin saber reconocer mis propios sentimientos me olvidé de mi cuerpo imperfecto y me dejé subir al pico más alto de las sensaciones. Luego, como contrapeso al trato rudo que había recibido hasta ahora, me regaló suaves besos en los hombros. Los labios subieron por mi cuello hasta sentir los dientes tirando suavemente del lóbulo de mi oreja.
—¿Quieres que me detenga? Dime que pare si realmente quieres que lo haga.
Los labios de Mason estaban justo al lado de mi oreja después de susurrar la oferta. Sin darme tiempo a responder reanudó sus suaves caricias alrededor del cuello.
—¿Bien?
—No pares —dije sabiendo que lo deseaba.
Hacía semanas que lo tenía decidido.
Sabiendo que podía seguir soltó mis pechos de su firme agarre y se plantó sobre mí cara. Sus labios firmemente en mi boca me devoraban. Su lengua separó los labios con rudeza y por primera vez en mi vida sentí el ardiente beso de un hombre que me deseaba por completo.
Había fantaseado con esta primera vez, de hecho, había pensado mucho en ello.
Mis fantasías siempre incluirían una seducción lenta seguida de hacer el amor con suavidad, después de todo, las mujeres no follan, sino que aman. Nosotras nos enamoramos, al menos eso era lo que yo pensaba. Sin embargo, lo que estaba pasando distaba mucho de los sueños de una novela romántica. La pasión cruda y sexualidad furiosa de Mason explorándome me despertaba al salvajismo. Su torso amplio y desnudo empujaba con fuerza invencible hacia mi busto desnudo. Mi lengua se movía dentro de su cálida boca mientras sus manos recorrían arriba y abajo mi espalda antes de tocar mi nervioso trasero.
Sentía su fuerza abrazarme y apretarme haciendo que la experiencia fuera menos como hacer el amor y más como follar. Las manos de Mason estaban por todos los rincones de mi piel. Primero acariciaban la espalda, luego estaban con el cabello tironeando. Estaba siendo dominada por el hombre más sexy del mundo y me sentía encantada. Nunca, con ningún otro, había llegado tan lejos.
Por fin, Mason sacó la lengua de mi boca permitiéndome recuperar el aliento. Sin embargo, la separación no duró mucho. A los pocos segundos retomó su conquista.
Me miró fijo antes de recoger mi cabello y enredarlo en su mano. Tiró de él hacia atrás causando que gritara. Luego, los labios de Mason estaban nuevamente dentro de mi boca. Me poseía dominante y seguro. Besó y lamió el cuello y la garganta dejando un rastro húmedo a lo largo de mi piel. Suspiró con fuerza antes de soltarme el cabello.
El corazón se me aceleró y me dolía el cuero cabelludo por el trato rudo, pero estaba excitada, estaba segura de que podía sentir el jugo de mi coño goteando entre mis piernas. A pesar del breve dolor que disfrutaba al ser besada, lamida y explorada, me sentí deseada, algo que nunca antes había sentido, y se sentía bien.
La lengua de Mason se movía de nuevo a lo largo de la línea de mi mandíbula y subiendo por la barbilla antes de regresar a mis labios. El hombre lamía ansiosamente alrededor de mi boca antes de forzar mi lengua a rendirse ante la suya.
Nos besamos un poco más lento. Mason dio un paso atrás y se paró frente a mí sonriendo

pecaminoso. Estaba total y gloriosamente desnudo. Su cuerpo excitado brillaba y era por mí. Mason era proporcionalmente más grande en todos los sentidos. Sus piernas eran más largas, era más alto, sus rasgos eran más prominentes, sin embargo, no tenía sobrepeso, ni siquiera era gordito, simplemente parecía más fuerte. Eso me hizo recordar que yo también lo era. Pero en el mal sentido. Mi madre solía decirme que era de muslos fuertes y huesos demasiado grandes para una chica tan joven. Los párpados se me cerraron presionando a mi cabeza para que olvidara el pasado dañado.
—¿Qué sucede?
Mason me miró fijamente y de repente sentí que estaba esperando algo que no podía ser. Yo no era para hombres como él.
—Yo... soy una… —me puse a tartamudear y las mejillas comenzaron a quemarse.
¿Cómo decir que eres virgen por falta de amor? Que nunca había llegado tan lejos porque jamás me habían dado la oportunidad de conocerme.
—Nena, ¿qué estás tratando de decir?
—Soy... virgen.
—No por mucho tiempo —dijo sonriente con un toque profundo de maldad en la voz.
—No es para reírse.
—¿Crees que no lo sabía?
—No te lo había dicho.
—Hay cosas que no necesitan explicaciones —. Con lentitud comenzó a avanzar. Su pene erecto crecía por momentos —. ¿Y esa virginidad quiere decir que tampoco has probado nunca el pene de un hombre?
El ritmo cardíaco se me aceleró de repente y la boca se me puso pastosa. Sacudí la cabeza como respuesta.
—Entonces puede que haya llegado el momento.
Me sentía cada vez más como una niña inexperta a cada segundo que pasaba.
Una fea y gorda.
—Yo no sé…
—Sabrás.
Mason dio un paso atrás y tomando mi mano lentamente hizo que me sentara de forma cómoda en la cama. Luego se llevó la mano al pene y lo comenzó a acariciar de arriba a abajo.
Lo observé con cierta fascinación. Su rostro comenzó a endurecerse y unos gemidos intensos salieron de su boca. Luego se detuvo y estiró sus piernas haciendo que su erección dura y humedecida en la punta me acariciara el rostro.
—Abre de par en par esa linda boca— dijo golpeando su erección con mis labios.
Hice lo que me ordenó. Abrí la boca, pero antes que la introdujera lamí esa punta brillante.
—Dios, sí.
Sus ojos se cerraron y su cuerpo se tensó aún más. Aunque estaba sentada y él de pie me sentí poderosa. Volví a besarlo, pero esta vez Mason empujó hasta chocar con mi campanilla. El pene endurecido me abarcaba al completo. Casi ahogada lo moví desde dentro hacia afuera para no morir atragantada.
Sus gemidos eran tan fuertes que comencé a probar diferentes clases de besos mezclados con pequeños mordiscos. Todo parecía gustarle por lo que no permití que la inexperiencia dominara mi pudor.
Por el extremo salía un líquido espeso. Era un sabor diferente a todo lo que había probado antes. Algo dulce al principio y picante al retrogusto, pero no podía estar segura. Mason volvió a

sonreír mientras retiraba la mano de su pene y los llevaba a mi cuero cabelludo para arrastrarme hacia él. Mason estaba disfrutando y yo también. Quería besar y saborear un poco más. Quería hacerlo lenta y suavemente. Ser erótica y sensual, sin embargo, él tenía otras ideas. Era como si tuviera prisa o simplemente estuviera impaciente. Sus movimientos eran rápidos y parecía correr por impulso. Yo disfrutaba de la experiencia sin apuros junto a un hombre que se ponía más nervioso por segundos.

Con el sabor del jugo de su pene aún en mi lengua intenté detener su sufrimiento y con la intención de besarla apasionadamente, pero cuando me acerqué, Mason me detuvo. Colocando un dedo en mis labios como si estuviera delante de un maestro que intenta hacer callar a su alumna. En lugar de besar, Mason puso sus manos sobre los hombros y me empujó suavemente hacia abajo, indicando que quería que me tumbara sobre la cama. Su cuerpo estaba tan tenso como su virilidad.

La cabeza en la almohada y las sábanas frescas me recibieron como un nido a su golondrina. Cada vez era más obvio que Mason no era el tipo de hombre que disfrutaría del sexo lento, pero, nuevamente, me recordé que esto era lo que quería.

Llevaba tanto tiempo esperando este momento que los números de los días no hicieron más que confundirme. Desde que nací me creí dueña de un cuerpo repugnante, y aunque mi historia golpeaba mi cabeza una y otra vez intentando hacerme despertar, no se lo permití. Deseaba disfrutar cada segundo del que estaba siendo protagonista. Quería ser esa muchacha gusano que al final de la historia se transformara en una mariposa libre.

Boca arriba esperé que Mason continuara haciendo su magia. Su cuerpo duro se posicionó sobre el mío y el calor abrasante de su piel me envolvió como manta térmica. Jamás me había sentido tan importante.

—Dobla las rodillas y abre las piernas, Gabrielle— dijo ordenando de forma suave.

Él sabía que necesitaba su dirección y estaba dispuesto a entregarme todo lo que yo buscaba. No me podía sentir más agradecida. Sin dudarlo seguí cada una de sus instrucciones. Los nervios mezclados con el deseo se combinaban como dinamita ardiente en mi cuerpo.

—Buena chica, ahora quiero que te frotes el coño contra mi. Siente el deseo que tengo. Escucha el suplicar de mi pene por poseerte.

—¿Cómo?

Me sentí una estúpida al escuchar su risilla suave humedeciendo mi oído derecho.

—Quiero verte y tocarte. Quiero follarte. Luego haré que te corras, te haré gritar en voz alta mi nombre. ¡Voy a chuparte las tetas y lamerte el coño! No voy a dejar que descanses. No tendré piedad. Conseguiré enloquecerte de la misma forma que llevas haciéndolo tú conmigo — explicó con calma.

La voz grave se endulzaba.

¿Cómo podía negarme? Obedecí de forma inmediata.

Alcé mi entrepierna y su polla dura acarició mi clítoris con un roce desesperante. Al instante necesité más. Y más… Todo era poco.

El escalofrío que me penetraba hasta lo más profundo de mi esencia era insuficiente. Quería poseerlo y que me poseyera. La humedad comenzó a brotar desde mi interior cálido y picante.

Con los ojos fijos en mi cuerpo desnudo puso su mano entre mis piernas y como había hecho yo, en una época en la que jamás pensé que nadie pudiera hacerlo por mí, pasó su dedo índice arriba y abajo por mi raja empapada y húmeda. Mason observó mi jadear encantado.

—Estás bien mojada. Buena chica.

—Sí, ahora está muy mojada —respondí como idiota.

Mi confianza aumentó a medida que mis propias inhibiciones se lanzaban al vacío.
Una vez más, hice todo lo que él decía.
Su lengua húmeda encontró su camino hacia mi abertura y se deslizó dentro poseyéndome. Él era fuerte y dulce a la vez. Posesivo y cariñoso. Después de un segundo, u horas, me soltó para posicionarse encima como un encaje de engranajes bien ajustados. Mientras lo hacía con un empuje se deslizó hacia adentro. Su polla dura como lanza entraba en mi cuerpo totalmente abierto. Lo sentía abarcarme al completo. No hubo dolor. Era una sensación extraña y terriblemente agradable. Todo parecía ir bien hasta que algo pareció detenerlo.
—¿Estás bien?
—Sí —dije sosteniéndome de sus hombros como si fuera mi único bote salvavidas.
—Tengo que seguir…
Sus palabras entrecortadas se unieron a un movimiento lento. Mi cuerpo se rindió a su insistencia.
—Oh, sí… —dijo al clavarse hasta el final. Su polla me llenaba hasta lo más profundo. Apenas podía moverme.
—Eres preciosa… rodéame con tus piernas.
Por primera vez su voz tembló haciendo evidente que estaba perdiendo el control y que pronto necesitaría sentirse satisfecho. Lo hice, aunque sin saber por qué me sentía totalmente despierta de cualquier sueño. Su cuerpo dentro había logrado conseguir que despertara y supiera exactamente dónde estaba y lo que estábamos haciendo.
Mason deslizó su dedo dentro de nuestros cuerpos y comencé a sentir como lo deslizaba hasta conseguir alcanzar mi clítoris.
—Sentirás placer, lo prometo.
En el mismo momento que me acarició comenzó a entrar y salir de mi interior. El calor ardiente subió por mis piernas alcanzando mi cuello y mi cabeza. Cerré los ojos y volví a sumergirme en una historia de princesa enamorada en brazos de su príncipe.
—Así. Sigue mi ritmo —dijo con el sudor recorriendo su torso desnudo—. Ahora bebé, déjate llevar…
Un temblor potente me atravesó en dos y mi cuerpo se puso a convulsionar sin poder evitarlo. Las embestidas de Mason conseguían extender el placer mucho más de lo que nunca lo hubiera conseguido yo antes con mis propias caricias.
—Sí…
Mason salió de mí y su cuerpo se vació a un costado de mi pierna.
—Eres maravillosa.
—¿Qué…? —dije agotada por las sensaciones vividas.
—Quiero más.
Se arrodilló y se inclinó hacia adelante. Bajó la cabeza entre los suaves muslos y me plantó sus labios en mi coño espumoso y abierto. Volví a gritar de puro placer. Sentía su cálido aliento sobre mi humedad junto a su melena frotando mis muslos. Me retorcía y gemía en voz alta mientras la lengua experta recorría mi sensible raja. Mi corazón latía con fuerza y mis pechos subían y bajaban rápidamente mientras jadeaba. Era imposible, pero me estaba pasando.
—¿Qué haces…? —dije sin fuerzas.
—Verte en todo tu esplendor.
Mason sintió el inminente orgasmo y aceleró su asalto al coño, y hasta hacía unos minutos, cuerpo virgen.
Quise pensar que si existía algo de sangre debía ser asqueroso, pero Mason lamía con tanto gusto

que mi razonamiento se perdió más allá del cielo.
Insertó bruscamente dos dedos dentro de la dulce entrada de mi cuerpo redondeado. Sus dedos me hicieron gritar de dolor al principio, pero el grito se convirtió en un largo gemido de excitación.
Mi voz se elevó nuevamente cuando sentí su lengua acariciando mi clítoris inflamado. La sensación de esta estimulación, la penetración y el pensamiento del lindo rostro de Mason enterrado entre mis muslos hicieron que me estrellara en el orgasmo más sorprendente, violento y satisfactorio de toda mi vida.
Cuando había tenido orgasmos antes, después de mucha masturbación y fantasías, a menudo comenzaban lentamente, una cálida ráfaga por el cuerpo, seguido de unos segundos de clímax. Sin embargo, hoy, la suave ola se convirtió en un pulso candente que desgarró todo vestigio de inocencia. Mi coño se sentía como si palpitara de calor. Iba desde el clítoris hasta los brazos y piernas. Finalmente, las olas comenzaron a amainar y, por fin, supe que mi virginidad había desaparecido para siempre, y arrebatada por este hombre que me había arrancado la ropa.
Abrí los ojos para ver a Mason que miraba con esa sonrisa todavía en sus labios, esos labios que brillaban con mis jugos. Cerré los ojos de vergüenza. Ahora estaba despierta y consciente. Y totalmente desnuda. Busqué una sábana para taparme.
—Eres preciosa, no te cubras.
—No mientas… soy… —no fui capaz de decir la palabra.
—Estás jamona y eso me encanta —dijo aferrando sus dedos fuertes a mis muslos.
Agaché la cabeza y contuve las sensaciones.
Esa palabra había resultado poco agradable para mí, pero no se lo dije, no quise estropear el momento.
—¿Te gustó? — Mason me preguntó después de compartir un beso húmedo con el aroma de mi cuerpo en sus labios.
—Fue maravilloso. Fuiste maravilloso...
—Bien, ¿crees que podrás hacerlo?
—¿Hacerlo?
—Conmigo —dijo acostándose con la cabeza junto a la mía y llevando los brazos cruzados tras la nuca.
—¿Ahora?
—No, la semana que viene. Mira como me has puesto con tanto gemido —dijo elevando hacia arriba las caderas para que viera su erección totalmente en alto —te he dado placer dos veces y ahora mira como me has puesto. Ahora te toca solucionarlo.
—Yo... creo que sí—dije sintiéndome una completa inexperta.
—Ponte de rodillas y gatea sobre mí.
El tono uniforme de Mason volvió junto a su lado travieso.
Rodé sobre su estómago y me levanté lentamente. No quería decepcionar. Él habrá sido muy gentil y deseaba devolverle el favor.
—Así es, cariño, gatea hacia mí. Quiero que vengas aquí y los chupes — dijo, con las manos envueltas tras su nuca.
Mason me observaba mientras avanzaba sobre su cuerpo expectante. Mientras subía lentamente dudé, me preocupaba hacerlo mal. Mason vio que estaba nerviosa.
—Está bien, bebé, hazlo como hace unos minutos — dijo acariciando suavemente mi cabello —. Chúpame. Quiero que me lamas de arriba a abajo. Eso será suficiente — dijo empujando suavemente mi nuca hacia su erección.

Obedecí y lentamente usé la lengua para trazar círculos alrededor del capullo sonrosado. Y mientras lo hacía, noté que comenzaba a endurecerse como piedra. En ese momento, cuando el capullo rosado se puso rígido, me di cuenta de que estaba excitando a un hombre completamente sexy. Que lo tenía a mi merced mojándolo e incluso haciéndolo gemir y temblar. ¡Y todo esto simplemente lamiendo una pequeña parte de su cuerpo!
Con bastante más confianza tomé algo de iniciativa y cerré los labios alrededor de su pene, y dibujando pequeñas figuras con la lengua, lo introduje en mi boca. Era tan grande que la sensación me produjo arcadas que supe contener. No quería estropear el momento. Mason suplicaba a su reina y su reina era yo. ¡Yo!
—Mmmmm Gabrielle, eres muy buena en esto, haz lo mismo con mis huevos. Chúpame. Muérdelos. Haz lo que quieras. Soy todo tuyo.
—Mío… mío…
Repetí sabiendo que jamás había tenido nada propio. Siempre me había sentido una visitante hasta en mi propia casa. Una mujer poco digna de merecimiento. Valiente lo saboreé como a un polo.
Acaricié con mis dientes y disfruté al sentir su piel erizarse de placer. Sabía que lo estaba haciendo bien, no sólo porque Mason había dicho que era buena, sino por la forma sutil en que su cuerpo reaccionaba a cada toque. Mason gemía en voz alta y, en ocasiones, decía mi nombre con cierto toque de tortura excitante.
—Gabrielle, para, no quiero correrme todavía, bésame — suplicó.
Aparté los labios y sonreí traviesa. Lo miré y me negué.
Con su mirada entre extrañada y divertida volví a su cuerpo y me introduje el total de su polla dura en mi boca. El sabor picante y dulce me llenó cada recoveco de mis dientes.
—Mala mujer… —dijo Mason como pudo —. Nooo, buena chica, buena chica — dijo al sentir que chupaba cada vez más fuerte.
Estaba decidida a hacerlo bien y por ello me esmeré. No me importaba si los carrillos se me entumecían chupando.
—¡Oh, Dios! Gabrielle… No pares bebe…Mmmm ¡Fóllame! Sí, así Gabrielle, trágalo mi vida, por favor… oh, por favor, deja que me corra. ¡Lo necesito!
Mason no terminó su súplica porque siguiendo su consejo tragué su polla al completo.
—Gabrielle, sí… me corro… sí…
Con su polla dentro de mi boca no podía sonreír, pero igualmente lo hice. El hombre más guapo del universo se corría con un líquido espeso y ardiente dentro de mi garganta.
Al sentir sus espasmos relajarse lo fui quitando de mi boca. Su polla medio flácida chorreaba su semen junto a mi saliva. Y eso me hizo sentir totalmente plena. Me acosté sensual junto a su cuerpo y su brazo me arrastró hacia su torso.
—¿Lo hice bien?
—Creo que aún te falta práctica —contestó sonriente—¿Estás bien? ¿No ha sido mucho para tu primera vez?
—Estoy perfectamente.
Ambos nos reímos y agotados comenzamos a quedarnos dormidos. En pocos minutos su respiración se profundizó. Con cuidado para no despertarle estiré las sábanas y con una manta nos cubrí a ambos.
La felicidad me brotaba por los poros e iluminaba el pequeño salón de la casa de Oli. Oliver… pensé al encontrarme totalmente desnuda con otro hombre en su casa. Algo me hizo sentir incómoda. ¿Qué sucedería si en este momento él llegaba? Pensar en la reacción de Oli me hizo

sentir mal. Incluso sucia. Pero fue en ese momento que Mason se aferró a mi cuerpo y habló adormecido.
—Cinco minutos y me voy. No queremos que Oliver nos vea. Tendrás que mudarte a tu propia casa…
Sus palabras terminaron con voz divertida y lo abracé olvidándome de mi mejor amigo y su malestar. Mason hablaba de un futuro. Quería seguir viéndome. Esta no era la única y última vez. ¡No lo era! Él deseaba más… de mí… ¡de mí!

Esperanzas

Los días pasaban y la felicidad completa resplandecía en cada momento que Mason y yo nos encontrábamos a solas. Y ese era el problema. Nunca lo estábamos. La gente con sus miradas y sus comentarios en voz baja al vernos pasar no eran menores. Ellos pensaban que no los escuchaba, y tenían razón, no lo hacía, sin embargo, aún así, sabía lo que estaban diciendo, y lo que era mucho peor, el cuerpo al que criticaban.

—¿Entonces, ese es tu novio?

Una compañera me preguntó alargando las palabras y caminando con la mirada fija en la espalda de Mason sin esperar mi respuesta. Así era siempre.

Ninguna de las chicas podía creer que una muchacha con curvas exuberantes como las mías pudiera conquistar a un adonis como él. Mason, aunque era terriblemente guapo, a mi lado parecía relucir aún más, o al menos eso me imaginaba al notar como no existía chica que no se quedara con la boca abierta al verlo caminar junto a mi.

Y todo ello no hacía más que acrecentar mi falta de amor por mi misma. Mason no cesaba de decirme que estaba guapa, pero aquello terminaba por molestarme aún más. Era como si supiera que necesitaba su refuerzo. Conseguía hacerme sentir peor, y aunque se lo dijese, él insistía en creer que lo necesitaba.

Una tarde de frío me fui a casa. No deseaba quedar con Mason. O, mejor dicho, sí lo deseaba, lo que no deseaba era escoger ropa, mirarme al espejo, y volver a preguntarme qué veía un hombre como él en alguien como yo.

A veces, mientras compartíamos momentos efímeros, mi mente divagaba hacia Oliver, ¿qué pensaría él de todas mis dudas?

Sentada en la cocina sola con mis pensamientos Oli llegó por la espalda y me extendió una taza de té caliente. Me miró con una expresión comprensiva y amigable.

—¿Cómo estás?

—Ya no me llamas Belle… —dije bebiendo la infusión con espíritu melancólico.

—Sí que lo hago.

—No, no lo haces. Pero no importa.

—¿Y qué es lo que te importa? ¿Mason tal vez?

—Mason es increíble, pero...

—¿Pero?

—No lo sé. No estoy segura. ¡Ay Oli! No me entiendo ni yo misma.

—Entonces no puedo ayudarte. Tus sentimientos no me pertenecen.

Oli se sentó en una silla junto a la mesa.

No estaba lejos, después de todo, el apartamento era igual a una caja de cerillas a medio abrir, sin embargo, lo sentía tan distante…

Desde el mes que llevaba con Mason Oli se había convertido en un amigo al que ya casi no conocía.

—No me siento bien.

—Y es por Mason.

—¡No! No —contesté a toda velocidad —. Él es muy atento y cariñoso. Siempre está pendiente de todo lo que necesito. Incluso antes —dije con algo de aspereza—. Soy yo y mis malditas inseguridades. Dime, ¿no te has preguntado por qué un chico como él está conmigo?

Él se silenció demasiados minutos para una confianza tan precaria como la mía.

—Ves, tú también crees que soy poco cosa. ¡Eres igual a todos los que nos miran por la calle!

—¿Los que los miran? Escúchame bien —Oli se puso en pie golpeando la mesa con la taza. Jamás lo había notado tan enfadado. Sus gestos y sus movimientos de brazos consiguieron asustarme —no pienso repetirlo. Si alguien vale menos que el otro, ese es él. ¡Él!
—¿Qué estás queriendo decir? ¿Lo estás acusando de algo?
—Solo intento decir que tú mereces lo mejor. Si estás enamorada de Mason, seguro que es él quien no te merece.
Oli se quedó en silencio y yo también. Me estaba preguntando si lo amaba ¿lo hacía? No estaba segura. mintiendo.
—Buenas noches. Me voy a la cama —contestó acariciando el puente de sus gafas.
—Espera… Quiero que hablemos —dije suplicante.
—No tengo valor para escuchar —contestó antes de cerrar la puerta de la habitación de la misma forma que estaba haciendo con su corazón. Oli me daba la espalda sin ninguna explicación. Estaba claro que Mason no terminaba de encajar, y teniendo en cuenta que eran amigos de antes, la única razón lógica de su comportamiento era que me veía muy poca cosa para un chico como él. Quien sabe, igual hasta temía que tantos rumores de la gente me hicieran daño, después de todo ¿quién era yo más que la gorda de las perpetuas dietas defectuosas?
Me sequé las lágrimas y fui a la cocina. Miré la tableta de chocolate, y cuando estaba por morder, pensé en Mason y en mis kilos de más, los rumores de las personas… Con energía lancé la tableta al suelo. La pisé una y otra vez hasta convertirla en cacao húmedo y pegajoso contra las baldosas. Entonces, me dejé caer en la madera fría y me puse a llorar. El teléfono comenzó a sonar, pero no fue hasta que pude ponerme en pie cuando pude mirar la pantalla.
—Hola bebota, ¿cómo estás?
Las frases cariñosas de Mason consiguieron arrancarme una sonrisa junto a una lágrima de tristeza. Me hubiera gustado decirle que bebota me sonaba a grandota y grandota a gorda, pero no me atreví. Cuando estaba junto a él temía mostrar mis inseguridades. Él era el primer chico totalmente interesado en mí, y yo, como siempre, iba a estropearlo.

Hola guapo

Escribí con diversión simulada porque por dentro me sentía una basura despreciable. Una mujer inservible hasta para amar. Y mucho menos ser amada.

Mañana te paso a buscar por la librería, tengo que comprar unos vaqueros y necesito de tu opinión experta.

Miré la pantalla una y otra vez antes de contestar.

Me parece bien. Te dejo porque es tarde. Buenas noches, Mason.

Buenas noches, sueña conmigo.

Y tú conmigo

Contesté de forma obligada. Entre él y yo no existían los te quiero. Era muy pronto y lo comprendía. Una psicóloga a la que estuve yendo por más de dos años me dijo que los sentimientos eran cuestión de tiempo. Que Mason me expresara la palabra prohibida, y a la vez tan deseada, en ese momento era el menor de mis males.
¿Ir con él de compras? Eso significaba que debería ver cómo se vestía, salir del probador y mostrarse ante la atenta mirada de las vendedoras… Me escondí bajo las mantas y cubrí mi cabeza como el avestruz bajo un gurruño de sábanas arrugadas.

La dichosa tarde llegó al otro día. Me subí a su coche con los nervios rompiendo mis uñas. Apenas abrí la boca en todo el viaje. Nos bajamos en el centro comercial y me instalé la sonrisa falsa que solía utilizar cuando creía que alguien mal intencionado me observaba. Entramos a la tienda y la vendedora se puso a la obra.
Le ofreció las tallas que Mason necesitaba.
Esperé fuera.
A pesar de todo lo que me pude haber imaginado la muchacha fue de lo más amable. Al salir del probador lo halagaba, pero sin mucho exceso, incluso sonrió conmigo cuando él hizo alguna que otra broma.
Pagamos y nos acercamos a un café cargado de bolsas. Hasta yo me había animado con una boina nueva de color verde. Mi nuevo color preferido habitual.
Mason insistió en que comprase un par de jersey, pero me negué en rotundo. No sufriría con él a mi lado la desdicha de las tallas pequeñas y las arrugas en mi tripa.
Con Oli, sí me gustaba hacerlo, después de todo ambos solíamos reírnos sin parar. Si una prenda no nos gustaba salíamos amenazando con un libro de quejas que nunca llegábamos a cumplimentar. Ambos criticábamos a las cara de palo amargadas mientras tomábamos un helado con los labios entumecidos en carcajadas.
—¿Por qué esa sonrisa traviesa?
—Nada en especial.
Mason comenzó a pedir nuestros cafés en una cafetería cercana y no me expliqué. A veces sentía que el nombre de Oli no terminaba de gustarle. Y yo, por supuesto, evitaba nombrarlo. Mason era mi cielo y mi primera relación seria. Él merecía todo mi esfuerzo.
Después de ese día me fui a casa contenta conmigo misma. Quizás no estuviera todo perdido. Quizá no todo el mundo me veía como yo lo hacía… Quizá existían chicas como esa vendedora que no juzgan con solo una apariencia.

Qué siento

—¿Qué haces con toda esa montaña de libros?
—Me apetecía leerlos.
—*Tú puedes. El poder de ser tú misma. El sexo y…*
—¡Ya basta! —dije quitándoselo de las manos.
—¿Desde cuándo te van las mierdas de autoayuda?
—Desde que las pusieron en rebajas. Además, me hacen un veinte por ciento de descuento. Y no son tan mierdas…
Oli miró desde arriba las portadas mientras yo intentaba ocultarlos escondiéndolos bajo la cama.
—Estás muy rara.
—¿Yo?
—Sí, estás un poco más… no sé, distinta. Imagino que Mason te hace bien.
Y allí estaba otra vez. Parecía que últimamente no podía hablar sin tener a Mason en su boca.
—No todo se debe a él. También lo hago por mí —dije dejando de tapar estúpidamente el nombre de los libros—. Verás, no ha sido fácil, estoy comenzando a sentirme como una chica más. Y eso me gusta.
—Siempre has sido una chica.
—Ya sabes lo que quiero decir, tú me conoces mejor que nadie. Conoces mis inseguridades.
—Se te nota feliz. Si Mason es el autor, me alegro por ti. Lo que es bueno para ti lo es también para mí.
Me lancé a los brazos de Oli en el momento justo en que agachaba la cabeza para darme un beso en la mejilla.
—Siempre seremos amigos. Te quiero muchísimo.
—Yo también te quiero muchísimo.
—Viernes…
Ambos nos abrazamos como antes. Como cuando Mason no existía en mi vida.
—¿Palomitas y peli? —dije entusiasmada al sentir que recuperaba a mi amigo ausente.
—No puedo. He quedado.
—¿Otra vez? ¿Tal vez una chica? —Oli no contestó y lo seguí hasta su habitación —. ¿Es guapa? ¿Estudia o trabaja?
—Te pareces a tu madre.
—¿Por qué tanto misterio?
—No es ningún misterio, es una compañera de trabajo y solo hemos quedado para tomar unas cervezas.
—Sí claro. ¿Y vas a traerla para que la conozca? ¿Quieres que te deje la casa? Puedo quedarme en el apartamento de Mason.
—No hace falta. Es solo una cerveza.
Oli dejó un beso suave en su frente y se metió en la ducha.
Me marché hacia la sala calmando mis nervios. Si Oli me contestaba que sí deseaba que me marchara de su casa no habría sabido a dónde ir. En el mes que llevaba junto a Mason él nunca me llevó a su casa.
Me senté y me puse a leer el último libro de la inmensa pila. Estaba comenzado y hasta con post-it de colores marcando frases tales como: *Expresar tus sentimientos es fácil cuando se quiere*.
Sonreí al darme cuenta de que a Oli siempre le decía lo mucho que lo quería. Y él a mí. Con él todo era fácil.

Lo complicado siempre era con Mason. Pero claro, con Mason tenía sexo y con Oli no. Y todo el mundo sabe que el sexo siempre lo complica todo.
Calenté una jarra de té y me puse manos a la obra. La autoayuda, una noche de estudios interminables, y yo, seríamos solo una.

—Pero ¿qué? ¡Ya voy!
—Holi, soy Oli. Oli soy Holi —la carcajada de Oliver se sucedió junto a un tropiezo de sus propias piernas —. Olvidé las llaves. Oli, soy Holi… me que olvi.
La rima de palabras le hubo de parecer divertida porque nada más entrar se sentó en el sofá. O sea, mi cama. Y recostando la cabeza en mi almohada se puso a reír.
—¿Estás bien?
—No. Me late la cabeza.
—¿Cuánto has bebido?
Me ajusté la camiseta del pijama para que no se escaparan mis reinas, como las llamaba Mason, y caminé hacia la cocina para traerle un vaso de zumo de naranja.
—No puedo beber. Todo me da vueltas. Vuel…tasssss.
—¿Qué has bebido?
—No lo sé.
—¿No fue alcohol?
—¿Entonces qué?
Mi mano sostuvo su espalda mientras intentaba sentarse.
—Un cigarrillo. O dos.
—¡Un porro! ¿Tú?
—Sí, yo, ¡qué pasa!
Su indignación se sumó a un intento de mover las piernas que lo detuvieron en la misma posición.
—¡No te muevas o te vas a caer!
—¡No soy ningún idiota! ¡No lo soy!
Mis palabras lejos de calmarlo consiguieron que mi frase fuese profética.
Oli perdió el equilibrio al intentar ponerse en pie. Ambos caímos de culo en la alfombra acolchada.
Y allí estaba otra vez. Su carcajada mezclada con el enfado. Oli estaba en un estado de subidas y bajadas incomprensible.
—No estoy bien.
—¿Qué pasa Oli? Últimamente no eres tú. Sabes que puedes confiar en mí.
—Tú…
—Sí, yo. Somos nosotros, Oli. Somos los mejores amigos.
—Amigos…
—Sí, Oli, háblame.
—No soy ningún idiota. Soy un hombre. Y a algunas chicas hasta les gusto.
—Les gustas a todas —dije acariciando su rostro pálido por el malestar —. Eres un chico fantástico.
—Pero no como él.
—¿Él?
—Mason. Él quita el aire. Yo no quito nada… O casi nada. ¿Sabes? Se quitó la ropa.
—¿Quién se quitó la ropa? ¿Y qué tiene que ver Mason en todo esto?

—¿Mason? Yo no he hablado de él.
—Sí, lo has hecho, pero ahora no importa.
Me senté a su lado y Oliver dejaba de reír con una sonrisa falsa para sujetarse la cabeza.
—Apóyate en mí —puse mis manos en su cuello y lo apoyé en mi pecho. Con la respiración más calmada me abrazó con suavidad por la cintura.
—Belle… ella quería. Yo no pude.
—¿Ella?
—Samanta. Es de la oficina de Londres. Ha venido por unos días. Ella quería follar y yo... Holi… olvi…
Sus palabras se perdieron en mi pecho. Parecía comenzar a calmarse.
—¿Y por esa chica fumaste esa mierda? ¿Ella te lo pidió? Te creía más inteligente.
Mi voz sonó enfadada, aunque la verdad fue que lo que sentía resultó ser mucho más feo. Escucharle hablar de esa chica me hizo sentir rabia hasta el estrellado. ¡Sí! Una rabia que me carcomía por dentro. Esa mujer llevaba una semana y había conseguido que un chico prudente y maravilloso como Oliver fumara porros.
—¡Eres idiota!
Oli se alejó de mi pecho enfocando sus ojos vidriosos en mi rostro.
—Sí, eres estúpido. ¿Por qué lo hiciste? Meterte drogas por una pelirroja de bragas rotas.
—¿Qué pelirroja?
—¡Me importa un cuerno sus pelos!
Los pies le resbalaron, pero no aceptó mi ayuda.
—Vete a tu cuarto. Te llevaré un té con algo para que se te pase el colocón. Sois todos iguales…
Mis refunfuños continuaban cuando sus manos me sujetaron por los hombros con una fuerza extraordinaria. Una que no conocía. Oli siempre era bueno, cariñoso y de gestos suaves.
—¡Con lecciones de moralidad a Santa Rita!
—Pero ¿qué dices? Estas colgadísimo. Será mejor que te vayas a dormir la mona.
Intenté soltarme pero no pude. Sus dedos fuertes me lo impidieron.
—¡Digo que los cuentos te los cuentes! No soy yo quien se bajó las bragas con el primer imbécil que le hizo ojitos.
—¡Qué dices! —Mis hombros bailaban con mis pies intentando zafarse —¡Mason no es un imbécil! ¡Y no me bajó las bragas! ¡Me las bajé solita!
Sus dedos fuertes me soltaron como si de repente mi cuerpo ardiera como el hierro al rojo vivo.
—Será mejor que me vaya —. Se giró hacia la puerta de salida.
—Me iré yo. Esta es tu casa.
Estaba furiosa. Sus palabras habían conseguido herirme más allá de la lógica.
—Necesito tomar el aire. Vete a dormir —dijo mirando mi pijama de arriba a abajo.
—Me iré. No puedo seguir viviendo bajo tu techo si piensas que soy… Eso que piensas.
Oli me sujetó por los hombros nuevamente y tras mi espalda me hizo girar en el momento en que me dirigía hacia el armario en busca de mi mochila de viaje.
—Por favor, vete a dormir y perdona todo lo que he dicho. Tienes razón, soy un completo imbécil. Belle, me duele la cabeza, estoy colocado y siento como si tuviera dentro una mano que me aprieta y destroza en pequeños pedazos.
—Deja que te ayude. Dime que te pasa.
Sus párpados se cerraron agotados y toda la furia que yo sentía se desvaneció. Alzó la vista y me miró con los ojos aún brillantes por el humo de las drogas.
—Solo necesito aire fresco.

—Iré contigo —dije buscando mis vaqueros del suelo.
—Necesito estar solo.
—Hubo una época en que éramos mejores amigos y nos lo contábamos todo —le reproché buscando poder entrar en su doloroso secreto.
—Volveré pronto. No te preocupes.
Se fue dejándome con lágrimas en los ojos. En ese momento, al verlo marchar, yo también sentía una mano que me atravesaba el pecho y me presionaba el corazón hasta dejarlo sin aire.
El amanecer llegó demasiado rápido.
Me puse en pie y de puntillas me acerqué hacia la habitación de Oli. ¿Quizás me quedase dormida y no lo viera entrar?
—No está.
Mis palabras resonaron en el pequeño apartamento mirando de un lado a otro. Preocupada sujeté el teléfono, y aunque lo dudé, hice lo que cualquier mujer preocupada por su mejor amigo hubiese hecho. Lo llamé.
—Sí… —su voz pastosa sonó después de haber llamado tres veces sin recibir respuesta.
—Oli, ¿estás bien? Me tenías muy preocupada. Es tarde y no has vuelto a casa. No sabía si irte a buscar a los hospitales o si…
—¿Quién es? —Una voz de mujer adormilada sonó alto y claro al otro lado.
—Estoy bien.
—¿Estás con alguien?
—Corta guapo, aún no he terminado contigo… —la otra voz respondió a mi estúpida pregunta.
Por supuesto que estaba con alguien. Seguramente fuera la pelirroja de idioma extranjero y ojos azules.
—Tengo que cortar.
Oli dejó de hablar y yo me quedé con el móvil en la mano mirando a la pantalla oscura.
¿Qué esperaba escuchar? ¡Y yo que sé! Igual que estaba solo en una plaza y me pedía que lo fuera a buscar. O que me echaba de menos y sentía lo idiota que había sido al hablarme de esa forma. ¡O cualquier cosa menos encontrarlo desnudo en la cama de una bomba sexual!

Qué me pasa

Durante dos días, Oli no apareció por casa. Y cuando lo hizo fue para decir que pensaba quedarse unos días en casa de Samanta. Cuando le dije que si quería podía irme. Me sonrió como solía hacer y restándole importancia me dijo que la muchacha se iría en unos días a su país y que deseaba aprovechar el tiempo. Con esas palabras me besó en la frente y se marchó. De eso hacía ya cuatro días. ¡Cuatro!

Le envié unos mensajes a los que respondió de forma corta y escueta. E incluso, a veces, con el chillido agudo de una inglesita insoportable de fondo.

Debo de decir que, intrigada, busqué su foto en Instagram.

Y después de pocos intentos la encontré. Me bastó con ver a una *sam23* entre los amigos recientes de Oli para poder saber que era ella. La muy cretina había subido fotos abrazándolo como si fuera suyo.

Solté el teléfono furioso. ¡Cinco fotos en su perfil! ¿Por qué él no me había contado que iban en serio? ¿estaba enamorado? Y sí ¡era pelirroja! Más rubia que roja, pero ¡por qué lo había negado!

Me puse a revolver el café con el palillo de madera muy disgustada. A las amigas no se las engañaba. Si estaba enamorado de la inglesa insoportable, ¿por qué no lo confesaba? Después de todo yo tenía a Mason…

Oli era un chico que a todas gustaba. Su carácter era divertido, sabía escuchar, era muy comprensivo y siempre estaba dispuesto. Y ese cabello oscuro rebelde con esas gafas sin marco dándole un toque de extremos encantadores. Era como Súperman escondido bajo el disfraz de Clark Kent.

—¿Trabajarás algún día?

—Por supuesto que sí, señor Harland —dije pensando en no mandarlo a freír espárragos tan arrugados como su pene—. En este mismo momento estaba con esta señorita —dije acercándome a una muchacha que se puso roja como un tomate al verme —. ¿En qué puedo ayudarla?

—Yo buscaba… buscaba… un libro.

El señor Harland se marchó rumiando algo sobre la estupidez humana y yo respiré aliviada. Al menos por el momento no perdería mi trabajo.

—Tranquila … —dije con algo de culpabilidad—si necesitas algo me avisas.

—La realidad es que sí necesito ayuda. Deseaba un libro, ya sabes…

Mis ojos se abrieron más de lo habitual y mi oreja se le acercó a su rostro para poder escuchar su voz cada vez más apagada.

—Esta es una librería. Y hay muchos libros.

La muchacha sonrió de mis movimientos entre interesantes y divertidos. Algo más relajada habló en voz aún más baja.

—Busco libros eróticos.

—¿Alguno en especial? —dije caminando hacia la sección para que ella me acompañara.

—A decir verdad, sí. No recuerdo a la autora, pero el libro se llama —dijo escondiendo la voz avergonzada —. *Entre páginas ardientes*. Leí el primero y me encantó. Me gustaría llevarme la serie completa.

—Por supuesto —contesté caminando hacia la estantería—. Aquí tienes toda la saga. Puedes mirarlos tranquilamente. Yo estaré cerca por si deseas llevarte algún otro.

—Muchas gracias —dijo respirando profundo.

—Y, por cierto —le dije en voz baja y con una sonrisa de oreja a oreja—. No tienes que hablar en voz baja. Es un género maravilloso y somos muchas las adoramos leerlo.
Le guiñé un ojo y su rostro se iluminó.
—¡Señorita!
—Me llaman. Pero estaré cerca para lo que necesites.
—Gracias.
Caminé hacia la señora con dos hijos que se peleaban entre ellos y me dispuse a trabajar.
Y, por encima de todo, intentando olvidar a las odiosas inglesas pelirrojas, y sin pensar por un solo minuto en que el cabello del niño más pequeño era tan negro y rebelde como el de Oli.

Una tarde, de la cual ya no me acuerdo ni el día, mi amigo apareció por la casa como si nada. Cuando le pregunté por Samanta me contestó con evasivas por lo que no terminé de enterarme si seguía en Madrid o si al fin nos habíamos librado de ella.
Porque era indiscutible, esa mujer terminaría por separarnos, si no, ¿porque no había venido a casa ni una sola vez? ¿Tan buena era ella en la cama que llevaba días sin aparecer?
—¿Vas a salir?
—Sí.
—Con Mason, imagino.
—Sí. ¿Y tú? No vas a salir con… ella.
—Esta noche tengo partida —se puso los cascos del ordenador y no volvió a hablarme.
Me marché con algo de pena. Llevaba dos meses aumentando mi confianza personal y estos pequeños detalles me hacían caminar por la cuerda floja. Desde que estaba con Mason comenzaba a creerme capaz de hacer sentir a un hombre lo que otras chicas más delgadas podrían. Y aunque el discurso de autoayuda me enseñó que siempre tratara de ser yo misma por mí misma, la realidad era que dejar de ser virgen, y tener un chico guapo interesado en mí, consiguieron mucho más que los tres años pagados a la terapeuta y los cien euros gastados en libros. porque a veces no son las palabras las que se necesitan sino los hechos. Y la realidad era que Mason me hizo despertar como mujer. Él me acariciaba y hacía el amor a todo mi cuerpo. Y aunque mi timidez seguía siendo importante, no lo era tanto en el momento del gozo. Incluso llegué a comprarme un par de blusas ajustadas y unos vestidos de lo más sugerentes. Lástima que a medida que confiaba más en mis cualidades femeninas mi amigo se distanciaba más de mí.
¿Estaba enamorado de esa chica? entonces ¿por qué no lo hacía feliz? ¿estaba yo enamorada de Mason? ¿Él me hacía feliz?
En ese momento sonó el timbre y corrí a abrir la puerta. La sonrisa tonta que se me puso al verlo me causó gracia hasta a mí.
—Que guapa estás. ¿Llevas lencería sexy?
Le chisté mostrándole hacia el ordenador para que viera a Oli, pero, como siempre, hizo lo que quiso. Mason era un espíritu libre y con sus propias reglas.
—Está con los cascos… y qué importa si oye, soy yo el que te follará esta noche.
Oliver se puso en pie, saludó desde la distancia, y se llevó el portátil a la habitación. No sin antes cerrar la puerta con estruendoso ímpetu.
—Creo que te ha oído —dije mirando incómoda hacia la madera maciza.
—Mejor. Así deja de imaginar que es él quien te folla.
—No hables tonterías. Oli jamás pensaría en algo así.
—Y tú no seas tan ingenua.
—Sale con una chica. Una pelirroja inglesa muy guapa.

—¿Ah sí? ¿Y tú crees que querrá que juguemos los cuatro?
—No me gustan los juegos de rol.
—Nena, no me refería a ese tipo de juegos. ¿Dices que la inglesita es guapa?
—¿Quieres hacer el amor con ella?
—Nena, yo no hago el amor. Yo follo. Y no sería solo con ella, tú también te llevarías algo.
—¿Hablas en serio?
—Vamos a cenar. Esta noche solo follaré contigo.
Me dio un beso de esos ardientes que quitaban las palabras mientras mis pensamientos seguían en un sitio incómodo.
A veces Mason conseguía hacerme dudar de si en realidad estaba en una relación o si solamente éramos dos adultos que quedábamos para, como a él le gustaba decir, follar.
Fuimos a cenar a pesar de que no tenía nada de apetito. Después, como siempre, terminamos en mi sofá. Dos embistes directos y profundos, y se volvió a vestir.
—Nunca vamos a tu casa —mencioné con valor. Pero poco. Odiaba que pudiera enfadarse conmigo.
—Soy un desastre. Lo tengo todo descolocado. No te gustaría.
—No me importa. Yo tampoco soy el orden absoluto —dije mostrándole un salón convertido en mi habitación.
—Otro día —dijo besándome con fiereza—. Mejor me voy a o no respondo de mis deseos. Mañana no trabajas, ¿no?
—Es mi día libre.
—Entonces si estás sola me paso y follamos sin tener que mordernos la lengua por culpa de tu amiguito.
—La casa es de mi amiguito, además nunca he visto que te mordieras mucho la lengua —dije recordando que más de una vez se lo pedí, pero como no, Mason no obedecía órdenes de nadie.
—Ya sabes a lo que me refiero. Mañana te follaré hasta en su cama.
No llegué a protestar porque el beso profundo y el portazo que dio al salir fueron más rápidos.

—Buenos días —Oli estaba vestido y bebiendo café en la cocina —. ¿Todo bien? —pregunté al ver su rostro.
—Sí, todo bien.
Su respuesta resonó vacía, como si llevara consigo un peso que no quería compartir.
Me senté frente a él con algo de culpa. Un sentimiento que me inundaba últimamente cada vez que nos encontrábamos. Al verlo sentía una congoja extraña.
—Algo no está bien, Oli, puedes contar conmigo.
—No es nada, de verdad, solo estoy cansado —dijo evitando mi mirada.
—Oliver, somos amigos. No puedo ver que te sientas así y no preguntar. ¿Qué está pasando?
Me evitó jugueteando con la cuchara de su taza. La tensión en el aire era palpable
—Oli, ¿es por ella? ¿Quieres que me vaya de tu casa?
El silencio se apoderó de la cocina antes de que finalmente levantara la mirada.
—No quiero que me dejes.
Aliviada le ofrecí una sonrisa tranquilizadora. Y no porque no deseara volver con mi madre. Oli era mi mejor amigo, mi imprescindible de vida —. Si hay algo en lo que pueda ayudarte...
—Solo necesito tiempo.
—No puedo seguir viéndote así…
—Es complicado, además, estás tan enamorada y feliz, no quiero arruinarte tu dicha.

—La felicidad no tiene sentido si no la compartimos con aquellos que más queremos. Dime ¿qué pasa?
—¿Y yo soy uno de esos a los que más quieres?
—Por supuesto que sí. Sabes que te quiero más que a nadie.
—Creo que ahora sí que hay un nadie más importante.
Oliver se sumió en un profundo silencio.
—Siempre has sido mi mejor amigo. Eso no cambiará nunca.
—Claro. Nunca cambiará.
—Por supuesto que no.
Me acerqué para abrazarlo. Oliver correspondió al abrazo, pero algo en su gesto revelaba una tristeza profunda. Después del abrazo fue a por su mochila y se marchó hacia su trabajo.
Mientras preparaba una taza de té me sentí sumida en una confusión abrumadora. Me sentí extraña todo el día. Y los siguientes. Y a medida que mi interior se revolvía la felicidad con Mason se volvía agridulce. Los días que siguieron estuvieron marcados por la distancia en la que el silencio de mi mejor amigo se tornaba cada vez más inquebrantable y doloroso. Mis sentimientos se mezclan como un puré de patatas con el tenedor. Quería tanto a Oli que su dolor era el mío. ¿Por qué no se sinceró y me explicaba de una vez por todas que lo estaba llevando a tal depresión?

Qué es el amor

Hola, ¿follamos?

Los mensajes divertidos de Mason no tenían tanta gracia.

Son las dos de la mañana y estoy durmiendo

Contesté, porque a pesar de todo, siempre le contestaba. Temía perderlo. Era un sentimiento que me embargaba cada mañana al despertarme y cada noche antes de acostarme. Él era la medicina que necesitaba mi autoestima para seguir respirando. El oxígeno que mi feminidad enfermiza y ahogada buscaba.

Entonces lo dejamos para mañana.

Mejor

Qué descanses

Y tú

La mañana del domingo había amanecido soleada. El invierno daba paso a la primavera y la primavera al color esperanza. O por lo menos así me sentía yo cuando Mason dijo que me llevaría a conocer a sus amigos. Me desperté y me duché poniendo especial énfasis en mi cabello. Esa era la única parte de mi cuerpo que jamás recibió críticas por mi parte. De un color castaño brillante me gustaba el tornasol que se producía cuando los rayos me daban de lleno.
Me puse un vestido de manga corta y flores con unas zapatillas muy cómodas. Mason dijo que eran una pareja muy alegre y quise que mi vestimenta estuviera acorde a los dueños de casa.
El cálido aroma de la barbacoa flotaba en el aire mientras nos encontrábamos en el jardín de la casa de Blake y su pareja Sofía. La tarde era tranquila. Con el sol despidiéndose lentamente en el horizonte, pintando tonos cálidos en el cielo, era uno de los mejores días de mi vida. La tarde se pintaba en el paisaje como si deseara darse un momento de respiro.
—¡Qué bonita se ve la mesa! ¿Necesitan ayuda con algo más?
Blake, con una cerveza en la mano, asintió agradecido.
—Sería genial, Gabrielle. ¿Podrías traer los platos del interior? Seguro que Sofía está haciendo equilibrio para traerlo todo de una vez.
—Por supuesto.
Más que dispuesta me dirigí hacia dentro de la casa.
—Muchas gracias. Perdona este desastre, pero recién nos mudamos.
—Eres española ¿no?
—¿Tanto se me nota?
—No, yo solo quise decir…
—Tranquila. Hablo fatal el inglés. Sí, soy española, pero por trabajo de Blake vamos y volvemos continuamente, por eso compramos esta casa. La verdad es que me siento muy cómoda, pero deseo volver a casa. Nuestra hija nos espera.
—¿Tenéis una hija?
—Sí, se llama Emily, y es preciosa.
Contestó con la sonrisa iluminada a la vez que cogiendo las bandejas hablaba de la pequeña

como si fuera la personita más inteligente del universo.
Al regresar sonriendo por lo mal que se le daba la cocina ambas quedamos en silencio al notar cierta tensión en el aire. Mason ya no estaba junto a Blake.
Sofía se acercó a su esposo, y este de forma inmediata, la recibió con un beso en el cuello.
La comida se produjo sin altercado alguno, y aunque la tensión se percibía de a momentos, ambos anfitriones lo ocultaron perfectamente. Todos parecían disfrutar. Todos menos Mason. Sus labios apenas se abrieron en toda la comida. En el momento en que recogimos los platos sucios del almuerzo, y viendo que tanto Blake como Sofía se alejaban hacia la cocina, me acerqué para hablarle con voz suave.
—¿Todo bien?
Mason tomó un sorbo de su cerveza antes de responder.
—¿Qué piensas de Blake y su esposa?
—Son geniales. Muy amigables. Hacen que me sienta muy a gusto.
La respuesta pareció no ser la que Mason esperaba. Su expresión se oscureció y una sombra de desagrado cruzó su rostro.
—Me parece que te agradan demasiado.
La sorpresa y la confusión se apoderaron de mí. No entendía por qué Mason estaba tomando esa actitud.
—¿A qué te refieres?
—Solo digo que no me gustaría que te acerques demasiado a ellos.
Las palabras de Mason resonaron en el aire creando una barrera incómoda. En ese momento Sofía me pidió ayuda con el postre y lo dejé en el jardín solo con su cerveza y una gran parte de mi inmenso desconcierto.
Blake y su esposa siguieron portándose tan amablemente que no supe qué pensar. ¿Qué intentaba Mason con su actitud de niño malhumorado?
La barbacoa continuó en un ambiente extraño por mi parte. Las risas y charlas animadas de Blake y su esposa contrastaba con la tensión palpable entre Mason y yo. La tarde, que prometía ser agradable, se había teñido de un matiz desagradable que dejaba un sabor amargo y espeso.
A medida que avanzaba la tarde la brecha entre Mason y yo se hacía más evidente. Intenté participar en las conversaciones animadas, pero cada intento que hacía me encontraba con una mirada fría por parte de mi chico. Me hubiera gustado hacerle miles de preguntas, sin embargo, tendría que esperar, no tenía intención de quedar como una maleducada.
Después del café, y sin previo aviso, Mason me llevó a un rincón apartado del jardín. El matrimonio nos observó y se limitó a entrar en la casa a por unos helados. Estuve totalmente segura de que fue una excusa.
—¿Qué estás haciendo? Me haces pasar vergüenza.
—¿Yo a ti?
—¿Qué has querido decir?
—¿Me puedes decir qué está pasando? ¿Por qué estás tan distante?
—No me gusta cómo te relacionas con ellos, Gabrielle.
—Son tus amigos y soy educada. ¿Qué tiene eso de malo? Creía que esa era la forma civilizada de actuar.
—No me gustan tus puntos irónicos. No quiero que te acerques tanto a Blake y a su esposa. Esa es mi decisión.
—Pero ¿Por qué? Son buena gente. No te entiendo. Tú mismo me invitaste
—Estás siendo demasiado amable y no quiero que te relacionen con ellos.

La frustración y la confusión se apoderaron de mí. No entendía por qué Mason estaba tan firme en su postura. Busqué sus ojos en busca de alguna pista, pero me encontré una muralla impenetrable.
—No puedo simplemente alejarme de ellos. No sin una razón.
—La razón soy yo.
La conversación quedó suspendida en el aire dejando un sabor amargo cuando los dueños de casa regresaron al jardín.
Miré hacia donde Blake y su esposa disfrutaban de la velada preguntándome cómo algo que parecía tan inocente podía desencadenar tal determinación por parte Mason. La pareja era adorable. Y principalmente. Se adoraban. El amor posee ese rasgo tan propio del agua. Es capaz de escabullirse a pesar de que se intente contener. Blake y Sofía eran una presa cargada de amor incontenible.
El crepúsculo pintaba el cielo con tonos dorados mientras la tensión entre nosotros oscurecía el ambiente. La noche avanzó entre risas y charlas animadas, pero la brecha entre Mason y yo persistía como una sombra insoportable. Cuando decidimos que era momento de irnos la tensión cortaba el cielo.
—Ha sido genial tenerlos aquí, chicos, esperamos volver a tenerlos en casa.
—Y por favor no dejes de llamarme. No tengo muchas amigas.
—Te llamaré —contesté sin girarme para no ver el rostro malhumorado de Mason.
La despedida fue cariñosa pero la atmósfera helada entre Mason y yo no pasó desapercibida.
Mientras conducimos de regreso a casa el silencio se apoderó del interior del coche interrumpido solo por el susurro del viento y el suave sonido de la música en la radio.
—Necesitamos hablar de lo que sucedió.
—No hay nada que hablar.
La respuesta era una muralla impenetrable y yo me sumía en un desconcierto que no podía resolver. Al llegar a casa la tensión alcanzó su punto álgido.
—No puedo simplemente dejar de relacionarme con tus amigos. Esto no tiene sentido. Me llevas a conocerlos y luego te enfadas como un niño caprichoso. ¿Se puede saber qué te pasa?
—Te lo he dicho, mis decisiones son definitivas.
La frialdad en sus palabras resonó en el pasillo de entrada dejándome con una sensación de impotencia absoluta.
La despedida fue un beso en la mejilla.
Mientras se marchaba me quedé sola en la oscuridad sumida en mis pensamientos turbulentos. La noche que prometía ser agradable se había convertido en un capítulo doloroso de nuestra historia. Un capítulo en donde las grietas se volvían más evidentes en cada uno de nuestros desencuentros.

Sin comprender nada de nada las luces de la sala se encendieron. Oli se encontró con los restos de mi cuerpo envueltos en una manta y los ojos inflamados de tanto llorar.
—No sé qué ves en ese tipo, Gabrielle. Siempre te hace sufrir. Y no mientas diciendo que es la primera vez que lloras por él. Porque sé que no es verdad.
—No he dicho nada.
Mis lágrimas se mezclaron con la frustración mientras observaba a Oliver caminar por la pequeña sala.
La dualidad de mis sentimientos se desplegaba ante mí. El silencio que siguió resonó como un eco de mis propias dudas. Las paredes de la casa parecían ahogarme con susurros de desesperación. Mason ocupaba mis pensamientos, su imagen y nuestras complicadas conexiones

se entrelazaron en mi mente. ¿Cómo podía querer a alguien que me hacía llorar tanto? Esta no era la primera vez, Oli llevaba razón. El carácter de Mason era cada vez más posesivo y autoritario. Mientras mi mente daba vueltas en círculos las lágrimas continuaron su danza solitaria por mi rostro inflamado por la angustia.
—Lo que tienen no es amor…
—Nunca hemos hablado de amor.
El rostro de Oli se transformó al escuchar mis palabras.
—No te comprendo. Juro que no te comprendo. Una chica como tú…
—¿Una chica como yo? —dije secándome el rostro de lo más indignada —. ¿Me has visto Oli? Dime, ¡Me has visto!
—¡Sí! ¡Te he visto! Y demasiado bien para mi pena. ¡Tú eres mucho más de lo que tu estúpida ceguera es capaz de reconocer! —chilló al abrir la puerta de la calle.
Últimamente apenas pisaba la casa. Seguramente se pasaba el total de su tiempo revolcándose en la cama de la inglesa atontada.
—¡Vete! ¡Seguro que ella te hace reír!
—¿Qué dices?
—¡Lo que oyes! ¡¿Qué pasa?! ¡Tan buena es a cuatro patas!
—Me voy antes de que te arrepientas de tantas estupideces.
Arrojé un cojín a la puerta que se cerraba y me puse a llorar. Las dudas se agolpaban y el nudo en mi garganta se apretaba con cada pensamiento contradictorio. Mis emociones se tornaron caóticas. Una tormenta interna que amenazaba con desbordarse.
En la quietud de la casa el tiempo pareció detenerse. Me encontraba en una encrucijada, atrapada entre dos mundos que tiraban de mí en direcciones opuestas.
Mason, con su magnetismo impredecible, me enloquecía. Y Oliver, mi refugio constante, ya no estaba…
Con lágrimas secas en mis mejillas me quedé allí, contemplando el reflejo de una mujer dividida entre el amor que parecía imposible, y la amistad que no soportaría perder. Mi corazón estaba dividido entre dos polos magnéticos cada uno tirando de mí en una dirección diferente. Las conversaciones con Mason se volvían esquivas y cargadas de tensión, mientras que con Oliver la atmósfera se volvía frágil, como una delicada tela de araña delicada que amenazaba con romperse.
Los días pasaban y Oliver a pesar de su enojo inicial no me daba la espalda. Sin embargo, su presencia estaba teñida de un halo de incomodidad. Cada encuentro se volvía un baile de palabras no dichas creando una atmósfera de malestar que ninguno de los dos quería abordar.
La relación con Mason, por otro lado, se volvía cada vez más volátil. Sus gestos cariñosos se entrelazaban con comentarios ásperos y decisiones definitivas que dejaban mi corazón enredado en un nudo intrincado. La confusión se intensificaba y mis emociones oscilaban entre la esperanza y la desilusión. Entre estar en pareja o dar un puntapié volviendo a la casilla de comienzo.

¡Qué me pasa!

—Mañana quiero hacer inventario. Empezaremos con la letra D. No llegues tarde.
—No, señor Harland.
—Quiero que a un lado pongas los autores de editoriales y en otro los independientes. En estos últimos no te esfuerces demasiado, ellos no pagan las cabeceras.
—Como usted quiera, señor Harland.
—¿Qué pasa? ¿Hoy no vas a luchar por los derechos de esas escritoras muertas de hambre?
—No, señor Harland.
El director se marchó alzando los hombros sobre su calvicie sin importarle saber qué me sucedía.
—¿Llego a tiempo? —Oli apareció por la librería a paso agitado —. Temía llegar tarde.
—¿Tarde para qué?
—Para no encontrarte.
—Estaba por irme.
—Perfecto. ¿Nos vamos juntos?
—¿Irnos? ¿a dónde?
Oli se detuvo en el momento que abría la puerta para que yo pasara. Su actitud me dejó anonadada. Llevaba días donde nuestro máximo de palabras dedicadas eran los buenos días y buenas noches.
—¿No habrás quedado con Mason?
—No.
—Excelente. Vamos antes de que lleguemos tarde.
—¿A dónde? —repetí mientras tiraba de mí para que me apresurara a salir.
—Vamos a un taller de arte.
—¿Qué?
—Lo que he dicho.

Si un anochecer pudiera resumirse como maravilloso diría que las palabras se quedaban cortas. Oli y yo reímos hasta que los empastes se nos salieron de los carrillos. Llevaba tanto tiempo pensando en los sentimientos de los demás que por primera vez en días el peso de mis pensamientos recayó sólo en mí y la bendita sensación de sentirme feliz.
—¡Esa no es mi cara!
—Espera que te la arreglo —dijo apuntándome con un pincel cargado de tinta.
Ambos terminamos con acuarelas corridas en los mofletes y las comisuras de los ojos. Según Oli yo era una faraona egipcia, aunque la imagen del espejo decía claramente que me parecía más a la novia cadáver.
—Voy a por unas pestañas postizas y una falda. Te falta ese toque.
—¡Noooo!
Mi grito se quedó afónico, pero a Oli no le importó. Fue directo hacia el otro lado de la sala donde unas chicas se estaban poniendo pelucas.
—Es un amor.
La monitora del taller de arte me dijo observando a Oli reír con la pareja de chicas mientras lo ayudaban con la elección de una falda cada uno más feo que la otra.
—Sí que lo es.

—Y muy guapo.
—Tiene novia —contesté rápidamente.
—Los mejores siempre están pillados —dijo antes de alejarse.
Oli regresó a mi lado con dos vestidos terriblemente horribles.
—No pienso ponerme ninguno.
Alzo los hombros ignorando mi voluntad y pasando sus propios pies por el hueco de la cinturilla.
—¿Qué quería? —dijo mirando a la monitora que no nos quitaba el ojo de encima.
—Me dijo que eras un exagerado y un poco chillón.
—¿En serio?
—Verdad de la buena.
Oli frunció el ceño antes de sonreír travieso.
—Eso es que le gusto. Igual me acerco y le digo algo.
—De eso nada. Tenemos que vestirnos para ganar este ridículo concurso.
—¿Estás celosa?
Los nervios que comenzaron a subirme por las rodillas los detuve al instante que amenazaron con alcanzar mi garganta.
—Quiero el premio. Solo eso.
—¿Hay premio?
—Sí. ¿No lo sabías? Por amor al cielo, Oli, si fue tu idea.
El desvío de la conversación me sirvió para analizar rápidamente mi reacción nerviosa. ¿Qué me estaba pasando? Oli era mi amigo y tenía todo el derecho a intentar ligar con la monitora y yo no tenía porqué inmiscuirme en sus asuntos amorosos. ¡Y mucho menos a mentir!
—¿Y cuál es el premio?
—Un libro.
—¿Un libro?
—Sí. Uy, lo había olvidado. Ahora un poco más de maquillaje en los ojos. Y polvo de talco en la peluca.
Oli dejó que lo maquillara y me lancé a reír con un dolor de tripa que me quebraba en dos. Nuestras pintas eran tan horribles que terminamos en el último puesto. No solo perdimos el premio sino la dignidad. Al menos Oli, que cuando nos marchamos en autobús resultó ser el hazmerreir de dos chicas que no pudieron aguantarse.

—¡Primero en la ducha!
—De eso nada.
Nos lanzamos a la carrera hasta terminar bajo el grifo, vestidos y totalmente empapados. Llevados por el momento y la diversión cogí el jabón y le llené el rostro de espuma. Se puso a chillar por el picor de ojos mientras a tientas recogía el bote de gel y me lo echaba sobre la cabeza. Ambos lanzábamos de las bocas pompas de jabón. Cuando Oli pudo abrir los ojos tenía las pupilas rojas del picor. Me amenazó con una esponja que intentó hacerme comer y que por poco me tira al suelo si sus reflejos no hubieran sido tan eficaces.
Bajo el chorro de agua tibia no podía parar de reír. Cogí champú y se lo volqué sobre el cabello y le rasqué el cuero cabelludo como a un niño mimado. Comencé como broma, pero sin saber porqué mis movimientos terminaron siendo suaves y lentos. Oli era el mejor chico del mundo. El chico perfecto. El joven con el que cualquier chica se sentiría feliz de poder amar. Nuestras miradas quedaron suspendidas en el tiempo cuando después de segundos su voz acatarrada resonó contra los azulejos.

—Será mejor que espere fuera.
Salió del baño con los vaqueros y la camiseta empapada y sin mirarme. El agua le había pegado la tela marcando su torso al completo. No era tan fuerte como Mason, pero su atractivo seguía siendo inmenso. Fue en ese momento cuando me percaté que mi camiseta y mis vaqueros también chorreaban agua y maquillaje descolorido. Me quedé unos minutos intensos bajo el chorro de agua caliente con las manos apoyadas en la pared y las ropas pegadas a mi cuerpo. ¿Qué me estaba pasando?

Una vez limpios disfrutamos de unas palomitas saladas tumbados en el suelo con música de fondo. Ninguno de los dos habló de lo sucedido en el baño. O lo no sucedido.
—Te echaba de menos.
—Y yo a ti. Y a tus pocas dotes de pintura —dijo revolviendo mis cabellos aún húmedos.
Ambos nos tiramos sobre la alfombra y escuchamos música hasta que los bostezos nos dominaron.
—Me voy a mi sofá.
—No, quédate aquí conmigo.
—¿Aquí? ¿En el suelo?
—¿Y por qué no? Antes lo hacíamos, ¿no te acuerdas?
—Nunca lo he olvidado.
—Te quiero mucho Belle.
—Y yo a ti.
Belle, hacía tanto que no se lo escuchaba decir esas palabras que me sonaron más dulce que nunca. Su mano se posó junto a la mía y un escalofrío en mi piel muy diferente a los de siempre me subió por el antebrazo. Nuestras miradas se encontraron. Fue un microsegundo. Un suspiro de hada. Pero allí estaba, algo tan lindo de sentir, que, de tan bonito quise que se quedara a vivir.
—¿Estás pensando en él?
—¿Cómo dices?
—Tus ojos parecían… enamorados.
—No, yo no…
—Será mejor que vaya a mi habitación.
—¿No querías dormir sobre la alfombra? Tú lo dijiste.
—Otro día.
Oli se fue y cerró la puerta de su cuarto mientras yo intentaba calmar mi corazón, que, sin explicación alguna, no cesaba de golpear alborotado desde dentro de mi pecho. No, no estaba pensando en Mason.

Consuelo

—Café con leche, ¿y tú sin invitarme? —Su voz sonó preocupada ante mi silencio —. Ya entiendo, es leche de soja y no deseabas amargarme la mañana —dijo sentándose en una silla a mi lado.
—Oli, ayer fue maravilloso. No quiero perderte, pero tampoco quiero renunciar a Mason. Estoy hecha un lío.
La vulnerabilidad estaba al descubierto en mis palabras y Oliver asintió con comprensión. No pude decir más porque el enredo de mis sentimientos era igual a una madeja de lana con la que jugaba un gato. Una que ni yo misma era capaz de tirar del extremo.
—No deberías tener que elegir entre él y yo. Mereces a alguien que te haga feliz. Belle, no mereces este constante vaivén emocional.
Aprecié su apoyo, pero la elección aún pendía en el aire como una sombra que se negaba a disiparse.
—Estoy cansado de verte sufrir. Mason no te trata como mereces.
—Pero hay algo en él, Oli. Algo que me atrae y del que no me puedo despegar. No sabría explicarlo —mi voz apenas se oía. Cargado de preocupación tomó mi mano con suavidad.
—Mereces más que dudas y lágrimas. ¿No crees que es hora de dejarlo ir?
Las palabras resonaron en el espacio y una decisión pendía en el aire como un perfume delicado. Mientras reflexionaba sobre las palabras no dichas la puerta se entreabrió revelando la figura de Mason. Sus ojos centelleaban incredulidad y desafío.
—¿Qué está pasando aquí?
El silencio se apoderó de la habitación y las miradas se cruzaron en un juego de emociones no resueltas. Oliver, respondió con determinación furiosa.
—¿Qué haces tú aquí?
—Había quedado con mi novia. ¿Te molesta?
—Me molesta a mí. ¿Cómo has entrado?
Yo no era capaz de creer lo que veía. Mason se apoyaba en el marco de la cocina como dueño de casa.
—Hice una copia de tus llaves. Estaba cansado de tocar el timbre y esperar. Y por lo que veo necesitabas estar protegida.
—¿Protegida? —Oliver tenía las mejillas al rojo vivo—¡Ella no necesita protección de mí! Ella merece alguien que la haga feliz. Si no puedes ser ese alguien tal vez deberías dejarla libre.
El desafío en la voz de Oliver resonó en la habitación y la elección se presentó como un camino bifurcado llevando destinos desconocidos.
—¿Buscas pelea? —Mason mostraba las manos en forma lenta.
—¡Cuándo quieras!
—¡Oli! ¡No! Por favor. Paren ya.
Mi primera reacción fue sostener el cuerpo de mi amigo con una mano sobre su pecho. Los gritos de uno y otro me hacían sentir que vivía una pesadilla. Ambos se miraban como toros a punto del embiste.
—¡No la mereces! —dijo antes de darle la espalda y saliendo de su propia cocina —. ¡Y pídele que deje las llaves!
Se marchó dando un portazo. El cuerpo se me desmoronó sobre una silla.
—¿Por qué lo has hecho?
—¿Yo? Ese idiota se merecía un buen golpe. No deberías haberlo detenido.

—¿Qué dices?
—Te pone en mi contra. ¿No lo ves? No puedes preferir a ese idiota antes que a mí.
—No lo prefiero. Yo no sé que quiero. Por favor. Vete.
—No me iré a ningún sitio. Tú eres mi chica.
La posesividad en su tono me estremeció. La verdad cruda y sin adornos se revelaba. Mason no quería perder el control sobre mí y la idea de que pudiera elegir a alguien más lo atormentaba. En ese momento me encontré entre dos mundos irreconciliables. Oliver, el amigo leal y protector representaba la seguridad y la estabilidad emocional. Mason, sin embargo, personificaba la pasión desenfrenada y el total control de mi vida y de mi cuerpo.
—Necesito pensar.
—No.
—Se trata de encontrar mi propia felicidad. De saber qué quiero de mi vida. Y para ello necesito pensar.
Mi voz temblaba, pero las palabras eran un acto de emancipación. Un primer paso hacia la libertad emocional. La batalla entre mis dos mundos continuaba, pero la certeza de que merecía más que una relación marcada por la posesión y la incertidumbre, se imponía.
—Tu felicidad soy yo. Es a mí a quien debes escoger. No lo olvides.
Sus palabras quedaron latentes en el aire cuando se marchó. La tensión en la sala persistía.
El eco de las palabras de Mason resonando en el aire como un recordatorio constante de las decisiones que debía tomar me reventaban la cabeza. Me tiré sobre el sofá y escondí la cabeza entre la almohada. Si pasaron horas o segundos no podría asegurarlo. Mis pensamientos iban de un lado a otro de forma alocada y desorganizada.
Mason no era perfecto y a pesar de que sus formas prepotentes a veces dejaban mucho que desear, él me quería. Me llamaba, salíamos juntos y hasta hacíamos el amor. Bueno, a él le gustaba decir que fallábamos, sin embargo, ambos sabíamos que era una broma. Una forma de parecer rudo. Digamos que existen chicos que les gusta dar ese aspecto de malote incomprendido y Mason lo era. Desde que estaba conmigo había cambiado. Se lo notaba algo más cariñoso. Si no me quisiera no me llamaría ni se preocuparía por mí.
Oli tenía algo de razón por estar preocupado. Mason en algunas ocasiones podía llegar a ser algo prepotente y Oli pensaba que eso era falta de cariño, pero no lo conocía como yo. Se limitaba a evaluarlo como un juez sin pruebas. A veces no parecía mi amigo. ¿No se alegraba de que al fin alguien se preocupara por mí? ¿Por qué no era capaz de alegrarse de mi dicha?
Esa seguridad casi arrogante me hacía sentir protegida y querida. No puedo vivir de mi propio valor. Siempre he luchado con mi autoestima y Mason lo comprendía y me brindaba esa fuerza de la que carezco.
—¿Ha dejado las llaves?
El cuerpo de Oli apareció caminando en cámara lenta y con las manos en los bolsillos.
—Creía que te habías ido.
—Estaba en mi cuarto. Quiero que seas feliz. Mason no parece…
—¡No te pedí opinión! ¡Esta es mi vida y puedo tomar mis propias decisiones!
La frustración bullía en mi interior. Una mezcla de ira y confusión. Oliver, en su intento de protegerme, había cruzado una línea y la indignación se reflejaba en mi voz.
—Lo siento, no quería...
—¿No querías? No me tomes por tonta. Llevas semanas queriéndolo.
Me puse en pie con furia y busqué bajo la cama mi mochila de viaje.
—¿Qué estás haciendo?

—Me voy.
—¿A dónde? Esta es tu casa.
—¡No! ¡No lo es! —contesté intentando contener el manto de lágrimas entre mis dedos—pero… ¡no tengo donde ir! ¡No lo tengo! Mi madre se cree con derecho a decidir sobre cómo debe ser mi cuerpo, mi hermana se burla de mis propias miserias, Mason quiere tenerme envuelta en su puño, y tú… tú…
Lancé la mochila vacía y marché al baño cerrando la puerta con traba. Me senté en el váter hasta escuchar un sonido de llaves. La puerta de la calle que se abría y cerraba. Entonces lloré aún más fuerte. En los libros románticos la protagonista cogía siempre una bolsa y se marchaba de viaje a la Toscana o la Provenza francesa, pero en mi caso todo era muy diferente. En mi cuenta bancaria solo existía efectivo para llegar mucho hasta Manhattan.
Cada puerta que se cerraba me dejaba sola en un silencio que me aturdía sin respuestas. Envuelta en el eco de la confrontación las emociones se agolpaban en mi pecho. La elección entre dos mundos seguía siendo el dilema central, pero ahora, añadía una capa adicional de discordia en mi relación con Oliver. Nuestra amistad se rompía. Lo estaba perdiendo todo. La familia, la amistad, el amor…
Me lancé sobre el sofá luchando por ponerme a comer todo el chocolate que encontrara. Solo me detuvo un momento de lucidez. Llevaba años aceptando que el comer no servía para otra cosa que hundirme en mi propia miseria. La comida no me ofrecía consuelo. Después de dos horas de encontrarme sola y defraudada conmigo misma el teléfono sonó. Era Mason. Y como siempre respondí. Y lo perdoné. Él no pidió disculpas, aún así lo hice. Aunque mi corazón ya no se sentía como en ocasiones anteriores. Cuatro meses antes Mason se disculpaba y yo me derretía de amor. Esta vez algo dentro de mí resonó diferente. La ausencia de Oli lo hacía todo más doloroso y vacío.

Provócame

Mis días eran hojas de libros pasando unas tras otras con las emociones del que apreciando la historia de otros deja de vivir las propias. Asistir a las lectoras, un trabajo que antes adoraba se estaba convirtiendo en palabras vacías. El vacío se volvía a apoderar de mí llenando todo mi interior. Y esta vez no era solo por mi apariencia física, el lado oscuro y reprimido volvía a cubrir de debilidades mi autoestima apenas saneada. Los meses con Mason me habían llevado a creer que era una chica como tantas, pero ya no me encontraba tan segura.
Cuando me llegaban esos momentos en los que me sentía menos que una cucaracha Oli me obligaba a cantar Dancing Queen. A grito pelado y con los cabellos revueltos. La sonrisa al recordar nuestros momentos me llenó la garganta de un sabor amargo. Él cantaba y cantaba hasta que la música se apoderaba de mi cuerpo y mi pensamiento. Así era Oli antes, cuando me quería. O cuando regresaba a casa.
—Te había dicho que vistieras sexy.
Mason sonó desilusionado al verme mientras subía a su coche.
—¿No soy la reina del baile? —dije tarareando la canción en el silencio de mi mente.
—¿La qué?
—Dancing Queen. ABBA. ¿No los conoces?
—No suelo escuchar música de abuelos.
—No es de abuelos. Y a mi me gusta mucho. Con Oli siempre…
—Oli tiene el alma de un viejo. No me extraña que escuche a esos BABA.
—Se llaman ABBA —susurré sin ser escuchada.
Al bajar del coche y mirarme, Mason volvió a demostrar su disgusto. Me dijo que me vistiera sexy y, como de costumbre, obedecí. Quería que se sintiera feliz conmigo. Quería que sintiera las mismas mariposas que yo sentía al verlo a él. Llevaba un top ajustado con un sujetador que me levantaba los pechos y una falda fina que me llegaba un poco más abajo de las rodillas. Pensé que me veía bastante sexy, pero Mason no quedó impresionado. Las dudas de mi cuerpo comenzaron a taladrar mi cabeza y quise buscar un abrigo con el que cubrirme, hecho que hizo que Mason se disgustara aún más.
Él vestía una camisa azul y unos vaqueros blancos. Con solo una mirada bastaba para imaginar la cantidad de chicas que se habrían girado al verlo pasar. Él adoraba ser adulado. Siempre vestía ropa que lo hiciera parecer insoportablemente guapo.
Me acompañó hasta la silla y la movió hacia atrás haciéndome un lugar para sentarme. Esos actos caballerescos me encantaban, me hacían sentir una mujer especial. Sin embargo, esta noche el sentimiento duró poco. Estaba claramente decepcionado. Se dejó caer en su silla y cruzó las piernas mostrando sus largas piernas. Todas las chicas de otras mesas se habían fijado en él. Lo sabía y le encantaba.
—Estás muy guapo.
—Al menos hice un esfuerzo — respondió sarcásticamente.
—Lo intenté. Sé que dijiste que me vistiera sexy y creía que lo estaba —dije con una vergüenza del tamaño de una montaña.
—Te ves bien, pero quería divertirme contigo y para eso necesitaba algo más. De hecho, supuse que esto podría suceder por lo que te compré algo de ropa de camino hacia aquí —contestó señalando la bolsa a sus pies.
—¿Ropa para mí? ¿de qué tipo?
—De la clase que usan las chicas que me gustan —dijo con un guiño de ojo—. Ve al baño y

cámbiate.
—Toda esta gente me verá y pensará que estoy loca —. Las palabras se me cortaban al hablar cuando con discreción observé su contenido.
—No me importa lo que piensen. Además, nadie te verá. Estamos justo detrás de la columna y el mantel te cubrirá —. Mason sabía que obtendría lo que quería y su sonrisa juguetona nunca abandonó sus labios —. Ve al baño con la bolsa y cámbiate. Solo puedes usar lo que hay en el bolso. Bene, no me desilusiones.
—No estoy segura de que lo que hayas escogido sea mi estilo.
—Y yo pensando que me amabas. Dijiste que harías cualquier cosa por mí, ¿por qué no puedes hacer esto?
Mason parecía herido y yo no quería perder a mi primer novio real.
Me levanté y recogí la bolsa temiendo los desastrosos resultados.
—Recuerda, usa solo lo que yo te compré. Pon tu ropa en la bolsa cuando hayas terminado, y regresa a mí.

Caminé hacia el baño, miré brevemente hacia atrás y vi a Mason lanzándome un beso silencioso. Parecía estar disminuyendo milagrosamente su orgullo herido.
Entré en uno de los pequeños cubículos para cambiarme. Me temblaban las manos mientras me quitaba la blusa y el sostén. Luego me bajé la falda hasta los tobillos. Abrí la bolsa y vi dos trozos de tela. Eran de color púrpura con motas de brillo. Saqué la "ropa" para examinarla de cerca. La parte superior era poco más que la parte superior de un bikini. Se envolvía alrededor de los pechos y se abrochaba en la espalda con un lazo en la parte superior que rodeaba el cuello. Me tomó un tiempo arreglarlo para que los senos no se cayeran desparramados. No ofrecía mucho escote en la parte superior, pero la línea del dobladillo terminaba justo debajo de mis pechos. Debía tener cuidado porque claramente era demasiado pequeño para alguien tan ancha como yo. Si echaba la cabeza hacia atrás, el lazo alrededor del cuello tiraría de la tela suelta hacia arriba y mis pechos podrían salirse fácilmente de la parte inferior.
Saqué la falda brillante, no me atreví a quitarme las bragas como él había ordenado. Esperaba que tal vez no se diera cuenta. Era tan corta que apenas cubría mi trasero. Él sabía perfectamente que odiaba mis piernas. Eran torneadas y demasiado anchas para el canon de belleza actual. Tuve que bajarla para que quedara sobre las caderas y así no se me viera el culo. No tenía ninguna duda de que parecía una puta de glorieta.
Me hubiera puesto mi ropa y hubiera salido huyendo de allí si hubiese sido valiente y no temiera perder a mi novio. El primero y único con el que había tenido una relación real. Llevábamos unos pocos meses y no quería perderlo.
Respiré hondo, lo cual fue un error porque eso provocó que mi teta derecha se escapara.
Me volví a adecentar como pude. Si eso de alguna forma fuera posible…
Me alenté con frases como: ¡No seas infantil! o ¡Todas las parejas lo hacen! Después de todo, ¿por qué no debería usar ropa sexy y divertirme un poco con mi chico?
Esa pequeña oleada de confianza se evaporó cuando abrí la puerta del cubículo y me vi en el espejo.
Desvié rápidamente la mirada. Temí echarme atrás. Abrí la puerta del baño y salí.
Cuando me encaminé hacia mi mesa pude ver a Mason sonriendo ampliamente.
Mientras andaba noté que algunos hombres me miraban y luego apartaban la vista rápidamente, pero no eran sólo los hombres con novias los que desviaban la mirada bruscamente. Eran todos los que me veían. Llegué a la mesa y volví a dejar la bolsa con mi ropa en el suelo. Me senté

tratando de evitar que la minifalda se subiera, pero fue una batalla inútil. El cojín en la parte baja de mis nalgas se clavó en mi piel desnuda. Mientras intentaba ponerme cómoda una camarera se nos acercó y nos ofreció la carta. A Mason le encantaba ser en centro de atención, yo simplemente me sentía avergonzada. Tenía ganas de correr hasta que no hubiera un mañana.
—Mason, ¿podemos irnos? Por favor…
—Pensé que podrías disfrutarlo. Siempre dices que no tienes confianza en tu cuerpo. Mira a tu alrededor. Todos los hombres, y probablemente la mayoría de las mujeres, se mueren por follarte —dijo con una sonrisa maliciosa como si esto fuera algo que hubiera hecho por mí—. Quiero que vistas así cuando volvamos a casa.
—¿¡Quieres que use esto afuera!?
—Sí. Cogeremos un taxi. Dejaré mi coche en el aparcamiento.
—¡Me van a apalear!
—No seas tonta, la parada está a cinco minutos caminando. Al final del camino quiero que te des cuenta de lo hermosa que eres y la mejor manera de demostrarlo es que veas cómo reacciona la gente de tu alrededor. ¿Un trago rápido?
—¿No puedo al menos volver a ponerme mi falda?
—¿Está en la bolsa? —Preguntó buscándola debajo de la mesa.
—No había ningún otro lugar donde ponerla, ¿por qué?
Mason recuperó la bolsa y miró dentro. Luego escuché un sonido que hizo que el corazón se me hundiera. Estaba rompiendo algo dentro.
—No, por favor, no lo hagas.
—Escucha Gabrielle, te cuidaré bien, lo juro. Solo confía en mí. Estoy tratando de ayudarte. Déjame hacer esto por ti.
Mason parecía conmovido. Tal vez estaba genuinamente tratando de ayudarme. De repente me sentí increíblemente culpable.
—Lo siento.
Cuando Mason quería algo yo simplemente lo aceptaba. Y cuanto más sucedía entre nosotros más me sentía como una especie de juguete sexual. Sin corazón y sin decisión.
—Ven aquí, bebé.
Mason acercó una silla.
Casi sin levantarme cambié de asiento. Sus caricias en mi melena suelta y sus palabras cariñosas pronto me ayudaron a olvidarme de mi apariencia de puta tarifa económica. Al levantar la mano para acariciar su cabello mis senos comenzaron a sobresalir debajo del diminuto top. Mason se rio y bajó la blusa para cubrirme. Cuando me di cuenta de lo que había sucedido traté de ver el lado divertido y forcé una risita bastante mal interpretada. Una que no sentía.
—Somos una hermosa pareja disfrutando de su fantasía —dijo convencido.
—Me parece bien —mentí—aunque desearía que no me hubieras roto mi ropa.
—Lo siento cariño, de verdad que lo siento. No estaba pensando con claridad. Perdóname.
La disculpa de Mason, como siempre, parecía genuina.
—Te perdono, pero me debes una falda.
—Trato hecho.
Mason acercó sus labios. Quería un beso y se lo entregué. Eso lo hizo retroceder. Nuevamente se encontraba desilusionado.
Llena de culpa me incliné hacia sus labios nuevamente. Esta vez más decidida.
Mientras nos besábamos su mano comenzó a recorrer mi muslo desnudo. Eso me hizo saltar rápidamente apartándome de su exigente boca.

—Está bien bebé— susurró con los labios justo al lado de mi oreja.
—Pueden vernos…
Se frotó suavemente contra mi muslo.
—Nadie puede ver lo que estamos haciendo. La mesa está… espera... ¿son bragas?
La mano de Mason subió por la falda y sintió la tela sedosa que cubría los labios de mi coño.
—Lo siento. Hasta aquí llegó mi confianza.
—Ah, ya veo, bueno, tendrás que quitarlas. Estoy seguro de que puedes hacerlo por mí.
Mason tomó mi mano y la guió hasta su entrepierna.
—¿Ves como me pones?
Podía sentir su polla dura y contenida dentro de la tela del pantalón.
—Está bien.
Me puse de pie, pero Mason volvió a sentarme con la presión de su mano sobre la mía.
—¿Adónde vas?
—Al servicio. ¿No quieres que me quite las bragas?
—Puedes hacerlo aquí. Te lo dije, la mesa está detrás de una columna.
Estábamos sentados detrás de una mesa de madera, pero la tela del mantel no llegaba hasta el fondo, por lo que, si alguien miraba lo suficiente, podría vernos bastante bien.
De mala gana moví el culo. Pasé las manos por debajo de la falda y enganché los pulgares alrededor de la cintura de las bragas. Levanté la vista antes de bajarlas y me sentí mortificada al ver a dos chicos que tomaban una copa al otro lado del pub. No había manera de que pudieran ver mucho desde allí, sin embargo, adivinarían lo que estábamos haciendo.
A un par de mesas de distancia una pareja adulta estaba sentada comiendo unas patatas con dos cervezas. Estuve a punto de olvidarlo todo y correr despavorida, pero Mason, impaciente como siempre, decidió ayudarme. Su mano pasó justo debajo de la falda y me quitó las bragas. Cuando se deslizaron hasta las rodillas, rápidamente, me moví para recogerlas del suelo y esconderlas bajo mi culo desnudo.
—¿Ya te sientes sexy?
—Supongo, no lo sé. Me siento… me siento muy expuesta. Nunca he usado nada como esto, al menos no al aire libre —admití riendo ante el significado ambiguo de la palabra libre.
Me sentía una puta. Parecía una prostituta. Estaba siendo una.
Los dos hombres de la otra mesa nos miraban fijamente, y yo tenía miedo de mirarlos demasiado por si me tomaban como una invitación para venir a hablar con nosotros y montar un trío o un cuartero. O como fuera que se llamara a un revolcón sexual entre muchos.
Mason, muy distinto a mi, parecía totalmente ajeno a los peligros potenciales. Estaba feliz de que nos miraran a pesar de que su atención estaba centrada totalmente en mi rostro.
—Voy a ser honesto contigo Gabrielle, anoche tuve una fantasía. Estábamos en un lugar público como este y usabas este tipo de ropas. En mi sueño te comía el coño debajo de la mesa.
—¿Todo esto es por cumplir una fantasía? ¿Por qué no me lo confesaste antes?
La idea de imaginar a Mason soñando conmigo me calentó el cuerpo y las esperanzas.
—Habrías dicho que no. Bebe, realmente quería compartir mi fantasía contigo.
—¿Y qué pasaba en tu sueño?
—Ahora —dijo mientras acariciaba casualmente mi muslo desnudo —voy a seguir con mi sueño.
La sonrisa malvada volvió a sus labios.
A pesar del miedo no podía negar que estaba excitada. Mi coño se humedecía cuando el aire tocaba mis labios desnudos. En ese momento, y sin pensar en nada de lo que nos rodeaba, me

dejé llevar. Abrí las piernas y separé ligeramente los muslos permitiendo un acceso más fácil a los dedos de Mason que se acercaban peligrosos. Encantada por mi disposición se acercó aún más y deslizó su mano más arriba. Sin una barrera sedosa que detuviera su progreso esta vez sus dedos encontraron el camino hasta el centro de mi humedad. A él no le importaba si alguien lo veía. Sólo le importaba cumplir con su fantasía.
Me recliné y cerré los ojos.
Mientras lo hacía sentí que me levantaba la blusa. Las curvas de mis pechos eran visibles debajo del material fino y endeble. No me atreví a abrir los ojos por si había público observando.
Los labios de Mason se acercaron a los mío y abrió la boca, luego sentí la suave lengua deslizarse entre mis labios.
Nos besamos ardiente y lentamente.
Al compás de sus besos las yemas de los dedos acariciaron mis labios vaginales húmedos y ardientes. Me costó un gran esfuerzo resistirme a expresar el placer.
Sabía que teníamos que estar callados si queríamos tener alguna posibilidad de pasar desapercibidos. Por suerte, mi gemido fue amortiguado por el beso sensual.
Sus dedos traviesos jugaban con mi coño dolorido. Casi grité cuando los labios de Mason se apoyaron sobre la carne expuesta de mi pecho. La mitad inferior era visible, pero, afortunadamente, el pezón estaba cubierto.
Mason no expuso mis tetas, él simplemente besó los suaves montículos hasta que vio el pezón asomando a través de la tela. Sentía como los pezones se endurecían. La carne sensible se frotaba contra el fino material y, una vez más, tuve que reprimir el placer. Mason se inclinó hacia abajo y besó mi cuello.
—¿Estás lista para esto? —preguntó mientras separaba suavemente mis rodillas con las manos.
—Mmmm, yo… no lo sé…
Me sentía flotar.
—Quiero lamer tu coño, bebé. Como en mi fantasía. Por favor, déjame vivirla —suplicó con ardor.
Finalmente abrí los ojos y escaneé la habitación. Nadie parecía haberse dado cuenta. El hombre con pareja tenía la cabeza inclinada hacia su mujer. Luego miré a Mason y asentí dándole permiso para hacer lo que quisiera. Mi cabeza no se encontraba para pensar.
Cuando me inclinó hacia atrás la blusa se deslizó hacia arriba nuevamente, pero, esta vez, se elevó sobre los pezones exponiendo mis senos a cualquiera que quisiera mirar. Al instante sentí la boca de Mason cerrarse alrededor de mi pecho izquierdo. Chupó y luego volvió a cubrirlo con la blusa.
Con el rostro acalorado se colocó frente a mí y se arrodilló en el suelo cubriéndose con el mantel. Puso las manos en mis muslos y me subió la falda. No estaba demasiado preocupada porque el cuerpo de mi chico y el mantel bloquearon la escena.
Mason, en cuclillas, usaba una mano para acariciar la parte interna del muslo y la otra para frotarla en los labios húmedos. Su cálido aliento suave en mi coño me estremeció.
Con delicadeza separó los húmedos labios con sus dedos y besó suavemente el pequeño clítoris rosado que se mantenía orgullosamente erguido. Tuve que morderme los labios para no gritar a toda voz. ¡Se sentía como si estuviera en el cielo!
Su lengua bailó alrededor del clítoris y luego introdujo un dedo dentro. Tenía muchas ganas de gritar ahora que el dedo de Mason me penetraba. ¡Esto era una locura! ¡Iba a tener un orgasmo en un pub!
Luché por contenerme mientras me retorcía en el asiento. La blusa se había subido por completo

sobre los senos y, en lugar de bajar la tela, me aferré a la cabeza de Mason mientras me acercaba al clímax.
Sintiendo mi desesperación golpeó ferozmente mi coño mojado. Solo le interesaba comerme. Luego, añadió un segundo dedo dentro del pequeño hueco mientras su boca me saboreaba. Fue ese segundo dedo el que empujó mi cuerpo al límite. Mientras llegaba a la cúspide Mason también estaba en el punto sin retorno. Sus esfuerzos se duplicaban. Mientras cabalgaba la enorme ola orgásmica, Mason, de repente, se levantó del suelo y me besó sin tapujos. Agarró mi pecho y cubrió mi boca con la suya. Mientras nos besábamos tuve el orgasmo más salvaje de todos los tiempos.
Cuando se separaba de mí comencé a tomar conciencia nuevamente de dónde nos encontrábamos. ¿Quién podría estar mirando? Lentamente abrí los ojos y… nada. El matrimonio adulto se había ido y los dos chicos de antes no estaban a la vista.
Escaneando la habitación parecía que ninguno de los clientes había notado nuestra escena.
Algo más relajada miré hacia la ventana y fue cuando el corazón se me detuvo. Un grupo de hombres fuera, cinco en total, todos entre los veinte y treinta años, que nos estaban mirando. ¡Ni siquiera me había dado cuenta de que había una ventana! ¡Si lo hubiera sabido habría insistido en que fuéramos a otro lugar!
Me acomodé rápidamente como pude. Los chicos nos habían observado durante todo el proceso y ahora nos aplaudían. Fue tan inesperado que Mason se echó a reír. ¡Incluso les hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza!
Unos segundos más tarde, y cuando el aire aún no me llegaba al pecho, un hombre de traje que no parecía tan feliz como los de fuera, se nos acercó.
—Disculpen, necesito pedirles que se vayan. Han molestado a algunos de nuestros invitados con su comportamiento… inapropiado.
Logré convencer a Mason de que se callara y que saliéramos cuanto antes.
Los hombres de fuera todavía estaban allí y no tenía ganas de pasar por sus manos. Mason aceptó coger su coche y no un taxi como era su plan inicial.
El gerente permitió que yo esperase dentro hasta que Mason llegara con el deportivo, luego, me acompañó hasta que el coche aparcaba delante de la puerta. Los hombres que habían esperado afuera quedaron decepcionados al verme acompañada por un hombre de metro noventa y músculos duros como puños.
Ni bien llegamos a casa Mason me dio un beso de buenas noches.
—¿No subes?
—Es tarde.
—Pero tú no has terminado… —dije sensualmente provocativa.
—Me has dado todo el placer que buscaba. Buenas noches.
Y se marchó.
Sin bajar ni invitarme a su casa. En realidad, nunca lo había hecho. Una noche completa con Mason era mi fantasía frustrada. De hecho, nunca había visto su casa. Todos los encuentros siempre eran en casa de Oli.
Al traspasar el portal me sentí sucia.
Un juguete roto y olvidado en el fondo del arcón.
Esta no era la primera vez que me pasaba. El problema no era lo que sentía sino reconocerlo de forma valiente. Yo era feliz cuando simplemente hablábamos, aunque eso con Mason eso sucedía muy raramente. Con él todo era adrenalina y sexo. Después… el vacío.

Dos meses después de la escena del pub volvía a encontrarme arrodillada complaciéndole con mi boca. Recibir gratificación comenzaba a ser algo inusual.

Cumplir

—Lo digo en serio, tengo que pensar en encontrar algo que pueda pagar.
—Y yo digo que no quiero que te vayas. Excepto que lo hagas por Mason…
Oliver y yo hablamos por décima vez del mismo tema.
—Y yo te repito que te lo agradezco muchísimo, pero estoy segura de que deseas tu apartamento para compartirlo a solas con Samanta.
El nombre se me atragantó haciéndome olvidar sus insinuaciones sobre Mason. A pesar de no conocerla personalmente no soportaba ni su nombre. Samanta. ¿Qué clase de chica normal podría tener un nombre así?
La pobre muchacha no me había hecho nada, sin embargo, la odiaba con todo el poder de las tormentas. Oli nunca hablaba de ella y yo no cesaba de buscar respuestas. Sabía perfectamente que cuando no dormía en casa estaba con ella, y aunque debería ser feliz, no terminaba de digerir la idea de compartirlo con otra. ¿Por qué no hablaba de ella? Y ¡por qué no había regresado a Londres! ¿Era por Oli? ¿Qué tan enamorado estaba?
—No te preocupes por mí.
Aquí estaba otra vez. Siempre que intentaba sonsacar él esquivaba las respuestas. Una parte de mí se alegraba egoístamente, la otra, también.
Imaginar que Samanta desaparecía de nuestras vidas era un sueño cumplido.
Egoísta, pero sueño.
—Te toca pagar el café —dijo al ver al camarero.
Las cuentas de café con leche siempre me las dejaba. Las de coste abultado de comidas o cena se hacía cargo él. Así era Oli. El mejor chico del mundo.
Caminamos charlando bajo el sol de la tarde primaveral.
Mason llevaba dos días sin contestar a mis llamadas y yo estaba que me subía por las paredes. A pesar de los nervios que me carcomían por dentro, no le conté nada a Oli, y por eso, cuando me invitó a dar un paseo acepté de forma inmediata. Estaba cansada de llorar en su hombro esperando a que el teléfono sonara para salir corriendo hacia el camino opuesto.
En el andar entretenido con nuestros chismes sentimos los gritos de alguien que me llamaba.
—¡Gabrielle! ¡Hola!
—¡Blake! ¡Sofía! Qué casualidad.
—Estábamos comprando y te vi. Le dije a Blake que eras tú, pero claro, no me creyó.
—Y entonces se puso a gritar como un ganso afónico —contestó besando a su chica—. Hola, soy Blake. Ella es mi esposa Sofía.
—Uy, perdón, él es mi amigo. Oliver.
—¿Eres Oli? Gabrielle, habló mucho de ti.
—¿Habló?
—Son amigos de Mason. Hace un mes estuve en su casa en una barbacoa estupenda.
—Tenemos que repetir —contestó Sofía—aunque a mi chico siempre se le quema el pollo, las costillas le quedan como a nadie.
—La culpa es del carbón.
Todos reímos de muy buen humor.
—No sabes qué alegría verte. Al alejarnos de… ya sabes, pensé que no volvería a verte. Y es una pena porque me pareces una chica maravillosa.
—¿Te refieres a Mason? No sabía nada de vuestro distanciamiento.
—Sí, él... no fue muy amable —dijo Blake.

—Eso es por decirlo suavemente—añadió su chica.
—Sí, bueno, pero mejor no hablemos de cosas desagradables. ¿Qué estaban haciendo los dos por aquí?
—Íbamos a tomar un café, ¿quieren venir con nosotros?
Mis palabras sonaron autómatas. ¿Por qué se habían distanciado de Mason? ¿Y por qué él no me contó nada?
—Claro, eso sería genial, tenemos que ponernos al día —dijo Sofía.
Blake sonrió y asintió para confirmar que a él también le gustaría conversar.
—Parece que han pasado años desde la última vez que nos vimos, todo gracias a nuestro encantador amigo.
Mason no llegó a explicarme el por qué de su actitud, simplemente se limitó a decirme que no podía verlos. Y aunque insistí en hacerles una visita él nunca encontraba el momento.
—La verdad es que si se enfada me da igual. Creo que podemos ser buenas amigas.
Escuchar esas insinuaciones de Sofía acerca de Mason no terminaba de caerme bien.
—¿Mason no quiere que hables conmigo? ¿Él te lo ha dicho con esas palabras?
—Exactamente eso fue lo que me dijo.
—Lo conozco desde hace mucho, y es mi amigo, pero a veces se pone insoportable. Lo siento Gabrielle, pero no me gustó cómo trató a Sofía. Por ello no hemos vuelto a hablarle. Esta vez se sobrepasó.
—Es comprensible —dije con cierta cuota de vergüenza ajena.
—No quiere que te veamos a solas y lo que Mason decide es definitivo. Ya lo conoces. Digamos que es un poquito manipulador —dijo Sofía—. Lo siento mucho, sé que ustedes dos están... saliendo. Estoy segura de que tú lo harás cambiar.
Sus palabras sonaron tan mentirosas y tan poco convincentes como las de Pinocho. En estos momentos Sofía poseía ante mis ojos una nariz que giraba la esquina y cruzaba la calle.
—Yo también lo conozco hace tiempo y nadie cambia a Mason —. Oli habló por primera vez sin ocultar su disgusto. Al mirarme y verme tan callada se disculpó al instante —. Lo siento. No deseaba ser tan sincero.
—Yo también lo siento.
Blake y Sofía agregaron casi a la vez.
—No tienen porque disculparse. Yo no soy Mason. Él es mayorcito y responde de sus propios actos.
Mis palabras sonaron más seguras de lo que estaba sintiendo. Por dentro sentía pena de mí misma. Todos me decían como era, incluso yo sabía como era, y a pesar de todo, seguía esperando su llamada.
Todos hablaron de muchas cosas y, sorprendentemente, nadie mencionó a Mason los minutos siguientes.
Blake nos informó que pronto cumpliría años y estaría encantado de que tanto yo como Oli fuésemos al local donde lo festejarían por todo lo alto antes de regresar a Madrid por una temporada.
—Y habrá pastel —Sofía afirmó con voz seria.
—Sí, habrá pastel. Y con fresas —Blake intentó copiar el tono serio de su chica, pero se echó a reír con una amplia y bonita sonrisa en los labios.
El chico era terriblemente guapo, tanto como Mason, sin embargo él no cesaba de entregarle el protagonismo a su chica. Se lo veía tan enamorado de Sofía que las mujeres que lo rodeaban o lo miraban sin descaro eran completamente inexistentes. Blake era el rostro del amor sincero y

real.
Algo me pinchó el estómago por dentro y no tenía nada que ver con el hambre.
—Sofía prometió hacer una tarta con sus propias manos. Espero que vengáis cenados de casa.
—Eres la peor de las parejas —su chica cerró los ojos y estiro morritos simulando enfado.
—Y tú eres lo mejor que pudo pasarme en toooooda la vida —Blake refutó besando suavemente sus labios —aunque cocinas horribles —continúo divertido
—¿Y si me sale fatal?
—Todo lo que salga de tus manos me gustará siempre.
—Mentiroso.
Ambos se comían con la mirada. Era un amor tan sincero que sin saber porqué miré hacia Oli. En ese mismo momento él me estaba mirando. Ambos nos quedamos en silencio. Uno de esos que se suceden en cámara lenta.
—Los sentimientos son mucho más que sábanas arrugadas —dijo con voz apagada.
Bajé la cabeza y dejé que la pareja llevara la conversación. El golpe de Oli había sido bajo y sincero. Me había dejado sin palabras.
Después de un par de tonterías, y sabiendo que tapamos la acera, nos despedimos con un fuerte abrazo. Incluso Oli, para mi gran sorpresa, y no porque él fuera tímido sino porque llevaba tiempo retraído en un universo al que me había cerrado las puertas, se despidió con bromas dirigidas a Blake y causándole a Sofía una risa incontenible.
Así era Oli. Era tan guapo… su sonrisa encantadora, su cabello castaño oscuro, sus gafas a lo Clark Kent… Todo en él conjuntaba a la perfección. Era inteligente, divertido y cariñoso. Todas las aptitudes por las que cualquier chica inteligente mataría.
Sofía y Blake siguieron su camino. Oli y yo cogimos el autobús a casa.
Durante el camino apenas pude hablar. La idea de lo bien que me encontraba sin Mason me hizo sentir mal conmigo misma.

A primera hora de la mañana, y después de tres días sin saber nada de mi chico, Mason apareció por la puerta.
—¡Te dije que no quería que te acercaras a ellos! ¡Te lo dije!
Los gritos comenzaron apenas giré el cerrojo para abrir.
—¿De qué hablas?
—¡Cómo te has atrevido! Te dije que no quería que volvieras a verlos. ¿Así respetas mis deseos?
El tono de Mason resonaba con posesión e ira. Mucha ira.
—Solo fue un encuentro casual. No pensé que te molestaría tanto. ¿Quién te lo ha contado? —dije presionando mi frente por lo estúpido que resultaba todo aquello.
—¡Te he dicho una y otra vez que quiero que te alejes de ellos! ¿Es tan difícil seguir una simple instrucción?
La voz de Mason retumbaba en la habitación. Una tormenta de palabras que me dejaba atrapada entre la realidad de un novio posesivo y mi propia necesidad de libertad.
—Mason, no quiero pelear contigo, todo es un terrible error. Verme con Sofía y Blake fue fruto de una casualidad. Estábamos con Oliver cuando nos cruzamos con ellos.
—Oliver, siempre Oliver. Si no puedes respetar mis reglas tal vez deberíamos replantearnos nuestra relación —el susurro de sus amenazas me dejó con el corazón apretado entre las costillas —. ¡No puedo creer que hayas desobedecido mis órdenes! ¿Acaso crees que puedes hacer lo que te plazca?
Sus palabras eran una marea sin control y desdén. Sintiendo el peso de sus exigencias me

esforzaba por mantener la calma.
—Solo fue un encuentro casual. No quería enfadarte.
—¡No me importa! Te he dejado claro que no quiero que tengas relaciones con ellos. Si solo te pido una cosa y te la saltas, ¿qué será más adelante?
Su ira se manifestaba como un vórtice atrapándome en su furia descontrolada. La posesividad se entrelazaba con su machismo creando una atmósfera opresiva asfixiante.
—Mason, no puedo vivir bajo tus reglas. Necesito controlar mi vida.
—¿Tu propia vida? Necesitas alguien que te enseñe a ser tú misma. ¿Crees que puedes hacerlo sola? ¿Tan valiente piensas que eres? ¿Te recuerdas como eras antes de conocerme, o tengo que recordártelo?
La arrogancia de Mason resonaba con una convicción que en el pasado habría aceptado como muestra de afecto, sin embargo, ahora, me encontraba cuestionando las cadenas invisibles que me ataban a un amor que cada vez resultaba más falso.
—No quiero ser guiada todo el tiempo. No lo necesito. Quiero poseer mi propio espacio
—¿Espacio? ¿Estás a punto de perderme por una idea feminista barata?
La amenaza en sus palabras era palpable.
La habitación quedó sumida en la más profunda oscuridad. El pecho me presionaba al respirar.
—Me voy. No puedo tenerte delante. No te reconozco.
Dijo y se marchó.
Me dejó sola y sin lágrimas. Estaba tan triste como desorientada. ¿Cómo debería actuar cuando regresara? Porque Mason regresaría. Siempre lo hacía.
En los ocho meses que llevábamos juntos, a veces, solía desaparecer, pero nunca más de cuatro días. Cuando lo hiciera y estuviera más calmado podríamos aclarar las cosas. Incluso podría disculparme, porque estaba segura de que cuando se enfriara se daría cuenta del inmenso error que había cometido al juzgarme. Yo no le había desobedecido.

La gata mojada bajo la lluvia

La librería, que normalmente era un refugio de historias y escapismo, se tornó en un lugar sombrío. La ausencia de Mason creaba una grieta en mi ánimo. Mi mente se hallaba sumida en la preocupación mientras observaba distraídamente los estantes de libros. Llevaba una semana sin dar señales de vida. Sin preocuparse por mí. Yo no le importaba…
Las risas y charlas de las lectoras que se acercaban desvanecían ante la tormenta interna que rugía en mi interior. Estaba sola. Me sentía sola y fea. Otra vez.
—Oh, sí, este libro es excelente. Seguro les encantará.
Las clientas se quejaron por la falta de entusiasmo en mi tono.
Sin percatarme de la realidad que me rodeaba aconsejaba con una distracción despampanante y que no pasó desapercibida por mi jefe.
—¿Puedo saber qué demonios te pasa? Estás aquí para trabajar y no para mirar el infinito.
La regañina del señor Harland fue inevitable. Sin levantar la mirada murmuré una disculpa. Siete días sin respuesta de Mason pesaban como losa de cementerio.
—¡Mira a tu alrededor y haz tu trabajo como se supone que debes hacerlo!
La reprimenda del jefe resonó en el aire, pero yo apenas la registré. Distraída en mis problemas intenté volver a cotillear la pantalla de mi Samsung donde la ausencia de mensajes influía más que cualquier regaño del señor Harland.
¿Dónde estás, Mason? ¿dónde…?
Un suspiro escapó de mis labios mientras me esforzaba por recomponer los trozos rotos y perdidos. Intentaba enfocarme en las tareas que requerían mi atención, pero la mente seguía divagando hacia el vacío dejado por su ausencia.
El día avanzaba, sin embargo, el tiempo se movía a un ritmo distinto. La librería, antes llena de historias y mundos por descubrir, ahora se tornaba en un escenario sombrío donde las palabras escritas palidecían ante el silencio de un teléfono que no vibraba.
Estaba desconsolada. Mi corazón se sentía roto.
Llegué a casa y no encendí la luz.
Como un autómata fui hasta la cocina y puse una taza de agua a calentar. Quise ponerme a comer y olvidarme de mí misma, pero me contuve. Mason no lo merecía. Llevaba tiempo intentando controlar mis impulsos. Comer sin control solo me provocaría una sensación de soledad mayor y un terrible dolor de estómago. Después de permanecer de pie con el teléfono en la mano durante lo que parecieron horas, lo dejé caer, me arrodillé junto a la nevera, y me puse a llorar.

—¿Gabrielle? —Oli me llamaba, y aunque mis oídos lo escuchaban, mi cabeza no razonaba —. Belle, ¿dónde estás? Vuelve conmigo. Cariño…vuelve.
Sus manos acariciaban mis cabellos. No era capaz de contestar. Apoyada en su pecho me dejé llevar por el dolor. No estaba segura de si pasaron horas o minutos, los brazos de Oli eran mi paz. Y la necesitaba.
—¿Qué ha pasado?
Atragantada por el dolor fui capaz de hablar. Y cuando comencé no pude parar. Sentados en el suelo de una cocina pequeñísima dejé que mi pena encontrara salida.
—Desgraciado…
Apenas abrió los dientes. Fue solo un murmullo, igualmente así, lo escuché.
—¿Por qué nunca me contaste nada?
—Sentía vergüenza. No quería que pensaras que era una idiota. Además, no quería ser una carga.

Tú siempre tienes razón, siempre estás a mi lado en todos mis errores. Quise pensar que él era ese chico que me…
No pude terminar la frase. El dolor me ahogaba.
—Que te quería… Belle, hasta cuando vas a seguir siendo tan ciega.
Envuelta en una nube de desaliento Oli me llevó hasta la sala y me ayudó a recostarme. En un rincón solitario de su pequeño apartamento lo esperé hasta que regresó con una taza de té caliente.
La luz tenue revelaba el desorden de sus emociones. El espejo en la pared, que alguna vez reflejó momentos de alegría, ahora devolvía mi imagen destrozada.
—¿Por qué Mason? ¿Qué tiene él?
Las lágrimas que al fin había conseguido reprimir comenzaron a emerger trazando caminos de desesperación en mis mejillas. Las paredes de la habitación parecían estrecharse con el aire volviéndose más denso con cada suspiro.
No importaba si era gordita. No importa nada. Los estándares de belleza se desvanecían ante la magnitud de mi propia desdicha. En ese momento la propia imagen física quedaba en segundo plano frente a la desolación emocional que me envolvía.
No fui capaz de responder y Oli no volvió a preguntar.
Las galletas del té, ahora abandonadas en el plato, simbolizaban mi falta de apetito por la vida misma.
Atrapada en la telaraña de la depresión me encontraba en un abismo emocional donde la esperanza parecía desvanecerse con cada latido del corazón herido. El mundo exterior seguía su curso ajeno al tormento interno que yo sentía. El silencio del teléfono, una constante presencia en la habitación resonaba como un eco de la soledad que amenazaba con engullirme. En ese rincón oscuro de mi propia tristeza le pedí a mi amigo un momento a solas. Con pocas ganas respetó mi decisión y se marchó a su cuarto. No sin antes prometerle que lo llamaría si lo necesitaba.
Sumergida en un océano de dolor, y anhelando una respuesta que no llegaba, y enfrentándome a la dura realidad de la incertidumbre amorosa, me dejé caer sobre la almohada.
Cada suspiro resonaba como un lamento.
¿Por qué me haces esto, Mason? ¿Qué hice yo para merecer este silencio?
El dolor en mi pecho se intensificaba con cada pregunta sin respuesta. La sensación de abandono me envolvía como una sombra oscureciendo cualquier atisbo de esperanza.
Abrazando mi cuerpo frío, mientras las lágrimas fluían sin restricciones, me dejé llevar por el desconsuelo. Cada sollozo era una liberación momentánea de la opresión que sentía en el alma.
Las horas pasaban lentamente cuando busqué dentro de mí la última cuota de valor que escondía en un rincón muy interno y cogí el teléfono.

Mason, por favor, necesito que me respondas. Estoy preocupada. ¿Estás bien? ¿Por qué no contestas? Por favor, solo dime que estás bien.

Mensaje de Frustración:
No puedo creer que estés ignorándome. ¿Qué diablos está pasando? Después de todo lo que compartimos merezco al menos una explicación. No eres justo.

Mensaje de Desesperación:
¿Acaso te burlas de mí? No merezco este trato. He estado llorando sin entender qué pasó. ¿Qué hice mal? ¿Por qué me haces esto? Por favor, Mason, necesito respuestas.

Mensaje de Súplica y Dolor:
Mason, por favor, no me hagas esto. No sé qué pasó, pero lo siento si te hice daño. No puedo soportar este silencio. Estoy rota, necesito saber si esto tiene solución. Te necesito, por favor, vuelve.

Mensaje de Tristeza Profunda:
Cada día sin ti es un tormento. No sé cómo seguir adelante. Me siento perdida. No quiero perder lo que teníamos. No merezco este abandono. Por favor, Mason, no me dejes así.

Mensaje de Ruego Apasionado:
No puedo soportar la idea de perderte. Si hice algo mal lo arreglaremos. Necesito que vuelvas a mí. No puedo imaginar mi vida sin ti. Por favor, por favor, responde.

Los mensajes reflejan la montaña rusa emocional mareante en la que me sentía. Desde la preocupación inicial hasta la desesperación, la súplica apasionada de mis mensajes eran una expresión de dolor y anhelo desesperado por recuperar lo que una vez tuvimos. O lo que yo creía que habíamos tenido.
Con los dedos temblando volví a escribir una y otra vez.

Mensaje de Auto culpa:
Quizás todo esto sea mi culpa. Si hice algo mal, dímelo. No puedo soportar la idea de haberte perdido. Estoy dispuesta a hacer lo que sea necesario para arreglar las cosas. Por favor, dame otra oportunidad.

Mensaje de Tristeza Profunda:
Mis lágrimas no cesan. No sé cómo seguir adelante sin ti. Extraño tu voz, tu risa, todo de ti. Este silencio es insoportable. ¿Realmente no te importa?

Mensaje de Ruego Desesperado:
Mason, estoy al borde del colapso. Necesito saber qué está pasando. Por favor, no me hagas esto. No puedo entender por qué me estás castigando así. Te necesito más de lo que puedes imaginar.

Mensaje de Enojo y Desahogo:
¿Te parece divertido ignorarme? No tienes idea del dolor que estoy sintiendo. No merezco este trato. ¿Acaso no significó nada para ti? ¿Cómo puedes ser tan cruel?

Mensaje de Despedida Angustiante:
Si no puedes siquiera decirme qué está mal, entonces... no sé cómo seguir. No puedo soportar este sufrimiento constante. Te amo, pero no puedo quedarme en esta oscuridad. Adiós, Mason.

Después de una hora el sueño me alcanzó. Y fue justamente cuando los ojos hinchados comenzaban a cerrarse cuando sonó el móvil. Al ver su nombre en la pantalla me lancé a responder.

—Escúchame bien, me pediste tiempo, pues bien, te lo di. ¿No era lo que buscabas? Mientras querías ser tú misma y buscabas amigos nuevos, quiero que sepas que me acosté con otra.
En el fondo la risa de otra mujer se escuchaba como una cruel melodía.
Mis ojos se llenaron de lágrimas sintiéndome abrumada por la traición.
—¿Por qué me haces esto?

—Esto es lo que pasa cuando me desobedeces. Me diste la espalda cuando más te necesitaba y ahora debes soportar las consecuencias.
Luchando contra el dolor y la incredulidad apenas pude articular respuesta.
—¿Cómo puedes culparme? No merezco esto.
—Después de tu adiós necesitaba olvidarte. ¿Qué esperabas? ¿Qué te fuera fiel?
Mi corazón latía con la misma fuerza que mi rabia.
—No puedo creer que hayas hecho esto. ¡No es mi culpa que hayas tomado esa decisión! Yo solo dije adiós porque no podía soportar más tu deseo de controlarme.
—Las decisiones tienen consecuencias, Gabrielle. Ahora sufre como yo he sufrido. Ya no puedo seguir hablando, tengo que dejarte.
—Mason… por favor… lo nuestro no puede terminar así.
—Gabrielle, en este momento ella está tragando mi semen y me ha puesto cachondo. Por cierto, ¿te dije su nombre?
—¡Hola hermanita!
La voz al otro lado me secó la garganta. El latir de mi pecho golpeaba contra las paredes del apartamento.
—¿Amanda?
—Fui a buscarla a tu casa. Y, por cierto, no es para nada como la describías.
Colgué el teléfono sintiéndome atrapada en un torbellino de emociones.
La traición y la crueldad de Mason me dejaron un nudo en el estómago. La confirmación de la voz de mi hermana al otro lado me causó total desconcierto.
Arrojé el móvil a la pared y rompí la pantalla. Oli se despertó con el ruido y lo que en un principio fueron gritos terminaron siendo lágrimas de loba herida.
Si el dolor tuviera color sería el rojo intenso. Si fuera un sonido sería la rotura de cristales. Si fuese una canción se titularía no volveré a querer a nadie…
Después de toda una noche en donde colores, aromas y sonidos se dibujaban con letras de tristeza, me senté en la cocina convertida en un despojo del que poco se podía aprovechar.
—Te prepararé un café. No puedes seguir así.
—Oli…
Quise decirle algo. Una palabra que me ayudara a desatascar las tuberías de mi garganta. Ningún sonido más que las lágrimas recorrieron mi rostro.
—Belle… por favor, no puedo verte así. ¡Joder! El no vale ninguna de las sonrisas que le regalaste y mucho menos tus lágrimas. Eres la chica más maravillosa que conozco. Eres dulce, atenta, siempre estás cuando alguien te necesita. No conoces el odio, y cuando yo…
—Ahora sí —murmuré sin fuerzas.
—¿Cómo dices?
—Dije que ahora sí.
—Ahora sí, ¿qué?
—Ahora sí lo conozco. No lloro por amor. ¡Lo odio con todas mis fuerzas! Es un cerdo malnacido. Una basura que…
Me puse a llorar mezclándolo todo. La lista de la compra se resumía en odio, indignación, tristeza, vergüenza, indignación y mucha desilusión. Kilos infinitos de indignación.
—Es mi hermana… mi hermana.
Oli no comprendió nada hasta que después de dos valerianas y un par de galletas de chocolate amargo fui capaz de contarle todo lo que había pasado durante la noche. Mis mensajes sin sentido. Mi estúpida desesperación. Y su remate final. Cuando llegué a la parte de las carcajadas

de mi hermana tuve que parar.
Sus brazos rápidos me envolvieron contra su pecho. Allí me quedé hasta que toda mi lista de sentimientos se desvaneció entre lágrimas saladas.
La semana pasó sin mayores novedades.
Mi madre consiguió enterarse de parte de la historia y como era de esperar se puso del lado de Amanda. Yo por mi parte decidí convertirme en una solitaria. La librería y mi trabajo se llevaron mi tiempo y mis lágrimas. Estar ocupada me ayudó a sentirme una hoja muerta colgada de un árbol. No lucía, pero tampoco molestaba.

Mirando pasar

Mi presencia bien podría haber dejado de existir sin que nadie se percatara. Nadie excepto Oli. Él se desvivía por hacerme sentir bien.
Mil veces leí sobre el desamor. Cientos de libros fueron los que me hicieron llorar junto a la desdichada protagonista, sin embargo, lo que yo sentía no era pena de amor. Luego de mucho sufrir supe reconocer la diferencia entre amor y sexo.
Mason fue mi primer hombre, y puede que yo creyera que era el primer amor, pero él no podía dar lo que no sentía. Se puede besar, acariciar e incluso gemir sin haber recibido una pequeña cuota de amor. Y yo no la recibí. Pasé por su cuerpo sin rozar un milímetro de su corazón.
—¿Has terminado con las estanterías de romance y misterio?
—Aún no, señor Harland.
Me puse nerviosa al ver que mi teléfono no cesaba de sonar.
—Igual, cuando termines de hablar por teléfono puedes trabajar un poquito.
Con su rostro iracundo se marchó por los pasillos. Jamás esperaba conocer mi versión.
—Gabrielle, queremos invitarte a nuestra boda.
—¡Qué! Quiero decir ¿qué? —contesté bajando la voz y escondida tras las cajas de novedades para que no me vieran contestar el teléfono.
—Sofía y yo llevamos cinco años juntos y le he pedido que se case conmigo, nuevamente. Cosa de enamorados. ¿Qué dices? Contamos contigo. Será la semana próxima.
—¡Una semana! —me escondí nuevamente—¿una semana? —murmuré tapando el micro.
—Sí, es una locura, pero que sería la vida sin locuras de amor. Quiero casarme aquí y delante de mis amigos americanos. ¿Qué dices?
Por un momento me pasó por la cabeza Mason y su enfado, el temor ante la posibilidad de volverle a ver, la venganza…
—¿Qué dices? ¿Cuento contigo?
—Por supuesto.
—¡Genial! Será perfecto. Por favor, invita a Oliver de nuestra parte. Sofía quedó encantada con él.
—Lo haré. Gracias.
Al soltar el móvil no sabía si mi excitación era por la boda o por volver a ver a Mason.
¿Qué haría él al verme? ¿Iría con Amanda? ¿Sería capaz de soportarlo?
Quise volver a coger el teléfono y renunciar a mi asistencia cuando la rabia de loba herida me detuvo. Si me encontraba el alma destrozada él no tenía derecho a saberlo.

La boda

Hoy es un día importante, no solo para Blake y Sofía sino también para mí. Me enfrento decidida a superar mis propias inseguridades. Al menos por esta noche. El vestido que he elegido es un desafío para mí misma. Un paso hacia la mujer que deseo ser. Elegante, segura y un poco atrevida. Hoy voy a permitirme brillar.
Cuando Oli llegó por detrás no pude evitar notar lo bien que lucía. Estaba guapísimo. Él me sonreía y su felicidad se convertía en mía.
—Luces increíble —dijo sujetando mi mano y haciéndome girar sobre mis talones.
Pedimos un taxi y el viaje a la boda resultó ser un torbellino de emociones.
Voy con Oli, mi amigo de siempre. Mi mente no dejó de divagar hacia Mason y él. No podía detener mis comparaciones. Y aunque me dije que era una locura, no cesé de hacerlo.
Al llegar al gran salón el ambiente era espectacular. La elegancia del lugar nos envolvió. Mientras avanzábamos la mirada de Oli resultaba protectora y cariñosa.
No llegamos a dar ocho pasos cuando lo vi.
Mason estaba solo en un rincón y con su mirada fija en nosotros. Después de una sonrisa irónica se puso en pie para acercarse.
—Hola. Gabrielle, estás... —Su voz era tensa.
La atmósfera se cargó de una tensión palpable. Oli, notando el ambiente, puso dos pies por delante para interponerse sutilmente entre Mason y yo. Una barrera silenciosa y firme.
—También te veo bien — mi voz tembló ligeramente.
—Estás muy bien acompañada —en su respuesta cortante pude ver un destello de algo parecido a la furia —. Al parecer hice bien en alejarme.
Oli presionó suavemente mi mano. Un gesto de apoyo que necesité más de lo que me hubiera gustado admitir.
—Mason, no tienes que hacer esto. Somos amigos, ¿recuerdas? Tú decidiste dejarme — traté de mantener mi voz calmada.
—Amigos… — Mason escupió la palabra antes de reír con amargura —. Claro, amigos.
Su rostro estaba triste y apenado. Por un momento sentí que me derrumbaba ante la duda de sus sentimientos. ¿Podría quererme de vuelta en su vida?
—Mason, basta ya, no vamos a dejar que arruines este día. Si tienes algo que decir dilo y vete. Ya te has cobrado tu venganza de la forma más cruel. Márchate, y busca a otra a quien lastimar.
Las miradas se cruzaron y tuve miedo de que todo terminara en puñetazos y sillas volando por los aires. Cerré los ojos rogando para que no pasara. El salón estaba lleno de gente saltando al ritmo de la felicidad de los novios. Sin esperarlo, y cuando esperaba ver el peor lado de Mason, él se marchó. Oli me miró preocupado.
—¿Estás bien?
Asiento, aunque la verdad es que me sentía cualquier cosa menos bien.
—¿Crees que me odia tanto como para continuar lastimándome?
—Vamos a disfrutar de la fiesta, ambos nos lo merecemos —dijo intentando sonreír.
Aunque nos dirigimos hacia la celebración la confrontación con Mason resonaba en mi mente marcando un antes y un después.
—Vamos a demostrarle a esa pista de baile que somos los mejores.
Oli con una sonrisa traviesa no pude evitar contagiarme. Y así, sin más, nos sumergimos en la celebración dejando atrás las tensiones.
Sus manos se aferraron a las mías y los volantes de mi vestido giraron ante los rayos de las luces

azules de los faroles nocturnos. La música saltaba en nuestros oídos mientras nuestras piernas se movían con poca coordinación, pero una inmensa cuota de diversión.
La tensión del mal momento inicial se esfumaba como niebla espesa. Y Mason se marchaba con ella.
En un principio creí que moriría al verlo marchar, sin embargo, no fue así. Los pulmones se me cargaron de esperanza. Mason era un pasado que no deseaba volver a vivir. No señor. ¡Que se fuera con quien le diera la gana! Me costó muchas lágrimas darme cuenta de que un vacío relleno de estiércol era peor que el propio hueco.
Si me encontraba sola mis brazos me darían calor. Yo tenía suficiente vida para consolarme a mí misma. Yo me amaba más que cualquier desgraciado.
Sonriente me puse a saltar y Oli me acompañó en cada estúpido pase de baile. Nos movimos al ritmo de la música, a veces en sincronía, a veces descoordinados, pero todas las veces felices. Felices por tenernos, felices por querernos, felices por ser libres. ¡Libres!
Mi vestido se puso a saltar con mis piernas y no me importó si mis muslos eran anchos o mis rodillas grandes. Si a alguien no le gustaba ¡que no mirara!
—¡No sabía que pudieras moverte así! —exclamé impresionada al ver sus pasos discotequeros.
—Existen muchas cosas que no sabes de mí.
—¿Sí?
En ese momento, rodeada de luces tenues y el murmullo de conversaciones alegres, algo cambió. La risa de Oli, el brillo en sus ojos, la forma en que parecía verme me hizo sentir un frío extraño. Uno que ni siquiera Mason había logrado.
Por un instante el mundo exterior se desvaneció y solo quedamos Oli y yo compartiendo risas y bailes como si fuéramos las únicas personas en el mundo.
Por primera vez en mucho tiempo me sentí libre de mis propias inseguridades. Libre para ser yo misma. Una con piernas anchas, pechos exuberantes y un corazón lleno de deseos.
Bailamos, reímos, giramos y bebimos hasta que los pies nos llevaron a casa.
Aunque mis tacones se encontraban en la mano de Oli, que los cargaba sobre el hombro, no sentí frío. La frescura de la noche chocaba contra las canciones que cantamos chillando bajo el brillo de las estrellas que nos sonreían cómplices.

Ambos nos dejamos caer en el sofá con los dedos de los pies estirados hacia el techo.
—Sentía un nudo en el estómago —su voz era suave —. Tenía un miedo abrumador a perderte. No podía soportar la idea de que Mason hubiera sembrado dudas en tu mente acerca de mí —. dijo rompiendo el silencio de la noche.
Se puso de pie y comenzó a caminar de un lado como si el tiempo mundo se fuera a extinguir y nos quedase dos segundos de vida.
—Sabía que necesitaba darte espacio. Necesitabas tiempo para reflexionar y encontrar tus propios sentimientos. Y no estuve a la altura.
Salté del sofá impulsada por el resorte de mi indignación.
—¡Por supuesto que has estado a la altura! Soy yo la tonta que no hizo otra cosa que pensar en sí misma.
—Yo jamás te haría daño. Antes me…
—Lo sé.
Las palmas de mis manos se centraron en su espalda. La respiración se le cortaba entre espasmos recortados.
—Gabrielle, yo… te quiero.

Se giró y sus ojos marrones de gato divertido se convirtieron en sentimientos claros y profundos.
—Por supuesto. Somos amigos. Yo también te quiero —contesté confundida y abrumada por un sentimiento extraño. Un cosquilleo profundo y delicado recorriendo la total sensibilidad de mi piel.
—No me entiendes —dijo sujetando sus manos en mi cintura y acercándome hasta sentir el aliento de su respiración despeinar mis cabellos—. Yo te quiero mucho más.
El tiempo se paralizó en el mismo instante en el que sus palabras se detenían con puntos pausados.
¿Me quiere? ¿Oli me quiere?
El latir de mi pecho comenzó a rebotar contra mis costillas. Oli, me quería. Y no como se quiere a una amiga rellenita. No, él me estaba mirando con deseo. Uno mil veces más profundo que el que alguna vez Mason me pudo demostrar.
—Yo…
—No puedo seguir fingiendo. No tienes que contestarme. Sé que lo nuestro es algo que existe solo en mi cabeza. Que tú solo me ves como a un amigo...
—No. No.
—¿No?
La primera negación me salió de forma instantánea. La segunda un tanto desesperada. Desesperada por sentir que él pudiera pensar que yo no sintiera lo mismo. Desesperada por otras que pudieran ocupar un sitio que deseaba para mí.
El corazón me rebosaba del pecho chillando que también lo quería.
Durante todos estos años no hice otra cosa que esconder bajo una amistad un amor al que yo misma temía dar rienda suelta. ¿Qué si lo quería? Sus ojos dulces como el chocolate fundido que brillaban como la margarina derretida cuando me hacían sonreír. O esas gafas que movía en el puente de la nariz antes de bajarlos al guiñarme un ojo, o cuando esos brazos que me daban calor las tardes frías de dudas. ¿Qué si lo quería? ¡Sí! Estaba enamorada de cada tonto y pequeño detalle suyo.
—Belle… ¿me quieres?
Sus manos me acercaban cada vez más. Mis pensamientos se ahogaban junto a mis palabras emocionadas.
—Si no lo haces será que me lo diga antes de que te bese y nuestras vidas cambien para siempre.
Mis labios seguían sellados con los miles de sentimientos que deseaba decir y que se secaban en mi boca. Oli, el mejor hombre del mundo. El chico más maravilloso que haría afortunada a cualquier chica me deseaba a mi. ¡A mí!
Cientos de recuerdos de su sonrisa al mirarme, sus bromas atontadas, sus caricias de consuelo, todas cobraban un sentido maravilloso.
—Voy a comerte… ¿lo sabes?
Su pregunta solo obtuvo un ligero asentimiento en mi cabeza. Las manos me temblaban. Me sentía una virgen inocente. Quizá porque lo era. No de cuerpo pero sí de amor.
Nuestros labios chocaron de forma automática y mis ojos se cerraron. El calor de su boca era la caldera que mi corazón resquebrajado necesitaba para renacer.
—Belle…
Su voz era zumo de vida. Mi cuerpo despertaba eróticamente ante sus manos que me acariciaban con una picardía desconocida.
—Oli… —dije estirando mi cuello hacia atrás dando espacio para que no le quedase rincón de mi cuello por explorar.

Su lengua humedecía por allí donde pasaba. El cuerpo me flotaba como a un astronauta en la luna. Oli me llevaba a un universo único y nuestro.
Su cuerpo tenso me separó unos centímetros y mis labios se estiraron suplicando porque no se apartase.
Sus ojos chocolate ardiente se centraron en mi mirada a la par que apretaba intencionalmente sus palmas contra mi trasero. Mientras se inclinaba hacia mi rostro mis ojos captaron el elegante estiramiento de los músculos de su cuello y el corazón comenzó a latir salvajemente. Sin besarme deslizó sus manos suavemente hacia mis pechos. El gemido que lancé fue instantáneo.
Conforme con mi respuesta se sonrió travieso. Con esa diversión que le conocía tan bien, aunque esta vez llevaba una importante pizca de pimienta atrevida.
—¿No tienes nada mejor que hacer que quedarte ahí y mirarme? —Bromeó mientras sus ojos se centraban en el bulto de mis tetas. Jamás las había observado con tanta hambre —. Porque yo sí que tengo mucho que hacer, mi dulce Belle… —susurró sujetando con fuerza mi cuerpo —. Apuesto a que se te pueden ocurrir algunas cosas locas.
Oli se rio mientras mi cuerpo se dejaba ir.
Mi piel se quedó en silencio hasta que mis tetas rozaron su pecho desnudo. ¿En qué momento se había quitado la camisa?
Deslizó sus manos sobre mis caderas y las presionó. Su fuerza desconocida me abrumó. Jamás lo hubiera imaginado tan varonil.
—Estoy pensando en algo mucho más emocionante que ser amigos —. Susurró antes de que sus labios tocaran los míos adueñándose de la situación —¿Qué dices? ¿Seguimos?
—Mmmmmm —gemí cuando al besarme deslizó sus fuertes brazos alrededor de mi prominente cintura.
—Voy a tomarme eso como un sí.
Introdujo su lengua entre mis labios húmedos deslizándose por el interior de mi boca resbaladiza. Me derretía contra él. Su tentador y varonil aroma chupaba mi lengua introduciéndose hacia el interior de mi ser y barriendo cualquier rastro de duda.
Gemí suavemente mientras su excitación saltaba. Mi coño tenía espasmos y los pezones me hormigueaban deliciosamente.
Sus manos recorrieron mi trasero y espalda. Casi desmayé al sentir su palpitante polla presionar contra mi cuerpo. Quería algo más que rozar su ropa.
Hundí las manos en su torso desnudo y tironeé sus pantalones hacia el suelo. No podía mirarlo. Por un momento temí que la vergüenza por esa amistad corrompida me dominara y no me permitiera sentir el cúmulo de deseos que me dominaban.
Con una potencia varonil desconocida estiró sus manos arrancando mi vestido de forma salvaje. Envuelto en su locura acercó sus labios arrastrando su humedad caliente a lo largo de mi pecho hasta mi estómago. La punta de su lengua jugó con mi ombligo mientras se colocaba de rodillas y sujetaba mi trasero nervioso.
Los dedos de mis manos se enredaron en el cabello despeinado mientras mis caderas se comenzaron a mover entregadas a la sensación de excitación balanceándose provocativamente.
—Belle —siseó jugando la partida de un hombre contra una mujer —serás mía. Solo mía…
Sonreí traviesa al sentir sus dedos jugando con mis braguitas.
Sí, iba a ser suya.
Sí, lo deseaba.
Hábilmente dejó mi cuerpo desnudo. Metió la mano delicadamente dentro de mis piernas y rozó con las yemas de los dedos mi vello púbico. Excitada y sin desearlo el rostro de Mason se instaló

en el centro de mi frente. Por alguna razón la escena me llevó a él. Mason usándome y yo dejándome guiar bajo su voluntad.
¡No! Este era Oli. Él no era así. Él me quería y yo lo adoraba. Oli me confesaba su amor. Me sentía exultante de felicidad. No, esta vez no sería una espectadora de lo que otros quisieran de mí.
—¿Pasa algo?
La voz preocupada de Oli me entregó el atrevimiento que necesitaba para comenzar a ser una nueva Gabrielle. Una que no esperaba recibir. Esta mujer ya no era una gata mojada abandonada en un portal bajo los comentarios hirientes de los que nadie había pedido opinión. Esta era una Gabrielle que amaría sin tapujos y sin remordimientos. Una chica capaz de expresar lo que deseaba y a rebelarse ante lo que no.
—Todo es perfecto.
Se puso de pie y en ese momento nuestras miradas se cruzaron y supe lo que quería. Deseaba a Oliver como a un hombre. No como a un amigo o un bote salvavidas. Lo deseaba más de lo que habría admitido nunca.
Su cuerpo se puso tenso mientras las palmas de sus manos sujetaban mis mejillas. El aroma de su perfume mezclado con el mío me envolvió y sellaron allí mismo nuestros destinos. Deseaba darme un festín con él. Lo necesitaba y no como una mujer herida sino como una loba hambrienta.
Con los dientes mordiendo mis labios atrevidos metí una mano en sus calzoncillos y acaricié su sexo hinchado. Oli gimió sin soltar sus manos de mi rostro.
—Belle —mi seudónimo era miel espesa en sus labios.
—¿Te gusta? —dije presionando el peso de sus testículos entre mis dedos.
—Cielo, eres es el cielo. Un espacio sideral del que no quiero bajar…
Su cuerpo temblaba. Y no solo por deseo. Entre nosotros revoloteaba algo muy diferente a lo que existía con Mason.
La oscuridad de la habitación se convertía en penumbra. El sonido silencioso de la noche era suave melodía romántica.
Dejé caer el vestido que se encontraba atascado en mis caderas y sin pensar que estaba en ropa interior mostrando las partes más criticadas de mi cuerpo me agaché y de rodillas empujé sus calzoncillos hasta que su sonido se sintió golpear contra el suelo. Valiente acerqué mis labios a su pene. Deseaba probarlo. Sentir su piel erizarse ante mi contacto. Una gota de líquido pre seminal se filtró de su hendidura y el sabor salado hizo que su excitación aumentara.
—¿Estás segura?
Alcé la vista para ver su mirada tierna clavada en mi rostro. Estaba preocupado por mí. No por tener sexo gratis. No por aprovecharse de una chica lastimada por todas las esquinas, él estaba pensando en mi bienestar. Sonriente agaché la cabeza sin perder el tiempo. Deslicé la lengua alrededor de la resbaladiza carne. Oli se retorció y gimió cuando comencé a lamer arriba y abajo la longitud venosa de su falo. Masajeando sus bolas hinchadas, mientras le atendía la polla con la lengua, su cuerpo se tensaba como cuerdas de guitarrista flamenco. Sin previo aviso abrí mucho la boca y tragué la mitad de su eje. Al mismo tiempo, él bajó las manos y sujetó mi cabeza. Tiraba y acariciaba de la misma forma descontrolada provocando una diversión maliciosa que brotaba desde mi interior cada vez más saneado.
Dobló ligeramente las rodillas y logró agarrar mis pesados pechos entre sus palmas mientras yo continuaba chupando su larga polla. El sujetador cayó por encima de mis rodillas mientras sentía sus dedos acariciando mis sensibles tetas que comenzaban a reconocerle como su único dueño.

La pasión me obligó a tragar cada centímetro de su polla llegando hasta su vello púbico. Sus felices gemidos formaban una dulce música de fondo unidos a los lujuriosos sonidos de mis labios. Nada podía compararse con sentir la excitación de Oli en mi boca.
El gran círculo redondo formado por mis labios apretó contra la gruesa polla mientras comenzaba a mover la cabeza hacia adelante y hacia atrás. Manteniendo el ritmo con el suave balanceo de sus caderas, su agarre se apretó contra mis cabellos cuando comencé a follarle con mi lengua apretada.
La cabeza del pene de Oli empujó hasta la parte posterior de mi garganta y yo me preparé para la dulce explosión de su semen lechoso en mi boca. Me sentía grandiosa. Todo lo que Oli me daba yo lo convertía en miles de kilos de poder. Comencé a chupar más rápido. De forma furiosa. Necesitaba tragar su pesada carga y sentir su esperma cubrir mi garganta y sentir sanar mis heridas con amor...
Pero entonces Oli se apartó liberando su polla de mis labios. Jadeando se agachó y suavemente bajó quedando en cuclillas encima de mi cuerpo ardiente. Se inclinó justo cuando mi espalda llegó al suelo. Su boca se unió a una de mis suculentas tetas. Masticó ansiosamente un pezón hinchado y luego metió más y más el redondeado pecho ardiente en su boca. Pasó la lengua alrededor del pezón una y otra vez mordiéndole suavemente y haciendo que arqueara la espalda y gritara de puro éxtasis.
—Oli…
Deslizó sus manos hacia abajo para quitarme las braguitas. Quería abrir bien las piernas y entregarme.
—Fóllame —susurré con valor atrevido.
—No. Lo que hay entre nosotros es mucho más que follar.
El corazón me saltó del pecho y se derritió en mis manos. Se lo entregué derretido y rendido. Poco a poco las bragas enroscadas por las piernas finalmente llegaron a los tobillos. Por fin mis piernas pudieron abrirse libremente y mi ardiente coño se preparó para su poderosa polla.
—Voy a hacerte mía. Quiero hacerte el amor. Necesito amarte hasta que mi nombre sea el único que sepas pronunciar.
—Oli… —dije alzando las caderas, pero, en lugar de follarme locamente como creí que necesitaba, él simplemente se rio entre dientes.
Tumbados en el suelo sobre la alfombra de marca blanca atacó nuevamente mis pechos. Justo cuando mi necesidad y lujuria alcanzaron el punto de explosión, Oli me sorprendió empujando abruptamente mi cuerpo hacia arriba. Descansó brevemente en cuclillas sonriéndome sensualmente. Su dura polla sobresalía directamente de su entrepierna apuntando directamente a mi coño expuesto.
—Eres preciosa…
—Oli —la timidez de siempre intentó asomar, pero los dedos fuertes de Oli sujetos en mis caderas no lo permitieron.
—Eres Belle. Eres lo más bonito del universo. No existe mujer que me excite más que tú. Creo que llevo una vida ocultando lo mucho que te deseo.
Cuando las lágrimas amenazaron con bañar mis pupilas él volvió a moverse. Esta vez pasó una pierna sobre el pecho mientras giraba su cuerpo. En el segundo siguiente encontré a Oli a horcajadas sobre mi rostro. Su polla hundiéndose hacia mi boca abierta mientras bajaba la cabeza hasta mis sedosos muslos.
Lancé un gemido de alegría justo cuando él clavaba la polla en la boca abierta al mismo tiempo que pasaba su lengua por los pliegues cremosos de mi coño. Suspiré y disfruté de la doble dosis

de placer que inmediatamente me cubrió.
Volví a saborear su polla casi con la misma emoción con la que me causaba la sensación de sus dedos separando los labios del coño y provocando en mi clítoris olas de erotismo despiadado. Automáticamente agarré la parte posterior de los muslos mientras chupaba cada parte de su polla con la boca. Sus pelotas bailaron justo encima de los ojos y me emocionó la forma lasciva en que se había posicionado sobre mi cara. Oli era mío. Todo mío.
Decidida a conseguir el mayor placer de nuestras vidas me lancé hambrienta hacia su cuerpo, pero Oli, otra vez, comenzó a alejarse.
—Dame tu mano.
De un salto se puso en pie y me guió hasta su cama. Entre besos y caricias nos dejamos caer sobre el colchón. Las sábanas olían a él. Mi cuerpo se relajó extasiado. Su cuerpo se posicionaba sobre el mío como manta en tarde destemplada de otoño.
—Belle —dijo con voz ronca, —tienes las tetas más bonitas que he visto en mi vida, incluso más bonitas que en los juegos.
—¿Qué juegos? —dije entre risas contenidas.
—Esos en los que a las chicas las llamaba con tu nombre —sonrió travieso.
Mi cuerpo se dejó caer en picada libre mientras él besaba el total de mi piel y halagando lo que siempre creí como defectos.
—Muero por ser el primero.
—Oli, yo…
—Sh, yo soy el primero que te dará amor. Y tú serás la primera en recibir el mío.
El calor de su cuerpo se hundió entre mis muslos. Su duro y grande pene presionó mi coño ardiente.
—Oli…
Su cuerpo excitado y masculino me penetró hasta lo más profundo. El juego previo había conseguido humedecerme como un tobogán de piscina veraniega. Me sentía húmeda, dispuesta y necesitada. Su polla se hundió hasta el fondo y Oli suspiró agitado cuando nuestros cuerpos pegados el uno al otro se rozaba ardientes.
—Bella…
Deslizó sus manos debajo y agarró mi trasero. Su gran polla palpitaba dentro ensanchando cada vez más. Empezó a follarme con movimientos largos y uniformes taladrando mi coño y frotando arriba y abajo el clítoris con el eje rígido de su polla. Con desesperación por viajar a su lado aferré mis uñas a su espalda.
—Oli…
—Lo haré mejor que nadie —gruñó—haré que sea tu primera noche de amor.
Gradualmente aumentó la fuerza y la velocidad de su polla. La excitación alcanzó un punto álgido cuando nuestros cuerpos desnudos se golpearon. Mi cuerpo se arqueaba buscando alivio.
—Sí. Sí….
Pero Oli estaba más allá de las palabras. Gimiendo de éxtasis martillaba su polla contra mi cuerpo. Folló cada vez más rápido y el placer caliente comenzó a acumularse en mi coño hasta que no pude contenerlo más. Una violenta explosión me sacudió desde los pies hasta los hombros.
Oli me siguió y con un gemido tan profundo como el mío comenzó a convulsionar.
Después de quedar unidos por segundos extra largos, nuestros cuerpos se acariciaron con lentitud. Nos abrazamos mientras las risas llenaron la habitación.
—Te quiero —dijo secando una de las lágrimas de alegría que rodaba por mis mejillas.

—Te quiero —contesté aceptando que desde siempre nos unió algo mucho más potente que la amistad.
Ambos nos miramos hasta que la sonrisa radiante de Oli iluminó la habitación. Su mano se sujetó a la mía y me empujó cariñosamente.
Nos dirigimos a la ducha. Nos metimos y comenzamos a enjabonarnos sabiendo que simplemente estábamos aumentando los deseos del uno por el otro. Tan pronto como la polla de Oli volvió a sobresalir de su ingle, enredé mis dedos con los suyos, lo saqué de la ducha y lo llevé de regreso al dormitorio. Lo empujé hacia la cama y me senté sobre él. El resto fue puro amor.

El cielo se derrumba hasta en días soleados

—A ver si nos aclaramos quiero huevos revueltos y estos son —dije mirando algo de un color amarillo dudoso sobre el plato —¿qué se supone que es esto?
—Es mi especialidad de huevos revueltos con queso fundido.
—¿Eso es queso?
El rostro de Oli se encendió divertido. Estaba en calzoncillos, con el torso al desnudo y con una cuchara en alto.
—Caducado, pero queso.
—No pienso comerme eso —dije cuando comencé a correr por la pequeña sala al sentirme perseguida por un cucharón de madera.
—Oh, sí que lo harás —dijo al alcanzarme y lanzarme sobre el sillón —después de todo no sé porqué te quejas. Llevamos días encerrados haciendo el amor. En la nevera ya no queda nada.
—Haciendo el amor…
Oli me besó con profundidad en el cuello y yo me dejé arrastrar a la vez que abría las piernas. Llevaba tantos deseos de tenerlo dentro como la noche anterior. Nuestros cuerpos no terminaban de saciarse el uno del otro. A más nos amábamos más crecía nuestro deseo.
—El timbre… —dije entre dientes al sentir su mano acariciar mi pecho por debajo del vestido.
—Que se vaya… —contestó mientras mordía el lóbulo de mi oreja.
Cuando comenzaba a estar de acuerdo con su idea el sonido agudo y desagradable me cambió el humor.
—Voy yo.
—Noooo —su mano intentó sujetarme, pero me escabullí por debajo de su cuerpo.
—Cuanto antes abramos antes se irá.
Corrí los cuatro pasos que nos separaban de la puerta de la calle y la abrí. Quizá debí dejarla cerrada.
—¿Qué haces aquí?
Mi voz tembló. Mason, ignorando la pregunta, clavó su mirada en Oliver antes de volverla hacia mí.
—Vengo porque es hora de que la verdad salga a la luz.
Crucé las manos sobre mi pecho cerrando los botones que Oli había quitado. Mason no ignoró mis movimientos.
—Él te ha estado engañando. Te ha hecho creer que es el único para ti, pero es mentira.
Oliver dio un paso adelante, su instinto de protegerme resultó más fuerte que nunca.
—Mason, no tienes idea de lo que estás hablando. Será mejor que te vayas.
Pero Mason solo sonrió sacando de su bolsillo un sobre que lanzó al aire. Las fotos de su interior cayeron al suelo como hojas arrastradas por un viento repentino. Cada una era un eco del pasado que había intentado olvidar. Imágenes mías, sonriente y despreocupada tomadas durante momentos que desconocía. Pero lo que realmente me heló la sangre fue lo que sabía de ellas. Esas fotos habían sido presentadas en un concurso de rostros bonitos, un evento del que había oído hablar y que me hizo caer en una depresión.
Mason con una sonrisa satisfecha observó cómo Oliver recogía las fotos dispersas en el suelo.
—Sorprendente, ¿verdad? Oliver pensó que sería divertido inscribirte. Me pregunto, ¿cómo te sentiste realmente al respecto, Gabrielle? Recuerdo que me comentaste que caíste en una depresión aguda. ¿Lo sabías Oliver?
Oliver, cuya expresión era una mezcla de arrepentimiento y dolor, no pudo sostenerme la

mirada.
—Gabrielle, yo... lo siento. Pensé que...
—Pensaste que ¿qué? ¿Que sería divertido? ¿Que me gustaría ser evaluada y expuesta como si fuera un objeto?
Mi voz temblaba y no solo de ira. La humillación del pasado resurgió reviviendo las peores de mis inseguridades. Por aquellos tiempos estábamos en el primer año de estudios universitarios. El mal sabor de boca se hizo presente en mi garganta como si apenas hubieran pasado unos días. Oliver intentó acercarse, pero di un paso atrás.
—Quería que vieras lo que yo veo en ti. Quería que el mundo supiera lo hermosa que eres. Pero me equivoqué y lo siento. No pensé en cómo te afectaría. Fui egoísta y lo lamento más de lo que puedo expresar.
Mason, disfrutando del caos que había sembrado, intentó interponerse.
—Parece que el caballero aquí presente no es tan perfecto después de todo.
—¡Esto no te concierne!
Sin saber si estaba ante la realidad o una broma, y aún sosteniendo las fotos, hablé confundida.
—Necesito tiempo para pensar en todo esto…
Con esas palabras Mason supo que su trabajo estaba hecho. Con una sonrisa arrogante se dio la vuelta y salió de la casa dejando detrás de sí un silencio tenso. él no buscaba la verdad, solo deseaba hacerme daño. Y lo consiguió.
Una vez que Mason se fue, el aire estaba cargado con palabras no dichas y sentimientos heridos.
—Gabrielle, haré lo que sea necesario para ganarme tu confianza. Lo siento, de verdad lo siento.
—¡Por qué!
—Todo es más sencillo de lo que parece, aunque ahora no me creas, la verdad es que lo hice porque te quería.
—Sabías lo que significaba para mí estar expuesta. Sabes lo que sufrí al enterarme.
—Lo siento.
—Esto no se arregla con disculpas —. dije lanzando las imágenes a su cara.
—Belle. Él solo nos odia. Lo hizo porque deseaba alejarme de ti.
—Y lo ha conseguido.
—No digas eso… tus palabras me matan.
—Quiero estar sola.
Dije y me fui.

Caída Libre

Con cada paso que daba después de trabajo sentía el peso del mundo sobre mis hombros. Las calles bañadas por la tenue luz del atardecer parecían tan vacías y grises como mi cuerpo por dentro. Habían pasado dos días desde que Oli había desaparecido de casa. Dos largos días de silencio y soledad que habían hecho eco en mi alma. Cuando me marché tardé algunas horas en volver y estar dispuesta a saber qué había pasado, pero él ya no estaba.
Me envolví más en mi abrigo consciente de que la ropa suelta que llevaba era más una armadura que una elección de moda. Intentaba ocultar mis curvas, esas mismas que por un momento me hicieron sentir feliz junto a sus palabras de amor.
¿Cómo había llegado a esto? Me pregunté mientras mis pasos resonaban en el pavimento vacío. Las imágenes de aquellas fotos dispersas en el suelo volvían a mi mente una y otra vez. Cada recuerdo recortaba como un cuchillo una herida profunda. La voz de Mason, con su tono satisfecho al revelar el secreto, aún resonaba en mis oídos. ¿Era esto lo que Oliver había querido? ¿Que el mundo me juzgara como si fuera un pedazo de carne en exhibición?
Oliver dijo que me amaba, que siempre me había amado, pero, si ese amor implicaba hacerme sentir tan pequeña e insignificante, ¿era realmente amor?
Las dudas me carcomían alimentando la oscuridad que parecía consumirme poco a poco. Intenté encontrar un rayo de luz, algo a lo que aferrarme, pero todo lo que encontré fueron preguntas sin respuesta y un dolor que se negaba a disiparse.
¿Y si nunca lograra sentirme segura de nuevo? ¿Y si este era el comienzo de un fin que no podía controlar?
La idea de que no existiera salida, de que estaba atrapada en ese ciclo de desesperación, me paralizaba.
Cerré los ojos por un momento intentando respirar, intentando encontrar un poco de paz en medio de una inmensa tormenta. Pero la paz era elusiva, y la tormenta, implacable.
La llegada a la casa no me trajo alivio, solo era el recordatorio de que debía seguir adelante, incluso cuando todo dentro de mí gritaba por detenerse.
Abrí la puerta y observé con mirada estrecha buscando y rebuscando de un lado a otro. Una inmensa parte de mí quería encontrar a Oli. Lo necesitaba. Mi corazón lo buscaba de forma desesperada. La soledad que le pedí en un principio me ahogaba y enloquecía. La pérdida de Mason no había significado ni la cuarta parte del dolor que me provocaba la ausencia de Oli.
—Qué es…

Belle, mi Bella:

Intenté abrir el sobre, pero los dedos temblorosos resbalaban contra el papel.

No soporto verte confundida y dolida. Siento que necesitas tiempo para procesar lo que está sucediendo entre nosotros y lo comprendo. He decidido irme temporalmente a un hotel para que puedas tener la tranquilidad que mereces y para que puedas pensar en lo que realmente deseas. Por favor, entiende que esta decisión no significa que quiera alejarme de ti. Todo lo contrario, es un paso que doy con la esperanza de que podamos encontrar una manera de superar este obstáculo.

Siempre te he valorado, eres lo más hermoso que he encontrado en mi vida y eso nunca cambiará. Estoy dispuesto a hablar y escucharte cuando estés lista. No quiero perderte. Haré

todo lo posible para que vuelvas a creer y por eso quiero que sepas toda la verdad. Detrás del concurso de fotos hubo algo muy diferente a lo que Mason dijo y mereces saberlo. Cuando participé en ese concurso, no fue por burlarme o menospreciarte, en realidad lo hice porque sentía una profunda pena por las inseguridades que enfrentabas. Vi tu belleza interior y exterior desde el momento en que te conocí en la facultad. Sabía que tenías un brillo único y que merecías sentirte apreciada y amada. Mi intención al participar en el concurso era demostrarte que eres hermosa. Quería que vieras en esas fotos lo que yo veía en ti todo el tiempo: una persona increíble, fuerte y valiosa.

Sé que mi forma de abordarlo fue torpe y que no consideré tus sentimientos en ese momento. Lamento profundamente si te herí de alguna manera. No era mi intención causarte dolor, sino mostrarte cuánto valoro y admiro todo lo que eres. Al ver tu reacción tuve tanto miedo a perderte que como un cobarde callé. En mi defensa solo puedo decir que en aquellos tiempos ya te quería. Con locura desbordante y con pasión incontenible.
Estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario para reparar esta situación y demostrarte cuánto significas para mí. Por favor, cuando estés lista, estaré aquí para escucharte y demostrarte todo lo que te quiero.

Oli.

Sentada en la silla abracé la carta y me puse a llorar.

Dentro de mí

Me encontraba sola en la librería, rodeada de estantes de libros que parecían ser la única compañía en mi vida. La ausencia de Oli se había vuelto abrumadora y el silencio que llenaba nuestro apartamento me hacía sentir una de las tantas hojas secas de un libro olvidado.
Mason había estado llamándome y tratando de ponerse en contacto conmigo, pero su presencia ya no me interesaba. Su toxicidad y su intento de separarme de Oli solo consiguieron hacerme sentir aún más estúpida. Lo que una vez creí que era amor se convirtió en odio absoluto. Él jamás me quiso. Ni antes ni ahora. Sus acciones buscaban venganza. El gran Mason no podía soportar ser vencido.
Sacudiendo la cabeza para olvidar escuché el tintineo de la campana de la puerta. Al levantar la vista, el desagradable y responsable de mi dolor se encontraba sonriendo como si nada hubiera sucedido.
—Te he estado llamando —dijo con su habitual tono seguro de sí mismo. Su belleza física ya no me atraía.
—He estado ocupada. ¿Qué quieres?
—Vamos a tomar una copa y olvidemos toda esta tontería.
—Acostarte con mi hermana fue una ¿tontería?
—Vamos, sabes que me lastimaste. Quería causarte el mismo dolor que yo sentía.
—Y por eso te acostaste con ella…
Recogí una pila inmensa de libros y me puse a caminar hacia una estantería vacía. Lo que antes me deslumbraba, en esos momentos me producía arcadas. Mason ya no era ni tan guapo, ni tan brillante ni tan… nada.
—¿Te olvidas que te vi con él? ¿Piensas que no sé que te acostaste con ese friki? Vamos nena, olvidémoslo todo y comencemos desde cero. Tú sabes perfectamente que es a mí a quien quieres. Te conozco.
Apoyé los libros en su totalidad antes de girarme para mirarlo a la cara.
—No. ¡No me conoces! Tú nunca te molestaste en conocerme. Lo nuestro solo fue sexo. Puro y vacío sexo. Todo entre nosotros se limitó a lo que Mason quería.
—No sabes lo que dices…
—Oh, sí, por primera vez sé perfectamente lo que digo. Y ahora hazme el favor de irte. No quiero volver a verte.
La mano firme de Mason se aferró a mi codo.
—¿Crees que él es mejor que yo?
—No lo creo, lo sé.
—Fue él quien se rio de tu cuerpo.
—¡Vete!
—Está bien —dijo observando que comenzábamos a llamar la atención de unas compradoras— me iré. Me sobran las mujeres. Y mucho más si son como tú.
Me rastrilló con la mirada de forma despectiva y se marchó.
Me dejé caer en una silla con las fuerzas pisoteadas y las esperanzas agonizantes.
—¿Ya no piensas trabajar? ¿Quieres que te traiga un café con nata? —La voz del señor Harland sonó áspera e irónica tras mi espalda.
Oculté mi rostro tras las palmas de mis manos y me puse a llorar. Con todas las ganas y fuerzas de años y años de acumulamiento.
—Gabrielle, yo… tranquila. Verás, creo que te quedan días de vacaciones, si quieres puedes

tomarte un descanso —dijo nervioso.
—¿Ha dicho vacaciones?
Su calva brillaba tanto como mi extrañeza.
—Qué pasa, yo también tengo mi corazoncito. ¿Por qué crees que soy el director del género romance?
Dijo antes de moverse el nudo de la corbata nervioso y marcharse.
Si no fuera porque estaba llorando me habría puesto a reír.

Sin pensarlo dos veces acepté la oferta del señor Harland para que me cogiera unas vacaciones. Ya no podía pensar en otra cosa que no fuera Oli. Cada momento de no tenerlo me desesperaba. Todo en la casa me recordaba a lo que tuve y perdimos. Llevaba una semana fuera. Tenía que regresar. Esta era su casa, ¡Pero cuándo lo haría!
Su cama, su ordenador y esa taza tan horrible en la que adoraba tomar los cereales con leche. Todos pedíamos a gritos que volviera.
Lo necesitaba. Quería volver a reír con sus tonterías y disfrutar de nuestras conversaciones atontadas. Quería amarlo y que me amara…
La campana del timbre sonó y mi corazón se aceleró al pensar que tal vez era Oli quien regresaba. Corrí y abrí la puerta.
—Sofía…—dije abriendo desilusionada.
—¿Cómo estás? Hace tiempo que no sé nada de ti.
—¿Mason no os ha dicho nada?
Dejó su bolsa sobre una silla y se sentó en el sofá.
—Sí. Por eso estoy aquí. Imagino que la historia es muy diferente a la que él cuenta.
—Me importa poco lo que él diga de mí.
—Y a mí, por eso he venido. Sé lo que hay entre Oliver y tú. Los vi el día de mi boda —dijo con sonrisa traviesa —. Ese chico está loco por ti.
—Y lo he perdido.
Conteniendo las lágrimas siempre que hablaba de él, y como pude, le conté las partes que Mason había olvidado mientras le servía una taza de té con galletas rancias que quedaban en el fondo del armario.
—¿Has hablado con él?
—No contesta al teléfono —negué con la cabeza incapaz de ocultar mi tristeza —. No tengo noticias desde que se fue.
Sofía suspiró y me dio un abrazo reconfortante.
—Lo superarán. Oli te quiere de verdad.
—¿Y eso lo viste mientras bailábamos? —pregunté con humor irónico.
—Cariño, cuando un hombre está enamorado no existe disfraz que oculte a su corazón. Él volverá. Y cuando regrese será el momento perfecto para reconquistarlo. Pero antes de eso, debes arreglarte y lucir espléndida. No por él, sino por ti misma. Eres una mujer preciosa independientemente de lo que suceda en tu relación.
Sofía no cesaba de hablar sobre su valía. Ella me contó que en España tenía una radio para mujeres, no me extrañaba que tuviera tanta audiencia.
Su mano se aferró a la mía y me empujó hacia el baño.
—¿Qué haces?
—Quiero que te duches, te arregles esos pelos de loca y te pongas una de esas blusas de escote infinito.

—Pero qué…
—Cariño, eres una mujer maravillosa con un cuerpo estupendo. Oli lo vio y volverá a verlo. Ha llegado el momento de desmelenarse.
—Estás loca.
—Mucho. Al menos eso siempre me dice Blake. Gabrielle, tienes gente que te quiere, y mucho, ¿por qué no aceptas que tú también puedas hacerlo?
—Yo me quiero.
—Entonces demuéstralo.
Empujó de mí hacia el cuarto de baño mientras la oía poner música. Por un momento quise decirle que se fuera. Que me sentía morir y que no deseaba nada más que seguir muriéndome en el sofá. Pero entonces la escuché chillar al otro lado de una forma tan desafinada y sin ritmo que me puse a reír. Sí, me puse a reír. ¡A reír!
Cuando salí del baño Sofía tenía mi abrigo en la mano.
Ambas visitamos un salón de belleza. Cambié mi peinado y nos fuimos de compras, y aunque la que veía en el espejo era yo, ya no me sentía la misma.
En la cafetería tomábamos un refresco, cuando me di cuenta de que merecía sentirme hermosa y valorada, ¡y qué demonios! la gente me miraba y no era con sonrisa despectiva. Y si lo era me importaba un pimiento.
Los días pasaron, y aunque seguía sin noticias de Oli, me mantuve ocupada y enfocada en mi propio crecimiento y en los deberes que Sofía me había puesto. La muy loca me obligaba una vez al día a mirarme al espejo y decir dos cualidades nuevas acerca de mí. La primera vez me puse roja y quise salir corriendo, la segunda solo dije una y al final del séptimo ambas reímos de mis propias tonterías.
Las vacaciones se acabaron y regresé a mi rutina.
Rodeada de libros, una tarde, mientras estaba detrás del mostrador, al levantar la vista mis ojos se encontraron con los suyos. Mi corazón dio un vuelco de sorpresa y emoción al verlo de nuevo. Estaba tan guapo que me quitó el aliento.
—Lo siento… —dijo moviendo los labios y con un hilo pequeño de sonido.
—Te quiero —dije sintiendo cada letra pronunciada.
Oli avanzó hacia mí con una expresión de disculpa en su rostro y los brazos extendidos para sujetarme.
—Lo siento. Siento haberme ido sin decir una palabra. Siento no haber contado contigo. Yo solo quería que vieras lo hermosa que eres.
Mientras hablaba sacó una hoja de su bolsillo.
—¿Qué significa esto?
—Ganaste.
—¿Cómo dices?
—Digo que ganaste el segundo premio al rostro más bello. Después de ver lo mal que habías reaccionado decidí callar. Pensé que no entenderías los motivos que me llevaron a inscribirte. Te pusiste histérica y yo no tuve valor a decirte la verdad. Temí perderte. Desde ese día escondo el premio entre mis adquisiciones más valiosas.
Yo miraba una y otra vez el recorte del impreso sin poder creérmelo. Él había confiado y me había querido más que yo misma. Si antes lo quería ahora sentía que el pecho se me rompía de amor por Oli.
—Sé que fui un estúpido. Solo quise que supieras que no soy el único que aprecia tu belleza. Quería que te sintieras tan hermosa como yo te veo cada vez que te tengo delante.

Oli hablaba y mi vista no se alejaba de la hoja. Un sentimiento de alegría me embargó el corazón. Oli no se había reído de mí como decía Mason. Él había cometido una estupidez para demostrarme que era hermosa. ¿Se podía ser más lindo?
—¿Solo el segundo puesto? —la sonrisa estúpida se me atragantó entre las lágrimas de emoción.
—Seguramente uno del jurado era miope.
Oli se me acercó abriendo los brazos y yo me lancé hacia su pecho.
El calor de su cuerpo, el aroma a madera y protección estaban allí. Como siempre desde el día que lo conocí.
—Te he extrañado tanto…
—Mi bella Belle…
Nos abrazamos con fuerza. Oli tomó mi mano con ternura y comenzó a hablar con la mirada fija en la mía.
—Lamento profundamente haberme ido de esa manera. Fue un error pero tuve mucho miedo a que no me comprendieras. Por un momento creí que Mason podría separarnos. Me asusté y decidí que era mejor esperar a que pudiera explicarme.
Sus palabras resonaron en mi corazón y su sinceridad era evidente en su mirada.
—Yo también lamento no haberte escuchado antes. Yo también cometí errores. Me dejé llevar por mis prejuicios. Fui una tonta.
Oli me miró con ternura y con una mirada que reflejaba la profunda conexión que habíamos compartido desde el principio. Con cuidado, acercó su rostro al mío.
En el crepúsculo de una tarde adornada por el brillo de la noche que entraba por el escaparate, el mundo parecía contener su aliento anticipando un momento de belleza inefable. Nuestra distancia se medía en latidos presurosos.
Con una suavidad que contrastaba con la intensidad de sus ojos tomó mis manos acortando el abismo que hasta ese momento nos había separado.
—Belle —susurró como una caricia contra el viento—. Llevo años enamorado de ti. Al verte con Mason el corazón se me partió en dos. Esa tarde, el día que él vino a casa y comenzasteis a salir. Esa fue el peor de mis días. Esa misma mañana, el día en que me lo había encontrado por casualidad y por boca suelta le conté que iba a animarme a decir que te amaba, jamás pensé de lo que él sería capaz. Le dije que eras mi amiga y que vivías conmigo y que deseaba poder decirte lo que siento. fui un imbécil.
—Yo no… ¿ qué estás diciendo exactamente?
—Lo conocí hace tiempo. En el último año de bachillerato. Lo que no te conté fue que él salía con la profesora de música. Cuando la dirección se enteró ella rompió su relación con Mason. Al parecer siempre me culpó de que su romance fuera descubierto por el consejo directivo. Te juro que yo jamás lo delaté.
—Estás diciendo… no me lo puedo creer. ¡No puede ser verdad! ¿Él quería vengarse de ti?
—Imagino que eso fue al principio, luego estaba claro que se enamoró de ti.
Oli se alejó nervioso.
—Todo lo que has sufrido fue por mi culpa.
—No puedo creer que haya sido tan mala persona. ¿Todo era una venganza? ¿Por qué no me lo dijiste?
—Quise hacerlo, pero estabas enamorada y él me juró que eran todas ideas mías…
—Y por no hacerme daño te callaste… Soy yo la que te debo pedir disculpas. Fui una idiota. No supe ver más allá de mis narices.
—Belle, amor… ¿me puedes hacer un favor? —dijo acercándose y sosteniéndome por los

hombros.
—Lo que quieras.
—Me puedes dar un beso y olvidarte de Mason para siempre.
—Creo que puedo —contesté poniéndome en punta de pies y acercando mis labios sobre los suyos.
Con la delicadeza de quien toca la flor más frágil Oliver acercó sus labios sobre los míos reduciendo el espacio entre nuestros alientos. El silencio de los libros, cómplice de nuestra unión, envolvió el momento en un manto de silencioso permitiendo que nuestros cuerpos hablaran el lenguaje antiguo del amor.
Un encuentro tan suave, tan lleno de promesas, que el mundo parecía girar un poco más lento. Fue un beso que habló de añoranzas y sueños. Un beso que selló promesas y borró distancias, un beso que, en su dulzura, llevaba la fuerza de un juramento eterno. Un diálogo sin palabras. Una danza de alientos y latidos que narraba historias de amor eterno. En ese instante, éramos la certeza de dos almas encontrándose en el umbral de su destino.
Nuestros labios se unieron, nuestras lenguas se acariciaron y nuestros corazones se unieron en una promesa infinita.
—¡Bravo!
—¡Bravo!
—Qué romántico…
Nos giramos para ver a unas lectoras que abrazando sus libros de portadas color pastel chillaban entusiasmados. Sentí el ardor subir por mis mejillas y Oli sonrió divertido.
—A ver si nos movemos y compramos algo que las escritoras necesitan cobrar por su trabajo. Que las facturas no se pagan solas.
El señor Harland terminó de ordenar mientras empujaba a las lectoras como si fueran un rebaño hacia las cajas registradoras.
—Y el amor necesita de su alimento diario —terminó no sin antes regalarnos un guiño de ojo.
Oli volvió a envolverme entre sus brazos y acercar sus labios a los míos.
—Será mejor que le hagamos caso, no queremos que te echen del trabajo —dijo y me besó.

Epílogo

Fue un beso que hablaba de segundas oportunidades, de redención y de un futuro juntos. Nuestros labios se movían con la misma armonía que siempre habíamos tenido. Era como si estuviéramos destinados a encontrarse una y otra vez. Cuando finalmente nos separamos, nuestras miradas se encontraron, y un brillo de alegría y esperanza iluminó nuestros ojos. Sabíamos que habíamos superado obstáculos, pero estábamos dispuestos a enfrentar cualquier desafío que se presentase en nuestro camino.

—Belle —dijo con voz suave—te amo más de lo que las palabras pueden expresar.

Mis ojos se llenaron de lágrimas de felicidad mientras

—Y yo te amo a ti. Más que el final de cualquier libro de romance.

Yo sonreí y los brazos de Oli me arrastraron hacia su pecho disfrutando de una tarde en el sofá besándonos sin apuros.

Sonó el timbre y ambos nos quedamos extrañados. Nos miramos sorprendidos, sin saber quién podría estar tras la puerta.

Cuando abrí la puerta, me encontré con la figura de Amanda, mi hermana, parada tras el umbral. Su sonrisa parecía forzada, y llevaba consigo una bandeja de pastas como pretexto.

—¡Oh, Gabrielle! ¡Qué alegría verte! —exclamó con un tono de voz exageradamente amigable.

Oli y yo intercambiamos miradas de confusión, y algo en el comportamiento de Amanda me hizo sentir incómoda.

Amanda se acercó a Oli, mirándolo con descaro.

—Tú debes de ser Oli, vaya Gabrielle nunca mencionaste lo guapo que era.

Ella entró y se lo comió con la mirada. Oli mantuvo su compostura, pero yo no pude evitar sentir una creciente inseguridad. Sin embargo, hacía meses que ya no era la de antes. Las palabras de Oli y la ayuda de Sofía habían ayudado a aceptarme tal cual era. No era tan osada al creer que me adoraba a mi misma, pero iba en el buen camino.

Me armé de valor y di un paso adelante y alejé su mano que se dirigía directo hacia el pecho de mi chico...

—Lo siento, Amanda, pero Oli y yo estamos juntos —declaré con firmeza y poniendo un pie para alejarla de su cuerpo.

La expresión de Amanda cambió de sorpresa a molestia mientras se daba cuenta de que su intento de seducción no estaba funcionando. Oli me miró con orgullo agradecido por mi defensa.

—¿Por qué has venido?

—Me tenías preocupada. Aunque con estas compañías entiendo perfectamente que estuvieras alejada.

Se acomodó el escote y movió las piernas dejando muy a la vista sus piernas perfectas bajo su falda diminuta. A pesar de sus formas mi determinación no vaciló. Ya no era la gordita que corría a esconderse tras el ataque de su hermana envidiosa.

Oli se acercó a mí y tomó mi mano con ternura. Amanda, lejos de alejarse pareció cobrar coraje.

—No tengo nada pensado para esta tarde. ¿Igual podría quedarme?

Amando se insinuó sugerente y Oli se sonrió antes de hablar.

—Lo siento, pero tu hermana y yo teníamos planes. Ya sabes, cuando se está enamorado no existe tarde a solas que sea suficiente.

Amanda se dio la vuelta y se marchó furiosa. A medida que Amanda se retiraba, Oli y yo nos quedamos en la puerta, mirando su partida.

—¿Por qué crees que ha venido?

—Imagino que para reírse de mí. Ella siempre luchó por conseguir lo mismo que yo.
—Lamentablemente conmigo eso no será posible —dijo abrazándose a mi cintura y empujándome hacia su cuerpo.
—Te veo muy seguro —contesté besándolo en los labios.
—Puede que necesite un poco más de seguridad.
Dijo antes de cerrar la puerta de un puntapié y arrastrarme hacia el cuarto entre besos y frases de amor.
Porque si el amor que se recibe es un buen final, el que nace de la propia aceptación es el inicio de un mejor comienzo.

El amor que planeamos

By
Diana Scott

2023

Serie “Bajo nuestra estrella”

Mía, nuestra 7
El plan no planeado 27
Silencios que son chillidos 35
Reflejos y Sombras 43
Ni yo mismo me comprendo 55
Él no te pertenece 63
Hacerme olvidar 69
Dime quién eres 73
El Plan 85
Será que te amo 95
Pero qué 103
Olvidarte 107
Caídas no son derrotas 121
No me provoques 125
Las cartas dicen 129
No me detendrás 139
Caminando hacia ti 141
El virus 155
El teléfono dice 161
La peor mujer del mundo 171
Nosotros 181
El amor no se planea 185
Planeando lo impredecible 191
Mi vacío 203
Bailemos 207
La trampa de cupido 217
La partida comienza 225
Mi reina 231
Mascaras caídas 249
Volemos juntos 257
Canto de sirenas 267
Dame esta noche 279
Dímelo 295
Queriendo sin querer 301
Te elijo a ti 305
Eres… 317
Los no planes 327
Amigas 341
La reunión 351
Amigos para siempre 363
No todo lo puede 373
Deudas del pasado 383
La fiesta 395
No soy lo que tu crees 405
El Comienzo 423
Nuestro final 439

Mía, nuestra

El penetrante pitido del despertador atravesó la bruma del sueño como un relámpago. Gruñí estirando la mano para silenciar el irritante sonido de un día que se asemeja a demasiados. Mis dedos chocaron con algo suave y cálido. No era la mesita de noche. ¿O sí? No, imposible, esto parecía más tierno. Abrí los ojos de golpe. Los detalles de la noche anterior no pican en mi memoria.

Pestañeo tres veces, y una cuarta, cuando la luz al fin abrillante mi atrofiado cerebro.

La realidad aparece delante de mí resbalando como avalancha en los Pirineos. Una avalancha expansiva como la muchacha que se encuentra a mi lado. ¿Cómo demonios se llamaba? ¿Lisa? ¿Lorena? ¿Lorca? ¿Eso era un escritor, un nombre o un poema? Ajena al torbellino de pensamientos que comenzaba a formarse en mi abarrotado cráneo, estira su boquita de pez adormecido y su brazo derecho desaparece bajo la almohada. Me incorporó lentamente. El sabor amargo del whisky de la noche anterior aún persiste en mi boca. Chapoteo la lengua pastosa con sabor a mañana arrepentida y caricias que no saben a nada.

Paso la mano por mi rostro sintiendo la aspereza de la barba incipiente. Mis pupilas amnésicas recorren la habitación de una lujosa suite de hotel que no recuerdo haber reservado. Con el sigilo de un depredador que no desea ser pillado me escurro sabanas al suelo y busco mis calzoncillos. Mis músculos protestan recordando que alguna noche sería bueno descansar. Recojo la camisa. Cada prenda es un recordatorio de un amanecer que sabe a ceniza.

En el baño, el cuerpo desnudo me enfrenta a lo que soy, un hombre de mandíbula fuerte, ojos penetrantes, cuerpo tonificado y una soledad que muchos jamás imaginarían…

Mis dedos trazan las cicatrices en el pecho cubierto de vello oscuro. Un recordatorio constante del camino que había recorrido con muchas penas y que seguían sin encontrar su gloria.

El agua de la ducha cayó caliente y reconfortante. Cerré los ojos dejando que el sonido ahogara el mundo exterior por un momento. El vapor llenó el baño creando una burbuja de aislamiento temporal. Mientras me enjabono mi cabeza intenta pensar, pero me encargo de ahogar las chispas de inteligencia con exagerado exceso de champú.

—¡Anthony!

—Ahora mismo salgo, Cielo.

O como mierda sea tu nombre.

¿Lourdes? ¿Lina? Los padres se empeñan en llamarlas a todas iguales.

El agua se llevó los restos de la noche anterior dejando limpios los pensamientos de una noche entre tantas.

Cerré el grifo y por unos segundos quedé inmóvil. Gotas de agua cayendo de mi cuerpo creando pequeños charcos alrededor de mis pies. Sacudí la cabeza y me envolví la cintura con la toalla. Una nube de vapor escapando tras de mi me daban esa imagen varonil que a ellas tanto les gusta. Y que yo tanto utilizaba…

La mujer en la cama, cuyo nombre no me interesa recordar, estaba despierta. La sábana de seda apenas cubriendo su cuerpo desnudo no me interesa más que antes de conocernos. Es una más entre tantas cuya ternura olvidaré al cerrar la puerta. Sus ojos recorren mi torso con evidente apetito. Si supiera que su placer me importa tanto como como la posible extinción de la oruga verde.

—¿Te vas?

Forcé una sonrisa encantadora aprendida tras años de intensa seducción. La misma que tantas recompensas de sexo bien disfrutado me supieron dar. Porque ella era eso. Sexo. Deseo satisfecho en un cuerpo carente de sentimientos.

—Preciosa, el deber me llama—respondí con voz de suave ronroneo estúpido —. Fue una noche inolvidable —. “No como tu nombre…”

Ella sonrió claramente complacida estirándose como una gata perezosa. El movimiento hizo que la sábana se deslizara revelando de su cuerpo más allá de la decencia. La muy canalla tenía pechos perfectos, y lo sabía.

—Podríamos repetirla —sugirió con tono cargado de promesas—. Déjame tu número y...

—Lo siento belleza, pero ya lo sabías, no mezclo placer con negocios.

Contesté recogiendo el reloj de la mesita de noche. Era un Rolex submariner, un capricho permitido cuando ascendí a director creativo en la agencia, y que costaba más que cualquier morena de una noche. No estaba como para dejarlo olvidado.

La decepción cruzó el rostro de ¿Leyla? ¿Leonor? ¿Lechuga…?

“¡Pero como va a llamarse lechuga!” Uno de los enanos de mi consciencia intentó hacerme pensar. “¡Y yo que sé!” Respondí asqueado y con regusto a alcohol lavándose en mi páncreas, últimamente los padres pecan de excesiva originalidad.

—Yo pensé que después de lo que hicimos…

—Cielo, para qué pensar cuando tenemos una vida para recordar… —Aún no había salido por la puerta y ya había olvidado su rostro. ¿Loreto? ¿L’Oreal? El enano de mi cerebro se golpeó la frente y me reía después de que el clic de la puerta cerrara otro capítulo de mi vida.

En el ascensor fijo la vista en mi muñeca. Las siete y cuarto de la mañana y ya tenía diez llamadas perdidas. La mayoría de Mónica, mi secretaria, recordándome algo de una reunión importante. Pero, entre todos, había un mensaje muy diferente.

Te veo a las nueve. Tenemos que hablar de Dana. Es urgente.

El estómago me dio un vuelco. Blake no solía enviarme mensajes. Y menos para hablarme de ella.

—¿Dana?

Ese maldito nombre nunca se me olvidaba. Esa arpía me taladraba los sesos. Evocaba una mezcla de emociones contradictorias en los que no deseaba detenerme. La ex amante de Blake y madre de su hija era la piedra en el zapato de todo aquél que se cruzara en su camino. Y yo no estaba como para más tropiezos.

Guardé el teléfono sintiendo un nudo en la garganta. ¿Qué querría Blake? ¿Sería que esa lengua larga le había ido con el chisme? La última vez que vi a Dana fue en la fiesta de cumpleaños de la pequeña Emily, y las cosas habían sido... intensas. Dana lo era. Ella era arpía, bruja, despiadada y con una melena rojiza como el fuego flameante.

Saliendo del hotel el aire fresco de la mañana me golpea como una bofetada despejando los últimos vestigios de la noche anterior. La ciudad ya estaba despierta. El rugir del tráfico, y el aroma del café flotando en el aire, me evoca las ganas de comenzar un nuevo día, con la pasión de los que nos dedicamos de pleno al trabajo ahogando allí los recuerdos de nuestra soledad

aplastante. Los pasos me llevaron automáticamente a mi cafetería habitual, un pequeño local en la esquina de la agencia. El aroma a café recién hecho me envuelve como un abrazo familiar.

María, la camarera, me saludó con una sonrisa cálida. Era una mujer con un pelo gris intenso recogido en un moño muy apretado, y del que no solía salirse ni un cabello.

—Buenos días, Anthony, parece que tuviste una noche larga.

–¿Tan obvio soy?

Ella rio suavemente. Un sonido reconfortante en la tranquilidad de la mañana.

—Niño, llevo suficientes años en este negocio como para reconocer a alguien que necesita una buena dosis de cafeína. Este es por cuenta de la casa. Parece que lo necesitas.

El líquido amargo, y tal como me gustaba, descendió por mi garganta como elixir de vida.

—Eres un ángel, María.

—No tanto, el croissant te lo cobro doble.

Me permití una carcajada genuina. La primera del día.

—Ay chico, eres un demonio, ten cuidado, los demonios no son inmunes al fuego, solo lo esquivan. Mientras pueden...

Antes de que pudiera responderle que no existía fuego capaz de apresarme, la campanilla de la puerta sonó anunciando la llegada de más clientes. María me dirigió una última mirada significativa antes de volverse para atenderlos dejándome con la sonrisa en la boca y un croissant humeante y calentito en un plato.

Salí de la cafetería con la mente mareada de pensamientos. El mensaje de Blake, las palabras cripticas de María, el recuerdo persistente de Dana... Todo se mezclaba en una sensación de inquietud que no podía sacudirse. Mientras caminaba hacia la oficina el teléfono vibró nuevamente. Era otro mensaje de Blake:

En el parque de las tres rosas
Ahora.
Dana estará con nosotros
Cuidado

Aún faltaba media hora. El corazón me dio un vuelco. Blake nunca cambiaba los planes al último momento, y mucho menos pedía reuniones fuera de la oficina. Algo estaba mal. Muy mal. ¿Y por qué diablos la traía a ella? Esa mujer era mejor tenerla lejos. Muyyyy lejos.

Acelero el paso. Mi mente imagina miles de escenarios diferentes. Cada uno peor que el anterior. ¿Habría pasado algo con la pequeña Emily? ¿Estaría Blake en problemas? ¿O acaso...? No. Sofía no podía ser. Seguro era una tontería. Sí, debía ser eso. ¡Tenía que ser eso! Me detuve en seco a mitad de camino. El aire abandonando mis pulmones como si hubiera recibido un golpe. ¿Qué le habría contado esa loca a Blake? ¿Era por eso por lo que quería verme fuera de la oficina? Si esa cabeza de zanahorias intentaba enemistarme con el marido de mi mejor amiga iba lista. Sofía amaba a Blake y yo no viviría sin ella. Sofía es mi amiga, mi hermana y la única luz que conoce mi corazón apagado.

El parque apareció con un aire espeso.

Un oasis de verde y rosas diversas en medio de mi nube gris de pensamientos indescifrables.

Escaneo el área buscando. No tardé ni un minuto en encontrarlos. Blake estaba sentado en un banco, su postura tensa, la mirada perdida en la distancia. Ella estaba a su lado. Llevaba el rostro pálido y los ojos enrojecidos. ¿Qué demonios? ¿qué estaba pasando? ¿por qué estaban los dos allí? ¿acaso Blake me citaba para explicarme que este era el fin de su relación con Sofía? ¿era eso lo que deseaba contarme? ¿Blake deseaba a Dana? ¡No! Eso era imposible. Si así fuera él sabría que lo ahorcaría con mis propios dedos.

Con el corazón martilleando en mis puños di los últimos pasos hacia ellos. Fuera lo que fuese lo que estaba pasando, lo sabría todo, y por todos los cielos que lo intentaría antes de matarle. Nadie lastimaría a Sofía, ni siquiera Blake.

Me acerco donde estaban sentados con un torbellino de pensamientos y emociones ahogando mi raciocinio. Mientras me acercaba noté como Dana se rascaba los ojos mientras que Blake parecía estar luchando por mantener la compostura firme.

—¿Qué pasa?

Blake levantó la mirada. Sus ojos estaban tan cansados como sus hombros.

—Buenos días también a ti.

No contesté. No estaba para aguantar los buenos modos de Blake.

—Gracias por venir tan pronto —dijo haciendo un gesto para que me sentara—. Tenemos que hablar de algo importante.

—No estoy cansado —. Los puños comenzaron a cerrárseme practicando, en silencio, mi mejor gancho.

Dana evitó mirarme. El corazón se me salía del pecho.

—¿De qué se trata? Hablen de una vez.

Blake tomó una respiración profunda y sonora

—Es sobre Emily —su voz se quebró ligeramente—. Sofía y yo... hemos estado notando algunos cambios en ella últimamente. Cambios que nos preocupan.

—¿Emily? ¿Qué tiene que ver Emily en todo esto?

La cabeza me giró ciento ochenta grados. ¿Esto era mejor o peor? ¡Peor! Sofía era mi hermana, pero esa pequeña era mi niña, mi ahijada.

—Ella ha sufrido cambios…

—¿Qué tipo de cambios?

Si antes mi preocupación era intensa, al escuchar el nombre de Emily, el corazón decidió dejar de funcionarme. Emily era la hija de Blake y Sofía. Bueno, la verdad era la hija de Dana y Blake, pero esa es una historia que prefiero no recordar por el bien de mi amiga y los huesos de Blake.

Aún no comprendo como no la dejé viuda el día que supe toda la verdad.

Dana habló con un pequeño hilo de voz.

—Ella ha estado haciendo preguntas sobre su verdadera madre, sobre por qué vivimos separos. Ya lo sabes...

El silencio cayó sobre sus labios mientras yo intentaba procesar la información.

—Eso es imposible. Emily adora a Sofía. Ella es su madre.

Dana alzó la cabeza, y hubiera jurado, que por un microsegundo sus ojos lacrimosos dejaron de llorar.

—Necesito —dijo Blake cortando su voz cargada de emoción—, perdón, necesitamos tu ayuda

—corrigió observando a Dana antes de acariciar sus manos temblorosas.

¿Por qué tanta compasión esa bruja de collar de ajos y caldero ardiente? Esa mujer era el demonio. Era la que había lastimado a Sofía hasta lo insufrible. Si Sofía la soportaba era solo por la pequeña.

—No queremos lastimar a Sofía…

—Oh, te garantizo que no vas a hacerlo. No mientras yo viva —dije clavándole la mirada mientras el cabello le caía como cortina sobre el rostro— Blake, qué demonios significa todo esto.

—Dana no desea que Sofía sufra. Sabe todo lo que ha hecho por la niña. Es solo que desea ser la madre que no fue.

—¡Ahora! A buenas horas tenemos hambre…

La arpía alzó los ojos y juraría que echaban fuego. No podría asegurarlo. Esas lágrimas de lagarta enturbiaban su precioso rostro. ¡Por qué cojones tenía que ser tan preciosa y malvada!

–Anthony, necesito que estés a mi lado.

—Yo estoy al lado de Sofía.

Blake asintió con sin una pizca de molestia. Conociéndole como lo conocía algo iba realmente mal. Él jamás permitiría que mencionara el nombre de su adora mujer sin que su mirada penetrante deseara estrangularme de celos. Él desconfiaba hasta del aire que acariciaba su adorada nariz.

—Hay algo más.

¿Más? ¿Podía ir peor?

—Estoy considerando pedir la custodia de Emily.

—¿Qué tú estás qué? Yo te ahorco…

Blake se puso de pie y me sostuvo por el codo.

—Por ahora Dana ha aceptado reconsiderarlo.

–¿Recon qué? ¡Sofía es su madre! Esa niña ama a Sofía y Sofía la adora. Si las separas ambas morirán.

—Nadie va a morir, ni nadie va a ahorcar a nadie y nadie va a lastimar a Sofía —Blake habló con un tono de voz un punto más oscuro que las catacumbas de la catedral de Toledo.

—Las cosas han cambiado. Yo he cambiado. Emily me necesita. Soy su madre y quiero formar parte de su vida.

—Su madre es ¡SO-FÍ-A! Ella la cuidó, le dio el biberón, se tiró noches sin dormir intentando conocerla y dándole todo el amor del mundo. Un amor que por cierto ¡tú despreciaste!

—Necesitamos hablar de esto en privado, incluyendo a Sofía.

Blake apretó fuerte mi hombro. El muy cabrón estuvo por arrancármelo, pero ni así consiguió detener mis palabras.

—Por encima de mi cadáver. Esto la mataría.

—Dana tiene razón.

—¿Qué? ¡Qué!

Dana asintió poniéndose de pie y sin una gota en las mejillas. Mentirosa desgraciada.

—Ya me dirás cuando —dijo antes de acariciar el rostro de Blake con sus dedos largos y suaves

—. Esto es todo por Emily, se lo debemos. Después de todo somos sus padres.

Su mano bajó lentamente por el rostro de Blake antes de ponerse a caminar con sus caderas bien definidas tintineando de derecha a izquierda como un péndulo hipnótico.

Blake se pasó una mano por el rostro como si deseara limpiarse su contacto. Su rostro parecía agotado.

—¿Se puede saber qué está pasando?

—No lo sé y por eso quería que estuvieras a mi lado. ¿Lo estás Anthony?

—La duda lastima.

Blake se apoyó en un castaño inmenso que gentilmente le sostuvo la espalda.

—¿En qué estoy metido? —preguntó, su voz apenas audible.

—¿Crees que ella quiere usar a la niña?

—A estas alturas creo que los elefantes vuelan.

—Entonces por qué no la mandas a la Luna de una patada.

—¿Y no conocer sus planes? ¿Quién crees que será el centro de sus dardos envenenados? ¿A quién crees que lastimaría hasta hacerle llagas?

—A Sofía...

Blake movió la cabeza sintiendo el peso de la responsabilidad sobre sus hombros.

—Te ayudaré. La controlaremos.

—Gracias, sabía que podría contar contigo.

—¿Cuál es el plan?

—Esperar y ver por donde caen las flechas.

—¿Y eso es un plan? Menuda mierda de estrategia. Sofía debe saberlo todo —dije sabiendo que entre ella y yo no existen ni existirán jamás las mentiras.

—No quiero que sufra.

Un silencio pesado cayó entre ambos mientras caminábamos rumbo a la oficina.

—Emily la adora. Ella es su verdadera madre. Dana no merece siquiera acercarse a ellas.

Blake cerró los ojos. El dolor evidente en su rostro por un pasado que deseaba borrar con el puño consiguió darme pena. Pero solo un poco. Si Dana estaba en sus vidas era por su culpa. Y sí, puede que Dana fuera una diosa infernal, pero Sofía era un ángel que bendecía el suelo que pisaba.

—No voy a causarle más dolor del que ya le hice en su momento. Tranquilo.

Blake habló y yo no le contesté. Pensar en Dana me hacía olvidar hasta las conversaciones. Después de unos cuantos pasos fui capaz de analizar.

—¿Y estás seguro de que Emily realmente ha estado haciendo esas preguntas?

Blake me miró con la confusión clara en sus ojos.

—Dana dijo... —comenzó, pero se detuvo.

—Blake, ¿has hablado directamente con Emily sobre esto? ¿O todo viene de lo que Dana te ha contado?

—¡Joder!

La irritación crecía en mi interior tanto como la furia en el rostro de Blake.

—¡Cómo pude ser tan idiota!

—No pienso ser yo quien te quite verdades.

El rostro de Blake era una loza de plomo queriendo caer en mi cabeza.

—Necesitamos vigilar a Dana de cerca. Algo huele a mofeta. ¿Por qué Emily diría esas cosas de repente? ¿qué estará tramando esa pelirroja retorcida?

Blake parecía aturdido. Como si apenas estuviera considerando las preguntas por primera vez.

—He estado tan preocupado por cómo manejar la situación que no me detuve a cuestionar si la situación era real o no.

—¿Y lo de la custodia?

—No veo a Dana criando a una niña, imagino que solo quiere utilizarla. Dios, soy un imbécil.

—Eso ya lo sabía, pero esas dos mujeres te aman —mi referencia a su hija y el amor de su esposa lo hizo aceptar mi golpe en su espalda con total resignación —. Necesitamos ser cuidadosos. Me encargaré de observarla de cerca y descubrir qué planea.

—Yo la amo. Ella es mi vida.

Su voz se perdió, de la misma forma que lo hacía siempre que hablaba de Sofía. Era como si sus palabras viajaran a su lado deseando no separarse de ella.

—Lo sé.

—No te pareció eso cuando nos viste juntos en ese banco de madera.

—Yo también la quiero. Y también haría cualquier cosa por ella —respondí buscando en los sentimientos la disculpa. Blake me miró, pero no contestó. A veces le costaba comprender que el lazo de amistad de su mujer y mío era una cuerda bordada con muchos años de pena, y ese era un punto de cruz imposible de romper. Cuando el resto del mundo me dio la espalda, ella estuvo allí, su mano firme junto a la mía. Sofía no era una amiga inquebrantable, ella era una hermana que la vida te da como premio a una existencia de mierda.

—No podemos permitir que salga herida. Ella es...

—Nadie va a rozarle un cabello.

—La noche anterior de la cirugía de reasignación de sexo… yo temblaba de miedo e incertidumbre. Sofía apareció en casa con una bolsa de comida china y una película de cine mudo. Ella dijo que no necesitábamos hablar. Que ella estaría a mi lado dándome la mano. Así pasamos la noche. Cuando llegó el amanecer fuimos al hospital. Antes de entrar por la puerta me dijo: Estoy orgullosa de ti. Siempre lo estaré. No dejaré que nada la lastime. Ni Dana, ni nadie.

—Tú nunca hablas de… —Blake detuvo las palabras por temor a ofenderme.

Él llevaba razón, mi cambio de sexo era un tema solo mío. Excepto si alguien tan importante como Sofía corría peligro.

—Ella es mi puerto seguro. Es mi familia y mi ancla. Ella, y las chicas, me mantienen cuerdo.

—Ella es mi todo y mi vida. Mía.

La voz posesiva de Blake me hizo sonreír. Sus celos masculinos lo hacían hablar con posesión. Cómo explicarle que existen dos amores, los que calientan la pasión y los que silencian la soledad. Sofía, junto a Laura y Karina eran esa manta en la que, en mis noches de fría soledad, encontraba calor de refugio.

—Vamos —dije golpeando su espalda con una palmada sin fuerza —. Tenemos que proteger a nuestra familia.

Blake gruñó al oírme decir mi familia, y eso me provocó una carcajada, de la que aún no me recupero.

El plan no planeado

La agencia de marketing está ubicada en un moderno edificio de oficinas en el corazón de la ciudad. He trabajado duro para llegar a mi posición actual como director creativo, y cada mañana, al cruzar las puertas de cristal, siento una mezcla de orgullo y determinación. La oficina es un hervidero de actividad. Mis colegas corren de un lado a otro. Las reuniones se suceden en las salas de conferencias entre un constante flujo de ideas creativas en el aire. Disfruto de la energía del lugar, me recuerda por qué elegí esta carrera. Sin embargo, esta mañana es diferente, tengo que crear un plan, y no tengo idea de por dónde comenzar. Llevo dos días dándole vueltas a la cabeza, y nada.

Al llegar a mi escritorio me sumerjo rápidamente en el trabajo, cuanto antes lo saque antes comenzaré con lo importante.

Mi equipo me admira y respeta no solo por mi talento, sino también por mi capacidad para liderar con empatía y firmeza.

El ambiente en la oficina es vibrante y estimulante. Las paredes están adornadas con trabajos anteriores, premios y reconocimientos que junto a mi equipo he ganado a lo largo de los años. Cada uno de estos elementos me recuerda el esfuerzo y la dedicación que todos ponemos en cada proyecto. A veces, me detengo un momento a observar estos logros sintiéndome orgulloso de ser parte de algo tan significativo.

Esta mañana, y justo esta, tengo varias reuniones importantes. Demasiadas. La primera es con un cliente nuevo, una empresa emergente que busca lanzar su primera campaña publicitaria. Escucho atentamente sus necesidades tomando notas y haciendo preguntas incisivas. Luego, me reúno con mi equipo para discutir ideas y estrategias.

Por fin llegó la hora del almuerzo. Me reúno con Sofía en un pequeño restaurante cerca de la oficina.

—¿Cómo va el nuevo proyecto, Anthony? —pregunta Sofía mientras mordisquea su ensalada.

—¿Nu nuevvvvo proyecto? ¿A qué te refieres?

—Al de la pasarela de Barcelona.

—Ah, eso, avanza bien —respondo, jugando con mi tenedor—pero hay algo más de lo que quiero hablarte.

Después de darle millones de vueltas supe que no podía ocultárselo. Sofía jamás me mintió. Ella nunca me engañó en nada. La verdad era la base de nuestra amistad. Ayudar a Blake era una cosa, pero engañar a Sofía no podía ser parte del plan, al menos no del mío.

Sofía me mira con atención, sus ojos marrones llenos de calidez. Es la única persona con la que puedo bajar mis defensas completamente. Ella me conoce más que nadie. A veces pienso que tiene un don secreto que la hace ver en mi interior y descubrir escondrijos que ni yo mismo conozco.

—¿Qué sucede, Anthony? Te noto preocupado.

Tomo una respiración profunda antes de hablar.

Cuando las noticias son buenas suelen escapar como escupitajos, ahora, cuando no lo son, su salida puede ser igual que el granizado frío y duro.

—Es sobre Dana —temo no tener las palabras correctas y causar más daño que ayuda —. Blake me citó en el parque para...

—Para hablar sobre la custodia de Emily —me interrumpe suavemente.

Me quedo boquiabierto.

—¿Cómo lo sabes?

—Blake me lo contó todo.

—Me dijo que esperaría.

—No te enfades. Lo obligué. Y sabes que cuando tengo un propósito no paro.

Me meto un trozo de pan en la boca para no contestar que si existe cabeza dura en Madrid, esa es Sofía. Cuando se le mete algo entre ceja y ceja, no hay quien la pare. Aún así siento una punzada de irritación hacia Blake. ¿Por qué me hizo pasar por esa conversación incómoda si Sofía ya lo sabía todo? Menudo traidor.

—¿Y cómo te sientes al respecto? –pregunto después de tragar y estudiando su rostro en busca de signos de angustia.

Para mi sorpresa, parece tranquila.

—Estoy preocupada, por supuesto, esa mujer me hace sentir miedo. Es tan mala que no dudo que intente hacernos daño. Pero, también la conozco lo suficiente como para estar segura de que no desea hacerse cargo de una pequeña que se despierta los domingos a las siete de la mañana.

Frunzo el ceño, incapaz de compartir su optimismo.

—Está tratando de quitarte a Emily. La niña que has criado como tuya. No voy a permitir que mi ahijada o tú salgáis heridas.

—Tal vez solo necesita sentirse conectada con Emily de alguna manera —contesta estirando su mano y acariciando la mía con ternura —. No puedo evitarle eso. Es su madre biológica y tiene derechos. Aunque, sea lo que sea que quiera hacer, me tendrá enfrente. ¿Cómo puedes pensar que no voy a proteger a mi hija? Nadie va a arrebatármela. Tengo fuerzas para luchar con esa loca y mil más. Y, además, si lo intentara sé que tú me protegerías.

—Por supuesto, pero no te confíes.

Suspiro pasándome una mano por el pelo.

—No quiero que salgas lastimada.

—No lo haré, esa bruja no sabe de lo que es capaz este metro y medio de cuerpo cuando se enfurece.

Reímos juntos, y por un momento, siento que el peso sobre mis hombros se aligera.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —pregunto volviendo al tema que nos ocupa.

Sofía me mira con una serenidad que no puedo comprender.

—No vamos a hacer nada —dice con calma.

—¿Qué? No podemos quedarnos de brazos cruzados mientras ella... —Sacudo la cabeza frustrado.

—No puede hacer nada. La ley no la ampara. Puede que haga un par de berrinches, pero nada con fundamento.

Suspiro sabiendo que no puedo discutir con ella cuando se pone así. Y que por supuesto no pienso hacerle caso.

Nos dirigimos de vuelta a la oficina.

Sofía va caminando con esa gracia natural suya que siempre he envidiado. De repente tropieza con una grieta en la acera y, por un momento, parece que va a caer. Con reflejos de águila la

agarro y la sostengo por la cintura evitando el desastre.

—¡Vaya! —exclama, riendo—. Parece que mi intento de vuelo ha sido frustrado por mi caballero de brillante armadura.

No puedo evitar reírme con ella. Es tan divertida como buena persona. Es amable, gentil y optimista con todo el mundo. Excepto con Dana. Esa pelirroja ha conseguido lo que nadie consiguió nunca. Su odio.

—¿Qué haría la gran Sofía sin mí? —bromeo, ayudándola a enderezarse.

—Conquistar el mundo a golpes —responde muerta de risa.

Seguimos caminando, atrayendo miradas de los transeúntes con nuestra carcajada. Por un momento olvido todas mis preocupaciones. Pero cuando llegamos a la oficina y veo a Sofía desaparecer en la sala de reuniones, la realidad vuelve a golpearme. Puede que ella esté dispuesta a esperar y ver qué sucede, pero yo no. No puedo arriesgarme a que Dana lastime a las personas que amo. Me siento en mi escritorio, enciendo mi ordenador, y, mientras espero que se cargue, tomo una decisión. No importa lo que Sofía piense de los derechos y la ley, no pienso quitarle el ojo de encima a Dana. Si está tramando algo, lo descubriré. Porque si hay algo que he aprendido en la vida, es que a veces tienes que luchar por lo que amas, incluso si eso significa ir en contra de sus propios deseos. El amor verdadero no espera, el amor protege.

La batalla puede que aún no haya comenzado, pero yo ya estaré en guardia y con los sentidos alerta.

Silencios que son chillidos

El lápiz de Sofía se detuvo a medio camino de su boca y el papel. Sus ojos brillando con una mezcla de emoción y preocupación.

—Anthony, tengo que contarte algo. Blake y yo tendremos que viajar a Estados Unidos por unos días.

—¿Qué pasa con la agencia?

Sofía me miró con una sonrisa comprensiva en sus labios. Yo sentí un nudo formándose en mi estómago. Sabía que era irracional, pero la idea de que se fueran, aunque fuera por poco tiempo, me inquietaba. Y ella lo sabía. Me pasaba desde que éramos niños. Para ser exactos, desde que mi madre me cerró la puerta en la cara y me dijo que era un desviado enfermo. Y me echó de casa.

Desde aquel día nunca llevé bien las separaciones. Ni siquiera las vacaciones. Es una irracionalidad que despierta y domina mis miedos de soledad.

—La agencia estará bien, y lo sabes. Sólo serán unos días. Pero eso no es lo que realmente te preocupa, ¿verdad?

Maldije internamente. Sofía siempre podía leer a través de mí.

—Es solo que... —comencé, sin saber cómo expresar el torbellino de emociones—. Te echaré de menos.

La sonrisa de Sofía se suavizó.

—Solo serán unos días. Además —añadió, sus ojos brillando con picardía—, ¿quién sabe? Tal vez disfrutes un poco de paz y tranquilidad sin Emily corriendo por toda la oficina preguntando por qué el cielo es azul.

No pude evitar reír ante el recuerdo de la pequeña, con sus preguntas interminables y su energía inagotable. Esa niña era toda la inocencia que a mi me faltaba.

—Extrañaré, incluso eso.

—Confío plenamente en ti. La agencia no puede estar en mejores manos.

Sentí una oleada de orgullo y responsabilidad.

—Haré todo lo posible para mantener las cosas en orden —. Contesté pensando que igual estar lejos de Dana, aunque fueran unos días era mejor para Sofía y Emily. Esa loca parecía no haber actuado, pero nunca se sabía.

Mientras seguíamos hablando mi mente divagaba hacia Dana. Esa arpía de malas artes siempre lograba calentarme la sangre como ninguna otra, aún cuando me odiaba a mismo por pensar en ella hasta cuando no debía. Esa loca intentó separar a Blake y Sofía en el pasado, incluso tuvo una hija con Blake con tal de destruir su relación, pero solo consiguió que Sofía amara a Emily y los tres formaran una familia feliz. ¿Por qué todo el odio de esa traicionera no me hace olvidar ese cabello rojo ardiente?

—¿Todo bien? Pareces perdido en tus pensamientos.

Sentí un momento de pánico. No podía confesarle que estaba pensando en Dana. Al menos no como lo estaba haciendo. ¿Cómo reaccionaría si supiera que no podía sacar de mi mente la cabellera de la mujer que intentó destruir su felicidad?

Y mucho menos si, esa melena, en mi imaginación, se desparrama sobre unos pechos blancos y

maduros.

—Estoy pensando en cómo manejar todo en la agencia mientras no estés —mentí vergonzosamente.

—Te conozco. Sé que hay algo más.

Suspiré buscando una verdad que pudiera ofrecer sin darme repugnancia de mi mismo.

—Sois mi familia, sabes perfectamente que cuando os vais siento que vuelvo a ser ese chico solitario que solía ser.

Los ojos de Sofía se llenaron de comprensión y afecto.

—Oh, Anthony —dijo, apretando mi mano—. Nunca estarás solo. Incluso cuando no estemos físicamente unidos, siempre seremos tu familia. Nada cambiará eso.

Sentí un nudo en la garganta.

—Lo sé. Es solo que a veces es difícil recordarlo.

—Pues entonces tendré que recordártelo más a menudo —dijo Sofía con una sonrisa—. Tal vez debería tatuármelo en la frente: Familia de Anthony por siempre.

—Por favor, no lo hagas —no pude evitar reír ante la imagen mental— Blake me mataría si arruinases tu hermosa frente.

Sofía se unió a mi risa y por un momento todas mis preocupaciones se desvanecieron.

—Hablando de Emily —dijo cuando nuestras risas se calmaron—, ¿puedes creer que ahora está obsesionada con ser astronauta? Ayer la encontré tratando de construir un cohete con cajas de cereales.

—¿En serio? —pregunté sintiendo una oleada de afecto y orgullo–. ¿Y cómo le fue?

—Bueno, digamos que tendremos que redecorar la cocina —respondió Sofía con un suspiro exagerado–. Nunca imaginé que llenaría el cohete con mermelada espacial, pero al verla tan emocionada... se me olvidó el regaño. Anthony no puedo creer lo afortunada que soy. Ella me quiere más de lo que merezco.

—Tú, querida mía, te mereces el amor de esa niña y del mundo entero. Te mereces todo el amor y roma.

—¿Roma?

—Amor al derecho y al revés.

—¿Anthony?

—¿Sí?

—Tú, ¿estás tan seguro como yo que ella no me la podrá quitar?

—Ni se te ocurra dudarlo.

Contesté acabando con el tema que parecía iniciarse. El dolor se mezclaba en el rostro de Sofía, de una forma que no me gustó. Quería eliminarlo de raíz al igual que cualquier dardo envenenado de esa arpía.

De vuelta en la oficina la tarde transcurrió rápidamente con más reuniones y trabajos creativos. Al final del día me sentí satisfecho con lo que había logrado, un equilibrio en mi vida laboral que, algunas veces, hasta me hacía olvidar lo solo que me sentía.

Mi mundo sería perfecto si mis pensamientos no fueran una y otra vez hacia esas llamaradas de fuego eterno. Sí, allí estaba ella otra vez. Dana, y su increíble cabellera rubí, cayendo sobre sus hombros. Tenía trabajo que hacer, una agencia que dirigir y miles de mujeres a las que llevarme

a la cama, ¿por qué diablos pensaba solo en una?

Mientras salía de mi oficina el peso del día se asentó sobre mis hombros. El edificio, antes bullicioso, ahora estaba sumido en un silencio que solo acentuaba mis pensamientos inquietos. Aflojé mi corbata mientras caminaba hacia el ascensor. Mi mente vagando hacia la conversación con Sofía. Su partida inminente, aunque temporal, dejaba un vacío que no sabía cómo llenar acrecentando unos miedos de pérdida que denotaban mi debilidad mas oculta. Y todo ello regado de imágenes de esa pelirroja que me golpeaban el cerebelo.

El ascensor se detuvo en la planta baja con un suave tintineo. Al salir me encontré con el guardia de seguridad nocturno, un hombre mayor con una sonrisa amable.

—Buenas noches, Sr. Anthony, ¿otra noche larga?

—Las mejores ideas suelen llegar tarde, Salvador.

Afuera, la ciudad pulsaba con vida nocturna. Parejas caminando de la mano, grupos de amigos riendo, todos con algún lugar al que ir, alguien con quien estar... Y yo, caminando solo, hacia un apartamento vacío.

Al llegar a mi edificio subí las escaleras evitando el ascensor. Necesitaba el ejercicio. La distracción física calmaba mis pensamientos cada vez más oscuros.

Una vez en mi apartamento me serví un vaso de whisky y me senté en el sofá. El silencio era ensordecedor. Tomé un sorbo, dejando que el líquido ámbar quemara mi garganta. Era en momentos como este, en la quietud de la noche, cuando, los pensamientos que intentaba mantener a raya durante el día se deslizaban a través de mis defensas.

Dana, su nombre era como un susurro en mi mente. Una presencia constante que no podía ignorar por mucho que lo intentara. ¡¿Por qué no podía sacarla de mi cabeza?! Llevaba días sin saber de ella. Exactamente desde la mañana del parque. Y ello que, sin desear hacerlo, la busqué en un par de desfiles que según me habían informado, estaba contratada. ¿Sería que se había olvidado de aquella estupidez de desear la custodia de Emily?

El sonido de mi teléfono me sacó de mis cavilaciones. Era un mensaje de Sofía.

No te olvides de regar mis plantas
Siempre se te olvida (carita sonriente)
Te queremos.
¡Te quiero!!!

Una sonrisa involuntaria se dibujó en mis labios. Incluso a distancia Sofía encontraba la manera de cuidar de mí.

Me too.
Cuídate
Cuidaros
Os necesito

Escribo sabiendo que las palabras no podrán jamás expresar lo que el corazón esconde. Dejé el teléfono a un lado y volví a mirar por la ventana. La ciudad seguía viva indiferente a mis conflictos mientras yo seguía, aquí, atrapado entre mi vaso de alcohol y un deseo ardiente de perderme en una piel cremosa cubierta con de una cabellera larga y sedosa.

Reflejos y Sombras

El espejo me devuelve una mirada que no reconozco. Soy yo, pero al mismo tiempo, soy una extraña. Mi cabello cae en ondas perfectas sobre mis hombros, un marco de fuego para un rostro que he aprendido a pintar como una obra de arte. Mis ojos sombreados con tonos oscuros ocultan secretos que ni yo misma me atrevo a descifrar. El pincel de maquillaje se desliza sobre mis labios tiñéndolos de un rojo carmesí satinado. Es mi armadura, mi máscara. El mundo ve a Dana, la modelo perfecta, la mujer que lo tiene todo, nadie es capaz de apreciar el vacío que me consume por dentro.

Sofía…

Su nombre es como una espina clavada en mi corazón. Tiene todo lo que yo alguna vez deseé. La odio. La odio por tener todo lo que debería ser mío. Ella me lo arrebató. Ella no merece ser feliz. No, si es mía.

Me levanto alisando las arrugas inexistentes de mi vestido. Hoy tengo una reunión en la agencia de marketing. Una oportunidad que no pienso desperdiciar.

El tacón de mis zapatos resuena en el pasillo mientras me dirijo hacia el ascensor.

Cada paso es una afirmación: soy Dana, soy hermosa, soy poderosa. Y Blake… es mío.

La agencia bulle de actividad cuando llego.

Las miradas se clavan en mí, algunas de admiración, otras de desdén, y la inmensa mayoría de envidia. Las ignoro todas. Me dirijo a la sala de reuniones. Mis pasos son seguros a pesar del torbellino que explosiona en mi interior. Mi cabeza quema dentro de mis más retorcidos deseos.

Blake estará allí. Ese es mi objetivo.

Blake, el hombre que alguna vez adoré, el padre de la hija que nunca quise, pero que, si es necesario, pienso utilizar para traerlo nuevamente hacia mí. Por supuesto que no deseo la custodia, solo lo quiero a él. Si a Sofía tanto le importa la niña por mi puede quedársela. Blake es lo único que necesito para ser feliz.

Mientras espero en una silla, mis pensamientos vagan en un mar de estrategias. Una muchacha pasa y no puede dejar de mirarme. Sí, soy hermosa, la reina de las pasarelas, sin embargo, esos momentos son fotografías descoloridas, imágenes de una vida que ya no me interesa, si Blake no está conmigo.

La puerta se abre y entra Anthony. Por favor, de todos los hombres que existen tenía que ser él. No lo soporto. Su presencia me irrita en las distancias cortas y me enfurece en las largas. El amigo fiel. El eterno defensor de Sofía. El guardián de la familia perfecta. Es tan buena que me dan nauseas. Espero contenerme y no manchar mi vestido con la bilis de su recuerdo.

Nuestras miradas se cruzan y siento una chispa encender mi odio.

—¿Qué haces aquí, Dana?

—Trabajo —respondo con frialdad levantando una ceja—. ¿Y tú? ¿Decidiste salir de la sombra de Sofía por una vez en toda tu vida?

Anthony me mira y siento una mezcla de ira y vulnerabilidad que odio admitir. Siempre he detestado cómo me hace sentir expuesta, como si pudiera ver más allá de mi cuidadosa fachada. Es un demonio que no ha sabido disfrazarse de otra cosa que de lobo. Menudo idiota.

—Sabes muy bien que no estoy a la sombra de nadie—dice con una calma irritante—. Estoy aquí porque soy bueno en lo que hago. Y tanto Sofía como Blake son unos excelentes jefes, jefes que dan oportunidades a todos. Incluso a alguien como tú.

—¿Alguien como yo? ¡¿Qué se supone que significa eso?! ¿Crees que no merezco estar aquí?

—Creo que mereces estar donde quieras estar —dice, su voz es suave pero amenazante—. Y también creo que es hora de que dejes de actuar como si el mundo te debiera algo.

—¡No sabes nada de mí! No tienes idea de lo que he pasado.

Anthony se acerca. Su rostro se fija en el mío.

—Tienes razón, no sé todo sobre ti, pero veo a alguien que está atrapada en el pasado, que no puede seguir adelante porque está demasiado ocupada culpando a los demás de sus propios errores.

Mis manos tiemblan mientras trato de controlar mi rabia. Quiero golpearlo, quiero hacerlo desaparecer, pero también quiero... quiero que alguien vea más allá de mi apariencia, que reconozca a la verdadera Dana. ¡Pero no él!

El silencio se extiende entre nosotros cargado de emociones no dichas y tensiones no resueltas. Por un momento veo algo en los ojos de Anthony que me desconcierta. ¿Es comprensión? ¿Lástima? Sea lo que sea, me hace sentir aún más vulnerable. Y eso me revuelve las entrañas. No estoy aquí para dar pena. Y mucho menos al mejor amigo de esa tonta.

—No pretendas conocerme, tú no tienes ni idea de lo que es perderlo todo.

—Te equivocas —responde, su voz sorprendentemente suave–. Sé lo que es construir algo desde cero. Y sé que Sofía y Blake han hecho exactamente eso con Emily. Han amado a una niña a pesar de su abandono…

La mención de mi hija es como un puñal en mi corazón. Emily, la niña que nunca quise pero que ahora añoro en mis momentos más oscuros. La niña que Sofía está criando como suya. No sé si odio mas a la supuesta madre o a la niña ingrata.

—Eso no cambia el hecho de que Emily es mi hija —digo con la amargura evidente en mi voz —. Mía y de Blake. Y de nadie más.

Anthony me mira por un largo momento.

—Nadie está negando la verdad. Pero tal vez sea hora de pensar en lo que es mejor para Emily. Y no para otra persona.

Sus palabras me golpean con más fuerza de lo que esperaba. La confusión y el conflicto deben ser evidentes en mi rostro porque veo un destello de algo parecido a la compasión en los ojos de Anthony.

—Mira, Dana —su voz es mucho más suave que segundos antes—. Nadie dice que esto sea fácil. Pero tal vez sea hora de que pensemos en cómo podemos hacer que funcione para todos. Especialmente para Emily.

¿Qué funcione? Yo sé perfectamente cómo todo funcionaría mejor. Con tu amiguita Sofía en Finlandia. La sonrisa fría en mis labios se convierte en una mueca desafiante.

—¡¿Y qué sabes tú de seguir adelante?! —escupo las palabras como si fueran veneno— ¿Crees que tu vida es tan perfecta? Siempre defendiendo a Sofía, siempre tan irreprochable… Me das nauseas.

Los ojos de Anthony se clavan en los míos con una intensidad que me estremece hasta la médula.

—Mi vida está lejos de ser perfecta —su voz es baja, casi un gruñido—pero al menos intento ser

mejor cada día. No me escondo detrás de una fachada de maquillaje barato.

—¿Perfección? No me digas que te gusto. Eso sí que me da risa.

—No seas tonta. No he caído tan bajo como para interesarme en mercadería de deshecho.

El aire entre nosotros se vuelve denso, cargado de una electricidad que amenaza con electrocutarnos hasta la muerte. Siento el impulso de gritar, de llorar, de desmoronarme… pero no frente a él. En su lugar avanzo los dos pasos que nos separan. El eco de mis tacones resuena en el silencio tenso de la habitación.

—¿Qué te hace pensar que puedes juzgarme? No eres mejor que yo.

—No estoy aquí para juzgarte —su aliento cálido acaricia mi mejilla—. Estoy aquí porque, a pesar de todo, veo algo en ti… Algo que tal vez ni siquiera tú puedes ver.

Sus palabras me golpean con la fuerza de una tormenta agrietando la armadura que he construido durante años. Por un instante me siento expuesta y vulnerable. Pero no puedo permitirme esa debilidad. Él es un maldito idiota y yo… ¡y yo nunca pierdo!

—Vete al infierno —escupo con veneno y saña—. No necesito tu lástima ni tus falsas palabras de aliento. Guárdatelas para tu amiguita.

—No te tengo lástima, solo espero que algún día veas lo mismo que yo. Una mujer que podría ser extraordinaria si dejara de castigarse a sí misma y fuera capaz de darse el valor que otros no supieron ver, ni dar, y mucho menos apreciar.

Lo observo salir de la sala y siento un impulso irresistible de correr tras él, de suplicarle que se quede, que me ayude a desentrañar el enigma en el que me he convertido. Pero el orgullo y el miedo me anclan al suelo. Me quedo allí, sola, sintiendo cómo el vacío en mi interior se expande amenazando con tragarme entera. Tengo tanto odio como soledad, aunque algo menor que el miedo. Miedo que me irrita y me estremece.

Salgo de la agencia como un torbellino.

Mis pensamientos son un caos de recuerdos y emociones. La modelo que llegué a ser, triunfando en un universo de superficialidad y competencia despiadada, no me prepararon para lo que soy. Una mujer sin destino.

Me detengo frente al espejo del ascensor. La mujer que me devuelve la mirada es hermosa, perfecta e… idiota. Labios rojos como el pecado, cabello de fuego domado en ondas perfectas y un corazón repleto sin nadie al que poderse entregar.

Las palabras de Anthony resuenan en mi mente como un eco implacable. "*Una mujer que podría ser increíble si tan solo dejara de castigarse a sí misma."* ¿Es eso lo que hago? ¿Me castigo por mis errores, por mis decisiones?

Salgo a la calle sofocada.

El aire frío de la tarde golpea mi rostro.

La confusión y el dolor se mezclan en mi pecho. Mientras camino sin rumbo por las calles de la ciudad me doy cuenta de que Anthony ha removido algo en mí. Ha abierto una grieta en el muro que he construido a mi alrededor. Y por primera vez en años siento miedo. Miedo de lo que podría encontrar si me atrevo a mirar a través de esa grieta a la que relleno como puedo. Miedo de descubrir quién soy realmente debajo de todas estas capas de perfección y dolor. Miedo a que otros, al igual que él, sepan encontrar mi guarida secreta...

El eco de mis tacones resuena en el pasillo vacío mientras abro la puerta de mi apartamento. La oscuridad me recibe fría y familiar. Me desplomo en el sofá. El silencio envolviéndome como una manta pesada. Las palabras de Anthony resuenan en mi mente irritantes y persistentes. ¡¿Quién se cree que es para juzgarme?! ¡Para decirme que podría ser "extraordinaria"!

Él no sabe nada sobre mí, sobre mis luchas, sobre lo que realmente quiero. Sobre el hombre al que amo y debería estar conmigo. Sobre el silencio de estas cuatro paredes vacías…

Me levanto inquieta y deambulo por el apartamento. Cada objeto, cada detalle, es un recordatorio de lo que he logrado, de lo que he construido, pero esta noche, todo me sabe a nada.

El sueño me elude. En la penumbra de la madrugada mis pensamientos vuelven a Blake. A la vida que deberíamos haber tenido juntos. A la familia que Sofía me robó. A ella no le bastó con robármelo a él, sino que, además, siempre tan perfecta, me quitó el amor de mi hija. ¿Por qué nadie es capaz de ver la maldad que esconde su corazón?

Me deslizo entre las sábanas frías. La soledad pesa más que nunca. Pero no es debilidad lo que siento, es resolución. No puedo seguir así. No puedo seguir permitiendo que otros dicten mi vida, mi felicidad. Yo tengo las armas y las manos para defenderme.

Cuando el amanecer comienza a filtrarse por las cortinas tomo una decisión. No voy a rendirme. No voy a aceptar las migajas que el destino me ha dado. Mi plan está en marcha y no pienso detenerme. Me levanto. Mis piernas se ponen en pie firmes y decididas. Tomo mi teléfono y, con dedos seguros, marco un número. Mientras espero su respuesta siento que algo se endurece dentro de mí. No sé si puedo recuperar todo lo que he perdido, pero estoy dispuesta a luchar por ello. Ya no quiero estar sola. Quiero lo que es mío. Lo que siempre debió ser mío. El camino será difícil, lo sé, Sofía, Anthony, todos se interpondrán, pero no me importa. Es hora de tomar lo que quiero, sin importar el costo.

El tono de llamada se repite una y otra vez, cada segundo de silencio alimentando mi frustración.

"Vamos, Blake, contesta", murmuro entre dientes. Mis nudillos están blancos de apretar el teléfono. Nada. Ni siquiera el buzón de voz contesta. La furia explota dentro de mí como un volcán dormido. Lanzo el teléfono contra la pared y el estruendo del impacto resuena en el apartamento silencioso.

—Maldita sea. ¡¿Dónde diablos estás?! Seguro que con ella…

De repente la imagen de Sofía se materializa en mi mente. Ella abrazándole.

Mis manos tiemblan. Con un grito que surge desde lo más profundo de mi ser lanzo el jarrón de encima de la mesa contra la pared. El estruendo del impacto resuena en el apartamento. Fragmentos de porcelana cayendo como lluvia sobre el suelo de mármol. Por un instante el silencio que sigue es ensordecedor.

Mis manos no dejan de moverse nerviosa. Las miro. Mis ojos se posan en mi cuerpo, y por un momento, me quedo paralizada. La mujer que observo es una extraña. Cabello enmarañado, ojos salvajes, mejillas surcadas por lágrimas que ni siquiera sabía que estaba derramando. Soy la imagen de la desesperación. Con un aullido que surge desde lo más profundo de mi alma lanzo un zapato que golpea contra una ventana. La superficie se agrieta fragmentando mi reflejo en mil versiones distorsionadas de mí misma. Me acerco. Cada fragmento muestra una faceta diferente: la niña abandonada, la modelo ambiciosa, la amante despechada, la madre ausente, la mujer solitaria, solitaria…

De repente las piernas me fallan y las lágrimas fluyen sin contenciones. ¿Por qué no puedo ser feliz? ¿Por qué nadie me quiere…?

El silencio es mi única respuesta. Los restos de mi vida yacen esparcidos a mi alrededor, un testimonio mudo de mi desesperación.

Me arrastro hasta el sofá, cada movimiento es un esfuerzo monumental.

Me acurruco en un rincón abrazando mis rodillas contra mi pecho. El cuero frío contra mi piel es un contraste chocante con el fuego que aún arde en mi interior. Las horas pasan marcadas solo por los cambios en la luz que se filtra por las ventanas. La furia da paso al agotamiento y el agotamiento a la desesperanza.

Después de quien sabe cuánto tiempo consigo levantarme. Llego al baño evitando mirarme en el espejo. Abro el grifo y dejo que el agua fría corra sobre mi cuerpo lavando las lágrimas saladas. Finalmente levanto la mirada. La mujer en el espejo está pálida, ojerosa.

–¿Por qué, Blake? ¿Por qué ella y no yo?

El silencio, como siempre, es mi única respuesta.

Ni yo mismo me comprendo

Era una tarde de otoño en el aeropuerto de la ciudad. El bullicio de los viajeros y el sonido de las maletas rodando sobre el suelo pulido llenaban el aire. Yo estaba de pie, mirando a través de los enormes ventanales, observando cómo un avión despegaba hacia el cielo nublado.

En ese avión iban Blake, Sofía y la pequeña Emily. Un nudo se formó en mi garganta mientras los veía partir. Sofía, mi amiga de toda la vida, mi apoyo incondicional, se alejaba. Aunque solo fuera por unos días, su ausencia pesaba en mi corazón. Algo en el aire me olía distinto, ¿problemas? Puede que lo fueran. Blake miró un par de veces su teléfono antes de apagarlo con mirada furiosa. Imaginé de quien se trataba, pero me dediqué a entretener a Sofía, ella no se había dado cuenta, y no necesitaba hacerlo.

—Hey, tierra llamando a Anthony —la voz de Laura me sacó de mis pensamientos. Giré para encontrarme con sus ojos intensos cargados de preocupación—. ¿Estás bien?

Laura y Karina estaban a mi lado empujando de mi brazo hacia el aparcamiento.

—Todo bien. Solo un poco... nostálgico. Supongo.

Karina, con su intuición característica, me miró fijamente.

—Los echas de menos, ¿verdad? Y ni siquiera han pasado dos minutos.

Asentí sintiéndome un poco avergonzado por mi vulnerabilidad. No sé bien lo que me pasaba. Llevaba días sin ser yo mismo.

—Es una tontería, es solo que...

—No es ninguna tontería —me interrumpió Laura poniendo su mano en mi hombro—. Son nuestra familia. Yo también los echo de menos cada vez que se van de viaje. Pero para eso estamos nosotras, para esperarlos con la boca cargada de besos para cuando regresen.

—Vamos grandullón —dijo Karina enganchando su brazo con el mío—. No creas que te vas a librar de nosotras tan fácilmente. Esta noche cena de amigos.

—Exacto —añadió Laura tomando mi otro brazo—. Comida basura y charla hasta el amanecer. Como en los viejos tiempos.

No pude evitar sonreír ante su entusiasmo. Estas mujeres, mis amigas, siempre sabían cómo levantarme el ánimo. No llevaba mañana sin agradecer al destino el tenerlas a mi lado.

—¿Tengo opción? —pregunté fingiendo resignación.

—Absolutamente ninguna —respondieron al unísono arrastrándome hacia la salida.

Mientras caminábamos mis pensamientos volvieron a aquellos días difíciles de mi transición. Laura y Karina habían estado allí junto con Sofía. Recordé una noche en particular, poco después de comenzar mi terapia hormonal, estaba lidiando con los cambios en mi cuerpo y mi voz, sintiéndome perdido y asustado, cuando las tres aparecieron en mi puerta con pizza de jamón y piña.

"Si vas a convertirte en un macho alfa queremos ser las primeras en gozar de tus atributos", había bromeado Karina. Todos reímos sin parar. Pasamos la noche simplemente siendo nosotros mismos.

Sí, todavía anhelaba esa familia propia que aún no había encontrado y que estaba seguro de que jamás encontraría, pero tenía esto, el amor incondicional de estas mujeres extraordinarias que me habían aceptado y apoyado sin reservas.

—¿En qué piensas, señor misterioso? —preguntó Laura dándome un codazo juguetón.

—En lo afortunado que soy de tenerlas.

Karina soltó una carcajada.

—Oh, lo sabemos. Somos bastante increíbles.

—Y modestas —. Ambas me sujetaron, cada uno de un brazo, sin hacer caso a mi ceja levantada.

Mientras nos dirigíamos hacia el coche sentí que el peso en mi pecho se aligeraba. Sí, la vida no siempre era fácil. Sí, todavía había momentos de duda y soledad. Pero con amigas como estas el mundo era un donut listo para ser mordido por mis dientes de lobo hambriento.

El bullicio del bar nos envolvió mientras ocupábamos nuestra mesa habitual. El aroma a cerveza y comida frita flotaba en el aire mezclándose con las risas y conversaciones de los otros clientes.

—Por los mosqueteros del siglo XXI —brindó Karina levantando su cerveza—. Aunque falte nuestra querida Sofía.

—¡Salud! —exclamamos al unísono chocando nuestras botellas.

—Bueno, Anthony —comenzó Laura inclinándose sobre la mesa con una sonrisa pícara—. Cuéntanos, ¿cómo va todo en la agencia? ¿Alguna novedad interesante? ¿Alguna ejecutiva deslumbrada por tus maravillosos encantos?

Solté una carcajada adoptando mi mejor pose de galán de telenovela.

—Todas, ¿acaso lo dudabas? Las tengo suspirando por mis besos. Es una cruz que debo cargar cada mañana.

Karina resopló lanzándome una servilleta.

—Sí, claro. El gran Anthony rompecorazones del mundo publicitario.

—Hey, no subestimes mis encantos —protesté guiñándoles un ojo—. No es mi culpa que se derritan al veme pasar.

Las chicas estallaron en risas y sentí esa calidez familiar que siempre me invadía cuando estaba con ellas. Eran los únicos momentos en los que podía ser completamente yo mismo. Ellas conocían al verdadero Anthony, ese del que a veces, hasta yo mismo me olvidaba.

—En serio, Anthony —insistió Laura una vez que las risas se calmaron—. ¿No hay nadie que te haya llamado la atención últimamente?

Por un momento la imagen de Dana cruzó por mi mente. Su cabello pelirrojo, sus ojos desafiantes, la forma en que me hacía sentir... Sacudí la cabeza alejándola de mis pensamientos. Los enemigos de mis amigas eran mis seres detestables. Y Dana era una inmensa detestable.

—Nah —respondí, quizá, demasiado rápido—. Ya saben que el amor romántico no es lo mío.

Karina me miró fijamente.

—Anthony, te conozco desde que éramos niños. Sé que en el fondo eres un romántico empedernido. ¿Por qué sigues negándotelo a ti mismo?

Sus palabras tocaron la fibra sensible escondida y enterrada. Era cierto, en lo más profundo de mi ser, anhelaba ese tipo de conexión, ese amor que veía entre Blake y Sofía. Pero la idea de ser vulnerable, de exponer mi corazón de esa manera, de ser rechazado… Me aterrorizaba.

—El vuestro es el único amor que necesito. Además, ¿quién necesita romance cuando tiene amigas que le roban las patatas fritas?

Laura, pillada con la mano en el plato, fingió inocencia.

—No sé de qué hablas. Yo estoy a dieta —contestó sacudiendo las miguillas que le quedaban

perdidas en la camiseta.

Reímos juntos. Todo volvía a ser perfecto.

—Oye, Anthony —dijo Karina después de un momento, su tono cambiando a uno más serio—. ¿Has notado algo raro en Blake últimamente?

Sentí que mi corazón daba un vuelco. ¿Acaso sabían algo sobre Dana y su intento de separar a Sofía de Emily?

—¿Raro? ¿A qué te refieres?

Laura intervino.

—No sé, ha estado actuando un poco extraño. Más distraído. Como si algo le preocupara. Pensamos que tal vez tú sabrías algo.

Me debatí internamente. Una parte de mí quería contarles todo, compartir la carga que había estado llevando, pero otra parte, la parte que inexplicablemente no reconocía, quería proteger a Dana.

—La verdad es que no he notado nada fuera de lo común —mentí sintiéndome culpable por engañar a mis amigas—. Probablemente solo esté estresado por el trabajo.

Karina no parecía convencida.

—Mm, tal vez. Pero lo he notado algo extraño. Como alejado…

—A mí me pasó lo mismo —Laura me mira fijo.

—Yo no he notado nada. Pero estaré atento. Ahora, ¿vamos a pedir algo de cenar o piensan matarme de hambre?

El resto de la noche transcurrió entre risas y anécdotas, pero una parte de mí no podía dejar de pensar en Dana. ¿Por qué sentía la necesidad de protegerla? Ella había intentado destruir la felicidad de mis amigos, y sin embargo... yo seguía buscando alguna excusa que la redimiera. “Esto me pasa por culpa de Sofía. Esa idiota bondad parece ser contagiosa” me dije sin creérmelo yo mismo.

Mientras nos despedíamos en la puerta del bar, abrazando a Laura y Karina, me prometí a mí mismo que resolvería esta situación de alguna manera. Por el bien de todos. Y de mi mismo.

—Te quiero —dijo Laura mientras me daba un último abrazo.

Con una mezcla de determinación y aprensión me dirigí a mi apartamento agradecido por lo que tenía y temeroso de lo que no comprendía. Algo me presionaba el pecho de una forma incómoda. Y no quise pensar que nombre llevaba el dolor.

Él no te pertenece

La mañana despertaba sobre la ciudad como un manto resplandeciente engullendo las luces de los hogares que comenzaban a encender. De pie, frente a mi ventana panorámica, contemplaba la escena urbana con una mezcla de resentimiento y desesperación. Sosteniendo un vaso de zumo de naranja en la mano me permití divagar en mis pensamientos, dejando que mi mente recorriera los recovecos más oscuros de mi alma. Blake y Sofía se habían llevado a Emily, mi hija, ¡mi hija! y estaban construyendo una vida perfecta sin mí. Nunca había querido realmente ser madre, pero la niña era mi ancla de conexión con Blake. Sin embargo, mi plan había fracasado estrepitosamente. Sofía, con su bondad aparentemente infinita, había convertido a Emily en el centro de su mundo ganándose su amor y confianza. La niña incluso la llamaba mamá. ¡Mamá! En un momento dejé de tener hija y futuro amor. Todo al mismo precio y robado por ella…

¿Por qué él no me escogió a mí?

Sintiendo cómo el vacío en mi interior se hacía más profundo Blake había sido mi bote salvavidas, la única constante en mi vida caótica y superficial. La estabilidad que él representaba era algo que anhelaba desesperadamente. Había decidido tenerlo, y lo habría conseguido si esa enana de pelos color cucaracha no se hubiera interpuesto.

Necesitaba un plan para recuperar a Blake, pero debía ser algo diferente, algo que realmente funcionara. Podía utilizar a la niña, pero necesitaba más… mucho más.

Mientras tomaba un sorbo de naranja natural, descarté varias ideas. No podía desacreditar a Sofía profesionalmente; la mujer era intocable en su campo y, además, socia capitalista. Cualquier intento de manipular a Emily también sería inútil; Sofía era demasiado buena madre, y la niña la adoraba. Asquerosamente buena.

La idea comenzó a formarse lentamente en mi mente. ¿Y si en lugar de intentar destruirla utilizara otro método? ¿Y si me dedicaba a manipular su relación de forma directa? No importaba las veces que él lo había negado, nuestros momentos de pasión juntos fueron inolvidables. Quizás, si pudiera recordarle esos momentos, hacerle ver que aún podríamos tener esa chispa.

Con esa idea firmemente plantada en mi mente salí de mi apartamento dejando atrás el reflejo de mis dudas. Al llegar a la agencia de marketing, la tensión en el ambiente era palpable. Las miradas de los empleados seguían cada uno de mis movimientos, pero las ignoré con una indiferencia estudiada. Ellos pensaban que les caía mal, pero la verdad es que ellas me envidiaban y ellos me deseaban.

—Dana, —dijo, su voz cauta—. No esperaba verte por aquí.

“Yo tampoco a ti…”

—¿Acaso necesito tu permiso, Anthony? —respondí intentando mantener un tono neutro a pesar de la irritación que sentía.

Anthony me miró fijamente como si intentara leer mis intenciones.

—No es eso y lo sabes. Es solo que... las cosas han estado demasiado tensas últimamente entre tú y yo.

—Tengo una audiencia. La última vez no me permitiste hacerla. ¿Te pongo una denuncia por intromisión en el mundo laboral?

—No hará falta.

Hubo un momento de silencio incómodo entre nosotros. Por un instante vi algo en los ojos de Anthony que no pude descifrar. ¿Preocupación? ¿Lástima? Fuera lo que fuese me irritó profundamente.

—Dana —comenzó con su voz más suave ahora—. Sé que las cosas no han sido fáciles para ti, pero por favor, piensa bien lo que vas a hacer. No quiero que nadie salga lastimado.

Su tono de preocupación genuina me desarmó por un momento. ¿Por qué tenía que ser así? ¿Por qué no podía simplemente odiarme como todos los demás? Por qué me miraba con ojos de ¿cariño? ¡Por qué sabía que estaba tramando algo!

—¡Desaparece ya!

—Si quisieras podrías tener a tu hija. Sofía jamás te prohibiría verla. Es más, creo que hasta se alegraría.

Su cercanía me perturbó. Podía oler su colonia, sentir el calor emanando de su cuerpo. Por un momento me permití imaginar cómo sería rendirme a esa calidez. Dejar que alguien como él me cargara en sus brazos y me llevara a un sitio donde solo sintiera el refugio de su protección.

—Guárdate tu psicología barata —dije retrocediendo cuatro pasos hacia atrás asustada de mis propias tonterías—. No necesito tu compasión ni tus consejos.

Vi el dolor cruzar su rostro por un instante antes de que su expresión se endureciera.

—Como quieras, Dana. Aunque no dudes que te estaré vigilando. No permitiré que lastimes a Sofía.

—¿Es una amenaza?

—Una realidad.

—Por mí como si juras en nombre del Papa. Me importa un cuerno.

Mientras me alejaba sentía su mirada clavada en mi espalda. La confrontación con Anthony había sacudido algo dentro de mí que no me gustaba. Tenía un objetivo y nada ni nadie me impediría alcanzarlo. Y mucho menos él.

—Señorita, puede pasar.

Moviendo mi melena al compás de un tango sexy entré al auditorio. Las demás modelos se pusieron a llorar. Estaba claro quien se llevaría la publicidad de perfumes.

De vuelta en mi apartamento me senté frente al ordenador. Era hora de poner el plan en marcha. La idea que había estado labrando era magnífica.

Comencé a buscar viejas fotos, recuerdos de los días felices con Blake. No eran muchos, pero sí los suficientes. Crearía un álbum, una colección de nuestros mejores momentos. Se lo enviaría a Blake, aparentemente como un gesto inocente de nostalgia. Pero sabía que esas imágenes despertarían recuerdos, sembrarían dudas.

Mientras trabajaba no podía evitar que mis pensamientos volvieran a Anthony. Su preocupación, su intento de llegar a mí...

¡Por qué no me dejaba en paz!

Sacudí la cabeza. No podía permitirme distracciones. Tenía un objetivo claro: recuperar a Blake, recuperar la vida que me habían arrebatado. Y si eso significaba desafiar a Anthony, enfrentarme a Sofía o incluso arriesgar mi futura relación con mi hija.

La noche avanzaba mientras yo seguía trabajando en mi plan. Nada iba a detenerme. Cada foto seleccionada, cada estrategia escrita, era un paso más hacia mi meta. Y aunque una pequeña parte de mí se preguntaba si realmente esto me haría feliz, a causa de falta de ideas mejores, la

descarté.

Miré por última vez la ciudad desde mi ventana sintiendo cómo la determinación se apoderaba de mí. No fallaría. Esta vez Blake sería mío, y Sofía aprendería, que nadie, absolutamente nadie, me arrebataba lo que era mío sin pagar un alto precio de dolor.

Hacerme olvidar

Observé a Dana mientras se alejaba hacia el camerino. Sabía que algo no iba bien y estaba decidido a mantenerla controlada. No importaba lo que ella planease, yo sería su sombra. Ella me atraía como mil demonios, pero nadie tenía por qué saberlo. Era atracción sexual. Pura y dura. El deseo de un hombre por poseer una pieza magnífica. Solo eso.

—Anthony, ¿todo bien? —preguntó Amanda, una modelo encantadora con una sonrisa radiante que interrumpió mis pensamientos.

Aparté la mirada de Dana y me volví hacia Amanda sonriendo de forma desvergonzada.

—Bien, aunque no tanto como tú. ¿Necesitas algo, preciosa?

—Solo quería ver si te gustaría salir a tomar una copa esta noche después del trabajo. Pareces necesitar despejarte un poco. Y las chicas y yo necesitamos alguien como tú… — sugirió coquetamente.

—Suena bien.

—Te recogeré después de las seis — respondió Amanda guiñándome un ojo antes de alejarse.

Mientras la veía perderse por las escaleras la figura de Dana seguía rondando en mi mente. Sabía que era una bruja despiadada, pero era de estúpidos negar la atracción que sentía por esos labios carnosos. Dana era una mujer compleja, peligrosa, pero eso solo hacía que me intrigara aún más.

Amanda se estiró para ayudar a guiar la enorme cabeza dentro de su coño. Ella fue tomada por sorpresa cuando empujé hacia adelante hundiendo la cabeza dentro de su coño mientras ella dejaba escapar un pequeño grito. Fui gentil pero despreocupado mientras lentamente entraba y salía de su coño hundiéndose más profundamente con cada movimiento. Esto continuó durante varios minutos hasta que, luego le indique a Amanda que se levantara mientras él acunaba su trasero en mis grandes manos. Quería que me diera la espalda.

La levanté de la cama manteniendome plantado lo más profundo posible en su coño. Una vez que se levantó y la equilibré en el aire, comencé a hacerla rebotar arriba y abajo por su eje gigante, haciéndola gemir de placer. Movía su pequeño cuerpo lo más rápido que podía, lo que hacía que sus tetas saltaran con cada golpe.

Amanda tenía sus brazos alrededor de su almohada mientras continuaba metiéndome profundamente dentro. Los movimientos rápidos la hacían respirar con dificultad mientras se aferraba a la cama y comenzaba a mover su pequeño trasero alrededor de mi polla. No tuve ningún problema en sostener su pequeño cuerpo y moverla como si fuera una muñeca.

Continué haciéndola rebotar arriba. Amanda estaba gimiendo mientras yo intentaba perderme en nuestro deseo.

Amanda gritó en voz alta:

—Oh, sí, fóllame fuerte y profundo. —y continuó moviendo su tratando de presionarse aún más sobre mí.

—Lo haré —contesté molesto al cerrar los ojos y darme cuenta de que no era en Amanda en quien pensaba al follar.

Me dejé ir y perderme en un cuerpo que no deseaba, pero que utilizaba.

Dime quién eres

El club al que había sido contratada estaba repleto de jóvenes radiantes y eufóricos, pero yo me sentía como una intrusa en medio de su energía desenfrenada. Entré al local con paso decidido, mi vestido negro ajustado brillando bajo las luces del lugar era el centro de las miradas. A pesar de la música alta y las risas atontadas, mi mente estaba en otra parte. Mis pensamientos volvían una y otra vez hacia Blake. Él era la solución a mis problemas, la estabilidad que tanto necesitaba, el amor que no se me escaparía. ¿Cómo había permitido que Sofía me lo arrebatara? Era yo y solo yo la que debería estar en su lugar disfrutando de la vida perfecta que ella se encargó de arrebatarme. Si no fuera por su culpa Blake estaría a mi lado muerto de amor por mí. Solo por mí. Y por ninguna más.

El club era una amalgama de luces y sonidos. Las paredes estaban adornadas con neones fluorescentes que cambiaban de color al ritmo de la música electrónica que retumbaba en el ambiente. El DJ, un joven con gafas de sol y una chaqueta de lentejuelas, dirigía la energía del lugar desde una cabina elevada. Las risas y las conversaciones se mezclaban con el bajo creando una atmósfera que para muchos sería emocionante, pero para mí era simplemente sofocante. No eran ni las doce de la mañana y esa gente se comportaba como si fueran las dos de la madrugada.

Me acerqué a la barra y pedí una copa de vino a la que ni siquiera me tomé la molestia de degustar. Mientras esperaba sentí las miradas de varios chicos jóvenes sobre mí. Sus ojos recorrieron mi cuerpo, sin embargo, sus miradas solo me producían disgusto. No eran Blake. Ninguno de ellos podría serlo nunca.

—Hola, preciosa. ¿Puedo invitarte a una copa? —preguntó un joven rubio acercándose demasiado a mi área de confort.

—Ya tengo bebida. Gracias.

El chico no se dio por vencido.

—Vamos, solo quiero conocerte mejor. No muerdo.

—No estoy interesada —respondí con firmeza dándole la espalda.

Otro chico, más alto y con una sonrisa arrogante, se unió a la conversación.

—Eres la mujer más hermosa que he visto en toda mi vida. ¿Te gustaría bailar?

Suspiré tratando de mantener la compostura.

—No, gracias. Prefiero estar sola.

—Venga, no seas así —insistió colocando una mano en mi rodilla.

Me aparté bruscamente, mi paciencia se encontraba al límite. Si no fuera por lo buena que era la paga de imagen el vino de mi copa volaría directamente hacia su bonita camisa.

—Dije que no. ¿No entiendes lo que significa un no?

El rubio se rio nerviosamente levantando las manos en señal de rendición.

—Vale, vale. No hay necesidad de ser tan agresiva.

—Entonces deja de molestarme —contesté volviendo mis labios a la copa.

Los chicos se alejaron murmurando entre ellos. No me importaba lo que dijeran. Mi mente estaba demasiado ocupada con la imagen de Sofía amando al hombre que debería estar en mis brazos.

Un grupo de jóvenes modelos se acercó, sus risas llenaron el aire. Parecían salidos de una revista

de moda, todos ellos perfectamente esculpidos y vestidos con ropa de diseñador. Uno de ellos, un moreno con ojos verdes penetrantes se inclinó hacia mí con una sonrisa encantadora.

—¿Quieres unirte a nosotros? Estamos celebrando un desfile exitoso —dijo, sus palabras cargadas de una confianza ensayada.

—Estoy aquí por trabajo.

—Claro —dijo de forma comprensiva. Seguro él también había sufrido la necesidad de vender su cara bonita para lucirse en un local en el que no le apetecía estar.

No terminó de alejarse cuando el rubio de camisa de algodón volvió a presentarse delante de mí. Existen hombres que no saben comprender los lenguajes de signos de una mujer extremadamente aburrida.

—Vamos, solo una copa —insistió—. No todas las noches tenemos el placer de compartir ocasión con una belleza como tú.

—¿Y qué te hace pensar que quiero compartir mi tiempo con un niñato presumido como tú?

—Vaya, tienes carácter. Eso me gusta.

—No estoy aquí para gustarte.

—Relájate, solo estoy tratando de pasar un buen rato.

—Pues tal vez deberías ampliar tus horizontes —contesté tomando un sorbo de mi vino, cosa que por supuesto no deseaba.

—Está bien, me marcho definitivamente. De todas formas, si cambias de opinión, estaré justo allí. Al lado de la puerta de salida.

Justo la que deberías coger…pensé para mí misma.

Lo observé alejarse aliviada con cada paso que lo distanciaba de mi.

Observé la multitud danzando y riendo y sentí una punzada de envidia. Todos parecían tan felices, tan despreocupados. No podían imaginar la lucha interna que yo enfrentaba cada día. Blake era mi única oportunidad de sentir algo real, de recuperar la estabilidad que nunca había encontrado. A su lado el local cambiaría de aires. Con él bailaría sin sentir cansancio. Ambos reiríamos y nos besaríamos hasta que la música de nuestros cuerpos nos llevara directo a la cama.

Un hombre mayor, elegante y bien vestido, se acercó a la barra y me dirigió una sonrisa cortés.

—¿Te molesta si me siento aquí?

—Estamos en un país libre—respondí con indiferencia.

—¿Te encuentras bien?

—Perfectamente —mentí tomando un sorbo de mi vino al que ya comenzaba a apreciar.

—Espero que encuentres lo que buscas —dijo antes de girarse y darme la espalda.

Suspiré, sintiéndome aún más sola que cuando había llegado. Mi mente seguía volviendo a Blake. Él y Sofía eran felices juntos mientras yo languidecía en mi soledad. Pero mi plan funcionaría y mi mundo comenzaría a sonar como una canción de Taylor. Crear celos en Blake, hacerle dudar de la lealtad de Sofía, recordarle los buenos momentos a mi lado... eso lo traería directo hacia mí.

Miré a mi alrededor observando a los jóvenes disfrutar y sentí un creciente desprecio. No tenían ni idea lo que era luchar por algo real, por algo que valiera la pena. Ellos no sabían lo que era merecerlo todo y no tener nada.

Terminé mi copa de vino y me levanté. Mi tiempo de presencia estaba cumplida y era hora de irme. Llegar, mostrarme y calentar a los idiotas descerebrados en la última discoteca de moda, a veces, era parte de mi asqueroso trabajo.

Me fui apenas se cumplió el plazo de mi contrato sintiendo el aire fresco en mi rostro. Caminé por las calles iluminadas ignorando las miradas de admiración que recibía. La alarma de mi móvil me recordó que debía apresurarme o llegaría tarde a la agencia. Alcé la mano y un taxi derrapó antes de frenar. Por un momento me puse a reír. Ser guapa, a veces, tenía sus ventajas.

El estudio fotográfico estaba en pleno bullicio. Las luces brillaban intensamente creando un ambiente casi irreal mientras los asistentes corrían de un lado a otro ajustando cámaras y preparando el set para la sesión de fotos. Me encontraba sentada en una silla de maquillaje, envuelta en una bata de seda, mientras la peluquera y su equipo trabajaban en mi cabello.

—¿Has visto a Blake y Sofía? —dijo una de las asistentes, una joven de cabello corto teñido de rosa—. Acaban de regresar de su viaje y están más enamorados que nunca. Son envidiables. Yo mataría por un amor así.

Mi humor se oscureció instantáneamente. Las manos se apretaron sobre el reposabrazos de la silla poniendo mis nudillos blancos.

—Son la pareja perfecta —respondió la peluquera sin notar la tensión que crecía en mi rostro—. Sofía es un amor, siempre tan amable y considerada.

—Y Blake, oh, cómo la quiere —añadió otra asistente. Una morena con ojos grandes y brillantes —. Me encantaría tener a alguien que me comiera con la mirada como él hace con Sofía… —completó suspirando.

—¿De verdad crees que se quieren? —murmuré con voz tensa incorporándome a la conversación.

—Sí, siempre están tan cariñosos. Es como si hubieran sido hechos el uno para el otro —continuó la peluquera con sonrisa de tonta descerebrada.

—¿Cariñosos?

—Sí, y Sofía es tan buena persona. Es increíble cómo maneja todo con tanta gracia —contestó la segunda mientras recogía el cable del secador de pelo.

—¿Increíble?

—Sí, se te ponen los pelos de punta verlos tan enamorados —respondió la peluquera, finalmente notando el cambio en mi rostro —. Cariño, ¿estás bien?

—¡Basta! ¡Fuera de aquí! —gritó levantándome de la silla— ¡Todas!

Las chicas se quedaron boquiabiertas y sorprendidas. Salieron rápidamente murmurando entre ellas y lanzando miradas asustadas hacia mi persona. Cerré la puerta de la cabina y me dejé caer en la silla respirando profundamente. ¡Por eso no contestaba a ninguno de mis mensajes! Estaban juntos… ¡Juntos! ¡Amándose hasta perder el sentido!

En ese momento mi mente comenzó a trabajar febrilmente. Si todos pensaban que Sofía y Blake eran la pareja perfecta entonces tendría que encontrar una manera perfecta y sólida de sembrar la duda. Una en donde ni su amor fuera tan perfectos ni sus miradas tan ardientes.

¡Comenzaré hoy mismo! Enviaré flores y mensajes. Imaginó la expresión de Blake al descubrir los regalos, las preguntas que surgirían, la discordia que conseguiré.

De repente la puerta de la cabina se abrió de golpe empujando la pared. Anthony llenó la

habitación con su presencia.

—Estás preciosa.

—Lo sé.

La tensión en el aire era palpable. Anthony se agachó para recoger el cepillo que minutos antes había arrojado al suelo. Sus movimientos no dejaban ver sentimiento alguno.

—Me dijeron que estabas furiosa, pero te encuentro muy... tranquila.

Sonreí suavemente y con frivolidad.

—A veces es necesario desahogarse un poco. Las estrellas somos así.

—Sabes que estoy aquí para ayudarte, ¿verdad? Sofía confía en mí para cuidar de todos, incluida tú. Aunque te cueste creerlo.

—Oh, Anthony, tú siempre tan protector —dije acercándome con movimiento sensual. Conozco perfectamente el poder de mis caderas y cuando usarlo en mi favor. La proximidad era electrizante—. Pero te aseguro que puedo cuidar de mí misma.

Anthony me miró intensamente. Sus ojos buscando respuestas que no iba a encontrar ni, aunque tuviera que matarme.

—Solo quiero asegurarme de que no estás planeando nada imprudente.

Anthony se quedó en silencio por un momento. Finalmente asintió lentamente, aunque sus ojos no dejaban de escudriñarme.

—Estaré cerca.

Lo observé salir de la cabina y mi sonrisa se desvaneció en una mueca de determinación. Anthony podía sospechar, pero no podría detenerme. Este era mi momento y nadie se interpondría en mi camino hacia la gloria.

Me volví hacia el espejo y me observé detenidamente. La mujer que me devolvía la mirada era fuerte, decidida y lista para cualquier cosa. Me ajusté el cabello y me preparé para la sesión de fotos sabiendo que esta noche comenzaría a poner en marcha el inicio del fin.

Las luces del estudio volvieron a encenderse. Me sumergí en mi papel de modelo. Cada pose y cada mirada era tan calculada como mis acciones. Anthony, desde la distancia, me observaba con una mezcla de sospecha y fascinación. El muy ingenuo pensaba que podría detenerme.

—Es tan linda que los focos se rinden ante ella.

—¿Cómo dices?

La peluquera se quedó junto a mi pensando que le hablaba a ella. Estaba tan absorto en mis pensamientos que no la vio venir.

—Hace muy bien su trabajo —contesté carraspeando para que no se me notara la tontería que sentía al tener delante a Dana.

—Es guapísima, lástima que tenga tan mal genio.

—Tengo entendido que la estabas peinando cuando comenzó a tirar los peines por los aires —miré a la becaria de peluquería que comenzó a tirarse los mechones rosas que tenía junto a la oreja. Por alguna razón las jovencitas solían ponerse nerviosas cuando las miraba tan de cerca, hecho que por cierto detestaba. Me gustaban las mujeres no los corderitos asustados —. ¿De qué hablaban cuando Dana explotó?

—Solo comentábamos lo felices que se veían Blake y Sofía desde que volvieron de su viaje.

Sabes, todas estamos enamoradas de él. Quiero decir, desde un punto de vista platónico. Sabemos que adora a Sofía, y ella a él, además es nuestra jefa y también la adoramos...

—Entiendo —dije cortando su charlatanería nerviosa—. Gracias por decírmelo.

Me quedé allí mirando mientras posaba frente a la cámara. ¿Qué cuernos estaba tramando esa desquiciada? ¡Y por qué cuernos tenía que ser tan preciosa!

El Plan

El ambiente en la agencia de marketing era animado. Los empleados, ocupados yendo y viniendo, corrían de un lado a otro. Con elegancia y porte de ganadora caminé con paso decidido por los pasillos. Mi mente se centraba en el plan que había maquinado meticulosamente. En el bolso llevaba el ticket de compra de la primera semilla de la discordia. La primera de muchas que estaban por venir.

Encontré un rincón apartado desde donde podía observar discretamente la entrada de la oficina de Sofía. Desde allí vi cómo un mensajero entraba con un enorme ramo de rosas rojas, tan voluminoso que parecía estar a punto de desbordar del jarrón de cristal en el que estaban dispuestas. Las flores eran perfectas. Cada pétalo impecable, cada capullo una promesa de belleza y de discusión…

Desde donde me encuentro veo como el mensajero entrega el ramo a Sofía, que, con una sonrisa radiante, tomó las flores y leyó la tarjeta. La muy ingenua se encuentra desbordante de felicidad. Su secretaria exclama en voz tan alta que puedo escucharla.

—¡Son preciosas! Blake es tan detallista. Se nota lo mucho que te quiere.

—Y yo a él.

Soy incapaz de reprimir una sonrisa de satisfacción. La primera fase del plan estaba funcionando a la perfección. Me acerco fingiendo sorpresa al ver el ramo.

—¡Vaya, Sofía! Son hermosas. ¿Las envió Blake?

Aún sonriendo, la muy idiota, asintió.

—Sí, son perfectas, ¿verdad?

—Dámelas, las pondré en la recepción para que todos puedan verlas —dijo la secretaria siempre tan fiel a su jefa.

—Es lo mejor que podrían hacer. Ponerlas en un lugar destacado. Son un regalo tan hermoso que todos deberían admirarlas.

Sofía se las entregó y la secretaria rápidamente llegó y las colocó cuidadosamente en un jarrón grande en el centro de su escritorio. El aroma a rosas llenó la oficina creando un ambiente acogedor y romántico. Me quedé un momento más observando la escena con una mirada complacida.

Justo entonces, cuando sentía que la vida comenzaba a girar hacia mi lado, fue cuando Blake entró en la oficina, completando mi vuelta triunfal.

—Buenos días, Dana. Me alegra que el director creativo te cogiera, eres una buena profesional.

—Gracias, sin tu ayuda no habría sido posible estar en una campaña tan importante.

—Yo no hice nada. No estaba en España. El director fue quien te cogió.

Su expresión se tornó confusa al girar la cabeza y encontrarse con un enorme ramo colorido de rosas sobre el escritorio.

—¡Gracias! —dijo Sofía con entusiasmo y acercándose para darle un abrazo—. Son preciosas. Aunque no sé muy bien si merezco tanto.

Blake frunció el ceño claramente desconcertado.

—Yo... no te envié flores.

Sofía se detuvo congelada en el sitio. La sonrisa desvaneciéndose de su rostro como los polvos

de talco soplados por un bebé travieso. Oh, qué feliz me estaba sintiendo. El sol esa mañana brillaba de forma más intenso que cualquier otra mañana.

—¿No? Pero... —tomó la tarjeta que aún seguía colgada y se la mostró—. Dice que son de mi admirador secreto. Yo pensé que tú… que era un juego.

Blake tomó la tarjeta leyéndola con una expresión cada vez más tensa.

—No fui yo.

La atmósfera en la oficina se volvió tensa al instante. Sofía miró a Blake, su confusión era demasiado evidente.

—Entonces, ¿quién...?

Sintiendo que había cumplido con mi misión decidí añadir un poco más de combustible al fuego.

—Bueno, parece que tu linda esposa levanta pasiones por allí donde camina. Quizás tiene una vida secreta que no conocemos. Ay, Sofía, al final vas a ser una pillina.

—¿Qué estás insinuando, Dana? —Blake apretó los dientes, su mirada se oscurecía por segundos.

—Oh, nada. Solo que es interesante ver cómo alguien podría estar tan enamorado de Sofía para enviarle estas hermosas flores sin importarle que está casada. ¿No crees?

—Dana, creo que ya es suficiente —Sofía me contestó con tanta brusquedad que comencé a mirarme el color de mis uñas—. Blake, seguro que hay una explicación lógica para esto.

—¿Sí? ¿Cuál es?

Disfruto tanto del momento que me muerde la lengua para no reír a carcajadas.

—Yo opino lo mismo —dije atrayendo la atención de ambos—. Solo me pregunto quién podría tener tanto interés. ¿Tal vez un antiguo admirador? ¿un viejo novio intentando recuperar el tiempo perdido? ¿Un motero quizás intentando que te vuelvas a subir a su asiento?

Los dientes de Blake mastican cristales. Con el comentario del motero he conseguido dar en el centro de la diana.

—Solo estoy comentando lo evidente querido—dije alzando los hombros al ver su rostro furioso —. Después de todo, es raro que alguien envíe flores pasionales sin motivo alguno. Quizás deberías preguntar a la dulce de tu esposa que otros secretos tiene por ahí escondidos.

Sofía se acercó a Blake tratando de calmarlo.

—Te prometo que no sé quién las envió. No hay nadie más. Lo prometo. Tú lo sabes.

La muy tonta comenzaba a tragar lágrimas.

Satisfecha me giro a golpe de cabellera hacia la puerta de salida. Mi trabajo estaba hecho. El tiempo haría el resto.

Mientras me alejo Anthony apareció en el pasillo con una amplia expresión de curiosidad.

—¿Qué ha pasado? —preguntó notando la sonrisa en mis labios.

—Tu amiguita. Al parecer no es tan inocente como todos pensábamos.

Le contesté sin detenerme. Tenía una sesión de fotos y me esperaban en el estudio. No iba a llegar tarde por culpa de esa mosquita muerta. Además, aunque Blake lo negase delante de Sofía, estaba segura de que él había intervenido para que me dieran el trabajo. Algo me dice que desea tenerme más cerca suyo de lo que puede reconocer en voz alta.

Me quedo parado un momento observando a Dana caminando hacia el ascensor. Estaba tan feliz que asustaba.

Decido acercarme a la oficina de Sofía y mirar hacia adentro cuando los chillidos de Blake retumbaban tanto en las paredes que por poco me hacen caer de espaldas.

—¡Te digo que no fui yo! No sé quién te envió esas flores, pero definitivamente no fui yo. Eso lo tengo muy claro.

Frunzo el ceño y abro la puerta. No me gusta el tono de Blake emplea con mi amiga. Y no estoy dispuesto a esperar que me den permiso para entrar.

La escena que encontré me dejó perplejo.

Blake estaba visiblemente molesto y Sofía parecía al borde de las lágrimas aferrando un trozo de papel arrugado en el puño.

—No lo entiendo…

—¿Qué está pasando aquí? —pregunté tratando de mantener la calma.

Blake se volvió hacia mi con un rostro mezclado de ira y ¿dolor?

—Un dichoso ramo y una tarjeta demasiado cariñosa. Eso pasa.

Sofía extendió la nota y me la entregó. Tuve que estirarla para poder leer.

—Dice que es un admirador secreto atontado desde nuestro encuentro —su voz parece agotada —, pero yo no tengo ni idea de lo que habla.

Recogí la tarjeta y la leí rápidamente.

—¿Cuándo llegaron?

—Hace unos minutos —respondió Sofía. Su voz era temblorosa.

—Tampoco es tan grave…

—Ah, ¿no? Pues te aconsejo que te enamores y veas como intentan quitarte lo que te pertenece. Verás que tan grave se siente —Blake caminaba de un lado a otro.

Lo conozco demasiado como para comprender que su enfado no es para con Sofía sino para el estúpido que ha osado intentar arrebatársela.

—Aquí nadie va a quitar nada a nadie. Debe ser un error.

—Y yo estoy contigo —Sofía se acercó y Blake aceptó su caricia, aunque su rostro aún mostraba tensión.

—Lo sé, lo sé, pero es insoportable. No puedo perderte...

Sofía acarició su rostro, pero Blake llevaba tanta tensión que apenas podía aceptarla.

—Vamos a resolver esto. Mientras tanto, disfrutemos de las flores, en otro sitio.

Chille a la secretaria que apareció tan rápido que tuvo que excusarse para no reconocer que estaba tras la puerta.

—Por favor —dije alzando el florero—son tan bonitas que deberían estar en quince plantas más arriba. Tu ya me entiendes.

Ella asintió mientras recogía el inmenso florero y desaparecía con él.

Sofía intentó sonreírme, aunque sus ojos aún mostraban confusión.

Salí de la oficina con una sola persona dándome vueltas por la cabeza. Dana.

Ella estaba súper feliz. Demasiado. Que me cortasen las venas si ella no estaba detrás de toda esa trifulca. Primero la mentira de Emily queriendo su custodia, ahora estas flores, ¿qué buscaba

realmente?

No tuve que pensar mucho para darme cuenta.

¡Blake! Maldita avispa ponzoñosa. Ese era su objetivo. Él siempre lo había sido. La niña no le importaba. Ni siquiera su estupendo trabajo. ¡Blake! Siempre había sido él. ¡Cómo no lo vi!

En un principio temí por Sofía, creía que intentaba vengarse de ella por estar cuidando a su hija. ¡Menudo idiota! A Dana solo le importa una persona. A decir verdad, dos. Ella y Blake. Solo Blake.

Será que te amo

El día pasó tan aprisa que al darme cuenta de que ya no se encontraba nadie en la agencia me dirigí hacia la casa de Sofía. Sabía que Dana estaba detrás de las flores. Estaba seguro de ello. Eso me llenaba de una mezcla de frustración y preocupación. Cuando llegué al chalé toqué el timbre y esperé pacientemente. Sofía abrió la puerta, con la pequeña Emily en brazos, y una inmensa expresión de tristeza y confusión en el rostro.

—Anthony—dijo con una sonrisa débil—. Pasa, por favor.

La pequeña al verme me extendió sus bracitos ansiosa por ir con su tío favorito. La recojo con cuidado y la levantó por encima de mi cabeza haciendo que riera con deleite.

—Mira lo que te he traído.

—¿Un libro?

—Pero no un libro cualquiera —dije sacando la miniatura de mi bolsillo—. Es un libro de hadas pequeñas que salen cuando abres las páginas. ¿Por qué no vas al salón y preparas los cojines? Cuando termine de hablar con tu mamá lo leeremos juntos con un gran vaso de chocolate espeso, de esos que ella nos prepara con tanto cariño y que tanto nos gusta.

—¡Sí!

La niña salió corriendo apenas la puse en el suelo. Yo esperé a que estuviera fuera de nuestra zona de escucha para comenzar a hablar.

—¿Cómo estás?

Sus brazos se sujetaron a ella misma y me rompió el alma de pena.

—Estoy confundida. Sé que no fue Blake quien envió las flores ni quien escribió la tarjeta, pero no entiendo por qué está tan afectado. Parece dudar de mí. Anthony, te juro que esa cita tan especial con ese quien sabe quien, nunca existió.

—Yo lo sé. Y él también. Blake te ama. A veces los hombres somos un poco camellos. Estoy seguro de que se le pasará pronto.

—Eso espero —respondió con la mirada brillante—. No entiendo por qué alguien haría algo así. Quiero decir, ¿por qué mentir de esa forma y tomarse tantas molestias?

Fruncí el ceño sabiendo muy bien quién podría estar detrás de todo aquello, pero me callo y no abro la boca. Mi amiga no está para más penas.

—Hay gente que simplemente no puede soportar ver a otros felices. Tú y Blake tienen un amor fuerte. No dejes que nada ni nadie te haga dudar de eso.

En ese momento la puerta de calle se abrió y Blake entró cargando un enorme ramo de flores. Uno tan grande que apenas se le podía ver detrás.

—Cielo, mi amor —dijo caminando hacia ella—. Te amo más de lo que amaré jamás. Si alguien te admira, créeme, yo te admiro más que ninguno de todos ellos. Y si alguien considera que mereces rosas, yo creo que tú mereces todas las flores del planeta. Las compré todas porque ninguna es más bella que tú.

Sofía dejó escapar un pequeño sollozo y corrió hacia Blake abrazándolo con fuerza. El ramo inmenso de al menos cincuenta flores cayó al suelo. Me acerco y lo levanto para apoyarlo en la mesa. Blake tuvo que haber dejado vacía todas las floristerías de Madrid.

Comienzo a toser al notar que se besan sin la más mínima vergüenza. La niña apareció corriendo

para unirse a sus piernas y la sujeto por la cintura para elevarla por los aires haciéndola dar pasitos en el aire.

—Creo que es hora de que esta hermosa princesa y su tío favorito vayamos a por un helado.

—¿Un helado? ¿Y el cuento?

—Mas tarde, princesa. Compraremos un helado inmenso y así les damos tiempo a tus padres a que terminen de darse ¡ese beso interminable!

La niña sonrió en mis brazos y Blake al fin separó los labios de su chica.

—¡Anthony! —me giré antes de salir por la puerta al escuchar a Blake—. Igual a Emily le gustaría además de un helado cenar en un Burger y pasar un rato largo con su tío y padrino.

—Creo que igual se nos hace tarde y nos quedamos en mi casa. Imagino que tú y Sofía necesitan toda la noche para…hablar.

—Te lo agradecería eternamente.

Blake besó a su esposa y yo cerré la puerta en el momento exacto en la que la recogía a hombros.

—Tengo que entrar —Emily soltó sus diminutos dedos de mi inmensa mano—no tengo abrigo. Mamá se enfada si salgo sin él.

—Pero yo tengo uno que te sirve como capa —dije cubriéndola con mi chaqueta que la hizo reír a carcajadas al alzar los bracitos y ver como las mangas se arrastraban por el suelo—¿Qué te parece si invitamos a las tías Karina y Laura a cenar al Burger con nosotros?

—¡Síii!

—Decidido. Las invitamos.

Mientras caminaba con la niña en brazos que parloteaba con mi móvil pegado al oído invitando a sus tías a comer unas patatas cargadas de kétchup, yo no podía evitar que mis pensamientos volvieran a Dana. Ella estaba detrás de todo. Esta vez no lo había conseguido, pero ¿qué si al fin lo lograba? Abracé temeroso a Emily. Ellos eran mis amigos, mi familia…

Emily me pasó el teléfono para que lo guardara.

—Dice tía Laura que llevemos la cena a su casa así podremos ver una película de princesas.

—Qué buena. Entonces vamos a su casa y mientras vosotras ponéis la peli yo voy a por las hamburguesas —contesto mientras la siento en mi coche y cierro el cinturón de seguridad en su cinturita.

—Y el kétchup tío Anthony.

—Mucho Kétchup, pero siempre que recuerdes nuestro trato.

—No se lo contamos a mamá —dijo con los ojos brillantes de picardía. Era tan bonita que me puse a reír a todo pulmón.

Me siento al volante y me quedo unos minutos mirando su hermosa carita. Su cabello es igual al de Dana. Sin embargo, su corazón es el mismo de Sofía.

—Tío Anthony, ¿estás enfadado?

—No princesa, es solo que la vida tiene unos acertijos difíciles de descifrar.

—Ahhh. ¿Tío Anthony?

—Sí, cariño.

—Que significa acertijo.

—Un acertijo es algo que tenemos que descubrir.

—Ahhh. ¿Tío Anthony?

—¿Sí?

—¿Y qué significa despifrar?

—Descifrar. Se dice descifrar —contesto muerto de risa—. Significa algo así como descubrir secretos.

—Ahhh. ¿Tío Anthony?

—¿Sí?

—¿Qué significa significa?

Lancé una carcajada antes de besarla en la frente y encender el coche.

—Creo que mi inteligencia no llega a tanto, mejor se lo preguntamos a tus tías cuando lleguemos.

La peque aceptó mi respuesta y me sonrió con tanto cariño que sentí que era un súper héroe incapaz de ser vencido. Nadie les haría daño a mis seres queridos. Nadie. Ni siquiera la preciosa Dana. Si tan solo pudiera darse cuenta de todo lo que su cabezonería le estaba haciendo perder…

—¡Tío, Anthony!

—¡Sí! —chillo igual que ella mientras me incorporo a la M30. Se muere de la risa.

—Pon nuestra canción.

—A la orden jefa.

Presiono el número uno de la memoria de la radio. Emily alza las manos y se pone a cantar al mirarme.

—Sera te amo. Vuelo vuelo porque te amo. ¡Te amo tío!

La vista se me nubla de alegría al escuchar como me grita te amo mientras canta nuestro tema: será porque te amo. La miro y la sigo con la misma fervorosidad.

—Será porque te amor… ¡Te amo peque! —digo sin contenerme antes de coger la primera salida y prometerme que nadie le hará daño. Jamás. No mientras yo exista.

Pero qué

El bullicio de la mañana se mezclaba con el murmullo constante de conversaciones y el sonido de teclados. Sofía y Blake entraron juntos saludando a los empleados mientras se dirigían al despacho. Se despidieron con un beso largo y tierno. El tipo de beso que hablaba de una conexión profunda y amor sincero. Observando desde la distancia creí que el aire se me atascaba en el pecho.

—Nos vemos luego, mi amor… —dijo Blake antes de irse.

—Te amo —respondió Sofía con mirada melosa.

Mientras Sofía se dirigía a su oficina me quedé paralizada sin saber qué estaba pasando. Ayer, cuando se marcharon estaban a punto de pedir el divorcio. ¡Qué había pasado! Me escabullo por el pasillo deseando escapar de la escena. Antes de avanzar dos pasos una mano firme me detiene por el hombro. Me giro bruscamente y me encuentro con Anthony.

—¿A dónde crees que vas?

—¡Suéltame! No tienes derecho a tocarme. Eres un cerdo con patas.

El muy canalla soltó una risa baja y sarcástica.

—¿Crees que eso me ofende? Me han llamado cosas mucho peores. Tendrás que esmerarte un poco más. Te aconsejo practicar con otros animales algo más apestosas. Mira, mofeta, eso nunca me han llamado —dijo oliéndose por encima del hombro—, aunque, sinceramente, dudo mucho que ya no me lo hayan llamado antes. ¿Tú que dices? ¿huelo mal?

—¡Qué asco!

Intento soltarme, pero su mano en mi hombro no se inmuta. La presión de su agarre no es dolorosa, pero, sí, muy firme.

—¿Qué quieres? ¿No tienes nada mejor que hacer que acosarme?

Inclinó la cabeza ligeramente. Su mirada penetrante clavada en la mía.

—¿Acosarte? No lo sueñes. Solo quiero hacerte una advertencia. Si intentas algo contra Sofía, o contra alguien que yo quiera haré que tu vida sea un infierno. Un infierno muy pero muy caliente.

—¡No tengo ni idea de lo que estás hablando!

—Oh, vida mía, te aseguro que sí la tienes. No te metas con Sofía. ¿Lo he dejado claro?

—¡Tú y tu maldita protectora! ¡¿Quién te crees que eres?!

Se acercó un poco más. Su voz se volvió más baja y amenazante.

—Soy alguien que ha caído en el abismo mas profundo y sigue vivo. No tienes idea de lo que soy capaz para proteger a los que amo. Te aconsejo que no me pongas a prueba.

—No te tengo miedo —los dientes me duelen de tanto apretarlos.

—Deberías...

Con un movimiento rápido y decidido logré soltarme del agarre. Di unos pasos hacia atrás manteniendo la mirada desafiante.

—Esto no ha terminado. Si crees que puedes intimidarme estás muy equivocado.

Anthony me observa mientras me alejo. Me importa poco. Ese desgraciado no es nadie. ¡Nadie! No sabe con quién se ha encontrado.

Olvidarte

La noche madrileña se cernía sobre la ciudad como un manto oscuro y envolvente salpicado por las luces de neón que destellaban en las fachadas de los edificios y los faroles que iluminaban tenuemente las calles adoquinadas. Caminaba por las calles empedradas sin destino fijo. Mis pasos resonando en el silencio de la noche. La brisa fresca y nocturna acariciaba mi rostro contrito. Mientras avanzaba, observaba a las parejas que paseaban de la mano, riendo y compartiendo susurros secretos. La visión de su felicidad me provocaba una punzada de envidia, un recordatorio de la soledad que siempre me acompañaba, incluso en medio de la multitud. Las terrazas de los bares estaban llenas de gente disfrutando de la vida nocturna, pero para mí, todo parecía distante, como si estuviera separado por un cristal invisible.

Decidí alejarme de las calles principales y adentrarme en un laberinto de callejones más oscuros y silenciosos. Allí, las luces eran más tenues y las sombras más profundas. Llego a un pequeño local con una entrada discreta, casi invisible para aquellos que no sabían de su existencia. Era su refugio secreto, un lugar donde podía dar rienda suelta a mi verdadero yo, lejos de las miradas curiosas, los juicios, y de su rostro... La mano aún me quemaba al recordar el contacto del calor de su cuerpo por encima de la ropa.

Empujo la puerta de madera maciza y entro.

El interior del local estaba iluminado con luces suaves creando un ambiente íntimo y acogedor. Las paredes estaban decoradas con arte abstracto y fotografías en blanco y negro que daban un toque bohemio al lugar. La música de jazz suave llenaba el aire, envolviendo a los pocos clientes en un cálido abrazo sonoro.

Me dirigió a la barra y me siento en uno de los taburetes de cuero gastado y pido un whisky escocés doble. Mientras esperaba dejo que los pensamientos divagaran tratando de ahogar la sensación de vacío que esa noche más que nunca me agobiaba.

—Buenas noches, ¿lo de siempre? —dijo el camarero sirviendo el whisky con una sonrisa amable

—Sí. Gracias Francis.

—¿Todo bien?

—Sí, solo necesito desconectar un poco.

El camarero asintió comprensivo y se alejó, dejándome a solas con mis pensamientos. Tomo un sorbo sintiendo el ardor reconfortante del alcohol mientras desciende por mi garganta. Cierro los ojos por un momento tratando de olvidar la soledad que a veces me embargaba. Un hueco profundo que ni siquiera mis amigas podían llenar.

Recordar a Dana, la mirada desafiante en sus ojos y la atracción peligrosa que sentía por su contacto no me hacía sentir mejor. Sabía que debía mantenerme firme, proteger a Sofía y Emily, pero la intensidad de los pensamientos por Dana me descolocaba. No podía permitirme el lujo de dejarme llevar por sus encantos, no cuando había tanto en juego.

Abro los ojos y observo el local. En una mesa cercana un grupo de amigos ríe y comparte anécdotas, ajenos a la tormenta interior que en mi se enfrenta. Deseaba poder unirme a ellos, compartir su alegría y olvidar, aunque fuera por un momento, la carga que llevaba sobre los hombros.

De repente, una joven se acercó a la barra y se sentó a mi lado. Era atractiva, con una melena

rizada y ojos oscuros que brillaban con curiosidad. Me sonrió y le devuelvo la sonrisa, aunque sin mucho entusiasmo.

—¿Vienes aquí a menudo? —preguntó intentando iniciar conversación.

—Es uno de mis lugares favoritos para desconectar.

—Puedo entender por qué. Tiene un encanto especial —respondió mirando alrededor—. Soy Clara, por cierto.

—Anthony.

—Clara era simpática y atractiva, pero no lo suficiente como para dejar de pensar en Dana. Había algo en ella, una chispa de desafío y pasión, que me mantenía enganchado a pesar de todos los problemas que causaba.

Clara notó mi distracción y me tocó suavemente el brazo.

—Pareces perdido en tus pensamientos. ¿Una mujer tal vez?

—Ninguna otra más que tú.

Ella me sonrió de vuelta y me ofreció un brindis.

—Eres muy directo.

—Para qué perder el tiempo cuando ambos sabemos lo que deseamos —dije acercándome tanto que mi aliento a wiski añejo le movió la melena cerca del oído.

—Veo que interrumpo.

Una joven no menos bella se acercó a su amiga. La observo interesado. No parece asustarle mi mirada hambrienta.

—Estoy sedienta.

—¡Francis! Una copa para mi amiga —dije al camarero que asintió al instante.

—Me llamo Sonia, por si te interesa.

—Me interesan otras cosas de ti, y no es tu nombre.

Clara, era una mujer alta, de veintitantos años, con el pelo negro cortado en un estilo vagamente punk. Tenía la nariz con un piercing y un segundo piercing en la ceja derecha. Sus ojos oscuros, su corte de pelo y sus piercings le daban a su rostro un cierto desenfreno depredador.

Sonia, al parecer una amiga, o algo así, tenía el pelo largo, castaño claro, recogido en una cola de caballo. Tendría veinte años. Por lo general no me gustaban tan jóvenes, pero Sonia no parecía en absoluto la típica inexperta. Mis ojos recorrieron su espalda para mirar el culo alegre cubierto por una falda imprudentemente corta.

Unas piernas largas, bronceadas y bien tonificadas asomaban por los bordes deshilachados de la falda. Mirando el culo burbujeante quise extender la mano y apretarlo. Necesitaba perderme en ese perfume de mujer. Por que sí, a pesar de lo que muchos pensaran, mi deseo sexual era igual al de cualquier otro hombre. Amaba a las mujeres y mi cuerpo podía reaccionar ante ello. Una faloplastia, y meses de recuperación, completaron lo que en mi cabeza siempre existió. Un hombre cien por ciento. Mi deseo sexual se igualaba al más hombre entre los hombres.

—Eres hermosa. Dime preciosura, ¿de qué color son tus bragas?

—Blanca, con lunares rosas—su rostro bronceado se sonrojó. Pero solo un poco —Eres, un algo atrevido.

—Puede, pero creo que te gusta.

—Mucho.

—¿Y las tuyas? —dije mirando a Clara para ver si se nos unía.

—Blancas con encaje.

—Bien, me gustan ambas —dije dejando claro que iba más allá de la ropa interior.

—¿Siempre eres tan directo?

Bebí un largo sorbo de mi vaso de cristal grueso.

—Créeme, puedo serlo aún más.

Francis, que me conocía muy bien. Pero muy bien. Y se llevaba propinas de lo más suculentas, habló con voz gruesa.

—El local está cerrado.

—Vamos a tener una linda fiesta —dijo Clara dedicándome una sonrisa maliciosa.

—Se intentará —contesté terminando de con un sorbo largo y directo el total de mi bebida —. Gracias, Francis —dije antes de verlo desaparecer.

Clara saltó sobre sus talones emocionada, claramente ansiosa por complacerme. Estaba encantada de ser la protagonista de mis pesadillas. Me acerqué a las dos.

—Chicas, de ahora en adelante, nada me hará más feliz que complacerlas. ¿Listas?

—Totalmente listas —Clara estaba encantada. Sonia parecía algo más nerviosa, aunque en absoluto asustada.

—¿Qué te agradaría, Anthony? — No, la muchacha no era ninguna inocente. Definitivamente era una chica salvaje lista para comenzar a jugar.

—¿Qué tal si ustedes, encantadoras damas, se quitan la ropa? —respondí estirando las piernas en el banco alto—. Adoraría ver esos cuerpos calientes.

Clara soltó una risa maliciosa, se desató el abrigo y rápidamente se quitó la blusa negra dejando al descubierto sus pechos pálidos envueltos en un sostén negro. Se acercó sin temor. Había un tatuaje de un tigre saltando que corría desde debajo de su pecho izquierdo, bajaba por su estómago y desaparecía dentro de sus pantalones. Sonia, deseando no ser menos, desató los cordones de su camisa y sus pequeños pechos cubiertos por un sostén blanco resaltaron de forma insinuante. La sudadera con capucha y su camisa ya estaban en el suelo mientras estiraba la mano hacia atrás para desabrocharse el sostén. Sus grandes tetas tensas contra la tela, esperando ser liberadas captaron mi total interés. Mi mano se acercó a mi pantalón y la acerqué a mi polla. La moví suavemente. Las chicas se mordieron los labios al ver mi cambio físico. Esto estaba sucediendo. Estaba a punto de tener sexo con dos chicas calientes deseosas de hacerme olvidarla...

Sonia se acercó a los sofás amplios de la zona de reservados. Se quitó los zapatos y comenzó a bajarse los pantalones.

Miré a Clara y vi sus tetas firmes y dispuestas. Eran alegres y firmes, un buen bocado para un hambriento. Sus pezones estaban duros y sus areolas eran del tamaño de monedas de dos euros. Sin el sostén, la cola del tigre envolviendo la parte inferior de su pecho resultaba excitante. Se desabrochó los pantalones ajustados y, con un movimiento sexy, se los quitó por las caderas. Debajo había una diminuta tanga en la que mi vista se perdió. Pude ver que su tatuaje de tigre continuaba a lo largo de su cintura y alrededor de su nalga derecha. Se quitó el tanga, lo hizo girar entre sus dedos, y me lo arrojó. Con sus manos en las caderas me lanzó una mirada desafiante y llena de lujuria. Su coño era hermoso. Totalmente depilado, sus labios rojos ligeramente extendidos, insinuando las profundidades cálidas y húmedas, me provocaban los

sentidos alterados. Me dolía el cuerpo queriendo sumergirme en sus jugosas profundidades y perderme en su perfume de mujer excitada.

—Muy bonitas tetas —dije a Sonia incitándola a que terminara lo empezado.

Sus dedos se deslizaron dentro de la cintura de sus bragas y se las quitó. Su coño estaba oculto por un vello púbico brillante, castaño y muy rizado. Me quité la camisa y rápidamente me dejé caer los pantalones cortos y la ropa interior. Clara se lamió los labios con avidez mientras miraba mi polla, una zorra en celo. Miré a cada una de ellas. Clara, la más segura, sabía perfectamente de qué iba el juego.

—Sois hermosas —les dije moviendo mi cuerpo desnudo hacia el sofá donde se encontraba Sonia. Ella me sonrió y Clara se volvió más atrevida. Acercándose con lentitud se pegó a mi espalda.

Con la mano en su cintura la pegué a mi cuerpo ardiente.

—Daros la vuelta para mí. Dejadme ver esos traseros.

Me obedecieron al instante. Dos hermosos culos me enfrentaron erectos. La bronceada y tonificada Sonia junto a la delgada y tatuada Clara.

—¿Que tal si os agacháis?

Apoyándose en el cuero marrón del sillón apoyaron sus manos y me entregaron su mejor imagen. Los labios afeitados de Clara brillaban con sus jugos con un anillo de oro atravesándolos de forma terriblemente sensual. El pubis de Sonia estaba cubierto de jugos y los labios entreabiertos expuestas a mi completa visión. Las dos eran una imagen visual deliciosa. No eran las zorras perfectas y retocadas que se ven en las películas porno. Eran chicas reales y desnudas listas para disfrutar de un buen momento.

—¿Te hacemos feliz? —Sonia dijo con voz ronca mirándome sensualmente por encima del hombro y moviendo ese culo apretado.

—Por supuesto que lo hacemos —. Extendí la mano y froté el trasero de Clara dándole un agradable apretón a la carne regordeta.

—Tú si que sabes.

Sonia suspiró satisfecha cuando mi otra mano se acercó a su culo. Su hermosa sonrisa se hizo más profunda. Mientras apretaba ese trasero mi cabeza estuvo a punto de recordar una cabellera roja y brillante, pero la sacudí al instante. Desafiando mi propia cabeza sumergí los dedos en su coño buscando en su humedad el olvido, aunque más no fuera momentáneo.

Luego me acerqué al suave trasero de Clara y tracé el tatuaje del tigre en su nalga.

—Eres una chica sexy, ¿no es así, Clara? —Pregunté agarrando el anillo de su coño y tirando suavemente de él. Ella jadeó.

—Tú lo sabes muy bien, cariño—ronroneó estirando la espalda —Soy una chica sexy y traviesa.

—¿Apuesto a que te has follado a otra mujer antes?

Ella se lamió los labios.

—¡Me encanta comer coños casi tanto como chupar pollas!

Agarré a Sonia del brazo y mientras la invitaba a pegarse a mi lado mientras le preguntaba a Clara.

—¿Apuesto a que siempre has querido comer el apretado coño de Sonia?

Clara miró a Sonia y soltó una risa nerviosa.

—Puede que alguna que otra noche me frotara pensando en esa dulce cara entre mis muslos.

Me senté junto a Sonia para que se arrodillara ante mí. Clara caminó con hambre de depredador hacia Sonia que me miró traviesa.

—¿Esto es lo que deseas, Anthony?

—Uy cariño, quiero ver a esa amiguita tuya hacerte correr.

Gemí cuando las manos de Sonia bajaron por mi pecho acariciándome suavemente y rumbo hacia mi polla. Miré hacia abajo e incité a Sonia para que se arrodillara. Con los ojos brillando de lujuria su lengua salió rozando la cabeza de mi polla mientras se acomodaba de rodillas. Su lengua dejó rastros húmedos chupando brevemente. Sus dedos ahuecaron suavemente las bolas haciéndolas rodar entre sus dedos.

Clara, por detrás, extendió la mano y pasó la uña pintada de negro por el seno derecho, trazando una línea hasta el pezón, frotándolo y pellizcándolo entre los dedos. Sonia jadeó y se estiró, pero sin dejar de llevar su dulce boca por mi cuerpo ardiente.

—Que rica eres…—susurró Clara antes de hundirse entre sus piernas —¡Tenía tantas ganas de follarte! Clara siseó entre el pubis húmedo de su amiga —. Tuve que masturbarme bajo las sábanas siempre al pensar en ti. Me metía las manos dentro de las braguitas, me pellizcaba el clítoris y me corría tan fuerte que caía rendida.

La boca húmeda de Sonia jadeó y envolvió completamente mi polla chupando con fuerza. La lengua de Clara la estaba haciendo subir a los cielos. La electricidad corrió por mi cuerpo al verla correrse estirando su culo hacia la boca de su amiga mientras me chupaba con boca hambrienta. Era asombroso. Una chica caliente chupando mi polla, mientras su amiga le comía el coño, era el placer infinito. Un placer largo y sanador.

Clara estaba acariciando a Sonia, besando su camino a lo largo del pómulo hasta sus labios. La acarició y tironeó de su melena agresivamente para alejarla de mí y comerle la boca. Ambas chicas gimieron en los labios de la otra. Clara empujó a Sonia hacia atrás hasta que se sentó en el borde del sofá. Las dejé hacer. Su imagen me tenía obnubilado.

Sonia respiraba con dificultad, tenía todo el cuerpo enrojecido y los ojos cerrados. Clara besó y mordió su cuello, bajando hasta los pechos apretándolos y acariciándolos. Los dedos jugaron con sus pezones duros mientras Clara la comía a mordiscos. Sonia jadeó cuando los dedos de Clara jugaban con su coño. Clara sacó sus dedos pegajosos del coño de Sonia y los sostuvo ante los labios.

—¡Sabes tan bien! Pruébalo tú misma.

La lengua de Sonia salió vacilante recogiendo los fluidos húmedos de los dedos de Clara.

—Sí, justo así… —susurró con asombro.

Feliz con su hazaña, Clara se agachó y chupó con fuerza mi polla, moviéndose hacia arriba y hacia abajo. Cerré los ojos. Estaba encantado. Acaricié su sedoso cabello y gemí. Vi a Sonia arrodillarse en el suelo ante Clara. Ella abrió separando sus piernas blancas y exponiendo sus jugos deseosos. Sonia de forma atrevida comenzó a comerle el coño y Clara abrió más piernas mientras me chupaba sin descanso. La lengua de Clara lamía saboreaba mi cuerpo mientras se dejaba comer entera por su queridísima amiga.

Sonia comenzó a follar con la lengua a Clara mientras esta murmuraba al comerme.

—Es tan bueno. ¡Oh, Dios! ¡Me voy a correr! Los dedos de los pies se curvaron y su cuerpo se puso rígido y su boca me comió y mordisqueó por entero mientras se corría con un fuerte grito. Chillé y liberé un orgasmo tan apasionado como el de mis buenas nuevas amigas.

Respiré pesadamente y miré a Sonia quien me sonrió con los jugos de Clara brillando en sus labios. Su boquita era tan carnosa como…

Me puse en pie rápidamente buscando mi ropa. Necesitaba otra copa. Más sexo. Otras mujeres. Algo que me hiciera olvidarme de ella…

Caídas no son derrotas

La noche había caído sobre Madrid bañando la ciudad en un manto de luces y sombras. Desde mi lujoso apartamento observaba las calles vibrantes a través de sus amplios ventanales. Las luces de los coches parecían destellos de esperanza y promesas incumplidas, recordándome las vueltas que daba la vida y cómo, en cuestión de segundos, todo podía cambiar.

Suspiré alejándome de la ventana. El silencio del hogar era ensordecedor, una constante que me recordaba lo sola que me sentía. Había rechazado múltiples invitaciones para salir, pero preferí quedarme en casa y poner en marcha la siguiente parte de mi plan.

Me dirigí a la elegante y vacía sala de estar, donde la mesa de centro estaba cubierta de papeles de regalo, cintas, y una caja de terciopelo negro que contenía un conjunto de lencería admirable. Una caída no iba a significarme una derrota.

Tomé el sujetador con cristales engarzados y lo observé con detenimiento. Las piedras reflejaban la luz con una intensidad que casi cegaba, pero lo que más llamaba la atención era su perfección. Este regalo no era solo una muestra de afecto, sino una declaración de intenciones. Sofía no podría ignorar algo tan valioso y bonito, y Blake, él no podría evitar sentirse enloquecido de celos. Tanto hasta la furia.

Con movimientos delicados puse el conjunto en la caja de terciopelo y lo cerré cuidadosamente. Luego, elegí un papel dorado que reflejaba la luz con un brillo suave y elegante, y comencé a envolver la caja. Mis dedos se movían con precisión, como si cada pliegue y doblez fueran una obra de arte. Mientras lo hacía, los pensamientos se me llenaban de emociones conflictivas.

—Blake debería estar a mi lado, no con Sofía

Él era el padre de mi hija. Sofía no era más que un capricho. Él era toda mi esperanza, sin embargo, estaba construyendo una vida perfecta con otra mujer. Cada vez que pensaba en ellos juntos… Esa vida perfecta debería ser mía.

Termino de envolver la caja y tomé una tarjeta en blanco. Sabía que las palabras que escribiera debían ser precisas, calculadas. Con una letra elegante y fluida, escribí:

Para la mujer más hermosa de la oficina, con la esperanza de que estos cristales reflejen siquiera una parte de tu brillo interior... Tu siempre tuyo.

Leí la nota una y otra vez asegurándome de que transmitiera el mensaje correcto. Satisfecha lo coloco dentro de la caja y la sello con una cinta de seda roja, haciendo un lazo perfecto. Sostuve el paquete un momento disfrutando de la anticipación de lo que estaba por venir.

Llamé a una empresa de mensajería privada.

—Quiero que este paquete se entregue a primera hora de la mañana. Asegúrense de que lo reciba personalmente.

Mi voz no admitía discusiones. El mensajero aceptó las instrucciones sin preguntar antes de volver a su moto.

El plan tenía que funcionar. ¡Debía funcionar! Blake comenzaría a dudar de Sofía, los celos lo consumirían, y su relación sería un castillo de hojas de otoño arrastradas por un vendaval, y el destino se colocaría de la forma que siempre debió ser.

Llevaba mucho tiempo observándolos y los celos eran su punto débil. Él, el hombre menos interesado por los sentimientos de las mujeres moría de celos al ver a su adorada mujer. De solo pensar en lo que se había convertido, me daban arcadas.

—Yo soy la única que puede hacer que vuelva a ser el hombre que nunca debió dejar de ser.

Satisfecha con el plan, me dirigí a la cama cerrando los ojos con una sonrisa. La mañana siguiente traería consigo una nueva oportunidad. Por primera vez en muchas noches dormiría esperanzada...

Mientras me sumergía en el sueño, los pensamientos se me llenaban de imágenes de Blake recordándome que con él todo sería distinto. Esta casa deshabitada, esta habitación vacía, mi vida solitaria... Mañana… mañana todo empezará a cambiar…

Al amanecer, Madrid se despertó con su habitual energía vibrante. El sol se alzaba lentamente bañando la ciudad con una luz dorada. Me desperté llena de ilusión. El reloj apenas movía las agujas.

—Puede que en estos momentos exacto el mensajero esté preparando los envíos.

Imaginar a Sofía abriendo el regalo y leyendo la nota me hacía vibrar de felicidad.

—Cuando Blake empiece a desconfiar de ti. ¡Sí!

Salté de la cama con el corazón acelerado. Nunca una mañana había sido tan soleada.

No me provoques

Me sequé el sudor de la frente mientras me dirigía a paso firme hacia el despacho de Dana. Mi mente estaba llena de pensamientos furiosos. Había interceptado el regalo y salvado la situación. Por ahora…

Al llegar a la puerta de la cabina de modelos abrí de golpe y sin tocar. La puerta saltó de su sitio y se convirtió en giratoria. Los humos de la furia se me escapaban por la coronilla. Algunas chicas corrieron a una esquina espantadas cubriéndose los pechos. Dana levantó la mirada de su mesa, y aunque su torso estaba igualmente desnudo, se puso de pie lentamente. Esta mañana la muy malvada estaba más bonita que nunca.

—¿Qué haces aquí?

—Sal fuera.

—No pienso.

—¡Ahora! —dije tirándole una bata a la cara.

Salió tras de mi. Me moví intentando no mirarla para no matarla. Cerré la puerta. No deseaba testigos.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Deteniendo tus malas artes.

—No sé de qué hablas.

Se recogió el cabello uniéndolo todo a un lado de su bello rostro, y me odié al notar lo preciosas que lucían sus perfectas cejas arqueadas.

Moviendo la mano de dentro de mi bolsillo, le acerqué unas bragas de encaje arrugadas que sujeté en mi puño.

—¿Esto te hace recuperar la memoria? Has intentado sembrar discordia entre Sofía y Blake. Otra vez.

Sus ojos brillantes comenzaron a chispear cenizas ardiendo en fuego. A mas enojo más bonita era. Su cuerpo cabreado era lindo, pero su espíritu furioso era enloquecedoramente bello. Las manos se me movían a los lados para arrastrarse hasta su cuello y comérmelo a bocados. Despertar su furia despertaba mi maldita lívido insaciable por ella.

—No tengo por qué contestarte. ¿Qué pasa Anthony? ¿Debo llamar a mi abogado?

—Blake no te pertenece. Él la quiere a ella. ¿No te das cuenta de que estás causándote más daño a ti misma que a nadie?

—¡¿Qué sabrás tú de lo que es amor?! Haré lo que sea necesario

Sus palabras se quedaron atravesadas en la garganta. Estaba claro que no deseaba hablar más de la cuenta. Con un sentimiento de furia muy distinto del que había llegado me incliné con palabras llenas de amenazas. Odiaba ver cómo era capaz de perder cualquier sentimiento de dignidad al mencionar a Blake.

—¿Lo que sea necesario? Déjame decirte algo, Dana, si vuelves a intentar lastimar a Sofía te juro que haré de tu vida un infierno. No permitiré que les hagas daño.

Dana se rio, pero su risa carecía de alegría.

—¿De verdad crees que puedes detenerme? No tienes idea de lo que soy capaz.

—Te aseguro que tampoco tienes idea de lo que yo soy capaz. Cuidaré a los que amo.

—Por supuesto. Y todos estamos seguros de lo mucho que tú amas a Sofía.

—¿Qué estás insinuando?

Sus palabras me asquean hasta a mi.

—Veremos, quién gana esta guerra.

—Mientras me tengas delante, tú nunca ganarás.

Justo en ese momento la puerta del despacho se abrió y una de las secretarias chocó conmigo. Era Marta con una expresión de nerviosismo demasiado evidente.

—Lo siento, Anthony. Necesito hablar contigo. Y es urgente —dijo mirándonos a ambos con cautela.

Asentí, pero antes de salir del despacho, me giré hacia Dana una última vez.

—Recuerda lo que te dije, este juego tiene un único ganador. Y seré yo.

Salí del despacho con cierto aire de agrado al ver a Dana cocinarse en su furia ardiente. En el pasillo Marta habló en voz baja.

—¿Lo conseguiste?

—Sí, y gracias a ti.

—Pero ¿qué sucedió? ¿qué contenía ese paquete?

—Nada que no pueda manejar. Tú solo asegúrate de que cada sobre “sorpresa” que llegue para Sofía, primero pasen por mis manos.

—¿También si son de Blake? Él es tan atento y guapo…

—Incluso los del guapo Blake.

Conteste negando con la cabeza, mientras Marta marchaba con sus cortas piernas a paso acelerado tras de mí. No sabía como lo hacía, pero Blake conseguía tenerlas a todas suspirando por su negra y atractiva mirada. Nunca me había molestado su maravilloso sex appeal, sin embargo, llevaba una temporada en la que ver el rostro de Dana al observarlo, me encendía la mecha de la rabia.

Las cartas dicen

El bullicio de la agencia era constante. El lugar tenía una energía vibrante llena de creatividad y actividad. Las paredes estaban decoradas con cuadros modernos y plantas que daban un toque de frescura al ambiente. Las ventanas permitían que la luz natural inundara el espacio creando una atmósfera acogedora y profesional.

Ella caminaba por los pasillos con una elegancia que llamaba la atención de todos. El vestido ajustado y el porte altivo la hacían destacar entre la multitud de empleados ocupados. Sin embargo, detrás de su apariencia impecable, se la notaba nerviosa. Giraba sin destino fijo. Desde mi rincón de observación pude ver también a Sofía interactuar con los empleados, siempre con una sonrisa cálida y palabras amables. Esa amabilidad era parte del problema; hacía que todos la quisieran y respetaran. Apreté los labios con frustración.

Mi instinto me decía que debía mantenerme atento a Dana y sus reacciones. La muy condenada ocupaba todas mis ideas. Había algo en su mirada, en la forma en que se movía, que me intrigaba y me preocupaba a partes iguales. Sabía que detrás de esa fachada fría y calculadora había una mujer herida y desesperada. Eso era al menos lo que deseaba imaginar... Creyéndola inocente, me sentía menos culpable por desearla hasta el punto del dolor.

Me recosté en el marco de la puerta hundido en mis reflexiones. La tristeza en sus ojos, la desesperación que intentaba ocultar, su obsesión por un hombre en concreto cuando otros morían por pisar por donde ella pasaba... quería entenderla, descubrir qué la había llevado a ser así. ¿Qué sentiría en su corazón para alejarse tanto de la realidad?

Me giré y entré en el despacho caminando hasta la ventana y observando la ciudad desde el piso alto del edificio. Las luces de los rascacielos brillaban en la distancia recordándome que la soledad nunca tenía relación con lo rodeado que se pudiera estar. Yo mejor que nadie lo sabía.

Mis pensamientos volvieron a la noche anterior, cuando había salido a caminar por las calles de Madrid tratando de ahogar la sensación de vacío que me consumía cuando terminé teniendo sexo con dos mujeres de las que no me importaba ni su nombre...

Al ver que Dana se marchaba del edificio cogí mi mochila y apagué las luces.

—¡Anthony! Mira, hoy no llegas tarde. ¿Se está cayendo el cielo? —dijo Laura abriendo la puerta.

—Que graciosa —contesté al besarla con un fuerte abrazo.

—¿Pensé que vendrías con Sofía? —dijo mirando hacia la entrada antes de cerrar la puerta.

—Tenía algo de un compromiso en el teatro con una mamá del colegio de Emily. O algo parecido. No me hagáis caso porque no recuerdo bien lo que me dijo —respondí entrando al apartamento.

Karina apareció desde la cocina con una botella de vino.

—La cena está casi lista.

—¿Has cocinado tú? —contesté al mirar su delantal tan bien colocado en su cintura.

—Ella ha encendido el horno para calentarla... —La caída de perilla de Laura nos hizo reír a los tres.

Me acomodé en el sofá sintiendo la calidez y familiaridad del lugar. Laura y Karina comenzaron a hablar animadamente sobre su día, pero pronto notaron mi silencio.

—¿Qué pasa? —preguntó Laura frunciendo el ceño al mirarme —. Pareces preocupado.

Suspiré pasando una mano por mi barba recortada pensando mis palabras antes de hablar.

—Es Dana. Tiene algo planeado y no sé qué pasos va a dar.

Karina dejó la botella de vino en la mesa y se sentó.

—¿Dana? ¿La modelo pelirroja? ¿La madre de Emily? ¿Qué quiere esa mujer ahora?

—Intenta sembrar discordia entre Blake y Sofía —contesté sin anestesia—. Envía regalos y mensajes falsos. No tengo pruebas, pero estoy seguro de que es ella. No puedo quitarme la sensación de que hay algo más en juego, aunque no puedo adivinar de qué se trata. O lo que es más importante. Cuando será su próximo ataque.

—¡Esa mujer! ¿Qué piensas hacer al respecto? —Laura frunció el ceño claramente disgustado.

—La estoy vigilando de cerca. No puedo simplemente acusarla sin evidencia —contesté buscando de forma inconsciente algo dentro de mí que consiguiera exculparla.

Karina se levantó de repente y se dirigió a una pequeña mesa en la esquina del salón.

—Voy a buscar mis cartas del Tarot. Necesitamos saber más sobre lo que está pasando.

Laura rodó los ojos y yo no pude evitar sonreír.

—Bueno, nunca está de más intentar —contesté envolviendo los hombros de Laura en señal de consuelo.

Mientras Karina barajaba, Laura y yo nos servimos dos copas de vino bien llenas. Cuando Karina se ponía en plan profetisa la noche se alargaba. Mucho, mucho.

—Vamos a ver qué dice el tarot—dijo Karina comenzando a sacar las cartas una por una.

La observé con atención y mordiendo la sonrisa para no ofenderla. La amaba demasiado como para decirle que esos cartones no eran más que dibujos bonitos. Bebí tragos cortos y silenciosos mientras estiraba las piernas y abrazaba a Laura que se apoyaba en mi hombro.

—Aquí veo conflicto y traición —dijo señalando una carta con una figura de espadas—. Pero también veo esperanza y redención. Sofía es fuerte, pero hay fuerzas oscuras trabajando en su contra.

Sus palabras se me anudaron en el estómago más de lo que deseaba. Las cartas confirmaban mis peores temores, y aunque no creía en ellas, lo malo era malo entre creyentes y agnósticos.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Laura igual de molesta con el tarot.

Karina levantó la vista de las cartas y me miró directamente a los ojos.

—Tú. Aquí veo un hombre que sale a su rescate. Necesitas estar atento. Debes seguir vigilando a Dana. La verdad siempre sale a la luz, pero debemos estar preparados —dijo golpeando el dibujo de alguien como un joven rubio —. Y tú. Tú serás el eje de todo. Esta carta lo dice claramente. ¿Lo ves? Aquí estás tú.

—¿Ese rubio soy yo? —Recuperando mi calma bebí un sorbo más largo de vino tinto escondiendo mi sonrisa y dejando más a la vista mis cabellos negros como la noche.

—Sí —dijo concentrada en las cartas y sin alzar la mirada.

—Sofía es nuestra amiga y no permitiremos que nadie la dañe —Laura se movió nerviosa.

—Gracias por estar aquí —dije abrazando a Laura y llamando la atención de Karina que sonrió con la grandeza de la amistad. Ellas jamás permitirían que nadie dañara a Sofía. Pero tampoco a mí. Así eran esas locas tan bonitas —. No sé qué hubiera sido mi vida sin vosotras.

—Algo muy aburrido. Eso seguro.

Laura me dio un beso largo en la mejilla y la retuve por la cintura. Necesitaba ese calor.

—Somos amigos. Y siempre lo seremos —añadió Karina con una sonrisa—. Estamos contigo y con Sofía, hasta el final.

El reloj del horno comenzó a sonar. La cena estaba lista. Los tres nos sentamos alrededor de la mesa. El ambiente se llenó del delicioso aroma de tomate y carne condimentada. Me permití disfrutar de su compañía. Las risas y las anécdotas del pasado comenzaron a fluir aliviando la tensión que había sentido durante días.

—¿Recuerdas aquella vez en el colegio cuando nos castigaron a los tres por escabullirnos al cine? —dijo Laura riendo.

—¡Cómo olvidarlo! —respondió sirviéndome una porción inmensa de deliciosa lasaña—. Fue el mejor castigo de mi vida.

Karina asintió riendo también.

—Sí, y el director no se lo tomó tan mal después de todo. Creo que hasta él disfrutó de nuestra travesura.

—¡Entonces porqué nos castigó! —Laura chilló y los tres volvimos a reír con ganas—. Estuvimos una semana completa barriendo el patio. Mis manos aún tienen cayos.

El ambiente se volvió más ligero, pero en el fondo, la preocupación por Dana y su plan seguía presente. Después de un delicioso tiramisú, nos acomodamos en el sofá con más vino.

—Tenemos que descubrir el siguiente movimiento de Dana —dijo Laura —. No podemos dejar que continúe con sus planes sin intervenir.

—Estoy de acuerdo. Pero debemos ser cuidadosos. No podemos acusarla sin pruebas concretas. Necesitamos descubrir qué está planeando exactamente. Puede, incluso, que no sea ella.

Laura me miró desconfiada y me oculté tras un pastelito de chocolate.

Karina se recostó en el sofá mirando las cartas del Tarot sin recoger que habían quedado en la mesa pequeña.

—Quizás podamos usar las cartas para obtener más pistas. Podríamos hacer una lectura específica sobre Dana y su próximo movimiento.

Laura suspiró sabiendo que nos tocaba otra sesión de tarot y yo le acerqué la fuente cargada de pastelitos.

—Estoy a dieta. Gracias.

—Tarot con o sin chocolate. Tú escoges.

—Con chocolate —contestó alzando un buñuelo cargado de relleno.

Asentí mientras cogía un segundo para mí.

Karina comenzó a barajar las cartas mientras Laura y yo nos atiborrábamos de nata y cacao. Esta vez, las cartas hablaban de engaño, manipulación y un amor no correspondido.

—Dana está actuando por desesperación y celos —dijo Karina, interpretando las cartas.

—No me digas…

Karina alzó la vista fruncida. Yo me callé al instante.

—Su plan está motivado por un profundo deseo de venganza, pero también por una esperanza irracional de recuperar a Blake.

—Entonces debemos estar preparados para lo peor. No sabemos hasta dónde está dispuesta a llegar —. Laura comentó como si por primera vez escuchara a Karina y sus predicciones. Eso provocó también mi preocupación.

—La detendremos. No permitiremos que Dana destruya a Sofía. No mientras estemos aquí.

Karina colocó las cartas en la mesa y nos miró.

—Necesitamos mantenernos unidos y atentos. Y tú —dijo señalándome—recuerda que no estás solo. Siempre estaremos aquí para que tus estrategias funcionen.

¿Estrategias? ¿Yo tenía de eso?

De regreso a mi apartamento las palabras de Karina resonaban en mi mente. La noche estaba tranquila y las luces de la ciudad brillaban. La lucha con Dana estaba lejos de terminar, y el miedo de que ella lograra su objetivo seguía latente. Con el apoyo de Laura y Karina, me sentía más fuerte, pero no podía ignorar el nudo que se asentaba en mi estómago al pensar en ella. Tenía que proteger a Sofía, sin importar el costo, sin importarme ella. Pero me importaba… me importaba mucho.

No me detendrás

Estaba en mi apartamento caminando de un lado a otro. Ese imbécil de Anthony no iba a detenerme. Rodeada de una cuidadosa colección de papeles de regalo, cintas y cajas en el centro de la mesa, una pulsera delicada y elegante descansaba sobre un cojín de terciopelo. Mis ojos brillaban con una mezcla de determinación y malicia mientras lo envolvía cuidadosamente. Cada movimiento era preciso, cada pliegue del papel era perfecto. La emoción me recorría la piel.

—¡Jódete, Anthony!

El mensaje insinuante que acompañaba la pulsera estaba cuidadosamente redactado para sembrar dudas.

Con amor eterno, yo.

Sonreí deleitándome en la imagen de Blake enfurecido y celoso. Esta vez ni Anthony ni nadie podría detenerme.

Me dirigí a la agencia y lo dejé en la recepción diciendo que un chico con moto me lo había entregado. Satisfecha subí a la décima planta. Hoy no me tocaba modelar, pero eso no me importaba, ya me encargaría de encontrar una buena excusa. Por nada del mundo me perdería el gran momento.

Anthony, ya veras si esta consigues atajarla… era curioso, pero sentía tantas ganas de desacreditar a Sofía como de joderle la vida a Anthony.

Caminando hacia ti

En mi propio despacho miraba la pantalla del ordenador con una mezcla de melancolía y determinación. Los últimos días habían sido difíciles, y no podía evitar reflexionar sobre una vida que no terminaba de completarme. La responsabilidad de proteger a Sofía y su familia pesaba sobre mis hombros, era mi deber, pero ¿qué pasaba conmigo? ¿Por qué los sentimientos de ver mi vida correr sin rumbo se convertían más fuertes ahora más que nunca? Las mujeres nocturnas ya no llenaban nada. Ni mi vacío ni mis deseos.

Me acerqué a la puerta llevado por mis nervios y mi necesidad imperiosa de cafeína, cuando la vi. Allí estaba ella. La presencia de mis insomnios nocturnos.

¿Algo resultaba sospechoso o era mi cabeza que comenzaba a darme señales de encontrarme loco de remate?

Guiado por un instinto de león al acecho me encaminé tras ella. No llegué a dar dos pasos cuando me choqué con la imagen, a diez pasos de distancia, del chico barrendero que teníamos contratado para tener limpia la entrada del edificio. Decidí seguirlo. Dana se quedó junto a la máquina de zumos. En el momento en que el hombre se disponía a entrar en la oficina de Sofía, lo intercepté. ¿Qué sería esta vez? Pensé mientras le quitaba el paquete de las manos y lo abría cuidadosamente.

—Señor, esto es para…

—Ya sé para quien es.

—Pero mi obligación es entregarlo en mano.

—Y la mía no asesinar a un inocente, ahora vete chico —dije dándole un billete de diez euros. Al chaval se le iluminó la vista. Lo guardó rápidamente en su bolsillo y salió por el pasillo más rápido que un lince.

Terminé de romper el papel y una pulsera relucía bajo la luz del despacho. Sin darme cuenta, una tarjeta cayó al suelo. El mensaje confirmó sus sospechas.

Con amor eterno, yo.

Sentí una mezcla de alivio y rabia. Alivio porque había interceptado otro intento de Dana, y rabia porque la mujer no cesaba en sus intentos de destruir a mi mejor amiga. Por no decir que, el saberla tan enloquecida por Blake, me quitaba las ganas de respirar. En ese momento, Sofía y Blake entraron al despacho.

—¿Qué pasa, Anthony? ¿Qué es eso?

Rápido de mente escondí la pulsera detrás de la espalda y sonreí nerviosamente.

—Nada, es solo un paquete que llegó aquí por error. Es... es un regalo de una tía lejana. Muy familiar.

Blake frunció el ceño claramente desconcertado.

—¿Una tía lejana? ¿Desde cuándo tienes familia enviándote regalos?

—¿Desde cuándo tienes familia? —Blake completó la pregunta de Sofía. Estaba más curioso que nunca.

Sofía, sonrió y se acercó.

—¿A ver? —su mano se estiró para alcanzar la mía y llevarla hacia adelante —. Es una pulsera preciosa, Anthony. Debe ser una tía muy… cariñosa.

Tomó la pulsera de mis manos y se puso a admirarla. Ella sonreía seguramente imaginando que yo había dado una excusa para ocultar una relación secreta. Blake, sin embargo, no estaba convencido. Él me miraba con una mezcla de desconfianza. Ver a Sofía tan feliz con el regalo, aunque no fuera para ella, le provocaba una actitud extraña.

—¿Qué está pasando aquí, Anthony? ¿Por qué te han regalado algo tan femenino? ¿Qué estás ocultando?

Respiré hondo tratando de mantener la calma.

—No es lo que piensas. Te lo aseguro.

—¿Y qué estoy pensando, Anthony?

Mi falta de contestación lo llevó a continuar bastante enfadado.

—¿No es lo que pienso? Entonces, ¿qué es? —La voz de Blake se elevó atrayendo la atención de Sofía.

—Blake, por favor, cálmate. Estoy segura de que hay una explicación. O una mujer… —contestó sonriendo y tranquilizando muy poco a su marido.

—Creo que quiero escuchar esa lógica ahora mismo.

La tensión acalambraba mis hombros.

—No quiero que esto se convierta en algo más grande de lo que es. Te lo prometo, no hay nada que ocultar.

—Entonces cuenta. Excepto que no desees que sepa el nombre de esa mujer. Dime Anthony, ¿por qué ocultarlo? ¿Por qué no decirnos la verdad? Ese es un regalo tuyo para alguien, eso está claro, pero ¿para quién? —Blake avanzó un paso, su expresión cada vez más furiosa.

—Confía en mí. No quiero que esto afecte nuestra amistad ni tu relación con Sofía —dije con la voz cargada de sinceridad.

Sofía, viendo el conflicto entre los dos, intervino nuevamente.

—Blake, por favor, intentemos calmar las cosas. Anthony tiene derecho a mantener sus secretos.

Blake se apartó claramente afectado por la situación.

—Esto no se ha terminado, Anthony.

Con un último vistazo a la pulsera se dio la vuelta y salió del despacho dejándonos solos.

—Anthony, por favor, dime qué está pasando. No puedo soportar ver a Blake así. Últimamente actúa muy extraño. Parece celoso de todo. Ve amenazas donde no existen. No entiendo nada —dijo con sus ojos llenos de preocupación.

—Lo siento. No quería que esto sucediera. Solo intento protegerte.

—¿Protegerme? ¿a mí?

—Confía en mí.

—Por supuesto que lo hago. Y me alegro por ti y por ella —contestó entregándome la pulsera —Blake está tan extraño que no lo comprendo, pero no se lo tengas en cuenta. Me alegro por ti.

Después de que Sofía salió hacia la segunda planta rumbo a la sala de creativos, me quedé solo y furioso conmigo mismo. No podía haber llevado la situación de una forma peor. ¿Por qué no se me ocurrió alguna mentira creíble?

Guardé la pulsera en el bolsillo. Deseaba romperla en mis pedazos. Con el alma en los pies me dirigí hacia mi despacho cuando me encontré a Dana recostada en mi silla con una expresión de triunfo que no le cabía en su rostro.

—¿Pareces feliz?

Dana se recostó aún más en la silla. Era una diosa disfrutando de su precioso poder.

—¿Qué pasa, Anthony? ¿Celoso de que tu amiga reciba más atención que tú?

—Veo que no te has enterado.

—¿Enterarme de qué?

—Creo que se te ha perdido esto —saqué la pulsera del bolsillo y se lo arrojé a los pies. De un salto se puso en pie. Su color vivo y feliz se convirtió en morado rabioso —. Te lo advierto, si vuelves a intentar algo para lastimar a Sofía haré que tu vida sea un infierno.

—¿Y cómo piensas detenerme? No tienes pruebas, solo suposiciones. Además, no eres más que un perro guardián, siempre protegiendo a su dueña. Solo has conseguido retrasar lo inevitable.

De una zancada salté sobre ella y la sostuve con fuerza por el codo.

—¡Me haces daño!

—Sigue con tus planes y te haré daño de verdad.

Nuestras miradas se quedaron congeladas, la una pegada a la otra. El mundo a nuestro alrededor se desvaneció.

Solo existíamos ella y yo, atrapados en una tensión insoportable. Sentí su pulso acelerado bajo mis dedos aún aferrados a su codo. Su piel era suave y cálida. Me odié por notarlo. El aroma de su perfume me envolvió despertando en mí sensaciones que me negaba a reconocer. Nuestras respiraciones agitadas se mezclaban en el poco espacio que nos separaba.

La observé incapaz de apartar la mirada. Sus ojos llenos de furia también escondían algo más, algo que hacía que mi corazón latiera con fuerza contra mi pecho. Por un instante, me permití imaginar cómo sería acortar la distancia y sentir sus labios contra los míos.

¡No!

Esto era una locura.

Era Dana, por el amor de Dios. La mujer que estaba intentando lastimar a Sofía. La mujer que yo debía odiar.

El momento se rompió cuando la solté de mi agarre.

Sin decir palabra, ella recogió su bolso y se dirigió hacia la puerta. Antes de salir se detuvo un segundo, y por un breve instante, creí que iba a volverse. Que iba a decir algo que lo cambiaría todo. Pero se arrepintió, y se fue.

El portazo resonó en la oficina llevándose consigo la posibilidad de algo que nunca podría ser. La frustración y la confusión me invadieron. Con un gruñido de rabia descargué mi ira contra el escritorio pateándolo con fuerza una pata que quedó coja. El dolor en mi pie no fue nada comparado con el vacío que sentía en el pecho. Maldije en voz baja consciente de que este encuentro con Dana había dejado una marca en mí que tardaría en borrarse.

Me derrumbé en la silla con el corazón aún latiendo como si quisiera escapar de mi pecho.

¿Qué demonios acababa de pasar?

Cerré los ojos, pero lo único que podía ver era su precioso rostro, sus ojos ardiendo con una mezcla de desafío, y algo más... algo que me aterrorizaba y me fascinaba a partes iguales.

Nunca había sentido algo así. Yo, Anthony, el eterno soltero, el hombre que se jactaba de no necesitar el amor. Y ahora, ¿qué era esto que me consumía por dentro?

No, me dije a mí mismo. Esto no podía ser amor. El amor era para los débiles, para los ingenuos.

Yo no era así. Esto tenía que ser otra cosa. Odio, quizás. Sí, eso era. La odiaba con cada fibra de mi ser. La odiaba por hacerme sentir así, vulnerable y fuera de control. Pero si la odiaba, ¿por qué no podía dejar de pensar en la suavidad de su piel bajo mis dedos? ¿Por qué el recuerdo de su aroma me hacía cerrar los ojos y desear algo que sabía que nunca podría tener?

¡Dios! ¿Qué me pasa?

Era como si Dana hubiera despertado algo en mí, algo que había estado dormido durante toda mi vida, y ahora que estaba despierto y enloquecido.

Amor.

La palabra resonó en mi mente, burlona y aterradora. No, me negué a aceptarlo. El amor era imposible. Especialmente con ella. Con Dana. La mujer que debía odiar. Pero mientras me hundía más en la silla, exhausto por la batalla interna, una parte de mí supo que ya era tarde. Que por mucho que luchara contra ello, algo había cambiado irremediablemente.

No sé cuánto tiempo pasé en la oficina perdido en mis pensamientos. Cuando por fin me levanté, el sol ya se estaba tiñendo el cielo de un naranja intenso.

Salí del edificio como un autómata. Sin un rumbo fijo. Las calles de la ciudad pasaban a mi alrededor como un borrón, mis pies moviéndose por voluntad propia. Mi mente era un torbellino de emociones contradictorias, cada paso una batalla entre la razón y este nuevo sentimiento que se negaba a ser ignorado.

Cuando finalmente volví a ser consciente de mi entorno, me quedé paralizado. Allí estaba yo, parado frente a una puerta que no conocía. O, que sí conocía, pero nunca había entrado. Era la puerta del edificio de Dana.

¿Cómo diablos había llegado hasta aquí?

Mi corazón comenzó a latir con fuerza. Mis palmas estaban sudorosas y sentía la boca seca. Era ridículo. Estaba temblando como un adolescente frente a la puerta de una chica.

La puerta principal estaba abierta. Sin pensarlo subí los escalones y toqué el timbre. Dana apareció en la puerta, con una expresión sorprendida, que rápidamente se transformó en desdén.

—¿Qué haces aquí? —su voz fría y cortante me distrajo de su hermoso rostro. La muy condenada era fuego por dentro y belleza por fuera. ¡Demonios!

—Tenemos que hablar —respondí empujando la puerta para entrar sin esperar una invitación. Estaba demasiado asustado como para decir que ni yo sabía exactamente que estaba haciendo allí —. Ahora.

Dana dio un paso atrás.

La casa era un reflejo de su personalidad: moderna, elegante y controvertida. Los muebles de líneas rectas y colores variados contrastaban con la vista panorámica de la ciudad que se veía a través de las ventanas. Me quedé de pie en el centro de la sala con los puños apretados a los lados. ¿Qué esperaba? ¿Que ella me recibiera con los brazos abiertos suplicándome por hacerla mía? ¿por qué había cometido semejante estupidez?

—¿Qué es tan importante que no podía esperar hasta mañana? —Dana cerró la puerta y cruzó los brazos sobre el pecho. Que preciosa que era —. ¿Y? Estoy esperando.

¿Y? Eso me estoy preguntando yo. ¿Y ahora qué?

—Estoy esperando.

—¿De verdad tienes que preguntar?

—Si vas a volver a acusarme te pido que te vayas. Tu amiga me importa un cuerno. Y tú, una

mierda.

—Estás tratando de destruir todo lo que le pertenece. ¿Tan poco te importan los demás?

Que lo desmienta. O que mienta. Que me de una razón para sentirme atraído por ella.

—No sé de qué estás hablando.

De todas las contestaciones que existían esta era la peor de todas. Hacerse la tonta no iba con alguien como ella.

—¡No mientas! Sé que fuiste tú quien envió ese regalo. Estás tratando de sembrar dudas y celos. Pero no te saldrás con la tuya.

La habitación se llenó de tensión palpable. Dana me sostenía su mirada, sus ojos cargaban desafío. Pero detrás de esa fachada fría noté algo más: tristeza y desesperación.

—¡¿Y qué si lo hice?! ¿Qué vas a hacer al respecto?

Una oleada de emociones me inundó desde dentro. La furia, la frustración, pero también una inesperada atracción hacia ella junto a unos enormes deseos de abrazarla y hacerla olvidar de Blake y cualquier otro que la hubiera utilizado. Quería entenderla, quería ayudarla, pero también sabía que no podía permitir que continuara con sus planes.

—Dana, esto tiene que parar —dije tratando de mantener la calma —Sofía y Blake no merecen esto. Y tú... tú mereces algo mejor. No puedes seguir destruyendo todo a tu alrededor.

Dana se rio, pero no había alegría en su risa.

—¿Algo mejor? ¿Qué sabrás tú de lo que merezco o no merezco? ¿Qué sabes tú de mi vida o lo que YO DESEO?

Caminé hasta fijar mi mirada en su preciosa mirada lastimada.

—Sé que estás herida, sé que has pasado por mucho. Sé que por las mañanas despiertas acariciando el vacío de tu cama. Sé que la soledad te inunda y te ahoga. Sé… Sé mucho.

—¿Tú? Con tu vida perfecta, con tus amigos que te adoran, qué sabrás tú. No tienes ni idea de lo que siento.

—No me conoces tan bien como crees. Yo también he pasado por momentos oscuros, he perdido a gente que amaba. Pero no puedes dejar que el dolor te consuma. Permite que te ayude. Estoy dispuesto a…

—¿Dispuesto a qué? ¿Caridad? Qué pasa Anthony, ¿te doy pena? ¡Vete de mi casa y no vuelvas!

Dana me miró con dureza, pero pude ver la vulnerabilidad y su lucha interna. Había algo en ella que me tocaba el corazón, algo que me hacía querer protegerla a pesar de todos sus rechazos. Di un paso más cerca, hasta que casi pude sentir el calor de su cuerpo.

—Quiero ayudarte.

—¡Tú solo la quieres a ella! Sofía. ¡Sofía!

Sus palabras tan intensas de ira, lejos de asustarme consiguieron horrorizarme.

—No sabes lo que dices —aclaré algo más calmado—. No todo el mundo te odia. Si me permitieras ayudarte estoy seguro de que podríamos…

Mis palabras consiguieron herirla más de lo que pensé. Rápidamente parpadeó y se recompuso.

—No necesito tu protección. No necesito a nadie.

—Todos necesitamos a alguien. Juntos podremos encontrar una salida.

Dana me miró durante un largo momento, y por primera vez, vi una chispa de esperanza en sus ojos. Pero antes de que pudiera decir algo más, ella dio un paso atrás y levantó la barbilla con

orgullo.

—¡Ya basta! Quiero que te vayas.

Abrí la boca para replicar, pero algo en la mirada de Dana me detuvo. No era solo furia; era una mezcla compleja de emociones que no podía desenmarañar en ese momento. Mi lengua se dobló en mi garganta.

Esto no era lo que esperaba al venir. ¿Y qué era lo que esperaba? ¡Y yo que sé! Si lo supiera no me estaría girando hacia la puerta y caminando con la desilusión apretando mi corazón.

El virus

El atardecer teñía de carmesí el horizonte de la ciudad, cuando deslicé los dedos por la pantalla del teléfono. Mis pupilas brillaban con una mezcla de triunfo y furia contenida, reflejando el fuego que ardía en mi interior. El apartamento, sumido en un silencio cómplice, parecía contener la respiración como si fuera testigo mudo de la traición que estaba a punto de cometer.

Me detuve un momento permitiendo que el peso de mis acciones se asentara sobre mis hombros. ¿Cómo había llegado a este punto? ¿En qué momento mi vida se había convertido en esta telaraña de mentiras y manipulación?

El recuerdo de Anthony irrumpió en mi mente como un vendaval haciendo que mi corazón se acelerara de una manera intolerable. Su visita inesperada había dejado una huella en mí, una marca invisible, que no podía borrar por más que lo quisiera. Cerré los ojos intentando expulsar la imagen de su rostro, pero era inútil. Allí estaba él, con su mirada intensa, sus manos fuertes, su presencia que llenaba toda la habitación.

—¡Basta!

Me reprendí en voz alta sacudiendo la cabeza como si pudiera deshacerme físicamente de mis propios pensamientos.

Anthony era el enemigo. El obstáculo en mi camino. El perro guardián de Sofía que amenazaba con destruir todo por lo que había trabajado. No podía permitirme distracciones, no ahora que estaba tan cerca de mi objetivo.

Y sin embargo... ¿Por qué no podía sacármelo de la cabeza? ¿Por qué el recuerdo de su toque me quemaba la piel como si sus dedos aún estuvieran sobre mi brazo? La furia y la frustración se mezclaban en mi interior creando un cóctel tóxico de emociones que amenazaba con consumirme. Me levanté del sofá incapaz de quedarme quieta. La noche se cernía sobre el mundo trayendo consigo la promesa de secretos y deseos ocultos.

—Lo siento, querido Anthony —murmuré apoyando la frente contra el frío cristal del móvil —. En el amor y en la guerra, todo vale.

Mis dedos volaron sobre el teclado componiendo el mensaje que sabía que destrozaría el corazón de Sofía. Cada palabra fue cuidadosamente elegida. Un dardo envenenado dirigido directamente a su punto más vulnerable

Sofía, necesitamos hablar.
Las cosas no están funcionando como esperaba.
Siento que nos estamos distanciando
ya no conectamos como antes.
Tal vez deberíamos darnos un tiempo.

Releí el mensaje saboreando cada palabra como si fuera un dulce veneno. Con un suspiro de satisfacción lo envié y borré toda evidencia de mi intrusión. El dispositivo volvió a su lugar. Un caballo de Troya digital esperando para hacer su magia.

Me recosté en el sofá cerrando los ojos e imaginando la reacción de Sofía al leer el mensaje. Casi podía verla sentada en su lujoso chalé. Su rostro perfecto contorsionándose de dolor mientras las lágrimas empañaban sus ojos. Su mundo perfecto, esa vida de cuento de hadas que tanto

envidiaba, desmoronándose sin que pudiera hacerse nada por remediarlo. Ni siquiera Anthony…

Una parte de mí se regocijaba en su dolor. Era un triunfo. Un paso más hacia mi camino. Pero ¿era esto realmente lo que quería? ¿Me haría feliz ver a Sofía sufrir? ¿Había tenido Anthony razón en sus palabras?

¡No! Menudo idiota.

A mi Sofía no me importaba. Yo solo quería poseer lo que me pertenecía. Si Sofía se retirara de la vida de Blake su destino me importaría entre poco y nada. Blake, era el único que valía la pena.

Pero, incluso, mientras pronunciaba estas palabras, la imagen de Anthony se formó en mi mente. Su mirada de desaprobación, la forma en que me había enfrentado defendiendo a Sofía con una fiereza que me hacía hervir la sangre.

¿Por qué la protegía tanto? ¿Qué tenía ella que yo no tuviera y que provocaba que todos la adorasen?

La furia volvió a apoderarse de mí, una ola de calor que me recorrió de pies a cabeza. Anthony, siempre Anthony. ¿Por qué no podía quitármelo de la cabeza? Lo odiaba. Odiaba su arrogancia, su superioridad moral, la forma en que me miraba como si pudiera ver a través de todas mis defensas. Caminé hacia el baño necesitando refrescarme y aclarar mis ideas. El espejo me devolvió una mirada cansada, ojos brillando con emociones contradictorias. ¿Quién era esa mujer que me miraba? ¿En qué me había convertido? ¿Esa era yo?

Mientras me secaba la frente, a mi mente volvió el beso asqueroso que le había dado al técnico de informática para conseguir el virus que me daría acceso al teléfono de Blake. Un pequeño precio que pagar. Una manipulación necesaria. Una asquerosidad en toda regla.

Me lavé los dientes intentando quitarme la sensación de los labios pegajosos del gordo. Un beso fue demasiado pago para un ser tan repugnante. Moví el cepillo de dientes con fuerza sobre mi lengua repitiéndome que Blake valía la pena. Mi plan valía la pena. Mi soledad merecía ser conquistada, y Blake era el único que podría alcanzar la victoria.

Volví al salón con mi determinación renovada. El juego había comenzado y yo estaba decidida a ganar sin importar el coste. Sofía caería, y con ella, todos los que la rodeaban. Incluso el entrometido de Anthony. Especialmente Anthony.

El teléfono dice

En el acogedor chalet que compartían Sofía y Blake, el aroma a especias llenaba el aire. Sofía tarareaba suavemente mientras removía la salsa que burbujeaba en la estufa. Su cabello castaño caía en suaves ondas sobre sus hombros, y sus ojos verdes brillaban con la anticipación de la cena que había planeado. El zumbido de su teléfono cortó el aire como un cuchillo. Sofía lo tomó. Seguramente esperando ver un mensaje cariñoso de Blake. El amor entre ellos era envidiable. Sus ojos se agrandaron al leer las palabras en la pantalla. El cucharón cayó de su mano salpicando de salsa de tomate el inmaculado suelo blanco de la cocina.

—No. No puede ser...

Las lágrimas comenzaron a nublar su visión mientras releía el mensaje una y otra vez, cada palabra clavándose en su corazón como una daga helada.

—¿Sofía? ¿Está todo bien? —Mi voz resonó desde la sala de estar donde estaba sentado con una copa de vino tinto en la mano.

Sofía no respondió. Sus manos temblaban mientras releía el mensaje una y otra vez. Cada palabra clavándose en su corazón como una daga helada. De un salto me levanté del sofá y me dirigí a la cocina

—Por favor, habla, ¿qué sucede?

—Es Blake— logró decir entre sollozos extendiéndome el teléfono para que leyera el mensaje.

—Esto no suena a Blake —murmuró más para mí mismo que para Sofía.

En ese momento el sonido de una llave en la cerradura anunció la llegada de Blake. Entró en la casa, su rostro iluminándose al ver a Sofía, pero su sonrisa se desvaneció al notar las lágrimas en las mejillas de su esposa.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó mezclando confusión con preocupación.

Sofía levantó la mirada, sus ojos estaban turbios por el dolor y la confusión.

—¿Por qué? Si querías tiempo podrías habérmelo dicho en persona.

—¿De qué estás hablando? ¿De qué tiempo hablas? —respondió genuinamente perplejo.

Situado entre ambos como un árbitro, le pasé el teléfono a Blake.

—Creo que deberías ver esto.

Blake leyó el mensaje. Su rostro pasaba de la confusión al shock.

—Yo... yo no envié esto. No puede ser… Cielo yo…

—Ah, ¿no? ¡Entonces quién! —La voz de Sofía se quebraba ante cada letra.

El silencio que siguió fue ensordecedor. Blake era incapaz quitar la mirada de la pantalla. Con nerviosismo buscó su móvil y tecleó.

—Lo ves. No hay mensaje de salida.

Sofía se acercó a mi lado. Buscaba refugio. Blake se rompió al verla escapar de sus brazos.

La noche que había comenzado con la promesa de una cena entre amigos, se había transformado en un campo de batalla emocional. El silencio pesado que siguió fue roto al yo dar un paso adelante.

—Escuchen, ambos necesitan calmarse —dije con voz firme pero suave—. Claramente hay un malentendido.

Sofía, aún con lágrimas en los ojos, se acercó pegándose a mi lado. La abracé por la cintura intentando calmar su dolor. Un gesto de apoyo que no pasó desapercibido para Blake. El resoplido fue más que ruidoso, pero no me importó. Una pequeña parte de mí dudaba un poquito de lo que estaba pasando. Odiaba sentir el calor de las lágrimas de mi amiga mojando mi pecho.

—Cielo, tienes que creerme. Yo nunca enviaría un mensaje como ese.

—¿Entonces cómo lo explicas?

Escuchando la voz cortada de Sofía me vi obligado a intervenir. Blake parecía destrozado. Él no había sido. Eso estaba claro.

—Quizás alguien accedió a tu teléfono. ¿Lo dejaste sin supervisión en algún momento?

Blake abrió la boca para responder, pero se detuvo. Sus ojos se quedaron fijos en la mano que sostenía en la cintura de su chica.

—¿Por qué estás tan ansioso por defenderme? ¿O es que estás aprovechando la situación para tu propia conveniencia?

El ambiente en la habitación se tensó aún más. Sofía miró a Blake sorprendida por la acusación implícita.

—Blake, por favor —dije retirando la mano de la cintura de mi amiga —. Estoy tratando de ayudar. Somos amigos, ¿lo recuerdas?

—Amigos… —respondió con un tono cargado de sarcasmo —. Amigos que aparecen justo cuando mi esposa recibe un mensaje misterioso.

Sofía se apartó de ambos, su confusión daba paso a la frustración.

—¡Basta! Esto no se trata de Anthony. Se trata de nosotros. ¡De nosotros! De este mensaje que dice que quieres tiempo y que no sabes lo que sientes por mí.

—¡Yo no lo envié!

—Todos estamos alterados. ¿Por qué no nos sentamos y hablamos de esto racionalmente? Debe haber una explicación en alguna parte.

—¿No deberías irte ya? —Blake me miró con recelo.

—Estoy aquí porque me preocupo por mis amigos. Por ambos.

—Yo... necesito un momento —Sofía dijo dirigiéndose hacia el dormitorio.

Blake hizo ademán de seguirla, pero lo detuve con un gesto.

—Dale un momento, Blake. Está confundida. Y herida.

Blake se volvió con una mezcla de ira y dolor.

—¿Y desde cuándo eres un experto en mi esposa?

La tensión en la habitación se espesaba, casi era palpable. Respiré hondo intentando mantener la calma.

—Blake, solo estoy tratando de ayudar.

—¿Amigos? —Blake soltó una risa amarga —. Los amigos no aparecen convenientemente cuando el matrimonio de otro está en crisis.

—¿Qué estás insinuando?

—Insinúo que quizás estás demasiado cómodo consolando a mi esposa. Quizás este malentendido te beneficia de alguna manera.

El aire entre nosotros chisporroteaba con tensión no resuelta. Apreté los puños luchando contra

el impulso de defenderme físicamente.

—Estás siendo irracional. Sabes que nunca haría nada para lastimar a Sofía. Ni a ti. Y ella te ama. No seas idiota al dudarlo.

—¿Lo sé? —Blake espetó, su voz temblando de emoción —. Ya no sé qué creer. Mi esposa recibe un mensaje que yo no envié, y aquí estás tú, listo para ser su caballero de brillante armadura. Como siempre…

—Estás dejando que tus celos nublen tu juicio. Hay algo más grande en juego aquí, algo que no estamos viendo.

—¿Celos? —prácticamente escupió la palabra —. No me hagas reír. Solo quiero saber por qué estás tan ansioso por meterte en medio de mi matrimonio.

—Tal vez porque, a diferencia de ti, yo sí puedo ver más allá de mi propio ego. Alguien está jugando con los dos, y mientras tú estás aquí acusándome, el verdadero culpable se está saliendo con la suya.

Blake abrió la boca para responder, pero en ese momento, el sonido de tacones sobre el suelo de madera lo interrumpió. Sofía había regresado, su rostro cargaba una máscara de determinación que apenas ocultaba el tumulto emocional en su interior.

—Basta, los dos. No puedo soportar esto ahora mismo.

Ambos nos giramos hacia ella súbitamente conscientes de lo infantil que debía parecer nuestra discusión en medio de esta crisis. El aire en la habitación cambió cargándose de una mezcla de vergüenza y preocupación.

Di un paso atrás consciente de que mi presencia estaba complicando las cosas. Blake, por su parte, pareció desinflarse, toda su ira anterior era reemplazada por una expresión de puro dolor y confusión.

Fue en ese momento cuando Sofía tomó su bolso del perchero lista para salir. Se fue del apartamento dejándonos en un silencio incómodo.

—¡Voy contigo!

—Tú te quedas. Necesito estar sola.

Blake, derrotado ante su contestación, se dejó caer en el sofá mientras yo me dirigía hacia la puerta.

—Blake, sé que no quieres escucharme ahora, pero ten cuidado. Algo no cuadra en todo esto.

—Vete, Anthony. Ya has hecho suficiente.

Calculando un par de horas. Y sabiendo que era el momento, saqué el teléfono de prepago y me puse a escribir.

Tenemos que hablar. Querida Sofía, lamento que estés pasando por esto.

Sé que Blake te está engañando.

Si quieres pruebas encuéntrame mañana en el café frente a la agencia que diriges.

¡Quién eres!

Una amiga.

Por un momento disfruté pensando que Sofía seguramente caminaba por las calles oscuras de la ciudad con las lágrimas nublando su visión. Sonreí mientras enviaba otro mensaje, esta vez al teléfono de Blake.

Blake, cariño, he visto a Emily y la niña desea que pasemos la tarde juntos.
¿Qué te parece si quedamos mañana?

La peor mujer del mundo

Me desperté sobresaltado con el sol de la mañana filtrándose por las cortinas de mi apartamento. Los eventos de la noche anterior volvieron a mí en un torrente de pensamientos. Alcancé mi teléfono notando varias llamadas perdidas de Blake. Suspiré profundamente dividido entre mi lealtad hacia Sofía y el cariño hacia su marido. ¿Cómo habíamos llegado a este punto?

Mientras me duchaba mi mente repasaba los eventos. El mensaje de Blake a Sofía tan frío y distante, la reacción devastada de Sofía, su huida del hogar que compartían. Y yo, en medio de todo, tratando de mantener la calma y ser el apoyo que ella necesitaba.

Salí del baño con el frío del agua chorreando por mi cuerpo.

Hola

Un mensaje de Sofía me hizo contestar desnudo y sin pensar en el frío o el agua mojando el suelo.

Hey, ¿cómo estás?

Ni Laura ni Karina saben nada de ti.

Estaba loco de preocupación.

Lo siento. Estoy en el Hotel Riverside.

No sé qué hacer…

¿Quieres que nos veamos?

Por favor

recibí un mensaje extraño. Una mujer quiere verme.

Dice que tiene información sobre Blake.

¿La conoces?

No. ¿Crees que debería ir?

¡Que hago!

Si quieres, puedo acompañarte.

Por favor…

Nos encontramos frente al hotel. Sofía parecía un fantasma de sí misma. Mi corazón se encogió al verla así.

—Hey —dije suavemente, abrazándola —. Estamos juntos en esto, ¿de acuerdo?

Ella asintió contra mi pecho, respirando profundamente antes de apartarse.

El camino hacia el café fue tenso. Las calles de la ciudad parecían ajenas, como si el mundo entero se hubiera transformado en tan solo unas escasas horas.

El café era acogedor, pero la atmósfera se sentía cargada de anticipación. Nos sentamos en una mesa en el rincón. Yo me mantuve alerta, listo para protegerla de lo que fuera que estuviera por venir. Después de quince minutos, y cuando la tensión era casi insoportable, una mujer elegante entró en el café. Era alta, con cabello rubio platino y un porte que exudaba confianza. Sus ojos escanearon el lugar hasta que se posaron en nosotros.

—¿Sofía?

Ella asintió buscando mi mano bajo la mesa. La apreté suavemente ofreciéndole mi apoyo silencioso.

—Mi nombre es Vanessa —dijo la mujer sentándose frente a nosotros y colocando un maletín sobre la mesa.

Sentí a Sofía tensarse a mi lado. Fuera lo que fuera, lo que esa Vanessa estaba a punto de revelar, estábamos juntos.

—¿Por qué estamos aquí? ¿Qué busca?

Vanessa la miró con lo que parecía ser compasión.

—Sé que esto es difícil, pero creo que mereces saber la verdad. Blake no es el hombre que crees que es.

Con manos que parecían demasiado firmes para la bomba que estaba a punto de soltar, Vanessa abrió su maletín y sacó un sobre.

—Aquí hay fotos de las... indiscreciones de Blake.

Sofía tomó el sobre con manos temblorosas. Parte de ella quería arrojarlo lejos, negar su existencia, pero otra parte, la parte que había sido herida por el mensaje misterioso, necesitaba saber. Y he de reconocer, que yo también.

Las fotos que salieron de dentro del sobre eran devastadoras. Blake, su Blake, se encontraba en situaciones comprometedoras con una mujer que ambos conocíamos demasiado bien. Dana. Ella junto a Blake era como un puñal en su corazón. Y en el mío…

—No puede ser —las lágrimas corriendo libremente por sus mejillas.

Vanessa puso una mano sobre la de Sofía.

—Lo siento mucho. Sé que es difícil de creer, pero pensé que merecías saberlo.

Sofía apenas escuchaba. Su mente era un torbellino.

—¿Por qué? —logró preguntar Sofía—. ¿Por qué me muestras esto?

Vanessa suspiró.

—Porque he visto esto muchas veces. Blake tiene un historial de enredos. No podía quedarme callada y ver como lastimaba a alguien más. Mereces a alguien que te valore y te respete.

Sin decir ninguna otra palabra se levantó y se marchó.

Salimos del café totalmente mudos. El sol brillaba con la misma intensidad, la gente seguía caminando por las calles mientras Sofía sujetaba el sobre contra su pecho. No llegó a dar cuatro pasos cuando se detuvo. Sus lágrimas mojaban su rostro.

¿Cómo podía Blake haberle hecho esto? ¿Cómo podía haber tirado por la borda años de amor y confianza? Deseaba golpearle hasta borrarle la sonrisa que tenía en la foto junto a Dana.

—Que voy a hacer… Anthony… qué…

Sofía lloró sobre mi pecho. Yo la abracé intentando darle el consuelo que a yo también necesitaba. Ver a Dana con Blake me obnubilaba la vista. Y me resquebrajaba el corazón. Como

pude la sujeté del brazo y la llevé a mi casa.

Llamé a Laura y Karina. Sofía las necesitaba de forma urgente. Yo también.

—¿Anthony? ¿Qué pasa? —respondió Laura, su voz teñida de preocupación.

—Necesito que vengas a mi casa ahora mismo. Es Sofía. Está pasando por algo difícil.

—Voy para allá —dijo sin dudar.

—Tráete a Karina.

—Sí —contestó antes de cortar.

En menos de media hora las dos llegaron con sus rostros llenos de preocupación al ver el estado de Sofía. Observé cómo Laura y Karina se sentaban a su lado. Me mantuve de pie caminando de un lado a otro. La imagen de Dana, a medio vestir junto a Blake, me perturbaba el raciocinio.

Sofía les contó todo. Por momentos sentí una punzada en el pecho al ver su dolor. Con las manos temblando acercó el sobre a Laura, cuando esta lo abrió se quedó con los ojos como huevos fritos. Karina estiró el cuello para ver mejor.

Después de un largo rato en donde Sofía lloraba y Laura la abrazaba, Karina, que no cesaba de examinar las pruebas, habló.

—Esperen un momento —dijo sacando su teléfono —Algo aquí no cuadra.

La observé buscar algo en su teléfono antes de mostrarnos la pantalla.

—Miren esto. Esta foto es de Blake y Sofía el mismo día en que esta otra, supuestamente, fue tomada. Blake está usando una camisa diferente.

—¿Pudo haberse cambiado? —Sofía apenas pudo hablar.

—¿Y llegar en un vuelo supersónico?

Sentí que mi corazón daba un vuelco. Estaba tan obnubilado por la imagen de Dana que no utilicé la inteligencia.

—Tienes razón. Esta foto vuestra es de Maryland por la noche. Es imposible estar en dos lugares tan lejanos al mismo tiempo —dije llamándome estúpido por haberme dejado engañar como a un imbécil.

Mientras Laura y Karina seguían analizando las fotos descubriendo una chapuza tras otra, mi mente trabajaba a toda velocidad.

—Entonces, ¿todo es mentira? ¿Blake no me está engañando? —preguntó Sofía, su voz llena de esperanza y miedo a la vez.

—Cariño, ese hombre te adora. Eso lo sabemos nosotros y hasta el extraterrestre que vive en Marte.

Laura asintió con la cabeza al escuchar a Karina.

—Blake te quiere con locura. Estas fotos son un montaje.

—Blake te ama, Sofía. Nunca lo he visto tan feliz como cuando está contigo —contesté reforzando la idea de las chicas.

Vi cómo las lágrimas comenzaban a correr por las mejillas de Sofía, pero esta vez parecían ser de alivio. Mi corazón se encogió en un puño.

Estábamos emocionados cuando el teléfono de Sofía sonó. El mensaje que recibió nos heló la sangre a todos.

Tu pareja te engaña.

Espero que te hayan dado las pruebas

Número de teléfono desconocido.

El muy desgraciado se refugiaba en el anonimato. ¿O tal vez debería decir: ¿la muy desgraciada?

Cuando las chicas terminaron de refunfuñar todos los insultos posibles, me fui a la cocina a preparar algo para cenar.

—Anthony, ¿estás bien? —Karina se me acercó preocupada al encontrarme sujetándome la cabeza.

—Solo cansancio.

Ella aceptó mi contestación y yo me escabullí del tema, no deseaba confesar que creía que sabía quien estaba detrás de toda la gran mentira. No deseaba aceptar que me había enamorado de la peor mujer del mundo.

Nosotros

Blake se pasó una mano temblorosa por el cabello mirando fijamente la pantalla de su teléfono. Llevaba horas intentando contactar a Sofía, cada llamada sin respuesta era como una puñalada en su corazón. La casa, usualmente cálida y acogedora, se sentía fría y vacía sin ella.

Sofía, por favor… murmuró dejando otro mensaje de voz. Necesitamos hablar. Te amo. Sea lo que sea que está pasando, podemos solucionarlo juntos.

Dejó caer el teléfono en el sofá y se dirigió a la cocina. La botella de whisky lo llamaba, prometiendo un alivio temporal. Blake la miró fijamente debatiéndose en morir por alcohol o por desamor.

El timbre de un mensaje interrumpió sus pensamientos. Por un momento su corazón saltó pensando que podría ser Sofía. Pero el nombre en la pantalla hizo que su estómago se revolviera.

Blake, cariño, la niña quieres que pasemos la tarde juntos.
¿Qué te parece si quedamos mañana?

Sintió una mezcla de emociones: ira, confusión, y una pizca de algo que no quería reconocer. Dana, la madre de su hija, la mujer nunca había querido. Su historia era complicada, llena de momentos que preferiría olvidar. Los únicos momentos que necesitaba eran junto a Sofía.

Se dejó caer en el sofá con los recuerdos inundando su mente. Dana y él nunca habían sido una pareja por amor. Es decir, nunca habían sido una pareja. Cuando Dana se quedó embarazada fue la peor noticia que pudo tener. Emily era preciosa, ahora la adoraba, Sofía era el centro de su vida. Y de su familia.

Sofía…

El solo pensar en ella hacía que su corazón doliera.

El teléfono vibró de nuevo. Otro mensaje de Dana.

¿Podríamos quedar esta noche para hablar?
Piensa en Emily

Blake cerró los ojos con la culpa inundándolo desde lo más profundo desde su interior. Emily, ¿cómo podía explicarle a una niña que su madre natural no era nada para él? Que solo fue una noche de error. Por un momento de debilidad, consideró responder. Su dedo se cernió sobre el teclado listo para escribir una respuesta. Pero entonces, sus ojos se posaron en la foto en la mesita de café: él y Sofía sonriendo felices y enamorados.

—¡No! ¡Y mil veces no!

Se levantó decidido. Tenía que encontrar a Sofía, tenía que explicarle, hacerle entender que ella era la única mujer en su vida, que cualquier cosa que creyera que había visto o escuchado era un malentendido.

Tomó sus llaves y se dirigió a la puerta. Llevaba toda la noche sin dormir, pero no le importó. Ya no soportaba no saber nada de su chica. Justo cuando estaba a punto de salir, su teléfono sonó.

Contestó conociendo al hombre que estaba al otro lado.

—Necesitamos hablar. Es sobre Sofía... y Dana.

Blake sintió como si el suelo se moviera bajo sus pies. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué tenía que ver Dana con todo esto?

—Te escucho.

Mientras Anthony comenzaba a explicar, Blake supo que su mundo estaba a punto de cambiar para siempre. Escuchó con creciente horror mientras Anthony le explicaba la situación: las fotos falsificadas, los mensajes manipulados, la reunión de Sofía con la misteriosa Vanessa.

—Espera, espera —interrumpió con su mente dando vueltas. —¿Estás diciendo que Dana está detrás de todo esto?

—Estoy casi seguro —respondió Anthony —. He estado investigando desde que comenzó todo este lío. Dana tiene los recursos y los motivos para hacer algo así.

Se pasó una mano por el rostro, la realidad de la situación golpeándolo con fuerza.

—Dios mío, Anthony. ¿Cómo pude ser tan ciego? Debí haberme dado cuenta de que algo andaba mal cuando Dana comenzó a enviarme esos mensajes. Cuando se preocupaba tanto por Emily. Yo creí que todo era por la niña…

—No te culpes. Dana ha jugado muy bien sus cartas. Pero ahora que sabemos lo que está pasando y podemos hacer algo al respecto.

—¿Dónde está Sofía ahora? —preguntó con la preocupación evidente en su voz.

—Está conmigo. Estamos en el café Corazones. Junto a la Puerta de Alcalá, creo que deberías venir. Sofía necesita escuchar tu versión de la historia.

—Voy para allá —dijo lanzando el móvil sobre el sofá y olvidándose de que Anthony estaba al otro lado.

El amor no se planea

Cuando llegó, pude ver como miraba a Sofía a través de la ventana. Su corazón se contrajo al ver su rostro pálido y ojos enrojecidos. Quería correr hacia ella, pero se detuvo a mitad de camino, intentaba parecer calmado al aminorar el paso, aunque su actitud distaba mucho de aquello. El tiempo pareció detenerse cuando sus ojos se encontraron con los de Sofía. Por un momento, nadie habló. Luego, ella se levantó lentamente.

—Lo siento tanto. Nunca quise... Te quiero. No existe nadie más que tú. Lo juro —dijo con sinceridad desgarradora mientras ella se lanzaba a sus brazos.

—Perdóname por dudar de ti —sollozó contra su pecho.

—Al único que hay que perdonar es a mi. He sido un idiota. Siempre lo soy cuando se trata de ti —murmuró acariciando su cabeza apoyada en su pecho y presionándola para que nunca se moviera de allí—. Estamos juntos, para lo bueno y lo peor. ¿Lo recuerdas?

Cuando el beso se extendía dejé escapar una risa indiscreta.

—Odio interrumpir, pero tenemos que decidir qué hacer con Dana.

Blake asintió, sin soltar a Sofía.

—No podemos dejar que se salga con la suya. Pienso enfrentarme a ella.

—No creo que sea seguro enfrentarla —respondí mirando de soslayo a su chica.

—Dana me envió un mensaje mencionando a Emily… —respondió al darse cuenta de mis insinuaciones.

—Qué decía? —su chica contestó preocupada.

Blake les mostró el mensaje y vio cómo sus expresiones se endurecían.

—Está usando a la niña como arma de ataque—dije sin poder creer que pudiera llegar tan lejos.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Sofía, mirando a Blake con determinación. Emily es mi hija. Nadie va a separarme de ella.

Blake la sujetó contra él casi a punto de no permitirle respirar.

—Nadie va a lastimar a nuestra hija —Blake tomó una respiración profunda —. Voy a enfrentarla. Es la única solución.

—Creo que no vas a conseguir nada. Igual deberías dejarme que me encargue. Creo que puedo detenerla.

—¿Cómo? —me gustó ver que Blake aceptaba mi opinión. No preguntaba por qué yo sino cómo. Eso, en alguien tan metódico como él, resultaba un avance.

—Aún no lo sé, pero lo que sí estoy seguro es que tus buenas o malas palabras no la harán desistir.

—Lamentablemente pienso igual que tú —contestó aferrando a su chica por la cintura.

—¿Crees que podrás detenerla? —Sofía temblaba de nervios.

—Lo intentaré. Además, ya sabemos que ninguno de nosotros caeremos en ninguna de sus trampas. Si decide llevar esto más lejos, estaremos preparados. Aunque, deberemos hacerle pensar que ha comenzado a conseguir frutos.

—No pienso dejarle a mi hija

—No pienso permitir que lastime a Sofía.

Ambos respondieron con tanta vehemencia que sentí una pequeña cuota de celos. Ninguna de mis “folla amigas” demostraría ese amor incondicional por mí, y aunque en el pasado me parecía ridículo tanto salseo empalagador, esta mañana me sentía más sensible que otros días.

Los invité a sentarse y poder esclarecer nuestros planes.

Mientras salíamos del café, Blake no se separó de Sofía ni por un momento. Estaba por despedirme cuando me sujetó por el hombro.

—Te debo unas disculpas.

—Estabas furioso, yo también lo estaría. Y mucho más si intentaran quitármela —dije apretando a mi amiga por la cintura y elevándola por los aires.

—¡Que la sueltes!

Blake la quitó de mis brazos y yo le guiñé un ojo a Sofía que volvía a sonreír feliz.

—Sofía… hay algo que quiero hacer —Blake la separó para mirarla frente a frente. Ella me miró extrañada, pero alcé los hombros. No tenía ni idea de lo que estaba pasando.

Su tono de voz era tan fuerte, que toda la gente alrededor también se detuvo.

—Estos últimos días han sido un infierno. Sin ti la vida es fría y asquerosa. Tú me has enseñado a ver más allá de la desesperanza.

Los ojos de Sofía se llenaron de lágrimas mientras Blake se arrodillaba frente a ella, sacando un pequeño anillo de su bolsillo.

—Sé que ya estamos casados, pero es algo que llevo pensando hace tiempo y creo que ahora es el mejor momento. Cielo, ¿me harías el honor de casarte conmigo? ¿Otra vez?

Sofía soltó una risa entre lágrimas y suspiros ahogados.

—¡Sí! ¡Mil veces sí! —respondió lanzándose a sus brazos.

La gente alrededor comenzó a chillar. Una pareja de ancianos, que se encontraba cerca y que se detuvo al escuchar la petición de Blake, comenzó a aplaudir de lo más entusiasmada. Y una viejecita, sola, junto a su andador, se puso a llorar.

Observé la escena con una mezcla de alegría y una punzada de desconocida envidia.

Mientras la pareja compartía un beso apasionado, y los jóvenes se pusieron a silbar, el teléfono vibró.

He ganado.

Dana pensaba que su plan había funcionado. Pobre ingenua. El amor es mucho más fuerte que una foto trucada. Lástima que nunca nadie la haya amado tanto como para enseñárselo.

Respondí al mensaje.

Necesito hablar contigo
Es urgente

Mientras esperaba la respuesta me pregunté si en verdad sabía en lo qué me estaba metiendo. El teléfono vibró con la respuesta.

En una hora.

Mi casa.

Tragué saliva. El juego había comenzado, y las apuestas me daban por perdedor.

Planeando lo impredecible

Desde el viaducto de Madrid camino a paso lento y perezoso. El plan se forma en mi mente, nebuloso al principio, pero clareando a medida que me iba acercando a mi destino. A mi izquierda, la imponente Catedral de la Almudena, se erguía insuflándome valor. Mis pasos resonaban en la acera mientras avanzaba por la Calle de Bailén. El bullicio de la ciudad se mezclaba con mis pensamientos turbulentos. La situación entre Blake y Sofía me pesaba en el corazón. Mis mejores amigos destrozados por una mentira elaborada. No podía permitirlo, aunque mis sentimientos se fueran en ello.

Dana. Su nombre me provocaba una tormenta de emociones demasiado difíciles de analizar.

Pasé junto al Palacio Real, sus muros de piedra caliza brillaban tenuemente bajo las primeras luces de la noche. Me detuve observando cómo las últimas luces del día jugaban sobre su fachada. ¿Cómo podía sentirme así por alguien capaz de causar tanto dolor?

Continué mi camino adentrándome en el laberinto de callejuelas estrechas del Madrid. Los balcones de hierro forjado y las fachadas antiguas parecían preguntarme, ¿Anthony, ¿cuándo te has convertido en un completo idiota?

Finalmente, cerca de la Plaza de la Villa, su edificio, una estructura del siglo XIX, se alzaba ante mí. Las farolas, recién encendidas, proyectaban sombras danzantes sobre el pavimento. Me detuve frente a su puerta, el corazón se me detuvo asustado. Me avergonzaba reconocer, hasta para mí mismo, que anhelaba verla.

Con una mezcla de determinación y aprensión, levanté la mano para tocar el timbre. ¿Lo hago por Sofía? Por ella y por Blake. Por la pequeña Emily...

Su mirada me recorre de pies a cabeza, una mezcla de sorpresa y algo más... ¿podría ser interés? Mi cuerpo lo desearía, aunque lo contengo sabiendo que es muy poco probable. Ella es tan hermosa y yo… yo soy solo Anthony.

—Qué agradable sorpresa. Por favor pasa —dice dejándome espacio—. Vaya, vaya, ¿a qué debo semejante placer?

—Tenemos que hablar, sobre Blake y Sofía —contesto ignorando que su vestido negro pegado al cuerpo me hace salivar.

—¿Y qué podríamos tener que hablar el caballero de brillante armadura de Sofía, y yo?

—Por favor, no seas irónica, es importante que nos pongamos de acuerdo.

Tras un momento de deliberación, Dana cerró la puerta.

—Esto será interesante.

En la sala, se sentó con gracia felina en un sillón de ala ancha. Me observaba como un depredador a su presa, y Dios sabía que deseaba ser capturado.

—Adelante, sorpréndeme. Te escucho.

—Sé lo que estás haciendo.

—¿Decorar mi sala? —respondió con falsa inocencia—. Sí, es un trabajo en progreso. Esta semana me traen un mueble nuevo para esa esquina. Una verdadera obra de arte. ¿No crees que se ve demasiado vacía?

—Creo que, junto a ti, cualquier arte pierde su brillo…

Me acaricio la barbilla, orgulloso al verla perder su postura ganadora.

—Entonces puedes apagar la grabación porque no pienso reconocer nada de nada. No voy a caer en tus redes mal tejidas. Eres patético.

—No te estoy grabando —dije apoyando el móvil sobre una pequeña mesa de cristal.

—Anthony, querido, ¿has estado leyendo novelas de misterio otra vez? Te dije que eras muy niñato para esas cosas.

Sonrío divertido. Por amor bendito, cómo me gusta su faceta de mujer irónica. Si supiera lo mucho que me excita recoger con los dientes cada dardo envenenado que me lanza, estoy seguro de que ya no lo haría.

—A decir verdad, prefiero el género porno. Ya sabes —le guiño un ojo—ese en el que follan todos con todos. Aunque últimamente me gustan los de todas follando con uno. ¿Puede que me imagine que soy el protagonista? ¿Qué opinas? Creo que mi faceta de actor es un pendiente en mi vida.

—Si pretendes asustarme, te comento que no lo estás consiguiendo. Ni siquiera un poquito.

La muy malvada abrió las piernas, y las volvió a cruzar, al punto del escándalo.

Sonrío maliciosamente intentando ocultar el inmenso deseo que siento por ese calor escondido.

—He venido a ofrecerte un trato.

Dana parpadeó desconcertada. Nuevo punto para mí.

—¿Un trato?

—El trato —dije inclinándome hacia ella—verás, conozco a Blake mejor que nadie. Incluso mejor que Sofía.

Dana entrecerró los ojos, su curiosidad comenzaba a ganarle.

—¿Y eso significa?

—Sé exactamente qué botones pulsar para que caiga directamente en tus brazos —. Me acerqué al bar y me serví una copa.

El corazón de Dana se aceleró, pero mantuvo su rostro impasible. Podía notar su pulso martillando en su cuello.

—¿Por qué harías eso? Eres el mejor amigo de Sofía. Todos saben que matarías por ella.

—Si Blake va a dejarla... tal vez sea mejor que sea ahora.

Dana me observó buscando algún indicio de engaño en el rostro. No sabe que las mentiras me persiguen desde niño. Soy un maestro del escondite. Antes ocultaba quien me sentía, ahora lo hago astutamente, con lo que siento.

—No te creo. Todos hablan del amor inmenso que le tiene a esa mosquita muerta. Él no la dejará.

—Todos no conocen lo que pasa tras las paredes de su casa. Yo, sí.

Se puso en pie con los ojos achinados. Dudaba, pero no tanto como para echarme de su casa. Eso era un buen principio.

Me acerqué invadiendo su espacio personal. Dana se negó a retroceder.

—¿Por qué estaría aquí si no fuera cierto? ¿Qué gano yo con contártelo?

Dana se mordió el labio, su mente trabajaba a toda velocidad. La oferta era tentadora, demasiado buena para ser verdad. Entrecerró los ojos estudiándome con una mirada penetrante.

—Bonita historia, casi me la creo, pero ambos sabemos que la adoras. ¿Por qué harías esto?

Suspiré pasándose una mano por el rostro. Bebí un gran sorbo antes de contestar. Había picado el anzuelo.

—Las cosas no son siempre lo que parecen. Quiero que Sofía sea feliz, y ya sabes, Blake no la hará sentir como…

—Explícate —exigió escudriñando cada uno de mis gestos.

—Él… —hice una pausa como si buscara las palabras correctas, aunque las conocía perfectamente—no es el hombre que Sofía cree que es. Lo he visto. Las miradas a otras mujeres, las llamadas a escondidas, las reuniones de negocios que se alargan hasta la madrugada. Ya no lo soporto.

Dana arqueó una ceja.

—¿Él la engaña?

—Por supuesto, pero ella es incapaz de verlo —solté una risa amarga —. Está cegada por el amor. Y yo... yo soy solo el mejor amigo. El que siempre está ahí, el que ve todo y no puede hacer nada.

Dana se acercó con sus ojos brillando desconfianza.

—Aun así, ¿por qué ayudarme a mí? Podrías dejar que el tiempo haga su trabajo.

—Con tu ayuda podemos acelerar lo inevitable. Y cuando todo explote...

—Estarás ahí para recoger los pedazos —completó Dana con una sonrisa astuta formándose en sus labios.

—Solo quiero lo mejor para Sofía.

Dana dio un paso atrás procesando toda la información. Su mente trabajaba a toda velocidad sopesando los riesgos y las posibilidades.

—Todo esto suena muy conveniente, Anthony —dijo finalmente—. Demasiado perfecto para ser verdad. ¿Cómo sé que no es una trampa elaborada? Que no correrás a contarle todo a Sofía en el momento en que salgas por esa puerta.

—Porque tengo tanto que perder como tú. Si esto sale mal, no solo perderé todo lo que he construido. Mi reputación, mi carrera... ella…

Dana me miró fijamente buscando cualquier señal de engaño en mis ojos. El silencio se extendió cargado de tensión y posibilidades no dichas. Finalmente, habló con su voz cuidadosamente controlada.

—Digamos que te creo...

Respirando profundo lancé mi último dardo.

—He notado tus esfuerzos. Las flores, las fotos, las bragas... ingeniosos, pero predecibles.

Dana tensó la mandíbula.

—Han sido efectivos.

—Hasta cierto punto, pero conozco a Blake, sé cómo piensa, cómo reacciona. Podemos llevar esto al siguiente nivel y acelerar el proceso.

Los ojos de Dana brillaron con interés.

—Te escucho.

—Blake tiene un punto débil: su ego. Las flores lo ponen celoso, sí, pero tenemos que atacar donde realmente duele.

—Si lo que dices es verdad no sentía celos…

—Es dominador. No le gusta perder. Solo eso.

—Tenemos que dar golpes más certeros

—¿Y esos serían...?

—Su inseguridad. Hagámosle creer que Sofía está perdiendo interés en él. Que está mirando hacia otro lado.

Dana ladeó la cabeza intrigada.

—¿Cómo? Ella es la mujercita ideal. Dulce, agradable…Fiel. Lo he intentado todo, pero siempre se libra.

Acerqué mi rostro hasta el punto de casi rozar nuestras narices. Me niego a dejarme envolver por su seductor aroma a mujer.

—Tú seguirás con tus tácticas manteniendo la presión, mientras tanto yo, sutilmente, sembraré dudas. Comentarios casuales sobre su horario, sobre nuevos amigos en el trabajo... cualquier cosa que lo haga sentir inseguro.

—Y yo podría intensificar mis atenciones hacia Blake —añadió captando la idea.

—Exacto. Lo pondremos en una posición donde dude de la lealtad de Sofía, pero al mismo tiempo, se sienta atraído por ti. El conflicto interno lo llevará a tus brazos.

Dana se paseó por la habitación considerando el plan.

—Es arriesgado. Si Sofía sospechara...

—Ahí es donde entro yo, soy su confidente. Puedo manejar sus sospechas, calmar sus temores. Mientras tú te ocupas de Blake, yo me aseguraré de que Sofía no interfiera.

—Y mientras tanto la consuelas como algo más que un amigo —Dana se detuvo con una mezcla de admiración y cautela —. Eres más astuto de lo que pensaba, casi me pregunto si debería confiar en ti.

—No tienes que confiar en mí, solo en alinear nuestros intereses. Yo quiero a Sofía y tú quieres a Blake.

Cuando terminé de hablar miré al techo esperando que, desde el cielo, la abuela de Sofía, mujer a la que respeté como si fuera mi propia sangre, me perdonara por tanta mentira. El universo sabía que amaba a Sofía, pero no de aquella manera.

Dana lo consideró por un momento antes de quitarme la copa.

—Bien, estoy dentro. ¿Por dónde empezamos?

—Mañana hay una fiesta de la agencia en el Seasons. Tú estarás allí, por supuesto. Y yo... me aseguraré de que Sofía llegue tarde. Muy tarde.

Dana asintió, su mente ya maquinaba su próximo movimiento.

—Parece que tenemos un trato.

—Así es —confirmo extendiendo la mano —. Que comience el juego.

Mientras estrechábamos las manos la tensión en la habitación era palpable. Dos mentes astutas unidas en un plan peligroso. El tablero estaba listo, las piezas en su lugar, solo el tiempo diría quién saldría victorioso en este juego de engaños y deseos.

La miré fijamente.

Nuestras manos aún permanecían unidas después del apretón. La tensión en el aire cambió volviéndose denso y eléctrico.

Sin saber porqué, un impulso irresistible, una atracción que había estado negando durante

semanas, se apoderó de mi cuerpo. Sin pensarlo me incliné hacia adelante y presioné los labios contra los suyos. Como si fuera lo más normal del mundo.

Por un momento el tiempo pareció detenerse en su boca. Dana, sorprendida al principio, no lo rechazó. Respondió moviéndose contra mi boca con una intensidad que nos sorprendió a ambos.

Cuando finalmente nos separamos, al abrir los ojos, desperté. Ella tenía una sonrisa maliciosa. Me odié por ese segundo de vulnerabilidad que podía llevarme hacia el fracaso.

—¿Qué fue esto? ¿Un momento de debilidad? Creía que tu corazón estaba con Sofía. Sabía que mentías.

—Uy preciosa, mi corazón nada tiene que ver con un beso. No te confundas —. Por un momento consideré besarla de nuevo con el deseo de llegar mucho más allá, pero el recuerdo de Sofía, de su familia, de mis amigas… me ancló a la realidad —. Cuerpo y sentimientos no son lo mismo. Hemos sellado un pacto. Nuestras cartas están claras. Hay mucho que preparar para mañana. Nos vemos. Espero no te acobardes…

Con esas palabras salí a toda velocidad.

A las tres calles, junto al lateral del palacio real, conseguí apoyarme en la pared fría. El corazón se me escapaba por la garganta. Moví los labios intentando volver a sentir mi lengua y no la suya.

Calmando mi revolución sentimental como pude, busqué el móvil.

Está hecho.

Blake solo puso un dedo pulgar en alto en respuesta.

Mi vacío

El silencio cayó sobre el apartamento, como un manto pesado roto solo por el suave clic de la puerta al cerrarse tras Anthony. Por un momento me quedé inmóvil con el corazón latiendo con un ritmo errático que no lograba descifrar. ¿Era triunfo? ¿o confusión?

Con pasos lentos, casi flotando, me dirigí hacia el gran ventanal.

La ciudad se extendía en un mar de luces parpadeantes que parecían reflejar el caos en mi interior. Mis dedos rozaron los labios aún cosquilleando por el beso inesperado de Anthony.

—¿Qué? —susurré acariciando mi piel desolada.

Me alejó bruscamente de la ventana dirigiéndome al bar. El tintineo del cristal resonó en el silencio mientras me servía una generosa copa de vino tinto. El líquido rubí brilló al moverlo con nerviosismo. La antigua copa se encontraba vacía con la huella de la boca de Anthony en el borde. No pude evitar volver a acariciar los míos. Él me desagradaba. Lo odiaba, entonces ¿por qué seguía sintiendo mi boca vacía?

Bebí profundamente dejando que el sabor rico y complejo del vino llenara mis sentidos. Cerré los ojos y la imagen de Blake apareció en mi mente: su sonrisa, sus ojos oscuros como la noche atractiva. Sí, él era el hombre ideal.

—Blake… —murmuré como una plegaria.

El recuerdo de nuestro primer encuentro me inundó. No había sido nada extraordinario: una fiesta de la industria, copas tintineando, risas forzadas y networking disfrazado de diversión. Pero cuando nuestros ojos se encontraron a través de la habitación, el mundo se detuvo para mí. Se había acercado ignorando a las modelos y celebridades que intentaban captar su atención. "Disculpa," había dicho, su voz grave enviando escalofríos por mi columna, "pero no pude evitar notar que eres la única persona aquí que parece tan aburrida como yo." “Tan obvio es?" Respondí nerviosa. "Solo para alguien que está buscando una salida de emergencia," había respondido él, guiñándome un ojo. Y así, en medio de una fiesta llena de superficialidad, había encontrado al amor de mi vida.

Abrí los ojos volviendo al presente. La copa de vino estaba vacía al igual que el apartamento, y mi vida.

Me levanté moviéndome hacia el espejo de cuerpo entero en el pasillo. El reflejo me devolvió la mirada: cabello perfecto, maquillaje impecable, vestido que abrazaba cada curva. La imagen de la perfección. ¿Es esto todo lo que soy?

Desde que tenía memoria fui la chica guapa. En la escuela, en las pasarelas, en las fiestas de la alta sociedad. Siempre admirada, siempre deseada, pero rara vez vista como una mujer con sentimientos que demostrar.

Blake, sin embargo, él había sido diferente. Él había preguntado sobre mis sueños. Por primera vez había sentido que a alguien le importaba. Pero entonces llegó Sofía.

Me serví otra copa de vino.

El alcohol no borraría los problemas, lo sabía, pero al menos suavizaría los bordes afilados de la realidad.

¿Por qué ella y no yo? Me pregunté pensando en Sofía. Si ella no existiera yo no me sentiría tan…sola.

Bailemos

Ajusté el vestido nerviosamente mientras esperaba a Anthony en el elegante bar del hotel. Este era nuestro tercer encuentro, casual, programado. Hasta ahora mis esfuerzos habían sido infructuosos, pero ya no estaba segura de si eso me molestaba o aliviaba.

Llegó puntual como siempre, con su habitual aire de confianza, ese que inundaba allí donde fuera. Pero esta noche, había algo resplandeciente en sus ojos. Una sombra de atractivo diferente. Porque no importaba lo mucho que lo odiara, el atractivo de Anthony era irrefutable.

Mientras se acercaba a la mesa sentí un escalofrío recorrer mi espalda. Su sonrisa, esa maldita sonrisa que siempre lograba inquietarme, hizo que mi corazón diera un vuelco hacia algún lugar desconocido.

—Buenas noches —dijo con su voz profunda enviando ondas de calor a través de mi cuerpo.

—Anthony —respondí intentando mantener mi voz fría y distante. Pero incluso yo, podía notar el ligero temblor que me recorría la piel.

Se sentó frente a mí, sus ojos nunca dejando los míos. ¿Siempre habían sido tan intensos? ¿Tan penetrantes? Sentí como si pudiera ver a través de todas mis defensas y todos mis engaños.

—Te ves hermosa esta noche —su voz era suave como el terciopelo.

Las palabras, tan simples y poderosas, hicieron que mi corazón se acelerara. Luché contra el rubor que amenazaba con teñir mis mejillas. Esto no era parte del plan.

—Gracias —murmuré tomando un sorbo de mi copa para ocultar mi confusión.

Mientras la noche avanzaba me encontré cada vez más cautivada por Anthony. Su risa, la forma en que sus ojos se iluminaban cuando hablaba de algo que le apasionaba, la manera en que su mano ocasionalmente rozaba la mía... todo ello enviaba chispas de electricidad a través de mi cuerpo.

Una parte de mí quería rendirse, dejar caer todas las pretensiones y simplemente disfrutar de su compañía. Pero otra parte, la parte que me recordaba constantemente mi objetivo, luchaba contra estos sentimientos traidores.

Es el enemigo, me repetía una y otra vez. El obstáculo en mi camino hacia Blake. Solo es una alianza necesaria. Y, sin embargo, con cada minuto que pasaba, esa voz se hacía más débil. Cada sonrisa de Anthony, cada mirada, cada palabra amable erosionaba un poco más mi resolución.

—¿Estás bien? Pareces distraída.

—Sí, perfectamente.

Pedimos las bebidas y caímos en la rutina habitual de vigilancia discreta. Pero esta noche, el silencio entre nosotros, se sentía diferente, cargado de algo indefinible. Finalmente, Anthony habló.

—¿Alguna vez te preguntas si estamos haciendo lo correcto?

Lo escuché sorprendida por la pregunta y por la honestidad en su tono. Bebió de su copa mirando hacia la distancia, sin mirarme.

—Todo el tiempo —admití en voz baja arrepintiéndome al instante de mi inesperada sinceridad

Anthony asintió mirando su bebida intacta. Sin decir nada más durante mucho tiempo. Se lo agradecí.

—Hoy es sería el cumpleaños de su abuela —dijo de repente.

Contuve la respiración sin saber qué decir. Nunca había visto a Anthony así, tan... humano.

—Ella... ella se parecía mucho a Sofía —continuó con su voz apenas en un susurro —. Brillante, amable, siempre viendo lo mejor en todos. Ella me aceptó como su nieto. Me quiso cuando nadie lo hacía —. Se detuvo incapaz de terminar la frase.

Sin pensarlo extendí la mano y la coloqué sobre la suya.

—Lo siento mucho —dije suavemente olvidando que hablábamos de la abuela de Sofía, mi fiel enemiga.

Me miró sorprendido por el gesto, sin embargo, al momento, su mirada me envolvió con calor ardiente. Tardó varios minutos antes de volver a hablar.

—¿Por qué haces esto realmente? ¿Es solo por Blake?

—Yo... —comencé, pero me detuve. ¿Por qué lo hacía realmente? Ya no estaba segura ni de mi nombre. Siempre he querido ser vista. No solo admirada o deseada, sino realmente vista. Y por alguna razón, pensé que Blake podría hacer eso. Él me dio algo más que sexo. Yo lo había sentido. Y quería volver a sentirlo. Quería ser esa chica especial a la que se deseaba volver a ver —no lo entenderías.

Hundí mi nariz en la copa.

¿Cuándo fue la última vez que alguien me preguntó cómo estaba y realmente quiso saber la respuesta? Me quedé en silencio nerviosa ante el interés de Anthony.

Cerré los ojos tratando de recordar a Blake y nuestros breves encuentros. Unas pocas noches juntos, momentos robados entre reuniones y sesiones de fotos. Y todas antes de conocerla a ella… ¡No! Eres hermosa, me había dicho. ¡Lo había dicho!

Una lágrima solitaria rodó por mi mejilla.

La soledad me envolvía como una manta pesada y sofocante. Con millones de seguidores en Instagram y miles de proposiciones indecentes no contaba con ningún amigo verdadero. Era una mujer admirada por muchos y querida por nadie. ¿Era por eso por lo que me aferraba a la idea de Blake?

Los recuerdos se mezclaban con mis deseos, y ya no estaba segura de qué era real, y qué era una fantasía nacida de mi desesperación por asesinar a mi soledad.

Anthony cortó el silencio como si hubiera sido capaz de escuchar cada uno de mis pensamientos.

—Eres más que una cara bonita. Mucho más.

Antes de que pudiera responder, Anthony se tensó.

—Ahí está —murmuró señalando discretamente hacia la entrada del salón y cortando mis pensamientos de lucha interior.

—¿Quién?

Anthony arqueó una ceja y me sentí una estúpida. Por unos momentos me había olvidado totalmente de Blake. Era la primera vez que me pasaba en meses. Mientras observábamos a Blake y Sofía entrar riendo y tomados de la mano, recordé porqué estaba allí. Quería experimentar lo que esa mujer me había robado.

Miré a Anthony que observaba a la pareja con una expresión indescifrable. ¿Miraba a Sofía? ¿qué veía en esa chica tan vulgar? ¿por qué la deseaba?

Tomé un sorbo de la bebida para no volver a ser descubierta en mis pensamientos. Esta noche había visto un lado de Anthony más atractivo que ninguna otra y me preguntaba qué más podría descubrir si se permitiera realmente conocerlo.

Volví a beber. Esta vez un sorbo mucho más largo y algo más nerviosa.

El evento llegaba a su fin. Al diseñador de vestidos le gustaba cerrar sus presentaciones con un vals, y todos, aún no sabiendo nada de música, lo bailábamos. Me puse a temblar de solo imaginar el ridículo que iba a hacer, pero Anthony se encargó de darme seguridad. Después de un par de vueltas en sus brazos me sentía una bailarina del Teatro Real. Aún en sus brazos, el mundo giraba a mi alrededor con un color tan brillante y atractivo, que disfrutaba del viento acariciando mis mejillas. De repente, un movimiento captó mi atención. Al otro lado del salón, Blake y Sofía parecían estar en medio de una acalorada discusión.

—Anthony, mira —susurré con el corazón acelerado —. Está pasando.

Sus brazos aún rodeando mi cintura me presionaron con mayor fuerza y una deliciosa cuota de delicadeza.

—Paciencia, Dana. No hagas nada precipitado.

Observamos, fascinados, cómo Sofía hacía un gesto exasperado y se alejaba de Blake desapareciendo entre la multitud. Blake se quedó inmóvil por un momento, su mandíbula tensa visible incluso en la distancia. Luego, con un movimiento brusco, se giró y salió por una puerta lateral. Sentí que el corazón daba un vuelco.

—Es mi oportunidad —dije empezando a separarme de Anthony.

Pero él me retuvo suavemente, sus dedos ejerciendo una presión gentil, pero firme.

—Si vas tras él ahora parecerá demasiado obvio. Debemos jugar con inteligencia.

Me mordí el labio dividida entre el deseo de correr tras Blake y la lógica de las palabras de Anthony.

—¿Y si perdemos nuestra oportunidad?

Anthony me hizo girar suavemente hasta tenerme frente a frente. Un hilo de cabello era la distancia que nos separaba. La música había terminado, aún así, él continuaba con sus manos en mi cintura. Sus ojos intensos se clavaron en los míos.

—Confía en mí. Esta noche has plantado la semilla. Ahora debemos dejar que crezca.

Algo en su mirada, en la firmeza de su tono, hizo que me relajara.

—¿De verdad lo crees?

—¿Por qué crees que discutían? Él no cesaba de mirarte.

—Tienes razón —admití permitiendo que una sonrisa se extendiera por mi rostro al ver por encima del hombre de Anthony como Blake comenzaba a centrar su mirada en mí nuevamente —. Esta noche es para celebrar —contesté con una carcajada que lanzó mi cabeza hacia atrás al sentirme el centro de atención del mundo de Blake.

—¿Qué tal otro baile? —dijo sosteniendo mi cintura con fuerza.

Sin esperar respuesta, me hizo girar en mis pasos. La orquesta había comenzado una nueva melodía, lenta y seductora. Con una mano en mi espalda baja y la otra entrelazada con la mía me dejé llevar. El calor de su cuerpo, el aroma de su colonia, la fuerza de sus brazos a mi alrededor... todo se combinaba para crear una sensación de euforia que rivalizaba con el triunfo que sentía al saberme, aunque sea por unos momentos, una chica querida.

—Estuviste magnífica esta noche —murmuró con sus labios rozando mi oído —Blake te ha estado observando.

—Eso es porque eres un excelente compañero de baile.

¿De verdad había dicho eso?

—Solo el mejor para ti, cariño —respondió con sus ojos brillando con algo que no pude identificar.

Seguimos bailando perdidos en un mundo en el que me sentía ligera y exuberante. Cada giro, cada paso, cada toque de Anthony, enviaba chispas por mi piel eufórica.

—Me haces olvidar el porqué estoy aquí.

—¿Sí? —Anthony arqueó una ceja.

—Bueno, quiero decir… ya me entiendes.

Anthony sonrió y yo giré el rostro para poder morderme la lengua con fuerza.

—Perfectamente. Creo que esta noche no tengo intención de dejarte ir.

La música cambió de nuevo, pero yo apenas lo sentí. Nuestros cuerpos continuaron moviéndose juntos. Me sentía embriagada, no por el champán, sino por la sensación de sus brazos a mi alrededor.

—Anthony… —susurré con la voz apenas audible sobre la música.

—¿Sí? —respondió con sus ojos fijos comiéndome con la mirada.

Abrí la boca, pero las palabras se quedaron atascadas en mi garganta. ¿Qué iba a decir? ¿Que esta noche había sido perfecta? ¿Que, por primera vez en mucho tiempo me sentía verdaderamente feliz? ¿Que, tal vez, había estado persiguiendo el sueño equivocado?

Antes de que pudiera hablar, Anthony se inclinó, sus labios rozando mi mejilla en un beso suave como una pluma.

—Yo también lo siento.

Y con eso, cerré los ojos y la boca. No quise pensar y mucho menos preguntar.

Mañana me preocuparía por Blake, por Sofía, por el plan, y por mis temblores al sentirme cerca de Anthony. Pero ahora, en este momento perfecto, solo existíamos nosotros. Una mujer siendo deseada por algo más que un cuerpo vacío.

La trampa de cupido

Mis tacones resonaban en el suelo de mármol mientras caminaba de un lado a otro, cada paso un eco de los latidos frenéticos de mi corazón. Desde la última vez, y de eso ya hacía tres días, no cesaba de sentir el calor del cuerpo de Anthony en mi cintura. Sus dedos largos y fuertes sujetando mi mano temblorosa. ¡No! No seré otro juguete roto en brazos de alguien que no busca más que mi cuerpo. Porque sí, estaba segura de que a Anthony le gustaba, pero amor… eso era otra cosa.

Mi plan debía continuar. Blake era mi única salvación.

En un minuto, según mis cálculos meticulosamente planeados, Blake entraría por esa puerta giratoria. En tres minutos estaríamos los dos solos en el ascensor. Y en seis minutos, si todo salía según lo planeado, quedaríamos atrapados entre el piso quince y el dieciséis. Y una vez solos, al fin me encontraría con su cuerpo dentro del mío.

El sonido de la puerta giratoria me sacó de mis pensamientos. Mi corazón dio un vuelco cuando vi una figura masculina entrar, pero se desinfló al instante, al ver que era aquél al que no esperaba.

—¿Qué demonios haces aquí? —espeté, la sorpresa rápidamente reemplazada por la ira.

—Ya veo lo mucho que me has echado de menos.

Si el supiera que lo recuerdo mucho más de lo que debiera…

Anthony se acercó, su expresión una mezcla de preocupación y determinación.

—Dana, no puedes hacer esto —dijo con su voz baja pero firme.

Sentí que la rabia burbujeaba en mi interior.

—¿Hacer qué, exactamente? ¿Venir a mi lugar de trabajo? ¿Desde cuándo necesito tu permiso para eso? Hoy tengo casting de lencería para un anunciante.

Anthony suspiró pasándose la mano por el pelo. Que terriblemente guapo se veía cuando se despeinaba más de lo que ya estaba.

—Sabes a lo que me refiero. Lo del ascensor. Lo de Blake. No es una buena idea. Hazme caso.

Me quedé helada. ¡¿Cómo lo sabía?!

—No sé de qué estás hablando —mentí, pero mi voz tembló traicionándome.

—Entiendo por qué quieres hacer esto, pero piensa en las consecuencias. ¿Qué pasa si Blake se siente acorralado? Podría alejarse aún más.

Sus palabras me golpearon como una bofetada. No había considerado esa posibilidad.

—Eso no... eso no pasaría —dije denotando que la duda se había instalado en mi voz.

Anthony dio un paso más cerca y pude oler su colonia. Era un aroma embriagador que nublaba mis sentidos.

—Escucha —dijo suavemente—. Sé que crees que esto te acercará a Blake, pero hay mejores maneras. Acciones un poquito más elaboradas.

Estaba a punto de responder que llevaba dos días con el teléfono encima esperando que él me llamara y me propusiera esas maravillosas ideas, cuando el sonido de la puerta giratoria nos interrumpió. Mi corazón se detuvo por un segundo cuando vi quién entraba.

Blake.

Estaba tan guapo como siempre. Con su traje perfectamente ajustado, y ese aire de confianza que siempre me había atraído, me dejaron sin aliento. Por un momento, nuestras miradas se encontraron, y sentí que el mundo se detenía. Fue en ese instante cuando sus ojos se desviaron hacia Anthony, que estaba parado a mi lado. Vi cómo su expresión cambiaba con una mezcla de confusión y algo que parecía... ¿molestia?

—Buenos días, Dana, Anthony.

—Buenos días, Blake —respondí, odiando cómo mi voz sonaba temblorosa.

Anthony solo asintió en reconocimiento.

Hubo un momento de silencio incómodo mientras los tres nos mirábamos. Luego, Blake hizo un gesto hacia el ascensor, y hacia nuestros cuerpos de delante que le obstruían el paso.

—Mejor subiré por las escaleras. Necesito el ejercicio —dijo con una risa forzada.

Y antes de que yo pudiera decir algo, se dio la vuelta y se dirigió hacia las escaleras. Sentí que mi corazón se hundía. Mi plan, tan cuidadosamente elaborado, se había desmoronado en cuestión de segundos.

—¡Mira lo que has hecho! —grité a Anthony, la frustración y la decepción convirtiéndose en ira —. ¡Lo has arruinado todo!

Intenté alejarme, pero me sujetó del brazo. Su agarre era firme, pero no doloroso.

—Espera. No es lo que piensas.

—¿No? —escupí las palabras—. ¿Entonces qué es, Anthony? Porque parece que has venido solo para arruinar mis planes.

Me miró fijamente, sus ojos oscuros e intensos me llevaron con ellos.

—Estoy aquí para ayudarte —dijo con su voz firme y masculina—. Estamos juntos en esto, ¿recuerdas? El plan para separar a Blake y Sofía.

Me quedé sin aliento. Era cierto, Anthony me había dicho que me ayudaría, que quería ver a Blake y Sofía separados tanto como yo.

—Yo... yo no... —balbuceé sintiendo cómo la ira se desvanecía y era reemplazada por la confusión.

—Escúchame —continuó—. Tu plan era bueno, pero demasiado obvio. Blake habría sospechado inmediatamente. Necesitamos ser más sutiles, más estratégicos.

Me encontré perdiéndome en sus ojos, en la intensidad de su mirada. Había algo en la forma en que me miraba que hacía que mi corazón latiera desesperadamente buscando aire.

—¿Qué sugieres entonces?

Anthony sonrió, una sonrisa que era a la vez atractiva y peligrosa.

—Tengo algunas ideas. Pero primero necesitamos salir de aquí. Blake podría volver en cualquier momento.

Asentí, todavía un poco aturdida por el giro de los acontecimientos. Anthony soltó mi brazo, pero mantuvo una mano en la parte baja de mi espalda mientras me guiaba hacia la salida.

—¿A dónde vamos? —pregunté mientras salíamos a la calle.

—A un lugar donde podamos hablar en privado —respondió—. Conozco un café discreto a unos metros de aquí.

Mientras caminábamos, no pude evitar notar lo bien que se sentía la mano de Anthony en mi espalda. Era un toque firme, seguro, que enviaba pequeñas descargas eléctricas por mi columna.

—¿Por qué haces esto?

Vi algo parpadear en sus ojos, una emoción que no pude descifrar.

—Es... complicado.

Sus palabras me dejaron con más preguntas que respuestas, pero decidí no presionar. Al menos no por ahora. Llegamos al café, un lugar pequeño y acogedor con mesas de madera oscura y luces tenues. Anthony me guio hacia una mesa en el rincón más alejado en donde tendríamos privacidad para hablar.

—Entonces —dije una vez que nos sentamos y el camarero tomó nuestras órdenes—. ¿Cuál es tu gran plan?

Anthony se inclinó hacia adelante, sus ojos brillando con una mezcla de astucia y algo más... algo que hizo que mi estómago diera un vuelco.

—El truco —dijo en voz baja— es hacer que Blake dude de Sofía, no al revés. Hacer que se pregunte si ella es realmente tan perfecta como cree.

—¿Y cómo sugieres que hagamos eso? —pregunté intrigada, a mi pesar.

Anthony sonrió, una sonrisa que prometía problemas y aventuras.

—Bueno, para empezar —dijo—, vamos a necesitar tu ayuda para crear algunas... situaciones comprometedoras.

Sentí un escalofrío recorrer mi espalda. Parte de mí sabía que lo que estábamos planeando estaba mal, que podría lastimar a personas inocentes. Pero, otra parte, una parte que crecía cada vez más fuerte, estaba emocionada por la perspectiva de trabajar con Anthony, de ser parte de algo emocionante y peligroso.

—Estoy escuchando —dije, inclinándome hacia él.

Y así, en ese pequeño café, Anthony y yo comenzamos a tejer una red de engaños y manipulaciones que cambiaría nuestras vidas para siempre. O al menos eso yo esperaba.

El camarero se acercó y Anthony comenzó a pedir.

—Café con leche de soja junto a unas cuantas galletas de jengibre, para la señorita. Para mí un café expreso.

El destello de sorpresa en mis ojos fue demasiado evidente.

—Sí, Dana, te conozco mejor de lo que crees.

Me quedé sin palabras y sin pensamientos.

—Sé que estás enfadada conmigo. Y lo entiendo. Pero necesito que me escuches. Realmente estoy de tu lado en esto.

—¿Lo estás? Porque hace unos minutos parecía que estabas haciendo todo lo posible por arruinar mi plan.

—Tu plan era arriesgado. Y demasiado obvio. Blake habría sospechado inmediatamente, y eso podría haber arruinado cualquier oportunidad que tuvieras.

—¿Entonces qué sugieres?

La partida comienza

Aquí venía la parte difícil. La mentira que me revolvía el estómago, pero necesaria.

—Mira, Dana —dije, forzándome a mirarla directamente a los ojos—. Hay algo que necesitas saber. Algo que he estado ocultando.

Ella se inclinó hacia adelante intrigada.

—¿Qué es?

Tomé una respiración profunda.

—Estoy enamorado de Sofía.

Vi cómo sus ojos se abrían de par en par con la sorpresa evidente en su rostro.

—Eso ya lo diste a entender.

—Pero no como ahora. Lo que digo es serio. La quiero más que a nadie. Y no me importa si para ello me llevo por delante a Blake.

Afirmé sintiendo cómo la mentira se asentaba pesadamente en mi pecho.

—Si Blake y Sofía se separan, tal vez... tal vez yo tenga una oportunidad.

Dana me miró fijamente, como si me estuviera viendo por primera vez.

—Nadie lo sabe —dije, forzando una sonrisa triste—. He guardado este secreto durante mucho tiempo. Y necesito que no salga de esta cafetería.

Vi cómo la comprensión comenzaba a brillar en sus ojos. De repente, todo tenía sentido para ella. Mi constante presencia en la vida de Sofía, mi resistencia inicial a su plan, mi repentino cambio de opinión. Dana juntaba las piezas creyendo firmemente que se encontraba ante la verdad absoluta.

—Por eso quieres ayudarme —dijo lentamente—. Esto no es solo un capricho, ni una ayuda a tu amiga de su marido mujeriego. Si yo consigo a Blake...

—Yo tendré una oportunidad con Sofía —completé la frase por ella.

Dana se recostó en su silla procesando esta nueva información. Pude ver las emociones cruzando su rostro: sorpresa, comprensión y finalmente, determinación.

—Está bien —dijo después de un momento—. Aceptaré tus consejos de conquista. ¿Cuál es tu gran plan?

Sentí una punzada de culpa al ver la confianza en sus ojos. Mis mentiras actuales no eran como las anteriores, estas me mareaban el estómago. Pero me obligué a seguir adelante. Esto era por el bien de Sofía.

—Como dije, necesitamos ser sutiles —expliqué—. Crear situaciones que hagan que Blake dude de Sofía, que se pregunte si ella es realmente tan perfecta como cree.

—¿Cómo qué?

—Bueno, para empezar, podríamos hacer que Blake accidentalmente vea a Sofía en situaciones que parezcan comprometedoras. Nada demasiado obvio, solo lo suficiente para plantar la semilla de la duda.

Vi cómo una sonrisa comenzaba a formarse en los labios de Dana.

—Eso podría funcionar. Pero ¿cómo lo haremos?

—Tengo algunas ideas —dije sacando mi teléfono—. Por ejemplo, sé que Sofía tiene una

reunión importante mañana con un cliente. Podríamos hacer que parezca que está teniendo una cita romántica en lugar de una reunión de negocios.

Dana asintió, sus ojos brillando con entusiasmo.

—Y supongo que es ahí donde entro yo.

—Exacto —confirmé—. Necesitaré que accidentalmente te encuentres con Blake mañana y lo lleves al restaurante donde Sofía tendrá su reunión.

—Puedo hacer eso —dijo Dana, una sonrisa formándose en sus labios—. Será fácil convencer a Blake de que me acompañe a almorzar. Siempre ha sido un caballero.

Sentí una punzada de algo que se parecía peligrosamente a los celos, pero la ignoré.

—Perfecto. Mientras tanto, yo me encargaré de que la reunión de Sofía parezca más... íntima de lo que realmente es.

Dana me miró con una mezcla de admiración y algo más que no pude descifrar.

—Eres bueno en esto, Anthony. Nunca lo habría imaginado.

Me encogí de hombros, intentando parecer modesto.

—Años de trabajar en marketing. Aprendes a manipular percepciones.

Pasamos la siguiente hora detallando nuestro plan, discutiendo cada aspecto y posible resultado. Ver a Dana tan animada, tan llena de esperanza, hizo que mi culpa se intensificara. Pero me recordé a mí mismo por qué estaba haciendo esto. Por Sofía. Por Blake. Por el amor verdadero que ellos compartían y que yo estaba determinado a proteger. Finalmente, cuando nuestras tazas estaban vacías y el plato de galletas no era más que migajas, Dana miró su reloj y suspiró.

—Debería irme —dijo—. Tengo que prepararme para mañana.

Asentí, poniéndome de pie.

—Te acompaño a la salida.

Mientras caminábamos hacia la puerta, Dana se detuvo y me miró.

—Anthony, yo... gracias. Por confiar en mí. Por ayudarme.

La culpa me atravesó como un cuchillo.

—Lo hago por los dos.

Dana sonrió, y por un momento, vi a una chica desconocida. A una joven solitaria y vulnerable.

—Nos vemos mañana —dijo, y antes de que pudiera reaccionar, se puso de puntillas y me dio un beso en la mejilla.

La vi alejarse, su cabello rojizo ondeando en la brisa de la tarde. Cuando desapareció de mi vista, me permití soltar el aliento que no sabía que estaba conteniendo.

¿En qué terrible lío estaba?

Regresé a mi apartamento con la mente hecha un torbellino. Por un lado, había logrado mi objetivo: Dana confiaba en mí, creía firmemente que estábamos del mismo lado. Esto me permitiría controlar la situación, proteger a Sofía. Pero, por otro lado, la culpa me carcomía. Había mentido descaradamente, había manipulado a alguien que confiaba en mí. Y lo peor de todo, una pequeña parte de mí había disfrutado de la complicidad con Dana, de la forma en que sus ojos brillaban cuando tramábamos juntos. Me dejé caer en el sofá cerrando los ojos y masajeándome las sienes. El plan estaba en marcha, pero ¿a qué coste? ¿Realmente podría mantener esta farsa? ¿Y qué pasaría cuando Dana inevitablemente descubriera la verdad?

Mi teléfono vibró sacándome de mis pensamientos. Era un mensaje.

Mañana será un gran día.

Nuestro día

Miré fijamente el mensaje sintiendo cómo mi estómago se retorcía. Mañana sería un gran día, sí. Pero no de la manera que Dana esperaba.

Con un suspiro, me levanté y me dirigí hacia la calle. No podía descansar. Mañana sería un día largo, lleno de mentiras y manipulaciones. Pero, mientras me puse a andar, no pude evitar que mis pensamientos volvieran a Dana. A la forma en que sus ojos brillaban cuando sonreía, a la suavidad de sus labios en mi mejilla. Me estaba adentrando en un juego peligroso. La partida apenas comenzaba, y yo ya no estaba seguro de cuales eran las reglas.

Mi reina

La noche del baile de máscaras de la empresa llegó más rápido de lo que esperaba. Mientras me ajustaba el antifaz negro frente al espejo, no pude evitar pensar en los eventos de la semana pasada. El plan que Anthony y yo habíamos trazado en el café había funcionado perfectamente. Blake había visto a Sofía en lo que parecía una cita romántica con un cliente, justo como Anthony había planeado. La duda se había plantado en su mente, podía verlo en la forma en que miraba a Sofía cuando creía que nadie lo observaba. Pero en lugar de acercarse a mí como esperaba, Blake se había vuelto distante para con todos. Y ahora, aquí estaba yo, preparándome para otra noche de intrigas y manipulaciones. Anthony me había asegurado de que esta fiesta de disfraces era la oportunidad perfecta para dar el siguiente paso en nuestro plan. Y le haría caso. Sus ideas además de geniales eran efectivas. Sigo sin comprender que ven los hombres en ella. La muy tonta sonreía y todos se quedaban atontados.

Recuerda, me había dicho esa tarde por teléfono, con su voz baja y urgente, tu disfraz es de Cleopatra. Yo iré de Marco Antonio. Es crucial que no nos confundamos.

Tomé una respiración profunda y me miré una última vez en el espejo. El vestido dorado se ajustaba perfectamente a mis curvas, el maquillaje era impecable, y la peluca negra completaba el look. Era Cleopatra renacida.

Al llegar al salón de eventos me quedé sin aliento. El lugar estaba transformado en una fantasía de luces tenues, telas vaporosas y máscaras misteriosas. La música suave flotaba en el aire, mezclándose con el murmullo de las conversaciones y el tintineo de las copas de champán.

Escaneé la multitud buscando. Fue entonces cuando lo vi. Alto, imponente, vestido con una toga blanca y una corona de laureles. César era Blake.

Mi corazón dio un vuelco.

Me acerqué lentamente preparándome para poner en marcha nuestro plan. Pero justo cuando estaba a unos pasos, una mano firme me sujetó del brazo.

—Dana —la voz de Anthony, baja y urgente me sobresaltó —. Cambio de planes. Blake sospecha algo. Necesitamos ser más cuidadosos.

Me giré para mirarlo sorprendida por la intensidad en sus ojos oscuros detrás de su máscara. Vestido como Marco Antonio, Anthony estaba impresionante. Por un momento, me olvidé de respirar.

—¿Qué quieres decir? —susurré consciente de las miradas curiosas a nuestro alrededor.

—Te lo explicaré todo, pero no aquí —. Por ahora, sigue mi ejemplo.

Antes de que pudiera protestar, Anthony me atrajo hacia sí y comenzamos a bailar. Su cuerpo se movía con gracia guiándome con una seguridad que me dejó sin aliento. Sus pies eran unos expertos y mi cuerpo se sentía agradecido de ser guiado por esas manos.

—Blake nos está mirando —murmuró en mi oído —. Necesitamos que crea que estamos... distraídos el uno con el otro.

Sentí un escalofrío recorrer mi espalda. ¿Era por la cercanía de Anthony o por la emoción del engaño? Ya no estaba segura de nada.

Mientras bailábamos, Anthony me puso al día. Al parecer, Blake había comenzado a sospechar. Necesitábamos cambiar de táctica, ser más sutiles.

—¿Y cómo sugieres que hagamos eso?

Anthony me miró con una sonrisa enigmática jugando en sus labios.

—Confía en mí —dijo —. Tengo un plan.

Y así, en medio de un mar de máscaras y disfraces, me encontré perdida en un baile con el hombre que se suponía era solo mi aliado. El hombre que, según él mismo había confesado, estaba enamorado de Sofía. Anthony me guio hábilmente por la pista de baile, nuestros cuerpos moviéndose en perfecta sincronía. A pesar de la máscara, podía sentir la intensidad de su mirada.

—¿Cuál es el plan? —susurré, consciente de la proximidad de su rostro al mío.

—Blake cree que estamos tramando algo —murmuró Anthony—. Así que vamos a darle algo que ver.

Antes de que pudiera preguntar qué significaba eso, Anthony me hizo girar y luego me atrajo hacia sí con fuerza. Nuestros cuerpos chocaron, y por un momento, me olvidé de respirar.

—Ríete —ordenó suavemente—. Como si te hubiera dicho algo encantador.

Obedecí dejando escapar una risa que sonó sorprendentemente genuina incluso a mis propios oídos. Vi cómo los ojos de Blake, visible a través de su máscara de César, se estrechaban al observarnos.

—Bien —murmuró Anthony—. Ahora, sígueme la corriente.

Con un movimiento fluido me guio fuera de la pista de baile hacia un rincón más oscuro del salón. Mi corazón latía con fuerza, una mezcla de emoción y nerviosismo.

—Anthony, ¿qué estamos...?

Pero mis palabras se cortaron cuando él me empujó suavemente contra la pared colocando una mano a cada lado de mi cabeza. Estábamos tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo, oler su colonia embriagadora.

—Blake nos está mirando —susurró, sus labios cerca de mi oído—. Necesitamos que crea que hay algo entre nosotros.

Tragué saliva repentinamente consciente de cada punto donde nuestros cuerpos se tocaban.

—Pero... ¿y Sofía? —logré decir, recordando su amor por ella.

Vi algo parpadear en los ojos de Anthony, una emoción que no pude descifrar.

—A veces —dijo, su voz ronca—, para ganar una guerra, hay que perder batallas...

Y entonces, antes de que pudiera procesar lo que estaba pasando, Anthony se inclinó y me besó.

El mundo se detuvo. Sus labios eran suaves pero insistentes moviéndose contra los míos con una

urgencia que me dejó sin aliento. Por un momento olvidé todo: el plan, Blake, Sofía. Solo existíamos Anthony y yo, y este beso que estaba despertando sensaciones que creía olvidadas.

Cuando finalmente nos separamos, ambos jadeando ligeramente, vi a Blake acercándose por el rabillo del ojo. Su expresión era una mezcla de shock y algo más... ¿dolor? Sí, puede que lo fuera.

—Dana —dijo Blake con su voz tensa—. Anthony. Veo que están disfrutando la fiesta.

Sentí que Anthony se tensaba a mi lado, pero su voz sonó perfectamente casual cuando respondió.

—Solo estábamos...

—Ahórratelo —interrumpió Blake, su mirada se fijó en mí—. Dana, ¿podemos hablar? A solas.

Miré a Anthony buscando orientación. Él me soltó de su amarre en respuesta.

—Claro —dije, mi voz más firme de lo que me sentía—. Vamos.

Mientras seguía a Blake fuera del salón, hacia los jardines, no pude evitar mirar atrás. Anthony nos observaba, su expresión era indescifrable detrás de la máscara.

El juego de disfraces continuaba, pero las reglas estaban borrachas en mi cabeza. El beso de Anthony burbujeaba en mi interior más que el champagne. Seguí a Blake a través de los jardines iluminados por farolas, mi mente aún seguía dando vueltas por la pista de baile. El aire fresco de la noche me ayudó a aclarar mis pensamientos, pero mi corazón seguía latiendo erráticamente.

Blake se detuvo junto a una fuente ornamental, el sonido del agua cayendo, creando una cortina de privacidad. Se giró para mirarme, y por un momento, vi un destello de algo en sus ojos. ¿Culpa? ¿Tristeza? ¿Por qué era tan impenetrable?

—Dana, ¿qué estás haciendo?

Tragué saliva preparándome para seguir con el engaño.

—No sé a qué te refieres.

Él suspiró quitándose la corona de laureles y pasándose una mano por el pelo.

—Creo que lo sabes. Tú y Anthony... —me quedé tan sorprendida que no noté su mano aferrándose a mi brazo hasta que sentí el dolor—¿desde cuándo?

—Me haces daño.

—Dilo —sus dedos me presionaron más fuerte. Y no me gustaba.

—Blake, yo... —comencé, pero me interrumpió.

—No, déjame hablar —dijo dando un paso hacia mí—. He sido un idiota.

Mi corazón dio un vuelco. ¿Estaba diciendo lo que creía que estaba diciendo? ¿Lo iba a decir? ¿Por qué tenía esa mirada tan dura? ¿Siempre la había tenido? ¿Por qué no me gustaba la forma de hablarme?

—¿Qué quieres decir?

Blake tomó mis manos entre las suyas, sus ojos fijos en los míos. Sus dedos no eran cariñosos ni su calor agradable.

—Quiero decir que he sido un tonto.

Sentí que el mundo se detenía. Esto era lo que había estado esperando, ¿no? El momento en que Blake finalmente se diera cuenta de que yo era la indicada para él. Entonces, ¿por qué seguía sintiendo esta extraña sensación de vacío?

Antes de que pudiera responder, vi un movimiento por el rabillo del ojo. Sofía estaba de pie a

unos metros de distancia con expresión indescifrable.

—Blake —llamó Sofía, su voz era muy tensa—. Te he estado buscando.

Blake se apartó de mí como si lo hubiera quemado, girándose hacia ella.

—Yo... estaba hablando con Dana.

Sofía se acercó, sus ojos pasando de Blake a mí en una milésima de segundo.

—Ya veo —dijo, su tono cargado de algo que no pude identificar—. ¿Interrumpo algo?

Sentí que el aire se espesaba con la tensión. Blake parecía estar luchando por encontrar las palabras adecuadas.

—No, claro que no —intervine forzando una sonrisa—. Blake solo estaba siendo amable, preguntándome si estaba disfrutando la fiesta.

Sofía me miró fijamente como si intentara leer mis pensamientos.

—Qué considerado de su parte —dijo finalmente—. Blake, ¿podríamos hablar un momento? A solas.

Blake asintió lanzándome una última mirada antes de seguir a Sofía. Los vi alejarse, sus voces bajas pero tensas, y sentí una punzada de culpa mezclada con una extraña sensación de triunfo.

—Parece que las cosas se están complicando —dijo una voz detrás de mí sobresaltándome.

Me giré para encontrar a Anthony, su máscara de Marco Antonio hacía muy poco para ocultar la intensidad de su mirada.

—¿Qué crees que está pasando?

Él se acercó colocándose a mi lado mientras observábamos a Blake y Sofía discutir en la distancia.

—El plan está funcionando —murmuró—. Blake está confundido, Sofía está celosa. Pero tenemos que ser cuidadosos. Un paso en falso y todo podría desmoronarse.

Sentí un escalofrío recorrer mi espalda, y no estaba segura si era por la brisa nocturna o por la cercanía de Anthony.

—¿Y ahora qué? —pregunté sintiéndome repentinamente insegura.

Anthony me miró, una sonrisa enigmática jugaba en sus labios.

—Ahora, querida Cleopatra, volvemos a la fiesta y seguimos con el espectáculo. La noche aún es joven, y hay muchos más corazones que confundir.

El salón de baile parecía brillar con una luz diferente cuando Anthony y yo regresamos. La música envolvía el ambiente, las risas y conversaciones creaban una cacofonía embriagadora, pero mis ojos solo podían fijarse en una cosa: Blake y Sofía dirigiéndose hacia la salida.

—Mira —susurré, agarrando el brazo de Anthony—. Se van.

Anthony siguió mi mirada.

—Parece que nuestro pequeño espectáculo ha tenido el efecto deseado.

Observé cómo Blake ayudaba a Sofía con su abrigo, sus movimientos mecánicos estaban carentes de la ternura habitual. No se tocaban, no se miraban a los ojos. La tensión entre ellos era palpable incluso desde la distancia.

Una oleada de triunfo me recorrió. Funcionaba. ¡Nuestro plan realmente funcionaba!

—¿Crees que estén peleando? —pregunté incapaz de ocultar la emoción en mi voz.

—Oh, definitivamente están peleando. Pero recuerda, querida Cleopatra, esto es solo el

comienzo.

Sentí un escalofrío recorrer mi espalda ante el tono de su voz. Había algo en la forma en que dijo "querida Cleopatra" que hizo que mi corazón diera un vuelco.

—Tienes razón —dije obligándome a apartar la mirada de él—. Deberíamos celebrar.

—¿Celebrar? —Anthony arqueó una ceja, su sonrisa volviéndose traviesa—. ¿Qué tienes en mente?

Miré alrededor de la pista de baile.

—Bailemos —declaré sorprendiéndome incluso a mí misma—. Después de todo, ¿qué es una fiesta sin un poco de baile?

Anthony rio, un sonido rico y cálido que pareció envolverme.

—¿Y quién soy yo para negarle un baile a la mismísima Cleopatra?

Con un movimiento fluido tomó mi mano y me guio hacia la pista. Justo en ese momento, la música cambió a un tema lento y seductor. Él me atrajo hacia sí, una mano en mi cintura, la otra sosteniendo la mía. Comenzamos a movernos al ritmo de la música, nuestros cuerpos encajando perfectamente.

—Sabes —dijo después de un momento, su voz baja y cercana a mi oído—, nunca dejas de sorprenderme.

Levanté la mirada, encontrándome con sus ojos oscuros e intensos.

—¿Oh? ¿Y eso por qué?

Él sonrió, haciéndome girar antes de atraerme de vuelta a sus brazos.

—Bueno, para empezar, nunca pensé que serías tan buena actriz. La forma en que manejaste a Blake en el jardín... impresionante.

Sentí un rubor subir por mis mejillas, agradecida por la máscara que lo ocultaba. —Tuve un buen maestro —respondí, mi voz más suave de lo que pretendía.

Anthony rio de nuevo, el sonido vibrando a través de su pecho.

—No me des todo el crédito. Siempre has tenido un talento natural para el drama.

—¡Oye! —exclamé fingiendo indignación mientras le daba un golpe juguetón en el hombro—. Cuidado, Marco Antonio, recuerda que Cleopatra tenía un temperamento formidable.

—Oh, créeme —dijo, su voz bajando a un tono que envió escalofríos por mi piel—, soy muy consciente de tu temperamento.

Nuestros ojos se encontraron, y por un momento, el mundo pareció desvanecerse. Solo existíamos Anthony y yo moviéndonos al ritmo de una música que parecía haber sido creada solo para nosotros.

—Anthony, yo... gracias. Por todo esto. Por ayudarme.

Él me miró, y por un momento, vi algo parpadear en sus ojos. Pero desapareció tan rápido que me pregunté si lo había imaginado.

—No tienes que agradecerme, Dana —respondió, su voz extrañamente seria—. Somos un equipo, ¿recuerdas?

Asentí, sintiendo una extraña opresión en el pecho.

—Un equipo —repetí—. Cleopatra y Marco Antonio contra el mundo.

Anthony sonrió, pero no llegó a sus ojos.

—Contra el mundo —murmuró.

La música terminó, pero nos quedamos allí, abrazados, por un momento más. Finalmente se apartó, carraspeando ligeramente y dejándome vacía sin sus brazos.

—Creo que necesitamos un trago —declaró guiándome hacia el bar.

Pedimos dos copas de champán y Anthony levantó la suya en un brindis.

—Por el éxito.

—Por el éxito —repetí chocando mi copa con la suya.

El champán burbujeaba en mi lengua, dulce y efervescente. O tal vez era la emoción del momento, la adrenalina de ver nuestro plan dar frutos. Sea lo que fuere me sentía pletórica.

—Sabes —dije apoyándome en la barra—, nunca me había divertido tanto en una fiesta.

Anthony sonrió, esa sonrisa torcida que hacía que mi corazón diera un vuelco hacia lugares desconocidos.

—¿Ni siquiera cuando eras la reina del baile en la secundaria?

Solté una carcajada.

—¿Cómo sabes que fui reina del baile?

—Por favor —respondió, poniendo los ojos en blanco de manera exagerada—. Mírate. Por supuesto que fuiste reina del baile.

—Para tu información —dije, apuntándole con un dedo acusador—, fui princesa del baile. Perdí la corona por un voto.

Anthony fingió una expresión de shock.

—¿Qué? ¿Quién se atrevió a robarte la corona?

—Mary Johnson —respondí arrugando la nariz al recordar—. Tenía un vestido horrible, pero su papá era el director, así que...

—Ah, política—Anthony asintió sabiamente—. Casi tan despiadada como la vida misma.

—Dímelo a mí —reí mientras tomaba otro sorbo de champán—. ¿Y tú?

—No, yo no fui reina del baile. ¿Qué puedo decir? Soy como el vino. Mejoro con los años.

No pude evitar reír.

—Eso explica muchas cosas —dije dándole un golpecito juguetón en el brazo.

—¿Qué cosas? —preguntó inclinándose hacia mí con mirada intensa.

Sentí que mi corazón se aceleraba. Estábamos muy cerca, tanto que podía oler su colonia, una mezcla embriagadora de madera y especias. Y recordar esos besos que comenzaban a sentirse en mis labios cada vez más necesarios.

—Bueno —dije con mi voz más baja de lo que pretendía—, explica por qué eres tan bueno con los planes elaborados. Y los disfraces. Y... —me detuve perdiéndome en sus ojos.

—¿Y? —susurró acercándose aún más.

El mundo pareció desvanecerse a nuestro alrededor. Solo existíamos Anthony y yo atrapados en este momento de tensión y posibilidades.

—Y por qué eres tan bueno en todo lo que haces.

Anthony sonrió, una sonrisa lenta y seductora que hizo que mi estómago diera un vuelco.

—Querida —murmuró—, no has visto nada, aún.

El aire entre nosotros parecía cargado de electricidad. Por un momento pensé que iba a besarme

de nuevo. Una parte de mí lo deseaba desesperadamente. Quería volver a sentirlo. Necesitaba volver a sentirlo. Pero entonces, como si saliera de un trance, Anthony se apartó.

—Creo que deberíamos volver a la pista de baile. Tenemos una imagen que mantener.

Asentí, sintiéndome un poco mareada. ¿Era por el champán o por su cercanía?

Mientras me guiaba de vuelta a la pista, no pude evitar pensar en lo extraño que era todo. Aquí estaba yo, en una fiesta de disfraces, bailando y riendo con el hombre que me estaba ayudando a recuperar a Blake. Y, sin embargo, por alguna razón, Blake era lo último que se encontraba en mi mente.

La noche continuó en un torbellino de baile, risas y más champán. Me sentía ligera, feliz, más viva de lo que me había sentido en mucho tiempo. Y todo gracias a Anthony. Mientras bailábamos una canción tras otra, nuestros cuerpos moviéndose en perfecta sincronía, imaginaba que había algo entre nosotros. Algo que iba más allá de nuestro plan, más allá de Blake y Sofía. Pero eso era una locura, Anthony estaba enamorado de Sofía. Yo amaba a Blake.

Mientras la fiesta llegaba a su fin, Anthony me acompañó a tomar un taxi. Antes de que pudiera subir, me detuvo, tomando mi mano.

—Gracias por esta noche. Fue... especial.

Lo miré, sintiendo un nudo en la garganta.

—Gracias a ti, Anthony. Por todo.

Por un momento, nos quedamos allí, mirándonos.

Finalmente, se inclinó y me dio un beso en la mejilla.

—Buenas noches, Cleopatra —susurró.

—Buenas noches, Marco Antonio —respondí anhelante.

Mientras el taxi se alejaba no pude evitar mirar atrás. Anthony seguía allí, una figura solitaria en la acera observándome marchar. Y aunque sabía que debería estar pensando en Blake, en cómo nuestro plan estaba funcionando, no pude evitar que mis pensamientos volvieran una y otra vez a Anthony. A su sonrisa, a la forma en que me hacía sentir.

¿Qué estaba pasando conmigo?

Con ese pensamiento inquietante me hundí en el asiento del taxi cerrando los ojos y dejando que los recuerdos de la noche me envolvieran. Mañana sería otro día. Mañana volvería a concentrarme en Blake. Pero por esta noche, solo por esta noche, me permitiría soñar con un par de ojos oscuros que me decían que yo era la reina de su baile…

Mascaras caídas

El juego de disfraces había terminado, y el corazón se me hacía un nudo enredado. El taxi se alejó llevándose a Dana, y con ella la máscara que había estado llevando toda la noche. Exhalé profundamente sintiendo el peso de la culpa y la responsabilidad asentarse sobre mis hombros. Con pasos pesados, me dirigí hacia mi propio coche sabiendo que la noche estaba lejos de terminar.

El camino hacia la casa de Blake y Sofía fue un borrón de luces y pensamientos turbulentos. No podía sacarme de la cabeza la imagen de Dana, su sonrisa radiante, sus ojos brillantes de emoción. ¿Estaba haciendo lo correcto? ¿El fin justificaba los medios?

Cuando llegué a la elegante casa, el reloj del salpicadero marcaba la una de la madrugada. Las luces del porche estaban encendidas, una señal silenciosa de que me estaban esperando. Tomé una respiración profunda antes de salir del coche. Toqué el timbre, y segundos después, Sofía abrió la puerta. Había cambiado su disfraz de Cleopatra por un cómodo pijama con una camiseta de ositos. Me sonreí antes de darle un abrazo inmenso. En verdad lo necesitaba. Su rostro mostraba signos de preocupación.

—Pasa. Blake está en el estudio.

La seguí por el pasillo notando la tensión en sus hombros. Cuando entramos al estudio encontramos a Blake de pie junto a la ventana, con un vaso de algo que parecía alcohol en la mano. Eso era terriblemente extraño. Él no solía beber. Se giró al oírnos entrar. Había una dureza en su mirada que vaticinaba una charla dura.

—Vaya, vaya, si es nuestro gran estratega. ¿Cómo fue la operación, doctor? ¿El paciente sobrevivió?

Suspiré dejándome caer en uno de los sillones de cuero.

—Fue... complicado, pero creo que se lo creyó todo.

Sofía se sentó en el brazo del sillón en el que yo me encontraba, su cercanía fue una fuente de confort silencioso.

—¿Estás seguro? —preguntó con su voz cargada de preocupación—. Porque desde donde yo estaba parecía que te estabas divirtiendo demasiado con tu papel.

No contesté. Me sentía muy cansado. A decir verdad, agotado. Llevaba semanas con el juego y mis fuerzas se mezclaban con mis pensamientos hechos papillas.

—Temo por ti —sentí una punzada de culpa ante las palabras de Sofía. ¿Había sido tan obvio con respecto a mis sentimientos?

—Estaba actuando —dijo, pero las palabras sonaron huecas incluso para mí—. Tenía que ser convincente.

—Esto no me gusta. Temo que salgas lastimado.

Blake soltó una risa amarga tomando un largo trago de su, lo que fuera que estuviese bebiendo. Sofía lo miró con severidad y él continuó callado.

—¿Qué estás insinuando? ¡Habla! —Chillé molesto.

Blake se acercó con sus ojos fijos en los míos.

—Yo no he dicho nada. No he hablado. Aunque ahora que lo preguntas, he de decirte que pareces estar disfrutando mucho de la compañía de Dana.

—¡¿Y a ti que te importa?! ¿O es que será que sí te importa?

—¡Anthony! —Sofía me contuvo por el codo.

—No seas idiota —dijo totalmente despreocupado—. De Dana lo único que me importa es saber cuándo podré perderla de vista. Pero ¿y tú? ¿Qué está pasando realmente, Anthony? ¿Por qué te tomas tantas molestias? ¿Es por Dana? ¿O quizás... —sus ojos se movieron hacia Sofía y su mano en la mía— hay otra razón más importante?

Me sonreí sin gracia. Al parecer mi buena actuación hacía dudar al mismísimo Blake. Si él supiera que el amor hacia Sofía, de mi parte, era único, sin embargo, no alcanzaba ni a los talones la inmensidad de deseos que sentía por Dana. La muy bruja me tenía hechizado. La deseaba despierto, y hasta dormido.

El silencio que siguió fue pesado, cargado de acusaciones no dichas y sospechas apenas contenidas. Sofía se acercó para acariciar mi brazo y Blake apenas disimulaba sus celos. Las tonterías que hace el amor… me dije sin darme cuenta de que esa crítica no era solo para Blake.

—Esto terminará pronto.

—¿Y Dana? ¿Qué pasará con ella? Este plan no me gusta. No puede de dejar de pensar que estamos mintiendo —Sofía caminó hacia la mesa y Blake se acercó abrazándola por la espalda.

—Ella se dará cuenta de que todo ha sido un error. Y me olvidará.

—¡Y por qué no hablas con ella y listo!

—Sabes perfectamente que las palabras con ella no valen. Es una…

—¡Cuidado con lo que dices!

—Iba a decir cabezota.

Blake sostuvo en sus brazos a Sofía y yo me quedé callado ante mi terrible error. ¿Qué pensaba que iba a decir? ¿Por qué tuve que saltar en su defensa como un caballero medieval ante su dulcinea?

—Dana es... una complicación que no anticipé —admití—. Pero te prometo que mis intenciones no han cambiado. Estoy aquí para ayudarlos. Ambos sois mi familia.

Sofía se separó de su chico para acercarse a mi lado.

—Cariño, y para nosotros tú eres parte de esta familia. Quiero que te cuides. No deseo verte sufrir. No lo soportaría. Si corres algún peligro quiero que te olvides de todo. Nosotros sabremos como arreglar todo este entuerto. ¿No Blake?

—¿Correr peligro? ¿Él? —dijo atrayendo a Sofía hacia sí —. ¿Hablamos del mismo Anthony que las mujeres suplican por que les tire un beso?

La seguridad en las tontas palabras de Blake me volvió a recordar quien era. Quien siempre había sido. Quien no debería olvidar. Un hombre solitario.

—Todos necesitamos descansar. Esta noche habéis estado estupendos. Ella piensa que estáis enfadados y que pronto os separaréis.

—En eso no se equivoca —Sofía estrechó la mirada al escuchar hablar así a Blake—. ¿Qué? No me mires así, después de la forma en que me hablaste en público, lo menos que puedes hacer es pedirme disculpas.

—¿Pedirte disculpas?

—Ya te contaré cuando estemos solos como debes hacerlo correctamente.

La sonrisa de Blake dejaba más que claro que deseaba que me fuera lo más pronto posible.

Divertido, le di la mano para despedirme y rápidamente me giré para recoger a Sofía por la cintura y elevarla por los aires. El muy tonto se puso rabioso. Como siempre.

—Suéltala…

—Siempre le haces la misma broma —Sofía contestó aceptando mi beso al dejarla en el suelo y ser arrastrada hacia el cuerpo de Blake por sus fuertes manos.

—¡Anthony! —chilló cuando salía por el jardín. Me giré para ver los ojos preocupados de Sofía —. Cuida tu corazón. Se merece el mejor y no el descarte de una loca.

La puerta se cerró detrás de mí y caminé con las manos en los bolsillos hacia mi deportivo. Mientras caminaba las primeras luces del amanecer comenzaban a teñir el cielo de tonos rosados y dorados. Sentado en el coche, apoyó la frente contra el volante cerrando los ojos. Las palabras que había dicho resonaban en mi mente: Haré lo que sea necesario por salvar a mi familia. Incluso engañar a Dana…

Con un suspiro profundo encendí el motor. Quería olvidar el corazón de una loca, según Sofía, pero que yo deseaba más que el sediento al agua fresca. Conduje sin rumbo fijo por las calles de la ciudad. Mi mente era un torbellino de pensamientos y emociones contradictorias. Las luces de los faroles se desdibujaban en mi visión, creando estelas doradas que parecían burlarse de mi confusión. Sin darme cuenta, las manos giraron el volante, guiándome por calles familiares hasta que, de repente, me encontró en el barrio de Dana.

Autómata aparqué el coche a una distancia prudente de su edificio, apagando el motor, pero sin hacer ningún movimiento para salir. ¿Qué estaba haciendo aquí? Solo sentirme cerca… Con un suspiro profundo salí del coche, el frío de la madrugada mordiendo mi piel. Subí el cuello del abrigo, hundiéndome en su calidez mientras los pies me llevaban, casi sin su permiso, hacia el edificio de Dana.

La calle estaba en silencio, el mundo aún dormido en estas primeras horas de la mañana. Me detuve frente al edificio, mis ojos recorriendo las ventanas oscuras hasta que encontró la que sabía que pertenecía al apartamento de Dana.

Y allí, como una visión salida de un sueño, la vi.

La ventana estaba ligeramente abierta, las cortinas meciéndose suavemente con la brisa nocturna. Una lámpara en el interior proyectaba una luz cálida y dorada, creando un halo alrededor de la figura. Ella se movía por la habitación, aún vestida con su traje de Cleopatra, bailando con una gracia etérea al son de una música que no podía oír.

Su cabello, liberado de la elaborada peluca, caía en ondas suaves sobre sus hombros, brillando como cobre fundido bajo la luz de la lámpara. Su rostro, libre de la máscara, mostraba una expresión de pura alegría, sus ojos cerrados y una sonrisa radiante en sus labios.

Me quedé inmóvil, incapaz de apartar la mirada. Giraba y se movía, perdida en su propio mundo de felicidad y música silenciosa. Parecía tan libre, tan genuinamente feliz, que sentí que algo se retorcía dolorosamente en mi pecho.

En ese momento, viéndola así, tan hermosa y vulnerable, me di cuenta de la magnitud de lo que estaba haciendo. No estaba simplemente manipulando a una mujer obsesionada. Estaba jugando con los sentimientos de un ser humano real, una persona con sueños, esperanzas y un corazón que podía romperse por mi culpa.

¿Cómo podía seguir con esto? ¿Cómo podía mirarla a los ojos y seguir mintiéndole, sabiendo que cada sonrisa, cada momento de felicidad, estaba construido sobre una base de engaños? ¿Por qué la había besado? ¿Cómo podía seguir adelante sabiendo que la deseaba para mí? Y solo para

mí.

Volemos juntos

El amanecer se filtraba tímidamente a través de las cortinas de seda, dibujando patrones dorados en las paredes del dormitorio. Yacía inmóvil en la cama king-size, las sábanas de algodón enredadas alrededor de mi cuerpo como si hubieran estado luchando toda la noche. Mis ojos, abiertos y fijos en el techo reflejaban el torbellino de emociones que agitaba mi interior.

La fiesta de disfraces de anoche parecía un sueño lejano, un cuento de hadas moderno donde había sido, por unas horas, la hermosa Cleopatra.

Pero ahora, en la fría luz de la mañana, la realidad se imponía con una crueldad implacable. Estaba feliz, pero sola. Cerré los ojos intentando revivir los momentos de la noche anterior. El roce de la tela de mi vestido contra su piel, el tintineo de las copas de champán, la música envolvente. Y Anthony. Anthony en su disfraz de Marco Antonio, sus ojos oscuros e intensos fijos en mí mientras bailábamos.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo al recordar la sensación de sus manos en mi cintura, la calidez de su aliento en mi oído. ¿Por qué no podía dejar de pensar en él? Se suponía que esto era sobre Blake. Blake, el hombre que amaba, el hombre por el que había iniciado todo este elaborado plan. Y del que me estaba comenzando a olvidar…

Con un suspiro frustrado me incorporé. La mirada se posó en el espejo de cuerpo entero al otro lado de la habitación. La mujer que me devolvía la mirada era una extraña: ojos cansados y vulnerable de una manera que rara vez me permitía ser.

Me levanté lentamente.

Mis pies descalzos sintiendo la suavidad de la alfombra persa se estiraron dudosos. Caminé hacia el espejo, con mi reflejo creciendo con cada paso. A pesar de la falta de maquillaje y el estado general de desaliño, mi belleza era innegable. Rasgos perfectos, piel de porcelana, un cuerpo por el que muchas matarían. ¿Entonces por qué siempre estaba sola? Ellos miraban un cuerpo perfecto, pero yo, solo sentía un vacío doloroso en el pecho. Eres hermosa, me habían dicho toda la vida. Hombres, mujeres, extraños en la calle, amantes ocasionales. Todos alababan la belleza como si fuera mi único atributo valioso. Como si detrás de esa fachada perfecta no hubiera nada más por quien sentirse atraído. Acaricié el espejo con la punta de los dedos trazando el contorno de mi propio rostro. Hay algo más allá de esta cara bonita. ¿Por qué nadie lo aprecia?

El recuerdo de mi infancia se coló en mi mente. Mi madre, una ex modelo, convertida en socialité, siempre criticando mi apariencia, siempre empujándome a ser más delgada, más bonita, más perfecta. Mi padre, ausente la mayor parte del tiempo, me trató siempre como un accesorio de encima del armario. "Mira a mi hermosa hija", presumía en las fiestas, como si yo fuera un trofeo y no una persona.

Cerré los ojos intentando alejar los recuerdos dolorosos. Pero vinieron más. El primer novio en la secundaria, que me dejó porque "eras demasiado bonita y se sentía intimidado". Los susurros de las compañeras de clase: "Es tan guapa, seguro que eres tonta". Los hombres que solo veían un objeto de deseo, nunca interesados en conocer a la persona que se escondía tras el rostro. Y luego estaba Blake. Él era diferente… ¿no? O al menos así había sido hasta que había elegido a Sofía. Sofía, con su inteligencia y su éxito profesional. Sofía, que era hermosa de una manera menos obvia, pero quizás más profunda.

Las lágrimas comenzaron a rellenar mi mirada.

Las aparté con rabia negándome a llorar. No lloraría por Blake, no lloraría por el pasado, no

lloraría por la soledad que amenazaba con consumirme. Me alejé del espejo y caminó hacia la ventana corriendo las cortinas para dejar entrar la luz del día. La ciudad se extendía viva y bulliciosa. Tantas personas, tantas vidas, sin embargo, yo me sentía más sola que nunca.

¿Por qué había iniciado este plan para recuperar a Blake? ¿Realmente lo amaba? ¿Realmente habíamos tenido algo verdadero? ¿Y Anthony? Él me miraba de una manera que me hacía sentir desnuda y expuesta, pero no en el sentido físico al que estaba acostumbrada. Él parecía ver más allá de la belleza, me hacía sentir... viva. Felizmente viva. Me abracé a mí misma, sintiendo un escalofrío a pesar del calor de la mañana. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué de repente Anthony ocupaba tanto espacio en mis pensamientos?

Había algo en Anthony, en la forma en que me miraba, en la forma en que me hacía sentir, que iba más allá de cualquier actuación.

Me alejé de la ventana y me dirigí al baño.

Necesitaba una ducha, necesitaba aclarar la mente. Pero mientras el agua caliente caía sobre mi cuerpo, los pensamientos seguían siendo un torbellino confuso. No se marchaban... ¿Qué pasaría si el plan funcionaba? ¿Qué pasaría si Blake realmente dejaba a Sofía? ¿Sería feliz a su lado? ¿Y si el plan no funcionaba? Dejaría de ver a Anthony. La idea me llenó de un terror que no me atreví a nombrar.

Salí de la ducha y me envolví en una toalla suave. No quería ver ni dejar traslucir a la mujer vulnerable y confundida en la que me había convertido.

El sonido del teléfono me sacó de mis pensamientos. Era un mensaje de Anthony:

Necesitamos hablar. ¿Café en una hora?

Miré fijamente la pantalla con el corazón latiendo con fuerza. Con un suspiro tembloroso, dejé el teléfono sobre la cama sin responder. Necesitaba tiempo, necesitaba pensar. Necesitaba, por una vez en la vida, decidir qué era lo que realmente quería, más allá de las expectativas de los demás o de mi propio miedo a la soledad.

El teléfono en la cama vibró de nuevo, el nombre de Anthony iluminando la pantalla. Lo miré por un momento, dudando. Miré fijamente la pantalla del teléfono releyendo el nuevo mensaje.

Hay algo que debes saber

El corazón me dio un vuelco. ¿Blake? ¿Qué podría haber pasado? Miles de escenarios pasaron por mi mente, cada uno más inquietante que el anterior. ¿Habría descubierto Blake su plan? ¿O tal vez...? Con dedos temblorosos, tecleé la respuesta:

Dime dónde y estaré allí.

Apenas unos segundos después de enviar el mensaje, el teléfono vibró con la respuesta de Anthony.

En el café de siempre. Y prepárate. Las cosas han cambiado.

Sentí que el suelo se movía bajo mis pies. ¿Qué significaba eso? ¿Qué podría haber cambiado tan drásticamente en tan poco tiempo?

Con una última mirada al espejo, recogí el bolso y salí del apartamento. Mientras el ascensor bajaba, me di cuenta de que estaba conteniendo la respiración. Fuera lo que fuera lo que Anthony tenía que decirme, presentía que nada volvería a ser igual después de esta conversación.

El taxi me esperaba en la acera, como si el destino mismo lo hubiera enviado. Mientras me deslizaba en el asiento trasero y le daba la dirección al conductor, no pude evitar pensar que estaba a punto de cruzar un punto de no retorno.

—Al café Lumière, por favor.

Mientras el taxi se alejaba, miré por la ventana, viendo cómo la ciudad pasaba en un borrón. En menos de quince minutos sabría la verdad. En menos de una hora todo podría haber cambiado para mí. Y por primera vez en mucho tiempo, me sentí que no estaba segura de estar preparada para ello.

Al llegar la sonrisa de Anthony era contagiosa, y me encontré devolviéndosela casi sin darme cuenta. Y olvidándome de mis miedos y de Blake…

—Entonces, ¿a dónde vamos exactamente? —pregunté con la curiosidad superando mis nervios.

Anthony se inclinó hacia adelante con sus ojos brillando de algarabía.

—¿Has oído hablar de Cudillero?

Negué con la cabeza intrigada.

—Es un pequeño pueblo pesquero en Asturias —explicó—. Imagina casitas de colores apiladas en un acantilado mirando hacia un puerto lleno de barcos de pesca. El mar cantábrico rugiendo contra las rocas, el aroma a sal y mariscos frescos en el aire.

Mientras Anthony describía el lugar, casi podía verlo. Sonaba como un escenario sacado de un cuento de hadas.

—Suena hermoso —admití, sintiendo cómo la emoción comenzaba a burbujear en mi interior.

—Lo es —asintió Anthony—. Y es el lugar perfecto para despejarnos y hacer planes. Te garantizó que lo necesitamos.

—Pero ¿por qué? —pregunté sin terminar de comprender nada de lo que llevaba una hora explicando.

—¿Quieres que lo perdamos todo?

—No —mi respuesta sonó demasiado blanda y muy poco convincente.

—Ellos sabrán que nos hemos ido juntos. Todos lo sabrán. Imagina la cara de Blake. ¿Qué dices? ¿Lista para una aventura?

Lo miré con una sonrisa formándose en mis labios contagiada por la suya.

—Creo que sí.

—Perfecto —dijo apretando mi mano una vez más antes de soltarla—. Saldremos mañana por la mañana. Pasaré a recogerte a las ocho, ¿te parece bien?

Asentí sintiendo una mezcla de nervios y anticipación.

—Estaré lista.

Nos despedimos poco después, y mientras caminaba de vuelta a casa, mi mente era un torbellino de pensamientos y emociones. ¿Estaba haciendo lo correcto? ¿Era prudente pasar un fin de semana a solas con Anthony? Y lo más importante, ¿por qué la idea me emocionaba tanto?

El resto del día pasó en un borrón de preparativos. Empaqué y desempaqué mi maleta al menos

tres veces indecisa sobre qué llevar. ¿Ropa casual? ¿Algo más elegante? Al final, opté por una mezcla de ambos, incluyendo un vestido veraniego que siempre me había gustado, pero nunca había tenido la oportunidad de usar.

Esa noche, me costó conciliar el sueño. Cada vez que cerraba los ojos, veía el rostro de Anthony, su sonrisa, la forma en que me había mirado en el café. Y luego estaba Blake. ¿Realmente notaría mi ausencia? ¿Le importaría saber que no estaba en la ciudad? Cuando por fin logré dormirme, mis sueños fueron un caos de imágenes: casas de colores apiladas en acantilados, el mar rugiendo, y dos pares de ojos que me miraban y que deseaba que siguieran haciéndolo.

Canto de sirenas

A la mañana siguiente me desperté antes de que sonara la alarma con la anticipación zumbando en mis venas. Me duché y me vestí con cuidado, optando por unos jeans cómodos y una blusa suelta de color crema. Mientras me maquillaba, me di cuenta de que estaba poniendo más esmero del habitual. ¿Para quién me estaba arreglando realmente?

A las siete y cincuenta y cinco estaba en la puerta de mi edificio, maleta en mano, el corazón latiendo con fuerza.

A las ocho en punto, un coche deportivo se detuvo frente a mí. Anthony salió vestido con una camisa azul claro que resaltaba el bronceado de su piel junto a unos pantalones chinos que le sentaban demasiado bien.

—Buenos días, bella durmiente —sonrió tomando mi maleta—. ¿Lista para la aventura?

Sentí un revoloteo en el estómago que achaqué a los nervios del viaje.

—Perfectamente lista mi joven príncipe —respondí devolviéndole la sonrisa.

El viaje en coche fue sorprendentemente agradable. Anthony tenía un don para la conversación manteniéndome entretenida con historias de sus viajes anteriores y anécdotas divertidas. Antes de darme cuenta estábamos dejando atrás el paisaje urbano de Madrid y adentrándonos en las verdes colinas del norte.

Paramos a medio camino para estirar las piernas y tomar un café. Mientras estábamos en la cafetería de la estación de servicio, nuestros dedos se rozaron al alcanzar el azúcar. Sentí una descarga eléctrica que me recorrió todo el brazo, y cuando miré a Anthony, vi algo en sus ojos que me hizo contener el aliento.

—Dana —dijo suavemente—, quiero que sepas que... que estoy realmente feliz de estar haciendo esto contigo.

Sentí un nudo en la garganta.

—Yo también —respondí sorprendida por la sinceridad en mi propia voz.

El resto del viaje pasó en un cómodo silencio, interrumpido, ocasionalmente, por comentarios sobre el paisaje o la música que sonaba en la radio. A medida que nos acercábamos a la costa, podía sentir el cambio en el aire, más fresco y salado. Y entonces, tras una curva en la carretera, lo vi. Cudillero se extendía ante nosotros, un mosaico de casas de colores apiladas en la ladera de un acantilado, mirando hacia un pequeño puerto donde los barcos de pesca se mecían suavemente con las olas.

—Oh, Anthony —jadeé, maravillada por la vista—. Es aún más hermoso de lo que describiste.

Lo miré y vi que me estaba observando, una sonrisa suave en sus labios.

—Sí, lo es —dijo, y tuve la sensación de que no estaba hablando del pueblo.

Aparcamos y caminamos por las estrechas callejuelas empedradas hacia nuestro alojamiento, una pequeña pensión con vistas al mar. La habitación era sencilla pero encantadora, con paredes blancas, vigas de madera en el techo y una ventana que enmarcaba perfectamente el océano.

—¿Qué te parece? —preguntó dejando nuestras maletas junto a la puerta.

Me acerqué a la ventana respirando profundamente el aire salado.

—Es perfecto —respondí sintiéndome más relajada de lo que había estado en meses.

—Me alegro —dijo, y cuando me giré, lo encontré mucho más cerca de lo que esperaba. Por un

momento, nos quedamos así, mirándonos, el aire entre nosotros cargado de una tensión que no me atrevía a nombrar. Finalmente, Anthony rompió el silencio.

—¿Qué te parece si damos un paseo por el pueblo? Podríamos buscar un lugar para cenar.

Asentí, agradecida por la distracción. Si no hubiera hablado creo que lo hubiera besado. Sus labios eran demasiado tentadores.

—Suena perfecto.

Mientras salíamos de la habitación no pude evitar pensar en lo surrealista que era toda esta situación. Aquí estaba yo, en un pueblo de cuento de hadas, con un hombre que se suponía que solo era mi aliado en un plan para recuperar a otro. Y, sin embargo, mientras caminábamos por las pintorescas calles de Cudillero, con Anthony señalando detalles arquitectónicos y contándome la historia del lugar, me di cuenta de que no había pensado en Blake en horas. Para qué negarlo. En días…

El sol comenzaba a ponerse cuando encontramos un pequeño restaurante con terraza con vistas al mar. Nos sentamos, y mientras el camarero nos traía una botella de sidra local me estiré relajada y feliz. Me sentía plena. Sin ningún vacío al que rellenar con planes mareantes.

—Por un fin de semana de nuevos comienzos —brindó Anthony levantando su vaso.

—Por los nuevos comienzos —repetí, chocando mi vaso con el suyo.

Mientras bebía, mirando el sol hundirse en el horizonte y tiñendo el cielo de tonos rosados y dorados, me di cuenta de que estaba al borde de algo. Algo emocionante y aterrador a partes iguales. Mi corazón comenzaba a pensar en otro hombre…

—¡Vamos! ¡Que llegamos tarde!

—¡Tarde para qué! —dije muerta de risa soltando la copa que por poco vuelco.

El paisaje cambiaba gradualmente mientras nos acercábamos a nuestro destino. Los verdes intensos del interior daban paso a tonos más suaves salpicados por el azul profundo del mar Cantábrico que se asomaba entre las colinas. El aire se volvía más fresco, con un toque salado que me cosquilleaba en la nariz.

—Estamos llegando —anunció Anthony con una sonrisa y señalando hacia adelante.

Seguí su mirada y sentí que mi corazón daba un vuelco. Allí, encaramado en la ladera de un acantilado, se alzaba Lastres, un pintoresco pueblo pesquero de Asturias. Las casas, con sus tejados de terracota y fachadas de colores pastel, parecían desafiar la gravedad, apilándose unas sobre otras en un descenso vertiginoso hacia el pequeño puerto.

—Es... precioso —murmuré, sin poder apartar la vista.

Anthony sonrió, claramente complacido con mi reacción.

—Espera a verlo de cerca.

Aparcamos en la parte alta del pueblo y comenzamos a descender por las estrechas callejuelas empedradas. El aroma a mar se mezclaba con el olor a pescado fresco y el dulzor de las flores que adornaban los balcones. Cada giro revelaba una nueva postal: aquí un gato perezoso tomando el sol, allá una anciana regando sus geranios, más allá un grupo de pescadores reparando sus redes.

—¿Qué te parece? —preguntó Anthony, su mano rozando suavemente mi espalda mientras me guiaba por un pasaje particularmente estrecho.

—Es como estar en otro mundo —respondí maravillada—. Tan diferente a Madrid.

Llegamos a una pequeña plaza con vistas al mar. El sol de la tarde bañaba todo con una luz dorada, haciendo que el agua brillara como si estuviera salpicada de diamantes.

—Mira —dijo Anthony, señalando hacia el puerto—. ¿Te apetece una pequeña aventura?

Seguí su mirada y vi a un hombre mayor junto a un pequeño bote de remos.

—¿Qué tienes en mente? —pregunté con una mezcla de emoción y aprensión burbujeando en mi estómago.

—Pensé que podríamos dar un paseo por la bahía —respondió, sus ojos brillando con entusiasmo —. El señor Fernández ofrece tours al atardecer. Es la mejor manera de ver el pueblo desde el agua. Incluso podríamos darnos un chapuzón refrescante. El mar está tranquilo.

La idea sonaba maravillosa, pero sentí un nudo de ansiedad formándose en mi garganta. Nunca había sido muy amiga del agua, un miedo que se remontaba a mi infancia, cuando mi padre me había empujado a la piscina "para que aprendiera a nadar". El recuerdo de esa sensación de hundirme, de no poder respirar, mientras él se marchaba a por una copa de brandy, aún me perseguía.

Anthony debió notar mi vacilación.

—¿Estás bien? —su voz cargaba preocupación.

—Yo... —comencé, sin saber cómo explicar mi temor sin parecer ridícula—. No soy muy buena nadando. Ni con el agua...

Su expresión se suavizó, y tomó mi mano entre las suyas. El calor de su piel contra la mía envió un escalofrío por mi columna.

—Hey, está bien —dijo suavemente—. No tenemos que hacerlo si no quieres. Pero si decides intentarlo, estaré contigo en cada momento. ¿Confiarías en mí?

Esa palabra, "confía", hizo que mi corazón diera un vuelco. Confianza. Algo que siempre me había resultado demasiado difícil. Toda mi vida había estado rodeada de personas en las que se suponía que debía confiar, mis padres, mis parejas, mis amigos, y todas, de una forma u otra, me habían decepcionado. Incluido Blake. Él criaba a mi hija junto a Sofía, sin acordarse de mí. Pero mirando a Anthony, viendo la sinceridad en sus ojos, sentí algo diferente. Un deseo de creer, de confiar... De no sentir el vacío de no contar con nadie.

—¿Por qué no? ¡Vamos a hacerlo!

La sonrisa de Anthony iluminó todo su rostro.

—No te arrepentirás —prometió, y por alguna razón, le creí.

Nos acercamos al señor Fernández, un hombre de piel curtida por el sol, con ojos azules que parecían contener toda la sabiduría del océano. Nos saludó con una sonrisa amable y nos ayudó a subir al bote. Mis piernas temblaban mientras me sentaba, aferrándome al borde con tanta fuerza que mis nudillos se pusieron blancos. Anthony se sentó frente a mí, sus ojos nunca dejaron los míos.

—Respira —me recordó suavemente—estoy aquí contigo.

El señor Fernández soltó las amarras y comenzamos a alejarnos del muelle. El bote se mecía suavemente con las olas, y sentí que mi estómago daba un vuelco. Cerré los ojos, intentando controlar mi respiración.

—Dana —la voz de Anthony me llegó suave pero firme—. Abre los ojos. Mira.

Lentamente obedecí. Lo que vi me dejó sin aliento.

El pueblo de Lastres se alzaba majestuoso frente a nosotros. El cielo era una sinfonía de naranjas, rosas y púrpuras, reflejándose en el agua y creando un espectáculo de color digno del Museo del Prado.

—Es... increíble —susurré, olvidando por un momento de mi miedo.

Anthony sonrió extendiendo su mano para tomar la mía.

—Tú, eres increíble —dijo suavemente—. Mira lo valiente que eres.

Sentí un calor que no tenía nada que ver con el sol de la tarde extendiéndose por mi pecho. Por un momento, me permití creer que tal vez, solo tal vez, que Anthony tenía razón. Tal vez sí era valiente. Tal vez sí podía confiar en alguien que no fuera yo. Tal vez sí alguien pudiera amarme para siempre, aunque un día dejara de ser bonita…

Mientras el señor Fernández nos guiaba por la bahía, contándonos historias del pueblo y señalando puntos de interés, me encontré relajándome poco a poco. El miedo inicial se fue disipando, reemplazado por una sensación de paz y plenitud que no había experimentado en mucho tiempo. El brazo de Anthony se apoyaba en mis hombros y su fortaleza me daba seguridad, calor y confianza.

El sol brillaba en el horizonte, pintando el cielo con tonos cada vez más profundos de naranja y púrpura.

El señor Fernández guiaba el bote con manos expertas llevándonos más allá del puerto hacia una pequeña cala escondida.

—Este es mi lugar favorito —dijo el anciano marinero, su voz cargada de afecto—. Aquí, las sirenas cantan cuando nadie las escucha. Su música es muy especial...

Anthony me miró, sus ojos brillando con diversión y algo más profundo que no pude descifrar.

—¿Oyes algo, Dana? —me preguntó en voz baja inclinándose hacia mí.

Cerré los ojos dejando que los sonidos del mar me envolvieran. El suave chapoteo de las olas contra el casco del bote, el grito lejano de las gaviotas, el susurro del viento. Y debajo de todo eso, casi imperceptible, un sonido musical que podría haber sido mi imaginación... o algo más.

—Tal vez —susurré abriendo los ojos para encontrarme con su mirada—. Tal vez sí oigo algo.

La sonrisa de Anthony se ensanchó, y por un momento, sentí como si compartiéramos un secreto maravilloso.

El señor Fernández comenzó a guiarnos de vuelta al puerto, pero esta vez, no sentí miedo. En su lugar, una extraña calma me invadió. El bote se mecía suavemente, y me encontré disfrutando del movimiento en lugar de temerle.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Anthony, su pulgar trazando círculos suaves en el dorso de mi mano.

—Bien —respondí, sorprendida por la verdad en mis palabras—. Más que bien, en realidad. Me siento... libre.

Y era cierto.

Aquí, en este pequeño bote en medio del mar, con el cielo infinito sobre nosotros y el pueblo de cuento de hadas a nuestras espaldas, sentía como si todas mis preocupaciones se hubieran quedado en tierra firme. Por primera vez en mucho tiempo, no estaba pensando en Blake, o en el plan, o en todas las formas en que mi vida no era lo que yo quería que fuera. Solo estaba aquí, con Anthony. Y eso me bastaba.

—Me alegro. Te mereces sentirte libre y feliz.

Sus palabras me golpearon con una fuerza inesperada. ¿Me lo merecía?

Toda mi vida había estado persiguiendo la felicidad, buscándola en la aprobación de los demás en relaciones que nunca parecían funcionar. Y aquí estaba Anthony, ofreciéndomela como si fuera el regalo más natural del mundo.

—Gracias. Por todo esto. Por... por creer en mí.

Anthony apretó mi mano.

—Siempre podrás contar conmigo. No lo olvides.

El bote tocó suavemente el muelle sacándome de mi ensueño. El señor Fernández nos ayudó a desembarcar, su sonrisa amable iluminando su rostro arrugado.

—Espero que hayan disfrutado del paseo —dijo, guiñándonos un ojo—. Y recuerden, las sirenas siempre cantan para aquellos que están dispuestos a escuchar.

Dame esta noche

Mientras caminábamos de vuelta por las calles empedradas del pueblo, el cielo ahora salpicado de estrellas, sentí que algo había cambiado. No podía ponerlo en palabras exactamente, pero era como si una puerta se hubiera abierto dentro de mí, dejando entrar una luz diferente.

Anthony caminaba a mi lado, su presencia un consuelo silencioso. De vez en cuando, nuestros brazos se rozaban como si nuestros cuerpos necesitaran ese contacto. Al andar, el cielo nocturno se reflejaba en el mar como un espejo salpicado de estrellas. La brisa marina acariciaba mi piel trayendo consigo el aroma a sal y aventura. De repente, Anthony se detuvo, sus ojos fijos en el agua.

—Mira eso, el agua está perfecta.

Seguí su mirada y me quedé sin aliento. La superficie del mar brillaba con un resplandor azul fosforescente, como si las estrellas hubieran caído del cielo para bailar en las olas.

—Es precioso —susurré hipnotizada por el espectáculo.

Anthony se giró hacia mí, una sonrisa traviesa iluminando su rostro.

—¿Qué te parece si nadamos un rato?

Mi corazón dio un vuelco.

—¿Nadar? ¿Ahora? Pero no tenemos trajes de baño y...

—¿Y? —me interrumpió, sus ojos brillando con picardía—. El agua está perfecta, estamos solos, y la noche es joven. Vamos, Dana, vive un poco.

Antes de que pudiera protestar, Anthony ya se estaba quitando la camisa. La luz de la luna bañaba su torso desnudo, revelando músculos definidos y una piel bronceada que hizo que mi boca se secara. Un calor inesperado se extendió por mi cuerpo, y no tenía nada que ver con la temperatura del aire.

—Yo... no sé si... —tartamudeé incapaz de apartar la mirada de su perfecta figura.

Anthony se acercó, su cercanía enviando escalofríos por mi columna.

—Confía en mí, Dana —susurró, su aliento cálido contra mi oído—. No dejaré que nada malo te pase. Vamos cariño, dame la mano.

Algo en su voz, en la forma en que me miraba, hizo que me moviera como un autómata. Con manos temblorosas comencé a desabotonar mi blusa.

—Date la vuelta —murmuré, sintiendo cómo el rubor subía por mis mejillas.

Anthony sonrió, pero obedeció, dándome la espalda. Me quité la ropa rápidamente, quedándome solo en lencería. El aire fresco de la noche acarició mi piel desnuda, erizando cada vello de mi cuerpo.

—¿Lista? —preguntó Anthony, aún de espaldas a mí.

—Creo que sí —respondí, mi voz apenas un susurro y no reconociendo que estaba actuando tontamente. ¡Soy modelo de ropa interior! ¿Qué sentido tenía estar roja de vergüenza?

Anthony se giró lentamente, y sentí que el aire abandonaba mis pulmones. Sus ojos recorrieron mi cuerpo con una intensidad que me hizo temblar, pero no de frío. Había algo en su mirada, una mezcla de admiración y deseo, que despertó sensaciones en mí que nunca antes había experimentado.

—Eres hermosa —dijo, su voz era ronca.

Antes de que pudiera responder, Anthony tomó mi mano y me guio hacia el agua. El mar estaba sorprendentemente cálido, y cada paso que dábamos, hacía que el agua brillara a nuestro alrededor como si estuviéramos caminando entre planetas aureolados.

Cuando el agua nos llegaba a la cintura, Anthony se giró hacia mí, sus manos encontrando mi cintura bajo el agua.

—¿Estás bien? —preguntó buscando mi mirada en la penumbra.

Asentí, incapaz de formar palabras. Mi cuerpo entero vibraba con una energía que no podía nombrar. Cada punto donde Anthony me tocaba parecía arder, y mi corazón latía tan fuerte que estaba segura de que él podía oírlo. Con un movimiento suave, me atrajo hacia él, nuestros cuerpos casi tocándose.

—Relájate —susurró—. Flota conmigo.

Me dejé llevar permitiendo que el agua me sostuviera. Anthony mantuvo sus manos en mi cintura, guiándome suavemente. Flotamos así, bajo el cielo estrellado, rodeados por el brillo fosforescente del mar. El mundo pareció desvanecerse, y solo existíamos nosotros dos en un momento de cuento.

—Dana —murmuró, su voz apenas era audible sobre el suave rumor de las olas.

Abrí los ojos encontrándome con su mirada intensa. Estaba tan cerca que podía ver cada detalle de su rostro, cada peca, cada línea de expresión. Sin pensarlo, levanté una mano para tocar su mejilla, maravillándome de la suavidad de su piel bajo mis dedos.

Anthony cerró los ojos ante mi toque, una expresión de pura dicha en su rostro. Cuando los abrió de nuevo, había una determinación en ellos que me robó el aliento.

Lentamente, tan lentamente que pareció una eternidad, inclinó su rostro hacia el mío. Mi corazón latía desbocado, y una parte de mí quería cerrar los ojos, pero no podía apartar la mirada de él. Justo cuando sus labios estaban a punto de tocar los míos, una ola más grande nos golpeó, rompiendo el hechizo. Ambos jadeamos, riendo mientras luchábamos por mantener el equilibrio.

—¡No me sueltes!

—No lo haré. Tranquila.

Sus manos me sostuvieron con fuerza y yo me aferré como un mejillón a su ancla.

—Creo que esa es la señal para volver a la orilla —dijo Anthony con su risa resonando en la noche.

Mientras salíamos del agua, no pude evitar ser consciente de cómo las gotas de agua resbalaban por su torso trazando caminos que mis dedos anhelaban seguir. Nos vestimos en silencio, robando miradas el uno al otro. Mi mente era un torbellino de pensamientos y emociones que no podía descifrar. ¿Qué acababa de pasar? ¿Y por qué mi corazón seguía latiendo como si quisiera salirse de mi pecho? ¿Había nadado? Bueno, nadar, nadar, no, pero ¡lo había intentado! ¡Y todo gracias a él! A él…

—Bueno —dijo rompiendo el silencio—. Eso fue...

—Increíble —terminé por él, sorprendiéndome a mí misma con la sinceridad en mi voz. Llevaba tiempo sin ser sincera con nadie. Puede que ni siquiera conmigo misma.

Anthony sonrió, esa sonrisa que hacía que mi estómago diera un vuelco.

—Sí, lo fue —concordó—. ¿Tienes hambre?

La pregunta tan mundana después de lo que acabábamos de vivir me hizo reír.

—Mucha —admití.

—Conozco un pequeño restaurante que sirve las mejores sardinas que hayas probado —dijo ofreciéndome su mano.

La tomé sin dudar maravillándome de lo natural que se sentía. Anthony sonrió, con esa sonrisa que últimamente hacía que mi corazón diera dos vueltas mortales.

—Vamos entonces. La noche aún es joven.

Mientras caminábamos hacia el pueblo, nuestras manos entrelazadas y nuestros cuerpos aún hormigueando por la experiencia compartida, no pude evitar preguntarme qué significaba todo esto. ¿Por qué me sentía así con Anthony? ¿Y qué pasaría cuando volviéramos a Madrid? Ya no me importaba lo que tenía que contarme de Blake y por lo que habíamos venido. De echo, ya no me importaba nada de lo que habíamos dejado en la ciudad. Solo deseaba que ese día no se acabara nunca.

El tintineo de nuestras copas resonó en la noche sellando nuestro brindis por los nuevos comienzos. El vino dulce bailó en mi lengua, pero no era tan embriagador como la sonrisa de Anthony.

Salimos del restaurante riendo. Nuestros pasos iban un poco inestables por el vino y la emoción de la noche. Las calles empedradas parecían brillar bajo la luz de la luna, como si el pueblo entero estuviera conspirando para crear una atmósfera mágica.

—¿Sabes? No me había divertido tanto en.… no sé cuánto tiempo.

Anthony me miró y me robó el aliento.

—Me alegro —dijo suavemente—. Te mereces ser feliz.

Llegamos a la puerta de su habitación, y de repente fui muy consciente de lo cerca que estábamos. Podía sentir el calor de su cuerpo, oler su colonia mezclada con el aroma a mar que aún persistía en su piel. Anthony miró hacia mi puerta, a solo unos pasos de distancia, y luego de vuelta hacia mí.

—¿Te acompaño?

Mi corazón dio un vuelco. Una parte de mí quería decir que sí, pero otra parte, la parte cautelosa que siempre me había protegido, me hizo negar con la cabeza.

—No, está bien —dije, mi voz apenas un susurro—. Buenas noches, Anthony.

—Buenas noches, Dana.

El clic de la puerta al cerrarse resonó en el pasillo vacío. Me quedé allí, inmóvil, mirando la puerta cerrada. Mi mente era un torbellino de pensamientos y emociones contradictorias.

¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué me sentía así? Este era Anthony, mi aliado en el plan para recuperar a Blake. No debería estar pensando en él de esta manera, no debería estar deseando abrir esa puerta y... ¡Pero lo deseaba! No podía negarlo más.

Deseaba a Anthony de una manera que nunca había deseado a nadie, ni siquiera a Blake. Era un deseo que iba más allá de lo físico, un anhelo que nacía de algún lugar profundo dentro de mí. Di un paso hacia mi habitación, pero luego me detuve. Cerré los ojos y respiré hondo. Todas las voces en mi cabeza, todas las que me decían que tuviera cuidado, que no confiara, que me protegiera, parecían haberse silenciado. Antes de poder pensarlo dos veces, antes de que el miedo pudiera detenerme, me giré y golpeé fuertemente la puerta de Anthony.

Los segundos que tardó en abrir se sintieron como una eternidad. Y entonces, ahí estaba él, sus ojos abiertos de sorpresa, su pelo ligeramente despeinado y su camisa en la silla.

—Dana, ¿qué...?

No le di tiempo de terminar. En un impulso de valentía que no sabía que poseía, me lancé, mis labios encontrando los suyos en un beso apasionado.

Por un momento, se quedó inmóvil, sorprendido. Pero luego, sus brazos me rodearon, atrayéndome hacia él. Sus labios se movieron contra los míos respondiendo con una pasión que igualaba la mía.

El beso fue como nada que hubiera experimentado antes. Fue fuego y hielo, tormenta y calma. Fue como volver a casa y embarcarme en la aventura más emocionante de mi vida, todo al mismo tiempo. No podía negarlo más. No había podido olvidar ninguno de sus besos. Cuando finalmente nos separamos, ambos sin aliento, me encontré mirando a los ojos de Anthony. Lo que vi allí —deseo, ternura, algo que no me atrevía a nombrar— me hizo temblar.

—Dana —susurró, su voz ronca de emoción—. ¿Estás segura?

En ese momento, mirando a sus ojos, sentí que todas las piezas encajaban. Todas las dudas, todos los miedos se desvanecieron. Por primera vez en mi vida estaba completamente segura de querer tener a un hombre en mi cama.

—Sí —respondí, mi voz firme a pesar de las emociones que me atravesaban—. Nunca he estado más segura de nada en mi vida.

Con esas palabras, Anthony me atrajo de nuevo hacia él, cerrando la puerta detrás de nosotros. Y mientras sus labios encontraban los míos una vez más, supe que esta noche cambiaría todo. Y por una vez, no tenía miedo del cambio. Lo abracé, junto con el hombre que me había hecho darme cuenta de que merecía más de lo que siempre había pensado.

La habitación estaba bañada en la luz plateada de la luna llena que se colaba por la ventana abierta, dibujando sombras suaves y creando un ambiente casi etéreo.

Anthony y yo nos quedamos frente a frente, nuestras respiraciones agitadas, nuestros ojos fijos el uno en el otro. El aire entre nosotros parecía cargado de electricidad, cada segundo de silencio aumentando la tensión hasta que se volvió casi insoportable.

Fue Anthony quien finalmente rompió el hechizo. Con una lentitud exquisita, levantó una mano y acarició mi mejilla, sus dedos dejando un rastro de fuego sobre mi piel. Cerré los ojos, perdiéndome en la sensación.

—Dana —susurró, su voz ronca de deseo—. Eres tan hermosa.

Abrí los ojos para encontrarme con su mirada intensa. La adoración que vi allí me robó el aliento. Nadie me había mirado así antes, como si fuera la cosa más preciosa del universo. Creo que debería decir preciada. Porque muchos me habían visto preciosa, pero preciada, eso era muy distinto.

Sin palabras, llevé mis manos hacia su pecho bronceado. Mis dedos trazaron los contornos de sus músculos, maravillándome de la suavidad de su piel y la firmeza que había debajo. Anthony contuvo el aliento cuando mis manos llegaron al borde de sus pantalones. Me detuve, mirándolo a los ojos, buscando permiso. Él asintió casi imperceptiblemente, y yo continué, desabrochando su cinturón con dedos temblorosos.

Mientras yo lo desvestía, las manos de Anthony no estaban ociosas. Con una delicadeza que contrastaba con la pasión en sus ojos, deslizó los tirantes de mi vestido por mis hombros. La tela cayó al suelo en un susurro, dejándome solo en ropa interior.

—Eres perfecta —murmuró recorriendo mi cuerpo con reverencia.

Me sentí ruborizar bajo su mirada. Con Anthony, me sentía hermosa, deseada, pero también valorada.

Dimos un paso el uno hacia el otro, nuestros cuerpos encontrándose en un abrazo apasionado. La sensación de su piel desnuda contra la mía envió escalofríos por todo mi cuerpo. Nuestros labios se encontraron en un beso ardiente, nuestras lenguas danzando en un duelo sensual.

Las manos de Anthony recorrían mi espalda, trazando patrones que me hacían estremecer de placer. Mis propias manos se enredaron en su pelo, atrayéndolo más cerca, queriendo fundirme en sus labios. Sin romper el beso, Anthony me guio hacia la cama. Caímos sobre las sábanas frescas, nuestros cuerpos entrelazados. La luz de la luna jugaba sobre nuestra piel, creando un juego de luces y sombras que hacía que todo pareciera un sueño.

Anthony se separó ligeramente, sus ojos buscando los míos.

—¿Estás segura de esto? —preguntó, su voz llena de ternura—. Podemos parar si quieres.

Mi corazón se hinchó ante su consideración. Incluso en este momento de pasión desenfrenada, Anthony se preocupaba por mí, por lo que yo quería.

—Nunca he estado más segura de nada —respondí, atrayéndolo hacia mí para otro beso.

Esa fue toda la confirmación que necesitaba. Sus labios dejaron los míos para trazar un camino ardiente por mi cuello, mi clavícula, mi pecho. Cada beso, cada caricia, enviaba oleadas de placer por todo mi cuerpo.

Arqueé la espalda cuando su boca encontró mi pecho, un gemido escapando de mis labios. Anthony tomó su tiempo, adorando cada centímetro de mi piel con sus labios y sus manos. Era como si estuviera memorizando mi cuerpo, descubriendo cada punto sensible, cada lugar que me hacía temblar de placer.

Mis propias manos no estaban quietas. Exploré el cuerpo de Anthony con avidez, maravillándome de la fuerza de sus músculos, de la suavidad de su piel. Tracé cada línea, cada curva.

Era un hombre muy atractivo y había tenido docenas de mujeres. Sabía que deseaba ser especial. Pronto sentí polla larga y dura como una roca. Eso realmente me emocionó. Mi coño hambriento comenzó a gotear jugos calientes y pegajosos.

—Es difícil creer que te tengo en esta habitación.

—Estoy donde quiero estar.

De repente, él se dio la vuelta, medio encima de mí. Me besó, metiendo su gran lengua caliente en mi boca, y yo moría de deseo por él. Mientras él se apoyaba contra mí, ella podía sentir su gran polla palpitando y babeando contra mi muslo.

—Mmmmmm, te necesito —gemí sabiendo que llevaba siglos sin tener sexo.

—Perfecto — dijo Anthony con una sonrisa.

Se deslizó completamente encima y yo abrí las piernas con entusiasmo. Él se hundió entre ellas y yo sentí la gorda y redonda cabeza de su polla golpeando la pequeña y resbaladiza boca de mi coño.

—Sí, sí, métete en mí...

Anthony dio un gruñido lujurioso y comenzó a introducir su enorme polla en mi coño que de tan poco uso últimamente, parecía recién estrenado. Estaba totalmente relajada y mi coño hambriento se expandió como un elástico para recibir su carne. Me encantaba la sensación de estar completamente empalada en su polla dura y gruesa.

Anthony tomó mi pequeño y caliente trasero y comenzó a rozar su polla lentamente sobre mi clítoris hinchado. No tenía prisa y eso me encantaba. Quería que se tomara su tiempo y falláramos toda la noche.

—Mmmmmm, mmmmmm, ¡me gusta! ¡Me encanta! —chillé sin poder contener ninguno de mis comentarios

Ni yo misma podía creer cómo la chica fría y calculadora era una pequeña zorra lasciva, una verdadera glotona sexual, que se moría por el hombre que tenía encima.

Muy gradualmente, aumentó la velocidad y la fuerza de su follada, y yo lo seguí igualando con el ritmo con mis caderas lujuriosas. Cuanto más rápido lo hacía, más fuerte me mojaba, empapando su polla con los jugos espesos y abrasadores.

—¡Sí!

Sabía que estaba siendo una descarada, pero no podía evitarlo. Estaba demasiado cachonda para censurar mi respuesta. Además, me daba cuenta de que mi comportamiento travieso excitaba a Anthony. Con cada gemido y cada movimiento de caderas, él me follaba más rápido. Estaba resoplando de placer, su hermoso rostro enrojecido y retorcido por la lujuria.

—¡Jesús, tu coño está tan apretado! —él gimió.

No era de extrañar llevaba demasiado tiempo sin follar. Aunque no se lo contaría. Gimiendo y retorciéndome, él sacudió sus caderas más rápido, indicando su interminable necesidad.

Apretando su agarre, comenzó a golpearme con su polla con tanta fuerza que me dejó sin aliento. Nuestros cuerpos chocaron ruidosamente y la cama tamaño King comenzó a rebotar y crujir. Eso me encantó.

—Dios, sí, ¡jódeme! —gemí sabiendo que estaba siendo una descarada.

En ese momento sonó el teléfono de la mesilla,

— ¡Mierda! —Anthony gimió.

—¡No respondas!

—Tengo que hacerlo —refunfuñó—. Es una campaña demasiado importante —gruñó tenso.

Yo yacía allí temblando de necesidad, retorciéndome alrededor del duro y grueso empalamiento de su polla profundamente enterrada, mientras él intercambiaba una rápida conversación entre dientes con quien había llamado. Luego colgó con un gran suspiro.

—Lo siento. Creo que mejor me dedico a terminar esto —dijo moviéndose en mi interior.

Anthony volvió a agarrarme el culo y empezó a follar con fuerza. Ahora sí parecía tener prisa, pero en ese momento yo también tenía prisa. Ansiaba correrme. Cerré los ojos con fuerza y dejé de lado todo lo demás.

Anthony estaba golpeando la base de su pene de acero sobre mi clítoris, dándole un placer constante y ardiente. Cada vez que él empujaba yo sentía otra ráfaga de sensación deliciosa. Era fácil recibir ese tipo de estímulo. Simplemente arqueé mi cuerpo para frotarme contra su calor.

La fricción caliente me llevó al borde del orgasmo. Flotaba allí con avidez, deseando que las deliciosas sensaciones siguieran. Anthony se movía a toda velocidad, follándome tan fuerte que

mi cuerpo se estremecía por el impacto.

—Oh, sí —las estrellas comenzaron a girar en mis pupilas cerradas.

Nos retorcimos en un clímax mutuo largo y duro.

Me estiro y acomodo el cabello. El aire huele a salitre y sexo. Abro los ojos y él está junto a mí, dormido como un oso. Estira su mano y me busca. Es tan lindo que duele.

Me escabullo y recojo la ropa del suelo como puedo. ¿Cómo pude ser tan débil?

Dímelo

Salgo de la habitación con el corazón pesado. El pasillo está vacío, el silencio roto solo por el suave murmullo de las olas que llega desde la distancia. Bajo las escaleras hacia el comedor del hotel, cada paso resonando en mis oídos como un recordatorio de la soledad que siento. Ella se fue. Se ha marchado. El comedor está casi desierto. Me siento en una mesa junto a la ventana desde donde puedo ver el mar. Pido un café y espero, mi corazón late con fuerza cada vez que escucho pasos.

Y entonces, aparece ella. No se ha ido. Se sienta a la mesa, pero evita mi mirada. ¿A qué está jugando? Mi corazón da un vuelco, una mezcla de alegría por verla y miedo por lo que pueda decir.

—Buenos días, Dana —digo, tratando de mantener un tono ligero—. ¿Dormiste bien?

Ella se sienta frente a mí, sus ojos finalmente encontrándose con los míos. Hay una frialdad en ellos que me hiela la sangre.

—Solo quiero un café, gracias —dice al camarero ignorando mi pregunta.

Asiento, haciendo una seña al camarero para que me traiga lo mismo. El silencio entre nosotros es pesado, cargado de palabras no dichas y emociones reprimidas.

—Hace un día precioso, ¿no crees? —intento de nuevo, desesperadamente romper esta tensión —. Pensé que podríamos dar un paseo por la playa después del desayuno. Hay una cala preciosa que...

—Anthony —me interrumpe—para, necesitamos hablar.

Siento que mi corazón se hunde. Conozco ese tono. Es el tono de alguien que ha tomado una decisión, y temo que no sea la que esperaba.

—Por supuesto —digo tratando de mantener la calma—. ¿De qué quieres hablar?

Dana toma un sorbo de su café como si estuviera reuniendo fuerzas. Cuando vuelve a mirarme, hay una determinación en sus ojos que me asusta.

—Lo de anoche... —comienza, y puedo ver cómo lucha por encontrar las palabras adecuadas—. Fue un error.

Esas tres palabras caen sobre mí como un cubo de agua fría. Siento que el aire abandona mis pulmones.

—¿Un error? —repito, mi voz apenas es un susurro—. Lo que compartimos anoche fue... ¿un error?

—Fue hermoso —me interrumpe, y por un momento veo un destello de la Dana de anoche en sus ojos—. Pero no fue real, Anthony. No puede ser real.

Quiero protestar, quiero decirle que fue lo más real que he sentido en mi vida. Más real que las miles de mujeres que pasaron por mi cama o por la de quien sabe qué hotel. Quiero sacudirla por los hombros y demostrarle qué tan real somos.

—Es por Blake, ¿verdad? —logro decir finalmente con la amargura filtrándose en mi voz.

Asiente lentamente y veo el dolor en sus ojos. Maldita sea, cuándo se va a dar cuenta que no lo quiere. ¡No está enamorada de él! Una mujer enamorada de otro no se lanza como ella hice anoche. No se entrega sin reservas. ¡Cuándo demonios va a darse cuenta!

—Lo siento, Anthony. De verdad. Pero no puedo... no puedo abandonar todo por lo que he luchado. No puedo renunciar a Blake.

Cada palabra es como un puñal en mi corazón. Quiero gritar, quiero comerla a besos, hacerle ver que está cometiendo un error. Pero me contengo, consciente de que estamos en un lugar público.

—Lo siento, Anthony. De verdad. Pero todo esto... fue un error. No debió pasar.

Sus palabras me golpean dejándome sin aliento. Si vuelve a pronunciar la palabra error lanzaré las tazas de café por los aires. Mi corazón grita que la ama, que lo que compartimos fue real, pero las palabras no salen de mi boca. No puedo confesárselo. No ahora. En su lugar, me obligo a adoptar una máscara de indiferencia. No puedo ser yo quien la despierte. Debe hacerlo ella misma, si no, nunca conseguiré que se sienta segura.

—Vamos, Dana —digo forzando una sonrisa despreocupada—. No es para tanto. Fue una noche divertida. No hay necesidad de dramatizar. ¿Te dije lo mucho que disfruto de los tríos?

Veo la sorpresa en sus ojos seguida rápidamente por algo que parece... ¿dolor? Pero se desvanece tan rápido que me pregunto si lo he imaginado.

—No, no me lo contaste —responde ella, su voz extrañamente plana—. Llevas razón, supongo que me dejé llevar por el momento. No volverá a suceder.

Asiento manteniendo mi fachada de despreocupación.

—Por supuesto que no. Fue solo una noche. He tenido muchas como esa, créeme. Y mejores también.

Las palabras saben a ceniza en mi boca, pero me obligo a mantener la sonrisa. Veo cómo Dana se tensa ligeramente, pero rápidamente se recompone.

—Bien —su voz ahora es fría y distante—. Me alegro de que estemos de acuerdo en esto. Creo que lo mejor será que volvamos a Madrid cuanto antes.

—Totalmente de acuerdo —respondo levantándome de la mesa—. Empacaré mis cosas y nos iremos en una hora, ¿te parece bien?

Dana asiente.

—Perfecto. Nos vemos en el lobby en una hora.

La veo alejarse, cada paso que da lejos de mí es como un puñal en mi corazón. Quiero correr tras ella, decirle que todo es mentira, que la amo más que a nada en este mundo. Pero me quedo quieto, la máscara de indiferencia firmemente en su lugar. Ella no está preparada.

Cuando Dana desaparece cierro los ojos respirando profundamente, tratando de controlar el tumulto de emociones que amenazan con ahogarme. Luego, con una resolución que no siento, me dirijo a mi habitación para empacar. El viaje de vuelta a Madrid será largo y doloroso, pero no puedo derrumbarme ahora. Tengo que mantener esta fachada, por el bien de ambos. Por nosotros. Encontraré una manera de arreglar esto. No sé cómo, no sé cuándo, pero no puedo renunciar a Dana. No ahora que sé lo que es amarla realmente. El juego ha cambiado y las apuestas son más altas que nunca. Pero estoy dispuesto a todo. A todo…

El paisaje se desliza frente a mis ojos como una película en cámara rápida. Los verdes intensos de Asturias van quedando atrás, dando paso a la árida meseta castellana. Es como si el mundo exterior reflejara el vacío que siento por dentro.

El silencio en el coche es ensordecedor. Ella está a mi lado, tan cerca físicamente y tan lejos emocionalmente, que duele. Sus manos están firmes en sus rodillas, su mirada fija en la carretera.

No ha dicho una palabra desde que salimos, y yo tampoco he intentado romper este silencio incómodo.

Queriendo sin querer

Cierro los ojos, intentando escapar de la realidad, pero los recuerdos de anoche me asaltan sin piedad. Las manos de Anthony en mi piel, sus labios en los míos, la forma en que me miró como si fuera la cosa más preciosa del universo. Fue maravilloso, perfecto, mágico. Entonces, ¿por qué me siento como si el mundo se me cayera encima?

Intento pensar en Blake, recordar por qué estoy haciendo todo esto. Él es la razón, ¿no? El hombre que amo, por quien he luchado tanto. Trato de evocar su rostro, su sonrisa, pero por alguna razón, su imagen se desdibuja en mi mente. En su lugar veo la sonrisa de Anthony. Esa sonrisa que ilumina toda su cara, que hace que sus ojos brillen de una manera que me quita el aliento. La sonrisa que me dedicó esta mañana, tan despreocupada, tan casual, me hizo darme cuenta de que, para él, yo solo fui una más.

El dolor que siento ante ese pensamiento es tan intenso que me sorprende. ¿Por qué me afecta tanto? Se supone que esto es lo que quería, ¿no? Que nuestra noche juntos no significara nada, que pudiéramos volver a nuestras vidas normales, a nuestro plan original. Pero cada kilómetro que nos aleja de Lastres se siente como si estuviera dejando atrás una parte de mí misma. Una parte que no sabía que existía hasta que Anthony la despertó.

Miro de reojo su perfil, tan hermoso y distante. ¿Cómo puede estar tan tranquilo? ¿Cómo puede actuar como si nada hubiera pasado? Por un momento siento una punzada de resentimiento. Pero entonces recuerdo sus palabras de esta mañana. "Fue solo una noche más. He tenido muchas como esa." El dolor vuelve, agudo y penetrante. Claro que no significó nada para él. Soy solo una más en su larga lista de conquistas…

Vuelvo mi mirada hacia la ventana intentando contener las lágrimas que amenazan con derramarse. No puedo llorar, no aquí, no ahora. No cuando he sido yo quien ha insistido en que todo fue un error.

El paisaje sigue cambiando, cada vez más árido, cada vez más desolado. Me siento vacía, perdida. Ya no sé lo que quiero, ya no estoy segura de nada.

Pienso en Blake, en nuestro plan, en por todo lo que he luchado. Pero por más que lo intento, no puedo sentir la misma determinación de antes. Es como si algo hubiera cambiado fundamentalmente dentro de mí. Y mientras Madrid se acerca cada kilómetro que pasamos, una verdad incómoda comienza a formarse en el fondo de mi mente. Una verdad que no estoy lista para enfrentar, pero que se vuelve más clara con cada latido de mi corazón.

Tal vez, he estado creyendo que estaba enamorada...

Cierro los ojos de nuevo dejando que el movimiento del coche me arrulle. No estoy lista para enfrentar esta realidad, no todavía. Así que me permito perderme en los recuerdos de anoche, en la sensación de los brazos de Anthony a mi alrededor, en el sonido de su risa.

Por ahora, esos recuerdos son todo lo que me queda. Y mientras el coche sigue avanzando hacia Madrid, hacia Blake, hacia la vida que creía que quería, no puedo evitar preguntarme si estoy cometiendo el mayor error de mi vida.

—Anthony, ¿aún no me has dicho eso tan importante y por lo que tuvimos que viajar? ¿Qué era?

Él me observó mientras presionaba con mayor fuerza el volante. Fueron unos segundos. Luego volvió a concentrarse en la carretera. No me contestó, y yo no volvía a hacer la pregunta.

Te elijo a ti

El bullicio del salón de conferencias del Hotel Ritz se desvanece en un zumbido distante mientras mis ojos permanecen fijos en las puertas de entrada. Mi corazón late con una mezcla de anticipación y temor. Han pasado dos días desde que regresamos de Lastres, dos días desde que Dana y yo compartimos esa noche mágica, dos días desde que ella dijo que todo había sido un error. Dos días que se han sentido como una eternidad.

Ajusto mi corbata por enésima vez, más por nerviosismo que por necesidad. El traje azul marino que llevo puesto, elegido cuidadosamente esta mañana, de repente me parece inadecuado. ¿Notará Dana lo mucho que me he esforzado? ¿Le importará siquiera?

A mi alrededor, el seminario de marketing digital está en pleno apogeo. Ejecutivos y profesionales de toda España se mezclan intercambiando tarjetas y charlando animadamente. Pero para mí, todo esto es un mero telón de fondo. Mi mundo se ha reducido a esas puertas y a la mujer que espero ver atravesarlas en cualquier momento.

Los minutos pasan con una lentitud agonizante. Cada vez que las puertas se abren, siento que mi corazón se detiene, solo para volver a latir con decepción cuando no es ella quien entra. Me siento como un adolescente en su primera cita, ansioso y temeroso a partes iguales.

Y entonces, sucede.

Las puertas se abren una vez más y es como si el tiempo se detuviera. Dana entra en el salón y, de repente, todo lo demás desaparece. Está despampanante, vestida con un traje sastre color esmeralda que se ajusta perfectamente a sus curvas. Su cabello cae en suaves ondas sobre sus hombros y lleva un maquillaje sutil que resalta sus hermosos ojos. Siento que me falta el aire. Es como si la hubiera olvidado y la estuviera viendo por primera vez. Cada detalle de su rostro, cada movimiento de su cuerpo se graba a fuego en mi memoria. Quiero correr hacia ella, tomarla en mis brazos, decirle que estos dos días sin ella han sido una tortura. Pero me quedo inmóvil. Nuestras miradas se cruzan por un instante y siento una descarga eléctrica recorrer todo mi cuerpo. Por un momento, creo ver un destello de emoción en sus ojos, pero desaparece tan rápido como un trueno de verano.

Antes de que pueda hacer o decir algo, Dana se gira, su atención captada por alguien más. Mi corazón se hunde cuando veo a Blake acercarse a ella, una sonrisa amplia en su rostro. Él la saluda con un beso en la mejilla y siento una punzada de celos tan intensa que sorprende a mi inteligencia. Me obligo a apartar la mirada sintiendo como si acabara de recibir un puñetazo en el estómago. ¿Cómo pude ser tan ingenuo? Por supuesto que Dana vino a buscar a Blake. Ese siempre ha sido su objetivo. No está aquí por mí.

—¿Anthony? ¿Me estás escuchando?

La voz a mi lada me saca de mis pensamientos. Me giro para encontrarme con Valeria, una ejecutiva de marketing que he conocido en anteriores eventos. Es atractiva, con su cabello rubio recogido en un moño elegante y unos ojos azules penetrantes. En cualquier otra circunstancia estaría encantado de hablar con ella y volver a revivir viejos reencuentros, pero ahora, en todo lo que puedo pensar, es en Dana.

—Lo siento, Valeria —contesto forzando una sonrisa—. Estaba un poco distraído. ¿Qué me decías?

Valeria sonríe aparentemente sin notar mi falta de atención.

—Te preguntaba sobre tu presentación de esta tarde. He oído que tienes algunas ideas

innovadoras sobre estrategias de contenido viral.

Asiento agradecido por la distracción.

—Sí, he estado trabajando en algunas técnicas nuevas. De hecho...

Comienzo a hablar sobre mi presentación, pero mi mente está dividida. Mientras converso con Valeria mis ojos no dejan de buscar a Dana entre la multitud. La veo riendo con Blake, su mano apoyada casualmente en su brazo, y siento una nueva oleada de celos.

Valeria sigue hablando, haciendo preguntas y riendo de mis respuestas, pero apenas registro lo que dice. Estoy demasiado ocupado observando a Dana, memorizando cada gesto, cada sonrisa que debería ser mía entregada a otro.

Me odio por sentirme así. Se supone que debo ser fuerte, que debo mostrarle a Dana que no me afecta, pero la verdad es que me está matando verla con Blake, ver cómo le sonríe, cómo lo toca…

Inconscientemente, me acerco más a Valeria, riendo un poco más fuerte de lo necesario en respuesta a algo que ha dicho. Por el rabillo del ojo, veo que Dana nos mira. Por un momento creo ver un destello de celos en su mirada.

El seminario está a punto de comenzar, y el presentador nos pide que tomemos asiento. Valeria me sonríe y me pregunta si quiero sentarme con ella. Acepto, más por inercia que por deseo real.

Mientras nos dirigimos a nuestros asientos, no puedo evitar mirar una última vez hacia Dana. Nuestros ojos se encuentran de nuevo y, por un momento, el mundo se detiene. Hay tanto que quiero decirle, tanto que quiero hacer. Pero el momento pasa, y ella aparta la mirada volviéndose hacia Blake.

Me siento junto a Valeria, mi mente es un torbellino de emociones. El seminario está a punto de comenzar, pero sé que no podré concentrarme. No cuando Dana está tan cerca y a la vez tan lejos.

La tarde avanza, pero mi atención está dividida entre el orador y Dana. No puedo evitar mirarla de reojo cada minuto, observando cada uno de sus movimientos. Blake está sentado a su lado, inclinándose ocasionalmente para susurrarle algo al oído. Cada vez que lo hace, siento una punzada de celos que me atraviesa como un cuchillo. De repente, veo que Blake se levanta discretamente y se dirige hacia la salida. Probablemente va a atender una llamada importante o algo así. Lo que me sorprende es ver cómo Dana inmediatamente se endereza en su asiento, sus ojos siguiendo cada paso de Blake. Es como si estuviera esperando su momento, como una mosca atraída por la miel. Sin poder contenerme, le hago un gesto sutil, invitándola a acercarse. Hay un asiento vacío a mi lado y, por un momento, me permito imaginar que viene y se sienta junto a mí. Que podemos hablar, aclarar las cosas, tal vez incluso... Pero Dana ni siquiera me mira. Sus ojos están fijos en la puerta por la que Blake ha salido, como si estuviera contando los segundos para su regreso. La veo removerse inquieta en su asiento, claramente ansiosa por seguirle.

La furia me invade. ¡¿Cómo puede estar tan obsesionada con Blake después de lo que compartimos en Lastres?! ¿Acaso esa noche no significó nada para ella? Recuerdo sus besos, sus caricias, la forma en que susurró mi nombre. ¿Todo fue una mentira? ¿Estaré tan equivocado? Con un esfuerzo consciente aparto mi mirada de Dana y me giro hacia Valeria. Ella me sonríe, sus ojos azules brillando con interés.

—Este orador es un poco aburrido, ¿no crees? —susurra, inclinándose hacia mí y fuerzo una sonrisa.

—Estoy seguro de que tu presentación será mucho más interesante.

Valeria ríe suavemente colocando su mano sobre mi brazo.

—Qué adulador. Espero no decepcionarte.

—Nunca lo has hecho.

Me sorprendo a mí mismo riendo. Valeria es inteligente, atractiva y, lo más importante, está interesada en mí. No en Blake, no en algún plan elaborado. No en un hombre que ama a otra. Solo en mí. ¡En mí!

—Eres toda una experta —completo, permitiéndome disfrutar de su atención.

Mientras conversamos en voz baja, ignorando al orador, no puedo evitar ser consciente de la presencia de Dana. La veo por el rabillo del ojo, aún mirando hacia la puerta, aún esperando a Blake. Cada vez que la miro, siento una mezcla de dolor y rabia. ¿Cómo puede seguir persiguiendo a Blake después de lo que compartimos? La noche en Lastres fue maravillosa, perfecta. Fue real, al menos para mí. Pero para Dana, parece que no fue más que un medio para un fin.

El seminario se desvanece en un borrón de voces y presentaciones, pero mi mundo se ha reducido a un único punto focal: Dana. Cada movimiento suyo, cada gesto, cada sonrisa dirigida a Blake, es como una puñalada afilada en mi corazón. El dolor es tan intenso que casi puedo saborearlo, amargo y punzante en mi lengua.

Me encuentro estudiando su perfil, memorizando cada curva y ángulo de su rostro. El suave arco de su cuello, la forma en que un mechón de pelo cae sobre su mejilla, el modo en que muerde su labio inferior cuando está pensativa. Cada detalle es una tortura exquisita, un recordatorio de lo que tuve y perdí.

Intento concentrarme en el orador, en Valeria a mi lado, en cualquier cosa que no sea Dana. Pero es inútil. Es como si hubiera un imán entre nosotros atrayéndome constantemente hacia ella. Y cada vez que la miro, el dolor y la frustración crecen amenazando con ahogarme.

Valeria dice algo, su mano rozando mi brazo en un gesto que pretende ser casual. Respondo automáticamente forzando una sonrisa que no siento. Mi mente está a kilómetros de distancia, perdida en recuerdos de una noche en Lastres que parece cada vez más un sueño que una realidad.

De repente, Dana gira la cabeza y nuestras miradas se encuentran. Por un instante, el mundo se detiene. Ella aparta la mirada rápidamente, como si el mero hecho de mirarme le quemara. La pérdida de ese contacto visual, por breve que fuera, me deja sintiéndome vacío y frío. Es como si me hubieran arrancado algo vital, dejando un agujero en mi pecho que amenaza con consumirme.

No puedo soportarlo más.

Me excuso con Valeria y me levanto necesitando desesperadamente un momento para recomponerme. Mientras me dirijo hacia la salida, siento la mirada de Dana en mi espalda. Es casi físico, como un toque fantasmal que envía escalofríos por mi columna.

En el pasillo, me apoyo contra la pared cerrando los ojos y respirando profundamente. Intento calmar el torbellino de emociones que amenaza con desbordarme. Amor, dolor, ira, celos, todo se mezcla en un cóctel tóxico que me está volviendo loco.

¿Cómo hemos llegado a esto? ¿Cómo puedo sentirme tan conectado a alguien que parece tan decidida a ignorarme? La ironía de la situación no se me escapa. Yo, que siempre me he enorgullecido de mi control, de mi racionalidad, reducido a esto por una mujer que claramente

no siente lo mismo.

Abro los ojos y me encuentro con ella mirándome…

—¿Qué haces aquí? Blake te ha dejado plantada.

—Yo me estaba preguntando lo mismo de tu amiguita. ¿No piensas a invitarla a hacer un trío?

—¿Por qué quieres unirte?

—¿Qué pasa? ¿Celosa tal vez? ¿Será que Valeria es más guapa que tú?

Alza la mano para darme un bofetón cuando la intercepto en el aire. Nos quedamos mirando, resoplando como lobos hambrientos cuando su mano libre se acerca a mi cuello y lo acaricia. Descolocado y desesperado me lanzo a su boca. No es un beso suave ni cariñosa. Quiero castigarla. Morderla. Hacerle vivir el sufrimiento vivido.

Su lengua me recorre e intenta dominarme, yo por mi parte ya no sé ni quien soy. Mis labios trazan un camino ardiente por su cuello saboreando la suavidad de su piel. Ella inclina la cabeza, dándome mejor acceso, un suave gemido escapando de sus labios. El sonido enciende un fuego en mi interior, avivando el deseo que he estado reprimiendo durante días.

—Anthony —susurra temblorosa—, alguien podría vernos.

Mi nombre en sus labios es un dulce acaramelado. Levanto la cabeza mirándola a los ojos. En la penumbra, puedo ver el conflicto en su mirada: deseo mezclado con miedo, pasión luchando contra la prudencia.

—No me importa —respondo ronco de deseo—. Solo me importas tú. Aquí y ahora.

Mis manos recorren su cuerpo memorizando cada curva, cada valle. La tela de su vestido se siente como una barrera insoportable entre nosotros. Quiero sentir su piel, quiero perderme en ella.

Dana tiembla bajo mi toque, su respiración cada vez más agitada.

—Esto es una locura —murmura, pero sus manos se deslizan bajo mi chaqueta, sus dedos dejando rastros de fuego a su paso.

—Entonces estemos locos —respondo capturando sus labios en otro beso apasionado.

El mundo a nuestro alrededor desaparece. No hay seminario, no hay Blake, no hay Sofía. No hay pasillo. Solo existimos ella y yo, y nuestros cuerpos entrelazados en la oscuridad. Mis manos encuentran el cierre de su vestido bajándolo lentamente. Dana jadea cuando el aire fresco acaricia su piel recién expuesta. La beso de nuevo, ahogando cualquier protesta que pudiera tener.

—Eres hermosa —susurro contra su piel, mis labios trazando un camino desde su cuello hasta su clavícula—. Tan perfecta.

Dana arquea su espalda, presionándose contra mí. Sus manos luchan con los botones de mi camisa, desesperada por sentir mi piel contra la suya. Cuando finalmente lo logra, ambos gemimos al unísono ante el contacto.

—Te necesito —dice Dana, su voz cargada de deseo—. Ahora.

No necesito que me lo diga dos veces. Con un movimiento fluido, levanto su pierna, enganchándola alrededor de mi cadera. Dana se aferra a mis hombros, sus uñas clavándose en mi piel de una manera que me vuelve loco.

Nos movemos juntos, encontrando un ritmo que es solo nuestro. Cada embestida, cada caricia, cada beso está cargado de una pasión que amenaza con consumirnos. El peligro de ser descubiertos solo añade una emoción extra, haciendo que cada sensación sea más intensa. La

apoyo contra la pared. En una esquina oscurecida. Ella entierra su rostro en mi cuello ahogando sus gemidos. Puedo sentir su corazón latiendo contra mi pecho, tan rápido y fuerte como el mío. Estamos perfectamente sincronizados, nuestros cuerpos moviéndose como si hubieran sido creados el uno para el otro.

El placer crece dentro de mí llevándome cada vez más alto. Sé que estoy cerca del borde, y puedo sentir que Dana también lo está. Sus movimientos se vuelven más erráticos, su respiración más entrecortada.

—Anthony —gime ella, su voz apenas un susurro—. Oh, Dios, Anthony. Dime qué hacer.

—Nada cariño, solo sigue así.

Escuchar mi nombre en sus labios, cargado de tanto placer y emoción, me empuja sobre el precipicio. El clímax me golpea con una fuerza que me deja sin aliento, olas de éxtasis recorriendo todo mi cuerpo. Dana me sigue momentos después, su cuerpo temblando en mis brazos mientras alcanza su propio clímax. La sostengo cerca, besando su frente, sus mejillas, sus labios, cualquier parte de ella que pueda alcanzar.

Nos quedamos así por un momento, abrazados en la oscuridad, con nuestras respiraciones agitadas y nuestros corazones latiendo al unísono. Lentamente, el mundo a nuestro alrededor vuelve a enfocarse. Puedo escuchar el sonido distante del tráfico, el murmullo de voces desde el interior del edificio.

Levanta la cabeza, sus ojos encontrándose con los míos. Hay una vulnerabilidad en su mirada que me deja sin aliento.

—¿Qué hemos hecho, Anthony? —susurra, pero no hay arrepentimiento en su voz, solo asombro.

—Lo que deberíamos haber hecho hace mucho tiempo —respondo, besándola suavemente—. Ser honestos con nosotros mismos.

—Yo… Blake…

—Ahora no—digo, acariciando su mejilla—por favor, ahora no.

La retengo en mi abrazo. Tengo los pantalones caídos y sus piernas rodeándome con un vestido a medio cerrar. ¡Qué otra prueba necesita para darse cuenta de quién es el centro de sus deseos!

Eres…

Estoy acostado en la cama, con Dana durmiendo plácidamente a mi lado. Su respiración suave y rítmica es como una nana, un recordatorio constante de su presencia, de esta nueva realidad que aún me cuesta creer. Miro su rostro, tan sereno en el sueño. Un mechón de pelo cae sobre su mejilla, y reprimo el impulso de apartarlo. No quiero despertarla, no todavía. Estos momentos de calma, donde puedo observarla sin reservas, son un tesoro que atesoro en lo más profundo de mi ser.

Han pasado tres semanas desde aquella tarde del seminario. Unas semanas que han cambiado todo, y nada al mismo tiempo. Cierro los ojos y dejo que los recuerdos de los últimos días me inunden. Durante el día, ella seguía con su plan de conquistar a Blake. La veía coquetear con él, reír de sus chistes, tocar su brazo "casualmente". Sin embargo, las noches, esas eran mías. Recuerdo especialmente el miércoles. Estábamos en una reunión de la agencia discutiendo una nueva campaña. Blake estaba presentando algunas ideas y Dana no le quitaba los ojos de encima. La vi inclinarse hacia adelante, sus labios curvados en una sonrisa seductora. Conocía esa mirada, era la misma que me dirigía a mí cuando estábamos solos. En un momento él hizo una pausa para tomar agua y ella vio su oportunidad. Se levantó, pretendiendo ir por más café, pero su trayectoria la llevaba directamente hacia Blake. Vi su intención clara como el día: iba a "tropezar" y caer en sus brazos. Mi corazón se aceleró. No podía permitirlo. La idea de Dana en brazos de Blake me revolvía el estómago. Sin pensarlo dos veces, me levanté de un salto.

—¡Dana! —exclamé, quizás con demasiada fuerza. Todos en la sala me miraron sorprendidos —. Yo... eh... ¿podrías traerme un café también a mí?

Se detuvo en seco mirándome con confusión. Por un momento, nuestras miradas se encontraron y sentí esa chispa, esa conexión innegable entre nosotros. Luego, como si nada hubiera pasado, asintió y se dirigió a la máquina de café. Crisis evitada, pero ¿a qué costo? Cada vez que intervenía, cada vez que frustraba los intentos de Dana, sentía que estaba traicionando su confianza. Pero al mismo tiempo, ¿no estaba protegiéndola? ¿Protegiéndonos a ambos? La muy ingenua pensaba que solo éramos un pasatiempo. ¿Tan ciega era? Cuando el sol se ponía y el mundo se aquietaba, las visitas nocturnas a mi casa se convirtieron en frecuentes y ardientes. Solo quiero hablar, decía siempre al llegar. Pero ambos sabíamos que era más que eso. Hablábamos, sí, de todo. De nuestros miedos, nuestros sueños, nuestras esperanzas. Y en algún momento de la noche, inevitablemente, terminábamos el uno en los brazos del otro.

Sin embargo, anoche fue diferente. Llegó más tarde de lo habitual, sus ojos rojos e hinchados. Había estado llorando.

—¿Qué pasa? —pregunté, mi corazón rompiéndose al verla así.

Se lanzó a mis brazos, sollozando contra mi pecho.

—No puedo seguir con esto —dijo entre lágrimas—. Ya no sé lo que quiero. Blake, tú, el plan... todo es tan confuso.

¡Sí! Mi pecho lanzó un grito ahogado. Al fin… pensé victorioso. Las dudas comenzaban a ser una voz en grito en su corazón. La abracé fuerte, acariciando su pelo, deseando poder absorber su esencia.

—Está bien. Estoy aquí. Siempre estaré aquí.

Nos quedamos así por lo que parecieron horas, abrazados en silencio. Poco a poco, sus sollozos se calmaron. Cuando levantó la mirada, sus ojos estaban llenos de una determinación que no

había visto antes.

—Bésame —dijo. No era una petición, era una orden.

Y lo hice. La besé como si mi vida dependiera de ello. Como si en ese beso pudiera transmitirle todo lo que sentía por ella, todo el amor, la pasión, el deseo que había estado reprimiendo durante semanas.

Esta vez, Dana no se detuvo. Sus manos recorrieron mi cuerpo con urgencia, desesperación. Las mías hicieron lo mismo, redescubriendo cada curva, cada valle de su piel. Hicimos el amor con una intensidad que me dejó sin aliento. Fue tierno y salvaje, lento y frenético. Fue una culminación de todas las emociones reprimidas, de todos los deseos negados. Fue perfecto.

Ahora, mientras la observo dormir, me pregunto qué significará todo esto. ¿Habrá tomado una decisión definitiva? ¿O mañana volveremos a la rutina de antes, fingiendo que esto nunca pasó y que su corazón es de Blake? Dios sabe que es mi amigo, pero nadie sabe cuanto lo odio en este momento. Parte de mí tiene miedo de lo que traerá el amanecer. Pero otra parte, una parte que crece cada día, está lista para luchar. Por Dana, por nosotros, por este amor que estoy seguro podría conquistar el mundo si le diéramos la oportunidad. Si ella lo quisiera…

Se mueve en sueños acurrucándose más cerca de mí. Instintivamente la rodeo con mis brazos atrayéndola hacia mi pecho. Encaja perfectamente, como si hubiera sido creada para estar ahí. No sé qué nos depara el futuro. No sé si Dana elegirá quedarse conmigo o si seguirá persiguiendo a Blake. No sé si nuestro plan, ese plan que ahora parece tan lejano y sin sentido, tendrá éxito o fracasará estrepitosamente.

Pienso en Sofía y la culpa me corroe cuando recuerdo sus ojos llenos de confianza, contándome sus preocupaciones sobre su matrimonio. Su odio hacia Dana. Si supiera lo que está pasando, ¿me perdonaría alguna vez? Cómo podré explicar que me he chocado de frente con el amor y me ha llevado a la UCI.

Dana se mueve en sueños murmurando algo ininteligible. Sonrío incapaz de contener la ola de ternura que me invade. ¿Cómo puede alguien ser tan hermosa incluso dormida? Se mueve de nuevo, esta vez abriendo lentamente los ojos. Por un momento, parece desorientada. Luego, sus ojos se encuentran con los míos y una sonrisa suave se dibuja en sus labios.

—Buenos días —murmura todavía ronca por el sueño.

—Buenos días.

Se acurruca más cerca enterrando su rostro en mi pecho.

—¿En qué piensas?

Dudo por un momento. ¿Debo ser honesto? ¿Arriesgarme a romper esta burbuja de felicidad en la que estamos? Finalmente, decido que la verdad es la mejor opción. Ya llevamos demasiadas mentiras planeadas.

—En nosotros —digo suavemente —. En estas semanas. En lo que significa todo esto.

Dana se tensa ligeramente en mis brazos. Luego, lentamente, levanta la cabeza para mirarme. Hay una determinación en sus ojos que me deja sin aliento.

—Yo también he estado pensando, y creo... creo que es hora de que dejemos de fingir. Que yo deje de fingir…

Mi corazón se detiene por un momento.

—¿Qué quieres decir exactamente?

Dana toma una respiración profunda.

—Quiero decir que estoy cansada de perseguir fantasmas. Blake... Blake nunca fue para mí.

—Cariño… —Acaricio su larga melena revuelta.

—No, permíteme que hable mientras tenga valor. Creo que siempre lo supe, pero me aferré a esa idea porque era más fácil que enfrentar la verdad.

—¿Verdad? —mi voz apenas es un susurro.

Sus ojos se llenan de lágrimas, pero sonríe.

—La verdad de que ya no quiero estar sola. Que ya no deseo ser una pieza de porcelana que se luce. La verdad de que quiero ser querida por las mañanas tanto como por las noches. La verdad de que es en ti en quien pienso cuando me siento feliz. Y si tu quieres…

—Quiero.

—Aún no te he preguntado.

—Quiero doblemente. A lo que quiero yo y a tu pregunta.

—Anthony…

Sin pensarlo dos veces la atraigo hacia mí y la beso con todo el amor y la pasión que he estado conteniendo en demasiado tiempo. Cuando nos separamos, ambos estamos sin aliento y sonriendo como idiotas.

—Somos un par de tontos, ¿no? —dice, acariciando mi mejilla.

—Tú más que yo.

—Eres, eres…

—Lo sé —digo besándola y arrastrándola bajo mi cuerpo.

Anthony, se giró. No deseaba ser dominado. Él estaba abriendo mis muslos con las rodillas e indicándome exactamente lo que quería. Él se hundió entre mis piernas y yo sentí la enorme y dura cabeza de su polla extendiendo mis jugosos labios vaginales. Estaba en el blanco, sintiendo la palpitante dureza de su polla dentro de mi coño hambriento.

—Oh, Dios, ¡sí! —Sollocé perdiendo el control de mí misma.

Simplemente no pude evitarlo. Adoraba la sensación de su gruesa y dura polla abarrotando mi coño y empujando hacia mi útero. Necesitaba follar desesperadamente. Y tenía que ser con él. Así que gemí retorciéndome mientras Anthony empujaba su gran y dura polla hasta mis humeantes profundidades. Él agarró mi pequeño y agitado trasero y me folló con fuerza, haciéndolo fuerte y rápido. Así era exactamente como lo quería. Él siempre sabía lo que necesitaba. Sus caderas se sacudieron a su ritmo mientras yo lo aceptaba ansiosamente.

—¡Sí, jódeme, jódeme! —grité loca de placer.

—¡Mierda! Me tienes loco. Cariño, eres preciosa, te deseo como un tiburón.

—Anthony, ¡puedes callarte y concentrarte!

Él se rio y dejó de hablar, provocándome una risa contagiosa. Lo último que quería en ese momento era hablar. Yo sólo quería perderme en la alegría animal de follar con él. Moví mi resbaladizo coño con avidez alrededor del grueso pincho de su polla y Anthony gimió mientras fruncía el ceño al notar que estaba riéndome de él.

—Con que esas tenemos...

Su eje martilleante comenzó a frotar constantemente mi clítoris hinchado. Suspiré sabiendo que

nunca podría tener suficiente sexo con Anthony, ni en un millón de años. Yo lo buscaba con avidez, sacudiendo mis caderas al ritmo lujurioso de mi chico, arañando sus poderosos hombros, gimiendo. Sabía que sonaba como una pelea de gatos, pero no pudo evitarlo. Estaba presa de sus ardientes deseos contagiando los míos.

—¡Oh, mierda, cariño!

Anthony apretó con más fuerza mi culo, estabilizándome. Luego comenzó a golpearla con su enorme polla con tanta fuerza que me dejaba sin aliento con cada embestida profunda. Parecía casi brutal, pero era exactamente lo que necesitaba. Dejé caer la cabeza hacia atrás gimiendo de éxtasis.

—¡Sí, eso es! ¡jódeme!

Casi deseaba que Anthony no me miraba. En el pasado había sido una chica agradable, que disfrutaba lo justo, y ahora, junto a él, era una loca, gimiendo de placer sin control.

Anthony se comportaba como un animal en celo. Me comía a mordiscos, y eso me hacía sentir rebozante. Era complicado, pues la chica que siempre se enfadaba por ser utilizada como un cuerpo, junto a él adoraba sentirse presa de sus sensaciones corporales. Y todo era gracias a él, pensé mientras me ahogaba de placer con él golpeando su hinchada polla dentro mío. En poco tiempo estábamos al borde del orgasmo.

—¡Voy a correrme! —Lucy chilló.

—¡Tú y yo, los dos! —él gimió.

Se puso a toda velocidad, follando con toda su fuerza, y eso me puso justo al límite. Sentí una impresionante explosión de placer en las humeantes profundidades y luego su cuerpo fue sacudido por calientes convulsiones. Al igual que el mío.

Los no planes

El sol ya está alto en el cielo cuando finalmente nos levantamos de la cama. Dana se dirige al baño mientras yo me encargo de preparar el desayuno. La cotidianidad de la escena me llena de una calidez que nunca había experimentado. Es como si, de repente, todas las piezas de mi vida encajaran perfectamente. Estoy sirviendo el café cuando escucho el timbre del correo. Con una sonrisa me dirijo a la puerta pensando en cómo incluso las tareas más mundanas parecen especiales hoy.

Entre las facturas y la publicidad, un sobre color crema llama mi atención. Lo tomo con curiosidad, dándole la vuelta para ver el remitente. En ese momento, siento como si alguien hubiera vaciado un cubo de agua helada sobre mí.

"Instituto Santa María de la Asunción", leo en voz baja, mi corazón acelerándose con cada palabra.

Mis manos tiemblan ligeramente mientras abro el sobre. Dentro, una invitación elegante confirma mis temores: es para la reunión de ex-alumnos, conmemorando el vigésimo aniversario de nuestra graduación.

De repente, me siento transportado a miles de años atrás. Veo a una joven de cabello largo y ojos tristes vistiendo un uniforme que se siente como una prisión. Veo las miradas de confusión, los susurros a mis espaldas, las risas mal disimuladas. Siento el dolor, la frustración, la sensación de estar atrapado en un cuerpo que no me pertenece.

—No —murmuro, cerrando los ojos con fuerza, como si pudiera borrar los recuerdos —. No puedo volver allí.

—¿Anthony? —La voz de Dana me saca de mi trance. Está de pie en la entrada de la cocina, envuelta en mi bata, su cabello aún húmedo por la ducha. Es tan bonita que me duele. Su expresión cambia de curiosidad a preocupación cuando ve mi rostro. —¿Qué pasa? Parece que has visto un fantasma.

Intento sonreír, pero sé que no es convincente.

—No es nada —digo tratando de sonar casual mientras arrugo la invitación en mi puño —. Solo correo basura.

Dana se acerca, sus ojos fijos en mi mano cerrada.

—No parece correo basura, Anthony, ¿qué es?

Por un momento considero mentir. Sería más fácil inventar una excusa, guardar la invitación en algún cajón y olvidarme de ella. Pero mientras miro a Dana, veo preocupación genuina en sus ojos. Preocupación y amor. Y me doy cuenta de que no quiero más secretos. Con un suspiro, abro la mano y le entrego la invitación arrugada.

—Es de mi antigua escuela —explico mientras ella la desdobla cuidadosamente—. Están organizando una reunión de ex-alumnos.

Dana lee la invitación, sus ojos abriéndose con comprensión.

—Oh, Anthony, esto debe ser difícil para ti.

Asiento, sintiendo un nudo en la garganta. Dana nunca sintió ningún interés sobre mi pasado. Ella siempre ve, acepta y quiere. Dios… estoy tan loco por ella que me siento débil, indefenso y a la vez poderoso como mil elefantes juntos.

—No son buenos recuerdos —admito con el ánimo oscurecido—. Esa escuela... esa época de mi

vida... preferiría olvidarla por completo.

Dana deja la invitación sobre la mesa y toma mis manos entre las suyas.

—¿Quieres hablar de ello?

—No —digo sin pensar.

He pasado tanto tiempo enterrando esos recuerdos, convenciéndome de que ya no importan. Pero mientras miro a Dana el pasado es una película contada desde un sofá distante. No quiero que ella dude de mí.

—Eres magnífico y estoy segura de que lo eras antes —dice buscando una galleta de jengibre que compré para ella. Está sentada, tan natura, tan despreocupada, que me parece cruel alejarla de mi vida.

—Yo era... diferente, eso ya lo sabes —comienzo, mi voz apenas es un susurro. Dana aprieta mis manos, animándome a continuar—. Todos lo sabían, aunque nadie lo entendía realmente. Ni siquiera yo lo entendía del todo en ese entonces. Apenas era un niño confundido.

—Los chicos... ellas eran las peores —continúo, los recuerdos inundándome —. Se reían de mí, me excluían. Decían que algo estaba mal conmigo. Y las chicas no eran mucho mejores. Me miraban como si fuera un bicho raro, algo que no encajaba en ninguna parte.

Siento que las lágrimas comienzan a formarse en mis ojos, pero las contengo como bien he aprendido durante todos estos siglos que llevo enterrándolos.

—Había una chica en particular, Emma, digo, el nombre aún amarga en mi boca después de tantos años —. Ella era la líder no oficial de la clase. Hermosa, popular, todo lo que se suponía que una chica debía ser. Y me odiaba. No sé si era porque yo no encajaba en su visión perfecta del mundo, o si de alguna manera intuía lo que yo realmente era, y eso le asustaba. Pero hizo de mi vida un infierno.

Dana me guía suavemente hacia el sofá y nos sentamos. Me rodea con sus brazos y yo me hundo en su abrazo agradecido por su apoyo silencioso.

—Un día —continúo, mi voz quebrándose ligeramente—Emma y sus amigas me acorralaron en el baño. Me llamaron de todo: fenómeno, marimacho, anormal. Y luego... luego —Emma sacó unas tijeras… —siento que Dana se tensa a mi lado, pero no dice nada —. Me cortaron el pelo —digo, las palabras saliendo en un torrente—decían que si quería ser un chico debería parecerme a uno. Yo... yo ni siquiera pude defenderme. Estaba paralizado, aterrorizado. Cuando terminaron, mi pelo estaba hecho un desastre, mechones desiguales por todas partes. Se fueron riendo, dejándome allí en el suelo, rodeado de mi propio cabello.

Dana me abraza con más fuerza.

—Lo siento tanto.

Me separo ligeramente para mirarla a los ojos.

—No deberías. Ese fue el día que decidí que ya no podía seguir pretendiendo ser quien no era. Le dije a mis padres que quería cambiar de escuela, que quería comenzar mi transición. Fue duro, pero por primera vez en mi vida, sentí que estaba tomando el control. Me sentía un hombre, quería serlo, solo me faltaba parecerlo un poco más.

—¿Y ellos? Me refiero a tus padres. Nunca hablas de ellos.

—Ellos decidieron que era mejor enterrarme en vida.

Dana acaricia mi mejilla limpiando una lágrima que no me había dado cuenta de que había caído.

—Eres tan valiente —dice con fiereza —. Tan fuerte. No puedo imaginar por lo que pasaste,

pero estoy tan orgullosa de ti por haber sobrevivido, por haberte convertido en el hombre maravilloso que eres hoy. Por ser el mejor hombre del mundo.

—Lo dices en serio.

—Por supuesto. Eres guapo, inteligente, y si te piensas que no he visto como te miran las mujeres eres porque eres un tonto.

—¿Soy tonto e inteligente a la vez?

—Sí, pero eres mío. Todo mío.

—Cariño, yo no… tú me gustas.

—Y tú me encantas —contestó besando mi boca.

Nos quedamos en silencio por un momento abrazados. Luego, ella tomó la invitación de la mesilla y la miró pensativamente.

—¿Has considerado ir?

Mi primer instinto fue decir que no, rotundamente. Pero mientras lo pensaba, me daba cuenta de que una pequeña parte de mí sentía curiosidad. ¿Cómo habrán cambiado mis antiguos compañeros? ¿Entenderían ahora lo que no pudieron entender entonces? ¿Podría desquitarme de Emma? Debo decir que la idea me agradaba sobremanera.

—No lo. La idea me aterra, para ser honesto. Pero al mismo tiempo...

—Al mismo tiempo, podría ser una oportunidad para cerrar ese capítulo de tu vida —termina por mí—y de paso tener nuestra primera salida de novios formal.

La miro abrumado por la gratitud y el amor que siento por esta mujer increíble.

—¿Lo harías? ¿Vendrías conmigo?

Ella sonríe, esa sonrisa que hace que mi corazón se acelere.

—Estaré a tu lado hasta que me eches.

—Eso no pasará…

En ese momento, mirando a Dana, siento que puedo enfrentar cualquier cosa. Los fantasmas del pasado ya no parecen tan aterradores. Porque ahora tengo algo que no tenía entonces: amor incondicional y apoyo. Ya no estoy solo.

—Tal vez —digo lentamente, separándome de sus labios húmedos y tiernos—tal vez sí deberíamos ir.

Y mientras nos abrazamos de nuevo, la invitación olvidada en la mesa, siento una sensación de paz que nunca había experimentado. El pasado siempre será parte de mí, pero nunca definió quién era.

—Sabes —digo suavemente mientras nos abrazamos en el sofá—no todo fue oscuridad en esa época. Hubo personas que me ayudaron a sobrevivir, que me dieron esperanza cuando más la necesitaba.

Dana me mira con interés animándome a continuar.

—Sofía, Laura y Karina —digo con una sonrisa formándose en mis labios al pronunciar sus nombres —. Ellas fueron mi luz en la oscuridad.

—¿Sofía? —pregunta sorprendida—¿La esposa de Blake? —su voz contiene aspereza al nombrarla. Y me molesto por ello —. ¿Por eso estás enamorado de ella? ¿por gratitud?

—Dana, mírame —mis manos encierran su rostro para que no se me escabulla—no estoy enamorado de Sofía. La quiero muchísimo, la adoro, pero no más que a Laura o a Karina. Ellas

son mis hermanas. Solo eso.

—Pero tú dijiste…

—Yo suelo decir muchas tonterías. Y esa fue una

—Pero querías conquistarla y ayudarme a…

—Quería decir cualquier cosa que llamara tu atención hacia mí. Yo te quería para mí.

—Entonces el plan…

—Parece que resultó —digo comiendo su cuello a mordiscos lentos.

La mirada de Dana brilla encantada y yo me derrito en ella.

—Entonces tú y ella… tú y ellas…—suspira cuando mi boca alcanza un pezón.

—Nos conocemos desde la infancia —digo cerrando nuevamente su bata y dejándola deseosa de más—. Sofía, Laura y Karina eran inseparables en la escuela, y por alguna razón que nunca entendí del todo, decidieron que yo también formaba parte de su grupo. Las adoro, pero no hay nada sexual entre nosotros. Sofía fue la primera en reaccionar, al verme, sin decir una palabra, se quitó la chaqueta de su uniforme y me la puso sobre los hombros. Laura corrió a buscar a un profesor, mientras Karina se arrodillaba a mi lado y comenzaba a recoger los mechones de pelo del suelo diciendo que estaba mucho más guapo ahora.

Dana aprieta mi mano, sus ojos brillantes de emoción.

—Debieron ser unas amigas increíbles.

—Lo eran. Lo son. Cuando todos los demás se reían o miraban hacia otro lado, ellas se mantuvieron firmes a mi lado. Sofía enfrentó a Emma y a su grupo, les dijo cosas que nunca había oído decir a nadie antes. Laura convenció a la dirección de la escuela para que tomaran medidas disciplinarias. Y Karina... ella fue quien me arregló el estropicio del cabello. Aunque nunca tuve el valor de decirle que me lo dejó mucho peor.

Lancé una carcajada tan sincera que Dana se vio obligada a seguirme.

—Son amigas verdaderas. Entiendo por qué Sofía es tan importante para ti.

—Cuando la conozcas aprenderás a quererla.

—Si es lo que quieres lo haré —su voz sonó débil y no quise insistir.

—¿Pero?

—Estoy segura de que me odia. Y mucho más de todas las discusiones que habrá tenido con Blake por mi culpa. Además, está el tema de Emily… Oh, Anthony, he sido tan mala.

—No eres mala, solo eras una mujer confundida. Pero eso ya ha pasado. Verás como aprenden a quererte. Solo debes darles tiempo.

—Pero Blake, él a veces parecía interesado en mí.

Suspiré antes de tener que confesar la verdad. Pero era preciso.

—Blake ama a Sofía. Está loco por ella. Le ha pedido que se vuelvan a casar. Algo así como renovar los votos.

—No puede ser, él me dijo que estaba confundido.

—Él solo quería —me corregí al instante—ambos queríamos, que despertaras de tu ensoñación. Blake nunca va a dejar a Sofía.

Dana se recostó en el sofá lanzando la cabeza hacia atrás.

—He hecho el papel de idiota.

—Un poquito.

—¿Se supone que te tengo que dar las gracias?

—¿Por descubrir que Blake no te importa? No. ¿Por ser el causante de tu próximo orgasmo? Sí.

—¡Suéltame!

No solo no la escuché, sino que la obligué a sentarse sobre mis rodillas. Aunque por fuera protestaba sus rodillas se abrieron para acomodar su coño resbaladizo rozando mi polla. Rápidamente me bajé los pantalones. Ella sabiendo mi deseo presionó el punto exacto para que la prótesis se hinchara. Ella sabía hacerlo de forma perfecta, lo que hizo que me quemara de deseo por ella. Se colocó de rodillas, su coño resbaladizo rozando la cabeza de su polla.

—¡Buena niña! —gruñí agarrándola por la cintura.

—¡Anthony!

Adoraba escuchar mi nombre en su boca. Metido en mi trabajo me puse a lo mío. Estaba empujando mi enorme polla dura como una roca dentro de su coño, empalándola de manera constante y sin piedad mientras besaba sus pechos firmes y libres para mí. Su pequeño coño estaba abarrotado casi a punto de estallar. Ella se estremeció de emoción. Su coño comenzó a lubricar fuertemente, volviéndose resbaladizo y caliente.

—Nunca pensé que a mi dulce novia le encantaría follar tanto —me reí entre dientes.

—Todo es culpa tuya. Me tienes enganchada.

—Estoy seguro de que sí, y así seguirá siendo.

—No hay problema, jefe, estaré encantada de cumplir sus órdenes.

—Buena chica —gruñí apenas disfrutando de su broma.

Ella se comenzó a moverse sobre mí y me sentí desfallecer. Se sentía tan bien montándome que solo era consciente del constante y ardiente placer.

—Amor, creo...

—Yo te sigo —dije echando la cabeza hacia atrás y volando junto a ella al mas maravilloso de los orgasmos.

Cuando nos encontramos en el sillón, casi desmayados con nuestras respiraciones agitadas la escuché hablar casi sin fuerzas.

—Hazme recordar que llame a tu médico.

—¿Mi médico?

—Sí, tengo que felicitarle. Tu polla tiene el tamaño ideal.

Su sinvergonzonería, tan impropia de ella, me hizo lanzar una carcajada que despertó hasta a la vecina del quinto.

—¿Anthony?

—Sí, cariño.

—Creo que deberías ir a esa reunión. No, estoy segura de que deberías ir.

—¿Por qué?

—Porque tienes una historia que contar. Una historia de superación, de amistad verdadera. Tal vez tu presencia allí pueda marcar la diferencia para alguien más que esté luchando con su identidad.

La idea comienza a tomar forma en mi mente. Imagino entrar en ese salón, no como la chica asustada que fui, sino como el hombre en el que me he convertido.

—Sabes —digo lentamente—creo que tienes razón. Tal vez sea hora de cerrar ese capítulo de mi vida de una vez por todas.

—Estaré contigo en cada paso del camino.

—Lo sé —respondí inclinándome para besarla suavemente —. Y eso hace toda la diferencia.

—¿Otro orgasmo?

—Pero te crees que esto es un supermercado.

—Sí, supermercados Anthony, exclusivos y de primera clase —contestó antes de morder mi labio y yo levantarla a hombros y llevarla al dormitorio.

Amigas

Con un suspiro me levanto del sofá. Llevamos una tarde en donde el sexo y las palomitas me han dejado seco. El teléfono suena. Enseño la llamada en grupo que tengo delante a Dana y ella asiente y se sienta en el sofá de enfrente en total silencio. Le lanzo un beso al aire antes de contestar.

—¡Anthony! —La voz animada de Laura llena la habitación —¡Por fin! ¡Cuenta! ¿Qué son esas noticias tan importantes?

—Sí, escúpelo ya —agrega Karina con su característico tono directo—. Nos tienes en ascuas.

No puedo evitar sonreír ante la familiaridad de sus voces.

—Recibí una invitación para la reunión de ex-alumnos.

El silencio que sigue es breve, pero cargado de significado. Puedo imaginar las miradas que están intercambiando, incluso a través de la distancia.

—¿Vas a ir? —pregunta finalmente Sofía. Observo a Dana que se tensa con solo oír su voz.

—Estoy considerándolo.

—¿Por qué? ¿Qué necesidad hay de volver a ver a esas verrugas con patas?

—Quizá justamente esa —contesto a Sofía—igual desee mostrarles que son todas una verrugas menos yo.

—Tú eres el más guapo.

—Y el más inteligente —agregó Laura al comentario de Sofía.

—Y el mas sexy —Karina canturreo la palabra sexy y todos nos reímos —incluida Dana que se tapó la boca para que no la escucharan.

—Pues este chico sexy desea enfrentarse a su pasado.

—Cuenta con nosotras —dice Laura sin dudarlo—¿Qué necesitas? No éramos de tu clase, pero si quieres nos plantamos allí como un cactus. Me llevo unas pinzas de depilar y las voy pinchando a todas.

—No hará falta, con vuestro apoyo espiritual me vale.

—Oh, Anthony —suspira Karina. —Por supuesto que estamos a tu lado. Eso no debes dudarlo nunca.

—Como siempre —Sofía agregó tirándome un beso sonoro que Dana pudo escuchar al otro lado de la sala, y que no le gustó demasiado.

La conversación fluyó con facilidad, como siempre ocurría cuando estamos los cuatro juntos, incluso si era solo a través de una llamada telefónica. Hablamos de la reunión, de nuestros miedos y esperanzas, y por un momento, era como si volviéramos a ser esos adolescentes que se apoyaban mutuamente contra viento y marea. De repente, Laura cambió el tema con una pregunta que me tomó por sorpresa.

—Por cierto, ¿dónde has estado estas últimas semanas? Hemos intentado contactarte varias veces. Y siempre estás ocupado.

Siento que mi corazón da un vuelco. Por un momento, miro a Dana, que está sentada, justo en frente, escuchando la conversación. Ella me devuelve la mirada con una mezcla de curiosidad.

—Yo... he estado ocupado con el trabajo.

—Hmm —murmura Karina —¿Seguro que es solo trabajo? Sofía piensa que estás diferente.

—Sofía está aquí —contesta haciendo caras raras.

—Es cierto. Hay algo en ti, Anthony. Estás como... más radiante —agrega Laura.

Siento que el calor sube por mi cuello. Dana me mira con una sonrisa divertida, claramente disfrutando de mi incomodidad.

—No sé de qué están hablando —digo intentando mantener la compostura —Soy el mismo de siempre.

—No, no lo eres —insiste Laura —. Hay algo diferente. Espera... ¿estás enamorado? Sí, es eso. ¡Estás enamorado!

La pregunta queda suspendida en el aire, y por un momento, me quedo sin palabras.

—¿Yo? ¿Enamorado? —Suelto una risa que suena falsa incluso a mis propios oídos—. Vamos, chicas. Me conocen.

—No seas tonta, sabes perfectamente que él no cree en el amor —Karina le puso la guinda al pastel.

—Es un seductor sin alma —aclaró Sofía con gracia y haciendo reír a las otras.

—Yo creo que nuestro pequeño Anthony por fin ha caído —canturrea Laura. ¡Cuéntanos todo! ¿Quién es? ¿Cómo se llama? ¿Cuándo la conoceremos? ¿Quién te ha cazado?

—Sigo soltero —contesté intentando desviar la conversación.

—Sí, claro —dice Karina—. Y yo soy la reina de Inglaterra.

La conversación se convirtió en una serie de bromas y especulaciones sobre mi supuesta vida amorosa. Intento mantener el tono ligero, pero cada vez que miro a Dana, siento una punzada en el pecho. Cuando puedo termino la conversación y corto la llamada. Ella se levanta lentamente del sofá.

—Una charla... interesante —dice con su voz cuidadosamente neutral.

—Dana, yo... —comienzo, pero ella me interrumpe con una sonrisa que no llega a sus ojos.

—Está bien, Anthony. Entiendo. Somos adultos, ¿verdad? No necesitamos ponerle etiquetas a esto.

—No es eso, es solo que ellas son mis amigas y tú… y Sofía…

—Claro, cómo no. Sofía.

Antes de que pudiera responder se dirigió al dormitorio dejándome solo con mis pensamientos.

Me dejo caer en el sofá pasando mis manos por mi cabello en frustración. ¿Qué estoy haciendo? ¿Por qué negué mis sentimientos tan vehementemente? Murmuro para mí mismo sintiendo el peso de mis propias palabras. ¿Cómo voy a explicarles que me he enamorado del enemigo? Porque la verdad era esa. Profunda, irremediablemente enamorado.

Me levanto del sofá decidido a hablar con ella, a explicarle, pero cuando llego a la puerta del dormitorio, me detengo. ¿Qué le voy a decir? ¿Cómo puedo explicar algo que ni yo mismo entiendo completamente? ¿Cómo decir que la quiero, pero también las quiero a ellas? ¿Que no deseo perder a nadie?

Con un suspiro apoyo mi frente contra la puerta. Del otro lado, puedo escuchar el suave sonido de su respiración. Está tan cerca, y, sin embargo, en este momento, se siente a kilómetros de distancia.

Te amo, susurro a la puerta cerrada, las palabras apenas audibles. Te amo, y me aterra lo mucho

que te amo. Pero la puerta permanece cerrada, y mis palabras se pierden en el silencio de la noche. Me doy la vuelta y regreso al sofá, sabiendo que esta noche dormiré poco, mi mente llena de pensamientos sobre Dana y sobre cómo, en cuestión de días, ha cambiado completamente mi mundo.

Y mientras la noche avanza, me pregunto si tendré el coraje de decirle la verdad. De admitir, no solo ante ella sino ante mis amigas, que el gran seductor Anthony, finalmente ha caído, y ha caído fuerte.

Me levanto incapaz de soportar la quietud por más tiempo. ¿Por qué negué mis sentimientos tan vehementemente? ¿Por qué me resultó tan difícil admitir la verdad, incluso ante mis amigas más cercanas?

La respuesta, por supuesto, es el miedo. Miedo a la vulnerabilidad, a la posibilidad de salir herido. Durante años, me he escudado detrás de mi imagen de seductor despreocupado. Es más fácil mantener a todos a distancia, no permitir que nadie se acerque demasiado. Pero Dana... Dana ha derribado todas mis defensas sin siquiera intentarlo. ¡Y tenía que ser ella! Odiaba pensar la reacción de las chicas. De todas las mujeres que existían en el mundo ella era la que peor aceptarían. Eso lo sabía. Dana había hecho mucho Dana a Sofía, y ellas la adoraban.

Las amo, pero si ellas no la quieren tendrá que aceptar que me han perdido…porque mi vida sin Dana es impensable.

El sonido de una puerta abriéndose me sacó de mis pensamientos. Levanto la mirada para ver a Dana parada en la entrada de la sala, envuelta en mi bata, con su cabello despeinado por el sueño. Se ve hermosa, vulnerable, perfecta.

—¿Anthony?

—Tenemos que hablar.

Ella asiente lentamente acercándose para sentarse frente a mí en la mesa. La luz de la luna juega con las sombras en su rostro, y me encuentro momentáneamente sin palabras ante su belleza.

—Siento lo que dije en la llamada. No era verdad. Nada de eso era verdad.

Dana me mira en silencio, esperando que continúe. Tomo una respiración profunda, reuniendo todo mi coraje.

—La verdad es que estoy aterrorizado. Estoy aterrorizado porque nunca he sentido algo así por nadie. Estoy aterrorizado porque la idea de perderte me paraliza. Estoy aterrorizado porque... porque te amo, Dana. Te amo de una manera que nunca creí posible. Porque aceptarme ante los demás nunca fue mi fuerte. Pero no quiero perderte, no quiero volver a saborear la soledad. Ellas son mis amigas y las quiero, pero tú eres lo que más me importa.

Las palabras quedan suspendidas en el aire entre nosotros. El silencio que sigue es el más largo de mi vida. Miro a Dana, tratando de leer su expresión en la penumbra. Finalmente, después de lo que parece una eternidad, ella habló.

—Yo no quiero que pierdas a tus amigas.

—No lo haré. Ellas me comprenderán. Solo necesito que les des un poco de tiempo. A ellas, y a este tonto que tienes delante.

El alivio que siento es tan intenso que por un momento me quedé sin aliento. Extiendo mi mano sobre la mesa, y Dana la toma sin dudar. Su toque es como una corriente eléctrica, vivo y vibrante.

Me levanto de mi silla rodeando la mesa para arrodillarme frente a ella. Tomo su rostro entre mis

manos maravillándome de cómo encaja perfectamente.

—Te quiero

Dana ríe, un sonido lleno de alegría y alivio.

—Yo también te quiero —responde inclinándose para besarme.

Y mientras nos besamos siento que todas las piezas de mi vida finalmente encajan. El miedo sigue ahí, por supuesto. Pero ahora, con Dana a mi lado, sé que puedo enfrentarlo. Podemos enfrentarlo juntos. Porque esto, esto es amor verdadero. Y vale la pena luchar por él. ¡Y por qué me siento el hombre más feliz del mundo!

El beso se prolonga, dulce y tierno. Cuando finalmente nos separamos, nuestras frentes permanecen juntas, compartiendo el mismo aire, el mismo espacio.

—Entonces —murmura Dana, sus dedos jugando suavemente con el pelo de mi nuca —¿qué hacemos ahora?

Sonrío, besando la punta de su nariz.

—Ahora, creo que deberías volver a la cama, y yo acompañarte.

—¿Siempre piensas en lo mismo?

—Contigo sí —digo alzándola en brazos y dirigiéndome al sofá.

—¿Y qué pasa con los tríos?

Me detengo a mitad de camino.

—Los tríos —repite graciosa—me prometiste que sería parte de uno.

—Cariño, me temo que eso no será posible —contesto lanzándola sobre el colchón—yo a ti no te comparto —digo mientras comienzo a patear mis pantalones en el suelo.

La reunión

El sol de la tarde primaveral pintaba el cielo de tonos cálidos mientras Dana y yo caminamos por el parque, cada uno con un granizado de café en la mano. La reunión de exalumnos terminó hace horas, pero la adrenalina aún corría por mis venas.

—No puedo creer que le dijeras eso a Emma —reí dando un sorbo a la bebida —. Su cara fue impagable. Dana suelta una carcajada casi atragantándose con su granizado

—¡Oh, Dios! ¿Viste sus caras cuando me acerqué a su mesa?

—Cómo olvidarlo —respondí sintiendo cómo mis ojos brillan con diversión —. Creo que Melissa casi se desmaya cuando te plantaste frente a ella.

—¡Y con razón! Ahí estaban, cuchicheando y mirándote como si fueras un filete suculento. No podía quedarme de brazos cruzados.

—Y no lo hiciste. Recuerdo vívidamente la escena. Emma y sus amigas, sentadas en una mesa cercana, lanzando miradas y risitas en mi dirección. Te levantaste decidida hacia ellas.

—Disculpen, señoras, ¿hay algún problema?

—¿Eso dijiste?

—Por supuesto que eso dije, y la muy tonta contestó que no te recordaban. Te comían con la mirada. Estaban alteradas.

—Por eso te acercaste —contesté muerto de risa—dijiste: qué desconsiderada de mi parte. Permítanme presentarles a Anthony, el hombre más exitoso y atractivo de esta reunión. Aunque claro, entiendo, que para ustedes sea difícil reconocerlo, considerando que sus estándares no han evolucionado desde la secundaria.

—Las mujeres se quedaron boquiabiertas, incapaces de responder —Dana bebió de su granizado con picardía.

—Apuesto a que ninguna de vosotras tiene un marido que se vea la mitad de bien que él. Que puedo decirles mas que lo siento mucho por vosotras, porque ya está ya pillado.

—Y después de decir eso me plantaste un beso triple X. Recuerdo cómo me sonrojé en ese momento viéndote mover tus caderas de modelo súper star.

—Eres mío. Y esas tontas jamás tendrán un hombre como tú. Quería que les quedara muy claro.

—Cariño, ¿y lo del vestido era muy necesario?

—¡Pero si era verdad! Es de muy valientes usar un vestido tan fuera de moda.

—Emma se quedó congelada —dije besándole la mejilla—. Estuviste increíble.

—Nadie se come con la mirada a mi chico y queda viva para contarlo.

No soy capaz de escuchar sus halagos. Me he quedado en mi chico y lo bien que suenan esas palabras en sus labios sonrosados.

—Eres guapísimo y ni ellas han podido negarlo. Se morían por estar en mi lugar.

Sus palabras hacen que mi corazón se acelere. ¿Realmente piensa eso de mí?

—Anthony, ¿me estás escuchando? —Dana entrecierra los ojos, estudiándome. —¿Estás bien? Pareces distraído.

—Estoy enamorado de ti. Locamente.

Nuestros labios se mueven juntos en una danza perfecta, como si hubieran estado destinados a

estar juntos desde el principio. Siento que mi mundo se reduce a este momento, a la sensación de Dana en mis brazos, al sabor de sus labios.

—Y yo no quiero estar con nadie que no seas tú.

—¿Y eso incluye a Blake?

Intento sonreír, aunque sé que me van todas las inseguridades en la pregunta.

—Eso incluye a todos los hombres del planeta.

Apoyo mi frente contra la suya.

—Te necesito. Necesito tenerte en mis brazos, en mi cama. Por favor… vamos a casa.

—Vamos…

Sin decir una palabra más, tomo su mano y la subo a mi coche. El aire de la noche está cargado de electricidad, de promesas y posibilidades.

Cuando llegamos a mi apartamento, abro con manos temblorosas. Dana entra primero, y la sigo, cerrando la puerta detrás de nosotros. Nos miramos por un momento, la tensión palpable en el aire. Luego, como si hubiéramos recibido una señal invisible, nos lanzamos el uno hacia el otro. Nuestros labios se encuentran en un beso apasionado, nuestras manos explorando, acariciando, descubriendo. La levanto en mis brazos y la llevo a mi dormitorio sin romper el beso ni por un segundo.

La deposito suavemente en la cama y me aparto para mirarla. Dana está allí, su cabello extendido sobre la almohada, sus labios hinchados por los besos, sus ojos brillando con deseo y mucho amor.

—Eres hermosa —susurro, incapaz de creer que esto está realmente sucediendo.

Dana sonríe, extendiendo sus brazos hacia mí.

—Ven aquí.

Y obedezco, perdiéndome en su abrazo, en su calor, en la promesa de una noche que cambiará nuestras vidas para siempre. La luz dorada del atardecer se filtra por las cortinas, bañando su piel en un resplandor cálido. Es como si el sol mismo quisiera acariciarla, y no puedo culparlo.

Mis dedos trazan suavemente el contorno de su rostro, memorizando cada curva, cada línea. Sus ojos, brillantes y llenos de deseo, no se apartan de los míos. Hay una vulnerabilidad en su mirada que me quita el aliento.

—Anthony —susurra, su voz cargada de emoción.

No necesito más invitación. Mis labios encuentran los suyos en un beso apasionado, nuestras lenguas danzando juntas en un ritmo perfecto. Siento sus manos deslizarse por mi espalda, sus uñas arañando ligeramente mi piel, enviando escalofríos por todo mi cuerpo.

Lentamente, mis besos trazan un camino por su mandíbula, bajando por su cuello. Dana inclina la cabeza, dándome mejor acceso, un suave gemido escapando de sus labios cuando encuentro ese punto sensible justo debajo de su oreja.

Mis manos exploran su cuerpo, maravillándome de la suavidad de su piel. Cada curva, cada valle. Cuando mis dedos rozan el lado de su pecho, siento cómo se estremece bajo mi toque.

—Por favor —murmura, su voz apenas audible.

Obedezco su súplica silenciosa, tomando su pecho en mi mano. Su pezón se endurece bajo mi palma, y no puedo resistir la tentación de inclinarme y tomarlo en mi boca. El gemido que escapa de los labios de Dana es el sonido más hermoso que he escuchado jamás.

Alterno entre sus pechos, besando, lamiendo, succionando suavemente. Dana arquea su espalda, presionándose contra mí, sus manos enredadas en mi cabello.

—Anthony —jadea—te necesito. Por favor…

Levanto la mirada para encontrarme con sus ojos, oscuros de deseo.

—Te tengo, amor —susurro besando suavemente su estómago mientras desciendo.

Mis labios trazan un camino de besos por su vientre, deteniéndome para jugar con su ombligo. Las manos de Dana se aferran a las sábanas, su respiración cada vez más agitada.

Cuando finalmente llego a su centro, Dana deja escapar un gemido de anticipación. Separo suavemente sus piernas, maravillándome de su belleza. Beso el interior de sus muslos, acercándome cada vez más a donde ella me necesita.

Al primer toque de mi lengua, arquea su espalda, un grito de placer escapando de sus labios. La saboreo lentamente, deleitándome en su dulzura. Mis manos acarician sus muslos, manteniéndola abierta para mí mientras mi lengua explora cada pliegue, cada rincón.

Encuentro su clítoris y lo rodeo con mi lengua, sintiendo cómo Dana se estremece de placer. Sus manos vuelven a mi cabello, manteniéndome en mi lugar mientras mueve sus caderas contra mi boca.

Introduzco un dedo en su interior, luego otro, curvándolos para encontrar ese punto especial. Dana gime mi nombre, una y otra vez, como una plegaria.

Puedo sentir que está cerca. Sus músculos se tensan alrededor de mis dedos, su respiración se vuelve errática. Aumento el ritmo de mi lengua, mis dedos moviéndose en sincronía.

—Anthony —grita, su cuerpo arqueándose del colchón —. Oh, Dios, ¡Anthony!

La sostengo mientras se corre, mi boca nunca dejando su centro, prolongando su placer tanto como puedo. Cuando finalmente se relaja, beso suavemente su interior del muslo antes de subir para encontrarme con su mirada.

Dana me atrae hacia ella, besándome profundamente. Puedo sentir su sabor en mi lengua, y gimo en el beso.

—Eso fue... increíble —murmura contra mis labios.

Sonrío, besando la punta de su nariz.

—Tú eres increíble.

Dana sonríe, una sonrisa que ilumina toda la habitación. Luego, con un movimiento rápido, nos gira, quedando ella encima de mí.

—Mi turno —dice con un brillo travieso en sus ojos.

Sus manos exploran mi pecho, sus uñas arañando ligeramente mis pezones. Me estremezco bajo su toque, mi cuerpo ardiendo de deseo.

Dana besa mi cuello, succionando suavemente, y sé que dejará una marca. La idea me excita aún más.

Sus besos descienden por mi pecho, deteniéndose para jugar con mis pezones. Cuando su lengua rodea uno, no puedo evitar gemir su nombre.

Continúa su camino hacia abajo, besando y lamiendo cada centímetro de mi piel. Cuando llega a mi ombligo, me mira con una sonrisa traviesa antes de soplar suavemente, enviando escalofríos por todo mi cuerpo.

Finalmente, llega a donde más la necesito. Su mano me rodea, acariciándome lentamente. Cierro

los ojos, perdido en la sensación.

Cuando siento su boca en mí, casi me corro en ese instante. Es cálida, húmeda, perfecta. Dana me toma profundamente, su lengua trazando patrones que me vuelven loco.

Mis manos se enredan en su cabello, no para guiarla, sino para tener algo a lo que aferrarme mientras el placer amenaza con consumirme.

—Dana, por favor. Te necesito.

Ella me libera con un 'pop' suave, sonriendo mientras se arrastra de vuelta sobre mí. Nuestros labios se encuentran en un beso apasionado mientras Dana se reposiciona sobre mí.

Lentamente, oh tan lentamente, se hunde sobre mí. Ambos gemimos al unísono cuando finalmente estamos completamente unidos. Por un momento, nos quedamos así, simplemente disfrutando de la sensación de estar conectados. Luego, Dana comienza a moverse.

Es lento al principio, un vaivén suave que nos tiene a ambos jadeando. Mis manos encuentran sus caderas, guiándola, mientras ella se apoya en mi pecho.

Poco a poco, aumentamos el ritmo. Dana se mueve sobre mí con gracia y pasión, su cabello cayendo como una cortina alrededor de nuestros rostros. Es lo más hermoso que he visto en mi vida.

Puedo sentir que estoy cerca, el placer construyéndose en la base de mi columna. Deslizo una mano entre nosotros, encontrando el clítoris de Dana y frotándolo en círculos.

Dana echa la cabeza hacia atrás, un grito de placer escapando de sus labios. Sus movimientos se vuelven más erráticos, y sé que está tan cerca como yo.

—Anthony, estoy cerca. Tan cerca.

—Yo también, amor —jadeo—. Juntos. Vente conmigo.

Con un grito final, Dana se corre, sus músculos apretándose a mi alrededor. La sensación es demasiado y me pierdo en mi propio orgasmo, su nombre en mis labios.

Dana colapsa sobre mí, ambos jadeando pesadamente. La envuelvo en mis brazos, besando su frente sudorosa.

Nos quedamos así por un largo rato, simplemente disfrutando de la cercanía, de la intimidad del momento. La luz del atardecer ha dado paso a un suave crepúsculo, bañando la habitación en tonos púrpuras y azules.

Finalmente, Dana levanta la cabeza, sus ojos encontrándose con los míos. Hay lágrimas en ellos, y por un momento me asusto.

—Hey, ¿estás bien?

Dana asiente, una sonrisa temblorosa en sus labios.

—Más que bien.

Nos besamos de nuevo, lenta y tiernamente. No hay prisa, no hay urgencia. Tenemos toda la noche, ¡toda la vida!

Amigos para siempre

El sol de la primavera bañaba la oficina en un suave resplandor, pero para mí, toda la luz parecía emanar de Dana. Estábamos solos, revisando unos documentos, pero yo apenas podía concentrarme en las palabras frente a mí. Cada movimiento suyo, cada sonrisa, cada roce accidental de nuestras manos me dejaba sin aliento.

Dana levantó la vista del papel que estaba leyendo, frunciendo ligeramente el ceño concentrado. Un mechón de su cabello pelirrojo cayó sobre su rostro, y tuve que contener el impulso de apartarlo suavemente.

—¿Qué opinas de este enfoque, Anthony

Parpadeé, tratando de enfocarme en la pregunta y no en la forma en que la luz jugaba con los tonos de su cabello.

—Yo... creo que no es ni la mitad de interesante que tú.

Dana sonrió y mi corazón daba un vuelco. Era asombroso cómo algo tan simple como su sonrisa podía iluminar todo mi mundo. Yo, que siempre había buscado la emoción en encuentros fugaces y sin compromiso, ahora me encontraba anhelando estos pequeños momentos de conexión.

—¿Estás bien? —preguntó inclinándose ligeramente hacia mí—. Pareces distraído.

Su cercanía me abrumó. Podía oler su perfume, una mezcla sutil de vainilla y algo floral.

—No. No lo estoy… me tienes dando vuelta en tu belleza.

Ella volvió a sonreír y mis manos no se contuvieron.

—No. Estamos en la oficina —contestó esquivando mi abrazo.

—Y yo loco de amor —dije intentando robarle un beso.

Ella movió la cabeza muerta de risa mientras esquivaba mis besos cuando hablé con la sinceridad mas sincera de toda mi vida.

—Eres... eres increíble, ¿lo sabías?

Vi cómo sus ojos se abrían con sorpresa, un leve rubor tiñendo sus mejillas. Y se alejó dos pasos hacia atrás.

—Nunca había conocido a nadie como tú. Eres inteligente, divertida, y tan hermosa que a veces me cuesta respirar cuando estás cerca.

El rubor en sus mejillas se intensificó, y pude ver una mezcla de emociones en sus ojos: sorpresa, alegría, y algo más profundo que no me atreví a nombrar.

Sin pensarlo, extendí mi mano y acaricié suavemente su mejilla. Su piel era suave como la seda bajo mis dedos, y sentí una corriente eléctrica recorrer todo mi cuerpo ante el contacto.

En ese momento, el mundo a nuestro alrededor pareció desvanecerse. Solo existíamos nosotros dos, atrapados en este momento perfecto. Sentí que me ahogaba en la profundidad de sus ojos, perdido en un mar de posibilidades y promesas no dichas. Mi pulgar trazó suavemente el contorno de su labio inferior, y vi cómo sus ojos se cerraban ante la caricia. Estábamos tan cerca que podía sentir su aliento cálido en mi rostro. Solo tenía que inclinarme un poco más y nuestros labios se encontrarían.

Lo nuestro no era solo atracción o deseo, era algo más profundo, más real que cualquier cosa que hubiera experimentado antes. Quería protegerla, hacerla reír, ser la razón de su sonrisa cada mañana. Estaba a punto de cerrar la distancia entre nosotros, de sellar este momento con un beso

que cambiaría todo, cuando el sonido de la puerta abriéndose nos sobresaltó.

Nos separamos rápidamente, como si nos hubieran pillado haciendo algo indebido. Mi corazón aún latía con fuerza cuando levanté la vista y vi a Sofía en la puerta, su expresión fue sorpresa. Se detuvo en seco al vernos, su sonrisa desvaneciéndose lentamente. Pude ver la confusión en sus ojos.

—Buenos días. ¿Interrumpo algo?

Dana y yo nos separamos instintivamente como si nos hubieran pillado haciendo algo indebido.

—Para nada —respondí, intentando sonar casual—. Solo estábamos discutiendo sobre el próximo proyecto.

—Dana, ¿podrías permitirme hablar con Anthony?

Ella asintió.

—De hecho, debería irme ya. Tengo una reunión en cinco minutos.

Se fue rápidamente, dejándome solo con Sofía. El silencio que siguió fue incómodo.

—¿Qué está pasando entre tú y Dana? —preguntó sin rodeos.

Sentí que mi corazón se aceleraba.

—¿Qué quieres decir?

Sofía resopló.

—Vamos, los he visto juntos. Las miradas, las risas, los toques 'casuales'. No soy ciega. Llevas así hace varias semanas.

—Estás imaginando cosas —insistí, aunque sentía que mi voz me traicionaba.

—Nunca te he visto mirar a una ¿amiga? de la forma en que miras a Dana.

Me pasé una mano por el pelo, un gesto nervioso que no pasó desapercibido para Sofía. —No sé de qué estás hablando.

Sofía dio un paso adelante, su voz más suave ahora.

—Si todo esto es para ayudarnos a mi y a Blake para quitárnosla de encima no quiero que sigas. Esa mujer es perversa.

—No hables así.

Por un momento consideré contarle todo. Sobre mis sentimientos por Dana, sobre la confusión y el dolor que sentía cada vez que la veía. Pero me detuve.

—No confías en mí. ¿Eso es lo que ella ha conseguido? ¿Separarnos?

—No es lo que tú crees —respondí con la culpa tiñendo mi voz—. Es solo que... es complicado.

—¿Complicado? —repitió Sofía—. ¿Qué es tan complicado? Nada es complicado. Soy yo, Anthony, somos nosotros… a menos que... —Sus ojos se abrieron de par en par cuando una idea pareció ocurrírsele—. Oh, Dios mío. ¡Oh, Dios mío! ¡Estás enamorado!

Sentí que el suelo se abría bajo mis pies. Enfrentarme a Sofía me bloqueó.

En ese momento, la puerta se abrió de golpe y Blake entró, su rostro era una máscara de furia apenas contenida. Lo que me faltaba. Un marido celoso imaginando una tontería aún mayor que mis propias tonterías.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —exigió.

Sofía se giró hacia él, sorprendida.

—¿Qué haces tú aquí?

—¿Qué hago aquí? —repitió Blake—. Mi esposa y su mejor amigo están encerrados en una sala de reuniones, hablando en susurros y me preguntas que ¿qué hago aquí?

—Te dije que necesitaba hablar con Anthony a solas.

—Y yo te dije que no entiendo por qué tienes que meterte en su vida.

Di un paso hacia atrás levantando las manos en un gesto apaciguador. Las irracionalidades de Blake me hicieron recobrar mi verdadero yo despreocupado.

—Ya sabes que tu mujer me adora.

Blake se quedó mirando con una expresión creciente ira. Sofía, por su parte, se deshizo de mi abrazo y mi tonta sonrisa.

—Deja de enfurecerlo. ¡Y tú! Deja de caer siempre en sus trampas—dijo señalando con el dedo a su marido que la observó con un toque de diversión en los labios, aunque lo ocultó muy bien—. Ahora dime, estás enamorado de ¿esa arpía?

—¡No es una arpía!

—No puedo creer que estés defendiéndola. Es una…

—Ojo con cómo la llamas.

—¿A esa? —espetó Sofía—. ¿Es que no ves cómo es realmente? Es manipuladora. Egoísta. Solo piensa en sí misma. No le importa a quién hace daño.

—No es como la describes.

—¡Abandonó a su hija!

Sentí una punzada de dolor ante sus palabras, pero no pude evitar defender a Dana.

—No la conoces como yo. Es dulce, cariñosa. Estaba confundida, pero hay más como mujer que no sabes.

—¿Más? —Sofía soltó una risa amarga—. ¿Te refieres a cómo me intentó separar de mi marido? ¿O a cómo usa a Emily como un peón en sus juegos?

—Estás siendo injusta —respondí sintiendo la ira creciendo en mi interior—. Dana ha cometido errores, sí, pero está tratando de cambiar. Merece una oportunidad. La soledad no siempre es un camino de algodones.

Sofía me miró incrédula.

—¿Una oportunidad? Anthony, ¿te estás escuchando? ¡Te estás escuchando!

—Sofía, cálmate —interrumpió Blake dijo con su voz firme, pero con un toque de preocupación —. Creo que te estás extralimitando.

Sofía se giró hacia él con la vista cargada de indignación.

—¿Que me estoy pasando? ¿Cómo puedes decir eso? Tu sabes bien cómo es Dana y todo el daño que nos ha hecho.

—Lo sé —respondió Blake, pasándose una mano por el pelo—. Pero Anthony es un adulto. Puede tomar sus propias decisiones.

—¡Esto es toda tu culpa!

—¿¡Mi culpa!?

—Sí. Ese dichoso plan. Siempre supe que sería un error. Ella se ha aprovechado de Anthony, y lo destrozará, ¡y todo por no detenerla!

—El plan era ayudarme a saber qué planeaba, ¡no que se metiera en su cama!

Blake chilló y los ojos de Sofía se abrieron como si terminara de darse cuenta de todo lo que había pasado entre Dana y yo.

—No, no puedo con esto. ¿Cómo has podido? —dijo mirándome con lágrimas en los ojos—. Tú mejor que nadie sabe todo el daño que me hizo en el pasado. No pienso perdonarte.

Sofía no tuvo que hablar para que recordara las mentiras de Dana en el pasado, el olvido de Emily… y todo lo demás. La pena me pesó en los hombros como plomo.

—Creo que deberíamos irnos a por un café. Ahora todos estamos muy nerviosos.

—Yo no estoy nerviosa. No quiero volver a verlo. Nunca.

Blake sujetó a su esposa por los hombros y se la llevó. Las palabras de Sofía me quemaron como miles de incendios forestales. Mi mejor amiga, mi roca, la persona que siempre había estado a mi lado, se marchaba totalmente desilusionada. Lo había hecho todo mal.

Recordé todas las veces que me había apoyado, cómo me había sostenido durante mis momentos más oscuros. Y luego estaba Dana. Complicada, imperfecta, pero irresistiblemente atractiva. Cada vez que pensaba en ella, sentía que mi corazón se aceleraba. Su sonrisa, la forma en que me miraba... todo en ella me atraía de una manera que nunca había experimentado antes.

Me sentí como si estuviera siendo desgarrado en dos direcciones opuestas. Por un lado, la lealtad y el amor que sentía por Sofía, el deseo de no decepcionar a alguien que significaba tanto para mí y por el otro, este nuevo y emocionante sentimiento por Dana, un amor que me asustaba por su intensidad, pero que no podía negar.

¿Cómo puedo elegir? ¿Cómo puedo decidir entre mi mejor amiga y la mujer que amo?

Porque esa era la verdad, amaba a Dana. A pesar de su pasado, a pesar de los errores que había cometido, la amaba. Y lo hacía porque era igual a mí, un faro en reconstrucción: aún con grietas del pasado, pero determinado a brillar en una luz futura incierta.

Pero el precio de ese amor... ¿valdría la pena perder la amistad de Sofía? ¿Podría vivir conmigo mismo sabiendo que había decepcionado a alguien que siempre había estado ahí para mí? Me sentía completamente perdido, atrapado entre el deber y el deseo, entre la lealtad y el amor.

Lo siento, Sofía...

Las lágrimas comenzaron a caer, silenciosas y amargas.

No todo lo puede

El bullicio de la oficina me rodeaba mientras intento concentrarme en el informe frente a mí. Habían pasado dos días y Sofía no contestaba a ninguna de mis llamadas.

Un golpe suave en la puerta me sacó de mis pensamientos. Levanté la vista para ver a Sofía asomando la cabeza.

—¿Tienes un minuto?

—Por supuesto —contesté nervioso y tirando los papeles a un lado

Sofía entró y cerró la puerta detrás de ella. Se sentó con sus ojos estudiándome con esa intensidad que siempre me hizo sentir como si pudiera leer en mi alma.

—¿Estás bien?

De repente, sentí el peso de todos los secretos que he estuve guardando. No me gustaba esa grieta que nos separaba.

—No. Llevas días sin contestarme.

—Necesitaba tiempo —dijo sentándose en una silla.

—¿Y ahora ya no lo necesitas? —contesté herido al sentir su abandono de las últimas cuarenta y ocho horas.

—Ahora lo que necesito es que seas sincero.

Apoyé mi culo en el bordillo del escritorio mientras estiré las piernas. Yo también llevaba cuarenta y ocho horas pensando.

—Yo... creo que estoy enamorado.

—¿Creo?

—Lo estoy —dije sin mirarla —. Y lo siento por habértelo ocultado.

—Estar enamorado es maravilloso.

—¿Aunque sea ella? —alcé la vista para ver a Sofía ponerse en pie y acercarse a mí.

—Aunque fuese un ogro con ocho patas. Si ella te quiere y tú la quieres, yo debo estar feliz por vosotros.

—¿Debes?

Me detengo junto a la ventana, mirando la ciudad que se extiende bajo nosotros. Siento la mirada de Sofía clavada en mi espalda, pero no puedo voltearme. Necesito encontrar las palabras adecuadas.

—Dana no es la villana que todos creen que es.

—Anthony... —comienza Sofía, su voz está tensa—. No puedo creer lo que dices.

—Por favor, escúchame —mis ojos se encuentran con los suyos, suplicantes—. Sé que Dana ha cometido errores, pero...

—¿Errores? —interrumpió elevando la voz—. ¿Así es como llamas a intentar destruir mi matrimonio? ¿A usar a una niña inocente como peón en sus juegos?

Sentí cómo mi corazón se desgarraba entre la lealtad a mi amiga y mi amor por Dana.

—Sofía, por favor. Las cosas no son tan simples.

—Oh, me parece que son bastante simples —dijo con dolor y enojo—. Has elegido a la mujer que intentó arruinar mi vida.

Sus palabras me golpearon como un puñetazo en los pulmones.

—No es así. No estoy eligiendo a nadie sobre nadie.

—¿No? Porque desde donde yo estoy, parece exactamente eso.

Doy un paso hacia ella, desesperado por hacerle entender.

—Te quiero. Eres mi mejor amiga. Pero lo que siento por Dana... es diferente. Es amor. La quiero de verdad.

Veo cómo el dolor cruza su rostro.

—¿Nuestra amistad no significa nada para ti?

—Por supuesto que significa algo —digo, sintiendo cómo las lágrimas amenazan con caer—. Significas todo para mí, Sofía. Pero Dana, ella me hace sentir completo de una manera que nunca había experimentado antes.

Sofía se aleja, sacudiendo la cabeza.

—No puedo creer esto. No puedo creer que estés dispuesto a tirar todo por la borda por ella.

—No estoy tirando nada —insistí—. Quiero a ambas en mi vida. ¿Por qué tiene que ser una elección?

—Porque lo es —dice quebrándose—. Porque cada vez que la elijas a ella, me estarás lastimando a mí.

El silencio cae entre nosotros, pesado y doloroso. Veo las lágrimas en los ojos de Sofía y siento cómo mi propio corazón se rompe.

—Lo siento —digo finalmente—. Lo siento. Pero no puedo dejarla.

Ella me mira, y por un momento veo a la niña que conocí hace tantos años, vulnerable y herida. Ambos lo estábamos. Y ambos aprendimos a apoyarnos y luchar contra el mundo. Sin pensarlo, doy un paso adelante y la envuelvo en un abrazo.

Sofía se tensó por un momento, pero luego se relajó en mis brazos, sus sollozos cayeron en mi pecho herido.

—No quiero perderte.

—No me vas a perder. Nunca.

Nos quedamos así por un largo momento, el abrazo era una mezcla de consuelo y dolor. Cuando finalmente nos separamos, veo que la ira en los ojos de Sofía ha sido reemplazada por una tristeza resignada.

—Necesito tiempo para procesar todo esto.

—Estaré aquí cuando estés lista.

Nos separamos justo cuando la puerta se abre de golpe. Blake entra, seguido de cerca por Dana. Por un momento, los cuatro nos quedamos congelados, como una escena de una obra de teatro mal ensayada. Los ojos de Blake se mueven entre Sofía y yo, su ceño frunciéndose se transforma al ver sus ojos lacrimosos.

—¿Qué pasa aquí?

—Nada. Todo está bien. ¿No es así?

Asiento respondiendo a su pregunta.

—Estábamos hablando —afirmé ayudándola a secar sus lágrimas.

—Bien, yo… —dice acercándose a Sofía y sujetando de su mano para arrastrarla contra él—yo

venía porque quería que acompañaras a Dana al desfile de moda de esta tarde. Tenemos que asegurarnos de que nuestra nueva campaña reciba la atención adecuada.

Miro a Dana tratando de descifrar su expresión, pero ella evita mi mirada.

—Claro —respondo manteniendo mi voz neutral—. ¿A qué hora salimos?

—Ahora —. Luego, volviéndose hacia Sofía, añadió —. Necesito hablar contigo. En privado.

Dijo antes de llevarse a su chica abrazada por la cintura.

Me quedé solo con Dana, el silencio entre nosotros estaba cargado de palabras no dichas. Finalmente, me aclaré la garganta.

—Entonces, ¿un desfile de moda? —digo, tratando de sonar despreocupado —. Suena divertido.

Dana resopla cruzando los brazos.

—Oh, sí. Súper divertido. Nada como pasar la tarde rodeada de modelos anoréxicas y diseñadores pretenciosos.

Su tono amargo me sorprende.

—¿Estás bien? —pregunté dando un paso hacia ella.

Sus ojos se fijan en mí con una mezcla de emociones que no puedo descifrar. De repente su mirada se endurece.

—¿Interrumpimos algo? Parecían muy cómodos los dos.

Frunzo el ceño confundido.

—¿De qué hablas?

—Oh, por favor —resopló cruzando los brazos—. Tú y Sofía, abrazados, ella llorando en tus brazos. Muy conmovedor. Al fin entonces ¿la has conseguido?

—Estábamos hablando, eso es todo.

—Claro, "hablando" —dice, haciendo comillas con los dedos—. Supongo que es lo mismo que hace con Blake cuando están solos.

Sus palabras me golpearon como un puñetazo en el estómago. Era por ella por quien había discutido con mi amiga.

—¿Qué se supone que significa eso?

Dana suelta una risa amarga.

—Nada, Anthony. Absolutamente nada. Igual que tu amor por Sofía. ¡Nada de nada! ¿Sabes qué? Tal vez deberías ir tú al desfile con ella. Estoy segura de que lo pasarían mucho mejor juntos.

Siento cómo la confusión y el dolor se mezclan en mi pecho.

—Acabas de decir una estupidez.

—¡Cómo no! La siempre perfecta Sofía. Pues harían una pareja perfecta. Casi tan perfecta como Blake y yo.

—¿Por qué mencionas a Blake ahora?

—¿Por qué no? —respondió con su mirada desafiante—. Blake siempre ha sido una parte importante de mi vida. Y lo seguirá siendo.

Sus palabras me hieren más de lo que quiero admitir.

—Si tanto te importa Blake, ahí tienes la puerta.

—Tal vez lo haga —espetó furiosa

—Bien —dije con mi voz tensa—. Haz lo que quieras, Dana. Claramente, mi compañía no es lo suficientemente buena para ti.

—Bien. Supongo que iré sola, entonces.

Se gira para irse, pero antes de que pueda salir, las palabras escapan de mi boca.

—Espera...

Ella se detiene, pero no se gira.

—¿Qué, Anthony?

Quiero decirle tantas cosas. Que la amo, que me duele verla así, que no entiendo por qué está actuando de esta manera. Pero las palabras se atascan en mi garganta al ver su perfecta espalda recta sin un atisbo de reconciliación.

—Que te vaya bien.

El portazo dejó mi puerta dando giros.

Deudas del pasado

El silencio de mi apartamento era ensordecedor. Me he puesto mi pijama más cómodo, pero ni siquiera la suavidad familiar de la tela, puede calmar el torbellino de emociones que siento. Mis ojos están hinchados y rojos de tanto llorar, y mi cabeza palpita con un dolor sordo. Me acurruco en el sofá, abrazando un cojín contra mi pecho como si pudiera protegerme de mis propios pensamientos. Las palabras de Anthony siguen resonando en mi mente, cada una de ellas son un eco que sacude los cimientos de todo lo que creía saber sobre mí misma. No soporto sentirlo tan lejano.

Me doy cuenta, con una claridad que me deja sin aliento, que nunca he reído tanto como cuando estoy con Anthony. Nadie me ha hecho sentir tan valorada, tan vista. Con él, no tengo que pretender ser alguien que no soy. Puedo ser simplemente Dana, con todas mis imperfecciones y contradicciones, y sé que él me amará de todos modos.

El pensamiento me golpea como una ola: me siento amada cuando estoy con Anthony. Verdaderamente amada. Solo con él.

No aguanto más. Una semana. Ha pasado casi una semana desde nuestra discusión, y cada día sin hablar con él, sin ver su sonrisa, sin escuchar su risa, se ha sentido como una eternidad. ¿Cómo pude ser tan estúpida? ¿Cómo pude dejar que mis miedos arruinaran lo mejor que me ha pasado en la vida?

Cierro los ojos permitiendo que los recuerdos fluyan. Veo rostros, escenas de mi pasado desfilando como una película en cámara rápida. Novios que vinieron y se fueron, dejando poco más que cicatrices emocionales. Hombres que me miraban, pero nunca me veían realmente. Relaciones superficiales basadas en la apariencia y el estatus, pero vacías de verdadera conexión.

Y luego estaba Blake. Blake, que por un tiempo creí que era el amor de mi vida. Blake, por quien había hecho tantas cosas de las que ahora me arrepentía inmensamente. ¿Realmente lo había amado? ¿O solo había estado enamorada de la idea de él, de la estabilidad y la seguridad que representaba? Pero incluso mientras pienso en Blake, es el rostro de Anthony el que aparece en mi mente. Anthony, con su sonrisa cálida y sus ojos llenos de comprensión. Anthony, que siempre ha estado ahí, constante como el norte en una brújula. Anthony, que me ha visto en mis peores momentos y aun así ha elegido quedarse.

¿Cómo pude haber sido tan ciega?

El sonido repentino del timbre me sobresalta, sacándome de mis pensamientos. Mi corazón da un vuelco. ¿Podría ser Anthony? ¿Ha venido a buscarme?

Sin pensarlo dos veces corro hacia la puerta. No me importa que mis ojos estén hinchados por el llanto y que mi cabello sea un desastre. Solo quiero verlo, decirle que lo siento, que he sido una tonta, que yo también lo...

Abro la puerta de un tirón, las palabras ya formándose en mis labios. Pero me quedo congelada y las palabras mueren en mi garganta.

No es Anthony quien está en mi puerta, sino Blake.

—Hola, Dana.

Me quedo mirándolo completamente desconcertada. Blake, el hombre que durante tanto tiempo pensé que era el amor de mi vida, está aquí, en mi puerta. Y por primera vez, no siento esa emoción, ese anhelo que solía acompañar su presencia.

—Blake —logro decir finalmente —. ¿Qué... qué haces aquí?

—Esta semana has estado… extraña. Solo quería saber que estabas bien.

Parpadeo tratando de procesar la situación. ¿Por qué estaba Blake aquí? ¿Por qué ahora, de todos los momentos posibles, de todos los imaginables, era este?

—Estoy bien —dije, aunque sé que mi apariencia dice lo contrario —. Solo ha sido un día largo.

Me apoyo en el marco sabiendo que no deseo que pase.

—Creo que deberíamos hablar.

Mi corazón late con fuerza mientras subo las escaleras hacia el apartamento de Dana. La llamada de Blake aún resuena en mis oídos. Anthony, creo que deberías ir a casa de Dana. Ella te necesita. Su voz sonaba extraña, casi... Por Dios, pensar que ella estaba en peligro me hizo correr como un niño asustado. El enfado que nos mantuvo alejados había desaparecido. Solo necesitaba verla y tenerla en mis brazos. Decirle que había sido un estúpido. Que la necesitaba a mi lado. Que las noches sin ella habían sido una pesadilla continua.

Llegué al piso de Dana sin aliento, más por la ansiedad que por el esfuerzo físico. Mi mano temblaba. Un escalofrío recorría mi espina dorsal. Lo que veía era terrible. Blake y Dana, sus cuerpos estaban tan cerca que apenas cabía un suspiro entre ellos. Y entonces, como si el universo quisiera burlarse de mí, vi cómo Blake inclinaba su cabeza para besarla.

El mundo se detuvo en un segundo.

El aire abandonando mis pulmones como si el oxígeno se hubiera escapado del planeta. Siento que el suelo se tambalea bajo mis pies, y por un momento, creo que voy a desmayarme. Pero entonces, la rabia surge. Una furia ciega, ardiente, que nubla mi visión y hace que mis puños se cierren con tanta fuerza que mis nudillos se vuelven blancos. Sin pensarlo, sin ser consciente de mis acciones, me lancé hacia adelante. Mi puño conectó con la mandíbula de Blake en un crujido satisfactorio. Se tambaleó hacia atrás, sorprendido, pero sin caerse.

—¡Anthony! —La voz de Dana sonó distante, como si viniera de muy lejos.

Mis ojos se fijaron furiosos en Blake. Quería matarlo. Deseaba matarlo. Él, para mi sorpresa, reía mientras se frota la mandíbula.

—Tienes un buen gancho de derecha —contestó moviendo la quijada.

—¡¿Qué demonios crees que estás haciendo?!

Blake levantó las manos en un gesto apaciguador y sin abandonar su estúpida sonrisa.

—No es lo que parece.

—¿No es lo que parece? —solté una risa amarga. —¿Entonces no te estabas besando con Dana? Porque eso es exactamente lo que parecía desde donde yo estaba.

—Anthony, por favor…

Me giré hacia ella con la rabia mordiendo mi lengua.

—¿Explicar qué, Dana? ¿Cómo después de todo lo que te dije, después de abrirte mi corazón, corres a los brazos de Blake a la primera oportunidad?

—Yo no…

—Fue mi culpa… — interrumpió Blake, y tanto Dana como yo nos giramos para mirarlo. Él seguía sonriendo, y juro que nunca he querido golpear tanto a alguien en mi vida como a él.

—¿Tu culpa? —repetí con mi voz peligrosamente baja.

Blake asintió frotándose la mandíbula de nuevo.

—Joder, cómo duele. Sí. Yo la besé. Ella no me lo pidió, ni lo esperaba.

Parpadeé confundido.

—¿Qué? ¿Por qué harías eso?

La sonrisa de Blake se ensanchó mostrándome su perfecta dentadura.

—Porque necesitabas un empujón, amigo.

Lo miré fijamente, seguro de haber oído mal.

—¿Un empujón?

—Sí —dijo como si fuera la cosa más obvia del mundo—. Necesitabas una razón para actuar. Y tú también, por cierto —dijo mirándola.

—¿De qué demonios está hablando?

—Blake —la voz de Dana suena tensa, casi asustada—. ¿Qué estás diciendo?

—Estáis, ambos, locos el uno por el otro. Es hora de que os dejéis de tonterías y aceptéis vuestros sentimientos.

—¿Y por eso decidiste besarme? —. La voz de Dana sonó incrédula.

Blake se encogió de hombros.

—Está claro que no sientes nada por mí. Y está claro que existe otro hombre, al que verdaderamente quieres. Y, ese otro, está igual de loco por ti. Aunque, la próxima vez, podrías usar palabras en lugar de los puños.

Sentí que mi cabeza daba vueltas. Nada de eso tenía sentido.

—¿Me estás diciendo que todo esto fue una especie de... plan retorcido para juntarnos a Dana y a mí?

Miré a Dana, y vi que ella me estaba mirando también. Sus ojos estaban llenos de tantas emociones que no pude descifrar ninguna.

—Sí.

—¿De qué hablas?

—Mereces ser feliz. Ambos lo merecéis —Blake se giró para marcharse —. Además, me lo debías —dijo deteniéndose—. Por todas las veces que te vi coger a mi mujer y hacerla reír en tus brazos. Ojo por ojo.

Su carcajada se perdió mientras Dana y yo nos quedamos allí, mirándonos, ninguno de los dos seguros de qué decir o hacer.

—Anthony… —dijo intentando acercarse, pero la detuve.

— Vengo aquí, pensando que me necesitas, solo para encontrarte besando a Blake.

Dana dio un paso hacia mí, sus ojos eran suplicantes.

—No sabía nada sobre el plan de Blake, lo juro. Estaba tan sorprendida como tú.

Quiero creerle.

—¿Y qué hay de ti? —pregunté con voz más suave—. ¿Qué sientes tú?

Ella se quedó quieta por un momento, y cuando, finalmente habló, su voz es apenas era un susurro.

—Tengo miedo, Anthony.

—¿Miedo?

—De esto. De nosotros. Podríamos ser increíbles.

Sus palabras me golpearon como una ola, llevándose el último vestigio de mi ira y confusión. En tres zancadas, estaba frente a ella, tomando su rostro entre mis manos.

—Te amo tanto que ni siquiera recuerdo cómo era antes de no amarte. Y si tú sientes, aunque mas no sea una fracción, de lo que yo siento por ti, entonces sí, podríamos ser increíbles.

Veo cómo las lágrimas se forman en sus ojos, pero su sonrisa es radiante.

—Te amo, Anthony. Con todo mi corazón.

Y entonces, como si fuéramos atraídos por una fuerza invisible, nuestros labios se encontraron. El beso fue suave al principio, casi tímido, pero rápidamente se volvió más apasionado. Años de sentimientos reprimidos, de deseo contenido, se desbordaron en ese momento.

Mis manos se enredaron en su cabello atrayéndola más cerca. Sus brazos se envolvieron alrededor de mi cuello, eliminando cualquier espacio que quedara entre nosotros. Nuestros cuerpos encajaron perfectamente, como si hubieran sido hechos el uno para el otro. Cuando finalmente nos separamos, ambos estábamos sin aliento. Apoyé mi frente contra la suya con nuestras narices rozándose.

—Me invitas a entrar.

Ella se introdujo en la casa y yo cerré la puerta de un punta pie.

Apoyada contra el pecho de Anthony, escuchando el ritmo constante de su corazón, el mundo es nuestro.

—Buenos días —murmura besando suavemente mi frente.

—Buenos días.

Nos quedamos en silencio por un momento, disfrutando de la cercanía y la intimidad del momento. Juego distraídamente con los dedos de Anthony, reuniendo el valor para decir lo que ha estado en mi mente desde que desperté.

—Hay algo que quiero preguntarte.

Él me mira curioso.

—¿Qué es, cariño?

—Yo... quiero que seamos novios.

Anthony parpadea confundido.

—¿No lo somos ya?

—Bueno, sí, pero... quiero que sea oficial. Quiero que todo el mundo lo sepa.

Anthony se incorpora ligeramente mirándome con una mezcla de sorpresa y alegría.

—¿Estás segura?

Asiento sintiéndome repentinamente vulnerable.

—Sé que puede sonar tonto, pero quiero poder presentarte como mi novio. Quiero poder tomarte de la mano en público sin preocuparme por lo que otros puedan pensar. Quiero que todos sepan que eres mío.

La sonrisa de Anthony se ensanchó iluminando toda su cara.

—Nada me haría más feliz.

—¿De verdad?

Él me besó, con un beso lleno de promesas y esperanzas para el futuro.

—Entonces, ¿cómo quieres anunciarlo? ¿Una publicación en redes sociales? ¿Una fiesta de compromiso? ¿Un anuncio en el periódico?

—Tonto —dije acariciando el vello de su pecho—. Creo que por ahora me conformaré con poder presentarte como mi novio en el trabajo.

—Me parece perfecto. Aunque debo advertirte, que sea posible, que alguna que otra intente avanzarse sobre ti muerta de celos.

—Entonces que se preparen para las consecuencias.

—¿Lucharías por mí?

—Les arrancaría los ojos por ti.

Me acurruco contra él aceptando su abrazo y su tonta carcajada.

—¿Anthony?

—¿Qué cariño?

—¿Crees que ellas me aceptaran?

—¿Ellas?

—Tus amigas. Me encantaría que me dieran una oportunidad. Yo nunca tuve amigas sinceras. Siempre estuvieron cerca por interés.

—Lo harán cuando sepan lo mucho que te quiero.

Nos quedamos abrazados. Yo escondo la mirada para no dejar vislumbrar mis miedos. Me gustaría que me quisieran por mí misma y no porque Anthony las obliga a hacerlo.

La fiesta

El aire está lleno del sonido de risas infantiles y el aroma dulce de pastel recién horneado. Globos de colores brillantes danzan en la suave brisa, atados a las sillas y arbustos bien cuidados que bordean el patio. En el centro del jardín, una carpa blanca proporciona sombra a una larga mesa cubierta con un mantel de lunares rosas. Sobre ella, platos de papel, vasos de plástico y servilletas con dibujos de princesas esperan pacientemente a los pequeños invitados. Un castillo inflable se alza majestuosamente en una esquina del jardín, rebosante de niños que saltan y gritan con alegría desenfrenada.

Me apoyo contra el tronco de un viejo roble observando la escena con una mezcla de alegría y nostalgia. Emily, está en el centro de un grupo de niños, su corona de cumpleaños brillando bajo el sol, su rostro iluminado por una sonrisa que es el vivo reflejo de su madre.

Dana está cerca, ayudando a Blake a repartir helados a los niños ansiosos. Verlos juntos, trabajando en armonía, me llena de una calidez que no puedo describir. Hemos recorrido un largo camino desde los días de celos y malentendidos. Dana, se esfuerza por recobrar el tiempo perdido. Y el cariño que la niña le otorga es una respuesta directa de que se ha dado cuenta del gran cambio de su madre biológica.

—¡Tío Anthony! —La voz de la pequeña me saca de mis pensamientos. Corrió hacia mí con sus brazos extendidos. La levanté en el aire haciéndola girar.

—¡Feliz cumpleaños, princesa! ¿Te estás divirtiendo?

Emily asiente con entusiasmo.

—¡Sí! Mamá dijo que puedo abrir los regalos después del pastel. Mi mamá de siempre, quiero decir, no mi otra mamá.

—Te he entendido perfectamente —sonrío bajándola al suelo —. Será mejor que vayas a comer tu helado rápido para que llegue la hora del pastel.

Emily suelta una risita y corre de vuelta a sus amigos. La veo irse y mi corazón se hincha de amor. Ojalá, los adultos hiciéramos las cosas tan simples como la hacen ellos.

—Se parece cada vez más a Dana, ¿no crees? —La voz de Sofía me sobresaltó. No la había oído acercarse.

Me giré para mirarla.

—Sí, es igual a ella —respondí estudiando su rostro —. ¿Estás bien? Pareces preocupada.

—Sí, el mismo cabello, aunque se le está poniendo de un tono oscuro. Algo más parecido al de Blake —su voz comenzó a apagarse.

—Sofía, ella siempre será tu…

—Organizar un cumpleaños es agotador. Menos mal que ahora tengo ayuda. Ya somos dos madres en lugar de una sola.

Antes de que pudiera responder, Laura y Karina se acercaron, cada una con un vaso de limonada en la mano.

—¡Vaya fiesta! —exclamó Laura dando un sorbo a su bebida.

—Sí, me he matado con la decoración. Aunque... —se detiene, frunciendo el ceño ligeramente —. Dana parece un poco distraída.

Sigo su mirada hacia donde Dana está parada junto a la mesa de regalos. Está sonriendo y

asintiendo mientras una de las madres le habla, pero puedo ver que su mente está en otra parte. Hay una tensión en sus hombros, una inquietud en sus manos que reconozco como signos de su ansiedad.

—Probablemente solo está cansada —dijo Sofía —. Ha estado planeando esta fiesta como si solo fuera ella la que decide todo.

—¿Qué está pasando realmente?

—No es nada. Hoy es el cumpleaños de mi hija, deberíamos estar celebrando.

—Y lo estamos —insistí—. Pero algo está mal. Puedo verlo en tus ojos, en la forma en que tienes al hablar de Dana. Por favor, Sofía, somos amigos, ¿recuerdas? Puedes decirme cualquier cosa.

—¿Todavía lo somos?

Su pregunta me tomó por sorpresa.

—¿Qué quieres decir? Por supuesto que somos amigos.

—Bien, espero que sea así —digo señalando con la mirada a Blake que hablaba sonriente con Dana.

—¿Por qué no le das una oportunidad?

—Y se la he dado, ¿no está en mi casa? Créeme, eso es mucho más de lo que se merece.

—No me obligues a elegir entre ella y tú. Por favor.

—Hey, hey, aquí nadie va a elegir a nadie. Dana te quiere y eso nos basta para aceptarla.

—De verdad —contesté molesto a Karina—porque no veo demasiado interés. Ella, sin embargo, se desvive por ser aceptada.

—Estás siendo injusto con nosotras —dijo Laura.

—Pues no me lo parece.

—Yo me voy con mi hija. Porque, aunque ahora seamos dos madres, hubo una época que una se olvidó de serlo.

Sofía se fue y lancé el vaso de plástico al suelo.

—¡Anthony!

Los chillidos de Laura quedaron perdidos en mi espalda. Necesitaba acercarme a Dana, besarla y olvidarme de la furia que llevaba dentro.

El jardín de la casa de Blake y Sofía estaba lleno de risas y gritos de niños. Globos de colores decoraban cada rincón, y una gran pancarta que decía "Feliz Cumpleaños Emily" colgaba entre dos árboles. En medio de todo, la pequeña, con un vestido de princesa y una corona brillante, corría de un lado a otro con sus amigos.

Me quedé en un rincón observando la escena con una inmensa mezcla de emociones. Ver a mi hija tan feliz me llenaba de alegría, pero no podía evitar sentir una punzada de dolor al ver lo bien que encajaba en la vida de Blake y Sofía. Ella no me llamaba mamá, y lo comprendía, a pesar del dolor que pudiera causarme. Sofía era su madre y yo solo una aprendiz. Me esforzaba por conquistarlos a todos, aunque mis esfuerzos no terminaban con el final que yo esperaba.

—Hey —la voz de Blake me sobresaltó. Se acercó ofreciéndome una copa de un color azul radiactivo —. Zumo de pitufo. No preguntes…

Acepté feliz.

—Emily parece estar pasándolo en grande.

Blake siguió mi mirada hacia donde la pequeña estaba abriendo regalos, con Sofía a su lado, ayudándola.

—Es una niña increíble —dijo con orgullo —. Se parece mucho a ti, ¿sabes?

Sus palabras me sorprendieron.

—¿A mí? Pero si apenas me conoce.

Blake se volvió con expresión seria.

—Eres su madre. Siempre serás una parte importante de su vida, sin importar las circunstancias.

—¿Aunque esas circunstancias se llamen Sofía?

—Ella la ha criado, no puedes echarle la culpa de nada. Debes darle tiempo.

—Yo solo quiero que podamos llevarnos bien. Por Anthony y por Emily.

—Mi chica es testaruda, pero tiene un corazón demasiado grande como para odiar. Solo necesita saber que no vas a volver a lastimarla

Sentí que las lágrimas amenazaban con caer, pero las contuve. Blake, no decía una palabra de mentira. Yo había sido una mujer mala, egoísta y merecía todo el odio que estaba recibiendo.

—Blake, yo... necesito decirte algo.

Tomé una respiración profunda.

—Durante mucho tiempo pensé que estaba enamorada de ti. Construí esa fantasía en mi mente de cómo sería nuestra vida juntos. Creía que Sofía te alejaba de lo que podíamos tener.

—Dana…

—No, permite que continúe. Ahora me doy cuenta de que no era real.

Blake me miró sin interrumpirme.

—Ver cómo eres con Sofía, cómo son juntos con Emily, estar junto a Anthony, todo ha hecho darme cuenta de que lo que yo sentía no era amor verdadero. Era una ilusión que me inventé para esconderme de mis propios miedos e inseguridades. Buscaba en ti la solución a una soledad que yo misma había sembrado con mis actos.

—Dana, no es necesario que sigas.

—Por favor, déjame terminar. Me he dado cuenta de que el verdadero amor no debería hacerte sentir insegura o no valorada. Debería hacerte sentir fuerte, segura, apreciada, por quien eres realmente. Y lo sé ahora porque lo he encontrado. Por primera vez en toda mi vida soy feliz.

—Anthony es un buen tipo.

—El mejor.

Asentí sonriendo como una adolescente nerviosa.

—Me quiere. Con todas mis imperfecciones.

Blake sonrió de forma cálida. Y fue en ese momento que supe que antes siempre había sido así. Blake siempre había sido amable, pero solo eso.

—Me alegro por ti, Dana. De verdad.

—Gracias —dije suavemente —. Y gracias por ser un padre tan maravilloso para nuestra hija. Sé que no ha sido fácil, pero aprecio todo lo que tú y Sofía han hecho por ella.

Blake puso una mano en mi hombro.

—Somos una familia. Todos nosotros. Diferente, quizás, pero una familia.

En ese momento, Emily vino corriendo hacia nosotros.

—¡Dana! ¡Papá! ¡Vengan a ver mi pastel! ¡Tía Laura ha hecho un castillo!

Blake y yo intercambiamos una mirada de complicidad antes de seguir a nuestra hija. Cuando caminaba Anthony me interceptó y me dio un beso que me dejó mareada.

—¿Y esto?

—Por encima de todo, te quiero.

Quise preguntarle qué había pasado para semejante reacción, pero los gritos de los niños nos obligaron a seguirlos hacia el centro de la piñata.

No soy lo que tu crees

El suave zumbido del aire acondicionado es el único sonido que rompe el silencio. Estoy sentado fingiendo revisar unos documentos, pero mis ojos no pueden evitar desviarse hacia Dana. Está de pie frente al espejo de cuerpo entero que mandé instalar específicamente para ocasiones como esta. Me encanta ver como se prepara para una sesión. La observo en silencio, maravillado por su belleza. El vestido rojo que lleva se ajusta perfectamente a sus curvas, el color resaltando su piel dorada y su cabello color fuego. Cada movimiento que hace es grácil, casi hipnótico. Me encuentro conteniendo la respiración mientras ella se inclina para ajustar la correa de su tacón.

—¿Qué opinas? —girándose hacia mí. Sus ojos, del color del whisky añejo, buscaron los míos con una mezcla de expectación y nerviosismo.

Me levanté de mi silla acercándome.

—Estás... deslumbrante —logré decir, mi voz ronca por la emoción —. No habrá nadie en ese desfile que pueda apartar los ojos de ti.

—A mi solo me importas tú.

Sonríe con un leve rubor tiñendo sus mejillas. Extiendo mi mano acariciando suavemente su mejilla.

—Eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida. Y no solo por cómo te ves, sino por quién eres.

Sus ojos se suavizan, y por un momento, veo toda la vulnerabilidad y el amor que guarda en su interior.

—Oh, Anthony —susurra, inclinándose hacia mi toque.

No puedo resistirlo más. La atraigo hacia mí, mis labios encontrando los suyos en un beso suave pero apasionado. Dana responde inmediatamente, sus brazos rodeando mi cuello mientras profundizamos el beso. Cuando finalmente nos separamos, ambos estamos sin aliento.

—Te amo —digo con mi frente apoyada contra la suya.

Su sonrisa ilumina toda la habitación. En ese momento me siento el hombre más afortunado del mundo.

—¿Estas seguro?

—¿De que te amo? ¿Acaso lo dudas?

—Me gustaría tanto ser esa mujer que dices. Saber que valgo tanto como tu amor crees.

—Cariño, tú vales tu belleza en oro. Y el que no sepa verlo es un estúpido.

—¿Tus amigas están incluidas?

—Ellas… si no te aceptan, me perderán.

—Yo no quiero que…

—Dejemos de hablar de ellas. ¿Estás lista para arrasar en ese desfile? —pregunté dando un paso atrás y haciéndola girar sobre sus pies. Mis amigas era un tema que dolía demasiado como para hablarlo en voz alta.

Karina y Laura, al menos lo intentaban, pero Sofía... ella había decidido odiarla. Era mi amiga, mi hermana, mi consuelo, pero Dana era mi futuro y mi destino. Rogaba porque no me obligara a escoger entre la amistad o el amor.

—Nací lista —dijo con una sonrisa embelesante que llevaba la respuesta de mi elección. Sofía

era mi familia, Dana era mi otra mitad, la parte que llevaba mi corazón. Las cartas estaban echadas.

Justo cuando estoy a punto de responder lo importante que es para mí, le sonó el teléfono. Ella frunce el ceño sacando el dispositivo de su bolso.

—Número desconocido —murmuró mirando la pantalla con curiosidad.

—Probablemente sea alguien que quiere venderte algo —dije encogiéndome de hombros.

Dana asiente, pero algo en su expresión me dice que no está convencida.

—Llevan llamándote toda la semana. Deberías darte de baja de esas webs de descuento.

—Sí —dijo al notar que vuelve a sonar.

Observo cómo desliza el dedo por la pantalla para leer el mensaje. Lleva días con el teléfono sonando a todas horas y cortando furiosa. Odio esas páginas de bonos, al final terminan incordiando por temas muy diferente a las novedades de maquillaje en los que se apuntó.

—Amor, ¿qué pasa? ¿Qué dice el mensaje? ¿De quién es?

—Es... es imposible. No puede estar hablando en serio.

Antes de que pueda preguntar más, la puerta de mi despacho se abrió de golpe. Me giré, sorprendido por la interrupción, y me encuentro cara a cara con un hombre que nunca había visto.

Era alto, casi tanto como yo, con cabello oscuro peinado hacia atrás y ojos de un azul frío que parecen atravesarme. Viste un traje caro que grita dinero y poder. Pero lo que más me llama la atención es la sonrisa en su rostro, una sonrisa que no llega a sus ojos y me hace sentir instantáneamente incómodo.

—Dana, querida, veo que has recibido mi mensaje. Menuda entrada. La habría evitado si hubieras respondido los días anteriores —dijo con un tono que me pone los pelos de punta —. Ha pasado mucho tiempo.

Miro a Dana esperando una explicación, pero ella parece haberse congelado en su lugar. Su rostro está pálido, sus ojos fijos en el recién llegado con una mezcla de miedo y shock que nunca había visto en ella.

—Marcus —susurra finalmente con su voz apenas audible.

El hombre, el tal Marcus, amplía su sonrisa.

—Me alegra ver que no me has olvidado —dice dando un paso hacia nosotros.

Instintivamente, me muevo para colocarme entre él y Dana. No sé quién es, pero la reacción de Dana me dice todo lo que necesito saber que no es bienvenido.

—Disculpe —digo, manteniendo mi voz firme —. Esta es una oficina privada. No puede entrar así sin ser invitado.

Marcus me miró como si recién notara mi presencia. Sus ojos me recorrieron de arriba abajo, evaluándome, y sentí como si estuviera siendo juzgado y encontrado cargado de faltas.

—Ah, tú debes ser Anthony. He oído mucho sobre ti.

No tomo su mano. En su lugar, me giro hacia Dana.

—¿Conoces a este hombre?

Ella parece salir de su trance. Se acerca a mí colocando una mano en mi brazo.

—Anthony, este es Marcus Martínez. Él... él es un antiguo socio de negocios.

Hay algo en su tono, una tensión subyacente, que me dice que hay mucho más en esta historia de

lo que Dana está compartiendo. Marcus ríe con un sonido que me eriza la piel.

—Oh, Dana, siempre tan modesta. Socio de negocios apenas rasca la superficie de nuestra relación, ¿no crees, amor?

Siento que Dana se tensa a mi lado, y mi preocupación se convierte rápidamente en ira. Sea quien sea este tipo, está claramente perturbándola.

—Señor Martínez, no sé qué asuntos tenga con Dana, pero este no es el momento ni el lugar. Le sugiero que se vaya y programe una cita adecuada si necesita discutir sobre negocios. Todo lo demás, no será bienvenido.

Marcus me mira con diversión malvada en sus ojos.

—Me temo que esto no puede esperar —dice —. Verás, Anthony, Dana y yo tenemos algunos asuntos pendientes muy urgentes que atender.

—Cualquier asunto que tenga con Dana puede esperar —insistí sintiendo cómo mi paciencia se agotaba—. O hablarlos conmigo.

Marcus se carcajeó con una frialdad que congeló la estancia.

—Me temo que no entiendes la gravedad de la situación, pero no te preocupes, pronto lo harás.

Se giró hacia Dana, quien parecía estar luchando por mantener la compostura.

—Querida, ¿por qué no le cuentas a tu novio sobre nuestro pequeño acuerdo?

Dana sacudió la cabeza negándose con sus ojos llenos de lágrimas.

—Marcus, por favor, no hagas esto.

El corazón me da un vuelco al ver a Dana tan angustiada. Me giré tomando sus manos entre las mías.

—Amor, ¿de qué está hablando? ¿Qué acuerdo? ¿Quién es este hombre?

Antes de que Dana pudiera responder, Marcus intervino.

—Si no se lo dices tú, lo haré yo.

Dana cierra los ojos, una lágrima escapando y rodando por su mejilla. Cuando los abre de nuevo, veo una resolución que me asusta.

—Hace cinco años, ha pasado mucho tiempo...

—Ah, ah, ah —interrumpe Marcus, su voz cargada de una cruel diversión. —Creo que es mejor que yo cuente la historia, ¿no crees, Dana? Después de todo, tengo todos los detalles jugosos que imagino que tú no deseas contar.

Dana se estremece y siento cómo una ola de ira me invade. ¿Quién se cree que es este tipo para venir aquí y atormentar así a mi chica?

—Escucha —digo, girándome hacia Marcus —. No sé quién eres ni qué quieres, pero tu historia no me interesa. Te sugiero que te vayas ahora mismo antes de que llame a seguridad. O te eche yo mismo. ¡A patadas!

—Créeme, querrás escuchar lo que tengo para decir. Verás, tu querida Dana no es quien crees que es.

—Eso es ridículo, la conozco mejor que nadie.

¿Lo hacías? ¿Estaba dudando? Puede, que tan solo un poco.

—¿Eso crees? —preguntó arqueando una ceja —. ¿Sabías que hace cinco años estuvo involucrada en un escándalo financiero que casi destruyó a una de las empresas más grandes del país? Y que lo hizo por avaricia. Y por amor, claro está.

Siento como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago. Miré a Dana esperando ver indignación, negación, cualquier cosa que indicara que las palabras de esa sanguijuela eran mentira.

—Es eso cierto?

—Yo... yo no sabía lo que estaba pasando —dijo finalmente, su voz apenas audible por las lágrimas—él me convenció de que eran inversiones legítimas. No me di cuenta de que estaba siendo utilizada para lavar dinero hasta que fue demasiado tarde.

El mundo parece girar a mi alrededor. ¿Cómo es posible que no supiera nada de esto? ¿Cómo pudo Dana ocultarme algo tan importante? Y ¿estuvo enamorada antes? Sabía su encaprichamiento con Blake, pero ¿quién era ese otro hombre?

Marcus aplaudió lentamente con una sonrisa que se volvía cada minuto más amplia.

—Pero te has olvidado de la mejor parte, ¿no? La parte donde firmaste todos esos documentos que te implican directamente en el fraude. Por no hablar de las otras en las que decías lo mucho que me querías.

Dana se estremece como si la hubieran golpeado y yo bajo la cabeza derrotado. Ella me dijo que yo era…yo pensé que era…

—Yo no sabía lo que estaba firmando. Tú me engañaste, Marcus. Me manipulaste.

—Eso no lo decías cuando te acostabas en mi cama con vistas a la quinta avenida.

Su afirmación terminó de darme la puñalada final.

—De eso hace mucho tiempo… —dije intentando borrar el asco que me daba el imaginarla con un tipo como aquél.

—Lo importante es que tengo todas esas pruebas. Pruebas que podrían enviarte a la cárcel por un largo, largo tiempo.

Dana se echó hacia atrás y yo la detengo con mi torso.

—Qué quieres de ella. Si es dinero, puedo dártelo.

Yo tenía suficiente, mis ahorros eran grandes, y si necesitaba más, podría recurrir a Sofía, ella y su marido eran casi millonarios. O sin el casi.

—Guárdate tu dinero, quiero que Dana deje todo esto atrás y cumpla su promesa.

—¿Y eso es? —pregunté cortando su mirada hacia mi chica.

—Que se case conmigo.

Las palabras de Marcus cayeron como una bomba en la habitación. Siento como si el aire hubiera sido succionado de mis pulmones.

—¡Eso es ridículo! —mi voz temblando de ira —. Jamás aceptaría algo así.

Marcus se encogió de hombros.

—Eso deberías preguntárselo a ella. Pero, si no lo hace, me temo que tendré que entregar todas esas pruebas incriminatorias a las autoridades. Y entonces, bueno... digamos que el hermoso vestido que lleva puesto sería reemplazado por un mono naranja bastante menos favorecedor.

Dana solloza suavemente a mi lado, pero sin contestar, y yo siento como si mi corazón se estuviera se sumerge en una pesadilla. No puedo soportar verla así, tan asustada y culpable.

—Debe haber otra manera —digo, desesperado por encontrar una solución —. Ella no te quiere. ¿Por qué desearías casarte con ella?

—¿Amor? —su carcajada fue bloques de hielo rebotando en el techo—. ¿Dices amor? Una vez

creí sentirlo, pero ella lo destruyó. Lo hago porque la odio. Porque quiero que pague.

—Iremos a la policía, seguramente entenderán que fue manipulada. ¡No vas a conseguir nada!

—¿Realmente crees que la policía creerá la palabra de ella sobre la mía? Tengo influencias, conexiones, para cuando termine, será vista como la mente maestra detrás de todo el fraude.

Siento la desesperación creciendo en mi pecho. ¿Cómo hemos llegado a esto? Hace apenas unos minutos estábamos felices, enamorados, preparándonos para un evento emocionante. Y ahora... ahora todo nuestro mundo está desmoronándose a nuestro alrededor.

—Espero tu respuesta. Y recuerda, si intentas algo gracioso, si tratas de huir o de contarle a alguien más sobre esto... bueno, digamos que las consecuencias serán muy, muy desagradables. Estaremos en contacto.

Con una última sonrisa cruel, Marcus salió de la oficina dejándonos en un silencio ensordecedor

Me giré hacia Dana, que ha colapsado en una silla, su cuerpo se sacudía con sollozos silenciosos. Me arrodillé frente a ella, tomando sus manos entre las mías.

—Dana, mírame, y dime que no es verdad. Tú y él... ¿lo querías? ¿a él?

—No lo entiendes, Anthony. No hay salida. Marcus tiene todo el poder.

—Siempre hay una salida —insisto apretando sus manos e intentando olvidar que no había respondido—. Solo tenemos que pensar. Debe haber algo que podamos usar contra él, alguna prueba de su manipulación.

Dana niega con la cabeza, sus ojos llenos de una resignación que me asusta.

—No lo entiendes, Marcus es demasiado inteligente, demasiado cuidadoso. Ha cubierto todas sus huellas.

Me levanté incapaz de quedarme quieto. La frustración y la impotencia me carcomen por dentro. El dolor por saberla enamorada de otro, cuando me dijo que yo era el primero, es un desgarro que guardo para otro momento. Ella, ahora, me necesita.

—Debe haber alguien más que sepa la verdad, alguien que pueda corroborar tu versión de los hechos.

—Todos los que estaban involucrados han desaparecido o han sido silenciados— dijo con su voz hecha susurro—Marcus se aseguró de que yo fuera el único chivo expiatorio que quedara.

—¿Y por qué tú? ¿Por qué ese odio?

—No, por favor. No quiero.

—Necesito saber la verdad para poder ayudarte.

—Si lo supieras dejarías de amarme.

—Dilo, lo necesito —contesté más frío de lo que deseaba.

—Le conté a su mujer nuestra aventura, y ella… Oh, Anthony, ella se mató por mi culpa.

—¡Cómo!

Me sostengo la cabeza por la frente para que no se me caiga. Debí haber oído mal. Mi Dana, es imposible, ella es belleza, perfecta, con errores, como todos, pero debido a su soledad. Pero ella no es una asesina. No puede ser una asesina.

—Marcus y yo... estuvimos comprometidos —dijo casi sin palabras por tantas lágrimas — cuando me enteré de que no dejaría a su esposa me puse furiosa.

—Pero cómo… es decir tú…

—Él me pidió que nos ocultáramos. Me dijo que me amaba. Yo quise creerle. Creí todas sus

mentiras. Oh, Anthony, fui una estúpida. Yo no me oculté. Yo quería que ella nos descubriera.

—Ahora cálmate por un momento —dije con mis propios nervios tan enroscados como los suyos —¿dices que él te pidió que se ocultaran?

—Sí —dijo secándose las lágrimas—. Él me prometía que la dejaría, pero nunca lo hacía. Nunca era el momento. Me dijo que ya no la amaba, que su amor era mío. Un día yo…

—Decidiste que ella te viera —completé con lógica.

—Yo nunca lo imaginé. Él me dijo que era un matrimonio roto. Que yo era su única persona en el mundo. Me sentía tan vulnerable, habría hecho cualquier cosa por un poco de cariño… Era joven e inexperta. Mis relaciones no duraban más que lo que duraba... ya sabes... —su nariz estaba constreñida de tanto llanto—ella esa misma tarde, la que nos vio, salió con el coche a toda velocidad.

—Shhh, tranquila.

—¡Fue mi culpa! Tú me has enseñado a ser mejor mujer. Yo no soy esa niña caprichosa, Tú me mostraste el amor verdadero.

—Marcus te utilizó para conseguir lo que buscaba. No eres otra cosa que una victima de sus manipulaciones.

—Pero ella… si no nos hubiera descubierto no habría cogido el coche.

—No sabemos qué habría pasado porque no somos dioses. Lo que sí sabemos es que ese hombre os engañó a ti y a ella. Y ahora tenemos que detenerle.

—Pero ¿cómo? Marcus tiene pruebas. Si no hago lo que quiere...

—No —la interrumpí firmemente—. No vas a casarte con él. Él no va a destruirte.

—Pero si no lo hago iré a la cárcel —dice con miedo evidente en su voz.

Me levanté caminando hacia la ventana.

—Debe haber algo que podamos usar contra él — dije más para mí mismo que para Dana —. Alguna prueba de su participación en el fraude, algo que demuestre que te manipuló.

—Ya te lo dije, Marcus es demasiado cuidadoso. Ha cubierto todas sus huellas.

—Tal vez. Pero todos cometen errores —contesté pensando si ella no era el mío.

—¿Cómo?

—No lo sé todavía, pero lo averiguaremos. Tengo algunos contactos en el mundo financiero. Tal vez puedan ayudarnos a investigar las actividades pasadas de Marcus.

—No quiero que te involucres demasiado en esto. Es peligroso. Marcus es capaz de cualquier cosa.

—No soy tan santo. Conozco perfectamente a los de su calaña. Todos tenemos nuestro talón de Aquiles.

Veo lágrimas formándose en los ojos.

—Te he desilusionado. Puedo verlo.

—Fuiste manipulada, pero tú no la mataste. Un accidente, es un accidente. Esa mujer habría descubierto a su marido ese día como cualquier otro. Estoy seguro de que no fuiste la única. Esa mujer reaccionó con dolor, y ese dolor es fruto del engaño de la persona querida. Tú solo fuiste un instrumento.

La besé suavemente en la frente. Estoy demasiado impresionado como para urdir en mis sentimientos, en este momento.

—Vamos a recopilar toda la información que podamos sobre Marcus y sus actividades en los últimos cinco años. Luego, vamos a hablar con mis contactos, ver si pueden ayudarnos a encontrar algo que podamos usar contra él.

Dana asiente, con una pequeña sonrisa formándose en sus labios.

—Suena como un plan.

—Por que lo es. No voy a dejarte sola en esto.

Ella me abraza fuertemente, y puedo sentir cómo parte de la tensión abandona su cuerpo.

—Tus planes me gustan, el último salió perfecto. Conseguiste que me enamorara de ti.

La abrazo en silencio. Escucharla decir que me quiere ya no suena como antes. El decirme que yo era el primero al que había amado realmente, la convertía en mentirosa al tener a Marcus delante. ¿Me habría mentido alguna otra vez? ¿y si Sofía tenía razón y estaba ciego? ¿Y si yo no era una de sus tantas conquistas?

La abracé más fuerte intentando romper a pedazos mis dudas. Ella me necesitaba, y yo, sí la amaba. Mas que a mí. La ayudaría hasta conseguir destrozar a Marcus, luego, el tiempo y mi corazón, hablarían.

El Comienzo

Han pasado tres días desde la aparición de Marcus en nuestras vidas, y cada minuto se siente como una eternidad.

Observo a Dana desde mi escritorio notando las ojeras bajo sus ojos y la tensión en sus hombros. Ha estado distante, inventando excusas para evitar nuestros habituales almuerzos y cancelando nuestras citas nocturnas. Y yo, tampoco le he puesto demasiado empeño. Las dudas de sus sentimientos hacia mí crecen a por toneladas.

—Dana —levanta la vista, sus ojos encontrándose con los míos por un breve momento antes de desviar la mirada —. ¿Quieres ir a almorzar hoy? Estoy algo cansado de bocadillos.

Veo cómo se tensa visiblemente.

—Lo siento, tengo mucho trabajo que hacer. Tal vez mañana.

Siento una punzada en el pecho. Podría hacerla sentir mejor, pero no sé cómo. Cada segundo intento olvidar a Marcus y su pasado con él, pero los celos son un aguijón que no se me desprende. Me regaño a mi mismo, y lucho por volver a ser el que era. Lo que éramos.

—Mi amor, no puedes seguir así.

Ella sacude la cabeza cerrando los ojos por un momento.

—No hay nada de qué hablar, estoy bien. Solo estoy ocupada.

Quiero presionar más, quiero exigirle que me diga la verdad, pero la expresión en su rostro me detiene. Parece tan frágil, tan asustada. No puedo soportar la idea de causarle más angustia. Y decido tragarme la mía. No puedo ser tan egoísta. Ella es lo primero.

—Está bien. Pero, por favor, ten confianza. Lo solucionaremos.

Ella asiente con una pequeña sonrisa forzada en sus labios.

—Lo sé. Y te quiero.

El resto del día pasa en un borrón de reuniones y llamadas telefónicas, pero mi mente está constantemente en ella. En nosotros.

La observo salir de la oficina temprano, murmurando algo sobre una cita con la manicura. Quiero seguirla, pero me obligo a respetar su espacio. Ella no es la de antes. A mi no me miente. Lo nuestro es real. Nosotros somos reales.

Esa misma noche, mientras estoy en casa tratando de distraerme con un libro, mi teléfono suena.

Lo siento, no puedo cenar contigo como quedamos
Surgió algo
Te quiero

Siento que mi corazón se hunde. Es el tercer "te quiero" en tres días, y cada uno se siente más distante que el anterior. ¿Qué o quién es ese algo? No puedo evitar pensar en Marcus. ¿La está presionando de alguna manera que yo desconozco? La idea de que Dana esté sufriendo en silencio, sin recurrir a mí, me mata. ¿Y si sus sentimientos hacia él se han despertado? ¿Y si desea dejarme y volver con él? ¡¿Y si soy imbécil?! Me chillo antes de lanzar el teléfono al sofá.

Al día siguiente llegué temprano a la oficina, determinado a hablar con ella. Ya no soporto

sentirme así. Cuando entro, la encuentro hablando por teléfono. Se sobresalta al verme.

—Buenos días —digo, tratando de comerme los celos y la rabia —. ¿Todo bien?

—Solo era una llamada de trabajo.

—¿Trabajo? Creía que yo manejaba todas las campañas publicitarias que tienes con la agencia.

—Es… es de otra agencia.

Antes de que pueda presionar más, su teléfono sonó de nuevo. Mira la pantalla y palidece visiblemente.

—Tengo que atender.

—No, no tienes. Si es Marcus sabes que estoy estudiando los medios para quitárnoslo de encima. Solo necesitamos algo mas de tiempo. Confía en mí.

—Tengo que salir por un rato.

—¡No! Por favor… si me dejas a un lado no podré ayudarte. Podemos ganarle. Ambos.

Por un momento, veo un destello de vulnerabilidad en sus ojos, como si estuviera a punto de abrirse. Pero entonces, casi tan rápido como apareció, desaparece.

—Lo siento, tengo que irme.

Y con eso, se va, dejándome solo con mis preocupaciones y mi pecho abierto en dos. Por no mencionar las dudas que me quiebran desde dentro.

Horas más tarde, me planté en la puerta de su casa. No pensaba irme. Me quedaría hasta que abriera, aunque tuviera que pasar miles de horas…

—Hola —digo al ver como abre su puerta—. ¿Podemos hablar?

Ella asiente guiándome hacia adentro. Cerró la puerta detrás de nosotros, girándome para mirarla.

—¿Qué está pasando?

—Todo esto es demasiado hasta para mí.

—Lo sé, llevo semanas entre papeles estudiando tu caso y hablando con amigos que…

—¡Pero no has conseguido nada!

—Lo haré. ¡Tu viejo amiguito es bastante escurridizo!

—Lo siento… Tú no mereces… soy lo peor que pudo pasarte.

—No digas eso —respondo arrepentido de mi estúpido arranque —. ¿Te está amenazando? ¿Es eso? —le pregunté secando sus lágrimas con las yemas de mis dedos.

Dana me miró y veo tanto dolor en sus ojos que me deja sin aliento.

—Sólo abrázame y hazme el amor. Sin preguntas. ¿Puedes darme eso?

—Si por mi fuera te daría mi vida —contesté con absoluta verdad.

Me deslicé con las manos hacia abajo para quitarme los pantalones y lo logro mientras Dana cooperaba retorciendo sus caderas y su trasero junto a mí. Me estremecí cuando expuso su coño húmedo y humeante. Sus pantalones cortos y bragas formaban una fina cuerda alrededor de sus rodillas, y quería desesperadamente quitárselos. Quería abrir bien las piernas y entregarse al maravilloso semental que tanto amaba.

—Fóllame —susurró con voz ronca. —Oh, amor, fóllame. ¡Necesito sentirte dentro de mí!

Poco a poco, se bajó las bragas enroscadas por las piernas hasta que finalmente se las quitó de

los tobillos. Por fin sus piernas pudieron abrirse libremente y su ardiente coño estaba preparado para recibir mi poderosa polla. Ella bombeó su culo, empujando su coño hacia arriba para recibir su embestida salvaje.

—Sí, Anthony. ¡Fóllame! —ella jadeó. —No me hagas esperar más. ¡Por favor! —Pero, en lugar de follarla locamente como ella quería, me reí entre dientes, antes de sacar la polla y atacarle las tetas con mi boca hambrienta.

Justo cuando su necesidad y lujuria alcanzaron el punto de explosión, la sorprendí empujándola abruptamente hacia arriba. Descansé brevemente en cuclillas, sonriéndole con la dura polla sobresaliendo directamente de mi entrepierna, apuntando directamente a su coño expuesto. No hice ningún movimiento para darle lo que ella anhelaba. Luego, antes de que ella pudiera expresar su confusión, volví a moverme. Esta vez pasé una pierna sobre el pecho de Dana mientras giraba su cuerpo y, en el segundo siguiente, ella encontró a su amante, o sea, a mí, a horcajadas sobre su hermosa cabeza, con mi polla hundiéndose hacia su boca abierta mientras bajaba la cabeza hasta sus sedosos muslos.

Ella lanzó un gemido de alegría justo cuando le clavaba la polla en la boca abierta al mismo tiempo que pasaba su lengua por los pliegues cremosos de su coño, agitando el tejido húmedo con rápidos movimientos de su lengua. Dana suspiró y disfrutó de la doble dosis de placer que inmediatamente la cubrió. Cada nervio de su cuerpo se encendió cuando las sensaciones la abrumaron.

La joven saboreó el sabor de mi cuerpo casi con la misma emoción con la que le causaba la sensación de mi lengua separando sus labios del coño y provocando su clítoris. Olas de erotismo se extendieron por su cuerpo.

Automáticamente, la ansiosa novia de cabello rojizos agarró la parte posterior de mis muslos mientras chupaba cada parte de mi polla con su boca. Dejé que mis manos recorrieran sus suaves y tensas nalgas y audazmente, tracé la punta de un dedo a lo largo de la raja de su trasero justo cuando mi lengua tocaba la entrada del agujero de su coño.

En el segundo siguiente, pasé la lengua por el coño rezumante de Diana hasta tocar su clítoris con la punta. Ella se volvió loca. Sus caderas se sacudieron y su estridente grito de alegría fue sólo parcialmente amortiguado por el grueso tallo de la polla contra su tráquea. Cerré los labios alrededor de su clítoris, acariciando el sensible capullo. Sacudí suavemente el pequeño clítoris, llevando a Dana aún más al éxtasis, y sus piernas se separaron aún más mientras empujaba su trasero hacia arriba y hacia abajo en respuesta acalorada a la succión de su coño. Luego, como si mis propios deseos me hubieran abrumado repentinamente, folle con la lengua rígida directamente en su agujero resbaladizo.

El clímax de Dana fue repentino e intenso. Sus jugos comenzaron a filtrarse desde las profundidades de su coño para derramarse en una cascada contra mis labios y mi barbilla. Los espasmos salvajes sacudieron su coño, sacudiendo todo su cuerpo. Sus gemidos apasionados fueron sofocados por su polla entrando y saliendo de su boca, pero ella chilló de todos modos.

Saboreé el placer sensual que continuó extendiéndose por todo su cuerpo, dejando que sus caderas giratorias junto a su rostro cautivaran su atención. Su cuerpo se puso tenso y abandonó su jugoso coño con un brusco chasquido de su cuello.

Ambos nos quedamos, tirados en el suelo. La abracé y acaricié su cuerpo al completo. Ella se

lanzó sobre mí, aferrándose como un mejillón a su poste. No quiero preguntar, no deseo hablar. La recogí en mis brazos y la llevé a la cama. Ella necesita de mi cuerpo y yo necesito de ella.

Veo a Dana en el vestíbulo de la agencia. Después de la noche que pasamos esta mañana salió de puntillas, sin esperarme. Yo salí corriendo tras ella. Aunque sin el valor para llamarla. Quizá, porque algo dentro de mí, me decía que lo que me encontraría no sería bueno. Y en estos momentos lo estoy comprobando con mis propios ojos. Está con Marcus. Me quedo congelado tras observándolos desde la distancia. Marcus está inclinado hablándole en voz baja. Ella asiente, su rostro es una máscara de tensión. Y entonces, para mi horror, Marcus coloca su mano en la parte baja de su espalda guiándola hacia la salida.

La ira y los celos hierven en mi interior. Sin pensarlo, los sigo. Los veo subir a un taxi y me apresuro a tomar otro dando instrucciones claras al conductor para que los siga.

—Esto es Madrid, no New York.

—Me importa una mierda, sígalos.

—Me van a meter una multa. Yo paso.

—Y estos son cien euros —digo mostrando dos billetes de cincuenta que saco de mi cartera.

—Exceso de velocidad son cuatrocientos.

—¿Cuatro qué? —sin pensar busqué todos los billetes que tenía de cincuenta y se los arrojé al asiento del acompañamiento. Al ver que fruncía los labios le mostré el Rolex de mi muñeca.

—¿Auténtico?

—Cien por ciento —dije quitándome el amarre.

—Seremos su sombra —contestó acelerando y echando mi espalda hacia atrás con el impulso y el reloj en la mano.

Sabía que lo que hacía estaba mal, que debería confiar en ella, pero la preocupación y la confusión nublaban mi juicio. El taxi se detuvo frente a un restaurante elegante. Los veo entrar. El taxista dijo algo de darme su tarjeta por si me encuentro en otra persecución, pero no lo escucho. Salgo corriendo y los sigo.

Me siento en la barra del bar desde donde puedo verlos sin ser visto.

Durante la siguiente hora, los observo. Marcus hablaba animadamente, gesticulando con sus manos. Dana, por su parte, parece tensa, apenas ha tocado su desayuno continental. En un momento, Marcus extendió su mano sobre la mesa, tomando la suya. Ella no la retira.

Siento como si alguien hubiera apretado mi corazón y lo desangrara como a una naranja cortada. No puedo soportarlo más.

Pago mi bebida y salgo con mi mente hecha un torbellino de emociones. Camino sin rumbo por las calles de la ciudad, tratando de dar sentido a lo que acabo de ver. ¿Por qué no confía en mí? ¿Tan débil le parezco? ¿No me cree un hombre suficientemente fuerte para defender nuestra relación? ¿Tan poco me quiere?

Cuando finalmente regreso a casa, la encuentro esperándome sentada en el rellano. Su rostro está pálido, sus ojos rojos y sus párpados hinchados como dos ciruelas.

—Tenemos que hablar —dice totalmente agotada.

La dejo entrar con el corazón hecho zumo.

Nos sentamos en el sofá, un silencio incómodo entre nosotros nos invade. Finalmente, no pude soportarlo más.

—Te vi con Marcus.

Dana cierra los ojos como si mis palabras la hubieran herido físicamente.

—Anthony, yo...

—¿Qué está pasando? ¿Por qué estabas con él? ¿Por qué lo dejaste tocarte así?

Ella abre los ojos y veo lágrimas formándose.

—Lo vi cómo te acariciaba —el dolor me obstruye las palabras.

—No es lo que piensas.

—¿Entonces qué es? Porque desde donde yo estaba parecía que estabas en una cita romántica y no con el hombre que ha estado amenazándote.

—No era una cita. Yo jamás te engañaría. Aunque ya no me creas...

—Entonces, dime la verdad.

—Quiere que nos casemos cuanto antes. Me dio un ultimátum. Tengo una semana para decidir.

—¿Y tú lo estás considerando? — La ira hierve en mi interior.

—No tengo elección —exclamó con voz quebrada —. Si no lo hago iré a la cárcel.

—Y si lo haces terminará matándote. ¡No puedes casarte con él!

—Eso ya no me importa.

—¡No te importa! ¡Pues a mí sí me importa!

Ella mueve su cabeza que detengo entre mis manos fuertes rodeándola por los lados.

—Tienes que luchar. No puedes permitir que él gane.

—Tú no lo entiendes. Marcus es demasiado poderoso. Tiene conexiones en todas partes.

Se detiene como si hubiera dicho demasiado.

—¿Te está amenazando?

Ella desvió la mirada, y sé que he dado en el clavo.

—Amenazó con lastimarte a ti y a Emily. No puedo dejarle. Hace muy poco que he recuperado a mi hija y no puedo perderla. Y tú… Tú…

—¿Y yo?

—Tú eres la única vida que quiero. Sin ti no me importa vivir.

La ira que siento hacia Marcus es casi tan abrumadora por el amor que siento hacia ella.

—Mírame bien cariño, porque no voy a repetirlo. No voy a dejar que ese monstruo te haga esto.

—Tengo miedo.

La atraigo hacia mí envolviéndola en un abrazo fuerte.

—Lo sé, amor.

Nos quedamos así por un momento, abrazados, encontrando consuelo, el uno en la presencia del otro. Cuando finalmente nos separamos, veo una chispa de determinación en los ojos de Dana que me da esperanza.

—Está bien —dice suavemente —. ¿Cuál es el plan? Llevas días colgado al teléfono mientras revuelves papeles que no entiendo.

La beso suavemente sellando nuestra promesa de luchar.

—Tú no te preocupes, estoy más cerca de lo que crees.

—No te rindas… —dice con una boquita de piñón que comería a mordiscos.

—Me tienes loco de amor, ¿puede ser que todavía no te hayas dado cuenta?

Mis ojos se fijan en sus labios, suaves y tentadores, y siento cómo todo mi cuerpo se inclina hacia ella, atraído por una fuerza invisible e irresistible.

Sin pensarlo, mis manos se deslizan por su cintura, atrayéndola más cerca. Siento su respiración entrecortada, veo cómo sus pupilas se dilatan, oscureciendo sus ojos hasta convertirlos en pozos profundos de deseo. El mundo a nuestro alrededor se desvanece, y solo existimos nosotros dos, atrapados en este momento de anticipación exquisita.

Cuando nuestros labios finalmente se encuentran, es como si una chispa encendiera un incendio dentro de mí. El beso comienza suave, tierno, una caricia delicada que envía escalofríos por mi columna. Pero rápidamente se intensifica, convirtiéndose en algo más profundo, más urgente.

Mis manos se enredan en su cabello, atrayéndola más cerca, si es que eso es posible. Siento sus dedos aferrarse a mi camisa, como si temiera que pudiera desaparecer si me suelta. Nuestros labios se mueven en perfecta sincronía, explorando, saboreando, comunicando sin palabras todo lo que sentimos.

El sabor de Dana es embriagador, una mezcla de dulzura y pasión que me deja mareado. Su lengua se desliza contra la mía, y siento cómo un gemido escapa de mi garganta. Es como si cada nervio de mi cuerpo estuviera en llamas, consumido por el fuego de nuestro amor.

Mis manos recorren su espalda, memorizando cada curva, cada valle de su cuerpo. Siento cómo se estremece bajo mi toque, y eso solo aumenta mi deseo. Quiero fundirme con ella, perderme en su calor, en su aroma, en la perfección de este momento.

Cuando finalmente nos separamos, jadeantes y con los labios hinchados, veo en sus ojos un reflejo de lo que siento: amor. Del más puro y sincero.

—Te amo, Dana, más de lo que las palabras pueden expresar.

Marcus no sabe con quién se ha metido. Y pronto, muy pronto, lo descubrirá.

Nuestro final

Era ya tarde cuando recibí la llamada que tanto esperaba.

—¿Anthony? —La voz al otro lado de la línea es de mi amigo Jake, un investigador privado que contraté por intermediación de mi amigo Paul.

—Jake, ¿qué tienes? —pregunté sintiendo el rostro de Dana apoyándose en mi hombro para escuchar.

—Creo que he encontrado algo, un exempleado de Marcus está dispuesto a hablar. Dice que tiene pruebas de sus negocios turbios.

Siento que mi corazón se acelera.

—¿Es confiable?

—Parece serlo, es un contable temeroso de que la situación le explote a él también. Pero hay un problema. Quiere reunirse en persona contigo. Dice que es demasiado peligroso para hablarlo por teléfono.

Miro a Dana, viendo la mezcla de esperanza y miedo en sus ojos.

—¿Cuándo y dónde?

—Mañana por la noche. En el polígono de las tres cruces.

Después de colgar, Dana y yo nos miramos.

—Podría ser una trampa, tengo miedo.

—Lo sé, pero también podría ser nuestra única oportunidad de obtener pruebas contra Marcus.

—Iremos juntos, no pienso dejarte solo.

—Amor, ¿quieres protegerme con esos bracitos de modelo delicada?

—No, y por eso llevaré mi bolso. No sabes la de cabezas de pesados babosos que arranqué con el monedero que llevo dentro.

Sonrió besándola en la frente. La amo tanto que solo desearía una cosa: que ella me amara con la misma intensidad que yo siento.

El lugar estaba desierto

—¿Estás seguro de esto? —su mano apretaba fuertemente la mía.

—No, pero tenemos que intentarlo.

De repente, una figura emerge de las sombras. Es un hombre de cabello gris, pero no mayor, con una expresión de nerviosismo constante.

—¿Anthony?

—Sí.

—Me llamo Robert, trabajé para Marcus durante años. Vi... vi cosas.

Dana da un paso adelante.

—¿Tienes pruebas?

Robert asiente sacando un sobre de su chaqueta.

—Todo está aquí. Documentos, fotos, grabaciones. Todo lo que necesitan para hundir a Marcus.

Justo cuando estaba a punto de tomar el sobre, escuchamos el sonido de pasos acercándose. Nos

giramos para ver a Marcus emerger de las sombras, flanqueado por dos hombres de aspecto amenazador.

—Vaya, vaya, qué reunión tan interesante.

Robert palidece, dando un paso atrás.

—Marcus, yo...

—¡Silencio! —espetó con rabia. Luego se giró hacia nosotros—. Anthony, Dana. Qué decepción. Pensé que éramos amigos.

—Vete a la mierda— me coloqué protectoramente frente a Dana. Ese imbécil pasará sobre mi cadáver antes de volver a tocarla.

—Tan noble y tan estúpido. ¿De verdad creíste que podrías vencerme en mi propio juego?

Uno de los hombres de Marcus se mueve rápidamente, agarrando a Robert. El sobre cae al suelo, y el otro hombre lo recoge.

—¡No! grita Dana intentando avanzar, pero la detengo. Los hombres van armados.

Marcus toma el sobre, hojeando su contenido.

—Interesante, murmura. Muy interesante. Lástima que nadie más lo verá.

Con un gesto de su mano, sus hombres comienzan a arrastrar a Robert hacia una calle oscura.

—¡No puedes hacer esto! —gritó Dana. Y tal fue el chillido que dio, que llamó la atención del grandullón que tironeaba de Robert.

El muy atontado se quedó admirando la belleza en su rostro, y con ello consiguió darle una oportunidad a Robert para escapar a toda velocidad. Los hombres iban a perseguirlo cuando Marcus ordenó molesto.

—Dejarlo. No volverá a aparecer. Y si vosotros dos, por algún delirio, intentáis algo así de nuevo, bueno... digamos que la pequeña Emily podría tener un accidente muy desafortunado.

Ambos nos quedamos sin palabras.

—Ahora, voy a ser generoso y les daré una última oportunidad. Dana, querida, tienes veinticuatro horas para aceptar mi propuesta. De lo contrario, me temo que tendré que tomar medidas más drásticas.

Con una última sonrisa fría, Marcus se dio la vuelta y se alejó. Dana se derrumbó en mis brazos sollozando incontrolablemente.

—Lo siento. Es todo mi culpa.

—Voy a encontrar una manera de detenerlo. Lo haré.

Pero mientras pronuncio esas palabras, una duda cruel se instala en mi corazón. ¡¿Cómo?!

Regresamos a casa, en silencio y derrotados, sé que hemos llegado a un punto de inflexión. Las próximas veinticuatro horas determinarán nuestro futuro, y temo que cualquier decisión que tomemos solo nos traerá más dolor.

El juego ha cambiado y las apuestas nunca han sido más altas.

El reloj marca las tres de la mañana y el tictac resuena en mi cerebro. Dana está dormida en el sofá, su rostro totalmente marcado por las lágrimas secas. No he podido pegar ojo, mi mente da cada vez más vueltas. Con cuidado de no despertarla tomo mi teléfono y marco un número que juré nunca volver a usar.

—¿Quién demonios llama a esta hora?

—Max —digo en voz baja—, soy Anthony. Necesito tu ayuda.

Hay un largo silencio antes de que responda.

—Han pasado años. Debe ser algo gordo para que me llames.

—Lo es. ¿Todavía tienes contactos en la policía?

—Sabes que sí, ¿en qué lío te has metido?

Le explico la situación lo mejor que puedo sin entrar en detalles comprometedores. Max escucha en silencio, solo interrumpiendo ocasionalmente para hacer preguntas.

—Joder, te has metido en algo grande.

—¿Puedes ayudarnos? —pregunto, consciente de la desesperación en mi voz.

Max suspira profundamente.

—Puedo intentarlo. Pero necesito tiempo. Y no será barato.

—Lo que sea necesario. Solo ayúdala.

—Ella te importa...

—Más de lo que te puedas imaginar.

Max se quedó un momento en silencio antes de decir un “ya te llamaré” corto y seco. Max era una vieja amiga, o amante, o lo que sea que ella se imaginara. Lo cierto es que como un buen capullo le rompí el corazón sin siquiera darme cuenta. Y mucho menos pedirle perdón.

Después de colgar, me giré para encontrarme a Dana despierta.

—¿Quién era?

Me siento a su lado tomando sus manos entre las mías.

—Alguien que podría ayudarnos. Pero, necesito que confíes en mí. Las próximas horas van a ser difíciles.

Ella asiente, apretando mis manos.

—Confío en ti.

A las ocho recibí una llamada de Max, a las nueve estábamos en la oficina. El plan era simple pero arriesgado. Dana llamaría a Marcus, aceptando, aparentemente, su propuesta. Mientras tanto, yo me reuniré con Max y sus contactos, esperando obtener la ayuda que necesitamos desesperadamente.

Justo cuando Dana estaba a punto de hacer la llamada, la puerta de la oficina se abrió de golpe. Marcus entró con su sonrisa fría congelando la sangre en mis venas.

—Buenos días, tortolitos. Espero no interrumpir nada importante.

Él ríe, un sonido que me eriza la piel.

—Vine a recoger la respuesta de Dana. El plazo se cumple hoy, ¿recuerdas?

Dana se levantó con su rostro pálido pero decidido.

La puerta se abrió nuevamente. Para mi alivio, veo a Max entrar, seguida por dos oficiales de policía. Esto si que no me lo esperaba. Su traje de pantalones y camisa la hacían parecer más seductora que nunca. Era una preciosidad cuyo carácter la embellecía aún más. Y que yo, como un buen imbécil que era, no supe valorar.

—Marcus —dijo uno de los oficiales —. Llevábamos tiempo buscándote. Estás bajo arresto por: fraude, extorsión y amenazas.

La sonrisa se desvanece del rostro de Marcus reemplazado por una furia asombrosa.

—No tienen pruebas.

—Sí que las tenemos —dijo Max sosteniendo una carpeta que hacía juego con su chaqueta marrón oscuro—. Y todo gracias a un viejo amigo. Robert, le envía saludos, por cierto.

Marcus se lanzó hacia Max, pero los oficiales lo detuvieron esposándolo rápidamente. Mientras lo sacaban de la oficina nos lanzó una última mirada venenosa.

—Esto no ha terminado. Los destruiré a ambos. ¡Ella es una asesina! ¡Asesina!

—Todo lo que quieras, pero mejor ya nos lo cuentas camino al trullo. Allí tenemos aire acondicionado, y esta primavera viene pisando fuerte.

Dana se desplomó en mis brazos, sollozando de alivio.

—Se acabó, estás a salvo.

Max se acercó una sonrisa cansada en el rostro.

—No fue fácil, pero logramos encontrarlo y reunir suficientes pruebas. Robert accedió a testificar a cambio de inmunidad. Y todo eso en ocho horas.

—Gracias, te debo una grande. Una más grande de lo que merezco.

—Eso seguro. Y por favor, no seas un capullo.

Max tomó mi mano apretándola firmemente.

—Ella me ha cambiado.

—Eso ya lo veo. Estás hecho un pagafantas.

Reímos, el sonido liberador después de tanta tensión.

—No sé cómo agradecerte —dijo Dana mirando a Max.

—Quiérelo. Aunque sea un capullo, es buena persona.

—Lo haré.

Max se marchó dejándonos solos.

—Ella era una antigua…

—Alguien que ya no importa. La única mujer que me interesa eres tú.

Perdidos

El silencio de mi apartamento era ensordecedor. Llevaba días encerrado, alternando entre la desesperación y la ira, incapaz de hacer otra cosa que no fuera mirar el teléfono, esperando una llamada que sabía que no llegaría. Dana se había ido, y con ella, una parte de mí que no sabía si alguna vez podría recuperar.

La nota que dejó sobre la mesita de noche se había convertido en mi tormento personal. La había leído tantas veces que las palabras se habían grabado a fuego en mi mente:

Mi querido Anthony,

En ti encontré el amor que siempre creí imposible. Contigo, aprendí que el verdadero amor no es posesión, sino libertad. Mis errores del pasado palidecen ante la luz que trajiste a mi vida.

Pero he visto la duda en tus ojos, y mi corazón no puede soportar ser la causa de tu conflicto. Te amo lo suficiente para dejarte ir, para que encuentres tu propio camino sin el peso de mi pasado.

Siempre serás el dueño de mi corazón, el amor que pensé que solo existía en los cuentos de hadas. Y es por ese amor que te libero.

Que encuentres la felicidad que mereces, mi amor. Aunque no sea conmigo.

Por siempre tuya,

Dana

Intenté llamarla de nuevo, sabiendo que era inútil. El tono de llamada sonó una, dos, tres veces antes de saltar al buzón de voz. Su voz grabada era como un puñal en mi corazón.

—Dana, por favor —supliqué al vacío—. Llámame. Fui un idiota.

Me interrumpí. ¿Tenía derecho a decirle que la amaba después de haber dudado de ella? El arrepentimiento me carcomía por dentro. ¿Cómo pude ser tan estúpido?

El sonido del timbre me sobresaltó. Por un momento, mi corazón dio un vuelco. ¿Podría ser...? Pero no, Dana tenía llave.

Arrastré los pies hasta la puerta, sin molestarme en mirar por la mirilla. Cuando la abrí, me encontré cara a cara con Sofía.

—Anthony, yo... —comenzó, pero la interrumpí bruscamente.

—¿Qué haces aquí? —espeté, mi voz ronca por días de silencio y whisky—. ¿Vienes a regodearte? Ya conseguiste lo que querías, ¿no? Dana se ha ido.

Vi cómo el dolor cruzaba el rostro de Sofía, pero en ese momento no me importó. Estaba demasiado herido, demasiado enfadado para preocuparme por los sentimientos de nadie más.

—No es eso —dijo Sofía, su voz temblando ligeramente—. Vine a ver cómo estabas. Estaba preocupada.

Solté una risa amarga.

—¿Preocupada? ¿Tú? ¿Por Dana? No me hagas reír que no tengo el estómago para risas.

Sofía retrocedió como si la hubiera abofeteado.

—Eso no es justo. Yo solo quería protegerte.

—Pues felicidades —escupí las palabras—. Lo has conseguido. Estoy perfectamente protegido. Y perfectamente solo.

Vi cómo las lágrimas comenzaban a formarse en los ojos de Sofía. Una parte de mí quería disculparse, abrazarla, decirle que no era su culpa. Pero el dolor y la rabia eran demasiado fuertes como para sentir piedad.

—Será mejor que me vaya —dijo Sofía finalmente, su voz apenas un susurro —. Pero por favor, léelo. Creo que esto hará desaparecer todas tus tristezas.

La vi dar media vuelta y dejar una carpeta marrón sobre la mesa y que antes apretaba contra su pecho.

—¿Qué es eso?

Sofía se detuvo girándose lentamente para mirarme. Sus ojos, que estaban brillantes por las lágrimas contenidas, se encontraron con los míos.

—Yo... —comenzó a hablar de forma entrecortada—. Encontré algo. Algo sobre Dana.

Mi corazón dio un vuelco.

—¿Qué? ¿Qué encontraste?

Sofía dudó por un momento, como si temiera mi reacción. Finalmente, extendió la carpeta hacia mí.

—Si es algo para que la odio, te advierto que no va a tener resultado alguno. La quiero con toda mi alma.

—Creo que deberías verlo por ti mismo.

Con manos temblorosas, tomé la carpeta. La abrí, y sentí cómo el aire abandonaba mis pulmones. Eran documentos, fotos, correos electrónicos... toda una historia que no conocía, que nunca imaginé.

—¿Qué es esto? —pregunté, mi voz apenas un susurro.

Sofía se acercó, señalando uno de los documentos.

Sofía se detuvo, girándose lentamente. Sus ojos, brillantes por las lágrimas contenidas, se encontraron con los míos.

—Yo... —comenzó, su voz quebrándose—. Es información sobre Dana. Sobre dónde podría estar.

Mi corazón dio un vuelco.

—¿Qué? ¿Cómo...?

Sofía extendió la carpeta hacia mí, sus manos temblando ligeramente.

—Tú eres mi mejor amigo, Anthony, y ver cómo sufrías... No podía soportarlo. Así que decidí hacer algo al respecto.

Con manos temblorosas, tomé la carpeta y la abrí. Dentro había una serie de documentos: reservas de hotel, registros de tarjetas de crédito, incluso capturas de pantalla de redes sociales.

—¿Cómo conseguiste todo esto? —pregunté, asombrado.

—Llamé a nuestra vieja amiga Max. Ya sabes que después de lo vuestro, ella y yo siempre continuamos hablándonos.

—Ella piensa que soy un capullo —dije con sonrisa amarga.

—Bueno, eso también lo dijo —contesto con una pequeña cuota de diversión bañada en lágrimas —. Pero cuando le conté lo que te estaba pasando, no dudó en ayudarte.

La miré, sorprendido por su admisión.

—¿Hiciste todo esto por mí?

—Eres mi mejor amigo. Si Dana te hace feliz, entonces yo quiero que estés con ella —dijo llorando sin poder contenerse—. Hemos estado juntos en todo, desde que éramos niños. Te he visto reír, llorar, triunfar y caer. Pero nunca, en todos estos años, te había visto tan feliz como cuando estás con Dana.

Las lágrimas comenzaron a caer libremente por sus mejillas, y pude ver cómo luchaba por mantener la compostura.

—Me equivoqué, Anthony. Me equivoqué tanto —continuó, su cuerpo temblando con cada sollozo—. Estaba tan asustada de perderte, tan temerosa de que ella te lastimara, que no pude ver lo que estaba justo frente a mis ojos. No vi cómo te iluminabas cuando hablabas de ella, cómo tus ojos brillaban cada vez que la mirabas.

Sofía tomó mis manos entre las suyas, apretándolas con fuerza como si temiera que me desvaneciera.

—Fui egoísta y ciega. Juzgué a Dana basándome en el pasado, en mis propios miedos e inseguridades. No confié en tu juicio, en tu corazón. Y al hacerlo, casi destruí lo mejor que te ha pasado.

Su voz se quebró completamente, y por un momento solo pudo llorar, sus hombros sacudiéndose con cada sollozo. Cuando finalmente logró calmarse lo suficiente para hablar, su voz era apenas un susurro.

—Lo siento tanto, Anthony. Siento haber sido un obstáculo en tu felicidad. Siento haber dejado que mis prejuicios nublaran mi juicio. Tú mereces ser feliz, mereces ser amado. Y si Dana es quien te da eso, entonces yo... yo la amaré también. Porque te amo a ti, y quiero verte feliz más que nada en este mundo.

Sofía levantó la mirada, sus ojos rojos e hinchados, pero llenos de una determinación que me dejó sin aliento.

—Te prometo, aquí y ahora, que haré todo lo que esté en mi poder para arreglar esto. Para traer a Dana de vuelta a tu vida. Porque tú eres mi familia, Anthony, y tu felicidad es mi felicidad. Y si eso significa aceptar a Dana con los brazos abiertos, entonces lo haré. Lo haré mil veces si es necesario.

No pude contener mis propias lágrimas. Ver a Sofía, mi roca, mi constante, tan vulnerable y arrepentida, me rompió el corazón y a la vez lo sanó al mismo instante.

—Te quiero, Anthony, y quiero que seas feliz. Ve por ella. Tráela de vuelta. Y cuando lo hagas, te prometo que haré las cosas bien. Con ambos.

En ese momento, abracé a Sofía con todas mis fuerzas, nuestras lágrimas mezclándose mientras nos aferrábamos el uno al otro, años de amistad, amor y ahora, perdón, fluyendo entre nosotros.

—Sofía, yo... lo siento tanto. La forma en que te traté...

—Shh —me interrumpió, tomando mi mano—. Está bien. Ambos cometimos errores. Yo también lo siento. Debí haber confiado en ti desde el principio.

Nos quedamos en silencio por un momento, el peso de años de amistad y confianza entre nosotros.

—. Mira esto.

Mis ojos se posaron en una reserva de hotel. Era en Lastres, el pequeño pueblo pesquero en

Asturias donde Dana y yo tuvimos nuestra primera noche.

—Oh, Dios —susurré, el corazón latiéndome con fuerza—. Está en Lastres.

Sofía apretó mi mano.

—Así es. Y creo que deberías ir a buscarla.

La miré, abrumado por la emoción.

—Sofía, yo... no sé qué decir.

—No digas nada —respondió, poniéndose de pie y tirando de mí—. Solo ve. Encuéntrala y dile cuánto la amas.

El aire salado de Lastres me golpeó con fuerza mientras caminaba por las empinadas calles empedradas. Cada paso que daba resonaba con los latidos de mi corazón, una mezcla de anticipación y miedo que me consumía por dentro. Los recuerdos de Dana y yo en este pequeño pueblo pesquero inundaban mi mente: nuestras risas, nuestras miradas furtivas, el momento exacto en que me di cuenta de que me estaba enamorando de ella.

Finalmente, llegué al mirador. Y allí estaba ella.

Dana estaba de pie frente al mar, su cabello rojo ondeando con la brisa marina. La luz del atardecer la bañaba en un resplandor dorado, haciéndola parecer etérea, como una visión sacada de mis sueños más profundos. Por un momento, me quedé paralizado, temeroso de que, si me movía, si hacía algún ruido, ella desaparecería como un espejismo.

Pero entonces se giró, como si hubiera sentido mi presencia. Nuestros ojos se encontraron, y el mundo pareció detenerse.

—Anthony —susurró, su voz apenas audible sobre el sonido de las olas.

—Hola —respondí, mi voz quebrándose con la emoción.

Nos quedamos así, mirándonos, el tiempo suspendido entre nosotros. Y entonces, como si una fuerza invisible nos empujara, nos movimos al mismo tiempo.

Nos encontramos a mitad de camino, nuestros cuerpos chocando con la fuerza de toda la emoción contenida. Mis brazos la rodearon, atrayéndola hacia mí como si quisiera fundirme con ella. Sentí sus manos aferrarse a mi camisa, su rostro hundido en mi pecho.

—Lo siento —susurré contra su cabello—. Lo siento tanto. Nunca debí haber dudado de ti. Nunca debí haberte dejado ir.

Ella se apartó ligeramente, sus ojos buscando los míos. Pude ver el dolor, la esperanza y el amor mezclados en esas profundidades verdes que tanto había extrañado.

—Anthony, yo... ¿por qué estás aquí? —preguntó, su voz temblando ligeramente.

Tomé su rostro entre mis manos, mis pulgares acariciando suavemente sus mejillas. Cada toque era como una chispa eléctrica, reavivando el fuego que siempre había ardido entre nosotros.

—Porque te amo, Dana —dije, mi voz cargada de emoción—. Te amo con todo lo que soy, con todo lo que tengo. Y no puedo, no quiero vivir sin ti. Estos días sin ti han sido un infierno, y me he dado cuenta de que preferiría enfrentar cualquier tormenta contigo que vivir un solo día más sin ti. Porque me da igual ser el primero, lo único que necesito es ser el último.

Vi cómo las lágrimas comenzaban a formarse en sus ojos reflejando el brillo del sol poniente.

—Pero... ¿y todo lo que pasó? ¿Todas las dudas, todos los malentendidos? —preguntó, su voz apenas un susurro.

—Nada de eso importa. Lo único que importa es esto, nosotros, aquí y ahora. Te amo, Dana. Te amo con tus virtudes y tus defectos, con tu pasado y tu presente. Te amo completa e incondicionalmente.

Dana cerró los ojos, una lágrima escapando y rodando por su mejilla. La atrapé con mi pulgar, inclinándome para besar el rastro húmedo que había dejado.

—Te amo, Dana —repetí, mi voz cargada de emoción—. Y si me das otra oportunidad, pasaré el resto de mi vida demostrándotelo. Luchando por ti, por nosotros. Si tú quieres...

Ella abrió los ojos, y lo que vi en ellos me quitó el aliento. Amor, puro y simple. Amor y esperanza.

—Quiero... —susurró, y entonces sus labios estaban sobre los míos.

El beso fue suave al principio, casi tímido, como si ambos temiéramos que esto fuera un sueño del que despertaríamos en cualquier momento. Pero rápidamente se convirtió en algo más profundo, más desesperado. Años de amor no dicho, de anhelo reprimido, todo fluyendo entre nosotros en ese momento.

Mis manos se enredaron en su cabello, atrayéndola más cerca, si es que eso era posible. Sentí sus dedos aferrarse a mi camisa, como si temiera que pudiera desaparecer si me soltaba. Nuestros labios se movían en perfecta sincronía, explorando, saboreando, comunicando sin palabras todo lo que sentíamos.

Cuando finalmente nos separamos, ambos jadeando ligeramente, apoyé mi frente contra la suya.

—Te amo, Dana —dije una vez más, porque ahora que podía decirlo, no quería dejar de hacerlo nunca—. Te amo, y quiero pasar el resto de mi vida contigo. Quiero despertar cada mañana a tu lado, quiero enfrentar cada desafío juntos, quiero vivir contigo. Y quiero que te canses de ver mi rostro arrugado.

Dana sonrió, una sonrisa que iluminó todo su rostro y calentó mi corazón.

—Yo también te amo, Anthony. Y quiero todo eso contigo. Todo y más.

Estaba a punto de besarla de nuevo cuando una voz familiar nos interrumpió.

—¡Vaya, vaya! ¿Qué tenemos aquí?

Nos giramos para ver al señor Fernández, el viejo pescador que nos había llevado en nuestro primer paseo por la bahía años atrás. Estaba de pie junto a su bote, una sonrisa conocedora en su rostro arrugado por el sol y el mar.

—Señor Fernández —saludé, sin soltar la mano de Dana—. ¿Cómo está?

—Mejor que nunca, muchacho —respondió, su acento asturiano tan fuerte como lo recordaba—. Y veo que ustedes dos por fin han entrado en razón.

Dana rio, el sonido musical mezclándose con el romper de las olas mientras yo los miraba confuso.

—Al parecer, al señor Fernández no he dejado de hablarle de ti.

La abracé con fuerza contra mi pecho. Estaba tan feliz que podía sentir como mi cuerpo volaba.

El viejo pescador nos miró por un momento, sus ojos brillando con algo que parecía orgullo paternal.

—¿Qué les parece si damos un paseo? Por los viejos tiempos.

Dana y yo nos miramos y con una carcajada Dana empujó de mi mano para arrastrarme hacia el bote.

—¿Ya no tienes miedo al agua?

—Contigo no tengo miedo ni al destino.

El señor Fernández arrancó el motor y pronto nos encontramos navegando por la bahía. Dana se acurrucó contra mí, su cabeza descansando en mi hombro. La rodeé con mi brazo, sintiendo cómo encajaba perfectamente contra mi cuerpo, como si hubiera sido creada para estar allí.

—¿Sabes? —dijo el señor Fernández después de un rato, su voz mezclándose con el suave rumor del motor—. La primera vez que los llevé a pasear, supe que estaban destinados a estar juntos.

—¿En serio? —pregunté sorprendido.

El viejo pescador asintió, una sonrisa sabia en sus labios.

—La forma en que se miraban, cómo reían juntos... Era como ver dos mitades de un todo encontrándose por primera vez.

Sentí cómo Dana apretaba mi mano, y cuando la miré, vi que sus ojos brillaban con lágrimas contenidas.

—Yo les dije que el amor traía cantos de sirena, yo lo sé porque una vez escuché su música, como ahora la escucháis vosotros.

—¿Y qué sucedió con ella? —Preguntó mi chica.

—Oh, ella me está esperando en nuestra orilla, cuando llegue mi tiempo la recogeré.

Dana y yo nos miramos, sin decir una palabra, me incliné hacia ella, atraído por una fuerza irresistible. Nuestros labios se encontraron en un beso suave, tierno, cargado de promesas y amor eterno. Cuando nos separamos, el mundo a nuestro alrededor parecía haber cambiado.

El suave murmullo de las olas contra el casco del bote se transformó, volviéndose más melodioso, más profundo. Cerré los ojos, concentrándome en el sonido. Ya no era solo el romper del agua; era una canción, una melodía tan hermosa que me dejó sin aliento. Abrí los ojos, encontrándome con la mirada de Dana. En sus ojos vi reflejado el mismo asombro que sentía.

—¿Puedes oírlo? —mi voz apenas era audible sobre el sonido del mar.

Ella asintió lentamente, sus ojos brillando con lágrimas contenidas.

—La música. Es hermosa. Es... es como si el mar estuviera cantando para nosotros.

Sentí cómo mi corazón se hinchaba de emoción. Tomé sus manos entre las mías, apretándolas suavemente.

—Es nuestra canción. La canción de nuestro amor.

Una lágrima rodó por su mejilla, y la atrapé con mis labios, saboreando su salada dulzura.

—Te amo, Anthony, te amo más de lo que las palabras pueden expresar.

—Y yo a ti —respondí, sintiendo cómo las lágrimas se formaban también en mis ojos—. Te amaré por siempre, en esta vida y en todas las que puedan seguir.

Nos abrazamos con nuestros cuerpos fundiéndose en uno solo. El sonido del mar, nuestra melodía de amor nos envolvía, aislándonos del resto del mundo. En ese momento, solo existíamos nosotros dos y la promesa de un amor eterno.

Mientras el bote se mecía suavemente en las aguas de la bahía, con el sol hundiéndose en el horizonte y tiñendo el cielo de colores imposibles, Dana y yo permanecimos abrazados, escuchando nuestra canción. Cada ola, cada susurro del viento, parecía cantar nuestros nombres.

—Nunca dejaré de escucharla —prometí, besando suavemente su frente.

—Nunca dejaré de cantártela —contestó apoyándose en mi pecho.